



hollyck7019

LOS CUATRO LOCOS

*"En donde esté una piedra solitaria sin inscripción alguna
Donde habite el olvido
Allí estará mi tumba."*

Verano de 1989

Me gusta una chica.

Me gusta mucho. Me gusta su cabello, largo y negro, me gustan sus piernas al andar, me gusta su mirada astuta, orgullosa como la de un león. Creo que nunca nadie me ha gustado tanto. Tiene una piel blanca, suave, tersa como la de una muñeca, como la de las viejas muñecas que mi nana tenía en la repisa, que me juzgaban con ojos silenciosos. Me recuerda a eso. Me recuerda a mis deseos cuando aún me sentía vivo.

Ayer, de noche, encerrado en el silo, temblaba.

No me puedo acercar. Su hermano me desprecia. Si me ve, si comprende que la deseo, me echará a patadas y todo terminará para mí. Pero no puedo vivir sin ella. Necesito vivir con ella, tocarla, oler su cabello y tenerla en mis brazos. Quiero su vida, para siempre conmigo. Es tan linda.

Pero todos me desprecian, no sólo él.

Susurran, al verme caminar. “¡Niño brujo!” me gritan “¡Niño brujo!”, o se alejan, temerosos, seguros de que algo está mal en mí. No se equivocan. Mi espíritu está sucio. Mi espíritu quedó teñido con el color del otro lado, y ya nada duele. Pero deseo.

Ayer, de noche, encerrado en el silo, apagué todas las luces.

Hasta mi cuidador me desprecia, puedo verlo en sus ojos. Me trae la comida como a un prisionero, y evita mi mirada, y tiembla cuando me ve sentado; cuando me pierdo en la oscuridad. Creo que quiere matarme. El otro día, cuando me desperté a la noche, lo oí afilar su machete.

Dice que hay serpientes, pero no me importa. No le temo, no a él. No puedo morir. No puedo morir, porque deseo.

Ayer, de noche, encerrado en el silo, recé una plegaria sin cruces.

Tan linda... Sus pies... Sus uñas, hasta sus orejas, los lóbulos blancos, bajo donde el cartílago se amontona, y sus labios, y su cuerpo de niña, y la seda de su vestido deslizándose contra su piel, y su gesto al no comprender... Una criatura de luz. La quiero. La quiero ya. Cuando la vi por primera vez, cuando recuerdo verla trepar en el parque ese árbol, con su hermano, y los dos reían, y entonces el otro joven me miró y dijo “¡Niño brujo! ¡Niño brujo! ¿Qué haces vivo en Mí parque?” y yo enrojecí, pues todos me miraban, pero ella también me miraba y no sólo me miraba, me veía, me veía como nadie antes y brillaba; y pensé que yo estaba seco, desde la caída, y que allí había algo para mí, algo para sorber, alguien con quien jugar.

Pero entonces recuerdo a su hermano, y su gesto desconfiado. Él sí me da miedo. No puedo tenerla, si él está. Pero la quiero ya. Es tan, tan, tan linda.

Ayer, de noche, encendí cuatro velas rojas.

OTOÑO

I

Desde la ventanilla de mi asiento, consideré que la ciudad de San Naerit no tenía mucho de impresionante para tratarse de un nuevo inicio. La atmósfera tensa, callada y hasta dolida en la que mi padre maniobraba el auto

por la ruta asfaltada, los riscos que se alzaban sirviendo de base para la construcción de grandes y anticuadas casas que se veían separadas por acres, por extensiones que más que verdes eran azules y cuya tranquilidad me desbordaba; no ayudaba precisamente a que el futuro que me esperaba aquí me pareciera particularmente interesante. Pensaba, a cada rato, que mi única familia me abandonaba en una prisión de aburrimiento y frío, que se libraba de tener que cuidar al fracaso al que había soportado durante tanto tiempo, que se olvidaría de mí como lo había hecho el resto. Pero me tragaba ese resentimiento, y me enfocaba en mirar tras la superficie lisa del vidrio lo poco que se vislumbraba de mi futuro hogar. Ya no tenía caso discutir, ni quiero seguir llorando...

Creo que he empezado mi historia de manera incorrecta, tal vez por la amargura que se revuelve ahora en mí. Déjenme hacer un nuevo intento.

Mi nombre es Liseth.

Tengo diecisiete años, y en junio cumpliré los dieciocho. Soy de Cáncer, pero no creo en esas cosas. ¿O tal vez sí?

Mi única familia es mi padre, Thomas Aurdelard. Es el tipo serio que maneja este destartalado auto por entre los inicios de San Naerit. Ahora mismo estamos peleados, aunque él no lo sepa.

Mi madre murió unos años después de que yo naciera, por lo que casi no la conocí. Debería llorarla, pero la verdad es que no la extraño. Eso es un secreto, ¿saben?

...

No tengo mejores amigas, ni amigas.

No tengo mascota. Una vez tuve un gato, que escondí en mi cuarto para que mi padre no me obligara a echarlo a la calle. Duré con él dos semanas hasta que una tarde murió de frío y tuve que enterrarlo en el patio.

Ahora mismo, no tengo ya ni patio, ni habitación, ni casa.

¿Qué puedo decir...? Desde hace mucho tiempo, mi vida ha sido un infierno. Es por eso que estoy aquí, aprisionada por el cinturón de seguridad en este Ford viejo que se siente como un camión de reos, siendo llevada a donde seré despojada de todo lo que tenía. Voy a abandonar Nueva Gabul, que irónicamente es mi vieja ciudad, y voy a dejar el colegio al que asistía, los compañeros que odié y me odiaron y la gente que conocí. Voy a dejar mi casa, mi cuarto y la piedra blanca que puse contra la tierra en donde enterré a ese minino sin nombre. Voy a dejar todo atrás, porque mi padre y sus especialistas me obligan, para atender mi problema en otro lugar junto con un amigo suyo.

Él lo llamó un intercambio cultural. Yo lo considero una huida.

Pero, a decir verdad, por más de que estoy triste y decepcionada -e intento hacérselo saber, con mi obstinado silencio- hay un alivio velado en mi interior, que me hallo reticente a aceptar. Porque, en Nueva Gabul, no me quedaba nada más que dolor y lágrimas. ¿Y en San Naerit?

En San Naerit tal vez pueda empezar de nuevo. Si las cosas salen bien, si la gente es tan calma como las fachadas de sus hogares, si el frío los adormece como lo está haciendo con mi padre, que ya cabecea sobre el volante; si todo sale no perfectamente, pero al menos aceptablemente... Podría evitarme las lágrimas, las burlas, la vergüenza y el enojo, el llanto constante que fue mi vida durante tanto tiempo. Una parte de mí, la que no se esfuerza en parecer enfadada, se contrae de humillación y sabe que aquí tengo más esperanzas de

ser otra chica más, otra adolescente cuya mayor preocupación sea el estado civil de su ídolo favorito o su colección de zapatos. Quiero ser normal.

No, incluso... *Por favor*, quiero ser normal. Daría cualquier cosa por ser considerada normal. Quiero que me dejen en paz. Sólo eso, y nada más.

Aquí espero por fin vivir.

II

Mi padre frena al encontrar la Twingo de su amigo estacionada al borde de la calle, y por fin puedo ver cómo algo de todo ese peso que llevaba sobre los hombros se le esfuma, dibujándole una expresión similar a una sonrisa. Al abrir la puerta del coche entra una corriente de aire helado, que me hace encogerme sobre mí misma. Esto es en otoño. En invierno, ¿cómo será este maldito pueblo? La ropa que traje, las remeras cortadas, las polleras que nunca me parecieron cómodas y los vaqueros desgastados que se apilaban en mi viejo armario no parecen suficientes como para defenderme de las heladas que dan vuelta por entre los riscos de San Naerit. Voy a resurgir como un bloque de hielo si no consigo algo de ropa abrigada, ¿pero hay tiendas de ropa aquí?

De la van que está a nuestro lado se oyen unas voces que me distraen por unos segundos, por lo cual la ventisca al abrirse mi propia puerta me toma desprevenida. Ignoro a conciencia la mano que él me tiende, y pierdo las propias en los bolsillos de mi sudadera, enfocada en mantener mi obstinado silencio. Luego las saco, para subirme la capucha. El viento me molesta, me hace irme de un lado a otro amenazando con remontar vuelo como un barrilete. Mi padre ignora mi actitud con un suspiro, y hace una seña a su amigo.

-Esta es mi hija, Liseth.

Entonces levanto la cabeza -mucho, pues debe llegar a los dos metros- y contemplo a Norbert Weigler, el médico que va a curarme y bajo cuyo techo viviré durante todo este año y quién sabe cuántos más. No se parece en nada a las decenas de médicos que he visitado antes, a los serios y lánguidos profesionales de batas blancas que me atendieron inútilmente en los hospitales. Es alto, fuerte como un roble y algo entrado en peso, con barba candado y un cabello largo y salvaje que más bien atribuiría a una estrella de country pasada de moda, que llega hasta los inicios del chaleco inflado con el que protege su cuerpo del frío. Su ojos pequeños y caídos le dan un aspecto bonachón, radiante de alegría y disposición, que no encaja mucho con el clima inhóspito de su hogar.

-Buenos días, Liseth.- me dice, mirándome a los ojos con una amplia sonrisa- Creo que tu padre ya te ha hablado de mí.

Muevo la cabeza de arriba abajo, sin contestar. Esta vez no es por mi enfado, que de momento se me ha olvidado, sino porque me siento cohibida. Un sólo instante en el que la amplia sonrisa de Norbert se borra y podría confundirlo con un leñador, de tan intimidante es su altura y su porte. No es en absoluto el intelectual que me había imaginado cuando me hablaron de sus proezas, pero aun así me digo a mí misma que todavía no debo juzgarlo.

Mi padre y Norbert hablan por un buen rato, junto al capó del auto mientras yo espero apoyada sobre el baúl, temblando de frío y estudiando un poco más San Naerit, este páramo desolado en el que se insinúan ya a lo lejos los inicios de una urbanización más ortodoxa, un par de edificios agrupados que de seguro son el centro. Todo lo demás, como ya lo he observado, es disperso y grande: casonas viejas con balcones que se alzan como torreones que guardan la ruta y los edificios, caminos interconectados recién asfaltados y más allá aun más campo, río, bosques extensos en los que algunas alimañas continúan haciendo su vida. Hay mar, también, pero está lejos por lo que sé. Su presencia aun así se adivina por el vago olor a salitre que impregna mis ropas y las de los dos hombres que conversan los detalles de mi traslado, las indicaciones de mi padre sobre mi cuidado y las obligatorias advertencias en cuanto a mi genio, medidas en una persona reservada como él.

Sigo observando el vacío de San Naerit, su calma y su silencio. Desde el camino puedo ver la ciudad sobre un valle, por lo que quizás no vuelva a tener tan buena oportunidad. A lo lejos, cerca de una casa que probablemente también es una tienda, veo varios puntitos que se mueven, prueba de que Norbert no es el único habitante. Sus siluetas me resultan difusas, y me llenan de congoja. Gente. Deben de ser uno, dos, tres, quizás cuatro jóvenes de mi edad que toman algo sentados en la comodidad del balcón, acostumbrados al viento que les azota el cabello y sin adivinar que tienen a una ávida guardiana controlándolos. Creo verlos brindar, lo que me hace preguntarme si aquí corre mucho el alcohol, si hay fiestas y bailes como los que solía haber en Nueva Gabul, un descontrol más local pero igual de peligroso para mí. Me sorprendería, la verdad, de enterarme que aquí hay un sólo club.

La mano de mi padre sobre mi hombro me saca de mi contemplación, forzándome a darme vuelta y verlo. Papa está cansado, el frío y el viaje le marcan las arrugas que han estado ahí desde hace mucho, las pequeñas cicatrices que se hace al afeitarse y la preocupación bajo su estoico rostro, que me mira solícito como invitándome a dejar mi fortín de rencor.

Norbert nos espera de espaldas, fumando contra la puerta de su Twingo. Yo dudo, intentando forzar un desprecio que no me surge. En cambio no puedo evitar abrazarlo, tan fuerte como puedo, conteniendo las lágrimas. Lo dije mal. Lo único que tenía, lo único que en verdad dejo es a mi padre.

-¿Vas a volver?

-Siempre que pueda- me dice, acariciándome el cabello con una mano áspera- Estaré aquí en el invierno.

-Trae abrigos.

Se ríe, y las sacudidas hacen que su cuerpo golpee mis mejillas suavemente. Me separo del abrazo entonces y lo vuelvo a mirar.

-Prométeme que volverás.

-No voy a dejarte, Lis. Pero te hará bien estar aquí. Norbert es un buen amigo.

-Promételo.

Suspira, pero accede.

-Lo prometo. ¿Estamos bien?

-No.- contesto, pero sonrío. Él me devuelve el gesto a su manera -las sonrisas hay que interpretárselas, en una cara tan poco expresiva- y me hace una seña para que vaya con el leñador intelectual, como mi mente ha decidido apodar a Norbert Weigler. Es casi al mismo tiempo que ambos nos subimos a nuestros respectivos coches, él a su viejo Ford y yo al asiento de acompañante del Twingo, y lo último que oigo de él es el sonido del caño de escape echando humo mientras se aleja, girando en U y tomando el camino inverso por la ruta en otro agotador viaje.

Pienso, sin temor a equivocarme, que lo voy a extrañar; y los últimos rastros de mi enojo se disipan, convirtiéndose en vergüenza. Me hubiera gustado decirle algo más, pero no importa ya. He sobrevivido muchos años sola, cocinándome, vistiéndome y arreglándomelas en nuestro viejo hogar sin esperar su ayuda, sabiéndolo ocupado con su trabajo y sus relaciones sin reclamarle nada, ni planeo hacerlo ahora. Desde aquí en adelante, lo quiera o no, comienza la nueva vida de Liseth Aurdelard, y es una vida que comienza en soledad.

Norbert apura lo último de cigarrillo, pisa la colilla en el suelo y luego se sube también, culminando con un enérgico portazo. El motor del Twingo ronronea antes de arrancar, luego apagado por el viejo estéreo que grita una canción, Bruce no-sé-qué o eso creo escuchar por intervalos, los intervalos en los que no me hallo dispersa, con la cabeza en las nubes y en otra vida, dejando pasar frente a mis ojos a la cada vez más humana San Naerit, a los caminos, a las aisladas casas, a las fachadas de gomerías y tiendas de regalos, cada vez las construcciones más y más apretadas mientras más nos acercamos al centro y cada vez más y más dispersa mi atención, sumida en una tristeza difícil de explicar, sintiéndome como una huérfana de la guerra.

Los primeros kilómetros son así, pero luego la voz de Norbert se hace oír por sobre los gritos de Bruce no-sé-qué.

-¿Sabes la diferencia entre la miel de flores y la mielada?

Lo aleatorio de la pregunta me logra rescatar de mi ensimismamiento.

-¿No?- pregunto por mi parte, sin mucha claridad. Norbert sonrío dentro de los límites de su barba candado, seguramente satisfecho de haberme arrancado una palabra, y baja la marcha de su van mientras nos acercamos a lo más alto del centro, a donde la mayor parte de edificios grises y ruinosos se agrupa. Es un poco gracioso de ver, de tan grande que es, como se las apaña para entrar en el de por sí ya poco espacioso asiento de conductor, con la espalda inclinada hacia delante a tal punto que sospecho que su tambaleo previo es debido a una malformación causada por las horas de manejo.

Quiero preguntar sobre esa diferencia que mencionó, pero ninguna palabra escapa de mis labios. A Norbert no parece importarle, pues asume la pregunta por su cuenta.

-La miel común, como la que comes todos los días, es miel de flores. Puede ser de un tipo de flor o de varias; las abejas recolectan su néctar y con eso producen para el consumo de la colmena. Normalmente se utilizan mezclas

florales, pero en ocasiones puedes encontrar mieles más especializadas, como decir, miel de romero, o de tomillo, o incluso de alfalfa...

Lo sigo escuchando, viéndolo parlotear mientras maneja, y empiezo a preguntarme si no está un poco mal de la cabeza.

-De esas, creo que la de eucalipto es mi favorita. En Visgana se consigue fácilmente. A mi esposa solía encantarle, claro, y en una época la producían cerca de nuestra casa por lo que la consumíamos tan fresca como era posible. Una experiencia maravillosa...

Al decir lo último le brillan los ojos, enfocados en el frente y en el camino. Tiene el cinturón bien ajustado, lo que abulta más la campera inflada, realzando su aspecto cómico. Me percató de que la voz de Bruce no-sé-qué ya se ha apagado del todo, dejándonos en un silencio que no es incómodo, pero sí vacío.

-¿Y la mielada?- pregunto, para llenarlo.

Norbert sonríe como un niño.

III

-Normalmente, lo que se conoce como mielada es el producto de segregaciones de algunos insectos como las cochinillas, que las abejas colectan y convierten en una miel de sabor intenso y mayores propiedades benéficas. -continúa su explicación Norbert, mientras que yo estoy muy atenta debatiendo si mi padre me acaba de dejar con un lunático- Quizás la conozcas como rocío de miel, ¿no es así?

Niego con ceremonia.

-Oh bueno- suspira él con una sonrisa- Digamos que, en general, la miel floral es más sabrosa, pero aquí encontraras mielada. Mi hijo Johan tiene un emprendimiento de apicultura, por lo que cada tanto me trae uno o dos frascos bien colmados, los primeros que produce su compañía... Ya sabes, una cucharada en el té al despertarse, otra antes de dormir, o al medio día para conservar energía y ánimo...

Asiento, sin saber qué opinar.

-Suele ser algo más líquida que la...- dice Norbert, pero entonces se interrumpe y frena de improvisto, arrojándome un poco hacia delante- Oh, suficiente. Aquí estamos.

-¿Llegamos?- pregunto, sorprendida de estar en pleno centro. Había imaginado que su casa estaría considerablemente más lejos, que sería una de las muchas que como torres de vigilia se alzaban dispersas por entre las hectáreas de arboleda y no alguno de los modernos -o tan modernos como

podían llegar a ser- apartamentos que se escondían por entre las estructuras del corazón de San Naerit.

-No, no- se ríe él, y abre la puerta- Es sólo que me apeteció comer un poco de parfait. ¿Quieres parfait?

No espera mi respuesta, sino que se desabrocha el cinto y baja. Yo lo imito apresurada, forcejeando con mi propio cinturón hasta que me libero, agradeciendo que por suerte el viento no tenga tanta presencia en el interior del pueblo. Aun así, poca gente es la que se ve rondando por las calles, aunque tal vez sea más por el horario de siesta -¡y cómo apetece, dormir siesta con este frío!- que por la desolación que vengo atribuyéndole a San Naerit desde que oí su nombre. Nos perdemos tras la puerta de vidrio de un local, donde una reconfortante oleada de calor me envuelve y me obliga a bajar de nuevo la capucha de mi sudadera. Es un salón de té, parecería, bastante lujoso para lo que esperaba: hay hasta arañas viejas en el techo, apagadas a esta hora, y asientos largos que de cara al vidrio albergan a diversos personajes, familias que disfrutan de helado o socios que discuten negocios entre sorbos de café, como también una abuelita que lee el diario con cierta magnificencia. El dueño del local ve a Norbert y lo saluda con una sonrisa, haciendo un elocuente gesto hacia mi persona desde la caja registradora.

-¿Nueva carne para el matadero?

Confunde mi palidez con miedo, y me sonrío. Norbert me da unas palmeadas suaves y me indica una de las mesas.

-La hija de un amigo. Recuerdas a Thomas, ¿no es cierto?

El hombre duda unos segundos y luego asiente, saludándome. Le devuelvo el saludo con una mano y tomo asiento mientras que veo a ambos hablar entre sí, mientras que me envuelvo en el calor adormecedor de esa cantina y en el murmullo que forman las conversaciones de la gente, de todas esas vidas que son ajenas a la mía. Busco una carta en la mesa, siquiera unas servilletas, pero todo lo que hay es la superficie lustrosa y rectangular, en la que puedo adivinar mi propio reflejo a grandes rasgos: el cabello rubio, hasta la nuca y el gesto ojeroso, cansado. Estoy cansada, sí, agotada por el largo viaje. Por sobre todo, además, me siento sucia, pero el frío al menos merma la incomodidad de ese estado.

Es raro, lo que siento. Es muy extraño, es particular lo que parece ser un nuevo inicio, un volver a nacer en el que cada instante de silencio parece albergar una trampa, en el que todas tus cuentas se reducen a cero y una se siente como flotando por el aire, como si nada importara, siempre al borde del abismo.

Me resigno a no tener carta, y entonces algo de la mesa se nubla, y mi reflejo se distorsiona acelerando de cuajo los latidos de mi corazón. Parpadeo, y poco a poco todo vuelve a tomar definición.

Justo cuando llega ese alivio Norbert aparece, y junto a él el dueño del local trae una bandeja con dos largas copas de vidrio en las que se apilan helado, crema, miel y frutas en capas visibles tras el cristal. Las deposita entre nosotros, me dirige otra confianzuda sonrisa y se retira, dejándonos a solas separados por la mesa y nuestros parfaits, encuadrados por la ventana desde la cual el pálido sol regala una cuota mínima de sus rayos.

En silencio contemplo la obra culinaria que hay frente a mis ojos, dejando mi respiración normalizarse y el miedo que me asaltó irse diluyendo. Estoy bien. El parfait también está bien, y me sorprende con su complejidad.

Norbert se ríe, y levanta una cuchara alargada.

-Tienes que comerlo desde abajo- me explica- Así los sabores se van mezclando.

Y lo demuestra, hundiéndola cuanto puede en su copa y atravesando así el helado y las frutas, descendiéndola hasta raspar el chocolate y levantarlo, llevándose con sí miel, helado, ananá, y hasta una frutilla sólida que queda estacionada en el centro del metal. Los ingredientes se revuelven haciendo que el contenido pierda la claridad y algo de la propiedad artística de antes, y él engulle lo que sacó de un bocado.

-Si lo comes así, cada cucharada sabrá diferente. Pruébalo.

Obedezco, y arruino mi parfait de la misma forma. La dulzura se impregna en mi paladar y siento un dejo fuerte, que hace que lo mire. Norbert sonríe.

-La empresa de mi hijo mayor es quien provee a este lugar de miel, como te imaginarás- me dice, con orgullo en los ojos- Nunca ha tenido una sola queja. Bueno, Johan está de viaje, pero me gusta pensar que se halla presente cada vez que pruebo uno de estos parfaits. Son mis favoritos.

-Es muy bueno- asiento con un murmullo.

-¡Ya lo creo!- se ríe y come más- Llevaremos un poco a casa. Tengo tres hijos además de Johan, y a los tres les encanta el helado en invierno. Por suerte no solemos enfermarnos, o sino nuestro gusto nos saldría caro.

Doy otra probada al postre, deteniéndome en saborear un trozo de fruta junto con el chocolate. Norbert hace una seña y el dueño nos alcanza unas servilletas, con la que se limpia la boca para luego continuar comiendo y hablando.

-Wilhelm es mi segundo hijo, con mi esposa ya fallecida- me explica, y asiento sin decirle que, por supuesto, ya sé que es un padre soltero y que eso fue lo que lo unió con el mío- Es un muchacho algo extraño, pero no dejes que te incomode. Luego tienes a Matt, que se parece bastante a su madre. Ahora mismo anda obsesionado con el fútbol y lo han elegido mediocampista del club de su escuela. Kari apenas salió de la primaria, aunque estoy seguro de que se llevarán bien. Sus hobbies cambian cada mes por lo que sin duda algún día encontrarán un punto en común.

Se ríe de su propia observación, y yo no digo nada, pensando en esas tres personas con las que tendré que compartir una morada a lo largo de un año. Poco a poco la ansiedad y los nervios vuelven a dominarme, con una expectación que me mantiene alerta a las palabras de mi nuevo cuidador y a cada dato que pueda ser importante. La verdad es que quiero caerles bien, y de ya me pregunto si no se sentirán incómodos de que una desconocida entre a vivir con ellos, de tener a una intrusa en su hogar cada vez que se levanten a ir al baño, en las cenas, durante las largas siestas.

Nos terminamos el resto de nuestros parfaits combinando los ingredientes de formas variadas, mientras que Norbert me sigue contando de su vida e, implícito en sus palabras, de la vida en San Naerit en general. Entre el final del helado de crema ya sé de su casa, que después de todo sí es una de las casonas grandes rodeadas de bosque que vi desde la ruta, sé de su ajetreada vida como padre soltero y del desorden que menciona con cariño, pero también de la tranquilidad que impera, esa calma que ya siento desde que entré y que se asemeja al olvido. Para cuando mastico el último gajo de ananá, ya conozco donde está el hospital de San Naerit, construido sobre las

bases de un viejo asilo, el consultorio de Norbert en el primer piso y lo ligero de sus obligaciones, algunos de los pacientes que trata y las típicas confesiones que me recuerdan a mis miles de idas a hospitales, la interminable espera en los asientos y los exámenes constantes, tedioso agregado de la vida que espero dejar atrás. Y al final, para cuando acabo los restos de mi copa – reducidos ya a una mezcolanza dulzona, difícil de definir qué la compone– Norbert, que ya hace rato terminó su parte, apoya las manos sobre la mesa y me habla con más seriedad.

-De cualquier forma, Lis, no hará falta que tú vengas al hospital. Podré atenderte en casa, si es necesario.

Trago, pensando en que me vendría bien un poco de agua.

-Gracias.

-Ni lo menciones- sonrío Norbert- No sería correcto forzar a la hija de un amigo a pasar por el embrollo de los hospitales. Debes de estar harta de eso, ¿no es así?

-Sí- le digo, aunque pienso que esa sola palabra no basta para describir las horas perdidas, la frustración, el asco que me dan ya esos muros blancos que han sido otro indeseado hogar para mí, el olor a lavandina en suelos lustrados, el sonido de las rueditas de las camillas y de los quejidos de los enfermos, el frío del aire acondicionado en un consultorio mientras una voz grave me dice con mucha profesionalidad que no tienen ni idea de cómo ayudarme y la luz de arriba me ciega, me hace retorcerme en mí misma.

Él asiente un par de veces, como si lo comprendiera. Tal vez lo hace. Sé por boca de mi padre que su esposa estuvo muy enferma antes de morir, por años incluso, y algo de ese sufrimiento debe de haberle quedado, por detrás de su amabilidad y hasta de lo cómico de su actitud.

-¿Y bien, Liseth?- dice, mirándome, y con otra seña llama al dueño de nuevo, quien se acerca no con el agua que esperaba sino con la cuenta- ¿Puedes contarme qué es lo que tienes?

A la respuesta que tengo que dar –y que no surge, por timidez o congoja- la interrumpe salvándome por unos instantes el hombre cuando deja el papel con lo que hay que pagar y, optimista, me pregunta qué me parecieron los parfaits de San Naerit. Después de una contestación algo insulsa, perdida como me hallo, se va satisfecho y Norbert vuelve a mirarme, como si nada nos hubiera detenido. Los ojos le brillan con atención, ojos que parecen mucho más inteligentes que el resto de su aspecto bonachón, anticuado.

Espera mi respuesta. Yo revuelvo un poco mi copa vacía, los restos de crema y miel sin mirarlo a los ojos, e inspiro una bocanada de aire caliente, pensando que, con mucha suerte, tal vez esta sea la última vez que tenga que contar de mis problemas a un médico.

Trago saliva, y murmuro.

-A veces...

Espero que me apure, pero Norbert no hace nada más que mirarme con atención. No me atrevo hacer contacto visual, sino que lo evado, tentada de subir mi capucha otra vez.

-A veces quedo ciega.- termino por decir, cabizbaja, y entonces mi reflejo en la mesa se distorsiona y define intercaladamente, y los murmullos del bar se hacen estruendos que aturden y suben por los cielos, por los nublados cielos de San Naerit destruyendo la calma en una sinfonía que sólo yo puedo oír.

IV

A decir verdad, he dicho muy poco a Norbert con esa confesión. Quedar ciega es tal vez la menor de mis preocupaciones, si lo comparo con el estado general que mi afección me da; con la suma de aflicciones y pánico en la que me sumerjo una vez tengo uno de mis ataques, esos ataques que me han arruinado la vida y me han llevado a este salón de té, a abandonar de esta forma mi ciudad y mi pasado.

Mi problema comenzó a los nueve, una tarde en la que mi padre se hallaba ocupado en su trabajo y yo, más pequeña, más inocente y más optimista; sola en casa sin más asistencia que las notas pegadas sobre la heladera –eran esas las primeras veces que estaría sola, y poco me imaginaba que no iban a ser las últimas- jugaba puertas adentro escuchando música a todo volumen y rellenando uno de los tantos diarios que terminé por quemar, escribiendo, como un diligente traductor, letras de canciones que me llenaban de inspiración y que con algo de inmadurez siempre podía atribuir a mi vida. Lo recuerdo bien: en cama bien tendida, boca abajo, moviendo las piernas al compás de los cantos que resonaban por las paredes y con la lapicera nueva deslizándose suavemente por el papel, llenando esa blancura de frases tales como:

*“Your breath is sweet
Your eyes are like two jewels in the sky
Your back is straight, your hair is smooth
On the pillow where you lie”*

...y demás variantes, concentrada como lo estaba en ese desvarío artístico en el que sólo una niña preadolescente puede adentrarse y que a Thomas le resultaba entre extraño y encantador; tal vez soñando con imágenes que en ese momento me parecían relevantes, con ilusiones de fama y popularidad que creía factibles y que no sabía estaban a punto de acabar, de aplastarse por completo, pues mi perdición empezaba justo ese día.

Entonces, arrancándome de la música, oí un ruido afuera.

Al principio, más allá del sobresalto, dudé de si salir y fijarme qué era. Había sido difícil de definir, parecido a unas garras que destrozaban la madera de la puerta de entrada o al bochinche de pasos, como si una pandilla de

delincuentes se hubiera apresurado a ingresar mientras me hallaba enfrascada en mis cosas. El corazón me latió con fuerza por unos segundos, inevitable, pero luego nada siguió a ese estruendo. Lo que fuera que lo hubiera hecho, ya no se movía.

“¿Y si es un gato accidentado?”, recuerdo que pensé. Thomas me había dado instrucciones precisas de no salir, y la idea ni se cruzaba por mi cabeza. Estaba, como era de esperarse, asustada y algo excitada con la idea de estar a solas en casa, un fortín que me rodeaba y que era la última defensa para mis quehaceres domésticos, la última línea tras la cual podía estar en paz, escribiendo en mi diario, encerrada en mi habitación con el volumen como para espantar a los vecinos, pensando en las clases que iban a iniciar y en mi futuro encantador, pero aun así... No, más bien, precisamente por esa emoción fue que decidí ir a fijarme por la rendija del buzón, sólo para cerciorarme de que no hubiera ningún animal en el umbral.

La música continuaba a todo volumen, cantando un coro difuso, y todo adquiriría entonces una nitidez espantosa, la de un sueño lúcido que se retuerce tras escenas, listo para corromperse. Recuerdo mis pies, en medias blancas, la sensación de esas medias raspando contra la madera del suelo, como en cámara lenta, y recuerdo la voz de los parlantes desde mi pieza hablarme, “*My eyes are wide open/ but all I can see is/ chapel bells are calling for everyone but me*” y la luz del sol me da de lleno cuando asomo al hall de entrada, y pronto entiendo que no hay nada más que silencio, un silencio que comprende hasta a los gritos de los parlantes, y veo la puerta y, en un segundo, la realidad como la conocía se parte en pedazos pues entre los sillones, entre los cuadros con flores secas, entre la ideal forma de todo lo que hay frente a mí una cosa siniestra se destaca, invalidando todo lo demás.

Tras el cristal empañado de la madera blanca esa silueta vagamente humana, imposible de delgada se acerca, terrible, absorbiéndolo todo con su sola presencia, pegándose al vidrio, viéndome, rasguñando, moviendo el picaporte, la luz resaltando su contorno imposible y paralizándome mientras que todo lo que viví -mi infancia, los juegos de pequeña, una muñeca que tuve o la primera vez que disfruté de un helado- se corta de repente, desaparece y sólo estoy yo en ese instante, con ese horror de pleno día que me acecha y del que nadie puede rescatarme, y el volumen del silencio se hace infinito, y el volumen del silencio me aturde.

Entonces tengo la sensación, física, de que dos manos desde atrás tapan mis ojos convirtiendo mi mundo en una mancha roja y carnosa.

Al volver del trabajo Thomas me encontró hecha un ovillo, temblando entre lágrimas, hablando frases inconexas inaudibles por los estruendos de la música que seguía saliendo de mi habitación y que fue rápido en apagar.

Me despertó, sacudiéndome con suavidad, y me llevó a la mesa en un estado de total confusión, mientras yo continuaba gritando y llorando y no podía abrir los ojos, lo intentaba pero los párpados no me respondían, como si hubiera perdido allí los nervios necesarios como para poder levantarlos y caían como cortinas, cegándome del todo. Luego descubrí que eso era mentira.

Mis ojos estaban abiertos, pero no podía ver. Esa era la verdad, de ese ataque en el que todo mi cuerpo se confundía, en el que todo lo que me rodeaba se hacía falso. Ni siquiera me había asomado realmente al hall de entrada, sino que Thomas me había hallado tumbada en el pasillo, justo afuera de mi habitación. Había estado ahí por horas, sacudiéndome, hasta orinándome encima presa de aquel ataque de nervios en el que el miedo se adueñaba de mí tomando formas confusas.

El doctor que esa noche fue a revisarme -y que no fue más que el prelude de lo que serían- no atinó a dar ninguna respuesta convincente sobre qué me había ocurrido. Configuró en su recetario la posibilidad de un ataque epiléptico, de una ceguera parcial, momentánea, producto de un golpe inusitado, o de un brote esquizofrénico del cual no debíamos preocuparnos pues se iría tan rápido como había venido. Papá, cansado, alterado al volver del trabajo y hallarme en ese estado, aceptó toda sugerencia en un mudo y desconocedor silencio y por último lo despidió con la calma ansiosa, aliviada, de quien espera quitarse algo de encima y que el horror sólo venga una vez.

Esa noche no dormí y, por los tamborileos que oía desde mi pieza -tamborileos nerviosos, constantes, hiperactivos- creo que Thomas tampoco. El siguiente día nos halló a ambos cabeceando sobre la mesa de desayuno, sin mediar muchas palabras, y él me obsequió, cosa impensable en general, un jugo de naranja exprimido con sus propias manos y hasta deslizó, como por si las moscas, el ofrecimiento de llevarme a hacer alguna actividad como la natación, seguramente temiendo un futuro ataque de mi parte en su ausencia. Yo no acepté, convencida de que todo iría bien.

O mejor, pensaba que nada más podía sucederme, porque todavía no me convencía de que lo que había visto fuera una ilusión. El intruso... Esa silueta absurda, humana que absorbía la luz con su presencia aparecía en cada parpadeo que daba, en cada desafortunado instante en el que mis ojos barrían la puerta de entrada, más opaca y más real que la que había visto en esa visión, como el recuerdo de una pesadilla reciente que, ya vivida y ya pasada, acude con cierto alivio y satisfacción; pero todavía tenía para mí algo de real, algo de cercano y amenazante, y por eso sentía que no podía arriesgarme y debía proseguir con normalidad, intentando no fallar de nuevo, como si hubiera sido mi anterior accionar -oír esta canción, mover mis piernas de esta forma, pensar en tal cosa- lo que hubiera desatado su ataque el día anterior y no simplemente un cortocircuito en el interior de mi cabeza.

Pero veía. Volvía a ver, y el mundo volvía a seguir su curso.

Lamentablemente para mí, el curso del mundo no fue fortuito. Acostada en el sillón, ojeando una revista de curiosidades y leyendo sobre los hábitos alimenticios del mortal spinosaurus, la siguiente página me sorprendió con su increíble blancura.

Luego el resto del mundo, como una extensión de ese mínimo desperfecto en la realidad, también dejó de ser visible.

Se volvió una mancha abstracta, y, por sobre todo, se volvió una mancha amenazante. Tenía miedo. Tenía miedo incluso no sólo de la silueta que había visto la primera vez si no más, como si me hubiese transportado a otra casa llena de peligros, como si una barrera delgada -imposiblemente delgada, terriblemente delgada- se hubiera rasgado de cuajo, y mi mundo y un sitio que era más espantoso y total que mi mundo se hubieran fusionado y yo corriera el riesgo de existir en ese otro lugar para siempre, alejada de mi padre y de mi habitación, de todo lo que conocía, arrancada y acechada a ciegas, incapaz de comprender o ver los terrores que me buscaban. Gritaba entonces, y tal vez lloraba, intentando levantar esos párpados que no estaban caídos, transpirando, presa de la desesperación más absoluta, con esa sensación aguda que fulminando mis entrañas nacía para convertirse en un alarido desgarrador que pedía ayuda, como si hubiera sobre mí ya un asesino, un espectro, un hombre asfixiándome en mis sueños y sólo el horror me permitiera mantenerme con vida, me uniera a un posible oído que me ayudara desde mi lejano hogar.

Esa vez, por suerte, Thomas había desistido de ir a su trabajo con el propósito de cuidarme. Las sacudidas, que habían probado ser efectivas la primera vez, no lograron en la segunda el cometido de despertarme. Un vaso de agua arrojado a la cara con una mano no exenta de brusquedad fue la solución, y me hallé de nuevo en mi casa, caída del sillón, viendo las paredes de un sitio en donde el sol salía con la sensación vaga de que mi vida, y la vida de la yo que estaba ciega, eran dos cosas separadas por años, por miles de años y épocas y experiencias distintas, que se unían e intercambiaban por las razones más mínimas. Me estremecí de pensarlo.

Lo que siguió a eso fue, de mi parte, una paranoia constante en un mundo cuyas leyes ya no se asemejaban a las que habían regido mi pasado, y, para Thomas, la búsqueda perpétua de un especialista que pudiera diagnosticar apropiadamente qué era lo que se arraigaba en su hija con tanta saña. De la mano de mi padre pasé por el ojo de toda clase de expertos: oculistas, psicólogos, psiquiatras, homeópatas, médicos de cabecera, inclusive un ocultista que, pretendiendo ser doctor, intentó estafarnos con la idea de una maldición demoníaca y que fue echado a patadas por Thomas, tan poco amigo de lo que no pudiera comprobar con sus ojos.

Las ilegibles recetas y los remedios, entradas a mis cenas de cada noche se repitieron infinitamente, apilándose unos con otros, minando las reservas económicas de nuestra reducida familia y volviéndome un ente medicado, descompuesto, pero por sobre todo lleno de amargura en cuanto a qué sentía, no, sabía que esas precauciones, esos compendios de pastillas y jarabes con nombres impronunciables no lograban nada y, más aún, generaban preocupación en mi padre y no sanaban la barrera que en mi mente se había fracturado, el desliz de la realidad que hacía que al ver yo una mesa fuera una mesa, pero también, a diferencia de muchos, fuera una "mesa" y por eso mismo pudiera desaparecer, volverse otra mancha confusa y frenética que se extendía envolviéndome, torciendo mis sentidos y dejándome de nuevo a espaldas de la luz.

Me volví débil: perdí peso, vitalidad, y ánimo. Perdí parte de mi gusto por la música, que me despojaba de mis oídos, único sentido que me quedaba

cuando los ataques ocurrían, y perdí confianza, y perdí horas y horas de sueño en las cuales solo miraba un punto y respiraba, intentando calmarme, asegurándome que pronto alguien estaría a mi lado o que disfrutaría de un licuado mañana y todo se pasaría, y el terror sin nombre ni explicación que siempre parecía a punto de saltar se esfumaría dejándome tranquila. Perdí, incluso en cierta forma, de a pedazos mi inocencia reemplazándola con un odio angustioso, por lo injusto que me parecía ser la única persona que estuviera mal, la única persona que tuviera que temer cada vez que se quedaba sola o cuando un mínimo desperfecto aparecía en su campo de visión. Y esas pérdidas, sumándose una tras otras, reflejadas en las costillas que se asomaban bajo mis incipientes pechos a medida que iniciaba la pubertad, en el sobrepeso después de eso, cuando empecé a seguir la dieta que me impuso Thomas, inclusive en las ojeras negras, profundas y desgastadas que subrayaron mis ojos luego de que el resto se normalizó y que continuaron siempre; esas pérdidas que veía en la mirada de mi padre al leer otra receta, al acercar, como de paso, una pastilla al lado del plato en el que la comida humeaba durante el almuerzo, todas esas carencias me volvieron un ser de oscuridad, ajeno a la alegría, como si en cierta forma, sin que ninguno se diera cuenta, el mundo de la Liseth ciega se hubiese extendido y me hubiera adoptado, consumiendo con su negrura a la inocente niña de nueve años que lo había visitado por primera vez esa fatídica tarde.

Y sin embargo creo que, a pesar de todo, podría haber seguido viviendo esa vida hasta mi muerte. Las diversas propuestas de los doctores -que no se decidían si mi mal estaba en mis ojos, en mi sistema nervioso o en algún desperfecto motor- habían, como lo dije, hecho que las estanterías al lado de mi cama acumularan una impensable cantidad de cajas y tabletas vaciadas, de jarabes y ungüentos con sabores medicinales, dejos de químicos y terapias varias, todas vanas, pero fue, más que eso y como pasa en muchos casos, no el contenido de ese estante lo que empezó a reducir la frecuencia de mis ataques de ceguera, sino el inevitable paso del tiempo. Sin que desaparecieran en absoluto, los ataques fueron perdiendo vigor y continuidad, convirtiéndose en algo incómodo que, de tan acostumbrada al horror que me daban, sólo me alejaba de mi cotidianeidad por unos minutos para devolverme luego desorientada pero lista para seguir el día, apenas sudada y palpitante como si acabara de correr con apuro a algún lado. Se fueron espaciando, volviéndose parte de mí, y hasta mi padre desistió de las recetas y las idas a hospitales que nos cansaban a ambos y en cambio me entregó un pesado celular, para tener la ilusión de acompañarme a donde fuera. Yo, a mi propia y torcida manera, me sentí en calma.

Como era de esperarse, esa calma estalló en pedazos una vez mi año escolar dio inicio.

Ahora, de vuelta en la Twingo junto con Norbert, bordeando las alturas que conducen a las casonas y viendo desde esa posición los extensos bosques de eucaliptos que le dan a San Naerit su particular aroma, pienso en mi experiencia escolar y en lo inútil que fue desde un principio el haberlo siquiera intentado.

En realidad, para ser justos, lo conseguí bastante bien durante los primeros dos años. Mi entrada al Instituto Educativo de Nueva Gabul, sin tratarse de la vida de realeza que me había atrevido a soñar, fue sencilla y desprovista de atención, y no pasó demasiado tiempo hasta que pude hacer una amiga e inclusive tener algunas compañeras con las que contar intimidades durante los recreos, intercambiar papeles en las aburridas clases de geografía o charlar sobre nuestros ídolos. Me sorprendió hasta a mí misma, que tan cortada me sentía de toda relación humana desde que los ataques habían iniciado y, por supuesto, también fue una grata sorpresa para mi padre, que se temía -con mucha razón- que mi estadía en la escuela me deparara inevitables sufrimientos.

Pero todo marchó bien, al principio. Las bromas, juegos, chismes, los intercambios de apuntes, las tareas hechas lado a lado que al inicio me habían parecido un acto, como si en realidad yo no perteneciera a esos rituales y los imitara sin sentirlos en busca de aceptación, todo eso poco a poco fue tomando color y forma, reemplazando a la miseria que habían sido mis años anteriores y a mi vida paranoica y reservada, cambiando una por una mis preocupaciones por las que una preadolescente de trece, catorce años debía tener y predisponiéndome a pensar que, por encima de todas las cosas, tenía yo la capacidad de ser feliz.

Tenía, todavía, ataques de ceguera y horror, pero eran cada vez más escasos. Casi siempre corría con la suerte de que me sucedieran a la noche, lejos de la mirada juzgadora de mis compañeros de salón, y que luego se esfumaran por semanas sin impedirme hacer amigos o estudiar las asignaturas que más me costaban. Lo mantenía como un secreto, uno que sólo yo y mi padre podíamos saber, y ya huía de los especialistas y sus remedios pensando que había aprendido a manejarlo sola, que podía evitar lo peor. El horror, el llamado de ese mundo que antes me había fascinado tanto como me había aterrado pasó a convertirse en una simple patología, una enfermedad, racional y lógica como Thomas la veía y por eso menor, sin la significancia que inconscientemente antes le había dado, ahogando toda explicación sobrenatural y torcida en un silencio. Quería ser normal, como lo quiero ahora. Quería que la gente pensara que yo era normal, quería salir de compras con amigas o poder asistir a las noches de pijamas, quería salir a bailar, emborracharme, ser regañada por mi padre, intercambiar secretos y suspiros por alguno de los muchachos del instituto, crecer y desarrollarme como una mujer común y corriente.

Lo quería, y había en eso una determinación sórdida y arraigada, tal vez hermana del odio que había desarrollado antes. Me encargaba de no despertar sospechas. Sí, sumida en un ensimismamiento presentía que la ceguera iba a

iniciar, me excusaba bajo cualquier pretexto y me encerraba en el baño, dispuesta a pasar allí el tiempo necesario hasta estar segura de que nada ocurriría. En ocasiones faltaba días enteros a clases por el mismo motivo, y si de corrida alguien mencionaba venir a mi hogar buscaba cualquier forma de evitarlo, para no tener que esconder la cantidad anormal de medicamentos que mi habitación albergaba, o evitar preguntas incómodas para Thomas, o el porqué de la madera rota en mi cama -una patada ciega, desesperada- o los posters arañados en pedazos, cualquier ínfima señal de mi condición. Y así, paranoica no como antes, cuando temía que mi mundo se convirtiera en otro sino de una forma distinta, temiendo que este mundo me rechazara en cuanto supieran de ese otro; logré el cometido de ser aceptada durante dos largos y felices años, ocultando mi dolor, sintiendo la calidez de la amistad.

Al tercer año, como si se empeñaran en sesgar todo lo que había logrado, los ataques cambiaron de forma. Empezaron a modificar, provistos de cierta voluntad que me aterraba, sus horarios haciéndose más comunes a la tarde, cuando aún me hallaba dentro del Instituto, obligándome a abandonar a mis amigas que con gestos de extrañeza reían luego, acusándome problemas de estómago y otras bromas similares mientras que yo corría para encerrarme en uno de los cubículos, atinando a poner la tranca y morderme los labios al ver los colores confundirse, sentir mis párpados caer, y empezar el terror a propagarse por, en general, minutos que me dejaban sin fuerzas, sentada sobre el inodoro con el uniforme puesto, llorando sin hacer un sólo sonido mientras mi vista se reacostumbraba a las formas incoloras de ese baño y me permitía volver al aula a recibir la mirada lastimera de la profesora de turno, más consciente de mi debilidad que mis compañeras.

Fue en ese entonces cuando retomé las idas al médico por cuenta propia. El hospital de Nueva Gabul no quedaba muy lejos de mi instituto, por lo que a la salida, argumentando esperar un autobús que no necesitaba, caminaba sola con mi mochila en la espalda y acudía a las citas que Thomas concertaba con psicólogos, psiquiatras y oculistas; llevando los análisis, los papeleos, diarios formales de esa segunda vida que hacía esta vez no resignada sino atenta, como pensando que, si bien no tenía duda de que ninguno de los fríos doctores de batas blancas me iba a poder curar, tal vez mi insistencia hiciera que algo en la realidad se rindiera y me librara de mi enfermedad si me esforzaba lo suficiente.

No ocurrió.

No ocurrió y, además, el juego de esconder en el que yo participaba se hizo cada vez más difícil, alcanzando a un ritmo frenético que me superaba por completo. Ya me era casi imposible. Podía buscar excusas, pero cada vez eran menos creíbles y de a poco me iba aislando de mis amistades, siempre alejada del intercambio y la camaradería, siempre presa de rumores cada vez más extravagantes. Cuando pasaba horas encerrada en mi cubículo, tapándome la boca para no gritar, siempre temiendo que alguien me oyera, mientras me debatía entre la amenazante imposición de ese otro mundo de oscuridad, siempre el resto de mis compañeras hablaban, charlaban, confraternizaban y, lo que es peor, confraternizaban sin mí. Lo perdía, perdía hasta eso. Para el tercer año, eran pocos los contactos que me quedaban. Mi estadía en un curso era una cosa siempre fugaz, lastimera, en la que siempre me sentía juzgada por miradas o burlas invisibles, siempre al borde del colapso tenía que huir o

aparentar estar bien, integrándome tímidamente a círculos de amistades que se olvidaban de mí en cuanto sonaba la campana del recreo.

Un día, uno especialmente soleado, en plena formación al inicio del periodo académico; tuve la sensación helada de un vaso de agua derramándose sobre mi cabeza. Entonces, antes de que pudiese buscar al inexistente culpable, otra vez el mundo se contrajo en un espectáculo espectral. Me sobresalté, sintiendo que todo se caía, y con un grito empujé a ese peligro que no estaba, justo delante de Orlana, una compañera cuya popularidad opacaba a las de las demás y a la que terminé por arrojar al suelo entre exclamaciones de sorpresa. Pero yo no los veía, ni veía el espectáculo que ofrecía, tan enterrada en ese otro lado como para poder notarlo. En medio de todo el Instituto Educativo Nueva Gabul, a la vista de cientos y cientos de ojos ávidos por burlarse, me desplomé en el piso entre llantos y gritos inconexos, el asalto más fuerte que jamás hubiese tenido, perdida en un vaivén de olas de sangre y manos grises, retorciéndome, derramando lágrimas y jadeos mientras buscaba algo a lo que aferrarme, algo que pudiese sentir. Las profesoras tuvieron que retirarme ante el silencio de los espectadores, y llamaron a una ambulancia que fue innecesaria. Mi padre fue a recogerme, y en silencio volvimos a casa. El resto del día lo pase en cama, mirando como catatónica el techo sin pensar en nada.

El siguiente día falté, y también el posterior. Pasé el fin de semana sin hacer demasiado, leyendo, oyendo música de nuevo, encerrada con mis pensamientos y rompiendo en llanto cada tanto. Luego Thomas me dijo que debería volver, lo quisiera o no, y así lo hice aún sin tener del todo el valor para enfrentar a mis compañeros.

Al llegar me maravillé, anonadada de verlos actuar como si nada hubiera ocurrido. No sólo eso; incluso parecían más dispuestos conmigo de lo que lo habían estado antes, como si el penoso show que les había dado en la formación hubiera despejado sus dudas sobre mis desapariciones y, para no contradecirme o tal vez teniéndome lastima; los hubiera vuelto más amistosos, más solícitos. A mis tímidos pedidos, dichos en murmullos respondían sonrientes, y me preguntaban cómo estaba, e inclusive gente con la que jamás había cruzado palabra -entre ellos, el chico que me gustaba- se acercaron a mi banco, o llevaban sus charlas hacia mí, o parecían divertirse conmigo y si me veían muy callada preguntaban por mi silencio, genuinamente curiosos. Empecé a creer, incapaz de concebir mi suerte, que todo andaría bien, y el dolor y el asco que sentía por mí misma fue decayendo de a poco a lo largo del día.

En la hora de idiomas, el banco de a mi lado -vacío ya que mi única amiga había faltado- fue ocupado por ese mismo chico, quien me ayudó con la tarea que debía. Juntos hablamos por lo bajo, interrumpidos entre las lecciones de la maestra, descubriendo los gustos que compartíamos y las películas que habíamos visto, como si nada nunca hubiera pasado, y luego fue que lo oí invitarme a una función del próximo sábado. Cuando sonó la campana del segundo descanso, a nuestro banco se acercó Orlana -la misma Orlana a la que había yo empujado- y, con una sonrisa entre los dientes movió la mano para saludarme y cuando yo, incapaz de creerlo le devolví el gesto, puso en cambio los ojos hacia atrás -quedaron blancos, parpadeantes, posesos- y, con una expresión estúpida actuó como que tanteaba el aire a ciegas, para luego arrojar mis apuntes de un manotazo.

Tal vez ese quiebre fue para mí más cruel que el que había hecho mi realidad durante todos esos años. Todo el curso rio, estalló en una gran y unida carcajada, inclusive el que me había invitado hacía unos instantes al cine. Yo, enrojeciendo de pies a cabeza pero todavía sopesando la posibilidad de una broma, también reí, o fingí hacerlo con nervios, pero mis tristes intentos de integrarme a una corriente que iba en mi contra quedaron aplastados por las risotadas, por las imitaciones aisladas del episodio ocurrido en la formación, que despiadadamente partieron en pedazos todas las esperanzas que el día me había dado. Comprendí, con el llanto atorado en la garganta, que todo había sido una burla desde el primer momento, que se habían congeniado para hacerme creer que me aceptarían, y seguí sonriendo como si debiera por sobre todo no ser aceptada, sino mantener la imagen -desde afuera, quitada de todo contexto- de que lo había sido y yo reía con ellos, de que nos reíamos juntos, no de mí si no de un aislado episodio que ya había sido entendido y perdonado.

Durante el recreo luego de la burla se esfumaron, dejándome desolada, presa de los nervios, rogando por volver a casa. A la siguiente hora -la de matemática, y la última que se interponía entre yo y mi escape- no me dirigieron la palabra más que para burlarse, guiados por la batuta invisible de Orlana: haciendo muecas que me imitaban, arrojando como de casualidad mi cartuchera al pasar a mi lado, murmurando por lo bajo entre risitas cuando sabían que podía oírlos. Al terminar la clase, cuando guardaba mis cosas cabizbaja y pensativa, buscando perderme en cualquier trivial idea para evitar llorar, un tintineo me llamó la atención y, al alzarla, el muchacho estaba de pie sin mirarme, y su actitud parecía normal hasta que note que también sus ojos estaban en blanco y parpadeaba, intermitente esa blancura lechosa.

Los otros lo celebraron, y varios lo imitaron. Algunas compañeras llegaron a gemir mientras me copiaban, burlándose de mis alaridos, y pronto todos eran ciegos, todo un ejército de ciegos que me rodeaba como una parodia vacía del dolor por el que yo pasaba, tentados entre ellos, alejándome. No lo soporté más, y dejé el aula sin mirarlos. No lloré hasta estar segura de que ninguno me había seguido.

Desde ese día y en adelante, mi vida en la secundaria del Instituto Educativo de Nueva Gabul fue sólo dolor, dolor y miedo. Me acosaban. Ni siquiera necesitaban que me diera un ataque para molestarme, era como si mi sola presencia, desprovista de toda afección o extrañeza más que el silencio y la timidez en la que en adelante me sumí, fuera para ellos confirmación suficiente de que era inferior y una enemiga, alguien a quien maltratar. Arrojaban mis cosas, resguardados por la atención selectiva de algunos profesores. Me palmeaban la cabeza al pasar, y si me atrevía a verlos, gesto que interpretaban como de rebeldía, reían y volvían a poner los ojos en blanco, con las manos tanteando el aire como un mimo, y esa acción nunca parecía para ellos perder su cuota de gracia y siempre los hacía estallar de risa, en especial a Orlana. Cada recreo simplemente yo huía, encerrada en el baño y luego, cuando las otras chicas me arrojaron papeles contra el cubículo donde me refugiaba; alejada cerca de la zona de educación física, buscando soledad y un respiro a la crueldad, maldiciendo cada vez que el timbre indicaba el momento de volver a clases, evitando las miradas entre crueles o apenadas de los otros alumnos del instituto y enfundándome en mi banco lista para aguantar más embates, más comentarios jocosos e insultos.

En ocasiones llegaron a ir mucho más allá. Recuerdo, un jueves tras la clase de química, ser increpada en el pasillo cuando me dirigía a la cantina, por dos de mis compañeros que me siguieron imitando mi ataque de ceguera, hasta que, cansados de que los ignorara, uno de ellos simplemente me empujó haciéndome caer de cara al suelo. Huyeron corriendo antes de que algún profesor los detectara, y yo me perdí la siguiente asignatura en el baño, intentando detener la hemorragia nasal que manchó todas mis ropas.

Hasta mi única amiga me había abandonado, pasando a integrar el círculo de confianza de mi principal verdugo: la graciosa Orlana, que hablaba impartiendo órdenes entre sonrisas y vaivenes de pollera, hechizándolos a todos con su encanto. Quedé sola, sola del todo por fin, reducida a una cosa miserable, ojerosa, tímida y distante, incapaz de oponer resistencia alguna, ya hasta dejando las idas al hospital y mis gustos, simplificada mi vida en dos simples emociones: el pavor de tener que enfrentar a mis compañeros cada día, y el alivio al escapar por fin de ellos.

Y, aunque sufría en silencio, poco a poco lo que me pasaba se fue haciendo más evidente. Thomas, poco amigo de charlar pero sí muy atento a los signos en mí -por su parte signos obvios ya- se percató de mi pérdida de peso, del estado desgredado de mi cabello, de mi mala postura, del desinterés general por asearse que sólo tiene quien ya no puede amarse y, por insistencia, logró arrancarme una confesión de mi calvario. Luego de amagar una solución un tanto radical -que incluía su puño firmemente colocado en la cara de todos y cada uno de los integrantes del Instituto Educativo Nueva Gabul- decidió, para mi alivio y ansiedad, cortar mi suplicio cancelando mi inscripción a esa institución y telefonar por fin a un viejo amigo en busca de asistencia.

VII

Aunque vieja y algo descuidada por los años, la casona en donde viven los Weigler me sorprendió con su imponencia. Eran dos pisos altos, modelo antiguo, blanca y desvencijada pero con grandes ventanales que de seguro ofrecían una vista hermosa, techo de tejas azules bastante bien cuidado e inclusive un balcón desde el cual ya se veía una hamaca hawaiana reposando atada a los postes. Me sorprendí contentándome de tener que vivir allí y no en el más moderno centro.

Norbert dejó su Twingo en el largo espacio -porque allí no había jardines, si no terrenos sin rejas, innecesarias si considerabas la distancia que separaba a la casa de los Weigler con la más cercana, a uno o dos kilómetros de

distancia- frente a la fachada y, al apagarse la música (Bruce no-sé-qué dejó de torturar mis oídos) del estéreo el sonido que la reemplazó, entre la calma y el frío de esa altura, fue el de unos pelotazos repetitivos.

-Ese debe de ser Matt- sonrió él, y se desabrochó el cinto. Bajó de un salto y yo lo imité, volviendo a sentir otro golpe helado, peor que el anterior. Allí en lo alto iba a necesitar más abrigo. Sólo el ruido del follaje de los arboles al ser sacudidos por el viento y los pelotazos interrumpieron nuestra tranquilidad mientras nos acercábamos a la puerta de entrada, cada vez más nerviosa yo por las presentaciones.

Los golpes de pelota aumentaron su velocidad, lo que atrajo mi atención al espacio que había al costado de la casa. Allí había un muchacho de mi edad, de cabello oscuro, que parecía demasiado concentrado rebotando su balón contra la pared como para percatarse de que el auto de su padre había regresado. Apenas torció el cuello para vernos, levantó una mano algo desganada cuando Norbert le silbó y luego siguió practicando, con un gesto distendido, *cool*, que me resultó algo ensayado.

Un alarido que parecía más de criatura que de humano me sobresaltó entonces, obligándome a dejar de mirarlo. Provenía del interior de la casa. Miré a Norbert, a punto de preguntarle si tenían un perro -tenían, me enteré luego, pero no era el autor de tal grito- y lo vi suspirar, y aferrar con algo más de fuerza la bolsa llena de helados que había traído.

-Aquí vamos...

El corazón se aceleró en mi pecho al pasar al interior. Me recibió una calidez, las luces encendidas del hogar, amarillas y brillantes, un comedor con una larga mesa, un par de sillones viejos y, también, caos absoluto.

Dos figuras corrían en círculos alrededor de la mesa, de tal forma que me costaba entender cuál estaba persiguiendo a cuál. Una, la más alta, era un joven unos años mayor que yo, delgado como pocos, cuyo mayor distintivo - aparte del sweater incoloro que llevaba- era su peinado de taza, milimétricamente perfecto y que bailaba con su esfuerzo. La otra era una muchacha, menuda y de ojos verdes, que sonreía con picardía y llevaba algo en el brazo.

-¡Devuélvemela!- grito él de nuevo, y entonces comprendí que era suyo el alarido que había oído antes- ¡Devuélvemela ahora!

Ese debía de ser Wilhelm. Parecía a punto de desmayarse pero no daba tregua, buscaba aferrar a su veloz hermana como presa de un colapso nervioso, la cara roja y las venas hinchadas en el cuello. La muchachita lo evadía con facilidad, burlándose, una pequeña laucha en cuyo rostro podía reconocer algunos de los rasgos de su padre. Kari, sin lugar a duda.

-¿Por qué? ¿Quieres jugar con tus muñecas?

-¡No es una muñeca, es una figura coleccionable!

-Oigan, oigan- intentó calmarlos Norbert, poniéndose delante mío para cubrirme del desastre. Su enorme cuerpo me obligó a buscar una mejor posición para verlos, asombrada.- Traje hel...

Lo interrumpió el sonido de una de las sillas al caerse, derribada por su hijo, y ahogó una maldición. Wilhelm había logrado aferrar por el pelo a su enemiga, pero ella lo pisó y este gritó, soltándola. La muchacha se resguardó y levantó su tesoro: una figura de plástico, sorprendentemente detallada, de una mujer en un vestido estrafalario de colegiala.

-Deja de hacer ruido a la noche y te la daré- le dijo, sujetando la muñeca como por partirla. Sus ojos eran sorprendentemente verdes.- Puedes tocarte sin que yo tenga que escucharte, ¿sabes?

-¡Devuélvemela!- gritó en cambio su hermano, como si no la hubiera escuchado- ¡Es mía!

Me adelanté un poco, muda de sorpresa. Wilhelm no pareció ni notar mi presencia, pero Kari me dirigió una sonrisa de camaradería, para luego volver a su objetivo, preparada para correr si la caza daba inicio de vuelta. Ambos hermanos se miraron con ira, dos leones a punto de saltar, y luego ella volvió a hablar.

-Promete que no...

-¡Chica idiota! ¡Es de colección!- estalló él al ver cómo sostenía a esa colegiala en miniatura, y la última palabra la pronunció con tanta histeria, alargando la "o" de tal forma que no pude evitar sonreír.

Luego, en una fracción de segundo, comprendí que al gritar eso Wilhelm había movido sus brazos y, al moverlos, había barrido uno de los platos que reposaban en la mesa, lanzándolo por los aires. Con unos reflejos sorprendentes Norbert se interpuso entre el proyectil y yo: el plato fue contra él, que aún aferraba la bolsa, atravesó el nailon, destrozó el poliestireno que conservaba los helados e hizo un enchastre contra su pecho, un enchastre de cucuruchos desmigajados y cremas, deslizándose con pereza sobre el material protector de su chaleco inflado. Entonces él estalló.

-¡Ustedes dos! ¡Suficiente!

-Pero...- dijeron al unísono, pero se interrumpieron al ver el gesto severo de su padre.

-Kari, devuélvele su muñeca a Wilhelm.

-¡No es una muñeca!- gritó su hijo ofendido- ¡Es una figura...!

-A tu habitación, Wilhelm. Hasta que aprendas a comportarte frente a la gente.

A aquello le siguió un chillido patético, y Wilhelm lleno de furia cruzó el comedor con pasos de marcha, pasando al lado mío golpeándome con su hombro sin notar mi presencia y perdiéndose escaleras abajo.

Kari rio, y vencedora acarició la muñeca, poniéndola contra su mejilla.

-Tú también, Kari. Estás castigada por molestar a tu hermano.

La niña le sacó la lengua, luego me sonrió de nuevo y se encaminó escaleras arriba. Norbert dio un largo suspiro y buscó un trapo y una pala con lo que juntar el enchastre del suelo, dirigiéndome una mirada algo culpable.

-Lo siento mucho, Lis. Esos dos han sido así desde siempre. Pero espera...- dudó unos segundos- Kari.

-¿Sí?- la jovencita sonreía al frenar, evidentemente adelantándose a la jugada de su padre.

-Muéstrale su habitación a Liseth.

-¡Okey!- dijo ella y me hizo una seña, para que la siguiera. Con que así, pensé, sin presentaciones incómodas, sin un "*Esta es Liseth Aurdelard, estará viviendo con nosotros este año, sean buenos con ella*" ni un "*Liseth tiene una condición, así que les pido que la traten bien...*" ni cualquiera de esas formalidades. Era como si esa familia acostumbrara a albergar extraños en sus puertas y mi presencia allí fuera muy poco llamativa para ellos.

En cualquier caso, eso me tranquilizaba un poco.

Seguí el paso de Kari subiendo las escaleras en silencio, pasando mi mano por la barandilla y viendo su cabello moverse en cada escalón, atado en una firme cola baja. Arriba había un balcón interno de madera, que daba a un largo pasillo en el que se adivinaban tres habitaciones; la primera, que aparecía directamente en cuanto subías, estaba abierta y en su interior se adivinaba un encantador desorden: posters, cantantes enmarcados, equipos de música y CDs arrojados por el suelo junto con gruesos almohadones. Kari sonrió y me hizo un gesto.

-Esa es mi habitación- me dijo- A la derecha está la de Matt, frente al salón de estudio. Wilhelm duerme en el sótano como la bestia que es y abajo doblando el pasillo está la de Johan, aunque se haya cerrada.

-¿Tu hermano mayor sigue teniendo una habitación aquí?- me arriesgué a preguntar, recordando aún los dejos de miel del parfait que había engullido.

-Es más un lugar en donde poner sus colecciones- sonrió ella- Suele dormir en el departamento de Helen cuando viene a San Naerit, lo cual no es muy seguido.

Dudó unos segundos, viendo mi cara de confusión.

-Helen es su esposa- aclaró entonces- Viene de visita cada tanto, ya la verás. En cuanto a tu habitación...

Me guió por la izquierda, y ambas avanzamos pisando esos tablones viejos que crujían con nuestro peso, mientras abajo, desde la luz que se filtraba por el comedor, se oían los rezongos de Norbert al trapear el desastre que sus hijos habían causado. Era una casa grande, pensé, como ya no las hacían. No me sorprendí al ver un segundo baño, por suerte ubicado casi frente a mi cuarto. No iba a ser tan incómoda mi estadía aquí si ese era el caso. Había además en todo lo que veía un aspecto rústico, como de vejez y nostalgia, que no cesaba de gustarme. Era la típica casa que, de ser deshabitada durante un par de años, todos considerarían embrujada; pero aun así tenía cierta presencia encantadora, de ensueño, como la de las vacaciones de pequeña en las que me despertaba temprano y salíamos a pasear, o me traían el desayuno a la cama acompañado de un bombón o alguna golosina y yo discutía -en mi limitado lenguaje infantil- sobre la mascota que quería pedirle a mi padre.

Una cama blanca y mullida, en medio de aquel espacioso piso de madera, un armario del cual sólo perchas colgaban sobre pilas de frazadas, una ventana amplia y abierta que daba a los árboles y al rumor del río y una mesita con una lámpara y algunos libros viejos. Eso resumía bastante bien la habitación que la familia Weigler me había destinado, y que me pareció fantástica. Kari se precipitó sobre la cama tendida, y con un gesto triunfal abarcó todo el lugar.

-¡Ta-da!

-Es... Es perfecta, gracias.

-¡Deberías ver la mía!- me dijo, mientras yo abría los armarios y revisaba esas gruesas colchas que me protegerían del frío- ¿Tienes que subir equipaje?

Asentí, pensando que mi maleta con la ropa que traía de Nueva Gabul aún continuaba en el Twingo.

-Yo te ayudo- dispuso Kari optimista. Sentí verdadera alegría de saber que me aceptaba tan velozmente, aunque era cierto que todavía no me había visto en mi peor estado.

La vi asomarse por la ventana, poner las manos junto a la boca como imitando un megáfono y gritar.

-¡Matt! ¡Trae las valijas del auto! ¡Sirve para algo!

Del aire que entraba se oyó un gruñido difícil de interpretar, que básicamente la mandaba al diablo.

-Oye, no quiero molestar...- dudé.

-No te preocupes, de seguro quiere impresionarte- se rio ella palmeándome- Wow, eres muy pálida. ¿De dónde me dijiste que eras?

-Vengo de Nueva Gabul.

-¿Y dejaste eso para venirte aquí?- su boca se abrió de par en par- Caray que debes estar enferma.

-No es la gran cosa, créeme.

-Pero es mejor que San Naerit- hizo notar, y alzó la muñeca sobre la que se había sentado. Su rostro palideció unos segundos al ver que su peso le había partido un brazo, que se balanceaba colgando por un hilito de plástico, pero al instante recuperó el color y la arrojó dentro del cajón de mi mesa de luz, dando por concluido el asunto.- Escuché que los Grados fueron a tocar allí una vez. ¿Los conoces?

Negué con parsimonia, decidiendo al fin sentarme en la cama. El colchón era sorprendentemente cómodo, lo que me anticipaba gran placer a la hora de dormir. Kari torció la boca como si contemplara a alguien que le confesaba no haber probado nunca el chocolate.

-Son los mejores. Creo que irán otra vez en primavera, aunque dudo que papá nos pague las entradas. ¿Qué música te gusta entonces? ¿Evanescence?

Sonreí apenas, insultada por la sugerencia.

-White Stripes.

Pareció sorprenderse unos segundos, y luego algo en su pupila verde me hizo pensar que hacía un cálculo. Al último me dio un golpecito en la frente con el dedo y se quedó observando mi rostro, tal vez mi pelo, con el ojo ávido de la mujer que lo rastrea todo como detective, buscando los rastros de mi pasado o de lo que fuera que me había llevado a su hogar.

Se oyó un insulto apenas disimulado abajo, en donde Norbert se había tropezado con la silla arrojada antes. Kari sonrió y luego un rumor pareció distenderla, el inconfundible sonido de un motor rugiendo al acercarse.

-¡Matt!- se oyó a Norbert llamar- ¡Seguro vienen por ti!

Como si lo hubiera dicho a ella la muchacha se levantó y fue corriendo por el pasillo, tirando de mis ropas para que la siguiera. Su excitación me pareció exagerada. La seguí tan rápido como podía, hasta el final del corredor, y allí desde otra ventana pude ver, esta vez desde arriba, la cancha en donde Matt había estado practicando sus pelotazos, donde la pared de la casa estaba manchada por repetidas marcas. Kari concentraba su mirada en su hermano, que dialogaba con la pelota bajo el brazo cerca de una camioneta. Su cuerpo tapaba con quién hablaba, pero antes de poder asomarme más, presa de la curiosidad, Kari se adelantó casi derribándome y saludó con el brazo, dando un grito.

-¡Mikhail!

Abajo su hermano se dio vuelta y se apartó un poco, y pude ver que su interlocutor era un muchacho de lentes que devolvió el gesto desde el asiento de acompañante, para luego continuar hablando como si nada. Algo en su rostro me resultó familiar, una visión que resonó en alguna parte de mi memoria antes de que de nuevo la espalda de Matt lo tapara.

Suspiré, y Kari también dio un suspiro bastante diferente al mío. La miré atenta entonces, preguntándome si lo que pensaba era cierto. Parecía bastante obvia con sus afectos.

-¿Y él quién es?

-El tutor de Matt- dijo, y luego me miró desafiante, como si me hubiera sorprendido en un crimen- ¿Te pareció lindo?

La miré divertida.

-No, pero veo que a ti sí.

Ella rio, enrojando apenas, y luego me sopló en la cara, despeinándome y obligándome a retroceder.

-Ve a bañarte, Lis. Si Alex y Mikhail se pasaron por aquí eso sin duda significa que habrá fogata en el río esta noche. -Me sacó la lengua entonces, y se tapó la nariz- Además, apesta.

VIII

Por suerte para mí, el sistema de calefacción de las casonas de San Naerit -que sobrevivía a base del gas en garrafas que se repartían desde un viejo rastrojero- es lo suficientemente bueno como para mantener una ducha caliente por bastante tiempo, el tiempo que duraran mis pensamientos en acomodarse ante todo lo nuevo que había visto. Mientras me baño, mientras lavo mi cabello cerrando los ojos y dejando las gotas golpearme el rostro, las imágenes recientes: mi padre manejando, su mano tosca moviendo los cambios, las rutas y el frío, Norbert balanceándose hacia adelante, el estéreo del Twingo, los bosques y San Naerit, el parfait, la miel filtrándose entre las frutillas, el chillido de Wilhelm y la lengua de Kari, inclusive el gesto pétreo de la muñeca rota; todas se van sucediendo con cierta armonía, formando una música calma que me predispone a seguir viviendo el incierto futuro.

Veo el techo, que se desgajaba por la humedad, y pienso -estoy en una casa ajena, me estoy bañando en una casa ajena, voy a dormir en una casa ajena, yo no conozco a nadie aquí- que, por más novedoso que todo esto sea, al tiempo terminaría por acostumbrarme. Si tan sólo pudiera apostar, que no va a convertirse en un infierno como el de Nueva Gabul...

Un flash blanco invade mis sentidos, y mis ojos se cierran. No me aterro. He aprendido a dominarlo y, más aun, agradezco incluso que me ocurriera allí a solas y no a la noche, rodeada de nuevas caras. Me siento desnuda bajo la ducha, para asegurarme de que no me moveré, y tiemblo por unos instantes viendo la oscuridad, sintiendo como me pesan los párpados, como la sensación del agua caliente se asemeja más a manos que raspan como lijas mi piel, como

lastimándome por la sola ira de no haber podido tocarme antes. No dura demasiado. Algo duro golpea contra mi pierna y, al percibir que la oscuridad nueva ya es controlable, abro de nuevo mis ojos y me calmo respirando hondamente, mientras veo al jabón flotar como un barco naufragado en el charco que la ducha ha formado.

Entonces me levanto, y reviso mi cara en el espejo empañado, ese en el que me la veré de aquí en adelante durante años: me devuelve la mirada un rostro limpio, algo demacrado, ojeras y cabello rubio oscuro, desgredado, cejas negras que traicionan el resto del color. Thomas solía mencionar que me parecía a mamá y, por las fotos que vi y el recuerdo que tengo de ella, creo que es más apropiado decir que soy la versión *no femenina* de mamá, la versión sin su silueta y su gracia.

No importa. Cierro la ducha, me cubro con la toalla y cruzo a mi nueva habitación.

Justo cuando pienso que no tengo ropa con la cual cambiarme veo que mi bolso ya está al lado de mi cama, algo en lo que adivino la mano de Matt. No puedo reprimir una sonrisa. Me cambio –aunque no vario mucho, sólo me abrigo bajo otra sudadera del mismo color– rápido, mi cuerpo mojado oscurece el suelo de madera, sin ningún pensamiento definido, como impactada con cierta calma por mi último ataque de ceguera. Noto que ya ha oscurecido; debe anochecer muy rápido en San Naerit. Pienso que hoy voy a cenar aquí, y mañana también. Me pregunto qué estará haciendo papá, si sigue viajando, y lo imagino en el auto con su cara amargada, las luces de la autopista dibujando patrones en su frente. Siento que alguien me observa.

Alguien me observa, y por lo tanto es una extrañeza.

Es una extrañeza y, por lo tanto, otro ataque va a dar inicio. Me preparo.

Pero no quedo ciega, y siento que alguien me observa. Su presencia desaparece en cuanto Norbert me llama, y dejo la habitación con la sensación de estar dejando algo más aquí adentro.

IX

Comer con la familia Weigler es toda una experiencia. Nos sentamos en la larga mesa de madera por la que Kari y Wilhelm se persiguieron –yo, indecisa, planeo ir a la esquina hasta que Kari misma me empuja para que me siente a su lado– y Norbert dispone él solo por su cuenta, en papel de mozo, presentador y chef profesional, los cubiertos y los platos para luego desaparecer tras la cocina.

Entonces esperamos; yo con cierta incomodidad, sintiéndome lo que soy, es decir, una extraña que interrumpe la rutina familiar. Veo a Wilhelm, que neurótico se contiene a duras penas de reprender a su hermanita, veo a Kari, que con toda intención parece simular hurgarse la nariz para irritarlo y frente a mí veo a Matt, que parece tan indiferente como siempre pero que ocasionalmente me lanza una mirada que supongo considera sigilosa. Norbert aparece entonces trayendo una gran bandeja de plata, que ya humea por los bordes.

-Preparé esto para celebrar tu llegada.- dice, y la deposita entre todos- Bienvenida a casa, Liseth. Espero que pases un fantástico año.

Kari aplaude, y sus hermanos la imitan con entusiasmo fingido uno y con apuro por comer el otro, pero de nuevo no siento desprecio o indiferencia, es como si mi presencia allí les resultara tan natural como la de cualquiera de ellos. Al levantar la tapa un vaho de aromas nos invade y veo allí la carne cortada con prolijidad, rebanadas de fibra tierna y grasosa apilándose entre una salsa de consistencia cremosa y verdusca entre la que flotan algunas tiernas cebollas. Tanta carne me hace acordar a Thomas, que desconocía el propósito de un tomate o un rábano y me pregunto un poco si Norbert y él no asistieron a la misma escuela de cocina.

Pero está delicioso. Al principio comemos en silencio, demasiado ocupados en saborear la obra maestra de Norbert, cada vez más convencida yo de que, si mi estadía en San Naerit continúa como hasta ahora, deberé volver a casa rodando. Sólo los sonidos de los cubiertos y los pedidos monosilábicos por agua o pan interrumpen la quietud nocturna. Luego el patriarca de los Weigler se limpia la boca con una servilleta, y me mira.

-¿Te gustó tu habitación?

Tardo un segundo más de lo normal en responder, pensando en la sensación que tuve antes de bajar.

-Sí. Es muy... Es...

-No tiene nada- comenta Matt, sonriendo- Pero es mejor que la de Wilhelm.

-¡Tú cállate!- le grita su hermano, hablando con la boca llena.

-Es mejor que esté ocupada- asiente Norbert- Siempre me pareció algo escabroso tener una habitación vacía en donde vivimos, aunque no se pudo evitar. ¿Sabes algo de feng shui, Lis?

Hay un suspiro resignado, de sus tres hijos al mismo tiempo.

-Papá, no empieces- le dice Kari.

-Aburres- clava otra estocada Matt.

Wilhelm murmura por debajo un comentario sobre la miel o algo por el estilo, y Norbert parece desconsolado. Me río y arrastro un pedazo de filete sobre la salsa de cebolla, que engullo para dar tiempo a las cosas a rearmarse.

-Tú sólo asiente cuando diga esas estupideces- vuelve a arremeter su hija, cortando un trozo de pan- Te volverá loca. Se la pasa leyendo curiosidades en Internet.

-A mí me parece interesante.- lo defiendo.

Los tres me miran como si estuviera demente, y Norbert ríe, palmeándome con su manaza y casi haciendo que arroje mi vaso.

-¿Lo ven? Eso es lo que este hogar estaba necesitando: algo de respeto. Gracias Lis. Como te estaba diciendo, existen algunos preceptos del feng shui que estipulan que las energías de las personas deben...

-Oh dios, aquí vamos...

Cenamos entre explicaciones y comentarios jocosos, demasiado feliz yo como para indagar más sobre los temas que me interesan, referidos más bien a mi habitación o la casa. Es una agradable comida y además, con respecto a lo primero no tengo quejas. Tal vez no me sale expresarlo bien, pero es una buena habitación, mucho mejor de lo que era mi viejo cuarto en Nueva Gabul. Mi ventana da al bosque y al rumor del río; ¿cómo podría quejarme yo, si Wilhelm duerme en el sótano, cosa que de por sí me parece muy extraña?

Aunque también sospecho que Kari no permitiría que su hermano durmiera tan cerca de ella, lo cual debe facilitar el arreglo.

Al último un bocinazo interrumpe el desvarío de Norbert, que se dirige a tangentes de lo más creativas como la posibilidad de aplicar el feng shui para estimular la digestión. Kari y Matt se levantan como catapultados.

-Son ellos. ¡Liseth, ven!

Me pongo de pie, algo confundida. Wilhelm no se nos une, sino que sigue enfrascado en untar el pan en la salsa como un autista, y Norbert sólo nos hace una seña.

-Vuelvan antes del amanecer. Kari, abrígate más. Y tú Matt, cuida a tu hermana y a Liseth.

Pero su paternal advertencia cae en oídos sordos, pues ya los tres estamos afuera y allí nos espera la misma camioneta en la que el tutor de Matt había aparecido, con el motor por lo bajo y una multitud de personas en su interior. Yo los sigo, considerando que la noche me está deparando más de una sorpresa y que tal vez San Naerit no es tan monótono como lo aparenta desde la altura. Además, sin embargo, siento ansiedad y no puedo evitar el temblor de mi mano, que contengo apretando el puño. Es la primera vez que interactuaré con muchos jóvenes desde mis días en el instituto.

Aunque, si quiero prepararme bien para cuando comiencen las clases aquí, esta es la mejor oportunidad.

"Adelante, Liseth Aurdelard. Tú puedes."

X

Ocupo el asiento trasero junto con Kari, mientras que Matt se sienta adelante al lado de un muchacho de rostro pecoso y lleno de humor, que me mira como si yo fuera un dinosaurio. Más adelante puedo ver que el conductor -tapado a la tarde por el ángulo del coche- es un joven mayor y fornido, con brazos de levantador de pesas apoyados con cierta tensión sobre el volante y el gesto severo al vernos subir. A su lado hay otra joven, de cabello largo y

castaño atado en una cola alta. Sonríe al verme y es la primera en dirigirme la palabra.

-¿Tenemos una nueva invitada?

-¡Es Liseth!- habla Kari por mí- ¿Mikhail no vino?

-Tuvimos que dejarlo en casa- dice el conductor, y me mira petrificándome con lo imponente que es- Es un gusto, Liseth.

-¿Es la chica que van a acoger?- pregunta el de las pecas, ojeándome- Nos estaba haciendo falta otra mujer aquí.

-Elias, vas a asustarla.

-Estoy bien...- murmuro. Kari se adelanta para hacer las presentaciones.

-El musculoso es Alex- me dice, señalándolo con cierta decepción desde que escuchó que el muchacho de gafas de la tarde no vendrá- Parece malo, pero es un dominado. Jessica lleva los pantalones.

Señala a la joven, que me saluda amable.

-Una niña no debería hablar así- comenta el novio, y Kari le saca la lengua para proseguir.

-El de las pecas y rostro de pervertido es Elias. No te lo tomes en serio, es un payaso. Intentará ligar contigo al menos doce veces esta noche, pero por suerte me tienes a mí para detenerlo.

-¡¿Esa es mi presentación, Kari?!

-Creo que describió a tu personaje apropiadamente- comenta Matt por lo bajo. Elias se enfurruña en sí mismo, y yo vuelvo a sonreír. La camioneta se pone en marcha lentamente, el sonido de las piedras bajo las llantas haciendo ritmos crujientes mientras nos desplazamos cuesta abajo, por el intrincado sendero que se pierde entre la maleza. Hablan un poco entre ellos, entre los tambaleos del coche, charlas triviales que no escucho, perdida en la contemplación de la ventanilla o, más bien, de la oscuridad densa que hay tras la ventanilla, los árboles que dejamos atrás revelados sólo vagamente por las luces de los faros delanteros. Me estremezco dentro de mis ropas, perdiendo mis piernas dentro de mi propia sudadera para abrigarme un poco más.

Todo es tan... oscuro en San Naerit. Entre una casa y otra hay un espacio abismal, ocupado por naturaleza y nada, por penumbras, y a la noche entonces la casa de los Weigler, o cualquier casa, y en este momento el reducido espacio de la camioneta de Alex parece como un refugio, que me produce cierta excitación. Yo estoy aquí. Yo no conozco a nadie. Los rumores del auto, la dificultad al pasar por caminos con baches o raíces, los bamboleos que nos hacen saltar a todos mientras surcamos un sendero indescifrable entre las sombras... Todo me produce una modorra de insomnio, la que de niña pude haber atribuido a una aventura. Me dejo adormecer, relajada de estar allí, mientras que arriba veo las ramas secas del otoño que como dedos parecen señalarnos, querer arañarnos mientras nos movemos. No pregunté a dónde íbamos. Mi mente vuela un poco, y me imagino que es una trampa, me imagino que me llevan a un baldío para matarme, que soy una víctima más, pero en vez de lo usual -la ceguera, el terror, la oscuridad- el pensamiento, ridículo por cierto, me produce cierto placer perezoso, que me hace sonreír como si aceptara cualquier destino con gracia.

-¿De dónde vienes tú, Liseth?

La voz de Jessica me saca de mi contemplación, y me percató de que la conversación, invariablemente, ha vuelto a recaer en la nueva integrante del grupo.

-Vengo de Nueva Gabul.

-¡Y vino a parar aquí!- ríe Kari- ¿Lo creen?

Maldigo mi voz, que siempre me resulta asustadiza. Alex me mira por el espejo retrovisor.

-Creo que Mikhail venía también de allí, ¿no es así?

Su novia asiente.

-Solía decir que era una linda ciudad.

-¿M...Mikhail?- digo, recordando al muchacho de gafas. El poco color de mi rostro se pierde, vertiéndose en un recuerdo amargo. Mikhail. Mikhail.

Entonces se dibuja un pasillo, el largo pasillo del Instituto Educativo Nueva Gabul, y en esos corredores se perfilan toda una variedad de rostros: caras amables, caras burlonas, caras penosas y divertidas con mi sufrimiento. Una se destaca entre ellas, por la seriedad que tiene, como si estuviese juzgando no sólo a mí, sino a sus pares, a sí mismo, a todo lo que la rodea, una cara tersa y de anteojos sin marco, con el cabello desordenado de color cobrizo. Y un nombre. Mikhail Eder, estudiante de cuarto grado. Los nervios se me incrementan mientras intento recordar, intento pensar si él sabe por lo que pasé, o lo que soy, si es el tipo de persona que puede contarle y reproducir en San Naerit lo que ocurrió en Nueva Gabul.

No puede ser. Esto no puede estar pasando, no así, no puede pasarme a mí, no debería pasarme a mí, no tiene por qué estar pasándome. Es injusto, no lo merezco, y además... Y además...

-Debe de haber ido al instituto contigo- sonrío Jessica- Bueno, antes de que lo dejara. Tiene su carácter...

Dejara. Mis hombros pierden cierta tensión, y en las miradas que me dirigen creo que sólo la de Matt es la que percibió mi repentino ataque de pánico. Cierto, ahora lo recuerdo. Mikhail Eder había dejado el instituto abruptamente, antes del episodio ocurrido en la formación. No debería de saber nada, nada que no sea el haber sido dejada de lado... Aunque, ¿y si tiene amigos, que le hayan contado? ¿Si aún habla con Orlana, que se jactaba siempre de tratar con la gente de cursos superiores?

-¡Mikhail es muy amable!- lo defiende Kari.

-Ya lo creo- dice Alex levantando las cejas. Matt también acota, con una sonrisa.

-Mikhail es un cretino, pero uno inteligente.

-Matt, no deberías hablar así de quienes no te oyen.

-Va a golpearte- ríe Elías por lo bajo. Matt lo golpea a él en el hombro y el joven se lo devuelve, y entre los giros y las sacudidas que da el auto ambos se pasan un buen rato intercambiando puñetazos brutos, sin defenderse o molestarse en lo absoluto, cosa que agradezco pues me hallo cada vez más sumida en el miedo que me provocaron las últimas revelaciones.

Muerdo el borde de mi buzo unos segundos, para calmarme, y decido no darle importancia. Está bien. Está bien, el destino juega conmigo, pero no tengo motivos para preocuparme. ¿Cuáles son las posibilidades de que un joven ocupado se acuerde de los cursos menores de su antiguo instituto, de una chica con la que nunca cruzó una sola palabra? No, no puede ser, sé que puedo estar tranquila. Nadie va a molestarme. Cuando conozca a Mikhail, pienso, deberé acercarme a él con precaución. De momento, es una suerte que no haya venido a este viaje. Me dará un respiro para estar preparada cuando el día llegue.

La Chevrolet de Alex sigue bajando, desperdigando tierra y pedruscos mientras más empinado se hace el camino, pero él parece acostumbrado al trayecto. Sus brazos se aferran del volante con cierta violencia, las venas en los bíceps latiendo a medida que su presión sobre la goma aumenta, cuando pasamos un bache especialmente hondo o una curva se hace particularmente aguda. Cada tanto Jessica le da instrucciones, y en ocasiones la camioneta irrumpe por senderos tan pequeños, tan tapados por los árboles que siento que estamos en una verdadera selva.

-¿A dónde vamos?- pregunto, insegura. Elias es el primero en responder, mirándome divertido.

-¿Estos esperpentos no te lo dijeron?

-¡Lis, te dije que haríamos fogata!- me reprende Kari.- Hello, esa cabeza... ¿Estás enamorada?

Me cuido de responder.

-Iremos a la playa de las piedras- responde Jessica, y por su forma de decirlo entiendo que va en mayúsculas, La Playa de las Piedras. No parece un nombre original, aunque de seguro resume bastante bien lo que nos espera allí. Vuelvo a recordar mi fantasía previa, y me imagino a todos los que me rodean con máscaras, haciendo un canto tribal mientras me empujan desde una enorme roca para caer a un río de aguas furiosas.

-¿Sabías, Liseth, que La Playa de las Piedras es un lugar embrujado?- dice Elias, torciendo el cuello para mirar hacia atrás. Capta mi atención en ese momento, pero Alex desecha la idea con un bufido.

-Deja de asustarla, Elias.

-No me da miedo.

-Pues debería- contesta el joven, agregando una cuota de misterio a sus palabras- La leyenda dice que allí...

Lo interrumpe el golpe de una revista, que desde la protección que le brinda el asiento del copiloto le brinda Jessica.

-Deja las historias para más tarde. Ya llegamos.

Elias se soba la cabeza, como si el cachetazo de aquella revista hubiese sido mucho peor que los puñetazos que intercambié con Matt hace un rato, y Alex estaciona el auto al borde del sendero. Voy a suponer que aquí no hay mucho tráfico, pienso mientras veo la oscuridad, la oscuridad impensablemente densa que nos rodea. Un escalofrío me estremece desde los talones hasta la coronilla. ¿No es en cierta forma esto lo que me visita en cada ataque de ceguera, en cada pánico? Y sin embargo... Quizás por estar acompañada, la sensación de excitación y aventura aumenta. Descubro que las ganas de dejar la seguridad vana de la camioneta son tan grandes como las ganas de salir a explorar junto con estos extraños que se esconden tras esos árboles, de seguir el encantador rumor del río.

Me bajo, hundiéndome mis manos en los bolsillos de mi sudadera para guarecerme un poco del frío. Los demás también descienden, y en cuanto Alex lo hace -y Alex es enorme, tal vez no tan alto como Norbert, pero sí más fornido- y el motor se apaga el silencio que nos domina es absoluto. Me siento perdida en un desierto, pero aún puedo adivinar sus formas. Estoy acostumbrada a no ver, una lamentable ventaja de la cual ahora puedo enorgullecerme. Me mantengo cerca de Kari y siento cómo alguien abre el baúl de la Chevrolet. Alex saca dos linternas grandes, focos con manijas y las

enciende, y dos haces de luz potentes perforan la negrura. Luego toma dos bolsas, y tiende ambas a Elias que a duras penas aguanta el peso.

-¿Yo llevo todo?!

-Qué caballero, Elias- sonrío Jessica.

Kari le hace una mueca, y entonces seguimos a Alex adentrándonos por entre los árboles. Excepto yo, todos parecen habituados a este recorrido, y no se quejan cuando alguna rama rebelde les araña la cara o se les engancha en el cabello, cuando el barro de entre las raíces les succiona las zapatillas o las mil variables de la naturaleza les actúan en contra, cosa que yo tolero con murmullos contenidos, temiendo parecer débil. Esta gente debe de estar más acostumbrada, a las realidades de vivir rodeados de nada, al frío y a los arañazos, y para cuando termine el año yo, frágil como me considero, también voy a estarlo. Es imposible que algo en mí no cambie en tanto tiempo, que la Liseth que mi padre vuelva a ver sea la misma que dejó con Norbert en la ruta. Suspiro. El murmullo del río se hace cada vez más evidente; un coro plácido y nocturno. Esquivo un árbol, me agacho un poco, aparto de mi cara las hojas húmedas y al último, junto con los demás, emerjo a una playa pequeña, apagada por la noche, poblada por rocas y más rocas: grandes pedregones que guardan vigilia nocturna al agua que calma se desplaza, muy ajena a mi turbulenta fantasía.

Aspiro un poco de ese aire, y Kari me empuja para que los siga. Atino a caer de pie sobre la arena, ahogando un gritito del cual Elias se ríe sin ataduras. Mi orgullo sigue en pie, pero el interior de mis zapatillas está ahora lleno de arena y me incomoda. Me sorprende al ver que el resto se quita su calzado, y al instante los imito. La arena es fina, no como talco pero lo suficiente para no lastimar, y aunque está fresca no es helada como me temía, sino que parece haber recibido toda la fuerza del sol durante el día. No dejo huellas al avanzar, pasando por entre las piedras, por entre Alex y Jessica que disponen ramas sobre el suelo, por entre Matt y Elias que juntos desempacan de otra bolsa un sinfín de botellas y cajas de cartón. Mis pies están fríos, pero la sensación me agrada. Hay una brisa suave meciendo mi cabello. Apoyo la planta en el agua, apenas, y me sorprende descubrir que tampoco está helada.

Dos manos me vuelven a empujar por la espalda, pero al instante me aferran.

-¡Boo!

-¿Mira si caía...?- le digo a Kari, pero sonrío y las dos nos reímos. Ambas nos agachamos y probamos esa agua imperturbable con las manos, la vemos correr por entre nuestros dedos, despertando ondas variadas que se pierden junto con la corriente. Este lugar... Es de una calma imposible.

-No había de esto en Nueva Gabul- comento- Aquí todo es más natural.

-Claro, convénceme de que es mejor vivir aquí y no donde tocan los Grades- ríe ella- Vas haciendo un buen trabajo.

-¡Mujeres!- nos grita Elias desde donde ya las ramas están formando un círculo, y Alex enciende con maña el fuego que nos reunirá- ¿No quieren probar un poco del delicioso coctel Don Elias? ¡Sin cargo por la noche, oferta limitada!

Kari hunde sus dedos en la boca, simulando vomitar, y Matt arrebató el cartón donde hizo su mezcla a su amigo y se lo toma, prodigando otro intercambio brusco, casi mecánico de puñetazos. Las dos volvemos a pasos lentos hacia el fuego, que ya chisporrotea violento, elevándose más y más

cuando Alex le arroja un poco de nafta que desde un tambo manipula con cuidado. No pierde el tiempo soplando o frotando piedras, al menos le doy eso.

Me siento, Kari se sienta a mi lado y del otro Matt se apoya sobre una roca, y luego Jessica, Elias y Alex pasan a integrar ese círculo de amistad extraño, nuevo para mí. Al principio nadie habla, sino que como si perteneciéramos a alguna primitiva religión todos contemplamos las llamas danzar, crecer, hacer formas inhumanas; y en silencio se pasan mano en mano los cartones con vino barato, o las botellas de cerveza bebidas del pico, o cualquiera del sinfín de bebidas cuyos nombres me son desconocidos. Pienso que este es, de algún modo, el tipo de eventos que creí robados de mí cuando era más pequeña, el futuro que creí perdido. Pruebo el vino, pero me resulta desagradable. Lo escupo en la arena, y el resto ríe.

-¿A ti tampoco te gusta?- pregunta Alex, que recién noto tampoco lo toca. Bebe cerveza de una botella de boca ancha, que apoya en un hueco en la arena una vez traga.

-Eh... No...

-Más para mí- dice Elias. Matt le pasa el cartón, y su garganta se mueve de arriba abajo mientras traga. Hasta Kari toma, cosa que me resulta impensable, pero a nadie parece molestarle. Las reglas aquí son diferentes a las de mi viejo hogar.

Dudo unos segundos, antes de preguntar.

-Esto...- señalo el fuego- ¿Es legal?

Al instante me siento estúpida, aunque ellos no se ríen.

-“Legal” tiene muchas definiciones- contesta Elias- En Madrid, tú serías una tía legal.

-Elias, ve y fíjate si está lloviendo en el río- le aconseja Jessica con una sonrisa cruel, a la que él responde arrojándose en la arena como flechado en el corazón.

-No es legal para nada- contesta Matt- ¿Pero quién va a frenarnos?

-No causaremos ningún incendio- asegura Alex.

-¡Alex fue bombero!- acota Kari señalándolo- Nos protegerá de todo mal. Lo miro, y su gesto grave me lo confirma con un asentimiento.

-Si tienes miedo- vuelve a arremeter Elias- Puedes tenderte en mis brazos, Liseth. Yo te protegeré.

-Hice boxeo antes de ser bombero, y te golpearé si sigues asustándola.

-No estoy asustada.

-¿No le viste el rostro?- comenta Matt riendo por lo bajo. Elias lo golpea y un tercer intercambio como el del auto se sucede, al que todos restan importancia, más ocupados en beber y concentrarse en los vaivenes de la fogata. Mi cuerpo ya se siente más cálido, pero resisto de la tentación de librarme de mi sudadera. Coger un resfrío al primer día no suena como una buena introducción a este mundo, y prefiero conservar eso para cuando las clases den inicio y tenga que preocuparme por faltar.

Un año. Un año es todo lo que tengo que resistir, todo lo que tengo que aguantar en este nuevo mundo, sin caer, sin llorar, sin asfixiarme. Creo que puedo lograrlo. Tengo fe en que, de jugar bien mis cartas, puedo convertir mi estadía en San Naerit en la de una chica normal.

Matt me pasa una cerveza, que acepto sin decir nada. Tiene un sabor apenas amargo, un dejo de alcohol que refresca cuando la bebo. Al menos

puedo decir que me gusta más que el vino. Justo cuando le alcanzo la botella a Kari, Jessica interrumpe la quietud.

-¿Y bien, Elias?- sonrío- ¿No querías contar tu historia?

El susodicho se revuelve un poco, incómodo. Tiene las mejillas coloradas: no por la vergüenza, sino por el alcohol.

-Es que mi historia es la mejor- se defiende- Debería contarla al último.

-Claro, cuando queramos dormir.

Vuelve a golpear a Matt, pero el intercambio se da sin fuerzas. Alex tose, haciendo un gesto para que frenen.

-Normalmente, Mikhail es quien cuenta los relatos. A falta de él, creo que yo puedo comenzar con algo.

Todos lo miran, y por sus gestos percibo que el que haga tal cosa es una extrañeza. Hasta su novia parece curiosa.

Las llamas se elevan, cansando mi vista. Alex da otro trago a su botella y da inicio.

-Hace años, cuando era bombero...- busca las palabras, pero parece pelear contra algo en su interior que no lo deja comenzar. Reorganiza sus pensamientos y nos mira- Me hallaba en el cuartel, midiendo mis cosas, cuando la alarma sonó de improviso. Entonces, ya vestido, corrí con mis compañeros al camión cisterna para ir en socorro de esa gente. Un edificio, se imaginan, se estaba prendiendo llamas.

Escuchamos sin decir una palabra. El resplandor da a sus ojos cierto destello lúcido. Amaga otro trago y continúa.

-En mi ciudad, los incendios no son tan extraños. El clima es seco, muy seco, y hay muchas cosas que podrían provocar un incendio... No mucho tiempo atrás de lo que les cuento, un lunático logró hacer arder quince hectáreas de campo, y llenó de humo las calles. Es un peligro constante.

»Pero en este caso, resultó que se trataba de un accidente. Un enchufe roto, se supuso después; o un cable pelado, algo que lanzó un chispazo en un momento indebido y terminó propagando las llamas. Y el fuego...

Sacude su botella, y un par de gotas chocan la fogata, que como obedeciendo una demostración se sacude hambrienta.

-Crece rápido- dice Alex, ensimismado- Muy rápido. En tan sólo un par de minutos, ya todo el edificio estaba en llamas, lenguas que se elevaban desde las ventanas, consumiéndolo, y lo llenaban de un humo negro, bien espeso, como ninguno que haya visto antes. Yo era un simple cadete. No tenía edad para que mis compañeros me respetaran, así que sólo cuidaba el camión cisterna, me encargaba de ir apagando con la manguera las llamas más grandes, ayudados por otros dos del mismo rango.

»Es un trabajo arduo. Hay que tener fuerza, y constancia, y los incendios parecen tener voluntad propia. Mientras íbamos evacuando a los vecinos, otros cerraban la zona, y la voz se corría de lado a lado. ¿Lo recuerdas, verdad?

A su lado, echada hacia atrás en la arena, Jessica asiente con lentitud. Sus ojos también brillan de una manera extraña al contemplar a su hombre.

-Sí...- se pasa la mano por el mentón Alex, y de pronto, como por descuido, clava su mirada en mí, que me he subido la capucha para protegerme de la luz- Sin embargo, cuando creíamos que el edificio estaba vacío, un llanto desde el tercer suelo nos dio a entender que aún quedaba gente.

-Qué típico- comenta Matt. El narrador se lo concede con un movimiento de cabeza.

-¿Y entonces?- inquiera Kari. Parece tan embelesada como yo con aquella simple historia.

-Pues... Dos de mis compañeros buscaron adentrarse, a rescatar a esos perdidos. Supusimos que se habían quedado encerrados por los escombros. Era difícil localizarlos, pues los gritos habían cesado, y temíamos que estuvieran asfixiándose.

Esta vez sí Alex da un buen trago, viendo al frente, aún perdido en el pasado.

-Pero pasaban los minutos, y ni los nuestros ni quienes habían quedado salían. Comenzamos a temer que fuese algún animal, un gato que hubiera imitado el llanto de un niño para buscar ayuda; pero al hablar con los vecinos caímos en la cuenta. Había sonado desde uno de los departamentos del frente, en donde vivía un hombre soltero con su hijo, de unos cinco años. El grito sólo podía haber sido del pequeño.

«Sin embargo, ¿dónde estaba? Nos comunicábamos por la radio, y no había caso. El sitio se caía en pedazos. Recuerdo que, arriba, uno de los aires acondicionados estalló y la explosión se elevó por la terraza arrojándonos vidrios rotos. El tiempo se acababa, y el capitán vacilaba con su equipo en mano, inseguro de si llamar a sus hombres o no. Quería evitar la mayor pérdida posible de vidas.»

Al oírlo, una sensación ardiente recorrió mi espalda bajo el abrigo. Quienes ardieran, encerrados, sin ser vistos por el mundo...

Creo que, sin haberlo conocido, entiendo ese sufrimiento.

Alex retoma su relato.

-“*Vuelvan*” les dijo entonces. Yo lo escuchaba todo espantado. “*Vuelvan ahora mismo*”. Ya todo colapsaba, y las mangueras no estaban haciendo su trabajo. Y ahí, como de milagro, se oyó por la radio la voz de uno de ellos.

“*Los encontramos*”

-¿Los?- inquirió Matt.

-En efecto- asiente sereno Alex.- Los. Porque, el padre del niño ya había muerto. Sin embargo, una mujer estaba junto al pequeño, abrazándolo, protegiéndolo del humo e incapacitada por el peso de los escombros. Se le había ocurrido, por alguna locura, cubrirse de escombros para cortar el avance de ese infierno hacia ellos, y por eso su cuerpo se mimetizaba ante los ojos de nuestros bomberos. Pero lo curioso es que funcionó, por ridículo que parezca. Ambos sobrevivieron.

-¡Un ángel!- sugiere Kari.

-Una deliciosa Mujer Maravilla- acota Elias brindando al aire.

Yo en cambio observé a quien hablaba, a su expresión seria, y a la mano que con dulzura Jessica le ponía en el antebrazo. Sentía que había algo allí, algo que se me escapaba por no conocerlos, y en la mirada aguda de Matt se veía la misma constancia.

-Una mujer común- suspiró al final el relator- Eso fue lo que nos dijo cuando por fin los sacaron de allí. Había pasado, y al ver el fuego entró antes que los bomberos. Lo demás pueden imaginárselo.

Elias da un largo silbido. Todos nos removemos en nuestros lugares con cierto relaje, y varios aprovechan para beber el poco líquido que queda del fondo de las botellas. Una vaga pereza me invade, pero me resisto a cerrar los

ojos. Es de esperar. He viajado todo el día de ayer, y ya es de noche y aún no se encuentra mi mejilla contra la suavidad de una almohada. Pienso en la casona de los Weigler, a tanta distancia, en mi nuevo cuarto y en ese colchón mullido, impecable, y no puedo reprimir una sonrisa.

-¿Algo para contar, Liseth?- sugiere Jessica animándome, probablemente al malinterpretar mi gesto. Me sacudo y niego con la cabeza.

-¿Seguro?- Elias se me acerca- ¡Vienes de Nueva Gabul! Allí deben pasar cosas interesant-

Pero se interrumpe, pues Kari le empuja con el pie y lo obliga a caer de cara contra la arena. Se lo agradezco en silencio, y Elias ríe sin problemas.

-Aquí, en cambio, los incendios no son un problema- comenta Matt.- Un yeti se congelaría el trasero en San Naerit.

Una corriente de aire helado parece esforzarse en darle la razón. Tras ella el murmullo persiste, por lo que me fuerzo a hablar, viendo al río, recordando mi fantasía anterior.

-¿Y los ahogamientos?

Tantos ojos apuntándome me sobrecogen. Antes de que atinen a responder, sin embargo, una risa melodiosa se continúa, una risa de borracho hecha con mucha intención. Todos nos volvemos hacia Elias, que en la posición que fue dejado temblequea como un poseso. Al parecer halló mi pregunta hilarante, y no puede parar las carcajadas que lo dominan.

Me siento algo incómoda. Jessica se levanta con un suspiro, dispuesta a amonestarle, pero entonces él levanta una mano.

Tuerce la cabeza en la arena, y me mira con interés.

-Es bueno que lo preguntaras.

Silencio. Se sienta recto de nuevo, recuperando la postura y sacudiéndose la tierra del pelo. Todos notan que intenta crear tensión con su demora, pero por algún motivo las recriminaciones esta vez no emergen.

Elias sonrío, victorioso, y junta las manos.

-Porque mi relato...- nos dice- Mi relato de fantasmas tiene mucho que ver con ahogamientos, y con el mismo río que corre a unos metros.

El murmullo sube, mareándome. Por una milésima de segundo temo estar a punto de tener uno de mis ataques, ahí, en ese instante, frente a todos ellos. Por suerte logro dominarme. Mi muñeca tiembla, y por unos segundos las voces son difusas, el silencio se confunde en torbellinos de ruidos variados, de sombras despedidas por los contorneos de las llamas.

Luego todo se define, y la voz de Elias resuena clara como el agua.

»¿Conocen, quizás, la historia de los Cuatro Locos?

-¿Los Cuatro Locos?- pregunta Matt alzando una ceja.
Hay murmullos. Alex pifia, y Jessica pone los ojos en blanco. Kari enseña la lengua con disgusto.

-Eres muy poco original.

-Esperen- levanta la palma Elias- Hablo en serio.

Yo miro a todos, curiosa.

-¿Qué son los cuatro locos?

-Una estupidez- dice Matt quitándole importancia con un gesto de la mano.

-¡Fantasmas!- alega Kari.

-Son una especie de...- Alex se acaricia bajo el mentón, distraído- Leyenda en San Naerit. Por supuesto, como toda leyenda, son increíblemente falsos.

-No lo son- se defiende Elias- Son reales.

Por primera vez no parece estar bromeando. Los hermanos Weigler suspiran.

-¿Cómo cuando defendías lo del león bajo el toldo del señor Lamar?

Él enrojece, pero al instante se irgue con orgullo.

-Pero en este caso, si no creen en mí, poco me importa. Porque la prueba que tengo de que son reales no es mía. Fue a Scott a quien le ocurrió lo que planeaba contarles. ¿Recuerdan a Scott, verdad?

Matt asiente, con la boca torcida en una línea.

-No es tan fanfarrón como tú, al menos.

-¿Lo ves?- coincide Elias- Y me juró y perjuró no haberme mentado. Dijo haber visto a los Cuatro.

-¿Dónde?

-En el bosque.

Hace una seña, a la arboleda que como una nube negra se halla del otro lado del correr del agua, elevada sobre el barranco.

-¿Y qué hacía Scott allí?- pregunta Kari con suficiencia.

-Me dijo que estaba buscando a su perro, Blondie.- dice- Saben que se perdió el verano pasado, por lo que decidió registrar la zona a expensas del viejo Zaq.

-Ahora me vas a decir que los Cuatro Locos se comieron a su perro, ¿no?- sonrío Matt. Sé que, si estuvieran cerca, comenzarían a golpearse como las anteriores veces, pero la distancia los calma y Elias sólo agita la cabeza.

-No tengo ni idea de lo que le ocurrió a ese labrador. Sólo repito lo que Scott me contó. Dijo que los vio sentados, formando un círculo, como si estuvieran invocando al demonio. Uno de ellos hablaba. Y que entonces se asustó, y sólo atinó a escapar corriendo.

-Podría haber sido cualquier pandilla de cretinos- discute Jessica.

-¿Cómo los describió él? Eran monstruosos.- Elias entonces me mira, la confusión que hay en mi gesto. Me siento perdida en un mundo viejo, distinto, al cual no pertenezco, con nombres y una mística que me son del todo ajenos. Por mucho que me esfuerce por encajar, no entiendo de qué hablan.- Bueno bueno, creo que nuestra bella novata está un poco confundida. ¿Quieres saber la leyenda, chica nueva?

Lo vuelvo a increpar con la mirada, afirmativamente. Alex se adelanta, levantando una mano con autoridad.

-Es una historia algo tonta, Liseth- dice. Su advertencia queda en nada, pues ya la boca de Elias se tuerce, sus labios se pegan y despegan para producir el relato que me transportará, al menos momentáneamente, al San Naerit de un pasado en el cual su existencia me era desconocida.

XII

-Para empezar- comienza -Hay que tener en cuenta que el San Naerit de antes no es el mismo que ves ahora aquí junto a nosotros. Por ejemplo, ¿qué te ha parecido el centro? Hace quince años, ni siquiera existía. Los caminos eran de tierra, y sólo las casonas se alzaban. San Naerit pertenecía a un puñado de familias terratenientes que se negaban a dejar que la civilización se inmiscuyera en sus propiedades, cerrándose a todo avance. Era mucho más campo aun de lo que nos rodea hoy en día.

»Mucho de eso todavía perdura. Claro, ahora hay edificios, y una ruta, hasta un par de fábricas, pero creo que has notado que los bosques son el ochenta por ciento del terreno. La mayoría es inaccesible, o se halla abandonado. Ya casi la totalidad de dueños se mudaron a otros sitios, y olvidaron sus herencias. Quedan historias, de cómo eran las antiguas familias que regían este aislado mundo: los Miüller, los Berkan, y por supuesto la única que aún perdura, el grupo de los Ashadd. Ya sabes, lo típico: esas fotografías sepia que muestran al padre, recto como si llevara un caño metido en el culo, con su traje planchado, a las mujeres con faldas largas y blusones y los gestos siempre cansados, laboriosos, a los bebés pálidos como si estuvieran muertos en vida. Verdaderamente una época de pura pena.

Se cubre el rostro, fingiendo llanto. Noto que la tensión a mí alrededor se contrae por no golpearlo.

-¡Pero!- dice Elias- Aun en esa época solían ocurrir cosas interesantes. La más importante, en la opinión de muchos, fue el suicidio de la familia Berkan. Eran un juntadero, por lo que se sabe, de fenómenos, pero con todo y ello dominaban tres cuartos del territorio. Descendían, según se decía, de los primeros colonizadores que habían ocupado la zona y escondían toda riqueza, viviendo una vida austera, a puertas cerradas, como un lúgubre clan. Nada de coches elegantes o volados; eran gente de campo, bien cerrada, y se rumoreaba que el patrón Berkan era un salvaje, que le gustaba propinar palizas a su esposa e hijos ante cualquier conducta indebida. Trata de imaginar a unos *amish*, pero malvados. Lo cierto era que todos ellos estaban mal de la

cabeza. Sin embargo, aun para un loco la forma en la que murieron pone los pelos de punta.

Alex vuelve a interrumpir.

-Leyendas.

-Quizás- concede Elias- Pero no por eso falsas.

-¿Qué pasó con los Berkan?- inquiero yo, dominada por la curiosidad.

Como toda respuesta Elias retrocede, plácido, y señala con el pulgar el río que corre.

-Eso. Eso pasó.

Matt da un bufido. Yo contemplo las aguas negras.

-Se arrojaron al río- explica Alex- Los cuatro hijos del Señor Berkan. Se tiraron desde una piedra que se halla corriente arriba, y murieron al instante. A algunos les gusta ensalzar la historia y sugerir que quedaron enterrados bajo el agua, pero conociendo esta corriente lo más probable es que se hubieran roto el cráneo con el salto. Asumiendo, claro, que toda la historia no sea más que patrañas.

-No lo es- se defiende Elias, evidentemente molesto por que Alex le haya ganado en revelar lo más jugoso- Sus cuerpos nunca se recuperaron, pero alguien los vio caer. Los cuatro, en fila, se arrojaron uno tras otro a las profundidades. Las otras familias enviaron equipos a explorar en la oscuridad, con viejas linternas, buscando un modo de salvarlos, pero ya era demasiado tarde. En la noche, nadie comprendía nada. Y cuando fueron a reportar al padre lo sucedido, cuando por fin el resto de los pueblerinos se adentraron al territorio privado de los Berkan...

-Descubrieron que había sido asesinado- dice Matt.

-¿Pueden dejarme completar mi propia historia?- se exaspera su amigo.

-Eres demasiado lento.

-¿Asesinado?

-Por sus hijos- Alex toma la botella vacía, la da vuelta, deja cada pequeña gotita hacer un punto de humedad sobre la arena- Tal fue el motivo de por qué se suicidaron. Al parecer, no toleraron más su brutalidad, y congeniaron para acuchillarlo. O eso se comenta. Pero tampoco pudieron tolerar el parricidio. Sólo hallaron paz en la muerte.

-Si eso fuera cierto- suspira Jessica viendo el bosque del otro lado, su silencio- Si de verdad hubiesen hallado paz, entonces no se comentaría tanto que sus espíritus aparecen por estos lindes.

Elias ríe.

-¿Lo ves, Alex? Tu novia me da la razón.

-Sólo comento- chasquea la lengua ella.

-¿Y entonces?

Se hace el silencio de nuevo. Al recibir otra vez tantas miradas me sobrecojo, pero intento que no se me note. Matt suspira.

-Es sólo una tonta historia.

-Dile eso a Scott- vuelve a arremeter Elias- ¿Y no recuerdas a Larry, el verano pasado? Dijo que los había oído caminar alrededor de su casa, cerca de la fábrica.

-Larry es un minino asustadizo. Debió de haber oído algo de brisa y asumió de inmediato que eran demonios venidos desde el infierno.

Con aquello, el narrador se inclina de hombros, frustrado en su intento de dar miedo. Pero aunque no se trasluzca demasiado en mi expresión

sombría, el relato de Elias sí ha causado cierta impresión. Casi puedo verlo, sentirlo; no a la caída, que me despierta vértigo y duda, sino a lo otro; a los grupos en la oscuridad, del otro lado del cauce, llegando a una casa abandonada, hallando un cadáver y una historia a puertas cerradas. La historia de una familia cuya locura tenía raíces en su cotidianeidad, en el maltrato, en el encierro. Algo en ello me da náuseas. Después de todo, para mí, que siempre me vi envuelta en sombras, para mí que conecté desde pequeña con ese otro mundo de horrores indescriptibles, las historias de fantasmas no son más que plegarias explicativas. Ya no puedo descartar ninguna.

En la quietud que sigue a todo aquel furor, es evidente que cada uno de nosotros está pensando sobre los llamados Cuatro Locos, los Berkan, sobre la posibilidad de que los fantasmas existan y, aun más, de que los fantasmas puedan tener ansias de venganza. Nuestros rostros sumidos en la contemplación de las llamas, la manera muda con la cual el siseo del agua hace presencia aunque evitemos volvernos hacia ella, la pausa tras el relato, todo me lo confirma.

Sólo unos minutos después, en ese silencio, un ronquido nos desconcentra a todos: arrojado boca arriba, Elias ha caído dormido; su pecho subiendo y bajando lentamente bajo el compás de su respiración. Kari decide aprovechar y echarle arena en la boca, lo que causa que él se despierte y la corra por toda la playa, dejando una pista de huellas que el viento borrará. El movimiento, la vida, la alegría nocturna, todo vuelve a congeniar en unos instantes, sobrepasando el instante de horror.

Paso el resto de la noche allí, riendo, divirtiéndome, saliendo de mi timidez para conocer a quienes con suerte serán mis nuevos amigos. Ya algo mareada por el alcohol, decido dejar la cerveza para cuando sepa acostumbrarme y los oigo hablar, bromear, intercambiar anécdotas y hacerme preguntas, la memoria de esas imágenes que atravesaron mi mente (una casa abandonada, un cuerpo anciano, muerto sobre un sillón en la oscuridad, cuatro chasquidos, uno tras otro, contra la negrura que corre) difuminándose entre la gracia y el agradecimiento, entre la felicidad contenida que me provoca el estar por fin interactuando con gente, no simplemente estar sola o llorando. Por unos instantes, puedo jactarme de la cruel hazaña de no extrañar a mi padre.

A la hora, de tanto correr, Elias cae rendido y con tanta energía como al inicio Kari le embadurna la cara y el cabello con más arena. Alex apaga las brasas, dando por terminado el encuentro, y comienza a juntar la basura y las cosas mientras que yo escucho a Jessica contarme del pequeño apartamento en el que viven junto con Mikhail, pedirme que los visite. Despiertan a Elias, que cabecea, se sacuden la arena, se preparan para regresar al coche. Aún está muy oscuro. Faltan horas para que el sol salga, diría que es el punto abismal en la noche. Matt, a mi lado, toma una de las botellas vacías y con todas sus fuerzas la arroja contra el río. Falla, y la botella se pierde entre los árboles.

Lado a lado con ellos, subiendo la pendiente hacia donde ya hay pasto y espinas, me percató de que me estoy olvidando de mi calzado. Alex dice que me esperan, que vaya a buscarlo. Mis pies descalzos vuelven a la arena, reconfortante después de tocar de nuevo las plantas frías, y camino por entre las cenizas humeantes que dejamos, el laberinto de hendiduras y huellas en ese espacio de la Playa de las Piedras.

La brisa sopla. Me maldigo a mí misma por no haberle pedido una linterna a Alex, y busco mis zapatillas con el tacto, tanteando la frondosidad de la playa. Sin advertirlo, los sonidos de los demás han desaparecido por completo.

Al hallar mi calzado mi alivio se diluye con un sonido estruendoso. Palidezco. Del otro lado de las aguas, sobre el barranco, una carcajada demente parece aproximarse revolviendo el follaje, cada vez más cerca, murmullos que abundan, espectros de locura corriendo salvajes, despertados por la botella que arrojó Matt.

Hacia mí.

Me doy vuelta, con las zapatillas en una mano, y corro hasta donde los demás me esperan. Siento, nunca tan real, al miedo, su adrenalina, la palpitación y el sudor helado. Mucho, mucho, miedo.

XIII

Ni Alex ni Jessica, ni Matt ni su hermana, y ciertamente tampoco Elias se enteran de lo que sucedió, de lo que creo que sucedió allí en la playa. Prefiero ocultar la historia, que tan posiblemente es sólo una de las bromas que causa mi mente, y evitar volver a quedarme a solas en las Piedras a futuro.

Confundiendo mi palidez con sueño o debilidad, Alex parece esforzarse en aumentar la velocidad para devolvernos al hogar. Con la vista perdida en el escenario de la ventanilla, el recuerdo de esa risotada perversa me invade. ¿Qué hay aquí, en San Naerit? ¿Qué tiene este sitio que me atrae, que me repele, que me envuelve con una sensación inexpresable? Percibo, por momentos, una idea de locura, que me grita que yo he sido llamada aquí, que no es simple casualidad que mis pies se posaran en este pueblo. Todos los silenciosos pinos, el sinuoso sendero frente a las luces del coche de Alex, el cielo estrellado sobre nosotros parece confirmármelo.

Ya adormecidos llegamos a la casona, en donde me bajo junto con los hermanos Weigler. Los otros tres se despiden, prometiendo repetir el evento. La puerta está abierta, otra ventaja de la seguridad que da el gran espacio entre las casas. Entramos; Matt la cierra con desgano, Kari sube corriendo hacia su cuarto, haciendo tal estruendo al pisar los escalones que de seguro tanto Norbert como Wilhelm se han despertado. En silencio Matt y yo la imitamos, con cuidado, cada peldaño cruje contra nuestro peso. Me despido de él con una seña fatigada y entro a mi habitación. Me cambio en unos segundos, me arrojo contra la cama y dejo mi cuerpo hundirse ante el colchón mullido, la blancura, el aroma a limpio rodeándome.

En sólo segundos ya estoy dormida.

XIV

Tantos sueños invaden mi descanso.

Como poseída por algún espíritu del pasado viajo por los aires de San Naerit, no el de ahora, sino el de hace años: vuelo libremente en el cielo, los pinos y eucaliptos en toda su extensión bajo mis ojos, me transporto al antiguo centro, la calle sin asfaltar, a riscos nunca antes vistos, regreso en una memoria a la Playa de las Piedras, de día, la luz del amanecer inundando mis sentidos. La arena está clara, lisa. El sol da su calidez entre un cielo nubloso, pantalla blanca y eterna. Avanzo sin tocar nada, la misma brisa fría de siempre envolviendo mi cuerpo. Llego a la orilla. El agua del río me desliza, lentamente, adentrándome más y más en su cauce. Grandes piedras guardan la entrada a esa boca terrible y sepulcral. Me muevo. No quiero ir por allí. Pero el río me va tragando con su corriente, directo hacia lo insondable. Oigo una carcajada en la lejanía.

El techo de mi nueva habitación aparece frente a mis ojos sin que lo pueda comprender. La pesadilla me despertó, pero sigo somnolienta. Ya me he acostumbrado al miedo. Cuando inclino la cabeza para continuar durmiendo lo veo: un joven que me observa melancólico junto a mi cama, el cabello negro ondulado sobre la frente, los ojos brillantes, rojos como un rubí.

Vuelvo a caer dormida.

XV

El cantar de un tordo desde mi ventana me da la bienvenida a mi segundo día aquí. Me estremezco, bajo el peso de las colchas sobre mi rostro;

me estiro y contraigo dejando que cada fibra de mi cuerpo rebose de energía, los cálidos rayos del sol me bañan desde la ventana, volviendo a mi situación, el hecho de que esta sea mi nueva casa, todo lo ocurrido el día de ayer: el viaje con Thomas, mi charla con Norbert, la cena con los Weigler y el fogón, y luego...

Hago un desastre con mis sábanas al levantarme de improviso, mirando a mi alrededor. Lo recuerdo. Cuando desperté, ese joven mirándome, ¿había sido un sueño? ¿Deliraba, acaso? Ni aun en mis periodos de ceguera he tenido ilusiones como esa, tan definidas, tan... *allí*.

A mi alrededor, el armario, la mesa de luz, las cortinas meciéndose suavemente, todo parece desentrañar la mayor de las normalidades. Exhalo largamente, para calmarme. No debo creerle a mi cerebro, y menos a mis ojos. No hay visitantes nocturnos, no hay risas del otro lado del río, no hay más que yo y mi propia locura. Es así como son las cosas.

Mi puerta está entreabierta, pero la casona se halla sorprendentemente en paz; nada de los gritos y ruidos que hubiese esperado de los hijos de Norbert. Me visto, con una doble muda de ropa para protegerme del clima nublado y del viento que hace vibrar los cristales de la ventana. Probablemente hoy sea un día para pasar en casa.

Al bajar los escalones hallo a Wilhelm y su padre en la mesa: el último leyendo el diario, con un café sin tocar, el primero con el mentón sobre la madera, en actitud caprichosa, examinando unos aparatejos electrónicos cuya finalidad se me escapa. Norbert sonríe al verme bajar, y me hace una seña para que me siente junto a él.

-¡Ven! Puedes servirte lo que quieras. Las medialunas las busqué en el centro esta mañana: todavía siguen calentitas. ¿Te gusta el café?

Asiento. Una juventud con mi padre convierte el amar el café en un requisito para la supervivencia. Me pongo al lado de Norbert, le dirijo una mirada velada, curiosa, a la actividad de su hijo y luego desmigo con mis dedos el pan tierno, cálido, voy comiendo y bebiendo hasta saciarme, sorprendida por la tranquilidad que me rodea.

-¿Y los demás?

-Matt fue a pasear al perro- dice Norbert, todavía leyendo su diario con una sonrisa grabada dentro de la barba candado- En cuanto a Kari, sigue durmiendo en su habitación. Es probable que no despierte hasta el almuerzo. Pero tú, tú eres una madrugadora, Liseth. San Naerit es perfecto para quienes saben aprovechar su tiempo.

Me guiña un ojo, y con una tímida sonrisa yo le doy otro sorbo al café. Hasta en la taza y en su composición siento el aroma dulzón de la miel.

-¿Se divirtieron anoche?

Las imágenes de la fogata, del bosque, de la historia de Elias y el río invaden mi mente por unos segundos.

-Sí.

-Eso es bueno- ríe él- A decir verdad, al principio temía mucho dejar a Kari ir a esas... reuniones que tienen, pero contigo aquí todo será más fácil. Pero no te vayas a emborrachar o algo, ¿eh? Thomas no me lo perdonaría.

Sospecho que a mi padre le maravillaría la idea. Con eso en mente, sonrío y disfruto de las medialunas, que en verdad son una delicia. Al menos es un alivio saber que San Naerit cuenta con una buena panadería... A kilómetros de distancia de casa. Mis antojos tendrán que ser medidos.

Norbert arruga su diario, lo golpea suavemente contra el borde de la mesa y se levanta. Hace una seña a Wilhelm.

-Acomoda todo eso cuando hayas terminado.

Sólo un gruñido le responde.

-Y tú, Liseth- me mira- Cuando termines, me gustaría que me acompañaras aquí a mi estudio. ¡Pero disfruta del desayuno libremente! Asumo que sabes que es la comida más importante del día.

El estómago se me encoje, pues ya sé lo que se viene. Decido precisamente por eso obedecerle; y me tomo mi tiempo para terminar de comer, para mojar el pan sobre el café caliente, para masticar y deglutir. A mi lado, en la misma posición de siempre, tocando cables y pequeños botones como un insecto, Wilhelm no me dirige la más mínima atención. En verdad es un chico muy extraño, y eso lo estoy diciendo yo que rozo la locura. Creo que en cierto modo puedo simpatizar con él. Pero dudo que podamos hacernos amigos.

Me levanto con suavidad, paso los muebles -detecto una gran abundancia de botellas de licor vacías, de menta, de fresa, de café, todas apiladas como adornos entre la madera reluciente- y evito la puerta cerrada, esa que es del hermano mayor de los Weigler, la habitación trancada cuyo misterio me invade. Entro al despacho de Norbert, el sitio donde organiza todo el trabajo que no tiene en su consultorio en el hospital, y a donde de seguro va a atenderme el resto del año.

XVI

-¿Comiste bien?- pregunta Norbert al verme entrar. Es un estudio atiborrado de papeles en el cual él logra encajar su corpulencia con movimientos pausados, matemáticos, que evitan que arroje todos sus archivos al levantarse de la silla, o tire el servidor de agua cuando intenta abrir el cajón de su escritorio. Con todo, es tan iluminado como el resto de la casa, sin el acostumbrado aroma a encierro que me perseguía en todos los hospitales que visité.- Si no tienes ganas de hacer esto, por favor, dímelo. Podemos comenzar cualquier otro día.

-Está bien- respondo y me siento frente a él, resignada- Mejor ahora.

Mejor ahora que ni Matt ni Kari se hallan presentes. Norbert parece entenderlo, pues le brillan los ojos. Sus dedos tamborilean sobre el borde del escritorio, dirige una mirada reflejo a su computadora y me sonrío. Detecto, estirando el cuello sin que lo note, que está visitando un sitio de *Curiosidades*

Sobre La Topografía. Por su actitud parece a punto de usar su silla para comenzar a dar vueltas como un trompo.

Se calma, y me mira con actitud franca.

-Realmente no crees que yo te pueda ayudar, ¿no es así, Lis?

Dudo unos segundos.

-Supongo que he perdido las esperanzas.

-Lo último que se pierde- ríe él, retrocediendo- Bien, pues, entonces, comencemos por recuperar eso. Liseth, me gusta imaginar que soy diferente a los demás médicos que conozco. ¿Sabes en qué me especializo?

-Traumatología.

Asiente con un gesto particular.

-¿Has hablado con un traumatólogo antes sobre tu problema?

-Sí.

-¿Y?

-El doctor líder del hospital central de Nueva Gabul le dijo a mi padre que podría... Que podría ser que algo estuviese metido dentro de mi cabeza. Como si presionara algún interruptor en mi cerebro. Eso... Eso entendí.

Norbert da una estruendosa carcajada.

-¡Qué ocurrente! Eso ha pasado algunas veces. Bueno, tengo una teoría similar. Tienes todo un año aquí, Lis, así que podremos probar muchas cosas.

-¿Va a analizarme la vista?

-¿Quieres que lo haga? En el hospital hay maquinaria para ello.

Vuelvo a dudar.

-No creo que el problema este en tus ojos, Liseth.- dice él- Creo que está... En ti.

-¿En mí?

Norbert asiente, y da un largo suspiro. Saca un montón de papeles del cajón, papeles que ya ha tenido preparados de antemano, y los pone sobre el escritorio.

-Sólo por respeto a los procedimientos clásicos, te haré los análisis de turno en nuestro hospital. No te preocupes, no tendrás que hacer cola. Será rápido. Una vez nos quitemos ese embrollo de encima, usaremos el tratamiento que tengo planeado. Creo que podría funcionar.- va separando cada hoja, hojas llenas de un lenguaje inentendible, profesional, y toma una pluma y la prueba sobre el marco del papel, creando un rayón impreciso antes de tendérmela- Firma aquí, y aquí. También aquí.

Lo obedezco, tensa. Sus anteriores palabras siguen hundiéndose en mis oídos, despertándome una ira que no puedo explicarme. Mi firma temblorosa se va grabando por sobre la línea de puntos. Antes de la última me interrumpo, levanto mi mano y me atrevo a encararlo.

-¿Cómo puede creer saber... qué está mal en mí?

La paz, el cansancio, la constancia de una larga vida en su rostro me sacude de mi enojo. Norbert sonrío con cierta tristeza.

-Porque... Matt, Kari y Wilhelm, todos atravesaron una situación parecida a la tuya. No tan grave, claro, pero similar. He visto incontables casos como este. No como traumatólogo, claro. No diría que me especialice en traumatología, eso es más bien algo que hago para poner comida sobre la mesa. Tampoco digo que lo que te ocurre sólo sea mental. Pero en verdad creo que está en ti el superarlo.

Me vuelve a indicar la línea con el dedo. Conteniendo el aliento, la firmo y siento que me he condenado por última vez a los suplicios del hospital.

-Te prometo que lo haremos en unos segundos- junta los papeles Norbert satisfecho- Tu verdadero tratamiento no será en las paredes sosas del Hospital de San Naerit, sino aquí, aquí en esta casa, entre estos árboles, con nosotros. El aire de esta altura es muy bueno. Quizás tú no tengas esperanzas, Liseth, pero yo estoy convencido de que funcionará. De momento hemos terminado. Ve a despertar a Kari, dile que la cena está lista.

Se ríe de su propia broma, y me hace una seña para que marche. No puedo evitar sentirme algo confundida al incorporarme. Esto ha sido sorprendentemente rápido. Imagino que los siguientes encuentros van a volverse más prolongados, ¿pero todos me dejarán la misma sensación de desasosiego, de que él sabe algo que yo no?

-Ah, y, Liseth- dice Norbert cuando estoy en el umbral, concentrado en su computadora- Toma nota luego de cualquier cosa que necesites; ropa, comida, maquillaje, todo eso que ustedes las niñas saben usar. En unos días iremos de compras para suplirnos bien: cuando llegue el invierno, hasta salir de aquí se volverá complicado.

XVII

El resto de aquella tarde en la casa de los Weigler me dio una buena idea de cómo sería de aquí en adelante mi vida: fría, apacible, relajada y silenciosa. Desde mi cuarto, con la ventana cerrada, el único sonido que cada tanto se oye es el apagado murmullo de la música que Kari pone del otro lado de la pared, y que en cierto modo aprecio. La baja temperatura me genera modorra, hasta logra que me interese tomar algún viejo libro y ponerme a hojear sus desgastadas páginas. He pasado alrededor de una hora contemplando las afueras desde la protección del cristal, viendo con detenimiento ese paisaje: los grandes grupos arbóreos, mecidos por el viento, la plancha de cielo gris, como en mi sueño, los caminos curvos que se pierden entre la maleza y más allá, escondido, el río, que se adivina por las grandes formas rocosas que lo guardan. Por supuesto, no llego a ver el centro. Pero es una vista encantadora, y además, al dar contra el fondo de la casa siento que me revela un paraíso inaccesible para muchos. Casi puedo ver, en unos meses, como las copas de esos árboles se teñirán con el blanco de la nieve.

No es que aquí una se aburra, sino más bien que la quietud del campo hace que diez minutos en una ciudad parezcan un concierto. Hasta las estrellas de rock que gritan afónicas cerca de la cama de Kari parecen quedarse

aisladas en tanto silencio. Hay aquí una paz muy diferente a la que había conocido en Nueva Gabul, y la oportunidad...

He contado, esperando con ansias, los minutos que pasan sin tener otro de mis ataques. En la privacidad en la que me hallo, sentada ahora en mi cama, con las piernas cruzadas y la mirada perdida en el resplandor neutro del cielo, intento con todas mis fuerzas conjurar esa oscuridad, perderme de nuevo por unos instantes; no porque yo quiera sufrirlo, sino porque quiero evitar la posibilidad de caer en ello luego, cuando estemos cenando, en cualquier momento en el que pudiese destruir mi vida. Pero no he tenido éxito. Mi problema, causado por mí o no, se mueve de forma ajena a mi voluntad.

Una Kari somnolienta es la que en cambio me avisa a mí que es la hora de comer, con tal naturalidad que parece que yo hubiese estado viviendo aquí desde hace días. Al bajar me encuentro con que Matt ya ha regresado, y parece agitado por el largo paseo. Wilhelm está a su lado, regañándolo por entrar con los pies embarrados sin que su hermano le preste atención. Ocupo el mismo lugar que ocupé anoche, sin saber si debo sentirme extraña entre esta familia tan peculiar. Tal nueva realidad de tanto en tanto me sobrecoge.

Esta vez la comida es más simple, pero no por ello menos deliciosa: Norbert agasaja a sus hijos y a mí con un rústico proyecto culinario que despertaría las envidias de los mejores chefs; bife rostizado y puré mixto, todo regado con una salsa en la que creo detectar cierto dejo a vino. El aroma invade mis sentidos adormecidos por la espera, y lo devoro como una posesa. He pensado que tal vez tenga que instaurarme algún tipo de régimen para mantener mi triste figura en este sitio.

Al igual que anoche, la charla se da natural entre nosotros. Sin embargo, y a diferencia de la otra vez, bajo mis hoscas contestaciones presto más atención de lo común a Kari, a Wilhelm, a Matt. Lo que hablé con Norbert en su estudio esta mañana no ha podido despegarse de mi mente. Y si él dice que ellos pasaron algo similar a lo que a mí me ocurre, merecen que les dé una segunda revisión, que interprete de otra forma sus gestos; pero en sus bromas, en sus comentarios despreciativos dichos con jocosidad, en su manera de tomar los cubiertos o de dirigirme preguntas de paso, pidiendo la sal, pidiendo tal o cual cosa o regañándose entre sí, no logro ver nada que nos compare. Creo que Norbert dio un mal inicio en su tratamiento, pues mi infierno es sólo mío.

Cuando finalizamos ayudo a levantar la mesa. Wilhelm se esfuma hacia su espacio en el sótano, sin decir ni mu. Los otros dos me imitan, sin reprochar o alabar mi esfuerzo. La inmensa espalda de su padre tapa el lavaplatos, ocupándose de enjabonar y enjuagar lo que hemos usado. Kari tira de mi manga, invitándome a seguirla.

-¡Ven, Lis! Quiero mostrarte algo.

No es como si tuviera muchas cosas divertidas para elegir. Subimos las escaleras, entramos como un rayo a su habitación y ella cierra la puerta con un golpe que retumba en toda la casa. Al mirarme sus ojos brillan con la diversión de un felino que ha acorralado a su presa.

Sin quererlo retrocedo, actitud por la que luego me maldeciré. El ambiente oscuro, de club que hay en este lugar me colma los nervios. Pero Kari Weigler no parece tomar nota de mi repentino miedo, y sonrío.

-¿Y bien?

-Y bien- repito como una estúpida.

-¿Qué te parecieron?

No logro procesar qué me está diciendo.

-¿Qué me pareció qué?

Kari pone los ojos en blanco, y me arroja uno de los almohadones a la cara. Lo atrapo pero mi cuerpo cae contra su colchón.

-¡Los otros, tonta!- ríe ella- Nuestro pequeño grupo de fogatas. No tuve la oportunidad de preguntártelo anoche.

Oh.

Con que aquello era. Dejo escapar la tensión de mis hombros.

-Me gustan.

No estoy mintiendo. Pero tampoco se me ocurre mucho más para agregar. Los ojos verdes de mi interlocutora me examinan con detenimiento. Se echa en uno de sus pufs, interesada.

-¿Alex?

-Es muy... grande.

Levanta una ceja.

-¿Jessica?

-Parece amable. Es linda.

-¿Elias?

Me inclino de hombros. Se ríe.

-¿Qué tal mi hermano?

Es una pregunta un tanto extraña. Mi titubeo al responder hace que Kari se traslade directamente al punto.

-¿Y Mikhail?

-Aún no lo conocí.

-Pero fue a la misma escuela que tú en Nueva Gabul, ¿no es así?

El recuerdo de ese hecho me revuelve por dentro. Sí, por supuesto que fue así. Debido a eso precisamente, Mikhail Eder es la mayor amenaza que tengo contra una estadía pacífica y normal en este sitio. Es un problema, no sólo su presencia, sino que tenga una relación tan estrecha con los hermanos Weigler. Si les llegase a contar... Si extendiera hacia mí lástima, burla, cualquier tipo de desprecio, y luego se propagara a través de ellos como un virus, una infección que pone a toda otra escuela en mi contra, quemando mi única esperanza de obtener felicidad; ¿qué me quedaría? ¿Qué motivo tendría el haber venido aquí? No puedo permitir que algo así suceda. Mientras pueda evitarlo, no seré desdeñada.

Es obvio que a Kari le ha quedado rondando en la cabeza mi conexión con él, de una forma muy distinta a la mía. En la claridad de su mirada me es muy fácil adivinar qué es lo que piensa, qué intenta en este momento.

Quiere saber si yo soy una oponente o una amiga.

-Nunca hablamos.

-No bromees.

-Lo digo en serio- la miro- Mikhail era de los cursos superiores. Yo... Yo casi no me hablaba con nadie.

Aprieto los labios, preguntándome si he revelado demasiada información. La certeza en el lenguaje corporal de Kari se relaja un tanto, confundida.

-¿De verdad?- murmura- ¿Ustedes nunca...?

-Jamás. Apenas lo reconocería.

Quedamos en pausa. Kari me analiza con detenimiento, perpleja. Me dejo atravesar por sus sospechas, y por unos instantes, fuera de nuestra charla exterior, los mecanismos interiores que hacen a toda conversación humana chirrían y resuenan, abriendo las válvulas que decidirán nuestra relación de aquí en adelante. Kari se pone de pie, su figura menuda volviéndose amenazante mientras más se acerca, la oscuridad de su cuarto haciendo que sus irises adquieran un fulgor salvaje, esmeralda, y se aproxima a mí que me siento en la cama, sin poder contestar, al borde de sumirme en otro de mis delirios.

Sus manos me aferran los hombros, sacudiéndome de la pesadilla.

-¡Lis, no sabes de lo que te has perdido! ¡Mikhail es...! ¡Es...! ¡Es genial!

Sonrío aliviada.

-¿Ah sí?

-¡No te das una idea!- se separa, y cae a mi lado con un suspiro- Es alto, y listo... Siempre que lo ayuda, el bruto de Matt logra pasar todos sus exámenes.

-Veo que realmente te gusta.

Se sonroja.

-Desde que vino hace años... Bueno, al principio me caía mal por su actitud, pero luego me terminó gustando. -me echa una ojeada- No quisiera que nadie me lo robe, ¿sabes?

Le muestro las palmas, simulando rendirme.

-Prometo no intentarlo.

Parece sorprenderse. Yo me sorprendo aun más cuando se me arroja encima, derribándome con su peso contra la almohada.

-¡Lo sabía, Lis! ¡Sabía que ibas a ser una buena amiga!

-G... ¿Gracias?

-Cuando papá nos habló de que alguien iba a venir... Estaba tan asustada. Creí que podía ser alguien cruel, irritante, o que buscara desplazarme. Pero veo que eres buena. ¡Es un gran alivio!

Mantengo mi sonrisa sin saber qué responder a esa confesión, mientras que Kari se separa de su abrazo y va directo al equipo de música, justo debajo de una pared que trae el poster de un grupo de cantantes jóvenes y desaliñados, con el cabello teñido y tatuajes bajo los ojos. La muchacha mete un CD en el dispositivo, aprieta un botón y el sonido comienza a invadir las paredes, dándole vida a los neones, convirtiendo el sitio en un pequeño club. Ritmos de bajos, de guitarra, y una voz algo avinagrada comienzan a poseer cada espacio del aire, cada pequeño resquicio de la fortaleza de la hija de Norbert Weigler. Al darse vuelta para ver mi reacción Kari parece un cachorrito exaltado en busca de aprobación.

-¡Debes escucharlos, Lis!- me dice- Los Grades son la regla.

La música está muy fuerte, por lo que en principio me cuesta identificar todo aquello como una canción, como lo que pienso debería ser una canción. Al rato mis oídos se acostumbran, y me permiten aceptar que en efecto los Grades, si bien demasiado pop para mis intereses, no tienen un ápice de malos. También me permiten enterarme de que Kari me sigue hablando, contándome cosas de su vida diaria, buscando en mí algún tipo de escape para su aburrimiento.

Es perfecto.

Charlamos, cosa que hasta a mí me sorprende, desde las dos de la tarde hasta las diez, cuando Norbert nos llama para la cena. Parece increíble la cantidad de contenido que emana de la boca de esta muchacha: me cuenta de la escuela, de sus días, de la vida de sus ídolos, de sus hermanos, constantes menciones a lo que dice o hace Mikhail, que por sus descripciones me parece alguien muy desinteresado, el trabajo de Norbert, el invierno, la ropa, la música, lo popular, su comida favorita, su comida menos favorita, el día en que tuvo dos puntos en la lengua; porque Matt la empujó en un carro con demasiada brusquedad, el día en que los caminos se cerraron por una tormenta y Norbert tuvo que empujar un árbol junto con Johan y un Wilhelm que lloraba a los alaridos, el día en que Mikhail se había enfadado con Matt y le había dado un chichón en la frente con un cabezazo.

En resumen, mientras devoraba la pasta con salsa rosada en mi plato, oyendo a Norbert parlotear, bajo su voz se continuaban como recuerdos los ecos de la de Kari, persiguiéndome hasta en donde había silencio. Pero no me molesta en lo absoluto: quería una amiga en este pueblo, y parece que la he conseguido más rápido de lo que esperaba. Tener a alguien con quien hablar va a ayudar a aligerar mucho mis días aquí y, además, Kari es un contacto importante en cuanto sospecho que es incapaz de mantener un secreto guardado por más de medio segundo. Sus informes y todo lo que sabe sobre el instituto de San Naerit podrían servirme.

Después de la cena nos despedimos efusivamente y volvimos a subir, pues ella estaba empecinada en que yo debía escuchar el último hit de los Grades; *"You Don't Look Like Harmony"*, y hasta aprenderme la letra para que pudiésemos cantar juntas. Fui algo condescendiente al acceder.

A la una de la mañana, mientras hablábamos, sucedió algo extraño.

No puedo explicarlo bien. Kari continuaba contándome cosas, algo de un festival que yo ya no podía entender tan bien como antes, atrapada entre los bostezos del sueño. En ese momento, cuando mi mente sola se trasladó a mi cama, a las sábanas frescas, a la transición relajada que me esperaba hasta que saliera el sol, una certeza imbatible me inundó.

Del otro lado del muro, en mi habitación, había alguien. No Norbert, no Matt, no Wilhelm.

Alguien.

Como siempre, creí que era el momento de un ataque de pánico. Y al mismo tiempo, dentro de mí, entendí que no lo era, que otra vez era más bien algo como un sexto sentido, una impresión que la realidad me regalaba. Decidí ignorarlo, pensando que no me haría bien seguir perdiéndome en esas cosas. Al rato la sensación terminó por desvanecerse. Un par de horas después, con yo cabeceando y Kari ya sin saber qué contarme, me despedí de ella prometiendo oír otro centenar de canciones y volví a mi cama para dormir, fundida, de algún modo olvidando, en lo aparente, toda aquella extrañeza que me invadía de tanto en tanto, pero también, por otro lado, segura de que de nuevo ese *alguien* me observaba.

XVIII

Han ido pasando días desde mi llegada a esta casa.

¿Qué puedo decir?

Noches y tardes transcurren, entre las mañanas grises, entre mi despertar bajo el canto de algún ave o el estruendo del viento sacudiendo el cristal de mi ventana; y poco a poco, lo quiera o no, me voy acostumbrando a esta nueva vida. Voy conociendo lo que me rodea y debo llamar hogar, la cotidianeidad que creía haber perdido desde que puse pie aquí.

Desayunos bien colmados, con cereales y café; largas charlas con Kari entre el espacio cerrado de su pieza, la mirada recóndita de Matt, cruzarme con Wilhelm cuando este sale a tomar algo de la heladera bien entrada la noche, los datos aleatorios, curiosos que Norbert maneja con tanta sabiduría, su comportamiento amable y bondadoso, la comodidad de hallarme junto con esta familia pero también mi recelo, mi duda, la maravilla constante de lo que siempre me resulta nuevo; todas las mañanas, este techo blanco, este rumor de la brisa y los vaivenes en el camino y el río, los sueños que me persiguen, el recuerdo de una risotada perversa inundándome, en la ducha, la oscuridad que pulsa y se contrae, buscando acariciar mi piel erizada, poseerme.

Conocí a dos personas más, que creo veré mucho en adelante: a una, me la encontré una mañana que desperté más temprano de lo habitual y bajé para hacerme el desayuno a solas. Sentada, preparando el café con somnolencia bajo ese tipo de luz que adquieren mis días antes de algún ataque, la puerta de entrada de la casa comenzó a sacudirse bajo el accionar de una llave. Como asumí desde luego que era Norbert quien regresaba de alguno de sus paseos matutinos, no pude más que quedar helada al ver una mujer, vestida con uniforme de enfermera, nerviosa mirando hacia todos lados hasta que me captó y quedó igual de helada.

Su rostro ojeroso dudó, como si existiera la posibilidad de que se hubiera equivocado de casa. Parecía estar constantemente asustada. Justo cuando iba a pronunciar palabra, la puerta del estudio se abrió y Norbert emergió de allí a los tropezones.

-¡Helen! ¡Debiste avisar que vendrías!

En ese instante hice memoria: era la esposa de Johan, el mayor de los Weigler. La revisé de nuevo con atención: un cuerpo menudo, pero de buenas caderas, el cabello rojizo enmarcando un rostro en forma de corazón, y una actitud en cierto modo patética y detestable de sumisión, que seguramente yo también poseo. Me saludó con un movimiento muy poco definido, como queriendo evitarme, y luego de soportar algunas preguntas de su suegro partió a buscar algo en la habitación de Johan -tenía su propio juego de llaves-, tras lo cual se fue casi sin saludar, dejando el resto del día como antes.

Al hablarlo con Kari su opinión no dejó resquicios.

-Todo un bicho raro- me comentó, pintándose las uñas con desgano. Pero a mi hermano le encanta. ¿Qué puedo hacer? El amor es una locura.

Había suspirado con desenfado, con lo que logró arrancarme una risa. Ahora ya no tenía una actitud tan desconfiada, sino que parecía haber decidido hacer de mí algo similar a una amiga, a una hermana incluso. Creo que, a menos de que haga alguna estupidez o que mi problema se le revele de la peor forma, me he ganado a Kari por completo.

Y, relacionado a ello, fue la segunda persona que conocí: Mikhail Eder, el responsable de mis mayores preocupaciones, hizo por fin su entrada a mi vida la mañana siguiente, como si el mundo quisiera sacudirme de la normalidad a fuerza de golpes. A decir verdad, hubiera tenido la suerte de perderme tal esperado encuentro de no ser porque ese día Kari me despertó saltando sobre mi cama.

-¡Lis! ¡Mikhail está aquí! ¡Despierta!

Restregándome los ojos y arrastrando los pies accedí a bajar las escaleras con ella. Hubiera hallado apropiado que hicieran uso del cuarto de estudio, un espacio amplio, equipado con un televisor, consola y sillones que se hallaba frente a la habitación de Matt; sin embargo, era abajo sobre la mesa que entre montones de papeles y libros de texto vi a ambos sentados, Matt concentradísimo resolviendo unos problemas de matemática y, observándolo con serenidad, el mismo joven delgado, de cabello desordenado y anteojos sin marcos de antes.

Al bajar sólo él alzó la vista. No se sobresaltó en lo más mínimo al verme. Incluyó la cabeza de lado, y Kari se adelantó alegre.

-¡Mikhail! Hoy vienes temprano. ¿Matt necesita más tiempo para hacer entrar algo en esa cabezota?

Con la mente perdida entre sus números, su hermano se mostró indiferente a la burla. Mikhail le dio una mirada de soslayo.

-Él va bien. Pero temo que hoy tendré la tarde ocupada.- me miró entonces, con un asentimiento- Tú debes de ser Liseth.

-Buenos días.

-Mikhail Eder- me tendió una mano, que tomé al instante quitándome del sueño. No había dicho nada sobre Nueva Gabul, nada en lo absoluto, y sin embargo, sus ojos adquirieron un brillo particular cuando nos vimos frente a frente- Espero que puedas disfrutar tu estadía aquí.

Asentí. Con actitud ansiosa el joven tutor miró a su alumno.

-¿Terminaste?

-Aún me queda...

-Terminaste por hoy.- tomó las hojas, y comenzó a guardar todo en un maletín.- Continuaremos el miércoles, si te place.

Matt se guardó de renegar, dejando con un suspiro la lapicera. Justo en ese momento Norbert se apareció, masajeándose el cuello recién afeitado.

-¿Ya te vas?- miró a Mikhail solícito- ¿No quieres quedarte a comer? Habrá patatas a la francesa.

-¡Quédate!- insistió Kari.

-Lo siento- se inclinó prolijamente él- No puedo. Pero creo que Alex y Jessica pasarán a la tarde. Tienen algo que mostrarle, señor Weigler.

La boca de Norbert dibujó una "o" cómica. Mikhail no le prestó más atención, cerró su maleta e hizo un movimiento que podía haberse interpretado tanto como un humilde pedido de ayuda, como una orden.

-Te acerco- dijo Norbert, y marchó a buscar las llaves del Twingo. A mi lado, resignada, Kari dio un bufido inflando las mejillas cuanto podía.

-Las clases comenzarán el once- comentó Mikhail sin vernos, alcanzando con su voz a Matt, a Kari, a mí- Espero que estén preparados.

-Es un fastidio.

-Uno que debes enfrentar.

-No es un fastidio para mí- sonrió Kari- Estoy extrañando a mis amigas.

Trago saliva. Comprendo perfectamente para quién va en realidad esa advertencia.

Afuera, Norbert toca la bocina.

-Un gusto- dice Mikhail de espaldas, y sale por la puerta. Todo eso me basta para comprender que, al menos en lo que a mí respecta, no soy una mancha difusa en su memoria, sino que me ubica a la perfección. Pero al menos no parece tomarme como una presa o una enemiga, sino que me mantiene vigilada, seguramente esperando algo terrible de mí. Es aquello un dato bastante reconfortante.

XIX

En efecto, a la tarde la camioneta irrumpe en el sendero que lleva a la casa, y Alex y Jessica se presentan trayendo un montón de cosas para los Weigler: principalmente atados de leña que alimentarán en invierno a la chimenea que tenemos en la sala de estar, pero también algunas nimiedades entre las cuales destacan unas trufas de chocolate caseras, que Norbert acepta entre gemidos de admiración muy poco maduros.

Ellos sí aceptan quedarse a cenar, por lo que la velada se vuelve distinta. Los Weigler y la pareja hablan como si se conocieran de toda la vida. La conversación, entre las bromas ruidosas de Norbert y la seriedad tan correcta que siempre muestra Alex, gira en torno los tópicos clásicos: el clima, el estado del hospital, las construcciones que el alcalde planea que el resto oímos rezagados; pero también algunos recuerdos del pasado que transitan con buen humor, hasta el punto que Norbert decide descorchar una botella de vino y servir una copa para los invitados, y un cuarto de copa -yo acepto la mía por pura desidia- para sus hijos y yo; entre los cuales Kari parece presa de una depresión inmensa debido a la repetida ausencia de su amor no correspondido.

Aunque no bebe, Norbert se suelta del todo, mientras que Alex parece simplemente más tranquilo con el alcohol.

-¿Le contarás?- le pregunta Jessica, interesada, a su pareja.

Norbert ríe.

-¿Contarme qué cosa?

-No es realmente relevante- dice Alex, cediendo a Kari una de las trufas- Pero, estuve hablando con Clint y algunos compañeros del aserradero. Pensamos que hay un animal salvaje dando vueltas.

Esta vez Matt se suma a la conversación.

-¿Animal? El perro de Scott desapareció...

Alex asiente.

-También el del señor Lamar. Todavía no hemos encontrado ningún rastro más que zarpas en troncos, pero nos parece extraño. ¿Un oso, tal vez? ¿Alguna clase de gato salvaje?

-Tendría que ser algo que resista el frío- opina Jessica. Norbert asiente.

-Habría que tener cuidado. ¿Tú y los muchachos planean hacer algo?

El invitado se inclina de hombros.

-Pensamos en armar una partida de caza y revisar. Pero dudo que haya que preocuparnos demasiado. Si pensamos en dónde han desaparecido, todo apunta a que esa pobre bestia está cerca de la casa del viejo Zaq.

-En un par de días, será cuero y guiso- ríe Jessica.

Norbert también da una carcajada. Yo ya no los estoy escuchando. El vino que mancha mi lengua logra un efecto inmediato en mí, que me insta a aprovechar mi condición de invitada para evitarme los quehaceres y marchar directo a mi habitación, acostarme y quedar en silencio, sin decir ni pensar en nada, simplemente dejando al tiempo pasar. Mi cuerpo parece haberse regulado solo.

Poco después creo sentir algo pesado, húmedo apoyarse sobre mi frente, y en los bordes de mi visión se levantan pilares sombríos que me encierran como los dedos de una mano, asfixiándome en una oscuridad impenetrable, aislándome del mundo y rodeándome de aullidos, de pasos, de susurros en la distancia que hablan una lengua ininteligible, a mí, cuyo significado busco desconocer. Clavo mis uñas en el colchón, soportando el ataque. Los párpados me pesan, y se cierran solos. Dentro de mí siento que algo se desgarrara, de la nada, y una humedad nueva y caliente resbala por mi nariz: estoy sangrando.

Pero gracias a eso me domino y logro despertar. La sangre mana de una de mis fosas, manchando mis labios, resbalando algunas gotitas por mi mentón hasta mi remera de sueño. Me incorporo de inmediato y me encierro en el baño, para limpiarme con pedazos de papel higiénico hasta que la hemorragia frena. Luego me miro en el espejo: demacrada, ojerosa, con aspecto de estar anémica y aún partes de la piel marcadas por la sangre reseca; jamás me he visto tan fea.

Me lavo, y Kari toca la puerta.

-Lis, ¿estás bien?

-¡Sí!

-Alex y Jessica ya se fueron.

Cierro la canilla, y me contemplo de nuevo. Ya es más aceptable.

-¿Quieres venir a charlar?- me pregunta.

-Me encantaría.

Oigo un sonido de triunfo, y los pasos de Kari se alejan. Inspiro hondo y dejo el aire salir. Sangre. Algo así no me había pasado, o al menos, no es una ocurrencia muy regular. Me pregunto si es una simple casualidad o si prueba que Norbert se equivoca, que mi malestar es realmente físico, que hay algo

funcionando mal en mi cabeza, algo que está empeorando y que culminará en...

Me encargo de que todo quede impecable, y voy de nuevo con Kari.

Al llegar me echo en uno de los pufs, buscando relajarme en otra de nuestras "pijamadas" en las que *a)* escucho todo acerca de los sentimientos de Kari y de sus opiniones y *b)* miento e invento historias muy poco creíbles sobre mi vida en Nueva Gabul, retratándole un pasado en el que me mantenía, si bien no popular, como una chica cualquiera y que me hace atravesar situaciones desesperantes como el contar anécdotas de las que en realidad fui completamente excluida -como el día en que Orlana y sus amigas, entre ellas la única que alguna vez me había dado atención, Mary, organizaron una excursión a la costa con el resto del curso- o explicarle a Kari como se siente besar a alguien, experiencia sobre la cual no poseo la más remota idea. En resumen, algo que he comprobado: para obtener rechazo, a la gente le basta con saber que has obtenido rechazo. Ergo, debo presentarme como alguien que en Nueva Gabul ha podido obtener algún grado de éxito en lo que a relaciones sociales respecta, mentir cuanto haga falta para conseguir crédito. Con una mente tan inocente como la de esta niña no necesito demasiada imaginación. Pero tomo nota de mis historias: cuando las clases empiecen, tal como Mikhail lo advirtió, deberé estar preparada.

Sobre el susodicho Mikhail, como esperaba, recibo toda una serie de comentarios embelesados, preguntándome si noté esta o esta actitud, tal comentario, tal significativa mirada. Me manifiesto conforme a las suposiciones de Kari sobre quien ella ha elegido príncipe azul. En realidad, Mikhail me ha despertado toda una serie de recuerdos muy desagradables sobre el instituto, recuerdos que creía olvidados y que renacían con sólo ver su mirada juiciosa, la misma que me observaba cada tanto en los recreos andar sola y cabizbaja. Si bien su actitud me ha calmado, no puedo descartarlo tan rápidamente como una amenaza.

Escuchamos todo un álbum de los Grades; y Kari repite alrededor de seis veces su canción favorita, y luego una más para evitar el número par. Es una chica extraña, también. No como Wilhelm, que pasa desaparecido dentro de su sótano, pero rara de cualquier forma. Luego me excuso y me dirijo a dormir. Este será otro día más.

Pero cuando vuelvo a mi cama, algo me está esperando en ella.

Una muñeca. Vestida de colegiala, y quebrada, descansa sobre mi almohadón. Es la misma que Kari le arrebató a su hermano cuando llegué, y que había metido dentro de mi mesa de luz.

Ahora está afuera, silenciosa, como regañándome por venir a dormir tan tarde.

No...

No debo pensar cosas como estas.

La vuelvo a su lugar, prometiéndome a mí misma que se la devolveré a Wilhelm en cuanto pueda. No me interesa tener algo como eso conmigo. También, cuando apago la luz y sólo el vibrar de la ventana interrumpe la quietud, me decido pedirle a Norbert algunos libros con los cuales conciliar el sueño en estas noches en las que me siento tan *acompañada*.

“Las Flores de Algernon”, “Trivias Espectaculares Tercera Edición”, y “Cuentos de Kafka” son los títulos que con orgullo Norbert deposita en mis manos en cuanto le hago mi pedido. Me asegura una infinidad de veces que la lectura es un hábito muy saludable, y cita alrededor de diez motivos por los cuales quienes leen tienen mayores posibilidades de convertirse en grandes personas, todos muy poco creíbles.

Acepto el préstamo aliviada, pensando que en esas páginas podré distraerme del temor que tanto en tanto me invade. Luego paso de vuelta al estudio, en donde Norbert planea darme, de corrido, información sobre mi tratamiento.

-Antes de que comiencen las clases- me dice- Iremos. Haremos todo de un sólo tirón, para que sea más fácil, y te llevaré de vuelta a casa. Incluso tomaremos helado como premio. ¿Te parece bien?

-Sí.

Sobre una biblioteca muy escasa hay una desvencijada radio, desde la cual suena un tema familiar.

*“I won't disturb the slumber
of feelings that have died
if I never loved I never would have cried...”*

-Simon y Garfunkel- recita Norbert, captando mi interés. -Creo que a Thomas le agradaba.

Trago saliva. Lo vuelvo a mirar, preguntándome a mí misma cómo hacerle la pregunta que quiero hacerle desde ayer.

-Dime, Liseth- dice, juntando las yemas de los dedos- ¿Has tenido ataques, durante tus días de estadía?

Asiento.

-¿Tan propensos como siempre?

Me permito dudar.

Al final niego.

-Hubo... una pausa. Pero ahora parecen haber vuelto, a la noche.

-Thomas me habló de un ataque cada dos o tres días. ¿Es eso correcto?

No es tan específico, pero lo concedo. Puede que sea mucho más, o mucho menos. Esta condición tiene una inteligencia propia, y pocas ganas de permitirme llevar un orden en mí día a día.

-Bien- anota algo en una libreta, y me mira con suspicacia- ¿Algo más que necesites?

Es mi oportunidad.

-Yo...

Norbert se reclina en la silla, que parece a punto de restallar contra su peso. Espera paciente a que formule mi pregunta. Vuelvo a tragar saliva, sintiendo la boca secárseme.

-Alguien...- murmuro, sin saber cómo comenzar- Alguna vez... ¿Murió? En esta casa. Sólo... Quería saber.

La radio sigue sonando con claridad. Desde la distancia, el rostro de Norbert Weigler parece piedra, piedra sobre una montaña, una cumbre inalcanzable y robusta que se aleja de mí. Ya comienzo a arrepentirme de haberlo hecho.

Se adelanta con un suspiro.

-Sí, Lis. Mi esposa.

Oprimo con fuerza mis labios, maldiciéndome.

-Lo... lo siento.

-No hay nada que sentir- le quita importancia él con un movimiento de su mano. - Se enfermó y falleció, y con eso este lugar perdió gran parte de su sol. Los niños la extrañan mucho, y yo también. De hecho...

Ahora Norbert duda, tamborileando con los dedos sobre el escritorio. Parece desistir.

-Nada. Pero no tengas miedo de preguntar, Lis. La historia de esta casa es también tuya ahora.

-Gracias.

Norbert me tiende su mano, pero pasa mi tímido intento de estrecharla y me sacude el cabello. Me doy entonces la vuelta, jurando no preguntarle nada más e ignorar de una vez a esas preocupaciones inverosímiles que me acosan. No hay nadie en mi habitación. El joven de ojos rojos que vi, para comenzar, no puede tratarse de la mamá de Kari, Matt y Wilhelm. Así que se trata de otro delirio, de un sueño impulsado por aquella historia que oí en el río. Mejor será que deje de enfocarme en ese mundo místico, y comience a hacer cosas realmente útiles; como redactar la lista de lo que necesito del centro o considerar iniciar algunos pre-estudios para no hallarme tan desnuda a la hora de cursar las asignaturas del instituto.

Ocurrió de una forma que realmente no esperaba: Una mañana, curiosamente soleada, me despertaron insistentes golpes en la puerta de mi cuarto, golpes que en principio atribuí a Kari y a su constante hiperexcitación.

Pero al abrir del otro lado me encontré con él, agitado, sudado, con tierra en las manos y angustia en su rostro. Se notaba que era urgente.

-Liseth. Necesito ayuda.

Volví a cerrar la puerta, y me cambié a los apurones.

-¡Ya voy!

Hallé algo de ropa, me calcé y salí a su encuentro. Matt no me dio explicaciones, sino que entró a correr escaleras abajo, yo siguiéndolo como podía.

-No quería molestarte- me dijo, hablando de a ratos- Pero papá salió al centro y llevó a Kari con él. Acaba de ocurrir algo malo.

Dejamos la casa, y nos adentramos por el camino en bajada. Yo nunca me había alejado por mi cuenta mucho más que unos metros, pero Matt continuó sin dudar un segundo, y me dije a mí misma que no podía retroceder. No me quedaba más que seguirlo.

-Y... ¿tu hermano?

-Wilhelm no me ayudaría ni aunque le rogara- me contestó- Ven. Es por aquí.

Continuamos bajando. Por el frío, el aire se volvía denso y me obligaba a respirar en grandes bocanadas, de tan poco acostumbrada al ejercicio y al irregular terreno. Era una sustancia casi líquida, punzante la que se revolvía en mis pulmones con cada paso, pero lo soporté sin rechistar, alterada en parte por el miedo de Matt, esa preocupación fébril en sus ojos.

En un momento se detuvo, y observó en derredor. Logró vislumbrar algo que a mí me pasaba desapercibido, y me hizo una seña con la mano.

-Aquí. Cuidado con las ramas.

Y se metió entre los árboles. Eché mis dudas al saco, y lo seguí maldiciendo no haber traído ropa más gruesa. En aquel follaje espeso era imposible que mi sudadera me cubriera de las raspaduras, los rasguños, la mugre que me iba echando encima el andar. Nos movimos por unos buenos minutos, en los cuales cada tanto él se frenaba, y revisaba señales que yo pasaba por alto. Supe que, si por alguna magia Matt desapareciera en este bosque, por mi cuenta jamás hallaría de nuevo el camino a casa.

Pero no hizo falta alejarnos tanto. Poco después arribamos a un espacio donde los árboles se abrían, y en el medio él encontró lo que buscábamos, y que en principio se me presentó como una mancha negra, temblorosa contra la tierra.

-¡Waldorf!- gritó Matt. Corrió hacia el animal, sin poder ocultar sus nervios.

Yo me acerqué precavida. Era un siberiano oscuro, de pelaje grueso y erizado, que me dio la impresión de estar algo subido de peso. Se mantenía echado de costado, quieto, y una gran cantidad de sangre manaba de su cuerpo, humedeciendo la tierra que le hacía de lecho. Al instante me percaté de que le faltaba una pata.

-¿Es tu...?

-Sí.- dijo Matt, arrodillándose y acariciándole el pelaje- Es Waldorf.

Miré a mí alrededor.

-¿Cómo...?

-No lo sé- en su parca manera de contestar se veía toda su consternación- Se fue por su cuenta, y debió de haberlo atacado algún animal salvaje. Ayúdame a vendarlo.

Sacó de sus ropas una gasa, que yo miré horrorizada. De algún modo había creído que lo dejaríamos morir allí. Inspiré, y me arremangué para tener más libertad. Jamás había hecho algo como esto antes, pero el pensar en mi minino sin nombre, enterrado en el patio de esa casa que ahora estaba tan lejos, fue suficiente para motivarme. Me arrodillé del otro lado de Waldorf, acariciando su pelaje embarrado.

En silencio, el perro parpadeó y lamió su hocico varias veces, sin llorar. Tal vez fuera por la pérdida de sangre, pero parecía anestesiado.

-¿Crees que podemos darlo vuelta?- inquirí.

Frente a mí Matt dudó unos segundos. Se resignó a no tener opciones.

-Voy a girarlo- me tendió el vendaje- Tú... procura cubrir la herida cuanto puedas. Lo llevaremos a casa entre ambos.

Le di el sí, y lo vi echarse sobre su mascota. Sin preocuparle la sangre o la tierra, Matt abrazó al siberiano y usó su fuerza para moverlo, dejando el muñón ensangrentado contra el aire, esa cosa rojiza, llena de palitos y piedrecillas que se le incrustaban. No podíamos pensar ahora en que la herida estuviese limpia, por peligroso que fuera. Había que parar la hemorragia. Estiré los rollos de gasa, y juntando valor e ignorando los aullidos de lobo que daba lo envolví a ciegas, reemplazando mi carencia de técnica con velocidad. Simplemente me movía como una araña, procurando gastar todo el vendaje, tirando para hacer la máxima presión posible sobre ese miembro cortado, evitando a consciencia el sufrimiento en los ojos del animal. Se lo veía muy débil.

Una vez terminé, miré a Matt.

-Vamos.

Tomó a Waldorf con mucho cuidado, como a un niño, pasando el brazo por debajo de su costado sano, y me indicó que lo asistiera. Quitando la sangre y el barro contra mi pantalón obedecí, pasando mis brazos bajo su posterior. Lo levantamos en una camilla humana. Las manos de Matt temblaban mientras lo llevábamos a través de los árboles marcados y de vuelta hasta el camino de tierra.

Waldorf no hacía nada, como si ya estuviera muerto. Los eucaliptos se reflejaban en su pupila oscura, salvaje, que quién sabía qué había visto. En el bosque, de esa forma, me percaté de que San Naerit no era tan seguro como yo había creído. Era tal vez demasiado rústico. Pero estábamos bien. También pensé con cierto apeno que Matt y yo nunca habíamos tenido una conversación en todos estos días, que sólo lo había captado mirándome de reojo, o en sus asuntos, y esta era la primera vez que teníamos algún tipo de interacción significativa. No supe por qué, pero aquello me desconcentró. Gracias a eso el recorrido me pasó en un instante, y antes de que me percatara ya estábamos ingresando el considerable peso de Waldorf a la casona.

Lo pusimos sobre la mesa, a falta de otro espacio. Avance notable: si bien débil, Waldorf movió apenas la cola cuando lo depositamos, señal de que aún le quedaban energías para mantenerse consciente. Pero sus vendajes eran un trabajo mediocre, ya empapados de vuelta en sangre. Matt buscó del gabinete en el baño un kit médico, de esos que se consiguen en la farmacia

por poco dinero, y lo desempacó al lado del convaleciente: alcohol, más gasa, agua oxigenada para desinfectarlo. Sería un trabajo arduo.

Miré el reloj en la pared, que marcaba las diez y cuarto. Norbert aún no regresaba. Todo lo que podíamos hacer era ganar tiempo, acompañar al perro cuanto pudiésemos e intentar aliviar su dolor. Me encargué de sostenerlo, aplacando sus espasmos mientras Matt echaba una buena cantidad de alcohol sobre la herida, y entre ambos, con un trabajo en equipo del cual ahora mismo puedo sentirme orgullosa, cambiamos los vendajes por otros limpios, mucho mejor ceñidos. Todo esto lo hicimos intercambiando monosílabos, casi sin mirarnos, mientras Waldorf agonizaba. Después, cuando por fin pudimos permitirnos descansar pues la sangre no brotaba con tanta abundancia, nos desplomamos en las sillas agotados, y al cabo de un rato nos miramos, y ambos amagamos la misma expresión fatigada pero victoriosa.

-Gracias.- me dijo Matt.

-No hay por qué- respondí yo- Al menos ya sé que aquí no me aburriré.

Y entonces él dio una carcajada, que me hizo recordar mucho a la de su padre. Creo que ese fue el punto exacto donde comenzamos a ser amigos.

Charlamos un rato, en el cual ensayé, en cierto modo, las conversaciones que ya había tenido con Kari, le conté sobre Nueva Gabul y a grandes trazos algo de mi vida anterior a San Naerit, sobre Thomas, mis gustos y mi experiencia con los animales. Entre ambos, Waldorf movió la cola con ansias. Matt se incorporó de inmediato, mucho más aliviado, y entre mimos y caricias le dio leche de un plato.

-No podrá correr de nuevo- opinaba- Pero creo que podremos conseguir que camine.

Yo veía a Waldorf beber, con esa forma tan extraña que tienen los perros, utilizando la lengua como si fuera una cuchara. Asentí lentamente. Desde ese momento se me ocurrió que, en cierta forma, su destino estaba en mis manos, una sensación muy curiosa que me provocó un cosquilleo por la espalda.

Al rato Norbert llegó junto con Kari, y al ver lo que había sobre la mesa dejó caer ambas bolsas de helado al suelo. No perdió un sólo segundo para subir a Waldorf al Twingo, directo al veterinario. Matt insistió en acompañarlo, pero su padre se negó, le bastaba y sobraba con su fuerza para transportarlo, y además, iba a pasar cerca de lo de Alex para contarles lo sucedido. Podía ser que el animal salvaje que buscaran estuviera más cerca de nuestra casa de lo que creíamos, y era mejor alertar a los trabajadores del pueblo. Por tanto, como nos dijo mientras cargaba al siberiano como a un bebé, esta vez la comida quedaría a nuestra cuenta. Había ensalada sin alinear en la heladera, pescado fresco y algo de papa dulce. Podríamos arreglárnoslas.

Kari puso manos a la obra, me tendió un delantal y me pidió que la ayudase. Ya con ello me di cuenta de que iba a ser una tarde muy movida. Analizando detenidamente los ingredientes con los que contábamos, ella decidió mandar todo al diablo e intentar hacer una pizza. Fue un verdadero enchastre: la cocina, antes impecable, se convirtió en un embrollo de harina y restos de masa, de tomates mal cortados, queso derretido y una polvareda de orégano, pues la bolsa de condimento estaba rota. Aun así me divertí, entre las órdenes frustradas de ella y los comentarios sarcásticos de su hermano. Al resultado, cuya consistencia dura como la piedra dejaba mucho que desear, lo comimos los tres entre conversaciones nerviosas e irrelevantes, con las que

distraíamos a Matt de su preocupación como podíamos, haciendo crujir nuestros dientes con cada mordida de esa cosa que habíamos querido llamar pizza.

Antes de terminar, como un zombi, Wilhelm emergió de su sótano, sacó una porción y se la llevó. La devolvió a los cinco minutos, intacta en su plato. En conclusión; la ausencia de Norbert era realmente notable a la hora de comer.

XXII

A través de una paciencia infinita, el único veterinario que existía en San Naerit logró convencer a Norbert de que Waldorf viviría para ver la luz de un nuevo día, y de que incluso podría retomar sus paseos –pero no sus carreras– en poco tiempo.

La herida había sido perfecta, limpia, tanto que en principio el hombre había creído que se trataba de una trampa, del terrible olvido de algún cazador descuidado. Gracias a eso había podido coserla sin mayores preocupaciones, agradeciendo a los cielos que no se hubiera infectado. Waldorf caminaría, nos dijo, pero tendría que usar un arnés y no sería muy capaz de enfrentar las curvas que daba el sendero a casa.

Por supuesto, al volver Norbert regresó junto con Alex. Ambos querían saber bien cómo había ocurrido el accidente.

-Me hallaba dando el paseo de siempre- contó Matt, repitiendo lo que ya me había dicho a mí y a su hermana- Saben que no utilizo una correa. Waldorf suele desviarse cada tanto, pero siempre regresa. Esta vez sintió un ruido, se perdió por los arboles... Y comenzó a tardar demasiado.

-¿Un ruido cómo?- inquirió Alex.

Matt se inclinó de hombros.

-No lo sé. Yo no lo sentí, pero por su reacción él fue capaz. Lo esperé por unos minutos, impaciente. Luego oí su aullido. Con eso me fui guiando; cuando llegué, ya había sido herido.

Ambos hombres se miraron. Alex prometió que adelantaría la partida de caza de aquel animal, que ya era un peligro evidente para el pueblo, y se retiró sin más comentarios. Norbert, apenado tanto por lo que había ocurrido con el perro como por no habernos hecho el almuerzo, volvió a salir y trajo un montón de golosinas del mercado, que repartimos entre los cuatro.

Me hallo en mi habitación, revisando el libro de trivias distraídamente mientras saboreo un chupetín. Por la ventana, el cielo se ha vuelto a nublar. El bosque que se asoma, tan calmo e inafectado, se ha convertido en una figura

misteriosa, capaz de herir, que oculta peligros que no había podido imaginar. Aquello hace que me revuelva, feliz de esta seguridad, de este espacio y estas cuatro paredes, de la tranquilidad con la que cuento, el calor de este cuarto.

Paso una página, balanceando las piernas con pereza.

“¿SABÍAS QUE...

En toda nuestra vida, nos tragamos alrededor de ocho arañas al dormir?”

No parece muy creíble. Siguiendo página.

“¿SABÍAS QUE...

La cola del cometa no marca la dirección en la que este avanza, sino que es un reflejo de la luz y el polvo que desprende?”

A esa no la entendí. Otra.

“¿SABÍAS QUE...

En el 1500, aún no existía el picaporte?”

Me estoy adormeciendo. Una última, para completar el capítulo.

“¿SABÍAS QUE....

Detrás de ti.

Todo se oscurece.

Más allá de ataques como ese, que me asaltan a cada rato, me mantengo bien. Comienzan a llegar días más y más entretenidos, que me sacuden de mi estasis inicial. Kari y yo continuamos hablando todas las noches, a veces hasta altas horas. Un día pasamos de largo; y al otro cabeceábamos en la mesa del almuerzo. Con Matt también me llevo bien. Desde que Norbert trajo a Waldorf de vuelta desde la veterinaria, ya su herida cerrada, me levanto temprano y nos encontramos en el desayuno. Comemos juntos, e incluso hemos comenzado a prepararle el café al otro si se demora demasiado. Luego nos levantamos y nos dirigimos al patio de atrás, un estanque congelado cuya existencia desconocía, en donde Waldorf tiene su cucha de madera y hay algunas piedras donde sentarnos. Charlamos, jugamos con el siberiano y buscamos hacerlo recuperar energías, de a poco, pues ahora Waldorf se agota rápido y no tarda en volver a echarse para que le acariciemos la barriga o lo dejemos en paz. Norbert nos ve correr divertido. He notado que tiene la precaución de no hablarme del tratamiento si me ve con alguno de sus hijos.

Mañanas pasan, tardes pasan, noches pasan. Despertares de tierra, el sabor amargo del café siendo mermado por un terrón de azúcar, el sonido de los cereales golpeando el bol de plástico. Norbert tras un escritorio, el brillo de la computadora reflejado en sus ojillos tristes. Los ojos verdes de Matt, escudriñándome mientras hablo. Kari moviendo su cabeza al compás de una canción, Wilhelm siendo bañado por la luz de la heladera bien entrada la noche, las copas de los pinos mecidas por el viento, el rumor de este titilando en mi ventana. Duchas calientes, dejando mi cuerpo librarse del mal, oscuridad rodeándome, la espera mientras me aferro de mí misma y dejo todo pasar. Cosas cambian, cosas se quedan igual.

De tanto en tanto hay pausas, alteraciones: como ver a Mikhail enseñándole a Matt, su gesto comprometido bajo los lentes, o el hablar con Norbert, el extrañar a mi padre, o esa vez que invitaron a Helen, la esposa de Johan, a comer, quien se pasó la velada sentada en silencio, respondiendo con tímidos monosílabos los comentarios y chistes de su suegro.

Hay una historia, en este lugar. Hay algo. Puedo sentirlo, lo tengo en mí, como la presencia imaginaria que me acecha en mi cuarto. Hay una memoria de algo difuso en nuestras vidas, a la que soy susceptible, hay un llamado entristecido que no puedo comprender, como las voces amorfas que me hablan durante mi pánico. No sé lo que es. Pero me provoca una gran melancolía, aun dentro de esta felicidad.

De a poco, noto como la argamasa de mi vida toma forma y promete finales abruptos: en semanas, las clases van a comenzar, y ahora Waldorf puede caminar más y con Matt no nos resignamos sino que lo devolvemos a sus paseos, así rengueando como lo hace, bajamos por el mismo camino de siempre e intentamos llegar cada vez más lejos, para reacostumbrarlo. Sostenemos largas charlas. También, además, hemos vuelto a inaugurar el cuarto de estudio, pero no para estudiar -hago eso en mi cama, usando los apuntes que él me presta- sino para encender la consola y jugar, cosa en la que he probado no ser muy hábil.

Sigue todo. El otro día, paseando, nos encontramos de la nada con Elias, quien subía por su cuenta para visitar a su amigo. Nos miró e hizo toda una serie de comentarios sobre lo afortunados que éramos, que obligó a Matt a golpearlo y a él a devolver el ataque. Se reían. Luego volvimos a la casa, armamos un campeonato de juegos y hasta se quedó a cenar. Por lo que nos contó, Elias vive en el centro, no muy adentro como los demás sino cerca de un almacén de combustible y productos varios, en donde trabaja junto a su familia. Nos invitó a ir cuando queramos, las bebidas a su cuenta. Los hermanos Weigler le respondieron que en cuanto las clases den inicio. Yo recordé y recordé, y concluí que el almacén no podía ser otro que el que vi en la distancia cuando llegué a San Naerit.

Bien entrada la noche Norbert sacó de algún lado una baraja de cartas, y nos divertimos aprendiendo y repitiendo varios juegos; canasta, póker y hasta generala con unos dados que hallamos en un frasco sobre la repisa de los licores. Aquello duró hasta altas horas, y nuestras risotadas, desde el silencio del bosque, debieron de haber interrumpido una quietud y una oscuridad que oscilaban eternas, y que la casona construida en la altura contraponía como un oasis de calidez y humor, tan distinto a los peligros que allí podían existir. Norbert terminó ganando la mayoría de las partidas, inflexible en su voluntad de poner lo mejor de sí en cada juego, y nos mandó a dormir. Elias puso un colchón en la habitación de Matt, que he llegado a ver de reojo: posters de futbolistas y un decorado tan minimalista como el de la mía. Yo volví a mi cama, pero esta vez tuve compañía; no lo de siempre, sino que Kari se llevó su colchón desde su cuarto, con el objetivo de competir contra la pijamada que suponía estaba realizando los muchachos. Nos dormimos diez minutos después.

Mientras pierdo la consciencia en el sueño, pienso. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Cuál es el objetivo de esto? Aunque he hallado una calma que antes hubiera creído imposible, no logro conectar los hechos de mi vida que me llevaron a este lugar, a estas experiencias, a este tiempo. Me sumerjo poco a poco, hundida, como si la blandura de mi colchón me sorbiera tal arena movediza, meciéndome con dulzura, flotando a la deriva sobre aguas. Hago una conexión entre mis ataques y el dormir, ambos viajes a otro mundo, ambas expresiones de algo en mí, que no puedo controlar, necesarias en algún modo. Tal vez sea *necesario* que yo tenga ataques de pánico, pienso. Es la primera vez que se me ha ocurrido algo como eso.

Me sigo hundiendo. Flotando, una corriente me arrastra.

¿Qué más puedo mencionar? Continúo leyendo, continúo viviendo, continúo haciendo mis cosas. He terminado la lista para Norbert, con todo lo que necesito: muchos buzos, camperas, bufandas y gorros; una mochila nueva para llevar al instituto y quizás un par de botas decentes para el invierno. Thomas me cedió una buena cantidad de dinero para que me las arreglara, pero tengo claro que Norbert no dejará que yo gaste un sólo centavo mientras pueda evitarlo, y yo no tendré la fuerza para sobreponerme a su amabilidad. Sólo como para comprender qué tan bueno es Norbert, pienso en el día que, porque Wilhelm se enfadó y arrojó la copa de postre merengado que él había servido para Kari, en el acto él volvió a hacer otra paso a paso, sin dudarle; un nivel de sacrificio que yo jamás hubiera imaginado. También me pregunto, muchas veces, cómo sería la vida en este hogar si la esposa de Norbert viviera. Pero eso es algo que no me atrevo a imaginar, y que no menciono a Kari o a

Matt. Supongo que es un tipo de herida que uno debe preferir no sentir. Supongo que es parte de esa historia muda que ha quedado aquí, y que hace de dolorosa base para la alegría que transcurre. Supongo, también, que algunas cosas deben ser olvidadas para que uno pueda seguir en movimiento. No lo sé. Es tan sólo algo que he considerado aquí, donde tengo tanto tiempo y tanto espacio para pensar.

Matt me ha contado que juega en el equipo de San Naerit, como mediocampista, y planea que vaya a verlo durante las prácticas. Puede resultar interesante; el fútbol es un deporte al que he ignorado por mis problemas, pero que sé que podría fascinarme. Es probable que asistamos al mismo curso, por lo que tendremos un buen tiempo para pasar juntos, aunque también eso me implica pasar un buen tiempo con Elias, que es su compañero y camarada. La idea de todas esas personas, de esos jóvenes con los que me estaré rodeando, del año que debo resistir acelera mi pulso mientras tolero el conteo de días para el inicio de la escuela. Tendré entonces tantas dudas, tantas preocupaciones: encuentros, fiestas, rumores, amigos, asignaturas, profesores, almuerzos, soledad, baño, esconder, mentir, ocultar, encajar, reír... Sé que mi calma actual se interrumpirá, conozco cómo funcionan las cosas. He conocido a Orlana, mi verdugo de Nueva Gabul, y entiendo que en el nuevo instituto deberá haber otra chica similar, de la que tendré que obtener simpatía. Siempre las hay.

Un perfil bajo es todo lo que necesito. Norbert, con su actitud, planea que recupere la esperanza de curarme. Admiro su optimismo. Por mi parte, con algo de paz me basta y sobra.

XXIV

He terminado el libro de trivias. La última me resultó relativamente interesante:

“¿SABÍAS QUE...

Las arañas no quedan atrapadas en su tela pues saben exactamente sobre qué puntos apoyar las patas?”

Pero ha sido poca cosa. Al menos, creo que logré desarrollar un poco más mi velocidad de lectura.

Estuve revisando la contratapa de los otros dos, y creo que seguiré con Kafka.

XXV

A la tarde, el crujido de las piedrecillas bajo las llantas anuncia la llegada de alguien. Los golpes en la puerta son insistentes. Norbert se halla leyendo un periódico regional, yo y Kari jugamos a los naipes, Wilhelm está en la mesa, otra vez con sus aparatos y circuitos inescrutables. Al abrir, Alex entra sin pedir permiso, cosa llamativa en él. Trae algo envuelto en papel bajo el brazo, que deposita sobre la mesa.

-Disculpa. ¿Puedo mostrarte esto?

Norbert se tambalea, curioso. Alex nos da una mirada nerviosa.

-Es mejor si ellas no lo ven.

-¿Qué es?- pregunta Kari, intentando hurgar por bajo el hombro de su padre- ¿Qué es?

-Kari, vuelve a tu habitación- le dice Norbert, y mira al otro- ¿Tiene que ver con la caza?

Alex asiente.

-Fuimos diez, los muchachos del trabajo, yo, y un par de por la zona que decidieron asistirnos por no tener nada más que hacer. Estábamos bien armados, por si las moscas. Habíamos concluido que se trataba de un oso. Pero esto...

Mira el paquete, con consternación. Norbert en cambio parece muy calmo.

-¿Hallaron al animal?

-No.

El traumatólogo suspira. Vuelve a dirigirnos una mirada.

-Suban.

Su hija se queja, furiosa. Yo retrocedo lentamente. Algo en ese bulto apretujado, en cómo mancha el papel con un suave tono carmesí, en su forma ligeramente alargada me altera. Decido que no quiero ver de qué se trata. Tomo a Kari, y la empujo para que me acompañe arriba.

Sin quererlo, de reojo por las escaleras, capto la lengua en la cabeza de perro que Norbert desenvuelve.

Por esa maldita revelación, mi dormir se llena de pesadillas. Ese instante de ver esa cosa putrefacta, con los ojos blanquecinos y la mandíbula entreabierta, los colmillos ennegrecidos y el hedor que emana mientras Norbert lo desenvuelve con cuidado, el pensar que ese can debió de haber estado vivo y algo, *algo* se tomó el esfuerzo de hacer un trabajo tan limpio para cortarle la cabeza...

Algo. Ya no puedo estar segura de que sea un animal. Un animal, ¿podría actuar de ese modo? Eso es lo que me pregunto, y es lo que sé que Alex se está preguntando también con todo su secretismo. Hoy Norbert cerró con trancas, por una vez, las puertas de casa. A la noche, Matt se sumó conmigo a la habitación de Kari y los tres hablamos de lo que había visto, que en principio ellos no creían. Discutimos las posibilidades. Matt, resentido con la amenaza, nos hizo una observación: puede que la cabeza que Alex y sus compañeros hallaron fuera la del labrador de Scott, ese que se perdió hace meses en el bosque. Planea decírselo. Nos pareció un buen paso.

Desde mi lado de las cosas, además, un evento cobra ahora un sentido distinto, una posibilidad que me hace palidecer. Me refiero a la risa que oí en la Playa de las Piedras; esa risa inhumana, enfermiza, que me obligó a correr desesperada hacia donde estaban los demás para cubrirme de su acecho. La que Matt despertó al arrojar la botella. Su eco se repite infinitas veces, en la soledad de mi cuarto, y desde la ventana, a oscuras, veo el bosque, la masa negra de todos los árboles como un ejército muerto, el vago esfuerzo del río en la lejanía. Pienso que, si la risa y el atacante están relacionados... Se está acercando hasta donde estoy, como si no hubiera olvidado esa afrenta.

Cuando me acuesto, me tapo buscando una protección que no es sólo al frío, sino también al dolor, al temor, a todo lo que uno no puede ver ni controlar. La frazada pura y pesada me cubre hasta los párpados, y mi entorno parece una casa de juguetes, demasiado pulcra, demasiado perfecta y que alberga una vida distinta a la que se desarrolla en el día, una vida secreta, quizás perversa, quizás amable; seguramente distinta. El piso de madera, que crujiría ante la más mínima pisada. El armario entreabierto, amenazando con su oscuridad interna. Las cortinas meciéndose a mi izquierda con suavidad. El estertor apagado de la heladera desde el piso de abajo, interrumpido cada tanto.

Comienzo a dormirme. Cada mínimo aspecto de la tranquilidad de la casona destaca por partes, tomando fuerza. El movimiento de mis cortinas se vuelve frenético en mi sueño, danzan, crean formas de vestidos, se ahorcan entre sí. La heladera se asemeja a una marcha mecánica, infernal, que sube las escaleras. El piso cruje como si le dieran hachazos. El zumbido de una mosca imaginaria hace estruendos en mis oídos, la puerta del armario se cierra y se

abre, un grito inhumano, lleno de angustia y dolor aturde todos los sentidos del mundo.

Cuatro sombras alargadas pasan, una tras la otra, por mi ventana.

Despierto tapándome la boca, sudando. Poco a poco el chillido se apaga de mi mente. Mi ventana, con la cortina del todo inmóvil, está exenta de criaturas.

Me acuesto. Sólo por costumbre, intuyo que hay algo distinto, que no podré volver a dormir. Giro en la cama, incómoda, y noto que algo cambió.

Hay una nueva puerta en mi habitación.

XXVII

Parpadeo varias veces, en principio sin mucha consciencia, imaginando que tengo una mancha en el ojo o que estoy a punto de sufrir un ataque. Pero por mucho que me restrigie, la puerta continúa allí. Es simple, roja, con un picaporte dorado y sin luz alguna, nada más que su presencia que la revele ante mí entre las penumbras del cuarto.

Contengo el aliento. No tengo miedo, precisamente, pero mi corazón baila dentro de mi pecho. Me tomo unos momentos para sentarme en mi cama, atenta a la puerta, enfrentando su amenaza.

Sigue allí. Sin perderla de vista, paso las manos por mis sábanas. Están cálidas, pero su calor es uno que me invita a dejar el lecho. La puerta roja me llama. El silencio es casi imposible; sólo se mueve el sombreado veteado del follaje reflejado contra luz de la luna en la pared, tan cerca de la oscuridad que encuadra a esa nueva puerta.

Apoyo los pies descalzos en la madera, y me incorporo. Hago todo con mucho cuidado, como si temiera que el más mínimo ruido pudiese quebrar la realidad, despertar la pesadilla. Ya no necesito saberlo; no estoy soñando. La puerta está allí. La puerta está allí, esperándome, el mundo no era como me habían dicho que era. El mundo tenía locuras que me visitan. Esta es una invitación, del pasado de esta casa, una invitación cuya finalidad desconozco.

Avanzo. Los tablones crujen bajo mi peso. Pienso que se va a desvanecer, pero al llegar frente a ella la puerta continúa presente. Pienso que una remera vieja y unos shorts no son la mejor forma de enfrentar lo que sea que haya del otro lado, pero que tampoco puedo tener más demoras. Pienso que parece que no hubiera tiempo, y que por eso no tengo otro momento para actuar que el ahora.

Sujeto el picaporte dorado, tan sólido como cualquier otro. Tiene grabados de plantas, que marcan mi piel al aferrarlo. La puerta se destraba con un chasquido. La empujo.

Sólo veo oscuridad en un principio, pero una fuerza dentro de mí me obliga a meterme, a olvidar todas las precauciones que siempre he tomado. Piso, entonces, y me hallo en otro lado: un sitio distinto, ruinoso, suelo de piedra desvencijada, enredaderas a los costados, un pasillo que sigue más adelante levemente empinado. Me doy vuelta, para cerciorarme. La puerta sigue entreabierta tras mí, y mi habitación se adivina tras su espacio. Es una locura. Todo esto es una locura, me pregunto si no he perdido ya el seso.

La dureza del piso contra las plantas de mis pies es una sensación agradable. Hay rosas, entre las enredaderas, rosas rojas y blancas, y también muchas que riegan el suelo, cortadas, pétalos me acarician los dedos al pisarlas. Una música melodiosa, suave, que recuerda a verano y a anhelo me envuelve, tonos distantes, tonos felices, me instan a continuar el ascenso, por este mundo que es imposible exista de verdad dentro de la casa de los Weigler.

Llego a un gran balcón, donde las enredaderas se entremezclan como un nido de víboras, cayendo por una barandilla arruinada, sobre la cual gárgolas sin rostro observan un cielo anaranjado de atardecer. Sin poder evitarlo, como si fuera lo más natural del mundo, bostezo. En el medio hay una pequeña mesita de mármol, sentado en una de las dos sillas de alambre que hay, el joven de cabello ondulado oscuro se voltea para verme, amagando una incipiente sonrisa ante mi desconcierto. Está puesto con prolijidad, las palmas sobre los muslos; lleva una camisa bordó arremangada hasta los codos y pantalones negros, y lo único que lo hace parecer extraño más allá de su palidez es el fulgor de sus ojos que parecen rubíes.

La música marca sus tonos, entre nuestro silencio. La boca se me seca, y mi expresión pierde todo ensueño.

Recupero la voz.

-¿Quién...? ¿Quién eres?

Él me mira con tristeza y alivio entremezclados. Un nuevo tono grave, estrambótico, separa sus palabras de las mías entre el rumor de los pájaros, entre el sol que lo baña desde ese cielo ajeno.

-Me llamo Kain -dice, e inclina la cabeza invitándome a sentarme- Soy un fantasma.

Fantasma.

Esa palabra flota entre ambos, entre nuestro silencio. Pero por el sonido, por la calma mutua, por aquel sol alienígena que nos baña desde un paisaje que no alcanzo a vislumbrar, todo parece natural, como una simple invitación a tomar el té. De hecho, entre el constante estado de maravilla concluyo que este es un lugar perfecto para hacer algo como tomar el té. No hace frío, aquí. No precede entre estos muros el silencio y la calma del otro lado, sino que hay una calidez estival, insulsa.

No hace nada.

Como si mis movimientos no fueran míos, adquiriendo una lentitud que parece en cierto modo sarcástica, me siento en la otra silla, frente a Kain. Tomo aire.

-¿Estoy soñando?

Él niega.

Dudo, y llego a otra conclusión.

-¿Estoy muerta?

-No que yo sepa.

Me muerdo el labio, examinándolo. Todo su aspecto parece melancolía, una melancolía esperanzada que ya he visto antes. Hablo, aferrándome a esa idea.

-Tú me observabas.

Kain asiente.

-¿Siempre?

-En ocasiones.

Qué alivio. Se mantiene en silencio, mientras desde mi asiento miro a mi alrededor, las enredaderas, las rosas, las columnas derruidas, la antigüedad de este castillo en el que nos hallamos. Parece como si quisiera saber qué opinión tiene una chica como yo de un lugar tan inverosímil.

Vuelvo a encararlo.

-¿Qué es este sitio?

Pero el fantasma se inclina de hombros.

-No lo sé.

-Podría ser el cielo.

-Podría.

La melodía lejana continúa sonando, quién sabe desde dónde. Retrocedo un poco, insatisfecha. Lo contemplo a los ojos. No sé por qué, pero de repente supero todo miedo, y comprendo que tengo algún tipo de poder sobre él. Que si se halla tan callado no es para intimidarme, sino porque está probando a su modo algo en mí, que él tiene más preocupaciones que yo sobre este repentino encuentro.

Kain parece darse cuenta de mi descubrimiento. Suspira, y baja la cabeza.

-No sé qué es este sitio- me dice- Pero yo lo llamo el Palacio.

-¿Desde hace cuánto estás aquí?

-Desde hace diez años. Todo lo que recuerdo es hallarme entre estos muros.

-¿No comes?

-Soy un fantasma- se inclina de hombros.

Vuelvo a titubear.

-Eso significa... Que has muerto hace diez años.

Asiente. Yo siento la tentación de gritar, sin saber porqué, para expresar lo insano de lo que está ocurriendo. Pero Kain se remueve, antes de que haga algo de lo que pueda avergonzarme. Eleva la cabeza con desenfado.

-En realidad... Creo que me asesinaron.

Levanto una ceja.

-¿Crees?

-No poseo memorias de mi tiempo en vida- se defiende- Sólo algunos detalles. Pero recuerdo... Sé que me fui del mundo de niño, con horror y violencia. No pude haber muerto naturalmente si es así. Es una de las pocas cosas de las que tengo constancia.

Poco a poco una idea espantosa me va llenando.

-¿Eres uno de los Cuatro Locos?

Esta vez Kain levanta una ceja.

-¿Cómo sabes de ellos?

-¿Los conoces?

Su pupila tiembla con amargura.

-Existen.

-Pero tú no eres uno de ellos.

-No, no lo soy.

-Entonces, ¿quién eres?

-Soy Kain. Es todo lo que sé.

-Pero debiste ser de San Naerit- razono- Si conoces la historia de los Cuatro. ¿No es así?

Me observa con cuidado. Niega con parsimonia.

-Este balcón- me explica- Es mío. Aquí, ambos estamos seguros. Pero...

Señala detrás de mí, y confiada yo me volteo. Más allá, cerca de donde termina la barandilla, hay otra puerta de un color más alegre que la que me condujo aquí.

-Hay más de esas- dice Kain- Me he adentrado por algunas; no son lugares buenos. La mayoría conducen a laberintos, o a sitios llenos de locura, y no te recomendaría que las atravesaras. He sabido... Que uno de esos sitios pertenece a los Cuatro. Una parte de este Palacio, dominada por su maldad, en donde sólo pisar podría borrarlos de la existencia. Por supuesto, en estos diez años más de una vez busqué inmiscuirme por allí. Pero no he podido llegar muy lejos. No sólo no dispongo de la energía suficiente como para alejarme mucho de mi balcón, sino que incluso fui atacado. Más allá me superan en poder y número. Sin embargo aquí, hasta el momento, jamás nadie me había visitado antes.

Comprendo ahora algo de sus reacciones al verme, de esa tristeza que exhuma. Comprendo que en su mirada se graban diez años de soledad, ni más ni menos, que para él este balcón debe de ser una prisión que ubica como la palma de su mano, que debe conocer cada rajadura en la piedra, que debe tener contadas las columnas y los arcos de la barandilla, cada rosa florecida en las paredes.

-¿Y por qué no saliste?- le digo- La puerta está abierta.

-No puedo- responde- Cuando salgo... Me canso. Y debo regresar. Ya lo he probado. Por demás, la puerta sólo se ha abierto recientemente. Desde que tú estás aquí. Y en ocasiones.

Interesante.

-Pero se abrió- continúa Kain, y observa su blanca mano, con cierto fervor sereno, con cierta intensidad llena de apremio- No sé cómo lo hiciste, pero lograste abrirla desde el mundo de los vivos. Y ahora que puedo hablar con alguien al fin...

Se adelanta, apoyando ambas palmas sobre la mesa, e inclina la cabeza.

-Necesito pedirte un favor.

Mi corazón da tumbos cada vez más lentos, al compás con los sonidos discordantes de afuera. Bajo su cabello azabache, los rubíes de Kain me enfocan con pena.

-¿Cómo te llamas?

-Soy Liseth.

-Liseth- dice, de una forma que deja entrever sus dudas, su desesperación, su soledad- He pasado... Diez años aquí. Me cuesta hallar las palabras. Me cuesta ver tu rostro, me impresiona sentir algo vivo. Aquí sólo hay verano, sólo hay más allá, sólo hay puertas cerradas que conducen al miedo. Pero estos años... Si me he mantenido cuerdo, si no me he arrojado por ese precipicio para hallar el fin dentro del fin, ha sido por un recuerdo. No el de mi muerte. No: desperté sabiendo que había sido arrancado cruelmente del mundo, y los primeros momentos me sacudí de terror y angustia, como las otras almas que rondan tras estas puertas, perdidas, atrapadas en este limbo. Pero luego, con el paso del tiempo... Últimamente he recordado algo más.

»Yo tenía una hermana -afirma, como si confesara algo embarazoso- No recuerdo su nombre, ni su rostro, pero sé que la tenía. Una imagen es todo lo que poseo: una niña, y yo era un niño, y ella corretea cerca de la arena, en donde la tierra se quiebra dando al mar, y el sol de la tarde, un sol como este, pero vivo, baña su cabello negro como el mío. Recuerdo eso, sé que no es una ilusión. Pero nada más. ¿Está viva, acaso? ¿Se halla en otra parte de este lugar, y soy muy débil para recuperarla? Necesito saber. Año tras año, viendome envejecer y el resto permanecer igual, me he aferrado a esa idea para no desvanecerme como los demás. Alguien me importaba. Así que, Liseth...

Inclina la cabeza cuanto puede, y yo lo contemplo sin saber qué decir, impresionada con esa muestra de angustia.

-¿Podrías ayudarme a encontrarla? ¿A entender qué le ocurrió?

XXIX

Antes de responder al fantasma, hay algo que debo saber.

Dejando a Kain con sus dudas me incorporo, y me dirijo al alfeizar de este balcón, para satisfacer la curiosidad que me llena desde que entré. ¿Y qué

hay más allá? Noto que estamos altos, muy altos, y bajo mis ojos se extiende un jardín colorido, árboles frutales, un campo inmenso estático, indefinido, como si su existencia dependiese más de mi capacidad para verlo que de su materia en sí, como si amenazara en convertirse en un vacío de sólo imaginar la posibilidad. Bajo mis codos, la piedra de la barandilla se mantiene firme, si bien quebrada. Kain aguarda detrás. Con un barrido general, contemplo muchas cosas. Estamos en una construcción, es cierto, y a los costados se observan otros balcones, otras ventanas que dan a la oscuridad, distintas piezas de este inmenso palacio en ruinas. Ni un sólo sonido escapa en ninguna de ellas. No importa cuánto me esfuerce, la vida aquí parece congelada. Y sin embargo, aun sabiéndolo, es como si sintiese que ya conozco este lugar. Que me han quitado una venda y me encuentro aquí, en esta casa de muñecos.

Hablo sin mirar a mi acompañante.

-Respóndeme algo primero.

Percibo que Kain me mira con atención. Paso la vista por unos manzanos henchidos, alegres, por el sol naranja que está clavado en el horizonte.

-Dime. Eras tú... ¿El que me visitó hace años?

Me doy la vuelta, antes de que responda.

-¿La causa de mis ataques? ¿Has sido tú todo este tiempo?

Su rostro es triste.

-No sé de qué me hablas.

Hay una espera, en la que una parte de mí quiere saber que Kain miente, que va a corregirse, que en verdad es el culpable de todo. Pero el fantasma se mantiene igual que siempre. Ladea la cabeza, y niega.

-Te he conocido ahora- dice- En estas semanas. Nunca te vi antes. No tengo poder sobre el mundo de los vivos.

Hace una pausa.

-Lo siento.

Mi expresión debe ser escabrosa al oírlo. Suspiro.

-Está bien. Disculpa. Entonces... Te ayudaré a saber qué le pasó a tu hermana.

La faz de Kain se ilumina. Se pone de pie, y luego, cosa extraña, se arrodilla.

-Gracias, Liseth. En verdad no sabría cómo pagártelo. Esto lo significa todo para mí.

Asiento, azorada.

-Pero tendrás que contarme todo lo que sepas. Todo. Soy una extraña en este pueblo. Puedo consultar con la policía y...

-Ten cuidado- me interrumpe Kain, y cuando levanta la vista, sus ojos destellan- Tal vez te convenga guardarlo todo en secreto.

-¿Eh?

-¿No es lógico?- contrae las cejas- Fui asesinado hace diez años. Mi asesino... Quien me mató debe seguir con vida. No quisiera que terminaras como yo por ayudarme.

Trago saliva, considerando la posibilidad. Pero al mismo tiempo me parece improbable. No creo que vaya a morir, tan sólo por preguntar...

Aunque, después de todo, ¿no estoy hablando ahora mismo con un muerto? Las cosas improbables han dejado de tener relevancia. Tránsito en este momento los caminos de lo *imposible*. Por tanto, debo tener en cuenta las

advertencias de quien ya ha pasado al otro lado si quiero moverme con cautela.

Un asesino, pienso. En San Naerit, un poblado tan pequeño y rústico. La posibilidad es apabullante.

-Bueno- le digo- Pero debo comenzar por algún lado.

Kain asiente.

-Sólo te pido que tengas cuidado. Además... Esa puerta sólo se ha abierto gracias a ti. Tú quebraste la brecha entre dos mundos, tu presencia fue la que me llamó. No sé qué significa eso, pero quiero confiar en ti, Liseth. Y si te perdieras... Perdería yo también todas las posibilidades de saber qué ocurrió con mi pequeña hermana, de dejar este palacio. Desde este momento, mi futuro está en tus manos.

Capa tras capa, esa presión se suma sobre mis hombros. Su importancia me hace desesperar, pero también me infunde esperanzas. No es que no le crea, pero siento que está relacionado, que es imposible que dos eventos tan particulares como lo son mis ataques de pánico y esto no tengan una misma causa, un mismo objeto, una misma razón de ser. Quizás, ayudando a Kain, termine ayudándome a mí misma. Eso pienso ahora. Me daría un buen motivo para seguir en este pueblo, para protegerme si algo ocurre. El lado sobrenatural de mi enfermedad se me revela como un quiebre, y sacude la historia de mi vida para siempre. Este joven frente a mí, tan abatido y pálido, debe de ser tanto una llave como yo soy una para él. Presiento eso. Quizás Kain...

Extiendo mi mano hacia él. No es un gesto muy femenino, pero siento que debo hacerlo.

-Somos... ¿compañeros?

Kain la observa, con sorpresa. Sonríe.

-Lo somos, Liseth.

Fantasma o no, su apretón es sólido y firme.

XXX

“Recuerda” me dice la voz de Kain al dejar el balcón, cuando decido por fin volver a mi mundo “Tú abriste esa puerta. Debes poder abrirla de nuevo a antojo de algún modo, tomar control de la barrera entre el Palacio y el exterior. Inténtalo: sería mejor si pudiéramos contactarnos en cualquier momento y no sólo cuando la oportunidad se presente.”

Por culpa de esas palabras, las tres horas de sueño a las que me entrego con sorprendente facilidad son ocupadas por lo que parecen ser párrafos y

párrafos pasando por sobre mi cabeza, en los que puedo leer lo inexplicable de la experiencia que he tenido esa noche: *“soy lisethaurdelard tengo años y tengo padre Thomas vive en san naerit mude fui al weiglernorbert tratar karimatt fútbol perro herida loco cuatro hay noche abre sobra puerta kain fantasma soy un fantasma jardín palacio puerta habitación ayudar hermana mano firme abre cierra rojo música planta amanecer que en...”*. No hay imágenes, no hay sonidos, no hay más que aquello, como un mensaje televisivo, invadiéndome durante esos ciento ochenta minutos, repetidos, entremezclándose, despertando instantes de recuerdos distorsionados que me sacuden como fiebre, acalorada bajo el peso de mis colchas. Imagino que mi cerebro se niega a aceptar lo que he visto, lo que ha pasado.

Cuando una mano amiga me sacude del hombro para despertarme, lo hago con sorprendente paz. Por unos segundos mi habitación se me presenta clara, tranquila, y el piar de un ave desde mi ventana abierta me distrae, con la mente en blanco buscando la sombra de su aleteo contra el alfeizar.

Luego me giro. Matt me observa, aclarándose la garganta.

-Liseth.

Aquello me logra despabilar. Me siento en camisón.

-Disculpa- dice él- Papa me pidió que te despertara. El almuerzo ya está listo. Habrá que comer rápido, pues quiere ir al centro temprano.

-¿Al centro?- me restriego los ojos.

-A comprar lo que te haga falta y las cosas del mes- dice Matt, y da un vistazo general al cuarto, como si nunca lo hubiera conocido- Como sea, baja en cuanto puedas. Creo que hoy no habrá postre.

Se pierde bajando por las escaleras, y yo continúo sentada, encorvada, en perfecto silencio.

Miles de imágenes y recuerdos se adentran en mí en un segundo.

“¿Fue un sueño?”

Contemplo la pared lisa a mi lado, con incertidumbre. Ya ninguna puerta roja interrumpe su superficie.

Me incorporo lentamente otra vez, un reflejo luminoso de lo que pasó anoche.

“No fue un sueño,” me digo.

Apoyo la mano en la pared.

-Kain.

“¿Sí?” resuena su voz en mi mente.

Jadeo, retrocedo, tropiezo con mi propio talón y caigo con mi trasero sobre la madera con un gemido de dolor. Desde abajo se oye a Norbert, que pone los platos.

-¿Está todo bien allí arriba?

-¡Sí!- grito, apresurada, como si hubiera algo que cubrir- ¡Ya bajo!

-Liseth se acaba de dar un resbalón- oigo a Kari reír.

Me cambio sin poder enfocarme. Mientras me pongo la remera, se me ocurre volver a intentarlo.

-Kain.

Nadie contesta.

Pero sé que está ahí, en alguna parte. Me abrigo bien y bajo a comer, ya preparada para salir junto a los Weigler, pero con la mente perdida en algo mucho más importante. Ya mientras bajo, y escucho a Norbert hablar, cuando finjo reír o envuelvo el spaghetti con el tenedor, estoy pensando en otra cosa,

intentando poner un orden al caos de mis ideas. He hablado, puedo hablar, con un fantasma. Un fantasma me ha pedido ayuda. He cruzado al más allá. He contactado con un muerto. Quiere que lo ayude a buscar a su hermana. Fue asesinado hace diez años. Un asesino en el pueblo.

¿Puede haber algo más ridículo, más impensable que lo que digo? No es que tema, pues miedo no es la reacción que estoy sintiendo en este momento, sino que una incredulidad profunda, que se arraiga en todas mis experiencias pasadas hace que de golpe todo me parezca falso, un teatro, una puesta en escena, y me vuelva insensible a lo que me rodea. Al comer, me muevo como una muñeca, sin pensarlo, como si sufriera una enajenación que me separara de todos, como si me hubiese rendido a mi locura. Pero si estoy así, es porque sé que no estoy loca. Kain es real. Lo que pasó anoche fue real, su ruego fue real. Es la realidad la que desborda mis sentidos.

Cuando terminamos todos nos dirigimos al Twingo. Logro acordarme de traer la lista de las cosas que considero necesarias, y mientras me estrujo en el asiento trasero junto con Matt y Kari finjo revisarla detenidamente, cuando en realidad sigo pensando en la música, en las enredaderas, en la puerta roja y la sonrisa triste del joven fantasma. Norbert enciende el estéreo, y un tal Jerry algo suena ahora, cantando una canción sobre el amor y la hombría a grandes voces. Sus hijos gruñen. El coche se pone en marcha, yo contemplo por la ventanilla, mi lista de compras arrugada en mis manos y viendo los troncos pasar, hasta que cruzamos el mismo sitio de donde rescatamos a Waldorf y cruzo miradas con Matt.

Kari me arrebató la lista de la mano, y la examina.

-¿Y maquillaje?- indaga- Esta lista es un desastre.

-Ah, sí- añade- Supuse que algo me faltaba.

En realidad, desde hace años que no me he puesto ni la más mínima sombra de ojo. Mi situación ha logrado volverme algo descuidada con mi apariencia, tal vez por estar precisamente en búsqueda de evitar miradas.

-Y los libros escolares- añade Matt- El instituto no cuenta con copiadora propia.

-Se toman de la librería del centro- Norbert dobla, ya dejando la empinada bajada de tierra, y comenzamos a pasar un camino que poco a poco amenaza con asfaltarse, cercado de campo llano y abierto y árboles bien espaciados, los más altos que jamás haya visto- Antes solía ser un solo libro para los años desde primero a séptimo, ¿lo sabías? Todo era más fácil, pues podía comprarlo y pedirles a mis hijos que lo compartiesen. Esas cosas son caras. Pero ahora la educación se ha puesto más especializada, y cada año tiene su buen tomo de libros.

-Si es necesario, papá me dio algo de dinero para...

-Ni lo menciones- ríe Norbert- Actualmente tenemos bastante dinero. No sólo por mí trabajo en el hospital, sino que Johan me pasa un poco de las ganancias de su empresa. No, tú no gastarás un sólo céntimo. Bueno, al menos no en libros de texto.

Me encojo en mi lugar. Fue tal como esperaba. El Twingo traquetea y cruza un par de almacenes de donde cuelgan frazadas que se mecen bajo una llovizna finísima. Vamos ingresando al centro de San Naerit, cuya actividad, si bien mínima en comparación con mi antigua ciudad, en el momento me parece desbordante. Veo a un par de familias dar vueltas por aquí y por allá, a una madre llevar a su pequeño arrastrando por el brazo, ambos tomando un helado

sin importarles el clima, a unos hombres que saludan alegres a Norbert, quien les toca bocina. Muda, recuerdo mi llegada aquí, el bar, y paseo mi mirada por sobre los escaparates de un par de cafeterías, de una farmacia, de una verdulería que enseña unas naranjas brillosas, enceradas. Norbert para el auto, y se desabrocha el cinturón.

-Vamos.

Bajamos. A mi lado Matt silba, viendo el cielo: parece que estas gotas son precursoras de una tormenta que se avecina por el horizonte, allá contra las montañas. Será una noche emocionante si la tengo que pasar entre los bramidos de los truenos.

Un chasquido de dedos frente a mis ojos me desconcierta.

-¡Vamos, Liseth!- dice Kari, y me toma de la muñeca para que la siga.

-Pero...- miro a Norbert, que revisa una lista propia con interés.

-Kari tiene parte del dinero- explica sin mirarme- Matt, acompáñalas. Tú Wilhelm me ayudarás con las compras del hogar.

Wilhelm no responde nada, desde el auto tocando los botones del estéreo.

-Nos juntaremos de vuelta aquí en dos horas. No se pierdan. - finaliza su padre, y nos saluda.

Había tenido la idea de que nos acompañaría durante todo el asunto. Sintíendome perdida, no me queda más opción que confiar en Kari, que con mi lista en su mano revisa con una sonrisa felina cada punto, para proclamar.

-¡Empezaremos por el maquillaje!

XXXI

Comprando es que la constancia de que las clases están próximas se instala del todo en mí, empujándome a poner atención a mi entorno. Por suerte tengo conmigo la ayuda de Kari, quien me guía a los tirones por cada tienda, excitada, ofreciéndome mil prendas diferentes mientras que Matt nos acompaña con expresión aburrida, muy poco interesado en entrar a los locales de mujeres.

Kari pone en mis manos una caja completa de maquillaje, que dice será necesario para las dos grandes fiestas que el instituto dará, elige por mí las botas que usaré en invierno, con relleno de lana para mantener los pies abrigados, escoge mis gorros y dos bufandas que me envuelve sobre el cuello entre comentarios, preguntándole a su hermano qué opina. Matt no atina ninguna respuesta.

En donde logro tener voluntad de elección es en mi mochila, pues elijo una negra y rosa, haciendo por una vez una concesión a mi gusto. A Kari le parece fabulosa, y ofrece regalarme decenas de pins de los Grados para decorarla. Es una oferta que estoy dispuesta a rechazar. Luego vamos a la farmacia, en donde buscamos objetos de cuidado íntimo y Matt se consigue crema de afeitar, en la opinión de su hermana, sólo para impresionar pues hasta ahora no le ha salido un pelo en la quijada, lo que, también en su opinión, es mejor que lo que le ocurre a Wilhelm, quien sólo alcanza a tener pelusa bajo el mentón de la cual se libra utilizando una tijera para las uñas.

Dejamos la ropa interior para el final. Mientras su hermano nos espera en la entrada de la tienda, Kari parece insistir en convertir esta parte de la compra en un desfile erótico y planea que me pruebe toda clase de corpiños con encajes y diseños de lo más riesgosos. Pero a mí se me ocurre una idea. Le arrebató el conjunto blanco que sostiene de las manos, y haciéndole una señal para que me espere me meto en la privacidad del vestidor.

Mi reflejo ocupa una de las cuatro paredes que me encierran, creando la ilusión de un espacio duplicado, pero más allá de eso no existen más aberturas una vez la puerta fue cerrada. Pongo la traba y, más para fingir que nada, me quito la sudadera negra. Arrojo el conjunto al suelo.

Me concentro.

-Kain.- murmuro.

"Liseth" suena su voz.

Logro controlarme esta vez. Si lo puedo llamar aquí, tan lejos de la casa de los Weigler...

-¿Puedes verme?

"Sólo cuando me contactas así. Puedo ver lo que tú estás viendo."

Hace una pausa.

"¿Quieres que no vea?"

-No es eso- le digo.- Pero, al menos sé que podemos hablar entre nosotros desde cualquier lugar.

"Eso es bueno."

Dudo, sentándome en el pequeño banco junto al espejo. La luz de la cabina está apagada, por lo que las penumbras me envuelven. Recuerdo, gracias a poder oír su voz, a la cara de Kain, al palacio, a todo lo que ocurrió ayer.

-Quiero probar...-murmuro.

Su silencio es audible. Cierro los ojos, aprieto los párpados cuanto puedo. Me concentro. Desvarío, perdiéndome en tangentes, el negro que es mi consciencia llenándose de figuras de neón, geométricas, figuras aleatorias que danzan frente a mí y que provocan un llamado turbio, lejano, de sombras que amenazan con levantarse. En un momento, como quien aprende a andar en bicicleta, siento que lo he logrado.

Abro los ojos.

Frente a mí, otra de las paredes del cubículo se ha convertido en una puerta roja.

"Liseth."

-Lo sé- me levanto, y apoyo la palma sobre esa madera. Es real. -
¿Apareció una de tu lado?

"Sí."

Contengo el aliento. Eso significa que, si la abriera, podría llegar al Balcón desde esta tienda de ropa interior. Y eso significa también, por deducción, que tengo el poder de llegar al Balcón desde cualquier lado que tenga una superficie plana desde la cual invocar esta puerta. Con respecto a cómo hice para traerla, la cosa es mucho menos clara. Pero supongo que tengo que imaginarme con uno de mis ataques de pánico y la barrera se abrirá sola. Es algo que deberé ir probando.

Los golpes en la puerta simple, menos ominosa por la que entré a cambiarme resuenan.

-¿Necesitas un talle más pequeño?- pregunta Kari.

-¡Ya salgo!- digo. Al parpadear, la puerta roja se desvanece como si nunca hubiese estado. Puedo sentir que mi conexión mental con Kain se ha perdido de la misma forma. Mis manos tiemblan al recoger el conjunto del suelo, y al salir lo compro -y meto en la bolsa varias de las sugerencias de Kari, sin mirar- fascinada con la idea de que, en cierto modo, ahora tengo poderes. El problema será decidir si son poderes que en verdad quiero tener.

Cuando salimos del local Matt nos regala a cada una un chupetín.

-Aún queda como una hora para que papá regrese. ¿Quieren ir a los juegos?

Accedemos, por mi parte incrédula de que haya algo como eso en este pueblo. Pero lo hay. Tan sólo tenemos que tolerar unas cuadas más de frío hasta que nos metemos a un salón con viejos arcades, la mayoría apagados o cubiertos por una capa de polvo. Con eso y todo hay bastante vida en el sitio, y numerosas familias se agrupan tras un bowling algo deshecho, tres lustrosas mesas de pool que no parecen acusar el vencimiento de todo lo demás o los ya conocidos juegos de tomar peluches, trampas mortales para la billetera de quien se atreva a participar en su frustrante invitación.

Desde un lado, una voz nos llama la atención.

-¡Eh, Matti!

Cerca de uno de los metegoles, un joven de aspecto tosco y mandíbula cuadrada cerrada por una barba de chiva nos agita una mano. Matt parece reconocerlo, y el extraño lo señala.

-¿Qué haces tú aquí, Matti?

-Acompaño al viejo- se inclina de hombros él. El extraño nos mira tras sus hombros.

-Y trajiste a tu hermanita. ¿Guardería, no lo crees?

Matt ríe, y Kari le saca la lengua.

-¿Quién es?- pregunto yo.

-León. Es un bruto.

-Es parte del equipo de fútbol del instituto- comenta Matt- Y ese de atrás debe ser Rickert.

Detrás del grandulón aparece otro similar, pero más delgado y de rasgos más finos. Su mirada es inteligente cuando nos hace una seña para que nos acerquemos.

-¿No se pegan una partida? Matt, podrías presentarnos a tu nueva amiga. No seas tímida, ¿cómo te llamas?

Mi compañía se hace a un lado, y me siento descubierta. Pero me infundo de valor. Este es el tipo de personas que estaré viendo a diario en unas semanas, y sería mejor si causase una buena impresión. Que estén en el

equipo de fútbol del instituto sólo puede significar que gozan de una buena popularidad, lo que me suma motivos para presentarme.

-Soy Liseth- digo, pero siento que lo hago sin fuerzas.

-¿Liseth, eh?- pregunta el delgado- ¿De dónde la has sacado, Matt?

-Viene de Nueva Gabul- se adelanta Kari.

León da una carcajada.

-¿Y te dignas a visitarnos?

No sé qué contestar. Su amigo también sonrío, y señala el metegol.

-Liseth, ¿no te sumas a una partida?

Miro a Matt, indecisa. Él asiente.

-Bueno...

-¡Así me gusta!- dice él, y nos hacen lugar del otro lado de la mesa.- Pasarme toda la tarde con este idiota es un tedio. Tú y Matt contra nosotros dos. Kari puede mirar y contar los puntos.

-Ni en broma.

-Pues entonces Kari puede perderse por ahí- sigue Rickert como si nada- Que los adultos estamos divirtiéndonos. Creo que hay un pelotero del otro lado.

La muchacha le saca la lengua otra vez. Matt, tomando las manijas a mi lado y probando el movimiento de los jugadores, ve a Rickert tomar un cigarrillo y encenderlo con una mano temblorosa.

-¿Harrold no vino?

-Harry siempre se haya ocupado- le contesta este, y hace una seña a León, aspirando una bocanada de humo- Venga, vamos. A empezar. Veamos que tal tira Liseth.

El manubrio de los jugadores de defensa me parece helado, y demasiado duro para moverlo. Vuelvo a mirar a Matt, y me guardo de advertirle que estamos a punto de ser derrotados humillantemente. Conozco el juego, pero hace años que no toco una de estas mesas. En cambio, estos dos parecen haber nacido aquí y se ven muy seguros de su victoria, tanto que el delgado juega con una sola mano, cambiándola de lado a lado, dando piteadas a su cigarrillo con la otra.

Comienza el partido. A pesar de sus quejas, Kari se queda a mirarlo con mucha emoción, profiriendo en gritos de victoria cuando la pelota logra acercarse al campo rival y manteniéndose tensa cuando las jugadas de Rickert atraviesan mis defensas, lo cual ocurre bastante seguido. Jugamos a siete tantos.

En principio, tal como lo esperaba, resultado ser mala. El equipo enemigo gana una ventaja de dos goles en los primeros minutos. A mi lado Matt parece tranquilo; mueve los caños sin hesitar, y nos logra ganar un punto. León escupe y pisotea el suelo, sin importarle estar dentro del salón. Por su corpulencia y por lo descuidado de este sitio, dudo que lo regañen.

El juego sigue. Rickert hace una maniobra, y mis reflejos son lentos: perdemos ante otro gol enemigo. Tres a uno. Los esfuerzos de Matt durante esos siguientes minutos son visibles, pero León prueba ser un defensor temible y ni uno de sus embates logra embocar en el blanco. Una bola despedida parece cruzar las cabezas despintadas de cada jugador, y vuelve sobre nuestro arco.

-¡Gol!- proclama León, palmeándose el pecho. Rickert apaga su cigarrillo en el borde de la mesa.

-Lo siento- murmuro.

-No es importante- sonrío Matt.

-No te preocupes, Liseth- comenta Rickert mientras el juego se reanuda, algo burlón- Imagino que en Nueva Gabul no tenían uno de estos.

Como subrayando sus palabras, logra hacer otro gol. Kari se tapa el rostro. Enrojezco un poco y, además, siento mi visión difuminarse.

No.

El caño que sujeto se envuelve en mi muñeca como una víbora. Esto no puede estar pasando. Perdida levanto la vista, sabiendo que comienza un ataque, que todo va a arruinarse en unos solos segundos. Había creído... Estaba convencida de que desde lo del Palacio y la puerta roja, mis ataques de ceguera cederían. Pero va a pasar. Me encojo, preparada para intentar correr ante todas esas miradas.

-¡Gol!- grita Kari, mucho más fuerte que León. Mi visión se aclara de improviso. Matt aplaude: ha logrado dar vuelta la jugada sin mi ayuda, y ahora vamos dos a cinco. Los otros dos lo miran con un suspiro.

-Fue buena, Matti- concede León- Pero ya es un poco tarde.

-¿Ah sí?- sonrío él- A mí no me parece. Que tal a ti, ¿Liseth?

Apenas amago a contestar, aunque Matt debe confundir mi sorpresa al haberse interrumpido mi ataque con sorpresa ante su maniobra, y parece satisfecho. Me aclaro la garganta.

-Sigamos.

-¿Qué tal si apostamos un poco?- me mira Rickert fijo- Si tanta confianza tienen en que van a ganar, no debería importarles.

-Eres un cretino- dice Kari.

-Tú cállate, mocosa- el joven se vuelve a Matt- ¿Qué dices?

-¿Qué apostaríamos?

León ríe. Rickert finge pensar.

-Veinte.

-Nada de dinero- lo cierra Matt. El otro suspira.

-No tienes emoción, Matti. ¿Qué tienes en mente entonces?

El Weigler se vuelve a inclinar de hombros, sus dedos tamborileando un compás sobre el borde de la mesa. Yo mientras tanto lo veo, noto la sonrisa páfida de nuestros rivales y de repente siento una gran desconfianza ante todo esto. Pero no me queda más que dejarme llevar.

-Que sea algún favor- se sacude el cabello al final.- Lo pensaremos después.

Rickert suspira.

-Como sea. Vamos, compañero, a terminar esto. Espero que no seas una mala perdedora, chica Liseth. No te lo tomes muy personal.

Me pongo en ello, aferrando los manubrios azulados. Kari silba, y el partido continúa con más fuerza que antes. La pelota traza ángulos entre los jugadores, rebotando de un lado a otro sistemáticamente, y todos ponemos nuestro mayor empeño en obtener la victoria, con tal frenesí que en ocasiones la bola salta por los aires y los muñecos estacionados parecen moverse, como si cobraran vida y pudiesen hacer gambetas bajo las manos que los controlan.

Sin embargo, para mi sorpresa, el juego se torna una masacre. Uno tras otro, Matt logra asestar golpes al arco del enemigo, pasando la torpeza de León con facilidad; uno, dos, tres, cuatro golpes que empatan el marcador y hacen que Kari de aplausos y silbidos de emoción que atraen las miradas de

los demás visitantes. Yo estoy consternada, pero él sonríe como sabiendo algo que el resto no.

Al captar el gesto nervioso de Rickert, Matt me habla por lo bajo.

-Cuida el arco. Olvídate de los defensores.

Me entrego a su táctica, y enfoco toda mi atención en el arquero, esa figurilla algo torcida por la cantidad de años que tiene esta máquina. Al instante compruebo que su consejo es apto, pues Rickert arremete con todo contra mí pasando todas las defensas como si fueran nada. Con un movimiento reflejo logro atajar su pelotazo, más de casualidad que nada.

-¡Li-seth! ¡Li-seth!- celebra Kari.

-Muy bien.- sonrío Matt- Y ahora...

Recupera el control de la bola, y pateas. Seis a cinco.

Mira a sus oponentes.

-¿Quiéren que lo dejemos?

-Qué cruel, Matti- suspira Rickert.- Si tan sólo pusieras tanto empeño en la cosa real, ya estaríamos en las grandes ligas.

-Habla por ti- dice él mientras el juego se reanuda, ambos muy atentos- Ustedes bobos siempre andan de vagos por aquí, no yo.

León y Rickert ríen. El juego continúa, pero yo ya no necesito hacer nada. Es como una de esas películas del lejano oeste que a Thomas tanto le gustan ver, en la que unos segundos lo deciden todo y el héroe acribilla a sus oponentes apenas moviendo el brazo bajo su poncho. Matt se sacude, la pelota sale despedida, y antes de que puedan reaccionar ya se halla en el arco rival.

Kari aplaude, y festeja abrazándome, probablemente para hacerlos enfadar. Matt se separa de la mesa como quien termina un trámite, y mentiría si digo que no me siento impresionada.

Los dos jóvenes parecen tomárselo bien. León afloja su porte intimidante, rendido, y Rickert ofrece un cigarrillo que todos rechazamos. Luego me mira, mientras lo enciende.

-Buen juego. ¿Liseth cuánto, eras?

-Aurdelard.

-Rickert Hetager- me tiende una mano callosa- Y mi compadre es León Goretto. Bienvenida a San Naerit, Liseth.

El grandulón también me saluda. Asiento.

-No eres muy habladora, por lo que veo.

No se me ocurre qué contestar. En realidad me gustaría decir un montón de cosas, expresarme, lograr encantarles con mi personalidad. Pero constantemente estoy temiendo quedar en ridículo.

-¿Algún dato interesante?- les pregunta Matt, relajado por la victoria.

-Sí, pero creo que ya lo sabes- da una piteada el otro, y murmura- Lo de la caza.

-Ni lo menciones. Ese animal atacó a mi perro.

-¿A Waldorf? Estás bromeando.

Matt niega.

-Escucha, Matti- se acerca el otro, y gesticula con el cigarro- Si lo vemos... Le daremos una buena, por ti y Waldorf. Amo a ese perro.

León asiente tras él.

-¿Fuiste parte de la partida de Alex, Rickert?- pregunta Kari entonces.

Él la mira, y asiente.

-Pero no hubo nada interesante que ver de mi lado.

-Alex halló una cabeza- menciono.
No puedo creer que esa sea mi primera oración más o menos coherente frente a estos extraños.
El flacucho me mira con detenimiento, y asiente nervioso.
-Así que hasta ahí tienen.
-¿Piensas que es un animal?- inquiera Matt.
Se hace una pausa, mientras el otro fuma. Parece algo perturbado al hablarnos, como si cediera ante las supersticiones. Inhala, expira el humo contra las vigas del techo, meditando la pregunta. Luego niega.
-No lo sé. Pero espero que sea algo de lo que este pueblo se pueda librar rápido. Aquí nos agradan los perros.
-Llego a perder mi caniche- añade León- Y busco al bastardo por mi cuenta con la escopeta de mi abuelo.
-¿Tienes un caniche?- lo mira Matt desconcertado. León parece muy orgulloso al respecto, pero antes de que pueda replicar una bocina suena en la puerta del local. El Twingo de Norbert se asoma tras el vidrio claro. -Hora de irnos. Buen juego, muchachos.
-Están invitados a la revancha- levanta una mano Rickert, y León se queda aparentemente con las ganas de defender a su mascota. Nos despedimos, y dejamos el local hasta el calor del auto en donde Norbert y Wilhelm nos esperan ya con las compras hechas, de vuelta para casa.

XXXII

Entre las cosas compradas por Norbert se hallan los libros de texto que usaré este año, y que dedico mi noche a revisar. Son por lo general tomos gruesos, de doscientas a trescientas páginas y que intentan encauzar la completa bibliografía de las materias que tendré, Idioma, Matemáticas, Arte, Historia -desde luego, este es el tomo más pesado-, Política y tantas otras que ocuparán mis horas, pues además de intentar restaurar mi estatus social en este pueblo también me agrada poder terminar el secundario.

Afuera, como me lo hace notar la negrura tras mi ventana, se descarga una lluvia torrencial. Los gotones repiquetean con fuerza contra el vidrio, que da temblores a cada tanto por los estruendos que iluminan el bosque, un tétrico escenario que me hace pensar en barro mojado, en charcos de lodo, en las hojas siendo lavadas por la lluvia y también en Waldorf, que debe dormir encogido dentro de la protección que le brinda su cucha, aterrado con los restallidos. Con pereza paso una de las hojas del libro de geografía, y me doy

cuenta de lo perdida que me hallo. Requerirá una buena sesión de estudio poder igualarme con mis compañeros de curso.

Las luces parpadean, y Norbert nos llama para que acudamos a cenar. Me pregunto qué tan problemático sería aquí un apagón. Superando mi modorra de la cama, me pongo pantuflas, me lavo y bajo junto con Matt, que por lo demacrado parece haberse quedado dormido toda la tarde.

Al llegar a la mesa Kari nos aplaude.

-¡Campeones! ¡Ídolos! ¡Victoria!

-Qué fastidio- se sienta Matt a su lado riendo.

Wilhelm apenas alza la mirada de su plato. La lluvia parece haberlo puesto perezoso.

-¿Campeones?- pregunta Norbert, y deposita una misteriosa olla entre nuestras atentas miradas- ¿Qué ganaron?

-Matt y Liseth patearon el trasero de esos bobalicones de Rickert y León en el arcade.

-Oh, los muchachos...- menciona su padre. Sólo yo noto en sus ojos la repentina oscuridad, el recordar, sin duda, todo lo relacionado a la partida de caza y al descubrimiento de Alex.

-Si Harrold hubiese estado con ellos, la cosa hubiera salido distinta- Matt rompe un pan, y me tiende la mitad- ¿Es guiso, verdad?

Los retoños Weigler observan a su progenitor con iluminada premonición. Dentro de su barba candado, la boca de Norbert hace una forma triunfal.

-¿Guiso? Matt, sabes que tu querido padre jamás haría algo tan simple como un guiso. Esto de aquí -se jacta- es verdadero Cocido Madrileño. Con chorizo colorado, para chuparse los dedos.

Levanta la tapa, y un aroma picantón y delicioso nos envuelve. El cocinero imita castañuelas, un baile triunfal alrededor de la mesa que sus hijos contemplan poniendo los ojos en blanco y luego procede a servirnos con un cucharón, acompañando cada derrame en el plato con comentarios tales como "cuidado, que quema", y un simple "disfruta" para mí.

Como siempre, está delicioso. Engullimos todo con abundantes tragos de agua, soportando el picor, contentos de tener un hogar. Cuando quiero raspar lo último de mi plato, rápido Wilhelm toma el pan de un manotazo dejándome con las ganas. Supongo que tendré que contentarme con la cuchara.

Una vez eso dado ofrezco a Norbert lavar, pero Matt decide hacerlo por mí y me deja espacio libre para volver a mi habitación, con la excusa de continuar mis estudios. Dejo mis apuntes a un lado, y comienzo el libro de historias de Kafka. Hay una algo entretenida sobre un hombre que tiene una mascota mitad gato mitad conejo.

Con la música que suena tras la pared, es obvio que Kari intenta atraerme a su habitación para charlar, pero ceder implicaría ir en contra de mis planes. En realidad, estoy esperando. Sigo pasando las páginas, historia tras historia. Algunas están inconclusas, o me son incomprensibles. Puedo sentir como Matt termina, por como cesa el ruido del fregadero y sus pasos rebotan en la escalera hacia su cuarto. La música de Kari sigue sonando. Para mi sorpresa, es Deep Purple.

"...if you've been bad"

*Oh, Lord, I bet you have
And you've not been hit
Oh, by flying lead*

*You better close your eyes
Ah, bow your head...*

Wait for the ricochet."

Espero, y considero la necesidad de comprar con todo el dinero que tengo un equipo de música propio. Aunque quizás me haga bien la tranquilidad de una habitación silenciosa. Me salteo uno de los cuentos, y continúo con otro sobre un médico que corre bajo la lluvia, con el que puedo simpatizar bastante con tan sólo ver la oscura tormenta que hay afuera.

Media hora después, las luces de abajo se apagan. Hay un trueno que sacude la casa, y la heladera resuena. Norbert se ha ido a dormir, la música en el dormitorio de Kari ya es un susurro, aunque ella debe de seguir despierta. No debo arriesgarme. Lo que está pasando, es algo que prefiero conservar de momento en secreto, algo que siento personal. Me decido a seguir aguardando, esta vez revisando sin mucha atención el lenguaje desconocido del libro de matemáticas, la inescrutable combinación de números y letras. Con un lápiz que me cedió Norbert hago un dibujo al dorso de la hoja: algo similar a una silueta oscura de largo cabello, cuya procedencia ignoro.

La lluvia sigue azotando el techo, los árboles, la ventana, sin pensar en detenerse. Sería reconfortante dormir ahora. La casa está a oscuras, el silencio ha regresado. Con cuidado, en puntas de pie, me levanto y cierro la puerta de mi habitación procurando no hacer el más mínimo ruido. El clack del picaporte me confirma que ya me he aislado.

Ahora viene la parte difícil. Me mentalizo, caminando hacia la pared desnuda, y justo en el instante en que apoyo la mano en ella otro trueno resuena. Aprovecho para cerrar los ojos.

Pienso en una puerta, roja.

Pienso que está oscuro, que la oscuridad me rodea.

Pienso, sólo por un segundo, de nuevo en cuatro siluetas marchando contra la luz, a mi espalda.

Mi palma cede un poco. Al abrir los ojos, la puerta se halla frente a mí, como si siempre lo hubiera estado. Le estoy agarrando el truco.

Esta vez no dudo tanto, sino que abro el picaporte e ingreso. Todo está exactamente igual a como lo dejé. Por precaución, cierro la puerta tras de mí, aunque al hacerlo temo condenarme a un encierro perpétuo en este extraño lugar. Me volteo y avanzo más decidida entre las enredaderas, machacando pétalos de rosas con cada paso. No me cuesta nada llegar al balcón, en donde Kain se halla mirando de espaldas a mí.

Capta su atención el ruido de mis pasos.

-Liseth. ¿Vienes a hacerme compañía?

-Pudimos hablar, en el centro.

Asiente.

-Estamos ligados, de alguna forma.- mira alrededor, y duda- ¿Quieres sentarte? No suelo tener invitados.

Acepto su invitación poniéndome en el mismo lugar de antes, y Kain me imita. Lo observo con detenimiento. ¿Debe tener veinticuatro, veintitrés años? Ciertamente parece de los que aparentan juventud perpetua, aunque recuerdo haberlo oído decir que era un niño cuando apareció en este sitio tras su muerte. Pero ¿es posible que envejeciera? ¿Qué respuestas me da este limbo a tantas preguntas que podría hacerme sobre la existencia?

Suspiro, y rebusco en el bolsillo de mi sudadera. Saco un paquete de malvaviscos y lo pongo sobre la piedra.

-Toma.

Las cejas de Kain se levantan al tomarlo.

-¿Para mí?

-Sí- digo- No has comido nada en diez años.

-No necesito comer.

-Lo sé- enrojeczo un poco, sin saber por qué- Pero quizás puedes hacerlo. En realidad no sabía... Me pregunté si podías comer algo o no. Y si puedes, no sabía qué te gustaba, así que pensé que algo dulce podía... ¿Pero quizás prefieres algo como té?

Me interrumpo al notar que me mira fijamente. Sostiene el paquete como si fuera invaluable.

-Gracias.

-De nada- me relajo, abochornada- ¿No te aburres aquí?

-Un poco- se inclina de hombros- Antes, cuando me hallaba esperando, si me aburría intentaba inmiscuirme por las otras puertas, revisar el resto de este palacio. Era una diversión peligrosa para ser honesto.

Ojeo la otra puerta anaranjada, contra la esquina. Combina ser intimidante y alegre de una manera muy peculiar. También pienso que ese "antes" significa que ahora ya no requiere de eso, y que probablemente su espera es otra. Me siento reconfortada de haberlo visitado.

-¿Qué hay más allá? Me hablaste de los Cuatro Locos. ¿Pero qué hay?

-Desde luego, más habitaciones. Este balcón es ínfimo en comparación al resto del Palacio: hay salas enormes, anfiteatros oscuros, comedores y rincones recónditos, escaleras y más escaleras. Tal vez demasiadas escaleras para mi gusto. Hay otros habitantes, además.

-¿Son como tú?

Niega.

-Sería mejor que no los vieras.

Un escalofrío me recorre. Kain aprovecha el momento para abrir la bolsa de malvaviscos haciendo un gran estruendo, toma uno, como si fuese una pieza de colección, y ante mi sorpresa lo primero que hace es olerlo. Sus ojos rojos lo examinan con neutra desconfianza antes de llevárselo a la boca.

Es obvio que ha perdido la costumbre de masticar, pues es doloroso verlo mover las mejillas con dificultad, de a poco, como si se hubiera tragado una goma de mascar gigantesca. Está así por un buen rato, y al último traga sonoramente, pasándose la manga por los labios.

-Qué... dulce.

-Puedo traerte otras cosas, si quieres.

-No quisiera molestar.

-¿De verdad?- me inclino- ¿No hay alguna golosina que recuerdes de tu infancia? ¿Algo que te interese?

Duda. Parece estar atravesando una gran prueba.

Al final desiste.

-No que recuerde.

-Oh bueno- digo yo, y echo un vistazo al mismo atardecer de siempre. Antes de que el silencio nos ocupe, Kain vuelve a hablar.

-¿Ya tienes alguna idea?- me dice.- De cómo averiguar sobre mi hermana.

Asiento.

-Será cuando comiencen las clases. Allí tendré más libertad de movimiento. Pero no puedo prometerte nada.

-Lo entiendo -afirma- Mientras tanto, podríamos intentar descubrir hasta qué punto podemos comunicarnos y qué otras cosas son posibles para ti ahora. Prepararnos, por si llega a ser necesario confrontar a mi asesino.

La idea me hiela, pero la considero tan improbable que me muestro de acuerdo. Tengo varias tentativas propias de cómo utilizar este nuevo poder, pero que no tienen nada que ver con la misión que Kain me ha encomendado. De todos modos, no es algo que necesite decirle.

Un sonido nos interrumpe, y me hace levantarme. Presiento, de repente, que alguien en la casa de los Weigler se ha movido de su sitio. Miro a Kain, que acerca un segundo malvavisco a su boca, y le pido perdón con un movimiento fugaz.

-Tengo que irme. Nos veremos.

-Sí. Gracias.

Me vuelvo hacia la salida, y su voz suena atrás mío.

-Y ten cuidado.

Lo sé. La vida está llena de peligros.

Pero además, considero mientras cruzo la puerta de vuelta a mi habitación oyendo a alguien caminar abajo, creo que acabo de descubrir algo interesante. Dentro de ese limbo, en el Palacio, por algún motivo que desconozco tengo la seguridad de que no puedo quedar ciega.

Qué significa esto, ya no puedo adivinarlo.

XXXIII

A lo largo de los siguientes días, mi vida parece desdoblarse; en dos corrientes que se intercambian perpetuamente: por un lado, mi tiempo con la familia Weigler, mis deberes, mis paseos con Matt y mis largas charlas con Kari, las gustosas cenas que nos brinda Norbert, los nervios sobre mi futuro y el conteo que retrocede hasta que comiencen las clases; todo lo que se normalizó, poco a poco, desde que hice residencia aquí; y por otro, muy

distinto al anterior, esta nueva aventura, si puedo llamarle así, de saber que hay algo diferente, de saber siempre que, mientras Kari me comenta romances imaginarios emocionada, mientras Norbert habla de mi recuperación, mientras veo con Matt a Waldorf revolcarse por la tierra con sus tres patas, yo, Liseth Aurdelard, puedo abrir una puerta a otro mundo, puedo cruzar esa puerta, y puedo encontrarme con un fantasma en un balcón.

Las cosas se van sucediendo. Ayer, en una de nuestras caminatas, Matt me comentó vagamente sobre los compañeros que tendríamos, me largó una lista de nombres que intenté memorizar y ofreció como quien no quería la cosa ayudarme en caso de que mis estudios se atrasaran, o pedirle a Mikhail que lo hiciera por él. Sonreí y acepté, aunque mi opinión en cuanto a Mikhail Eder sigue siendo conflictiva.

Esa misma noche, comencé los primeros experimentos en cuanto al fenómeno de la puerta. Como la última vez, esperé a que todos durmiesen, me concentré, y logré hacer aparecer la madera roja, en el mismo punto de la pared de mi habitación. Pero descubrí que la ubicación de la puerta es caprichosa, y en ocasiones no le interesa obedecerme. Desaparece de un instante a otro, en un parpadeo, o se mantiene allí insistentemente para que la visite, y parece tener voluntad propia; por ejemplo, cuando intenté crearla dentro del armario se apareció, media hora después y cuando yo ya estaba buscando el sueño, tras mi mesa de luz, y allí quedó por unos buenos minutos sin que yo la abriera antes de desvanecerse de nuevo.

Jamás puedo ver el momento exacto en el que la puerta desaparece. Desde su lado, sin embargo, Kain confirmó que él sí.

-La cubren enredaderas- me explicó un día, doblando con prolijidad la bolsa de malvaviscos ya consumidos- Como si fueran víboras, rodean la madera y luego retroceden, y ya no hay más nada.

Luego su rostro se iluminó, cuando le alcancé de mi bolsillo las infantiles paletas que Norbert nos había traído del centro.

Más, y más, en un crescendo el día se acerca y yo continuó preparándome, en ambas vidas con igual empeño. Esta noche, contra de mis deseos, Mikhail decidió por fin acompañarnos a cenar, por lo que Norbert hizo empeño de todas sus dotes culinarias para llevar a nuestra mesa el más delicioso pato a la naranja, evitando nuestras inquisiciones de cómo lo había conseguido.

Pero Mikhail habló limpiándose la boca con su servilleta, muy correcto.

-Por el sabor- dijo- Esto es traído de los campos de Tordarel.

Norbert aplaudió como un niño.

-¡Qué sagaz! Así es, me los cedieron los muchachos del centro. Pero es exquisito, ¿verdad?

En ese momento todos asentimos, concentrados en comer. Hasta yo, que me hallaba desde luego preocupada por la sola presencia de ese joven tenía que reconocer que Norbert Weigler era una bendición en las cenas, muy diferente a las tentativas alimentarias que Thomas solía sugerirme y que podían variar entre pedir una pizza o hervir una olla de spaghetti sin salsa.

-Mikhail...- le hizo ojos Kari, desde su lado- ¿Estarás de asistente cuando comiencen las clases?

El de anteojos negó, taciturno.

-Me temo que la escuela me ha pedido que me tome un descanso.

La muchacha pareció hacer pucheros.

-Qué inútiles- bufó Matt- Contigo en las clases, todo era mucho más sencillo.

-¡No saben de lo que se pierden!- le hizo coro su hermana.

Yo quedé en silencio, al igual que Wilhelm quien comía sin modales, encorvado, como pensando en otra cosa.

-Ashadd decide, y los profesores obedecen- constató Mikhail, y pinchó con el tenedor un trozo de tierna carne blanca- Por mi parte, no puedo decir que no me alegre. Ya me estaba cansando de estar allí.

Se llevó la carne a la boca, y masticó copiosamente. Luego sus ojos se enfocaron en mí, y así permanecieron por unos instantes, decididos, ignorando tanto el ofrecimiento que en ese momento Norbert le hacía para trabajar en el hospital de San Naerit como la mirada enamoradiza de la otra. Pero no me pareció que hubiera nada de encantador, de simpático en su expresión, sino que sus ojos me resultaban turbios, de cobre, como si destellaran una advertencia que yo debía oír por encima de sus palabras.

En ese instante Norbert pareció notar aquello, y lanzó una carcajada.

-¡Ah, Lis, llegas en mal momento! El año pasado, Mikhail fue asistente del profesor Julián, de Letras. Mis hijos solían decirme que volvía las clases mucho más llevaderas. Pero ahora tendrás que soportar el año escolar sin su ayuda.

-Seguro le resultará fácil- dijo él, aún mirándome, y amagó una sonrisa- En Nueva Gabul, los contenidos son mucho peores.

Mi corazón se sumió en amargura, con la sola mención de aquel otro instituto. Los compañeros que me ignoraban, quienes se burlaban de mí, Orlana y su constante desprecio, la soledad, el miedo, todo eso fluyó en unos instantes, cruzando por mi tez pálida con un dolor que sólo él vio, volviéndome hacia mi plato. Mikhail jugó con su vaso, pensativo: se lo llevó a los labios, y luego notó, ladeando la cabeza.

-Y aquí, también, la gente es mucho más tolerante. Un abusón, por ejemplo, sería visto con muy malos ojos.

Lo miré. Decididamente aquel mensaje era para mí, era quizás un apoyo, aislado, a lo que él sabía yo había vivido. Por supuesto. En un pueblo pequeño, como este, sabía yo de antemano que mis posibilidades de tener que confrontar abusones como los que arruinaron mis anteriores años era mínima. Hasta Rickert y León, los delincuentes que nos habíamos cruzado en el arcade habían terminado por parecerme, si bien algo bruscos, inofensivos en comparación a la maldad que había tenido que tolerar en ese entonces.

Pero las cosas siempre podían cambiar, en especial en cuanto a lo que se refería al odio humano. También sabía eso, y por lo tanto me cuidaría.

La cena prosiguió como si nada, y yo confirmé que, como antes, por algún motivo Mikhail no confiaba en mí, pero tampoco se mostraba interesado en condenarme.

Entonces, ya cuando él se ha ido y la casona vuelve a su aparente normalidad, me acuesto agotada, sumida en perturbadoras instancias de mi pasado, rememorando, viendo el techo bajo la constancia insólita de que, aquí alejada de mi vieja ciudad, de mi viejo hogar, de mi vieja escuela; la vergüenza de esa historia me acosa aún impulsando mi actuar, de que es injusto que todo ello me haya sucedido a mí, de que es injusto que mi vida haya tenido que ser la manchada, la dañada y los demás puedan seguir viviendo en calma. Sé que quiero ser feliz; quizás, lo desee más que nadie. Y si no puedo ser feliz, en

ocasiones me gustaría que el resto fuera tan infeliz como yo lo soy, para que me comprendiesen.

Es eso, por sobre todo, el sentirme incomprendida. Recuerdo lo alienígenas, lo distintos, lo altivos que me parecían mis compañeros cuando me separaron, al mirarme desde el hombro, al cuchichear entre risas hirientes mientras yo pasaba al lado de sus grupos de confianzas. La soledad absoluta, en la que solo yo regía mi mundo, la misma que siento ahora.

Pienso, sumida en ese sueño despierto, en un instante cualquiera de aquellos años.

Me veo a mí, tal me conozco, cabizbaja, caminando reclusa por uno de los pasillos del instituto. A mi alrededor, de un modo similar a cuando tengo uno de mis ataques, las figuras de los demás estudiantes se vuelven insulsas, pierden su definición, se aíslan de mi vista y con eso me defienden de las miradas que me clavan, de los susurros, de los comentarios. Doblo, apretando la correa de mi mochila entre los dedos, y me topo de frente con una persona. No necesito alzar la vista para darme cuenta de que es Orlana, de todos modos, lo hago, y mi expresión de ratón asustado parece deleitarla enormemente.

Ella mueve un bucle de cabello castaño en su dedo, sonriendo.

-¿No ves donde caminas? Pide permiso.

-Permiso- murmuro.

-¿Qué?- dice Orlana, fingiendo no haber escuchado- Más alto.

La boca se me reseca, y oigo las risas de algunas de sus amigas, de un grupo que me es indefinido por los nervios y el miedo. Termino amagando una media respuesta, paso a su lado tolerando el choque de su hombro con el mío y me escabullo, a toda velocidad, a buscar refugio a tantas miradas.

Y de entre todos esos ojos, por algún motivo, vengo a atrapar la expresión piadosa que más me duele de todas.

Como si aquello fuera el punto exacto, el momento al que mi mente quería llegar, sin notarlo voy recuperando la consciencia de mi queda meditación. Me hallo como antes, acostada, con el antebrazo sobre la frente, aún vestida sobre mi cama, y calculo por los sonidos de la casa que ya debe haber pasado la medianoche.

Me levanto en silencio. Ni en mente, ni en boca, tengo intención alguna de hablar. Camino, mis medias contra las tablas de madera, y entreabriendo la puerta espío: todo está oscuro, un reloj hace sus tic-tacs en la negrura, un leve silbido, que reconozco como los ronquidos de Norbert, parece subir por la escalera y retroceder aspirado.

Vuelvo a cerrar. Las imágenes de mi recuerdo, las palabras, el dolor, todo se revuelve todavía en mí. Por unos momentos quedo con la mano sobre el picaporte, el cuello inclinado, con pesar, pero los ojos bien abiertos y decididos, los ojos que se han prometido a sí mismos no tener que volver a enfrentar el rechazo y la lástima.

La traición.

Esos mismos ojos se desvían a un costado. A mi lado, con su apoyo solícito, la puerta roja me espera.

Desconozco por qué pero dudo, dudo largamente frente a ella, quizás mucho más que la primera vez que la vi. No sé qué la ha traído a mí en este momento. No sé si es mi tristeza repentina, la melancolía que me sacude de

improvisado, un vacío que no puedo definir con exactitud. Ya ni siquiera sé si es realmente mi poder el que invoca esta brecha. Pero la abro. Y paso.

La falsa calidez del sol me rodea, comprime las penas que se acumulan en mi pecho. Camino el sendero arruinado, sin prestar atención a las rosas ni a las enredaderas, sin saber en realidad qué es lo que estoy haciendo. Sentado junto a la mesita, con la cabeza inclinada como si dormitara, Kain aguarda. Por unos segundos llego a verlo bien, y algo me sacude, algo me hace comprender su tristeza. Me desplomo en el asiento del frente en silencio.

A los segundos él levanta la vista.

-Liseth.

No digo nada.

-¿Estás bien?

Asiento.

-Sólo... Quería estar aquí un rato.

-Desde luego- accede él. Llego a ver los palillos de las paletas que le di, prolijamente acomodados uno al lado del otro como líneas de espera. Inclino la cabeza.

-Hoy no te traje nada.

-No es necesario que lo hagas. Ya agradezco que pienses tanto en mí.

Suspiro.

Se me ocurre de pronto una idea.

-Tú... ¿duermes?

Kain me observa detenidamente.

-Puedo. Pero no poseo la necesidad. Sin embargo, creo recordar que de los diez, un año lo pasé casi todo durmiendo, sumido en la desidia.

Aquella es una imagen desesperante.

-¿Dónde dormías?- sonrío, viendo a mi alrededor. La mayor comodidad en el soleado balcón eran las mismas sillas de alambre en las que estábamos.

-Aquí- dijo Kain, señalando una- O en la barandilla.

Veo el alfeizar que da a esas tierras ficticias, y me pregunto siquiera si es posible conciliar el sueño en esa superficie, o peor aun, si no es muy probable que el que lo hiciera cayese al otro lado ante la menor sacudida. Kain debe de ser un soñador muy profundo.

O tal vez no le importaba caer.

-Un día- recuerda, con una sonrisa- Abrí los ojos, después de haber dormido por horas, y vi la gárgola. Esa de allí, la más gorda. No sé por qué me asusté y rodé, y terminé golpeándome la cabeza contra el suelo. Puedo decir que me dolió bastante.

Me río imaginándolo. No esperaba una anécdota como esa de alguien como Kain. Luego me vuelvo a acomodar, y me doy cuenta de algo.

-¿Sientes dolor?

-Siento tristeza. Si mi mente puede sentir dolor, este cuerpo debería hacerlo también.

-Pero eres extraño- noto- No eres como imaginaba a los fantasmas en mi infancia. Un fantasma que crece, que siente dolor... Que puede comer, que puede dormir.

-Como si estuviera vivo- asiente él- Comprendo a lo que te refieres. Puedo ponerme una sábana en la cabeza, si me la prestas.

Vuelvo a reír, pero a medias. Me doy cuenta de que quiere animarme. Irónico, pienso, que alguien que ha muerto hace diez años intente mejorar el

humor de una persona viva. Pero ¿es la muerte realmente el mayor de los sufrimientos? No, presiento que hay algo mucho peor. Incluso la pena de él, la que lo ha mantenido con voluntad todo este tiempo, tiene que ver más con su tiempo en vida que con lo que le haya pasado durante los años que estuvo atrapado en este limbo.

-¿Qué te ocurre, Liseth?- dice Kain, observándome- Quizás te sorprenda, pero diría que como fantasma tengo un gran grado de empatía. Estás triste. ¿Algo sucedió?

Niego, ensimismada. Él se reclina sobre su asiento.

-¿Discutiste con alguien?

Vuelvo a negar. Kain tamborilea sus dedos sobre la superficie de granito de la mesita. Se mantiene en silencio por unos segundos, y luego aventura.

-¿Recordaste algo?

Lo miro.

Durante unos segundos nos observamos, y el sonido discorde, lejano de la primera vez hace una repetición vaga, desde algún lugar inaccesible en todo el enorme palacio.

Cierro los ojos, y asiento.

-Recordé... a una amiga.

Kain espera.

-¿Una amiga de tu infancia?

-De mi anterior escuela, antes de que llegara a este pueblo. Era mi única amiga. Se llamaba Mary. Pero... -me froto las sienes, y recuerdo, y la cabeza parece dolerme- Ya no lo somos más. Me traicionó.

De Kain parece emanar solemnidad al oírme. Yo miro para otro lado, juntando el valor para hablar, para decir algo de lo que siempre me he estado guardando.

-¿Sabes? Incluso antes de venir aquí, creo que algo estaba mal conmigo. Algo en mi cabeza.

-Mencionaste algo de eso. ¿Ataques?

Sonrío con amargura.

-Sí, ataques de pánico. Los tengo desde los nueve años, y nunca se han frenado. Cuando llegué aquí, cuando te vi, albergué la esperanza de que todo estuviera relacionado, de que esta fuera mi respuesta, y ahora fuese libre, por fin, de ese suplicio. Pero continúan. Y temo... Temo que en mi nueva escuela se repita lo que sucedió en la anterior, volver a quedar sola. Ya no quiero estar sola, no quiero ser traicionada de nuevo. Pero, tengo tanto miedo.

Él asiente con pesar.

-¿Tus compañeros te molestaban?

-Cuando podían- afirmo- La mayoría me ignoraba.

-¿Y tu amiga? - pregunta Kain, atento- ¿Mary?

Mi cabeza se mete entre mis hombros.

-Mary... Con Mary era con quien más hablaba, al principio, cuando podía manejarlo todo. Era una chica tranquila, y le gustaban los libros, y congeniábamos en muchas cosas. Con los demás, antes de que me odiasen, apenas me dirigía la palabra, pero Mary me conocía. Solía hablarme de lo que le interesaba, se entusiasmaba, pasábamos el tiempo en el aula en los recreos. Por eso es que... Me duele tanto. Mary era mi amiga. Y cuando llegó la catástrofe, cuando la escuela entera se puso en mi contra, ella me dejó, se unió a mis propios abusadores, me dio la espalda...

Mis uñas se están clavando por sobre la tela de mi pantalón, dañándome. Apenas puedo contenerme.

-Simplemente me dejó de hablar. Todo este tiempo, creí que no era importante, que mi mayor problema habían sido todas esas chicas que se burlaban de mí, los muchachos populares del instituto, el comer sola... Pero no. Hoy recordé a Mary, y me sentí herida. ¿Es algo insignificante, no lo crees? Una sola persona. Pero si al menos ella me hubiera acompañado, sino se hubiera marchado con Orlana y las demás... Quizás podría haberlo soportado. Quizás... Hubiera tolerado que se rieran de mí, o que me odieran. Pero que ella, de todas las personas, me haya abandonado. ¿Qué me quedaba? ¿A quién iba a acudir? Yo...

Balbuceo, desconcentrada, y termino por mirarlo apenada por todo lo que acaba de salir de mis labios. Pero Kain continúa observándome fijo, como analizando algo más en mí. Vuelvo a sentirme nerviosa. He revelado parte de aquello que me prometí nunca revelar, he comprometido de nuevo mi estatus. Siendo mi interlocutor un muerto, no debería importarme. Pero aun así...

-Comprendo.- termina asintiendo él, meditabundo- No puedo decirte mucho sobre amistades; después de todo, hace diez años que sólo hablo conmigo mismo. Sería arrogante de mi parte tratar de aconsejarte. Pero ¿has probado hablarle?

La idea resuena en mí, pero en un principio no logro entenderla. Debe de haber una mezcla de confusión y tristeza muy curiosa en mi rostro.

-Hablarle a tu amiga- aventura Kain, aclarándose la garganta- Decirle cómo te sientes.

-Ya es demasiado tarde para eso.

-¿Lo es?

-Estoy aquí, en San Naerit. Mary seguirá su vida en Nueva Gabul. En el mejor de los casos, jamás volveremos a vernos.

-¿Lo es?- repite el fantasma, y sus ojos brillan con fervor- ¿Es demasiado tarde realmente? ¿Puede ser demasiado tarde para algo?

Titubeo. La respuesta a esa pregunta parece importarle mucho más a él que a mí, como si recuperase el aliento, algo en su serenidad se desacomoda, se inclina hacia mí en su propio asiento, y por unos momentos me percaté de que podría ser atemorizante si se lo propusiera. No sé qué contestar a aquello. Pero para alguien que ha esperado por diez años, aferrándose a un vago recuerdo para no desesperar, sé que hablar de límites y finales es una idea absurda.

Kain se calma, poco a poco, y el recuerdo de Mary, su timidez, su figura menuda llevando pesados libros con esfuerzo se diluye en mi consciencia. Puede que tenga razón. Sin embargo, hablar con mi pasado es algo que quiero evitar a toda costa.

-Siempre hay tiempo, Liseth- dice él- Siempre. Al menos, quiero creer eso.

-¿Cómo moriste?

No sé si mi interlocutor nota mi incomodidad, cuando la pregunta escapa de mis labios. Contengo el aliento. La cara de Kain, antes ocupada por el anhelo, me mira con cierta pesumbre.

-Fui asesinado.

-Lo sé- me apresuro a decir- Pero... ¿Cómo? ¿Qué recuerdas? Es por... Por las dudas. Podría servirnos, para hallar a tu hermana.

Se pone de pie, alisando los bordes de su camisa, y se aproxima al balcón.

-Caí. Por un precipicio. Me empujaron. Es todo lo que recuerdo.

-¿Sabes quién?

-Un hombre. Un hombre grande.

Una silueta ocupa los marcos de mi consciencia por unos segundos.

-¿Y por qué querrían matarte, Kain? ¿Dónde ocurrió eso?

-No puedo responder a esa pregunta- se inclina de hombros- No lo sé. He intentado encontrar la respuesta aquí, encerrado, durante todos estos años, pero no puedo conseguirlo. No sé nada.

»Y el lugar... San Naerit es grande. Sin embargo, hay un vago recuerdo de mi vida. Antes de desvanecerme, creo haberme hallado quebrado, en algún sitio, incapaz de moverme y ya sin sentir nada. Sangraba. Y también... Oía el rumor del río.

-¿El río?

-Sí. Sólo eso tengo, el sonido y la oscuridad. Luego desperté aquí.

-Tu cadáver- me percató, en ese momento- Debe hallarse en algún sitio.

-Eso con suerte. Pero de nuevo, Liseth, San Naerit es un lugar amplio. Hay aquí demasiadas aguas, demasiados bosques, demasiados barrancos y cuevas entre las cuales esconder un crimen.

-Lo encontraremos- le digo, de repente enervada con aquello, con esa muerte- Vamos a hallar a tu hermana, lo que sea que le haya ocurrido. Yo... No soy buena en muchas cosas, a decir verdad. Pero quiero ayudarte.

Kain me dirige una sonrisa melancólica.

-En verdad. No sabría cómo agradecerte.

"Y también quiero ayudarme a mí misma."

-Descuida- le devuelvo el gesto, aunque debe ser un magro intento debido a mis ojeras y a lo demacrado de mi rostro- De hecho, en apenas una semana ya comenzarán las clases. Creo que sería una buena idea empezar por la estación de policía del centro. Hace unos días pasamos por allí; es pequeña, pero estoy segura de que podrían darnos algún dato que pueda ayudarnos.

Kain apoya la mano sobre la mesa.

-Liseth, hace diez años... Creo que todo era demasiado pequeño en este lugar. No sé si había algo como policía en el pueblo. Así que quienes sean oficiales ahora, ¿qué tanto sabrán?

Bufo.

-No perderíamos nada por intentar.

-Me preocupas tú- me dice, y por algún motivo al oír aquello algo en mi interior se remueve- Créeme, le he dado largas vueltas al asunto. No es que diga que no lo intentes... Pero ten cuidado. Eres mi ancla a la realidad. Y mi asesino, que de seguro continúa con vida, se ha mantenido todo este tiempo entre las sombras. Si descubriera que alguien está removiendo la tierra que dejó atrás, si pudiera enterarse... Estarías en peligro, Liseth. Quisiera evitar eso. Entregar una víctima más a ese hombre es lo que más se aleja de mis intenciones.

Cuando habla de esa forma, no puedo evitar pensar en Thomas, en su preocupación callada, paternal, ante mi vida, en la quietud en la que se sumió desde mi infancia. Había aprendido a leer, por costumbre, en sus silencios y obstinaciones el hecho de que me quería, pero él nunca había pronunciado las

palabras, innecesarias desde ya, y por algún motivo, al hablar Kain... Lo recuerdo, y me estremezco.

-Gracias.

-Hay provecho para mí en todo esto- sonrío él más tranquilo- Pero, así como me prometiste tu ayuda, quiero decirte que sé que algo lograremos. Soy yo aquí el único que debe agradecer.

Se interrumpe, pues a la distancia un tono resuena, cruzando las ruinosas paredes, desde algún sitio en el interior de este palacio, y nos envuelve a ambos distrayéndonos de nuestras ideas. Un llanto. Un llanto que parece ser inmenso se extiende, y sus ecos parecen ser un llamado a todo lo que aquí existe, un llamado que nos sacude, que hace mover las enredaderas, que repiquetea el polvillo sobre la mesada de roca.

-Otra vez- nota Kain.

-¿Qué es... eso?

El sonido se intensifica, nos envuelve de nuevo. El rostro de mi interlocutor se cubre de sombras. A la distancia, el eterno atardecer de este refugio fluctúa, su ilusión a punto de quebrarse, y mis oídos creen captar en la distancia deslices de pasos, susurros, una vida muerta a mi alrededor que se halla escondida por los telones de las paredes. Percibo la realidad de este balcón, lo pequeño que es, el oasis en la oscuridad en la que me encuentro.

Kain escucha, solemne.

-Lo llamo el Canto- me dice- Suele aparecer cada cierto tiempo, desde lo más profundo de este sitio.

-Es... música.

-Atrae cosas perturbadoras. Cierta día me aventuré a seguirlo, cruzando esa puerta naranja. Terminó llevándome a los dominios de los Cuatro, y para cuando conseguí zafarme de ellos ya el Canto se había apagado. No sé bien qué es. Pero sin duda está ligado a este Palacio y a este mundo.

Por parpadeos, parecía que el sol del paisaje se convertía en una estrella negra, devorándolo todo desde el horizonte, y algo pulsaba, pulsaba, pulsaba, un corazón oscuro, un llamado. Me deja sin palabras. Mis anteriores tristezas, la pena que mis recuerdos me dieron, todo parece de inmediato falso, como una máscara de cartón que sostengo sobre mi rostro. La pesadumbre que me inunda es distinta, me quiere arrastrar, me llama a través de esa puerta.

Mis ojos se clavan en el naranja, sin que me percate. Hago el amague de levantarme, pero Kain aferra mi muñeca y me mira.

-Quédate aquí Liseth. Por favor. Sólo hay peligro más allá.

"*Me llama*" quiero decirle, pero ninguna palabra emana de mis labios. Sólo atino a verlo fijamente, y Kain mismo se sorprende cuando sus dedos se sueltan. Me vuelvo a acomodar en mi asiento, mi enfado borrado por pura sorpresa. Kain toma sus pálidos dedos, los examina a la luz infernal de este nuevo espectáculo, y ambos permanecemos callados mientras que el Canto sigue llamando a todo lo que está muerto y a lo que no, mientras el Palacio vibra y la amalgama colorida se permuta en mil sensaciones distintas.

Poco a poco disminuye. Para cuando se extingue de todo, dejando el balcón como cuando llegué, a ninguno de los dos nos importa ya su efecto. Estamos ensimismados, mirándonos, yo con algo de culpa y él con curiosidad muda puesta en mí.

-Tú...- me dice Kain.

Suspiro. Era tal como creía.

-Recién, cuando te solté. No quería hacerlo.

Lo veo. Pero me sorprende al notar que no parece enfadado, sino frenético, excitado por el suceso. Se sienta del otro lado de la mesa, y cruza los dedos.

-Liseth, dame una orden. Cualquier orden.

Dudo.

-No estoy segura de si...

-No quiero perder el tiempo. Pídeme... No lo sé. Que sonría.

Pienso que eso sería algo curioso de ver.

-Sonríe.

El rostro melancólico no cambia un ápice. Kain levanta una ceja, y yo vuelvo a hablar.

-Toma los palillos.

-Creo que nos equivocamos- dice él, pero su mano sola aferra los restos de golosinas que con tanto esmero ordenó en la superficie de granito. Ve aquello, y su boca se convierte en una "o" impresionada. A decir verdad, si bien podía sentirlo, yo tampoco salgo de mi asombro.

-Puedo...

-Puedes controlarme- afirma Kain sin problema alguno, soltando los plásticos que resbalan de su mano y dan contra el suelo- Eso es muy interesante.

-Prometo no hacerlo.

-Lo sé, no te preocupes. Tal vez pueda sernos útil. ¿Liseth, estás bien?

Lo abrupto de su pregunta me hace notar la niebla que cubre mis ojos. Me los restriego, y asiento.

-Sí, disculpa. ¿Y tú?

-Yo me siento fenomenal- sonrío- Es la primera vez... Es la primera vez que consigo más respuestas sobre este sitio, y todo gracias a ti.

Espero que no note que me he sonrojado, por lo que simulo restregarme los ojos mucho más de lo que debería. La niebla ya se ha ido.

-Ah... Gracias.

-Descuida.- cuando dejo de taparme, aquel rostro me ve, y su alegría se refleja en su piel con cierta luz que me atraviesa, ojos de rubí, cabello azabache y despeinado, sonrisa franca. Pero no, no me puede estar gustando un fantasma. Estoy segura de que está prohibido de alguna forma, y además, es francamente ridículo.

Decido ignorar esos pensamientos, aunque de repente me siento incómoda. No se me ocurre qué puedo decirle.

Pero no es necesario. Kain parece animado por lo último, por ver que me he olvidado de la depresión con la que me vio al inicio, y es él quien me da charla de ahí en adelante, escarbando sobre mi pasado con cuidado, preguntándome por Thomas, por Nueva Gabul, por la situación actual de San Naerit y la familia Weigler, a quienes no reconoce. Hablamos, por lo que deben ser horas pues el tiempo aquí no pasa, simplemente está, hablamos de nuestra soledad, de pesares, pensamientos recurrentes y anhelos. Es triste que mi vida tenga tanto en común con la de un muerto. Y también, debo decir, me sorprende lo bien que Kain se ha tomado el descubrir que, de algún modo, está sujeto a mi voluntad. Su confianza me perturba, en cierto modo, el mismo modo en el que me atrae. Pero luego de un buen rato, cuando me río mientras él me revela que cantar fue uno de sus pasatiempos aquí, considero que no es

tanto confianza lo que lo ha llevado a aceptarlo todo tan rápido. Es más bien la otra cara de su determinación, de eso que lo ha mantenido en vela durante diez años: la desesperación asfixiante de no haber tenido a quién acudir.

XXXIV

Hoy descubrí algo muy interesante sobre el Palacio.

Fue debido a la noche anterior, que pasé enteramente con Kain. Por lo largo de nuestra charla, por lo ensimismada que me hallaba debido a mi tristeza y a mis sentimientos con respecto a él, por lo irreal de ese otro plano fue que el tiempo me pasó volando; y al percatarme de que debía regresar y despedirme del fantasma, llegué a mi habitación a los tropezones sólo para descubrir que hacía ya un buen rato que el sol había salido y que sin duda Matt ya debía de haber despertado, y debía de haberse percatado de que yo no estaba.

Salí a buscarlo frenética, poseída por un miedo que ni yo misma me explicaba. Todavía el resto dormía, y sus leves ronquidos me hicieron de coro mientras con apuro dejaba el interior de la casa y me dirigía corriendo por el camino, intentando formular alguna explicación en mi mente.

No acostumbro a correr. Allí adelante, vi a Matt paseando a Waldorf con tranquilidad. Al verme me saludó con una mano.

-¡Lo siento!- le grité cuando por fin llegué, recuperando el aliento. El aire helado me acuchillaba la garganta y los pulmones.- Yo... Me...

Pero Matt no estaba perturbado en lo más mínimo.

-¿Te dormiste?- me sonrió, y Waldorf lamió mis mejillas juguetonamente. Su mirada, ante mi aparición, parecía ingenua. Yo calculé que debía ser imposible: era imposible que Matt no se hubiera percatado de mi ausencia, que no hubiera llamado la puerta de mi cuarto como tantas veces antes, que no la hubiera abierto para ver una puerta roja o algo similar, que no me hubiera buscado. Simplemente, parecía como si yo no hubiera existido, o como si no le importara.

Sonreí, recuperándome.

-Sí- mentí entonces- Dormí de más.

Mis ojeras no me daban mucha credibilidad.

A la tarde, después del paseo y de un almuerzo durante el cual cabeceaba del sueño, decidí probar lo que se me había ocurrido. Fui a la habitación de Kari. Le pedí que me ayudara con un problema de matemática, algo que, si bien no se daba bien en ella, Kari insistía en hacer sólo para encontrarse con más frustraciones que las que yo tenía. Fui a mi cuarto con la

excusa de buscar los libros, creé la puerta roja, entré al Palacio y vi a Kain dormitar sentado en el balcón.

Esperé veinte minutos.

Volví a mi mundo, tomé el libro de cálculos y regresé a la habitación de Kari. Me recibió como si ninguna demora hubiese existido desde el momento en el que la dejé y en mi regreso. Y siendo ella Kari, que era propensa a criticar y quejarse por la más mínima impaciencia, confirmaba más y más mi teoría.

El Palacio, si no me equivoco, borra mi existencia de las memorias de la gente durante el tiempo en el que me hallo en su interior.

No sé bien cuál es el motivo, pero esa idea... Me genera otra vez melancolía. Miraba hoy a Kain, su rostro plácido y la espalda apoyada contra las losas, la brisa removiéndole el cabello, y descubrí de nuevo en mí un sentimiento muy difícil de definir. Este palacio, esta ruina... Es el Olvido mismo. Es todo aquello que dejamos, la verdadera Nada a la cual tanto se teme. Una vez todo se ha olvidado, ¿qué queda? Una vez nadie te recuerda, una vez no saben que existes, estás solo, la soledad más perfecta, la más terrible, y en esa soledad quedan los peores males.

Y para este joven, que observo ahora indecisa de confesar mis nuevos descubrimientos, también me pregunto qué queda. Ya, quizás, la única persona que le importe lo haya olvidado.

Pensamientos como ese me inundan durante los días consecutivos a mi hallazgo. Luego de la noche, alrededor de a las seis de la mañana, es la manaza de Norbert la que me sacude con suavidad de mi sueño para que lo acompañe, yo bostezando sin taparme y frotándome los ojos mientras él arranca el motor del Twingo. No necesitamos intercambiar palabras durante todo el trayecto al hospital: de todos modos, yo estoy demasiado dormida y Norbert parece abstraído; el sol está por salir y el camino y los árboles se cubren de esa tonalidad nacarada que le da el incipiente amanecer a las cosas, deslumbrándonos.

El Hospital de San Naerit me sorprende. No me decidía si lo que vería sería antiguo u moderno; es, para mi consternación, una mezcla de ambos, un viejo edificio de paredes ya amarronadas que se asemeja más a un asilo que a una clínica, pero cuyo primer piso se haya en evidente remodelación y trae capas de pintura fresca, las típicas baldosas blancas por las cual caminamos mientras Norbert saluda a decenas de colegas con chistes animados, que ellos a la vez responden con sus propios ingenios.

Algunos de los doctores preguntan por mí, y Norbert me introduce sin dar ningún dato sobre porqué lo acompaño. De a poco la modorra anterior me va dejando, deslumbrada por las luces encendidas, por los saludos matutinos y el aroma a lavandina. Nos cruzamos pacientes en batas, mucho más ancianos de lo que hubiera imaginado. Norbert me hace una seña y ambos nos pegamos contra la pared: pasa frente a nosotros una camilla con alguien que parece al borde de la muerte, flaco y pálido como un cadáver, y aunque mi boca se seca él sonrío con naturalidad, ya acostumbrado a tales visiones.

-La actividad aquí es sorprendente, debido a nuestra reputación. Aunque también debo admitir que muchos de nuestros pacientes pagan su estadía por las... comodidades. Solía haber un viejo manicomio por aquí, pero se destruyó en un incendio hace años. Ahora cuando algún habitante de San Naerit se siente demasiado agotado como para hacerse su propia papilla, decide internarse aquí hasta su muerte. Un poco escabroso, ¿no lo crees?

Asiento viendo a dos médicos que junto a un umbral bromean con desparpajo. Norbert los saluda con una mano.

-Muertos, moribundos y vivos, todos somos una gran familia- añade, y no llego a calcular cuánto de ironía hay en su voz- Oh, mira, es Helen. ¡Helen!

La llama agitando el brazo, y la pobre joven se eriza al recibir atención. La actitud de su suegro parece ser demasiado ruidosa para su gusto. Se voltea con una carpeta apretada sobre el cuerpo menudo, las manos nerviosas y blancas como la leche temblequeando, manos que me parece difícil creer sean capaces de tomarle el pulso a un enfermo o alimentar a un convaleciente sin echarlo todo a perder.

No me acerco, para no incomodarla y porque tampoco me hallo con ánimos. Helen y Norbert hablan, o más bien lo hace el último, indaga sobre si su hijo Johan dejó algún mensaje, la despide con unas palmadas que por poco no la quiebran. La enfermera se marcha con paso de escarabajo por donde vino, y Norbert se vuelve a mí radiante, como si hubieran compartido la mejor conversación del mundo.

-Helen me ha dado fantásticas noticias. ¡Probablemente haya algo de mielada este invierno! Parece que sobró algo de la primavera anterior- ríe, y señala una puerta inconspicua- Pasa por aquí.

Entro a un despacho muy distinto al que tiene en la casona: un consultorio amplio, tan similar a los muchos que ya he visitado años atrás, aunque con el particular agregado de hallarme, sobre la repisa en la que una destartada computadora y un fax pelean por espacio, a varios juegos de ingenios, un peluche de elefante y, también, una foto en la que veo a una familia: un Norbert más joven vestido de cuero, abrazando a una mujer de pecas y la sonrisa más sincera que jamás haya visto, junto a tres niños que reconozco con facilidad: Wilhelm, con frenos y lágrimas atoradas, un pequeño Matt que se agarra del brazo de su madre, y una bebé arrugada que ambos sostienen entre su abrazo y que tardo en detectar, envuelta en mantas. Tras los cinco, recortado por el pasto y el cielo, hay un muchacho que les da la espalda y levanta su brazo en un saludo vago. Estimo que debe tratarse de Johan.

Sostengo la fotografía, reprimiendo una sonrisa. Norbert ocupa su lugar y me mira mientras la observo.

-No estoy muy seguro de cuándo tomamos eso. ¿Quince años, quizás? Hacía poco que Kari nació y con Mira quisimos celebrar.

Me río y observo aquel momento congelado en el tiempo.

-Matt se ve adorable.

El asiente, ensimismado contemplando el retrato. Veo sus ojos temblar al cruzar sobre el rostro radiante de su amada. Puedo decir que la mamá de Matt no es hermosa, pero parece de esas personas que contagian una alegría que supera toda belleza.

-Wilhelm lloraba porque los frenos le dolían, o porque no quería tener más hermanos; no lo recuerdo bien. Kari es esa cosita arrugada del medio, sorprendentemente silenciosa si la comparo con ahora. Y Matt... Estaba todo el día pegado a su madre.

-¿Y él?- señalo al que les da la espalda.

-Johan, desde luego- sonrío- Nunca le agradó salir en fotos, así que eso fue lo mejor que pudimos conseguir. Aunque creo que tengo una de cuando lo

llevé a ver el juego de baloncesto de la costa, por algún lado... Espera, la buscaré.

Se pone a revisar en el cajón removiendo decenas y decenas de papeles, y yo continúo observando esa alegría pasada, esas expresiones, esa vida. Noto que no se hallan en la misma casona en la que viven ahora, sino que están en algún sitio elevado, una llanura donde verde y celeste luchan por clamar espacio. Observo de nuevo la sonrisa de Mira, la esposa de Norbert, y siento un rumor en mi interior acrecentarse. ¿Por qué no he comenzado mi investigación aquí, con quien tengo al frente? Norbert es de San Naerit, o al menos su mujer lo era. Sin hacer demasiadas preguntas, podría intentar averiguar qué hubo aquí hace diez años, si conoció a algún niño que desapareciera, él, Johan, quizás incluso Matt o Kari. Mi único inconveniente sería que me hicieran demasiadas preguntas que no pueda responder, que les preocupe mi interés. Quiero mantener a Kain en secreto. Pero quizás...

Me aclaro la garganta.

-Norbert...

-Oh bueno, parece ser que la perdí- cierra él el cajón con un suspiro- Le pediré a Helen que me pase alguna. Bien, Liseth, es hora de que comencemos.

Callo, dejando mi idea para luego. Norbert clava sus ojillos en mí y chasquea la lengua.

-Tu padre me lo aclaró todo, y también te he estado observando. Liseth, no fumas, ¿verdad?

-No.

-Tampoco eres muy propensa al alcohol, por lo que mis hijos me contaron- dice, y yo enrojeczo pensando que han estado hablando de mí y que debí de dar mala imagen por no tomar lo suficiente el día de la fogata.- Creo que lo más similar a una adicción que te he visto es el café. Lo tomas todas las mañanas. Me sorprende que Thomas y los otros médicos no te lo hayan prohibido.

-Algunos doctores me recomendaron que lo dejara, y durante algún tiempo lo hice. Me exprimía jugo de naranja.

-¿Ayudó?

-No realmente.

-Pero los entiendo- sonrío él- Asumen que lo que tienes son ataques de pánico crónicos. Si fuera así, de seguro te recetaron antidepresivos o algo de benzodiazepina con la cena, ¿o me equivoco?

No se equivoca. Vuelvo a asentir, viéndolo tararear entretenido.

-Pero no te sirvió.

-No, no me sirvió.

-Y además, esas cosas pueden generar adicción- suspira él y palmea el escritorio, como llegando a una respuesta- No, supongo que no te prohibiré el café. Además, me alegra que hayas empezado a dar esos paseos matutinos con Matt. ¿Te ejercitas?

-No mucho.

-Deberías comenzar- nota- Sin ser vanos, quizás diez minutos de aeróbicos al día podrían ayudarte. Pensaré en una rutina.

-¿Usted se ejercita?- pregunto, genuinamente curiosa. Norbert estalla en carcajadas.

-¡Ni modo!- dice- Mi barriga ya está demasiado grande como para eso. Pero solía hacerlo en mi juventud. Hace bien a la mente, al alma, y desde luego

al cuerpo. También podría darte algunos ejercicios de respiración. Con el aire de la altura de seguro te ayudarían.

“Pero no me curarían” mascullo para mis adentros, de repente irritada *“Todo esto es una payasada.”*

Norbert anota un par de cosas en una libreta, y yo siento mi interior hervir. ¿A qué vamos ahora? Lo que tengo no cesará porque comience a mover los brazos e inspirar hondo diez minutos al día. Norbert continúa dando vueltas alrededor de mi problema, y aquello me altera, me hace pensar que pierdo el tiempo. Ya me tiene lo suficientemente molesta el tener que estar en un hospital, después de todo.

-¿Liseth, te han hablado de la terapia de comportamiento cognitiva? Habla mientras toma notas. Dejo que mi enojo se diluya.

-No.

-Está bien- dice él- Recién estamos probando. Básicamente trata de aliviar los síntomas que crean en tu mente tus propias actitudes, romper el círculo vicioso que alimenta tus malestares. Enfrentar tus miedos, o lo que escondes.

Me mira, y deja la lapicera en su lugar.

-Sólo por casualidad. ¿Recuerdas cuál fue el momento de tu vida en el que estuvieras más triste?

Quedo perpleja ante la pregunta. ¿Esto es la terapia?

Pienso que tengo demasiado para elegir. Demasiadas instancias, demasiados miedos, demasiadas burlas y suplicios entre los cuales escoger mi mayor tristeza. Pero antes de que pueda responder, Norbert vuelve a hablar.

-¿Y el más alegre?

Trago saliva. Mi mente está en blanco.

-No lo sé. Supongo que mi infancia.

-Pero claro- me enseña los dientes él, y se pone de pie de inmediato- Bueno, acabemos con esto. Sígueme. Vamos a visitar a un par de doctores amigos para tachar a tus ojos y a tu cerebro de la lista de inconvenientes.

De ahí en adelante pasamos a hacer los análisis, actividad que me toma alrededor de una hora; para ser honesta, mucho menos de lo que había imaginado. Las pruebas con el oculista, que dejan mis ojos rojizos e hinchados, las maquinarias en las que me debo acostar y que mapean mi cabeza con ruidos insoportables, tan profundos que de momento temo estar teniendo un ataque, los cuestionarios aburridos que me tiende una doctora madura que tolera las historias de Norbert entre bostezos, todo aquello bajo su compañía y seguimiento desatento, pues Norbert en sí parece muy confiado de que nada de lo que me aqueja se halla en esas pruebas. Espero sentada en un asiento de plástico duro, con las manos en los bolsillos de mi sudadera; a mí costado hay un anciano decrepito cuya papada tiembla incontenible, y del otro una madre que lleva a su bebé en los brazos y que me sonrío cansada, pero dulce. Poco después Norbert se aparece de vuelta, me invita a levantarme y aplaude.

-Cosa hecha. Y ahora, como te lo prometí, a disfrutar de un buen helado.

Me quejaría de que me trate como a una niña, pero mi estómago ruge. Así que algo de parfait no me vendría tan mal.

Al regresar nos encontramos con que Alex se halla en casa, y ha estado esperando a Norbert desde hace un buen rato.

-Quisiera que hablásemos.

Mi cuidador deja los helados que trajo sobre la mesa, y le dirige una mirada peculiar.

-Alex. ¿Ocurrió algo?

El joven asiente, tan sereno como siempre. Matt, que se halla echado en otra silla entre bostezos lo mira de reojo y comenta dando un sorbo a su taza.

-¿Es sobre el animal?- dice- Si es que es un animal.

Ambos hombres se vuelven a él. Alex lo examina.

-¿Cuánto sabes?

Pienso que Matt va a echar en cara lo que vi, aquella cabeza de perro cortada, pero él sonrío y apura otro trago.

-Hablé con Rickert y León algunos días atrás. Me contaron sobre la partida de caza.

Dejo escapar un suspiro de alivio, y el otro uno de frustración.

-Esos dos no pueden mantener la boca cerrada.

-Pero quiero saber- insiste Matt- Si hay un lunático dando vueltas por el pueblo, y le hizo eso a Waldorf...

-Aún no sabemos lo que es- lo corta Alex, y Matt no se atreve a replicar. Norbert ríe, y abre el poliestireno para dejar a la vista los colores de la frutilla, el chocolate nevado, el pistacho.

-¿Alguno quiere?

-Señor Weigler...

-Descuida, Alex- dice él- Matt y Liseth son lo suficientemente grandes como para no asustarse. Y sería mejor que estuviesen enterados si algo malo ronda esta zona. Pero Mathew, prométeme que no le contarás a tu hermana nada de lo que puedas oír aquí. Kari es muy susceptible.

Su hijo asiente, contento de ser incluido. Al mismo tiempo, por un impulso y una idea, yo hago algo sin pensar.

"Kain."

En mi cabeza un murmullo se abre tras el silencio.

"Aquí estoy."

"¿Puedes ver?"

"Sí."

-Por la fuerza con la que arañó algunos árboles, en principio creímos que podría ser un oso. No sería la primera vez que alguna fiera entra por estas tierras- cuenta Alex- Sobran aquí los árboles y los cazadores son más bien pocos. Y además, los chicos y yo marcamos las zonas en donde los ataques y

avistamientos se produjeron... Y concluimos que se mantiene rondando cierto territorio.

-¿Cómo si cuidara algo?- sugiere Matt.

Espero que Kain me pregunte de qué están hablando, pero se mantiene callado dentro de mi mente.

-Exacto. No es muy diferente al comportamiento de un animal con crías.

-Eso sería peligroso- comenta Norbert mientras manipula el cucharón, sirviendo el helado- Aunque desde luego mejor que pensar que una persona pueda estar haciéndolo.

-Lo extraño es que en nuestra partida de caza no hayamos descubierto nada.- comenta el joven- Y también, desde luego, está el modo metódico en el cual el atacante cortó a los cuerpos que hallamos. No quiso devorarlos.

-¿Los?- pregunto yo.

-Había más de perro muerto- Alex me mira con pena, como si no se hallara de acuerdo con Norbert en que deba participar de esta charla.- En cualquier caso, Norbert, he ido a hablar con el viejo Zaq. Como lo que sea que es eso está por su zona, le he hecho prometer que pondrá trampas bajo cada árbol y roca.

-Convertirá el bosque en un campo minado- ríe Weigler, y nos acerca el postre- Me parece bien. Deberíamos también alertar al resto del pueblo sobre evitar esos lugares y el río. No queremos a un pobre desafortunado cayendo en una trampa para osos, ¿verdad?

-Me encargaré de ello- se inclina Alex.

Apuro mi helado, ya empachada por el parfait que probé antes de venir. Veo que la boca de Matt se tuerce, como si quisiera decir algo, pero termina por inclinarse de hombros y suspirar.

-Iré a estudiar- avisa- Liseth, ¿quieres que repasemos algo de historia del año anterior?

Asiento. Alex y Norbert nos miran subir por la escalera sin creerse ni por medio segundo que no vamos a hablar de esto.

Cuando llegamos arriba giro hacia mi cuarto.

-Déjame buscar mis cosas- le digo. Matt levanta una ceja y marcha hacia su habitación.

Entro en la mía, y me dejo caer sobre el colchón. Esta ha sido una larga mañana.

-Kain.

“¿Qué fue todo eso?”

-Parece que hay un animal o algún loco suelto en el pueblo.- susurro- No están muy seguros. Mutiló al perro de Matt.

Kain parece dudar.

“¿Crees que...?”

-No lo sé- digo- Podríamos hablarlo esta noche. Por cierto... ¿Reconociste a alguien de los que allí estaban? ¿A Norbert, a Alex, a Matt?

Hay un silencio muy corto, en el que seguro se está esforzando.

Luego niega.

“A decir verdad, Liseth, hasta tú me parecías familiar la primera vez que te vi. Mi mente está demasiado confundida como para eso.”

Es una lástima. Pero eso no me quita de mí idea previa. Kain está amnésico, pero los demás habitantes del pueblo seguramente sí recuerdan.

Mañana le preguntaré a Norbert por sus memorias de San Naerit hace diez años.

Junto energías para incorporarme y tomar mis apuntes, y me dirijo a la habitación de Matt. De momento, al menos, la casona parece segura, y, más aun, tengo otras preocupaciones de las que encargarme y que refieren a los días por venir, al temor que me embargará pronto y que planeo dominar. Con este nuevo poder, debería poder lograrlo.

XXXVI

Tras aquello, hay una semana de calma y preparación.

Luego, un lunes cualquiera, el despertador repiquetea arrancándome de la oscuridad y sé que mi primer día de clases va a comenzar.

XXXVII

Todavía parece oscuro al levantarnos. Sin embargo, ni un ápice de somnolencia domina mi cuerpo: cada una de las células que me componen están preparadas, preparadas para lo que va a iniciar ahora, para las mil pruebas que de aquí en adelante tendré que superar. Al lavarme el rostro, mis ojos fijos en su propio reflejo, me digo a mí misma que no debo fallar. Debo dejar mi pasado atrás, y obtener en este pueblo la felicidad que tanto ansío. No debo confiarme. No debo dejarme llevar por la amistad, o por creer que lo he conseguido; mi lucha, al final, es perpetua, tan perpetua como lo es mi enfermedad, y deberé soportar siempre el fingir, el temer, la eterna paranoia.

No olvidaré, las lágrimas que he ido derramando. Así son las cosas. Termino de vestirme, me coloco el buzo para abrigarme del frío que reina

afuera, y bajo las escaleras. En la mesa Kari bosteza y mete la cuchara con desgano dentro de su tazón, y Norbert disfruta de un café humeante.

Por algún motivo mis ojos se pierden en la puerta que da al sótano, en donde Wilhelm duerme. Ocupo mi lugar en la mesa, me sirvo cereal en abundancia y Norbert me sacude el cabello que inútilmente intenté peinar, trayendo mi propia taza y la de Matt, que se nos une unos segundos luego.

-¿Listos para ser estudiosos, niños?

Sus hijos gruñen, pero yo estoy muy concentrada. Devoro el desayuno como si mi vida dependiera de ello, y cada uno de mis actos es excesivamente controlado. Sin advertencias dejo la mesa y subo, me lavo los dientes minuciosamente, tomo la mochila, cruzo la correa sobre el brazo y siento su peso en mi espalda, me veo en el espejo con detenimiento una vez más. Estoy bien. Estoy bien.

Estoy consciente.

Por unos segundos me siento tentada de llamar a Kain. En esta mañana todavía oscura, donde el mundo parece diferente, creo necesitar una mano amiga. Al instante desisto. Quiero ser normal. Quería ser normal. Comenzaré mi primer día en el instituto como una chica normal.

-¿Tienes para rato?- se oye a Matt en la puerta.

Le abro.

-No. Lo siento.

-Descuida. ¿Estás bien?

Los ojos le brillan en la penumbra. Acomodo mi mochila al asentir.

-Algo nerviosa.

-No lo estés- sonrío- Todos en el instituto son idiotas, o buenos, o raros. Y los profesores por lo general dan un gran apoyo.

-Supongo que eso es bueno.

-Y me tienes a mí- añade como por descuido. Parece querer decir algo más pero calla, y yo me hago a un lado para no hacerle perder más el tiempo.

Minutos después, ya los tres nos hallamos a bordo del Twingo. El cielo está nublado. Deben de ser las siete. Miro por la ventanilla, veo los pinos ir en la dirección opuesta, vamos bajando a sitios más poblados, al principio en silencio, hasta que Norbert pone uno de sus eternos discos de country y nuestros oídos claman por la liberación que será llegar.

Mi cuerpo está tenso, como si moverme pudiera ser un error. Kari tironea de mi manga.

-¿No estás ansiosa? ¡Será genial!

Hago una sonrisa poco convincente.

-Podrás conocer a los chicos...- dice, y tose- Prométeme que nos juntaremos en el recreo. ¡Tengo tanto que mostrarte!

-Claro- susurro, no muy convencida. No sé si es bueno que me vean gastando mi tiempo con alguien de cursos más bajos. Pensarán que soy infantil.

-Vas a hartarla- opina Matt desde el asiento de acompañante. Su padre ríe.

-Procura darle a Liseth algo de espacio, Kari.

La muchacha se enfurruña, abrazándome como si fuera un peluche. Poco después, luego de haber atravesado verjas que conducen a otras propiedades, caminos despoblados, senderos elevados que se confunden entre las alturas y hacen el motor del Twingo rugir por el esfuerzo, terminamos apareciendo en

otro sitio de murales pintados con imágenes bizarras, personas de grandes ojos y perros de demasiadas patas, y mi corazón se encoge al ver ya a algunos estudiantes charlando entre ellos; a muchachos golpeándose juguetonamente, a chicas de vaqueros reír y abrazarse en el reencuentro.

Seguramente estoy viendo a algunos de mis futuros compañeros. Norbert frena el auto, toca la bocina saludando al portero que barre las hojas caídas de la entrada, y nos mira.

-Diviértanse. Los buscaré por aquí mismo, si se complica, sabes qué hacer, Matt.

Nos despedimos, y me estremezco al abrirse la portezuela del auto y tener que bajar. El primer sonido que me recibe es el crujido de las hojas secas. Matt camina desenfadado a mi lado, y Kari nos acompaña presta hasta que ve a lo lejos a otra chica de su edad. Corre desaforada, se abrazan y comienzan a hablar como loros, ya lejos de nosotros. Eso no duró demasiado.

-Creo que nuestra aula está en el ala norte ahora.- dice Matt. Saluda con vaguedad a algunos estudiantes, la mayoría hombres, seguramente del equipo de fútbol, que me miran con curiosidad. Intento mostrarme calma. De momento, no parece que vaya a sufrir ningún ataque; pero no es ello lo único de lo que debo cuidarme: mi ropa, mi actitud, mi modo de contestar, todo importa.

De repente caigo en la cuenta.

-¿Ala norte?

No necesito escuchar la respuesta. Alzo la vista, y contemplo un edificio grande, demasiado grande, innecesariamente grande. Esta escuela supera al hospital, se cierne sobre mí como un castillo, con dos pisos cuya altura los hace ver como si fueran cuatro, con una terraza que se adivina amplia, y se divisa un patio interior que tiene poco que envidiarle a una prisión. Es sin duda el sitio más colosal de todo San Naerit.

-¿Por qué?- no puedo evitar gemir, descorazonada.

-Todo el territorio escolar pertenece a la familia Ashadd. A decir verdad, casi todo San Naerit les pertenece. Convenientemente, te imaginas qué apellido tiene el director de este sitio.

No puedo pensar en esas cosas ahora. Intento calmarme.

-¿Puedes indicarme dónde quedan los baños?

Esto es importante, debo saberlo. El baño es mi refugio si lo peor llega a pasarme. Matt me hace una seña para que lo siga, y dejamos el aire libre para adentrarnos por pasillos que parecen salones, donde varios adolescentes también se entrecruzan y socializan. Me señala un muro, en donde una pared separa dos aberturas: de un lado las mujeres, del otro los varones.

Me zambullo en esa entrada, y voy al lavadero. Las luces están encendidas. El sonido del agua corriendo por la canilla me relaja; controlo mi respiración, controlo mis pensamientos. Hay demasiadas personas, demasiados rostros a mi alrededor. Puedo hacerlo. El agua fría inunda los poros de mi piel, me sacude, me estremece, me obliga a ser yo. Puedo hacerlo, no debo fallar, no ahora. El primer día es el más importante. Puedo sonreír, puedo salir adelante.

De pronto me doy cuenta de que tengo compañía. Alguien más, en el otro extremo, se observa en el espejo. No me presta la más mínima atención: es una joven delgada, de cabello negro y lustroso, muy bien vestida en

comparación a las otras chicas que he visto aquí. Similar a mí, parece estar juntando determinación en su soledad.

La dejo, y vuelvo a donde Matt me espera.

-Vamos.

-Se nos hará tarde- bosteza, y da un último vistazo al baño. Ya el pasillo está mucho más vacío, pero una figura se acerca al reconocernos.

-¡Oigan, oigan!- saluda Elias, las pecas de sus mejillas estirándose ante su sonrisa. No sé por qué pienso en la joven que vi, en la expresión de su rostro, en que seguramente es una chica popular, y algo me enerva y decido que, definitivamente, voy a salir adelante.

XXXVIII

El aula ya está llena cuando los tres llegamos. El profesor parece de momento ausente, pero la mayoría de los bancos están ocupados: un vistazo rápido me dice que tengo alrededor de una veintena de compañeros, entre los cuales la proporción de chicos y chicas está bastante balanceada.

Dudo, buscando con la mirada algún sitio en donde sentarme. Matt se adelanta, encuentra dos bancos vacíos en la fila del medio y ocupa uno. Me mira esperanzado, pero al segundo Elias se sienta en el que tiene al lado. El desconcierto de su amigo cuando lo golpea es palpable.

Pero no, está bien. Por más que me desconsuele, no puedo estar pegándome a Matt para salir adelante en esta escuela. Recorro miradas dispares mientras paso entre las filas: un joven que se hurga la nariz, una chica pelirroja que encorvada sobre su cuaderno garabatea algo furiosa, uno de expresión llana y mandíbula cuadrada que se me hace conocido, y varios otros que no llego a percibir. Muchos me observan. Sus ojos se me clavan como lanzas. Comienzo a temer, sin poder hallar un lugar. Las piernas me pesan.

-Hey- me dice una chica, señalando el banco vacío de su lado- Este está libre.

-Gracias- digo como despertando de un sueño, y lo ocupo. Por mi miedo lo había pasado por alto. No es el más conveniente, quizás, pero me hallo a dos lugares de Matt y Elias. Me doy cuenta de que estoy rodeada de compañeras que me miran.

Mi salvadora es la primera en hablar. Es una joven algo regordeta, pero de buena actitud.

-¿Cómo te llamas?

-Liseth.

-¿Vienes con Matt?- pregunta otra- Creo que los vi en la entrada.

Se codean, y ríen como chiquillas.

-Yo soy Janet- se presenta mi compañera de banco- Estas tontas son Sally y Trish. ¿No eres de aquí, verdad?

-No. Soy de Nueva Gabul.

Una de las del frente se sujeta las mejillas simulando sorpresa exagerada. La otra parece más tranquila.

-¡De allí!- aúlla Janet- ¿Y qué haces aquí, por todos los cielos?

No sería yo si no tuviera una respuesta para eso.

-Mi papá tuvo unos problemas en el trabajo, y ya no puede cuidarme. Por supuesto, no me iba a dejar estar sola.

-¿Y te hizo cambiarte de escuela por eso?

-¿De qué trabaja?

-Espera, ¿estás viviendo con la familia de Matt?

Las preguntas me atosigan, pero de momento parecen alegres. Elijo la más sencilla de contestar.

-Es redactor de...

Me interrumpo porque la puerta del aula se abre, y allí entra el profesor. Es un hombre que estará en sus treinta, pero por su piel y por el largo cabello que lleva atado en una coleta baja se ve joven, con gafas y una sonrisa sumisa que al instante me disgusta. Envuelve su delgado cuerpo con un viejo traje gris. Deja sus carpetas sobre el escritorio, se estira ante las miradas de todos sus alumnos, se da la vuelta y nos sonrío.

-Y bien... Aquí estamos.

-¡Profe Julián!- gritan algunos, saludándolo. Algunos golpean los bancos con la mano o silban, en un fingido frenesí, aplausos que se estiran un poco más de lo necesario. El curso parece alegre. Está claro que la mayoría se conoce; por lo tanto, ganármelos será posiblemente una cuestión de todo o nada.

-¿Aprovecharon las vacaciones?- pregunta el maestro, sentándose al borde de su mesa- ¿Hicieron cosas interesantes?

-Yo me drogué cada día- dice un muchacho de cabello salvaje.

Algunos ríen.

-Lo extrañábamos, profe.

-¡Yo fui a Disney!

-¿Puedes dejar de mentir?

-¡Profe, hoy no hagamos nada!

-¡Profe! ¿Qué hizo usted estas vacaciones?

Lo pregunta otro chico flaco como un palo, al lado de un pelirrojo de enormes ojeras negras. El profesor Julián toma sus carpetas, dándonos la espalda.

-Estuve algo ocupado. Pero de seguro los extrañé más de lo que ustedes me extrañaron a mí. Oh, esperen.

Se voltea otra vez, y revisa el curso con la mirada. Sus ojos se clavan en mí.

-¿Tenemos a una nueva?

El peso de la atención de una veintena de personas se clava en mi figura otra vez. Pienso en ponerme de pie, pero supongo que eso procurará risas y prefiero evitarlo. Me esfuerzo por no encogerme sobre mi banco.

-¿Cómo te llamas?

-Liseth.

-¡Liseth!- aplaude él con una sonrisa que me perturba. Escribe mi nombre a grandes trazos en el pizarrón.

L I S E T H

-Hermoso nombre- comenta viendo su obra- ¿Alguno sabe qué significa?
-¿Liendre antigua?- propone Elias. Unos pocos ríen, y Julián niega.
-Las vacaciones no le han aportado mucho a tu sentido del humor, Elias.
Hay abucheos y risas. Otra chica de piel tostada y lentes levanta la mano.

-Es corto de Elizabeth, ¿no es así?

El profesor vuelve a aplaudir, señalándola.

-Tan despierta como siempre. En realidad, es una forma alterna de Elizabeth, tal como Ilse. ¿Y sabe alguno qué significa Elizabeth?

Varios se miran. Por suerte ya la atención no se enfoca en mí. Algunas sugerencias que son más bien improprios salen de las bocas de uno de los del fondo, que el profesor Julián no escucha o finge no escuchar. Vuelve a escribir en el pizarrón.

-*"Juramento de Dios"*. Bastante bello, ¿no lo creen?

Unas pocas chicas dan gemidos de ternura, pero en general se mantienen en silencio. Veo al hombre arreglarse los lentes, como observando su obra, luego arroja la tiza hacia arriba, la atrapa, vuelve a encararnos.

-Bienvenida a este instituto, Liseth. Seré tu profesor de lengua y literatura por los próximos años. ¿Te gusta leer?

Asiento.

-Entonces mi clase te resultará sencilla- afirma con una risa.

-De hecho- me susurra Janet por lo bajo- Una vez Sophie logró pasar el examen final simplemente hablándole de novelas.

Señala a la misma chica pelirroja que continúa inclinada sobre sus cuadernos, para que sepa de quién habla. Por lo que veo, sólo levanta la vista cuando el profesor Julián nos toma lista, minutos después. Intento memorizar algunos nombres, sin mucho éxito. No puedo concluir muy bien quién de este curso es el más popular, cuanto mucho, parece bastante igualado. Eso es tan bueno como malo; por un lado, no debo esforzarme en agradarle a nadie en particular, por el otro, debo agradecerles a todos.

-El año pasado veíamos un poco de literatura clásica- nos habla Julián, y comienzo a notar que muchas de las alumnas lo observan embelesadas.- Sin ir más lejos, creo que recordar que dejamos a Dostoievski en...

-Ah...- susurra Trish con ojos soñadores.

Yo apenas lo veo. Tengo cosas más importantes de las cuales preocuparme.

-Si todos nuestros profesores fueran así de guapos- comenta Sally- Venir aquí sería el cielo.

-¿Bromeas?- le contesta Janet, y se ríe. Hace un gesto muy poco educado con la mano y la boca, y señala al maestro que se pierde en divagaciones literarias- Es gay.

Sally pifia, y Trish parece no oír. Vuelvo a concentrarme en Julián y percibo ciertos manierismos afeminados, pero nada más.

-¿Qué pruebas tienes?

-Con tantas alumnas que se le han arrojado encima, y que no haya tocado a ninguna...

-Eso piensas tú. Quiere cuidar su empleo.

-Y Mikhail Eder ya no está, ¿no es cierto?- sonrío suspicaz Janet- Quizás Julián le hizo una confesión poco apropiada.

Vuelven a reír como idiotas, imaginando esa relación. Intento unirme a la charla.

-Conocí a Mikhail. Pero creo que dejó de ser asistente por otros asuntos.

Como esperaba, ese contacto me da un pase. La atención de las tres - inclusive de Trish, que parecía reservada mientras hablaban de su amor platónico- se enfoca en mí.

-¡Qué suerte tienes!- dice Janet.- ¿Te hablas con él?

-De vez en cuando viene a casa.

Pienso que será mejor evitar mencionar que fuimos al mismo instituto años atrás.

-¿Vives en lo de Matt? ¿Allá cerca del río?

-Sí. Aunque no es tan cerca.

Más susurros de sorpresa y revuelta.

-Allí atrás- decide intervenir por fin Julián, viendo que sus explicaciones rebotan contra charlas más interesantes y nuestro murmullo distrae la atención del resto del curso- Las señoritas. Guarden silencio o las obligaré a pasar al frente a recitar.

Hay risas. La clase sigue su curso, entre mil títulos de libros y nombres de autores que jamás oí, y yo siento que de momento las cosas están marchando bien.

XXXIX

En el recreo me junto con Matt, quien decide guiarme hacia la cantina.

Nos cruzamos a diversos grupos, y en algunos de sus murmullos logro oír que me mencionan, notar algunas pocas miradas de soslayo al pasar. Incluso si esta escuela es enorme, es natural que en un pueblo pequeño como San Naerit mi llegada capte algo de atención.

Veo salones de lectura, clubes, aulas, y hasta un gran campo de juegos. El dueño de todo esto debe tener dinero.

-Hay un comedor- me explica Matt, saludando de tanto en tanto a algunos que se le acercan y le hacen comentarios sobre el equipo- Aunque dudo que esté abierto al primer día. Normalmente sirven comida sabrosa, en especial en los días fríos.

-¿Es esto un día frío?- pregunto encogiéndome de hombros.

-¿Estás de broma? Hoy hace un calor primaveral. De todos modos no te preocupes, pues en invierno las vacaciones se extienden. Los caminos del pueblo suelen llenarse de nieve y muchos tienen dificultades para venir. Nuestra familia incluida.

Pienso en lo bello que debe verse una nevada en el bosque desde mi ventana.

-Así que hay algo de descanso.

-En teoría- asiente Matt- En la práctica, es la época en donde todos se juntan y hacen algún viaje. Papá solía llevarnos a ver los juegos de baloncesto años atrás, pero últimamente ha dejado de hacerlo.

-Nunca me interesó mucho ese deporte.

-¿Y el fútbol?- pregunta él con cierta esperanza.

-Algo, sí.

-Nuestro equipo es razonablemente bueno- me dice- Seríamos irracionalmente buenos si la mitad no pasarán sus días sin entrenar y echando todo el peso sobre los hombros de Harrold, pero creo que es mucho pedirles.

-¿Harrold?

-El capitán- Matt se rasca la mejilla- Es del último año, ya lo conocerás.

Imagino a un grandullón de mandíbula cuadrada, como quien era capitán de mi instituto en Nueva Gabul.

Unas manos se me apoyan en la espalda, y recibo un abrazo de baja altura. Kari se ríe.

-¡Lis! ¿Te estás divirtiendo?

-Tuve mi clase con Julián- le digo. Más atrás, dos amigas de su edad la esperan.

-¿Te gustó? Deberías ver a mi profesora. Mis compañeras no pueden esperar a pasar de año.

Niego. Matt suspira.

De un segundo a otro, nuestra atención se vuelve hacia el pasillo, en donde tres figuras avanzan.

Pero no somos sólo nosotros, percibo. Es todo el colegio, todos parecen cautivados por ellas, hasta los más reservados inclinan los ojos para verlas pasar, como dominados por un hechizo. Incluso los Weigler guardan silencio, y yo no me atrevo a hablar: una es alta, de cabello rubio increíblemente largo y mirada orgullosa; camina vestida con una chaqueta y un sombrero que jamás me atrevería a usar, sin duda la líder del grupo. No parece disfrutar de las miradas. Las dos figuras que la siguen palidecen en comparación pero aun son notables: una chica de pelo cobrizo largo y coletas, que parece dar saltos de perro faldero al lado de la otra, y luego, frente a mí...

La misma joven de cabello negro cruza ante mis ojos sin verme. Muda, la veo pasar, la misma expresión concentrada, los puños apretados, ignorando la atención que atrae.

Cuando ya están lejos, Kari silba.

-Las reinas de San Naerit- rueda los ojos.

La contemplo. Matt niega.

-No digas tonterías.

-Oh, hasta a Matt le encantan- cruza las yemas de sus dedos su hermana- Te las presentaré así te ahorras el trabajo de hablarles, Lis. La del medio es Alice. Es una ricachona histérica que cree poder pisar a todo el mundo. Su esbirra es Anna, pero no te preocupes si te la olvidas en los próximos cinco minutos. Lo único que hace es estar pegada a Alice y darle el sí en todo lo que hace. Y la de pelo negro es el amor eterno de mi hermano, Mina. Mina.

De pronto veo a Matt, que parece a punto de estrangular a su hermanita.

-¿Te gusta?- le pregunto, y observo de nuevo en la cantina a esa joven, que se mantiene en silencio, observo su delgadez, su postura confiada, la clara suavidad de su cabello.

-Yo no...

-Te gusta.- afirmo asombrada, desbordada. Vuelvo a verla, y la emoción del baño hace ebullición en mí, una emoción verde y punzante que me cuesta descifrar. Esas tres son la *crème de la crème* de este lugar. Si quiero ser aceptada, debo ser aceptada por ellas, si quiero ser querida, debo ser como ellas. Había sido una ilusa en pensar que no existían estratos en San Naerit; su modo de vestirse, su modo de andar, su belleza, sin duda son mucho mejores de lo que yo puedo ser.

Pero aun así...

Kari da una risita burlona. Antes de que Matt consiga agarrarla se escabulle con sus amigas.

-Liseth, en realidad...

-¡Hey, hey, hey!- se escucha otra voz desde el pasillo. Elias viene acompañado de los dos muchachos que vi al fondo, el delgado tembloroso y aquel pelirrojo de ojeras negras. -Matti, comparte la cita.

-Piérdete- ríe Matt.

Se golpean. Elias me presenta a los otros dos como Larry y Ezequiel, apodado *Zaq Junior* por los amigos. El primero parece al salto por un hueso de aprobación, mientras que el segundo ni me mira a los ojos ni se anima a emitir palabra alguna.

-Espero que hayas disfrutado de la clase con Julián- cruza el brazo sobre mi cuello Elias- Porque ahora tenemos cálculo avanzado de la mano del gordo Herbert. Nada de maestros de manos suaves y sonrisa dulce.

-Ni me lo recuerdes- añadió Matt- Me reprobó dos veces el año pasado.

-A mi tres- afirma Larry, como si estuviera por llorar. Calculo que su vida debe ser difícil.

Ezequiel no añade nada a la conversación.

Paso con ellos los minutos que nos quedan de descanso. La cantina de la escuela tiene cierta variedad; pero de los sándwiches y bebidas que se me ofrecen termino eligiendo más bien nada pues sigo sintiendo mi estómago anudado, mi interior contraído por esa sensación enfermiza desde que vi a Alice y su compañía. El rostro de Mina sigue apareciéndose ante mí a cada rato, molestándome, impidiéndome disfrutar del hecho de que de momento estoy siendo aceptada.

Más tarde, en el siguiente turno descubro que las advertencias de los muchachos son acertadas: el profesor Herbert es una morsa sin un gramo de humor, cuyo tedioso modo de encarar la matemática me hace extrañar de inmediato las inflexiones proyectadas de Julián. Nos reprende tres veces por

hablar alto, y al último hasta obliga a Trish a pasar al frente y resolver un problema, todo en su primer día del año. La pobre tiembla al regresar a su banco. Procuero consolarla, desde luego, mostrándome solidaria con ella. Las otras chicas siguen preguntándome cosas, de mis gustos, de mi familia, de Nueva Gabul, y yo respondo, sonrío, intento superar lo parco de mi conducta e intentar ser carismática. Creo que de momento hago un buen trabajo.

Con tanto tiempo para sufrir, tanto tiempo para pensar, y tanto tiempo para prepararme, es imposible que ocurra algo diferente. No repetiré los errores que hacía antaño, no bajaré la cabeza, no seré adversa a nadie. ¿Es una máscara, esto que porto? Es probable que la respuesta sea sí. Pero no me importa. Usaría todas las máscaras del mundo con tal de ser feliz.

En resumen, doy datos muy aislados e insinúo más de lo que digo, pero ellas parecen tragárselo. Janet me invita a acompañarlas el próximo recreo, y añade por lo bajo que puedo invitar a Matt. Las otras dos ríen, y por algún motivo siento dolor. Descubro también un poco sobre ellas: Trish -en realidad se llama Teresa- es tan fanática de los Grados como Kari, y Sally es la hija de la única peluquera en todo San Naerit, lo que explica la dedicación puesta en su corte de cabello.

Cuando toca la campana decido dejar a Matt con sus amigos y las acompaño. En el recreo me muestran la escuela más a fondo: los cursos inferiores, el jardín, también el busto no terminado del fundador, cuyo nombre todavía no han colocado. Esa vez de nuevo me cruzo con Alice y compañía, sólo que en vez de Mina, un joven alto y apuesto camina, sin duda el más apuesto que yo jamás haya visto.

Alice pasa ante nosotras y apenas nos mira, y Anna la sigue embelesada. El chico en cambio se frena y nos saluda.

-Buenos días, chicas.

-¡Hola Harrold!- Janet y las demás le responden encendidas.

Tiene el cabello rubio, desordenado. El capitán de Matt no tiene nada que ver con lo que me imaginaba. Mis compañeros de Nueva Gabul se llevarían una sorpresa si llegaran a este instituto; no recuerdo que ni uno de ellos tuviera la belleza que Alice o él portan.

Parece vislumbrarme tras las otras tres, y me sonrío.

Antes de poder devolverle el gesto, la voz de Alice suena.

-Harrold, ¿puedes dejar de perder el tiempo y acompañarme?

Él se ríe, y las sigue. Mis nuevas amigas dan suspiros.

-Sabía que levantarme temprano valdría la pena- dice Sally.

-¿Qué tal eso?- me pregunta Janet- ¿Había en tu anterior escuela?

-Para nada.

-Te sonrío- murmura Trish- A lo mejor le gustas.

Se ríen. A mí no me causa mucha gracia. Es el tipo de muchacho que le sonrío a todas, y estúpido sería ilusionarme.

Me pregunto en dónde estará la otra, Mina. Su ausencia en ese grupo tan formado me resulta extraña. De cualquier modo, no es mi problema.

-¿Quieren ver si la cantina tiene los panes de cebolla?- pregunta Janet, y todas accedemos. Mi estómago ruge, cobrándome mi falta de apetito en el anterior recreo.

Disfruto con ellas de la comida, sentadas en los asientos de plástico frente al mostrador en donde la simpática dueña atiende. No es nada impresionante una vez lo pruebo, muestra evidente de que la cocina de

Norbert ya ha hecho mella en mis requisitos. El salto de mi padre a su ingenio culinario ha sido terriblemente alto.

-El último turno es el más cansador- comenta Sally- No veo la hora de regresar a casa.

-¿Así, al inicio del año?

-Oh vamos, ya vimos a Harrold y a Julián. ¿Qué más hay para hacer?

-Eres una perversa.

-¿Te pone celosa?

Risas.

-Cuando abra el comedor, espero que sirvan las tartaletas de garbanzos que...

...mi mamá quiso que viajáramos a Roma para...

-¡Ni lo sueñes!

Voces.

-¿Y tú Liseth, qué piensas?

Los sonidos se callan de improviso. Sonrío.

-Creo que preferiría viajar al sur.

-Desde luego- se palmea la cara Janet- Con tu palidez...

La campana del final del recreo vuelve a sonar. Tomamos nuestras cosas y prestas nos dirigimos de vuelta hacia el aula. Yo avanzo en silencio, intentando no quedar atrás. Sin embargo, y aunque mi reputación siga en juego, no tengo muchas ganas de hablar. El timbre sigue sonando. Pasamos por las entradas de las otras aulas, en donde todos ya están sentados en sus bancos, pasamos por el baño, caminamos y el timbre suena, suena, suena, irritando mis oídos.

-¿No se calla?- pregunto, juntando los hombros.

-¿No se calla qué?- me sonrío Janet.

-Él... -digo, y me percató de que sólo yo lo oigo- Nada.

Maldición. Pronto comienzo a notar como los bordes del suelo aparecen indefinidos ante mis ojos. Está dando inicio, justo ahora. Pero todavía tengo tiempo.

-Debo ir al baño- murmuro y me doy la vuelta. Sally me levanta un pulgar.

-¡No te pierdas! Te guardaremos asiento.

Ya no la escucho. Una vez desaparezco de su vista, comienzo a correr. No me importa ser vista, pues casi todos parecen metidos ya en las aulas y poca atención pueden prestarme. Los pasillos están vacíos, libres para mi carrera.

El baño. Había un baño cerca, un lugar donde ocultarme mientras transcurra el ataque. Un refugio que Matt me mostró, pero este lugar es grande, estúpidamente grande, y la vista se me difumina, las paredes parecen cerrarse y cambiar como en un laberinto, el mundo pierde su sentido para mí.

"No. No. No, no, no, no. ¡No!"

Quiero gritar. Quiero llorar. Pero no hay nadie. Sólo debo esconderme. Si no veo el baño, debo buscar otro lugar alejado de todos. Pienso en los jardines por donde pasamos, y vuelvo mis pasos hacia allá. La escultura del fundador está muda cuando la cruzo. No hay un alma por aquí, no puede haber mejor sitio para esconderme. Avanzo tambaleándome, de a ratos a ciegas, sintiendo el timbre de la campana convertirse en un grito que me acosa, espantoso, como si algo me persiguiera, intento respirar, algo desciende sobre la retina de

mis ojos y me nubla la vista, intento no llorar, resisto, bajo las escaleras y me acerco al jardín, tropiezo con alguien, con alguien real arrojado en el pasto, y me doy de bruces al suelo.

Al levantar la vista, lo primero que veo es el cabello oscuro. Luego el resto del cuerpo de Mina entra en mi campo de visión, sacudiéndose entre espasmos de muerte; y con eso mi ataque de pánico desaparece del todo.

XL

-Ayuda...

Los labios de ella se mueven despacio, su voz un susurro ínfimo. Me acerco a los tropezones, aterrada.

-¿Estás bien?- pregunto, como una estúpida- ¿Quién te hizo esto?

-Él... Él...

Le cuesta hablar. Los ojos se le llenan de lágrimas. No noto heridas en su cuerpo, ningún desgarró en sus ropas, pero hay una marca difusa en su cuello, similar a una simple mordida.

-Ayuda...- llora- Yo no quiero... ¡No quiero! Mi abuela...

La contemplo por unos instantes. Recuerdo mi envidia anterior, el sentimiento que me dominaba, y algo en mí se resiste a actuar. Mina parece estar ciega por las lágrimas. Alguien la ha atacado. Alguien de este instituto.

Su mano débil aferra mi manga.

-Por favor...

La sigo observando. Se está muriendo. Salgo de mi ensimismamiento y procuro levantarme.

-Voy a pedir ayuda.

No puede hablar ya, sólo respira pesadamente. Mira el cielo, como concentrándose en no perder la consciencia. Su tiempo se agota. Al incorporarme decido caminar hacia donde alguien pueda guiarme a la próxima sala de profesores. Algo retorcido, pegajoso, se deleita en mi interior.

Otra cosa sujeta mi tobillo antes de que pise el primer escalón.

Pienso que es Mina, y me asusto. Pero no, se trata de una planta, del tallo espinoso de una enredadera. Contra la media no me lastima, pero me resulta extraño que me haya enganchado de ese modo. Tironeo, pero no hay caso. Me volteo.

El tallo se extiende, mucho más allá, en donde antes no había nada. Montones de raíces curvas y espinosas envuelven el cuerpo inconsciente de Mina, se mueven como serpientes, latigan el aire y el suelo del jardín. Vienen de la puerta roja, que está abierta del otro lado. No recuerdo haberla llamado.

Mi corazón parece quedarse fijo en su espacio cuando mi cuerpo es arrastrado junto con el de Mina, golpeándome contra la tierra, forzándome hacia el interior del Palacio. No alcanzo ni a gritar. Y al atravesar el umbral, todo se oscurece.

XLI

Entro en el frenesí caótico de la locura.

Pequeñas espinas se clavan en mis en mis pies, en mis brazos, inclusive en mi rostro. Lianas que fluctúan, que se mueven y me arrastran de un lado a otro, entre la oscuridad, y mi consciencia se debate entre el horror y la incredulidad.

Hay luces, y una voz. Hay miedo, y emociones, todas las emociones que he sentido a lo largo de mi vida, las más oscuras, las más profundas. Me resisto. Me resisto pero me es imposible, las plantas parecen dispuestas a descuartizarme, me sacuden, me hacen chillar de espanto. Entre sus formas verdes veo a la inconsciente Mina siendo zarandeada de un lado a otro.

Parecemos entrar en capullos, atadas por completo, pero la oscuridad no me deja ver mucho. Intento llamar a Kain, pero es en vano. Nada responde mi inútil grito.

Me muevo. Algo late. Todo se ilumina, se oscurece, se ilumina, se oscurece. Me cuesta mover mi cuerpo, mis dedos no responden a su llamado, el intercambio intermitente me mareo. Siento que voy a vomitar.

Oscuro. Encendido.

Oscuro. Encendido.

El pelo me molesta. Las ropas me molestan. Luz, demasiada luz. Me ciega, y me retuerzo, y las raíces que me envuelven se aflojan y parecen empujarme hacia ese resplandor imposible.

Despierto.

XLII

La cabeza me duele como nunca antes. Siento mi cuerpo pegajoso, pesado, una saliva salada que escupo al instante, disgustada, mientras tambaleante me incorporo. Mis sandalias se hunden en la tierra, tengo que apoyarme en el umbral para proseguir. Mis pensamientos son un caos. Es como si acabara de salir del movimiento de un lavarropas.

Logro controlar mi respiración, y sin ver llego al sitio del busto. Me duele, duele demasiado, pero pronto este dolor deberá mermarse. No sé qué ha ocurrido. Debo estar presentable. Al mirar a la derecha, localizo por fin la entrada a uno de los baños. No la había notado en mi anterior carrera. Qué estúpida.

Entro, enciendo la canilla, dejo el agua fluir. Me lavo la cara. Me sorprende la frescura del agua, pero poco a poco mi piel se limpia. Me hace frío. Mis manos se sienten extrañas, todo mi cuerpo se siente extraño.

Levanto la vista, y el rostro demacrado de Mina me observa desde el espejo.

Ahogo un grito y retrocedo, creyendo ver a un fantasma. Mina me imita. Ambas nos pegamos a la pared, excepto que...

Excepto que ella es un reflejo.

Mi corazón da tumbos de batería en mi pecho, quieta como un reptil. El reflejo permanece tan detenido como yo.

Lentamente, como probando, levanto un brazo. Del otro lado, Mina hace lo mismo.

Observo mi brazo. Está descubierto, sólo abrigado el hombro por una chaqueta que jamás usé. Me siento más alta.

-Estás bromeando.

Me acerco de nuevo al espejo, y toco mi rostro, el rostro de Mina. Mi incredulidad trasciende los cielos. El cabello negro, largo y liso me cosquillea, pero no me importa, aprieto mis mejillas, pestañeo, veo el celeste de esos ojos. Apoyo la palma en mi corazón, lo siento latir. Pincho mi estómago. Doy un grito de impresión.

¿Soy yo? ¿Estoy...?

¿Estoy en otro cuerpo?

Es imposible. Me pellizco, y el dolor me invade. No estoy soñando. Salto. El borde de mi pollera hace cosquillas en mis piernas. No lo puedo creer, ¡no lo puedo creer!

Alguien entra al baño. Es Alice. No mira al espejo, sino que se dirige a mí.

-¿En dónde estabas? La clase ya comenzó hace rato.

La observo con la boca entreabierta, hasta que lo comprendo. Ella cree que le habla a Mina.

-¿Te sientes bien?- me pregunta.

-Sí.

Mi voz es diferente.

-Entonces ven de una vez. Ese infeliz sigue pegándoseme a todas partes, ya no lo puedo soportar.

Sonrío.

-Los chicos son así.

Alice enarca una ceja, y me observa de pies a cabeza.

-Como sea- suspira- Termina lo tuyo y ven. Sabes que no puedo hacer esto sola.

-Claro- le digo. La veo dejar el baño, y cuando calculo que se ha alejado me vuelvo a ver en el espejo. Esta soy yo. Este es mi cuerpo.

Doy un gritito de júbilo. Mis manos se tantean a sí mismas, toco mi cintura delgada, mi espalda, las paso por los antebrazos para sentirlos. Introduzco una mano bajo la remera, tanteo el corpiño, siento algo blando y descubro que Mina usa relleno. Me siento capaz de estallar a carcajadas. Levanto la pollera, dudo apenas unos instantes, tiro del elástico de las bragas y observo el vello prolijo entre mis piernas, tan oscuro como mi cabello. Hasta allí parece muy cuidada.

Vuelvo a reír, entre escalofríos que me sacuden. Pero de pronto me doy cuenta de algo.

"Mi cuerpo."

Apoyo una mano en la pared.

-¡Kain!

Como si fuese una antena que tarda en transmitir, su respuesta demora unos cuantos segundos en mi mente.

"¡Liseth! Estás..."

-¡Tengo que mostrarte algo!

"Debo mostrarte algo."

Ambos hablamos al mismo tiempo. Me callo, expectante.

"¿Puedes entrar al Balcón?" pregunta él.

-Creo que sí. Dame un segundo.

Vuelvo a verme en el espejo, y tironeo mis mejillas blandas. Toda la piel de este cuerpo parece bañada en leche. A mi alrededor busco una superficie limpia, que hallo en el baño de los minusválidos, más amplio, donde apoyo mi mano contra la pared.

Cierro los ojos, y me concentro.

Mi mano se hunde. Al abrirlos, la puerta roja está frente a mí. La atravieso otra vez.

Todo está igual, en un principio. Kain me espera de pie, apoyado en el balcón, y cuando me ve en su cara se dibuja un gesto de velada sorpresa.

-Eres...

-Soy yo- afirmo- Liseth.

-¿Qué ocurrió?

De momento lo ignoro, porque algo llama mi atención. A mi derecha, en uno de los espacios que se hundan del balcón, lianas espinosas, raíces de enredaderas se amontonan y sujetan un cuerpo.

Me fuerzo a no retroceder al comprender que es el mío. Es extraño verme así, colgando en el aire, mis ropas mal acomodadas, mi cabello rubio algo desgredado y los ojos cerrados, la expresión calma. Kain lo observa, y deja escapar un suspiro de alivio.

-Pensé que te había ocurrido algo. Pero estás... ¿Esta eres tú?

Niego.

-Es una de las chicas del instituto.

-¿Qué ocurrió?

-¿Tú no lo sabes?

Niega.

-Acabas de cambiar de cuerpo. ¿Por qué?

Me inclino de hombros. Pero mi pecho sigue palpitando de emoción.

-No lo sé. Pero Kain, esta chica... Mina. Alguien la había atacado.

-¿Atacado?

-La hallé en el patio de la escuela- le explico- Estaba muriéndose. Temblaba en el suelo.

-Pero no tiene heridas... ¿Crees que la envenenaron? -me pregunta, agitándose- ¿Por qué alguien haría eso?

No se me ocurre la respuesta. Pero pienso en todos los alumnos que hay en el instituto, y los profesores, y el servicio de limpieza. Obligatoriamente, si alguien hizo algo así... Debió de haber estado dentro de esos muros.

Y también pienso en un demente que ronda entre los árboles, dejando marcas de zarpas.

Me estremezco.

-Liseth, deberías reportar esto- afirma él.- Si hay un asesino en tu escuela...

-No, espera- lo interrumpo. -Kain, si hay un asesino en esta escuela, ¿no crees que podría incumbirnos?

Me mira turbado.

-A ti te mataron.- digo- ¿Crees que puede haber más de un asesino en el pueblo?

-Podría ocurrir.

Dice eso, pero no parece muy convencido.

-Y a Mina- afirmo, apretando mi remera- También la quisieron matar. Estaba en las puertas de la muerte, y sin embargo, su cuerpo vive. Kain, si la soltáramos, moriría de inmediato. Es mejor que sea así.

-¿Así? Liseth, ¿piensas usar su cuerpo?

Asiento.

-Si hay un asesino en el instituto- continúo mi idea- Alguien que la dejó en ese estado antes de que yo la encontrara, usar el cuerpo de Mina facilitaría el descubrirlo. Imagínalo, cruzarse de nuevo con la misma chica que dio por muerta. Reaccionaría de algún modo, y podríamos atraparlo. Estoy segura de que nos llevaría a descubrir qué ocurrió contigo... Y con tu hermana.

La mención parece calmarlo.

-Aun así, es demasiado peligroso.

Sonrío.

-Sólo un poco- luego vuelvo a ver mi cuerpo, y me sorprendo de lo rápido que me estoy acostumbrando a esto. Pero es natural. Levanto una mano, muevo un dedo, y las enredaderas hacen un vaivén que sigue mi movimiento, obedeciéndome.

Lo sabía.

Este sitio es *mío*.

-Creo que puedo volver a estar como antes. Sería complicado si no.

“¿Y además, cómo viviría en otro cuerpo? ¿Qué ocurriría con mi padre, con los Weigler, quién me creería?”

-Liseth...

No le respondo, y camino hacia las plantas. Como víboras se mueven hacia mí, dotadas de una voluntad que no les había descubierto antes. Kain no me detiene, pero su mirada es preocupada, como preguntándose qué es lo que

soy y cómo me relaciono con este lugar. Mentiría si dijera que no me pregunto lo mismo. Pero al mismo tiempo...

Estoy tan, tan feliz.

La textura blanda de los tallos me envuelve, y me atrae hacia la pared. Cuando todas las raíces me oscurecen la vista, siento algo extraño, como si me sorbieran hacia arriba, y luego vuelven a escupirme hacia el suelo.

Pero tal como esperaba, reconozco las mangas negras de mi sudadera. Soy yo. Aprieto mis mejillas, toco mi regazo, siento las sienes latir bajo mi cabello rubio. Otra vez he cambiado.

El fantasma está anonadado. Ahora es el cuerpo de Mina el que descansa atado, tal como lo dejé.

Esto podría ser lo más útil que me ha dado el Palacio hasta ahora.

-Es una locura- dice anonadado Kain, viéndome mover los dedos- No puedo creerlo.

-Inusual, viniendo de un fantasma.

Esta vez él no sonrío.

-Liseth, ¿y qué ocurrirá con la familia de esta joven? Debe de tener alguien que la espere, ¿comprendes? Y si aún tiene algo de vida...

Observo a Mina dormir, enredada. Su rostro tiene una placidez que nunca noté antes.

-No lo notarán- le explico- Yo misma lo probé con quienes me acogen. Mientras estés aquí adentro, todos se olvidan de ti.

-Sabes que no me refiero a eso. Liseth, por favor. Hay un límite para...

Doy un quejido de exasperación.

-¡Tan sólo...!- me domino, cierro los ojos y suspiro- Sólo déjame tenerla aquí unos días. Encontraremos al asesino, y luego podré dejarla. Pero si no, su muerte no tendría provecho.

La boca de él se convierte en una línea torcida, viendo a la durmiente.

-Mañana hablaremos con la policía- digo- Veremos qué saben de ti. Acompáñame en esto, por favor. Tengo la intuición de que estoy obrando con acierto. Podremos resolverlo todo, y entonces dejaré ese cuerpo en paz, o con su familia, o como quieras. Pero mientras tanto, ¿estás conmigo?

Me escudriña, sus ojos de rubí brillando como nunca. Parece querer devenir las intenciones de mis palabras, como esforzándose por poner en duda la confianza que me tiene. Pero al último asiente.

-Está bien.

-Gracias- le digo. Me siento capaz de abrazarlo. Luego me vuelvo hacia la puerta roja- Será mejor que me vaya. El último turno ya debe de haber terminado.

Kain continúa controlando el sueño profundo de Mina, cuando lo dejo y regreso al baño del instituto.

El timbre final suena, a tiempo justo. Me dirijo hacia mi aula, deshaciendo los atolondrados pasos que hice en cuanto comenzó el ataque. Me siento bien. Me siento muy, muy bien. A mi alrededor los alumnos salen, se estiran de la posición incómoda de sus bancos, los profesores intercambian saludos, algunos más pequeños ríen, los más grandes se hacen bromas por los pasillos, usan apodos, dan gritos. No les presto atención.

Matt está algo más lejos, con Elias, pero deja a sus amigos y se acerca a mí cuando me ve.

-Qué clase más densa.

Sonrío.

-Claro que sí- luego para su sorpresa entro de nuevo al curso, a buscar mi mochila y las cosas que están en mi banco. El efecto del olvido del Palacio es impresionante. Matt, mis compañeras, todos ellos han estado al lado de mis útiles, en un espacio vacío, y ninguno ha notado mi ausencia. Es conveniente, pero también es estremecedor. Porque si pueden ignorar mi existencia de ese modo... ¿No podría existir, en este momento, una existencia que yo ignore? ¿Pruebas que pasen invisibles ante mis ojos, verdades a las que mis percepciones sean ciegas?

Incluso Kain... Dudo que sea el caso, pero quizás su misterio es tan sencillo como eso. Ha estado en el Palacio hace años. Aunque sea un muerto...

No. Si ese fuera el caso, Norbert no recordaría a su esposa, nadie recordaría a quienes han fallecido en este pueblo. ¿O es Kain un caso especial? No lo sé. Me prometo a mí misma ir a la estación de policía mañana, en parte para calmar las preocupaciones que él tiene en cuanto a guardar el cuerpo de Mina. Se lo veía... Triste, incluso más de lo usual.

-¿Vamos?- me dice Matt, desde el umbral del aula- Kari ya debe estar saliendo.

Cierro mi mochila, me la cuelgo a la espalda y lo sigo. Mi primer día de clases en San Naerit me ha desbordado en formas que nunca hubiese esperado.

XLIII

Matt se sorprende cuando le digo que no recibí el cronograma con nuestras asignaturas en el último turno, y me presta el suyo para que lo copie a mano. Con ello descubro, echada en mi cama, que el día que claramente más voy a odiar es el jueves, donde se conjugan Biología, Historia y Física, mientras que los miércoles y viernes se tratan de los días más ligeros, en donde tenemos Música, Filosofía, y Matemática. No hay, a diferencia del instituto educativo de Nueva Gabul, clases de Computación, pues probablemente no haya de por sí muchas computadoras en el pueblo. Tenemos también Educación Física los martes, por lo que nuestro horario se extiende considerablemente. Me pregunto qué nos harán hacer.

Mañana tendré tiempo para averiguarlo. En el entretiem po, puedo deleitarme pensando en mi futuro, en mis poderes, en cómo mi vida ha cambiado. Puedo hacer cosas. Puedo esconderme, desaparecer de la mirada de todos, y ahora, incluso mejor que eso, puedo aparecerme como otra persona. Mina es el tipo de chica que siempre quise ser.

Kain no debe saberlo, en realidad. Quiero ayudarlo, lo ayudaré a hallar a su hermana. De verdad creo que lo que hago puede servir para alcanzar esa meta. Pero al mismo tiempo...

Sí, veo un camino para mí. Recuerdo a Orlana, a sus amigas, a Mary, y lo veo con absoluta claridad. Puedo hacerlo. Puedo ser normal.

Norbert nos llena de preguntas en la cena, sobre los profesores, sobre el director que se halla de viaje, sobre nuestros compañeros, incidiendo para saber si algo ha cambiado. Pregunta qué opiné de mis maestros, y yo respondo muy concisamente. Todo eso me parece vano. Hay algo que no debo olvidar, por sobre todo, y es que alguien, en esa escuela, es peligroso. Puede ser un rostro que haya cruzado, alguien con quien haya hablado, podría ser cualquiera de quienes se sientan a mi alrededor. Alguien atacó a Mina, y si me ve con su cuerpo, seguramente querrá atacar de nuevo. Es, como dice Kain, desde luego un plan arriesgado. Por eso mismo preferimos dejarlo para el inicio de la próxima semana: mientras Mina se halle en el Palacio, el asesino olvidará su existencia, pero el próximo lunes, cuando la vea, será imposible que no reaccione.

Mientras tanto, en esta semana, continuaré siendo yo. Afianzaré mis lazos con mis compañeros, seguiré la vida común que quería. Eso es lo que decidimos. Mi estadía en San Naerit continuará como siempre.

A la noche me cuesta dormir, considerando las posibilidades. Veo el techo, las sombras de las hojas haciendo contornos oscuros que desfilan sobre mis ojos, siento el rumor del viento de afuera, me levanto en pijama y observo la ventana, el bosque que se extiende tanto más lejos. Pienso en visitar a Kain, pero decido no quitarme más el sueño. Siento entonces un ruido abajo, y dudo antes de salir de mi habitación. La casa está a oscuras.

Bajo las escaleras intentando hacer el menor sonido posible. Si alguien me ve, diré que pretendía buscar un vaso de agua.

Pero ¿por qué estoy buscando excusas? Soy libre de ir a donde quiera. Norbert no puede regañarme por tener sed. Los peldaños crujen, el reloj marca su tic tac, la sensación molesta de que estoy en un lugar incorrecto me ata por unos segundos. Veo una sombra moverse, por el pasillo. Antes de reaccionar me doy cuenta de que es Wilhelm, viniendo desde la habitación de Johan.

Me pego a la pared, sin saber porqué. Todo está muy oscuro. Wilhelm jadea de frustración, hace un chillido animal, se acerca a la heladera. Me agacho. No quiero que me vea. No sé qué estaba haciendo, pero si decide realizarlo a esta hora es evidente que no quiere testigos. Lo veo abrirla, remover hasta hallar una botella de jugo preparada por Matt, beberla del pico y secarse con la manga. Kari se enfadaría. Luego la cierra, y queda quieto, mirando a su alrededor. Parece haberse dado cuenta de que hay alguien con él.

Permanezco dura como una estatua. Al rato lo veo perderse, por las escaleras que se hunden hasta el sótano.

Regreso pisando con cuidado, para no alertarlo. Cierro mi puerta, me enfundo en mis colchas, y pienso que aquello fue extraño antes de dormirme y prepararme para mi segundo día de clases.

XLIV

-Desde luego- nos explica Julián, haciendo trazos rápidos sobre el pizarrón- El existencialismo sartreano tuvo sus efectos en la literatura que le siguió. Llegados al modernismo, el hombre se sentía incapaz de decidir por su destino y el mundo se resumía a un cálculo, desde el cual...

Lo observo mover sus manos con atención, manos delgadas, de pianista. Un banco adelante, Trish también lo mira pero con ojos soñadores, y a mi lado Janet me alcanza por lo bajo un paquete de galletas.

Acepto una y la mordisqueo con suavidad. Estoy demasiado nerviosa como para comer.

-Es decir- dice el profesor, tomando la lapicera de su bolsillo y alzándola ante todos- Si yo soltara esta lapicera, ¿qué creen que ocurriría?

-Catástrofe nuclear- responde Elias.

-Le daría trabajo a los de limpieza- dice otro de cabello desordenado, llamado Gabriel.

-Se tendría que agachar a recogerla- sugiere una tercera.

-Todos están reprobados- sonrío Julián. Nota entonces que una chica ha levantado la mano, una joven delgada y rubia, con el flequillo recto y nariz respingona.- ¿Candice?

-¿Se caería?- opina ella ruborizada.

-¡Exacto!- aplaude él- Parece sencillo ahora. Pero años atrás, en el medioevo, existía la posibilidad de que pasara otra cosa. De que flotara en el aire, de que estallara, de que los dioses descendieran en forma de aves y se la llevaran. El mundo ha cambiado. Ahora sigue leyes, y durante ese tiempo, las sociedades se sintieron demasiado atadas por ellas.

Hay un furor de comentarios, chistes, risas, conversaciones y susurros. Yo aprovecho para observar a mis compañeros. Comienzo a identificar a varios: la pelirroja llamada Sophie, Gabriel, Larry y aquel callado al que apodan Zaq, uno al que todos llaman por el apellido, Irrauldi, cuya cara llena de acné me resulta desagradable, un grandulón de nombre Marco y también la esperada nerd de la clase, Lara, de piel tostada y anteojos y que levanta la mano a cada oportunidad que se le presente. Ahora mismo, por lo que veo, parece ligeramente alborotada con que otra le haya robado su rol.

-¿Notaron eso?- nos pregunta Sally- Sólo dejó que hablara Candice.

Julián sigue explicando, sin más.

-Esos dos tienen algo- afirma Janet. La posibilidad me parece tan certera como que Julián tenga un amorío homosexual con Mikhail. Estas chicas parecen ser la fuente de todos los rumores, y me he colocado justo al lado.

Trish mira a su rival platónica con alarma, sintiéndose superada.

-No lo creo- digo yo, para calmarla- Simplemente querrá escuchar voces nuevas. Siempre hablan los mismos.

Parece funcionar, y sé que he ganado puntos de su favor. Janet ríe.

-Una vez, oí que Candice le pidió a Julián clases particulares con tal de...

-Las señoritas del fondo- nos interrumpe el susodicho, con esa sonrisa falsa que me perturba- Respondan ustedes entonces.

Quedamos en silencio. Todo el curso nos mira, pero no me importa en este momento. El profesor suspira al comprender que no hemos escuchado su pregunta.

-¿Cómo luchar contra un mundo previsible?

Frente a mí Trish está demasiado roja como para contestar, y Sally pretende mirar hacia otro lado. Janet simula pensar profundamente. ¿Debería decir algo? No sé cómo seré vista. Los labios se me secan, dudo, me mantengo con una serenidad felina, atenta. Luego decido hablar.

-Lu-

-¿Contentándose?- inquiriere Matt, cubriéndome- Si no hay por qué luchar. Julián vuelve hacia él, y sonrío.

-Interesante respuesta. Me recuerda a la historia de Juan Con Suerte. ¿La conocen?

El curso niega en unísono. Ya no hay ojos puestos en mí, por lo que me siento agradecida.

-Es de la antología de los Hermanos Grimm- nos explica, paseándose de lado a lado- Se las diré como la recuerdo: Juan es un hombre con suerte, que un día gana un toro blanco en una competencia. Lleno de felicidad por su victoria lleva a su premio de vuelta hasta su casa, pensando en todo lo que va a poder sacarle. Piensa que le servirá para tirar el arado, para preñar a otras vacas, para el rodeo; piensa que le arreglará la vida.

»Entonces se encuentra con otro hombre, que lleva a una vaca. El hombre ofrece cambiarle vaca por toro. Juan acepta, incapaz de creer la suerte que tiene. Con su nueva vaca podrá tener leche, hacer queso, yogurt, quesadilla, todo lo que se le ocurra. Se cruza entonces con un granjero que lleva a un burro, y que se muestra interesado en la vaca que lleva Juan.

»Vuelven a intercambiar. Juan es feliz. Con el burro podrá subir montañas, tirar otro arado, lo que ustedes imaginen. Justo cuando parece convencido, halla a un hombre con un perro, un chucho callejero de lo más común. Entrega a su burro sin pensarlo dos veces. El perro, piensa Juan, es el mejor amigo del hombre, un guardián que nunca lo va a defraudar. Pero cuando está a pocas cuadras de llegar, encuentra algo mejor: a una mujer que cambia a su gato. Juan entrega a su mejor amigo, toma al inútil gato y con eso, desbordando de felicidad, entra a su hogar y sigue su vida.

Termina el relato simulando cerrar un libro invisible en sus palmas, y nos observa satisfecho. Hay un silencio general, hasta que uno de los varones levanta una mano.

-¿Era Juan retrasado?

Algunos estallan a carcajadas. El relator se apoya en su escritorio, y niega con una sonrisa.

-A decir verdad, me frustré un poco la primera vez que lo leí hace años. Pero no, creo entender lo que el autor quiso decir con ese cuento. Juan Con Suerte. Juan tiene suerte porque, como Matt aquí opinó, no hace más que aceptar el destino con gozo. Le toque lo que le toque, pierda lo que pierda, él es feliz. Amor fati.

No entendemos lo último. El chico de mandíbula cuadrada a no mucha distancia levanta la mano.

-O... Juan podría no haber intercambiado su toro, y ser feliz de cualquier modo.

-Es un cuento- le responde Lara, arreglándose los anteojos- No hay que tomárselo tan en serio.

-Desde luego- asiente Julián- Sólo es un cuento, pero Scott tiene razón. Hoy en día, nadie querría ser como Juan. Hasta cierto punto uno debe luchar, contra las trabas que le ponga el destino. Pero dejemos esto. Su profesor de filosofía se enfadará si robo sus contenidos.

"Luchar" pienso yo, tocada. Era justo lo que iba a responder. Buscar darlo todo de sí, torcer el mundo lo más posible a mi favor, renegar del destino y del sufrimiento, de todo lo malo que pueda darme esta vida. Esa es mi respuesta, y la sería hasta el final del mundo.

Más adelante Matt sigue prestando atención a la explicación, mientras que Elias me arroja un beso a la distancia. Lo ignoro, y escucho al profesor, poseída por esa determinación que se ha afianzado en mí. Es como, si, por pura resolución, en este momento pudiera controlar hasta a los ataques de pánico que me arruinaran. Pero sé que no durará mucho.

-El modernismo halló la fuente de un propósito en la religión, pero también en la belleza. La creencia de que...

La clase prosigue normalmente. En el recreo ya me he olvidado de Juan Con Suerte y su historia, pues merodeando con Janet y las demás me cruzo de nuevo con Alice y compañía. Parece tan estirada como siempre. Sólo Harrold, aquel muchacho tan lindo, me sonrío al avistarme, cosa que atribuyo sin duda a ser reconocida como la nueva. Y es extraño: para mí, que lo sé, la ausencia de Mina es evidente entre ellos, es tan clara como el agua, es un pozo que debería preocuparlos. Una amiga, experiencias, recuerdos, todo parece borrado en unos segundos, y ellos ciegos a esa herida se mueven de la misma forma que siempre, Alice con su paso seguro, de modelo, Anna siguiéndola con una sonrisa clavada en el rostro, Harrold oyéndolas hablar y comentando a cada tanto, saludando a quienes se cruza. Pienso en decirles, ¿no ven que falta algo? ¿No ven que alguien más iba con ustedes? Por unos instantes comprendo la aprensión de Kain, pero no dejo que me desvíe de mi propósito. Mina estará, en cuanto la deje ir, muerta. Y siendo así, comprendo el provecho de que quienes fueran sus amigos la hayan olvidado del todo.

A la salida, luego de atravesar otro recreo y un tedioso turno de historia, sigo a mis compañeros hacia el patio de prácticas, en donde tendremos que hacer educación física. Con el aire frío del pueblo, y mi lamentable estado, espero que no nos demanden demasiado. Y si lo hacen, espero que todas mis caminatas junto con Matt y Waldorf hayan sido suficiente preparación.

No esperaba que hubiera dos profesores: los varones tienen a un viejo que parece cercano al infarto, con las venas del cuello moviéndose como pistones y la piel roja, perpetuamente enfurecido, que les grita para que corran en círculos por el campo. A nosotras nos toca la versión femenina de ese hombre, incógnita si se trata de su hermana, su madre o su esposa. Es una mujer con el cabello tirante, que chilla a cada rato.

-¡Pausa! ¡Estiramiento! ¡Pausa! ¡No olviden estirar! ¡Es! ¡Ti! ¡Rar!

Al principio no puedo ni hablar, y el rostro de Norbert aparece en mi mente cada vez que menciona esa palabra. Malditos ejercicios. Luego, cuando

ambos profesores coordinan para hacernos correr, logro ponerme al lado de Matt en mi trote.

-Esto... Es... Un... Espanto...

-Puedes salteártelo, si quieres- comenta él.

-¿Ah...? ¿Ah sí?- tomo aire, e intento no perderle el ritmo- ¿Cómo?

-La profesora DuMarque es apasionada de la danza- me explica. No parece fatigado- Y atesora a sus alumnas. Candice, por ejemplo. No la ves por aquí, y es porque va a su instituto.

-Oh...- me siento desfallecer- Creo que tendré que pasar de esa oferta.

-Lo mismo ocurre con Rachett- ríe Matt- Mira.

Se separa de la cola de estudiantes que corren. El viejo histérico, que con seguridad yo creo va a gritarle, le guiña un ojo campante. Recuerdo entonces que Matt es parte del equipo de fútbol del instituto. Una envidia más sana pero no por ello menos fuerte crece en mi interior ante la posibilidad de evitarme este suplicio. Al menos, en Nueva Gabul, nos hacían jugar vóley entre nosotras. Hasta el momento en el que todos comenzaron a burlarse de mí y rechazarme, solía disfrutarlo.

El silbato que marca el fin de la clase es una bendición. Janet y las demás me guían hacia los vestuarios de mujeres, pero me avergüenza admitir que no he traído ropa para cambiarme. No puedo sudar con este frío, así que no lo consideraré necesario, pero tendré que modificar mi actitud. O incluso, se me ocurre, podría utilizar el balcón para guardar cosas que no pueda llevar a mano.

Cuando mis nuevas amigas y yo salimos, descubrimos que Matt y unos cuantos más nos estaban esperando.

-¿Se vienen a tomar algo?

XLV

Es un grupo bastante grande con el que camino desde el instituto hasta el centro, pero todos parecen llevarse bien. Avanzan frente a mí mis amigas, Sally y Trish -Janet declinó la invitación-, una chica de reflejos azules y rostro soñador que no conozco, y otra de cabello ondulado rubio y disposición alegre, de nombre Rita, junto a los varones: Matt, Elias, Larry y el siempre callado Ezequiel, pero también un chico alto y serio, al que llaman David. En total somos diez.

Es un largo sendero hasta el núcleo del pueblo, al que todos parecen acostumbrados.

-Te los presentaré- me dice Elias, acercándose- Ese de ojos negros es David. David, Liseth. Liseth, David. Puede besar a la novia.

El muchacho me mira sereno, y asiente. Matt suspira, y su amigo prosigue.

-A Rita ya la conoces, se pasa todo el día hablando, como ustedes.

-¡Hola!- me saluda ella. Intento sonreír.

-Hola...

-Y luego tenemos a nuestra estrella, Cecile- Elias se acerca a la chica de los reflejos azulados, que apenas lo mira- Digo estrella porque siempre está volando por encima de alguna nube. Cecile, Liseth.

Ella me escudriña con esos ojos perdidos, y luego afirma.

-Tus pecas forman la constelación de Capricornio.

Definitivamente *no* voy a ser su amiga.

-Presentaciones concluidas- termina Matt, mientras bajamos, nuestros pasos resonando en la vereda que se hunde más y más, las suelas de nuestras zapatillas haciendo crujidos contra las hojas secas. Hay varias casas muy coloridas, por aquí y por allá, diminutas en comparación a las casonas como la de los Weigler, y un poco más lejos el gris de nuestro destino se hace evidente. Apenas nos cruzamos con algunos vecinos, que barren, u otros que disfrutan de charlar a puertas abiertas, sentados en sillas como en el más pintoresco de los barrios.

-Sí que me fatigué- comenta Larry- Pero nada que una cerveza no pueda calmar.

-¿A esta hora?

-O quizás una gaseosa.

-Eres un manso, Larry.

Rita ríe.

-¿Vieron cómo se ruborizó Candice cuando Julián la dejó hablar? Nunca vi a nadie tan enamorada.

-No es la única.- le responde Sally dando una ojeada a Trish.

-¡Oooh!- aplauden varios. Ezequiel camina detrás de todos, y amaga una débil sonrisa.

-¿Y tú, Zaq?- le pregunta Elias- ¿Alguien te gusta?

-No...

-Pues comienza a buscar, hombre. Esta edad es para fiestear, beber, y enamorarse seguidas veces en el día.

-¿Te enamorarías de mí, Elias?- pregunta Rita guiñando un ojo.

-En mi mente ya tenemos cinco hijos y un yate.

Varios se ríen, inclusive ella.

-¿Por qué un yate?- pregunta David.

-El alma del navegante- habla Cecile, más al aire que nada- Todos tenemos el deseo de surcar más allá...

-¿Qué drogas usas, Ceci?

-Se le subió la nieve del anterior invierno a la cabeza.

-No la molesten.

-Creo que David sí está enamorado.

Más risas, y él niega. Rita le tira de las mejillas y se pone colorado, lo que enciende otras carcajadas y comentarios. Entre todo ese barullo Matt se pone a mi lado, y por un rato caminamos juntos, casi del todo atrás.

-Son pesados- comenta.

Sonrí.

-Me caen bien.

Parece suspirar aliviado.

Terminamos llegando a un sitio que parece recién abierto, vacío. Deben de ser alrededor de las cuatro, y aunque hace frío, el sol asoma cada tanto por entre las nubes y deslumbra con su luz. La brisa es suave. Los varones juntan dos mesas, el dueño nos saluda, parece acostumbrado a ello. Estamos en el centro. Se me ocurre que es una buena oportunidad para ir al cuartel policial y preguntar.

-¿Qué van a tomar?

-Una cerveza- pide Elias.

-No servimos a menores de edad.

-¡Ah! ¡Descubierto!

Carcajadas.

-Yo quiero un licuado- pide Rita y Cecile la imita. Decido usar mi primer dinero de San Naerit en mí comprando una Coca-Cola, considerando que mis otros gastos han sido sólo golosinas destinadas a Kain. Las botellas apenas parecen frías cuando el dueño nos las trae, pero estoy sedienta y me importa muy poco.

-En mi casa siempre servimos todo helado- comenta Elias a Sally que remueve su sorbete. David agrega.

-¿No tienes que trabajar?

-En la temporada siguiente, sí. Pero de momento me han dejado libre. Se siente bien poder descansar un tanto, ¿no?

Ezequiel se remueve un poco.

-Mi abuelo me tiene trabajando todo el día... en el campo.

Parece como si le costase expresarse.

-Ni hablar- suspira Rita- A mí me llamaron de la heladería del centro. ¿Creen que quedaré bien con delantal?

-Delantal sólo, sí, una delicia.

-Elias, eres un pervertido. ¿Tú, David? ¿Qué opinas?

-¡Alguien se está ruborizando!

-El trabajo es una ilusión- afirma Cecile- La libertad está en...

Será mejor que no pierda más el tiempo. Me levanto.

-¿El baño?

-A la derecha- me indica el dueño. Veré si esto sale como planeo. Los dejo atrás, a los nueve, oyendo sus charlas y el sonido de los vasos, paso por la destartalada puerta del baño y me vuelvo a hallar a solas. Busco una tranca, pero no hay ninguna. Tendré que arriesgarme.

Invoco a la puerta roja, y en el segundo intento aparece. Lo domino. Miro a mi alrededor, oigo los sonidos del otro lado, y termino por inmiscuirme hacia el Balcón.

Kain dormita con la cabeza sobre una mano, de costado. La posición es algo ridícula.

-Hey.

Despierta de inmediato. Más que despertar, es como si tan sólo hubiera estado pretendiendo.

-Liseth- me mira.

-Voy a ir a la estación de policía.

Se incorpora.

-¿Estás segura?

-Usaré el cuerpo de Mina- asiento- De ese modo no sospecharán de mí, y no tendré que dar explicaciones.

En este momento, las nueve personas en la mesa del bar se han olvidado de que existo. No tienen nada que ignorar, más que la silla inútil entre Matt y Sally. Me traje mi mochila al baño.

-Está bien- asiento él con algo de pesar- De cualquier modo ten cuidado.

Asiento, y me dirijo al costado, a donde las enredaderas se apilan. Mina sigue pareciendo una muñeca pálida, plácida en su inconsciencia.

Me acerco hacia las plantas, y ellas se estiran hacia mí.

Salgo de vuelta al bar siendo otra persona, al menos interiormente. Los demás continúan hablando cuando me escabullo por el costado, Rita y Sally hacen una imitación entre carcajadas, de algo que no llego a ver. Paso como una sombra, y antes de dejar el local llego a oír.

-Oigan, ¿esa no era Mina Harvnes?

Seguramente todos se dieron vuelta, pero para entonces ya he hecho media cuadra de distancia. Olvidé que Mina era popular. Quizás me he evitado charlas y actuaciones incómodas.

Por unos minutos merodeo con prisa por el centro, con mis piernas, piernas largas, esbeltas, protegidas por unas medias negras cuya punta no roza la pollera. Me tienta conseguirle a este cuerpo algo de ropa de verdad. Quizás Mina no siente el frío, pero yo sí. ¿O es este el precio de ser atractiva? Pienso en el relleno, y vuelvo a reír para mis adentros. Todavía permanece ahí.

Ocasionalmente me tambaleo. Es un poco más alta que yo, y el cambio me desacostumbra. El pelo también se me pega a la cara, a cada rato, me molesta en los labios o irrita. La belleza es estúpida. Pero es un dolor que me gustaría poder aceptar.

El cuartel policial está a varias cuadras, y no tiene mucha actividad. Dudo que haya robos en este pueblo. El edificio es viejo, como mucho de lo que hay aquí, las puertas están abiertas y desde una ventana se observa a uno de los oficiales con las piernas sobre el escritorio, repasando una revista. Me resigno a entrar.

Sin un sólo guía, ni limpiadores, ni nadie, subo los peldaños y toco la puerta de esa oficina. Un sonido abrupto me prueba que el oficial ha bajado los pies de inmediato, para estar presentable.

-Adelante.

Paso. Es un hombre de rostro fácil de olvidar. Por su apariencia creo que hasta yo podría ganarle una carrera.

-Hola... Quiero hacer una...

-¡Mina!- se pone de pie, y enmudezco.- ¿Está todo bien? Por todos los cielos. ¿Te ocurrió algo?

-No...

-¡Vienes a visitarme!- se ríe- ¿Cómo está tu abuela? ¿Sigue tejiendo esos suéteres tan lindos?

¿Quién diablos es? ¿Es el padre? No, no puede ser. ¿Un amigo, un conocido? Debí haberlo imaginado. Todos se conocen en este maldito pueblo.

-Sí- sonrío- La abuela está bien.

-¿Quieres café?- el oficial busca a su alrededor, toma el termo caliente y sin preguntar demasiado busca un vaso- ¿Lo prefieres con o sin azúcar?

¿Qué elegiría Mina? Supongo que es una chica que se pretende dulce. Aunque, también, antes del accidente la vi turbada. Serena. Eso me hace pensar en alguien que no endulza sus alimentos. Sí, debe de ser eso. No. Espera. Las apariencias son más importantes. Si es popular, debió ceñirse a lo que los demás esperarían de ella. Y los demás de seguro esperan que una chica que se viste a la moda y usa pollera en el frío beba su café bien dulce.

-Con.

El hombre se palmea la frente.

-¡Lo siento! Olvidé que lo odiabas.

Siento ganas de estrangularlo.

-No tengo qué ofrecerte, pues- se resigna, volviendo a su asiento- Pero discúlpame, desvarío demasiado. ¿Qué necesitas? Me sorprende que vengas a esta hora. Si necesitabas algo, hubieses esperado hasta mi próxima visita.

-Pasaba luego de clases, y preferí venir ahora- digo. No sé cómo debo comportarme. Estoy siendo Liseth, no Mina, pero tampoco llegué a saber cómo es ella. Procuero mantener la cabeza levantada, al menos, y busco sin éxito su nombre en algún bordado de su camisa.- Tengo que hacerle una pregunta.

-Dime, por favor. En lo que pueda ayudarte.

-¿Hay registros, de los habitantes del pueblo?

-¿Registros?- se sorprende- Vaya. Algo de eso tenemos, sí. Como aquí todo es tan pequeño, somos nosotros los que tenemos que encargarnos de guardarlos. Aunque son bastante recientes. ¿Quieres ver tu nombre en la lista?

Se ríe, y casi voltea el vaso de café caliente en su regazo.

-¿Sabe si puedo buscar un nombre en ellos? Alguien apenas mayor que yo.

-Sería un trabajo molesto- se rasca el oficial tras la oreja- ¿A qué viene todo esto, Mina? ¿Qué quieres buscar?

-Kain.

Su boca se cierra de inmediato.

-Ah...- dice, como calmándose. De repente me parece más serio.- Con que eso era.

-¿Lo conoce?- pregunto, esperanzada. No esperaba esto.

-Mina, por favor- me revisa con la mirada- ¿Crees que lo he olvidado? El muchacho que desapareció hace diez años, desde luego. Pero no me preocupa él. Me preocupas tú.

Se pone de pie, y se acerca. No lo puedo creer. Lo recuerdan. Recuerdan a Kain, al menos él lo hace. Y... ¿alguien más? Este hombre es viejo en el pueblo, pero de seguro hay otros, otros que conocieron a Kain.

La mano pesada en el hombro me distrae.

-No hablaremos más del tema- me dice, con dulzura cuidada, como si yo fuera una enferma- Ven, te acompañaré a con tu abuela. Te noto algo pálida. Elisa no querría verte de esta forma.

-No, espere- me alejo un poco- ¿Y la hermana? Kain tenía...

Me mira extrañado. Vuelve a aferrarme del brazo.

-Ven- resuelve- De verdad, Mina, ¿te encuentras bien? Me estás asustando.

-Sólo quiero saber...

-Algunos temas son tristes, incluso a tu edad, lo sé. Te acercaré a tu casa- afirma con dolor, y tironea de mí, me saca de la oficina y empieza a

guiarme hacia la puerta de salida. Sus manos son como garfios contra mi piel. Simulo gemir de dolor, y me suelta.

-Lo siento.

-¡Debo ir al baño!- le digo, y me escabullo. Busco con la vista, encuentro el lavabo y me meto. Lo oigo avisarme que me esperará para llevarme.

Ni en sueños. Pero es muy fácil hacer que se olvide de su plan, si se olvida de mí por completo. Sin pensarlo demasiado abro la puerta roja, me meto, llego hasta donde Kain está esperando.

-¿Hablaste?

-Conseguí algo- afirmo, contenta- Aunque debo irme ahora.

-¿Algo?- sus ojos se iluminan.

-Bueno...

Siento que le acabo de dar esperanzas vanas.

-Alguien te recuerda.

Se sorprende levemente. Algo en su interior parece agradecido, pero me costaría explicarme a quién o por qué.

-¿Y mi hermana?

Niego con pena. Pero su ánimo no decae.

-Liseth, muchas gracias.

-Agradéceme cuando la hallemos- le sonrío, y sus ojos parecen remover algo en su interior. Me dirijo hacia el muro en donde mi cuerpo descansa, atado por todas esas raíces espinosas. Las plantas despiertan, se enroscan en mis tobillos, tironean de mí. Mi consciencia se va fundiendo poco a poco.

Al salir del baño, lo hago como Liseth Aurdelard. El oficial espera afuera, se fuma un cigarrillo con calma. Pero cuando salgo parece desconcertado. Supongo que tiene la misma sensación que aquellos que abren la heladera y se olvidan de lo que fueron a buscar. De su mente se ha borrado todo lo anterior.

-¿Niña?- me dice, arrojando las cenizas- No te vi pasar. ¿Estabas urgida?

-Sí. Lo siento.

-Hay baños públicos por todos lados- niega- No puedes pasar aquí así como así.

-Lo lamento mucho. En realidad -se me ocurre- Vine a averiguar algo.

Levanta una ceja. Veré qué tan bien funciona el bloqueo de memoria que genera el Palacio.

-¿Hay... censos, del pueblo? ¿Podría ver listas de quienes vivieron aquí hace diez años?

El borde de sus ojos se estira, poco a poco. Baja la colilla de su cigarro, y me mira con atención.

-Es la segunda vez que me lo preguntan.

Mi corazón da un latido entrecortado. Acabo de equivocarme. Está recordando a Mina y lo que pasó hace un rato. Sonrío, nerviosa, y encaro hacia la salida.

-¿Ah sí?- digo, marchándome.- Bueno, no quiero molestar...

-Un hombre- dice, introspectivo, dando una pitada larga mientras yo me detengo.- Le respondí lo mismo que te responderé a ti, niña: los hay, pero no sé por qué habrían de interesarte. Aquí no pasa mucho.

-¿Un hombre?- murmuro. No ha recordado a Mina.

Alguien ha estado aquí antes que yo.

-Sí, uno con anteojos- resuelve- No me dijo su nombre. Lo que me recuerda, tú, ¿cuál es tu nombre? No recuerdo haberte visto antes.

Me pongo en el umbral, sin prestarle más atención. Un hombre. Un hombre ha estado buscando, removiendo esas aguas.
Y quien asesinó a Kain, era un hombre.
-Bernarda- contesto, y marchó corriendo por la puerta.

XLVI

Si el oficial hace un amague de perseguirme o no, de eso no me entero. A dos cuadras de mi carrera desahogada termino por chocar con alguien, y caigo al suelo.

-¿Liseth?

Levanto mi rostro. Es Jessica, la novia de Alex. Me incorporo de inmediato, sacudiendo la tierra de mis pantalones.

-Lo siento...

-¿Qué haces por aquí? ¿Saliste de clases?

Intento pensar qué responder, abochornada.

-Estaba con los chicos del instituto. Quería tomar aire fresco.

-¿Aire fresco?- se ríe- Te dará una sobredosis. ¿Por dónde andan? Estaba comprando las cosas para la cena.

Lleva dos bolsas bajo el brazo. Espero no haber roto nada de lo que allí se ve.

-En el bar.- dudo. ¿Cómo se llamaba el bar? Debí haberme fijado antes.

-¿No estás un poco lejos?- pregunta inclinando una ceja- Aunque si tus paseos son así, seguro que estás encajando bien con la vida del pueblo. Ven, volvamos. Pueden quedarse a cenar.

Antes de seguirla doy una mirada atrás, en dirección a la comisaría. Pero tal parece que el oficial no está muy interesado en mí. Cuanto mucho habrá quedado extrañado.

Al parecer el bar en cuestión es un clásico, pues Jessica no duda un segundo de cuál se trata, y, después de seguirla por unas cuadras, efectivamente termino volviendo a donde dejé a los demás. Cuando ambas cruzamos la puerta, todos nos miran desorientados.

-¿Cómo?- pregunta Elias, viendo intercaladamente la puerta del baño y a mí.

El resto también lo comenta.

-Liseth, ¿eres una ninja?

-Podría tratarse de una hechicera.- afirma Cecile.

-O un fantasma.

-¡Por eso es tan pálida!

-¿Cuándo te fuiste? Y nosotros pensando que eras bulímica.

Ezequiel me observa callado, y ladea la cabeza.

-Necesitaba aire- les digo. A mi lado, Sally hace gestos de susto. Preferiría no haber llamado tanto la atención. Debí cambiar a Mina antes de venir, pero Jessica...

-Vamos, vamos- dice ella- Matt, Liseth, si ya están aquí a esta hora, los esperaremos para la cena. Habrá pasta y carne.

-Con gusto- sonrío él.

-¿Y a mí?- pregunta Elias- Me estás olvidando.

-Tú piérdete. No vamos a estar llevándote de vuelta a tu casa, vives muy lejos.

-¡Es la misma distancia!

-En realidad no- afirma David- De la casa de Matt hasta el...

Jessica nos deja con un guiño y la mesa continúa como si nunca los hubiera abandonado. Mi vaso de Coca-Cola está por la mitad, pero ya no tiene ni una sola burbuja. La charla se mantiene por un buen rato, siento algo de hambre, pero me resisto a pedir nada y al cabo de un tiempo Sally se levanta.

-Lo lamento, muchachos, pero me marchó. Mamá debe de estar esperándome.

La acompañamos en patota. Poco a poco el grupo se va desgajando. Sally, que se pierde en el local de una peluquería, David y Cecile que caminan hacia sus casas, en la parte alta del centro, Trish, que aparentemente debe llamar a sus padres pues vive muy lejos, Rita nos abandona en una casa más pobre de lo que imaginaba, hasta que quedamos sólo yo, Matt, Elias y Ezequiel. El último hace una pausa, y mira hacia las montañas verdes.

-Mi abuelo se enfadará si llego tan tarde. Lo siento.

-Descuida, Zaq- afirma Matt y pregunta- ¿No puedes llamarlo y quedarte con nosotros? Alex te acercará.

-No tiene teléfono- suspira- Ya me he acostumbrado a ir caminando.

-Cuídate- le contesta él entonces.

-No hables con extraños- añade Elias. Ezequiel asiente, y luego se marcha, y yo observo entonces la mirada de preocupación de Matt. Lo estaba diciendo en serio. Pero claro, es natural. El demente o animal que ronda los bosques se halla en esa dirección. Supongo que caminar por allí a altas horas es peligroso.

Quedamos nosotros tres, entonces.

-¡Bueno!- nos abraza Elias de lado a lado, satisfecho- A ver qué delicia nos ha cocinado Jessica.

-Te va a matar cuando te vea.

-En su corazón soy un invitado deseado- ríe él.

Pero la expresión de ella al abrirnos dice lo contrario.

De todos modos, no se hacen problema con que se quede a cenar. Alex, Mikhail y Jessica viven en un apartamento, en uno de los pocos edificios – podrían contarse con una mano- de San Naerit, de apenas cinco pisos. Está amueblado humildemente, pero parecen arreglárselas bien. Al llegar, ella nos recibe mientras hace la cena, la noche llega de inmediato y los otros dos encienden el televisor, en donde pasan una película de horror sobre agujeros negros. Las actuaciones son malas, pero entretiene. Más tarde Alex llega del trabajo, apenas se sorprende de vernos, va a bañarse y casi al mismo tiempo Mikhail se aparece desde su habitación, con el cabello desacomodado y los

lentes mal puestos sobre el puente. Lentes. Recuerdo de pronto lo que me dijo el oficial a la tarde, sobre que un hombre había estado averiguando del pueblo hace diez años. Sin embargo, dudo que se trate de Mikhail, quien no me supera mucho en edad. Debe de ser alguien mayor. Intento recordar a quien he visto de anteojos, pero caigo en la cuenta de que es estúpido. Son muchos. Incluso, si se trata del asesino, es posible que se haya disfrazado.

¿Pero por qué el asesino investigaría eso, justo ahora? ¿Por qué hacerlo diez años después? ¿Paranoia? ¿Teme que lo persigan? O quizás...

Decido no darle muchas vueltas. Mikhail se sienta, nos pregunta sobre el instituto y cómo marchan las cosas.

-¿Regresó el director?

-Sigue ausente- cuenta Matt- Pero la escuela se maneja igual. La vicerrectora puede encargarse.

-Es una mujer capaz- asiente el tutor- ¿Te están costando los contenidos?

-Para nada. Es como si relejera todo.

-Pero por quinto las matemáticas se vuelven difíciles- dice él- Pídeme cualquier cosa. Los cursos vacacionales ya han terminado y ahora tendré más tiempo libre.

Me mira.

-¿Y tú, Liseth?

Es raro cuando me habla directo. Siempre tengo la sensación, de que por debajo de nuestras palabras hay otro tipo de comunicación más amenazante.

-No se me dificultan mucho los números.

Ladea la cabeza y asiente. Alex se cambia en el baño, ya fresco, estira su impresionante musculatura y toma de la heladera dos latas de cerveza. Le ofrece una a Mikhail, pero él la rechaza. Es un poco extraño, me percato, que los tres vivan juntos de esa forma. No me atrevería a irrumpir la privacidad de una pareja de ese modo, pero a Mikhail se lo ve perfectamente cómodo entre los dos, y Alex y Jessica no demuestran molestia de tenerlo. Me decido a hablar.

-¿Desde hace cuánto están aquí?

Parece sorprenderse de que haya tomado la iniciativa. Sin embargo es Alex quien responde, después de dar un trago fatigado a su lata.

-Llegamos al pueblo hace dos años, en la camioneta- me dice- Encontré trabajo en el aserradero de inmediato, y Mikhail se promocionó para enseñar a los alumnos que tuvieran dificultades en el estudio.

-Y yo me encargo de poner orden- comenta Jessica desde la cocina- Pongan la mesa.

Elias y Matt ponen manos a la obra, pero yo permanezco sentada, calculando. Creo que Mikhail nunca terminó el colegio en Nueva Gabul. Y si está aquí... Pero es inteligente. Parece el tipo de persona que no necesita educación formal, que podría obtener un título en un abrir y cerrar de ojos.

-Al principio iba a las casas de la periferia, como la de Norbert- me cuenta- Pero aquí la boca pasa rápido, y supongo que cobré algo de fama. Varios me recomendaron que me presentara en el Instituto. Están necesitados de personal, pues llegan alumnos de distintos pueblos. Pero a mi edad, suponía que el director me iba a rechazar de inmediato. Sin embargo, me aceptó.

"Y trabajó para Julián" pienso. Pero más allá de eso... ¿Qué hacen estos tres aquí? ¿Buscan oportunidades? ¿En San Naerit, de todos los lugares?

De repente otro pensamiento irrumpe en mi mente.

"Julián."

Un hombre. De lentes.

Lo desecho por estúpido. Es sólo uno que conozco, y de seguro hay cien más por el pueblo. Luego pienso en Mina, muriéndose, arrojada en el jardín. Y pienso que de seguro, en mi escuela, hay alguien que puede causar daño.

Maldición.

Será mejor no saltar a conclusiones. Jessica trae una olla, con un estofado perfecto para el frío que en este apartamento se siente. Comemos con el sonido de la tele haciendo ambiente, hablando cada tanto, yo acabo la mitad de mi plato y veo a Alex repetir dos veces, Mikhail, Matt y Elias charlan sobre el instituto y los distintos profesores, el portero, la gente que conocen.

Me tienta el preguntarle a Alex sobre la cacería y el atacante misterioso, pero sospecho que no quiere hablar de eso. De cualquier modo, si algo importante hubiera sucedido, lo sabríamos, ¿verdad?

En la camioneta, cuando nos lleva de vuelta hasta casa mis ganas de preguntar son casi incontrolables. También tengo sueño. Mucho sueño. Dejamos a Elias, cerca del inicio de la ruta, y luego subimos la montaña, veo los eternos árboles y sus sombras pasar ante mis ojos, veo los ojos verdes de Matt reflejados en el cristal de su ventana, mientras observa todo como buscando a quien dañó a su perro. Alex parece el más cansado, sin embargo, y me apena molestarlo de este modo. Nos deja en casa, manda un saludo a Norbert, y ambos entramos cuando ya las cigarras cantan con toda su potencia, y las estrellas son diamantes claros en el cielo. Kari me reclama con saña que la haya dejado sola todo el día. Al parecer nos estaba esperando. A su lado, Norbert lee un libro; nos pregunta del día, nos deja marchar a dormir. Mientras subo, perdida en la modorra y en la contemplación del reconfortante sueño que devendrá, puedo sentir como, volviendo a su seguridad anterior, el padre de los Weigler deja las puertas de entrada sin trancas, tan abiertas como siempre.

XLVII

La confianza de Norbert parece ser acertada, pues en lo que transcurre de mi primera semana de clases no hay señal alguna de ningún lunático rondando los bosques: ni perros muertos, ni cabezas cortadas, ni desapariciones, ni árbol marcado alguno. El animal, lo que fuera que sea, parece haberse marchado o hallarse demasiado ocupado como para aterrorizar a los pocos habitantes del pueblo.

En cierto modo, un poco lo olvido. Se ciernen sobre mi mente las preocupaciones esperadas: mis materias, los deberes, el completar hojas apurada en los recreos, el estudiar lado a lado con Matt los pesados libros de Historia o Biología, a la tarde; o también los días en los que la pereza me vence, y me encuentro a mí misma tirada en cama, con un libro a medio leer abierto sobre mi regazo, mirando el techo sin pensar nada concreto.

De momento, aunque sería tonta en confiarme, todo marcha bien. No veo rechazo en los ojos de mis compañeros al hablarme, aunque el ser nueva me exime de su confianza. Pero sé que puedo hacerlo. Después de lo que ocurrió en el primer día, por suerte mis ataques desaparecieron durante mis horas de clases, y sólo tuve uno, extremadamente corto, en el anochecer del jueves, como si la oscuridad quisiera recordarme que aún se hallaba presente, darme un pequeño aviso del peligro que representa. Pero el viernes finalizó a la perfección, y al despedirme de mis amigas cuando Norbert nos tocó bocina en la entrada me sentí por unos instantes completa, como si no debiera preocuparme. Fue, debo admitirlo también, un día extremadamente divertido. En la clase de Arte tuvimos que retratarnos con nuestro compañero de banco, y las risas abundaron. Creo que Janet no se tomó muy bien el dibujo redondo que hice de ella. En cuanto a Elias y Matt, cada uno dibujó un simio en su lienzo, y ahora deben realizar un ensayo para la próxima clase so pena de quedar aplazados.

Al siguiente día, sábado, ocurrió algo que no hubiese esperado. Me refiero a mi primera riña en la casa de los Weigler. Tal vez sea una exageración llamarla así, pero de cualquier forma me tomó desprevenida: regresaba a la tarde de pasar tiempo con Waldorf, que desde que comenzó la escuela evidentemente extraña los paseos matutinos, y cuando llegué a mi habitación vi a Wilhelm salir de adentro, furibundo, echando lágrimas de los ojos y espuma por la boca.

-¡Dámela! ¡La tienes tú!

-¿Eh?

-¡Devuélvemela!

-¿De qué estás hablando?

Bang. Mi mayor intercambio de palabras con él en meses. Pero ser cínica no iba a ayudarme. Wilhelm dio un chillido, similar al de un cerdo, y me empujó al suelo.

-¡Sé que me estabas espiando! ¡Dámela de una vez!

La caída me hizo doler. La madera retumbo y de su habitación apareció Kari en mi defensa.

-¡Wilhelm! ¡Eres un idiota! ¡Deja a Liseth en paz!

-Yo no...- quise decir. "*Yo no sé de qué hablas.*" Pero en realidad, recordé la otra noche, en la que me había escondido para evitarlo. Aun así, ¿qué diablos quería que le devolviese?

-¡No te metas en esto, mocosa estúpida!

-¿Yo, estúpida? ¡Empujaste a Liseth! ¡Voy a contarle a papá!

-¡Cuenta lo que quieras!

De debajo de la escalera, Matt asomó.

-Will, ¿no estás demasiado alterado?

-¡Ustedes la tienen tan fácil!- lloró él, y me miró con desprecio- ¡Tan fácil!

Y se perdió corriendo, empujando a su hermano y perdiéndose de vuelta en su sótano. Kari me ayudó a incorporarme y yo, más sorprendida que herida, sentí una pena por Wilhelm muy difícil de explicar.

-¿Estás bien?- me dijo Matt entonces, apenado.

-Sí. No me hizo nada.

-¡Es un maldito estúpido!- bramó Kari.- Cuando papá regrese...

-Mejor no- dije. Ella no prosiguió su idea.

Wilhelm no subió en la cena, gruñendo a Norbert la excusa de un estómago adolorido. Yo intenté no pensar mucho más del asunto. Fue a la noche, sin embargo, que la idea llegó a mi mente como un chispazo: abrí mi mesada de luz, metí la mano y saqué de allí la muñeca, esa muñeca vestida de colegiala y rota, que sonreía con rubor exagerado bajo sus grandes ojos.

La examiné un largo rato, dubitativa.

-¿Es esto?- me dije, en voz alta- ¿Esto es lo que quería?

Parecía ridículo, pero él era, después de todo, un muchacho extraño. Me prometí otra vez devolvérsela cuanto antes. No era nada que me interesara conservar.

Esa noche el sueño me fundió como nunca. Más que dormir, me sentí hundida en un pozo eterno de mi cama, arrojada abajo, abajo dónde nada era más real que mis sentimientos y mis sentimientos eran formas letárgicas que me mecían en calma. Similar a una araña, me veía a mí misma a oscuras, en un pozo, agazapada esperando algo que podía o no llegar, tejiendo hilos que atrapaban los más insignificantes premios, afilando zarpas en busca de las víctimas más débiles. Y atrás, ante todo, la Oscuridad.

Creo que me levanté llorando, pero mis recuerdos son difusos. Volví a dormir, entonces, y como si esa gran sombra me reconfortara mis pesadillas se torcieron en alegrías, y tuve sueños en los que simplemente vagaba por el colegio, caminando, y todo detrás mío desaparecía. Fue extraño. ¿Soy extraña, no? No puedo culpar a Wilhelm, después de todo. Por mucho que quiera ser normal, es inútil seguir negándome. Sin embargo, tengo ambición. Creo que eso me diferencia de muchas que pudieran hallarse en mi situación.

El domingo Norbert quiso hacerlo un día familiar, pero el trabajo le impidió cumplir ese anhelo. La cantidad innumerable de juegos de mesa, dados y cartas preparadas por él sobre la mesa al levantarnos no refrenó en nada la llamada que recibió del hospital, que solicitaba con urgencia su presencia. Al parecer había habido un problema. Yo me pregunté -y estoy segura de que Matt también lo hizo- si se trataría de algo relacionado con el atacante, pero ambos preferimos ni mencionar la posibilidad y terminamos haciendo uso de los juegos junto con Kari, encerrados en confort ante el frío de afuera. Una leve llovizna de otoño reverberaba contra la tierra húmeda, y el olor a pasto mojado y tormenta dominaba el ambiente, excepto cuando nos llevábamos tazas de chocolate humeante a los labios.

La partida concluyó con la victoria de Kari, cuya prenda fue poner en todo el hogar un disco de los Grades, amplificadas por el equipo de música. Wilhelm lo desenchufó a los diez minutos, y otra discusión entre ambos se sucedió. Comienzo a acostumbrarme.

Cuando el final del día ya se acercaba, y Norbert todavía no regresaba, decidí usar un poco de mi tiempo para visitar a Kain. Quería probar algo, desde luego.

Lo hallé sentado a horadadas, observando atento el cuerpo de Mina que dormitaba atada entre las gruesas plantas: las espinas se hundían en su piel pálida sin dañarla, estiraban sus brazos, la hacían similar a las cruces que había en la iglesia de Nueva Gabul, en donde un mártir observaba con pavor a sus acólitos. Estuve a su lado, por unos momentos, viéndolo de reojo. Últimamente, me sorprende a mí misma viendo a Kain mucho más de lo que debería, y emociones diversas me embargan. Esta vez, sin embargo, se me había ocurrido una idea particular.

-Kain... ¿puedes salir?

Me vio sin comprender.

-¿Salir?

-Me refiero- dije- A dejar el Balcón, y aparecer en mi mundo. ¿No crees que sería conveniente?

-Ah- suspiró él, asintiendo- Como la primera vez que nos vimos.

Asentí, aunque luego recordé que me había estado viendo dormir. Dioses. Espero no haber hecho nada de lo que pueda avergonzarme.

Kain se incorporó, y me hizo una seña.

-Ven.

Lo seguí. Ambos caminamos hacia la puerta roja, como si nos dispusiéramos a cruzar la barrera hasta mi habitación. El suelo rocoso, interrumpido por roturas de vejez iba en ascenso, y poco a poco la entrada se develaba, apenas abierta. Del otro lado se veía la normalidad, la ventana que daba al bosque, mi cama desacomodada. Kain controló que yo lo estuviera viendo, e inclinó la cabeza.

-Observa.

Acercó su mano a la barrera. Se sintió un sonido seco, y su palma quedó clavada en el aire, como si hubiera tocado una pared de vidrio.

Lo imité, pero la mía atravesó sin dificultad. Lo observé extrañada, ambos frente al umbral.

-Pero tú...

-Creo que no depende de mí- me dijo- Si tú abriste esta brecha, es natural que tú puedas controlarla.

-¿Crees que yo te estoy impidiendo salir?- le pregunté, horrorizada.

-No así- pareció turbarse- Liseth, me parece obvio que... Tienes un poder, de algún tipo. Pero claramente no sabes cómo controlarlo. Es natural. Las primeras veces, tal vez, se desbordaba y por eso yo pude salir al otro lado. Debí aprovecharlo, lo sé. Aunque un fantasma haciendo preguntas en el pueblo sería algo escabroso, ¿no lo crees?

»Como sea -concluyó- La cuestión es que ahora vuelvo a estar limitado.

-Pero si saliste antes, debería ser posible repetirlo.

Asintió. Su mirada era intensa.

-Estoy seguro de que sí.- dijo él y quitó su mano- Pero la verdad... En este momento no me importa. Confío en ti, Liseth. Sé que podrás ayudarme. Con eso solo, no necesito pedirte que me quites de aquí...

Se interrumpió en ese instante. Probablemente fue porque yo había enrojecido de pies a cabeza, y mi respiración era audible. Contra el umbral ambos estábamos muy próximos, pero recién en ese instante lo notaba. Kain retrocedió, y yo tuve que resistir para no cubrirme el rostro con las manos.

-Ah, bueno- dije, como una idiota- Gracias. Digo, de nada. Es decir...

Y me perdí hacia mi lado, con el corazón martilleándome el pecho. Pasé las siguientes horas hasta que Norbert regresó maldiciéndome a mí misma en cada forma posible, avergonzándome de ser tan insulsa. Esto no se parece en nada a las historias que invento a Kari sobre mis amoríos de Nueva Gabul.

En la cena, un agotado Norbert nos explicó que la urgencia se había tratado de un simple contagio entre pacientes.

-Era una cosa de locos- contaba, entre bocado y bocado- Parecía más un manicomio que un hospital. Lo que me recuerda, ¿sabían que antes se solía tratar a las mujeres por...?

Esta vez, sus hijos prestaron atención a sus trivialidades, y rieron con él. Leí en toda la familia Weigler el cariño de saberse bien y, por encima de eso, saber que el otro también lo está. Pero yo, con el rostro de Kain tan cerca del mío resurgiendo en mi mente a cada rato, no pude pensar demasiado en aquello y ese día terminé por irme a acostar increíblemente temprano, para olvidar.

XLVIII

La segunda semana de clases da inicio, y para este día tengo más planes en mente que para la anterior. Norbert nos deja en la puerta, saluda al portero como siempre, nos bajamos y veo a Kari reunirse con sus amigas. Camino con Matt el sendero que va desde la verja de entrada hasta el edificio escolar. A mí alrededor, noto que algunos de los saludos que siempre Matt recibe se destinan también a mí, a quien ya han reconocido como una alumna de cuarto año del instituto. Pero también hay algo distinto, que no me incumbe: rumores y cuchicheos, cierto espíritu compartido de expectación que los domina a todos. Adentro veo a Rita hablando con Gabriel y otro grandulón de nuestro curso llamado Marco, comentando y echando a cada rato miradas nerviosas por el pasillo.

-¿Por qué tanto jaleo?- les pregunta Matt curioso. Yo escucho mientras observo a los alumnos, hasta que capto allí, un poco más lejos, a Alice, Anna y Harrold. Rickert y León, los dos jóvenes a quienes derrotamos en el arcade durante las vacaciones también están con ellos, y al verme levantan una mano y me saludan.

-¡Chica nueva!

Tímidamente imito el gesto. Varios de los alumnos me miran, Alice parece notarme por primera vez, con cierto desprecio, y Harrold me dirige otra de sus sonrisas. Comenzaré a ser notada.

-El director regresa de su viaje hoy- oigo decir a Rita, con entusiasmo- Parece que esta vez se quedará aquí todo el año.

-Oí que los negocios marcharon bien- Marco levanta su poblada uniceja, admirado- Está tratando con las empresas del otro lado del país. Pronto San Naerit terminará por desarrollarse.

-No me agrada- contesta Gabriel, resignado- Cuando esto sea una ciudad, perderá toda su gracia.

-Eventualmente va a pasar.

-Es fácil para ti, Matti. Tu papá trabaja en el hospital. Pero mi mamá hace artesanías. Si el director llegara a traer una de esas grandes empresas textiles...

Siguen hablando. Yo pregunto, encogiéndome de hombros.

-¿No suena demasiado importante? Es el director del instituto, nada más. Los tres me miran con sorpresa.

Rita rompe a reír.

-¿No lo sabes?

-Liseth- me dice Matt- Henry Ashadd tiene al pueblo en sus manos. La mayoría de San Naerit es de su propiedad. Es de las viejas familias que primero se asentaron por aquí, y si quisiera, podría estar pasando sus días en una playa del Caribe. Pero por algún motivo parece disfrutar siendo el rector de esta escuela.

Recuerdo haber oído algo de eso. ¿Dónde?

-Y es míster perfecto- añade Gabriel- Viajes, negocios, moda. La mitad de las mujeres del pueblo quisieran echarle un anillo al dedo.

"Ashadd" pienso, esforzándome. *"Ashadd..."*

El crepitar de una fogata y la sensación fresca de la arena bajo mis pies descalzos llega a mi mente. Ya lo tengo.

-Como los Berkan- miro a Matt, esperando su reacción- La familia malvada en la historia de Elias.

-¿Los Cuatro Locos?- suspira él- Deberías olvidar esa idiotez.

"Pero son reales" me digo a mí misma, recordando las palabras de Kain. Existen, en el Palacio, se mueven de alguna forma en otro plano. Lamentablemente, no es nada que esté en condiciones de discutir si no quiero ser tratada como demente. Decido callar, y en ese momento todas las miradas se vuelven hacia la entrada.

Me cuesta creer cuando veo estacionada una limusina. Luego el viejo portero se dirige con presteza y abre, y de allí emerge un hombre, sus rasgos indefinidos por la distancia, enfundado en un traje bordó y de paso seguro al atravesar el camino hacia su escuela.

Seguramente el director disfruta todas las miradas que se clavan en él, aunque no se vuelve a nadie. Avanza recto, cada paso una precisión calculada, el porte erguido y el cabello perfecto, castaño, ni una mínima arruga en su vestimenta. Varios profesores lo saludan, y la vicerrectora, una mujer madura y elegante, camina a su lado y parece relatarle sobre lo ocurrido en el instituto en su ausencia con frases precisas.

El alumnado está mudo mientras él cruza hacia su despacho. Yo tampoco digo nada, atenta. Henry Ashadd pasa a nuestro lado, con su sonrisa confiada, y luego...

Me mira. Por unos segundos, en su rostro cuadrado se dibuja una expresión de desconcierto, pero retomando las riendas de su ser vuelve al frente y continúa sonriendo. Siento algo muy raro, en mi interior, algo que creí ver. La intensidad de sus ojos... Eran como brasas ardientes.

-Y ese fue él- dice Rita, quitándome de mi ensimismamiento- El emperador de este pequeño pueblo ha regresado sano y salvo.

XLIX

La primera hora es ocupada por Julián y su clase de literatura. Como las anteriores veces, poca atención presto en realidad a su lección sino que me enfoco por completo en él, en sus ademanes gentiles, en su falsa sonrisa, en el cabello sedoso poblado de tempranas canas y los lentes, que se arregla con ambas manos cuando se deslizan por el puente de su nariz. Cualquiera de mis compañeras pensaría que me sumo al poblado grupo de chicas cuyo corazón palpita por su profesor, pero en mi caso la verdad es muy distinta. Algo en Julián, su modo de hablar, el evidente hecho de que parece hacer el tonto, esa confianza que le percibo hace que no pueda quitarme de encima la conexión que hice la semana pasada, sobre la posibilidad de que se trate del asesino. Un hombre de lentes preguntó en la comisaría, por quienes estuvieron en este pueblo hace diez años. Hay muchos hombres de lentes, desde luego. Pero también, además, alguien en este instituto atacó a Mina Harvnes y la dejó moribunda en el jardín. Alguien la envenenó de algún modo. Y esos dos hechos, entremezclados, hacen que la mirada hacia mi maestro sea de sospecha. ¿Quién es Julián? Debería investigarlo. No creo posible que haya más de un asesino en el pueblo, y él...

La campana del recreo suena, y Julián se interrumpe. Finge sorpresa, nos sonrío y golpea con la tiza dos veces el pizarrón.

-Recuerden leer lo que les pedí para mañana. No me olvidaré de la tarea. ¡Ahora vayan! Son libres.

Varios se estiran, se desperezan, se frotan los ojos. Es un lunes de madrugada, al fin y al cabo. Por mi parte, yo me hallo muy despierta. Ahora pondré en moción el plan del que hablé a Kain en cuanto tomé el cuerpo de Mina, el plan arriesgado que debería funcionar. Debo estar atenta.

Salgo al descanso junto con Janet, Sally y Trish, y ambas nos dirigimos a la cantina para llenarnos el estómago con algo. El comedor continúa cerrado, aunque ahora un cartel promete apertura en las próximas semanas. Mientras caminamos, y ellas hablan de su fin de semana, finjo escucharlas y presto atención a mi entorno, a los chicos de quinto y sexto año, de qué aulas salen y cómo se comportan. ¿A qué clase pertenecía Mina? Supongo que tendré que averiguarlo en su momento. Siendo tan querida como era, estoy segura de que varios se desvivirán por ayudarme.

-Entonces le dije que ni se le ocurriese- ríe Janet, y yo me volteo para no quedar afuera- ¿Y saben lo que me dijo?

-Apuesto a que igual se atrevió.

Trish asiente ante las palabras de Sally.

-¡Ya te imaginas! Pero gracias a eso valió la pena. Si llegase en las vacaciones, lloraría de la emoción.

-El amor es tan lindo...

-Liseth, pareces distraída- me mira Janet- ¿Piensas en tu propio amor?

Sonríe.

-No.

-¡Vamos!- se me acerca Sally- ¿Matt no te gusta? Pasando tanto tiempo en su casa...

Ríen. No se me ocurre qué contestar a aquello. La imagen de Kain a centímetros de mí acude de nuevo, me ruborizo un poco, y ellas provocan un jaleo que hace que varios se den vuelta a mirarnos. Decido que ese es el momento perfecto para comenzar.

-Debo ir al baño.

-¡Te acompañamos!- resuelven y me siguen en patota cuando me dirijo. No me queda otra que aceptarlo. Ahora recuerdo, lo común que era en mis primeros años de Nueva Gabul, cuando todavía tenía gente a la que podía llamar amigas. Pero necesito estar sola para abrir la Puerta.

Resignada entro al lavabo, y simulo lavarme la cara mientras a mi alrededor las tres siguen hablando, parloteando sin cesar. Siento que las conozco bien, en tan poco tiempo. Soy parca, en ocasiones, pero siguen dejándome ser parte de su grupo y eso es porque las he analizado, he controlado con detenimiento qué cosas les agradan y qué no. Janet es una persona resuelta, decidida, muy propensa a expandir rumores desacertados y a contar sus intimidades. Con un par de comentarios por lo bajo hacia alguien, ya se abre y parece querer darme su opinión, destilar veneno hacia donde pueda. Sally en cambio es más inocente, o aparenta serlo, y su identidad gira en torno a creerse bella o moderna. Cumplidos a su cabello, a su ropa, a su piel, todo eso la hace quererme. En cuanto a Teresa... Es distinta, casi tan callada como yo. Me cuestiono a veces si no debería desplazarla, poner a las otras dos en su contra. Pero mientras dure su fascinación con Julián, que yo sé la consume, se mantiene tan desatenta como en ocasiones lo estoy y ninguna roba prestigio a la otra. Dudo que sea un peligro, pero presto atención a cualquier cambio. Podría saber más de nuestro profesor de literatura de lo que sospecho.

Pienso todo esto, dejando el agua helada escurrirse por mi cara, y me seco con una de las servilletas de papel del costado. Luego les hago una seña pidiendo tiempo, y me encamino al cubículo.

Me siento en el inodoro, y espero. No tengo un reloj a mano, sin embargo, mi conteo de diez segundos resulta ser acertado. La campana del regreso a clases suena. Los pasos de todo el alumnado reverberan por el suelo.

-¡Liseth! ¡Te esperamos en el aula!- me dice Janet.

Las oigo alejarse.

Espero unos segundos, y me pongo de pie. En el cubículo no hay suficiente espacio para obrar. Controlo que nadie me acompañe y paso al cubículo para discapacitados. Me encierro, me concentro, dejo que la puerta

roja aparezca en la superficie de madera fina, desentonando enormemente con todo. La abro y entro al Balcón de nuevo. Ya se me hace costumbre lograrlo.

Recorro el camino en un instante, buscando a Kain con la mirada. Pero paso sin verlo: se halla apoyado en la pared opuesta al paisaje de atardecer que se adivina del otro lado, dejando que ese sol falso lo bañe con los ojos cerrados, como meditando.

No puedo hablar cuando lo veo. En su expresión hay un dolor incontenible. Pienso en una costa, en un barco, en un atardecer de verdad. Me pregunto si hacerle notar mi presencia o no.

-¿Estás ahí?- habla con tristeza, como si estuviese a punto de derramar lágrimas- Kas...

-¿Kain?

Abre los ojos.

-Liseth- dice- Lo siento.

Se pone de pie, y me mira de arriba abajo. Luego se gira para ver a Mina, enredada a su derecha.

-¿Lo harás ahora?

Lo que acabo de ver me sigue quedando. Iba a decir algo, y lo interrumpí. ¿Estaba por pronunciar el nombre de su hermana? No puedo evitar sentir algo de culpa. Debí haberlo dejado hablar, aunque sufriera.

Asiento.

-Sí. Deséame suerte.

-Si llegase a ocurrir algo- me dice- No dudes en refugiarte aquí.

-Lo sé. Lo haré.

-Cuídate.

Intento no recordar nuestro anterior encuentro. Para ayudarme camino hacia la durmiente, hacia Mina, dejo como antes que las raíces se expandan hacia mí, me dejo llevar por ese intercambio, esa transición de mi alma, de mi espíritu, de mi mente, en la que me siento tan ligera como el aire, suelta como un barrilete por unos estremecedores instantes, y luego vuelvo a recuperar mi consciencia pero sin ser yo, de rodillas, vestida con la misma ropa de siempre y con el acostumbrado cosquilleo del largo cabello sobre mis hombros.

Con dificultad me pongo de pie. Debo conseguirle a Mina algo de ropa nueva.

Kain me ve dejar el Balcón muy atento, sus ojos brillando deslumbrados. Lo dejo sin decir nada, y aparezco de nuevo en el baño. Ya la campana ha dejado de sonar, y todos los estudiantes deben hallarse de vuelta en sus clases.

Lo primero que hago es verme en el espejo. El rostro de Mina es prácticamente perfecto. Ciertamente es atractiva. Su cuerpo es estilizado, rozando la delgadez extrema. No tiene granos, apenas un lunar bajo el ojo y otro en el cuello, otro al lado de la tira del corpiño que la remera amarilla no llega a cubrir. Me observo detenidamente, aún maravillada con esta magia. Un cuerpo. Estoy en otro cuerpo.

Debo concentrarme. Ahora lo importante no es prestar atención a mí, sino a quienes me rodean. El asesino probablemente esté en este instituto ahora mismo. Con mi cuerpo anterior fuera y Mina de vuelta al juego, ha recordado su crimen, tiene presente lo que ha hecho, y sin embargo, sabe también que ningún cadáver se ha descubierto, de lo contrario un jaleo se

hubiera armado en todo el pueblo. Tal vez planeaba llevarse el cuerpo por su propia cuenta luego, pero en cualquier caso, este terminó por desaparecer ante sus ojos. Si se trata de alguien que es parte de la vida cotidiana de la escuela, ha estado una semana aquí, sin memorias de Mina ni del crimen realizado, excepto tal vez en el instante en el que cambié para hablar con aquel oficial de la policía. Ahora mismo recuerda, pero además, los días anteriores le deben ser nublosos, extraños. Ha pasado una semana desde su ataque, él sabe. Nadie descubrió ningún cadáver. Para él, ¿Mina desapareció? ¿O el palacio llenará los huecos en su memoria, haciéndole creer que ella ha seguido asistiendo a clases? Creo que es lo primero. En mis experimentos en la casa de los Weigler, el olvido de Kari, Matt o Norbert solía llenarse con lo que ellos *pensarían* yo estaba haciendo cuando me hallaba desaparecida. Una mañana que estuve media hora hablando con Kain al levantarme, compartiéndole algo del cereal del desayuno, Matt y Kari tuvieron versiones diferentes de en dónde me había hallado: el primero, hablaba tranquilamente sobre nuestra caminata mutua con Waldorf, la segunda, dijo golpear la puerta del baño y hallarlo ocupado.

¿Qué significa esto? Que ahora mismo, cuando salga de este baño, me pasearé por el instituto y, en algún momento, me cruzaré con el asesino de Mina. Y el asesino, quien cree a Mina desaparecida, verá a su víctima tan viva como siempre, como si nada hubiera ocurrido. Querrá acercarse, se sorprenderá, es imposible que su rostro no muestre alarma. Y con eso podré guiarme.

Considero que el plan es bueno, aunque lo que ocurra luego podría afectarme. No importa. Abandono el baño, miro hacia ambos lados del pasillo vacío. Debería hallar mi aula; las de los años superiores, por lo que sé, están en la otra ala del edificio. Justo cuando pienso eso, oigo un grito a mi espalda.

-¡Santo dios!

"¿*Tan rápido?*" me alerto. Del otro lado del pasillo veo acercarse al portero de la escuela, con paso rengo y apresurado.

-¡Mina Harvnes! -me dice, con una sonrisa reprendedora- ¿Qué haces todavía afuera? ¿No tienes clases ahora mismo?

-Estaba en el baño- me excuso.

-Mina, Mina, Mina- ríe él- ¿Puedo saber cómo has sobrevivido todos estos días, así como así? Tengo tu mochila en mi despacho. Con tus libros, tus útiles, tus carpetas. ¡Desde el lunes! No la llevaste a tu casa. ¿Te molestaba el peso? ¿Compraste una nueva? Me he estado maravillando.

Oh.

-No te hacía como una chica distraída- añade, guiándome hacia la entrada del instituto, seguro de que preciso mi mochila- Hoy en día, los adolescentes del mundo andan con la cabeza entre las nubes. ¿No estarás usando drogas, verdad?

-Por supuesto que no.

-Tu abuela se decepcionaría mucho.

-No uso drogas.

Me da una mirada de reprimenda, como por las dudas. Es un hombre algo grueso, con poco cabello mal peinado sobre la calva. De pronto se me ocurre que podría preguntarle sobre Kain.

-Kain- termino diciendo, sin cuestionamiento alguno. Pero el portero no parece oírme, lo más probable es que no tenga ni idea de a quién me refiero. Pronto me percató de que he cometido un error. Un error garrafal.

Pues... Este hombre, podría tratarse del asesino.

Lo sigo con más reticencia, intentando calmar el vaivén de mi pecho. ¿Podría serlo? Perfectamente. Le sería conveniente, alejarme como lo está haciendo del resto de la escuela, llevarme a su despacho para terminar su trabajo. Quizás piensa que el veneno ha dejado a Mina amnésica, perdida, y por eso no estoy reaccionando. Y ahora, dándole el nombre de Kain, he confirmado sus sospechas de que debe deshacerse de mí. Por eso no dice nada. Por eso camina con paso certero, con la actitud de quien si me alejo me tomará de la muñeca, forzándome a seguirlo.

Me esfuerzo por respirar tranquilamente. Si algo ocurre, abriré la puerta roja. No importa que me vea. En el balcón Kain podría ayudarme. Probablemente pueda impedir que el portero pase. Busco ver su nombre en la solapa de su sucia camisa, mientras el sol nos deslumbra, ya afuera del edificio. Horace. Horace Vincent.

Pero cuando llegamos a la casucha que es su despacho, me tranquilizo de inmediato. El portero me invita a pasar, rebusca en una caja bajo su escritorio, toma una mochila negra, pequeña y me la tiende.

-Toma.

La recibo. Es mucho más liviana que la que uso.

-Siendo que es lunes- me dice, fingiendo controlar su reloj- Y que la abandonaste el anterior lunes, diría que los libros de allí te seguirán sirviendo.

-Muchas gracias- respondo, echándomela a la espalda. Horace me observa con atención.

-¿No te incomoda?

La estoy sujetando de la tira más corta. Cambio de posición al instante, corrigiéndome. Él suspira resignado. Probablemente desea escribirle a la abuela de Mina sobre el extraño comportamiento de su nieta.

Pronto caigo en la cuenta. ¿Por qué abuela? ¿Dónde están los padres de Mina? Me emociona, el tener este cuerpo, ver las cosas desde sus ojos, pero no saber nada de la historia que ella puede contar. Mina, cuando la vi, me pareció una chica más, una de las muchas chicas bonitas que en el instituto de Nueva Gabul atraían las miradas de varones y hasta de profesores, como Orlana y sus amigas. Pero debe tener algo. Mientras regreso al edificio, dejando a Horace atrás, pienso de vuelta en ello.

Está, por ejemplo, la preocupación que creí notarle el día que la mataron, su mirada sombría y decidida. ¿Sabía ella, que estaba por convertirse en una víctima? ¿Sabía que la buscaban? ¿Fue por algo que el asesino la hizo su objetivo, o simplemente el placer de matar? Me concentro, percatándome de que camino como un blanco andante. Horace está descartado de mi lista de sospechosos, desde luego. Si bien vi un estuche de gafas de lectura sobre su escritorio, de haber querido matarme, podría haberlo hecho con facilidad y privacidad en estos últimos minutos.

Uno menos. Quedan nada más cientos, contando a los alumnos, pero muchos menos si simplemente pienso en el personal mayor: el profesorado, el servicio de limpieza, los asistentes. Quien arrojó a Kain hacia su muerte, al fin y al cabo, era un hombre grande. Así que un hombre buscaré.

La puerta de un aula se abre. Una cabeza asoma de allí, curiosa.

-¿Qué haces rondando, Mina? La clase ya comenzó.

Es un joven de apariencia aplicado. Con que esa es mi aula. Pido perdón con la mirada, y se lo ve aún más extrañado. Está mal. Dioses, hago todo mal. Mina ha tenido su vida en bandeja de plata. No pediría perdón.

Alzo la cabeza, y paso a su lado sin darle explicaciones. Él cierra la puerta detrás mío, y yo observo el curso, el otro curso, la gente más grande que allí se amontona, y en los bancos del frente, en una posición no muy diferente a la que tengo en mi aula, a Alice, que se observa las uñas, detrás a Anna, dormitando sobre sus mangas largas sin hacerse problema, y también a Harrold, que me siente llegar con una sonrisa inteligente, concentrado en su hoja sobre el banco.

Tras él León y Rickert aplauden.

-¡Oye, Mina! ¡Cada día estás más buena!

-Llega tarde, debe irse al centro de detención.

-Muchachos...- los reta el profesor, un hombrecito menudo de lentes gruesos, al lado del diagrama de un cerebro. Ellos ríen con demasiado ruido, y yo encuentro que mi asiento, después de todo, es el vacío al lado de Alice. Lo ocupo y abro mi mochila, calculando. Hay un libro de psicología. Lo saco, y simulo estar concentrada en la clase.

Hay varios dibujos, por aquí y por allá, anotaciones hechas con una lapicera negra, casi indescifrables por el tamaño diminuto de la letra de Mina. Miro al profesor nerviosa mientras explica. No comprendo nada de lo que dice. Habla sobre un tal Piaget, pero esta asignatura jamás la he tenido antes.

Controlo a Alice, para saber en qué página estamos. Pero ella ni tiene el libro abierto. Lo que debe significar, siendo que ocupamos el mismo estrato social, que yo tampoco debo tenerlo.

Cierro la tapa del apunte, pero creo ver algo. Vuelvo a pasar las hojas, simulando estar distraída leyendo. Es otro dibujo. Un niño y dos niñas corren por una banquina de tierra mal retratada, y un sol de rayos abismales los saluda desde arriba. Me sorprende que sea la mano de Mina la que haya hecho algo como eso.

-Desde luego, la psicología tuvo su despegue en el año...

-Hey- Alice habló sin verme, simulando estar concentrada en una hoja en blanco bajo sus ojos- ¿Trajiste las cosas, verdad?

La observo.

-¿Qué cosas?

Ella rueda sus ojos.

-El equipo de danza.

¿Qué?

-Creo que sí- termino diciendo- No lo recuerdo.

Su ceja se levanta.

-Podrías concentrarte un poco más. ¿Y estás usando la misma ropa que la semana pasada, o me equivoco? Qué mal gusto.

"¿Qué ocurre con esta perra insufrible?" me exaspero para mis adentros. Es igual a como era Orlana, quizás peor. Y se supone que yo soy su amiga.

-Usé otra pollera el último lunes- miento.

-¿Sólo eso?

Detrás de nosotros, Anna se estira y bosteza sin disimulo sobre su banco. Harrold la mira de reojo, divertido, hasta que ella abre los ojos y tose atragantada.

-Y creo que mi remera fue diferente...

-...nota. Por el año 1920 Piaget realiza importantes contribuciones al Stern gracias al perfeccionamiento de la prueba de Coeficiente Intelectual. Su teoría en torno al proceso cognitivo de los menores de edad llegó a considerar una rama de...

-Juraría que es la misma.

"¡Déjame en paz!"

-¿Sigues con esa lección?- nos pregunta Anna somnolienta. Harrold ríe por lo bajo.- Alice, despiértame cuando haya terminado.

-Despiértate tú misma.

El profesor no nos escucha, y continúa hablando. Yo me siento enfurecida, a punto de ebullición. ¿Y qué si tengo la misma ropa que la semana pasada? ¿Qué pasa con esa mirada acusadora? Me irrita sin límites. Simulo tranquilidad, mi rostro neutro sobre los dibujos del libro, y veo de reojo a Alice. Parece absolutamente perfecta, pero su carácter deja mucho que desear. Y sus cejas negras no combinan con su cabello. Pero es, después de todo, la reina de la escuela, mientras que Anna y yo somos las nobles, sus lacayas, quienes deben satisfacer sus caprichos.

Espera.

¿Yo? Pienso para mis adentros. ¿Por qué digo yo? Yo no soy Mina. Mina habrá bajado la cabeza, pero yo ya me he dejado pisar lo suficiente. Soy libre para desafiar a quien quiera, inclusive a Alice. Diciéndome eso logro erguirme más en mi asiento, decidida. Mis ojos claros brillan con la nueva resolución de no dejarme amedrentar.

Sin embargo, no hablamos durante el resto de la clase. O bien los alumnos de sexto no tienen tiempo para la cháchara incesante que ocurre en mi curso, o el ánimo del aula está sombrío por la deprimente lectura que hace el profesor. Hasta León y Rickert, además de las risitas y susurros ocasionales, se esfuerzan de tanto en tanto por mantener la boca cerrada y escuchar. El resto de los alumnos ni siquiera tienen reparo; oyen como robots, escriben como máquinas, prestan una atención fría y calculada. Es un poco sobrecogedor.

Cuando el segundo timbre suena dejo mi aliento fluir, aliviada. No he tomado nota alguna. Supongo que el desempeño académico de Mina Harvnes tendrá que ir en picada. Guardo las cosas en mi mochila, ignoro la mirada tensa de Alice quien deja el aula seguida por Anna y me pregunto si debo ir con ella, si es lo que se espera que haga.

No. También tengo que detectar al asesino.

-Oye- Harrold me llama la atención, cerrando un ojo con un gesto simpático. Los suyos son aun más claros que los míos- ¿Me acompañas a la biblioteca? Tengo que devolver algo.

Oh cielos.

-Sí- sonrío.- No hay problema.

Esto comienza a tener ventajas.

L

Harrold no me hace seguirlo, sino que ambos caminamos lado a lado, casi como si nos tratáramos de una pareja que recorre los pasillos en su tiempo libre, sin un destino concreto. Tomo nota de que muchas miradas se dirigen hacia nosotros. Las innumerables chicas que desde luego están enamoradas de él, quienes envidian o admiran a Mina y me observan con ojos llenos de asombro, varios varones que no se atreven a confesarse.

A mi lado él sonrío.

-Estabas algo distraída en clase. ¿No te agrada mucho la psicología, verdad?

-No, supongo que no. ¿Y a ti?

Harrold se sacude el cabello.

-¿No te había contado? Un poco me apasiona.

-Oh.

¿Qué tan amigo de Mina es? Son del mismo curso. Deben de hablarse seguido. Será mejor que proceda con precaución.

-La mente humana- dice él, con ojos pensativos- Siempre es interesante.

-¿No prefieres dedicarte al fútbol?

Doblamos, y un par de profesores nos saludan con displicencia. Esto es ridículo. Pero debo decir que se siente bien sentirse una estrella. Es un cambio refrescante a mi vida diaria.

-Correr es divertido, desde luego. Y el equipo me agrada. Los muchachos son dedicados, al menos buena parte de ellos. Sabes a lo que me refiero. Sin embargo, seguir allí implicaría demasiadas miradas sobre mí.

Levanto una ceja, observándolo. Es alto, apuesto, frente despejada y actitud vencedora, seguro de sí mismo. ¿Y le molestan las miradas?

Parece leerme la mente.

-Las expectativas de la gente a veces son frustrantes.

-¿Tus padres?

Ladea la cabeza.

-Mi padre me pide demasiado, sí. Supongo que podría ser eso. ¿Y a ti?

Me percato de que me acabo de poner contra la espada y la pared. ¿Debería mencionar a mis padres? ¿Están vivos, acaso? ¿O Harrold está preguntándome sobre mi abuela, es decir, la abuela de Mina?

-Yo...

-Espero que tu abuela no sea tan perfeccionista como mi padre- medita él, salvándose.- ¿Piensas ir a alguna universidad en especial?

Entramos a la biblioteca, un espacio oscuro y algo escondido, las formas curvas de los estantes cerrando el camino hacia donde dos mesas de lectura son salvadas por lámparas bajas. Susurro, para no despertar la ira de la bibliotecaria.

-¿Por qué lo preguntas?

Harrold se da vuelta, y me mira de frente. Sus ojos brillan.

-Después de lo que pasó entre nosotros el año pasado, pensé en seguirte.

Mi corazón da un latido que debe correr los libros de los estantes.

¿Harrold y Mina? ¿De verdad? ¿Es este el tipo de relación que tienen? Trago saliva, sin saber qué decir. Mis ojos están abiertos como platos. ¿Qué debo hacer ahora? ¿Acaso Mina y él...?

Harrold estalla en una carcajada.

-Oh, cielos. Lo lamento. ¿Te sientes bien? Normalmente me sigues la broma.

Dejo mis hombros caer. Una broma.

-Sí- sonrío- Ya sabes. Actuaste muy bien. Por unos segundos creí...

-Es que mira- levanta él el libro que llevó a devolver, en donde veo escrito el nombre de Shakespeare- He tenido tiempo para practicar. Me alegra que haya funcionado tan bien.

Bufo, algo frustrada. Harrold se dirige al mostrador, habla con la mujer, firma una hoja de devolución. Al parecer ha tardado un fin de semana en leerlo. No lo hacía de este modo. Esperaba algo más... vano, pero también es posible que sólo intente llenar expectativas, que no sea muy diferente del más creído de los populares. Un par de lecturas y ser simpático no crean una personalidad. Se voltea por unos segundos, viéndome.

-¿Vas a sacar algún libro?

-No, creo que no.

-¿Y el que tomaste la otra vez?

La bibliotecaria me mira con ojos recriminadores.

-Aún no lo he terminado.

-Entonces está dicho- le da una sonrisa encantadora a la mujer, y deja la lapicera- Señora Vivian, no se preocupe tanto. Mina no es una distraída.

Parece calmarla en segundos. Seguro que el hecho de que sea un muchacho tan apuesto el que le pida un plazo debe encantarle.

Vieja idiota.

Ambos dejamos la biblioteca y volvemos al pasillo.

-¿Sabes?- dice Harrold sin mirarme y tan tranquilo como siempre- Hoy hay algo distinto en ti.

Otra vez, alarma. Un poco de sudor resbala por mi frente.

-¿Ah sí?

-Pero no puedo decir que no me guste- añade- Serán locuras mías. ¿Te ha ocurrido algo últimamente?

"Me envenenaron, y una chica recién llegada está usando mi cuerpo. Hola Harrold. Soy Liseth."

-No que yo sepa.

-A veces supongo que las personas cambian- se inclina de hombros, pero luego me dirige una mirada significativa- Días en los que, de la nada, deciden ser diferentes. Probablemente se cansan de usar siempre el mismo traje.

-No creo que el mundo sea tan falso.

-¿De verdad? Pero piensa también en lo que somos, en cómo actuamos. Tú querías ser abogada, ¿no es así?

¿Sí?

-Sí.

-Piensa en un delincuente- prosigue él su idea- Un mafioso, un narcotraficante, lo que se te ocurra. Si lo apresan, pondrá cara dura y hará

temer a sus acusadores. Se mostrará como una persona fría, oscura, maligna hasta cierto punto. Se burlará de sus víctimas. Abusará de sus derechos, no mostrará arrepentimiento alguno. Pero acércalo a su hija de diez años, y su corazón se ablandará. Pon a un asesino serial junto a su familia, a un bandolero al lado de su anciana madre. Todo el mundo tiene una máscara para cada ocasión.

Inclino la boca.

-Eso te incluye a ti.

Harrold vuelve a reír. Ambos estamos dando la vuelta al instituto, y ya no escuchamos los saludos, ni vemos las miradas, sino que sólo caminamos a paso calmado, como si la campana no fuese a sonar. Podrían ubicarnos en el medio de un centro comercial, y la escena no sería diferente.

-Supongo que lo hace. Aunque también podría decirse que esas máscaras son lo que somos. Así que si la semana pasada eras Mina la que se frustró por su proyecto de Historia Política, y ahora eres Mina la que parece diferente y camina reclinada, ambas son tú y no deberías tener problema alguno.

Me enderezo de nuevo, molesta. Pero Harrold no parece haberme estado juzgando. Su eterno gesto de diversión le cruza la cara, y hace unos pasos rápidos caminando de espalda, frente a mí de nuevo. Yo, más insegura, intento sostenerle la mirada.

-Mi equipo jugará algún próximo fin de semana. ¿Vas a querer verme?

¿Está coqueteando conmigo?

-Claro...

-Me alegrará tenerte alentándonos. Mina, creo que nunca te lo dije antes pero-

Se interrumpe, pues un sonido de micrófono resuena desde el techo, aturdiéndonos a nosotros y a los alumnos que pasean cerca. El sistema deja mucho que desear.

La voz de la vicerrectora es concisa.

-Harrold Camping, se lo requiere en el despacho del Director. De inmediato.

-¿Qué hice ahora?- junta las cejas con frustración fingida.

-Quizás eres un delincuente.

-Quizás- vuelve a sonreír- O más seguro Rickert y León se han mandado alguna de las tuyas y me han usado de chivo expiatorio.

Pero no parece molesto en lo más mínimo. Se aleja, por el otro lado, la cabellera rubia contrastando con su remera blanca, la espalda ancha y llena de fortaleza. Se voltea unos últimos segundos, como para revisarme, y se señala un oído.

-El timbre.

"Oh".

Está sonando.

-Claro- digo, y marchó de vuelta hacia el curso.- Te veré más tarde.

No vuelvo a ver a Harrold en lo que queda del día, aunque sus pendencieros amigos sí están en el aula incluso antes que yo, dirigiéndome toda una serie de comentarios entre jocosos y desconsiderados sobre mi belleza. Supongo que Mina tenía que soportar esto todo el tiempo. ¿Le agradaba? Es probable que no, de lo contrario, ambos se hubieran detenido. Por lo tanto...

Los enfrento, con mi mejor cara de hastío.

-Ambos son unos fracasados. Vayan a silbarle a...

-Whoa, oye, tranquila- levanta ambas palmas León.- Sólo bromeamos.

Rickert asiente.

-Estuviste tomando clases de Alice.

La susodicha pretende no escucharnos, en su banco. Al lado, ocupando el mío, Anna inclina la cabeza y le copia la tarea de economía. Ignoro a los dos buscapleitos, y me dirijo hacia ella. Al principio no parece prestarme atención. Luego levanta la vista, y pide pausa con ambas manos, como si rezara.

Suspiro, y me resigno a sentarme atrás. Alice ni se esfuerza en mirarme. ¿Está enfadada? ¿Está enfadada porque estoy usando la misma ropa que el anterior lunes, o por algo más? No, es imposible que sea tan vana. Intento pensar, por qué tengo esta sensación de estar siendo rechazada, incluso en el cuerpo de Mina. ¿Por qué me odiaría Alice? Quizás es algo que ocurrió antes del accidente. Pero en ese caso, ese día cuando la hallé en el baño, no hubiera pedido que la acompañara ni me hubiera hablado con tanta confianza. No, debe haber algo más.

La ficha hace un sonido en mi mente.

"Harrold."

Siempre los veía juntos. ¿Está enfadada lo que pasé el recreo con él? ¿Se está poniendo celosa de su amiga?

Sonríó para mis adentros, divertida con la idea. Esto podría ser más entretenido de lo que imaginaba. Y ver a Alice, la reina de San Naerit, pasando un mal rato, me provocaría un placer difícil de describir. Las chicas populares tienen demasiadas cosas servidas en bandeja.

Incluso Mina es así. No necesito revisar el curso para ver todas las miradas ansiosas que cada tanto se clavan en mí, los varones que quisieran ocupar el asiento vacío a mi lado para hablarme, las chicas que apreciarían ser mis amigas. Podría acercarme a cualquiera de ellos, y me aceptarían con gusto. En mi cuerpo original, sería vista como rara. ¿Qué es? ¿Qué tienen chicas como Alice o Mina, que yo no tenga? ¿Belleza?

No, hay algo más. Es como si hubieran nacido para triunfar. Padres ricos, de viajes largos, dinero, noticias de la última moda, buen maquillaje y calzado. Mientras yo preparaba café en el desayuno para mí y Thomas, sin una sola amiga, ellas ya debían de estar teniendo su primera cita, su primer beso, quizás incluso haciendo el amor. Están siempre adelante, miran al mundo por

encima del hombro, disfrutan de su estatus para pisar a cualquiera. La confianza de Orlana al maltratarme, su seguridad de que el apoyo de la escuela estaba respaldándola, todo eso reverbera en mi interior. Siento un rencor áspero, opaco como la sombra. Por unos instantes me veo desnuda, yo, mi cuerpo real, Liseth, envuelta en la oscuridad de mis ataques de ceguera y en mi miedo, echando una saliva negra como el alquitrán desde mi boca al sonreír. Es una visión desagradable.

Harrold tiene razón. Todos usamos máscaras. Ahora, yo, tengo una máscara que me cubre entera. Y maldito sea el mundo si no planeo usarla.

Otro profesor desconocido llega, obligándome a concentrarme. A diferencia del anterior, no tiene lentes. También he estado, aunque algo distraída, revisando a quienes me cruzaba en los pasillos durante el descanso: hombres de lentes, por lo visto, hay un puñado: Julián, Horace en ocasiones, el profesor de Psicología de Mina, el profesor de Lenguaje de los años superiores, uno de los limpiadores y un joven celador, así como un cuadragenario cuyo rol en la escuela desconozco. Cualquiera de ellos podría ser el agresor. Pero puedo descartar a tres: Horace, por la facilidad con la que podría haberse deshecho de mí, y también el profesor de Psicología y el celador; uno por menudo y el otro por joven. Kain no se hubiera referido entonces a su asesino como *“un hombre grande”*.

Lo que reduce la lista a cuatro. No es un mal número. Aunque también está la posibilidad, desde luego, que lo de los lentes sea un disfraz y toda mi actividad detectivesca signifique más bien poco. Temo mucho que ese podría ser el caso.

La lección del nuevo maestro es más divertida que la anterior, quizás porque la economía se acerca más a mis gustos que la psicología. Logro comprender bastantes cosas, hasta tomo un par de notas en mi cuaderno. Podrían servirme en los próximos años.

El curso se mantiene en su silencio perpetuo. Extraño a mi otra aula, los imagino hablar y reír, imagino a Elias bromear y a mis compañeras cuchichear, y me dan ganas de dejarlo todo y regresar a mi cuerpo. También me atrasaré con mis estudios. Pero la posibilidad, de que el asesino entre por la puerta y me vea...

...resulta ser vana. El timbre suena, al final de una hora que se me pasa demasiado rápido, y nada ocurre. Es como si el asesino no existiera, como si nunca nos hubiéramos cruzado. ¿Es eso posible?

“No.”

¿Con quienes no me he cruzado este día?

La respuesta es obvia.

“¡Julián!”

En el instante en el que nos ceden permiso, guardo mis cosas de inmediato en la mochila. A los apurones dejo el aula, sin mirar ni saludar a nadie, y me dirijo a toda velocidad a la sala de profesores. Julián debe encontrarse allí, por salir junto a sus colegas. Es perfecto. Me verá en su entorno, rodeado de sus pares, reaccionará y de ser el culpable no podrá atacarme. Sé que es exagerado culparlo tan rápido, pero hay algo, algo en él, que me dice a los gritos que no es lo que parece. Puedo imaginarlo a la perfección, con su sonrisa amable, preguntando al oficial sobre el pueblo, puedo imaginarlo empujando con frialdad un niño a su muerte, podría imaginar

al cuerpo de Mina reflejado en el cristal de sus lentes, cuando se decidió a matarla.

Doblo a toda velocidad, y llego. La puerta de la sala está abierta, los educadores salen. Julián sostiene una taza de humeante café con una mano; con la otra, lleva el portafolio y su abrigo. Comenta algo con Duana, nuestra maestra de Geografía. Su cabello largo, plateado por las prematuras canas se sacude por la risa. Su ojo capta algo, veloz.

Mira en mi dirección.

En su expresión se dibuja cierta sorpresa, un gesto casi imposible de definir. Pero es claro. Ha reaccionado. No quita la vista de encima, y entonces...

Una mano me aferra el hombro. Alice me reclama con un bufido.

-¿Qué haces corriendo así? Sígueme.

-¿Eh?

Pone los ojos en blanco.

-Juraría que te has golpeado la cabeza. A danza, torpe. El transporte nos espera afuera.

¿Danza? ¿Ahora?

Ni hablar.

-Debo ir al baño- me excuso. Pero no me consigo alejar. Alice sigue sosteniéndome, y Julián se pierde de mi alcance.

"Esta maldita idiota..."

-No irás a ningún lado- suspira, arrastrándome por el pasillo. Tiene más fuerza de lo que imaginaba, aunque no resulta violenta. No, es distinto. Mina es delgada, frágil, incluso más débil de lo que soy yo. Sus huesos parecen de cristal, los brazos apenas tienen fibra para sostenerla. Es natural que Alice, que es más voluptuosa y alta me sobrepase.- Podrás mear todo lo que quieras en el taller.

¿Taller?

¿A dónde me lleva?

Cada vez me asusto más.

-De verdad, necesito...

Julián ya me da la espalda. No habla con los profesores, sino que parece pensativo, meditando algo.

Como si meditara por qué me hallo con vida.

-Has estado extraña todo el día- dice ella con desconfianza, y no hace amague alguno de soltarme. Ya Julián se pierde más allá, fuera de nuestros ojos, y me veo caminando como una rea bajo el sol de la tarde recién nacida; el paso decidido de Alice me guía y las mangas de su camisa me rozan los dedos de tanto en tanto.- Pero no vas a perderte el primer día de danza del año, de eso estoy segura.

Una traffic nos toca bocina desde la calle. Me giro y veo algo que parece surreal: Matt y Kari esperan, sentados en la vereda, a que Norbert pase a buscarlos. No saben nada de Liseth Aurdelard. Así los vería si yo jamás hubiera existido en sus vidas, así han estado por años hasta mi llegada.

Matt me observa, y los ojos le brillan. Es como si quisiera decir algo.

"Le gusto" recuerdo. Le gusta Mina Harvnes.

No puedo pensar mucho más sobre aquello, porque la puerta del vehículo se abre y Alice me empuja adentro. Varias chicas, entre ellas Anna y

Candice, la de mi curso, ya se hallan sentadas y charlando; casi todas delgadas, elegantes, compartiendo entre risitas confidencias.

Al lado del asiento del conductor, la profesora de educación física Veronique DuMarque sonríe al verme.

-¡Qué demora, chiquilla, qué demora!- dice- Por segundos temí haberte perdido. Pero eres nuestra estrella,  a que s  chicas?

-¡Estrella!- gritan todas.

 Estrella?

Alice se sienta a mi lado. Me siento una prisionera.

-Yo debería...

-Est  apurada por ir al baño- me señala mi supuesta amiga.

-¡Acelera entonces, Gerardo!- grit  con grandes aspavientos la educadora al conductor, y este obedeció de inmediato. La traffic comenzó a moverse, y varias de las chicas aplaudieron, como si se tratara de un viaje de egresados- Llegaremos al segundo.  Mina, querida!  Podr as aguantar?

La sangre ha bajado de mi cara, y se halla en algún lugar de mi estómago. Me hallo a instantes de descomponerme.

 Qu  diablos hago ahora?

-A practicar, entonces- resuelve DuMarque.-  En marcha, mis jovenzuelas! Hoy será un día para sudar.

Y yo veo alejarse, por la ventanilla, a Matt y a Kari, y también a mi posibilidad de ser Liseth y pasar una noche en donde debería estar, en la casa de los Weigler.

LII

Mientras el transporte me lleva por senderos nunca antes recorridos y mis compañeras de danza parlotean entre ellas yo consigo dominar mi horror y pensar.

Est  el tema del regreso. Hundiendo el dedo en una llaga, el conductor se esfuerza por alejarnos más y más en dirección opuesta a las montañas boscosas en donde se halla mi cama, nos acerca a donde ya el aroma del lejano mar nos inunda los sentidos desde las ventanillas abiertas y a donde apenas veo casas espaciadas, un limpio baldío en el que no puedo hallar consuelo.  Qu  ocurre con el regreso?  Nos acercar  de nuevo a la escuela?  O llevar  a cada una a su casa? Y si el caso es el segundo,  puedo yo ir a la casa de Mina, con su cuerpo, pasar la noche all ?  C mo volvería a la escuela mañana? No s  nada de eso. Ni siquiera creo tener las llaves, por lo tanto,

quienes sean los familiares de Mina deberían abrirme y... ¿Lo harían? ¿Podría yo continuar manteniendo mi disfraz ante ellos?

"No. No es una cuestión de disfraces."

Claro que no lo es. Es ridículo que piensen que Mina está poseída o algo por el estilo; cuanto menos, creerán que ando atontada, presa de drogas o que me he golpeado la cabeza. Ese no es el problema.

¿Quiero yo, enfrentar a los familiares de Mina?

La respuesta es no.

Volvamos a la otra pregunta. ¿Qué tal si nos devuelven a las puertas del instituto? Parece lo más probable. Y de allí, podría caminar como Mina, atravesar el centro y subir el sendero por las montañas, hacia la casa de los Weigler, en la oscuridad de la noche...

Me estremezco. Es una pésima idea, que abandono antes de imaginarme en la comodidad de mis sábanas. No sólo me resulta escabrosa, sino que, después de haber visto a Julián mirarme de ese modo... El asesino querría librarse de mí. Y no sé si el asesino es o no la misma criatura que hacía días rondaba esos bosques, pero no quisiera arriesgarme a que se me echara encima. Volverme caminando, por tanto, queda descartado de mi lista de posibilidades.

Me resigno a improvisar en el momento. El vehículo detiene sus ruedas frente a lo que se asemeja a un destartado salón de fiestas hundido en la tierra, con puertas sucias cubiertas por gruesas persianas. No es nada impresionante, aunque de seguro vio mejores épocas. Pienso que podría abrir la puerta roja, dormir en el Balcón junto con Kain y así ocultarme de sospechas. La perspectiva es gratificante, si dejo mi imaginación volar. ¿Y luego? Luego puedo cambiar a Liseth, y regresar descansada al aula al otro día. Con la misma ropa que ayer.

Pero maldición, ¿por qué me preocupo por la ropa? Veo de reojo a Alice. Eso no interesa. No tengo que dejar que me aflija, o seré exactamente como era cuando Orlana y sus amigas se burlaban de mí.

Antes de descender, la profesora DuMarque nos toma lista.

-Elia Valdez.

-Presente.

-Juliana Jraer.

-¡Presente!

-Anna Vauldari.

Anna guiñó un ojo e hizo un signo de paz.

-Alice McRyans

-Aquí.

-Mina Harvnes.

-Presente...- digo, como si hubiera firmado mi declaración de condenada.

-Candice Messel.

-Presente- dice mi compañera de cuarto año. En total somos alrededor de diez chicas, de variadas edades. Una parece cursar el mismo grado que Kari, mientras que la mayor es sin duda Alice.

-Están todas- dice la maestra satisfecha, y nos mira con devoción- Antes de que regresemos a nuestro hogar, antes de que las vea ponerse sus zapatos y enseñarle al mundo lo que es gracia y belleza, hay algo que quiero decirles.

Todas escuchan, muy atentas. El inicio de lágrimas parece a punto de correrle el maquillaje.

-Estoy muy, muy, muy orgullosa de cada una de ustedes. Son el tesoro de mi vida. Incluso tú, Jossie. Sí, tú estás un poco pasada de peso. Pero todas son formidables a su manera. Me han hecho pasar momentos muy felices, y espero que esto se repita también este año. Y yo...

Rompe a llorar con un estertor sordido.

Ugh. *Qué incómodo.*

-¡Profe!- gritan varias, emocionadas, y la abrazan en el espacio reducido que nos atrapa. Yo me mantengo en mi asiento, y Alice mira la ventanilla. Anna aplaude como una idiota, hasta que la otra la mira.

-No es nada, no es nada- se seca las lágrimas Veronique DuMarque con un pañuelo de seda y luego procede sin preámbulos a usarlo para sonarse la nariz- Habrá noticias buenas para el resto del mes, créanme. Las voy a sorprender. Gerardo, si pudieras ser tan amable de abrirnos...

El asistente obedece, algo enajenado de su entorno. Nos bajamos; el viento sopla con fuerza, y con prisa todas nos guarescemos en la fachada de aquel salón, cuyo cartel, en donde la figura de una bailarina se adivina a grandes trazos, reza "*Instituto DuMarque de Danza y Teatro*"; un título algo ambicioso para un sitio que estoy segura sólo tiene a una enseñante.

Al entrar, sin embargo, debo decir que es mejor de lo que esperaba. El piso está recién lavado con lavandina, y el olor me impregna las fosas nasales. Hay cierta sensación refrescante en el ambiente, las paredes son decoradas con cortinas, hay asientos desacomodados, también entradas a los vestidores y a un sólo baño. Reina una sensación de dejadez nostálgica, como si cada pieza, inclusive la silla lejana que mira contra la tarima, estuviese en una posición perfecta y nos halláramos en un museo, y no una academia.

Las demás muchachas no prestan atención, acostumbradas a esa visión. Yo las sigo arrastrando los pies. ¿Qué hago? ¿Qué vamos a hacer?

-¡Vamos, a cambiarse, a cambiarse!- nos dice la profesora.- Hoy será puro repaso.

Cambiarse.

Apoyo mi mochila en una de las sillas, y la abro. Dos libros, un cuaderno, una pequeña agenda. Ningún uniforme.

-Mina no ha traído su equipo- le comenta Alice a DuMarque. Parece disfrutar el decirlo.

Varias me miran. Es ridículo, pero me siento enrojecer.

-¡Oh, tesoro! ¡Y en el primer día! ¡Qué catástrofe!

Bien.

-Puedo sentarme y ver como...

-¡Ni hablar!- ríe- Mina, dulzura, usarás el de Yolanda. Creo que la talla será algo suelta, pero podrás arreglártelas. ¿Jossie, podrías alcanzárselo?

Mal.

-Sí profesora- dice una chica y parte a hacerlo. Veronique me empuja al vestuario, con manos arrugadas de uñas pintadas en rojo. Siento que el destino está forzándose sobre mí, asfixiándome, como si fuera un castigo por usar este cuerpo. Sé que no debería importarme. No soy yo, esta no es Liseth. Si quisiera, podría pasear a Mina desnuda por el pueblo, besar las paredes, rascarme las axilas en público o dibujarme un bigote y transitar así por mi instituto. No me afectaría en nada. ¿Es extraño, entonces, que sienta tanta congoja sabiendo lo que va a ocurrir? No sé nada de danza. No tengo gracia, apenas llegué a ser esbelta luego de los quince, no tengo postura de bailarina.

Ahora, cuando tenga que pasar a la práctica, la estrella de Veronique DuMarque va a estrellarse contra la fría tierra como si de un meteoro se tratase.

"Supéralo" me digo. En el vestuario las chicas se cambian, se colocan mallas de elástico, ajustan en sus curvos pies zapatillas elegantes de punta dura. Me siento en la banquina, como una idiota, y decido pedirle a la profesora que me deje descansar. Me duele la cabeza. Eso podría ser una buena excusa, aunque supongo que le importará muy poco. Me dirá que baile para aliviar el dolor, y ya no tendré defensas.

-Toma- me da el uniforme la otra chica, con una sonrisa tímida. Lo tomo sin agradecer. Anna aparece un tanto después, de uno de los pocos vestidos privados, ya cambiada con un traje apretado y la pollera del tutu, que tan ridícula solía parecerme. Es la única que la usa, las demás se conforman con las mallas que parecen de seda sobre los cuerpos. Las observo cambiarse por unos instantes, les veo las piernas delgadas, el vello del pubis, las costillas que se insinúan en algunas. Si este fuera mi cuerpo real, jamás me atrevería a desnudarme y sentirme mirada por todas. Envidio su confianza. Cuando Alice sale del vestidor, con su traje que parece a punto de estallar para contenerla, salgo de mi contemplación. Me quito la remera y comienzo a cambiarme.

No tardo demasiado, aunque los segundos de estar desnuda en otro cuerpo me resultan electrizantes. Al último quedan los zapatos, que ajusto dudosa; pero al ver mi magra obra Alice levanta una ceja, como preguntando qué está mal conmigo. Me río, simulando estar bromeando, y los desato. Intento caminar con ellos desatados, y por poco no caigo. Alice me sigue examinando. Quedo descalza de nuevo, los tomo, y voy al lado de otra chica que también se está demorando; disimuladamente imito sus movimientos con las cintas, cruzándolas, volviéndolas un soporte para todo mi pie y talón. Ella termina, se los ajusta, y luego descubre que estoy cerca y me mira con admiración, observa su trabajo como temiendo no se compare a lo que he logrado. He logrado más bien poco, pero al menos puedo caminar. La punta de los pies me pesa. Considero ir en puntillas, pero al primer instante me percató de que podría romperme el empalme. Hm.

Saldré de aquí magullada.

Me resigno a ese hecho, y acompaño a las demás de vuelta al salón principal. Ellas adoptan una posición preestablecida, siguiendo un ritual que sin duda ya lleva años y al cual acuden como patitos en fila. Desde luego, espero a que se ubiquen y luego con torpeza camino hacia donde veo un hueco, entre Candice y otra joven de rostro feo. El hecho de que dirijan sus miradas al frente me dice que acerté. Las imito, y la profesora DuMarque nos recorre una por una.

-Jossie, has engordado de nuevo. Clara, levanta el mentón. Alice... perfecta. Anna, cierra un poco las piernas. Muy bien Candice. Te has estado ejercitando en las vacaciones, lo noto. ¿Elia, podrías cambiar de lugar con Juliana? Sí, sí, así está bien. Y Mina...

Me observa detenidamente, de arriba abajo. Me mantengo quieta como una estatua.

-¡Perfecto!- sonrío.

"Puedo hacerlo." la posibilidad me inunda *"No puede ser tan difícil. Quizás pueda..."*

-Comenzaremos con una práctica de calentamiento y estiramiento. Pondré la música. Quiero que los pies se les acostumbren, luego haremos las posiciones sentadas. Tómense de las barras.

Entonces la formación se rompe, y algo perdida sigo a mis compañeras a otra parte del salón. Unos caños de acero emergen desde una pared, a algo más de un metro de distancia del suelo. Con un orden que me sorprende ellas se van posicionando al lado de los caños, una por una, dejando un hueco para mí entre dos cuyos nombres desconozco.

Ocupo mi lugar otra vez y miro de reojo a Alice, que permanece erguida y serena. Siento un trago de amargura; ante la luz, realmente se puede apreciar su hermosura.

“Pero tranquilízate. Eres Mina.”

Asiento para mí misma. Soy Mina.

Veronique DuMarque se pasea entre nosotras. Las manos de todas están bien aferradas a la barra de acero, el caño tiene un helor que contrae mis dedos. Un cosquilleo letárgico baja desde mi pecho hasta mis rodillas.

Se hace una pausa tensa.

La profesora habla.

-Battement Dégage.

Las chicas levantan su pierna derecha, dejándola sin pasar el ángulo recto. Apresurada, intento hacer lo mismo. La elasticidad del cuerpo de Mina me sorprende, pues mi pie logra subir por encima de mi cintura, fuera de control. Lo desciendo antes de que DuMarque note algo.

Sólo Alice me mira de reojo, con el ceño fruncido.

-Izquierda. Battement Dégage.- se vuelve a oír.

Todas repiten el mismo paso, pero con la otra pierna. Esta vez estoy más preparada y consigo lograrlo casi al mismo tiempo. La leve asintonía de mis movimientos hace que otras compañeras se vuelvan hacia mí veladamente, pero ninguna hace comentario alguno.

Me concentro, aunque comienzo a enrojecer. Mi respiración parece dominarme; en cierto modo, casi todo de lo que me entero es que estoy respirando cada vez más fuerte.

-Ronds de Jambe.

Atrás, adelante, a mis costados, las alumnas de danza hacen un giro particular: en el que levantan el pie derecho barriendo el aire, tanteándolo con el peine, con movimientos que jamás había imaginado ver. Entonces sin pensarlo demasiado decido imitarlas, en un arranque brusco. No quiero que la profesora note mi demora. Pongo mi peso en la punta de mis dedos, levanto mi pierna e giro intentando mantener la gracia. Pero un arranque de dolor me sacude el tobillo que use como eje, ahogándome un quejido.

Sin poder evitarlo caigo contra mi trasero, y la práctica se interrumpe.

Varias de las chicas me miran. El asombro, la pena, la consideración las recorre a todas como un murmullo eléctrico, sosegado.

-¿Mina? ¿Estás bien?

-¿Te golpeaste?

Las rodillas me duelen. Algo caliente me sube por la garganta, me contengo, intento detener las lágrimas que humedecen mis ojos.

-Sí. Perdón.

-¡Cariño!- la profesora DuMarque se acerca- ¿Qué fue? ¿Un calambre?
¡Oh, cielo!

-Necesito ir al baño.

Al terminar de decir la última palabra rompo a llorar. Me siento tan idiota. ¿Qué hago haciendo esto? ¿Por qué locura lo intenté? DuMarque silba a una de las chicas, le pide que me acompañe. Logro ponerme de pie, camino junto con ella hacia los vestuarios. El tratamiento es exagerado. Fue una caída, apenas duele ya, y sin embargo me siento mal, muy mal, como si todas las frustraciones de mi vida estuvieran confluyendo en este punto, liberándose con los gotones calientes que resbalan por estos ojos prestados, por este cuerpo prestado.

Llego a ver de reojo a Alice, examinándome muy atenta. Debe sentirse muy satisfecha. La chica que antes me alcanzó el uniforme me ayuda a llegar al vestuario, me siento en una de las tarimas, no me atrevo a mirarla. ¿Qué pensará de mí? ¿Y las otras, las demás? Ahora Mina será objeto de burlas.

-¿Necesitas agua, Mina?

-No. Estoy bien.

Los estertores de mi lloro me desmienten. Esto es irritante. Las lágrimas no dejan de fluir. La chica me mira, con evidente pena, y al último, indecisa, decide marcharse. Quedo de nuevo allí. Los pies me duelen, las rodillas me duelen. ¿Por qué? ¿Qué es lo que me hace tanto daño de esto? Es una cosa estúpida. No tendría por qué saber danzar, nunca lo hice, este no es mi cuerpo.

No.

Es precisamente por eso. Si Mina era popular, y era querida y respetada, yo, Liseth, usando su cuerpo debería ser igual. No tendría que fallar. No tendría que caminar con la cabeza gacha, ni fracasar al intentar hacer los estúpidos ejercicios de estiramiento, debería estar arriba, arriba de todas, al igual que ella lo estaba. Y si no lo estoy, ¿qué significa? No significa más que que el error está en mí, y eso no puedo permitirlo. La oscuridad me va a perseguir siempre, pegándoseme, es imposible no ceder ante su presión.

Me seco las lágrimas con el brazo, y por unos instantes me mantengo quieta como un maniquí, muda, la expresión vacía mientras escucho allí en el salón la música, los gritos de DuMarque, los movimientos de las demás chicas. Creo que es mejor rendirme. No tengo nada que hacer aquí, esto no es parte de lo que soy. Tal vez a veces es mejor no competir.

Me levanto, y me quito los incómodos zapatos. Los odio. Los arrojo con desprecio al suelo, y me levanto, descalza, aún algo dolida y mareada. La puerta roja ya se halla ahí. Ha aparecido incluso antes de que me decidiera a llamarla.

Decido entrar, y pasar allí las horas hasta que la práctica acabe. Luego veré como me las arreglo. Cruzo, la cierro a mi espalda, avanzo por las ruinas con este cuerpo que no es mío y veo a las enredaderas a mi alrededor moverse, las hojas rojas, como si hubieran sorbido sangre, de pequeñas espinas en sus bordes, los tallos con un leve vello blanco, ínfimo reluciendo por la luz que desde más allá llega. El cambio es contundente. Está más fresco que en el atiborrado vestuario, la ventisca me permite respirar. Me voy calmando a mí misma, poco a poco, hasta llegar.

Kain dormita contra la pared, del mismo modo que la última vez. Es claro que no se ha movido en todas estas horas. Yo me echo del otro lado de la abertura, sosteniéndome las rodillas con los brazos. El cabello negro me escuece, la debilidad de mis huesos me resulta molesta. Un poco más allá,

cruzando el perfil del fantasma, mi verdadero cuerpo permanece atado por entre el verdor, en un apacible sueño.

-Te noto triste.

Habla con los ojos cerrados, pero esta vez no está soñando. No sonrío, sino que parece aguardar mi respuesta en calma.

Vuelvo a mirar la piel magullada sobre mis rodillas, y hundo el mentón entre ellas. No respondo.

Kain abre un ojo.

-¿Ocurrió algo, Liseth?

Niego.

-Estoy bien.

Su cabeza reposa más contra la pared.

-Esto quizás te parezca extraño- me dice- Pero siento cierta... Conexión entre nosotros. ¿Es extraño?

Me mira, aguardando una respuesta. Niego. Podemos hablar con la mente, algo como eso no suena del todo impensable.

-Entonces- continúa él, echándose hacia delante y pasando sus manos pálidas por el suelo arruinado- Creo que puedo saber a ciencia cierta cuando te sientes mal. Bueno, no es que lo ocultes mucho tampoco.

No respondo.

-Está bien- da una sonrisa trémula- No te obligaré a hablar. No es que pudiera, si quisiera.

Vuelve entonces a reposar hacia atrás, y cierra los ojos.

Debe ser digno de un cuadro, el vernos a ambos allí contra el muro de este otro mundo, el sol bañándonos: él, blanco, negro y rojo, intenso y hermoso, y yo, un cuerpo prestado; ojos fijos en la nada, tan encogida como puedo. Un pintor sabría hacer que su quietud mostrara, desde luego, ese interés por saber lo que me ocurre, y que mi mirada tuviera grabada en su interior todas las penas que se intercalan en mi mente, todos los reclamos al pasado que se apilan uno tras otro. Así nos mantenemos por un buen rato. Quizás son minutos, quizás segundos, quizás llega a pasar una hora.

Pienso en muchas cosas. En las demás alumnas que danzarán, en la mueca de Alice, en las explicaciones que deberé dar. En el instituto, en Harrold hablándome de máscaras, en Matt y Kari, y Norbert riéndose, en mi padre, en mi miedo, mi infancia, mi secreto, Mary, mis otras amigas, las incontables veces que pasé encerrada en el cubículo de un baño entre lágrimas.

Mi mente comienza a vagar. Va por distintos recuerdos, distrayéndome del dolor que me agobia. Va por cuando me hallaba entre compañeras, en primer año, y reíamos intercambiando bromas sobre uno de nuestros amigos, va por mis desayunos y cenas con Thomas, por el día en el que me llevó a los juegos en la plaza, verlo fumando un cigarrillo sentado en el banco, agotado por la pena luego de la muerte de su esposa, va por mi pequeño gato sin nombre, lamiéndome el dorso del pulgar y apoyando las pequeñas patas en mis muñecas, juguetero.

Otra memoria irrumpe, sacudiéndome. Una mucho, mucho más reciente: yo, y ese hombre, ese hombre viéndome desde el otro lado del pasillo, sus gafas oscureciendo la forma de sus ojos con su resplandor.

Julián. Abro los ojos, para avisarle a Kain.

Pero lo hallo muy cerca. Mi corazón da un vuelco. Está cernido sobre mí, inclinado, el fulgor carmesí de sus ojos examinando algo con detenimiento. El cabello ondulado, azabache le oscurece las facciones. No puedo hablar.

Entonces entiendo lo que mira. Está concentrado en las raspaduras de mis rodillas, en la sangre seca sobre ellas. Parece como si se dispusiera a besarlas.

Quedo detenida, sin saber si retroceder, si adelantarme, qué responder. Kain alza la vista y me observa calmamente.

-Estás lastimada.

-Sí.

-¿Alguien te hizo eso?

Al decir esas palabras un aura parece extenderse a su alrededor, como un calor que me horroriza. Es emoción latente: ira, furia, venganza, una onda que parece sacudir su entorno, a punto de estallar. Vuelvo a percatarme de lo aterrador que sería él si se lo propusiera.

-No. Fui yo sola.

Sigue sin alejar distancias. Sus ojos vuelven a la superficial herida.

-¿Cómo?

Lo miro.

-Intentando... Quería hacer los ejercicios de danza.

-¿Danza?

-Mina hacía danza.

Su expresión parece aturdida por unos segundos. Vuelve a echarse hacia atrás, sentado.

-Y tú quisiste...

-Quise intentarlo, sí- afirmo, mirando al suelo- Así no despertaría sospechas. Pero no puedo. No soy capaz.

Permanece observándome un largo rato.

-Comprendo.

-No entiendo... ¿por qué? Este es su cuerpo. Debería poder. Pero caí, al primer intento. Es injusto.

-No creo que sea algo que alguien pueda conseguir en su primer intento, Liseth. Se necesita práctica.

-Lo sé- suspiro- Ya no importa. Diré a la profesora que abandono. No tenía sentido intentarlo.

-¿No?

No comprendo el sentido de su pregunta. Vuelvo a ver las marcas en mi piel, rojas. Una parece tener la forma de una polilla.

Kain da un suspiro.

-Es una pena. Pienso que... Hubiera encajado bien contigo.

¿Encajado? ¿De qué está hablando?

-Liseth- duda- A veces te veo y me pareces una criatura atada. Como una mariposa presa en una tela.

Ve mi expresión, y se sacude el cabello.

-Lo siento. Estoy diciendo tonterías.

-No. Gracias.

-Es sólo una impresión- se inclina de hombros- Eres bella. No me refiero a ese cuerpo, sino a ti. Sin embargo, creo que te gritas a ti misma lo contrario demasiadas veces. Últimamente lo pensé. Quizás bailar te hubiera ayudado, quizás ponerte más en la vida de otra pudiera haberte servido. Creo sentir...

Tengo la impresión de que en algún punto de mi vida supe algo sobre eso. Que te hubiera dado alas que pudieran guiarte.

La sangre otra vez inunda mis mejillas. Cada vez me siento más estúpida.

-Puede ser.

De todos modos, mi corazón está latiendo con fuerza. Y no es sólo por Kain, sino por sus palabras, siento atravesar en mis venas una determinación oscura, que me impulsa a querer levantarme ahora mismo, a volver allá, a derrotar a Alice, a todas las demás chicas, a ser admirada y reconocida. El pulso me invade, se estremece a mi alrededor. Yo... *deseo*.

Por sobre todas las cosas, yo deseo.

-No me tomes en serio- retrocede él- Quizás debas...

-Voy a volver- digo.

Se interrumpe y me mira. Cuando le devuelvo el gesto mis ojos deben de tener un resplandor que le asombra. La boca se le convierte en una línea recta. Levemente, el contorno de sus ojos se expande.

Me pongo de pie frente a él.

-Muchas gracias- digo, sacudiéndome el polvillo bajo mis piernas y la parte trasera de mi malla.- De verdad.

Kain no responde. De pronto parece él el ruborizado.

Para evitarme vergüenzas me marchó, por el pasillo hacia la puerta roja. Pero antes de retirarme recuerdo lo que quería decirle, cuando ocurrió todo esto.

-Kain. Creo que sé quién es tu asesino.

-¿De verdad?

-Tengo una sospecha. Te la contaré luego. Ahora...

"Ahora quiero reclamar. Reclamar todo lo que deseo."

No agrego lo último, sino que me dirijo hacia la salida del Palacio.

LIII

La profesora DuMarque y alumnas vuelven a tomar posturas elegantes, y sólo desarman su formación cuando la maestra les hace una seña, dirigiéndose a mí.

-Mina, cariño. ¿Te sientes mejor? ¿Quieres que Gerardo te acerque a tu casa?

Niego.

-Quiero intentarlo de nuevo.

Pienso que Veronique DuMarque va a dudar, pero su rostro se ilumina. Da un aplauso triunfal, que hace ecos a lo largo del salón, y yo siento las miradas de todas clavarse en mí, inclusive la agria de Alice. Pero evito volverme a ellas, concentrada en otra dirección. Es una dirección que no está frente a mis ojos, sino en el interior de mi corazón. Mi corazón es algo opaco, rebosante, un manantial indetenible. Sé eso.

Lo sé.

Mis zapatillas de bailarina están fuertemente atadas. El cuerpo de Mina responde como si fuera totalmente mío. DuMarque toca el equipo de música, retrocede, le da play. Las otras chicas me observan desde el escenario, y yo, de nuevo, totalmente de nuevo, totalmente nueva, me concentro, intento comunicarme con los reflejos de este cuerpo, con su memoria, con todo lo que vivió.

“¿Mina, estás ahí?”

No hay respuesta alguna. Pero creo poder sentir en mí su presencia mínima, muda, un resquicio diminuto. Debe tratarse de su vida.

“Mina, te necesito.”

Pulsaciones. Latidos. Venas que llevan sangre ardiente, sudor molesto, los aromas y sonidos del aire. Levanto un pie, me pongo en la posición anterior, de puntillas, me estiro cuanto puedo. Mantengo un perfecto equilibrio.

“Mina...”

Me interrumpo. Algo similar a una voz surge, distorsionada, terrible. Entonces rebusco, siguiendo esa señal. Hondo, bien hondo, mucho más hondo de lo que jamás me he atrevido a adentrarme, algo en mi alma, en mi cuerpo, algo de eso que me ha seguido durante toda la vida. Pero es como si eso me buscara en cambio a mí, me poseyera. Sin pensarlo he levantado una pierna: la he levantado toda, apuntando hacia arriba, me he abierto con una elasticidad que mi cuerpo original jamás hubiese podido obtener. Las alumnas me observan maravilladas. La profesora sonrío.

Pero no he terminado. Lo que sea que controla mis movimientos me mueve, me hace girar, inclinar la rodilla, juntar los brazos y dejar los codos rectos: mis ojos cerrados, mi espíritu calmo. Piso de nuevo, firme, extendiendo mi otra pierna, salto y caigo con gracia. Un movimiento sinuoso, como la corriente de un río, un baile al desnudo frente a los ojos de todo el universo, estrellas sobre mi cabeza y nada bajo mis pies, sólo aire en el que floto y me deslizo, con la seguridad de una reina, bajo un coro que no es la música del reproductor, un coro que se extiende rebasándome. Mi cuerpo no transpira mientras hago los movimientos. Uno, otro, otro, un paso, un corto desliz, un giro, una media vuelta, una rodilla herida que se levanta, apuñalando el entorno, codos que se doblan y confluyen a la perfección, la libertad máxima de todo mi cuerpo. Por instantes tengo todo eso, estoy sola, me dejo llevar.

“¡LISETH!” escucho.

Me paralizó. El baile ha terminado, estoy haciendo una reverencia, miro al suelo y despierto. Estoy aquí, en el Salón de Danza de Veronique DuMarque. Estoy aquí, y levanto mi rostro, sorprendida por lo que yo mismo he hecho.

Una decena de caras me observa con bocas abiertas. Al principio sólo hay silencio. Y luego, primero la mentora, y siguiéndola el resto, una bandada estruendosa de aplausos sale de todas ellas y me conmueve, logra regalarme algo que creí jamás iba a obtener en esta vida.

El suceso me ha dejado en un éxtasis, pero por ello también un poco me distraigo. Una vez las chicas me felicitan y los aplausos terminan, el silencioso Gerardo se aparece desde la entrada y hace una seña. Por los ventanales se adivina que la oscuridad domina de nuevo al pueblo. Es hora de regresar a nuestros hogares.

Lo que me vuelve a dejar en esa disyuntiva. ¿Qué debería hacer? Mi confianza y seguridad al danzar, al evocar esa parte de Mina en mí, por dentro flaquea sabiendo que estoy a punto de pasar un mal momento. Veronique DuMarque nos acompaña de vuelta a la traffic, todas nos subimos, cansadas, Gerardo cierra la puerta con gran estrépito y el vehículo se pone en marcha.

Está oscuro. Me concentro en el respaldar del asiento que tengo al frente, pensando. Tal vez debería seguir mi plan. Sí. Volveré a la escuela, abriré la puerta, pasaré la noche en el Balcón y asistiré a clases mañana en mi cuerpo original. Parece la opción más acertada.

Las gomas repiquetean, el rostro de mis compañeras es de somnolencia. Veo a la más pequeña, Elia, dormirse con la cabeza golpeando contra la ventanilla, y Jossie y Juliana se burlan enternecidas. El vehículo se detiene y DuMarque me mira.

-¿Mina? Ya llegamos.

"¿Yo soy la primera?" me espanto. Veo afuera, en donde se adivina una casa chata y elegante. Mina vive lejos. Todas me miran, y yo pienso, pienso, pienso qué puedo hacer. No quiero entrar a esa casa. No quiero enfrentar a los familiares de Mina, sean quienes sean.

Me vuelvo a Alice.

-¿Podría dormir en tu casa esta noche?

Se sacude, como si le hubiera pedido un pedazo de su cabello.

-¿Por qué...?

-¡Sería fantástico!- añade Anna tras nosotras- Las tres podríamos hacer una pijamada. Alice, Alice, ¿no querrías?

La miro, agradecida. Su insistencia me está salvando. Alice no se decide, duda, luego parece contenerse para no chasquear la lengua y asiente.

-Está bien.

Anna da una risita triunfal. El asunto de dormir está resuelto. Ya no tengo que intentar justificar por qué no quiero ir a mi casa, o hacer el extraño pedido de que me dejen en la escuela. Me relajo entonces en mi asiento, y dejo que el silbido del viento que se cuele por entre las ventanillas me adormezca. Cada tanto la portezuela se abre, el vehículo ha parado, Veronique DuMarque

dice un nombre y una de las chicas baja, saludándonos. Las otras les responden a coro, pero progresivamente ese coro va disminuyendo hasta que sólo queda una, y al despedirse, sólo yo y Anna hacemos algo similar a un saludo. Alice permanece con los ojos cerrados, como si sufriera de una dolorosa jaqueca. ¿No quiere tenernos en su casa? La idea me divierte aun más. Sus sentimientos no me resultan importantes.

Cuando el transporte se detiene de vuelta sé que hemos llegado. Ha sido casi una hora de viaje. Al bajar junto a las otras dos el firmamento me parece magnífico, moteado de estelas plateadas que parecen resonar con el cantar de los grillos.

-¡Diviértanse, chiquillas!- nos saluda la profesora. El transporte arranca de vuelta. Y ante mis ojos se revela la casa de Alice, recortada contra el horizonte.

Pero no es una casa. Se eleva con dos, tres pisos, precedida por un camino que bordea un jardín descuidado; la estructura domina la visión con su imponente y me deja anonadada. Es una verdadera mansión.

Me vuelvo hacia ella de reojo. No me atrevo a decir nada; desde luego, es natural que Mina ya la haya visitado antes. No debo actuar sorprendida. Además, ¿qué me sorprende? Hubiera sido iluso esperar otra cosa. Alice tiene dinero, sus padres deben tenerlo, y desde luego no vivirá en un cuchitril.

Cruzamos el camino y observo las flores marchitas, el césped descuidado. Su servicio de jardinería es inexistente. Luego Anna le tiende unas llaves, la enorme puerta chirria, y Alice pasa sin invitarnos. Anna la sigue y por último entro yo, todavía algo desbordada.

Alice no cierra la puerta. Se quita la camisa, la deja sobre un perchero, y nos mira con disgusto velado.

-Pueden dormir en la habitación que quieran- dice.- Sólo tengan cuidado con las escaleras.

-¿Y comer?

Su ceja se inclina a niveles insospechados.

-Alice- la palmea Anna- Eres muy poco servicial. Después de tanto movernos, ¿no tienes hambre?

Ella parece bufar.

-Veré qué hay en la heladera.

Nos sonreímos. Anna toma dirección y yo la sigo, y ambas pisamos los escalones llenos de polvo, que me provocan ganas de estornudar. Hay cuadros en las paredes, la mayoría ya tan viejos que se han oscurecido, adornos de ángeles que creo son de oro puro, orfebrería de plata y velas antiguas, sin uso. Apesta a vejez, y, sin embargo, también es magnífico. Todo el sitio cruje con cada paso que damos.

-Los padres de Alice no cuidan mucho este lugar- comenta Anna viéndome de reojo.- Pero estoy segura de que si de ella dependiera, estaría impecable.

Sonrío. Típica seguidora, intentando justificar a su ama.

-Puede que te escuchen.

-¿Lo crees?- ríe ella- Si siempre suelen estar del otro lado de la casa.

Me callo. Tengo que agradecer que Anna sea claramente una idiota, de lo contrario podría haber hallado mi ignorancia sospechosa. Estoy segura de que Alice no se hubiera tomado tan a la ligera que yo soltara ese comentario.

Pero pensándolo bien, de nuevo, no tengo necesidad de preocuparme. ¿Cuál es mi miedo? ¿Qué alguien me señale y diga “no eres Mina”? Estas personas, todas ellas, se mueven en las posibilidades de lo racional, de lo que creen válido. La posibilidad de que Mina no sea Mina no se les pasaría jamás por la cabeza. La propia concepción de lo que existe para ellos les impide que puedan descubrirme. El pensar eso, el saborearlo, me llena de gozo. Soy libre.

Cuando subimos a lo que cálculo es el segundo piso, Anna abre sin preguntar una puerta cualquiera y allí entramos. Hay varias camas tendidas, que parecen no haber tenido uso en años. El cuarto da a un balcón abierto, desde donde el aire frío del pueblo se inmiscuye erizándome los vellos de la nuca.

La veo saltar sobre una de las camas, abrazar la almohada con ternura. Más displicente yo la imito, eligiendo la del medio. Hasta esto lo hago a consciencia. Seguramente es la cama en la que Alice suele ponerse, pero esta vez será distinto.

Mi compañera parece adormecerse a los segundos. Unos minutos después llega Alice, sosteniendo una bandeja, y asumo que sus padres la han regañado pues parece alicaída al llegar y depositarla sobre el mostrador del espejo, cerca de viejas muñecas de porcelana y tinturas de cabello, para que nos sirvamos. Hay jugo, sándwiches, y unas galletas que figuro las ha buscado a propósito de la alacena más perdida, pues son duras como la piedra. No es una comida muy digna de semejante mansión, pero decido perdonárselo. Me parece claro que somos invitadas no deseadas.

-¿Dormiremos aquí?- pregunta.

-Es tu casa.

-¿No te gusta?- despierta Anna y la mira. Alice suspira.

-Por mí está bien. Iré a buscar mi pijama.

Nosotras la vemos partir, y yo procedo a engullir sin demasiados modales la magra cena. El jugo tiene un leve sabor metálico, que no me disgusta del todo. La miga de los sándwiches esta sosa y desabrida, y la mayonesa parece vencida. No queda más que conformarme. Desde luego, al regresar Alice enfundada en una bata de seda rosada, tan típica, no se dispone a echar bocado alguno de todo lo que nos ha servido. Sin decir nada se arroja en la otra cama, y mira el techo de vigas, un techo no muy distinto al que veo yo todas las noches desde la casa de los Weigler.

Aunque, no lo dudo, seguro también su habitación tiene una cama con dosel, mil posters y fotos, todas las cosas que puedo esperar de una chica como ella.

-Hoy me sorprendiste, Mina- me sonrío Anna- Te veías tan llena de vida.

-Gracias. Supongo que estaba inspirada.

-A mí DuMarque me regaña todo el tiempo- se rasca ella el cabello.-

Alice, ¿crees que lo hice mal?

-Simplemente pasas.

La otra bufa, resignada. Yo sonrío.

Permanecemos las tres acostadas, cada una pensando en sus cosas. Por mi parte estoy saboreando esa victoria en el salón, los rostros admirados de las demás integrantes, el sentirme libre dentro del baile y al recibir sus aplausos. Verdaderamente mi vida está dando cambios positivos. Y si continúa así, si es tan perfecto como lo ha sido hoy, no existe en mí ya intención alguna de

rechazar las clases de danza. Siempre y cuando tenga el cuerpo de Mina, podré hacer lo que quiera.

Sí, la posibilidad es un deleite. Pienso en todas las cosas, en todos los que podrían adorarme, en la envidia que podría despertar en tantas. Kain no podría comprenderlo, pero no tiene porqué saberlo. Estoy seguro de que él ha pasado por cosas terribles. Lo sé. Pero también sé que yo he pasado por mis propias pesadillas, y que no pienso volver a ellas. No, ciertamente no volveré. Las dejaré atrás, las enterraré bajo mares de éxito y disfrute, seré una mujer nueva. Y Mina me servirá para ello.

Pensando en aquello me dejo llevar, ocupada por la somnolencia. Esta cama es sorprendentemente cómoda, más firme que la que tengo en el hogar, me hace sentir en reposo, flotando a la deriva como en una balsa. Cuando el sueño comienza a irrumpir, diversas voces flotan, fragmentos de discursos, imágenes aisladas me invaden sucesivamente; Matt llevando a Waldorf, Kari parlotando, el gemido iracundo de Wilhelm, la risa amable de Norbert, rostros, una sonrisa, una mirada incandescente, el rostro de Kain, tan cerca de mis rodillas lastimadas, el sonido de hojas secas al ser pisadas, el bullicio de mis compañeros, los ecos del salón de danza, el calor del vestuario, el caos sinuoso de mis movimientos al bailar, como si fuera una marioneta controlada por alguien más, rodeada de oscuridad. Comienzo a caer dormida, hundiéndome más y más en un placer sosegado.

-Mina- me dice Alice, su voz, mientras me hundo.- Mina.

-¿Hm?

Imágenes, Julián viéndome, pasillos, sangre. Jamás me he sentido tan relajada.

-¿Recuerdas...? ¿Recuerdas esa vez que trepábamos el árbol, y me lastimé? ¿Recuerdas cómo lloraba?

Sigo tranquila, dejándome llevar. Apenas la escucho.

-No.

No sé de qué habla. Tal vez es una patética amenaza, pero no me interesa. Sólo sé que luego de eso Alice no vuelve a hablar, o quizás yo ya me entrego de todo al mundo onírico y no la escucho, viajo por horas por cielos distintos, agotada y feliz, sueño con cosas que ríen, con golpes y gemidos tras paredes, con un mundo nuevo en el que por fin puedo vivir y asentarme.

LV

Mi reparo al regresar al instituto -cosa que por cierto hacemos las tres en la traffic de Gerardo, que al parecer es quien se encarga de llevar a Alice y a

Anna al colegio junto con la profesora- es absoluto, más considerando que pude bañarme antes de salir; no la clásica ducha que tomo siempre, sino lavarme en uno de los baños de la mansión: una bañera algo oxidada pero magnífica, en donde el agua fluía caliente y por fin pude verme descubierta del todo; la piel pálida que no me pertenece, los pechos apenas existentes de Mina, su vello, los pies algo encogidos por la danza y las extremidades flacas como huesos. Me bañé a consciencia haciendo uso de una esponja dura y perfumada, y luego Alice; en un arranque de solidaridad que no le esperaba, nos prestó tanto a mí como a Anna ropas con las que cambiarnos, ropas dignas de ella que me ceñí con gusto, contenta de obtener una muda respetable para mi otra vida.

No planeo devolverlas.

En cuanto llegamos, me sorprendí. Las tres marchamos con paso apresurado, y sentimos a nuestro alrededor los rumores, el murmullo que viajaba de grupo en grupo, por todos los cursos del colegio. El timbre tocaba, pero muchos permanecían afuera. Alice miró a sus costados, hizo una seña, llamó a un estudiante cualquiera que le obedeció tal si fuera un perro.

-¿Qué está pasando?

-No lo sé- se inclinó de hombros el chico, evidentemente intimidado- Dicen que han matado a alguien.

Alice ladeó la cabeza. Yo me sentí palidecer.

-Chicas- tras nosotras, Harold se acercó con prisa. Por una vez no portaba su constante sonrisa- Parece que nos mandarán de vuelta a casa. Hoy no habrá prácticas ni nada por el estilo.

Al verme amagó un gesto triste, pero solidario. Sin embargo, poca atención podía prestarle ahora; me sentía atacada, en alerta, por aquello que había oído. ¿Matado? ¿Habían matado a alguien en el pueblo?

-Dijeron que alguien murió- dijo Alice a Harold. Este asintió.

-Un familiar de uno de los alumnos de cuarto año. Creo que...

-¡A sus aulas!- gritó un profesor que yo desconocía, interrumpiéndonos.- ¡Todo el mundo a sus aulas! ¡Vamos, vamos!

Se miraron, y decidieron obedecer. Varios de los estudiantes eran también empujados por sus respectivos maestros, y por Horace el portero. Un asesinato. Sin duda se trata de eso.

Y es de mi curso.

El terror me embarga de nuevo. Julián. Julián vio que Mina estaba viva, ¿podría haber deducido...? No, es imposible. Y sin embargo, parto corriendo lejos de los tres, en dirección a mi aula.

-¿Mina?- Harold me ve, curioso- ¿A dónde vas?

-¡Debo ir al baño!- le grito. Me zampo tras una pared antes de escuchar su respuesta, busco a mis costados, invoco la puerta. Sin dejar de correr, sin tiempo, llego hacia dónde está mi cuerpo original y me acerco: de algún modo, se siente como si no lo hubiera usado en años. Debo llegar a mi aula. Debo estar allí, y enterarme de que Matt está bien, de que Kari está bien, de que la gente que conozco se halla bien.

Una vez el cambio está hecho, me tambaleo un poco antes de acostumbrarme. Kain se halla sentado frente a la mesa, viéndome con sorpresa.

-¿Liseth? ¿Qué ocurre?

-¡Te contaré luego!- le suelto y vuelvo a correr, para dejar el Palacio. Abrir la puerta en una pared cualquiera ha sido arriesgado. Llevo la mochila fuertemente sujeta a mi espalda, camino por el pasillo casi vacío. David y Rita están en el umbral, hablando. Al verme me llaman, me acerco, pero antes de que puedan decirme nada la profesora Duana nos ordena entrar al aula. Obedecemos, y yo veloz busco con la mirada a Matt. Se halla en su asiento de siempre, y parece calmo. Al verme me hace un gesto peculiar. Es un gesto que parece decir: *"Tú me ayudaste con Waldorf, y ahora tenemos esto. Hemos estado cerca"*. Es algo con lo que puedo concordar.

Ocupo mi sitio al lado de Janet. Ya casi todos están en el curso, en un silencio que parece programado. Nuestra maestra cierra la puerta, y yo percibo el leve temblor en sus manos.

-Chicos...

-Profesora- levanta la mano Lara- ¿Es verdad?

Ninguno de los demás habla. Incluso Janet está muda, y Sally, hasta Gabriel y Rita; los cuatro más parlanchines se mantienen callados. La profesora Duana asiente con pesar.

-Chicos, me temo que nos han informado que la mamá de Candice ha sido hallada muerta, en su casa. Van a suspender las clases por el día de hoy.

Un ruido uniforme recorre todos lados, gemidos de impresión, de sorpresa, de horror y consternación. Candice. La revelación me golpea; Candice, asistió a danza conmigo ayer, compartí con ella mis horas. Debí de haber ocurrido durante esos momentos, y luego, al regresar... Ahora a mí un temblor me estremece, obligándome a aferrarme del borde del pupitre.

Al lado de Ezequiel, Larry levanta una mano que se sacude del miedo.

-¿Fue un crimen, profesora?

Ella no responde.

-Si no fuera un crimen- resuelve Matt- No habría tanto embrollo.

El curso estalla. Dos de las chicas le gritan a Matt, ordenándole que no haga suposiciones, David y Marco lo defienden, Vilma Ludos, una de mis compañeras, estalla en un ataque de nervios y llantos que me parece muy penoso. Hay un asesino en el pueblo. Eso es lo que en realidad, creo que en modos distintos todos intentan digerir. En la mente de todos mis compañeros está concluyendo esa idea; certera; de que alguien afuera quiere hacer daño, y lo ha logrado.

-¡Oh, Candice!- oí decir a una- ¡Con lo mucho que se está esforzando!

Varios consolaban a Vilma. Vi a Irrauldi reír por lo bajo, a Sophie negar, a Cecile mirar lado a lado a cada uno de los que la rodeaban, como si buscara un culpable. Ezequiel estaba mudo, pálido, al parecer tan asustado como Larry, y Elias evitaba por fin las bromas, mientras que a su lado los ojos de Matt Weigler estaban fijos, claramente pensando. Sé en qué está pensando. Está pensando en Waldorf, desde luego, y seguro también en dónde vivía Candice. Lamentablemente, ayer en la traffic me hallaba demasiado dormida como para tomar nota de dónde se bajó ella.

Pero sospecho que no es muy lejos de casa.

La profesora evidentemente no sabe qué hacer, pues mira la puerta de salida cada tanto.

-Chicos, procuren calmarse...

-¡Profe Duana! ¡Cómo puede decir eso!

-¿Quién pudo haber sido?

-Quiero volver. Quiero volver. Mi mamá está sola en su casa, y no queda muy lejos de...

Más barullo, que aturde. Oigo a Irrauldi reír de nuevo su cara brotada de acné torciéndose por la burla.

Esta vez no pasa desapercibido. Uno de los alumnos, de mandíbula cuadrada lo observa.

-¿Algo te causa gracia, Arthur?

Varios los miran. Irrauldi se mide con su contrincante, y luego habla por lo bajo.

-Nada. Pero este es un pueblo chico. Si las cabezas siguen rodando, en una semana quien sea que hizo eso se va a quedar sin qué matar.

-¡Ten más respeto!- le dice otra chica.

-¿Respeto? ¡Por favor! Candice no está...

-Candice debe estar pasando un mal momento, y tú te burlas de algo que...

-¡Yo no me he burlado, cara de mierda!

-¡¿A quién le llamas así?!

-Chicos, por favor- insiste Duana- Sólo esperen un rato. Los dejaremos marchar a sus casas. Estamos llamando a sus padres. Todavía no sabemos bien lo que ocurrió.

-Discutir no va a servirnos- afirma David. Varios a su alrededor comienzan a asentir, y con ello concluye el periodo de ebullición, que da lugar luego a una segunda instancia de silencio; pero es un silencio distinto, apesumbrado, en el que la mayoría se encuentran cabizbajos y yo también pero porque pienso, pienso en este pequeño pueblo y en las posibilidades, en las posibilidades de que este misterioso demente pueda atacarme a mí, a alguno de los Weigler, a Alex o a Jessica. ¿Y qué decir si descubre que quiero investigarlo, que sospecho está relacionado con la muerte de Kain hace diez años? Si algo así ocurre, me convertiré en su primer objetivo. Pues estoy segura de que se trata de la misma persona, que es el mismo hombre que Kain vio antes de caer por el barranco. Y si se trata del mismo, creo entender qué ocurre: un maniático, cuya hambre por muerte ha contenido ya por demasiado tiempo, decide volver a las andadas tras diez años y cobrarse alguna nueva víctima para satisfacer su apetito. Y también, desde luego, busca borrar toda pista que pueda haber quedado en su camino: por eso la visita a la policía antes de que yo llegase, antes de envenenar a Mina. Porque esta vez, imagino, no planea detenerse, y no quiere dejar huellas. No tengo muchas esperanzas para la hermana de Kain, a decir verdad. No creo que él la haya dejado vivir, que sea el tipo de asesino que puede dejar un cabo suelto.

Imagino huesos pequeños, en una tumba sin señas.

El estremecimiento que me sacude me eriza visiblemente. Janet me ve de reojo, seguramente pensando que temo por la noticia. No se equivoca del todo. Quien sea que haya hecho esto, el terror que acecha San Naerit... Por supuesto que me da miedo. Pero también, desde luego, ya estoy acostumbrada a temer. El miedo es una cadena sin límites, en realidad, una cadena pesada que puede cargarse. Con mentalizarse basta, y yo ya me hallo mentalizada.

Debo averiguar más sobre este crimen.

El portero toca la puerta del curso, y Duana le abre. Ambos tienen una charla intensa, por lo bajo, que todos intentamos escuchar sin éxito. Luego la profesora nos mira.

-Pueden marcharse. Sus padres estarán llegando. Les avisaremos por teléfono sobre la asistencia a clases en el resto de la semana.

LVI

En cualquier otro lugar, como Nueva Gabul, un suceso como este no hubiera despertado tal alarma. En mi vieja ciudad, de seguro, la muerte de la mamá de una compañera apenas hubiera causado una pequeña charla en el curso antes de iniciar la jornada. Y creo, en verdad, que era un asunto de peligro: se trata de que mi ciudad era grande, y cuando es grande, un asesino es un rasguño; pero en un pueblo como San Naerit, la idea de un asesino era una daga al corazón.

Lo gracioso era en realidad que hubieran debido hallarse más preocupados. Ninguno de los que ahora hablan a la salida: Gabriel, Elias, Larry, Ezequiel, David, Rita o Sally, Trish, Cecile o Janet, inclusive Matt; ninguno de ellos tiene idea de que hay otra víctima, anterior a la que los hace susurrar, una víctima mucho más cercana como lo es Mina. De momentos, pequeña en mi consciencia, una voz me dice que debo quitar a Mina del Palacio, devolver su cuerpo para que sea investigado, dejarla morir del todo. Pero la acallo rápidamente. *Necesito a Mina.*

-¿Saben en dónde vivía Candice?- preguntó Matt.

-Cerca de mi despensa no- le contestó Elias- Jamás la vi comprar, ni a ella ni a su madre.

David chasqueó la lengua. A su lado Cecile negó, pero Rita sí pudo contestar.

-La casa de Candice estaba por el sendero de las montañas- dijo- La zona cercana a los campos y el río. Matt... No es muy lejos de tu casa, ¿verdad? Él me echó una mirada. Yo asentí.

-Creo que ronda por ahí.

-¡Matti, vas a asustar a las chicas!- añadió Gabriel. Detrás Ezequiel había perdido varios tonos de color. Al verlo Larry le preguntó.

-Zaq... ¿Tú no vives también por ahí?

El pelirrojo asintió muy despacio. Parecía aterrado.

-Mi abuelo...

No alcanzó a terminar su oración. Gabriel le dio una palmada, y Marco, que hasta el momento se había mantenido siempre callado, pareció llegar a una conclusión.

-¿No es allí donde se perdió el perro de Scott?

-¿Scott tiene un perro?

-Ya saben... Blondie, ese labrador...

-A mí me contó eso- dijo Elias- Dijo que había visto a los Cuatro Locos.

-¿Los Cuatro Locos?- Sally pareció enfadarse- Elias, estamos hablando de algo serio.

-Lo sé. Por una vez no bromeo. Eso fue lo que él dijo.

-Debió de haberse confundido.

-¿Creen que vio al asesino?

-Pero no pudo haberlo confundido con cuatro personas.

-Yo los vi. En el bosque. Había una chica.

-Larry, es difícil creerte a ti. Eres un miedoso.

Larry se resignó a no decir más. Yo los oía muy interesada.

-Antes de comenzar las clases- dijo Matt- Algo atacó a mi siberiano, Waldorf. Le cortó una pata.

Gemidos de impresión entre las muchachas, vistazos intercambiados por los varones. Cecile se tapó la boca.

-Me gusta ese perro.

-A quién no. Matt, ¿por qué no nos lo dijiste?

-No me pareció muy importante. Pero los del aserradero organizaron una partida de caza, creyendo que se trataba de un animal. Algunos de los chicos de sexto asintieron.

-Pero no es un animal.

-Quizás.

-¡Matt, deja de asustar a las chicas!

-No nos asustamos, idiota- soltó Rita a Gabriel- No te proyectes en nosotras.

-Sea un animal o no- razonó Marco juntando su uniceja- Sin duda es peligroso. Podría atacar de nuevo.

La historia preocupó a todos menos a los que corríamos peligro; Zaq, Matt y yo. El primero negó, tímido.

-Mi abuelo... Puso trampas. Le dijeron que había algo, y colocó trampas en toda la zona. No es seguro para nadie.

-¿Pudieron atrapar algo?

Negó.

-Sólo venados.

-Lo que prueba que no se trata de un animal. Las está esquivando.

A mi lado, Trish se estremeció de pies a cabeza.

-Chicos... Deberíamos hablar con Candice. Su mamá murió. Debe sentirse fatal.

Hubo un asentimiento general, sentido. A todos parecía llegarle al corazón esa tragedia. Por mi parte, pensé que también debía hablar con Candice. Debía preguntarle cosas. Era posible que ella tuviera una buena idea de quién le había hecho eso a su madre.

Alcancé a captar la mirada concentrada de Matt. Está tomándose esto con calma, seguramente porque presiente que el peligro está cerca. Eso me agrada. Si un demonio ronda nuestra casona, no quiero ser la única que se

disponga a evitarlo. Presiento que este día es sólo el inicio de noches cada vez más oscuras para San Naerit y sus habitantes.

Una bocina conocida suena. Detrás del grupo de chicos que se ha juntado para intercambiar inútiles sospechas, en la calle, veo a Norbert hacernos una seña desde su Twingo. Matt y yo buscamos nuestras mochilas, despedimos a nuestros compañeros, y nos encaminamos hacia el sendero. Para mi sorpresa, Kari ya se halla en el auto: al parecer ha faltado y, en vista de los acontecimientos, no dudo que haya rogado acompañar a su padre a buscarnos, tan sólo para no perderse un instante de lo que podamos contarle.

LVII

Norbert no intenta aparentar que todo está bien, aunque se mantiene tranquilo mientras maneja. En un principio, con Matt en el asiento de acompañante y yo y Kari detrás, parecería una vuelta más, otro regreso cualquiera de un día de clases sin eventualidades.

Sin embargo, alguien atento se percataría de un cambio importante. Norbert no ha puesto música. Ni Bruce, ni Hoody, ni payador alguno se nos cierne desde el estéreo con sus desafinados gritos, sino que todo está callado y los cuatro nos mantenemos en ese silencio obstinado. Pero hay pequeñas tensiones. Norbert mira al frente, sus ojillos concentrados en el camino, seguramente rememorando un poco de lo que ha estado oyendo toda esta mañana. Kari me hace señas con las cejas.

Matt en cambio mira a su padre. Noto que lo ha estado observando desde hace unos buenos minutos. Es obvio que intenta presionarlo para que hable, pero Norbert no parece darse por enterado.

Y cuando Matt parece llegar a la misma conclusión, decide hablar:

-¿Les dieron el cuerpo, verdad?

Hay un impulso eléctrico, incontrolado, en los dedos de Norbert Weigler sobre el volante. Kari y yo nos miramos. Él traumatólogo suspira.

-Desde luego, Matti.

Es la primera vez que lo llama con un diminutivo. Creo adivinar que significa que se halla nervioso.

-¿Pudiste verlo?

-¿Verlo?- sonrío Norbert, y marca un ritmo en el tablero del auto. Doblamos, pisando más montañas de otoño que crujen contra las llantas.

-Al cadáver, papá. A la mamá de Candice.

Norbert da un bufido enfadado.

-Sí. Pude verlo.

-¿Y? ¿Cómo la mataron?

Esta vez los ojos de Norbert sí se clavaron en su hijo.

-Matt, tu hermana y Liseth están ahí atrás. Es un tema demasiado escabroso como para discutirlo en este momento.

-No le haría mal a Kari el que la incluyeses- se inclinó de hombros él- Y confío en que Liseth está tan interesada en todo esto como yo. Mataron a alguien, papá. Sabes que el pueblo entrará en un frenesí.

-No lo dudo- el camino subía, subía y los pinos ya se presentaban en su extensión ante nosotros, que regresábamos a una casa que ahora parecía una fortaleza entre el peligro- Pero aun así no me parece motivo para darte detalles sobre lo que ocurrió. Déjales los cadáveres y los asesinatos a los adultos, Mathew.

-Se trata de una de mis compañeras.

-Más razón para evitártelo.

Matt pifió. Yo decidí ver si podía torcer a Norbert a nuestro favor.

-Señor Weigler... ¿Al menos no podríamos saber cómo la mataron? Tan sólo... O quizás ir al hospital y ver...

Los ojos verdes de Matt se clavaron en mí desde el retrovisor, sorprendidos.

-¡Buena idea! Papá, podrías acercarnos en tu trabajo para...

-¿Es que ustedes dos están locos?- concluyó Norbert- ¿Llevarlos al hospital para ver algo como eso? Lo siento Liseth, pero dudo que a tu padre le agrade la idea. Y en cuanto a ti respecta, Matt, debo decir que ni en sueños. Deberán satisfacer su morbosidad de otro modo.

Y así, cerrándose del todo a nuestro pedido, apretó un botón del estéreo dando por finalizada la charla. En el último tramo a casa analicé su gesto, con detenimiento: dudaba de que Norbert se hubiera enfadado con nosotros y, en efecto, todo lo que detecté en él fue una profunda preocupación. Esa preocupación le duró hasta que llegamos, hasta que cerró la puerta con tranca y dejó sus cosas en su estudio, cuando lo vi por fin dejar escapar la tensión de sus hombros y lavarse las manos, preparándose para hacernos de comer.

LVIII

El sólo día que pasé en el cuerpo de Mina Harvnes se sintió como toda una semana, y cuando puedo echarme de nuevo a mi cama, sin haber tenido que atravesar la fatiga del colegio; lo hago arrojándome con un suspiro que viene de lo más hondo, como si regresara de una larga jornada.

Por unos buenos minutos quedo así, entregada, y las conocidas vigas del techo me saludan con su silencio. Lo rústico de mi habitación siempre es acogedor, el suelo de madera, mi armario entreabierto, hasta la muñeca de Wilhelm que permanece sobre mi mesa de luz. Me gusta este lugar. Mentiría si dijera que los departamentos y casas en las que viví con mi padre se le asemejan. Creo que la paz, la naturaleza, todo eso en verdad me está haciendo bien.

Sonrío para mis adentros. O quizás son otras las cosas que me hacen bien.

Vuelvo a sentarme. Me dirijo al armario, lo abro de par en par, me contemplo en el viejo espejo que está clavado detrás de la puerta, mi cuerpo completo frente a él. Me fuerzo a mirarme. Kain me llamó bella, lo que quedó rondando en mi mente por un buen tiempo, pero el arranque de optimismo que sus palabras me infundieron se diluye rápidamente. No soy bella. ¿O sí? Me quito la sudadera, examino mi piel hundida bajo los ojos, tomo un mechón de cabello rubio oscurecido y lo observo. Quizás debería intentar vestirme más a la moda, como Alice o Mina. Continúo observándome, insegura. ¿Qué me falta? ¿Me falta algo, en realidad? Sí, no puedo compararme con Mina. Eso me enfermaría habitualmente, pero ahora no me importa. Es un hecho. Y yo soy Mina. No tiene por qué molestarme.

No voy a cambiar mi vestuario, de momento. Recuerdo, en mis primeros años del instituto, a una chica de la cual solíamos burlarnos. Esto era antes de que me odiaran. Recuerdo que solía vestirse con ropas que le quedaban anchas; tenía una familia en la miseria que apenas podía pagar su matrícula, y muchos hermanos que le cedían sus prendas, para no tener que gastar. Todos se reían de ella. No recuerdo su nombre, ni me interesa recordarlo. En esa época yo recién comenzaba a hablarme con Mary. Y luego...

Esa chica comenzó a vestirse bien, pero a nadie le importó. Es más, me atrevería a decir que se lo tomaron a broma. Resultaba hilarante para el colegio de Nueva Gabul que ella pretendiera estar al nivel de los demás.

No sé qué pasó con ella, pero por mi parte no planeo repetir su error. En San Naerit, de momento, no me odian. No tienen motivos para hacerlo. Y todo lo que yo que quería era una vida normal, invisible. ¿Pero puedo obtener más? ¿Cuánto puede darme Mina? Más, más y más.

Más.

-¿Lis?- toca Kari la puerta.

Cierro el armario, y veo algo negro reflejado en el espejo.

-¡Adelante!

Ella pasa corriendo y me abraza.

-¿Lis!- se echa sobre mí, casi derribándome- ¿Oíste todo eso? ¿No tienes miedo?

Sonrío.

-Preocuparnos mucho no ayudará.

-¡Qué valiente!- dice ella, y se arroja sobre mi colchón- Yo no sé qué pensar. Por un lado, si llegara a ver alguien que quiere hacerles daño a ti, o a papá...

-Le patearías el trasero.

-Me conoces- asiente- Pero por el otro...

Un temblor le recorre el cuerpo. Se me ocurre de pronto algo.

-Kari... ¿Estuviste con Norbert cuando le informaron?

-¡Si sabes que se quedó a cuidarme!

Mi boca se hace un círculo. Por supuesto que ella piensa que lo sé.

-Claro. Perdona. ¿Escuchaste algo interesante?

Kari toma una de mis almohadas, y la abraza. Es obvio que la respuesta a mi pregunta es afirmativa.

-Lo llamaron del hospital- me dijo- Sabes que faltan médicos ahí.

-¿Fuiste con él?

-Me pidió que me quedara. Pero llegué a oír... Cuando volvió, regresó junto a Alex. Estuvieron hablando un largo rato abajo. Papá teme por nosotros.

No esperaré otra cosa de Norbert.

-¿Sabes cómo la mataron? A la mujer.

Niega.

-Pero...

-¿Pero?

Parece dudar. Me decido a insistir con la mirada.

-Oí que papá decía... Decía que había quedado irreconocible. Y mencionó algo de *despegar*.

La palabra me provoca un escalofrío. ¿Despegar? Si se refiere a un cadáver... A Matt podría interesarle esta charla. Pero estoy segura de que intentará sonsacarle a su hermana toda información posible.

-Este pueblo es algo más extremo de lo que creí- sonrío. Kari imita mi gesto con temor.

-Lo siento, Lis. Antes nunca ocurría nada, pero ahora...

-Aun así me gusta. Me gusta estar aquí.

Sobre las pecas, sus ojos verdes parecen llenarse de agradecimiento. Norbert tiene algo de razón. Kari claramente es fuerte, impulsiva, pero también tiene una debilidad interior. La noticia del asesinato la ha perturbado.

Creo que sé qué botón presionar.

-Si Mikhail llegase a venir aquí...

Su cuerpo menudo da una sacudida. Era tal como lo esperaba. Sus preocupaciones se extienden también a su imposible amor.

-¡No digas eso!

Bajo la cabeza.

-Disculpa. Pero él parece capaz de defenderse. Sólo quería dejarte tranquila.

Kari suelta la almohada y niega.

-Perdóname a mí, Lis. Estoy nerviosa. No es fácil mantenerse en calma cuando hay un lunático ahí afuera. No sé cómo lo logran tú y Matt.

-¿Y Wilhelm?- pregunto.

-No ha salido del sótano en todo el día. No debe ni estar enterado. Y para cuando lo haga, bueno, ya lo conoces.

-Sí- asiento, recordando su ataque de ira y cuando me empujó. De pronto decido relajarme en lo que quede del día, y ordenar mis pensamientos. Los eventos se suceden uno tras otro. Mi estancia en San Naerit está siendo mucho más movida de lo que imaginaba; el Palacio, Kain, el asesino, mis sentimientos que emergen y mi deseo, Mina y danza, Alice y Harrold, la historia de los Cuatro Locos y ahora la muerte de la mujer cuyo nombre desconozco, de esa persona a la que nunca vi pero que tan prontamente se ha relacionado con mi existencia. Tengo mucho que procesar, mucho que organizar en mi mente. Y también tengo que hablar con Kain. He estado husmeando mucho sin

reportarle mis sospechas. Una visita prolongada alguno de estos días no vendría mal.

Pienso eso y otra vez lo recuerdo hablándome cerca. Un cosquilleo en el estómago me sorprende. ¿Es esto la estupidez de la que hablaban mis compañeras en la primaria? Me sonrojo, ante la mirada horrorizada de Kari, quien de seguro ahora me considera una fetichista del horror que azota al pueblo. Antes de poder darle explicaciones, un olor delicioso a mariscos nos llega desde abajo y ambas somos llamadas a almorzar.

LIX

A la noche la vicerrectora llama personalmente a casa, y Norbert atiende. La conversación dura aproximadamente siete segundos. Luego él corta, y nos mira, a nosotros que estamos arrojados en los asientos, esperando, iluminados por la artificial luz de arriba.

-Niños... Parece que esta semana no tendrán clases. El colegio quedará cerrado por luto hasta el próximo lunes.

Un poco nos relajamos al oírlo. Era de esperarse. Matt y yo nos miramos. Habrá una semana de descanso, seguramente para intentar calmar los nervios. O quizás los directivos estén esperando, temiendo otra futura desgracia que sacuda a todos.

-Aun así, nada de acostarse muy tarde- bosteza Norbert- O perderán el sueño.

-Claro.

Me echa una mirada de reojo, levantándose. Me percato de que quiere preguntarme sobre mi estado, sobre si los ataques de pánico han regresado. Pero viéndome aquí con sus hijos, esperará hasta mañana.

-Cierren todo bien- nos dice- Hasta mañana.

-Hasta mañana, señor Weigler.

-No ronques.

-¿Mañana podrías traernos helado?

Norbert consigue reír, y desaparece tras su habitación. Matt toma un mazo de cartas, y lo coloca sobre la mesa.

-¿Quieren jugar a algo?

Es posible que Norbert entonces no ronque, por los gritos que da Kari durante la partida al perder, por nuestras exclamaciones y los estruendos al golpear la mesa. Contrario a sus advertencias, nos terminamos acostando casi a las cuatro de la mañana, como si siguiéramos en vacaciones. Tendremos

tiempo a acostumbrarnos. Pero es difícil admitir que en realidad es más bien que no podemos dormir.

Cuando se hace tan tarde, la casa cambia. Parece distinta, parece, como lo mencioné antes, una casa de muñecas, un juguete de algún tipo. Los sonidos de la heladera, el silencio, el tic tac de un reloj de pared, todo suena nítido y claro, y se contrae, como si flotáramos en un barco a la deriva, y afuera hubiera olas turbulentas, oscuridad, criaturas, o quizás inclusive la nada misma. La idea me gusta. Con tanta madera, esta casa puede asemejarse a un viejo barco. Los campos de pinos que la rodean, en la montaña, serían un mar verde que oculta tantos peligros.

Allí afuera...

Antes de irnos a dormir, cuando todavía estamos en lo último de la partida, Wilhelm emerge del sótano con cuidado y nos mira con cierto horror, cuestionándose nuestra presencia a esta hora. Se dirige a la heladera, toma una botella con jugo, y queda quieto unos segundos, como si hubiera olvidado para qué vino. Sospecho que sabe muy bien sus propios motivos, pero no debe ser visto. Es igual a lo que ocurrió esa otra noche.

Procede a llevarse la botella a los labios.

-¡No bebas de ahí!- lo regaña Kari- ¡Usa un vaso!

Wilhelm gruñe algo, pero lo acepta. Saca un vaso del fregadero, y se sirve. Sin mirarlo, Matt le habla.

-Will, ¿oíste las noticias?

-Dormía.

-Mataron a alguien.

Con cierto estrépito el jugo se derrama fuera de su recipiente. Wilhelm se corrige, cierra la tapa, lo guarda en la heladera. Mira a su hermano de reojo.

-¿Y?

-¡Ten algo de corazón, estúpido!- volvió a exclamar Kari- Mataron a la mamá de...

-¡Qué diablos me importa!- le grita él.- ¿Por qué debería importarme?

-Sólo pensé que podías querer saberlo- se inclina de hombros Matt. Sé que no sueles salir mucho, pero...

-No me interesa- Wilhelm se toma su jugo de tres tragos, deja el vaso sin lavar y se seca la boca con la manga- ¡No me interesa! Hacen demasiado ruido. Me despertaron. No puedo dormir si hablan tanto.

Y dicho esto partió de vuelta a su agujero, sin contestar los reclamos de su hermanita. Yo observé todo esto, prestando suma atención.

Kari se mordía el labio, rabiosa, pero Matt suspiró. No le pareció necesario justificar la conducta de su hermano. Dudé en un principio, algo consternada, y por fin me decidí a hablar.

-Él... ¿Siempre ha sido así?

Ambos me miran.

-Es un idiota- dice Kari- No lo soporto.

Matt duda.

-Ha sido así casi desde que lo recuerdo. Aunque cuando éramos más pequeños... Solía jugar conmigo. Ya sabes, con los ladrillos y todo eso.

Recuerdo la foto que vi en el estudio de Norbert, en la clínica. Me sonríó para mis adentros rememorando a ese pequeño Matt. Una época más feliz, en la cual los hermanos Weigler aún tenían a su madre.

-Johan solía molestarlo un montón- recuerda Matt entonces- Y Wilhelm lloraba todo el tiempo.

-¿Johan?- sonrío. No pensé que fuera de los de ese tipo.

El labio de Matt tiembla imperceptiblemente.

-Sí. Luego se frenó, y Wilhelm estuvo más tranquilo. Pero desde entonces... No sé qué le ocurriría. Ya es muy tarde para pensar que son hormonas.

-¿Hormonas?- pregunta Kari.

-¿No prestas atención a clase?

Dudo de seguir averiguando. Porque sospecho que Wilhelm comenzó a ser la criatura caprichosa e inestable que es ahora cerca de cuando murió su madre. Y ahora, pensando en esto, contemplo a Matt y a Kari hablar, como hermanos, y pienso también en lo que Norbert me dijo, en que ellos se asemejan a mí en más de una forma. ¿Pero a que se refería? ¿A la muerte de su madre? Yo tenía una madre. La esposa de Thomas. Su nombre era...

Mi cabeza parece hacer cortocircuito. De pronto duele.

Mamá. Mamá se llamaba...

Ahogo un quejido. Todo parece temblar.

-¿Liseth?- pregunta Matt- ¿Estás bien?

No debo pensarlo. No.

No debo pensarlo.

No debo pensarlo.

No me importa.

Logro calmarme. Respiro. Me domino a mí misma, pero la oscuridad está al borde, saliéndose por detrás de mis ojos, por mi cerebro, humedeciendo mis oídos y mis labios.

-Estoy bien- miento- Creo que tengo algo de jaqueca.

-Hay algo de calmantes en el botiquín- me examina él con detenimiento- O quizás tienes sueño. Creo que ya es hora de que nos acostemos.

Agradezco que se le ocurra esa idea. Kari al principio se resiste, pero al ver que no la acompaño decae y decide imitarnos. Los tres subimos, y el modo en el que lo hacemos me parece exageradamente lento, insufriblemente lento, debo controlar bien mis pasos, evitar mirarlos a la cara, evitar mirar los pequeños ojos insectiles que se asoman por las paredes, por la barandilla de la escalera por la que paso mi palma, los ojos de búho planos en el techo que me miran con curiosidad.

Los despidio con un sonido indescifrable. El ataque ya me está dominando. Me encierro en mi habitación, sintiéndome a solas, y la oscuridad me cubre del todo. Tengo que esforzarme para no desplomarme contra el suelo. Demasiado sonido podría alertarlos. A ciegas, tanteando, me arrastro y busco mi cama, que parece abrazarme, fundirse en mí como si se tratara de una criatura espeluznante. Ya todo a mi alrededor es caos y negrura, formas psicóticas, susurros de voces variadas cuyas palabras no alcanzo a descifrar. Me cubro los oídos, y lloro. Este ataque es fuerte. Es como si me estuviera pagando el periodo de paz que he tenido hasta el momento, como si mi enfermedad no quisiera que el control de Norbert obtuviera una respuesta buena de mí. Mis lágrimas me queman. Siento algo, un batir, un batir inmenso de alas, y hay oscuridad, y un batir, y oscuridad, y debe de haber luz, en algún sitio, una luz de la cual aferrarme, una luz que rondar, algo...

Hecha un ovillo, sufro así hasta quedarme dormida, y mi locura se confunde con los inicios de un sueño.

LX

En el sueño me hallo en una habitación soleada, blanca, resplandeciente. Estoy sentada en el borde de una cama, pero mis pies apenas rozan el suelo. Reconozco este lugar, tengo una idea vaga de haberlo visitado antes, en mi infancia; y esa idea se vuelve una confirmación cuando veo la pequeña muñeca de una bailarina, en posición sobre mi mesa de luz. Recuerdo a esa muñeca. Me la había dado...

Sola, sin pensarlo, caigo de pie y camino. Estábamos de vacaciones, recuerdo. Papá me había llevado a una playa, una playa de sol ardiente, y recuerdo que él se había quemado al intentar broncearse. Es temprano. Quizás se halle todavía allí.

Camino, y llego a la cocina. Todo está claro, iluminado, perfecto. Pero hay un vacío. Una mano suave se apoya sobre mi cabeza.

Me habla. Pero el sonido es gutural, monstruoso. No puedo comprender una sola palabra.

No me atrevo a voltearme y ver de quien se trata. Me abrazan. La luz del verano se extingue.

Despierto.

Me desoriento al abrir los ojos por unos instantes, pero al segundo comprendo por qué. Estoy acostada al revés, con la cabeza en donde apoyo los pies al dormir. No sé si he girado como un reloj, en el sueño, o si poseída por mi ataque me terminé por acostar de este modo. Las colchas arrancadas, torcidas en remolinos alrededor de mis brazos parecen confirmar lo primero.

Afuera está soleado, como nunca desde que estoy en San Naerit. Puedo oír a un benteveo cantar desde la ventana, tal si fuera primavera. Me siento en el borde de la cama, dejo escapar un bostezo, me estiro. Le echo una ojeada al despertador. Faltan dos horas para el mediodía.

Pienso que no me vendría mal desayunar.

Abajo me encuentro a Matt disfrutando de un vaso de jugo de naranja. Parece todavía algo somnoliento. Ocupo mi lugar, y él me alcanza el jarro y las tostadas que Norbert nos dejó.

-Día dos del caso- sonrío.

Yo levanto una ceja, poniéndole mermelada al pan.

-¿El caso?

-Me refería a lo de ayer- dice, bostezando- Esto de que hayan matado a alguien aquí no se me quita de la cabeza.

Me inclino de hombros.

-Parece bastante terrible.

-¿Kari te dijo algo?

Asiento.

-Cuéntame- me pide Matt.

Doy un mordisco a la tostada, y me demoro un poco en contestar.

-Estoy segura de ella que te lo contaría si le preguntas.

-Sí, claro, pero me quedaría debiéndole un favor. Kari es terrible cuando lo desea.

S sonrío, de acuerdo con ello.

-Dijo que Alex vino aquí con Norbert, para hablar. Y que dijeron que el cuerpo había quedado irreconocible.

-Caray.

Asiento.

-Dijo algo de... despegar.

-¿Despegar? ¿Cómo...?

-No lo sé.

-Como que tuvieron que despegar el cadáver- concluye él de repente- Vaya.

-Es una idea horrenda.

-Nosotros nos fuimos de aquí cerca de las siete- calcula Matt, pensativo- Y al colegio avisaron de la muerte alrededor de a las siete y media. El rumor recorrió el pasillo a las ocho.

Levanto de vuelta una ceja, aún comiendo. No entiendo qué está intentando calcular.

-¿Estás intentando averiguar cuándo ocurrió el crimen?

Asiento.

-Pensaría que fue a las siete. El asesino irrumpió en la casa, o quizás atacó a la mamá de Candice cuando daba un paseo matutino.

-¿Por qué tan tarde?- niego. -Pudo haber pasado ayer a la noche.

Matt sonrío.

-Si hubiera ocurrido ayer a la noche, nos hubieran dicho de no asistir a clases mucho antes. Recuerda que el director Ashadd es el dueño de este pueblo. La policía, el hospital, todos responden a él, y él es muy cuidado de su instituto. No hubiera perdido el tiempo en ordenarle a la vicerrectora que nos avisara.

Considero la idea mientras trago lo último de mi desayuno. Eso significaría que, contrario a mi recreación morbosa del asesinato, Candice no regresó de danza para encontrarse con su mamá asesinada.

-De cualquier forma, es inútil pensarlo mucho- bosteza al final Matt, incorporándose.- No sin tener más información.

Lo observo por unos segundos.

-¿Te interesa, no?

Asiento.

-Ser detective siempre fue mi afición de pequeño.

Me río imaginándolo, y él me hace una seña.

-El día está lindo. ¿Quieres que paseemos a Waldorf?

Descubro que la idea me parece perfecta. Además, extraño nuestros paseos con el siberiano. Así que luego de dejar las cosas en el fregadero ambos dejamos la casa, y permitimos a este raro día soleado calentar nuestros cuerpos y, en mi caso, lavarme poco a poco de la sensación pegajosa que me ha provocado la terrible noche y esa pesadilla.

En el jardín de atrás, cuando Waldorf nos ve, barre un montón de las hojas con la cola, y corre tan rápido como se lo permite el arnés para arrojarse hacia nosotros. Su lengua fría me cosquillea las rodillas mientras lo acaricio. Me parece que está un poco más gordo que antes. La imposibilidad de moverse como antaño lo ha hecho algo relajado, aunque aún continúa siendo un perro feliz.

Logra sacarnos ventaja en el camino, y Matt decide soltarle la correa para ver si se las arregla solo. Waldorf no parece enterarse, pero no se aleja mucho. Yo contemplo el muñón cubierto por el pelo y el arnés, y vuelvo a pensar en lo horrible que es todo eso. Le cortaron una pata. El asesino fue visto por un perro del tamaño de Waldorf, y en vez de huir, lo atacó de tal forma para escaparse sin rastro. ¿Es la misma persona? Debo admitir que los ataques son distintos. El posible envenenamiento de Mina, el descuartizamiento de los perros que se acercan por el bosque, y el grotesco asesinato de la mamá de Candice...

-Estuve pensando- me dice Matt, mientras tensionamos las piernas para no caer cuesta abajo por el camino- Liseth, tú no crees en fantasmas, ¿verdad?

Lo miro de reojo. La imagen de Kain me viene a la mente.

-Por supuesto que no.

-Es sólo que, cuando ese idiota de Elias contó su historia...

Me inclino de hombros.

-Es un buen narrador.

-Lo es.- sonrío él- Hace unos días hablé con Scott, de nuestro curso. ¿Lo conoces?

Asiento. El chico de la mandíbula cuadrada.

-Y me confirmó lo que Elias nos contó.

-¿Lo de los Cuatro Locos?- pregunto. Me sorprende que Matt esté hablando del tema, de todas las personas.

-Algo así- me dice, rascándose una mejilla y atento a Waldorf que husmea cerca del sendero, intentando tragarse algún insecto- Por supuesto, no creo que lo de los fantasmas sea verdad. Es una leyenda aquí desde hace bastante. Pero sí me dijo haber visto a alguien rondar el bosque. Elias agregó el resto de los detalles.

-¿Y te dijo cómo era?

-No lo vio claramente. Supongo que estaba asustado, su mente pudo jugarle alguna mala pasada. Pero... Siento que esta zona... Estas montañas, desde aquí hasta el campo del viejo Zaq...- duda, al parecer sin hallar las palabras, y yo espero muy atenta- Tienen algo. No cuatro locos, quizás. Pero al menos sí uno.

-Eso ya quedó confirmado ayer- le digo.

-Sin embargo, ¿por qué alguien rondaría aquí, degollando perros y matando mujeres? No parece muy normal.

-Supongo que los asesinos no son normales.

-¿Lo crees?- Matt ladea la cabeza, y hace una pausa. Waldorf, agotado, vuelve hacia él y lo veo arrodillarse y acariciar a su mascota, pasar su mano

por el pelaje embarrado con cariño- No estoy seguro. La mayoría de ellos, por lo que he leído, tienen conductas que se repiten. Inclusive si es el mero deseo de matar, hay una motivación en lo que hacen.

De pronto recuerdo una conversación similar.

-Y tienen máscaras.

Matt me observa, como si hubiera dicho un insulto. Titubeo, pero me decido a repetir las palabras de Harrold.

-Es decir... Que se comportarían de forma distinta alrededor de la gente. Algo así.

Asiente.

-Eso es cierto.- afirma y se vuelve a incorporar, sacudiéndose la tierra de los pantalones- Lo que me lleva a otro tema. Lis, no sé si lo has notado, pero San Naerit no es precisamente una ciudad inmensa.

-Lo sé.

"Pero ya tengo mucho de ciudades inmensas."

-Creo que el asesino... Que el loco, como le llamemos. Es alguien a quien conocemos.

Al decirlo, una corriente de viento pasa entre ambos, removiendo el polvo, las hojas, haciendo que Waldorf ladee su cabeza con curiosidad y dé un ladrido que despierta ecos en el aire. Del otro lado Matt suspira, y sus ojos se clavan en mí. Que dramático.

Lentamente muevo la cabeza.

-Es probable.

-¿Tienes alguna sospecha?- me pregunta.

Frunzo los labios.

-¿Yo? ¿Cómo voy a saber yo de quién se trata? No hace muy poco llegué aquí.

-Precisamente por eso te pregunto- afirma él.- No estás acostumbrada. El asesino no es alguien nuevo al pueblo; de lo contrario, la partida de caza de Alex o las trampas puestas por el abuelo de Zaq lo hubieran atrapado. Es alguien que ya ha vivido aquí sus buenos años, y peor aún, es alguien que ha logrado vivir todos esos años conteniéndose, sin matar a nadie. Ahora, por algún motivo, se ha soltado. Pero para nosotros es tarde: papá, mis hermanos y el pueblo, incluso yo, todos nos hemos acostumbrado a verlo como parte del entorno. A una extraña le sería más fácil percatarse de quién puede ser brutal, de quién usa una sonrisa falsa para camuflarse entre nosotros. ¿Me entiendes?

Guardo las manos en los bolsillos de mi sudadera, para abrigarme del viento que ha regresado. Adelante y atrás, los pinos se bambolean con la potencia de la tormenta. Parece ser que el sol no durará mucho más.

-Creo que sí.

Un sospechoso. Eso es lo que quiere Matt. Y tengo uno, pero aún no me atrevería a confirmárselo.

-Pero antes de hablar de todo esto- le digo- Averigüemos lo que podamos de Candice y lo que ocurrió con su mamá.

Hace un gesto muy extraño al escucharme. Termina por bajar la cabeza, con los ojos cerrados, por unos momentos.

-Me parece bien. Pero ahora mismo Candice debe sentirse destruida. Sería más factible si-

Una bocina nos distrae, y luego los ladridos de Waldorf. Allá abajo vemos subir al Twingo, con el enorme brazo de Norbert saludándonos. Yo devuelvo el

gesto, y Matt observa a su padre como a quien ha arruinado un momento. Al pasar a nuestro lado, Norbert señala una bolsa.

-¡No vayan muy lejos! ¡La comida estará a la una!

En el asiento del acompañante está Mikhail, que me dirige una severa mirada. El Twingo se pierde ascendiendo, levantando una nube de polvo que por poco no nos ciega, en dirección a la casona.

Matt suspira. Dejamos el tema del asesinato, y pasamos las siguientes dos horas recorriendo el camino, adentrándonos hacia un claro en donde hay un pequeño charco que se forma con la lluvia; agua sorprendentemente clara sobre la cual Waldorf chapotea encantado, salpicando barro, y nos sentamos en una de las piedras, charlando, simplemente haciendo tiempo. Antes de volver, ya el esplendoroso sol de al levantarme se ha esfumado del todo bajo nuevas nubes, pero igual me siento refrescada y cargada de energía. Más aun, ahora tendré varios días en los que no asistiré a clases y, por lo tanto, no tendré que preocuparme demasiado por mi conducta.

Veo a Matt sostener una piedra chata, arrojarla con un movimiento calculado, y hacerla rebotar en el agua tres veces antes de que se hunda. Al tomar una yo, e imitarlo, sólo consigo que caiga un metro más allá. Él se ríe, aunque me siento frustrada. Waldorf se acerca, para lamerme, y me embadurna la ropa de tierra. La humedad hace que el camino de regreso me resulte más pesado; y al llegar a casa, prácticamente jadeo por el esfuerzo de haber subido todo el sendero de tierra.

En la cocina Norbert está cortando fiambre para una picada tempranera, y Mikhail lee un libro en el comedor, distraído cada tanto por Kari que le pregunta cosas. Subo a mi habitación a cambiar la ropa sucia que tengo. Escucho a Matt y a su tutor entablar conversación.

Sin embargo, no hablan del asesinato. Es como si de pronto conscientemente se estuviera buscando evitar el tema. Durante el almuerzo, sin embargo, Mikhail dice algo que podría acercarse mucho a ese asunto.

-Señor Weigler- se limpia la boca, con educación- Estuve considerando su oferta. Creo que no me molestaría trabajar un poco en el hospital del pueblo.

Norbert, que está a punto de engullir una combinación de jamón, queso azul y aceituna negra, lo mira sorprendido.

-¡Fantástico!- termina diciendo- Hablaré con el director en cuanto quieras. Siempre nos hace falta gente.

Mikhail asiente. Matt le dirige un vistazo peculiar.

-Lo más sencillo...- piensa Norbert- Sería que comenzaras con algún puesto administrativo. Eres bueno con los números, ¿no? Tenemos una sola contadora, y miles de donaciones de todas las empresas con las que Henry Ashadd negocia. La pobre no da abasto.

-Puedo manejarlo- asiente.- ¿Usan computadoras o llevan todo escrito?

-No estamos tan atrasados- sonrío el otro- Todo está digitalizado. Aunque muchos se resisten al cambio.

-Entonces no tendré problema.

-Pensé que ibas a trabajar en el aserradero, con Alex- opina Matt.

-¿Seguirás dando clases?- pregunta Kari.

-Claro que sí. Y podría haber ido allí pero... Las cosas manuales no son lo mío.

Está mintiendo. Sin embargo, al ver la expresión de Matt y el rostro de Mikhail me doy cuenta de que, si bien miente, no está mintiéndonos a *nosotros*. La excusa por la cual planea abandonar un empleo que está mucho más cerca de donde vive va absolutamente para Norbert.

-¡No queremos que te rompas la espalda!- ríe el traumatólogo, y lo palmea. Mikhail asiente distraído, y él agrega- ¡Estoy seguro de que el hospital sacará un buen provecho de tenerte!

Dos horas después, la picada está finalizada, la mesa levantada, y los platos lavados. Matt, Kari, Mikhail y yo nos hallamos en el salón de juegos de arriba, y el primero hace una sugerencia algo similar.

-Estoy seguro de que planeas sacar algún provecho de trabajar en el hospital.

Arrojado en un enorme puf violeta, Mikhail lo observa de reojo.

-¿Piensas que la paga por sí sola no es suficiente motivación?

Matt niega.

-No eres los de ese tipo.

-Mikhail, ¡vas a trabajar con papá!- le dice Kari- ¿Lo aguantarás?

-Norbert es un buen tipo. Deberías respetarlo.

Ella le saca la lengua.

-¿Entonces?- pregunta Mikhail con seriedad, examinando al joven- ¿Por qué crees que me ofrecí?

Si bien sus ojos están clavados en Matt, estoy segura de que me está teniendo muy en cuenta.

-Porque quieres saber más sobre el crimen- afirma Matt Weigler sin preámbulos.

Tras los lentes sin marco, los ojos del otro se agrandan un poco.

-Podría interesarme- asiente.- Pero también debes admitir que se trata de un buen empleo. Manejar las cuentas nunca supuso un inconveniente para mí. Y desde que me echaron del instituto...

-¿Por qué te echaron?- pregunto yo entonces, animándome a hablar.

"¿Fue Julián?" la idea me asalta de repente. Mikhail parece un joven muy despierto. Si yo fuera una asesina, y mi ayudante de alumnos fuera tan capaz como él... No perdería ni un segundo en quitármelo de encima.

-El director Ashadd decidió que debía retirarme.

Ashadd. Entonces, al parecer, no se trata de Julián. Sin embargo, quién sabe si no fue el profesor de literatura el que realizó el pedido al director.

-¿Y sabes por qué lo hizo?

Él ladea la cabeza.

-La excusa fue que no cumplía con los requisitos académicos. El verdadero motivo probablemente es más complicado.

-Es porque estaban celosos- añade Kari- Mikhail sabe mucho más que todos los profesores...

-Lo dudo.

-Yo no tanto- Matt sigue pareciendo lleno de sospechas, y no le quita la vista de encima- Mikhail, si llegaras a poder ver el cadáver de la mujer que asesinaron... ¿Cuántas posibilidades habría de que nos lo mostraras?

Su tutor pifia.

-¿Por qué habría de mostrárselos? Además, trabajaré en la parte administrativa. La morgue no está muy cerca de los reportes de cuentas.

-Podríamos saber a qué nos enfrentamos.

-A un demente. Un demente es sencillo, te atacará en cuanto vea la oportunidad. No dejar oportunidad alguna para él es la solución para sentirse seguros.

-Aun así...

-Yo también quisiera verlo- añade.

Mikhail me vuelve a examinar con detenimiento. Los cuatro nos quedamos por unos segundos callados, claro instante en el que se está decidiendo sobre si decir o no una verdad que ya sospechamos. Al final lo veo desistir, su cabello cobrizo enfrentándose a la superficie plástica del puf.

-Supongo que es en vano mentirles. En realidad, estoy interesado en el caso.

Los hermanos Weigler ríen.

-Si la oportunidad se me presenta- concluye él- Averiguaré lo que pueda sobre esta muerte. Y les contaré lo que sepa.

-¿Incluso a Kari?

-¡Matt, no me trates como a una niña!

-No creo que tenga problema.

Kari parece capaz de abrazarlo.

-¿Lo ves!

-Está bien- Matt sonrío.

-Sin embargo, con Ashadd regulando todo el pueblo...- murmura el otro. No completa su oración. Pero veo en el fruncimiento de su nariz cierto dejo de odio, o velada preocupación. Es claro que tiene alguna clase de historia con el director.

Sin embargo, una historia podría estar cegándolo. Podría ocurrir que no fuera Henry Ashadd quien decidiera su despido, sino, como comienzo a sospecharlo, Julián Hauswhite. Y si es así, otra vez quizás Matt tiene razón y mi mente, nueva para el pueblo, puede ver más que los demás.

Mikhail se va alrededor de las seis, luego de ayudar a Kari con sus deberes -ayuda que, estoy convencida, Kari en realidad no necesita y prefiere pasar por tonta con tal de estirar un poco su estadía con él-. Decide caminar antes que aceptar el acercamiento que le propone Norbert. Al dejar el umbral mira con atención a la mujer que se le cruza, que lo saluda con un susurro: reconozco a Helen, la esposa de Johan, cuya visita habitual se ha demorado bastante más de lo común.

La controla de reojo al perderse por el camino, pero la enfermera no le presta atención. A diferencia de él, ella nos visita todas las semanas pero, también al contrario, no parece nunca interesada en charlar con nosotros ni abre muchas posibilidades de contacto. Siempre parece nerviosa, con grandes ojeras, como preocupada por algo más. Tiene un gesto neurótico, triste, algo perturbador. En ocasiones, cuando me miro al espejo, temo terminar convirtiéndome en alguien similar.

Helen se salva de las bromas y palmeadas de Norbert, pues este se halla en su estudio y no la ve llegar. Matt la saluda, y apenas responde. Se dirige al cuarto de Johan, como siempre.

-¿Qué hace?- le pregunto a él.- Siempre hace lo mismo.

Suspira, con una expresión que parece decir que es mejor no prestarle atención.

-Johan es un coleccionista- me dice.- Desde pequeño, según papá, coleccionaba las piedras más lisas de la playa; luego coleccionó las figuritas

que venían en las viejas revistas de deportes, y cuando yo era niño, recuerdo que solía juntar hojas y secarlas entre páginas de libros. Una vez hurgando le perdí varias.

-¿Se enfadó?

-Se lo tomó bastante bien- sonrío- Aunque luego arrojó mi pelota favorita hacia el otro lado del barranco. Debe de seguir por allí.

Suena a una típica riña de hermanos.

-Últimamente Johan colecciona insectos- me explica- Si fuéramos a su habitación los veríamos; una vez me dejó entrar. Tiene de todo: escarabajos Hércules, avispas, abejas, polillas y mariposas, también una granja de hormigas y varias arañas. Es bastante enfocado en lo que le gusta. Antes solía juntarlos muertos; los clavaba en alfileres sobre papel corrugado, pero ahora dice que los prefiere vivos. Así que están todos allí, adentro. Por supuesto, mientras él no está sólo Helen tiene la llave y el permiso de entrar. Ella se encarga de llenarles los tarros de comida y agua y controlar que se encuentren bien.

-Suena algo... infantil.

-Mi hermano es así- asiente él- Todos tenemos nuestras cosas raras. Unas semanas antes de que llegaras, Kari había decidido maquillarse de negro y dejar que el flequillo le tapara la cara. Pero sólo le duró tres días.

Vuelvo a reír. En verdad esta es una familia particular.

La puerta del cuarto de Johan se abre, y en silencio Helen sale de allí. Lleva el bolso fuertemente sujeto, como si pensara que planeamos robárselo. No llego a ver mucho de lo que hay adentro cuando la cierra, sólo oscuridad y algo que se asemeja a una pecera. Supongo que tendré que quedarme con la duda.

-¿Cómo están las arañas?- pregunta Matt.- No quisiera que ninguna se escapara.

La enfermera lo mira largamente.

-Bien. Parecen un poco ansiosas.

No me termino de enterar de si es un intento de broma o no.

Helen se retira cabizbaja, como siempre. Matt la ve partir con el gesto de quien conoce a un miembro particular de la familia, que le presenta una penosa opinión, pero aun así es familia y siempre le abrirá las puertas. Cuando se va, termina por mirarme.

-¿Planeas adelantar un poco con los estudios en este descanso?

-Ni loca- murmuro, sin pensarlo. Enrojezco, y él estalla en una carcajada. Tal vez me estoy sintiendo demasiado cómoda a su alrededor.- Digo...

-Al menos eres sincera. ¿Quieres que encienda la consola?

El jueves, poseída por una modorra que me domina por completo, dedico mi día a estar en cama y a terminar los libros que Norbert me prestó. Para una hora después del almuerzo, cuando la familia Weigler duerme en unanimidad la siesta, ya he acabado con Kafka y sus relatos; cada uno más particular que el otro. Del libro restante; las Flores de Algernon, leo la contratapa, y luego decido abandonarlo. Al devolverle todo a Norbert sin embargo actúo como que leí los tres. No me agradaría romper su corazón.

-¿Te agradaron?- me pregunta desde detrás de su escritorio, muy atento.
-Sí.

Su mirada brilla. Afuera, a través de la persiana casi cerrada, gruesas gotas caen y chocan en pequeños golpeteos que azotan toda la casa, llevadas desde la tormenta que desde el mediodía desciende sobre el pueblo. Es el pago, desde luego, por el inicio soleado que hubo ayer.

-¿Quieres que te preste más libros?- sugiere. Hay una inflexión, en su voz y en su sonrisa amable que me dice que en este instante, Norbert me está viendo como médico. Aquello me molesta un poco, pero decido ignorarlo.

-Podría ser...

-Thomas leía un montón- se pasa la mano por la barba él- Cada día llevaba una novela nueva bajo el abrigo. Creo que echaría al fuego la mitad de lo que tengo. Pero tú no tienes ese hábito, ¿no es así?

Niego.

-Es notable- comenta- Normalmente, en familias de padres lectores, el hábito se perpetúa.

-Supongo que él estuvo demasiado ocupado como para inculcármelo.

-Ah... Posiblemente. Tiene un trabajo estresante, eso no lo dudo. Lis, ¿conoces a alguna otra persona que lea mucho?

Aprieto los labios, en suspenso. Tengo que contenerme para no poner una expresión de sincera molestia. ¿De qué habla? Su sonrisa me irrita. Pero pienso en responder la pregunta, al menos. Alguien que lea... Alguien a quien yo haya visto con un libro alguna vez.

Con un chasquido en la mente mi idea llega.

-Mikhail.

Los ojillos de Norbert se abren de par en par. Estalla en una carcajada.

-¡Oh claro! Mikhail lee de todo. Está bien. Es suficiente por ahora. ¿Cómo va el tema de tus ataques?

Es extraño hablar de algo así con alguien, que sea tan frontal al respecto. Pero al menos esto no me molesta.

-Anteayer tuve uno bastante fuerte.

-Ya veo. ¿Piensas que tu cuerpo pudo haber reaccionado a las noticias?

-¿Noticias?

-Al asesinato.- dice Norbert, con tal franqueza que casi retrocedo un paso. No sé por qué, quizás por cómo él había estado evitando el tema con sus hijos, creí que el asunto le acobardaba; pero ahora, al oírlo decir esa palabra con tal soltura...- En ocasiones, las personas tienen formas curiosas de defenderse. Por ejemplo, Thomas. Cuando algo malo le pasaba, seguro lo sabes, no se le movía un pelo de la cara.

Imita a mi padre, levantando las cejas y poniendo el rostro más neutro posible. No puedo evitar reír.

-Es bastante bueno.

-¡Pero...!- ríe de vuelta él, y señala su mano. La palma se sacude a voluntad, visiblemente- Las manos le temblaban. ¿Alguna vez lo notaste?

Niego, anonadada.

-¿De verdad?

Él asiente.

-Nadie tiene un temple completamente de acero. Algo, en la mente de un humano, siempre querrá dejar salir el dolor. Llámalo un caño de escape. Por lo tanto, quizás este último ataque del que me hablas sea producto del miedo. No lo sé, Lis, arrojo piedras al aire. Pero es curioso que un ataque fuerte coincida con el asesinato de una persona cercana a tu entorno.

Estoy por decir que ni Candice ni su mamá me son cercanas, pero prefiero callar. Si Norbert quiere creer que esa es la causa de mi enfermedad, que lo crea. Será mejor, aunque sea un camino equivocado, que lo siguiera y no averiguara más cosas.

Pero.

¿En verdad lo cree? En su gesto, en su sonrisa, algo me dice que ahora él me está mintiendo.

-Es probable- termino por decir- Señor Weigler, creo que no voy a leer más libros por el momento. Excepto, ya sabe, los de clase.

-¡Oh claro!- retrocede él- Te haría mal distraerte de tus estudios. ¿Te está resultando fácil la escuela?

"Como si estuviera dos años adelantada."

-De momento sí.

-Me alegro. Tiene más nivel del que muchos esperan. Ahora puedes ir, Lis. Creo oír a Matt bajar las escaleras. De seguro te está buscando.

En efecto, al dejar el estudio hallo a Matt mordisqueando distraído una manzana en la cocina.

-¿Quieres usar la consola?

Me dejo caer en el otro asiento, concentrada. Intento repensar en todo lo que me dijo su padre, en esa pequeña charla. Hay algo... Algo que está mal. Algo que no veo, y Norbert sí, o que yo no quiero ver, o que yo no quiero que Norbert vea. Sí, algo así es lo que provoca esta sensación conocida en mi pecho, en mi estómago, la sensación de que en esos últimos minutos me he equivocado, he dicho algo incorrecto, he quedado mal frente a otros, he abierto alguna herida de la cual podrían arrancarme pedazos. En ocasiones, luego de tenerla, siento la necesidad de ducharme, o pienso en evitar toda charla, o me gustaría encargarme de eliminar a quienes me hayan oído. Como una piedrecilla en el zapato, es insignificante, pero no por ello no me quita el hambre, la facultad de correr libremente, de ser yo misma y sentirme segura.

-Lis.- me agita la mano frente a los ojos Matt- Control de Base llamando al Mayor Tom.

-Disculpa- digo, despertando.

-¿Consola, o estás muy dormida?

Simulo restregarme los ojos. Sólo es creíble que tenga sueño por el sonido apaciguador de la lluvia, que muy encima de nosotros todavía no se frena.

-La última vez me pateaste el trasero.

-Es natural. No tengo mucho que hacer aquí.
Sonrío.
-Esta vez yo gano.

LXII

Al final Kari se sumó, y terminamos jugando hasta la hora de cenar, y luego hasta bien entrada la noche. No pude cumplir mi promesa de vencer, pero lo hice mejor que la última vez. Puede que los juegos no sean lo mío.

Para cuando me acosté, todavía continuaba lloviendo.

Era un sonido en ocasiones violento, en otras tranquilizador. Gotas que con fuerza rebotaban contra el tejado, relámpagos que hacían lienzos blancos sobre las vigas de madera de mi techo, las nubes oscuras que por la ventana removían al caer el barro entre los árboles, limpiaban las hojas secas del camino a la escuela, creaban para todos una melodía similar: para mí, desde luego, pero también para los hermanos Weigler, para Norbert que roncaba abajo, para mis compañeros de clase; Janet, Sally, David, Cecile, Rita y cuantos más, para Elias, que de seguro podría ver la tormenta desde atrás, transitando por encima de San Naerit, para Alice, durmiendo en la vastedad de su vieja mansión, para Alex, Jessica y Mikhail desde su departamento del centro.

Todo el pueblo duerme, y el agua cae. Eso pensé en ese momento, cerrando los ojos. Pensé que el asesino, fuese quien fuese, también debía de estar oyendo una lluvia similar, una de esas lluvias nocturnas que se asemejan más a un diluvio que lava todos los pecados. Pensé que Candice, en su dolor, también la estaría escuchando. E imaginé también un cadáver, los huesos de un niño asesinado hace diez años, perdidos en algún lugar indefinido, las gotas destiñendo de su blancura el barro que los cubre.

El rumor de la lluvia se incrementa.

Pienso, durmiéndome, en lo cargado que debe venir el río.

LXIII

El viernes es el último día de luto escolar, sin contar el fin de semana que se interpondrá entre este descanso forzoso y el reinicio de las clases. También, en otro aspecto, se acaba el primer mes y considero que puedo quedarme satisfecha con mis resultados hasta ahora. Como una tutora personal que se juzga a sí misma sin clemencia, puedo admitir que, de momento, nadie aquí me odia, que he encontrado más de una cosa en la que ocuparme, y que comienzo a tener algo que desde hacía demasiado no tenía: gente con la quien reír y hablar, personas a las que quizás pueda llamar amigos.

En mi seriedad obstinada, me hallo contenta. No puedo esperar para muchas cosas. No puedo esperar para usar a Mina, para danzar, no puedo esperar para trepar la escalera de la sociedad, para ayudar a Kain ni para verlo. Sin embargo, dedico este día final no a eso, sino, por una vez, a los estudios. Prefiero tener el fin de semana libre. La lluvia ha dejado en el aire una humedad algo pesada, que ni el frío de otoño consigue refrenar, y por mi ventana se adivinan los grandes charcos que la precipitación ha dejado en tierra, charcos de agua negra que reflejan el cielo ya despejado, en donde nubes aisladas persiguen a la gran formación que ha ido a perderse más allá en el horizonte.

Reviso mis apuntes de política distraídamente. Si las palabras de Harrold son ciertas, Mina planeaba estudiar derecho. ¿Quería convertirse en una abogada? La vida es triste, sonrío. Nada de lo que hay ahí me interesa mucho.

Me concentro en biología y economía, las materias más difíciles y sencillas para mí respectivamente. Estudio más para decir que he estudiado que para aprender; de momento, no hemos visto en clase tanto como para ameritar preocuparme, y los primeros parciales llegarán recién a finales del próximo mes.

Ese día duermo siesta, agotada.

Nada especial ocurre.

El sábado a la tarde, me decido por fin y, cuando puedo oír las voces de los Weigler charlar abajo, abro la puerta roja y vuelvo al Palacio, para por fin hablar con Kain.

He pensado mucho sobre esta Puerta Roja. No dudo, en absoluto, de que se trate de mi poder. Sin embargo, el Palacio es algo más, que no tiene que ver conmigo. ¿Se trata del paraíso? ¿Del infierno? En ocasiones, siento la necesidad de pedirle a Kain que me acompañe, que me muestre qué hay más allá. Pero sé que él se negaría. Pienso en los Cuatro Locos, y supongo que su tenacidad me termina haciendo un favor.

Y aun así...

Está también el tema del olvido. Me cuestiono muchas veces cuánto puedo explotarlo. ¿Qué ocurriría si yo, como Mina, matara a alguien, y luego volviera a ser Liseth? Una persona estaría muerta, pero nadie recordaría quien hizo el daño. Estoy segura de que al asesino le agradaría tener un poder similar. ¿Si en mi otro cuerpo hiciera algo grande, algo ridículo, algo de lo que nadie pudiera olvidarse? ¿Cómo borrarían sus memorias la existencia de

alguien que dejó una marca similar? Me siento tentada a probar los límites de este poder.

Pero no. Será mejor que haga las cosas en calma.

Kain me espera donde siempre, sentado. Sus ojos carmesíes contemplan el sol falso con añoranza velada.

Ocupo mi lugar.

-Perdona. Te dejé varios días solo.

-¿Fueron días?- se pasa la mano por la frente él- Descuida. No tienes que preocuparte por mí.

-Pero soy la única que...- decido callar mi idea, y Kain ladea la cabeza- Han pasado muchas cosas. Mataron a alguien en el pueblo.

Su expresión se torna levemente sorprendida.

-¿Estás segura de que...?

Asiento.

-La madre de una compañera. Con ella, y Mina... Es evidente que hay alguien malo rondando San Naerit.

-Dijiste que tenías una sospecha sobre mi asesino. ¿Puedo saberla?

-Es sólo una hipótesis- afirmo- Atacaron a Mina en la escuela, ¿no es así? Y, cuando fui a la policía a averiguar sobre si estabas en los registros... Me dijeron que alguien más había estado indagando lo mismo. El policía me habló de un hombre de anteojos. Y Kain, en mi colegio los adultos con anteojos se cuentan con la mano.

Su boca se contrajo.

-Pero Liseth... No podemos estar seguros de que a ella la envenenaron dentro de tu instituto. No sabemos qué le dieron. Pudo haber sido algo que hiciera efecto recién entonces.

Retrocedo un poco, considerándolo.

-Además- prosigue él- ¿No sería conveniente entregar a Mina, que los médicos descubrieran qué la mató? Así...

-¿Quieres que Mina muera?

Esta vez él retrocede.

-Kain, si la dejo ir... Su cuerpo dejará de funcionar. Estoy segura de eso. Sólo se mantiene dormida por el poder del Palacio. ¿De verdad quieres que la suelte?

Sus ojos miran apenas las enredaderas, tras las cuales se oculta ella.

-Vivir... Dormido... No es vivir.

-Eso piensas tú- suspiro. Me dirige una mirada acusadora, que me molesta- No quiero ser egoísta. Además, Kain, imagínalo. No sabemos si los médicos van a poder detectar con qué la mataron. Y aún si lo hicieran, no me lo dirían a mí. Quedaríamos tan perdidos como al principio.

Deja escapar un largo suspiro, cerrando los ojos.

-Está bien. Te dije que confío en ti, Liseth, y no mentí. Es sólo que a veces...

Vuelve a mirar a Mina, y no dice nada. Yo sonrío.

-Descartemos entonces la teoría de mi instituto. ¿Qué tenemos?

-Tenemos que hace diez años, un hombre adulto me empujó a mi muerte.

-Y luego de eso, tu hermana se desvaneció.

Asiente.

-Y ahora, vuelve a haber muertes en San Naerit- digo- Mina Harvnes, en el patio del Instituto de San Naerit, y la madre de Candice Messel, asesinada en los lindes del bosque que rodea a la Playa de las Piedras. También, por la misma zona, ha habido casos de desapariciones y mutilaciones de animales, marcas y avistamientos.

-¿Sospechosos?

-Ninguno- termino por lamentarme- Pero sin duda no es un animal. Lo que sí puedo decir, lamentablemente, es que el asesino está cerca de mí.

-¿Crees eso?

-Estoy segura. No sé si es el hombre de anteojos del cual ese policía me habló, pero ronda por donde estoy. Ahora, si se trata de una casualidad o no... Este lugar es pequeño. Kain, cuándo vivías... ¿Tienes algún recuerdo de que hablaran de los Cuatro Locos?

Niega.

-Sólo los recuerdo de aquí.

-Estoy segura de que el pueblo les ha atribuido esta última muerte en sus historias.

-Eso es ridículo- afirma- Aun si en este lado de la puerta son terribles... No deberían poder salir a donde los vivos coexisten. Quien esté haciendo eso, quien me empujó... Vive. Se trata de un humano.

Vuelvo a asentir, considerando lo mismo. La leyenda de los Cuatro Locos me provoca cierta fascinación de la cual no puedo escapar, y por eso no puedo evitar mencionarlos. Me gustaría saber más. Kain se echa hacia atrás, intentando relacionar los datos aislados que tenemos. Mis ojos se clavan un poco más allá, en la tentadora puerta naranja. Siempre que la veo, me llama con su falsa alegría, con el peligro que representa. Pero no voy a entrar allí.

Aprovecho para observar a Kain, que mira el techo ruinoso del Balcón. El cabello le cae ondulado, desprolijo, el cuello de la camisa está abierto y deja ver los inicios de las clavículas, tan pálidas como el resto de su piel. No parece respirar, pero emite cierta energía, cierta vida, en la forma de la mandíbula y el temblor de las pestañas. Un pensamiento poco apropiado irrumpe en mi mente. ¿Si ordenara a Kain que me besara, lo haría? ¿Estaría obligado a hacerlo, tal como cuando sujetó los palillos?

¿Y si le pidiera que metiera la mano bajo mi camisa...?

Vuelve a mirarme, y me siento atrapada en un crimen indecente. Me esfuerzo por que no se note.

-Quizás, el hombre de lentes sólo investigaba- afirma, pensativo- O tal vez, como dices, sí se trata del asesino. Suena bastante probable.

-¿Ah sí? Hm. Sí.

-Nunca voy a poder terminar de agradecer que hagas esto por mí.

-Oh no...

-Pero...- me dice- Quisiera que diéramos un paso adelante. Liseth, ¿puedo pedirte un favor?

-¿Sí?

-Quiero entrar en ti.

-Qué.

-Ver desde tus ojos- inclina la cabeza Kain sin comprender mi reacción- Que me muestres los entornos con los que te rodeas, la gente con la que hablas, todo eso. A lo mejor... Algo de aquello pueda despertar en mí las memorias que he perdido. ¿Podrías hacerlo?

Oh.

Mi cara debe ser de cómica perplejidad.

-Claro- digo- Pero... Bueno, estos días sólo he estado en casa de los Weigler. Te los he mostrado.

Kain hace un gesto para darme entender que los recuerda.

-Podría intentar mostrarte la escuela- pienso- Para ver si reconoces a alguien. Claro está, en momentos...

-Lo sé. No voy a estar espiando todo el tiempo.

Eso es un alivio.

-Entonces me parece bien- sonrío- Kain, ¿tienes recuerdos de haber ido a la escuela?

Niega. Por momentos me parece un niño.

-Sin embargo, si vivías aquí, es posible que fueras a este mismo instituto. Como sea. Vas a conocer en donde estudio, aunque sea sólo de vista.

De pronto se me ocurre que su idea es buena, pero por otros motivos. No sólo para identificar algo, o para devolverle sus memorias perdidas. No, algo más, algo mucho más simple que todo eso: para que salga de su encierro eterno, para que vea rostros, para que oiga risas e interacción humana. Soy, al final de las cosas, la única persona que tiene, y me provoca calidez saber eso tanto como saber que puedo ayudarlo.

LXIV

La tercera semana de escolaridad comienza como el reinicio de una maquinaria que necesariamente tiene que ponerse en funcionamiento. Se percibe cierta expectativa en el aire al ingresar al edificio: tanto en la respetuosa solemnidad con la que los conserjes saludan, en el apagado rumor de las conversaciones de quienes se reencuentran tras el inesperado descanso, y también, por sobre todas las cosas, en los alumnos de cuarto año, mis compañeros, que otra vez se vuelven a juntar para hablar, como náufragos que separados por una tormenta necesitaran dirección.

Matt y yo vamos hacia ellos, excepto que ahora, en un sentido práctico, somos tres. Puedo sentir la presencia de Kain en mi mente, su voluntad, como si su cara fuera superpuesta a la mía y fuésemos uno, como si su espíritu muerto me poseyera; y sé que está viendo a través de mis ojos, sintiendo por mis dedos, oyendo desde mis oídos. Claro está, desde luego, que yo soy la que domino. Kain es sólo un espectador.

"Esos son mis compañeros" pienso.

No hay respuesta. Por unos instantes me preocupo, preguntándome si tengo que vocalizar para que me escuche. Pero luego siento su voz clara en mi mente.

"Son muchos."

Algo en su inflexión me hace detenerme. Una idea irrumpe en mí.

"¿Te incomoda?"

"Ah..."

Parece considerarlo. Ríe para mis adentros, siguiendo a Matt. Por supuesto que le incomoda. Ha estado diez años en casi perpetua soledad.

"Supongo que un poco" termina admitiendo.

"Bienvenido al mundo de una adolescente rara promedio."

"Aterrador."

"Más que nada que exista allí de tu lado, créeme."

Estoy segura de que sonrío.

-¡Hey, Matti!

Frente a mí Matt se detiene, y distraído mira hacia el costado. Rickert Hetager y León Goretto nos llaman desde el otro corredor.

"¿Y esos?"

"Del equipo de fútbol del instituto. ¿Te suenan?"

"Ni un poco."

Cruzamos a varios alumnos hasta llegar a ellos. Al ver a Matt Rickert se pasa la mano por su barba, en un gesto sabihondo.

-Recuerda que hoy empezamos las prácticas, Matti. A Rachett no le hará gracia que lo hayamos pospuesto tanto.

-¿Por qué se molestan en avisarme?- sonrío él- Es más posible que ustedes dos falten.

-Pues porque pensábamos que podías andar con la cabeza en otras cosas- Rickert busca en su chaqueta, extrae un cigarrillo, y sin problema alguno lo enciende con una cerilla. Se toma su tiempo para darle una pitada, y luego arroja el humo al techo- Ya sabes, con lo de la mamá de tu compañera y todo eso.

-Se preocupan mucho por mí. Creo que voy a llorar.

-¿No es una monada?- hace un gesto Rickert hacia Matt, dirigiéndose a mí- Nos interesamos por que esté bien, y se pone sarcástico. ¿Cómo anda Waldorf?

-Da tumbos por un lado. Pero los da.

-Me alegra saberlo. ¿Y tú, chica nueva? ¿Qué pasa por esa cabeza rubia?

-Estoy bien- digo. Por saber que Kain me oye, algo en mis palabras se siente actuado.- Acostumbrándome a todo esto.

-Como cada pobre diablo en el pueblo- asiente él- ¿Tú que dices, Matti? Eres un poco más despierto que el resto.

-¿Qué digo sobre qué?

El rufián pone los ojos en blanco.

-El asesino.

Tras él, León palidece.

-Te juro que lo mataré. Si le pongo las manos encima, lo haré papilla. Si se mete con mi familia....

-Tranquilo viejo- dice Rickert- Tú no vives ni cerca de esa zona.

-Confiarse mucho podría ser un error- responde Matt. León palidece y yo sé que lo ha hecho para asustarlo. Rickert lo observa detenidamente, vuelve a fumar, vuelve a echar el humo hacia arriba.

-En realidad pienso lo mismo.

-¿Qué dice Harrold sobre el asunto?

Comienzo a prestar más atención.

-¿Harry?- el otro ríe- Harry siempre está feliz, a su manera. Dice que su padre ahora no le deja salir tan seguido. Pero nos juró que continuará yendo a las prácticas.

-Eso es un alivio- algo de la tensión en los hombros de Matt se pierde.

-¿No te bastamos, cariño?

-Creo que Kari haría un mejor trabajo que ustedes.

Ambos estallan en carcajadas.

-¡Qué punzante! Chica nueva, que no se te pegue la lengua afilada de este genio -los ojos le brillan, mirándonos a ambos- O sí. Pero ya lo sabes, Matti. Si llega a pasar que sientes a tu familia en peligro, no pierdas el tiempo y avísanos. No querríamos que...

Una mano bronceada toma su cigarrillo, y Rickert parpadea confundido. Al darse la vuelta ve a la vicerrectora, que lo reprende con la mirada.

-Fumar dentro de la escuela está prohibido. Hetager, a dirección.

-¡Oh, vamos, vieja!

La mujer no le da lugar a reclamo, y lo arrastra de la mano. El corpulento León, como acostumbrado a escenas similares, sigue a su amigo echándonos una última mirada tímida. Matt los ve alejarse, sereno, y luego da un suspiro de hilaridad.

-En ese caso llamaría a Alex, tarados.

Pero sus ojos brillan agradecidos.

"No son tan malos como parecen" comenta Kain.

Sin proponérmelo asiento con la cabeza. Oímos voces a nuestras espaldas; por la puerta de nuestro curso, varios de nuestros compañeros nos llaman. Llego a ver a Elias, a Rita, a Trish, David, Zaq y dos chicos más que no conozco.

-¡Matt! ¡Liseth!- nos dicen. Siento que es la primera vez que se refieren a mí directamente. ¿Estoy siendo incluida?

Al acercarnos, el rostro de Rita parece angustioso.

-Candice faltó...

-¿No es natural?- suspira Matt.

Elias y David asienten.

-No tienes que preocuparte.

-Chicos, esto no me gusta nada.

Zaq está tan pálido como de costumbre.

-No creo que la veamos... En mucho tiempo.

Su voz es un murmullo aislado.

-Con las chicas quisimos llamarla... O visitarla, pero fue en vano. Está viviendo con su tío ahora. ¡Ni sé qué debemos hacer!

-A lo mejor deja el pueblo.

-¡Eso sería terrible!

-Pienso que lo mejor es estar calmados- comenta Matt- ¿No? No hay más que podamos hacer.

Varios asienten. Oigo un par de aplausos, y mi corazón se saltea algunos latidos. Julián camina hacia nosotros, con su sonrisa aniñada y sin maletín. Su presencia me resulta amenazante.

-¿Muchachos? Es hora de iniciar la clase.

"Kain."

"Lo veo."

Parece estar conteniendo el aliento dentro de mi mente. Acompaño al resto de los alumnos que entran al curso, y sin pensar nada en concreto ocupo mi asiento al lado de Janet. Adelante, mientras que Sally le parlotea estupideces sin parar, Trish observa al profesor de literatura con pasión apenas oculta en sus silenciosos suspiros.

-Bueno clase- dice él- Sé que nos han sacudido noticias más que tristes. Quiero comunicarles que, si requieren un oído, estaré más que encantado de escucharlos al finalizar la hora; y estoy seguro de que el resto de mis colegas piensa de forma similar. No teman en acercársenos. Lo que está pasando aquí es duro, y no sólo para su compañera.... Sin embargo, ante toda muerte, la vida debe proseguir.

Hay un silencio general. Las manos de pianista, delgadas y pálidas que tiene toman de bajo el escritorio una tiza, que arroja al aire y atrapa.

-Para hacérselo sencillo, repasaremos los conceptos que vimos las anteriores clases. Tres títulos fundamentales: el...

"Sospechas de él."

"¿Tú no?"

La presencia de Kain espera un poco antes de contestar, evidentemente juzgando a Julián mientras este realiza los trazos desprolijos en la pizarra.

"Es... No recuerdo realmente haberlo visto. Pero creo que puedo entender por qué te da desconfianza. Su actitud es falsa."

"Algunas de mis compañeras piensan que es gay."

"..."

"¿Kain?"

"¿Gay?"

Me siento capaz de reír. Diez años en el más allá. A lo mejor...

"¿Nunca oíste la palabra?"

"No sé lo que significa. Debo de haberlo olvidado."

"Que le gustan... Ya sabes. Que le atraen los hombres."

"Ah."

Parece perplejo. Tengo que reprimir una risa, concentrada en aparentar que escucho la lección de Julián. Kain sí que parece un niño.

"Eso sería irrelevante" termina diciendo *"Lo importante es saber si le atrae empujar gente por acantilados."*

Difícil es adivinar tal cosa.

...la animalidad del hombre se hace presente en las obras de Ibsen. Hay una oposición a las ideas románticas con respecto a la tradición familiar, por ejemplo, en Casa de Muñecas, podemos hallar que la condición de mujer de la protagonista se...

Reviso avispada a mis compañeros: los que copian, los que tan sólo escuchan, quienes hacen anotaciones o dibujos en sus cuadernos, quienes charlan entre murmullos o se mantienen perdidos en su silencio. La clase está melancólica. Julián no parece enterarse, y continúa explicando sin problemas.

En la fila de bancos de la izquierda, la ausencia de Candice Messel es notable. Los que rodean su pupitre vacío se esfuerzan en no mirar, más concentrados que nunca en la lección. Tratando de no ser muy evidente, observo a su compañera de banco, Lara. Desde este ángulo no puede verme, pero Janet y las demás sí y no quiero que noten demasiado. Lara es la nerd de la clase, y en un día habitual, ya hubiera interrumpido la lección del profesor quince veces con alguna acotación innecesaria. Pero ahora su amiga no está. Y pienso, observando su gesto consternado, la forma en la cual sus pupilas parecen moverse a un ritmo pausado, continental en comparación con el resto de su rostro y de su cuerpo, que se halla preocupada y que es la siguiente persona de la cual debo intentar obtener información.

LXV

Durante el primer recreo, y en la clase de matemáticas, no pierdo de vista a Lara Paraje. Como chica es poca cosa: menuda, de cabello mal arreglado y lunares que se repiten demasiado en su piel opaca, cuando no levanta la mano en clases, es decir, cuando sabe que ya nadie le presta atención, su presencia parece encogerse y quedar olvidada entre la de su grupo de amigas, que la rodea todo el tiempo. E inclusive dentro de ese grupo no es una figura que se destaque: parece flotar en una onda distinta a la de Vilma, Rita o Agustine, se muestra silenciosa en sus charlas, se ajusta los lentes y su gesto me dice que piensa en otras cosas, que apenas las escucha pero que, además, tiene ese terror tan natural de que la dejen atrás, de que se olviden de ella. Creo que puedo simpatizar.

Hay una diferencia fundamental, tengo que decirlo, entre Lara y yo. Puedo notarlo: ella es inocente, todavía no se ha enfrentado al verdadero desprecio ni ha odiado lo suficiente. En asuntos de rareza adolescente tengo el dudoso prestigio de vencerla por experiencia. Y precisamente por ello, porque Lara es muy similar a como yo actuaba hace tres o cuatro años, sé muy bien lo que tengo que hacer para que me diga qué es lo que le hace temblar tanto al ver hablar a Julián, qué es lo que la distrae que todos confunden con la tragedia que le ocurrió a su amiga.

“¿Y eso?” dice Kain, en un momento cualquiera del segundo recreo.

“Es un bebedero.”

Me seco la boca con la manga, y el agua fresca que acabo de tomar chorrea por mi mentón. Ha estado haciendo preguntas similares desde hace un buen tiempo. Por ejemplo, no reconoció los enormes altavoces ni recordaba lo

que era un parlante; me preguntó dos veces sobre las computadoras de la biblioteca y su utilidad, y pareció maravillado ante la idea de un celular.

"Claro. Lo siento."

-Liseth, mira- Janet me llama la atención señalando una de las grandes puertas que dan al salón- ¿Lo ves? ¡Están abriendo el comedor!

"¿Y eso?"

"Esa es Janet".

"No, no me refiero a tu amiga. Digo la estatua de allí atrás. Detrás de ti."

Me giro, buscando. Se refiere al busto incompleto del fundador, apostado en el sitio que da al jardín donde hallé a Mina.

"No tiene rostro" comenta.

Es como si le entristeciera.

"Supongo que no pudieron terminarlo a tiempo."

Kain enmudece por varios minutos, en los cuales yo me dedico a seguir a mis amigas. Janet y Sally parecen maravilladas ante la perspectiva de poder comer en el salón; y al instante me percato del motivo: es gigantesco, parece digno más de un castillo que del colegio de un pueblito como lo es San Naerit y su cocina se adivina diversa, como puedo juzgar por la cantidad de ollas e instrumentos que veo cuando los trabajadores nos dejan pasar a husmear; el jaleo de todos los hombres que equipan las alacenas y trabajan sin mirarnos.

-¡Señoritas!- dice un barbudo al vernos, estirando los brazos hacia Janet- ¡No se apresuren tanto, que hoy no serviremos nada!

-¡Gustav!- ríen ellas y por poco no se le lanzan encima. Yo lo analizo detenidamente, mostrándoselo a Kain.

"Es demasiado joven."

-¿Una nueva?- inclina la ceja el hombre, viéndome- ¿Cómo te llamas?

-Liseth...

-¿Lili?

-Liseth.

-¡Qué intensidad! Yo soy Gustav. Mi hermanito es el dominado novio de tu amiga -dice eso, y Janet ríe y lo golpea débilmente con la palma- Liseth, ¿qué te parece nuestro humilde instituto?

-De humilde tiene muy poco.

Aplaude.

-Hay que agradecerle al buen director eso.- al hablar, el bigote le oculta la boca y parece que la voz saliera de cualquier otro lado, creando un efecto algo perturbador- Liseth, ¿hay algo que te guste comer?

Pienso unos segundos. No sé si es que me he acostumbrado o que él resulta naturalmente simpático, pero no me siento incómoda como tantas otras veces.

-¿Pasta?

-¡Mama mía!- ríe Gustav- *¡la molto fontana de la fragatti desa nostra parventeccia!*

Janet y Sally estallan en carcajadas ante su pésima imitación de un italiano. Yo reprimo una sonrisa.

-Entonces que no se diga más, al abrir serviremos pasta- se inclina- Agradezco a los dioses que no dijeras pato a la naranja.

-Un buen cocinero provee.

-¡Qué buena frase! La colgaré en la entrada.

-¿Cuándo van a abrir, Gustav?

-Tenemos considerado empezar el próximo lunes. Mejor tarde que nunca, ¿no? Y hay mucho que preparar; pueden ver que los muchachos están ocupados. De hecho, yo debería estar ocupado. Con su permiso señoritas, me borro.

No saluda con una cómica reverencia, y desaparece ayudando a uno de los trabajadores a llevar una caja con vajilla.

-El estofado de invierno es el más rico del mundo.

-Cualquier cosa que no sea la cocina de mi mamá- dice Trish.- La última noche me trajo bife. Quince años de odiar la carne, y todavía no puede metérselo en la cabeza.

-En casa Norbert siempre hace buenas cosas- me atrevo a opinar.- Pero papá era bastante malo cocinando. Le ponía kilos de sal a todo.

-¿Ah sí?- Sally sonrío- ¿Y qué hay de tu...?

El timbre suena, como siempre alarmándonos a todos con su potencia. Sally chasquea la lengua.

-Bueno chicas... Última hora con la agradable profe de política.

-Ah...- digo yo. Es el momento- Mejor voy al baño antes.

Están acostumbradas a que haga eso porque, para sus mentes, no suelo demorar mucho. Pero en realidad este es el punto del día en el que, sin saludarlas, me separo de ellas por completo.

A paso ligero las dejo, doblando por el pasillo hasta llegar al baño de siempre. No deja de haber en todo esto cierta sensación de ritual cotidiano que me enamora. Por suerte, contrario a mis expectativas, no hay nadie en los lavabos ni llego a ver pies algunos asomando bajo los cubículos. Me dirijo al de discapacitados.

Apoyo mi palma sobre la pared.

“¿Abrirás la barrera?”

“Eso mismo.”

“Será raro verlo de tu lado.”

Cierro los ojos, pensando que voy a decepcionarlo. La puerta no aparece mientras yo esté mirando. En ocasiones me pregunto cuál es el sentido de aquello: quizás, aunque suene ridículo, es que mi mente no podría aceptar la transformación que ocurre sobre la superficie al invocarla, o quizás es, como sospecho algunas veces, que hay en el Palacio cierta voluntad burlona a la que le gusta desafiar o desobedecer mis intenciones.

Cierto o no, al abrirlos la puerta ya está ahí. Corto entonces la conexión mental que tengo con Kain, y paso al otro lado.

Tras recorrer el pasillo me lo encuentro.

-Eso fue... Interesante.

No sé si haberlo hecho ver a la gente y a la escuela nos ha servido en algo para atrapar al asesino, pero sin duda puedo afirmar que se lo ve iluminado, excitado por todo lo que vio. Casi me atrevería a decir que está contento. De nuevo, me siento responsable por él y feliz de haberlo ayudado.

-¿Algo que recordases?

Niega.

-Muchas cosas me despiertan ecos. Pero aún no he visto todo.

Asiento.

-Aunque tengo que admitir que cansa- bostezo- Creo que mantenerte en mi mente consume mis energías.

-Podremos repetirlo en cuanto quieras- afirma él sin problemas- ¿Y ahora?

-Ahora tengo poco más de una hora, hasta la salida. Kain, no te molesta si paso tiempo aquí, ¿verdad?

-Nada me honraría más.

"Esa sin duda es una palabra extraña" pienso. Busco bajo la mesa de mármol, y saco de allí la caja que guardé ayer, esa desvencijada caja de cartón que se hallaba inútil dentro del armario de mi cuarto. Comienzo a retirar las cosas que puse adentro, revisándolas una por una: dos mudas enteras de ropa, despertador, papel higiénico, mi cepillo de dientes, pasta, desodorante, mi almohada apretada al fondo y doblada como si se resintiera el tratamiento que le doy, una gruesa frazada que hará de colchón y una sábana bien ligera, además de comida: crema de maní, una botella de jugo, galletas y algo de jamón que robé de la cocina cuando todos dormían.

Tardo alrededor de veinte minutos en disponerlo todo en el suelo, pensativa. ¿Es suficiente? Atrás, Kain me observa como quien contempla una ridícula mudanza.

-¿Por qué tanta ropa?

-Una es para Mina, la otra es para mí- le explico. La otra parte de esa respuesta es que no quiero que Alice me esté provocando con sobre si usé la misma muda una semana antes o no.

-Ah.

Casi puedo escuchar su pensamiento con respecto a las mujeres. Sin embargo, con diez años aquí Kain sabe muy poco sobre nosotras. No se da una idea de lo competitivas que podemos llegar a ser cuando nos lo proponemos. Me levanto, selecciono las ropas que me parecen menos similares a mi estilo y me dirijo hacia las enredaderas, allá donde el cuerpo de esa chica continúa su sueño. Como si la demora las hubiera hecho ansiosas, las plantas se lanzan hacia mí con cierta violencia, aferrándome con fuerza de los tobillos y las muñecas, tironeando hasta tragarme. Pero sé que jamás me van a lastimar. ¿Cómo podría lastimarme algo que me ayuda tanto?

Caigo como Mina, abriendo los ojos y acostumbándome a mi cuerpo. Tengo el estómago vacío. Pero aún hay tiempo. Me pongo de pie, tambaleándome, y me palpo. Estoy usando las prendas que me prestó Alice cuando fui a su casa. Miro a Kain, que me sigue observando perplejo.

-Podrías....

-¿Podría?

-Darte la vuelta. Lo siento.

En su gesto se acentúa la confusión, hasta que comprende. Juraría que sus mejillas se encienden.

-Claro. Es... Algo extraño, nada más.

Se posiciona mirando hacia el balcón. Es demasiado noble como para espiar, así que no me preocupo mientras desprendo los botones de mis capris y me quito la holgada remera.

-¿Extraño?

-Debí pensar que hacías algo como eso- dice- Pero a esta chica, Mina...

-Creo que el que yo la vea desnuda sería el menor de sus problemas cuando se halla muriendo- afirmo. Veo la cabellera negra del fantasma moverse al asentir, y busco la muda de ropa que separé para este cuerpo. Como una idiota he guardado el pantalón incorrecto en la caja, así que debo

sacarlo todo otra vez para solucionar mi error, lo que realizo con bastante frustración.

-¡Aún no está!- exclamo.

-Lo sé. No me daré vuelta.

Tomo el pantalón correcto, una remera rosa de largas mangas y un gorro que Kari me prestó. Pero antes debo ponerme la ropa interior. Forcejeo con el corpiño un rato, aunque termina quedándome grande. Victoria para Liseth. Luego continúo con la ropa, con prisa tanto por el riesgo de cambiarme cerca de un chico como por el reloj que sigue corriendo, hasta que por fin me coloco la gorra sobre la cabeza.

-Listo.

Kain se voltea.

Me observa con tristeza velada.

-Te ves bien.

-Gracias- sonrío. No tengo duda que el rostro de Mina puede hacer una sonrisa mucho más encantadora que el mío.- No me demoraré más. Mi clase suele salir más temprano los lunes.

Asiente, y yo marcho diciéndome a mí misma que quizás sería conveniente buscar también un espejo con el que decorar el balcón. O quizás no. No quiero que Kain sienta demasiado invadida su privacidad.

La idea de tratar a ese trozo del Palacio como mi habitación tiene su gracia. Cruzo la puerta roja, de vuelta en el baño. Empiezo a considerar que necesito un mejor lugar donde invocarla. Algún día, un limpiador, algún alumno, alguien entrará a la zona de discapacitados y terminará por encontrársela si continúo así. Nota mental: buscar rincones que nadie visite en el colegio. Con el tamaño del edificio, estoy segura de que hay más de mil.

El timbre aún no suena. Deben quedar más de veinte minutos para que la clase salga, por lo cual dedico mi tiempo a mentalizarme, esperando en el pasillo, oculta tras uno de los casilleros por si el portero decide pasear y me encuentra. Sería ideal si pudiera hablar con Lara mientras se encuentra sola. Pero con lo que le ocurrió a Candice, de seguro que Rita y las demás andan pegada a ella. ¿Cómo acercarme?

El sonido de pasos me distrae. Tal como esperaba, mi curso ya está saliendo para sus casas: la profesora de política suele ser muy relajada y dejarnos escapar antes de tiempo. Hallarme en este escondrijo sería ridículo, así que salgo y aparento estar regresando de una escapada al baño, cosa harto improbable por la hora.

Varios de mis compañeros me miran, al pasar, y algunos incluso saludan: Gabriel, Marco, David o Vilma, hasta Sally me pispea como si fuera una ídola. Matt pasa junto a Elias, y me echa un vistazo nervioso. Sonrío, y me encargo de levantar la cabeza. Esto es asombroso.

Pero no debo perder a mi objetivo de vista. Al último, seguidas sólo por Zaq y Larry, el grupo de chicas avanza entre charlas. Como antes Lara camina junto a sus amigas; pero no del todo integrada: está detrás, cabizbaja y pensativa. Esbozo mi mejor sonrisa y me acerco.

No.

No soy yo la que se debe acercar.

-Hey.

“¿Hey? ¿Lo dije bien?”

Rita, Vilma y Agustine paran y me miran desorientadas. Se giran hasta cerciorarse de que yo me estoy dirigiendo a su amiga. La susodicha todavía no parece ni enterarse de que le he hablado.

-Lara...

Lara levanta los ojos, y me mira.

-¿Yo?

Asiento.

-¿Puedes venir?

Se la ve tentada de mirar hacia ambos costados. Las demás parecen entre desbordadas e incrédulas de que Mina, una de las chicas más populares de la escuela se acerque de ese modo. Lara se encoje un poco, aferra su mochila y se aproxima.

-¡Te esperamos afuera!- le sonrío Rita. Todas acompañan al flujo que se retira cruzando el portón hacia el patio de entrada.

Ahora sí, el timbre despega y comienza a inundar los pasillos con su estruendo. Yo y mi temerosa compañía nos apartamos un poco, para evitar la marcha de los estudiantes.

-Eh...- dice ella.

-Lara- le digo, para hacerle saber que conozco su nombre- ¿Sabes quién soy, no?

Asiente con timidez.

-Escuché lo que le ocurrió a la mamá de tu amiga. Lo siento mucho.

Se revuelve un poco. Está claro que no encuentra muchas palabras.

-Pero no vengo aquí por Candice- sigo- Lara, ¿me creerías si te digo que te admiro? Puede sonar tonto, pero he escuchado bastante de ti. Los profesores, Herbert, Duana, Julián, muchos comentan lo inteligente que eres y cómo participas en clase. Con las chicas teníamos pensado hablarte desde hace mucho.

Hay una mezcla de pavor y esperanza en su rostro.

-¿De verdad?

¡La pobre idiota! Si no me recordara tanto a mi pasado, estaría llorando de la risa. La necesidad de creer es más fuerte que cualquier cosa.

Lo confirmo, intentando que mi mirada y rostro parezcan sinceros.

-A veces sé que parezco algo superficial- elijo bien mis palabras- Pero no quiero que mis compañeros se hallen mal. Es decir, que mis compañeros de instituto. Lara, sólo quería que supieras... Que si algo te aqueja sobre lo que le ocurrió a Candice, o si necesitas ayuda alguna, tan sólo tienes que hablarme. Casi siempre estamos ocupadas con las prácticas de danza, pero creo que esto es importante. Quiero que sepas que me agradas.

-Yo no...- duda, azorada- Pero yo no me visto a la moda, ni conozco...

-¿Y crees que eso es importante? Son payasadas. Lo que importa es...

-¿Mina?- dice una voz a mi espalda.

Maldición. Al darme vuelta veo a Alice, junto con Harrold, Anna y varios de los chicos del año. No calculé que saldrían por este pasillo.

-Alice.

-¿Qué haces hablando con ella? ¿Y qué con esas ropas ridículas? No recuerdo habértelas visto antes.

Su tono de desprecio parece desmentir todo lo que dije antes. Y, por todos los santos del cielo y de la tierra, ¿otra vez con las malditas ropas? ¿Cuál diablos es su problema? ¿Tengo que usar acaso esos estúpidos sombreros de

cowboy que ella se pone? Cambio mi sonrisa por mi mejor tono de firmeza, y la miro.

-Yo hablo con quien me venga en gana.

Parece como si la hubiera chocado un camión. Detrás Harrold levanta las cejas, sorprendido, y veo a varios de mis compañeros hacer gestos de hilaridad. La sensación de victoria bulle en mi pecho.

Alice chasquea la lengua, recuperándose rápido del golpe. Camina pasando a mi lado con fastidio.

-Como sea, no es mi problema. Te guardaré un lugar en la traffic.

Varios la ven salir comentando por lo bajo. Por sus caras y por la reacción general puedo percatarme de que es la primera vez que el curso ve a Mina rebelarse. Ciertamente esto es divertido. A la reina la sigue Anna, tan solícita como siempre, y luego Harrold que se voltea y me sonrío, aparentemente muy entretenido con lo que presencié. Su simpatía conmigo arregla todo daño que los comentarios de Alice pudieran haber causado.

-Yo no quiero molestar...- dice Lara, cada vez más nerviosa.

-Créeme, no me molestas.

-En realidad...

Los demás ya se están yendo, caminando con esa actitud de los chicos de sexto, de que no les importa nada de lo que ocurre. Afuera llego a ver al transporte de Veronique DuMarque, y a Veronique DuMarque misma que marca un ritmo con el pie, contando a las que se suben.

-¿En realidad?

-Hay algo que me ha estado preocupando mucho- baja la vista ella- Sobre Candice.

Bingo.

-¿Quieres contármelo? Puedo ayudarte.

-¿Me escucharías?- Lara parece esperanzada- Pero... Ahora no hay tiempo.

Piensa unos segundos, y yo pienso que si esta idiota no se apura me perderé la clase de danza.

-¿A la noche estarás por el centro?- dice.- Es bastante importante.

"Oh, oh, qué valiente."

-¡Pero claro! Saldré de la práctica a las siete. ¿A las ocho en...?

-¿En el bar cerca de la peluquería?

-Exacto. Me alegra que puedas confiar en mí.

-Yo soy la que se alegra- murmura ella. Sí, sí, estoy segura de que su interior hierve de felicidad, por que una de las chicas más prestigiosas de esta academia se haya decidido a hablarle- Candice siempre me habla de ti. Ella te admira mucho.

La traffic toca bocina.

-Lo siento- digo- Debo irme. Te veré a esa hora.

-¡Suerte!

No le devuelvo el saludo, sino que voy a donde mis compañeras de danza me esperan impacientes.

-Juliana Jraer.
-Presente, profesora.
-Elia Valdez.
-Presente.
-Anna Vauldari.
-¡Presente, presidente!
DuMarque pone los ojos en blanco.
-Alice McRyans.
-Aquí.
-Mina Harvnes.
Levanto mi mano, satisfecha.
-Clara Sandor.
-Aquí profesora.
-¿Jossie Williams?- no espera la respuesta- Ah, ahí estás mi cielo. Y Natalí... Siempre contra la ventanilla. Tiene complejo de pájaro.
Las chicas ríen. Veronique DuMarque guarda la lista.
-Yolanda faltó, como siempre- oigo que le dice a Gerardo- Esa niña es un desastre.

Pero desde luego, no menciona que Candice también faltó. El motivo debe ser, como bien lo dijo Matt, que la ausencia de Candice durante esta semana era más bien algo obvio. Nadie espera que se recupere de un día a otro de una pérdida semejante. Y aunque entre las demás chicas hablan consternadas, yo me siento bastante feliz. Me basta con recordar la libertad que sentí la última vez al bailar para llenarme de expectativas por el día.

No esperaba, pienso horas después cuando ya terminó todo, la intensidad de la clase que Veronique DuMarque nos impartió. Probablemente porque la vez anterior simplemente me había quedado hablando en el palacio y sólo hice esa demostración al final; me encuentro con que la danza requiere de ejercicios constantes, que poco a poco van dejando su huella en mi cuerpo. Repetimos movimientos durante un buen rato, intercambiando la extremidad para acostumbrarnos, y Veronique pasa entre nosotras y corrige posturas, endereza espaldas, sostiene piernas y fuerza las posiciones con sumo cuidado. De vez en cuando me echa miradas nerviosas, que intento ignorar: como profesora, es evidente que se percata de mi demora y mi confusión al oír los nombres de las posiciones, pero si algo me salva de que me critique es sin duda que Veronique debe pensar que a Mina le afectan las noticias y la ausencia de Candice, cuyo espacio vacío frente a mí desconcentra a las demás enormemente. Cuando se acerca, para revisarme, lo único que termina diciendo es un simple consejo.

-Afloja el cuello, querida. Te harás mal.

Yo le hago caso, y en efecto me siento un poco mejor, si bien algo descompensada. “¡Resistan!” dice DuMarque, y como las otras, mantengo la posición en la que me hallo, una posición de flecha que me hace recordar a las muñecas de las cajas musicales de mi infancia y en la que, si estoy quieta como piedra, es de nuevo más por esa presencia en mi interior que atribuyo a Mina que por mi propia habilidad, pues si de Liseth Aurdelard dependiera ya me hallaría de vuelta arrojada en el suelo.

Cuando los tediosos ejercicios de barra terminan, esta vez sí nos ponemos los zapatos necesarios. Los de Yolanda me quedan bien, y sólo necesito un par de vistazos disimulados para asegurarme de que los estoy atando de manera correcta. Pero al parecer mi trabajo no es suficiente para DuMarque, quien se arrodilla frente a mí y en silencio me ayuda a terminar la tarea.

-Mina, Mina, cariño...- dice- ¿Otra vez te dejaste tu equipo?

-Lo siento...

-Tesoro, por hoy no te preocupes. Vamos, ¡vamos todas, levantándose!
¡Plie!

“Plie” es, por lo que noto, el acto de doblar las rodillas y descender, apenas un poco después que el resto. Esa realidad, si bien me incomoda, me impulsa también a mejorar: eventualmente podré moverme a la par de todas, como sin duda Mina lo hacía.

-¡Rond de Jambe!- dice la profesora, y todas trazamos un semicírculo con el pie- *¡Grand Battement!*- levantamos la pierna cuan alto podemos, y me percato de que he movido la equivocada- *¡Avant!*

Las chicas avanzan, y yo las sigo. Los movimientos son como piezas de un reloj que se activan y se frenan, en ocasiones me siento como si surfeara el aire, me deslizo como una muñeca y giro sobre un eje imaginario creado por mi pierna, siento la malla moverse por mi piel y mis hombros y la pequeña falda cosquillea mientras elevo mi pie en un arco, sintiéndome parte de una pieza perfecta. Los músculos tensos, antes de aflojar, los movimientos calculados que todas realizamos, congeniando mientras Veronique DuMarque nos dirige con la batuta invisible de su voz, la pirueta y el salto durante la práctica, todo eso se suma en mí, mientras mantengo mis energías, buscando superarme a mí misma. Esto me gusta. Me gusta más que natación, que fue lo que Thomas planeó que hiciera de pequeña, y que cualquier otra cosa a la que pueda haber jugado. Siento que algo en mi interior rebalsa de oscura alegría al bailar, como si fuera yo la poseída y no Mina, me siento abrazada por algo que me mueve no en contra, sino impulsando mi voluntad para sostenerse. Jamás he experimentado algo tan placentero.

-¡Y...! ¡Fin!- exclama, y todas volvemos a aflojar.

Guardamos silencio, mientras ella nos examina.

Percibo que varias dirigen sus miradas al reloj de la pared, curiosas. Aún falta bastante para que la clase termine.

-Bien, muchachas, muy bien. No esperaré más de ustedes. Alice, tan perfecta como siempre. Elia también, eres muy prometedor. Niñas, lamento haberlas frenado ahora. Cada vez que las veo bailar, algo en mi alma... Bueno, ya saben cuánto me enorgullezco de ustedes. Pero precisamente por eso es por lo que hago esta pausa. Les dije, la semana anterior, que había buenas noticias para nuestro pequeño instituto. Me debatía, entre si decírselas hoy o esperar, porque estoy, y sé que todas ustedes también lo están, más que

dolida por lo que ha ocurrido en estos días con la mamá de Candice. ¡No lo crean! Ayer lloré toda la noche, pregúntenle a Gerardo.

-¡Profe!- dijeron algunas, para consolarla.

-¡No, no!- las frenó Veronique- No soy yo la que necesita apoyo, y lo saben. Sé que Candice, tarde o temprano, volverá. Y allí, como la gran familia que somos, espero que podamos apoyarla en este difícil rumbo que ha tomado su vida.

Las bailarinas asienten, y la profesora logra sonreír.

-Mientras tanto- prosigue- Supongo que tendré que darles las buenas a ustedes. ¿Recuerdan todos los sufrimientos que atravesamos el año pasado, para bailar en el Teatro del Centro? Si bien puedo afirmar que la experiencia lo valió, fue realmente un tema complicado. Pero este año, niñas, su profesora ganó un poco de inteligencia. Hablé con Henry, y le pedí que usara sus influencias.

¿Henry?

El director.

A mi lado, las chicas se remueven ansiosas.

-Y... No quiero asegurar... ¡Pero es posible que nuestra pieza se dé en el Teatro de Lastega! ¡En plena Visgana! ¡Chicas, es una oportunidad maravillosa!

Algo en mi desfallece. Luego se sostiene, aferrándose con fuerza a mis convicciones. No debo asustarme. Visgana. No debo temer.

-¡Profe Vero!- dicen varias, y se arrojan y la abrazan. Forman entre todas una gran estructura de calor humano, a la que no me atrevo a acercarme. Visgana no es Nueva Gabul, hogar de mis malos recuerdos y de mis heridas, pero sí es una ciudad inmensa. ¿Puedo hacerlo? ¿Puedo hacer algo como eso?

-¡Estoy tan contenta!- llora ella, entre tantos abrazos- ¡Está casi confirmado! El director prometió una gran cena, en la que anunciaremos... ¡Oh, niñas! Me hacen una mujer muy feliz. Vengan, vengan, acérquense. Tú también, Jossie. Tendremos que organizar todo bien. Hablaré con Laurence, para que prepare la pieza de nuevo. Debe tener modificaciones. ¡Se lo imaginan!

De pronto me observa, y me llama.

-¡Mina! Tú también, y Alice. Ambas tendrán un solo. A menos que...

Titubea. Mi corazón da un latido salvaje en mi pecho. ¿Un solo? Se refiere a que danzaré por mi cuenta, frente a todos los espectadores. ¿No es eso importante? ¿No es eso lo que quiero?

Comienzo a sonreír.

-Pero si Candice falta- termina DuMarque- Mina deberá cubrirla con las demás. Así que sólo nos queda esperar.

Si me hubieran golpeado con un martillo, no hubiera sentido tal impacto. La posibilidad de brillar como Mina se opaca tan rápido como vino, una estrella fugaz que cruza el cielo nocturno de mi futuro, para luego dejarme en la misma oscuridad de siempre, ignorada y sórdida.

Mis uñas perforan la palma de mi mano.

"No" pienso. No voy a permitir que la pena de Candice se interponga ante mi ascenso. *"Ya me harté de ser tímida, me harté de querer ocultarme"*.

-Gracias, profesora- digo acercándome a las demás. Alice, a quien considero mi rival, me mira con evidente disgusto. Pero yo estoy muy contenta, pensando en cómo puedo torcer las cosas a mi favor. Quiero ese solo, ese momento para, en el corazón de todo lo que odié, brillar y demostrar que he

conquistado mi pasado y los sufrimientos con los que me marcó, y juro por todas las cosas que voy a obtenerlo, cueste lo que cueste. Quiero dejar de ser una criatura de oscuridad, quiero brillar con una nueva luz que sorprenda a todos los que me ven, desplegar alas y regocijarme en ese descanso.

Simplemente, quiero *dejar de temer*.

LXVII

A las ocho, el centro de San Naerit está tan oscuro que bien podría ser medianoche. No hay mucha iluminación aquí, apenas algunos faroles y la luz de los locales que se mantienen abiertos: un par de bares, en donde los chicos del aserradero beben cerveza apaciguados por la larga jornada de trabajo.

Quizás Alex esté con ellos. El temor de que me vea se diluye cuando me percato de que sigo en el cuerpo de Mina. Aunque debo decir que el mismo temor aún así continuaría si con quien me cruzara fuera Mikhail.

La traffic de Gerardo me dejó aquí a mi pedido, y la hora parece justa. Pero todavía no veo rastros de Lara. ¿Se atrevería a dejarme plantada?

"Kain" llamo, buscando la conexión en mi interior.

Puedo sentirlo ver, a través de mí.

"Es de noche."

-Claro- murmuro. ¿Se está preocupando por mí?

"Hacía años que no veía una noche. Es hermoso."

Hago una pausa, considerando el atardecer perpetuo del Balcón. Luego contemplo el cielo estrellado, los cúmulos que parecen aerosol blanco, el aire fresco y puro y los sonidos de la gente del pueblo. Algo en el mismo ambiente en el que hace un rato me paseaba sin más se me presenta de forma distinta.

-Lo es- afirmo.

"¿Qué haces allí sola?"

-Te lo explicaré más tarde- digo, viendo la menuda figura que camina buscando, hacia la puerta de un bar- Iré más tarde. En la caja hay una bolsa con caramelos largos. Puedes sacar uno.

"Ah. ¿Uno?"

"¿Tienes hambre?"

"Ya saqué dos."

"..."

"Estoy terriblemente arrepentido. Pensé que eran para mí."

Intento no reír, más que nada por si alguien me ve.

"Lo son" Lara parece a punto de volverse, seguramente creyendo que la he dejado plantada *"¡Nos vemos!"*

Siento su presencia retirarse de mi mente, y mi consciencia quedar de nuevo a solas. Me arreglo el cabello por instinto, y me acerco hacia donde Lara se ve temerosa con la más amigable de -¿mis?- sonrisas.

-¡Hola! Disculpa la demora.

¡Dioses! ¡No! No debo disculparme. Mina no se disculparía. Tengo que grabarme eso en la cabeza.

-¡Oh!- Lara se ve francamente sorprendida, y yo me percató de que ha intentado vestirse bien, en comparación con los atuendos sosos que utiliza en el instituto: lleva un pullover, pantalones cortos que no la ayudan con el frío y se ha librado de los anteojos, que trae colgando del bolsillo izquierdo- ¡Mina! Pensé...

-¿Que no vendría? Te lo prometí. Vamos, entremos. Hace bastante frío.

-¿No quieres que lo pospongamos? A decir verdad, lo estuve pensando y...

¿Ahora me lo dices, sabelotodo?

-¡Descuida!- busco una mesa apartada, al lado de una de las ventanillas, y la ocupo cayendo en la cuenta de que este es el mismo bar al que fui hace unas semanas, con los amigos de Matt. El barman de la cara amargada se aproxima.- ¿Cenaste? Aunque... es muy temprano.

-En mi familia se cena temprano.- Lara titubea, niega, luego mira al empleado- Sólo una coca, por favor.

-Una coca para mí también- pido intentando aparentar la mayor de las confianzas- ¿Es Light?

El hombre asiente en un pesado silencio.

-Light entonces para mí- digo.

Esto es hilarante. Estoy segura de que es lo que Mina hubiera pedido.

Satisfecha con esa actuación, vuelvo a encarar a Lara. A la luz baja del bar, su fealdad es incluso más evidente. Que chica desafortunada. Es incluso más fea que yo, que no me aprecio en nada, no tiene carne, ni rostro, nada que rescatar. No me sorprende que sea la bocona de la clase. Ahora mismo, por la emoción, su cara tiene una mueca de excitación mal contenida que la hace incluso más horrible.

-Esto es... ¡No lo puedo creer!

-¿Hm?

-¡Tú!- estalla en regocijo- ¡Mina Harvnes, hablando conmigo en persona! Las chicas y yo siempre te admiramos. ¡Candice siempre menciona que quiere ser como tú o Alice! Y mi curso... ¡Santo cielo! Podría nombrarte al menos cinco chicos que están perdidamente enamorados de ti. ¡Qué suerte la mía!

Me digo a mí misma que una vez obtenga información podré evitarme el soportarla.

-Eso sería divertido- asiento con cuidado- Pero podríamos dejarlo para otro día, ¿no crees?

Mi frase es como un balde de agua helada, que le hace recordar su lugar. Con menos soltura se reacomoda. Así está mejor. Finjo una preocupación sensible.

-Lara...- digo- Dijiste que tenías algo para contarme. He estado preocupada toda la tarde, pensando a qué te referías. ¿Te ocurrió algo? Me gustaría saberlo.

-Es Candice.- dice ella.

Se tiene que interrumpir, pues entonces el dueño deja las bebidas frente a nosotras, sirviéndonos en los alargados vasos. Yo espero impaciente, maldiciendo su intromisión. Cuando se va, me contengo de volver a preguntar enseguida. No debe notarse mi curiosidad. Lara debe considerar que es un gran honor el contarme sus secretos, no que tiene alguna clase de poder sobre mí.

La observo largamente, como si fuera yo una jefa que se dispusiera a echar a una empleada. Ella se siente evidentemente aplastada por el peso de mi mirada. Esta sensación de poder cosquillea en mi interior.

-Debe de estar muy mal- afirmo.

Asiente.

-Apenas pudimos hablar. Se sigue culpando por lo que le ocurrió a su mamá.

-Entonces debes explicarle que no es así- digo- Eres su amiga, Lara. Candice no...

Hice una pausa. Algo en el interior de mi cabeza había dado un latigazo.

-Candice...

-No es eso- niega ella, sin prestar atención a mi silencio sórdido. ¿Qué había sido eso? ¿Qué me había interrumpido? Temo por unos minutos caer víctima de un ataque de ceguera, justo ahora. Pero nada continúa la amenaza brutal de aquel restallido. Procuro olvidarlo y prestar atención a mi compañera.- Mina... Candice... Cielos, no sé cómo decirlo. No sé si debería decirlo.

Aquí viene la parte importante, lo sé. Si le pregunto directamente, se cerrará. Así que simulo estar curiosa pero ser amigable: tomo un poco de mi gaseosa a través del sorbete, apenas una muestra, y luego niego enérgicamente.

-No quiero meterme en sus cosas, Lara. Sólo quiero ayudar a Candice, y a ti. Si tú sabes...

-Candice estaba saliendo con Julián.

Es costoso dominarme al oírla. Pero la sensación que tengo puede explicarse con una analogía: la ficha comprada, sujeta por sucios dedos, entra en la ranura; una moneda plateada e insignificante que se inserta, rueda, corre por los ínfimos senderos de la maquinaria y activa el sistema para el que fue pensada. Hay un sonido de timbre, triunfal. La pantalla se ilumina. El juego comienza.

Me mantengo serena.

-¿Con Julián?

-Nuestro profesor de Literatura- asiente ella- Ay, Mina, de verdad... No sé si debo contar.

"Pues ya lo estás contando, menuda idiota."

-¿Desde hace cuánto?

-Meses- afirmó ella- No, tal vez casi un año. Él le ofreció darle clases particulares, ya sabes que a Candice nunca le gustó la literatura. Iba a su casa todos los domingos.

¿Julián? ¿Visitando la casa de una mujer que luego moriría cruelmente?

Más probable de lo que imaginarías.

-Eso es...- digo- Es decir... Qué dato.

Lara asiente, roja.

-No sé qué tan en serio iba la cosa. Candice me dijo que Julián daba muchas vueltas, que le hablaba de amor pero nunca la besaba, y no sabía cómo acercarse. Y además, intentaban que todo fuera secreto. ¡Pero ahora!

-¿Ahora?

-Hablé con ella. Mina, te lo juro, Candice está mal. Y no sólo por su mamá. Cuando le mencioné a Julián... Estalló. Lloraba sin cesar. ¿Qué debo hacer? Tú siempre te manejas bien con Alice. No quiero ver a mi amiga mal, y...

Pero nada de lo que dijo ahí en adelante entró en mi consciencia. Yo ya no la escuchaba, meditando. Candice y Julián. Al parecer, uno de los rumores que había soltado Janet en mi primer día de clases resultaba ser cierto. Y Candice llorando, ¿por qué lloraría? ¿Un quiebre mental obvio, dado por la muerte de su madre? Estaba segura de que Matt hubiera opinado algo así. Sin embargo preferí ser cauta en adelante. No me agrada Lara, pero sé que es amiga de Candice y, para que le hubiese llamado la atención, debía de existir en ese llanto algo más allá de lo obvio. ¿Acaso Candice sabía quién era el culpable del asesinato?

Resolví todo en un par de segundos. Mi interlocutora parloteaba sin cesar, sobre anécdotas y nerviosos comentarios que no me interesaban. La interrumpí, distraída.

-Esperaré a que vuelva a danza, y hablaré con ella. Gracias por confiar en mí. Deberíamos juntarnos más seguido.

Había dicho todo en el más neutral de los tonos, pero aun así el rostro de Lara Paraje se iluminó. Diez minutos después, ya nos habíamos separado del todo y me había librado del estruendo ininterrumpido de su voz.

LXVIII

Quedaba resolver cómo me las arreglaría para aparecerme en el colegio mañana. La opción clara era, desde luego, el dormir en el Palacio, pero aún representaba para mí un problema obvio. Este era que aunque durmiera en el Balcón, junto con Kain, y con eso me refugiara de aparecer en las memorias de todos, ¿cómo haría para que mi ausencia no se notara una vez las clases iniciaran? En cuanto saliera, directa hacia mi aula, todos mis compañeros me recordarían y se percatarían de que no me encontraba allí. Y pasar el férreo control del portero con alguna excusa sonaba poco creíble. No quería ninguna historia de boca en boca con respecto a cómo yo era una chica perdida, que escapaba de clases y daba incongruentes paseos por el centro.

Así pues, me decidí a hacer algo arriesgado. Entraría al instituto. Caminaría como Mina hacia el muro, saltaría la verja, abriría alguna de las ventanas y como si fuese una ladrona furtiva por allí me colaría, pero no para robar sino más bien para hacer "camping". Luego sería el abrir la puerta roja en algún baño, poner mi reloj despertador bien temprano, esperar a alguna hora indicada y aparecer en mi curso como si nada, como si llegara junto con Matt y todo hubiera sido una pequeña pausa. Estaba segura de que funcionaría.

Con esta resolución partí, luego de haberme despedido de Lara. Pero no esperaba a esta hora encontrarme con una figura conocida.

-¿Mina?

Quedé paralizada, maldiciendo para mis adentros. Luego me volteé. Era él: alto, apuesto, inconfundible, observándome con la más genuina de las curiosidades en el rostro.

Rebusqué, forzando de nuevo mi mejor sonrisa.

-Harrold.

-¿Ya no soy Harry?- sonrió de vuelta.

-Harry- me corregí- Hola. ¿Qué...? Quiero decir. ¿Qué haces por aquí?

-La práctica se extendió más de lo que me hubiera gustado- Harrold Camping se aproximó, resuelto, y ambos caminamos por las calles oscuras, hacia alguna dirección indefinida- ¿Y tú? Es raro verte por aquí tan tarde. Y sola. Seguro que interrumpo alguna cita.

-Nada de eso- negué- Sólo quería dar un paseo.

-¿A kilómetros de tu casa?

Mierda.

-Vine de danza- me corregí, más nerviosa- Pero me junté con una chica...

-¡Claro! Esa con la que hablabas a la salida del colegio. ¿La conoces?

Negué.

-Quería preguntarle algunas cosas.

Harrold frunció las cejas, divertido.

-Al menos no sales con nadie- suspiró- Me sorprendió verte hablando con alguien de cuarto. Tiempo atrás creí que sólo te llevabas con Alice.

-Bueno, a veces las cosas cambian.

-Ya lo creo que sí- algo en su sonrisa se intensificó, y yo lo observé muy atenta- Así que... ¿Qué le querías preguntar a esta chica? Si quieres contármelo. Para motivarte tanto a caminar, debió de ser importante.

Me debatí entonces varios segundos, sobre qué podía decir. ¿Era de confiar Harrold? No me parecía que fuera deshonesto, pero podía equivocarme. En cualquier caso, era alguien acostumbrado a que su apariencia y su habilidad le dieran lo que quisiera. Tal vez resistiéndome lograría interesarle más.

-No es nada.

-Comprendo- dijo, sin perder un ápice de humor. Los dos doblamos por una esquina, alejándonos de la zona poblada. No había un alma a nuestro alrededor.- No quiero entrometerme.

-En realidad...

Me arrepentí al segundo de haberlo hecho. Sus ojos celestes se clavaron en mí durante unos instantes, pero no habló. Terminé por resignarme.

-Es sobre el asesino.

-¿El asesino?

¿Por qué estoy diciendo esto? ¿Por qué a él?

-Ya sabes, lo que ocurrió la otra semana. Me interesó.

-¿Esa chica es la misma que...?

-No. Una amiga.

Asintió.

-Es un tema interesante, no lo dudo- me dio otra ojeada, y terminó mirando el firmamento, las estrellas sobre nosotros- Un asesino en el pueblo. ¿Da mucho a que pensar, no?

¿Se estaba burlando de mí?

-Sé que no te interesa. Pero...

-Claro que me interesa- dijo él- Lo he pensado bastante. En la práctica Rachett me amonestó cinco veces, y todas fueron por darle vueltas al asunto entre jugada y jugada. Mina, ¿no piensas que un asesino es la expresión de algo que está mal?

En ese momento seguí debatiéndome, si se burlaba del supuesto interés de Mina o realmente parecía dispuesto a discutirlo.

-No lo sé.

-Pienso que el asesino... Si es que hay uno... Es alguien que finge. Bueno, similar a lo que hablamos el otro día. Máscaras. Piensa en un hombre con una gran máscara.

Se frenó. Yo también me frené, girándome para verlo. Harrold y yo quedamos entonces cara a cara, en una calle cualquiera, una vereda cualquiera, frente a fachadas cualesquiera y bajo mil estrellas y el cantar ensañado de las cigarras. Había un silencio de tumba a nuestro alrededor.

-Y podría estar cerca- añadió.

Inflé las mejillas, y dejé escapar el aire.

-¿Cerca?

Harrold se aproximó más.

-Ya sabes. Ser alguien que has visto, a quien conoces. Esas cosas. ¿Da miedo de pensarlo, no?

Me di cuenta de que su rostro estaba mucho más pegado al mío de lo que la educación hubiera considerado pertinente. También me di cuenta de que olía a un tipo de flor, una que había olido tiempo atrás pero cuyo nombre no recordaba. No era desagradable. Casi no había detalles en su piel, ni arrugas, ni marcas, sólo belleza y perfección, y su aliento frío a centímetros de mi cara. Me miraba con un gesto muy curioso, muy poco similar a todos los que había puesto antes, que me robaba el calor.

Se me ocurrió una terrible idea.

-¿Cerca como a un palmo de distancia de mí?

Sus ojos se abrieron atrapados. Harrold retrocedió con una risa.

-¡Oh! Debí pensar que se interpretaba así. Pero no, de momento no me dedico a matar gente. Siendo honesto, no entraría en mi agenda.

Respiré normalmente.

-Supongo que eso es bueno de saber.

-Pero alguien lo hace, ¿no?- guiñó un ojo- Máscara o no, lo hace, y Mina Harvnes elige justo estos días para pasearse sola por San Naerit en plena noche. Tengo que admitir que me preocupa un poco. Te acompañaré hasta tu casa. ¿O alguien te busca?

Tuve que pensar rápido.

-Ah... Me buscan.

-Entonces hemos recorrido todo esto en vano- rio- ¿Por dónde te buscan?

-En la... Frente al...

¿Qué debía decir? Se me ocurrió la estación policial, pero el riesgo de ser vista por el oficial me parecía demasiado severo. Desde luego que no volvería a la casa de Mina. Sin embargo, no podía quedarme toda la noche junto con Harrold. Debía hallar alguna forma de quitármelo de encima.

-Frente al bar- resolví.

Al parecer no había muchos bares en el pueblo, o los demás no eran muy notables, porque Harrold me comprendió en el acto. Con un movimiento gracioso se dio la vuelta, separándose de nuestra proximidad y dejando que lo siguiera.

No pregunto más sobre quién tenía que buscarme. Caminamos por un instante callados, regresando a las pocas luces de los locales abiertos y al moderado jaleo de los jóvenes que bebían. Me pregunté qué estarían haciendo Matt y Kari en este momento.

-¿Cómo están las cosas con Alice?

La pregunta me desconcentró.

-¿Ah? Bien.

-¿Y tú estás bien?

-Sí. Estoy bien.

Rio.

-Esto es tan raro.

No comprendí a qué se refería. Mis zapatillas hacían chasquidos al pisar la vereda y las hojas secas. Harrold caminaba todavía delante, y no podía ver su rostro, sólo el marcado contorno de su perfil. Se encogió de hombros.

-Pensé que tú y Alice estaban peleadas.

-Sólo un poco- me cubrí- A veces es...

-Absorbente- asintió- Así es como la obligan a ser. Es sólo que me llamó la atención. ¿Cómo está tu abuela?

Zona peligrosa.

-Bien.

-Me alegro mucho.

Curiosamente, su alegría parecía sincera. Era el tipo de frases repetidas hasta el hartazgo, pero en él sonaba cierta, cálida. Me permití sonreír.

-¿Por qué me preguntas todo eso?

-Sólo dudaba- dijo, volteándose de nuevo. Caminó en reversa, sin perderme de vista- Así que... ¿De verdad no salías con nadie? ¿No interrumpo a ningún novio, a ningún chico que quiera verte?

Negué. Se me ocurrió preguntarle en dónde vivía, para andar vagando tan libremente por el centro. Antes de poder hacerlo algo se cernió sobre mí, y Harrold me dio un beso en la mejilla.

Fue difícil de describir. No he recibido muchos besos -está bien, no he recibido ninguno- pero dudo que sean como el que él me dio. Fue ligero, rápido, como si lo hubiera dominado un impulso que no pudiera resistir, y apenas sus labios se apoyaron sobre mi piel, como si temieran dañarme. Era alto, así que todo él se había inclinado para besarme. Cuando retrocedió un estremecimiento me recorrió de pies a cabeza. Pero no era miedo o disgusto.

Harrold sonreía, triunfal.

-¿Por qué fue eso?- dije enrojando, tomando mi mejilla.

-Estás rara hoy- fue su respuesta- Pero me agrada. Me agradas, Mina. No lo esperaba, pero es así. Y desde luego, me agrada que no estés saliendo con nadie.

Mi corazón comenzó a martillar. Tenía la necesidad de huir, pero me contuve. ¿Acaso él...?

Pero Harrold no dijo más. Yo había olvidado ya del todo mi pregunta anterior. Un poco más allá, el barman guardaba las mesas exteriores, sin prestarnos atención.

Piensa, Liseth.

Piensa en una respuesta ingeniosa.

Algo digno de Mina. Un flirteo, alguna oración valiente, algo que impresionara.

El candor de ese no tan inocente beso seguía haciéndome arder la piel. Mi cerebro se esforzó a toda velocidad.

-Tengo que ir al baño- dije.

En el camino hacia el bar me maldecía en distintos idiomas, y también de algunas formas que intentaban ser idiomas pero eran sonidos abstractos. No me atreví a ver qué cara ponía Harrold. Ignoré el reclamo del dueño, crucé las mesas, llegue al lavabo y cerré de un portazo. Abrí la Puerta Roja.

-¿Liseth?- me recibió Kain reposando en su silla. Era la última persona que me hubiera querido encontrar en este estado, pero también era inevitable. Seguía sintiéndome dominada por los nervios, pero me contuve y me encaminé hacia las enredaderas.

-Ya vengo- dije. Debía asegurarme de que funcionara. Tampoco era que podía quedarme dentro del bar, más si pronto iba a cerrar.

Estaba muy consciente del color rojo de mi cara. Pero luego de cambiar, cuando volví a ser yo misma, sólo un vago aumento en mi ritmo cardiaco me delataba. Hice a Kain una seña, y salí cuan rápido podía del Balcón.

El dueño levantó una ceja al verme, pero no hizo comentario alguno. Con cuidado, asomé desde afuera, ocultados mis pasos por las risas de los del aserradero y sus charlas a los gritos. Era una chica más.

Harrold estaba sentado, en una de las banquetas clavadas junto a la vereda, ofreciéndome su espalda, la remera blanca, el cabello rubio desordenado. Esperaba a Mina. Pero ahora Mina no existía. Debía de asumir que se hallaba allí por algún paseo propio.

Me aproximé, dominada por una curiosidad peligrosa. No era conveniente que permaneciera mucho tiempo en este cuerpo fuera del Palacio. En la casona, Norbert, Matt, Kari, alguno podía percatarse de mi ausencia y comenzar a preocuparse. Pero aun así... Debía ver. No sabía por qué, pero debía ver qué clase de expresión estaba poniendo Harrold.

Un par de pasos me pusieron paralela a él, del otro lado del sendero de entrada al local. Lo contemplé de reojo. Sus ojos brillaban con velada tristeza. El recuerdo temprano de ese beso me asaltó, y me contuve para no moverme. Harrold pareció percatarse de algo, salió de su ensimismamiento y me vio. Sólo una chica más.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Tal vez me reconoció, aunque lo más probable era que no.

Hizo un gesto hacia el cielo.

-Cuántas estrellas.

No necesité mirar. Las cigarras parecían estar llegando al punto más álgido de su coro.

-Sí. Es una linda noche.

Sonrió. Luego su gesto se transformó, en apenas unos instantes. Dio un suspiro apagado, y cierta dureza escapó de su postura y sus hombros. Ahora él parecía estar esperando, como si esperara desde hacía horas. Era una visión muy extraña.

Y así lo dejé, cuando por fin me encaminé hacia la escuela.

LXIX

Si el centro de San Naerit me había parecido silencioso a estas horas de la noche, las calles que circundaban al Instituto se asemejaban a la actividad de un panteón. No había rastros de presencia humana alguna bordeando los murales con dibujos de malformados perros ni en la arboleda que se elevaba por sobre la represa de piedra; cuanto mucho, la silueta de un viejo gato fue la que me logró espantar cuando la vi escabullirse por entre un callejón, yo muy atenta a que nadie me viera.

El plan era simple, pero no hacía mal en estar asustada. No podía demorarme mucho: al final, era seguro que en casa me creían en mi habitación, pero con la habitación de Kari estando pegada a la mía pronto todo eso podía caerse en pedazos. Era común que ella irrumpiera cada tanto, sin invitación, para pedirme que charláramos o contarme algo que le hubiera ocurrido durante las clases. Hubo un par de ocasiones en la cual creí haberme salvado por poco de que viera la Puerta. En resumen, eran las doce, Kari estaría acostada, pero aun así prefería apresurarme. Diez minutos. Con diez minutos debía bastarme.

Saltar la reja fue un poco más difícil de lo que imaginé. La barra horizontal estaba más alta de lo que me hubiera gustado, mi cuerpo no tenía la elasticidad de Mina ni el vigor para realizar esfuerzos bruscos. Cuando caí del otro lado, pisé mal y por poco no me torcí el tobillo. Me di unos segundos de permiso, para encogerme sobre mí misma y bufar, conteniéndome de no lanzar un grito. Pero estaba bien. Lastimada, pero bien. Esta vez sí era sólo un raspón.

Me incorporé de prisa, y me alejé de la entrada. Era más posible que así nadie me viera. El patio delantero del Instituto de San Naerit estaba tan vacío como siempre, la casilla del portero cerrada y sin ninguna luz. Tuve una oleada de valor y me atreví a acercarme a espiar por la ventana. Nadie adentro. Respiré más aliviada y con sigilo me aproximé al edificio principal.

Debía ser práctica. Ya durante la mañana había estado buscando el sitio indicado para infiltrarme, así que eso no presentó demoras. Había una ventana baja, en el ala este del colegio, que daba a una de las aulas de segundo año y cuya traba estaba quebrada. Para no equivocarme, había dejado sobre el alfeizar una pequeña piedra con forma puntiaguda. Al sentirla sobre mi palma me puse de pronto feliz. La cosa marchaba bien.

No necesité gran esfuerzo para trepar esa distancia, aunque tuve que ignorar el contacto de mi piel lacerada con el ladrillo rojo del muro. Se deslizó sin problemas cuando la empujé hacia arriba. Miré a mi alrededor antes de zamparme: oscuro, los árboles nuevos y viejos, juzgándome en silencio, el eterno canto de los insectos. Nadie. Con un pequeño salto me dejé caer al interior.

Adentro del edificio estaba tan oscuro que no podía ver ni la palma de mi mano. Fue menester no tropezarme con los bancos del aula, no crear una cadena de ruidos que no pudiera contener. No creía que hubiera alguien para oírla, pero lo mejor era no arriesgarse. Tanteando, a ciegas, fui tocando madera, bordes de sillas, el escritorio destinado al profesor. ¡Qué fácil era! Seguramente, otras hubieran caído y temido mil veces, pero yo estaba tan acostumbrada a la oscuridad y al miedo que era como un murciélago, guiándome por ondas que sólo mi cerebro detectaba y con la seguridad de que en este espacio dominaba. No me golpeé ni una vez. Dejé el aula y salí al pasillo.

Tampoco se veía nada, por lo que dependía de mis instintos para ubicarme. Abrir la Puerta en un lugar donde todo el alumnado tuviera que pasar me parecía ridículo. Tenía, pues, que hallar a mi mejor amigo: el baño. En el baño, después de todas las veces que lo había usado para ocultarme -y no me refería sólo al Palacio, sino también a mi tiempo en Nueva Gabul y a mis almuerzos hechos en mi cubículo- sentía una seguridad que una sólo puede atribuirle a un hogar. Así que allí me dirigí, trotando por los corredores ya librados de obstáculos. Me apoyaba sobre una de las paredes, con cuidado para guiarme, y recorría intentando visualizar como era todo durante el día, hacía algunas horas, y cómo lo sería en otras cuando el sol saliera de nuevo. Había varios sanitarios en el edificio, pero a mí me convenía el que más cerca estuviera de mi curso. Caminé hacia el norte, guiándome por pequeñas memorias, tanteando y tanteando. Era extraño sentirse tan sola, saber que nadie más ocupaba este espacio. No me incomodaba. Llegué a pensar que tenía algo de divertido: este colegio, convertido en un castillo para mí, una aventura como las que de chica podría haber fantaseado. Justo al pensar eso, detecté una abertura sin puerta y mi destino.

El largo espejo reflejaba alguna vaga luz, permitiendo a mis ojos ver más. Sin embargo, casi todo lo que veía eran penumbras grises. Aquí estaba, la puerta de un cubículo. Y la de al lado. En la tercera, una goma de mascar que todavía conservaba algo de humedad me rozó la mano y me obligó a agitarme, disgustada. Cuarta. Luego...

La parte reservada a los discapacitados. Bien. Las cosas parecían rodar a su manera. Entré, y cerré la fina barrera de madera a mi espalda. Con más acomodo tanteé la pared, asegurándome de que estuviera lisa. Aquí estaba bien.

Invoqué a la puerta en segundos, y entré. Al hacerlo fue como si algo se liberara en mí: la luz me rebalsó. Vi mis manos, y me percaté de que era

Liseth. Es gracioso, pero lo había olvidado al no poder ver. Cerré la puerta y caminé hacia el Balcón, bostezando.

Kain estaba exactamente como antes.

-Hola- le dije.

-Hola- respondió- ¿Ahora sí te quedas?

Asentí.

-Puse la puerta en el baño de mi instituto. Tuve que colarme. A decir verdad, no recuerdo la última vez que fui tan brava.

Kain sonrió, y yo me dispuse a rebuscar entre mis cosas. Tomé la gruesa frazada, la extendí no muy lejos de la mesa y con prolijidad la doble en sentido vertical, convirtiéndola en la mediocre imitación de un colchón. Era mejor que nada. Luego busqué mi almohada, y mis sábanas. Mi lecho estaba listo.

-¿No te molesta, verdad? A lo mejor quieres estar solo y...

-Liseth, por favor. Estar sólo debe ser una de las últimas cosas que quiero.

Era algo penoso, pero lo comprendí.

-Estoy bastante agotada- bostecé. Me senté en la silla de alambre, y llevé conmigo la comida que tenía dispuesta: el jamón, la crema de maní, el jugo y el paquete de galletas surtidas que había tomado de los Weigler. No era mucho, ni muy sano, pero aquello constituiría mi cena durante aquella noche.- ¿Quieres?

Con cierta reticencia Kain tomó una galleta. Había varias preguntas sobre su condición que hacerle, pero en el momento no tenía ánimos. Me sentía muy cansada.

Ambos comimos, mientras le contaba de los sucesos del día. Le dije sobre Lara, Candice y su amorío con Julián, quien cada vez me resultaba más sospechoso. Él no se mostró ni optimista ni pesimista en cuanto a esos avances. Una vez terminamos el paquete, revisé mi reloj. Era la una. Puse la alarma para las siete, rogándome a mí misma poder oírla, y me despedí de Kain con una frase que sonó algo extraña.

-Hasta mañana.

-Hasta mañana- repitió él.

El suelo del Balcón era duro, pero mi frazada lo disimulaba. No había traído pijama, sino que dormiría con estas ropas y me cambiaría con la segunda muda antes de salir. Pero en cuanto apoyé la cabeza en la almohada, se me ocurrió de pronto una idea.

-¿No hay aquí para bañarse, no?

Sentado en la silla, observándome, Kain asintió.

-De hecho hay algo parecido a una vieja fuente de agua fría- me dijo.- Pero no aquí, sino más allá, del otro lado de la puerta naranja.

-¿Ah sí?

-Algunas veces me zambullí- admitió- Pero no te lo recomiendo. Es peligroso estar en donde hay agua en este Palacio.

Debería entonces resignarme. Pero la idea de agua fresca a mi alcance, no muy lejos de donde me hallaba me hechizaba bastante. Para olvidarla dejé mi nuca reposar sobre la cómoda suavidad de mi almohada, intenté entregarme al sueño reparador que mi día me debía. Si bien algo en la luz del balcón se había oscurecido, como siguiendo mi voluntad, todavía resplandecía ese atardecer y pegar el ojo parecía difícil. Me giré, incómoda. Las sábanas ligeras me molestaban, y al final las aparte de un manotazo. Di vuelta tras

vuelta, como si me poseyera la fiebre. No tardé mucho en percatarme de qué no me dejaba dormir.

Abrí un ojo.

-Kain.

-¿Sí?

-¿Me estás observando?

-Sí.

Hm.

Apoyándome sobre los codos lo miré. Se hallaba igual que antes, masticando un último trozo de galleta con lentitud apabullante. No parecía sentir la necesidad de pestañear.

-No duermes, ¿verdad?

Negó.

-No lo necesito.

-Pero...- dudé. No iba a poder conciliar el sueño con su mirada roja clavándoseme durante toda la velada.

-Perdona- dijo- Creo que cuando es la noche para los vivos suelo volverme más activo. Y además, me llamaba la atención verte. Esto sonará curioso pero... Había olvidado lo que era una cama.

Bajé mis ojos a mi penoso intento de colchón. La voz de Kain sonó sin que lo viera.

-Debí de haber dormido en una. Alguna vez.

No era tristeza, sino simplemente como si enunciara un descubrimiento primordial, que le produjese cierta satisfacción transparente. Me sentí un poco conmovida. Me hice a un lado, dejando espacio, y estiré la frazada hacia la derecha.

-¿Quieres probar?

“¿Qué acabas de hacer?” gritó una voz en mi interior. *“¡Qué atrevida!”*

Pero de momento, el color de mis mejillas no me traicionaba. No había hecho esa proposición con segundas intenciones. Simplemente no lo había pensado. Kain levantó las cejas, luego observó la colcha con ojos nublados y al final terminó por levantarse.

-Podría ser. Para ver.

Sentí su presencia al acostarse a mi lado, boca arriba. No tenía almohada, así su cabeza quedaba un poco más baja que la mía. Tampoco emitía calor, o aroma alguno. Realmente era un fantasma.

Pero podía tocarlo. La manga doblada de su camisa rozaba mi codo, y era lo suficientemente sólida como para desconcentrarme. Su pecho, que desde mi posición podía ver de reojo sin problemas, no se movía al compás de ninguna respiración, tan blanco como la cera. Simplemente parecía una estatua, quieto a mi lado.

Torcí la cabeza, cediendo lugar a mi almohada.

-¿Quieres?

-Ah. Gracias.

Había una voz, no de mi consciencia, sino algo más gritando peligro cuando su cabeza quedó al lado de la mía y sentí el cosquilleo de sus cabellos negros al rozar los míos. ¿Qué me estaba pasando? Entre el beso de Harrold, y esto, tenía que admitir que este día me había reservado las experiencias más fuertes con chicos que jamás hubiera tenido. No era mucho, lo sabía, pero igual me asombraba.

Mi corazón comenzó a latir fuerte, mi mente cada vez más atenta al cuerpo que tenía al lado. Si hubiéramos girado nuestros rostros, nuestros labios se hubieran rozado. Pero Kain miraba el techo, como pensando en otra cosa, y sólo yo me hallaba turbada por ese pensamiento. Una de mis manos descendió, como por casualidad, apoyándose en la parte baja de mi vientre. Cada mínimo movimiento me era terriblemente consciente, sentía que él se hallaba muy atento a todo lo que yo hacía. ¿Y si lo tocara? Me asaltaba el pensamiento. ¿Y si hiciera como Harrold, y me adelantara con un beso? ¿Cómo reaccionaría Kain?

Pero no tenía yo tal valor. Así que simplemente me contuve, resignándome a no poder dormir, y esperé. Minutos después, Kain cerró los ojos. Probablemente no dormía. Con un vistazo capturé sus detalles, las cejas negras, la calma de su rostro, los labios apretados y su palidez, las clavículas de su cuello y las arrugas en su camisa roja. Un fantasma. Era un no. Sin embargo, en ese momento me hallé convencida. Me gustaba. Me gustaba mucho, y tenerlo a mi lado, nuestras cabezas pegadas me producían una excitación que nunca había tenido antes.

Habló sin abrir los ojos.

-Gracias, Liseth.

No respondí, conteniendo el aliento.

Esa noche agradecí mucho el que él no pudiera acceder a mi mente a voluntad.

LXX

El plan funcionó a la perfección, aunque las cinco horas que habré dormido en el suelo del Palacio no contribuyeron a hacer maravillas con mi columna. Tuve que forzarme a caminar recta, tan recta que hubiera despertado la envidia de Alice y las suyas para desacostumbrar a mi espalda del dolor; y con suerte, hasta eso pasó desapercibido de los ojos de Matt y mis compañeros, quienes actuaron como si hubiera estado con ellos desde la entrada.

Ese martes no ocurrió nada muy interesante, excepto que tomé una decisión. Normalmente teníamos la clase de educación física al finalizar el horario de cursado, también con una Veronique DuMarque que se mostraba mucho más antipática para con nosotras que con sus alumnas de danza. Pero yo decidí que no iba a pasar por las penurias de dos actividades físicas en días continuos, y descarté la materia de mi calendario académico. ¿Cómo? Naturalmente, pasando esa hora dentro del Balcón. Siendo que, aunque era

obligatoria, no nos ponían notas más que la asistencia, estuve segura de que no iba a tener problemas y de que la memoria corrupta por el Palacio crearía la ilusión de que yo había corrido y sudado junto con Janet, Trish, Sally y las demás.

También me crucé con Harrold, desde luego. Caminaba, esta vez no con Alice o Anna, sino acompañado de León y Rickert. Me obsequió su amable sonrisa, y los recuerdos de lo ocurrido la noche pasada como Mina me asaltaron casi paralizándome. Me resultaba curioso. Porque, a diferencia de los demás, yo tenía ojos. Harrold, ciego a lo que había hecho, caminaba y ninguna Mina rondaba en su mente. Me veía, y con suerte apenas recordaba a la chica que había estado a su lado cuando se hallaba contemplando el cielo nocturno. Pero yo recordaba muchas cosas que él no, y eso era tanto un poder como una maldición. Era quien no recordara, quien viviera ciego el que no tenía que hacerse problema por lo que ocurriera en el mundo, mientras que mi consciencia estaba forzada a saberlo todo, y por eso mismo, a pensarlo todo.

Pero no era que quisiera olvidar, al menos no eso.

El miércoles también fue un día común y corriente. Intrascendente. El único cambio fue, en la cena, enterarnos por boca de Norbert de que Mikhail Eder ya se hallaba trabajando en el Hospital de San Naerit. De acuerdo con él, las cosas habían mejorado con impensable velocidad desde su ingreso, y la administración de los fondos estaba teniendo un mejor destino. Mikhail había solicitado maquinaria nueva al gerente. Norbert dudaba que lo aceptaran, pero estaba dispuesto a apoyar el proyecto. Aquellas cosas tenían muy animados a los demás médicos, dijo él, aunque no noté ánimo alguno en Helen cuando fue a ocuparse de las colecciones de su esposo al siguiente día. Pero bueno, Helen era Helen.

Y Norbert era Norbert.

El viernes, último día de la semana y preludeo al descanso que todos estábamos esperando, nuestro profesor de química, un calvo con el curioso nombre de Enedras nos anunció lo que ya temíamos.

-Chicos, la próxima semana no, pero la siguiente van a comenzar los primeros exámenes. Si fuera ustedes, empezaría a hacer espacio para el estudio. Pero como no soy ustedes, voy a sentarme en mi sillón y ver televisión hasta que se me sequen los ojos. Paz, amor, y buen viaje a sus casas.

Era algo particular, pero de aquello ya me había acostumbrado.

El sábado, probablemente para despejarse un poco de las preocupaciones que le rondan, Norbert decide llevarnos a comer a uno de los - ¿o acaso es el único?- restaurantes del pueblo.

El resto de la semana ha pasado para mí con la velocidad de un sueño, y la noche tiene esa condición extraña que la vuelve falsa, un espejismo de ensueño que me distancia de lo que ocurre a mi alrededor. Me siento contenta. Dedicué la tarde a repasar los gruesos apuntes, marcar con rosa lo que me parecía importante y copiarlo con prolijidad en mi carpeta, con anotaciones para mi futuro estudio. Por haber invertido mi tiempo en esto, no siento que el día haya sido desperdiciado cuando es la hora de salir.

Bajando la escalera, Matt no parece opinar igual.

-Hoy dormí bastante. Me lo estuve debiendo desde la práctica del miércoles.

-Yo estudié.

-¿De verdad?- sonrío. Abajo, Norbert revisa que todo esté bien y busca las llaves del auto.- Pásame tus notas.

-Claro. Y tú ayúdame con biología. La parte de genética se me complica demasiado.

-Ah, Mikhail me lo explicó en unos segundos. Tienes que...

Hablamos de eso todo el trayecto hasta el Twingo, y un rato más mientras Norbert maneja. Hay algo de mágico en andar en coche por San Naerit a la noche, algo misterioso en el sonido de las pequeñas piedrecillas que las llantas presionan y empujan, en los traqueteos de la carrocería, en las luces de adelante iluminando una ruta de tierra que desciende y se curva, como una cueva cuyas paredes no son más que la indómita naturaleza.

Nuestras palabras se cruzan y son oídas por los demás, que de momento se hallan silenciosos. Esta vez Wilhelm va atrás; Norbert casi tuvo que arrastrarlo para que aceptara venir. Sus largas piernas chocan cada tanto con las de Kari, en una furibunda lucha por espacio. A mí ni siquiera me mira. Pero sin duda es mejor a que me agrede como la otra vez.

-Hacía mucho que no dábamos una vuelta, ¿sí?- comenta Norbert por fin, cuando mi conversación con Matt decae.- Dejar el hogar cada tanto refresca la mente.

-¿Eso lo sacaste del feng shui?

-No, es la sabiduría personal de su viejo padre. Un cambio siempre viene bien.

Debido a que otra vez no ha puesto música, su voz suena clara.

-¿Alguna noticia sobre el crimen, papá?- pregunta Matt.

-¿Mikhail averiguó algo?- añade Kari. Yo la miro y me llevo un dedo a los labios, y ella comprende que se ha equivocado. Pero por suerte Norbert no oyó su pregunta. Contesta esta vez a Matt sin censuras, pero con cierto pesar.

-Ninguna.

-El asesino debe de estar cerca.

-Pudo haber sido un loco, Matt. Un demente que hubiera pasado por el pueblo y viera su oportunidad en una casa tan apartada. Si es así, lo atraparán tarde o temprano en alguna ciudad vecina.

-¿Y tú crees que sea eso?

Norbert no contesta.

Esta vez yo hablo.

-Señor Norbert... ¿Alex le dijo algo?

Su larga y enrulada cabellera se sacude al negar.

-Pasó por el trabajo el otro día, para buscar a Mikhail. Había hablado con el viejo Zaq, pero fue más de lo mismo. Más trampas para osos no parecen haber solucionado el problema; cuanto mucho, han vuelto al bosque un sitio todavía más peligroso.

-¿Crees que Zaq estará bien?

Mi pregunta va dedicada a Matt, no a Norbert. Yo sabía, que, en el curso, éramos nosotros tres los que estábamos en la mira del desastre; Matt Weigler, la chica a la que su familia hospedaba, es decir yo, y Ezequiel Jerves Jr., apodado Zaq por sus compañeros, uno de los varones más tímidos del aula. Ninguno nos lo decía, pero los rumores ya habían corrido de boca en boca y se tenía en cuenta que, si el lunático se mantenía en la zona de los bosques montañosos que circuncidaban al misterioso río, eran las nuestras las casas que se hallaban a su alcance luego de la de Candice y un nuevo ataque obligadamente debía producirse en alguna de ellas. Esta idea, como me había dicho Kain al comentárselo, era más bien posible que probable, pero ninguno la descartaba. Hasta Janet o Sally se mostraban más solícitas conmigo cuando comentábamos el asunto, como si se temieran que yo pudiera aparecer muerta en algún momento u otro.

Norbert parece comprender en el acto que él no es el destinatario, y a su lado su hijo asiente.

-Su abuelo es de temer. Dicen que duerme con una recortada bajo la almohada y un machete detrás de cada puerta. Y sé que Zaq no parece la gran cosa, pero trabaja mucho y es una buena persona. Estoy seguro de que podrán arreglárselas.

Asiento, aunque él no me vea, más tranquila. No es que las vidas de los demás me interesen mucho, pero en ocasiones aquel chico pelirrojo de grandes ojeras me recuerda a mí. Parece que vive en otro mundo que el de sus compañeros.

Aunque, siendo que yo sé cómo se ve otro mundo...

Sonrío. El Twingo frena en un sitio iluminado, en donde incluso desde afuera se puede sentir el rumor de los cubiertos y las cándidas risas. El restaurant está apartado del centro, tiene suficiente espacio como para una veintena de mesas y como siempre su luz se ve como un refugio de toda la oscuridad que reina. Norbert saluda al dueño con un abrazo, ocupamos tabla al lado de la ventana, recibimos una entrada hecha con berenjenas en almíbar y, él hablándome sobre un famoso beisbolista que almorzó aquí, Matt rodando sus ojos hacia atrás, Kari contándome a su vez sobre un compañero que gusta de ella, y Wilhelm en mala postura soplando las migas de la entrada sobre su plato; me dispongo a pasar una comida entretenida con los Weigler, en la que termino de darme cuenta de que, después de todo, así como pude afirmar que Kain me gusta, puedo también admitir que a esta familia le he tomado cariño.

El último día recibimos noticias interesantes, de mano de Mikhail quien, con la excusa de llevarle a Norbert los últimos jarros de mermelada hechos por Jessica, aprovecha cuando se encuentra de nuevo con nosotros en la sala de juegos para arrojar con desenfado un sobre sobre la mesa.

-Ahí están.

Se siente como si esto fuera la continuación de la última vez que estuvimos así, el día en que pidió a Norbert trabajar en el hospital. La cosa ha sido rápida. Incluso mantenemos las mismas posiciones: él, arrojado en el puf pero manteniendo cierta rectitud siempre presente en su postura, Matt y yo ocupando los otros dos asientos, y Kari en el pequeño banco que normalmente utilizamos para apoyar las revistas de interés que colecciona su padre.

Nuestras miradas se clavan en el sobre de papel madera, con aprensión. Matt es quien lo toma, pero antes de abrirlo mira a Mikhail.

-¿Qué hay aquí adentro?

-¿Qué más? Fotos. Pensé que les interesaría ver.

-¿Sacaste fotos del cadáver?

El tutor asintió, sereno.

-No fue un asunto fácil. Tuve que pedirle su vieja cámara a uno de los abuelos a quienes enseñó. Revelé las fotos en mi habitación.

Bastante impresionante.

Tal vez demasiado impresionante, pienso. Demasiado empeño en todo esto. Pero intento impedir que trasluzca ese pensamiento en mi mirada. Aún no soy confiable para él.

Matt abre la solapa del sobre, toma una de las imágenes y a escondida de nosotras la levanta. Le echa un vistazo rápido y la guarda. No ha palidecido, no parece agitado, pero ya lo conozco lo suficiente como para saber que lo que hay ahí no es bueno.

-¡Matt!- le dice Kari- ¡No te las guardes!

Mikhail lo mira atentamente.

-No me parece bien...- comienza su hermano. Yo también, curiosa, insisto en dar un vistazo.- Creo que es más...

Kari Weigler se las arrebató de la mano, pero el choque de reflejos es parejo y resulta en que el sobre cae contra la alfombra. Con la solapa abierta, las fotos se desplazan fuera de su envoltorio. Mikhail continúa impávido. Parece vernos más a nosotros que a su logro.

Una de las fotos es tan roja que pienso que la ha revelado mal. Conteniendo el aliento la sostengo en mis manos, mientras que Kari, de rodillas en el suelo, mira anonadada a una segunda sin atreverse a tocarla. Y con ese segundo vistazo es que me percaté de que no están mal reveladas. Pero lo que hay en ellas, lo que se supone debe ser un cadáver está irreconocible, es una argamasa escarlata en donde creo adivinar asoman unos dientes, donde todo está hundido como en los botones de una almohada, bollos de carne escapan a través de lo que alguna vez fue una frente y ahora son astillas, el único ojo es una cosa diminuta, negra por la sangre, acosada desde todas direcciones por

bulbos de inflamación, venas y cerebro. Es imposible adivinar cómo era el rostro de esta mujer antes de que la mataran. Apenas unos retazos de cabello permiten adivinar que era rubia; al ver la foto de Kari, noto que la mayoría ha quedado plegado atrás, retrocediendo ante impactos que le quitaron la parte de arriba de la cabeza.

No puedo temblar. Ni siquiera parece real.

-Mikhail...- dice Matt- Debiste haber avisado. Kari...

-Kari- dice el joven sin escucharlo.

Ella lo observa pálida.

-¿Quieres defender a tu familia?

Se toma unos segundos en asentir. Mikhail cierra los ojos, como si oyera alguna música.

-Entonces no me arrepiento de mostrarte eso. Sabes cómo pienso, Mathew, la fortaleza se construye a base de pruebas. Yo confío en ustedes, y ustedes confían en mí. Pero no confío en su fortaleza, y eso me preocupa. Quiero que Kari y tú puedan enfrentarse a lo que sea que acecha este pueblo.

Matt no discute, pero oprime los labios con fuerza. El reflejo de las gafas de Mikhail Eder brilla cuando este vuelve a levantar los párpados.

-Charlotte Messel- recita- Cuarenta y dos años. Recibió alrededor de doscientos setenta y seis impactos entre la cabeza, torso, extremidades, manos y pies, la mayoría efectuados con una piedra angular que se halló no muy lejos de la escena del crimen. También había laceraciones similares a las de garras. Por el modus operandi, parecería el trabajo de un maniático o un extraviado emocional.

-¿No dejó huellas?

El otro niega.

-No. Aquí no hay muchos forenses, de cualquier modo. Pero la policía determinó que el atacante es un hombre de fuerza sorprendente, en la cúspide de su edad. No necesariamente alto. No hubo tampoco intento alguno de violación, ni robo, así que podemos descartar a la lujuria y la codicia como motivos del delito. Opinan que es alguien que ha rondado San Naerit por casualidad. Idiotas.

Volví a ver la imagen, la cosa que alguna vez había sido humana. Pensamiento morboso tras pensamiento morboso me asalta, imaginando a aquella abominación sangrienta gemir, intentar comunicarse, sin lengua, sin oídos, sin cara. Es horripilante. Pero aun más terrible me parece quien haya podido hacer algo como eso.

-¿Algo más?- pregunta Matt.

Kari está muda, y no despega los ojos de la fotografía hasta que Mikhail le tiende la mano para que se la devuelva. Mi antiguo compañero de Nueva Gabul junta todas las imágenes de nuevo, las mete prolijamente en el sobre, y luego bajo su camisa. Termina por asentir.

-De hecho sí.

Escuchamos con atención.

-Desconozco si los otros médicos lo notaron, pero percibí una peculiaridad a la hora de leer los informes. Matt, tu compañera reportó haber encontrado el cuerpo de su madre a las seis de la mañana, luego de sentir ruidos en la entrada de su casa y despertarse. Allí la halló ya muerta, y con el culpable desaparecido.

-¿Y entonces?

-Eso significaría que, para el momento en el que la policía acudió a recoger el cadáver, apenas había pasado como mucho una hora de su muerte. Pero sería un cadáver muy extraño si ese fuera el caso. Cuando lo llevaron a la morgue, ya la sangre se había coagulado, los gases habían hinchado su interior y la putrefacción había pasado con creces su primera etapa. Todo eso estaba escrito en los informes.

-No entiendo- dije entonces, con estupor. Mikhail nos miró a ambos, a Matt y a mí, y dio un último suspiro.

-El informe policial y la observación médica están plagados de incongruencias. Esa mujer no fue asesinada a las seis de la mañana, sino mucho antes, lo suficiente como para que el tiempo corriera sobre la materia orgánica y comenzara todos esos procesos. Tuvieron que pasar horas para que dejara de ser carne fresca. En resumen: su compañera ha dicho una sarta de mentiras.

LXXIII

Que Candice hubiera mentido era algo que ni yo ni Matt habíamos tenido en cuenta durante todo el asunto y que ahora, por mi parte, daba una relevancia nueva a lo que Lara me había dicho sobre el amorío entre su amiga y el profesor Julián Hauswhite.

Estaba claro que la joven bailarina ocultaba algo, y era necesario que yo lo develara. Para eso, como siempre, conté con la incomparable ayuda que me era el poder utilizar el cuerpo de Mina y su popularidad. Lara misma me había repetido incontables veces que Candice me admiraba. ¿Cómo no iba a contarme lo que ocurría, como no iba a revelar sus secretos a Mina si ella se lo pedía con preocupación afectada?

El problema era, desde luego, que Candice seguía faltando a clases. No hizo acto de presencia el lunes, lo que no sorprendió a nadie. Se comentaba entre nuestros compañeros que la pobre habría de dejar de asistir al colegio durante lo que quedara del año. Yo, y también Matt, nos sospechábamos que no era cierto, pero entre secretos y susurros me pareció descubrir que Janet, Trish, Sally y la gran mayoría lo consideraban un hecho. Si ese era el caso, mis averiguaciones sobre el asesinato iban a quedar detenidas en cuanto iniciaban.

Pero lo lamento. Tengo que interrumpirme.

Ocurre que, ahora mismo, me hallo en la sala de dirección junto a Alice, esperando para ser castigadas.

Voy a repasar el cómo llegué a esta indeseada situación, parte por parte, hasta que por fin me llamen. Ahora mismo Alice McRyans está sentada frente a mí, sin dirigirme la mirada, con las largas piernas cruzadas con soltura y el aspecto de estar enfadada porque la hagan esperar tanto.

Yo, desde luego, ocupo el cuerpo de Mina. El comedor del instituto había abierto formalmente, durante el segundo recreo. Fiel a su palabra, Gustav se había encargado de que el menú principal incluyera una abundante ración de pasta, que de cualquier forma no me apetecía en ese momento. Había también un guisado de habas, que quemaba la lengua, sopa de lentejas y bocados de pan con carne, sobre cuya procedencia los demás alumnos bromeaban sin parar. Gabriel Altamirano, de mi curso, sostenía a los gritos que se trataba de carne de gusanos picada en licuadora, y Rita, un poco más apaciguadora, opinaba que era cuello de llama. Entre los estudiantes de segundo se hablaba de grasa de ballena; mientras que los de sexto y primer año, tímidos e infantiles los últimos, altaneros y desinteresados los primeros, no daban vueltas al asunto y comían charlando entre sí, sin problemas.

Yo ocupé una mesa junto a mis tres amigas, a la que luego se sumaron Matt, Elias, David y Cecile. La última hizo un comentario curioso al verme.

-Te vistes de negro siempre. ¿Qué intentas alejar de la luz?

Como siempre, decidí no dirigirle la palabra y David se excusó por ella.

Luego comimos, lo que Gustav mismo vino a servirnos por ser los amigos de la novia de su pequeño hermano. Las raciones eran abundantes, y calentaban el interior de nuestros cuerpos salvándonos del frío que siempre reinaba. El salón era amplio y se sentían los ruidos de todos los comensales, adolescentes que reían, bromeaban, flirteaban por aquí y por allá. Tal vez unos días atrás, hubiera temido horrores hallarme en una situación semejante. Pero ahora me sentía distinta, un poco más segura de mí misma, lo suficiente como para intentar no dejarme amedrentar. También, jugando en contra de esta resolución, me hallaba increíblemente taciturna. ¿Qué era? No sabía precisarlo con seguridad. Pero algo en el modo en el que estaba me parecía vano. Tenía amigas. Tenía a Matt también, y mis compañeros, si bien no me prestaban gran atención, claramente me toleraban. Pero me faltaba algo, que no podía descubrir. Por ejemplo, pensaba, había que mirar a Teresa. Trish no era muy distinta a como era yo: en el grupo, sus comentarios solían ser ocasionales, su mente vagando en alguna otra cosa, y era evidentemente presta a criticar todo en su interior antes de mover sus labios y soltar un insulto. Pero lo que tenía de diferente se me hacía claro. Era una función. Algo de lo que me había dado

cuenta durante mis primeros días en mi anterior instituto: en los grupos de amigos, cada chico o chica siempre cubre un rol, y no puede escaparse de ello. Están los gordos graciosos, los serios, están los chistosos efectivos e inefectivos, los abusones, las rubias estúpidas, las morenas inteligentes, el nerd de la clase, el gigantón estúpido, el gigantón listo, el tímido, el miedoso, el raro, el misterioso, el galán, el ambiguamente homosexual, el decididamente homosexual, el deportista y la deportista, el presidente y la presidente de la clase. Todos, a la larga, caían en un papel. En Nueva Gabul, me gustara o no, mi papel era *la odiada*. Y aquí, entre estas caras nuevas, descubría que mi papel era *la nueva*. Pero ese rol no me iba a durar demasiado. ¿Y qué ocurriría cuando terminara? ¿Qué quedaría para mí? Por mi personalidad, Trish ya me había arrebatado el lugar que me correspondería entre mis compañeras de banco. Sin clasificación, empujando, era evidente que alguna de las dos terminaría por quedarse afuera. Nadie lo notaba, pero era natural. Los grupos de la secundaria son como pequeñas máquinas, en donde las piezas no se repiten. Cuando dos personas son idénticas se conocen, se hablan y disfrutan de verse, pero no pueden congeniar. Es imposible congeniar con un reflejo propio. Y llegados al caso...

-Carne de vaca- resolvía entonces Matt, interrumpiendo mis pensamientos.- Lo demás son estupideces.

-¡Oh no! ¡Envenenado!

Tuvo un cruce de golpes con Elias. Sally rio, y David dio un suspiro.

-Pienso lo mismo que Matt.

-Toda la carne es pecadora- soltó Cecile- Pero yo creo que esta es carne de rana anglosajona. Es un tipo de anfibio que...

-Que has lamido.

Varios rieron. Pero yo sentí unas risas más fuertes, un poco más allá, que me obligaron a desviar la mirada. Allí se hallaban, a pocas mesas de distancia, Alice, Harrold, Anna, León y Rickert, un estudiante que ya había visto antes de ese mismo curso y un par de asientos vacíos que nadie se atrevía a ocupar. Eran el núcleo de la escuela. Noté que todo el alumnado, a la larga, terminaba por mirarlos y hablar de ellos. Las estrellas.

Mi mesa se resistía a caer en la misma tentación, aunque la presencia de la elite escolar fuera una cosa imperante. Sin esperar mucho, yo los señalé.

-¿Siempre se sientan ahí?

Elias y Matt interrumpieron lo que hablaban, y me miraron. El primero asintió.

-Tienen el mejor lugar reservado.

-Es injusto- afirmé.

-Nadie se atreve a quitárselos- dijo David- Pero no es tan malo. En otro lado harían mucho más bochinche.

-¿Recuerdan la vez que Larry fue a sentarse allí?

-¡Oh sí! Se burlaron de él por días.

-¿Era una apuesta?

-Larry creía que León y Rickert lo iban a golpear, pero nosotros decidimos...

Como siempre, ya no escuchaba. En ese momento me puse de pie, decidida.

-¿Ganas de ir al baño?- adivinó Janet, acostumbrada.

-No. Me duele un poco la cabeza.

Me fui rápido, para que nadie se ofreciera a acompañarme.

Creo que nunca tuve una ida al palacio tan veloz. Kain apenas me vio: pasé como una silueta, realicé el cambio de cuerpo y volví a cruzar al otro lado. Ahora era Mina, y de cierto modo, el instituto que me recibía era un sitio distinto.

Tenía lugar en aquella mesa.

No era que sólo quisiera buscar lucha, o irritar a Alice. En cierto modo, también planeaba probarme a mí misma. Entonces, en el comedor, se agrupaba casi la totalidad del instituto. Y yo Mina Harvnes, iba a atraer todas esas miradas. Quería ver si podía soportarlo, si podía dar los pasos, si podía cargar con el peso del mundo sobre mis delgados hombros. Sus delgados hombros. Con eso en mente deshicé mi camino, y atravesé las puertas hacia donde el bullicio resonaba.

Tal como imaginaba, las miradas de varios se clavaron en mi figura. Contuve una sonrisa. Mis primeros pasos fueron inseguros, como caminar bajo una tormenta. Pero luego alcé la cabeza, e imaginé que nada de lo que odiaba me había ocurrido, que jamás me habían molestado, que nadie se había burlado de mí a mis espaldas, que había nacido para vencer y nunca había temido. Justo como Mina. Y al pensar eso, algo de ella entró en mí y me sentí mejor. No, incluso, me sentí bien. El hecho de que todos me miraran era bueno. Yo parecía ser una estrella, tanto como los de esa mesa.

No devolví indicio alguno de respuesta a las contemplaciones amorosas, ni a los saludos, ni a ningún intento de acercamiento. Tampoco hice más que ver de reojo la mesa que había dejado, la de Matt y los demás. Por una vez, él no me prestaba atención. Seguía hablando con Elías, sin saber que Liseth Aurdeldard existía. Bien. Mis piernas me llevaron hacia la tabla en donde Harrold intercambiaba comentarios con sus amigotes sobre el partido que pronto vendría. Anna se hallaba con la mejilla sobre la superficie lisa, sin tocar las arvejas de su bandeja. Y Alice alzó la vista, escudriñándome.

-Al fin vienes.

Con que así comenzábamos.

-¿Al fin?- dije, sin sentarme todavía. Harrold y los otros dos se interrumpieron, viéndonos. La Reina de San Naerit pifió.

-Pensaba que estabas comiendo con tu nueva amiga.

Hizo una seña obvia, hacia otro lugar. Al ver divisé a Lara Paraje, mirándome tímida. La ignoré, y me volví hacia Alice.

-¿Y qué con eso? ¿Te molesta que hable con otra que no seas tú?

Usé un tono de voz fuerte, que de seguro alertó a las mesas que nos rodeaban. Una oleada de silencio se fue expandiendo desde nosotros hacia los bordes del salón, y hasta Gustav, que servía jugo en un extremo se giró para ver qué ocurría.

Alice juntó las cejas.

-¿De qué diablos hablas?

-De que me tienes harta- le solté. ¿Mina diría eso? Lo dudaba mucho, pero no me importaba. Hubo una exclamación colectiva y sentí la satisfacción inundarme- Siempre estás juzgando todo lo que hacemos. ¿Puedes dejar de ser tan molesta? ¡Puedo hablar con quien quiera!

Me sorprendió verla ponerse de pie.

-Estás cruzando un límite.

-¿Un límite?- sonreí- ¿Qué límite?

¡Esta sensación! ¡La sensación de ser libre, de tener garras con las cuales luchar! Abajo, Harrold, Rickert y León nos contemplaban asombrados. El otro estudiante, que por su medalla reconocí como el presidente de la clase parecía demasiado aturrido con lo que ocurría como para detenernos.

-Sabes muy bien de qué hablo.

-No tengo idea de qué estupidez quieres que haga o no haga ahora.

Se oyó una corriente de murmullos de impresión. Alice me miró de un modo muy particular, ofendido.

-¿Quién eres?

-Alguien que ya no soporta que seas una constante zorra.

Ella retrocedió un paso, y toda la escuela estalló. No, no estalló, explotó en un grito de furor, en comentarios, en risas, en gemidos de sorpresa que recorrieron todo lo largo y ancho del comedor. Lo había hecho. Había atravesado la barrera que nadie jamás se había atrevido a atravesar, y planeaba salir victoriosa. Alice McRyans cerró los puños, conteniendo su ira, y pareció capaz de lanzáseme encima.

-¿Cuál es tu jodido problema?

-Chicas, chicas- se incorporó Harrold.- Será mejor si...

-¡No me toques!- le cacheteó las manos ella, en un arranque de rabia- Odio que me toquen. Y tú...

Volvió a encararme, furibunda. Era extraño, hasta cómico ver cómo se paraba, parecía más un gato montés a punto de saltar sobre una presa que una chica popular que quisiera rebajarme. Algo de su nacimiento, alguna simplicidad intrínseca en ella quedaba al descubierto a los ojos de cientos de jóvenes, para mi deleite. La Reina de San Naerit no era tan real después de todo.

-Si vuelves a utilizar esa boca para insultarme...

-¿Qué vas a hacer?- dije- ¿Golpearme?

Pareció que realmente iba a hacerlo. Real o no, tuve durante una fracción el presagio de verla lanzarme una cachetada, un rasguño, algo similar. Por suerte, la campana me salvó.

-Alice McRyans, Mina Harvnes, se las solicita en dirección inmediatamente.

O no tanto. Varios de los que contemplaban el enfrentamiento se miraron e hicieron comentarios, o suspiraron con decepción. Alguien se habría escapado y contado lo que ocurría. Pero yo estaba bastante satisfecha con mi desempeño. Creía ser capaz de robarle el trono a mi rival.

El presidente del curso se incorporó, sereno. En la solapa leí que su nombre era Frederick, Frederick Cable. Su voz fue la única que interrumpió el silencio en el que se había envuelto el salón tras el anuncio. Sólo dijo dos palabras.

-Las acompaño.

Y por eso es que ahora me hallo aquí, en el despacho de la vicerrectora, esperando a ser llamada. Y, como ya dije, Alice se encuentra frente a mí, sin mirarme. Pegado a la pared hay un escritorio, tras el cual como una secretaria la vicerrectora teclea incesantemente entre sorbo y sorbo de su té, un poco más allá, la puerta que conduce a la oficina de Henry Ashadd en donde pronto el director mismo me requerirá, y que de momento se mantiene firmemente cerrada.

Debo admitir que estoy un poco nerviosa. Pero mis nervios se entremezclan con dos cosas que los atenúan: una, que lo que haga en el cuerpo de Mina es irrelevante para mi vida y que por más duros regaños que me den poco debería importarme, y otra, menos concreta, es la sensación de triunfo que me invade y que pulsa a través de mis venas, permitiéndome mirar a la esquivada Alice con suficiencia mientras que sus ojos se ensombrecen intentando dominar la ira y humillación que sufrió.

“¿Cómo se siente?” pregunto mentalmente, viéndola *“No ganar por una vez.”*

En el fondo, me doy cuenta de que el problema no es Alice. No, Alice es una mandona insoportable, una diva perfecta, pero no ha hecho tanto para enfadarme. Es lo que ella representa, lo que siempre representó para mi vida. No es muy distinta a Orlana y sus amigas. Y si puedo echar a una abajo...

La vicerrectora, que hasta el momento no nos ha prestado atención, recibe una llamada del teléfono y se lo pone al oído. La orden es breve. Tras los marcos gruesos sus ojos estrictos se me clavan.

-Harvnes, puede pasar.

Cierta pulsación me domina mientras me dirijo hacia la puerta. He visto al director del instituto sólo una vez, aquella en la que regresó de su viaje y todo el colegio lo recibió como a un rey, y luego de ello, aparte de verlo arriba, su silueta contemplando el patio de alumnos con los brazos tras la espalda, nunca más había estado a menos de treinta metros de su persona. En cualquier caso, seguramente era un hombre interesante, del cual si los rumores eran ciertos se desprendía una autoridad que abarcaba todos los aspectos de la vida de San Naerit: las pocas empresas, los locales, los alquileres, el hospital y la policía, los viejos campos, y, desde luego, este mismo sitio en donde cientos de adolescentes se educaban.

La madera no chirrió al abrirla. Henry Ashadd domina todo el espacio de su oficina, una oficina de alfombra roja, perfectamente pulcra, perfectamente ordenada. La contemplo maravillada sin importarme que seguramente Mina ya ha estado aquí antes. Todo es muy moderno. Un gran ventanal da al patio interno, y el borde de una estantería de archivos se refleja a su lado, al igual que otra sobre la que reposa un viejo y lustroso tocadiscos. Hay un par de cuadros atrás, también, de algo similar a un can abstracto caminando por un sendero. Llegué a pensar que eso era lo único de mal gusto en la habitación, pero luego no pude explorar mucho más.

La incandescente mirada de aquel hombre está clavada en mí, por sobre su confiada sonrisa. Dudo, intentando imaginar qué relación tiene Mina con alguien como él. Es de esperar que le caiga simpática.

-Siéntate- dice él.

Ocupo una de las sillas de visitantes, firme en el suelo. Mis ojos pasan por la impecable madera de caoba del escritorio, en donde un cartel interrumpe la desolación con sus letras negras sobre oro:

Henry G. Ashadd

Director del Instituto de San Naerit

Presidente de la Asociación Ministerial del Pueblo

El orden de los títulos me parece curioso. Luego los alzo y contemplo a quien refieren, a Ashadd. Varias veces, mis compañeros se burlaban llamándole Señor Perfecto. Pero ahora, tan de cerca, no me parece que haya mucho de falso en eso. Por ejemplo, lo primero de lo que me percató es de que Henry Ashadd no tiene arrugas. Ni una. Y no me refiero a su rostro, que claramente no muestra su edad, sino también a su traje, a su corbata, a la piel de sus muñecas y la comisura de sus labios. Liso. Su misma silueta, si la dibujara con un lápiz, parecería estar formada de formas bruscas, cuadradas. Su frente es amplia, el cabello castaño cobrizo bien peinado hacia atrás, con unos pocos mechones encuadrándola. Y sus ojos... Sigue existiendo en ellos ese brillo que creí ver la primera vez, ese resplandor nacarado que parece innatural, perverso, como el que creo tendría un fanático religioso o un demente.

-Mina, Mina, Mina...

Asiento. ¿Cuántos años tiene? ¿Treinta? ¿Cuarenta?

Ashadd me contempla con una mezcla de algo que parece ternura y diversión, como si yo fuera una muñeca muy entretenida que no hubiera visto desde hace años. Me mantengo firme, pero sin sostenerle la mirada.

-Me sorprende verte aquí- dice- ¿Eres una buscapleitos ahora, Mina?

Parece una crítica, pero en el fondo no percibo la inflexión petulante de la autoridad. Por fin hago contacto visual, decidida. Esta parte es importante.

-Alice fue la que comenzó.

-¿Alice?- sus cejas se juntan, simétricas, y retrocede un poco. Tantea de su bolsillo una pluma, sus dedos la toman pero luego la sueltan, se juntan en un chasquido de revelación.- Ya veo. Estabas peleando con tu amiga.

-No es mi amiga.

-Claro que no- sonrío él- Podría serlo, pero tienes ojos que ven. Deseas subir.

No comprendo a qué se refiere, pero sus palabras me llegan. Niego.

-Es sólo...

El director simula contemplar sus dedos, esperando.

-¿Sólo?

-Sólo no quería que Alice me pisara.

Asiente, satisfecho. Y hace algo que no esperaba: apoya ambas manos sobre el escritorio y se pone de pie. Me habla sin verme, de espaldas.

-¿Querías ganar?

-Sí.

-¿Aunque ello significara herir a tu amiga?

-No somos amigas.

-No tiene importancia- suena su voz, amena, una voz cuyo rostro me está oculto, una voz prolija, controlada- Lo que importa es que querías vencer. Por sobre toda la amistad que pudieras tener con esa muchacha, preferiste-

-¡Alice no es mi amiga!- estallo. Me tapo la boca al instante. ¿Qué fue eso? Fue como si mi garganta se moviera sola. Mi corazón retumba, y me maldigo a mí misma. Acabo de gritarle al hombre más poderoso de todo el pueblo. Ahora todo...

Pero el perfil de Henry Ashadd me regala una vaga sonrisa.

-Pero imaginemos que lo es- continúa, y se gira para verme. Su mirada quema.- Continuemos este acto... *Mina*.

¿Acaso...?

Una sensación de malestar comienza a invadirme. Como si una escolopendra venenosa se retorciera, pusiera sus punteadas patas entre mis brazos y mi pecho, se removiera a punto de matarme por un descuido. Me estremezco, y oigo atenta.

-Puedo entenderte- continúa hablando esa boca, ese hueco sin fondo- Ser pisado corresponde a los débiles, y puedo ver que no eres débil... No, en absoluto lo eres. Quiero que me respondas la verdad. Aquí, entre nosotros dos, las reglas del instituto no tienen importancia. Si Alice es tu amiga... ¿estarías dispuesta a dañarla para conseguir estar en la cima?

-¿De qué habla? Yo no...

Estoy sudando en frío. Es como si mis brazos no me respondieran. Hay algo, algo terrible y desagradable en este hombre. Mi campo de visión es inundado, la mano de Ashadd se aproxima hacia mí. Pienso que va a lastimarme. Sus ojos son dos círculos de neón, su presencia me inunda, el momento de un ataque de pánico va a llegar. La estática grita con alegría en mi interior.

-Yo...

Siento que voy a llorar. ¿Qué ocurre? ¿Qué ha ocurrido tan de repente, qué me está pasando? No puedo moverme. Estoy paralizada, y esa mano se aproxima hacia mis ojos como si quisiera robármelos. Trago saliva, y justo cuando estoy por quebrarme el dedo se apoya en mi frente.

Ashadd da un empujoncito, y sonrío ameno.

-Supongo que es una pregunta complicada- resuelve, y se sienta de vuelta.- Fue agradable charlar. Puedes retirarte.

Desencajada, recupero el dominio de mí misma y la facultad de habla.

-No va... ¿No va a castigarme?

Ni siquiera me mira, sino que revisa un informe que extrajo de su escritorio. Parece muy satisfecho.

-No es la política de mi institución el castigar riñas de amistades. Ve, *Mina*. Estoy seguro de que encontraremos alguna excusa para continuar la charla otro día.

Mi boca se agita, insegura. Él se halla quedo, revisando o fingiendo revisar esos papeles. Antes de que vuelva a mirarme, antes de tener que tolerar eso, me paro a los tropezones y salgo de su oficina cuán rápido pueden mis piernas.

-Alice- oigo desde la puerta abierta, en tono paternal- Puedes pasar.

Por los pasillos hasta llegar a mi curso, mi cerebro parece tal si estuviera carbonizándose dentro de mi cráneo. Una sensación de dolor intolerable me inunda, haciendo que mis dientes rechinen y que me encoja sobre mí misma, tambaleándome hasta que hallo la seguridad del baño de chicas, agradeciendo que ninguna otra alumna se encuentre para juzgarme.

Encerrada en el cubículo mis dedos se hunden entre los largos cabellos de Mina Harvnes, mis ojos se cierran, las piernas me tiemblan. ¿Qué ocurrió? Ashadd lo sabe. El director me *veía*, veía a Liseth Aurdelard dentro de este cuerpo. ¡Pero eso es imposible! Y sin embargo, con seguridad puedo jurar que es cierto. ¿Qué es esa cosa? El sólo pensarlo me perturba. Tengo que olvidarlo. Debo olvidarlo, para poder seguir, y así...

Hay más voces de estática, retumbando en mis oídos.

-¡Cállate!- grito, y vuelvo a taparme la boca. ¡Menuda estúpida! Alguien podría oírme, y todo estaría perdido. Pero cierro los ojos, y las lágrimas caen. “¡Cállate, cállate, cállate!” aúllo dentro de mi mente. El lamento de la estática se hace más prolongado. La realidad cede, y de la madera blanca del cubículo surgen manos, manos que se detienen a centímetros de mi cuerpo, millones de manos que quieren tocarme y no pueden. Estoy temblando, resistiendo la urgencia de vomitar. Es tan sólo un ataque, pienso. Sólo estoy teniendo un ataque prolongado, ya va a terminar.

El pánico se acaba a los veinte minutos, dejándome agotada. Tal vez es mi primer ataque dentro del cuerpo de Mina, no lo recuerdo. Las visiones no han sido particularmente más espantosas que otras anteriores, pero la sensación...

Salgo de mi cubículo, demacrada, y me lavo la cara. El rostro de mi poseída me devuelve una mirada bella, pero gastada. Doy un suspiro de resignación, quieta frente al lavabo, y pienso.

“Ser pisado corresponde a los débiles, y tú no eres débil.”

Sí...

Vuelvo a mirarme, más decidida. Los rastros de las ojeras y el cansancio se han disminuido notablemente. No soy débil. No voy a dejar que me humillen otra vez. No soy débil. Si tengo que herir a alguien, ¿no es justo acaso? Todos a mi alrededor, todos han podido ser felices. Mis amigas de Nueva Gabul eran felices, Alice es feliz, todos encuentran la plenitud menos yo. Es necesario... No, es obligatorio que tenga que tomar de ellos para sentirme llena.

Pero ese director...

Sacudo la cabeza, quitándolo de mi mente. No tiene importancia, fue sólo una ilusión creada por mis ataques. Y ciertamente es imposible que sepa quién soy. De momento, lo mejor es volver a mi curso y seguir como si todo fuera normal.

Cuando lo hago algo me toma de sorpresa. Había imaginado, desde luego, que al ser Mina popular varios me apoyarían en mi rebeldía contra Alice. Sin embargo, no son varios: es todo el curso el que al interrumpir la última clase me contempla admirado, me saluda, y oigo algunas felicitaciones por aquí y por allá. Sólo el presidente, Frederick Cable, parece demasiado maduro y responsable como para dirigirme una mirada, y Anna Vauldari, fiel esclava, simula dormir para evitar unirse a las exclamaciones; pero León, Rickert, varias chicas y chicos y por sobre todo, Harrold, me sonrían y bromean amistosos.

-¡Qué leona!

-Mina, qué bien...

-¡Debiste haberlo visto, Víctor, ella agarró y...!

Se siente bien. Están alegres, y sé porque es: Alice, después de todo, sí tiene una diferencia con Orlana. No sólo esa cualidad simple, casi sin clase que salió a la luz durante nuestra riña, sino algo peor, algo mucho peor para una reina de instituto: es, al final del día, solitaria. Tiene a Anna, claro, y tenía a Mina, y se paseaba con Harrold como un trofeo, pero no dirige la mirada a ningún chico, ignora a sus compañeras, parece despreciar por igual a profesores y al servicio de limpieza. No tiene verdaderas amigas, sólo tiene admiradoras, envidiosas que maldicen el que ella no sea recíproca a su amor. En el fondo, cuando comencé aquel duelo era sabiendo que esa actitud iba a granjear las opiniones a mi favor. Puede que San Naerit necesite de una nueva realeza.

Y si bien las palabras de Ashadd siguen resonando en mí, me siento muy contenta. Tengo la suerte de que ella no vuelve en lo que queda de la clase, y sólo tengo que enfrentar su silencio dentro de la traffic de Gerardo, cuando con las demás nos dirigimos a danza. Hay cierto clima de tensión entre nosotras, en la obstinación con la que sus ojos se clavan en la ventanilla e ignoran los susurros de Anna, en su reticencia a mirarme. Pero no me interesa. Aprovecho, y busco a cualquier otra de las danzarinas. Elia. Es una pequeña muy mona, de la edad de Kari, de cabello rubio y ojos bien claros.

-¿Estás preparada para la gran obra?- le suelto.

Se ilumina, y comienza a hablarme. Jossie, Juliana, Natalí, todas se suman a esa improvisada conversación, dejando de lado a la arisca Alice sin preocuparse, escapando de la batuta que ordenaba conformidad a su malhumor. Y termino concluyendo que, para mi sorpresa, he *subestimado* la capacidad de atracción que tiene Mina.

Ese día, la práctica de danza se corta mucho antes de lo previsto.

Veronique DuMarque interrumpe las repeticiones y nos junta a todas en un círculo. En su empolvado rostro hay cierta consideración maternal hacia nosotras con la que todavía me cuesta lidiar.

-Niñas. Niñas.- hace gestos con los brazos, para que nos acerquemos- Deben de estar cansadas. Por hoy vamos a interrumpir la clase. Vengan. Natalí, ¿qué he dicho siempre de este instituto?

-Que somos una familia, profesora.

-Eso mismo. Una gran familia. Y tú, Juliana, ¿qué dije muchas veces sobre las familias?

-¿Qué siempre están unidas?

-Muy bien. Elia, ¿algo más?

-Hum... ¿Qué se acompañan?

Que no me pregunte. Que no me pregunte.

-¿Mina?

-Que se ayudan.

-¡Muy cerca!- chasquea la lengua DuMarque, y suspira- Que se acuerdan. Niñas. Han pasado ya semanas, y Candice no viene. ¡Y tengo buenas noticias! ¡Sí, me fue confirmado hace pocos minutos! El teatro de Lastega acepta nuestro espectáculo.

Todas parecen muy dispuestas a celebrar, pero las largas manos de la instructora las calman. En mi pecho, el corazón de Mina late un tanto más veloz de lo normal.

-No es momento de sentirnos felices. Porque aún no estamos todas.

-¿Falta Yolanda, profesora?

-Cállate, Jossie. No, no, muchachas, desde luego hablo de Candice. He decidido... Y sólo si ustedes lo desean... Que ahora mismo podríamos visitarla, a anunciarle las nuevas. Darle algo de ánimo, y comprensión. Quizás incluso, darle ese empujoncito para que venga, para que nos acompañe en esta empresa. La danza es buena contra el dolor, eso lo sé en carne propia. El día que murió el pequeño hijo de mi hermana, bueno... Sólo puedo decirles, chicas, que nunca dancé tan bien como aquel entonces. Pero esa es una anécdota que me reservaré para luego. Lo que les quiero decir, es que Candice es familia para nosotras, y como la hija que la considero no planeo dejarla sola un día más. ¿Alguien quiere acompañarme a verla?

Ni una sola mano permanece baja.

Con eso dicho, el siempre constante Gerardo -que ahora sí, estoy del todo segura, es mudo- ve interrumpido su descanso y vuelve a levantarse, toma las llaves de la traffic, nos ve pasar una tras otra con ojos quietos y se ciñe la gorra para conducir, hasta donde sea que Candice se hospede y que Veronique parece saber.

En ese largo camino, esta vez, evito charlar con las demás. El cambio en mi destino ha sido repentino, pero no puedo evitar imaginar que se trata de alguna señal. Candice. Candice tiene algo muy importante, algo que a todo lugar debo resolver.

Esto es que si ella falta, perderé la promesa del solo que DuMarque me hizo cuando anunció que danzaríamos en el teatro de Visgana. Y aunque ahora vuelve a mi alma cierto temor, de bailar frente a tantas miradas, hay algo en esa representación que me dice que debo obtenerla, que por sobre todas las cosas tengo que aprender a brillar, no sólo ser una más del montón.

Pero Candice podría arruinarlo. En mis venas late una preparación que me mantiene eléctrica, activa, la promesa de mil pulsaciones ardiendo en mi pecho si no logro desbaratar esa barrera. El de ella debe ser un dolor fuerte, pero no es excusa para impedirme esa luz que tanto ansío. Debe de haber, dentro de su duelo, un resquicio, algo, una abertura por la cual pueda introducirme para destrabarla, para que vuelva hacia las demás y prosiga su vida, dejando mi camino libre.

Nos acercamos, y me resulta curioso percatarme de que no nos hallamos muy lejos del camino que conduce al sendero montañoso. Gerardo abre frente a una casa pequeña; la elegante luz cuelga encendida de la entrada aunque el cielo permanece claro.

Quien nos abre la puerta es a todas luces el tío de Candice. Tiene los mismos ojos. Al principio al ver tal turba no comprende, buscando entre nosotras alguna respuesta, hasta que halla a DuMarque y sonrío.

-Chicas. Me alegra que vinieran. Ella se halla enferma. Pero pasen, pasen.

Obedecemos, siguiendo la vaga dirección de su mano hacia el dormitorio que le han arreglado. Yo me mantengo un poco más atrás, oculta por las demás. No es un hogar muy grande, pero es colorido y luminoso. El cuarto de Candice se halla siguiendo hasta el final, con la puerta entreabierta.

Cuando ve a las primeras chicas pasar, Candice, apoyada en el respaldar de su cama, en un principio no reacciona.

Luego lágrimas fluyen por sus mejillas, y ello es el desencadenante para que varias se lancen en una cadena ininterrumpida de llantos, abrazos y exclamaciones de consuelo. Alice y yo nos mantenemos apartadas, como si sufriéramos de una respetuosa timidez. En mi caso, estoy observando. Estoy segura, mientras veo a la delgada chica estrechar en sus brazos a sus amigas, llorar, recibir consuelos, estoy segura de que no se halla enferma. Pero entonces...

Sus ojos se posan en mí, y tiemblan. De pronto comprendo. Lara le ha dicho sobre lo que hablamos.

Sonrío amable, y la saludo con una mano.

Un poco después con grandes aspavientos entra Veronique DuMarque.

-¡Mi niña! ¡Mi tesoro!

Da a la convaleciente el abrazo más fuerte de todos, y comienza a hacerle preguntas: si comió bien, si se abriga, si ha rezado, preguntas que apenas razono pues ahora me hallo convencida de que debo quedarme. Candice responde todo con inocencia. Nadie, desde luego, menciona a su madre muerta directamente.

El tío llega después, con una bandeja de jugo y galletas, de las que todas nos servimos. Comemos en ese cuartito atiborrado, como si visitáramos a una paciente en sus últimos días, y más conversaciones estúpidas y triviales se cruzan entre todas.

-¿Y bien, tesoro?- le dice DuMarque- ¿Volverás algún día?

-No lo sé...

-¡Candice, vamos a bailar en el Lastega!

-¡Ven, por favor!- dicen algunas, insistentes. Otras, temerosas de forzarla prefieren permanecer calladas. Pero Candice no da muestras de querer ir o no ir. Se mantiene trabada, y aunque admite que la idea le gusta no confirma nada, dejándolas con un vacío. Está actuando. Actúa, y cada tanto me echa miradas con una súplica muda que comprendo a la perfección.

Pronto se hace evidente que es la hora de marchar. El tío, quien se halla encantado de ver a DuMarque nos despide prometiéndonos mejor comida si volvemos. Una a una, las chicas dan un beso a su compañera y se marchan por la puerta.

Pero yo planto pie.

-Profesora, ¿puedo quedarme? Tenía algo que hacer por aquí.

Veronique duda, temiendo convertirme en una molestia. Candice es rápida en hablar.

-¡Ah, Mina! Quería mostrarte algo.

Con aquello está resuelto. Me despido de las demás y las veo partir en la traffic, hacia sus casas. A ninguna le parece extraño mi comportamiento. ¿Por qué debería? Sólo el tío frunce el entrecejo cuando me ve volver a la habitación de su sobrina.

Cierro la puerta a mi espalda. Sin todas esas personas, de pronto reina un silencio aturdidor.

Candice se reacomoda mejor en su respaldar, sobre los almohadones con bordados.

-Tú...

-Lara te contó, ¿verdad?

Está tanteando el terreno. Asiento lentamente.

-Tú. Y Julián.

Y entonces se tapa el rostro con las manos, como si fuera a llorar. Los brazos flacos, pálidos le tiemblan. Las rectas puntas de su cabello rubio se sacuden con estremecimientos. En un principio dudo, confundida, pero luego hago lo que se espera de mí. La consuelo con palabras suaves, calmándola. Necesito que hable.

-¿Qué pasó, Candice? Puedo ayudarte.

-Nosotros... Nosotros...

-¿Estaban saliendo, no?

Asiente, secándose los mocos con la manga. Me mantengo a una distancia prudencial.

-Mina, Mina- llora- No sé qué hacer... ¡Estoy tan perdida!

-Calma. Dime qué ocurrió.

-Nosotros- vuelve a sollozar, y baja la voz para que nadie más la oiga. Salíamos. ¡Fue todo tan raro! Al principio él venía a casa, a dar clases y... Un día... Se acercó y...

A este nivel me va a ser muy difícil comprender algo. La tomo de los hombros, dándole una sola sacuda.

-¡Candice! Cálmate, por favor. Sólo dime qué pasó. Podré ayudarte.

-Mina, gracias- da un estertor, y respira poco a poco, su pecho subiendo y bajando bajo su camisón.- Salía con Julián, sí. ¡Pero no hacíamos nada! Ni siquiera me besaba, y menos... Bueno, ya lo sabes. Lara te contó, ¿no?

-Sí.

-Lara se preocupa por mí- asiente, dándome a entender que no le molesta- Si le hubiera contado a otra me hubiera enfadado, pero tú.... Está bien. Te lo diré. Salí con el profesor Julián desde hace casi un año. Él venía a casa, normalmente. Me decía que me quería.

-¿Hablaba con tu mamá?

Candice llora otra vez, y asiente. Me lo esperaba.

-Pero luego comenzamos a ir a otros sitios. No podíamos alejarnos mucho, ¿comprendes? En el centro del pueblo, o algo así... Cualquiera que nos viera se percataría. En clases debíamos actuar como que nada ocurría, o lo echarían. Eso me dijo él. ¡Me siento tan estúpida! Ese lunes... El lunes que ocurrió todo esto... Dije a la policía que había vuelto a casa a la tarde, ¡pero mentí! ¡Mina, no sé qué hacer! Me había marchado con Julián. Me invitó a comer, a un sitio lejos del pueblo.

Alerta. Ocupo la silla en la que antes se hallaba DuMarque, pensando.

-¿Te refieres a luego de danza, no? ¿No volviste a tu casa?

Niega.

-Mentí. Dije que no había ocurrido nada, pero en realidad... Había dicho a mamá que saldría con Lara, y no volví hasta muy tarde. Y cuando llegué, al otro día...

-La encontraste muerta.

Lo confirma con otro largo llanto. En mi mente comienzan a agolparse muchas cosas. Mikhail tenía razón, Candice había mentido. Charlotte Messel había sido asesinada mucho antes. ¿Pero qué tanto? ¿Durante el tiempo en el que su hija se halló con Julián? ¿O incluso antes?

-Y eso no es todo- niega- Mina... Esa noche salimos... Julián me llevó en su auto, a las afueras del pueblo. Dijo que nadie nos vería. Había un bar, pero allí... Había gente. Gente de la escuela, chicas de la escuela. Nos vieron.

Comienzo a comprender.

-¿En ese sitio tan alejado?

Asiente.

-Dijo que me había llevado para decirme algo, pero entonces tuvimos que irnos. ¡Qué mala suerte! ¡Lo saludaron! ¡Lo reconocieron! Sabían que estaba conmigo. Y ahora por mi culpa, lo van a echar... ¡No, peor aun! Toda la escuela me odiará. ¡No, no, soy una estúpida! No es eso. Le mentí a los oficiales que me entrevistaron, les dije que había pasado la noche con mamá. Pero si alguna de esas chicas cuenta que me vio... ¡Mina, mamá murió por mi culpa!

-¡No digas eso!

Acabo de gritar, otra vez sin proponérmelo. Candice queda helada, y yo domino el furor que me invade. ¿Por qué...? Otra vez, es como si algo en mí se moviera sin que yo me lo proponga.

-No digas eso- repito, con un tono más suave- Sabes que no es así. No es tu culpa, no sabías lo que iba a pasar.

Los labios de Candice se cierran. Su rostro, normalmente gracioso, ahora está demacrado por la angustia. Me pongo a pensar, aunque todo me resulta muy obvio. ¿No es claro? No es casualidad que haya habido chicas del instituto en el mismo sitio en donde Julián llevó a Candice. No, en lo absoluto. Él estaba buscando una coartada: mientras la mujer era asesinada, alguien lo vio a las afueras del pueblo. Pero Candice no puede ver eso, ni planeo decírselo.

-Lo echarán- dice, sin mirarme- Y a mí... Se darán cuenta de que mentí. Nos van a descubrir, Mina. Tendré que irme de la escuela, tendré que dejar...

Mi mano se apoya en su hombro.

-Candice.

Los ojos celestes se alzan. La determinación en mi mirada es suficiente como para hacerla callar.

-Voy a ayudarte. Pero una vez lo haga, prométeme que volverás a danza, que bailarás con nosotras en el Lastega. ¿Puedes hacerlo?

Duda, sumida en la tristeza. Algo en mí, una fuerza invisible lucha por convencerla. Termina por torcerse.

-Lo prometo. Pero ¿de verdad? ¿De verdad puedes ayudarme?

Sonrí. Desde ya, una idea está germinando en mi interior. Julián quería una coartada, y le daré una. Pero no será una que desmienta a Candice.

-Sí. ¿Crees en mí, verdad?

-Sólo tú... ¡Oh, Lara tenía razón! Eres una diosa. Sabía que sólo tú podrías entenderme.

-Bien. Te avisaré cuando lo haya resuelto- pronto recuerdo algo, algo importante- Otra cosa. Cuando Ju- cuando el profesor Julián se hallaba con tu madre... ¿Sabes de qué hablaban?

Inclina la cabeza, y rememora.

-Creo que conversaban del pueblo, de cómo era hace años. Compartían muchas anécdotas. A veces... A veces me sentía dejada de lado.

Con aquello, la última bola entra en juego. Es similar a lo que ocurrió en la estación policial. Está rastreando el terreno, juzgando a quienes vivieron en San Naerit en el pasado. Está preguntándose si ha dejado algún cabo suelto.

Y atándolo.

Charlotte Messel debió de haber revelado saber más de lo que el asesino juzgaba conveniente. La seguridad ya me domina del todo. Julián, seduciendo a una de sus alumnas para tomar información de la madre, investigando en los cuarteles de policía, obrando a escondidas con su fachada de apuesto profesor de literatura. El asesino de San Naerit está claro como el agua.

Ahora debo obrar con precaución. Por la educación que Thomas me dio desde que era una niña, no confío en la policía para resolver esto. Debo desenmascarar a ese hombre por mi cuenta, arrancarle de algún modo la confesión de sus crímenes y así averiguar qué ocurrió con la joven que Kain tanto busca. De momento, pienso, bueno sería seguirlo al final de clases y averiguar en dónde vive.

Pensando en ello, cuando dejando a Candice conforme me retiro a mi hogar, hago un pedido al tío, quien se halla terminándose el jugo y las galletas por su cuenta en la cocina.

-Señor... ¿Tendría algún mapa?

El hombre sí tiene un mapa, y no tiene inconveniente en regalármelo. No hay mucho para ver en esa hoja, de cualquier forma; para el cartógrafo, evidentemente San Naerit tenía muy poco de interés: la ruta que viene desde Nueva Gabul, la que conduce a la ciudad costera de Visgana y luego la insignificancia del centro, los barrios altos con el instituto debidamente señalado, el hospital y los caminos que se hunden en la montaña. También ha tomado, dándose muchas libertades, imagen del río de San Naerit, que desciende desde fuera del encuadre y se alimenta del agua de las montañas, corriendo con fuerza por territorios en los que su mano no se ha atrevido a inventar rasgos. Pero con todo y ello, es un buen mapa.

En mi habitación, horas después, lo completo agregándole la ubicación del instituto de DuMarque, la casa de Candice, la de Alice y también el restaurante en donde Norbert nos llevó a comer el otro día. Es una tarea vana, pero que me relaja luego de la impensable caminata que di: como Mina, recorrí toda la distancia desde lo de Candice hasta la casona de Norbert, subí el sendero de tierra por entre el peligroso bosque a solas, mis piernas gritando de dolor y con miedo de que alguien me viese: Alex, visitando a los Weigler, o Norbert bajando a hacer alguna compra nocturna, o Waldorf y Matt en alguno de sus paseos.

Considero que el día fue productivo. El misterio de San Naerit está al alcance de mi mano, y por creer aquello, me relajo y decido concentrar las pocas energías que me quedan en otras cosas; como el saborear algunos de los bombones de Jessica mientras con ojos vagos repaso mis estudios, o visitar a Kari a su cuarto y que me mantenga al tanto de sus cosas.

A ella, mientras me cuenta como sigue el dilema de su curso -esta vez, el chico que se le confesó dijo haber estado bromeando-, hago una pregunta que me incomoda desde hace bastante.

-Kari... ¿Qué piensas del director Ashadd?

-¿Eh?- suelta. Luego sonrío.- Liseth, Liseth, Liseth. ¿Te gustan tan mayores?

-No seas tonta. No es por eso.

-¿Y entonces? Es raro que te interese alguien.

-Es sólo... ¿No te parece que es...?

Maligno.

-¿...extraño?

Termino de decir aquello con un murmullo, arrepintiéndome de haber empezado. Los ojos verdes de Kari me examinan un largo rato antes de continuar.

-No se lo ve demasiado. Pero corrían muchos rumores sobre él.

-¿Rumores?

-Ya sabes. Las mujeres del pueblo se cuestionaban su soltería. ¡Ah! Una de mis compañeras sostenía que alguien le había roto el corazón. Pero quién sabe -se inclina de hombros, e infla las mejillas- Ese es el tipo que echó a Mikhail, así que dudo que sea la gran cosa. ¡Me vas a hacer deprimir, tonta! Y ahora vamos a escuchar a los Grades. ¿Oíste este tema? Es el...

Esa es la respuesta de Kari. Tal como esperaba, Matt es un poco más conciso cuando le hago el mismo cuestionamiento al siguiente día.

-¿Extraño? Es jodidamente tétrico si me lo preguntas.

"¡Al fin!" sonrío, contenta de hallar una opinión similar. Luego de lo que ocurrió en la dirección, aunque hubiera pasado en mi cabeza, todavía no puedo quitarme a Henry Ashadd ni a su mirada de encima. Algo en él me sigue acosando.

-Un tipo que se ve como Gary Cooper, que viste Armani y llega al pueblo en limusina... ¿Y se resigna a ser director del Instituto? Notable en mi libro.

-¿Cómo quién...?- pregunto, pero ya es inútil. Matt lo ve, pero no de la misma forma que yo: él ve las incongruencias de la vida común, cotidiana, pero aquel es un velo que desde que abrí la Puerta Roja yo he perdido ya para siempre. Lo que yo veo, y en lo que intento encontrar una incongruencia es en el resplandor nacarado de unos ojos que no parpadean, en la sonrisa sabihonda, en el poder de dominación que durante unos momentos me aplastó por completo.

Pero al final, estoy sola en esa visión.

-Como Gary Cooper- repite Matt, muy atento- Ya sabes, el cuarentón de High Noon. Papá tiene las videocasetes por algún lado. ¿Nunca la viste?

Esa noche es noche de cine viejo y películas de vaqueros. Norbert, encantado con la sugerencia de su hijo, separa cinco videocasetes y nos organiza con diligencia. También, como era de esperar, hace palomitas de maíz caseras. Los cuatro disfrutamos de horas y horas de tiroteos, persecuciones a caballo y drama mal actuado, con Wilhelm abajo sin dignarse a sumarse a la diversión. Yo, muy cansada, sólo tolero hasta la mitad de la tercera película. Luego de la escena en la que el protagonista dispara el sombrero de su rival fuera de su cabeza, mis párpados comienzan a entornarse. Las balas y el pésimo doblaje resultan ser una muy buena canción de cuna para mi sueño, o eso pienso cuando ya cabeceo, cerca del hombro de Matt y pensando en Julián, en Candice, en el cadáver desollado a golpes de piedra y en un peligro que ronda más atrás, en algún punto indefinido, un punto indefinido al cual no puedo llegar.

Como horas después despierto en mi cama, asumo con cierta vergüenza que Norbert me ha cargado hasta aquí.

Esa vergüenza y ese pensamiento no tardan en desvanecerse, arrebatados por los velados ruidos que llegan desde abajo.

Son...

¿Golpes?

Pero antes de que ningún terror me embargue, el sueño me posee.

En lo que queda de la semana tengo mucho tiempo para repensar lo que oí durante esas altas horas, cuando todos dormían. Y llego a la conclusión obvia: el sonido, después de todo, venía del interior de la casa, y no pudo haber sido alguien que entrase ya que Norbert se encarga los últimos días en mantener la puerta debidamente trancada, por lo que, descartando a Matt y a Kari que duermen en el piso de arriba conmigo, sólo Wilhelm pudo haber sido el autor de aquel golpeteo mal disimulado.

Por supuesto, no me atrevo a preguntárselo. Pero es claro que, en el mundo en el que él vive, algo transcurre al anochecer y es algo que él quiere se mantenga alejado de ojos extraños como los míos. La muñeca que Kari le quitó, de momento, permanece sobre mi mesa de luz mal arreglada, sin que pueda juntar el valor para devolvérsela.

Eso sobre los Weigler, y mi vida dentro de la casona. En ella, al menos, siempre soy Liseth Aurdelard, y por ello no tengo muchas complicaciones. Pero en el instituto, en ocasiones las cosas son diferentes. Poco a poco, por la repetición de eventos, comienzo a adquirir una normalidad en él; viviendo dos vidas, la mía y la de Mina, intercambiando cuerpos y viendo las dos caras de la moneda, conociendo a gente, fingiendo ser alguien que deseo ser.

Como Mina, las cosas parecen haber cambiado un poco. La actitud de Alice para conmigo se ha enfriado, pero parece que aún me considera alguien con quien estar, aunque, debo decir, su trato ahora es mejor que el que le da a Anna. También, por la discusión que hubo en el salón comedor, varias personas de mi curso se han acercado a mí con excusas variadas y me dan charla, cosa que yo acepto feliz. ¿No es injusto, en realidad? Aunque me contente el ser querida, no puedo dejar de pensar que hay algo de terriblemente desigual en las amistades, que es impensable que sólo por ser bella y fingir que soy amable cientos de manos se tiendan en una plegaria hacia mí, mientras que, en mi cuerpo original, sólo por el peso de mi pasado, cuanto mucho pase desapercibida. Pero no tiene sentido quejarme: muchachos que intentan flirtear con disimulo, chicas que me piden estúpidos consejos de vestimenta, mis compañeros, ayudándome con las tareas que jamás traigo hechas y elogiándome cada tanto; toda esa atención recibo y abrazo. También está, desde luego, Lara, a quien he decidido ignorar por molesta. Se me acercó durante el recreo del jueves, con sus libros en mano, para invitarme a tomar algo a la noche. Muy amable le respondí que estaba ocupada, intentando dejar en claro que su presencia me era desagradable. Es el tipo de chica que se me pegotearía como una sanguijuela, el tipo de amiga que menos quiero tener: ya la puedo ver decir, que es íntima con Mina Harvnes, agrandarse frente a Rita, Agustine o cualquiera de su grupo, rebajar mi nivel dentro del instituto y arruinar mis esfuerzos.

Desde luego, como Liseth sí le hablo: después de todo, Lara es la más inteligente del curso y sus resúmenes y apuntes son útiles para todos. Cuando no estoy llevando comida a Kain, paseando con Matt o charlando junto a Kari, me hallo enfrascada en los estudios: leyendo y releendo los textos, repasando mis notas junto a Matt e haciendo intercambios de preguntas y respuestas, en los que ambos solemos fallar bastante. Mikhail, si bien pasa cada tanto a

comer o a distenderse con nosotros, nos ha avisado que de momento se halla demasiado ocupado con su nuevo trabajo y que no podrá ayudarnos.

Otras visitas se repiten; como la semanal de Helen, cuidando la habitación de su marido, y las ocasionales de Alex y Jessica, con comida casera y noticias del centro y del aserradero. Por lo que veo, el pueblo está en pausa. El horror de lo que aconteció con esa mujer ha dejado a todos en un estado de espera, en el cual esperan encontrarse con alguna nueva víctima en cualquier momento; y cada tanto el tema de aquel espantoso crimen resurge, una y otra vez, con los mismos diálogos repetidos hasta el cansancio de los que al final no se obtiene nada.

No hay datos nuevos sobre el asesino, o eso dice Alex a Norbert. Una paz falsa, tensa lo domina todo, una paz que bien podría quebrarse en cualquier instante. Sabiendo eso, a nosotros no nos queda más opción que seguir nuestras vidas, que estudiar y pensar en cosas ajenas a la vida y la muerte, como la posible nota de nuestro proyecto de Música.

O al menos, eso aparentamos. El viernes, mientras en el comedor Gustav ordena servir una ración de patatas hervidas y arvejas, en nuestra mesa no hacemos más que hablar sobre el tema. Por supuesto que debo callar mucho: como lo que sé de Candice, mis sospechas en torno a Julián, y también sobre las desapariciones en San Naerit de hace diez años. Matt, obviamente, calla la información que nos pasó Mikhail. Pero los demás hablan, hablan y hablan: David y Cecile sostienen que el asesino aún se halla en el pueblo, Rita y Sally que se trata de un lunático y que no habrá más ataques, Trish y Larry prefieren ni pensarlo.

Durante esa charla, muda comiendo mis arvejas mientras los oigo, me enfoco particularmente en Teresa, Trish. Desde que hablé con Candice, un plan fue puesto en moción dentro de mi mente. Pero lo seguiré la próxima semana, cuando me resulte más cómodo. También, anotado en un rincón de la larga lista de tareas que me debo, está el seguir a Julián y rastrear dónde vive, incluso, a lo mejor, entrar a su casa en búsqueda de evidencia.

Pero todo eso será mejor luego, cuando el peso de los exámenes vaya disminuyendo.

Sólo una cosa más ocurre, antes del fin de semana.

Me hallo en el cuerpo de Mina, un poco antes del horario de salida, espiando disimuladamente a la gente que necesito: dos muchachas de tez bronceada y maquillaje abundante, de tercer año, las chismosas más grandes de toda la escuela luego de mi amiga Sally Gacy. Ellas son, según las indicaciones de Candice, quienes vieron a Julián el día del asesinato en el bar alejado del pueblo. “*¡Qué mala suerte!*” dice la pobre Candice. No puedo más que reír. No pienso que haya habido nada de suerte en ese encuentro, cuanto mucho, una calculada preparación por parte de Julián. Unas chismosas esparcirían la coartada rápidamente de boca en boca, quitándole toda culpa en aquel brutal ataque. Viéndolas parlotear incesantemente, admito que las eligió bien.

Antes de hablarles, una mano me toca el hombro.

-¿Estás ocupada?

Tiemblo por un segundo, tomada de sorpresa. Harrold me sonrío, curioso.

-¿Qué hacías?

-Estaba...

-¿Haciendo nuevas amigas?- guiña un ojo- Me parece bien.

La imagen de su rostro cerca del mío y de sus labios sobre mi mejilla predisponen un desorden en mis pensamientos, pero me consigo dominar.

-¿Y tú?- digo- ¿Me estabas siguiendo?

-De hecho sí- se sacude el cabello, culpable- Quería... Primero que nada, felicitarte por aquella discusión en el comedor. Sé que varios te han dado sus elogios, pero prefiero hacerlo personalmente. No es que Alice se lo mereciera, y sin embargo... ¡Caray! Jamás te había visto tan decidida a vencer.

-Gracias- rio. Pienso que debería añadir algo, algo sobre Alice y su actitud conmigo, y nuestra amistad, pero esa es una amistad de Mina, y por eso prefiero permanecer callada.

Harrold suspira.

-También quería invitarte al partido que tendremos en dos semanas. A los muchachos y a mí nos vendría muy bien tenerte alentándonos. Aunque, si estás ocupada...

Sonrío.

-Iré.

Harrold abre los ojos claros, y asiente contento.

-Eso me alegra mucho.

-Después de lo que pasó entre nosotros, ¿cómo no asistir?- repito yo su vieja broma, y esta vez, tomado de sorpresa, parece que fueran sus ojos los que se turbaran por un rato antes de reír.

LXXX

Me despierta el sonido de ladridos, rasguños y jadeos bestiales. Me arrancan de un sueño insulso, en el que me hallo hablando con Matt cerca del rumor de las aguas, bajo un clima demasiado caluroso como para tratarse del pueblo. La claridad del sonido, lo imprevisto, algo en todo aquello hace que me levante como empujada, sudando presa del pánico.

Abajo, los gruñidos continúan. Un ladrido, y otro. Pero lo reconozco. Descalza descendiendo las escaleras, temiendo, temiendo que algo se desdibuje, ver un rostro alargado, ver una oscuridad, una particularidad, cualquier mínimo indicio que me arranque de la realidad.

Cuando llego, lo último de mi somnolencia se evapora junto a aquel miedo. Si, en efecto, los ladridos son de Waldorf. Es raro que esté adentro -por lo general Norbert tiene prohibido el dejarlo cruzar el umbral de casa- y su pelaje manchado de barro junto a las huellas que ha dejado me hablan de un descuido por parte de Matt, quien sin duda se ha levantado esta vez más

temprano que yo. Pero no hay rastros de él, y en cambio de Waldorf sí: gordo, a mi pesar adorable, husmea tras la puerta de la habitación de Johan, relamiéndose y moviendo la cola con insistencia.

Ladra de nuevo, con tal fuerza que me aturde.

-¡Waldorf!- lo intento calmar. Da un par de gemidos, y echa las orejas hacia atrás. Se vuelve hacia la puerta con insistencia. ¿Qué hay allí? De pronto me percató: las arañas, las alimañas, las colecciones vivas de Johan. De seguro puede olerlas, y lo alteran.

Me palmeo los muslos, llamándolo.

-¡Waldorf! ¡Aquí! ¡Ven!

Duda, pero luego se acerca hacia mí. Me dejo caer en el piso, en pijama, abrazando el grueso cuello y el pelaje endurecido por la tierra.

Está muy nervioso, pero se mantiene quieto.

-¿En dónde está Matt?- pregunto. No me percató de mi preocupación hasta que oigo mi voz. Matt, paseando solo por los caminos, por los lindes del bosque. ¿Por qué no me esperó? Viendo el reloj de la pared, ni siquiera es tan tarde. ¿Debería ir a buscarlo?

Waldorf tiembla bajo las caricias que le hago. Lentamente, con gran esfuerzo, me pongo de pie y dominada por otra curiosidad muy distinta vuelvo frente a la puerta de Johan. El perro está conteniendo un ladrido a duras penas. Mi mano se apoya en la madera, sintiendo su lisa textura, y luego doy un pequeño golpe. Me arrodillo, y espío por la cerradura.

Oscuridad.

Si hay cosas vivas allí adentro, desde luego repelen la luz.

Un ruido me obliga a volverme rápidamente a la cocina. Para mi alivio Matt aparece también embarrado con el collar. Me ve y sonrío.

-¿Ya despertaste? Fui a buscar esto al galpón. ¡Ah, Waldorf! ¡Ensuciaste todo! ¡Afuera! ¡No, nada de caritas!

De pronto contento, el siberiano obedece y yo, recuperando mi respiración, procedo a preparar el café dejando atrás lo ocurrido. Fue, podría llamarlo, el desliz de un posible gran cambio. Me hizo pensar que podía estar en peligro: yo, claro, pero también Matt, Kari, Norbert, cualquiera de ellos. ¿Y cómo no podrían estarlo? Entre sorbos y sorbos de bebida, manoteando del bol los cereales con cierta furia contenida, comienzo a considerar el horror que no vi venir antes. No sólo es que nos hallemos cerca del área en donde opera el asesino. Es que, si Julián es el asesino y mató a la madre de Candice por saber demasiado; ¿no podría pensar acaso lo mismo de gente como Norbert?

Y, además, me golpeo la cabeza con el puño, ¿No podría Norbert también conocer sobre lo que ocurrió con Kain hace diez años? Después de todo, es un hombre grande y parece tener soltura en el pueblo. ¡Por qué nunca preguntarle! Tal vez, la respuesta ha estado a unos pocos pasos de mí durante todo ese tiempo, y yo... La rechacé, sabiendo que terminaría algo de lo que disfruto.

Pero ahora, pensándolo claramente, no puedo dejar de actuar. El asesino silenció a Charlotte Messel, y bien podría planear silenciar a cualquiera que estuviera enterado de las circunstancias de su crimen. Norbert podría ser uno de ellos, y por extensión, también sus hijos podrían tratarse de objetivos. Imaginar a cualquiera de los Weigler, reducido al amasijo sangriento que la foto de Mikhail me mostró, me obliga a dar un paso certero del que no puedo arrepentirme.

Durante nuestro paseo, no puedo sacarme de la cabeza la idea. Normalmente esperarí, a que Norbert se acercara a preguntarme algo sobre mis ataques, que continúe su invisible tratamiento, pero no veo nada de ello en los próximos días y a él mismo se lo ve muy ocupado, con los temores del pueblo y con su trabajo.

Así que decido retroceder unos casilleros y, luego del almuerzo soy yo la que se acerca a su estudio, con fingida inocencia. Con tres golpes en la puerta ya su voz suena, la voz de quien seguramente espera que entre Kari a pedirle dinero o algún permiso para salir con sus amigas.

-Adelante.

-Hola.

Norbert se desconcentra, me mira y sonrío.

-Lis. ¿Qué se te ofrece?

-Yo... Hmm. Quería, quizás... Otro libro.

-¿Otro libro?- dice, mirando la pantalla de su computadora y tecleando con una sonrisa sabihonda.- Pensé que habías desistido de leer.

-Recuperé un poco las ganas.

-Efecto rebote- pronuncia levantando un dedo- Tal vez comienzas a abrazar la buena adicción, como tu padre. ¿Algún libro en especial que se te ofrezca? Podría preguntar a mis colegas si tienen algo que prestarme.

-¿Hay alguno sobre la historia del pueblo?

Me observa con una mueca de hilaridad.

-¿Estás lista para lecturas rápidas, Lis?

Sonrío.

-Es sólo que... Me dio curiosidad. ¿Usted sabe cómo era este pueblo hace diez años?

Algo en los ojos de Norbert se transforma. Su cara, amplia y en cierto modo bonachona se mantiene, pero hay una inteligencia que yo puedo ver, cuando deja por fin la pantalla y me examina con interés.

-No realmente. No era de aquí en un principio, Lis, sino que venía del norte, de Tarvilán. Visitaba a Mira y a los pequeños esporádicamente. -se rasca la barba, avergonzado- Era otro tipo de vida. Sólo hace algunos años terminé por asentarme.

De algún modo, la descripción no parece encajar con él para nada. Pero dejo caer mis hombros, aliviada. Norbert no sabe nada.

-Entonces... Ah, claro.- afirmo, sin saber mucho a qué me refiero, y suelto- ¿No conoció nunca a alguien llamado Kain?

Norbert piensa por unos instantes.

-¿Kain? No me suena. ¿De dónde lo sacaste?

-Estaba escrito en una de las paredes de la escuela- afirmo- Me llamo la atención.

-¿Y tenía fecha? ¿Un grafiti de diez años de antigüedad?

La mentira se sostiene a duras penas.

-Sí.

Norbert frunce los labios.

-Me gustaría saberlo, pero no. Aunque... -piensa- Johan debe recordar lo que pasaba aquí en esa época. Vivió buena parte de su juventud por estas tierras, después de todo. Si lo quieres, le preguntaré por tu Kain en la próxima carta que le mande. Estoy seguro de que estará feliz de contestar.

Asiento a medias.

-Me parece bien.

-Y con eso resuelto- aplaude él, y se pone de pie, una torre tras un escritorio- Es hora de que elijas más libros.

LXXXI

Con la pila de novelas y cuentos baratos que Norbert me prestó, se me ocurre una idea que considero fenomenal.

-Te traje algo.- digo a Kain, apoyándola sobre la mesita de mármol- Esta vez es algo distinto.

Él ladea la cabeza.

-Son...

Reviso los títulos, uno por uno.

-Curiosidades Del Mundo Animal. El Rey Lear. Chistes Para Niños, Séptima Edición. Antología de Relatos Policiales. Diccionario Ilus- ah, espera, este no.

Tomo el diccionario y lo aparto del resto, pensando que Norbert ha estado jugando conmigo.

-Mitos del Bosque y...

-Gracias.- dice él, y toma uno al azar. Abre las hojas con cuidado, lo sostiene y observa. Sus ojos se mueven lentamente.

Se me ocurre una idea terrible.

-Kain.

-¿Hm?

-¿Sabes leer?

No parece molesto ni incómodo al mirarme.

-Sí. Pero no he tenido mucha práctica.

-Si hace diez años que estás aquí, me sorprendería que la tuvieras. Ahora que pienso... Este fue un regalo muy estúpido. Perdóname.

-He leído durante mi tiempo aquí- niega él- Cruzando la Puerta Naranja, en otras áreas del Palacio, hay en ocasiones extensas bibliotecas. De tanto en tanto me arriesgaba a ir hacia allí, tomaba algunos libros y luego los arrojaba por el balcón. Así que, en cierto modo, mantuve el hábito lo suficiente.

-¿Libros?- pregunto, entre aliviada por saber que mi regalo no lo ha ofendido y curiosa- ¿Qué clase de libros hay más allá?

-Muchas veces, tomos sin una sola letra en su interior. Páginas en blanco, oraciones repetidas al azar, dibujos abstractos que durante algún tiempo supe juntar. Pero también había otros, con historias. Recuerdo uno sobre un joven amado por el dios de la nada mismo. Había también una

historia sobre cinco personas que pactaban con el guardián de otro mundo para obtener una vida llena de gozos, una sobre un mundo desértico olvidado, y otras que francamente no pude comprender. Por algún tiempo, creí que esos libros me podían dar una respuesta sobre lo que era este sitio; aunque como imaginas, esa esperanza no duró bastante. Eran sólo libros.

-Libros de muertos.

-¿Hace alguna diferencia?- se inclina de hombros él- Soy un fantasma, y puedo decirte que la literatura de los muertos tiene tantas pretensiones como la de los vivos. De las cosas que había allí, estoy seguro que esas páginas gastadas eran lo menos llamativo.

Otra vez, la posibilidad de conocer el resto del Palacio me atrae de un modo difícil de resistir. Me contengo a mí misma evitando ver la puerta naranja, fijando mis ojos en Kain que abre las páginas de Chistes Para Niños, y pronuncia.

-“¿Qué le dijo un ojo a otro?”

Su modo de leer es pausado, y no corresponde con su apariencia. Me siento de pronto triste. Pero no es importante, ¿no? Kain está muerto, ya su educación es irrelevante.

-No lo sé.

-“Nos vemos.”

Cierra el libro, y me lo devuelve.

-Este no.

-Sí, mejor ese no.

Lo que menos quiero en el mundo es tener a Kain repitiendo las bromas que hace Norbert. Sin embargo, el ejercicio logra arrancarle una sonrisa sumisa. Toma el libro de Curiosidades, y clava sus ojos en él. Parece motivado, pero hay cierta melancolía en su disposición. De pronto pienso, en todos los libros que ha arrojado. ¿Qué significan para él? ¿Por qué haría algo como eso? Y pienso que, en este mundo de soledad en el que él ha vivido tantos años, sin más esperanzas que un frágil recuerdo, el saber de lo que pudo haber sido debe ser para Kain un dolor inadmisible, que los libros le recuerdan con sus aproximaciones a historias, a una posible infancia leyendo con su hermana, a personajes que hablan entre sí y que nada tienen que ver con su voz, haciendo sórdidos ecos en el vacío del balcón, vana contra la tarde eterna de este oasis y contra la oscuridad que se adivina más allá de la puerta.

Ahora, por motivos distintos, mi regalo se me hace muy magro.

-Quieres... -digo- Hmm.

Kain espera que complete mi oración. Es sólo una cosa, lo sé. Sólo extender una mano, y él...

-¿Quieres leer para mí?

Esta vez, su sonrisa es completa.

-Me encantaría.

La semana de exámenes comienza con la esperada prueba de Lenguaje y Literatura, de la mano del profesor Julián Hauswhite. Y si bien mis ojos en un principio se concentran en el reflejo opaco de sus anteojos al repartir las hojas, no pasa mucho tiempo hasta que me obligo a clavarlos en el papel, preparando mi mano contra el sufrimiento de escribir durante una hora sin detenerme.

En el tiempo en que transcurre el exámen, no me enfoco en nada de lo que ocurre a mi alrededor. Sólo son las oraciones repetidas, las memorias de repasos con Matt, pensar en cómo estará respondiendo él a las odiosas consignas, las muletillas que me conozco, el dejar un espacio en banco, como si temiera que mentir, inventar y estirar una respuesta que desconozco pudiera quitar de mi memoria los datos que sí sé.

Cuando la miro de reojo, Janet se halla agazapada contra su hoja. Delante de mí tengo la espalda de Teresa, con su remera negra y el collar apretado que siempre se pone al cuello, que en mi opinión la hace parecer un perro. Sally le echa vistazos cada tanto, intentando vislumbrar algo de lo que copiarse, y de momento su actitud ha pasado sin problemas el vago control que nos hace Julián. Puedo notarlo. El profesor, en cierta medida, está simulando afectación.

Y esto es porque, en la semana anterior, un rumor muy cierto se ha expandido por el alumnado del Instituto de San Naerit. Un rumor que dice haberlo visto con una alumna, el día anterior al crimen que conmocionó a todos, en un bar alejado y a altas horas de la noche. Es un rumor débil, pero se perpetúa. Las numerosas fanáticas del amanerado profesor se miran de reojo, dispuestas a echar furias a la protagonista de esa velada. Nombres salieron en la entrada por aquí y por allá: chicas de tercero, de cuarto, incluso Alice fue nombrada. Pero el nombre que más surge es el decisivo. Candice.

Y allí radica lo interesante. Pienso que Julián ha pensado su falsa coartada muy mal. Lo quiera o no, alguien lo va a relacionar con el crimen. Candice no se halla aquí para confirmar o desmentir lo que las rufianes de los cursos bajos han esparcido. ¿Está planeando, acaso, que lo echen de la escuela? ¿En qué piensa, tras esa falsedad que me perturba?

Vuelvo a ver mi hoja, y escribo.

“C) Para la concepción romántica la naturaleza es...”

Borro es.

“...se presenta como algo benigno y una fuerza que con belleza puede...”

Sí, es evidente que Julián piensa en algo. Y aunque no puedo ver su cara, desde que oyó los primeros rumores, Trish, la más ferviente de sus enamoradas, no levanta la cabeza para verlo ni un segundo. Janet y Sally nunca han notado la devoción que ella tiene para con su amor platónico, pero yo sí. No es una simple atracción, como las demás, no es ni siquiera el deseo

egoísta que le profesaba Candice. Puedo verlo bien; aunque no lo haya experimentado: Teresa Simaff cree amar a su profesor de literatura.

“...ayudar al hombre en sus logros. Y entonces la literatura de este periodo destaca las cosas buenas de esta presentándolas cómo...”

Titubeo. Durante el sábado y el domingo, que debí haber estado estudiando, me pasé bastantes horas oyendo a Kain leer. No lo considero tiempo perdido; eventualmente, creo que su lectura comenzó a tomar vigor, como si recuperara algo de sí, y creí detectar cierto interés en el momento en el que comenzó el primero de los cuentos policiales. Tendrá algo con lo que entretenerse mientras yo no esté.

Pero yo quiero estar.

“...una posible ayuda y oportunidad para los protagonistas de las historias.”

Me siento tentada de agregar:

“Apruébeme, profesor, y olvidaré que usted es un asesino. ☺”

Media hora más tarde, considero que no tengo más que aportar, y entrego mi hoja a Julián. Pensativo, él la pone junto a la pila. Tras mí Zaq entrega; excepto que puedo percibir que sus respuestas son de cuánto mucho tres líneas, y en su cara abatida se ve que no se imagina triunfante.

Afuera del curso, tal vez creyendo que no pueden ser oídos, los murmullos continúan.

-Con una chica...

-¿Quién es...?

-El bar de Batty y Carry, en las afueras del pueblo.

-¡Es cerca de un hotel!

-¿Piensas que fue Candice quién...?

-¡No lo puedo creer!

Sonrío para mis adentros, y doy una ojeada por la puerta. Matt continúa inclinado sobre su hoja. Podré arrepentirme de todas mis respuestas junto a él luego.

De momento, tengo algo para hacer.

Cuando soy Mina, mis pasos adquieren una soltura que en mi verdadero cuerpo me costaría no envidiar. Es la ligereza que da la seguridad de sentirse bella, por sobre todas las cosas; y de saber que lo que haga será aprobado por mis pares e, incluso si no lo fuera, que no se trataría de mi problema pues mi vida es otra, y Mina es sólo un traje que uso en su máxima expresión.

Y hoy, ciertamente planeo usarla. Recorro los pasillos, saludando con sonrisas a quienes me ven; todavía admirados por la discusión que presenciaron en el comedor, buscando con ojos atentos a alguien entre todos ellos.

Los de sexto todavía no tienen sus exámenes hasta la próxima semana, algo que de momento no he pensado cómo manejar. No me interesa encargarme de los estudios de una muerta. Supongo que faltaré, pero entonces...

El curso está en medio de la clase. Entrar a esta hora causaría todo tipo de preguntas molestas. Pero Alice me ha enseñado cómo encargarme de asuntos como este.

-Hey- llamo a un chiquillo cualquiera, uno que justo pasa frente a mí-
¿Me harías un favor?

El pequeño mira hacia todos lados, asustado. Pero se acerca, y aprovecho para señalarle la puerta.

-¿Podrías preguntar si puede salir Frederick Cable?

Obedece presto. La influencia de la popularidad es destacable. El malhumorado profesor escucha su pedido, hace una seña a los bancos y la figura emerge. El presidente de la clase observa al pequeño, aunque no parece confundido con que lo llamen. Parece el tipo de joven que le soluciona problemas a muchos. Bien, también puede solucionar los míos.

-Hola- digo.

Tras los lentes, Cable enarca las cejas.

-Mina Harvnes. ¿Qué haces fuera del aula?

El pequeño ya se escabulle, cumplido su rol. Seguro contará a sus amigos con quién tuvo la oportunidad de hablar.

-Lo siento- me inclino- Tuve algunos problemas.

-Entiendo.

Él me observa de lleno, con clara curiosidad. Me contengo para no sonreír.

-Te llamé porque creí que me podías ayudar.

-Naturalmente.

En ese momento lo mido, y me descubro pensando que Frederick Cable no es el tipo de persona al que una pueda seducir. Parece una versión aun más severa de Mikhail. Si voy a ganármelo a mi favor, deberá ser desde un ángulo diferente.

-¿Has oído los rumores que están transitando por el instituto?

-Los rumores no son de importancia. ¿Estás faltando a las clases por oír rumores, Harvnes?

¿Quién se cree este maldito estúpido?

-Tal vez sí te parezca de importancia- le suelto- Dicen que uno de los profesores está saliendo con una muchacha... Una de la escuela.

Su rostro enjuto cambia moderadamente.
-¿Un profesor?
-Hablo del profesor Julián Hauswhite, de Literatura. Enseña en cuarto y tercer año.
-¿Qué pruebas tienes?
-Dos alumnas de tercero los vieron en las afueras del pueblo.
Para mi sorpresa, Cable se inclina de hombros.
-Las chicas de esa edad dicen toda clase de mentiras, Harvnes. Creo que te estás preocupando de más.
Pero sin embargo, en su tono hay una suavidad que antes no percibía.
-El problema es que afirman que salía con Candice Messel. Ya sabes, la chica que...
-La chica cuya madre asesinaron.
Oprimo los labios. La revelación parece haberlo impactado; evidentemente, el perfecto presidente está pensando cuál es la opción más noble y responsable para proseguir.
Su siguiente paso cae perfectamente dentro de mis planes.
-Llévame a donde están esas muchachas.

LXXXIV

Tras invertir sus buenos minutos en la historia que parlotean con deleite las dos alumnas, haciéndoselas repetir una y otra vez con la clara intención de cerciorarse de que no mienten, Frederick Cable parece arribar a la conclusión de que el rumor tiene mucho de cierto.

Yo lo espero afuera del curso, satisfecha al verlo regresar con evidente nerviosismo, todavía pensando a toda velocidad.

-Parece que es verdad. Hay un bar en las afueras; y ambas suelen ir allí todos los días de la semana. Sostienen haber visto a Julián Hauswhite con una menor de edad a altas horas. Afirman incluso que las saludó.

-¿Lo ves?

Asiente, introspectivo.

-Hay que comunicarle esto al director.

El pensar en Ashadd me descoloca durante algunos instantes. Simulo dudar.

-¿No sería conveniente hablarlo con el profesor? Antes de ir de lleno a acusarlo... Podría haber algún tipo de explicación.

El gesto de Cable se vuelve admirado.

-Tienes mucha razón, Harvnes. Mejor si arreglamos esto entre nosotros primero.

Sonrío.

-Creo que sé en dónde da clases ahora. ¿Puedes esperarme aquí? Le pediré que venga. Mientras tanto podrías seguir entrevistando a esas dos chicas.

Considerando la poca inteligencia que les noto, le he cedido a Cable una tarea tediosa.

-Me parece bien- afirma con sopor.- Ve y búscalos. Tal vez podamos resolver este problema sin necesidad de estar molestando a los superiores.

"¡Habla como si fuera un detective!" no puedo evitar reír para mis adentros. En cuanto lo veo volver hacia los bancos, pongo paso directo de vuelta hacia mi propio curso.

Avanzo casi de a saltos, feliz conmigo misma, y me asomo por el pasillo, mi largo cabello una negra cascada contra mis hombros, mientras observo con altivez a mis compañeros que susurran, y también a Julián sentado en su escritorio, concentrado en las hojas que ya le entregaron.

Procuró que no me vea, pero de entre quienes ya han finalizado el examen son muchas las miradas que se me ponen encima. Saludo a unos cuantos amablemente, buscando. Pronto veo a Matt, sentado contra uno de los bancos cerca de la pared, con las manos en los bolsillos y los ojos cerrados en actitud de espera. La sensación es que me espera a mí, pero sé que eso es imposible. Liseth Aurdelard no existe en este mundo. Debe tratarse de Elias, quien aún forcejea con las preguntas de su papel, la persona por la que Matt Weigler se halla en pausa.

Los ojos de Matt se abren sólo cuando hablo. Primero sorprendidos, luego con creciente inteligencia me ven aproximarme hacia Teresa Simaff, preguntarle si puede venir conmigo. Lara Paraje, la otra persona de esta clase a la que me he acercado como Mina, por suerte todavía sigue adentro del aula, exprimiendo cada segundo que el profesor le dé para hacer más completas sus respuestas. Pero Trish es diferente, lo sé; es una chica normal, que ha salido de ese calvario en cuanto podía y que me mira entre incrédula e incómoda con la atención que de pronto recibe.

Sumisa me obedece, y ambas buscamos un lugar más tranquilo para hablar: un pasillo vacío del segundo piso, en el que casi nadie suele transitar. Tras el celeste de mis nuevos ojos mi mirada, no la de Mina, examina a Trish con amabilidad, y me pregunto a mí misma qué hubiera pasado si yo fuera la que me hallara en su lugar, si tuviera el mismo porte cabizbajo, tímido. Sobre nuestras cabezas, una lámpara se mantiene inútilmente encendida en plena mañana y una polilla da golpeteos ciegos alrededor.

-¿Estabas ocupada?- pregunto, para soltar algo de tensión.

Su respuesta es apenas audible.

-No. Exámen.

-Oh- sonrío- Lo siento. Quizás pueda molestarte después.

Teresa niega.

-¿Qué es? Nada más no esperaba...

-No esperabas que te hablara, ¿verdad?- me acerco, y por fin ella me mira- Alice me ha dado una mala fama.

-Hablabas con Lara.

-Sí- hago un gesto con la mano, para espantar su desconfianza- Pero eso es otro asunto. Quiero hablar contigo porque tenemos un interés en común.

El rostro pálido, redondo de Trish se conmueve, adivinándolo. Pronuncio la palabra.

-Julián.

Cede.

-¿Qué ocurre?

-Oíste los rumores, ¿verdad?

Da un paso hacia atrás. Su respiración se ha hecho más pesada.

-Son...

-Son verdad- completo, y algo en la pobre parece quebrarse- Julián salía con Candice. Pero no es por lo que todos dicen. Candice es mi amiga, ¿alguna vez te lo contó?

-Nosotras no hablamos.

-Pues me cuenta mucho de sus cosas, y a cambio suelo ayudarla. Julián salía con ella, pero no la amaba. Esa es la verdad. Julián amaba a otra persona. Eso me dijo Candice. Que una de sus alumnas...

-Estás mintiendo.

La certeza con la que dijo aquello me interrumpe. Los ojos de Teresa, enrojecidos por el llanto inminente me escrutan con furia. Acabo de dar un paso en falso: ella no es tan idiota como las otras. Me recupero rápidamente.

-Que una de sus alumnas tenía una madre de la que él gustaba.- digo- La madre de Candice.

El color se va del todo en mi compañera al oírme. En su cabeza, esa mentira ya sí tiene suficiente sentido. Veo que su amor no la ciega de saberse no correspondida, pero sí de imaginar que Julián podía tener otros intereses para con esa mujer. Seguiré este camino entonces.

-Por eso salió con Candice- afirmo, y mis palabras crean un eco, un eco entre su silencio y nuestras respiraciones- Pero como sabes, algo salió mal. Ocurrió el asesinato, y ahora... Julián podría verse implicado. Podrían echarlo, Trish. Y yo quiero ayudar, a él, a Candice, y a ti. Sólo-

-¿Me llamaste Trish?

Maldición.

Sonrío otra vez.

-Sí. Teresa. Lo siento.

Me mira extrañada, desorientada.

-¿Por qué yo?- pregunta entonces, quitándome de mi miedo- ¿Por qué me buscas a mí? ¿Por qué no cualquiera más?

-Porque sé que tú lo amas.

-¿Cómo puedes saberlo?- vuelve a negar con insistencia- ¿Quién te lo dijo? Candice y yo no hablamos.

-¿Vas a ayudarlo, o no? Julián te necesita.

Lo cortante de mi oración logra acallarla, pero puedo ver que sigue preguntándose cosas. Quizás no pensé todo esto muy bien. Trish es más peligrosa que otras que he intentado influenciar, y yo me he equivocado ya un par de veces. Debo jugar todo hacia los sentimientos que sé que tiene.

-¿Qué tengo que hacer?

Sin que lo note, dejo escapar un suspiro.

-Acompañarme, y confesar.

-¿Confesar?

-Que eras tú la que estaba saliendo con Julián ese día. Te daré los datos, para que sea creíble. Te diré cómo estabas vestida, qué hora era, cómo era el lugar. Lo he averiguado todo.

-¡Estás loca!

-¿Prefieres que relacionen a Julián con Candice? ¿Con el asesinato?

-¡Yo no puedo hacer eso! ¿Por qué yo?

-Van a echarlo, Teresa. Te necesita. Te necesito.

Se cubre el rostro con las manos, abochornada.

-No entiendo. También lo echarán si piensan... Si creen que salí conmigo...

-Yo me encargaré de eso. Por favor. No tenemos mucho tiempo, mi compañero pronto va a hablar con el director. Acompáñame.

-Oh no- lloró ella, debatiéndose- Las demás me van a odiar. Mis amigas...

-Acompáñame. Ahora. ¡Teresa!

La logré sacudir. El efecto fue el deseado: se recompuso, logró mantenerse en pie y mirarme desconsolada. Fingí mi mejor rostro de consternación.

-Luego yo lo arreglaré. Puedes creerme.

Sus manos limpiaron las lágrimas con torpeza, y asintió. No confirmó que iba a obedecer, ni que se atenía al plan; sino que algo en ella desapareció, se encorvo, perdiendo voluntad, y me siguió como una oveja por los pasillos, ante los ojos de sus compañeros, ignorando la pregunta muda que le hizo Sally y la atención que las lágrimas mal secadas procuraban. Yo no miré a nadie durante ese momento, excepto a Matt. Me contemplaba a mí, no a Trish, de una manera muy peculiar.

En silencio, mientras nos dirigimos al curso en donde Frederick Cable nos espera, de a momentos tengo la mente en blanco. Camino llevando a Teresa Simaff como una rea, rendida al futuro que le espera, y con la boca le murmuro las cosas que debe memorizar: la gorra que ataba su cabello, su remera opaca verde, la mesa en la que se sentó, cercana a la esquina y al lado de la ventana, la camisa blanca que Julián usó ese día; todos detalles que tomé de antes de Candice, y que le darán credibilidad a su historia. Ella me oye, pero no dice nada. Me contengo de preguntarle si me está escuchando. Está por sacrificarse, después de todo, y su amor lo ignora, aún en el aula y con el rostro hundido en los papeles de exámenes.

Llegamos al curso de tercero, en donde la mayoría ya ha salido. El timbre del recreo sonó durante nuestro corto viaje. En la entrada, apoyo una mano sobre su hombro.

-¿Puedes hacerlo?

Teresa no contesta. Sonrío, aunque me siento capaz de empujarla.

-¿Puedes hacerlo?- repito. Me ignora, y entra al aula. De pronto estoy muy contenta con poder quitármela de encima.

Junto a las dos rufianes maquilladas, el presidente de sexto parece de lo más perplejo al verme llegar con una alumna, y no con el profesor que fui a buscar. Me adelanto a Teresa, para explicar.

-Quiere confesar algo.

Trish hace silencio. La atención de Cable y las otras dos pasa hacia su persona, que mira el piso, en otra vibración en comparación a los estruendos que más allá hacen los chicos que ríen, que juegan y bromean, la música del

recreo del Instituto. Con mi mente intento darle el mensaje, ya que no se digna a mirarme: debe hablar, debe hablar, debe hablar.

-Yo...

Se adelantan para oírla. Me apoyo sobre uno de los bancos, esperando. Trish traga saliva. Es un instante decisivo: sí, no, sí, no, veo en ella la posibilidad, mínima, de traicionar mi plan, de irse corriendo, de arruinarlo todo.

Pero vuelve a bajar la cabeza, y habla.

LXXXV

La confesión de Teresa Simaff es corta, pero certera. A medida que la suelta, frente a ella, el rostro de Frederick Cable va adquiriendo distintas composiciones que admiro con deleite: seriedad, interrumpida por velada incomodidad, luego sorpresa, luego la furia reglamentaria. No duda ni por un segundo de que es verdad. Y lo que ninguno de ellos se da cuenta, desde luego, es que otra parte de mi plan salió como lo que quería: y esto es que las murmuradoras estén presentes, oyendo asombradas, para esparcir las palabras de Teresa por el resto del colegio y darle una nueva capa de pintura al rumor que ya han soltado con tanta libertad.

En todo eso pienso, hasta que el asunto termina. Frederick me llama aparte, mucho más amable que al inicio.

-Opino que deberíamos llevarla con el director. Ha confesado.

Asiento. Esta es la parte en la que decididamente voy a probar el poder del Palacio. Y para hacerlo tendré que tomar un gran riesgo.

-Puedo llevarla yo- digo.

Él duda, dirige una mirada a la cabizbaja Trish y termina por asentir. Probablemente piensa que una mujer será mejor.

Antes de que nos vayamos, me hace una seña.

-Tengo que pedirte disculpas, Harvnes. Estoy sorprendido. Pero no creí que te importaran así los asuntos del instituto.

Vuelvo a hacer la mejor y más correcta de mis sonrisas.

-Estoy interesada en estudiar Ley- le digo- Si quiero ser una buena abogada, ¿Cómo dejar que algo como esto pase sin hacer nada? Es mi deber como estudiante de esta escuela.

Él me contempla anonadado, y asiente. En su cerebro de seguro de pronto ha hecho un cambio importante: Mina Harvnes no es sólo una mujer vana que sigue a Alice McRyans sin rechistar, sino que es una posible aliada. Con eso en mente me da su última señal.

-Lleva a Teresa a Ashadd, para que le cuente lo que ocurrió. El director se encargará de hablarlo con el profesor Hauswhite.

No necesito más órdenes. Con los puños temblando, Trish me acompaña a un gesto confiado que le hago. Cable y las otras dos nos ven partir, antes de que él se de vuelta para sermonearlas por esparcir rumores sin consultar.

Distinta a nuestra ida, en mi regreso con ella no parece que llevara a un reo, sino más bien a una condenada a muerte. Presto mucha atención mientras camino, para asegurarme de que nadie nos sigue. Viene ahora la parte difícil.

Las escaleras que conducen al despacho de los rectores quedan atrás, y el cuello de Teresa se gira para verlas.

-Es allí...

-No vamos allí- le digo.- No te castigarán.

-¡Pero entonces...!

-Dije que íbamos a ayudar a Julián, ¿no?- afirmo.- ¿Puedes confiar en mí?

Subimos otros peldaños, de vuelta cerca de los sectores menos transitados, las partes casi vírgenes de este edificio. De mi mochila tomo un pedazo de tela, que arranque de una de mis viejas remeras.

-Necesito que me escuches- hablo, cuando estoy segura de que Trish me presta atención y de que estamos del todo solas- Hay un modo de que todo termine... Requerirá un sacrificio de tu parte, pero Julián quedará limpio. ¿Estás dispuesta a hacerme caso?

Tras su miedo, Teresa asiente. Pero no parece cómoda para nada.

No importa.

-Déjame ajustarte esto- le digo.

Retrocede, asustada. Pongo los ojos en blanco.

-¿Para qué...?

-¡Tan sólo déjame! Debo llevarte a un lugar especial. Pero debes prometerme que no te quitarás la venda.

-¿Por qué haces todo esto?

-Porque quiero ayudar...

...me.

La sinceridad de mi voz calma sus recelos. Sus hombros bajan, y con ello aceptan que pase la remera por bajo su frente, envolviéndola y ajustándola bien para que no caiga.

-No comprendo nada- me dice, mientras doy vueltas y vueltas de tela para asegurar que su sentido de la vista quede perdido- Esto es muy extraño pero...

-Pero quieres ayudar a Julián.

Asiente. Las manos le siguen temblando. Ahora mismo, el nuevo rumor debe de estar inundando la actividad de los estudiantes.

Palpo mi trabajo, chasqueando los dedos frente a sus ojos. Trish apenas reacciona. Pero no es suficiente: tomo una aguja de mi bolsillo, y mientras esta quieta la acerco hacia su frente. No retrocede. Lo he hecho bien.

-Ahora presta atención- le digo, guardando la aguja de vuelta en la mochila- Te llevaré a un sitio en donde nadie te va a encontrar. Nos quedaremos allí hasta que el horario de clases termine. No te quitarás la venda, ni me harás preguntas. No soy una secuestradora ni nada por el estilo, así que puedes relajarte. Una vez las horas pasen, volverás a tu casa.

-¡Pero tu compañero sabrá que no hemos...!

Chisto, y Trish calla.

-Tú no te preocupes por eso. Lo puedo convencer.

Apoyo mis dedos en la pared, y estos se hunden ante el contacto de la puerta roja.

-Recuerda. No hables. No mires. Si haces algo así, echarás al traste todo este plan. Echarán a Julián, te echarán a ti, los difamarán públicamente. ¿Lo comprendes, no es cierto?

Aunque de nuevo no me responde, sé que Trish lo comprende muy bien. Sólo para distraerla; la hago caminar: que dé un par de vueltas, que gire por el mismo pasillo, que suba las escaleras, vuelva sobre sus pasos, las baje, un par de giros más para que se maree, que las suba de nuevo hasta que oigo su respiración agitarse y luego un último inútil recorrido, que la deja frente a la Puerta.

Abro el picaporte, y conduzco a Teresa al interior. La barrera cede ante mi esfuerzo mental: tal como Kain lo afirma, soy yo quien decide quién entra y sale del Balcón. Es mi porción del Palacio. Mía. Y desde luego no quiero que sea Teresa la otra persona en verla.

En cuanto llegamos hacia donde está Kain, el fantasma se sacude con sorpresa, levantándose de su descanso. Con el dedo hago una seña para que espere, y sus protestas se cierran. Con otra seña intento hacerle saber que se lo explicaré luego. Ya inventaré algo.

El sol del atardecer es fuerte, muy fuerte, y la piel albina de mi amiga debe de sentirlo, pues parece extrañada mientras la muevo. La hago sentarse en el suelo, procurando asegurarme de que sus vendajes estén bien sujetos.

-Quédate aquí. Ya casi está.

Luego me dirijo hacia las plantas. Hago el cambio de nuevo. Emerjo como Liseth, de vuelta yo, y en silencio me siento frente a Teresa. Allá, callado contra el alfeizar que da al abismo, los ojos rojizos de Kain nos observan a ambas con curiosidad.

Ante la luz del ocaso infinito contemplo el cabello oscuro, parejo de Teresa Simaff, sus labios temblorosos, los pliegues de la tela que cubre sus ojos y su cuello, donde el mismo collar de siempre se halla expuesto al sudor, a los nervios por los que está pasando. La examino largamente, sin pronunciar una palabra, como yo, como Liseth, y pienso en las oportunidades que tuvo, en todo lo que pudo hacer. Sé ya bastante sobre ella. Trish nació en San Naerit, se crío aquí, tuvo desde la infancia amigas en quienes confiar: Janet, Sally, tuvo un padre que la abandonó cuando era niña, y tiene una madre negligente, que la deja sola en casa la mayoría de los días. Probablemente ya ha dado su primer beso, mientras que yo no. Está enamorada de Julián. De los muchachos del curso, sospecho que tanto David como Scott tienen algún interés en ella, aunque podría equivocarme. Es sombría al igual que yo, cabizbaja y pensativa, pero pudo ser feliz. Es una figura que me arranca, que me quita espacio. ¿No es el cambio justo? Candice, en cambio, también tiene un futuro brillante y su rol no es como el mío. ¿Por qué los perros deben pelear siempre por el mismo trozo de carne? Mientras más la veo, más me afirmo que tengo razón. Kain no podría entenderlo. Creo que nadie podría entenderme. Lo único que quiero, lo único que he querido todo este tiempo es el ser normal, el vivir en paz, el tener amigos y poder reír como otra chica más. No puedo... No pienso dejar que alguien se interponga. Ni siquiera ella.

Mi rostro se levanta, sereno.

-Hola.

Teresa se sacude, conteniendo el impulso de quitarse las vendas. Sus cejas se inclinan.

-¿Eres tú, Liseth?

Esta vez soy yo la que no contesta. Ambas permanecemos echadas, dos sombras recortadas frente el resplandor del horizonte. Sigo observando los detalles de su cara, recreando en mi mente todas las experiencias, todas las alegrías que debió de haber pasado mientras yo lloraba rogando porque la oscuridad se alejara.

-Liseth- dice entonces Trish, agachando la cabeza- ¿Por qué? ¿Dónde se fue Mina?

-Ya vendrá- afirmo- No tiene importancia. Escúchame. No te quites la venda. Hay algo que debes prometer.

Se remueve de vuelta, sin hallar posición. Simplemente dejo las palabras fluir.

-No volverás al instituto hasta que yo te lo indique.

-¿De qué estás hablando?

-Faltarás a clases. Eso incluye cualquier taller que puedas hacer, y desde luego las clases de educación física. Puedes seguir hablando con las demás, desde luego. Pero nada de venir aquí.

-¿Por qué me dices todo esto? No puedo entenderlo.

-Porque así no acusarán a Julián- afirmo. Y en realidad, planeo que lo acusen pero de algo mucho peor que de salir con una de sus alumnas.- A la mañana, te quedarás en tu casa. Si no me crees, podrás preguntarles a Sally o a Janet. Julián continuará siendo profesor. Si realmente lo amas, estarás dispuesta a hacer ese sacrificio.

-¡No puedo faltar a clases!- grita ella. Kain, al costado, oye todo con suma atención. Lo último que me falta es que Teresa me haga quedar mal frente a él- Liseth, ¿qué diablos te ocurre?

-¡Si sigues asistiendo a la escuela, todo lo que hice... todo lo que Mina y yo hicimos se arruinará!

-¡Es mi escuela!- en sus dedos se veía la compulsión, la necesidad de quitarse la venda. Si lo hacía, ¿cómo podría impedirselo? ¿Podría acaso comandar las enredaderas, si lo deseaba? Sentía que sí. Pero esperaba no tener que llegar a ese punto- ¿Por qué hacen todo esto? ¿Desde cuándo te hablas con ella?

-Eso no importa- repito- Pero tienes que hacerme caso. Deja de asistir.

-Yo no...

-Tu mamá apenas está en tu casa, ¿no es así? No necesitas ni decirle. Será hasta que las cosas sean seguras para Julián.

Sólo entonces me doy cuenta de que Teresa está llorando. Se cubre la cara con ambas manos.

-Mis amigas... No sé qué hacer...

-Por Julián. Trish. Lo ayudarás.

-Es muy abrupto- las lágrimas humedecen la remera, oscurecen la tela que las absorbe- ¡Es muy abrupto!

-Liseth...- dice Kain.

Teresa levanta la vista.

-¿Quién está ahí?

-Nadie.

Con una mirada indico a Kain que espere. Reticentemente obedece.

-Alguien habló.

-Quédate tranquila.

-¿En dónde estamos?

-En mi escondite.

-¿Un escondite?- se sacude ella, y tantea el suelo curiosa. Su tacto no reconoce las viejas baldosas del balcón- ¿Estamos en la escuela, no es cierto?

-Sí. Pero no debes saber más.

-Liseth, ¿por qué haces todo esto? ¿A ti también te gusta Julián?

-No.

-¿Entonces por qué?

No respondo.

-Sally y Janet. Les... Les explicarías, ¿no? No confío en Mina. ¡Pero tampoco confío en ti!- vuelve a llorar Teresa, y niega- Oh, no, no; no puedo dejar de ir a clases. Me atrasaré. Y las chicas, todos los demás me odiarán.

"Bienvenida a mi mundo."

-Podrás volver antes de lo que crees. Sólo cuando las aguas se calmen.

-Julián estará bien, ¿no?

-Sí. No lo echarán.

-¿Por qué me elegiste a mí?

-Porque sé que te gusta.

Sus labios se cierran, la humedad de sus mejillas hace un destello que por medio segundo me ciega. Luego dejo de verla, porque vuelve a cubrirse el rostro con las manos. Por minutos queda encogida, vencida, y yo sólo la observo. Está pensando, analizando sus opciones a toda velocidad. Por mi parte me hallo preparada para cualquier cosa. Teresa duda, se retuerce, intenta retrasar lo inevitable. Sé que está pesando, en una balanza, su vida, sus amistades, sus estudios, y del otro lado el amor incondicional que tiene para con su profesor.

-Te odio- termina diciendo.

Algo se clava en mi interior, y veo a Orlana, burlándose de mí, a mi antiguo curso fingiendo temblequeos con sorna, a Mary desviando su mirada al cruzarnos en el pasillo. Pierdo el control, y mis manos aferran el rostro de Teresa. Acercó mi cara a la suya. Hablo en voz baja, controlada, pero por dentro estoy hirviendo, algo se suelta, algo comienza a fluir para desbordarme.

-No digas eso. Por favor.

-¡Me haces daño!

-¡Liseth!- dice Kain. Por primera vez lo veo alterado. Mis dedos sueltan los costados del rostro de Trish, dejando las marcas de mis uñas en su piel. Recupero la respiración y lo miro, apenada.

-¿Quién está ahí?- pregunta Teresa- ¿Quién es?

El fantasma se acerca hacia ella.

-¿Estás bien?

Mi compañera traga saliva, y yo tengo una punzada de celos. Luego ella asiente, y Kain parece calmarse.

-Liseth, ¿qué estás haciendo?

-Estoy ayudándola.

-¿Quién es?

-¿Ayudándola? ¿Trayéndola aquí de este modo?

-¡Lo digo de verdad! Te lo explicaré luego. Debes creerme.

-Liseth...

-¡Quién es él!

-¡No confías en mí?- le suelto. De repente tengo ganas de llorar, de sumarme al mar de lágrimas que ya cayeron en estas baldosas. Con recelo él me mira, y parece estar a punto de contestar los gritos insistentes de la nueva huésped.

-Kain, por favor...- murmuro. Mi voz ya está tomada.- Necesito que confíes en mí. Al menos tú...

Sus puños se tensan, y chasquea la lengua. Pero para mi alivio retrocede, sin responder.

-¡Liseth! ¿Quién es el que...?

-Ya se fue. Es un alumno de sexto.

Kain se mantiene silencioso de nuevo, observando. Sé que ahora sospecha de mí, pero puedo explicarle. Sé que puedo. No quiero perderlo, me gusta. En este momento, en el que estoy completamente segura de eso, me digo a mí misma que debo hacer lo que sea por mantenerlo a mi lado.

Mi explicación parece calmarla. Sus hombros vuelven a soltarse, la compulsión de arrancar sus tapaduras la abandonan. También yo me calmo, secando el inicio de lágrimas de mis ojos con la manga de mi campera. En el patio del colegio, ahora mismo, por los pasillos y en las aulas, un arma verbal se está cargando. Corre un rumor: el antiguo, el que relaciona a Julián con Candice Messel. Nadie sabe que Teresa Simaff existe. Y a esto ella no lo sabe. Seguro, frente a mí, se pregunta qué piensan sus amigas sobre su ausencia, sus compañeros sobre cómo la vieron pasar. Pero todos la han olvidado, incluso Frederick Cable. Y luego, en cuanto la quite del Balcón...

Sus mentes rellenarán el vacío. Y la historia que se creará en la mente del diligente presidente de sexto es la que más me interesa.

Poco a poco, en una quietud asfixiante, las horas pasan. Kain, apoyado sobre la tarima, clava sus ojos en mí con una pena que me molesta. Yo evito su mirada, y me aseguro de que Trish no haga nada extraño. Y Trish no se duerme, como esperaba, sino que permanece temblando, quieta, ya rendida al destino que le impuse. Da la imagen de una condenada que espera su sentencia de muerte. En cierto modo, morirá. Morirá para Janet y Sally, morirá para mí, morirá para Matt, David, Rita, Elias y los demás, morirá para el Instituto de San Naerit y para el futuro. Este pueblo podrá seguir sin ella. Yo podré ocupar su lugar. Eso es lo que me importa. Tendré una muerte para mí, y ella una muerte para su amor. Tal vez alguien me diría que no es justo, pero no lo considero así. Ella ha vivido. Yo recién comienzo a abrir mis ojos entre el sufrimiento. Es justo, no, es necesario que las cosas se den como se están dando.

Lo que parece una infinidad de minutos después, tras mil consultas al despertador que llevo en mi mochila, el tiempo queda marcado. Indico a Trish que se levante, y que me siga, y la conduzco de vuelta al mundo de los vivos.

Ambas dejamos el Palacio, y a nuestra espalda la Puerta Roja desaparece. Le pido que se quite los vendajes. Sus ojos están hinchados por el llanto y la presión, pero logran verme desencajados.

-Ahora te marcharás.- le ordeno- Y no saludarás a nadie. Irás a tu casa, y no volverás hasta que sea oportuno. Julián estará bie...

Un chasquido resuena en el aire cuando su mano impacta mi mejilla. En la marca roja que su cachetada deja al rato las lágrimas calientes hacen

cosquillas. Frente a mí, Trish también llora. Se marcha corriendo escaleras abajo antes de que pueda replicar.

Cansada, muy cansada, me dejo caer y quiebro, conteniendo los sollozos, sin comprender qué me ocurre. Las lágrimas no dejan de fluir. Mi mejilla arde, mi garganta arde por el llanto. La mirada decepcionada de Kain viene a mí una y otra vez, no importa cuántas veces la espante. He vencido. He subido otro escalón, he pisado tal como lo dijo el director. Me he servido del Palacio. Lo he hecho, y ahora sólo queda esperar. Pero sigo llorando.

Aunque para ese momento ya están secas, estoy segura de que cuando Matt por fin me encuentra puede darse cuenta de que algo ha ocurrido. Mi aspecto debe de estar demacrado, mi rostro necesita lavarse, mi cabello está desgredado y mis ojeras más marcadas que nunca.

Pero él no dice nada, y me conduce hacia donde Norbert nos espera para llevarnos a casa.

LXXXVI

-¡Y una! ¡Y dos! ¡Y una! ¡Y dos! ¡Pausa!

Vuelvo a quedar detenida. Bajo el pantalón deportivo, mis piernas arden por el esfuerzo. Pero a Veronique DuMarque, profesora de gimnasia, no le interesan un ápice nuestras caras de sufrimiento. Trona su silbato y nos vuelve a hacer trabajar.

-¡Más rápido!

A mi lado Sally jadea, pésima en esto como yo. Líneas de sudor resbalan por el costado de su cara. Sophie, otra de las chicas del curso, parece a punto de desmayarse. De todas nosotras sólo Rita y Agustina se ven atléticas. Por mi parte siento que voy a morir. No estoy hecha para grandes esfuerzos. Y el modo en el que la profesora nos trata dista mucho del cariño maternal que muestra conmigo cuando soy Mina y ella es Veronique DuMarque, tutora de danza clásica.

-¿Les he dicho que se detengan?- nos grita- ¡Con más ganas! ¡Vamos, vamos!

Mientras decido de algún modo cortar mi consciencia y dejar de pensar en el sufrimiento que pasarán los músculos de mis pantorrillas el resto del día, doy una ojeada más allá a donde el profesor Rachett hace correr a los varones. Arriba, cerca del estadio hay un viejo reloj que marca la hora. Ya son casi las cinco. No faltará mucho para que podamos irnos. Y mi inocente idea, de participar en la clase de gimnasia en vista de que el día anterior falté a danza podrá por fin culminar.

De seguro luego todos iremos a tomar algo, las chicas, Matt y los muchachos, justo como la otra vez. Me concentro en el rostro pequeño de Sally Gacy, saltando tan alto como puede a mi lado. Ambas subimos y bajamos, sin coordinación. Un poco más atrás, al lado de Cecile -quien está meditando antes de cada salto- Janet también se esfuerza en mover su gordura al compás de los chillidos de la profesora. La mirada de ambas es veladamente triste.

No será exactamente igual a la otra vez. Trish no irá.

El plan que urdí salió a la perfección. Teresa faltó a clases hoy, y si no me equivoco, continuará faltando las siguientes semanas. Pero no es sólo eso: su confesión quedó registrada, su supuesto romance con Julián germinó entre los rumores del instituto en apenas unas horas, y en el comedor, en el patio del recreo, inclusive en las aulas solo de eso todos hablaban, con murmullos, con gritos y comentarios. Una alumna, y un profesor, el profesor más codiciado por todas. La historia que mezclaba a Julián y a Candice fue quedando en el olvido. Los primeros secretos se vieron desplazados, por otros nuevos. En el baño, lavándome la cara, oí a alumnas de tercero insultar a Teresa, a esa chica que nunca conocieron, celosas porque creen que les robó el corazón de su amor. Y mi curso también reaccionó, desde luego: incredulidad, diálogos, sospechas. Arthur Irrauldi, uno de mis compañeros, levantó la mano en clases y preguntó a la profesora Duana qué opinaba sobre el acercamiento entre el profesorado y el estudiantado. Su sarcasmo le valió una reprimenda abochornada de ella, e insultos de los demás. Pero varias no reaccionaron: Sophie, Lara, inclusive otras con las que nunca hablé, todas de seguro pretendientes de Julián o amigas de personas que lo eran. Y Janet y Sally, amigas de Trish, también estaban a su modo desconsoladas.

-¿Por qué nunca nos lo dijo?- decía la primera en el comedor, por lo bajo.- ¿Por qué nos ocultaría algo así?

-Tal vez no podía- aventuré entonces.

-¡No confiaba en nosotras!- resolvió Janet- Ayer no me atendía el teléfono. ¡Esa tonta! Pero estoy segura de que volverá.

Yo lo dudaba bastante. No ayudaba en nada a la historia que, coincidentemente, Julián también hubiera decidido faltar a clases ese mismo día. Su hora la pasamos todos en el curso, comentando los rumores. Parecía que el temor por el asesinato de hacía semanas comenzaba a mermarse bajo noticias menos significativas, pero aun más personales. Todos coincidían en que había faltado por temor a saberse descubierto, y que pronto lo veríamos presentar su renuncia. Me parecía exagerado, pero debía aclarar algo: no había imaginado, en absoluto, que Julián fuera a faltar. En parte para calmar a Kain, había decidido que este sería el día en el que seguiría el profesor hasta su casa para espiarlo, y sin embargo con ello mi idea había quedado arruinada.

Y lo de Kain era otro problema, pienso al escuchar tronar el silbato. Saludo a Matt a la distancia, y me dirijo hacia los vestuarios. Después de lo que ocurrió, en la tarde del lunes no pude escapar de tener que hablar con él, para intentar explicarle. Mientras tomo mi ropa del casillero, pensativa, no dejo de evocar en mi mente los ecos de esa charla.

-¿Qué fue todo eso?- me había preguntado- ¿Qué hiciste con esa chica?

-Kain, escúchame. Tienes que creerme. Estaba intentando protegerla.

-¿Protegerla?

-El profesor... Julián. Manipuló a otra de mis compañeras, Candice, y así se acercó a su víctima.- yo pensaba en el momento, aunque ya había

formulado mis razones antes de atravesar la puerta desde mi habitación- Trish estaba enamorada de él. Quitándola de clases evitaría que...

-Liseth. ¿De verdad crees que así es como debes obrar?

-¿Qué debo hacer entonces?- repliqué- Tú mismo me dijiste que no confiara en la policía. ¡Mataron a Mina en la escuela! Trish pudo haber sido la siguiente. Kain, necesito que creas en mí.

Se acercó, juzgándome desde su altura con sus ojos rojos. Ese día me costó sostenerle la mirada.

-Liseth. Incondicionalmente, estoy ligado a ti. Pero por eso mismo me permito cuestionarme cosas. ¿Por qué le hiciste daño?

-¡Dijo que me odiaba!- exclamé, recordando el dolor que había sentido. Fue como si la cachetada de Teresa reverberara de vuelta en mi mejilla.

-¿Y por eso tú...?

Entonces Kain calló. Otra vez, sin quererlo, mis ojos comenzaban a humedecerse. Su gesto fue una mezcla de consternación y pena al completar los pasos que lo separaban de mí.

Me estrechó entre sus brazos. Su presencia era muy real, no despedía calor, no había latidos, pero lo sentía, sentía su cuerpo sobre el mío y su rostro a mi lado, sus manos en mi espalda y las mías sueltas a los costados, sin saber qué hacer. Las lágrimas terminaron por caer por mis mejillas. No entendía por qué había hecho eso, pero aún mi corazón latía con fuerza.

-¿Estás herida, no?

Su voz era un susurro de descubrimiento.

-Yo no...

Me toqué la mejilla, sin comprender. No había marcas. Él me abrazó unos segundos más, y se separó. No parecía turbado por ese contacto. Era como si hubiera recuperado parte de sí mismo.

Sequé mis lágrimas con la manga, intentando hallar más explicaciones que me justificaran, pero mis pensamientos habían quedado desordenados. Kain suspiró.

-Liseth. Creo en ti, ya te lo he dicho. Pero no dejo de sentir...

Lo miré. Sus labios volvieron a cerrarse.

-Nada- dijo por fin, y se volvió, melancólico, a los muchos libros que había sobre la mesa- Esta chica, tu amiga. ¿Realmente querías protegerla?

Asentí lentamente.

-Entonces no puedo quejarme. Te debo disculpas. Debí haberme percatado de tus intenciones.

"¿Por qué me abrazaste?" pensé entonces. El beso de Harrold, y ahora esto. No estaba con ánimos de meditarlo en ese momento, pero ahora, mientras me cambio cabizbaja entre mis compañeras, por primera vez sin importarme que vean mi cuerpo semidesnudo, no dejo de preguntármelo. ¿Por qué me abrazó? ¿Qué creyó ver? ¿Qué cambió de pronto su actitud para conmigo? Norbert, luego Kain, la idea me molesta, incluso si son ellos gente en la que a mi modo confío. Tomo mi remera del casillero y me enfundo en ella, y cuando levanto los brazos puedo sentirlo de nuevo junto a mí, su proximidad, su cabello oscuro cosquilleando mi cuello. Termino de cambiarme y pongo la ropa usada en una bolsa aparte, dentro de mi mochila. A mi lado Sally me espera junto a Cecile, que juega con un Tetris. Es la única chica que conozco que traería un Tetris en cuarto año de la secundaria, pero como siempre intento ignorar lo extraña que es. El abrazo, ese abrazo... ¿Kain acaso...? Un

eco de esperanza que no puedo evitar me llena, un esplendor, considerando la idea. ¿Acaso él...?

Mis mejillas toman color, y Sally me ve extrañada.

-Eh. ¿Vamos?

Cierro la portezuela, y me echo la mochila a la espalda.

-Vamos.

LXXXVII

Había otra reacción sobre el asunto de Teresa y Julián que me interesaba, y esa era desde luego la de la persona a quien había manipulado para mantener las cosas convenientes, Frederick Cable. Tuve la oportunidad de hablar con él luego del segundo recreo, como siempre usando el cuerpo de Mina. Al verme, para mi sorpresa, se mostró sorprendentemente amigable.

-Harvnes. ¿Todo bien? Ya casi es hora de entrar a clases.

Preguntar qué era lo que él creía había ocurrido con Teresa Simaff y el profesor Hauswhite hubiera sido peligroso, así que pensé que lo mejor era orientar la conversación a que me revelara qué memorias había impuesto el Palacio en su cabeza mientras Trish y yo esperábamos dentro del balcón. Pero no hizo falta decir mucho; pues fue él quien sacó el tema.

-Me alegro de que Ashadd haya podido arreglar las cosas.

-¿Ah sí?- dije yo- Claro.

-El director es un buen hombre. Mantendrán la sanción al profesor Hauswhite en silencio, de momento. ¿Sabes cómo se encuentra la chica?

-Creo que está bien.

Entonces pensé que era mejor que él no lo dudara.

-Está muy bien- me corregí.

Frederick Cable se ajustó las gafas.

-Estoy más que satisfecho con tu actitud- resolvió- ¿Te interesaría manejar algunos otros asuntos del curso? Tengo mucho trabajo con el que podría necesitar una mano.

Y ahí entré en una disyuntiva, preguntándome si se volvería molesto o si acercarme al presidente y al liderazgo de mi curso aumentaría mi popularidad por sobre la de Alice. Me imaginé a mí misma con la banda que Frederick usaba, impartiendo órdenes. La imagen era cómica. Él comentó, de paso.

-Llevar algunas cosas, manejar los conteos de las donaciones y el viaje de estudios, atender los reclamos que nos hacen... También recomendar los delegados de otros cursos, claro. Me agradecería que me ayudaras en lo último, pues parece llevarte con varios mejor que yo.

Una chispa se encendió en mi cabeza.

-Está bien. Te ayudaré.

-Perfecto- aplaudió él- Comenzaremos la siguiente semana. Suelo quedarme un poco después de clases los jueves. ¿Entra eso en tu agenda?

Asentí, y mi suerte quedó sellada. Ya germinaba en mi mente otra idea para torcer el destino a mi favor. Y en cuanto a lo de Julián y Teresa, me había quedado claro que la mente de Cable, que tiraba siempre al orden, había creado la ilusión de que yo realmente había hablado con el director Ashadd y que todo se había resuelto para bien. El poder del Palacio era una bendición, claro, pero el poder de los deseos en las personas quizás lo era aun más.

...el botón no funciona- la voz de Elías me quitó de esos recuerdos recientes, de pronto muy nítida- Pero uno cree que sí, y lo presiona. Al rato la cosa sube. Tiene un nombre...

-Efecto Pavlov- sugirió Sally.

Rita estalló en carcajadas.

-¡Eso es otra cosa!

Yo forcé una sonrisa, simulando haber estado escuchando. Al lado de Cecile, que seguía con los ojos clavados en la pequeña pantalla de su Tetris, David habló.

-Es el efecto Placebo. Así se llama.

-¡Eso!- completó el pecoso levantando los dedos- Un total engaño, eso es lo que leí.

-No creo que sea así siempre- dijo Matt.

-¿En cuántos ascensores has estado? Sin contar el de la casa de Jessica.

-¿En cuántos has estado tú?

El eterno intercambio de brutos golpes en el hombro se sucedió. Nadie les prestó atención.

Detrás de mí, Ezequiel caminaba cabizbajo. Con el puño de su amigo empujándole la mejilla Matt lo miró de reojo.

-¿Estás bien, Zaq?

Los demás se volvieron. El pelirrojo hundió más su cabeza entre los hombros. Sus ojeras estaban más oscuras que nunca.

-Sí. Lo siento.

Rita se le aproximó, maternal.

-No pareces bien para nada.

-Seguro que su abuelo lo está haciendo trabajar de más los campos. Ese viejo es un demonio.

Zaq negó, pero no dio signos de querer revelar más información. Al último Sally abrió la boca, comprendiéndolo.

-Es el exámen, ¿no es así?

La miramos, y ella jugó con su cabello. Ya nuestros pasos se adentraban a la cercanía del bar, evitando las pocas hojas secas que no habían sido barridas por los vecinos.

-El examen de Literatura. Como no vino hoy, no pudimos saber nada sobre las respuestas.

-Ni lo menciones. A mí me fue terrible.

-Y a mí.

-¿De veras? Fue una cosa sencilla.

-Tú eres un listillo, David.

Los pulgares de Cecile daban de lleno contra los botones, concentradísima. David tuvo que apartarla del brazo lejos de la calle, para que evitara el solitario auto que nos tocó bocina. Luego ella nos miró, y dijo:

-Dibujé una estrella en cada respuesta.

-Al menos pusiste algo- suspiró Rita.- Como están las cosas, pensé en dibujar a Teresa desnuda en la hoja así...

Hizo silencio, al percatarse de que Sally la oía. Continuamos en una incómoda quietud por unos minutos, sólo nuestras suelas raspando la vereda, el viento que se colaba entre las casas, el sol de la tarde bendiciendo nuestra piel. *"Julián me dará clases a domicilio los lunes"*, pronunció Ezequiel, aunque su murmullo quedó librado a sí mismo. Matt lo oyó con suma atención. Consideré por unos segundos que Zaq podía hallarse en peligro, y que debía actuar rápido. Pero, ¿Matt lo sabía? ¿Acaso él sospechaba también de Julián? Si ese era el caso, no podía más que estar impresionada.

Adentro, como muchas veces, el bar estaba vacío y las mesas tenían capas de polvo que el dueño no se había molestado en limpiar. No había mucha clientela en San Naerit, eso era claro, más que el pasante ocasional y los conocidos de siempre. Mi grupo parecía ser parte de los últimos, y el dueño, que nunca parecía alegrarse o entristecerse de vernos, apenas alzó la cabeza cuando ocupamos las sillas en el orden habitual. Yo no pedí nada, para no gastar en vano, más que me guardaran lugar, y de entrada me dirigí hacia el baño.

A veces creo que los demás piensan que tengo incontinencia, pero de momento no se me ha ocurrido otra excusa para alejarme de todos. En el mugriento espacio abro la puerta roja con prisa, y cuando salgo lo hago como Mina. Otro cuerpo, otra vida.

Al aparecerme, Sally y Elias están comentando sobre una serie de televisión que vieron, y Cecile lanza exclamaciones ante la dificultad de su partida. Se callan al verme. Sonrío, sintiendo su sorpresa. Matt enmudece, y Rita me saluda.

-Buenas tardes muchachos- digo, y salgo por la puerta dejándolos atrás.- Disfruten.

Adentro, mientras avanzo las cuerdas con mis delgadas piernas, de seguro ahora hablan sobre mí. Es decir, sobre Mina.

Tomo luego el mapa que tengo en mi bolsillo, regalo del tío de Candice. Su casa no está muy lejos, aunque debo volver mis pasos en subida, recuperar el trayecto hasta la escuela y luego proseguir hasta la zona elevada del pueblo. Me preparo para caminar: aunque suene extraño, el cansancio que me generó el atravesar la clase de educación física de DuMarque también me invade mientras soy Mina, del mismo modo que las largas lecciones de danza hacen su mella en mí incluso cuando vuelvo a mi verdadero cuerpo. Mina y yo parecemos compartir algún tipo de energía cada vez que realizo el cambio con las enredaderas. Porque, desde luego, es su cuerpo el que uso, pero es mi voluntad la que la está moviendo y es mi voluntad también la que puede agotarse. En cierto modo, Mina debería agradecerme.

Jadeo un poco cuando paso cerca de las pinturas de los estafalarios perros. A esta hora, ya casi nadie queda en la escuela; apenas quienes tienen talleres en los que participar, y el servicio, unos pocos que rondarán antes de que la reja sea cerrada y el sitio convertido en mi guarida de los lunes. Pero me sorprende ver a alguien apoyado en el umbral de la entrada, esperando.

El sol de la tarde hace brillar como al oro el cabello de Harrold. Mis pies se detienen sobre el diseño irregular de las baldosas de la vereda, y él me saluda.

-Mina. ¿Vas a algún lado?

Asiento lentamente.

-Voy a visitar a una amiga. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

-Esperaba a mi padre- ríe, y sin más preámbulos procede a acompañarme- Supongo que ambos estamos fuera de nuestro entorno.

No se me ocurre qué decir. Proseguimos pisando las hojas, el viento moviendo mi cabello oscuro y apenas la remera deportiva blanca que él lleva. Aún quedan muchas cuerdas para la casa de Candice. Quizás...

-Frederick me dijo que lo ayudaste, con el asunto de la chica.

¿La chica?

Ah.

-Sí- digo- Sólo quería ser útil.

-Tiempo atrás, nunca hubiera imaginado que te interesaran cosas así. Pero creo que puedo adivinar cómo piensas. ¿Cómo se llamaba ella...?

Cruzando la calle, un vecino barre, y murmura un canto bajo su bigote. Levanta una mano y Harrold lo saluda. Yo respondo.

-No lo recuerdo.

Él me mira de reojo, y sonrío.

-Claro que no. Y en cuanto al profesor Julián, ya se verá qué es lo que se decide para él.

Otra vez, no se me ocurrió qué decir a eso. Todavía tengo la timidez, aunque mermada, la timidez producto de la inexperiencia, y el recordar su beso a cada segundo me distrae de darle coherencia alguna a la conversación, por lo que sólo avanzo callada. Doblamos en la tercera calle, y a ojo redirijo mis pasos. Consultar el mapa sería sospechoso. Tal vez debería intentar librarme de Harrold, pero, tengo que admitirlo, me gusta caminar con él. Y que nos vean. Alice se pondrá verde de la envidia.

-Nuestro partido será el siguiente sábado- menciona Harrold, como distraído- En la cancha de la escuela, a las diez. Si quieres ir...

-Iré.

-Eso me alegra. A mí, y a todos. Claro que si quieres, puedes llevar a Alice, o a Anna, o a cualquier amiga. ¿Vas a alentarme?

Sonrío.

-Si juegas bien.

-¡Eso es tan cruel!- da una carcajada Harrold- Daré lo mejor de mí. Aunque, Mina... Soy más del tipo de persona que juega para divertirse, aunque no lo creas. Ganar, perder. Todo eso es irrelevante para mí.

-¿Sí? - esta vez sí me volteo y lo miro, ambos encarándonos mientras caminamos, capaces de chocarnos con algo en nuestra reexaminación mutua- ¿No te molesta perder?

-Ni un poco. ¿Y a ti?

Mis labios se tuercen.

-Mucho.

-Entonces- resuelve Harrold, su rostro desapareciendo para dar lugar a su perfil- Ganaremos ese partido, así no sientes una derrota.

-Así se dice- asiento convencida. A mi pesar, me está divirtiendo.- No le den un mal nombre a nuestro pueblo.

¿Nuestro pueblo?

Caray, Liseth. Norbert se emocionaría.

Al rato consigo ubicarme, aunque por suerte Harrold no nota las dos vueltas a la manzana que doy, ni los pasos que debo volver disimuladamente al haber errado mi recuerdo hacia lo de Candice. Han pasado alrededor de veinte minutos de caminata; los demás deben de seguir en el bar. Esto puede hacerse rápido. La fachada de su casa está frente a mí, no se ve a nadie a mis costados. Harrold se frena.

-¿Nos despedimos aquí?

-Dame un segundo.

Golpeo el llamador. No pasa más que un minuto hasta que el tío de Candice abre la puerta. Parece sorprendido de verme, aunque sus ojos se abren al reconocer a Harrold.

-¡Harry!

Se saludan. ¿Será posible? Debí haberlo imaginado.

-Pasen, pasen. Candice se halla en su habitación. ¿Cómo se encuentran?

Harrold se queda charlando con él en la cocina. Yo no tengo tiempo para perder. Cruzo los umbrales hasta el cuarto de Candice, en donde ella se halla de nuevo acostada, con su fiebre simulada, con su tristeza y su cabello rubio bien peinado contra la almohada. Se remueve incómoda al verme. Cierro la puerta para tener privacidad, y ocupo la silla. Hago algo por reflejo: cruzo las piernas, una sobre la otra, y ladeo la cabeza examinándola.

-Está hecho.

-Está...- Candice se mueve dentro de su pijama, alisa las colchas con lentitud- ¿Quieres decir que...?

En la cocina, las risas de Harrold y el hombre suenan como un estruendo. Sonrío.

-Sí. Estás libre de sospechas.

-¿Y Julián?

Algunas personas codician demasiado.

-Julián también estará bien- miento. Mi mentira no tiene importancia, pues si no me equivoco, no faltará mucho para que pueda seguir a Julián hasta su casa y revelarlo como el asesino de San Naerit.- Así que ya no debes preocuparte. Pero ahora tú me debes algo a mí, ¿no?

Sentimos a la perfección como el tío abre la heladera y ofrece galletas a Harrold. Candice, sobre su cama, aferra las sábanas y palidece.

-¿Danzar? Mina, yo...

-Me lo prometiste- pronuncio sin parpadear.

-Pero mi mamá...

-¿Me mentiste?- le digo, con mi mejor tono acusador- Candice, ¿de verdad?

-¡No!- todo su cuerpo se sacude- No, no, está bien. Iré... Iré a las prácticas. Creo que puedo. Creo que podré...

Mis ojos brillan.

-Estoy segura de que te hará bien.

Otra estruendosa carcajada desde el comedor. Harrold parece estar pasándola en grande.

-¿Viniste con él?- me pregunta Candice, tímida.

-¿No lo sabías?- sonrío.- Estamos saliendo.

Mi mentira hace un chasquido que provoca en Candice un gemido de admiración. No puedo evitar reír. Pero mejor sería cubrirme rápido.

-Pero no digas nada, ya sabes. Lo estamos manteniendo en secreto. Puedes saberlo porque confío en ti.

Candice asiente repetidas veces, emocionada.

-Gracias, Mina. Tienes razón. Iré a danza. Tengo que superarlo.

Con eso dicho, con una excusa mal pronunciada me permití salir de ese cuarto, para hallar a Harrold con un vaso de zumo de manzana y una galleta de limón en cada mano, mientras aquel otro hombre de ojos claros le hablaba sobre viejos partidos de fútbol en los que había participado. Los dos parecían muy alegres, pero tuve que interrumpir el encuentro.

-Ah, ¿vamos?

Harrold se despidió amablemente, y me siguió. Otra vez en aquel curioso calor otoñal, por segunda vez volví con calma mis pasos hacia la escuela. Candice iría a danza. Candice participaría del gran baile que daríamos en el Lastega, y, por lo tanto, ya podría yo tranquila recibir mi solo, mi oportunidad de brillar. De pronto el día se me hizo muy alegre, esplendoroso, y pude olvidar a Teresa, a Nueva Gabul, a la oscuridad y a todos los dolores que siempre me acompañaban, incluso al siempre presente peligro del asesino. Lo estaba logrando, estaba abriendo mi sendero por mis propios medios, comenzaba a crearme de a poco un lugar en el mundo, entre las personas, bajo la luz. En todo eso me regocije mientras veía mis pies, con una sonrisa queda, deleitándome, sintiéndome capaz de obtenerlo todo. Harrold avanzaba a mi lado silbando despreocupado.

Su silbido se interrumpió y me miró, entretenido.

-Ah, olvidé decirlo- se inclinó hacia mi oído, y su voz se redujo a un susurro, que me hizo estremecer- Si ganamos el partido, creo que te confesaré algo.

Y luego adelantó su marcha, saludándome con una mano, y se perdió dentro de los territorios de la escuela.

LXXXVIII

No tuve mucho tiempo para pensar en qué querría confesarme Harrold pues el resto de la semana tuvimos que dedicarnos de lleno a enfrentar la oleada de exámenes: el de Matemática con sus números y problemas - desempeño: notable- el de Filosofía -desempeño: cuestionable-, la temible prueba de Biología -desempeño: quiero llorar- y, el viernes, de Química en la última hora con el profesor Enedras.

-Entreguen sus hojas, alumnos. Casi se acaba el papel de mi baño.

Así que todos esos días, ahora disfrutando de la relajación de un merecido fin de semana, los recuerdo con la imagen de estar agazapada en mi banco, con Janet a mi lado intercambiando cada tanto susurros en busca de respuestas, mi muñeca doliendo y el rasgar de la lapicera sobre el papel, mi letra intentando mantener su prolijidad a lo largo de mi rebuscada respuesta, el sumar números al borde de una hoja, el salir y charlar con Matt sobre lo que creímos que hicimos bien y mal y comparar nuestras respuestas, Sophie Brauer, la bohemia de mi curso, llorando tras entregar una hoja en blanco, Marco Sartore siendo consultado por todos unos minutos antes de que el profesor de turno entre al aula, la profesora Eleanor, de economía, golpeando a Elias con su libreta cuando los murmullos de él rogando a Matt por la respuesta cinco se hicieron demasiado obvios, estudiar en la noche, cabeceando por el sueño, estudiar en el salón de los juegos y luego echarnos una partida, dejar que Kari nos haga preguntas a ambos con diligencia, robándonos una porción del postre que Norbert cocinó por cada respuesta incorrecta, ver a Larry pálido, nervioso, Zaq sonriendo quedo, y también, claro, el silencio del profesorado en torno a la ausencia del profesor Julián Hauswhite.

Porque desde que lo de Trish había ocurrido, ni ella ni Julián habían vuelto a presentarse al colegio.

Su desaparición no era un misterio para nadie, pero sí resultaba un problema para mí. En esa semana, entre exámen y exámen, me sentía frustrada por no poder ayudar a Kain, quien tranquilo me leía sus libros, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, tratándome de un modo que yo no podía del todo entender. ¿Acaso él, de algún modo, correspondía mis sentimientos? Esa era la pregunta que me hice durante toda la semana, y que ahora, acostada en mi cama viendo la oscuridad tras la ventana vuelvo a hacerme. Kain está siempre a una pared de distancia. Podría verlo ahora, ver sus ojos, ver la sutil sonrisa que pocas veces se forma en sus labios, podría hacerlo reír o dejarlo que me anime, pero antes, pero antes...

Tras mi pecho, mi corazón da retumbos que parecen sacudirme. Kain. Un fantasma. Pero me gusta.

Y mi poder, ahora, no lo deja salir del Palacio.

Pero me gusta.

Y yo, quisiera verlo, quisiera hablar con él de lo que sea. Sé que él me necesita. ¿Pero cómo admitir, que tal vez su asesino se escapó de mí? No sé en dónde vive Julián Hauswhite. Como Mina, antes de que terminaran las clases, busqué información hablando con el presidente de mi curso, pero Frederick Cable no pudo decirme nada. Los profesores dejan sus teléfonos, pero no sus direcciones a los alumnos. Eso es normal. Si voy a averiguar en dónde vive Julián, rastrear evidencia de sus posibles crímenes, tendré que arriesgarme.

Se me ocurre una idea.

El lunes, la que es mi sexta semana de clases da inicio. Ya he superado la primera prueba, la del encuentro, la de las nuevas caras y amistades, y lo he conseguido bien: tengo ahora algo que puedo llamar amigas, aunque no sea la más querida entre ellas, y soy invitada a las juntadas que hacen luego de las clases de educación física, y soy mencionada en ocasiones, no muchas, tal vez, pero tampoco en eso soy muy distinta a mis compañeros más tímidos, como lo son Ezequiel, Cecile o lo fue Trish mientras estaba con nosotros.

La gran noticia de esta semana es que Candice Messel termina su luto, y regresa a la vida escolar. Hubo lágrimas, abrazos, y consuelos de parte de todo el mundo en cuanto la vieron bajarse del coche de su tío. Las chicas que hacían danza con ella fueron a saludarla en la entrada, estrechándola en un mar de brazos que me hizo alegrarme de no ser Mina en ese momento. Alumnos de cursos superiores también le sonrieron, sabiendo su historia. Los profesores, más considerados, simulaban que nada había cambiado pero, en el caso de la profesora Duana, se mostraron solícitos para con la alumna que regresaba. Y yo, observando desde las sombras, me percaté de que Candice no se hallaba muy cómoda: se distraía de las charlas que hacían sus amigas, se mantuvo cabizbaja durante toda la hora de Literatura, en el comedor apenas probó bocado del abundante guiso de Gustav y su sonrisa ante las bromas que se sucedieron para animarla fue forzada y débil. ¿Pero por qué debía importarme eso? Candice me había hecho una promesa, y esperaba que la cumpliera. Lo gracioso, desde luego, era que Candice no recordaba a quién le había hecho esa promesa. Cuando Augustine Blanc, una de sus amigas, le preguntó qué le había dado el valor para volver, su rostro experimentó una confusión de lo más extraña. Mina no existía. Ninguna promesa la había atado en este mundo, y, sin embargo, debía de saber que lo de Julián se había solucionado, y que debía venir. Yo sonreí ante el caos de su mente. Este era el poder del Palacio, el poder de influir desde un sitio desconocido.

Las únicas dos personas que no se mostraron felices de ver regresar a Candice fueron mis amigas, Janet y Sally. Pero no se debía a que no la toleraran, sino más bien a que otro pensamiento les estorbaba el alivio. Trish aún no había vuelto. En sus miradas ensombrecidas, malhumoradas cuando la profesora mencionó el nombre de Teresa tomando lista noté que habían creído que ella volvería, que les daría explicaciones, que se atrevería a decirles lo que había sucedido con Julián. Pero por suerte para mí, nada de eso ocurrió.

En el primer recreo, Janet estalló.

-¡Esa estúpida! ¡Esa estúpida!

-Nos mintió...- murmuró Sally.

-¿Probaste llamarla?

-No me atendió, no sé qué le ocurre.

Muy cómoda, yo masticaba un bocadillo de mermelada que había comprado en la cantina. Me limpié las migajas de la boca con la manga de mi buzo y propuse.

-¿Qué tal si la visitan?

-Teresa vive muy lejos- negó Janet- Más allá de los bordes del pueblo.

Por supuesto, a aquello yo ya lo sabía.

-Oh, señor- las coletas de Sally Gacy se balancearon espesas mientras movía la cabeza- No quiero creerlo. Pensé que éramos sus amigas.

-Lo somos- le dijo Janet, resuelta- Quizás nos ocultó lo que le pasaba, pero aún somos amigas. Mañana mismo hablaré con ella. Voy a llamarla hasta que no pueda evitar atenderme. ¡Ya verá, qué se piensa!

Al siguiente día, mientras yo disfrutaba de otro bocadillo -este era de manzana- Janet nos contó su experiencia.

-Desconectó el teléfono.

-¡La muy maldita!- chilló Sally.

Hubiera estado en un éxtasis de que todo hubiera funcionado tan perfectamente, pero ese día me hallaba agotada. El anterior, claro, había

tenido danza; la clase más movida de todas hasta ahora. En la traffic, como Mina Harvnes, encabecé el coro de chicas que felicitaron a Candice por venir. Como la otra vez, Alice permaneció callada, de seguro destilando envidia mientras perdía su mirada por la ventanilla. Veronique DuMarque rebozaba de felicidad. Se abanicaba inútilmente con un folleto de Visgana, alardeando, mencionando todos los importantes centros culturales que existían allí a quienes querían oírla y a Gerardo, quien conducía diligente, absuelto de tener que replicar por su mudez.

Cuando por fin llegamos al salón, antes de ir a los vestuarios, Veronique DuMarque aplaudió varias veces, emocionada, y nos habló a todas.

-Chicas, ayer mismo hablé con Laurence. Nos esperará allí; mientras tanto, me dijo que repasáramos los pasos por nuestra cuenta. Estaremos dejando el pueblo a mediados de junio, antes de que caigan las peores nieves. Hay más que debo decirles, ¡estoy tan feliz! Pero ahora sería bueno que nos concentremos. ¡Vamos, vamos, a cambiarse! Es un buen día para mover el cuerpo.

Al principio me hallé de acuerdo, aunque para el final de la clase, cuando ya por los ventanales se veía el desolado vado oscurecido por la tarde, tuve que retractarme un poco. Veronique fue tan brutal con nosotras como lo era como profesora de gimnasia. Y el tema de la danza era complicado: por un lado, todavía me costaba adaptar mi cuerpo al conocimiento que las demás tenían –y no era yo quien danzaba, sino que algo más, algo me poseía y me dejaba fluir- y por el otro, Mina Harvnes había bailado incontables veces la obra creada por aquel tal Laurence, una adaptación a danza de una ópera de Mozart, pero yo, Liseth Aurdelard, aún dentro de su cuerpo no tenía la más mínima experiencia y desconocía del todo la secuencia. DuMarque pareció tentada de quitarme el solo por eso, pero cedió al ver mis esfuerzos.

-Mina, Mina- me decía- Quiero que bailes tan bien como en el primer día. ¡Vamos a ir paso por paso! No nos olvidemos de nada.

Junto a Alice, éramos las dos a quienes más prestaba atención. El resto, incluida Candice, formaban el grueso del espectáculo, y por eso se permitieron no sentirse presionadas por la insistencia de la profesora. Pero entre gritos, correcciones, manos esqueléticas corrigiendo mi postura, el gesto contrariado de Alice al ver un error mío, mi furia, el estirarme, la presencia oscura que me dominaba cuando por fin me desataba y lo conseguía; entre todas esas cosas, por primera vez el ir a danza fue un calvario que disfruté a la fuerza.

En los vestuarios, a la salida, Candice seguía cabizbaja. Se había equivocado varias veces, pero DuMarque había hecho ojos ciegos a esos errores y yo calculaba que los haría por el resto de la semana. Tal vez quería que le hablara, pero la ignoré.

-¡Alice, mi Alice!- sonreía Anna ya vestida, abrazando a su amiga. Alice parecía disgustada- ¡Vas a ser tan hermosa! ¡Tan hermosa!

Creí ver una marca violácea, algo extraño bajo el corpiño de la diva de San Naerit antes de que ella se abotonara la camisa. Pero fue tan fugaz que apenas pude prestarle atención.

Luego, en la traffic, Veronique DuMarque repartió un fajo de invitaciones a cada una de nosotras.

-Hablé con Henry, chicas, sobre lo que vamos a hacer, y se mostró muy comprensivo. Me dijo que somos el tipo de demostración de San Naerit debería hacerle al resto del mundo. ¡Oh, estos días han sido tan buenos...!

Bajó su tono, al percatarse de que Candice oía, y tosió corrigiéndose.

-Como decía... Tal vez el director mismo venga a vernos alguno de estos días. Y no sólo eso, sino que me sugirió que realizáramos una fiesta de presentación. Ya saben, invitar a las amigas, a su familia, a cualquier novio que quiera acompañarlas- guiñó un ojo, y varias de sus alumnas rieron- Quien no pueda ir a Visgana en invierno, de seguro podrá asistir a la fiesta. ¡Va a ser divertido! Gustav mismo dijo que nos hará la comida, ¿no es así, Gerardo? Creo que es una buena oportunidad, niñas. Así que, ya saben. Sería bueno que empiecen por invitar a sus padres.

Y esta vez decididamente calló, porque Candice se tapaba el rostro. Por suerte para la comodidad de aquel viaje, ninguna la vio y no hubo necesidad de consolarla.

Ya de noche, en el centro donde el transporte me había dejado, examiné las invitaciones hechas a mano y me pregunté a quién podría entregárselas. Eran un peligro. No cruzaba en mi mente ni por poco la idea de hablar con los familiares de Mina. Su duelo debía postergarse. Norbert, Matt y Kari eran las opciones que realmente me interesaban, pero invitarlos a la fiesta de una chica de sexto con la que supuestamente yo no me hablaba -y cuya existencia se intercambiaba con la mía- me parecía un despropósito. Entonces se me ocurrió qué, en realidad, bien podría invitar a Matt si lo quería. Sólo tenía que hacer las cosas a mi modo.

A mi modo también estaba por hacer las cosas esa noche, fatigada, cuando salté la reja del instituto con algo más de elegancia que la primera vez y atravesé la ventana que siempre me encargaba se mantuviera abierta, mi atajo a la seguridad opaca de la escuela. Quería completar la idea que se me había ocurrido el domingo, el cómo averiguar la dirección de Julián sin necesidad de visitar casa por casa San Naerit. Esta idea era simple: si bien los profesores no estaban obligados a dar su dirección a los alumnos, sin duda sí lo estaban para con la dirección. La oficina de la vicerrectora debía de tener las respuestas.

Así que como Mina fui, apoyándome en las paredes y a paso ligero, sin temer a las sombras ni a la ceguera. Me había acostumbrado ya al silencio aplastante de los pasillos, tan diferente al ruido que solía haber cuando el alumnado corría en los recreos. Al rato conseguí localizar las escaleras que conducían al despacho.

Sólo me animé a encender la linterna una vez subí los peldaños. Tenía miedo de que cualquier mínimo destello pudiera llamar la atención de alguien si se escapaba por la ventana. La linterna en cuestión era diminuta, de plástico y rosada; la había tomado del cajón de Kari durante una de nuestras charlas sin que ella lo notara, y más que alumbrar su utilidad parecía ser la de ser un adorno para lapiceras. Pero me serviría para leer.

No había puertas hacia la oficina de la vicerrectora. Alumbré los asientos en donde los alumnos esperaban para ser castigados; continué como una exploradora que se adentra a un viejo templo y mi luz relumbró al pasar por la siguiente puerta, la que conducía al espacio del rector Ashadd. Tragué saliva, intentando ignorarla. No pensaba entrar allí.

El escritorio de su secretaria estaba perfectamente ordenado. Abrí el cajón principal: hallé mentas, goma de borrar y algunos documentos que no parecían importantes. Ninguna foto de familia, ni un dibujo, en absoluto algo que fuera personal. La vicerrectora debía de ser una mujer muy ocupada,

pensé. Tomé una de las mentas, dominada por un antojo que no pude impedir y me la llevé a la boca mientras probaba suerte en los otros cajones.

Abrochadores, documentos de propiedad, una carta de un profesor por asuntos de trabajo, cartas de recomendación, expedientes con informes de los alumnos, largas listas de nombres. Busqué el mío entre todos ellos. Alguien lo había encerrado en un círculo rojo. También busqué el de Mina, pero no había allí nada notable. Supuse que se debía a que yo era una nueva estudiante. Todavía debían de quedar cosas con respecto a mi ingreso que Norbert debiera arreglar.

El escritorio no tenía nada. Apresurada por el temor pasé entonces mi linterna de un modo caótico, buscando alguna otra cosa. Hallé un fichero de chapa en una de las esquinas. Bingo. Allí tiré del primero de los cajones, que largo me empujó al primer esfuerzo. Había en su interior una infinidad de carpetas.

Pasé una por una bajo la luz de la pequeña linterna. Las solapas rezaban distintos nombres: Robert Sone, Gladis Pérez, Sasha Klenn. Reconocí el último; se trataba de un profesor de Mina. Aquella sección debía ser de los de sexto, entonces...

Dos cajones más abajo abrí, convencida de que hallaría lo que buscaba. Frank Herbert, Duana Gallis, Rogel Enedras. Sí, estos eran los míos. Pero antes de poder ver el nombre de Julián, se sintió un ruido a mi espalda.

La puerta del despacho del director se abrió.

Mi corazón dio un salto y quedó en mi garganta. Mis manos se aflojaron y dejaron de oprimir el interruptor de mi linterna, y todo fue negro. La pared que daba a su oficina estaba a mi izquierda. La puerta abierta debía de estar frente a mí. Pero no se oía ruido alguno. ¿Había sido el viento? ¡Imposible! La ventana debía estar cerrada. Entonces, ¿qué era?

Contuve el aliento, tanteando la alfombra. Temía encender la pequeña linterna y ver algo terrible, sola, completamente sola entre toda esa oscuridad. El silencio no me tranquilizaba, estaba segura, convencida de que frente a mí había una presencia, algo que me observaba, que esperaba.

Un resoplido a poca distancia me lo confirmó.

Me tapé la boca para ahogar un gemido de horror. Retrocedí cuanto pude. Algo similar a pesados pasos, como los de una bestia, rasgaron la alfombra. Sentí un miedo que me desvanecía, mis sentidos se volvieron una alarma confusa. ¿Era esto un ataque? ¿Estaba por sufrir un ataque?

Por primera vez, rogué que aquello fuera cierto.

Lo que sea que estaba conmigo pareció volverse. Vi algo enorme moverse en cuatro patas, negro contra el negro, algo más denso que el vacío. Con un clic, la puerta del director volvió a cerrarse.

No perdí el tiempo en pensar si aquello había sido una trampa o no. Corrí a los tropezones, golpeándome, tan rápido podía fuera del alcance de esa cosa. El mundo retumbaba a mi alrededor. Di tumbos bajando las escaleras, derrapé y me perdí dentro del baño. Mi urgencia era tal que la Puerta Roja se apareció sin que tuviera que tocar superficie alguna. Allí me metí y la cerré, segura. Nunca más usaría a la escuela como escondite.

Esa noche Kain no pudo sonsacarme qué me tenía temblando tanto al dormir, pues en modo alguno le quería admitir lo que había visto. No era posible que existiera un monstruo en la escuela, ¿verdad? Y menos que menos

quería que él me considerara una demente. Así que al cambiar de vuelta a mi cuerpo sólo le dije que había quedado fatigada por danza.

Mi martes de clases dio inicio -Kain tuvo la amabilidad de despertarme, y yo la humillación de comprobar que un hilo de saliva resbalaba de mi boca al dormir- y lo primero que descubrí fue que, en mi miedo, había abierto la Puerta Roja en el baño; pero el de varones. Me cubrí la cara y salí corriendo cuando el alumno en el urinal se giró para verme con una exclamación. Rogaba que no fuera de quinto año. O que no fuera hablador. Limitada por los eventos de la última noche, durante toda la hora de geografía mi mente sólo pudo fantasear formas de impedirle hablar a ese muchacho si lo peor ocurría.

Al siguiente turno, además de Trish, comprobamos que otra vez Julián había faltado. Algunos compañeros como Irrauldi o Elias se hallaban felices, porque significaba una hora libre en la que sin aviso se nos permitía distendernos siempre y cuando nos limitáramos al espacio del aula. Algunos decían que Julián había renunciado, pero yo no lo creía. Todos, en mayor o menor medida, comentaban lo que se decía sobre el profesor y Teresa, guardándose de que Janet y Sally los oyeran. Pero luego incluso hasta ellas dos participaron en esas conversaciones, alegando no saber nada. Y así, pensé entonces yo, Teresa quedaba fuera del juego.

El miércoles no teníamos literatura, pero Matt no perdió el tiempo y preguntó a los de tercero si el profesor había faltado. La respuesta fue afirmativa. En el comedor, sentados los de siempre, charlamos sobre aquello.

-Chicos... ¿Qué pasa si le ocurrió algo?

Rita parecía temer. Varias de las miradas se clavaron un poco más allá, en donde Candice comía con sus amigas. Aún se la veía deprimida.

-Lo que le ocurrió es que no respetó el límite de edad- rio Elias llevándose un bastoncito de pescado a la boca- Aunque Teresa era bastante linda si se lo proponía. No me sorprende que...

-Ten más respeto- lo fulminó David con la mirada.

-Disculpa, olvidé que te gustaba.

Pareció que por primera vez David quería golpearlo.

-Sospecho que el profesor se está tomando unas buenas vacaciones- dijo Matt.- Mucho por las notas de nuestro exámen.

-Ah...- a su lado, Ezequiel hizo esfuerzos para hablar- Creo que... Entregó las notas...

-¿Cómo sabes eso?

El pelirrojo hundió su cabeza cerca de su plato.

-Porque visitó a mi abuelo. Y reprobé.

Elias le dio unas palmadas, y Cecile hizo un gesto budista de apaciguamiento.

-¿Sabes mi nota?- inquirió Sally.

El resto de la charla viró en torno a lo que cada uno de nosotros creía se había sacado. Y aunque preocupada porque Julián continuaba fuera de mi alcance, me alegré de ver que ninguna de mis amigas había reaccionado con más que ligero pesar al comentario de Elias. Para ellas, Trish las había traicionado.

El jueves y el viernes tuvimos tiempo de comprobar si nuestras suposiciones eran correctas, pues todos los profesores -inclusive aquellos cuyas materias no cursábamos en esos días- nos hicieron saber nuestras calificaciones. Me fue sorprendentemente mejor de lo que esperaba,

incluyendo la tercera nota más alta de todas en economía, por detrás de los sabihondos Marco y Lara. La profesora parecía admirada. En las demás – aprobada en literatura y química, aprobada en matemática, raspando con lo justo en biología- al menos tenía el consuelo de saber que había obtenido el mínimo requerido. Las notas de Matt eran una inversa de las mías, pero ambos coincidimos en que habernos ayudado mutuamente nos había servido. Ese viernes, cuando todo acabó, tomé algo del dinero que mi padre me había dado y lo usé para salir a celebrar con los demás. Volvimos tarde, dando la larga caminata; Norbert nos esperó disfrazando su preocupación a través de una cena en la que puso todo su empeño. Invitó a Helen a comer, y la enfermera se mostró tan esquiva como siempre. Pero se me ocurrió que cada tanto, entre risotada y chiste de Norbert, sus ojos me observaban con timidez.

Así pues, victoriosa me hallo ahora, un sábado cualquiera, en la mesa del comedor compitiendo en un juego de mesa contra Kari. Arriba, en su habitación, Matt escucha música, y Wilhelm se halla en su cuarto del sótano como siempre.

-Tira- me dice Kari, y yo hago lo mío. Avanzo mi ficha dos casilleros.

-Veintidós- lee ella la tapa del juego- Tu personaje tomó un camino incorrecto, ¡ja!

-Lee el resto.

-...pero resulta ser un atajo. Avanza diez casilleros y no juegues por un turno, ¿es esto una broma?

Me río, y muevo mi ficha pasando a la de ella. Impaciente, Kari toma de vuelta los dados y tira, pero como siempre estos salen despedidos contra el suelo. La puerta de entrada los barre al abrirse, y allí llega Norbert, protegido del frío de afuera por su gruesa campera y excitado quitándose el gorro. Sostiene un papel en las manos.

-¡Kari! ¡Liseth! Hoy pasé por el correo, y me dieron muy buenas noticias... ¡Johan me contestó!

Kari aplaude, olvidando los dados. Yo también escucho, interesada sobre lo que tenga para decir sobre Kain. Norbert ni se quita los guantes para romper el papel de la carta, como un niño excitado en navidad. Lee con voz temblorosa.

-“*Antes que nada, quiero que veas que grandes están las abejas en...*”
¡Oh, una foto! Kari, toma. Pásasela a Liseth. Matt, ¿estás arriba?- grita, para llamarlo, pero la música del cuarto no deja escuchar- Oh bueno, después la leerá. Mira, allí trabaja Johan. Hm, a ver... Siempre me cuenta de sus cosas, cómo va la empresa. Parece que los negocios marchan bien. ¡Debí haberlo imaginado!

Vuelve a reír, y sus ojillos continúan leyendo en silencio. Parece demasiado emocionado como para hacerlo en voz alta, pero nosotras esperamos. La foto que Kari me pasa muestra a una abeja peluda, sobre una flor. Tiene bastante calidad.

-“...y sigue con lo de la serpiente”- lee Norbert el final de alguna anécdota y estalla en carcajadas- ¡Oh, qué fantástico!

Con más seriedad continúa el resto del papel, salteando palabras.

-Lo siento, Lis, pero parece que se ha olvidado de tu pregunta. No menciona a ningún Kain.

-¿Kain?- me mira Kari.

-No es nada- murmuro yo.

Norbert lanza un gemido de sorpresa. Ambas lo miramos, salvándome de más interrogantes.

-¡Esto es tan raro!- se sacude su padre el cabello enrulado, encantado- Me había dicho que iba a estar ocupado, pero las cosas deben de haber cambiado. ¡Escucha, Kari! Johan dice que volverá a San Naerit para el invierno. ¡Que está muy ansioso por vernos! ¿Cuándo ha venido antes para esa fecha?

Su risa de felicidad resuena por el espacio del comedor, y en mí, algo distante, algo hundido me grita el eco de un peligro, de una avalancha que no alcanzo a comprender.

-¡Es como un milagro!

LXXXIX

Pasa toda una semana, sin que nada cambie. La clase de Literatura se pasa entre charlas y bostezos, el asiento al lado de Sally permanece desocupado. Gustav se esmera particularmente con la comida, alcanzando su cima con las albóndigas con salsa que disfrutamos en el recreo del miércoles. Alice esquiva mi mirada, y Harrold sonrío al verme. Frederick habla de las cosas en las que podré ayudarlo el próximo jueves; en otro mundo, Kain espera mi visita relejendo historias de viejos detectives, y en casa, habiendo superado ya los primeros exámenes, yo tengo más tiempo para perder con Matt y Kari: usamos la consola, juegos de mesa, charlamos y damos paseos sin alejarnos demasiado del camino. Cada tanto Mikhail, Jessica y Alex pasan a cenar, casi siempre trayendo algún conejo, un pollo, algo para que Norbert se chupe los dedos. A él lo veo muy feliz desde que recibió la confirmación de que Johan vendría. Sobre Johan, como siempre, un aura de misterio vela. Wilhelm no contestó palabra alguna cuando su padre emocionado le contó la noticia, aunque Matt sí pareció estar contento. Helen parecía ya haberlo sabido. Debo admitir que me daba algo de curiosidad.

Quien no parecía feliz, ni en clases ni en danza, era Candice Messel. En las primeras se las pasaba pálida en su banco, con la mirada perdida en alguna otra cosa. En realidad, no me interesaba a mí que asistiera al colegio mientras fuera a danza, pero temía que de perder una cosa perdería las dos. Y en danza, sus movimientos parecían haber perdido cierta gracia. Pero ninguna dijo nada.

Cierta vez que milagrosamente fui al lavabo sin intenciones de entrar al palacio la encontré limpiándose el rostro bañado en lágrimas. Como Liseth Aurdelard, jamás había intercambiado una sola palabra con ella. Candice apenas me miró, y yo simplemente salí y regresé a donde el resto me esperaba.

Al otro día me acerqué a ella como Mina. Le pregunté sobre sus cosas ante la vista de todos, sumando puntos para mí en la escala del colegio. Alice seguía perdiendo. Candice me dijo estar bien, y entonces se me ocurrió una idea.

-¿Por qué no invitas a tu curso a la fiesta? Estoy segura de que querrían apoyarte.

Primero congelada, su cara pareció deformarse y luego asintió.

El viernes todos teníamos sobre el banco una de las invitaciones dibujadas por DuMarque. Con eso hecho, me permití utilizar las mías para hacer lo mismo con mis compañeros de sexto. Anna me cedió las que tenía, mientras que Alice dijo haber tirado las suyas. Casi todo el mundo prometió asistir: no sólo por nuestra popularidad y lo que la oportunidad representaba, sino, probablemente, porque la fiesta se realizaba en el Salón Adal, una de las propiedades de la familia Ashadd y también uno de los sitios más elegantes de todo el pueblo. Existía la seguridad de que el director no escatimaría recursos para impresionar a su gente.

El sábado es el día señalado.

Simulando una casualidad, me levanto más temprano de costumbre, y para no perder el tiempo luego de una ducha caliente me visto. Por la ventana se ve un día gris y triste, de esos fines de semana que son esculpidos para pasarlos en cama. Pero no tengo esa libertad, así que me encargo de estar abrigada para enfrentar el exterior.

Cuando bajo Matt está bebiendo su café a los apurones, ya vestido con la remera del equipo del instituto, azul con líneas rojas y negras. Me siento frente a él y unto mermelada en una de las tostadas.

-¿En cuánto sales?

-Si papá no se demora, en veinte minutos.

Doy un mordisco, y trago. Matt me sirve jugo de naranja.

-¿Puedo acompañarlos?

Su mano da un temblequeo, pero su rostro se ilumina.

-Pero claro.

Norbert tampoco tiene problema, sorprendiéndose de que planee alentar. Eso debe ser porque sabe que Thomas nunca fue muy amigo de jugar fútbol, y menos aun de verlo. Le digo que a mí si me divierte. No es del todo una mentira; en realidad, tampoco sé si me aburre.

Dejamos a Kari durmiendo y marchamos en el Twingo camino abajo. El estadio no está muy lejos del instituto, así que el trayecto es muy similar. Matt está en el asiento del acompañante; por una vez, no mira la ventanilla sino al frente. Debe de hallarse nervioso, aunque le cueste admitirlo. Norbert golpea con sus dedos el volante y canta al ritmo de sus artistas de country, y yo, segura de miradas por la privacidad del asiento trasero, observo las casas pasar sin un pensamiento fijo.

Hay algunos pocos autos en el estacionamiento. No me parece que un partido que se dé entre dos equipos escolares vaya a tener mucha concurrencia.

Norbert hace una seña a su hijo.

-Tú adelántate, Matt. Estaremos en las gradas.

-Quiébralos- le digo.

Matt sonrío, y se junta con otros muchachos del equipo. Alto, en la distancia, puedo ver a Harrold saludarlo con un apretón de manos. Rickert y

León también están ahí, y las camisetas quedan holgadas en el primero y a punto de estallar en el segundo. Hay también todo otro montón de personas que desconozco. Gabriel Altamirano, uno de los de mi curso, también parece ser parte del equipo.

-¿Vamos?- me dice Norbert, y yo lo sigo. Apenas miro de reojo a los que hablan. Bajo mi abrigo, mi piel se eriza por una ventisca helada. El estadio no sería impresionante en la capital de algún país del primer mundo, pero en San Naerit, tal como el Instituto, queda bastante grande. Hay pasto bien regado, y hay arcos presentables, además de las tribunas en donde todos nos colocamos. La gran mayoría son familiares, pero también veo a algunos curiosos que rondaron y que no tienen algo mejor que hacer un sábado tan temprano. Veo a algunas chicas de tercero, seguramente allí para alentar a Harrold. Mientras Norbert saca de su bolsillo un paquete de maní con chocolate, pienso que debería cambiar a Mina y competirles. Pero se me ocurre que quiero alentar a Matt al menos un poco.

Sobre nuestras cabezas suena un trueno. De seguro lloverá, pero a los chicos de San Naerit no parece importarles. Rachett los junta a todos, y las gruesas venas de su cuello moviéndose como pistones mientras hace su discurso se ven perfectamente desde la tribuna. El otro equipo usa camisetas verdes. El árbitro es un viejo que se suele ver rondando en el pueblo, que sostiene su silbato como si fuera un tesoro. Norbert, sin prestar atención a nada en particular, se lleva puñado tras puñado de maní a la boca.

Después de la espera reglamentaria y el calentamiento, el juego da inicio. Harrold no pierde el tiempo, pasa a todos con una velocidad sobrenatural, y logra iniciar el ataque contra el campo contrario en el primer minuto. Las chicas de la grada de abajo me dejan sordas, pero su patada falla. A él no parece importarles.

-¡Deja algo, Harry!- le gritan sus amigos.

Como si los hubiera oído, en los siguientes intentos busca mostrar sus dotes de capitán, y el equipo comienza a brillar. Una falla de uno de ellos hace que el capitán del otro instituto tome la pelota. León, más que marcarlo, lo empuja contra el suelo. El árbitro cobra falta, y Rickert estalla en carcajadas. Los padres que han venido desde lejos no parecen nada satisfechos.

-Esos dos siempre son así- me comenta Norbert- ¿Quieres beber algo?

-Estoy bien.

Mis ojos siguen a Matt, que recupera el balón desde el mediocampo. Patea, y Harrold la recibe perfectamente. El rubio juega desenfadado. Realmente parece un juego para él: no hay, en sus movimientos, el temor a perder que el resto de los que pisan ese césped húmedo muestra. Hace un caño, pasa al siguiente, y amaga patear al arco. Pero a último momento se la pasa a Matt, quien evidentemente ya estaba preparado. Patea, y la pelota golpea la red.

-¡Gol!- grito, levantándome. Me tapo la boca y vuelvo a sentarme. Norbert sigue comiendo maní, pero sonrío. Abajo, Gabriel arroja a Matt al suelo en un abrazo de felicitación, y Harrold da unas palmadas en el aire.

El primer tiempo continúa. Rachett se limpia sudor, corriendo de un lado a otro. De verlo, uno se pensaría que sus muchachos se enfrentan a las ligas profesionales. Por varios minutos, ninguno de los equipos hace un gol. A mi alrededor los padres destapan bocaditos, y algunos dan gritos de aliento. El club de fans de Harrold no lo pierde de vista. Los botines se hunden en la

tierra, los arqueros gritan a los defensores. Hay un aire de expectación en todo el encuentro. También un par de intentos fallidos del capitán rival de asestar un gol y empatar la balanza del juego. Es evidente que la sonrisa de Harrold los irrita. No mucho más tarde sus jugadas se vuelven más agresivas, y los muchachos de San Naerit deben soportar algunas embestidas pasadas de mano. Esta vez es el turno de los padres locales de mostrarse en desacuerdo. Uno de los defensores con toda intención busca pisar la rodilla de Harrold, pero él esquivo su pie sin problemas. Se la pasa a Matt, pero se ciernen sobre él. Es una doble trampa, porque otro delantero la intercepta y patea. Dos a cero.

Saludo a Matt desde la distancia, y él levanta un pulgar. Norbert continúa comiendo. No debe de faltar demasiado para que el primer tiempo termine. Limpio las migajas del maní y me incorporo.

-Voy al baño.

-¿Sabes en dónde queda?

-Sí.

No lo sé, pero no tiene importancia. Simplemente escapo de la tribuna, y localizo un rincón que ya había visto antes, una parte donde la estructura se vuelve en sí, tal vez el inicio de algún cuarto de utilería.

De ese espacio no sale Liseth Aurdelard, sino Mina Harvnes, alisándose la pollera. Mientras vuelvo a la tribuna, pienso mucho en que debería comprarme nueva ropa. O quizás robarle más a Alice.

Me siento del otro lado, alejada de Norbert que sigue comiendo. El partido continúa, los ánimos están caldeados. Harrold da una orden y como si tuviera un sexto sentido se gira y me mira. Sonríe. Lo imito, y entonces una voz suena a mi lado.

-Ah, ah, ah.

Henry Ashadd está sentado a pocos metros de mí, con una pierna sobre la otra, observando el juego como un rey.

¿Cuándo...?

Los iris levemente rojizos se vuelven hacia mi persona, y me siento paralizada.

-¿Viniste a alentar?

Asiento lentamente. La mirada del director va más allá, a donde está Norbert. Parece muy divertido. No hay una sola arruga en su traje, ni un sólo cabello despeinado. Tampoco grita, ni come como los demás. Simplemente está. ¿Pero desde cuándo? ¿Cómo no lo vi? Varias miradas lo rozan cada tanto, interesadas, pero Ashadd, como yo, se ha alejado de todos. Podemos hablar sin que nadie nos escuche.

-¿Solucionaste las cosas con tu amiga?

Esta vez no replico, sino que vuelvo a asentir.

-Bien.- dice su voz. Sus ojos continúan clavados en el juego- Son muchachos prometedores, ¿no te parece?

-Creo que sí.

-El talento es una variable difícil de medir. En la mayoría se encuentra desperdiciado. ¿De qué sirve el talento sin voluntad?

»Mira a esos niños jugar. La mayoría de ellos bien preferiría estar haciendo otras cosas, pero los deseos de sus padres los obligan. Fingirán sentirse tristes en cuanto hayan perdido. A veces siento que debería arrebatarse a los pequeños de padres así, y enseñarles a *desear*.

-Eso... Eso suena algo extremo.

Su risa resuena, más joven de lo que esperaba. Vuelve a mirarme.

-Por supuesto, tú no tendrías que preocuparte. Conozco a tu abuela.-
otro resplandor en los ojos- He oído que hay mucho talento también en la clase de danza de la profesora DuMarque. ¿Me dirías que eso es cierto?

Dudo por unos minutos, y vuelvo a asentir. El perfil de Ashadd se dibuja enfocado en el partido.

-Entonces, tal vez podría visitarlas.

-Oí que pagó la fiesta... La fiesta que dará DuMarque.

-Un gasto ínfimo- sonrío- En donde haya talento y voluntad, no existe límite para los recursos. Esa es toda la verdad.

-¿Y qué ocurre con Mikhail Eder?

Su labio se curva en la comisura, pero no parece sorprendido.

-¿Mikhail? Creí que no lo conocías.

La sensación de que sabe perfectamente quien soy hace que no pierda el tiempo con excusas.

-Usted lo echó del instituto. Pero Mikhail es alguien talentoso, pregúntele a cualquiera.

“¿Estaba cubriendo a un asesino, director Ashadd?”

-La recomendación para echarlo fue hecha formalmente por el profesor Hauswhite, Mina. Considero que las habilidades de Mikhail ameritaban más que un simple grado de asistente. Creo que ahora trabaja en el hospital. ¿Lo sabías?

No respondo.

-Sin duda un muchacho con grandes intereses- su tono se volvió peligroso, y mi mente imaginó hormigas, ciempiés, escorpiones, todos cayendo desde la nada, contra él, contra el suelo, agujas ponzoñosas clavándose en mis dedos y en los demás expectadores- Quizás querrías saber qué motivó al profesor Hauswhite a hacerme una recomendación como esa. Podrías preguntarle tú misma.

-Él no...

-El profesor Julián Hauswhite vive solo, en medio de los acres de la zona sudoeste- recitó Ashadd- Tiene una vivienda bastante agradable, no muy lejos de la única estación de servicio del pueblo.

Algo en mí se detiene junto al frío y al tiempo. Esta vez el director se gira para verme con una mueca burlona.

-¿Era eso lo que buscabas en la oficina?

La estática grita en mi interior, y los contornos de mi vista se difuminan. Creo saber que los espectadores se han convertido en esculturas de muecas perversas, y el cielo es rojo. Me echo hacia atrás, cubriéndome los ojos, conteniendo los temblores. Un ataque. Pero estaré bien. Cierro las flacas rodillas de Mina con sus brazos, me junto en una esfera y presiono mi rostro lo más que puedo. Estaré bien. Algo terrible grita en el cielo. Estaré bien, debo estar bien.

El silbato del árbitro suena, y la oscuridad retrocede. El primer tiempo ha terminado con un dos a cero a favor del equipo de San Naerit.

Henry Ashadd ya no se encuentra a mi lado.

En el entretiempo, Harrold salió de la cancha, se paseó entre la muchedumbre y entregó invitaciones, para promocionar la fiesta de Veronique DuMarque. Los padres las tomaron encantados con su sonrisa desenfadada. No había ni una perla de sudor en su rostro, cuanto mucho, para el horror de sus rivales parecía más descansado que nunca.

Dejó mi zona para el último. Cuando me vio guiñó un ojo.

-¿Qué tal?

-Bastante bien- sonreí. Pero no fue una sonrisa muy convincente; pues el encuentro con el director seguía resonando en mí. Tenía la dirección de Julián. El director sabía que había estado buscándola. ¿Era posible que él...?

Era un pensamiento que me costaba completar.

-No íbamos a permitirnos perder mientras nos mirabas- rio Harrold. El árbitro dio el pitido para continuar el juego- Ah bueno, no hay mucho tiempo. ¡Deséanos suerte!

Se perdió abajo con los demás. Parecían animados. Si no se descuidaban, era un partido que ya habían ganado. El equipo rival parecía considerar lo mismo, a juzgar por el pesimismo en sus caras.

Desde el primer pase, el capitán cambió su juego a uno muy agresivo, intentando atravesar las defensas para asestar un gol que devolviera la moral a los suyos. Tuvo éxito en el primer intento; logró pasar a León Goretto, dejó al resto atrás y consiguió un punto ante los gritos de quienes estaban en la tribuna, padres que celebraban con cierta ira por el apuro de venir a un pueblito tan desolado a perder y madres que celebraban más bien por compromiso, porque nunca habían entendido mucho del juego. Para la confusión de todos, Harrold también aplaudió. Luego llamó a Matt, y a otro chico más, y acordó algo entre ellos.

De allí en adelante los rivales no tuvieron una sola oportunidad de contraatacar. Cuarenta minutos después, el marcador iba seis a uno a favor de San Naerit. Las patadas de los contrarios eran de tristeza. Hasta Rachett parecía haberse calmado, y varios en la tribuna charlaban dando por terminado el encuentro. Mis ojos continuaron clavados en los muchachos, en sus piernas al correr, en el pasto y de vez en cuando en el cielo, que se cargaba con destellos. No debía faltar demasiado. Pronto iba a llover.

El único consuelo de los visitantes fue el impedir el último intento de gol, tras lo cual el silbato resonó. Había sido una masacre. Harrold estalló en carcajadas, y varios se lanzaron para abrazarlo. El capitán contrario arrojó un puñado de tierra con furia. La derrota era absoluta.

Vi que más allá Norbert sacudía lo último de su bolsa con maní, y consideré que debía apurarme. No me sentía con ánimos de volver caminando bajo la lluvia; había mucho en lo que pensar. Tomando valor, salté los peldaños

de la tribuna y pisé el pasto, me asomé al inicio de ese escenario. Estaba segura de que al menos las chicas de tercero me miraban con envidia. Harrold me llamó a la distancia. El frío y el viento borraban el olor a sudor.

-¡Oh, qué buena porrista!- dijo Rickert al verme. Otros aplaudieron. Matt estaba más allá, tomando agua de su botella. Parecía fatigado pero feliz.

Me volví hacia el capitán, que sonreía.

-Bastante bien- dije, inclinándome. El hecho de que las demás pudieran verme lo hacía todo mejor. Le contarían a Alice.- Son mejores de lo que esperaba.

-Hacemos lo que podemos- respondió él.

Dudó. De seguro quería decirme algo, pero se trabó y yo aproveché para ver en la tribuna. Norbert ya se levantaba, dándole el pulgar a Matt. Los muchachos comerían entre ellos para celebrar la primera victoria del año.

-Será mejor que me vaya- dije.

-¡Quédate, ven con nosotros!

León reía, y raspaba el cabello de otro de los defensores. Ni necesité replicar.

-¿Te veré en clases?- preguntó Harrold.

-Claro.

Con aquello me sentí liberada. Su confesión, fuera lo que fuera, tendría que venir después. Ya tenía con Ashadd suficientes cosas de las que preocuparme.

Al pasar al lado de Matt me detuve, y él me miró de reojo, el cabello oscuro pegado por el sudor, los ojos verdes con un tono ceniciento que reflejaba las nubes de arriba. No se sonrojó, ni desvió la mirada. Sonreí.

-Jugaste muy bien.

Él asintió.

-Gracias.

Pero por primera vez algo en su interior y en su respuesta me pareció vacío, y por ello titubeé antes de irme. No tenía tiempo. Realicé el cambio a escondidas, arriesgándome a que las muchas familias que abandonaban el estadio se percataran de la Puerta, y volví a ser Liseth, corriendo hacia Norbert justo cuando este dejaba las instalaciones en dirección al aparcamiento. Pareció sorprenderse de verme.

-¡Liseth! ¿En dónde te metiste?

No podía sacarme la mirada de Matt de mi mente.

-Fui al baño.

-¿Ah sí?- sonrió él. Noté entonces que el baño estaba en la otra dirección, pero Norbert no me hizo más preguntas.

Una leve llovizna cosquilleó nuestros rostros en el camino hacia el auto. Al subirme, la calidez de adentro me reconfortó. Abroché el cinturón mientras él hacía funcionar el motor. Bruce No-Sé-Qué comenzó a sonar, pero Norbert lo apagó al instante. Para cuando dejamos las primeras cuadras y al estadio atrás, la llovizna ya se había convertido en una lluvia torrencial, que creaba transparencias difusas en el vidrio delantero y carreras de gotas en las ventanillas. Yo miraba distraída las calles inundadas, el mural húmedo de mi escuela, las hojas sucias que las gotas golpeaban con fuerza. Matt volvía a mi mente una y otra vez; algo en su voz, algo en la calma de su rostro, algo en sus palabras. A mi lado, manipulando el volante mientras ascendíamos por el camino despavimentado, Norbert pronunció.

-Matt.

Lo miré, atrapada. Los ojos le brillaban.

-Gracias, Liseth. Que hayas ido... Estoy seguro de que significa mucho para él. Aunque no vaya a decírtelo.

Algo de calor fue a mis mejillas, pero miré al otro lado. Y decidí pensar en lo que haría ahora que sabía en dónde vivía el profesor Julián.

XCI

En mi indecisión, una semana más transcurre.

Y no es que me culpe, pues más me convendría dejar mi visita a Julián para el próximo descanso; por lo tanto, simplemente dejo que la normalidad de mis días se perpetúe, como si cada evento fuera una repetición inescapable, una prisión en la que a gusto me he enfundado; una estructura, formada de lluvias golpeando mi ventana, formada por el aroma del café y el sonido de los cereales en un bol, formada por el parloteo de Kari y las trivias de Norbert, por la mirada de Matt y los ladridos de Waldorf al pasear; y la escuela, mis amigas, pensamientos oscuros y danza, Alice, Harrold, Frederick y sus deberes, Ashadd observando a su reino desde el ventanal de su estudio, tierra bajo mis uñas, páginas de textos pasando una tras otra, pilas de libros sobre una mesa de mármol ante un perfecto atardecer, pesadillas, una voz, un aleteo que se intercala a la luz, noches en vela, y los eternos sonidos de abajo, la muñeca rota, en mi mesada, queda y quebrada contra la pared, también ciega.

Todo eso, pienso en esos días, me ha llegado a gustar.

La ausencia de Julián ya se comenta entre los profesores, también la de Teresa. Preguntan a Sally y a Janet qué le ocurre, pero ninguna de ellas sabe qué responder. No cuento a Kain nada de esto; si bien estoy segura de que quiere repetir la experiencia, de momento no lo dejo ver a través de mí.

En danza, la práctica se pone más encarnizada. Debo aprenderme de memoria mis pasos. DuMarque, siempre tan impetuosa, me corrigió un centenar de veces y hasta gritó en exasperación. Pero a la salida terminó por felicitarme.

Si tuviera otro sitio en donde bailar...

-¿Otro sitio?- había ladeado Kain la cabeza, interesado. -¿Qué necesitaría?

Yo estaba con la cabeza sobre los antebrazos, mirando el paisaje del balcón.

-Música, supongo.

-¿Cómo dices que se llama tu parte?

Me esfuerzo en recordar.

-Der... Der Hall...

-¿Der Holle Rache?

Lo miro.

-Sí.

-Pero eso es de una ópera.

-Creo que el que armó el baile la ha adaptado. Más importante, ¿recordaste algo?

Kain sólo asintió a medias. Él ya me había dicho que teníamos una conexión, pero en ese momento la sentí más fuerte que nunca, perforándome el cerebro. Me ocultaba algo, y se le había ocurrido una idea.

Bien, eso hacía dos de nosotros.

El miércoles, además de la consabida visita de Helen, Alex vino con un propósito diferente. Se ofreció a llevarnos a todos a comer en su casa, donde Jessica había hecho pasta. Aunque la boca de Norbert se deshacía en agua, prefirió no venir para no estorbar. Elias se sumó también en el viaje, y todos los que habíamos estado en la fogata -más Mikhail- volvimos a reunirnos, charlar, reír, comentar los sucesos y contar historias en otro ambiente mucho menos natural: el calor de un apartamento modesto. Fue como si un ciclo cerrara en mi interior, y en mi historia de San Naerit: ahora, por primera vez, me sentía del todo aceptada en ese grupo; no amada, pero sí de seguro incluida. Y más allá de todos mis planes, y de todas mis ambiciones, y de todos los dolores que siempre me habían atravesado, ese sólo hecho me conmovió. Por fin tenía un lugar.

Al siguiente día, sin embargo, continué con los planes. Era el día en que como Mina debía ayudar a Frederick Cable en sus funciones como presidente estudiantil. Cuando me vio, el alumno prodigio depositó una caja con un montón de cuadernos en mis brazos.

-Llévalos a Horace, para que revise. Son las cosas perdidas del año pasado.

Obedecí aquello, y regresé. Frederick se apoyaba la punta de una lapicera en el mentón.

-Recaudamos bastante para las inscripciones del viaje educativo. La próxima semana hablaré con la compañía. El director nos prometió un descuento con Travel Snow. Normalmente guardo lo que juntamos dentro del armario del curso. ¿Podrías ayudarme a recontarlo?

Los números se me daban, así que preferí esa tarea. Lo pronuncié en voz alta y Frederick asintió satisfecho. Ya eran más de las dos de la tarde.

-Hey.

El presidente seguía sumido en sus propios papeles.

-¿Hm?

-¿Todos los cursos tienen recaudación?

Se rascó el puente de la nariz y asintió, distraído en su tarea.

-Sí. Aunque no tanta como la nuestra y los de tercero.

-¿Siempre se guarda en los armarios?

Asintió.

-Los delegados guardan las llaves. En muchos casos no es mucho dinero, pero mejor es cuidarse. Ya hemos visto que sí hay criminalidad en este pueblo.

No sabía si se refería a la relación ilícita que él atribuía a Julián, o al asesinato que yo atribuía a Julián. Probablemente a ambas.

-¿Y cuándo se elegirá a los delegados?

-¡Oh!- pareció recordarlo- Pido disculpas. Muchas cosas encima. Toma.

Rebuscó entre una caja y sacó varias listas, como las que había visto yo en la oficina de la vicerrectora. Me las fue tendiendo una por una.

-Primer año. Segundo año. Tercero y cuarto. Quinto año. ¿Podrías hacerme el favor de revisar curso por curso para elegir a los representantes?

-¿Revisar?

-Habla con ellos, y pon un círculo en los nombres. Si consideras necesaria una votación, adelante pues. Pero en la mayoría de los casos la clase ya tiene bien claro quién quiere que sea su delegado.

Asentí. Claro.

-Desde luego. ¿Cuánto tiempo hay?

-Normalmente mucho, pero preferiría que nos apresuráramos. Con tantas cosas y esta nueva fiesta de ustedes viniendo tan temprano, tener a alguien que facilite la coordinación con los demás años nos sería muy útil.

Estaba dicho entonces. Guardé las listas en mi mochila, prometiendo encargarme del asunto cuanto antes. Por supuesto que me encargaría. Me encargaría de aprovecharlo. Lo que tenía que pensar era un modo disimulado de hacerlo. Esa sería una tarea para cuando el evento principal -mi visita a la casa de Julián- concluyera.

Cinco minutos después, me despedía de Frederick Cable y caminaba hacia la casa de los Weigler, sintiéndome agotada. Nunca me habían sobrado las energías.

El viernes, un día antes del día elegido, tuve una pesadilla horrible.

Me había acostado al regresar de clases, para disfrutar de una leve siesta. No era una costumbre arraigada en mí, pero entre la escuela, danza, el hacer de asistente de Cable y los exámenes, en mi cuerpo había quedado un cansancio del cual no me podía deshacer. Los ojos se me cerraban solos, y me hundía. Recuerdo haberme sentido muy relajada, en la promesa de un sueño reparador. Pero tan alegre era esa promesa, tan dulce el descanso que me ofrecía que algo en mi interior tuvo por cierto que me esperaba un futuro terrible. Cuando por fin mi consciencia se fundió del todo, me hallé ciega. No dormida, ni consciente a medias, ciega. Y me hallaba en un sitio en el cual cuatro voces distantes, terribles, chillaban y susurraban a mi alrededor.

Una voz, una carcajada insana se relamió.

-¡Matar! ¡Voy a matar! ¡Quiero matar!

Una segunda presencia permaneció en silencio. Pero sentí su respiración silbante, enfermiza rezar. No podía moverme.

La tercera voz dio un gruñido reptil.

-*Alguien está aquí.*

Supe que había una cuarta presencia observándolo todo. Los murmullos se continuaron, ya indefinibles, apenas audibles. La sensación de que me hallaba en un grave peligro me invadió, pero no podía ver, ni gritar, ni moverme. Estaba librada a que esos cuatro seres me encontraran, en esa dimensión sin tiempo ni espacio.

Sentí pasos, pasos juguetones como los de una muñeca, dados con la precisión de un reloj.

Se acercaba.

Algo me tapó los ojos desde atrás, y entonces desperté.

Ha llegado por fin el día.

Como es domingo, debí elegir una coartada para alejarme de casa; fuera Norbert y sus hijos, o fuera aquella abuela que mencionan, siendo Mina o Liseth el desaparecer de la nada durante la noche causaría una preocupación que terminaría por dañar mi reputación, así que necesitaba una excusa. En este caso, simplemente conseguí que Sally Gacy me invitara a su casa a dormir.

No fue para nada difícil: desde la ausencia de Trish, tanto ella como Janet se comportaban mucho más simpáticas conmigo. Norbert se ofreció a llevarme, a lo que no repliqué. No hizo ningún comentario durante el viaje al centro, aunque se lo notaba contento. De seguro Thomas le había comentado sobre mi ausencia de amistades en Nueva Gabul.

Era bien entrada la tarde cuando llegué. La casa de Sally era la única peluquería del pueblo: ella me abrió directamente, y pude observar los cómodos sillones en donde su madre trabajaba. Había viejas revistas de moda sobre una mesada, que imaginé eran las que designaban el gusto de Sally al vestirse. Su madre en cuestión se presentó no mucho después: parecía la versión madura de ella y era bastante linda. Una punzada de envidia que no pude entender me atravesó. El padre claramente perdía el cabello, y se mostró muy amigable. Me decía Lizbeth, y, abochornada, su hija lo corregía, pero sospeché que él sabía muy bien que se equivocaba y sólo quería probar mi carácter. No mostré reacción alguna.

Cenamos - y luego Sally y yo partimos a su habitación, en el piso de arriba. La idea era que me quedara a dormir y de allí fuera a la escuela: había traído ropa para cambiarme, cepillo de dientes y hasta almohada. Sally sacó de su armario un gran álbum de fotos y se pasó tediosas horas mostrándomelo. Pude ver a Trish de pequeña, a ella usando frenos, a sus padres llevándola en auto. Parecía bastante feliz. Mientras las veía, y comentábamos otras cosas -a Sally le gustaba Harrold, odiaba a Arthur Irrauldi, de nuestro curso, y, juzgando por su habitación, su color favorito era el naranja- otro sentido de mi interior buscaba una oportunidad, la forma en la cual fugarme. La voz de Ashadd repetía en mi cabeza una y otra vez la dirección de Julián, de la cual ya me había cerciorado en el mapa. No había en la casa ningún sitio para poner la Puerta Roja sin que lo descubrieran, y peor aún, aparecer como Mina iba a crear una confusión terrible. Necesitaba salir.

-¡Y aquí tenía cinco años!- relató Sally en un momento, emocionada- Mira, Lis, mira. ¿No soy adorable?

-Un poco.

-De seguro tú eras adorable a esa edad. Ah... ¿Te sientes bien?

Sin quererlo, estaba pálida. Pensé que era la oportunidad.

-Necesito un poco de aire.

-¡Haberlo dicho! Ven, les avisaré a mis padres. Demos una vuelta.

La segunda parte de mi idea debía ser el cómo quitarme a Sally de encima en esa vuelta. Caminando las dos en la oscuridad del centro, la luz de siempre en el bar de siempre encendió en mí la lámpara de una ocurrencia.

Dirigí nuestros pasos hacia los jóvenes que bebían, que ni nos dirigieron mirada. Alex tardó en divisarme, y me saludó dando un trago de su cerveza.

-Liseth. ¿Todo bien?

Asentí.

-¿Lo conoces?- me dijo Sally.- Qué grande.

-Es un amigo. Hm, ¿quieres tomar algo?

Ella aplaudió.

-¡Qué buena idea! ¿Cuántos años tiene?

-¿Eh?

-Ese de...

-Ya tiene novia.

-¡Lo sabía!

El silencioso dueño nos reconoció, pero esta vez se vio de buen humor y hasta nos regaló un plato con maníes para que acompañáramos el refresco. Luego de un rato de charla -después de todo, me interesaba soldar mi amistad con Sally y mi lugar dentro del trío-, hice la jugada que los anales de la historia denominarán *El Movimiento Liseth*.

-Tengo que ir al baño.

-Está bien. De paso te corres y me dejas ver a tu amigo. ¿Cómo se llamaba?

-Babosa.

-Sé que no soy la única.

Sonreí, y caminé hacia el baño como si pensara regresar. Es decir, como caminaría cualquier persona. Excepto que si lo forzaba, tal vez mis pasos no eran tan naturales.

Dentro del Balcón me pareció sorprender a Kain, pues cuando me vio hizo un gesto poco convincente. Me pregunté de nuevo qué me estaría ocultando, pero no quise pensar en eso ahora. Se venía para mí un momento de dificultad. Algo en el sol de la tarde me pareció levemente oscuro, como si en el otro mundo por fin la noche hubiera regresado, y como siguiendo a esa oscuridad, las enredaderas que me envolvieron pasándome al cuerpo de Mina parecieron perezosas, somnolientas. Pero aunque mi poder estuviera así, yo me sentía muy despierta.

Dejé el Palacio cuando ya era la medianoche. Sally se había terminado su bebida y vuelto hasta su casa, seguramente confundida sobre el qué la había llevado hasta ese lugar. Una vez todo pasara, cuando la reencontrara en la escuela, esperaba que el Palacio creara buenas memorias sobre nuestra noche juntas.

Salí del bar, sólo con el mapa y la pequeña linterna de Kari en mano. La idea es simplemente aproximarme a la casa de Julián, fijarme si diviso algo fuera de lo común. Muy en el fondo no espero que ocurra particularidad

alguna. Pero debo sacrificar algún tiempo en esto, o me sentiré culpable con Kain.

Las direcciones del director habían sido sencillas: los acres de la zona sudeste, y cerca de la única estación donde se podía conseguir gas en el pueblo. No era muy específico, pero, hacía días, un vistazo del mapa me había quitado toda duda: la zona era un intermedio entre la ruta inicial -por donde estaba el almacén de la familia de Elias- y el terreno elevado en donde se encontraban las viejas casas de Ezequiel, Candice y los Weigler. En resumen, resultaba que Julián había vivido cerca de donde se cometieron los crímenes todo este tiempo. Pero faltaba precisión en esas indicaciones, y por lo tanto más bien yo había marcado varios puntos en mi hoja, pequeños círculos rojos de posibles caminos para tomar por entre los árboles.

A decir verdad, me siento mucho menos valiente ahora, caminando sola en la noche por el desolado pueblo sin más protección que un juguete y un papel, pero no pienso retroceder. Tan sólo es echar un vistazo, y luego regresar a la seguridad de algún hogar, del Palacio. Mientras me muevo, mi mente se halla sensible a cada mínimo movimiento, a la brisa nocturna que mueve el reticente follaje de los árboles, al cantar de los grillos en un coro que se vuelve casi insoportable, a las pequeñas sombras que, por disposición de la luna llena, del viento o del terreno cambian y me provocan el voltearme repentinamente, temiendo que alguna de ellas se convierta en una garra, en un rostro, en algo más.

Pero nada de eso ocurre, y al rato lo más poblado de San Naerit queda atrás. El pavimento se acaba en cuanto tomo lo que calculo debe ser un atajo, pisando pasto seco de otoño, pequeñas espinas que se prenden de mis medias y de los cordones de las zapatillas que por fuerza elegí para esta tarea -y al menos, puedo agradecer a Mina el no haberse muerto usando tacos- quedando de momento a campo abierto, expuesta a cualquier mirada, una figura flaca que avanza con mal equilibrio tanteando las irregularidades que la hierba amarilla esconde con su altura.

Poco después logro superar aquel terreno, y en la lejanía veo la línea de una valla. Para no equivocarme, doy la cuarentava mirada a mi mapa. No puedo calcularlo bien, pero creo que me acerco. A este punto, todo mi alrededor se halla sumido en un silencio que de tan profundo parece pesar sobre las cosas, sobre los pocos arbustos espinosos y sobre lo que las sombras tapan, sobre el cielo y los pequeños insectos que ya se mantienen callados, avisándome del peligro adelante.

Pienso que el río no debe estar muy lejos. Su rumor se apaga en el pozo de quietud que es la noche, pero los árboles se hallan a la vista, altos, juiciosos bajo las estrellas y es la humedad de esas aguas la que los alimenta. Pinos largos se levantan como torres, balanceándose levemente mientras me esfuerzo por no jadear, cruzando con cuidado la siguiente valla. La elasticidad de este cuerpo no impide que una de las púas del alambre se enganche en mi media, raspándome y rompiéndola. Una vez superado aquello me encojo sobre mí misma y toco el corte: arde, pero no hay sangre. Resisto la urgencia de insultar o quejarme y sigo avanzando. Ya no hay casas; sólo un desolado sendero de tierra que limita el avance del bosque. Pero debe de ser por aquí. Julián vive entre toda esta noche.

Mis pasos levantan tierra, pero camino ya segura de que nadie va a verme. Aquí no hay un alma. Varios minutos después, cuando comienzo a creer

que me he equivocado y que me estoy alejando demasiado, llego a ver la entrada. La señala un rústico letrero de madera, que apunta a donde el camino se hunde entre los árboles fundiéndose del todo con la oscuridad.

Antes de entrar a esa cueva natural, respiro muy hondo. No es que tenga miedo, si bien me hallo muy alerta. Tampoco es que esté preocupada. Pero soy consciente de que estoy sola, y de que lo que hago podría ser peligroso. Mis dedos juegan con la linterna llavero, indecisa de si prenderla o no mientras me decido a ingresar. Al primer tropezón me decido: dentro de la arboleda hay cientos de ramas que emergen desde la tierra, y que son un peligro para quien avance sin ver. Sólo espero que esta luz no sea muy llamativa. Podría haber animales, cerdos salvajes o lobos, osos como los que Norbert y Alex han mencionado cada tanto en sus relatos.

Si eso ocurriera, ¿qué misterio habría? La gente sentiría pesar por la muerte de Mina Harvnes, alumna estrella del Instituto de San Naerit y de la Academia de Danza de DuMarque. En cuanto a Liseth Aurdelard, ni siquiera mi padre me extrañaría. El pensarlo me hace temblar: Thomas, Norbert, Matt y Kari, todos, siguiendo sus vidas sin mí, sin una lágrima, sin una mínima consideración. El peor de los olvidos, la peor de las oscuridades. Será mejor que me cuide.

Justo cuando pienso eso, llego a verla y apago la interna. *Agradable* es después de todo una buena palabra para describir la vivienda del profesor Julián Hauswhite, aunque también hay algo de tétrico en ella, así como en todas las casas de esta parte del pueblo. Creo que lo tétrico viene de la quietud y el silencio, de la forma en la que la luz de la luna brilla sobre paredes desnudas, blancas, y las ventanas cerradas, promesas de horrores interiores a los que nadie se atrevería a espiar.

Nadie, excepto, claro, yo misma.

Controlo mis pasos, las suelas hundiéndoseme en la tierra regada por las pasadas lluvias. Aunque no hay basura, hay una sensación de desorden y caos rondando por alrededor. Julián debe de estar adentro, pero no hay una sola luz encendida. Debe de ser la una. ¿Tan pronto se acuesta?

Por el costado, a gachas, asomo por la primera de las ventanas. La persiana está baja, sin espacio por el cual pueda espiar. Pero la siguiente no tiene la misma suerte, y mis ojos se pueden adentrar a la privacidad de la morada. Distingo una cocina como cualquier otra. Hay una pava sobre la hornalla, y una mesa pegada a la pared, para dos personas. Pero sólo hay una silla. Julián vive solo. También distingo una cesta de mimbre sobre esa mesa, con imitaciones plásticas de frutas: uvas, naranjas y manzanas que en la oscuridad se hacen indistinguibles de sus versiones reales. Echo un vistazo general, y continúo bordeando la casa. La fachada es vidrio cubierto por gruesas cortinas. Un poco más allá veo la entrada, y estacionado, el Volvo que maneja Julián se encuentra cerca de un viejo pozo, uno de los muchos que hay, ruinas del sistema de cañerías que trae el agua desde el río al pueblo. Se me ocurre que un pozo es un muy buen lugar para ocultar evidencia. Lo veré en un rato. Ahora, con intentar escudriñar a través del velo de las cortinas...

La luz del interior se enciende. Separado por el vidrio, a menos de dos metros Julián se haya de pie, observando.

Ahogo un grito y me giro justo a tiempo. Maldición. Maldición. Controlo mi respiración, regreso bordeando la casa para evitar exponerme ante las

cortinas que se abren. ¿Me oyó? ¿Pudo oírme? Tal vez deba huir. O sería mejor esperar y luego...

Con varios chasquidos, la puerta de la casa se abre. Una línea amarilla corta la oscuridad como una espada, girando, tanteando tal la luz de un faro. Es una linterna pesada, como aquellas que llevaba Alex, que Julián manipula con una mano mientras sale a buscarme. Está vestido con una vieja camisa y pantalones. Su cabello está revuelto. La mirada parece perturbada mientras observa su propiedad.

Me cubro la boca, espantada. El sudor resbala por mi frente. Los pasos de Julián son más silencio, pasos suaves, pasos calculados. Su voz acuchilla la noche, clara.

-Te vi.

Solas, mis piernas rompen a correr. Pero no sigo el camino, sabiendo que así me atraparía, sino que me pierdo por los árboles. Con el halo dorado de su linterna persiguiéndome, Julián Hauswhite me da caza. Sus lentes se hacen dos cuadrados blancos, sobrecogedores mientras avanza. Tropezco contra unas ramas, doy mi cara contra el suelo, escupo saliva oscurecida por la sangre. Apenas puedo ver, pero no quiero encender mi linterna. Los pasos de Julián quiebran pequeñas ramas, se acerca, su conocimiento de los lindes de su hogar se adelanta a cualquier carrera que yo pueda hacer. Sin más opciones, me echo contra uno de los árboles. No soy de rezar plegarias, pero ahora mismo pido la protección de cualquier dios, de cualquier criatura que pueda cuidarme.

Los pasos se detienen. Julián está prácticamente a mi lado, alumbrando al frente. Apenas veo su perfil elegante, el cabello ondulado cayendo por su nuca hasta el pecho en una coleta. Otra vez vuelve a hablar.

-¿Creías que no sabría que vendrías?

Mis dientes castañean. Pero escucho.

-Sé muy bien a qué juegas- dice él- No pienses que puedes amenazarme.

Necesito salir, necesito huir de aquí. Con sólo un movimiento, quedaré atrapada. Siento cosquilleos: tierra, hojas, gusanos que se arrastran entre mis piernas. Pero Julián permanece quieto como una estatua, y sólo su voz resuena.

-Quiero que lo tengas claro. Por lo que hiciste con esa joven... Voy a atraparte. De mí no podrás escapar.

La linterna se apaga.

Sus pasos se van alejando. Siento una necesidad casi insoportable de aliviar la vejiga, producto del horror. ¿Había dicho lo que yo había oído? ¿Realmente Julián...?

Lentamente, paso por paso, mi rostro se desencaja.

Echo a correr, ya sin importarme nada. Necesito un sitio seguro, necesito regresar al palacio. Tropezco otra vez, me rompo una uña contra una piedra, lágrimas calientes se juntan en los lindes de mis ojos. Estoy temblando, mientras corro. Julián, ¡Julián! En el fondo, todo este tiempo, todo este tiempo había creído que... ¡Julián era una excusa!

"¡Era una excusa, Liseth!"

No sentía que fuera el asesino, no era más que un modo de... de...

"Querías retener a Kain."

-¡No!

Voces gritan en mis oídos, alaridos, lamentos que vienen desde el follaje y de la noche. El ulular de un búho, el deslizarse de cascarudos que caen contra los troncos, las alas y chillidos de los murciélagos que sobrevuelan las copas de los árboles. ¡No, no, no! Pero Julián, después de todo... ¡Julián realmente era el asesino!

Quiero gritar por ayuda, pero mis propios brazos me obligan a callar. Siento mis párpados caer, pesados, iguales a las persianas que no dejaban resquicio alguno. Tropiezo otra vez, confundida entre las visiones de mi pánico. Esta vez vomito, vomito algo oscuro y me levanto débil, tanteando, llorando a través de esos ojos que ya son como huecos, pozos sin fondo que comen toda la luz. “¡Ayuda!” grito, pero nadie me oye porque mi boca no se ha movido. Toco troncos, toco tierra, toco rostros burlones que mordisquean mis dedos, las magulladuras y la piel tersa de Mina. Corro sin pensarlo, lastimándome más y más, hiriéndome contra la agresiva naturaleza de los árboles y del terreno. Mis manos golpean una superficie rugosa, sólida. Cemento.

Desesperada tanteo. Es una vieja pared, una de esas construcciones cerca de los caños que llevan el agua. Puedo entender eso, a través de los gritos, a través del terror y de el no poder ver. Invoco la Puerta. Entraré en medio de un ataque. Kain me verá.

Paso, tropiezo al interior del palacio.

-¡Kain! ¡Kain!

Nada me responde. Mi vista se recupera; pero parece que fuese noche, parece que el atardecer hubiera por fin cedido, y campanas, retumbes imposibles lo sacuden todo, un Canto, una voz de ópera que llora, lejos, muy lejos.

-¡Kain! ¡Por favor...!

Las enredaderas me sujetan, me meten en sí mismas, en su juego insistente de cambios. Vuelvo a caer, confundida, pero mi cuerpo ya no duele. Soy Liseth. El ataque sigue, siento mis ojos parpadear intermitentemente como las luces de un cartel de neón. Kain no está. Ha desaparecido.

-¡Ayúdame!

Golpeo contra la barandilla que da al abismo. El canto, esa voz de estática sigue tronando, llamándome. La cabeza está a punto de estallarme. Me tambaleo, tropiezo con la silla y caigo al suelo. Hecha un ovillo lloro, miserable. Mi rodilla sangra. Mis ojos sangran. La oscuridad me sigue envolviendo.

-Pst.

Una voz.

-¿Kain?

Levanto la cabeza a duras penas. El sonido proviene de una puerta abierta. Es la primera vez que veo a esa puerta abierta.

-Kain, ¿eres tú?

No debo entrar ahí, me digo.

¡Está abierta!

No debo entrar ahí. Sé que no debo.

¡Está abierta!

¿Dónde está Kain? ¿A dónde se fue?

¡Está ABIERTA!

Sola, corro y atravieso la Puerta Naranja.

XCIII

Voy a contar ahora los eventos que transcurrieron, en cuanto crucé ese umbral. Sin embargo, sé que no va a haber palabras que les hagan justicia. Simplemente voy a intentarlo, por mí misma. Necesito intentarlo.

Cuando pasé la Puerta Naranja, presa del terror y del llanto, lo primero que ocurrió fue que recuperé mi cordura. Pero diría, más bien, que fue como si por primera vez tuviera total control dentro de un ataque. La oscuridad estaba conmigo, dentro de ese Palacio. Mi mano, en un acto reflejo, se tomó del borde que tenía detrás para no pasar del todo al otro lado. Mis sentidos volvieron a coordinarse, el miedo y las ganas de orinar se esfumaron. Había pasado una barrera. Una que no era mía. La voz que antes inundaba todo, lo que Kain antes había llamado el Canto y que era mi ceguera en el otro mundo, de aquello ya no quedaba nada. Lo que se veía era sólo un sitio amplio, similar a un museo desocupado, con grandes columnas de piedra y una fuente de agua clara, dentro de la cual dos formas nadaban de un modo que no se asemejaba al de ningún pez. Aquel debía de ser el sitio que Kain me había mencionado para bañarse, pero no existía en el mundo nada que me pudiera hacer atractivo el sumergirme dentro de esa agua.

Vi todo esto en unos segundos, y luego oí de nuevo el sonido.

-Pst.

Más allá, del otro lado de la piscina, una pequeña figura esperaba de pie. La oscuridad tapaba su rostro, pero supe que era una niña. Hacía un movimiento con la mano para que la siguiera.

Muy cercana a un ataque de nervios, sonreí. Esta era la tierra de los muertos.

-Disculpa, no puedo.

Y me di vuelta, satisfecha de no haberme equivocado más, de no haberme alejado más del umbral. Pero al hacerlo me percaté de que a mi espalda algo había cambiado: había dos entradas, no sólo una, y no tenía en absoluto claro por cual había pasado. Mi corazón dio un salto. Ambas, abiertas, mostraban el pacífico escenario del balcón, tal como lo había dejado.

¿La derecha, o la izquierda? Las formas que nadaban en el agua giraron entre sí, envolviéndose, y el líquido burbujeó. Presentí que había un peligro en esa monstruosidad, y decidí ir rápido por la derecha. Mi corazón se llenó de alivio al cruzar al balcón.

Las luces se apagaron.

-No. No. ¡No, no, no!

Volvieron a encenderse. Una pared interrumpió mi vista. Me hallaba en un pequeño cuarto sin puertas, y frente a mí, sobre una mesa, una figura con un velo negro esperaba inmóvil.

-¡No!- grité, y golpeé la pared en vano.- ¡Ayuda! ¡Alguien!

La figura permanecía callada.

-Tiene que ayudarme- le dije- ¡Ayúdeme! No pertenezco aquí. No quise venir aquí. Por favor...

Continuó quieta. Toqué su hombro y levantó su rostro hacia mí. Sólo recuerdo que sus rasgos estaban quemados, deformados entre sí junto a unos ojos amarillos. Creo que grité, y quise correr. El suelo se fundió. Resbalé por rincones que no podía sentir: vi máscaras obscenas, sentí risas, el tic tac de un reloj. ¡No, no, no! Esto no podía estar ocurriéndome. ¿Por qué había entrado? ¿Por qué había cruzado el umbral?

-¡Alguien, por favor!

Risas de niños sonaron en la distancia. Corrí por largos pasillos de madera, madera que crujía, y distintas puertas se abrieron a los costados. Vi a un niño y a una niña, inclinados mirando el suelo, el cabello rubio y el cabello cobrizo mientras murmuraban algo que no pude entender. Vi una sombra asomar una mano gigantesca contra el espacio de su puerta, vi a mil cosas moverse, abominaciones, ojos rojos encarnizados, carcajadas inhumanas en la distancia. Las risas de los niños se definieron. Cantaban.

¡Tracemos un círculo alrededor de la muñeca!

¡La muñeca baila, baila, baila!

¡Tracemos un círculo, y cantemos la canción!

¡El Titiritero se acerca, se acerca, se acerca!

Y todos reímos con la obra de los Cuatro

Y todos lloramos con el drama de su niña

¡Corre, corre, corre, muñeca!

¡El Titiritero viene por ti!

¡Oye sus pasos, oye sus pasos...!

¡Los muertos no tienen más que sus fracasos!

¡El Titiritero viene por ti!

¡El Titiritero viene por ti!

¡El Titiritero viene por ti!

La última oración hizo un eco que reverberó a lo largo del pasillo. Y al mismo tiempo, oí un sonido que parecía mecánico, intermitente, un golpeteo que mi mente aterrada tardó mucho en comprender era una risotada maníaca a mi espalda. Un paso calculado, seco, y luego otro. Sin pensarlo más, eché a correr con todas mis fuerzas. Más puertas se sucedían a mis costados, más escenas, más cantos. A mi espalda algo avanzaba, algo se retorció, ganando distancia, y reía. No quería ver qué era, qué nuevo espanto venía hacia mí desde los rincones de este más allá. Mi entorno se fue difuminando, moví mis piernas con la mente en blanco, la adrenalina poseyéndome del todo, y la oscuridad de ese pasaje cedió ante figuras de neón, maniquís, máscaras, piernas alargadas, de bailarina, mujeres sin rostros, atadas en cadenas que se retorcían en una danza única, señalando con la punta de sus zapatos a la cosa

que se aproximaba persiguiéndome con los movimientos de un juguete a cuerda.

No pude soportarlo más, sabiendo que iba a ser alcanzada. Me decidí, y embestí una de las puertas a mi derecha. Al pasar la cerré a mi espalda, y también cerré mis ojos, conteniendo la respiración, esperando.

Pero nada golpeó la madera, ni quiso entrar. Los cantos se habían silenciado, la risa se había silenciado.

Debía de estar a salvo.

Pero sabía que decir que estaba salvo era hablar de más. Estaba en el Palacio. Mientras abría los ojos y veía aquella pequeña habitación en la que me hallaba; los estantes con libros, las pieles sobre la madera y el techo de vigas, me maldije una y otra vez. ¿Por qué había cruzado esa Puerta? ¿Por qué no había resistido ese estúpido impulso? ¡Ahora estaba perdida! Mis piernas temblaban, por el esfuerzo y por el miedo, pero logré dominarlas y volver a estar sobre ellas. No. No podía rendirme, debía de existir algún modo con el cual yo pudiera dejar este sitio, volver a ser yo, volver a estar en mi cama, cenando con los Weigler, o charlando con mis compañeros de curso. Se me ocurrió de pronto una idea muy simple.

Me concentré, intentando evocarlo.

-Kain.

No hubo sonido alguno dentro de mi consciencia. Decidí intentarlo una vez más.

-Kain.

-¡LISETH!- gritó una voz horrible, llena de estática, sacudiéndome toda. No era Kain. Contuve las ganas de llorar y me tambaleé, aterrorizada. Algo de calor me invadió entonces. En aquel cuarto, en el refugio que había hallado a la locura del pasillo, un fuego ardía en la chimenea, y su energía se sentía reconfortándome la piel.

Viendo las llamas danzar, haciendo lo mejor para contener mis nervios y pensar, pensar un modo de salir, una solución, pensar en cómo desandar mi camino, terminé por percatarme de que no me hallaba a solas.

Estaba a mi izquierda. No sé cómo no lo había visto: quizás, porque el respaldar del sillón en donde estaba echado lo había tapado al entrar, pero ahora se lo veía del todo expuesto ante mis ojos, acostado, arrugado, un viejo lleno de manchas negras en el rostro, sus ojos cerrados, la boca murmurando constantemente algo en un susurro dormido. No dudé ni por un segundo de que se trataba de otro muerto, de otra aparición del Palacio. Guardé silencio, diciéndome a mí misma que debía tener valor. Era un viejo. Era también monstruoso mientras más lo veía, si: dientes puntiagudos asomaban bajo los labios temblantes, las manchas que crecían como hongos, los colgajos de piel de su cuello y otra cosa, algo que me costaba definir, de la forma en la que se había arrojado a su descanso. Pero por sobre todo, era un viejo. No debía asustarme.

"No debo asustarme" pensé.

El anciano seguía murmurando entre dientes.

-¿Señor?

No se detuvo, ni hizo amague de haberme escuchado. Su mano tenía uñas como garras, amarillentas y putrefactas. El índice se le movía a cada tanto, sacudido por espasmos dentro de sus murmuraciones.

-Señor, necesito que me ayude...

Nada. El silencio se volvió sofocante, el fuego crepitó silencioso entre ambos. Tomé coraje, y me acerqué para oír qué susurraba. La voz le salía muy baja, como un gruñido. De vez en cuando silbaba, dejando escapar el aire entre aquellos dientecillos puntiagudos como cuchillas. Los ojos seguían cerrados. Contuve el aliento, y puse mi oído cerca de su boca.

-...está vivo. El pequeño vive. El pequeño vive. Está vivo. El pequeño vive. Oh, dios, el pequeño vive. Vive. Él está vivo. El pequeño vive. Alguien debe hacer algo. El pequeño vive. El...

-Señor...

Sentí algo arrugado apoyarse en mis mejillas, hundir sus uñas contra mi piel. El miedo me paralizó, y no pude gritar. Se oyó un crujido espantoso cuando el anciano separó su cuerpo del asiento, la mitad de su cuerpo, la parte que no estaba en carne viva, chorreando sangre. Sus ojos seguían cerrados. Su aliento inundó mi rostro mientras gritaba.

-¡Está VIVO! ¡El pequeño está VIVO!

Sólo como reflejo me libré de sus garras, y grité. No necesité mucha fuerza para que me soltara, y caí de espaldas, cerca del fuego. El muerto se balanceaba, inestable, huesos, órganos, carne resbalando húmeda por detrás de su cráneo y su espalda, manchando su sillón y la pequeña manta sobre sus piernas. Continuaba susurrando sin importarle.

No pude oír más, presa del delirio. En cuatro patas, sin pensarlo, corrí para alejarme de esa visión. Había una segunda puerta, que llevaba a otra habitación. La crucé. Del otro lado la luz se consumió, y quedé en una penumbra fría, azulada. Apenas podía ver. El hueco por donde había entrado desapareció.

Sentí un sonido familiar, que conocía por innumerables visitas a los hospitales. Un pitido corto, aquel que hacen las máquinas que les ponen a los enfermos convalecientes, que trazó un punto en el silencio helado en el que me hallaba. Recuperándome a mí misma y a mi consciencia del terror, tanteé con las manos en busca de algo de lo que sujetarme. Toqué acero, y luego algo suave. Una cama, un camastro de hospital. Sostenida de eso pude ponerme de pie y allí mismo me detuve.

Por supuesto, había alguien acostado en esa cama. Las sábanas blancas lo tapaban del todo, pero notaba aun entre las penumbras el contorno de su cuerpo. Esta vez ya no pensaba acercar mi oído a su boca: en cualquier caso, razoné que no podían existir muertos en la tierra de los muertos. Una chispa en mi interior, adrenalina, la necesidad, una fuerza organizó mis pensamientos, para calmarme, para decirme qué hacer. Necesitaba salir de este infierno. Con cuidado para no perturbar, me separé de la cama del muerto.

Aquí la oscuridad era constante, pero mis ojos se acostumbraban rápido. Me di cuenta de que había más literas: decenas, cientos de camas ordenadas, todas ocupadas, todos sus ocupantes cubiertos hasta la cabeza, como visitantes de una morgue. Se hallaban en completo silencio, y sólo el pitido de una máquina que aquí no existía era la música bajo la cual dormían. Nada en mí quería ver qué había bajo esas sábanas.

Caminé, con cuidado de tocar algo. Pero sentía que no importara lo que hiciera, a diferencia del viejo aquellos muertos no reaccionarían. Eso no me daba ninguna seguridad. ¿Qué era esto? De alguna forma, sentía que me hallaba en un ataque de pánico, sólo que ahora por fin tenía consciencia de mí misma, como aquellos episodios de los que tanto había oído en los que mis

amigas recuperaban la voluntad dentro de sus sueños. Estaba aquí, y esto era la Oscuridad. Peor aún, estaba segura de estar en el territorio de los Cuatro Locos. Había algún tipo de voluntad en este lugar, se percibía que sus habitantes estaban siendo ordenados por alguien, y yo era una intrusa, una incorrecta, debía alejarme cuanto antes.

Si tan sólo Kain...

Pero Kain no iba a salvarme.

Me mordí los labios hasta que los sentí humedecerse con sangre. Más y más camas pasaban a mis costados, más bultos que esperaban sintiéndome caminar entre ellos. Un espectáculo horroroso. Una visión horrorosa, pero podía tolerarla. Sólo tenía que salir. Cruzar puertas, y salir. Hallar mi camino, y salir.

Sentí un golpe seco, del otro lado. Me torcí. A mi alrededor, los pechos de los acostados comenzaron a bajar y subir, contrayéndose, imitando respiración.

Más allá, vi un panel de vidrio, y detrás a una mujer de ojos lechosos y cabello oscuro, largo y lacio. Vestía de un modo antiguo, que me recordaba al de una monja, y traía una mascarilla cubriéndole la boca. Al respirar, un silbido escapaba de aquella tela.

Me miraba.

Fue como si todo el sonido desapareciera, y aquello me hizo perder el temple. Sin saber cómo, comprendí que era una de los Cuatro. Corrí. Los bultos bajo las sábanas se retorcieron en agonía. No podían levantarse. La mujer no me perseguía, pero desde donde se hallaba no había forma de evitar su mirada. El pitido dejó de sonar, volvió, se estiró hasta aturdirme. Pero sólo era silencio. Más, más camas. ¡Me seguía mirando! Y luego...

Caí otra vez, a una oscuridad todavía mucho más profunda.

Entonces estuve agazapada, en otra habitación, echada junto a un montón de cosas: cajas, juguetes, frascos, envases vacíos de sueros y almohadones. No sabía en dónde me hallaba, pero se asemejaba a un depósito abandonado. Tampoco podía moverme. Ni siquiera, ya, tenía miedo. Esa era la verdad, ya no temía. Pero tampoco había valor alguno en mí. Simplemente no podía pensar. Me hallaba aturrida, y no había fuerza que llevar a mis pies, o a mis manos, o a mi boca; sólo mis ojos escudriñaban, buscando nada, perdiéndose entre las formas negras que la oscuridad camuflaba. Una voz en mi interior me dijo que había alguien conmigo.

Alguien.

"Por supuesto que hay alguien" pensé, desesperada. De pronto, sin quererlo, las lágrimas comenzaron a caer. *"Nunca van a dejarme en paz."*

No, alguien.

"Un muerto. Uno de los Cuatro Locos."

Mira más allá de tu miedo.

Pero no podía. Y sin embargo, sabía que era cierto. Más allá de la cosa que estaba agazapada frente a mí, a poca distancia, un poco más lejos, veía a otra silueta, a una silueta que no estaba, que estaba a medias. Era un cuerpo, pero no podía distinguirlo. ¿Quién era?

Acaso, tal vez, otra persona como yo.

Un sonido gutural, profundo sonó en el centro del cuarto. Mis ojos volvieron, hacia la cosa que aguardaba a pocos metros de donde yo no podía moverme. A diferencia de la anterior, no podía distinguir nada de esa criatura,

pero también me convencí de que era uno de los Cuatro. Un ser fornido, que hacía un gruñido reptil, percatándose de que tenía visitas.

Simplemente no podía parar las lágrimas. No, apenas tenía miedo ya, y hasta pensaba en lo feliz que hubiera sido de que todo terminara. Todo. Supe que algo terrible iba a sucederme si continuaba allí. La figura del monstruo siguió gruñendo, ya sabiéndome en su territorio. Pero yo sólo quería salir. Salir.

“Kain. Kain, por favor, ¿me escuchas?”

No ese monstruo, sino la silueta que estaba echada sobre las cajas se sacudió.

Entonces llegó un instante en donde no vi nada, y volví a transportarme. Debió de durar minutos, tal vez horas. Caí, mis ropas revoleándose, caí por pozos sin fondo, cruzando canciones y risas, cruzando brindis de ahorcados y suicidas, choqué contra superficies que me rebotaron y oí música, vi a los niños con sus máscaras, a las bailarinas sin rostros que señalaban, vi grandes cadenas en el techo que sostenían jaulas, enormes jaulas en donde seres envueltos en pesar se balanceaban, en vano intentando salir, y por encima de todo aquello una gran telaraña de eslabones de acero, y la criatura que la reptaba reía, nunca clara, buscando con ojos hechos de sed en dónde me hallaba.

Y los pequeños seguían cantando.

“¡El Titiritero viene por ti!

¡El Titiritero viene por ti!”

Mi consciencia desfallecía. Las lágrimas flotaban, gruesos gotones que se elevaban ciegos entre las sombras. Los muertos temblaban, me buscaban, eran una corriente que me quería sofocar. Pero no luché, rendida ante su fuerza. Mi mente se fundió en un punto de luz, consumiéndose.

Luego era yo, en un pequeño apartamento. No era ninguno de los que Thomas había alquilado durante mi infancia, y sin embargo, no me pareció extraño. Desde la ventana abierta se veía una ciudad inmensa, bajo la noche, estrellas de oro y edificios que como lanzas atravesaban ese firmamento, el sonido de las bocinas y de quienes gritaban allí abajo. Estaba sentada, frente a una computadora. A mi lado había un baño. Del otro lado, el apartamento se continuaba, pero todo allí era oscuro y no pensaba entrar.

En mi pequeño rincón, debía estar segura.

Usé el teclado, aunque la pantalla era negra. Como en una pesadilla -y lo que todo eso fue, ciertamente, no es más que una larga pesadilla- presioné los botones, concentrada, hasta divertida y sin pensar. No miraba qué escribía. Nunca había escrito en una computadora antes. Afuera, los ruidos de la ciudad comenzaron a filtrarse, hasta que todo volvió a ser silencio. Era feliz escribiendo, porque tenía que decir algo.

Miré la pantalla.

Liseth. Liseth. Liseth. Liseth. Liseth. Liseth.

Sal.

No pude más que levantarme, sintiendo miedo otra vez, un miedo muy distinto al que había sentido antes. Era un terror difícil de definir, relacionado al tiempo, a la realidad, a que mi vida pudiera convertirse en esto, en estar aquí, por años, perdida, rodeada de sombras y delirio. ¿Hacía cuántas horas me hallaba en este apartamento? ¿Cuántos días?

-¡No! ¡Quiero salir! ¡Ayuda!

Oí una voz desde la negrura. No lo pensé más, y volví a perderme por allí. La computadora, la ventana, el suelo, todo pareció estallar en vidrio, su ilusión se fracturó y por fin entendí que había sido una trampa. Cuando esa imagen falsa se salió de mis ojos, me recibió un rostro plano, de ojos carmesí con pupilas aplastadas y cabello desgreñado, oscuro. Un monstruo colgaba de cabeza a un palmo de distancia.

-¿Saliste? ¡Saliste!

Reconocí su voz. En un sueño no muy lejano, la había oído rugiendo de ansias por asesinar.

Pude retroceder un paso, controlándome.

-¿Quién eres?

-¿Quién eres tú?- se relamió aquella criatura- *¡Justo como él! ¡Puedes salir! ¡Maldita puta, como me gustaría destrozarte!*

-Por favor, sólo quiero irme de aquí. No quiero estar en este mundo. Necesito que...

-¿No quieres?- dijo ese muerto, y se descolgó de su cadena. Sus manos tenían grandes garras, y se aproximaba balanceándose, encorvado- *Pequeñuela, él quería saber... Necesitaba saber quién eras, y ahora nos traes la respuesta. ¡Tú poseías a la otra chica! ¿No es así?*

En un principio no supe de qué hablaba, pero luego lo comprendí.

Mina.

-Yo no...

-*¡No quieras negarlo! Los Cuatro estábamos más que confundidos. Que la hubiera matado, y luego caminara como si nada... ¡Pero ahora estás aquí, y tu presencia nos lo explica todo! ¡Oh, estás aquí, y ya he oído tu nombre! ¡Liseth Aurdelard! ¡Liseth Aurdelard, te llamas!*

Pensé en rogar, pero supe que no serviría. Aquella criatura era uno de los Cuatro Locos. Me habían estado buscando.

Sus garras hicieron un tintineo, y dio un salto hacia mí. Grité, y el muerto estalló en carcajadas animales.

-*¡Liseth, voy a cortarte en trocitos! ¡Sería mejor que corrieras!*

Obedecí su consejo, recuperando mis energías, y eché a correr por la oscuridad. No tenía sentido de la dirección alguno en ese pozo. Mi atacante me persiguió dando saltos como una bestia, entre risotadas, mostrando sus dientes puntiagudos, su sonrisa negra, jugando con mi terror.

-*¡Corre, pequeña puta! ¡Corre! ¡Corre!*

Ya no me quedaban lágrimas. Como un tornado, el demente se lanzó y pasó a mi costado, y sus garras rozaron mi brazo, cortaron la manga de mi sudadera, lastimaron mi piel de debajo creándome un ardor y luego la calidez de la sangre que brotaba. Grité, cayendo al suelo, y él derrapó hacia delante lamiendo su mano.

-Comerme a una nigromante. Podría comerme a una nigromante. Comer. Sí, podría machacarla, ¡machacarla en pequeñas piezas!

Intenté retroceder arrastrándome. Su rostro pálido se aproximó, enmarcado por las sombras.

-Voy a cortarte. Voy a cortarte, infeliz.

No pude ir más atrás. Me desplomé del todo, y otra cosa vino desde arriba. Una criatura de cuatro patas apareció, interponiéndose entre el loco que se me abalanzaba y yo. Su presencia iluminaba la oscuridad vagamente.

Aquel ser rugió, espantando el silencio. No podía verlo, pero quizás una, dos bocas se abrieron, ocultas para mí quien miraba su larga cola, y soltó un rugido que se asemejaba en mucho a un grito, un rugido que sacudió el cabello de mi agresor y lo logró hacer retroceder, mascullando insultos. El demente se escabulló por un hueco, sin dejar de mirarme.

-¡Recuerdo tu olor, Liseth! ¡Te veré del otro lado! ¡No me olvidaré de ti!

Y desapareció, dejándome a solas con esa otra criatura.

A ese punto, apenas ya podía hacer más que sorprenderme. Las penumbras retrocedían lo suficiente como para poder visualizar al ser que me había salvado, y con ello como referencia volví a incorporarme, sosteniendo mi brazo herido, conteniéndome de correr. Recuperé el aliento, sin poder pensar en nada. Mi estómago dolía. Mi brazo dolía, y mi cabeza estaba a punto de estallar.

Necesitaba un respiro.

Rodeé lentamente a ese monstruo, para poder verlo bien. Se mantenía inmóvil, y sólo su cola se movía: una cola larga, peluda, etérea en su forma de barrer el aire y el suelo. Se asemejaba a un perro, pero su tamaño debía de ser superior al de un león. Obtuve el ángulo correcto para ver su cabeza. Tenía una máscara con seis rendijas, orejas largas y una gran melena. También una boca brutal, ennegrecida.

Al percatarse de que lo observaba, el ser se volvió hacia mí.

Del susto caí. Pero mi salvador no se lanzó para devorarme, sino que continuó mirándome, sentado, moviendo su cola. Ladeó su enorme cabeza y con una pata más gruesa que mi pierna golpeó el suelo dos veces, como indicando algo.

Luego se irguió, y avanzó a través de las sombras. Siguió unos metros, se frenó, y se volvió para mirarme con todos esos ojos. Yo, de pie y regalada, comencé a comprender algo.

-¿Quieres que te siga?

El monstruo resopló, moviendo su cola de un lado a otro. Su pelaje era rojizo, fluctuante. La máscara estaba sujeta por pura presión, quizás era parte de su cuerpo. ¿Qué era? ¿Un muerto? ¿Acaso los muertos podrían tomar formas tan anormales? ¿Y si no era un muerto, qué era?

Pero la pregunta más importante era: ¿debía seguirlo?

Volvió a dar un par de pasos, y a mirarme. Yo pensé que, a la altura de desesperación en la que me hallaba, hubiera seguido con gusto hasta los pasos del diablo. Con cuidado caminé a su lado.

Su pelaje se movía, adquiría distintas tonalidades de amanecer mientras me guiaba. Los ojos bajo la máscara eran amarillentos, y no parpadeaban. Lo seguí de cerca, temiéndole, pero también temiendo a lo que había más allá. Los Cuatro Locos. Ya los había conocido, y continuaba en su mundo.

El extraño perro se frenó unos segundos, dudó, y dobló hacia la izquierda. Lo seguí apresurada.

Algo en su silencio se me hizo inteligente, consciente. Junté valor para hablar en la oscuridad.

-Gracias.

No supe si me escuchó o no, y en cualquier caso, no dio respuesta alguna. Simplemente siguió caminando. Apenas unos momentos después, tal vez confiada en extremo, me animé a apoyar una mano cerca de su lomo. Sus garras se frenaron, se sentó, su cola se movió perezosa por el suelo. La cabeza enorme estaba frente a mí, a la altura de la mía. Era una bestia terrible, pero sentí que no iba a atacarme.

También, en cierto modo, la reconocí.

-Tú estabas... En la oficina del director, ¿no es así?

No emitió respuesta. Desde luego, un perro no podría hablar. Ni siquiera un perro del más allá.

Los ojos tras la máscara miraron a otro sitio, y lanzaron un gruñido al aire. Alertada, me di vuelta temiendo volver a ver a aquel espíritu demente. Mi brazo todavía ardía, y sus amenazas no se borraban de mi consciencia. Pero no fue uno de los Cuatro lo que se asomó por la oscuridad, sino un hombre delgado, de mejillas hundidas y colgajos en los ojos. Al percatarse de la presencia de mi guardián quedó detenido, esperando.

El monstruo que me guiaba lo miró con cierta ira, y continuó avanzando. Lo seguí incluso más cerca que antes, muy agradecida de tenerlo. El muerto delgado habló, apenas despegando los labios.

-*Liseth, sálvanos.*

Sus palabras erizaron el vello de mi nuca, pero no me di vuelta. Nos siguió a una distancia prudencial, repitiéndolas.

-*Sálvanos, Liseth. Liseth, sálvanos.*

La cola de mi guía se movía delimitando el espacio que aquel ser no podía atravesar. Luego otras caras deformes, pálidas, emergieron de la oscuridad: ancianos, niños que gateaban, mujeres con lágrimas de sangre y manos encarnadas que temblaban, llorando; una multitud que salió desde la nada, rodeándonos, haciendo un coro a nuestro avance.

-*¡Liseth, sálvanos!*

-*¡Por favor, sácanos de aquí!*

-*Debes verla Liseth. Ella te extraña.*

Tapé mis oídos, y seguí a la criatura. No quería escuchar. No quería ver.

-*¡Liseth, te lo imploro, deja que nos vayamos!*

-*¡Liseth! ¡Liseth!*

¿Era esto el más allá? ¿Era este espanto el que me esperaba una vez conociera la muerte?

Una de las apariciones se acercó de más, ciega, y mi salvador gruñó y arrojó un zarpazo al aire, espantándola. Los muertos chillaron, cerrándose. Cantaban mi nombre, lloraban, imploraban por una guía que no podía darles. Otros, entre los que hacían coro, susurraban por lo bajo la canción que había escuchado al ingresar: el Titiritero viene por mí, el Titiritero viene por mí, y unos terceros aullaban: "*¡La condesa Erzebet, la condesa Erzebet!*", en un frenesí incomparable. Allí entonces, como nunca antes, me hallé envuelta en la ceguera. Sólo la presencia reconfortante de la bestia me salvaba de ser perdida entre un mar de manos putrefactas, de rostros cadavéricos, de

heridos, deformes, criaturas que rozaban el aire con la punta de sus dedos en busca de algo de lo que aferrarse, un pandemonio sin fin del cual no veía salida, que me obligaba a no volverme atrás; un paso, y otro, y otro.

Sus pedidos de auxilio se sucedían, dentro del interminable desierto. Eso era el sitio donde caminaba: un desierto plano y duro, sin arena, el peor de los laberintos, sin atardecer falso, ni sol, ni luna, sólo oscuridad y desesperación y mil sombras vagando entre lamentos, chillando por luz. Un susurro venía con el viento, pero era acallado por las voces de los muertos. Vi a una mujer obesa, increíblemente obesa acercarse echando espuma por la boca, y también vi a un niño que no tenía un brazo, y vi a las bailarinas sin rostro danzar, una tras otra, señalando siempre un punto sin emoción, queriendo decirme algo que yo no podía ni quería comprender. Sólo mi guía se mantenía sereno entre toda esa locura, y aunque fuera un monstruo, una abominación, era su silencio y su calma la que lograban mantener mi cordura, y no rendirme a la desolación y tristeza que me rodeaba.

Un brillo nuevo comenzó a acercarse, desde lejos. Noté que los muertos se frenaban de a poco. Entonces tomé valor, sabiendo que si lo hacía entonces podría derrotar al miedo luego, en las noches, si habría noches luego de esta experiencia. Tomé valor, y me di vuelta.

La luz me reveló personas: heridas, hambrientas, desesperadas, pero personas. Los muertos eran personas. Miraban con ojos ciegos, y oían cosas que de seguro yo no oía. Miraban aquel resplandor y muchos lloraban.

Más allá, vi a la niña que me había llamado al principio de todo.

Se llevó un dedo a los labios.

La luz me inundó, sobrepasándome.

Entonces unas manos tomaron mis hombros, y sentí una voz familiar.

-¿En dónde estabas? ¡Liseth! ¡Liseth, ¿por qué te metiste ahí?! ¡Te dije que no pasaras por esa puerta! ¡Nunca vuelvas a hacer eso! ¡Jamás!

Era la voz de Kain. Era Kain. El brillo del atardecer me cegaba. Me hallaba en el balcón.

-¿Qué diablos se te metió en la cabeza? ¿Qué ocurrió? ¡Liseth...!

Se pausó, retrocediendo. Simplemente yo me eché contra su cuello, y rompí a llorar, esta vez con todo, sin importarme la vergüenza que pudiera tener o lo desgredada que estaba. Lloré como una niña, casi a los gritos, y Kain suspiró y terminó por abrazarme, de seguro entendiendo por lo que había pasado.

Lloré, y lloré, y caí fundida en un gran sueño, en sus brazos.

Cuando desperté, horas después, Kain se hallaba cuidándome. Si no fuera por que no se cansaba, me hubiera parecido fatigado.

Una por una, las imágenes regresaron a mí: el estar con Sally, caminar por la noche dejando el centro del pueblo, la casa de Julián a oscuras, su persecución, luego el Balcón, la Puerta Naranja, los muertos, los rostros, las horas en ese apartamento, el ataque de ese espectro demente y el perro infernal que me salvó. Todo parecía un mal sueño, una locura. Me incorporé asustada, tanteando el suelo duro en el que me hallaba. Luego miré a Kain.

-Kain...

-¿Estás bien?

Asentí lentamente. No, no lo estaba.

-¿Qué día...? ¿Cuánto tiempo pasé allí?

Él suspiró.

-Te estuve buscando por horas. Si entiendo bien tu despertador, ya es lunes.

¿Lunes?

Me levanté a los tropezones, y revisé el reloj en la mesa. Eran las diez de la noche del lunes afuera. Todo un día lo había pasado en la tierra de los muertos.

El pavor de que ese tiempo se pudiera haber extendido me revolvió las entrañas.

-¿Por qué entraste?- me preguntó el fantasma- ¿Cómo se te ocurrió ir por allí?

La puerta naranja estaba de nuevo cerrada, esperando. Evité mirarla, o incluso mirarlo a él al contestar.

-Estaba asustada. Y tú... No estabas, así que quise buscarte.

Me volví hacia él.

-¿En dónde te habías metido?

Apenado, Kain levantó ambas cejas. Su mano pálida señaló algo más allá. En la esquina, cerca del sendero que conducía a la Puerta Roja, reposaba ahora un elegante piano.

-Quería hacerte un regalo. Ya sabes, por los libros que me diste. Es un poco tonto, pero siento que ahora lo he arruinado.

Me acerqué a ese instrumento, incrédula. Kain se levantó y se puso a mi lado.

-¿Un piano?

Asintió. Me costaba creerlo.

-¿Lo trajiste hasta aquí solo?

En vez de contestar, tomó la parte baja del mismo con una mano e hizo apenas algo de fuerza. Las patas se despegaron del suelo, y el piano se levantó. Me sentí horrorizada.

-¡Eso es poco normal!

-Ah- dijo él- Es muy posible.

¿Cuánta fuerza tenía un fantasma?

Palpé mi brazo izquierdo, recordando al espíritu demente y al corte que me había hecho. Mis dedos rozaron tela en donde antes había habido una herida. Estaba vendada.

Preferí no preguntar una obviedad, y algo avergonzada volví a enfocarme en el piano.

-¿Y por qué esto? Yo no sé tocar.

-Pero yo sí- dijo Kain, y de pie levantó la pesada tapa revelando una hilera de teclas cuadradas, amarillentas- Seguramente hace falta afinarlo. Hm, veamos...

Presionó una, y el sonido se elevó entre los dos. *Do*. Las clases de música del instituto comenzaban a rendir grandes frutos en mí.

Una vez las últimas reverberaciones terminaron, Kain presionó otra, y otra. Sus dedos largos se movían adquiriendo soltura con cada nueva nota que arrancaban del viejo piano. Tardé en percatarme de que formaba una melodía.

-Es...

-Der Holle Rache- dijo él, pero al instante se equivocó e interrumpió su intento- Creo que cuando estaba vivo, solía ser bueno en esto. En cualquier caso, si no fue entonces llegué a serlo en estos diez años. Este piano solía estar en otro sitio del Palacio, abandonado. Cada tanto, me escabullía hacía allí para tocar; pero no lo traía, pues buscar un camino que no atravesase esa estrecha puerta es un asunto un tanto difícil. No sé cómo tú lo lograste.

-¿Y lo trajiste?

-Pensé que podía gustarte- se pasó una mano por el cabello, y surgió en mí un acceso de cariño que tuve que reprimir- Dijiste que te serviría tener un lugar en donde practicar danza. Conozco la melodía bajo la que tendrás que bailar. Si te interesa, podría practicarla.

Apoyé mi mano sobre la suya.

-Muchas gracias.

Pero aunque mi gesto sin duda era un avance en nuestra relación, me sentía muy cansada y todavía cargaba en mí el estrés de todo lo que había ocurrido, por lo que me costaba apreciarlo. Kain también debía de entenderlo, a juzgar por su expresión cuando cerró la tapa.

-Sin embargo, ahora me arrepiento.

-No importa. Fue culpa mía el ir allí.

-Liseth... No todas las cosas que debiste haber visto en ese lado son reales. Sería malo para ti que les dieras demasiada importancia a personas que ya han muerto.

Ecos, cantos de lloros y auxilios resonaron en el fondo de mi mente.

-Lo sé.

Quedamos en silencio. Yo no podía dejar de pensar; en la oscuridad, en cientos de sábanas tapando a silenciosos espectros, en un gruñido y una risotada malévola, la amenaza que me habían hecho más allá. *Nigromante*, me había llamado. Creía saber lo que significaba esa palabra. También el monstruo, aquel sabueso infernal que me había salvado del ataque. ¿Qué era? Y no había podido agradecerle de nuevo, la ayuda que me había brindado y sin la cual no hubiera vuelto a ver la luz del día.

De pronto miré a Kain.

-¿Sabes de perros, dentro de este sitio?

Él oyó la consulta ladeando la cabeza, y su cabello oscuro, ondulado cayó desprolijo contra un lado de su cara.

-¿Viste a un perro?

-Uno muy grande.

Su boca se abrió en una "o" de entendimiento.

-Creo que sé a quién te refieres. Lo he visto rondar el Palacio en mis excursiones, pero nunca me acerqué demasiado. ¿Él fue quien te cortó?

Negué.

-Él me salvó. Kain, ocurrieron cosas muy extrañas mientras estaba en ese lugar. Y creo... Creo que los Cuatro Locos están interesados en mí. Uno de ellos me atacó.

Su rostro se crispó al oír aquello, pero permaneció quieto.

-¿Estás segura?

Asentí.

-Un muchacho de ojos rojos. Como tú, pero... Monstruoso. Dijo que quería asesinarme.

-No podrá hacerlo. Ya estás fuera de peligro.

Sus palabras me calmaban pero ¿acaso era cierto? ¿Estaba fuera de peligro?

-Kain, él sabía que Mina había muerto. Sabía que yo estaba usando su cuerpo. ¡Y no me vio en ella!

Los labios del fantasma se apretaron.

-Entonces...

No completó su pensamiento, pero no hizo falta. Era posible que los Cuatro sí pudieran incidir en el mundo real.

-Para que algo así ocurriera, alguien tendría que haberles abierto la puerta- negó él- Alguien como tú. ¿De verdad crees que exista otra persona que pueda abrir así las barreras?

No vi sentido en contestar algo que no sabía. El demente, aquella criatura reptil agazapada en la oscuridad, la mujer de la mascarilla y lo que me había perseguido bajo el canto de los niños en el largo pasillo. Los Cuatro Locos existían. Existían, y sabían ya quién era yo. Sabían quién era yo, y sabían que Mina había muerto. Las palabras de aquella criatura habían sido claras. Y si las cosas eran así, ¿qué significaba? ¿Eran fantasmas los asesinos que azotaban a San Naerit? ¿Era yo su futura víctima? Presioné mis dedos contra mis palmas, para limitar su movimiento.

¿Y ahora qué?

¿Qué me quedaba?

En realidad, sólo quería dormir. ¿Pero podría?

Entonces recordé a Julián Hauswhite, su amenaza y lo que había descubierto. No, ciertamente el asesino de San Naerit era una persona de carne y hueso, una cuya identidad yo ya había adivinado. Pensé en decirle todo a Kain. Pero sentí que no era el momento. No quería ya hablar, ni siquiera con él.

En cambio suspiré, y me preparé para la tediosa caminata hasta la casa de los Weigler.

Esa noche, por mucho que lo deseara, no pude conciliar el sueño. Giraba y giraba en mi cama, envolviendo mis piernas contra la frialdad de las sábanas, me hundía en el colchón y contemplaba la ventana cerrada, las sombras que hacían los relámpagos contra la pared y el armario, recordando, inquieta entre los infiernos que había atravesado. Un día entero, rodeada de las peores pesadillas. Era como si algo en mí todavía no acabara de asumirlo, y tuviera que revisar esa experiencia, desmenuzarla de un modo en el que la pudiera procesar: las caras alargadas, el terror, el Canto. En todo eso pensé sin parar, en la cena, en la que por una vez ignoré a Norbert y me hallé mirando cabizbaja mi plato, y a la noche, cuando Kari vino a contarme sobre su día.

Norbert pareció notarlo, pero desde luego lo atribuyó a pensar que había sido víctima de algún ataque especialmente fuerte. Bien, del todo no se equivocaba. Ahora estaba cada vez más convencida de que, en cierta forma, mis ataques de ceguera no eran más que transportaciones a ese otro mundo, como si algo arrancara a mi mente, llamándola, evocándola dentro de ese oscuro palacio y sus corredores y por eso me rodeara el miedo y las abominaciones, cegándome a mi propio lado, aturdiéndome, pero también habiéndome permitido el oír las voces de los Cuatro en alguna perdida pesadilla. ¿Pero por qué? En el fondo, no quería hallar una respuesta. Que mi enfermedad no fuera del todo mental, algo que me hubiera consolado, me parecía de repente mucho más espantoso que cualquier otra cosa. Yo estaba mal, no de la cabeza, tal vez, sino de algo mucho más profundo. Entendía eso. Entendía que el Palacio y su Canto eran para mí un llamado imposible de resistir, que me solicitaba una presencia que consumía toda luz, algo de lo que necesitaba huir a como dé lugar, que arruinaba la normalidad de mi vida. Pero aun entendiéndolo, aunque me sintiera culpable, no podía dejar de volver a imaginar las cosas que allí adentro había vivido, mi jornada en ese mundo en donde sólo existía la noche.

¿Qué había sido ese perro?

¿Qué significaban las palabras del demente?

¿Qué había más allá, qué había ignorado yo en mi horror?

Pero en donde residían las respuestas a esas preguntas era en donde me había jurado a mí misma no regresar jamás. Sí, así lo hice, mientras fingía oír a Kari, mientras cabeceaba por el cansancio, y a ese juramento me aferré luego, en la ducha, dejando que el agua caliente lavara en mí la suciedad y el pesar de otro mundo. Gotas caían, y bajaban por mis muslos, contra las uñas de mis pies, contra las pecas en mis mejillas, y yo, silenciosa, regresada por esa noche a un estado anterior, casi infantil, sólo podía dejar mi cuerpo limpiarse y esperar, con la mente en blanco, a algo, a un pensamiento, a una conexión que me salvara del horror que presentía podría cernirse sobre mí.

“¡Recuerdo tu olor, Liseth! ¡Te veré del otro lado!”

Aquella voz rasposa, horripilante regresaba en cada rincón, en cada oscuridad. Fue esa amenaza la que me obligó a permanecer en vela, atenta a los sonidos de abajo, a los truenos y al suave compás de las copas de los árboles, a las formas espesas que las nubes hacían mientras ordenaban su tormenta contra este olvidado pueblo.

Y cuando la primera de esas gotas cayó, yo por fin hallé el descanso que necesitaba.

Aun así, el martes me sentí hastiada cuando tuve que asistir a clases. Durante la lección de geografía cabeceaba sobre mi banco, por lo que Janet tuvo que darme un par de codazos para que la profesora no me agarrara roncando. Matt me preguntó un par de veces si me sentía bien, y luego de ir al baño, lavarme la cara, mirarme al espejo y decirme a mí misma que debía superarlo, pude contestarle que sí, que me había costado dormir. Decidí ir a la clase de educación física, ya que otra vez había faltado a danza. Esperaba que la idea de Kain funcionara y que pudiera practicar los pasos de mi pieza dentro del balcón, no sólo para estar preparada cuando tuviera que ir, sino también para distenderme. Era cierto que la danza lograba relajar algo en mí.

En la hora de literatura, tuve tiempo de escuchar las cosas que Sally decía sobre mi inexistente velada con ella, en general, términos muy imprecisos pues era obvio que los recuerdos falsos que tenía implantados hubieran sido fáciles de cuestionar. Pero yo no quise jugar con aquello, todavía sensible, sino que agradecí que su mente hubiera asumido que ambas la pasamos bien. Mi noche había sido espantosa.

-¡La próxima, nos juntamos las tres!- dijo Janet entonces, seguramente sintiéndose dejada de lado.

Cuando estábamos en el segundo recreo, antes de la tediosa hora de historia -y no, cielos, no iba a poder soportar las largas exposiciones de guerras y conquistas- compré de la simpática cantinera una barra de cereal, de esas que tienen frutas secas y almendras para recuperar energías. Tenía todavía un hambre voraz. Con aquello me di suficiente cuerda como para atravesar ese tramo y el descanso que condujo a la clase de educación física.

A Veronique DuMarque le importó muy poco mi estado demacrado.

-¡Muévete, muchacha, muévete! ¡Levanta esos brazos!

En silencio obedecí. Ni siquiera tenía ánimos para odiarla. Mi mente había quedado en un limbo, del que me costaba horrores salir. Sentía que algo estaba mal, que algo era incorrecto y no podía darme cuenta de qué. Del otro lado del campo, Matt corría junto con Arthur, Gabriel Altamirano y David. Estaba muy animado desde que su equipo había ganado el partido.

-¡Cambio! ¡Estiramiento!

Intentando alcanzar la punta de mis zapatillas, busqué qué era lo que estaba mal. Era una lógica, una conexión, algo que no llegaba a develar. Pero por mucho que lo intenté, no vino a mí esa calma. Ni los abdominales, ni los ejercicios de glúteos, ni las cintas con las que DuMarque nos hizo sufrir trajeron en mí alguna pista de esa discordancia. Y antes de lo que imaginaba su silbato sonó, anunciándonos que la hora había terminado.

Caminé con mis amigas, hasta el vestuario. Como me hallaba pensativa, varias de mis compañeras se adelantaron, y para cuando llegué ya muchas estaban en paños menores, comentando cosas que no llegaba a escuchar. En otro momento, me hubiera sentido aterrorizada de ser dejada de lado, pero entonces no me importó. Me aproximé a mi casillero, perdida. Había algo. Algo.

No noté lo que se escurría por el borde de la chapa, y lo abrí. Creo que sólo hice un gemido apagado, curioso, ante lo que me recibió adentro reemplazando a mi ropa. “¿Una máscara?” pensé, “¿Un muñeco?”.

Luego la cabeza de Julián Hauswhite cayó de ese casillero ante los ojos de todas; una maraña de pelos enredados, crispados, que rodó por los estantes

de abajo y terminó por aterrizar a mis pies con un sonoro golpe, revelando el rictus de su muerte.

XCVI

El Twingo de Norbert halla un buen lugar para estacionar, cosa impresionante si considero la cantidad de autos que están frente a la escuela, apretujándose de las más diversas formas. En la entrada, la limusina del director Ashadd espera, distinta a la cotidianeidad de los demás transportes. También vemos algunas traffic blancas, que Norbert nos asegura pertenecen a periodistas. En cuanto dice eso, se vuelve hacia mí.

-¿Estás segura de que no quieres quedarte en casa?

-No le hablarán, papá- se adelanta Matt- No saben que fue ella.

Pero Norbert parece dudar, y por unos segundos me temo que me ordene regresar al hogar. Sin embargo, termina por distraerse en cuanto Horace lo saluda, y el tema queda atrás. Matt me guiña un ojo, y ambos seguimos la corpulencia de su padre hacia el interior de la escuela.

Hay toda una gran procesión de padres, tíos y abuelos recorriendo estos pasillos, y la sensación de verlos en donde hace una semana atrás sus hijos correteaban es extraña, como la de imaginar extraterrestres visitando las ruinas de mi ciudad natal. Contemplando el gesto de Matt, sospecho que debe estar pensando algo similar. Norbert saluda a varios: a algunos con gestos o sonrisas, otros con apretones, otros con abrazos y preguntas que revelan que le son pacientes regulares. Hay también algunos profesores, que nos miran con pena. Deben de creer que estoy más que traumada, y que venir a presenciar esta reunión no me hará nada bien. Pero tengo la dudosa jactancia de poder decir que me he enfrentado a cosas mucho peores que la cabeza de un hombre cayendo desde mi casillero hasta mis pies.

Ya siete días pasaron desde ese incidente.

El cuerpo de Julián Hauswhite no fue encontrado, no importa cuántas veces revisaran la escuela, y los intentos de hallarlo en el bosque se vieron frenados por la cantidad de trampas que todavía quedaban allí desde la excursión de los jóvenes del aserradero. Todo lo que los policías pudieron llevarse -y tuvieron que ser policías de otro pueblo, pues nuestro único oficial se hallaba de viaje por asuntos- fue esa cabeza, ese rostro aplastado, goteando sangre, con el marco de las gafas fusionado con la nariz, el rostro que yo y las otras chicas de mi curso fuimos obligadas a ver esa tarde. Todavía recuerdo los gritos de Sally. Costó mucho -incluso para mí- mantener el orden ese día y reportar a los profesores. De allí muchos eventos se fueron desencadenando.

Veo a los padres de Sally saludarme desde lejos, e inclino la cabeza. También hay otros que reconozco por las salidas, pero muchos que son desconocidos, probablemente familiares de alumnos de los demás años. Aquí deben de estar las familias de Alice, Harrold, o Anna, pero no podría reconocerlas. Hay toda una multitud que se agolpa, siguiendo a los maestros como turistas, pero en un sombrío silencio. Los ánimos no son buenos. Ashadd va a tener que responder a muchos cuestionamientos.

"Kain."

Más allá, Matt se encuentra con Tadeo, uno de nuestros compañeros, que viene acompañando a su madre. Se ponen a charlar.

"Estoy viendo. Cuánta gente."

Diría que no es el mejor momento para ceder a la ansiedad social.

"Vamos a comenzar en unos minutos. Quiero que prestes atención al director. Dime si lo reconoces."

"¿Me lo señalarás?"

"Va a ser el único tipo elegante en el salón, créeme."

Aunque no podía verlo, supe que Kain había asentido. Veo que Norbert charla con una mujer, una de sus colegas del hospital. Se me ocurre que asistirán muchas personas; después de todo, todo San Naerit se considera en peligro bajo el acecho de este asesino, y el director es lo más parecido a un alcalde que hay en el pueblo. Los periodistas también son obvios, con sus cámaras y micrófonos, y la mayoría, de seguro, ha venido más interesados por las explicaciones que vaya a dar Henry Ashadd que por lo que ocurra en un rincón del mundo tan desolado como este. Fueron muchos los que ignoraron que éramos más de una decena de chicas en el vestuario cuando la cabeza de Julián cayó, atribuyéndome únicamente a mí el sufrimiento de tener que ver aquella torcida mueca y destinandome entonces todas las preguntas; preguntas que la policía hizo, pues ni maestros ni padres accedieron a exponerme -y ciertamente yo no pensaba hacerlo- a las indagaciones de los pocos periodistas que se interesaron en el caso del maestro asesinado, como lo titularon los diarios locales de Nueva Gabul y Visgana.

Pero las preguntas de esos agentes que tan apáticos se veían tampoco fueron muy precisas.

"¿A qué hora te encontraste con el cadáver?"

"¿Habías abierto tu casillero antes?"

"¿Cuánto tiempo pasó desde que guardaste tu ropa hasta que fuiste a buscarla?"

"¿Piensas que alguien se pudo haber metido?"

"¿Piensas que eligieron tu casillero por algún motivo en especial?"

Dominada por la timidez, sólo contesté con monosílabos. A los oficiales no les causó ningún inconveniente que aportara tan poca información. Quizás no querían forzar a quien veían como a una pequeña cercana a un ataque de nervios. Se rastreó la escuela, las aulas, las oficinas de los profesores. Alguien dijo haber visto gotas de sangre, desde la galería que llevaba al estadio. Pero si las había, desaparecieron en cuanto ojos expertos fueron a fijarse. Y yo no confesé que, en realidad, había tenido un sospechoso todo ese tiempo, pero que ese sospechoso era el mismo hombre al que tan brutalmente habían matado.

Uno de los profesores llama a orden, y de a poco, empujadas por sus aplausos, las charlas entre los padres cesan. La vicerrectora se asoma desde la

puerta del auditorio, vestida con falda y camisa, y su mirada severa se pasea por la enorme concurrencia, de seguro contándolos para cerciorarse de que han dispuesto suficientes asientos. Una vez finaliza eso, acomoda las carpetas bajo su brazo y hace una seña al interior.

-El señor director recibirá a todos ahora mismo. Si desean ir pasando ordenadamente....

La palabra *ordenadamente* no hace mucha mella en las mentes de los padres consternados de San Naerit. Matt se separa de Tadeo y me sigue, junto a Norbert, quien no aprovecha su corpulencia y al cual varios se cuelan sin reparo. A él no parece importarle: el auditorio es grande, el salón más grande del instituto que no está destinado a deportes, sino a obras de teatro y proyecciones, incluso, si he oído bien, es usado por DuMarque y sus alumnas en ocasiones durante las demostraciones de fin de año. Está construido de modo que la acústica es perfecta. Cuando entramos, me sorprende su tamaño y altura, como si nos hubiésemos transportado a otro gran teatro como el Lastega. Sólo las sillas de lata revelan que aún estamos en el instituto. Norbert ocupa la suya, y Matt y yo nos sentamos próximos a él. Otros también van buscando sitio, la mayoría lo más cerca al asiento principal, en donde Henry Ashadd espera con un puño bajo la mejilla. Al pasar su mirada por los visitantes, sus ojos hacen un ligero destello cuando llegan a mí. Juraría que sonrío.

Trago saliva, y espero hasta que los sonidos y voces se calmen.

Desde ese martes, las clases quedaron suspendidas. Todos los alumnos fueron llamados, aunque el reporte de la vicerrectora no explicaba lo gráfico de lo que había sucedido. No importó: de boca en boca, partiendo desde las pocas que lo habíamos presenciado, luego a sus padres, amigos, tíos y hermanos; la escena de la cabeza de Julián Hauswhite cayendo desde un casillero llenó el imaginario colectivo en menos de lo que canta un gallo. El relato se estiraba, se decoraba con detalles inexistentes, pero en todos yo terminaba siendo la protagonista. No era que me prestaran mucha atención, en realidad, pues los corazones de los oyentes se sentían más abatidos por la pérdida del amado profesor de Literatura, inclusive aquellos que lo habían odiado por los rumores de su amorío con Teresa. Se dejaron cartas, recuerdos, y regalos fúnebres en las puertas del colegio. El funeral en las afueras del pueblo convocó a mucha gente. De su familia, sólo se presentaron dos hermanas y un hombre al que nadie conocía, que dio mucho que hablar a las ancianas. Pero la familia no quiso hacer averiguaciones, sino que marchó de vuelta a su ciudad tras pedir sus restos, para enterrarlo en un cementerio local. La policía se demoró, pues aquella cabeza era evidencia. En la opinión de Mikhail, la cabeza evidenciaba más bien poco.

-Hecho pedazos. Eso es todo.

Cuando nos lo dijo, una tarde en la que los tres nos visitaron, los puños le temblaban. Había conocido a Julián, había trabajado para él. Ese día se fue temprano, sin responder más, y desde entonces no lo volvimos a ver.

Alex, en cambio, pidió hablarme en privado.

-¿Puedes responderme unas preguntas?

Ese día asentí. Sentía que las indagaciones policiales no habían sacado mucho de mí.

-¿Encontraste el cuerpo cuando regresaste de ejercitarte, no es así?

Pensé que "ejercitarte" era una palabra extraña.

-Sí. Y antes no estaba.

-Me gustaría creer que eligieron tu casillero por una simple casualidad- dijo Alex entonces, rascándose la barba incipiente- Haría todo más sencillo. Pero quien lo dejó ahí se arriesgó a atravesar el instituto tan sólo para esa proeza. A menos que...

"A menos que sea alguien que ya haya estado dentro del instituto. Alguien que no era Julián."

-Comienza la reunión- anuncia la vicerrectora por el micrófono. Ashadd toma su puesto, en apariencia muy calmo.

Cuando habla, el mundo hace silencio.

-Estimadas familias de San Naerit. Me alegra que hayan podido venir. Lo mismo va para los empleados de Radio y Televisión Visgana aquí presentes - hizo una seña hacia los camarógrafos-. Es interesante que este pueblo comience a tener cobertura.

»Voy a exponer los hechos de manera breve, pues sé para qué han venido. Veo en todos ustedes el desamparo, el temor por sus hijos y familias. Es un temor que sé reconocer muy bien. En los últimos meses, me atrevo a decir, es un temor que se ha esparcido por las calles de esta localidad sin ninguna barrera que la sostenga. He vivido en San Naerit desde que tengo memoria; y siempre fue un hogar de buenos valores, en donde uno podía disfrutar el pasear por la noche sin sentirse en peligro. Lamentablemente, las cosas cambian. Ahora todos nos hallamos sumidos en el terror de esperar una mala noticia, una palabra, la confirmación de que alguien a quien queremos ha sido convertido en otra víctima. La señora Charlotte Messel, primero, y ahora ni más ni menos que uno de los valiosos miembros de mi profesorado, ambos fueron objetivos del delincuente que ronda por estas tierras. Sin embargo, considero que el miedo se debe detener. Si los he llamado aquí, además de mi propósito en calmar los ánimos del pueblo, es porque planeo reiniciar las clases dentro de las próximas semanas. Y me agradecería contar con su aprobación.

Seres queridos, miedo, buenos valores, desamparo. Todas esas palabras salen de su boca, pero yo no me las creo. Es la mirada, como siempre. La mirada del rector Ashadd es demasiado intensa, como el fuego, y tiene una alegría perversa que nada tiene que ver con el grave discurso con el que ha iniciado.

A mí alrededor, algunos se remueven. Norbert escucha con atención. Voces discuten en susurros.

-Tal vez lo que digo parece una locura- añade el director, y sus dedos pasan como por descuido por la vieja lapicera que lleva en el bolsillo de su saco- Puedo imaginar que tienen grandes dudas en cuanto a la seguridad de sus hijos, nietos y sobrinos. Ni yo ni mi gabinete queremos hacer oídos sordos a la verdad; de que uno de los nuestros ha sido asesinado, y peor aun de que el cuerpo de nuestro querido profesor Hauswhite fue hallado dentro de los límites de esta institución. Todo eso es cierto, y debe ser tenido en cuenta. Sin embargo, me aferro a los valores que he tenido desde el principio como educador. Uno debe predicar con el ejemplo. Si hay un demente suelto en estas tierras, como habitantes de San Naerit debemos impedir que su presencia haga mella en nuestras costumbres y vidas diarias. ¿Qué creen ustedes deleitaría más al asesino que ver muerta la cotidianidad de este pueblo al que tanto odia? En cuanto nos rindamos y cedamos, en cuanto por miedo impidamos a nuestros hijos asistir a ser formados como personas, esa

bestia habrá matado no sólo a dos queridos compañeros, sino también a nuestro espíritu. Si las clases reciben otra semana de demora, el daño será irreversible. Me dirijo ahora principalmente a las madres preocupadas –captó a varias con la mirada, y fue como si todo su rostro y su porte impecable se volvieran más apuestos- Es encomendable que sientan hesitación por devolver a sus niños a mi instituto. De ser otra su respuesta, sería yo el primero en advertir que falla su instinto materno. Pero pregúntenles a sus hijos qué es lo que desean.

»Existe una maquinaria en este pueblo, que no debe ser detenida. En menos de lo que imaginan, puedo asegurarles que la bestia de San Naerit será historia. Nadie recordará con temor lo sucedido. Mientras tanto, es necesario que pensemos como comunidad qué papel debemos tomar para enfrentar esta amenaza. El desligar a los más pequeños de las necesidades más básicas como lo son la educación y la sociabilización no es una opción. Para cuando el invierno llegue, será demasiado tarde.

Se ajustó la corbata, y ojeó un papel que le tendió su asistente. Pero era como si se lo hubiera memorizado, pues no volvió a consultarlo cuando habló.

-Ahora explicaré las medidas que este instituto ha planeado tomar en vista de lo ocurrido recientemente. Ya hemos presentado nuestros respetos a la familia del profesor Hauswhite, y también hemos contactado con los agentes de la policía Visganesa. Nuestros periodistas aquí presentes deben de estar enterados del asunto; pero en caso contrario, estoy dispuesto a concertarles una entrevista más adelante. La investigación está en marcha ahora mismo, y esperamos resultados prontamente. En cuanto al retorno a las clases, es mi ambición el adelantarlo al lunes de la semana entrante; el resto de los profesores se halla de acuerdo. Los niños tendrán tiempo de estudiar en sus casas y una semana de repaso antes de la nueva ronda de exámenes.

»Claro está, su seguridad está por encima de su educación. Para asegurar que nada vaya a ocurrirles dentro de las paredes de mi instituto, he pedido el servicio de...

Su voz se fue nublando, y yo continué recordando mi charla con Alex.

-¿Sabes si alumnos de otros cursos estaban presentes durante esa hora?

Ocultaba el cansancio muy bien, probablemente porque su interés era sincero. Yo pensé en Frederick Cable, que a su manera tanto me había enseñado del funcionamiento del colegio.

-Los de los clubes de interés, creo. Pero no son muchos.

-¿Piensas que podrían haberse escabullido al vestuario de mujeres con una cabeza sin que los detectaran?

Me incliné de hombros, de repente también agotada.

-Matt podría saberlo.

-Ya he hablado con Matt- dijo Alex- Pero me gustaría tener tu opinión. Liseth, temo que estés en peligro. Mikhail, Jessica y yo sólo podemos cubrir muy poco de...

Calló en ese momento, como si hubiera hablado de más. Yo lo miré curiosa. Esos tres, ¿en qué andaban todo este tiempo?

-Supongo que podrían. Las clases de educación física son muy demandantes, y el vestuario está lo suficientemente escondido.

-¿Alguna vez alguien ha demostrado algún interés en ti?

Pensé que aquella no era una pregunta muy amable, pero Alex no pareció notarlo. Luego hice una sucesión de rostros: los miles de rostros que

me veían, embelesados, cuando caminaba con las piernas de Mina Harvnes, a Harrold, sonriéndome, pero también a Kain abrazándome, la solidez de su cuerpo y la fuerza de sus brazos, el rostro melancólico con los ojos refulgiendo como rubíes. Unos días atrás, un poco para liberar el estrés de todo lo que había ocurrido, dancé como Mina en el Balcón. Cerraba los ojos, para no ver la puerta naranja, e, impreciso, Kain tocaba el piano. Cada tanto se cortaba y debía empezar de nuevo, pero se notaba que practicaba y que volvía a recuperar su habilidad. En ocasiones, cuando giraba y veía su perfil recto ante las teclas, me parecía que se hallaba triste, que la música que arrancaba de ese instrumento lo sumía en el peor tipo de pesar, el pesar de evocar algo que uno no puede recordar, que teme perdido, como debieron ser tardes de clases ya olvidadas de las que sólo el instinto queda. No supe cómo consolarlo, pero cesé mi movimiento y él se volteó, confundido.

Entonces le ofrecí una mano, pero el impulso pareció ser de algo más dentro de mí.

Kain la tomó sin comprender, y ambos estuvimos cerca. Algo ardiente, extraño hervía en mi interior, en mis mejillas, en mi corazón cuando moví los pies guiándolo. Me poseía una gracia que no me pertenecía, y con aquello empujé ese baile que ya no era danza, el giro que hice bajo su brazo, mi cabello desparramado por el aire, brillante, perlas de sudor que se volvían de oro ante el atardecer que nos miraba. Él, que no sabía bailar, me miró de pronto de un modo distinto, como si comprendiera algo que le avergonzara. Mi cuerpo se movía por sí mismo, y me sentía alegre, en un éxtasis que me desbordaba. Cuando volví a girar, teniéndolo cerca, recordé otro rostro más salvaje, iracundo.

“¡Te veré del otro lado!”

Entonces todo se cortó, porque casi caí de la impresión. Kain me sujetó, su mano contra mi espalda, y por un tiempo sus ojos y los de Mina se escudriñaron en silencio. Tardó mucho en hablar, concentrado en algo que había en mis labios.

-¿Te sientes bien?

-Sí. Disculpa.

En resumen, quitando el furor que todavía me provoca ese momento, tuve que contestar a Alex que no conocía a nadie que estuviera interesado en mí. Él hizo una pausa corta, que pudo significar muchas cosas, y me hizo anotar el número telefónico de su apartamento, por cualquier dato que recordara. Probablemente no notó que yo volvía a estar roja de pies a cabeza, feliz por revivir ese recuerdo.

-...guardia provisional en las entradas y bajo la asistencia de nuestro portero. También se modificará el régimen de exámenes y se limitarán los horarios de asistencia al...

La voz de Kain, en el presente, resuena en mi consciencia mientras oye el discurso de Ashadd.

“Su rostro me es vagamente familiar. Pero no despierta en mí la emoción que me daría ver a quien me asesinó.”

Siento algo de amargura, decepcionada. El director gesticula con las manos, ganándose a las multitudes con su confianza y sus diligentes propuestas. Cientos de personas que han aparecido allí para reclamar volverán aplaudiendo su sabiduría, inclusive los periodistas que no se cansan de tomar notas y asentir con admiración.

Debí suponer que él no era el asesino, aunque sigo sabiendo que oculta algo. Pero si no es Julián, ni es Ashadd, ¿quién?

¿Quién?

Dos días atrás, recibí una sorpresa que no esperaba. Norbert me llamó abajo, y dejó el teléfono para mí y el comedor vacío, sólo el velador artificial guareciéndome mientras me daba las buenas noches. Era la una de la mañana, según el reloj de la pared.

-¿Hola...?

-Liseth. Quise llamar antes, pero el trabajo me lo impidió. Cuéntamelo todo.

Entonces sentí, sin poder evitarlo, un manojito desagradable de lágrimas, calor y mocos atorarse en mi garganta, y por varios segundos no pude hablar, y todo lo que se oyó del otro lado de la línea fue la respiración de Thomas Aurdelard, sentado en su lejano apartamento de Nueva Gabul, esperando que su hija se destragara para contarle por lo que había pasado. Cientos de recuerdos vinieron a mí, de él, de nuestros desayunos y de su silencioso afecto, y supe que lo extrañaba. Lo extrañaba un montón.

Aunque mi padre estaba cansado, terminamos hablando hasta pasadas las tres. Pude contarle sobre muchas cosas: sobre la escuela, sobre los Weigler y lo bien que me trataban, sobre mis amigas y los eventos del pueblo. Lloraba, pero creo que él podía ver más allá de eso y deducir que había sido feliz.

Cuando llegamos al tema del asesino, el intercambio fue breve.

-Liseth, ¿quieres volver conmigo a Nueva Gabul? Estarás más segura aquí, y Norbert lo entenderá. Podrás volver cuando...

-No quiero irme. Si me voy, Matt y los demás...

-Lo entiendo.

Me pareció que su voz era triste en ese momento. Tal vez él también me extrañaba. Lo imaginé entonces en su apartamento, en la oscuridad de su habitación, solo, pude hasta oler el pésimo café que se haría y su magra alimentación; pude ver el desorden: papeles tirados, despertadores, duchas y una barba a mal afeitarse. Sentí la necesidad de volverme sobre mis palabras, y aceptar su propuesta. Pero ya su voz volvió a cortar el silencio desde su lado de la línea.

-Entonces, prométeme que te cuidarás. Si el viejo Wardick me lo permite, planeo estar allí para tu cumpleaños, pero mientras tanto... Nada de locuras. Esos bosques son peligrosos. Obedece a Norbert, estudia y presta atención. Sé consciente.

Era un poco tarde para eso.

-Lo prometo.

-¿Te estás alimentando bien?

-Mejor que tú, seguramente.

-Te sorprenderías. Conocí a una mujer en el trabajo, y cada tanto me pasa a cocinar.

Sentí una horrible punzada de celos.

-¿Lo dices en serio?

-No. ¿Y qué pasa contigo y ese tal Matt?

-Ya es tarde, cortaré ahora.

-Liseth.

-Te quiero.

-Liseth, te hice una...

Corté. Me sentía muy contenta por haber oído su voz. Era algo mínimo, pero el descubrir que me importaba tanto...

Norbert se apareció segundos después, para servirse agua de la heladera. Me vio frente al teléfono, pensativa, sonriente, y habló con voz dormida.

-Ser padre soltero es una jornada a la que los hombres nunca estaremos preparados- afirmó, y luego volcó medio litro de jugo al lado del vaso que había dispuesto.

Sin embargo, hablar con Thomas me había dado una resolución, una resolución que estuve dispuesta a compartir con Kain. La de repensar. Debía repensarlo todo, volver al camino correcto. De la misma forma que años atrás había dudado del afecto que ahora estaba segura sentía por mi padre, también en esta historia y en esta penosa investigación sobre lo que ocurrió y ocurre en el pueblo era cierto que me había equivocado, que desde el inicio había estado errada por algunas simples concepciones.

¿Cuáles eran ellas?

La principal, por contado, era que había asignado roles demasiado rápido. Desde el principio, en cuanto oí la historia de Kain, había estado desesperada por encontrar un villano dentro de esta historia. Cuando en la estación policial oí que un hombre de anteojos había estado investigando, lo único que se me ocurrió fue que pudiera ser el asesino borrando huellas. Pero no develé que pudiera ser exactamente lo contrario: que Julián Hauswhite, Profesor de Literatura, tuviera un interés en desenterrar las marcas de hace diez años, y por eso registrara archivos, sedujera alumnas y entablara diálogo con sus madres en busca de la verdad. Sin saberlo, puse a un hombre que podría haberme ayudado, a un aliado en el otro campo de juego, y por eso...

No es que me culpe a mí misma por la muerte de Julián. Sospecho que él sabía lo que le iba a ocurrir, que estaba más que preparado para enfrentarlo. Fui una ilusa al pensar que había dejado de asistir a clases por mis manipulaciones; sino, más bien, la verdad fue que Julián Hauswhite se sabía acechado, por algo mucho peor que yo. El día que fui a espiarlo, aquella espantosa noche que jamás olvidaré, entendí del todo mal las palabras que lanzó contra mí. Pues no eran hacia Liseth Aurdelard, de quien Julián sabía más bien poco, sino hacia el asesino que el profesor había estado investigando. Su ira, la ira que le hizo soltar una amenaza tan inverosímil, era ira justiciera. ¿Qué hubiera sucedido, de mostrarle a Julián lo que sabía, de hablarle de Kain y de su hermana? ¿Acaso me hubiera creído? Pero ya era tarde para arrepentirme por esas cosas. Antes de que lo pensara, y sin darme cuenta, estaba de nuevo sola en esta empresa.

Entonces, otra vez, ¿quién?

-Director Ashadd- levantó la mano un hombre cualquiera, al final del aplauso- Debo decir que su discurso nos ha convencido. Mi esposa y yo mandaremos a Nicolas a clases. ¿Pero se hace usted responsable por lo que pueda ocurrir?

El rey de San Naerit mira a su entrevistador con intensidad.

-Señor Bradoc, si me lo permite, su pregunta es vana. Nada he dejado más claro que ese punto.

-¿Y qué ocurre con el asesino que hay en el colegio?- inquiera otra madre, una de las pocas que no ha quedado convencida.

-Marisa, puedo afirmar con total seguridad que no hay un sólo asesino en mi instituto.

Algo en esa oración me parece una burla que no puedo comprender. El esposo de la raquíca Marisa salta en su defensa.

-Y sin embargo, ocurrió lo que ocurrió.

-Nos tomamos el tiempo de investigar a nuestro profesorado. Todos los profesores tienen coartadas sólidas, que la policía Visganesa estará dispuesta a compartir. Las entradas de la escuela estaban selladas, y a esa hora, pocos no habían vuelto ya a sus casas. El sistema de tarjetas vuelve leíble las salidas de mis empleados. ¿O acaso quiere insinuar que el problema está dentro del alumnado?

Varias miradas se volvieron a aquel pobre hombre, indignadas.

Norbert a mi lado frunce las cejas, pensativo.

-A mí me importa un comino toda esa palabrería- habla entonces un viejo sentado no muy lejos de Ashadd, un viejo enorme de grandes ojeras- Señor Rector Ashadd, sé que usted me conoce bien. Soy un hombre de campo. Me he tomado la molestia de dejar mis tierras sin protección con una sola pregunta: ¿va a estar mi nieto en paz, o debo mantenerlo encerrado en el rancho? No me hable de leyes e investigaciones vanas.

Los ojos del director se clavan con interés en el anciano. Kain habla, con una urgencia que me cuesta entender.

"Liseth."

-Señor Jerves, me alegra que haya venido. Quiere mi palabra, ¿no es así? Se vuelve hacia todos los padres.

-Prometo que no habrá alumno alguno atacado dentro de esta escuela.

"Liseth, el viejo."

"¿Él?"

"Se está yendo. Síguelo."

No comprendo qué ocurre, pero me levanto de mi asiento. Era cierto: al oír la promesa, aquel anciano fornido se había levantado y marchado, dando por concluido el asunto. Ashadd continuó respondiendo las inquisiciones de los padres y periodistas. Aunque su voz era cautivante, comencé a encarar hacia la salida.

-¿A dónde vas?- me pregunta Matt.

-¡Ya regreso!

El anciano se pierde por la puerta, arrastrando los pies. A pesar de renguear, su velocidad es sorprendente.

"Kain, ¿qué ocurre?"

Mi mente permanece en silencio. Desisto con un insulto y no pierdo ojo de aquel hombre. Con cuidado de no alertarlo lo veo doblar por el pasillo. Se está retirando. Tiene un cuerpo ya algo inflado por la edad, pero muscular por evidentes trabajos, apenas encorvado, uñas amarillas por tabaco; y viste con una camisa abierta, pantalones de granjero y sandalias a pesar del frío. Cuando sale del edificio mira el cielo por unos momentos, los nubarrones que se están formando.

Continúo siguiéndolo, a una distancia prudencial. El vasto cielo ya está sobre mí, y sólo puedo aparentar atarme los cordones mientras lo veo cruzar la reja, en su paso de tortuga apurada. Luego corro, para no perderlo.

"Kain, ¿quién es?"

"Es él."

“¿De qué estás...?”

“Lo recuerdo. Él es el hombre que me asesinó.”

Paso el umbral, helada. El anciano no ha buscado su auto, sino que se halla de pie, esperándome del otro lado, tapado por el muro. Me escudriña con ojos iracundos.

-Niña, ¿te parece gracioso?

No puedo emitir un sólo sonido.

-¿Te parece divertido seguirme, niña?

Retrocedo un paso. Aquel anciano parece echar humo de la boca, acercándose. Apoya una mano fuerte como un garfio en mi hombro.

-¿Dónde están tus padres? ¿Por qué me sigues?

Sudor, miedo, la visión de un niño siendo arrojado por un abismo. Mi corazón se ha detenido. Aquel rostro agrio, de marcas oscuras y furia se acerca.

-¡Habla!

-Señor Jerves- dice una voz a mi espalda- Liseth está bajo mi cuidado. Lamento mucho si lo ha molestado.

El tiempo vuelve a moverse. Norbert me toma, separándome de la garra de aquel hombre. Sonríe tranquilamente.

Ezequiel Jerves Sr, el abuelo de mi compañero Zaq, escupe al piso y me mira de pies a cabeza.

-La juventud de hoy en día no tiene educación, por mucho que parlootee ese director. ¡Esa es la verdad!

Luego se marcha, rengo, hasta su furgoneta, sin gastar otra mirada en nosotros. La manaza de Norbert me palmea de buen humor.

-El viejo Zaq es un gruñón con todos, no te preocupes. Hasta yo me he llevado algún par de sustos con él.

No contesto. En mi mente, Kain también se halla en un profundo silencio. Sigo a Norbert de vuelta hacia el auditorio sin poder formar una palabra, bajo las grandes nubes y las luces de truenos que forman estática en el aire.

Ezequiel Jerves.

La sensación es que he estado equivocada, pero que mi error ha abierto un atajo impensable, un regalo del azar que de otro modo nunca hubiera podido obtener. La respuesta estuvo cerca todo este tiempo, pero sólo la casualidad terminó por presentármela. Quien asesinó a Kain es un anciano de ojos oscuros y amargos.

Cuando obligadamente visito el Balcón, ya en casa a la tarde tras la reunión, ambos tenemos tiempo de sorprendernos.

-Era él.

-Kain, ¿estás seguro?

Su rostro se mueve imperceptiblemente al asentir.

-Cuando lo vi... Lo recordé bien. Él fue quien me empujó por ese acantilado. Era más joven en ese entonces, pero no olvidaría su cara. Porta la misma expresión. ¿Cómo dijo tu cuidador que se llamaba?

-Lo llaman el viejo Zaq, aunque su nombre es Ezequiel Jerves. Es el abuelo de uno de mis compañeros de curso.

-Ese chico podría estar en peligro- apoya las manos Kain sobre la tapa del piano, furibundo- Y Liseth, podríamos estar cerca de averiguar lo que ocurrió con mi hermana. Hemos tenido mucha suerte. Tal vez demasiada. Temo que algo horrible pueda suceder.

-Habrá que ir con cuidado.

-Me alegra que lo digas. Tal vez una investigación policial no sea una mala idea.

-Pero Kain- digo, y me sorprende el ser del todo sincera- ¿De verdad crees que ese hombre ha dejado alguna huella?

Y pienso, entre muchas cosas, el episodio de los ataques en el bosque. Si fue el viejo Zaq quien dispuso todas esas trampas de oso para tomar desprevenido al asesino, ¿cómo iban a atraparlo? Es sin duda anciano, pero sabe lo que está haciendo.

-Está jugando a esto desde hace mucho- pronuncio mi pensamiento.

Kain da un suspiro de resignación, y asiente.

-¿Y entonces?

-Tal vez pueda hablar con Zaq... Me refiero a Zaq Júnior, su nieto.

-Liseth, quizás él mismo no sabe el monstruo que es su abuelo. Y si lo supiera, no puedes estar segura de qué partido tomaría. Un paso en falso y podríamos perder la única pista que tenemos.

-Si buscara evidencia en su casa...

-Tú misma lo dijiste; es difícil de creer que quede alguna evidencia.

-¡Algo debe haber! Algo que tú puedas interpretar, y no la policía.

-Pero yo no quiero que te arriesgues.

Chasqueo la lengua con enfado.

-Así no avanzaremos nunca.

-No- dice él, y apoya sus manos sobre mis hombros- Gracias a ti tengo esperanzas que creía olvidadas. ¡Ese hombre existe! ¡Pude verlo de nuevo! Y si recuerdo su mirada cuando me vio caer, de seguro también podría recordar la risa, los ojos de mi hermana. ¡Tal vez ella también viva!

Aunque me parecía difícil de creer, asentí para no quebrar su emoción. Parecía a punto de estrecharme de nuevo entre sus brazos.

-Tenemos que pensar esto bien. Lo de ese hombre, Julián...

-Fue un error mío- admito- Lo siento.

-No quiero que te disculpes. No conmigo. Pero analicemos lo que sabemos. Para diferenciar, llamaremos al asesino Ezequiel. Sabemos que hace diez años, se deshizo de mí y luego mi hermana desapareció.

-De lo cual los adultos del pueblo recuerdan más bien poco.

Asintió.

-En cualquier caso, ese hombre continuó viviendo su vida dentro de San Naerit. ¿Crees que haya matado a más personas en ese entonces?

Niego.

-Ya viste el caos que causaron los últimos dos asesinatos. Este sitio es pacífico.

-Sí- admite Kain embelesado mi razonamiento- Volvió a matar en los últimos meses, pero posiblemente porque se sentía empujado.

-¿Empujado?

-Alguien lo estaba investigando.

Lo comprendo.

-Julián.

-No sé por qué tu profesor de literatura se interesaría por un tema como este, y sólo puedo decir que estoy agradecido. Liseth, con lo que le pasó, temo más por ti que nunca antes. No querría que nadie más sufriera lo que a mí me ocurrió.

-Pero quieres encontrar a tu hermana.

-Lo quiero.

-Entonces prosigamos- retomé la palabra yo- Ezequiel Jerves, Señor, se entera de que el profesor Julián Hauswhite está curioseando más de lo debido. Que revisa viejos registros, y se entrevista con personas que conocen la antigua historia del pueblo. Tal vez para dar una advertencia, se encarga de asesinar a Charlotte Messel. El profesor entiende el mensaje, y deja de asistir a clases. De seguro se plantea qué hacer.

Kain comparte mi lógica, y continúa.

-Luego Julián hace algo incorrecto. Tal vez un descuido, tal vez un acto de valentía. En cualquier caso, allí su vida acaba. Pero viene entonces un problema, Liseth. Me dijiste que habías hallado la cabeza de Julián en tu casillero. ¿Por qué Ezequiel se molestaría en dejarla allí? Parece ilógico que atravesara la escuela indetectado para eso.

-A menos de que no se encargara él de llevarla- razono, comprendiendo a lo que quiere llegar- Sino que estuviera metida en una mochila, esperando el momento. La mochila de...

-¿Dijiste que tenía un nieto?

Mis ojos se abren de par en par. Me cubro la boca, en un chispazo de entendimiento.

-¿Crees que obliga a Zaq a...?

-¿Qué clase de persona es tu compañero?

La imagen de Zaq, su timidez, su silencio, y el pesar sobre sus hombros me azota como una revelación.

-Es posible. Es muy posible.

Kain se mueve lentamente al pensar.

-No saltemos a conclusiones. Pero sí, es probable que tu compañero sepa sobre la clase de monstruo que es su abuelo. No lo entregaría. Ahora bien, ¿por qué llevó la cabeza hasta tu casillero?

-¿Y por qué mató a Mina?

Ambos giramos, y nos miramos.

Hacemos una pausa.

-Ni idea.

-Habrá que comenzar de nuevo- suspira Kain. Pero su decepción está oculta por la emoción que obviamente siente. Estamos cerca. Nos hallamos cerca de atrapar a quien arruinó su infancia y su vida, y luego...

Si existe una liberación para él, parece próxima.

Hay sólo una parte que no le revelo, en las horas de charlas, sospechas, suposiciones e ideas que arrojamos, intentando desentrañar todas las posibles variables de este misterio. Mi motivo es incierto, incluso para mí. Pero se trata de, desde luego, el asunto de los Cuatro Locos. Ellos sabían que Mina había sido atacada. Lo sabían. ¿Era algo percibido, por todos los habitantes del Palacio? Y si ese era el caso, ¿por qué motivo Kain era una excepción?

Y si no era el caso, ¿por qué lo sabían?

XCVIII

Concluimos que sería conveniente poner un ojo sobre Zaq Jr., en cuanto las clases se reiniciaran. No faltaría mucho, y luego podríamos decidir cómo obrar. Esta vez, al menos en lo que a mí concernía, no planeaba dar un sólo paso sin la asistencia de Kain. Arruinar las cosas hubiera arruinado la relación que comenzaba a formar con él.

Ahora, sábado antes de que reinicie la escuela, me hallo en pijamas, contra uno de los cómodos cojines del salón de estudios, junto a Kari viendo la emocionante partida de consola que debaten Matt y Elias. Norbert, desde luego, cree que su hijo está estudiando.

Bueno, siendo honesta, es posible que no lo crea.

-¡Toma eso!- grita Elías, y levanta las manos en un festejo- ¡Primer puesto! ¡Matti queda quemado!

-Calla ya, y juega de nuevo.

-¿Avergonzado...?- el pecoso se gira, y nos mira- Muchachas, muchachas, si me alientan la victoria tendrá mejor sabor.

-Estoy cansada.

Kari le saca la lengua.

-Ojalá pierdas.

Pasan a la siguiente ronda. Pero debo decir que en lo que respecta a videojuegos, Elias parece sacarle una buena ventaja a su amigo. Para el final del encuentro, de seis partidas jugadas Matt sólo consigue dos victorias.

Por lo bajo, Kari comenta.

-Es muy bueno. Mikhail solía ponerse furioso con él.

-¿Mikhail?

No es alguien a quien me sea fácil visualizar con el mando de una consola en la mano.

-Elias le ganó tres veces seguidas, y por eso casi terminó con una lapicera clavada en el rostro.

-No pensé que fuera un mal perdedor.

-¡Por supuesto que no lo es!- lo defiende ella- Pero las cosas así colman su paciencia rápido, créeme.

Imagino que sería divertido de ver.

-¿Y Alex y Jessica?

-No lo sé. Nunca juegan.

Recuerdo entonces mi entrevista con Alex.

-Kari, ¿sabes qué están haciendo ellos aquí? Quiero decir...

-Pues, Alex está trabajando. Y Mikhail también.

-Claro. Pero ¿por qué aquí?

-Liseth, a veces eres rara. ¿Qué quieres decir?

-Me refiero a, ¿por qué eligieron San Naerit? ¿Alguna vez Mikhail te contó algo?

-¿Y por qué lo elegiste tú?

Apreté los labios.

Touché.

En la noche, durante la cena, todos hablamos sobre la fiesta que vendría, la que harían las chicas de danza. Norbert coincidió en que sería bueno ir, en especial para no decepcionar a nuestra compañera en duelo. Elias opinó que las jóvenes de danza eran las mujeres más lindas de la escuela, y que los dioses lo mataran antes de desperdiciar una oportunidad de hablarles. Matt rodó los ojos, y Kari le pateó la pierna bajo la mesa. Wilhelm, muy centrado en nuestra conversación, se llevó un mejunje de pan a la boca y volvió a su habitación. Desde hacía varios días que lo notaba más alicaído que de costumbre.

También, los golpes nocturnos se habían incrementado.

Dormimos, si bien me era difícil conciliar el sueño en la oscuridad, cuando los crujidos de la madera y el silbar del viento me traían recuerdos horribles, de voces, de lamentos, de rostros pálidos y ojos endemoniados. Al menos, me consolaba, desde que había cruzado esa maldita puerta ya no había para mí pesadillas ni ataques de pánico. ¿Me habría acaso curado? Me costaba creerlo. Mi enfermedad espiritual, se llamara como se llamara, seguía muy presente en mí.

Y por eso, temía.

Esa noche soñé que era una niña, corriendo por el bosque junto a otro muchacho embarrado, sacando cascarudos de sus madrigueras con pequeños palos, machacándolos en el suelo. Ambos reíamos. No podía ver su rostro, pero los charcos de agua tampoco reflejaban el mío.

Arriba, una tormenta se formaba.

El domingo, cuando despierto, me siento muy descansada. Como por un milagro Matt y Elias se hallan también madrugados, usando la cocina para estudiar. La siguiente ronda de exámenes se aproxima, y hasta los alumnos más perezosos saben que no aprovechar todo este tiempo libre para adelantarse es un desperdicio.

Cuando bajo, Elias me señala.

-Lindo peinado, Liseth.

Palpo los pirinchos que no se me ocurrió peinar, y subo de vuelta para arreglarlos. Elias se desternilla de la risa, hasta que Matt le da un codazo. El sol, mis medias contra la madera de los escalones, el aroma a vejez de la casona y los crujidos, el sonido rítmico del reloj y el desayuno que me espera en la mesa; todo eso se confunde en una alegría indefinible. En el baño me miro frente al espejo, a mí misma, a lo que soy, como lo hice meses atrás. Y siento que, además del crecimiento de mi cabello, mis ojeras han disminuido y mi rostro tiene una vitalidad y atractivo que no había percibido antes.

Con el índice trazo un camino por las pecas que cruzan el puente de mi nariz, contándolas. Son las que, según Cecile, forman la constelación de Capricornio.

Sonrío.

Ya he olvidado mi sueño.

XCIX

Como los lunes nuestra agenda escolar comienza con la materia de Literatura, a primera hora la vicerrectora se presenta a impartirnos la clase. No es una experiencia agradable para una treintena de alumnos que ya se han acostumbrado a utilizar esas horas como un recreo extra. La asistente del director es como un demonio, una máquina en cuyo rostro no cabe lugar el humor, el afecto o nada que no sea la más fría educación. Algunos alumnos sudan mientras ella se pasea entre nuestros bancos recitando.

En ese silencio, con la mano doliéndome por tanto anotar, apenas doy unas ojeadas a quienes me interesan. Candice sigue deprimida. El banco al lado de Sally continúa vacío, pero me pregunto cuánto durará eso. Trish debe de haberse enterado de la muerte de su amor. Si no regresa a clases todavía, de seguro es por un duelo más que prolongado.

Y detrás, de reojo, observo a Zaq. El pelirrojo está cabizbajo como siempre, y sus manos tiemblan. Me resulta extraño pensar que no haya podido verlo antes. El sufrimiento, la presión de algo que atraviesa son evidentes, pero quizás para todo el pueblo que Zaq Jerves es un chico tímido fue una realidad a la que pronto se acostumbraron, y como Matt lo dijo es mi mirada extranjera la que puede detectar lo que los demás ya no ven. Zaq Jerves es tímido, sí, y callado. Su rostro parece tapado por una constante oscuridad. ¿Pero es porque sabe lo que es su cuidador y abuelo?

Sus ojos verdes se levantan de pronto, encontrándose con los míos. Se ruboriza, y yo vuelvo a mi hoja. Me obligo a dejar un espacio y continúo copiando la perorata de la vicerrectora.

Cuando por fin suena el timbre del recreo, dejo escapar un largo suspiro de alivio. Pero ninguna de las chicas tiene tiempo o lugar para dejar el aula y procurarse bocadillos. En cuanto los tacos de nuestra maestra provisional abandonan el curso, los varones tapan la puerta y se ciernen sobre nosotras.

-¿Cómo ocurrió?

-¡Cuenten, qué vieron!

-¿Es cierto que lo decapitaron?

-Oí que fue tu casillero, Janet.

-No, fue el de Liseth.

Varias miradas se clavan en mí. Me esfuerzo en permanecer erguida.

-¿Cómo fue?

-Era una cabeza- digo. De pronto no se me ocurre qué más agregar.

-¡La jodida cabeza del profesor!- se palmea las mejillas Gabriel Altamirano- ¡Santo dios!

Cuchicheos y comentarios de asombro nos inundan. Veo de reojo a Candice, quien no participa en la exaltación general. Ella gustaba de Julián. Otra tragedia enorme se ha sumado a su vida, y la única forma en la que la enfrenta es con una aversión a su entorno que parece dejarla desconcentrada de todo lo que ocurre. Zaq también se mantiene callado, apartado junto con Larry que tiembla de miedo por lo que se está diciendo.

Sophie, otra de las chicas, comienza a relatar lo sucedido, a lo cual varias levantamos nuestras cejas. Ella se desmayó cuando apareció la cabeza.

-¿Y bien?- me dice Marco Sartore, el grandulón intelectual del curso- ¿Cómo ocurrió la cosa?

Matt escucha, desde su banco. Está viendo a Zaq detrás.

Abro la boca, y se me seca al instante. Simulo pensarlo. Deben de estar pensando lo lenta que es la chica nueva. Pero no. No debo enrojecer. Respiro. No hay oscuridad. ¡No hay oscuridad!

Y entonces, yo...

Dejo salir el aire.

-Fue cuando terminó la clase de DuMarque- oigo mi propia voz, mi propio tono, y me esfuerzo en no contar los rostros que se amontonan: David, Rita, Cecile, Gabriel, Lara, Elias, Marco, Sophie, Tadeo, tantas caras que por fin me prestan atención, oyen mis palabras con muecas variadas- Fui a mi vestuario, quiero decir, al vestuario, y quise abrir mi casillero. No noté que goteaba.

-¿Goteaba?

-¡Sangre, tonta!

-Eso es *tan* terrorífico.

-Creo que vi una película con una escena muy similar una vez.

-Sigue, Liseth, no prestes atención a estos tarados.

Me sentí de repente más cómoda, como ayer frente al espejo. ¿No es esto mi nueva vida? ¿No es esta la nueva vida que anhelaba?

-Entonces empujé la portezuela, y al principio no entendí lo que veía. Pero...

C

Haber estado rodeada por la atención de mis compañeros, no sólo hizo que mi nivel social dentro del instituto diera unos buenos pasos, sino que también me permitió ganar tiempo para cierto proyecto que deje de lado, desde que acepté servir de ayudante para Frederick Cable.

Desde luego, el primer día de la semana no fue propicio para planear demasiado, debido al angustioso clima que reinaba en la escuela. Si la muerte de Charlotte Messel, desconocida para más del noventa por ciento del alumnado, había dado un gran impacto en todo el pueblo, la muerte de alguien tan querido como el profesor Julián Hauswhite dio mucho más que hablar dentro de las gruesas paredes del instituto; por lo que a su manera, con silencios, o largos discursos que recalcan el sufrimiento y valentía de quienes escogían la profesión docente, todos los maestros nos hicieron saber su desconcierto, su confianza en que la dirección de Ashadd podría hacernos sobrellevar la tragedia, y su vocación de seguir enseñando aunque estuvieran en peligro.

Oyéndolos, no pude evitar pensar que el director estaba en lo cierto. Nadie más sería atacado dentro de la escuela.

¿Pero por qué? Sentía que ese mensaje, y tantos otros que aquel misterioso hombre había dejado ante toda una multitud estaban destinados para un par de oídos muy en particular. Aunque no fuera el asesino, el director se traía algo entre manos.

Si la atmósfera escolar era gris durante las lecciones, en el recreo, contra mis expectativas, parecía volverse un charco helado en el que pocos se atrevían a pisar. Las chicas cuyos corazones habían palpitado por el difunto profesor se paseaban de curso en curso, solicitando firmas para un tributo. En otro turno, una celadora se asomó y preguntó por Teresa Simaff, para llamarla a dirección. Pareció bastante decepcionada cuando escuchó que Trish no venía a clases desde hacía semanas.

Es decir que, en resumidas cuentas, el retorno a las clases fue un retorno cuya banda sonora sería alguna de esas tediosas canciones húngaras que a mi padre tanto le gustaba escuchar los domingos, y por lo tanto, no tuve ni las energías, ni la intención, de actuar. Me limité a observar, a mis compañeros, a sus conductas, a las formas en las que se relacionaban. Era algo que había aprendido a hacer bien, desde mis primeros días en Nueva Gabul. Cuando era una niña temerosa, en búsqueda de amigas, necesitaba saber quién era querida, a quién se podía odiar, quién debía ser derribada, a quién podía señalar con el dedo y echar culpas para ganarme la simpatía de la gente. Cuando Orlana y sus seguidoras pusieron al mundo contra mí, esa habilidad no decayó: se volvió inútil, tal vez, pues ya me era imposible el tener a quien me apoyara, pero permaneció latente, dejándome convencida de que, en cierto modo, abandoné esa clase sabiendo más de lo que sentían sus integrantes que ellos mismos, pero sin que ese conocimiento me diera fruto alguno.

Pensé que podía hacer algo con mis nuevos compañeros, a quienes ya me había acostumbrado. Era el momento de plantar más semillas.

Puse las manos a la obra el martes, posiblemente porque fue un día en el que por fin las nubes retrocedieron, creando una ventana por la que el sol se filtró dándole alegría a las paredes de la academia. Un paisaje como ese lograba infundirme energías, inclusive a alguien tan poco esforzada como yo.

Lo primero que hice fue, en el primer recreo, abrir la Puerta Roja en el baño.

Hallé a Kain enfrascado en la lectura, sus ojos de rubí danzando entre las viejas páginas sin siquiera levantar la mirada. Apenas pareció enterarse cuando hice el cambio. Mejor para mí.

-¿Cómo va todo?

-Bien- dije. La voz de Mina siempre sonaba más dulce que la mía.- ¿Y tú?

-El asesino es un simio.

Pensé en Ezequiel Jerves, abuelo.

-Da algo de miedo.

-¿Pero por qué un simio mataría a...?

Me marché antes de contestar su pregunta, aunque Kain no lo notó. Me alegraba haberle hecho ese regalo. Puse en mi lista mental el pedir más libros a Norbert, y regresé al mundo real. Había vestido a Mina con una mezcla de mis ropas y las suyas, un conjunto del cual estaba segura Alice se hubiera burlado cruelmente. Pero no me importaba. Caminé segura de mí misma, atrayendo las miradas. Lo que importaba era la actitud. Si Mina o Alice hubieran comenzado a usar algún adorno estúpido como orejas de conejo o cursilerías por el estilo, de seguro no hubiera pasado mucho hasta que otras chicas comenzaran a imitarlas. Todo estaba en quién marcaba tendencia.

Bueno, no era que pensara precisamente que las sudaderas negras fueran a hacerse la nueva moda, pero no era ese el punto por el cual me paseaba con este cuerpo por los corredores de la escuela. Buscaba a alguien, y lo hallé justo donde imaginaba, arreglando asuntos en la sala de profesores. Frederick Cable me vio, pidió permiso y luego se acercó.

-Harvnes. ¿Cómo marcha todo?

-Sólo quería avisarte que voy a ir escogiendo a los delegados. Quizás no me presente al aula.

El presidente se ajustó las gafas.

-Le comunicaré al profesor, no te preocupes. Tómate tu tiempo. No es un trabajo sencillo descubrir cómo funcionan los cursos. Son pequeñas sociedades, y elegir al delegado incorrecto puede ser un grave error. Pero confío en ti.

Sonreí.

-Haces bien.

Hacía bastante mal, pues muy poco me importaba lo que ocurriera en las demás aulas. Pero para dar naturalidad, inicié con los de primer año. Tomé la larga lista con los nombres, y me paseé por las aulas consultando.

-¿Alguien quiere ser delegado de esta clase?- preguntaba, y varias manos se levantaban. Muchas de ellas, sin duda, se erguían de anticipación sólo por la oportunidad de hablar con Mina Harvnes. Chiquillos inmaduros saltaban de sus pupitres, gritando.

-¡Yo!

-¡No, yo!

-¡El ni siquiera sabe sumar!

Escogí a uno al azar, por reconocerlo. Era el mismo muchachito al que había mandado a llamar a Cable alguna vez. Lo encerré en un círculo en mi lista, y prometí a los demás considerar bien todo antes de escoger. Fue hilarante lo rápido que se lo creyeron. Antes de retirarme a probar suerte con los de segundo, una voz conocida sonó desde el fondo de la sala.

-Parece que las divas de sexto año ahora hacen campaña. Qué triste.

No había tenido en cuenta que Kari cursaba aquí. Me volví hacia ella, afectada. Estaba con sus amigas, y me miraba con desconfianza. Pero claro.

Le sonreí. Kari me respondió con un gesto muy obsceno, del cual, no voy a mentir, me sentí algo orgullosa. Le cedí la victoria y marché antes de ganarme a una enemiga contra la que no pensaba luchar.

En segundo año me encontré con Elia Valdez, una de mis compañeras más jóvenes de danza. Pareció muy feliz de que me apareciera, pero decidí no elegirla delegada para no sumarle responsabilidades. Usé la silla del profesor, ya que el recreo no acababa, y fingí oír los consejos y opiniones de quienes se postulaban, asintiendo de vez en cuando. Varios saltaron de sus bancos para decirme que irían a la fiesta de DuMarque, como si aquello pudiera sumarles puntos. Otra vez, dije que lo pensaría y elegí un nombre al azar.

Lo mismo se repitió con los de tercero. Pero quiero aclarar algo. Mentir, es, seguramente, mal visto por la gente. Y sin embargo, cuando yo era Mina, mentía con una facilidad que nunca tuve en mi verdadero cuerpo. Mientras recorría los pasillos, al oír nombres y escribirlos para luego echarlos al tacho, cuando simulaba atención completa en lo que tantas bocas me decían, una parte de mí quiso pensar a qué se debía eso. Creo que puedo afirmar que lo que yo hacía era una doble mentira. Mentía, sí, cuando decía estar interesada en los candidatos que los cursos me presentaban, pero mentía también de un modo más abstracto, desde el momento en el que me veían, pues Mina Harvnes estaba perdida y tenía una familia a la que no veía, y todas esas pequeñas suposiciones, nefastas, que los alumnos de San Naerit pudieran hacer sobre ella eran falsas: que era Mina, que amaba el derecho, que era popular, que era amiga de Alice McRyans; todas, invariablemente torcidas; y si todo en mí era falso, ¿no eran mis falsedades en cierto modo verdaderas? Una mentira, dentro de otra mentira, pensaba, tiene algo de verdad. Si Kain, si Frederick, si alguien me hubiera juzgado, hubiese estado más que dispuesta a defenderme, pues poco importaba lo que dijera con estos labios.

Algo así concluí, cuando crucé la puerta que era de mi curso.

Como el recreo ya casi terminaba, había más gente de la que esperaba adentro. Marco Sartore se hallaba junto con Héctor Laratti, Tadeo y otro muchacho; Candice se pasaba los descansos clavada en su pupitre, poniendo excusas para no acompañar a sus amigas a donde las multitudes pudieran verla, Sophie Brauer escribía furibundos poemas agazapada en su banco y tanto Matt como Elias se hallaban enfrascados en una partida de ahorcado, en la que el primero parecía estar vengándose de su derrota en la consola del sábado.

No necesité toser o hablar para llamar la atención de los presentes. La sola presencia de Mina tenía algo, una cualidad que provocaba que las miradas se clavaran en ella, en sus ojos, en sus piernas, en la suavidad de su cabello.

Elias dio un codazo muy obvio a Matt, quien me miró. Fue la misma mirada que hubiera usado luego del partido: distante, difícil de discernir. Me

desconcertó por unos instantes, pero simulé revisar mi lista y me dirigí a Candice.

No había notado las grandes ojeras que se le dibujaban ahora bajo el celeste de sus ojos. Parecía agotada, hasta asustada cuando me acerqué. No quise darle tiempo a replicar, sino que me senté en el banco del frente, crucé las piernas, y hablé.

-¿Puedes dar una noticia para el curso?

Un temblor visible la sacudió. Era obvio que no quería, pero que tampoco se atrevía a negarse. Alcé un poco la voz, para que todos me oyeran.

-Es sobre la elección de los delegados...

-¿Se harán votaciones ahora?- preguntó desde la distancia Marco, tal como lo esperaba.

Con su uniceja y sus maneras burdas, aquel definitivamente no era un candidato para el liderazgo social de cuarto año... Y sin embargo, tal vez por la misma gracia que en San Naerit me había dado amigas, había llegado a percatarme de que los varones respetaban mucho a Marco Sartore. Era posiblemente el producto de su diligencia, su innegable esfuerzo a la hora de ayudar a los demás y su interés por mejorar, que había salvado las tareas de varios y dado una sólida mano ante los exámenes. En mi opinión, tal vez él fuera el candidato a delegado perfecto.

Por desgracia, no lo sería.

-Me temo que no- le sonreí. Los varones que lo acompañaban se removieron, alisaron sus camisas o reacomodaron algún cabello despeinado, expectantes- Hemos decidido cambiar el sistema, para facilitar.

-¿De verdad?- dijo él. Parecía decepcionado.

-Esta vez realizamos sorteos- mentí- Así la responsabilidad caerá aleatoriamente. Nos pareció un poco más justo.

-¿Pero qué ocurre con los que sí quieren ser delegados?

"¿Y qué ocurre si te callas un poco?"

-Bueno, supongo que podrán ayudar al que salga- simulé rascarme la mejilla, y acerqué la lista. Luego señalé mi propio banco- ¿Quién se sienta ahí?

-Está desocupado.

Matt me examinaba con detenimiento. Lo curioso era que mi carpeta estaba abierta, sobre aquel banco que tan desocupado supuestamente estaba. Era posible que sus ojos ni pudieran verla.

-Está bien- afirmé- Bueno, diré los nombres que salieron.

Tosí, sabiendo que todos me oían. Hasta la pluma de Sophie dejó de moverse.

-Arthur Irrauldi será nombrado delegado- dije- Su reemplazo será Liseth Aurdelard.

-¿Eh? ¿Arthur?

Marco levantó una mano.

-¿Sí?

-Liseth Aurdelard no cursa aquí.

-Oh. ¿Seguro?

Asintió más que convencido, y yo simulé tachar mi nombre.

-El tercer nombre es el de Teresa Simaff.

-¡Está faltando!

Esta vez actué mi mejor cara de desconcierto.

-¿E Irrauldi?

-¿No sería justo hacer el sorteo aquí?- habló Marco- Parece más sensato que se realice en las paredes del curso que...

-Estás diciendo que no confías en cómo hacemos las cosas.

Uno de sus amigos le tapó la boca.

-No le hagas caso- me saludó con una mano- Arthur será.

Me levanté, guiñándole un ojo a Candice. Se sentía bien ser bella.

-¿Le podrían avisar?

Marco inflaba las mejillas, intentando hablar, pero la mano le continuaba ofuscando. Al último se retrajo a la sencilla técnica de lamer la palma que lo aprisionaba, lo que le valió un grito de asco. Volvió a verme.

-No creo que Arthur Irrauldi esté capacitado para ser delegado.

Sincero, él.

Con pasos rítmicos caminé hacia el pizarrón.

-Lo arreglarán ustedes.

-¡Pero entonces no nos quedarían opciones!- gritó él- ¡Una chica que ni siquiera es de esta clase, y otra que no asoma su rostro aquí desde hace semanas!

-Debe de ser un error- asentí varias veces, viendo mis hojas- Voy a hablarlo con mi presidente. ¿Podrían esperarme?

Marco Sartore asintió satisfecho. Admiraba que el atractivo de Mina no hiciera efecto en su juicio, si bien era molesto. Era el único que se había atrevido a concluir que elegir a Arthur Irrauldi para convertirse en el rostro de las responsabilidades de cuarto año era tan buena idea como regalarle una boa a un niño de tres años.

No pensaba quitarme a Marco de encima. Hasta yo había aprovechado sus apuntes de vez en cuando. Pero lo que ocurría se resolvía, para mi bien, regresando al mundo en donde Liseth Aurdelard sí existía. No era que creyera que mi curso fuera a ser feliz conmigo como delegada, pero eso ya era otro asunto. Comenzaba a erigir las escaleras que tendría que subir.

Desde luego, no consulté nada a Frederick Cable, sino que le devolví las listas con los nombres que había marcado y le expliqué que el asunto estaba terminado. Ocupado con sus tareas, él me agradeció de corazón y las guardó sin revisarlas. El episodio con Julián y Teresa me había valido su confianza.

Todo había ido más rápido de lo que esperaba. Decidí entonces quedarme como Mina, toda la jornada hasta después de danza. Hacía mucho que no usaba este cuerpo, tal vez por el temer memorias, recuerdos de esa noche oscura en la que había decidido espiar al profesor Hauswhite. Qué ilusa había sido.

Durante el segundo periodo, ocupé mi asiento al lado de Alice. Anna dormía como siempre en el pupitre de atrás, sus mangas largas ocultándole las manos, y Harrold se hallaba ausente. León y Rickert aplaudieron y silbaron al verme, como la primera vez.

-¡Nuestra animadora! ¡Gloria a la animadora oficial del equipo!

Las cejas oscuras de Alice se levantaron tanto que parecieron rozar el inicio de su cabello. Yo los saludé con una mano, sonriendo. No eran esos idiotas a los que quería ver, pero servía.

-¿Fuiste a ver el partido?- me preguntó mi *amiga*.

-Sí. Harrold me invitó.

Gocé cada una de esas palabras en mi lengua.

Alice bufó, abriendo su cuaderno. El profesor de psicología entraba al aula, disculpándose por la demora. Y tuve la certeza, la seguridad de que ahora mismo, en el curso, no había persona alguna que estuviera concentrando sus ojos en Alice McRyans, sino que todos me miraban a mí, mi sonrisa, mi soltura, mi cabello oscuro y el celeste de mis ojos. Me sentí hundida en un agua calma, satisfecha con mi existencia, sin oír una sola de las palabras que el maestro nos impartía.

Luego Alice comentó.

-¿Qué es ese sweater espantoso que tienes encima? Parece sacado de un basural.

Una vena pulsó en mi frente, pero continué sonriendo. No tuve que preocuparme por replicarle e iniciar otra batalla como la del comedor. La puerta del aula se abrió, y Harrold se apareció con la mejor de sus risas.

-Disculpe, profesor. El director me ocupó un rato.

El menudo psicólogo no pudo amonestarla con una combinación de palabras tan efectiva. Harrold caminó entre los pupitres, saludando a las miradas que le hacían, y sus ojos claros se clavaron en mí por unos segundos. Hizo un gesto muy extraño antes de ocupar el banco de atrás.

-Como estaba diciendo, los supuestos generales de la psicología clínica...

Simulé buscar en mi mochila, aunque no había traído un sólo apunte con el que engañar. Si alguien hubiera echado un vistazo, sólo hubiera hallado libros de texto de cuarto. Al menos nadie había comentado el cambio entre el bolso de Mina y el mío.

Atrás, Anna bostezó.

-¿Eh? ¿Ya acabó el recreo?

-Sigue durmiendo- le ordenó Alice.

La otra se estiró sonoramente.

-No sé si toleraré ir a danza hoy...

-Pues no vayas.

-Alice, ¡eres súper cruel!

Miré a Anna de reojo. Me di cuenta en ese momento de que era imposible tenerla de mi lado. Mi intuición no solía mentirme. Aun aunque hubiera podido poner a todo San Naerit en contra de Alice, aquella estúpida la seguiría a todas partes.

Suspiré. Supongo que algunas personas nunca cambian.

Un pequeño papel trazó un arco perfecto y cayó sobre la superficie de mi banco.

Miré hacia León y Rickert, pero se hallaban enfrascados en otra ruidosa charla. Sin más, lo abrí.

Adentro sólo estaba escrito:

"Al final, no te confesé lo que quería."

-Harry

Me volteé. Harrold me guiñó un ojo. A mi lado, el profesor tosió haciendo especial énfasis en su lección y yo simulé buscar mi mochila.

Tomé mi cuaderno, y con prolijidad recorté el borde de una hoja. Luego escribí con la lapicera.

“Pasaron muchas cosas. ¿Quieres hacerlo ahora?”

-Yo”

Lo arrugué entre mis dedos, y pasé mi mano hacia atrás. Harrold lo tomó.

Continué simulando oír, emocionada. Era infantil, pero también divertido. No hubo sonido mientras él escribía su respuesta. Otro papel dio contra mi cuaderno.

“Siento que se ha perdido un poco el momento. Y es mejor decirlo frente a frente. ¿Estarás ocupada las semanas después de los exámenes?”

Sin presiones.

-Harry. (Yo también soy yo!)”

No pude reprimir sonreír como una boba. ¿Era esto lo que pensaba? ¿Me estaba invitando a una cita? Fui rápida en contestar.

“Creo que estoy libre. Pero no a la noche.”

Su respuesta fue corta.

“¿Eres la Cenicienta?”

-Harry”

No tanto eso, sino más bien que hubiera sido peligroso tener a la familia de Mina Harvnes desvelada a altas horas. Pero Harrold no tenía que saber eso.

“Algo así.

-Cenicienta”

El profesor continuó una perorata sobre una madre que deseaba convertir a su hijo en una mujer. Excepto por los matones de atrás, la mayoría del curso parecía bastante interesada. Sólo Harrold y yo estábamos en otro mundo, entre risitas estúpidas de primaria.

El cuarto mensaje llegó a destino.

“Entonces, me tocará a mí ser el príncipe. Prometo liberarte antes de las doce para que marches en tu calabaza. Asegúrate de llevar las botas de cristal.

-Príncipe Encantador”

Rebotó mi respuesta, pero él la atrapó en el aire.

“Trato hecho.

PD: ¿Qué no es un zapato de cristal?”

Oí un fingido suspiro de indignación. Lo siguió un sonido algo monstruoso, que hizo que Alice chasqueara la lengua.

El siguiente papel cayó sobre mi mano. Era bueno.

“Temo que con un zapato se congelarían tus pies, Cenicienta.

PD: Anna ha comenzado a roncar.”

Comencé a redactar mi respuesta, muy enfrascada en aquello. Algo cosquilleaba en mis piernas y en mi estómago. Antes de proseguir, la mano nervuda del profesor se apoyó en mi banco.

-¿Toma notas, Harvnes?

Lo miré.

-Sí.

El hombrecillo dudó unos instantes, sabiendo que de ponerse en mi contra tal vez los alumnos le harían la vida imposible. Terminó por asentir.

-Bien. Como decía, la idea de una disforia puede verse como algo innatural a primera instancia, pero...

Harrold rio por lo bajo, y yo también. Teníamos una cita.

Creo que Alice fue muy receptiva a aquel intercambio de mensajes que se dio entre nosotros. Al menos, mientras el transporte de Gerardo va trepidando por las calles ya sin asfalto que nos llevan a la academia, hay amargura en el reflejo de su rostro contra la ventanilla. Unos minutos antes, la había visto desaparecer con Anna en la escuela, de seguro para contarle lo que había presenciado.

No es que me importe. Me siento bien. Cada salto que dan las gomas de la traffic levanta algo en mi corazón, y lo deposita de nuevo, arrancándome retazos de esa sonrisa estúpida que tuve. Una cita. Harrold me ha invitado a una cita.

¿Qué ocurrirá? ¿Tratará de besarme de nuevo? ¿Qué pensará la escuela si nos ve saliendo? Ya Candice se había mostrado muy emocionada cuando le mentí al respecto. Ahora tal vez tendría con qué sostener esa mentira. Y si el muchacho más popular del instituto elegía de todas a Mina Harvnes...

La emoción corre dentro de mis venas, pulsa en el rosado de mis mejillas. Apenas me entero de que ya hemos llegado. Una corriente de aire frío me hiela en cuanto Gerardo abre la puerta. No me agradaría coger una gripe en estos días.

Soy esta vez la primera en encarar los vestuarios, en donde me espera el equipo que tomo prestado. Necesito bailar. Necesito dejar mi cuerpo ser poseído por esa sombra, moverme, obedecer la voz de la profesora y estirar cada fibra de mis músculos, dejar que el tiempo corra entre giros y latidos, ojos cerrados, ojos abiertos, una caja de estrellas que se eleva contra el firmamento. Creo que nunca he tenido tantas ganas de ello.

Por consiguiente, también soy la primera en dejar los vestidores. DuMarque aplaude al verme. Tiene ojos aviesos, que siempre controlan en nuestra cintura que ninguna de nosotras haya subido un sólo kilo más de lo necesario, y una lengua pérfida que no dudaría en destruirnos a todas si comprobara lo contrario. Es inocente, tal vez, pero sabe lo que hace y por eso he llegado a respetarla; la danza, creo, es alguna clase de competencia eterna, en la que Alice y yo llevamos la delantera y las demás sólo pueden vernos pisarlas, y el placer existe en saber que una chica ganó peso, que yo lo he perdido, que a mí me felicitaron y Candice continúa fallando de tanto en tanto, para su humillación. Es una guerra. Es probable que todas las competencias y deportes lo sean, pero dudo que los partidos de Matt y Harrold tengan el nivel de suspenso y pugna que veo en mí y en mis compañeras cuando recibimos una crítica, por mínima que sea.

Normalmente, la profesora suele corregir mi postura una o dos veces durante las horas de práctica, en general, una durante los estiramientos y otra en la representación de mi solo, que ella espera salga perfecto para el momento en que tengamos que llegar a Visgana. Pero hoy, lunes, me siento como nueva y Veronique DuMarque parece notarlo. Durante la primera parte, en los ejercicios de barra, tengo más actitud y energía que todas, inclusive que Alice que siempre se aparta con su perfección de los errores que las demás

cometemos. Los ojos de nuestra mentora me revisan, y sonrían. Es una sonrisa que no llega a su boca, pero a diferencia de sus besos, de sus cumplidos, de sus abrazos maternos, me parece más franca que nunca. Parece haber visto talento. En mí.

Y luego llega el repaso, y allí me destaco más que nunca. Rombe, grand plie y battement, la música suena, evocando en mí a Kain y a su piano, como si fusionara en un instante cada momento en que dancé para él, y mientras acostumbrada, ya de memoria, repito los pasos y mis pies duelen, las zapatillas duras contra el suelo, una perla de sudor resbala por mi frente, me dejo llevar, en esa melodía sin voces, y no sólo DuMarque sino que varias de mis competidoras se frenan para observarme boquiabiertas.

¿Está bien que yo sea tan feliz?

Sí.

Yo quiero ser feliz.

Yo quiero ser normal.

Yo quiero la luz.

Y cuando me muevo puedo ver a Kain, melancólico en su piano, y puedo ver la oscuridad, que retrocede. ¿Por qué no tengo un ataque? ¿Por qué no quedo ciega desde hace semanas? Casi puedo reír. Hay una burbuja que se infla, algo que siento levemente, un eco en el vacío de un pozo enorme. Pero estoy siendo feliz. Talento, en mí, amor, en mí, admiración, en mí. Yo podía... Yo tenía la capacidad de lograrlo. Me reflejo en sus ojos, en las retinas tintadas por la luz artificial del salón, Liseth, no Mina, una chica rubia, danzando, sin rostro, que escucha los aplausos que le suceden.

Pero la oscuridad no se acerca.

Sé que debo agradecer a Kain su regalo, pues gracias a mis prácticas en el Palacio es que he podido adelantar de este modo. Kain... Harrold puede pedirme su noviazgo, pero en cierto modo, Harrold es perfecto y me siento insegura a su lado. No es que Kain no sea perfecto. Bueno, eso es un asunto complicado. Es que lo quiero. Nunca me había sentido tan emocionada por tener a un chico así a mi lado. Casi no me importa que no sea real, que esté muerto. Existe. Existe para mí, puedo tocarlo, puedo ver sus ojos moverse con pereza entre las páginas de un libro. Es para mí.

DuMarque me da el alto, también aplaudiendo. La música ya ha cesado.

-¡Excelente, mi niña! ¡Felicitaciones!

Mis compañeras respiran con la agitación de haber presenciado algo increíble. Otra vez me he dejado llevar, lo he conseguido. Me siento ligera como el viento.

-¡Te veo un gran futuro, Mina!

Sólo erró el nombre. Me inclino levemente, recuperando la compostura.

-Gracias, profesora.

-¡No seas tan formal conmigo, tesoro!- ella me plantó un beso en la mejilla, y se dio vuelta- Vengan niñas, acérquense. Ya está oscuro, terminaremos por hoy. Más cerca. ¿Pudieron entregar las invitaciones? ¿Elia, Jossie...?

Muchas asienten, con distintos grados de convencimiento. Yo no digo nada, ni recibo inquisición alguna. DuMarque confía en sus alumnas estrella.

-Bien, repasaremos algunas cosas- nos dice nuestra mentora- Con la fiesta se hará una colecta, para pagar nuestro viaje y estadía en Visgana. Si

alguna de ustedes o sus familias puede colaborar, no duden en acercarse. Tenemos poco, pero sé que arrasaremos con ese teatro.

Natalí levanta la mano. Es una de las alumnas más pobres del grupo.

-Profesora, yo no...

-¡No te preocupes!- le dice DuMarque- Sólo las que puedan. También quiero hablarles de la fiesta. Saben que se realizará el sábado, en el Salón Adal a las diez de la noche. Si son olvidadizas, como Jossie, escríbanselo en la mano. Henry mismo se ha encargado de que los servicios valgan la pena. De corazón, por todo lo que hacemos, les ruego niñas que no falten. Juliana, Clara, las estoy mirando a ustedes. ¿Alguna tiene el teléfono de Yolanda?

-Yo, profesora.

-Bueno, podrías llamarla y avisarle de lo que ocurre. No sé qué le pasa a esa chiquilla. Me gustaría que estén bien elegantes. Quiero que los ojos de todo San Naerit se deslumbren al mirarlas, ¡mis princesas!

Anna ríe, pegando su mejilla a la de Alice con un abrazo.

-¡Será genial!

Varias la corean, aplaudiendo y abrazándose. Hasta yo choco mis palmas, displicente.

-¡Desde luego!- aplaude también DuMarque- ¡Vamos a dar vuelta al pueblo como un calcetín! ¡Mis niñas, de aquí en adelante sólo tendremos éxito!

Con eso, los ánimos al regresar están elevados como el cielo, despejado en esta noche tan extraña. Cuando me bajo nuevamente en el centro, son todas mis compañeras las que me saludan, admiradas. Sólo Alice continúa viendo la ventanilla, para mi satisfacción.

Luego pongo pie en la calle, aspiro el aire nocturno, veo la hermosa noche sobre mí. Pienso que Harrold tuvo razón esa vez, cuando admiraba las estrellas.

Me pongo a caminar, como Mina, contenta en dirección a la escuela; me parece más seguro que hacer el sendero por el bosque hacia lo de los Weigler. No es que tenga ganas de atravesar los oscuros pasillos del colegio, pero desde que aquel perro infernal me salvó del mundo que se oculta tras la Puerta Naranja, ya no tengo la aversión a cruzar el terreno escolar nocturno que tenía hace semanas.

En San Naerit hay trabajadores, los del aserradero, algunas parejas que todavía pasean y curiosean vidrieras de locales cerrados. Varios me miran, y yo me siento mirada y no tengo problema con ello. Mi mochila pesa, pero camino con la frente en alto. Me siento curada.

La oscuridad sigue en silencio, inflando una burbuja.

Al llegar al muro de la escuela, algo en este me parece curioso, pero no me freno para descubrir de qué se trata. Trepo la reja. No hay nada tras la ventanilla oscura del portero. Perfecto. Luego acorto distancias, y aprovecho la ventana del curso que siempre dejo abierta.

No tardo en hallar el baño de mujeres. La Puerta Roja, en cambio, sí tarda un poco en aparecerse cuando la invoco. Pero la atravieso, como siempre, y con pasos que parecen una prolongación del baile que tuve hace poco llego a donde Kain se halla, de pie, esperando mi llegada.

Sin pensarlo demasiado, lo abrazo.

-¿Liseth...?

-¡Kain! ¡Creo que...!

Creo que...

-¿Te encuentras bien?

Hundo la cabeza en su cuello. No huele. No late. Y sin embargo, es real para mí. Puedo sentir su piel, las arrugas de su camisa, su presencia cerca de mí, su cuerpo y el mío. Mis manos aferran aún más su espalda, rodeándolo.

-Sí.

Creo que la oscuridad se ha....

Alzo mi mirada. Sus pupilas están temblando. Está pálido, pero algo se conmueve en su interior. ¿Soy yo? ¿Es realmente sentimiento, importancia lo que siento en él? Si nuestras mentes están interconectadas, si conmigo tiene un lazo que no puede quebrar, desde que nos encontramos, ¿no es en cierto modo sensato que me ame?

Me gustas, quiero decirle, en ese abrazo. Y Kain, congelado, sintiéndome sobre él, tal vez una parte de él lo percibe.

En cambio alzo los ojos de Mina, y sonrío.

-¡Gracias!

CII

Tal encarnizado prelude a lo que es el cierre de un acto, viene la segunda semana de exámenes.

Por ser la segunda, me hallo más preparada. Es cierto también que hemos tenido demasiadas interrupciones, y que de seguro algunos profesores serán piadosos a la hora de corregirnos. Algunos. Duana Gallis, de Geografía, o el sarcástico profesor de Química, pero otros como el profesor Herbert no tendrán reparo alguno en impartir marcas de lapicera que destruirán las vacaciones de invierno de sus estudiantes. Con Matt en los días anteriores hablamos, considerando quién estará de cada bando. Concluimos que Historia, Matemáticas y Biología con las asignaturas que más merecen nuestra atención.

Él llama a Mikhail, preguntándole si puede darnos una mano. Pero Mikhail nos dice estar demasiado ocupado con su nuevo trabajo del hospital.

-Repasa los ejercicios que vimos en vacaciones. Podré ayudarte para la siguiente tanda, pero no ahora. Les deseo la mejor de las suertes.

Así que pues, estamos solos. Bueno, no solos. Elias también viene a estudiar a casa, y por una vez ni toca la consola. Lee largas lecciones, y luego intercambiamos preguntas. Su modo de leer es algo esforzado, pero ni siquiera Kari le hace comentario alguno. Norbert pasa cada tanto, nos ve estudiar, y nos prepara galletas calientes, bocadillos de chocolate para pasar el frío, zumo de frutas o trae helado del centro, que me hace doler el cerebro.

De esa forma, voy acumulando conocimiento. Me obligo a poner una pausa a la danza, a Kain y a los misterios, una mínima pausa hasta que me quite las obligaciones escolares de encima. Ya tendré tiempo para pensar en Ezequiel Jerves, asesino de San Naerit, y en cómo atraparlo, ya tendré tiempo de pensar en niñas muertas y risas en la negrura. Pero por ahora, me llama el deber de estudiar. Quiero que cuando Thomas venga, vea que ha tomado la decisión correcta. Es extraño. Al principio, cuando me dejó aquí, estaba segura de que sería un infierno, un castigo del cual me encargaría mi padre nunca olvidara su error. Pero ahora, con el vaho de un café subiendo hasta el techo de madera dentro de la calidez de la casona, estoy plenamente segura de que, tal vez de un modo que ni Thomas ni Norbert esperaban, San Naerit me está curando.

¡Y no más oscuridad!

El sentimiento ínfimo, persistente, de una burbuja que se infla me acompaña a todas partes, pero me parece tonto escucharlo. El sábado, poco antes de que empiece el calvario, Norbert me llama a la siesta, mientras sus hijos se hallan en sus habitaciones. O eso piensa él, pues Wilhelm está en la mesa, depresivo, jugando con sus aparatejos y luces de colores cuyo propósito desconozco. Cada vez que lo veo, pienso en la muñeca que debo devolverle.

Su padre está en el estudio, agazapado frente al computador como siempre. Me siento, pero de manera distinta, intentando no inclinarme, intentando sostenerle la mirada. Algo en Norbert lo capta, pues sonrío.

-¿Estás ocupada?

-Todavía tengo que estudiar un poco, pero no...

-Me pareció sensato llamarte ahora. ¿Cómo va el tema de tus ataques?

-Bien.

Sus gruesos dedos azotan las teclas, tac, tac, tac.

-¿Bien?

-Hace bastante que no tengo uno.

-Pero los sigues teniendo.

No supe qué responder.

-Confiarse sería vano- resuelve Norbert, todavía sin volverse hacia mí- Te alegrará saber que Jennifer me mandó los resultados de los exámenes que hicimos hace meses. Podrías agradecerle a Mikhail por eso, pues ha acelerado la burocracia de nuestro hospital considerablemente. No hay nada de raro en tu cabeza, y en tus ojos, descubrimos el terror de un ligero astigmatismo. ¿Te ves a ti misma usando anteojos?

-Preferiría que no.

Norbert da una de sus estruendosas carcajadas.

-No tienes que preocuparte ahora.

-¿Mikhail vio que me hice esos exámenes?

Sus labios se aprietan, y por fin se tuerce para verme.

-Es improbable. Mantenemos las actividades de nuestros pacientes en estricta confidencialidad.

Improbable.

-Pero Mikhail es Mikhail.

Su cabellera se sacude al negar.

-Te prometo que nadie que no pueda entenderte sabrá por lo que pasas.
¿Puedes confiar en este viejo?

En una balanza interior peso a Norbert, a sus acciones, quizás más jugando que hablando en serio. Nadie tiene que saberlo. Para poder continuar subiendo escalones, tengo que dejar atrás del todo el pasado que me arrastra abajo: a mi antiguo curso, a quienes se burlaban de mí, a los recreos en soledad, a Orlana, Mary y todo lo que viví en Nueva Gabul. Olvidarlo. Para olvidarlo, el resto también debe olvidarlo.

Tal vez si no me hallara tan feliz, hubiera desconfiado más de él.

-Sí. Puedo.

Norbert suspira relajado.

-Me alegra, Lis. Sobre tu tratamiento, esperaré a que termine esta semana difícil. He visto que tú y Matt andan muy ocupados. Luego podremos sentarnos a hablar, para pasar a la siguiente etapa.

-¿Siguiente etapa?

-Ya tienes un ambiente nuevo- explica- Pero ahora necesitas entenderte a ti misma. ¿Cómo te entiendes a ti misma?

Tardé unos segundos en responder.

-¿Pensando?

-No es una mala contestación- juntó los dedos él, en un gesto que estuve segura repetía de tanto en tanto con sus pacientes- Pero ¿qué pensar? ¿Las cosas que te gustan? ¿Las cosas que odias? ¿Las cosas que deseas?

Dudé otra vez, intentando hallar la respuesta. Norbert atravesó la distancia de su escritorio con facilidad, y me palmeó la cabeza. A veces me hacía sentir como a una niña.

-Se trata de las cosas que hacemos- oí su voz, clara como la luz, un resplandor que revela un monumento erosionado en algún sitio lejano- Por qué hacemos lo que hacemos. Qué nos motiva, qué nos asusta, qué nos sigue marcando. Eso fue lo primero que aprendí, cuando quise aprender.

No hablo, sino que espero. Norbert me echa un significativo vistazo y vuelve a su pantalla.

-No te distraeré más. Ve y estudia. O duerme. Hoy es un magnífico día para dormir. ¿Sabías que los castores se toman de la mano, para no separarse mientras flotan en la corriente del río?

-No.

-Son animales muy particulares. Hace un tiempo Johan me contó que...

Media hora después, ya liberada y en cama, tuve mucho que pensar, pero nada que pudiera formalizar en palabras, aclarar, definir en el contorno de esa cegadora luz que Norbert había abierto para mí. Así que me resigné, y volví a la seguridad de frases como *"la mitocondria da poder a la célula"*, *"el cuadrado de los catetos es igual al cuadrado de la hipotenusa"* y *"Napoleón se coronó a sí mismo Emperador de Francia en 1804."*

Otra cosa de la que se comentó mucho durante esas dos semanas, eran los preparativos que se realizaban para la fiesta que la escuela daría en nuestro honor en el Salón Adal. Por lo que yo sabía, y las noticias que Norbert nos traía desde el trabajo, medio pueblo estaba invitado, y más incluso asistirían. Se veían camiones desde Visgana trayendo alimentos, Gustav reducía el menú del colegio, atareado con lo que servirían allí, se había llamado también a un animador de Visgana y Ashadd le había pagado una cuantiosa suma para que manejara el evento. En todos se notaba el entusiasmo de algo que no ocurre muy a menudo, un ritual que abuelos explicaban a nietos con ojos soñadores, algo tan simple como una fiesta, convertida en un punto de

inflexión para los espíritus alterados de toda la comunidad. Yo me preguntaba si el viejo Jerves se presentaría, pero lo dudaba bastante. Era a primer vistazo un hombre de campo, que no dejaría que algo como una celebración interrumpiera sus tareas. Hasta dudaba que dejara a Zaq ir.

Como para evidenciar el interés de todos, fue Norbert mismo quien se apareció, preocupado, en mi cuarto un momento mientras estudiaba.

-Lis, tienes ropa, ¿verdad? ¿Ropa para ir?

Yo asentí. Todavía tenía bastante ropa que me quedaba bien. No pensaba que fuera a crecer mucho más.

-Revisa, y dime si te falta algo. Lo compraremos en la semana.

Aunque la idea de cambiar mi oscuro vestuario me tentaba, decidí que con lo que tenía me bastaba.

Tal vez era que en ese momento comenzaba el instante para el que tanto me había preparado. Los exámenes dieron inicio. Tuvimos la desgracia de que el primero fuera el de Literatura, tomado por la inflexible vicerrectora. Nunca en todos mis años de Nueva Gabul sufrí tanto una prueba. Los ojos casi mecánicos de esa mujer nos espiaban como un faro, controlando que no nos copiáramos, y apenas algunos se animaban a despegar la vista de su hoja. Al salir, dos horas después, Matt y yo tuvimos un intercambio que explicó la experiencia bastante bien.

-¿Cómo te fue?

-Estoy feliz de que haya terminado.

Comenzaba a extrañar al pobre Julián.

Ese mismo día tuvimos también la prueba de política, en la que me defendí intentando evocar el espíritu de Mina -no funcionó-, y a la salida marchamos directo hasta la casona, ambos caminando pues Norbert se hallaba en el trabajo, y Kari saldría más tarde.

-¿No tienes fútbol?- le pregunté, curiosa.

-Rachett nos dio descanso hasta después de la fiesta. Está ocupado buscando moños.

Imaginé un moño rojo en la garganta venosa, hirviente del entrenador del instituto. No pude evitar reír. También sabía ya esa respuesta, pues Rachett y DuMarque solían congeniar y tampoco a nosotras nos habían dado clases de danza, muy para nuestro alivio

Los alumnos de sexto también se hallaban en una época complicada. Veía a Harrold ayudar a repasar a sus amigos, cuando me paseaba cerca de la puerta del curso, y hasta León, cuyas calificaciones eran siempre penosas, sudaba en frío intentando comprender los intrincados problemas. Luego también estaban los genios, como Frederick Cable, Marco Sartore o Lara, que aprobaban sin esfuerzo e igual se desvelaban cada vez que entregaban una hoja.

Pero la mayoría de nosotros era simplemente lo estándar, y nos la arreglábamos como podíamos. Fue una semana infernal. Lunes, luego martes: geografía e historia; miércoles, la temible matemática y el descanso en música; jueves, mi pesadilla biología, y también el examen de física que resultó ser mucho más complicado de lo que esperábamos. Las asignaturas nos golpeaban sin darnos respiro. Era como si los profesores no quisieran que nos atareáramos en la fiesta del sábado.

Sin embargo, otra cosa me tuvo preocupada en esa semana.

Se trataba de Zaq. Su rostro sombrío no hizo presencia ninguno de esos días. Y siendo la semana de más interés para cualquier alumno –al punto que, al faltar Trish, estuve segura de que ella no volvería hasta pasadas las vacaciones de invierno-, su ausencia no podía más que preocuparme, por sobre todo a mí que sabía lo que era su abuelo. ¿Qué sería de él? Ezequiel Jerves, que según sabía lo tenía trabajando todo el día, no iba a arriesgarse a atacar a su nieto. ¿O sí?

-Matt, ¿sabes si Zaq tiene padres? Quiero decir, ¿sabes si viven con él?

A aquello se lo había preguntado el lunes, cuando volvimos caminando. Aunque todavía sólo era una falta la que hacía, algo en mí ya sospechaba que no lo vería por mucho tiempo.

Matt no miró mientras respondía, en un gesto que me hizo recordar mucho a Norbert.

-¿Por qué lo preguntas?

-No lo sé. Es sólo que es tan...

Él asintió. Por unos minutos caminamos en silencio, tanto que creí que no iba a responderme. Sin embargo, en cuanto dejamos las proximidades de la escuela pude oír de nuevo su voz.

-Su padre solía pegarle. Hablo de cuando Zaq tenía cinco, seis años. Y su mamá no le prestaba atención alguna.

Lo comprendí enseguida.

-Venía a la escuela, abrigado, incluso en primavera- se señaló las pantorrillas- Para cubrir los golpes. Con los otros chicos solíamos pedirle ver sus moretones, pues él nos afirmaba una y otra vez que venían de trabajar con el arado y a nosotros nos causaba mucha gracia. Los niños son crueles. Pero uno de nuestros profesores lo descubrió, y pidió hablar con sus padres en el acto. Fue todo un escándalo.

-¿Y ustedes lo sabían?

-¿Ustedes?

-El curso.

-Claro- asintió Matt, y su pie encontró una vieja lata que pateó calle arriba- Aunque no pensábamos nada de eso. Zaq no hablaba mucho, sólo rezongaba sobre amigos imaginarios. Bueno, como ahora. Creo que esa experiencia lo marcó.

Entendí entonces el modo en el que lo trataban, cómo se esforzaban por incluirlo. En verdad, los niños eran crueles, pero ahora me parecía que no había nadie que se hubiera reído de Zaq.

-¿Y sus padres?

-Se fueron. Dejaron el pueblo y no volvieron. Hubo varias amenazas de llamar a la policía, y no quisieron arriesgarse. Se comentaba que el padre estaba metido en el tráfico de drogas de Tarvilán. Creo que nunca más volvieron a contactarse.

Sonaba bastante terrible. Perder a padres golpeadores, y quedarte con tu abuelo que asesina niños. Claro que el resto no sabía la segunda parte de aquella historia. Cada vez, la sombra que se cernía sobre Zaq Jerves me parecía más oscura. Debía hallar el modo de detener a su abuelo.

Predecible, ese miedo que sentía se fue incrementando con cada día, y con cada nueva falta de Ezequiel. Pero intentaba no demostrarlo cuando veía su pupitre vacío, pues Matt parecía reservado al respecto y yo pensaba que, si él no se hacía problemas, tampoco debía hacérmelos yo. También era cierto

que, sin contar los exámenes, había toda una nueva clase de inconvenientes dentro del curso.

-¿A mí?- gruñó Arthur Irrauldi, en cuanto Marco le explicó la situación- ¿Pero qué coño me interesa ser delegado a mí?

-Vas a tener que asumirlo. Ahora la cosa es por sorteo.

-¡Qué va! ¡Échame una mano, Marquitos!

Sartore me vio de reojo, dudando. Yo aparenté no notarlo, concentrada en repasar. En su mente, de seguro estaba considerando si la segunda opción de esa lista, Liseth Aurdelard, era una candidata viable. Pero todavía no se animaba a preguntarme, y yo no lo apuraría. No era el momento.

Si tenía que subir, alguien obligatoriamente tenía que quedar por debajo.

-Tendrás que cuidar el dinero que juntamos en la colecta del año pasado- se resignó a explicarle a Irrauldi- Y mantener el registro de faltas del curso preparado para los profesores, además de darnos las notificaciones. Te ayudaré con lo que pueda, pero esfuézate.

-¡Ni ganas! ¡Qué fastidio!

Fastidio o no, Irrauldi se resignó a los nuevos deberes que como Mina le había impuesto. Era mejor que me cubriera, mientras la semana era difícil. Ese mismo viernes tuvimos los últimos exámenes; los de Tecnología, Arte, y Química. El primero se trató de un proyecto, en el que me uní a Sally y Janet. La profesora de Arte nos hizo repasar cincuenta veces la misma figura, indicar el estilo, y hablar de las vanguardias, lo que fue sin duda la tarea más sencilla de todas, aunque no impidió que Lara Paraje sufriera una baja de tensión por los nervios. Y luego Rogel Enedras, maestro de Química, nos entregó su prueba con su expresión aburrida de siempre.

-Vamos chicos, que mañana veré si me atrevo a sacar a nuestro querido rector a bailar. Nada como una gran fiesta para celebrar el mayor record de muertes no naturales en el pueblo.

Cecile levantó la mano.

-*Danse Macabre*. Los muertos bailan, bailan, bailan.

Juro que esa chica me tocaba varios nervios nada agradables.

-Claro que sí, cariño- respondió Enedras sin oírla, y volvió a su escritorio.

Terminé concluyendo que mi desempeño en ese examen fue excelente. Matt concluyó algo similar, y al salir ambos chocamos nuestras manos. Atrás, Sally y Janet dieron risitas avezadas por lo que me guardé de celebrar más, y en cambio esquivé el siguiente choque que pretendió darme Elias, dejándolo en el aire.

Entonces ya todos salimos, sintiendo como que dejamos atrás una terrible tormenta. Ahora sólo quedaba el sol, la fiesta, el encanto de un festival local que celebraríamos la siguiente noche.

-¿Sacarás a bailar a alguien, Matt?- le pasó la mano sobre el hombro su amigo, pinchándolo.

-Tal vez.

-Yo odio bailar- confesó David. Rita lo abrazó, lo que evidentemente le puso muy incómodo y, también evidentemente, ella hacía por el placer de verlo así.

-¡Yo te enseño! Tal vez esto es el inicio de un romance desenfrenado.

-No, gracias.

-Puedes enseñarme a mí- se llevó Elias una mano al corazón- Madeimoselle Rita, me he flechado de usted.

-¿De mí?- se abanicó ella con falsa modestia.

-¡Sus ojos, como avellanas! ¡Su cabello, como... como las hojas del atardecer! ¡Su piel, tersa como...!

-¿Es Rita un árbol?- pifió Sally.

Varios rieron. Sólo Matt y yo estábamos un poco más taciturnos, aunque desconocía sus motivos. Por mi parte pensaba en Kain, en cuando había bailado para él. Tenía ganas de repetir esa experiencia.

-Danzar libera el espíritu- afirmó Cecile- Cuando estoy sola, suelo hacer yoga tátrico para armonizar mi energía con la del mundo.

-Seguro que lo haces.

"¿Tántrico?" preguntaron entre risitas varios de los varones, y mientras tanto Sally se dirigió a mí, aprovechando el bochorno que de golpe reinó por la desafortunada exclamación.

-¿Sabes si irá tu amigo musculoso?

-¿Alex?

-¡Ese bombón!

-Mikhail Eder tampoco está nada mal, Lis. ¿Sigue paseándose por lo de los Weigler?

-Estoy segura de que ya tiene novia.

-No lo sé- dudé. De pronto me percaté de que no tenía ni idea de si Mikhail, Alex o Jessica iban a asistir a esa fiesta. No les había preguntado, y Norbert Weigler tampoco había dicho palabra. Sabía que habían estado hablando días antes, pues los había invitado, pero no tenía más información. Todos ellos se veían muy ocupados en algo, algo que yo desconocía.

Varios otros hablaban de la fiesta. Hasta los profesores que nos cruzábamos nos comentaban aquello, y las chicas de danza, a excepción de Candice cuya depresión alejaba a los demás, eran acosadas constantemente por quienes iban a participar.

Janet chasqueó los dedos.

-Ayer mi novio me adelantó un poco de lo que Gustav estuvo preparando... A que no saben quién sabe el menú para esa noche.

Varios la miraron, lanzándose hacia ella con preguntas curiosas.

Así, llega un sábado de gran expectativa.

Me hallo a mí misma en la soledad de mi cuarto, viendo el techo que ya conozco como la palma de mi mano, exhalando vahos de frío mientras el afuera se mantiene silencioso.

La burbuja se sigue inflando.

En menos de ocho horas, presiento, un clímax va a comenzar.

CIII

Con el llamado de Norbert, todo da inicio.

-¡Wilhelm, Matt! ¡Vayan preparándose! ¡Lo mismo va para las niñas!

Su voz suena potente como siempre. Era la alarma que había estado esperando. Tomo mi toalla, y me dirijo al baño. Casi choco con Matt, que lleva también la suya en mano. Nos miramos por unos segundos.

-Tú.

-No, entra tú.

-No, tú.

-Está bien- digo, y me zampo.

Me desvisto en la privacidad de aquellos azulejos blancos, y prendo la ducha de antemano para que su vapor cubra mi cuerpo desnudo del frío que comienza a reinar. La caldera se enciende rápidamente, y el agua caliente fluye a chorros. El espejo está empañado, así que apenas puedo verme. Me siento bien. Me pongo bajo esa corriente, y me limpio a consciencia. Quiero estar presentable. Cuando termino apago el agua, me seco, me envuelvo en la toalla y rápida cruzo de vuelta hacia mi habitación. Puedo notar que los Grados han dejado de sonar en la habitación de Kari, lo que debe significar que ella también se está preparando.

-¡Salimos en cuarenta y cinco minutos!- nos grita Norbert.

Oigo el rumor de la ducha, ahora ocupada por Matt, incluso desde mi cuarto cerrado. La madera se llena de manchas húmedas, de las gotas que se desprenden de mi cuerpo, y yo me seco con más espíritu y luego pienso en qué ponerme, qué ropa usar. Decido descartar por una vez la sudadera negra, y escojo una remera azul y pantalones oscuros, capris. Jamás voy a acostumbrarme a utilizar una pollera. Aunque quizás...

Prefiero dejarlo para después. Me peino el cabello con esmero, para que quede uniforme y prolijo. Está considerablemente más largo que antes, aunque sigue sin pasarse de mi cuello. En ocasiones el flequillo me molesta, así que me lo hecho para el costado. Tal vez deba pedirle a Kari una prensa. Entonces se me ocurre que puedo pedirle algo más.

La hallo al lado, arrojando manojos y manojos de ropa contra su cama.

-¿Mi hermano se sigue bañando?

-Creo que sí.

-¡Ese estúpido se tarda años!

Vuelvo a mi refugio, y me observo en el espejo del armario. Las marcas violáceas bajo mis globos oculares, las pecas, los labios rosados. Observo los cabellos que se oscurecen, rebeldes a lo rubio del resto, mis cejas; que desearía fueran más finas, inclusive me giro para contemplar la línea de mi busto y mi cintura. De repente siento la necesidad de cubrirme, la urgencia de llevar un buzo, algo para taparme. ¿Soy fea? ¿Soy... linda? ¿Soy mediocre?

Me lamento sabiendo que no podría hallar la respuesta. Mis ojos me han despreciado demasiado tiempo. Me he odiado demasiado tiempo. Ahora, sólo me queda probar.

Tomo un saco, el más ligero que tengo, y bajo las escaleras para avisar a Norbert que ya estoy lista. Pero mientras lo hago puedo oír la discusión que surge en el comedor.

-¡No me interesa!

-¡Will, no me avisaste nada! ¡Dije que iríamos todos!

-¡No quiero ir a esa estúpida fiesta!

Asomo. Norbert se frota el puente de la nariz con una mano, y en la mesa su hijo se halla con la mejilla pegada a la madera, enfurruñado.

-¿No puedes venir? ¿Hacer algo en familia, por una vez?

-No.

Dudo de si esconderme o no. Pero me aparezco.

-Liseth- me mira Norbert por unos segundos, asintiendo satisfecho- Wilhelm, darás una mala impresión a Liseth. Sólo acompáñanos. Estás todo el día encerrado aquí, ¿qué te puede dañar el pasar un instante con nosotros?

-¡Tú no lo entenderías!- le grita él, y gotitas de saliva salen de sus labios. Norbert retrocedió un paso- ¡Esta familia es una mentira! ¡Estás ciego! ¡No me interesa ir, ni contigo, ni con mis hermanos, ni con esta estúpida...!

Un sonido que se sintió como el más fuerte de los portazos lo hizo callar. Mi corazón salto. Sólo me percaté de que había sido un manotazo de Norbert cuando noté que había cambiado de posición cerca de la mesa. Wilhelm levantó por fin su rostro, contemplando la expresión furibunda de su padre.

-Wilhelm, pídele perdón a Liseth.

Me miró por unos segundos, sus ojillos negros temblando de rabia. Pero no pidió perdón, sino que se levantó y echó a correr, metiéndose de vuelta al sótano.

Quedo entonces como idiotizada, viendo la puerta por la que desapareció. Luego lentamente me vuelvo a Norbert. Aunque su golpe a la mesa pareció cargado de furia, sólo noto en él una profunda tristeza, una que jamás había visto antes. Sus ojos están como dormidos, dominados por ese vaivén.

-¿Norbert...?

Parece despertar de ese trance, y suspira.

-A veces es difícil...

Se lleva dos dedos de vuelta a la frente, suspirando.

-Perdónalo.

-No me importa, de verdad.

-Pero a mí sí. No sé qué le pasa.

Dudo de si contarle, sobre los ruidos que he oído a la noche o no, sobre el inicio de ese secreto que Wilhelm no quiere revelar a alma alguna. Pero decido callar, y Norbert recupera su compostura y me señala la entrada.

-Ve yendo al auto, si ya estás lista. Kari es rápida para bañarse.

Asiento, y marcho sin rechistar. Arriba el cielo está limpio, una mirada de estrellas que titilan en un lienzo negro que lo abarca todo, acompañándome hasta que por fin abro la puerta del Twingo y vuelvo al calor de un refugio.

Sola, en la oscuridad del auto, comienzo a pensar en algo. Algo indefinido, que no podría expresar fácilmente. Algo sobre lo que es una familia.

Por ejemplo, los Weigler son una familia. No se mostraron extraños a que llegara a vivir con ellos, pero tienen lazos, se entienden, tienen mil historias que yo desconozco. ¿En cuántas de esas historias estará esa mujer, la esposa que Norbert perdió, la madre que Matt, Kari y Wilhelm perdieron? ¿Qué cosas

les evocaré a ellos el recuerdo de Mira Strauser? Había una vida, en los Weigler, antes de que yo llegara, una vida que tuvo un quiebre, como lo es el mundo cuando Liseth Aurdelard duerme bajo el abrazo de espinas en la tierra de los muertos, y esa vida debió dejar huellas, en Matt, en Kari, y especialmente en alguien como Wilhelm. Hay pequeñas cosas, a las que nunca presté atención. Oscuridades en miradas, tristezas en sonrisas, el deseo de justicia en una furia perpetua, sin sentido. El esfuerzo constante de Norbert, en llevar esa nueva existencia adelante. Y a todo esto, lo descubro ahora, sigo siendo una extraña. Porque sí, los Weigler han abierto sus puertas a mí, me han dado una cama, cobijo, comidas calientes y baños, me han dado ropa y amistad, amor, me han dado todo lo que podrían darme. Pero yo desconozco su historia. Allí, lejos, en una calle de polvo y tierra, existe una casa hundida en la que la familia de Mina Harvnes espera sin saberlo a su hija, retenida entre la vida y la muerte. Elias tiene hermanas, según nos dice, que lo irritan todo el tiempo; los padres de Sally, siempre bien dispuestos, son conocidos en el pueblo, la madre de Trish se pasea por otras ciudades con distintas parejas, dejando a su hija de lado, Janet come buenas cenas junto a los hermanos de su novio, David, Cecile, Gabriel y su madre, todos tienen en sus familias no sólo un lazo, sino una experiencia, una memoria compartida que los une. Es esa memoria, ese recuerdo el que realmente hace que dos o más personas puedan conformar una familia. Los Weigler no pueden ser una excepción a esa regla.

Suspiro.

Y yo...

Tengo a Thomas, y...

La puerta del otro lado se abre. Aunque no me giro para verlo, sé que sólo puede ser Matt el que se ha sumado a la espera dentro del auto.

Afuera, la noche se extiende como tinta, y desde la ventanilla los contornos mismos de la casona se me hacen borrosos. La hamaca que cuelga del balcón al que se accede desde la sala de estudios parece un bulto uniforme. Oigo a Matt acomodarse, de seguro sintiendo la frialdad del asiento.

-¿No irás adelante?- pregunto.

-Creo que por una vez se lo dejaré a Kari.

Su voz me suena extraña, pero no capto del todo porqué. Me giro para verlo. Donde antes estaba el verde de sus ojos hay dos grandes cosas negras, como botones, prendidas a la piel por un millar de hilos.

Con esa extrañeza se vuelve hacia mí, y el sonido de una burbuja al estallar me devasta.

La voz de Matt suena, en un nivel distinto al estruendo de los latidos de mi corazón.

-Ya que se enfadó tanto por lo del baño, no pierdo mucho en...

Calla. Yo estoy respirando agitada, visiblemente.

"Contrólate."

-¿Liseth?

Retrocedo hacia la puerta. Esos ojos, esos malditos ojos. Mi mano toca gamuza, toca partes de insecto, toca alas secas y no puedo despegar mi visión de esos botones, de la normalidad de Matt interrumpida, atravesada por esas cosas.

-¿Liseth, estás bien?

Oigo un dedo moverse a través del vidrio empañado escribiendo. No quiero leer ese mensaje. Jadeo, y forcejeo con la puerta.

-¡Liseth!

Antes de que me agarre, logro abrirla y caigo afuera.

Me levanto apenas. Mi respiración se desborda. Mis sentidos se desbordan. La totalidad de lo que me rodea ha cambiado, es oscura, los árboles se elevan como torres, veo hombrecillos reptando en esos troncos y vigilándome como búhos, riendo, arrojando cosas.

-¡Basta!

Mis dedos se hunden en mi cabello. La cabeza me va a estallar. Puedo oír cómo Matt abre la puerta de su lado, bajándose. No quiero que me vea así. No él. ¡No él! Pero no puedo levantarme, pues todo es oscuridad. Oscuridad, voces, terror, manos, ojos, un cielo donde una sonrisa desdentada se dibuja, consumiendo las estrellas, insectos inmensos atravesando el firmamento sin sonido alguno. Grito. Grito sin control, y me levanto a los tropezones, corriendo hacia la casona.

-¡Liseth, espera!

¿Por qué? ¿Por qué a mí? Mis párpados caen. Es fuerte. Es quizás el más fuerte de todos los ataques que he tenido. La realidad se desborda. Debí saberlo, debí haber sabido que no habría paz para mí. Me muerdo los labios, para no pedir ayuda, siento sangre fluir, siento dedos largos tantear esas gotas cálidas con hambre. Me tambaleo, y la casa me parece una monstruosidad, algo vivo, una señora inmensa cuya boca quiere devorarme; pero entro de todas formas y ni con eso ese cielo espantoso me abandona, ni me abandonan las estrellas, ni las criaturas búho que me observan desde sus árboles.

"¡Quiero salir! ¡Sólo quiero salir!"

Arrojo una silla en mi frenesí, subiendo las escaleras. Mi habitación. Debo ir a mi habitación. Hay un cuadro que jamás vi antes, que jamás existió, donde un viejo descarnado se burla señalando mi sufrimiento. Los escalones tiemblan, se vuelven blandos al pisarlos. La casa está viva, está hecha de carne. Miro por aquí, por allá, veo sombras que reptan, oigo una pesada respiración en la habitación de Johan, de algo reptil que aguarda sin quitarme la vista de encima. ¡Necesito despertar!

Abajo hay voces, y gritos.

¿Por qué ahora? ¿Por qué justamente ahora?

Mientras corro, el pánico crece y crece sin límites. Pierdo el sentido de la dirección, arriba, abajo, y todo un laberinto de bocas, de manos gira atrapándome, chillando, miles de ojillos monstruosos, de araña me espían con

sórdida furia desde cada rincón, los hilos de una tela depositándose para que no escape, el aleteo de alas a mi espalda haciendo tambalear la existencia de una luz mientras lloro, lloro algo espeso y negro, consumiéndome.

-¡Liseth!- oigo la voz de Matt debajo.

No quiero. No quiero que él me vea, no quiero que lo sepa. Aterrada, simplemente vuelvo a correr, sin sentido ni fuerzas. Patas inmensas rompen las paredes, para atraparme, pero las esquivo. Reflejos de terrores ya vistos asoman por los huecos que quedan, rostros pálidos y muertos, una curiosa niña, las camas de un hospital.

“¡No quiero, no quiero, no quiero!”

Logro cruzar el umbral de mi habitación, y cierro la puerta de un codazo. Me echo del otro lado, tapándola con mi cuerpo, y mis dedos, dedos fragmentados, oscuros, dedos que puedo ver cubren mi rostro, se humedecen con mis lágrimas, contienen mi llanto mientras espero.

Los pasos que me persiguen parecen tomar horas, pues el tiempo se ralentiza. Entonces miro mi habitación, y en un principio parece igual, sólo que algo cuelga de entre las vigas de la madera, y me observa con ojillos espantosos. Pero yo ya no lo miro, sino que lloro y contengo la puerta.

Los golpes la sacuden desde atrás, insistentes.

-¡Liseth!

-¡Vete!- grito. Mi voz es rasposa, marcada por el llanto. Creo oír algo más profundo imitarme con burla mientras hablo.

-¿Qué ocurrió? ¡Liseth!

-¡Sólo vete!

Me cubro los oídos, para no escuchar.

-Le diré a papá que espere. Estarás bien.

-¡Váyanse sin mí! ¡Por favor!

Puedo oírlo dudar, del otro lado de la puerta. Abrazo mis rodillas con mis brazos, y espero. Puedo dominar mi respiración, pero no los espasmos de mi llanto. El ataque se está diluyendo. Pero aun así...

¿Por qué? ¿Por qué me tiene que pasar esto?

-Liseth...

-Matt, por favor, sólo vete. -cuando lloro, me interrumpo en un gemido desesperado por recuperar el aliento- Te lo ruego.

Hay silencio del otro lado. Las lágrimas calientes siguen resbalando, mis manos tiemblan, toda yo tiemblo. Matt debe seguir esperando.

-Por favor...

Su mano suelta el picaporte. Cubro de vuelta mi rostro con las rodillas, y espero. Puedo oírlo, puedo sentirlo pensar del otro lado.

Luego sus pasos lentamente se alejan.

Algo en mí se suelta, mis músculos, y caigo rendida hacia un costado, mi mejilla contra la madera y mi llanto resbalando cosquillas contra mi nariz. Hace frío, mucho frío, como si lo sintiera calándome los huesos, mi cabeza duele, pero por sobre todo una mezcolanza agria, infernal se sacude en mis entrañas, emociones, tristeza, odio, impotencia, la necesidad de descargar mi ira, la injusticia de tener que pasar esto. ¿Por qué? ¿Por qué la vida me arrebató lo que deseo, justo cuando creo estar por obtenerlo? Me encojo en mí misma. Mi estómago duele. Todo mi cuerpo parece doler, las uñas pintadas, mi rostro, mis piernas y la punta de mis pies. Abajo escucho murmullos. Se perpetúan por

unos instantes, crecen en volumen, se vuelven insoportables dentro de los últimos retazos de mi ataque de pánico.

La puerta de entrada se cierra, y puedo sentir la llave. Espero, tapándome la boca. Luego es el sonido del motor del Twingo que se aleja.

Se han ido.

Como efervescencia, al estar sola el llanto vuelve a fluir. Golpeo mi puerta. ¿Por qué? ¡Por qué, por qué, por qué! No hay explicación. ¿Dios me odia? ¿La vida me odia?

-Yo sólo quería...

Puedo imaginarlos en el auto, a Norbert, a Matt, a Kari, bajando el camino, comentando sombrios lo que ocurrió. ¿Qué explicación podría darles? ¿Cómo podría...?

Vuelvo a sacudirme, helada. Pero ya me doy cuenta de que no es frío lo que me hace titiritar. Estoy odiando. Otra vez, de nuevo, me persigue lo mismo que me persiguió en Nueva Gabul. ¡Es injusto! Consumida por este horror, pienso en la fiesta, en el salón, en las luces, en mis compañeros divirtiéndose, comiendo y bailando, en las puertas y oportunidades que se cierran sólo para mí.

-Yo quería...

¡Quería ser normal!

¡Quería ser feliz!

Jadeo, intentando levantarme. El reflejo del armario me devuelve una mirada de hartazgo, rojiza por la furia. ¡Todo esto está mal! ¡No debería estar pasando!

Vuelvo a caer, y cierro los ojos.

Debe ser un espectáculo patético, el hallarme tirada, sucia, como desmayada sobre el suelo de tablones de mi cuarto, en el silencio de una casa. Algo similar a un sueño me cubre con dulzura, una apatía, el seque de mi llanto y mi corazón se va calmando poco a poco.

De pronto pienso que no importa. No estuve hecha para ser feliz.

“¡Pero no!”

No puede estar mal lo que deseo.

¿Entonces, por qué no puedo obtenerlo?

Mis ojos fijos ven mis uñas gastadas, por arañar la madera. Ven mi brazo, ven el perfil del suelo y el borde de la puerta, bajo el cual una línea de luz se filtra. Ya Norbert está lejos.

Cierro los párpados, y espero.

El sonido de un reloj es mi única compañía por casi media hora, y un martilleo lejano. Mi mente se va hundiendo, cayendo por entre fluctuaciones diversas, en una oscuridad impenetrable. Me siento muy cansada.

Diversas voces, ecos, retazos pasan por mis oídos y mi consciencia, en un vaivén relajante entre el silencio. Me veo a mí misma, y oigo a mi padre desde el otro lado de la línea, preguntándome si quiero volver.

“No quiero volver. No quiero tener que volver.”

Norbert me sonrío, tras su escritorio.

“Es lo que hacemos, Liseth. Las cosas que hacemos.”

Caigo, desfallecida, y es como si el duro suelo se hundiera conmigo, como si la casa fuera un barco que flota a la deriva de un oleaje indomable. Mas imágenes, más sueños que son recuerdos: Harrold, bromeando conmigo, Kari parloteando sobre los Grados, Mikhail corrigiendo a Matt, Elias y Rita

actuando un romance, Frederick Cable repitiendo una lista con nombres. Me hundo en esa amalgama de fragmentos, y mi cuerpo entero se ve dormido, lavado poco a poco.

¿Es esto todo?

"Liseth" dice de nuevo la voz de Thomas, en una memoria lejana *"Lis."*

Hay sol, un sol que deslumbra. Mi padre está más joven, no trae la barba mal afeitada de los últimos años. Su cabello también se ve más prolijo. Sostiene una pesada cámara con una mano. Me enfoca con ella, con un gesto de diversión, saca el ojo y me analiza con detenimiento.

"No es muy amiga de sonreír."

Le habla a alguien que está tras mí.

Oigo un chillido, estática, una voz cifrada que le responde. Thomas ríe. Había olvidado cómo era la risa de papá.

Sólo de oírla, se me contagia y yo también río.

Entonces él aprovecha, y saca la foto. El flash me consume en una luz cegadora.

Abro mis ojos.

Aún me hallo en el suelo. Tardo unos segundos en entender mi posición, en respirar, en recuperar el dominio de mis extremidades.

Me incorporo. Sobre mi mesada, al lado de la muñeca de Wilhelm, mi despertador marca las diez de la noche. La fiesta de San Naerit ha iniciado sin mí. El pueblo está viviendo sin mí.

-No voy a permitir eso- digo en voz alta.

Mis iris brillan con un resplandor rojizo, que oculto por unos instantes.

Al girarme hacia la pared desnuda, la Puerta Roja me espera.

CV

No me fue difícil abandonar la casona. Para cuando salí, Wilhelm continuaba en el sótano y por eso ni siquiera notó que Mina Harvnes era quien cruzaba la entrada, vestida con mis ropas. Como Mina era un tanto más alta que yo, el efecto era distinto: la remera azul revelaba algo de mi ombligo, y los capris quedaban cortos en mis piernas, pero al haberme controlado en el espejo había descubierto que, como siempre, en Mina todo parecía sentar bien.

Al principio me tambaleé, pues el cuerpo me seguía doliendo. Compartíamos sensaciones, y todavía resonaban en mí los vestigios de aquel espantoso ataque, del caos dentro de mi mente. Mis mejillas se ponían coloradas, el aliento no llegaba a mí, me ponía cerca de tropezar cuando pensaba en Matt, en los gritos que yo había dado, en la humillación por la que

había pasado. ¿Qué pasaría ahora? ¿Cómo me tratarían él o Kari habiendo presenciado algo como eso? Rogaba que no se repitiera lo que había sufrido en mi anterior escuela.

Sólo pensarlo me deprimía, pero decidí seguir adelante. En este momento era Mina, no Liseth. No debía preocuparme. Si fuera necesario, sería Mina cuantas veces hiciera falta. Tenía esa posibilidad en mis manos.

En mis manos también traía mi fiel mapa. A mi alrededor era todo negrura, tanto que me arrepentí de no haber traído la linterna. Las estrellas no depositaban luz alguna en mi camino, y sólo podía guiarme por la oscuridad entre los altos eucaliptos. Lo que estaba haciendo era una locura, tal vez, pero no me importaba. Sabía quién era el asesino de San Naerit, así que iba a saber cómo protegerme.

En el papel, el Salón Adal era un cuadrado marcado con esmero, a no mucha distancia. San Naerit no era después de todo muy grande: de punta a punta, calculaba, menos de tres horas bastarían para recorrerlo, aunque no estaba muy segura de si eso tenía en cuenta la acción de la naturaleza que dificultaba el avance; los grandes pinos, los terrenos escarpados, el río interponiéndose. Pensé que en menos de media hora estaría ya frente a las puertas del salón, con los zapatos embarrados pero presentable.

Mientras tomaba velocidad, descendiendo, sólo el sonido de mis pasos interrumpía la quietud de la noche. Las sombras eran tan densas que parecían pintura contra el cielo y la tierra. Los animales se hallaban callados, a excepción de algún ulular aislado que me hacía enrojecer de rabia, recordando mis visiones, el horror, aquellas criaturas inexistentes que había visto juzgándome desde los árboles. Ahora veía esos mismos árboles, envalentonada de ira, y en sus copas nada se balanceaba.

“¡Qué estúpida!”

¿Por qué no había podido calmarme? ¿Qué había ocurrido?

Matt...

Decidí que era mejor no pensarlo.

¿Qué les iba a decir Norbert?

¿Me seguirían tratando igual?

Si mi estadía con los Weigler se modificaba, si veía pena en sus miradas... No, no podría aguantarlo. No iba a poder resistir algo como eso.

Pero no había caminos ya para mí.

La llegada de algo de claridad me hizo percatarme de que había llegado a la base. Con dificultad analicé de vuelta el mapa, si bien ya me había aprendido de memoria el sendero. Ahora debía doblar a la derecha. El Salón estaba ubicado al final de otra pendiente. Por cómo estaba dibujado en la hoja, parecía obvio que lo reconocería al verlo.

Continué.

Era como si todo se hubiera vaciado por el evento. No había luz en las casas. Incluso si en las noches San Naerit era callado, ahora daba la sensación horrible de haberse convertido en un pueblo fantasma, donde ni un alma se movía.

Un escalofrío me recorrió. El helor pareció incrementarse mientras continuaba, buscando la entrada correspondiente. Todo me hacía recordar un poco a mi intento de espiar a Julián, si bien la situación era muy diferente. Pensé que me hubiera aliviado un poco hallarme con Harrold o con alguno de

mis compañeros. Estar sola a tan altas horas seguramente hubiera sido mal visto por mi padre.

Pero tomé coraje y continué, al hallar el sitio. Unas escalinatas de piedra se perdían entre la maleza. Tomé aire como preparándome para una zambullida e inicié el ascenso. No podía ser más empinado que el que llevaba hasta la casona.

En efecto, a los pocos minutos mis delgadas piernas se acostumbraron, y aunque amenacé con tropezar un par de veces, no pasó mucho tiempo hasta que el sonido de la música y las luces me atrapó con su dulzura.

El Salón Adal se alzó a mi vista: recto, blanco, magnífico. Grandes ventanales abiertos le hacían de paredes, y aun desde la distancia y entre los árboles pude oír la risa, ver algunos rostros de perfil, oír el tintineo de cubiertos. Había un gran bullicio en el interior. Me alisé la remera, intentando desentrañar si tenía suciedad encima, lamentando que nadie hubiera puesto un espejo en el camino. Mi cabello parecía estar bien.

Me acerqué a la entrada.

Había grandes mesas, y muchas familias estaban sentadas. Reconocí al instante a varios muchachos de la escuela, y por un momento me sentí perdida, desorientada entre las charlas que se sucedían. Luego oí una voz a mi espalda.

-¡Mina! ¡Es Mina!

Mis compañeras de danza se acercaron en patota, entre grititos de júbilo. Desconcentrada, ni siquiera atiné a sonreír: me abrazaron, besaron mis mejillas, rieron emocionadas. Parecía que todo el pueblo estaba allí adentro.

-¿Qué te demoró?- me preguntó Juliana.

-¡Te ves fantástica!- dijo Jossie.

Me condujeron a la mesa principal, en donde DuMarque mantenía una charla con el tío de Candice, lo suficientemente distraída como para no notar mi llegada. Mejor así. Ocupé lugar, intentando disminuir mi dolor de cabeza. ¿Qué ocurría? No creía que fuera a sufrir otro ataque. No después del que ya había pasado; al menos, sabía que la ceguera nunca se repetía tan seguida.

Sentí que alguien me observaba.

-¡Hola!- dijo Anna, y plantó un beso en mi mejilla.

Del otro lado Alice se hallaba arreglada, incluso más hermosa que de costumbre. Me miró de reojo.

-Te demoraste bastante.

-Tuve algunos problemas en casa.

Me examinó de arriba abajo, con detenimiento, pero terminó apretando los labios y no soltó ningún comentario insultante sobre mi ropa. Aquello era bueno. Justo entonces DuMarque me vio, y pareció estallar de alegría.

-¡Niña! ¡Pensé que no vendrías!

Cruzó a largos trancos toda la mesa hacia mí, dificultada por el ajustado vestido en el que se había ceñido. Una de sus manos se apoyó con grandes aspavientos en mi hombro, mientras que la otra fue hacia el de Alice.

-¡Oigan todos!- llamó, aunque el ruido era tal que muy pocos se voltearon- Gerardo, por favor.

El mudo golpeó una copa con un tenedor, con tal estruendo que captó la atención de los invitados.

Lo que me parecieron miles de miradas se alternaron entre Alice, la profesora DuMarque y yo, que me contuve para no encogerme de hombros.

Hacía un día, hubiera amado este tipo de fama, pero ahora me hallaba mentalmente drenada, y sólo quería tener presencia dentro de la fiesta sin que nadie me forzara a hablar.

-¡Estas niñas! ¡Estas princesas!- comenzó la maestra, emocionada- ¡Estos talentos! Si sus padres están aquí...

Hizo una pausa, buscando. Pero nadie contestó.

Yo me animé a levantar la vista y capté, un poco más lejos, a Matt, sentado con Elias, observándome con expresión serena. Me sentí sobrecogida. Le había gritado. Un poco más allá, Kari saludaba a una amiga y contra la pared Norbert se zampaba bocadillo tras bocadillo de una bandeja que les había robado a los camareros, sin dar importancia a las miradas que le dirigían. Eran rostros cualesquiera, entre multitudes que esperaban en silencio, rostros que no tenían motivo para frenarse en mí y, en este mundo en donde Liseth Aurdelard y sus errores no existían, tampoco tenía motivo Mina Harvnes para fijarse en ellos.

Apenas pude tolerarlo.

-¡Quiero que sepan lo orgullosa que estoy, de tenerlas a ambas! ¡Mina, Alice, ustedes van a llegar muy lejos! ¡Hasta las estrellas!

Hubo una sucesión de aplausos estremecedores, que parecían sinceros. Sentí la necesidad de vomitar. ¿Qué hacía? ¿Qué estaba haciendo?

"Tienes que resistir."

Vi caras, caras, y por momentos todas me parecieron máscaras. De pronto noté que, no muy lejos de donde Gabriel Altamirano y Tadeo conversaban, Zaq Júnior se hallaba sentado, una camisa que le quedaba algo holgada puesta y la mejilla pecosa contra la mesa, como aburrido. Busqué entonces con cierto recelo a su abuelo, pero no vi presencia del físico imponente de Ezequiel Jerves. El asesino no se hallaba entre todas esas torvas miradas.

Me percaté de que DuMarque seguía parloteando.

-...y en mis años como tutora... Jamás, y lo digo de corazón, jamás pude sentirme tan feliz, tan plena, como cuidando de estas niñas, dándoles un camino. Hace más de diez años, cuando empecé danza, recuerdo haberme preguntado a mí misma qué era lo que significaba bailar. Hay una cierta teoría, pero que no se compara nada con la sensación real de moverse, de dejar el cuerpo fluir. Mis alumnas están más que enteradas de eso. ¿No es así, Jossie?

-Yo...

-Y entonces- la interrumpió la maestra, en éxtasis por captar la atención de tantas personas- Llegué a San Naerit, sin una sola moneda. ¡Quebrada! Y recibí la ayuda de alguien a quien todos conocemos bien, y al que quiero agradecer de todo corazón. Me refiero, desde luego, a mi querido Hen... Al director Ashadd.

Cientos de ojos y cabezas se volvieron, e incluso yo me sentí desconcentrada. Sentado en el medio de una de las largas mesas, con la vicerrectora al lado y una copa de vino rojizo estacionada en los dedos, Henry Ashadd movió la cabeza en un saludo de reconocimiento. Su presencia era tan imponente que nadie se atrevió a aplaudir.

De nuevo me removí. Ese maldito hombre.

-Henry me dijo- sollozó DuMarque, intentando mantener la dignidad- Me dijo... *"Danzar por danzar es un desperdicio. Debes desear algo con tu danza."* ¿No es así? No quiero mentirles, no soy tan inteligente como algunos de mis

colegas profesores, así que tardé mucho en entender a qué se refería. Pero ahora creo que lo sé. Estas niñas me han mostrado mi camino: ¡el de crear estrellas! ¡En Visgana, y luego en el resto del globo!

Ahora sí, la cadena de aplausos pareció interminable. Mis pupilas captaban palmas entrechocándose, manos de vellos oscuros como la de Norbert, manos delgadas y frágiles, manos de pequeñuelos que ni siquiera entendían qué estaba pasando, pero aplaudían para imitar a sus padres. Aunque varios seguían captados por la presencia del director, la mayoría de las miradas volvían a clavarse en nosotras dos, y por eso alcé la cabeza y me esforcé en dar mi mejor sonrisa, un magro intento considerando lo agotada que me sentía.

-¡Son mi orgullo!

Fueron primero los brazos fibrosos de nuestra institutriz, y luego el resto de las compañeras las que se tiraron hacia nosotras. Yo las abracé, también, aunque la boca de Alice se volvió una línea recta, dura cuando Anna y otras tantas la envolvieron en una gran masa humana. La gente reía y aplaudía, y todo me daba la sensación de un circo, un circo en el que lo único que importaba era triunfar, pero del cual yo desconocía el espectáculo por completo.

Cuando eso hubo terminado, se oyó otro tintineo y Gustav apareció vestido con elegancia.

-¡Señores y señoras! ¡Vamos a servir!

Quienes no estaban en sus lugares recuperaron asiento, y yo me permití suspirar, más relajada ahora que no tanta atención estaba sobre mí. Aun siendo otra persona, la ansiedad seguía existiendo y me hacía preguntarme si podría enfrentarme entonces al juicio de quienes vieran mi danza en el Lastega.

Pero aún faltaba para eso.

De la cocina surgieron los mozos, trayendo grandes bandejas con diferentes platos. Para mi sorpresa, el banquete era de pescado fileteado; una elección que asumía que quien vivía en San Naerit obligadamente toleraba la comida de mar; que tan fácil se procuraba desde la ciudad vecina. Lo acompañaba un puré cuya consistencia y apariencia derretían el paladar y también la clásica bebida, gaseosa, jugo para los pequeños, y vino para quien quisiera perder la vergüenza durante la velada.

Mientras servían, las conversaciones se centraron dentro de las mesas, bajo las luces individuales que reemplazaban el esplendor de las brillantes arañas. Gustav mismo fue quien se encargó de repartir los platos entre nosotras, y yo aproveché para analizar el salón; vi una mesa en donde León y Rickert arrojaban migajas de pan a algunas chicas entre risotadas, vi a Matt sentado con Elias, David, Rita, Cecile, Janet y Sally; vi a las mismas chismosas que me habían ayudado con Teresa susurrando desprecios hacia las alumnas de danza, vi a Norbert contando un chiste entre carcajadas mientras sus colegas del hospital negaban con sopor, y a Ashadd recibiendo su plato con educación, aunque sentí que no se dispondría a comer nada de lo que allí hubiera.

Había también muchas personas que me había cruzado alguna que otra vez en el centro, aunque no vi a Alex ni a sus compañeros del aserradero, ni tampoco al silencioso dueño del bar en donde solíamos tomar algo a la salida los martes.

Gustav puso el plato frente a mí, se inclinó y continuó sirviendo.

-Hm- oí decir a Juliana- Se ha esmerado.

Me volví hacia ella, algo aturdida. Alice no tocó su plato, pero las demás comenzaron a engullir sin preámbulos. En la punta vi a una chica que no reconocía.

-¿Sorprendida?- dijo Natalí- Yolanda sabe cuándo aprovechar una oportunidad.

La joven me saludó con una mano.

-¡Mina! Oí que estabas usando mis zapatos. ¿Te quedan bien?

-Sí. Muchas gracias.

-Cuidado, ¿eh? No vaya a ser que regrese.

“¿Veo vendas en tus ojos en el futuro?”

Sonreí.

-¡Se ve exquisito!- dijo Anna- Alice, ¿te gusta?

Alice asintió apenas.

Comimos entre comentarios bajos sobre a quienes veíamos, pues al ser las figuras del evento nuestra mesa estaba ubicada sobre una tarima y podíamos controlar a todos los invitados sin despertar sospechas. Varias de mis camaradas dieron audibles suspiros al notar a Harrold, quien charlaba amigable captando toda la atención de su sitio. Candice me miró entonces de reojo, y se encogió de hombros. No había dicho una sola palabra durante toda la velada, aunque sin quererlo cada tanto miraba hacia el sitio donde los profesores se sentaban, buscando una esperanza que había sido decapitada hacía ya tiempo.

Si le servía, iba a apresar a quien le había robado a su madre y a su amor.

Aunque yo y Alice nos mantuvimos en cierto silencio, oía a las demás hablar sobre prácticamente todo el mundo: sobre los profesores, sobre la madre de Sally, a quien envidiaban su elegancia, sobre Sally misma, quien dijeron no era la gran cosa, también sobre Frederick Cable, quien se hallaba muy correcto cerca de Harrold y tantas personas más; por suerte se saltaron a Norbert quien seguía dando vergüenza, atiborrándose bocado tras bocado e ignorando a su hija que se cubría la cara. Sentí algo de pena por Norbert, pues sabía que no se hallaba del todo bien; no por mi ataque, sin duda, sino por la discusión que había tenido con Wilhelm antes de salir. Tal vez comer y bromear era su mecanismo para calmarse.

Entre el personal médico del hospital no vi a Helen, aunque tampoco vi que estuvieran Mikhail o Jessica. Sin embargo, era seguro decir que casi un setenta por ciento del pueblo había decidido venir. Hablaba mucho de San Naerit que tantos pudieran entrar en el Salón Adal.

En cuanto terminamos el plato principal, Gustav ordenó a los mozos retirar la vajilla y traernos el postre; un mousse de chocolate que levantó toda una procesión de comentarios admirados. Un cantante entonó, para mi sorpresa, todos temas de Elvis. Había algo de descoordinado en todo lo que ocurría, pero en general la gente parecía divertirse. Busqué de vuelta a Ashadd con la mirada, y por supuesto noté que el director al instante clavaba sus ojos en mí.

“Es como un monstruo.”

Entonces volví mi mirada a mi mousse, y así quedé por un buen rato.

-Se abre la pista de baile- anunció Gustav casi media hora después.

La música de los parlantes sonó, reemplazando al invitado. Era el típico vals lento que alguien utilizaría en un casamiento. Pensé entonces en la fiesta de dieciséis que jamás había tenido, tanto por mi horrible situación dentro de la escuela como por la falta de dinero de Thomas. En verdad, no me había importado, y no era que me importara ahora. En ese momento sólo quería huir de mis compañeros, de las chicas que se reían de mí y del calvario de atravesar esa jornada infernal cinco veces a la semana, comer sola en los recreos, sufrir los condenados ataques. Mi deseo no había cambiado.

Veronique DuMarque se levantó, y abrió el baile junto al tío de Candice. Había una atracción obvia entre ambos, que mis compañeras no tardaron en comentar. Candice misma no dijo nada en cuanto le preguntaron, aunque sus ojos brillaron al notarlo.

Luego más y más personas se fueron sumando, aunque, para ser honesta, se trataba de todos los veteranos: gente de la edad de Norbert, sus colegas, incluso los padres de los alumnos que aprovechaban ese espacio para sentir que recuperaban sus años mozos al compás de la música. Quienes prefirieron evitarse la vergüenza de ver a sus progenitores bailar se mantuvieron en la mesa, haciendo de cuenta que nada de aquello ocurría; aunque a decir verdad el modo en el que todos esos adultos movían sus cuerpos era de mencionar, e incluso muchos estallaron de risa al ver al profesor Rachett, girando como un autómatas frente a la bibliotecaria de la escuela.

Norbert también decidió participar, y Kari se puso ya cerca del llanto.

Volví a ver a Matt, quien charlaba ameno con los demás. Sentí ganas de estar allí, y no con mis compañeras de danza.

-Y ese chico es tan ridículo...

-¡A mí me encanta!

-¿Vieron cómo esta vestida Duana Gallis?

-Tiene *tan* mal gusto.

-¿Recuerdan lo que se puso el año pasado para...?

Tosí, levantándome.

-Voy al baño.

En realidad quería alejarme, y ver si conseguía un modo de entablar conversación con mis verdaderos amigos. Caminé tranquila, entre los bailarines. La música seguía tronando.

Alguien me tocó el hombro.

-¿Me concede esta pieza?

Reconocí su voz. Harrold sonreía, como siempre, alto entre todos los cuerpos que se sacudían. Las palabras huyeron de mi boca por unos segundos, y luego acepté su mano sin moverme.

-No sé bailar.

-Eso habla muy mal de todo lo que dijo DuMarque sobre ti.

-Me refiero a que no sé...

-Ya, ya, estoy bromeando.

Tiró de mi mano, acercándome hacia él. Sentí que algo desfallecía. Mis pies solos hicieron un paso más digno de danza que de un club, y Harrold comentó.

-Sólo sígueme. No te juzgaré.

Me hizo dar una vuelta bajo su brazo, y me vi envuelta en un mar de carruseles. Comencé a seguir su ritmo. Era cierto que no sabía bailar, pero con él me resultaba sencillo. No sentía que estuviera haciendo el ridículo.

-¿En dónde aprendiste?- le pregunté- No hay muchos lugares aquí.

Harrold me acercó, y puso una mano en mi cintura. No pude conseguir que me molestara.

-Cuando estoy solo en casa me gusta practicar.

Reí.

Otra vuelta, y el volumen de todo pareció incrementarse.

-¿De verdad?

-Algo así- rio el- Lo estás haciendo bien. Parece que eres una natural.

Pasos, movimientos, el calor de su mano sujetando la mía.

-Es que no quiero decepcionar a todos- susurré.

Harrold se inclinó hacia mí.

-Diría que los estamos impresionando.

Hizo que me arrojara contra su brazo, y de cabeza vi que varios de los alumnos del instituto nos miraban y comentaban. Un cosquilleo placentero me vino desde el estómago hasta las sienes. ¿Qué cara estaría poniendo Alice?

Volvió a levantarme, y nuestros rostros quedaron cerca. Otra vez noté que no había un lunar, una marca, nada que arruinara su perfección. Era casi injusto. Volvió a separarme, y continué siguiendo sus movimientos, dejándome llevar. Era muy distinto a la danza que había hecho con Kain; mas movida, más frenética, y mis piernas estaban por acalambrarse de tanta intensidad. En cada segundo parecía que Harrold intentaba acercarse más a mí, su rostro con el mío, y como en una montaña rusa que desciende de repente yo sentía la emoción de saber que pronto podría robarme un beso.

Me adelanté con más energías, dispuesta a tomar las riendas. Quería que todos supieran que no era una simple ilusa, sino que había un verdadero romance entre nosotros. Por ser quizás los más populares, había ya varios que habían superado la humillación de ver a los adultos bailar y se habían sumado a la pista: David y Cecile se movían algo aparatosamente, Sally y Janet hacían una ronda, incluso Frederick había sacado a una señora mayor, que evidentemente lo hacía sentir muy incómodo. Reí al observar aquello, y continué mi danza con Harrold. Ya ni escuchaba qué música sonaba, sino que todo se confundía en un torbellino de colores y sonidos.

-¿Aún sigue en pie nuestra cita?- preguntó él.

Cita. Era oficial.

-Desde luego- dije, con más confianza- Aunque no creo que termine así.

Su risa fue clara, pegadiza.

-No hay tanto espacio para eso en este pueblo. Pero podríamos hacer algo divertido.

Volvió a girarme, y yo percibí que Ashadd nos observaba con una media sonrisa. Me heló la sangre unos segundos, pero me recuperé al instante en cuanto volví a encararlo.

-¿Algo divertido...?

-San Naerit tiene sus tesoros si sabes aprovecharlos- pronunció Harrold, y volvió a tomar mi cintura y a acercarse- Algo como... ¿el arcade?

Recordé mi partida junto con Matt, y sin saber porqué solté la mano que tomaba la mía. Pero Harrold no lo notó, porque justo entonces hubo un estruendo que llamó la atención. Rickert y León reían a las carcajadas, junto a

un montón de globos que habían pinchado. Pero su burla se interrumpió en cuanto la vicerrectora tomo a cada uno de una oreja, arrastrándolos fuera de la pista ante los aplausos de todos.

Mi pareja los observó de pie, con buen humor.

-Esos dos...

-Estoy algo cansada- dije- Iré a sentarme un rato.

-¿Mina...?

Lo abandoné antes de que ofreciera acompañarme. Crucé de vuelta a las multitudes, despertando de ese trance, y luego pasé las mesas. No era mentira que necesitaba un descanso, pues las piernas me ardían de tanto movimiento.

Al llegar de vuelta a mi asiento, me hallé con Anna, quien observaba todo con diversión. Del otro lado, Yolanda y Clara hablaban entre susurros.

Me desplomé sin decir nada, suspirando. Mi corazón martilleaba con insistencia. Anna no me miró, tan concentrada en toda la multitud danzante.

-¿Y Alice?

-Se fue al baño.- bostezó ella- Dijo que ya volvería.

Excelente. De seguro estaba arreglando un maquillaje corrido por la tristeza de verme arrebatarse a su presa. Pero Harrold era mío.

Se me ocurrió entonces que había sido una mala idea dejarlo solo en la pista de baile. Pero cuando lo busqué con la mirada no pude hallarlo.

Tampoco llegué a ver al director.

-¡Señoritas!- se acercó una figura conocida, trayendo una bandeja. Era ni más ni menos que Elias- ¿Alguna tiene apetito para un postre? ¿Para una deliciosa torta?

"¿Gustav lo puso a trabajar?" pensé con sorna. Era una sabia decisión, ante la opción de tenerlo coqueteando con todo lo que se moviera.

-No gracias.

-¿Y tú, mi bella Annie?- se acercó el pecoso a mi vecina con su bandeja- ¿Annie, quieres torta, quieres torta, quieres torta Annie?

-Por favor, deja de hablarme- tembló ella.

Los hombros de Elias no cayeron, sino que lo tomó con buen humor.

-Sé que tú y yo somos almas gemelas, mi Annie. Pero bueno, muñecas, tengo gente a la que atender o Gustav me cortará el cogote; entre otras cosas que ustedes señoritas no deberían oír. Pero antes...

Se acercó a mi oído. Pensé que iba a intentar darme un beso, pero en cambio susurró.

-Te esperan afuera.

Regresó por donde había venido.

"¿Me esperan?"

Justo entonces Anna se levantó de su sopor.

-¡Mira, es Alice! ¡Alice!

Comenzó a llamarla con los brazos, y yo decidí que era un buen momento para poner pies en polvorosa. ¿Quién me esperaba afuera? ¿Sería tal vez Harrold? No me hubiera sorprendido demasiado. Así que sin dar explicaciones me encaminé hacia la entrada de vidrio, y con cada paso que di me fui alejando del bochorno de la música, del calor humano y de las luces.

Afuera reinaba el frío, el chillido de los grillos, el suave mecer de las copas de los pinos entre la negrura. Me froté los brazos, buscando de quién se trataba, espiando a través de las escaleras de piedra. Mi citador no estaba allí. Probé entonces dando la vuelta al Salón, cada vez más curiosa. Si era Harrold,

¿cómo debía actuar? Me tranquilizaba saber que no se había fugado con Alice. Y si...

-Hey.

Me tomó de sorpresa, pues se hallaba del lado del edificio que no tenía entradas abiertas. Una extensa pared blanca nos separaba de todo el festejo, pero a cambio podíamos oírnos a la perfección. Pero yo tardé un poco en vislumbrar de quién se trataba, hasta que vi el rastro de pecas bajo sus ojos.

Zaq.

No supe cómo actuar.

-Lo siento...- murmuró él- ¿Estás ocupada?

Pensé a toda velocidad. De seguro esta era una buena oportunidad, pero no podía dejar de preguntarme qué querría. ¿Acaso él...?

-No, estoy bien- dije- ¿Tú me llamaste?

El pelirrojo asintió.

Había un cierto silencio en sus oraciones, una pausa que me costaba procesar. Volvió a hablar, y cuando lo hizo, su voz fue de nuevo un murmullo contenido, tímido.

-Quería decirte...

Esperé. Una brisa suave sacudió mi oscuro cabello, pasando entre ambos. Zaq pareció enrojecer.

-Que... Que me gustas.

Entonces lo comprendí, y sin entender por qué me sentí aliviada. Naturalmente era aquello.

¿Pero qué debía hacer?

No quería rechazarlo cruelmente. Esta era una buena oportunidad, una buena oportunidad de acercarme a su abuelo, Ezequiel Jerves Señor. Pero aceptarlo tampoco era una buena idea. Dudé por varios segundos, en los que su mirada pareció penosa, la de un perro mojado por la lluvia. Debía de haber tomado gran valor en acercarse de este modo.

Si conseguía quedar bien...

-Creo que...- dudé- Estoy saliendo con alguien.

Sus ojos verdes parpadearon, confundidos.

Bajó su rostro.

-Ah. Discúlpame.

-No, tú discúlpame a mí- dije yo- ¿De verdad te gusto?

Asintió lentamente.

-No sabía cómo decírtelo... Soy tan tonto.

-No eres tonto- negué- Es muy valiente que me lo dijeras. A las chicas nos gusta eso, ¿sabes?

Levantó su rostro sorprendido.

-¿De verdad?

Asentí.

-Estoy segura de que son varios los que se sienten atraídos por mí en el instituto- sonreí- Y sin embargo, sólo tú tienes el coraje de llamarme aquí y decírmelo. Aprecio eso más de lo que crees.

Zaq pareció dudar, pero sentí que me lo estaba ganando.

-Es que desde que te vi... Desde que creí conocerte... Pensé que éramos parecidos. Pero... perdóname. No quiero ser molesto. Sabía que no tendría que haber venido a esta fiesta. Mi abuelo insistió pero yo...

La mención de aquel hombre me dio más resolución.

-¡Nada de ello!- negué- Es bueno que estés aquí, ¿no? Pudiste sacarte ese peso de encima. Y ahora podrás bailar, divertirte, pasar un rato con tus amigos. No puedes decirme que no vale la pena.

Me regaló una tímida sonrisa.

-Tienes razón. Lo siento.

-¿Lo ves?- sonreí a mi vez, dándome la vuelta- Volvamos. Aquí hace bastante frío.

Emprendí el regreso hacia el calor del salón, aunque no hubo pasos a mi espalda. Ezequiel volvió a hablar, meditabundo.

-Ah... Pero creo que lo dije mal. Soy tan idiota. Lo siento, Liseth.

Al principio fue algo, algo indefinible.

Luego mis pies se clavaron contra la tierra, y fue como si el tiempo se congelara.

Como si el follaje dejara de sacudirse, como si la luna devorara al resto de las estrellas del cielo. El ruido de la música se volvió un silencioso susurro, y otra brisa más certera revolvió mi cabello, mi ropa, me estremeció mientras lo comprendía.

-¿Cómo...?

Comencé a girarme.

-¿Cómo me llamaste?

Algo en su voz me pareció dual.

-Liseth. Ese es tu nombre, ¿no es así? Tu verdadero nombre.

Poco a poco, la visión de Ezequiel Jerves se me fue revelando. El mismo viento sacudía su camisa, su cabello carmín, y la oscuridad creaba en sus ojos un aura profunda, un fulgor que me hizo sacudirme mientras observaba formarse sobre él una figura, algo a medias, un espectro de ojos rojos y sonrisa maníaca que ya había conocido antes.

-Es gracioso...- se pasó la mano por la cabeza él, ignorando a esa cosa que mis ojos contemplaban con horror- No recuerdo quién eres. Sé de quién es el cuerpo que ocupas, sé de quién la gente cree que habla cuando te aplaude. Pero podía ver... Sí, incluso desde antes podía ver que ellos no entendían quién eras. Sentí que eras tan similar a mí... Jason me dijo que te llamas Liseth, ¿no? Liseth Aurdelard. Y eres mi compañera. Y entonces puedo recordarlo bien. No me gusta que pretendas. No tienes que fingir, no conmigo.... Somos similares.

Calculé, por una parte, cuántos pasos necesitaba para regresar a donde todo el pueblo se hallaba. ¿Veinte, treinta pasos? ¿Podría hacerlo?

-¿De qué estás hablando?

-Creo que sabes de qué hablo- dijo Zaq- Me gustas tú. Liseth. Yo... Realmente no quería involucrarte en todo esto. ¡Pero necesito que sea así!

Se adelantó un paso, y a mi vez retrocedí uno. Todo mi cuerpo retumbaba.

-Zaq...

-No quería matarlos- se sujetó la frente, y yo sentí el peso de un yunque desplomarse en mi interior al comprender qué ocurría- Ni al profesor, ni a aquella señora... ¡No quería, pero no puedo evitarlo! ¡Él me habla, y habla, y habla, siempre ha sido así! ¡No quiero matar más, pero no tengo opciones!

Estalló.

-¡Liseth! ¡Te necesito! ¡Necesito que me salves!

Fue un descubrimiento simple, una revelación certera, la que tuve entonces. La distancia entre el punto en donde yo me hallaba y la entrada del

Salón Adal era de, cuanto mucho, una veintena de pasos. Sí, ya estaba segura. En total, para obtener la seguridad de toda esa gente, me hubiera bastado con apenas medio minuto.

Sin embargo, nunca iba a recorrer esa distancia.

CVI

-Zaq...

-No pueden entender... Los demás no pueden entender lo que es sentirse así. No tener a nadie que... ¡Nadie que viva como yo!

Volvió sacudirse, sujetándose la cabeza con furia, pero yo no me atreví a retroceder. Me hallaba concentrada en el espectro que permanecía sobre él, casi abrazándolo, en la imagen de esa misma criatura que me atacó dentro del palacio. Me observaba con malicia, con hambre asesina.

-Pero tú lo entiendes, ¿verdad Liseth?- los ojos de Ezequiel Jerves se levantaron, esperanzados- Tú has... Tú has estado sola, como yo. Y puedes verlo. Puedes verlo, ¿no es así...?

Asentí lentamente. Contenía el aliento.

Zaq dejó escapar una carcajada perturbadora. Era igual a la que había oído al llegar, en la Playa de las Piedras, la que había logrado espantarme el inicio del año. Había sido él.

-¡Lo ves! Sólo tú, tú y mi abuelo. Sabía que ibas a creerme. Papá, mamá, incluso mis amigos... ¿Quién podría creerme sino? ¿Quién puede saber lo que es esto? ¡Voces, voces, voces! ¡Pidiéndome cosas!

-Zaq, tú...

Ambos nos miramos. Ignoré al espectro, al demente y tragué saliva.

-¿Tú mataste a toda esa gente?

Su rostro se desencajó.

-Lo siento. No tenía opción. Liseth, ¿me crees, verdad?

Sin poder evitarlo, retrocedí. La expresión de Ezequiel se truncó en furia, y el espectro me enseñó sus dientes.

-¡Tienes que creerme! Yo no quería... Yo no quería matar a nadie, pero él me obliga. Jason Berkan me susurra, ¿no lo ves? ¿No lo estás viendo? Me susurra que mate, que mate, que mate. Él ordena. Desde que era niño, desde que recuerdo, sólo yo tuve que tolerar verlo... ¡Ah, no puedo soportarlo más! Sólo mi abuelo me comprende. Él pasó por algo similar, él puede entenderme... Y ahora tú... Liseth, tú puedes salvarme. Jason me habló de ti, me dijo lo que habías hecho. ¡Eres una nigromante, justo como él!

En mi horror me costaba moverme.

¿Qué debía hacer? ¿Intentar huir?

No, no era lo suficientemente veloz.

-¿Como él?

-El Titiritero- pronunció Ezequiel- *Él* controla a los Cuatro. Es quien puso a Jason en mí. Pero Liseth... Tú puedes enfrentarlo. Tú puedes ayudarme. Eres mi esperanza, y yo también puedo ayudarte a ti. Eres su objetivo, ¿lo sabes? Jason me susurra que te mate. Pero con tu poder...

-Volvamos- dije, apurada por el miedo- Zaq, volvamos con el resto. Te podrán ayudar. Podremos...

-¡No pienso volver allí!- gritó él- ¡No a donde *él* se encuentra!

-¿El Titiritero está allí adentro?

No respondió, pálido, sino que se acercó.

-¡Debemos irnos! Tomé la camioneta de mi abuelo. Liseth, podríamos fugarnos... Hallar un refugio, ¡algo lejos de este maldito pueblo! ¡Aquí sólo hay muerte!

El espectro continuaba susurrándole, mirándome con deleite. Comprendí que estaba al borde de la locura. Pero ¿Zaq, el asesino? ¿Y qué ocurría con los recuerdos de Kain? ¿Acaso tanto él como su abuelo...?

-¿Por qué mataste a Julián?

Mi pregunta logró calmarlo. Pensé que podía intentar ganar tiempo. No estábamos muy lejos del resto. Si esperaba, si conseguía retenerlo, tal vez alguien asomara y podría gritar por ayuda.

-No quería... Yo no quería... Pero Jason me lo pidió. El profesor vivía cerca. ¡Oh, cielos!

Se cubrió el rostro, tambaleándose. Lloraba.

-¿Por qué, por qué, por qué?

-Zaq, intenta calmarte. Ven conmigo y...

-¡No! ¡Tú vendrás conmigo!

Se aproximó con una velocidad que me aterró, y tomó mi muñeca.

-¡Liseth, no hay tiempo! Quiero salvarte. En verdad me gustas. Ven conmigo.

-No...

Quise forcejear, pero su fuerza parecía sobrehumana. Vi a la mano de esa criatura, Jason Berkan, superpuesta a la de él.

-¡Suéltame!

Zaq titubeó, herido, pero el espectro afianzó su agarre transparente y sus dedos se volvieron garfios de acero en mi muñeca.

-¡Es por tu bien! ¡No puedo dejar que él te agarre!

Torció, y yo sentí algo crujir. Un dolor espantoso sacudió mi brazo, haciéndome perder las fuerzas antes de poder descargar ningún alarido. Entonces el rostro pálido, enfermizo de la criatura que poseía a mi compañero se acercó a mi oído.

-Te voy a cortar en pedacitos, pequeña zorra. Esta vez nadie te va a salvar.

Luego me fundí, mi consciencia cayendo a lo largo de un abismo.

Al recuperar la consciencia, son dos cosas las que siento: la primera; que el suelo en el que estoy arrojada se halla en movimiento, y la segunda, que el dolor en mi muñeca es casi insoportable, como si alguien hubiera introducido una aguja por la piel hasta llegar al hueso.

"¡Está quebrada!"

Hubiera querido llorar, pero todo en mí se halla en alerta y mi cuerpo me lo impide. ¿En dónde estoy?

No puedo ver.

El suelo repiquetea, y yo tanteo con mi mano sana, conteniendo el aliento. Chapa. Patrones que se levantan y vuelven, como suaves olas.

"La camioneta."

-¡Ayu-!

Me interrumpo sintiendo un sabor asqueroso. Estoy amordazada, y tampoco puedo ver. ¿Qué hay en mis ojos?

Una venda.

La desesperación comienza a adueñarse de mí. ¿Zaq? Intento gritar, me retuerzo, pero es en vano. Debo estar en la parte de carga. Sin embargo, hay viento sobre mí. Necesito calmarme.

"Cálmate, Liseth."

Inspiro hondamente, como alguna vez Norbert me enseñó, y dejo el aire salir poco a poco. No puedo ver dónde me hallo, pero puedo adivinar que nos estamos alejando del Salón Adal y del centro del pueblo.

"¡Estoy siendo secuestrada!"

Tengo que contenerme para no estallar. Zaq, el asesino. Pero entonces... Se me ocurre una idea.

"¡Kain!"

¿Cómo no lo pensé antes?

"Liseth. No puedo ver nada. ¿Qué está pasando...?"

Me siento capaz de reír de los nervios al oír su voz. No estoy del todo sola.

"¡Es Zaq! ¡Era Zaq todo este tiempo, no su abuelo!"

"¿De qué hablas? Liseth, ¿en dónde estás?"

"¡Me está llevando!"

Siento una oleada de horror que no me pertenece.

"¡No permitas que te mate!"

Pienso que aquello es difícil de cumplir, pero Kain vuelve a hablar. Su serena voz se oye dominada por la urgencia.

"¿Sabes en dónde te encuentras?"

"Creo que estoy en la parte de atrás de su camioneta. Pero no puedo moverme."

"¿Estás atada?"

Tiré de mis piernas, y sentí la sog a que las aferraba.

"Sí. Quebró mi muñeca. Tampoco puedo ver. Kain, ¿qué hago?"

El fantasma pensó a toda velocidad.

"¿Puedes ver por dónde vas?"

"No."

"¡Esto no tiene sentido! ¿Trabaja junto a su abuelo?"

"¡Qué diablos importa! ¡Va a matarme!"

La camioneta da un salto espectacular, que me hace percatarme de nuevo de dos cosas: hemos dejado el pavimento fresco del centro, y Zaq conduce a toda velocidad, sabiendo que es casi imposible cruzarse con otro auto. Todos los coches están estacionados en el Salón Adal, después de todo.

¡Maldición, maldición!

"Liseth, tranquilízate. Escúchame. ¿Puedes usar tu mano para tocar?"

Tragué saliva.

"Sí."

"No pienso dejar que termines como yo. Tantea a tu alrededor. Quizás algo te pueda ayudar a cortar esa sog a."

"Pero..."

"Luego deberás saltar."

"¡Estás loco!"

"Liseth, ¡no hay tiempo!"

La mordaza me sigue dificultando, y sólo puedo tragar mi propia saliva. Mis dedos tiemblan de histeria, pasando por el duro suelo de la camioneta. La sog a que sostiene mis piernas no es muy larga, pero de igual modo puedo tocar los bordes de la chapa, la goma inflada de la rueda de auxilio.

Concluyo que no hay nada, con un sabor agrio inundándome las entrañas.

"Kain..."

El fantasma hace silencio.

"Tiene que haber un modo. Tiene que haber una forma de..."

Intento entonces deshacer mi mordaza, pero el nudo está bien sujeto. Si pudiera ver. Si al menos pudiera ver... Pero no puedo con una sola mano, y la que está quebrada se niega a moverse. Sólo puedo aullar de dolor cuando la intento hacer trabajar. ¿Por qué? ¿Por qué a mí?

No voy a morir.

¡No pienso morir!

"Zaq está poseído por uno de los Cuatro."

"¿Liseth...?"

Pienso a toda velocidad, decidida. Este no va a ser el final de mis días.

Piensa. Piensa. Piensa.

Una lámpara se ilumina en mi interior. No hay nada en la camioneta, nada en este suelo frío.

Pero eso significa que hay algo que me sirve mucho más que cualquier filo.

¡Espacio!

Apoyo mis dedos libres, y me concentro.

"Funciona, funciona, funciona..."

"¡Liseth!"

"¡Sí!"

La chapa se hunde, y una textura de madera llena de gozo mi tacto. He invocado la puerta, ocupando casi todo el suelo de este espacio.

"¡Entra, rápido!"

"¡No es tan sencillo!"

Para abrir la puerta, necesito dejar sitio. La sogas en mi tobillo dificulta mucho el lograrlo. Ruedo sobre mí misma, soportando el dolor y pego mi cuerpo al costado de la cajuela. El coche da otro salto, y creo sentir ramas romperse.

Tanteo con dificultad, aguantando las lágrimas, y mis dedos rozan el picaporte. Lo giro, y tiro hacia arriba. La Puerta al Balcón se abre como si fuera una trampilla. ¡Puedo salvarme!

Giro, y me arrojo por allí.

La gravedad cambia, mareándome. Donde caía, aterrizo de pie. Pero la sogas aún me sujeta desde el otro lado.

Kain aparece, frenético.

Tras mí, el cielo oscuro comienza a frenar su recorrido. La camioneta se está deteniendo.

"¡Ha frenado! ¡Se dio cuenta!"

¿Puede Kain liberarme antes de que Ezequiel vaya a chequear...?

"No."

Cierro los ojos, y me concentro. Figuras espinosas se adelantan al fantasma que se acerca, sujetándome desde el pasillo. Las enredaderas se retuercen en el cuerpo de Mina, toman con cuidado mi muñeca quebrada.

Me escupen de nuevo como yo misma, ya liberada.

-¡Liseth!

-¡Kain! ¡Está allí afuera!

El rostro del fantasma se vuelve a la puerta roja. El cuerpo de Mina se debate, entre la sogas que lacera su pierna y las enredaderas que intentan tomarla. Si sale, morirá.

-¡Yo la sostengo!- grito, y tomo sus manos. Kain se adelanta, pero al intentar salir y segar sus ataduras la barrera invisible se lo impide.- ¡Espera...!

Un rostro conocido asoma por el hueco. Zaq Jerves toma la sogas y tira, haciendo ceder a las plantas.

-¡No!- grita Kain, y se adelanta. La fuerza de ambos parece a punto de quebrar a Mina.

-¡Corta la sogas!- me arrojo pasándolo, directa a Ezequiel. No pienso perder ese cuerpo, no pienso perder la oportunidad de ser feliz. Asomo por la puerta, en esa realidad torcida, de cabeza, y arrastro el pie de Mina por mi cuenta hacia la seguridad del balcón. El asesino me sujeta de los cabellos, arrancándome un chillido, y Kain corta la cuerda.

Mina cae al interior del Palacio, pero la cara de Jason Berkan se adelanta a mí.

"¡Mala elección, pequeña!"

El brazo de Zaq me tira hacia atrás, de vuelta a la realidad. Oigo a Kain gritar, pero ya es tarde; caemos, desplomándonos fuera de la camioneta, contra la tierra, y la Puerta desaparece.

"¡Liseth! ¡Liseth!"

El pelirrojo escupe tierra.

-¿Qué demonios te pasa? ¡Quiero salvarte!

-¡Déjame ir!

-¡Tú tampoco me comprendes!

Se levanta hecho una furia, los ojos inyectados en sangre. Con mi cuerpo real retrocedo en el suelo. No podría vencerlo, no con esa fuerza inhumana. Pero, ahora tengo mi mano.

Y mis piernas.

¿Podré correr...?

-¡Liseth, tienes que venir conmigo! ¡Alejarnos de todo esto! ¿Cómo puedes querer quedarte aquí?

-¡Tengo gente a la que quiero!

-¡Van a morir...!- gritó él- ¡Como papá, como mamá! ¿Es que no lo entiendes? Él nunca va a dejarte escapar si sabe que lo investigas. ¡Nunca! Sólo nos queda huir... Estoy seguro de que mi abuelo comprenderá. ¡Es lo que él...! ¡Es lo que él querría para mí! ¡Por favor, tan sólo ven conmigo!

-Yo...

Nos interrumpe una bocina.

El gesto iracundo, poseído de Ezequiel al girarse me hiela. Del otro lado de este sendero desconocido, contra todas nuestras expectativas, veo asomarse un auto con cautela.

Un coche policial.

Contengo al aliento, entre el alivio y la incredulidad.

-¡Hey! ¿Quién anda ahí?

Intento correr hacia esa figura.

-¡Ayuda! ¡Ayu-!

La mano del asesino me cubre la boca, arrojándome hacia atrás. La fuerza de ese brazo me impide respirar, pero hago lo mejor que puedo para no perder la consciencia. Está oscuro, y de seguro el recién llegado no puede verme a través de las penumbras, ni siquiera con las luces delanteras encendidas.

-¿Quién es?- vuelve a preguntar.

-¡Disculpe...!- grita Ezequiel, sacudiéndome. Muerdo con todas mis fuerzas, pero no parece notarlo- ¡Tuve que frenar para ir al baño!

-¿Eres el mocoso del viejo Zaq?

El coche frena, y los dedos de Ezequiel se tensan. Sólo puedo sentir su piel, la tierra contra mi cara y la fuerza que me oprime. Puedo notar que está pensando a toda velocidad.

La puerta del auto se abre, y de allí asoma un hombre al que he visto antes. Es el mismo oficial al que hablé meses atrás, cuando comencé a investigar las desapariciones de Kain y su hermana. Aunque mi secuestrador se tensa, manteniéndome oculta en mi lugar, el policía no se acerca sino que se queda cerca de su puerta.

-¿Qué haces por aquí?

-Estoy volviendo a casa...

Sigue pensando, y las venas en su frente se delinean peligrosamente.

-¿Tienes problemas con el auto?

Veo al espectro, poniendo sus dientes puntiagudos en el oído del pelirrojo.

-*Mátalo. Mátalo. Mátalo.*

-Creo que sí- se remueve Zaq- ¿Puede darme una mano...?

El policía da una carcajada.

-Tu abuelo te dará una tunda si no arreglamos esa furgoneta, ¿eh?

“¡No!” intento gritar. No puede ver al demente. Y cuando pueda verme entre la neblina, ya será demasiado tarde.

Sus pasos son calmados mientras se acerca, con la mejor de las disposiciones. Yo golpeo con todas mis fuerzas, lucho por no sofocarme sin que mi captor acuse daño alguno. Mis dedos intentan rastrear su cuello, pero Zaq me sacude con tal brusquedad que siento mi propia garganta torcerse.

El hombre llega a unos pasos, y frena.

-¿Quién está contigo...?

La mano me suelta, y grito.

-¡Tiene que ayudarme...!

-¿Bernarda...?- me observa incrédulo el oficial. Pero es demasiado tarde. La otra mano de Ezequiel Jerves toma su cabeza, y la golpea con fuerza inhumana contra el costado de la furgoneta. Hay un sonido seco, y en la oscuridad creo ver el gesto perdido del hombre cuando los vidrios se estancan al costado de su mejilla.

El vómito sube por mi estómago, pero lo contengo. Sobre su poseído, Jason Berkan da carcajadas de deleite; pero yo no soy tan tonta como para desaprovechar el momento. Echo a correr, no por el camino de tierra sino huyendo entre los árboles. Los sonidos de los golpes con los que Ezequiel remata a aquel pobre oficial me provocan escalofríos que dificultan mi avance. Luego, como si se percatara recién de mi huida, lo siento arrojar el cadáver al suelo y meterse como yo por el bosque.

Y la voz de aquel espectro resuena.

-¡No puedes escapar, Liseth Aurdelard! ¡Este es nuestro pueblo!

CVIII

Aunque me hallo al borde de un colapso nervioso, sofocada y lastimada, la adrenalina me da una velocidad que nunca hubiera podido obtener de otro modo. Me permite ignorar el cansancio, el estrés, y también las múltiples piedrecillas, espinas y ramas que pisan mis descalzos pies al correr, la forma en la que se hunden en mi carne y me desgarran, un dolor necesario a cambio de sobrepasar a mi perseguidor y seguir viviendo.

Porque Zaq quiere matarme. Él mismo no lo sabe, pero yo lo percibo perfectamente. Con la excusa de salvarme, de salvarse, ese espectro lo domina para satisfacer el deseo que no pudo cumplir cuando me halló dentro del Palacio. ¿Y qué opción tengo más que una desesperada huida? Me supera en fuerza y velocidad. Ya nadie puede ayudarme.

Mientras tropiezo, mis sentidos excitados por la noche, raspándome, la superficie rugosa de troncos en mis dedos, las alimañas que retroceden oliendo mi miedo, no puedo evitar pensar que hace menos de diez horas me hallaba segura en la casona, sin imaginar que mi vida podía terminar antes de que volviera a ver la luz del sol. Así debió de ser para todos. Así debió ser para Charlotte Messel, para Julián Hauswhite, para Mina Harvnes. También debió ser así para ese oficial de policía al que Ezequiel acaba de asesinar tan brutalmente. En este momento apenas siento culpa. El miedo y el deseo imbatible de sobrevivir superan todo sentimiento.

¿Cómo llegué a esta situación?

Mis pensamientos son claros, estúpidamente claros. Mi cerebro se esfuerza por mantenerse frío, capta cada marca en la oscuridad con un detallismo un tanto absurdo, mientras mi cuerpo se agita y descompones. En cierto modo, casi me alegro del horrible ataque que tuve horas atrás; de lo contrario me hallaría delirando justo ahora, a ciegas en el bosque mientras el asesino me persigue.

Necesito concentrarme. La adrenalina es como una droga que me hace enfocarme en nimiedades. Necesito sobrevivir. ¿Dónde estoy?

"El oficial... El oficial pensaba que Zaq iba hacia lo de su abuelo."

¡Estoy en el bosque que da al río!

-¡Liseth!- oigo un grito descarnado, desde atrás- ¡Deja de huir!

Mi corazón da un salto, y dudo. ¿Debería esconderme? ¿Correr?

Debería haberme escondido. Algo como una bestia sale de los árboles, derribándome contra la tierra. En la oscuridad, apenas puedo ver a mi agresor; pero las manos de Zaq aferran mis muñecas, manteniéndome en el suelo, mi cabeza contra una incómoda piedra.

-¡Me hiciste matarlo! ¡Tuve que matarlo!

Intento forcejear en vano, incapaz de alejar mis ojos de esa mirada furibunda, descontrolada. Las rodillas de Zaq se posicionan sobre mis muslos, aplastándome sin dejarme escapatoria.

-¡Eres una maldita estúpida!

-Mátala. ¡Mátala! ¡Mátala ahora!

El espectro se relame. El gesto de Ezequiel se vuelve aun más perverso, oscurecido por el odio. Mi vano intento de zafarme sólo parece irritarlo más. No llego a gritar, sino que jadeo.

Mi cuerpo se mueve solo, adelantándose con un cabezazo que conecta. Zaq da un gruñido y cae a mi costado, aferrándose, y a mí algo interior me dice que no tengo tiempo alguno para regocijarme en mi dolor. Intento correr, pero su mano agarra mi tobillo y caigo.

-¡Zorra de mierda! ¡Quería salvarte!

Su voz es descarnada. Pateo al aire, poseída por el terror y mi mano sujeta un puñado de tierra, que arrojo a sus ojos. Blasfemias, insultos, maldiciones y alaridos salen de su boca, perturbando la tranquilidad de los árboles entre los que escapo.

Debí haberme quedado en casa. Debí haber aceptado la oferta de mi padre, y regresado a mi vida. No quiero morir. ¡No quería morir, no pensaba en morir! ¿Pero cómo podía imaginar...?

-¡Te voy a cortar! ¡Jodida desagradecida, te voy a cortar la cabeza!

Me muerdo los labios, y continúo corriendo. El tobillo y las muñecas por donde me sujetó aún me duelen, arden ante la laceración que sufrí. Las plantas

de mis pies se sienten como despellejadas, pero no me importa. Me está siguiendo. Un puñado de tierra no va a frenarlo.

¿Qué debo hacer?

No hay tiempo para dudar. Incluso más que su fuerza, es sorprendentemente rápido. Si no me ha capturado de nuevo es posiblemente porque la oscuridad no lo deja ver bien, y no por que pueda sobrepasarlo corriendo. Aún tengo una posibilidad. Pienso, pienso, pienso con todas mis fuerzas, pérdida, sintiendo pedruscos y espinas hundirse en mis manos, sintiendo gruesos arboles e insectos, arañas, polillas, telas, un terreno que continúa subiendo. El río no debe estar muy lejos, con sus heladas aguas. Tras mí hay una sucesión de estruendos, de su carrera por agarrarme.

Pienso en qué me diría Thomas. Papá me diría que busque mi oportunidad, por más mínima que sea. Que muera peleando. ¿Pero puedo luchar?

¡Tengo miedo!

Se mantiene callado, en su acecho, y yo continúo corriendo colina arriba. Un cazador y una presa, solos en el bosque, la bestia de San Naerit libre para devorarme. Pero la furia que porta, la posesión que le hace odiarme tan repentinamente como quiso ayudarme se siente como una oleada irrisoria.

Para recuperar el aliento me giro, de espaldas a uno de los troncos que se siente peligrosamente inclinado ante la pendiente en la que el bosque asciende. Mis piernas lastimadas tocan raíces, tierra húmeda, yuyos, hongos. La respiración de Ezequiel Jerves se acerca, metros abajo, pero no es su voz la que me acosa.

-¿Dónde estás, zorrита? ¿Dónde te hallas? ¡No vas a poder escapar!

Cierro los ojos, y me pego a ese tronco. Estoy aterrada, pero aún me quedan energías. Correr cuesta arriba sólo me llevara al río, y allí quedare arrinconada. La corriente no conduce a ningún sitio en donde una mano amiga pueda ayudarme. Tengo que zafarme de él dentro del bosque.

Inspiro hondo, bien hondo.

“¿Puedo luchar?” me pregunto otra vez.

Y la respuesta viene a mí enseguida.

“Sola, no.”

Cierro los ojos, y me preparo para huir de nuevo.

“Kain.”

“¡Liseth! Temí que...”

“¿Está Mina a salvo?”

“¡Tú eres la que importa ahora!”

“¡Contéstame!”

-Quise salvarte- dice la voz de mi acechador, peligrosamente cerca. Quería ayudarte. Podríamos habernos fugado de aquí, podríamos habernos alejado del Titiritero, de los Cuatro, ¡podrías haberme ayudado a quitarme a Jason! Pero quizás él tiene razón, ¿no es así? Eres una maldita desagradecida. Ni siquiera tú puedes entenderme.

“Mina está bien. La han tomado las plantas otra vez.”

Dejo el aire fluir, aliviada. Aún tengo a Mina. Aún puedo vivir.

“Kain, voy a intentar vencerlo.”

En mi mente, el fantasma hace un largo silencio. Espero que replique, que se enoje, que grite reprendiéndome.

En cambio sólo pregunta.

“¿Puedes?”

Sonrío, al borde de las lágrimas.

“Creo que no. Tengo miedo.”

“Estaré aquí contigo.”

-¿Por qué huyes? ¿Por qué me odias?

Ha sonado prácticamente detrás.

Asomo mi rostro por el costado del tronco, lentamente. Justo entonces siento un terrible golpe, y Ezequiel se lanza desde el otro lado. Entonces vuelvo a emprender carrera, pero esta vez en dirección opuesta, regresando mis pasos hacia el camino. La pendiente que desciende me ayuda, me esfuerzo por no caer, voy de salto en salto, como el viento, ya toda sensación librada de mi cuerpo. Sé que me persigue.

“¿Puedo ayudar en algo?” pregunta Kain, viendo a través de mis ojos.

Y de pronto lo comprendo, más claro que nunca. Comprendo la mínima ventaja que tengo contra Ezequiel, una ventaja que se enlaza mucho con su locura. Siguiéndome, como un torbellino de furia tras mí, no es su voz sino los sonidos que él hace al golpear ramas, piedras y maleza los que me alertan de su proximidad. En cambio yo me lastimo, pero no hago ruidos. Y eso es porque...

“Puedo ver.”

Puedo ver en la oscuridad. Esa ha sido mi ventaja, todo este tiempo, la ventaja que me regaló la maldición que desde pequeña me azota. Por una vez, puedo abrazar las sombras.

Kain aguarda mi respuesta, y yo continúo descendiendo, buscando.

“Ayúdame a encontrar...”

Se lo digo, y él asiente. Cuatro ojos son mejores que dos.

Entonces continúo decidida, resuelta a no ser una víctima aterrada. Es posible que muera. Mi plan es arriesgado, y depende de demasiadas cosas. Ezequiel no pierde energías, se adelanta a mí saltando, tal un rabioso animal, sus ojos verdes fusilantes, Jason Berkan acompañándolo como un trasgo incorpóreo que lo abraza y desaparece de a tanto, guiando sus movimientos. Parece una criatura sobrenatural, más bestia que hombre. Sus ropas, sus zapatos, todo se ve sucio y desordenado en cuanto acorta distancias.

“¡Liseth!” me avisa Kain.

Yo también lo he visto.

Me freno, casi derrapando, y simulo estar concentrada en ver qué tanta distancia le llevo a mi perseguidor. En lo insano de su actitud Zaq no se da cuenta de la estupidez de esto, y aprovecha para adelantarse.

Jason Berkan le grita, otra vez.

-Está ahí. ¡Mátala!

Pero sus pies se hunden en la tierra húmeda, regada por tantas lluvias, y algo en él se contrae. Yo retrocedo un paso.

En la oscuridad sus ojos escrutan ciegos, pero yo lo veo perfectamente. Está llorando.

-¿Por qué? ¿Por qué no quieres venir conmigo?

Me mantengo firme. Estos podrían ser los últimos segundos de mi vida.

-¡Mátala!

-Porque estás loco.

Mi voz tiene muchos más nervios de lo que esperaba. Descubro que mis manos tiemblan. Zaq es ahora quien retrocede, sujetándose la cabeza.

-¡No quiero ser así! Tienes que creerme, Liseth, ¡yo no quería matar a nadie!

-¡Pero los mataste! ¡Y ahora me vas a matar a mí!

-¡Tú te lo mereces!- grita, y vuelve a lanzarse para aferrar mi cuello. Entonces un chasquido metálico, helado corta la noche, y Zaq da un quejido agudo, tal si perdiera todo el aire de sus pulmones. Sus ojos desorbitados en sangre miran abajo a la trampa de oso que se ha cerrado sobre su talón. De seguro las penumbras le impiden ver la herida; pero yo la comprendo bien, su pierna torcida, el hueso partido, el pie apuntando en una forma incorrecta, casi sesgado.

Da un aullido salvaje y cae al suelo entre alaridos. El horror y la agonía, el descubrimiento de lo que acaba de suceder lo inundan, desbordándolo, y algo de su terror se me contagia. Apenas puedo moverme.

-¡Jodida zorra!- grita, y sus gritos hacen que los animales huyan, que todo el bosque se sacuda- ¡Te voy a hacer pagar! ¡Te voy a arrancar los ojos!

Mi pecho sube y baja al compás de mi respiración. Zaq tiembla, se sacude, su sangre parece un barro oscuro que crea manchas a su alrededor. Oigo un crujido, pues está intentando zafarse.

-¡No!- grito.

"Liseth, ¡sal de ahí de una vez!"

La advertencia de Kain tiene sentido, pero me cuesta moverme. Entre terribles insultos Ezequiel se contorsiona, como un pez, desgarrando su camisa, revolviéndose, quebrándose el mismo su hueso y separando el pie que tiene atrapado. Borbotones de sangre escapan, pero no parece debilitarse. Cuanto mucho, su deseo de estrangularme parece ser más fuerte que nunca.

-¡Te voy a MATAR!

"¡Escapa YA!"

Vuelvo a mis sentidos, ante el espantoso sonido de los tendones de mí perseguidor romperse como elásticos, las venas en su cuello hinchadas hasta casi explotar, los dientes salidos como colmillos y la expresión monstruosa. Me doy la vuelta, y continúo corriendo colina abajo, ya casi sin ver, poseída por una hilaridad enfermiza.

Estoy soñando. Debo estar soñando.

La pierna de Zaq se separa del todo, y cojo él se arrastra. Puedo sentir su voz, puedo imaginarlo tensando los músculos, soportando el dolor, litros y litros de lo que lo mantiene vivo escapándose de él.

Simplemente corro, bajo el amparo de las hojas que me cubren de las estrellas.

No recuerdo bien cuánto tiempo troté, alejándome de las penumbras, de los árboles, de las formas que se retorcían y los sonidos del abismo. Sólo sé que en algún punto dejé de pensar, dejé de fijarme si descendía o si ascendía, dejé de intentar descubrir cuál era el norte y cual el sur, deje de creer que alguien aparecería para ayudarme. También debí cortar la comunicación con Kain, pues no volví a oír su voz diciéndome que frenara o que siguiera, y sólo corrí, corrí, corrí, en un trance de terror, sangrando, temblando, sin nada en mente más que un sueño lejano, soleado, un sueño de una casa de verano en la playa, un sueño indefinible al que aún no me atrevía a volver.

Luego, por gracia del destino, mi visión inconsciente falló y vine a tropezar con una raíz mal colocada. Tuve suerte de no aterrizar en alguna de las trampas de oso que Ezequiel Señor había colocado, sino que caí con muy poca dignidad, mi cara contra el suelo, y por varios minutos simplemente estuve arrojada, boca abajo, sin moverme.

No tenía la más mínima pizca de energía. El miedo era una locomotora que me decía: *¡Corre, corre, corre!*, pero el hecho era que simplemente mis piernas se negaban a responder. Mi consciencia se esforzaba por mantenerse a flote, sin sumirme en un sueño catatónico.

Y sobre mí, las estrellas poco a poco se borraban, en un cielo cada vez más claro.

Volví a pensar lo ocurrido. Había sido una suerte que estuviéramos aquí, había sido una suerte que recordara la multitud de trampas que se habían puesto para atrapar a la bestia que decapitaba perros, antes de que se supiera que era un humano. Me sentía capaz de reír, de llorar, de gritar. Había funcionado. Pero Zaq se había salido. El crujido de su pierna me acompañaba a cada rato, una vez, y otra, y otra. Debía de seguir persiguiéndome, ya del todo ira, su voluntad atrapada por la del muerto que lo dominaba.

Los Berkan...

Recordé ese día en la Playa de las Piedras, a Elias contando su historia, a Matt sonriendo con el fuego crepitando cerca, la arena fría, el rumor de las aguas. Recordé todo eso, y sin quererlo dos lágrimas escaparon, sucias, recorrieron mis mejillas y se hundieron en la tierra.

Pero entonces las sequé con la manga de mi remera, embadurnándome más la cara. Y me levanté. No tenía tiempo para llorar.

Respiré hondo, seguidas veces, calmándome. La cabeza parecía a punto de estallarme. Busqué entre los árboles una señal, busqué un alambre, pero nada había más que bosque. Estaba perdida. Había corrido sin sentido, como una idiota.

“¿Sabías que el musgo de los árboles crece apuntando al este?”

Aquel fue un recuerdo de Norbert, de su voz. Me contuve para no llorar otra vez. Necesitaba hallarme en casa, necesitaba hallarme segura. Busqué desesperada rastros de ese musgo, pero no vi nada. En cualquier caso, pronto amanecería. Aún estaba oscuro, pero eso no duraría mucho más. Debían de estar buscándome. Norbert debía de haber vuelto ya de la fiesta, y debía de haber notado que yo no estaba. ¿Lo habría notado?

Oh dioses, ¿lo notaría?

Creí sentir algo moverse cerca, y alerta me preparé para correr. Pero sólo un ratoncillo se escapó por los arbustos con un chillido ofendido. Y en mi

alivio, pensé también que la respuesta a qué dirección seguir era obvia. Una ladera bajaba, y bajaba, y sólo podía terminar conduciendo a un camino.

Así que descendí, desbordada, pero con la alarma de supervivencia tronando en mí, la constancia de que debía seguir con vida. Me hallaba muy alerta a mi entorno, a la posibilidad de que Zaq se apareciera desde cualquier sombra, con su pie arrancado, para culminar su propósito.

Pero, al menos mientras me mantuve entre los árboles, no llegué a ver a mi perseguidor. Sólo distinguí arañas, ardillas, la naturaleza que se veía perturbada por mi existencia, las hojas húmedas que me acariciaban al pasar, la tierra que se hundía como bálsamo para mis pies. Caminé y caminé, por lo que me parecieron horas. Ya casi no sentía nada.

Y antes de lo que pensaba, llegué a vislumbrar el camino, varios metros más abajo. La calle de tierra continuaba, larga, perdiéndose hacia las afueras del pueblo. Pero todavía no sabía en dónde me hallaba exactamente.

Quise bajar y continuarla, pero me di cuenta entonces de que era un error. Ezequiel esperaba que hiciera tal cosa. Era más sabio ir bordeándola, oculta entre los arbustos, aunque me tomara más tiempo, seguir el sendero que hacía con mi propio cuerpo y no quedar en evidencia. Así que no descendí, sino que me mantuve oculta tras un zarzal, recuperando el aliento. A mi espalda, el bosque se cernía con una carga inaguantable, la carga de gritos y huidas, de lo desconocido, de retomar aquel rol de presa. El camino simbolizaba la posibilidad de retomar mi vida luego de aquel infierno.

Calculé que debía marchar hacia la izquierda, y me moví con cautela. No pensaba que él pudiera sacarme ventaja en el estado en el que se hallaba, pero no quería confiarme. La fuerza inhumana con la que había sesgado su propio pie, su rabia, todo resonaba en mí con ecos de alaridos, de insultos que no podía quitar de mi consciencia. Entonces miraba el cielo oscuro, tocaba la savia entre las raíces, y respiraba ese aroma intenso, salvaje para poder calmarme: y proseguía por el camino, un paso, y otro, rastros de heridas que todo un ecosistema olía, un calvario que debía enfrentar si quería volver a vivir.

Como no me atrevía a avanzar por esa ruta, poco a poco mi oculto atajo se fue separando, levantándose en un risco que me permitía ver a la lejanía; cómo la línea de tierra parecía continuar hacia el pueblo. La entrada entre el grueso follaje era una visión paradisiaca, que veía con ojos nublados de fatiga, tambaleándome, sin dejar de moverme. Si dejaba de moverme, caería desmayada. Si caía desmayada, Zaq me encontraría.

Tal vez por esa terquedad de no darme reparo fue que tardé mucho en notar las luces que se acercaban desde la curva. Me parecieron en un inicio falsas, un ángel, una versión benigna de mis ataques de ceguera que venía a bendecirme con su dulce presencia, yo cercana a la muerte. Sólo cuando caí en la cuenta de a quién pertenecía esa camioneta abrí los ojos como platos, y grité asomando por entre las hojas.

-¡Alex! ¡Aquí!

Las luces de su coche parpadearon, y yo ahogué un grito de júbilo. Pero entonces pude ver el perfil de Alex en la ventanilla, y entendí que no había podido oírme. Su seña era a otra cosa.

La camioneta frenó, a considerable distancia. Mi rostro se volvió al otro lado del camino, el que había estado recorriendo. Una criatura, más que un hombre, se tambaleaba por allí, apoyado en una rama, los ojos bien abiertos, la camisa hecha girones dejando ver su torso muscular, la cara, el pecho, todo

embadurnado con el color de la sangre. Mi corazón dio un vuelco, al contemplar a Ezequiel. Agitaba el brazo hacia Alex, haciendo stop, como si fuera lo más normal del mundo.

“¡Va a matarlo! ¡Va a matarlo!”

-¡Alex!- grité, con todas mis fuerzas, y corrí cuesta abajo, hacia el camino. El sonido del motor al apagarse me adentró en la desesperación.

La puerta se abrió, y el joven salió del auto desarmado. Ezequiel sólo necesitaba un ataque sorpresa, su furia y la fuerza de su posesión le daban todas las ventajas. Lo vi mover los labios, pidiendo ayuda, y con gesto sereno Alex se acercó.

Volví a gritar, cerrando los ojos para no ver.

Se oyeron tres impactos veloces, consecutivos como gotas de lluvia.

Entonces abrí mis ojos, aterrorizada, pero vi que Alex tenía sus nudillos hundidos en la cara de Zaq, que caía al suelo desmayado. Los golpes habían sido suyos.

Corrí, hacia él.

-¡Alex!

Cuando se percató de que venía, su rostro sereno adquirió suavidad. No miró a quien había golpeado, sino que esperó a que me acercara. Sus ojos me revisaron de arriba abajo, el desastre en el que me había convertido.

-Liseth. Te estábamos buscando. ¿Te encuentras...?

Pero entonces ya no lo oía, sino que lloraba.

Lloré sin pensarlo, durante los minutos en los que se permitió darme su abrigo para protegerme del frío, cuando cargó al desmayado Zaq en el asiento de atrás, seguí llorando y temblando al subir a su lado, cuando lo vi sonarse el cuello, como si aquel fuera un asunto más, otro día más, y poner en marcha el motor en dirección al pueblo.

Alex respetó mi estado de nervios, sin decir ni preguntar nada. No preguntó por qué había huido de casa en pijama, no preguntó por Ezequiel, no hizo más que revisar que no estuviera herida y manejar, con un gesto que me hizo recordar mucho a mi padre. Yo en cambio tenía decenas, cientos, miles de inquisiciones que no podían brotar de mi boca. Cada vez que intentaba hablar, volvía a emitir un patético quejido y me quebraba, inconscientemente, de nuevo entre las lágrimas.

Cuando las primeras casas se acercaron, me palmeó la cabeza en un gesto muy similar a Norbert. Tuve la sensación de que así hubiera sido el tener un hermano mayor, si el destino me lo hubiera dado.

-Estabas asustada.

Asentí varias veces, secando sin descuido las lágrimas con las mangas de su campera. La luz del amanecer inundó las ventanillas, el sol asomó por entre las nubes, los oscuros árboles se volvieron figuras amigables, solitarias. Pasamos las primeras entradas, las primeras propiedades, y yo reí a solas.

Alex me miró de reojo. Se lo veía atento a Zaq, al menor indicio de que despertara, pero sus puños de boxeador habían hecho un buen trabajo en noquearlo, sin hablar de la pérdida de sangre que había amortiguado con un torniquete. Zaq viviría.

-Tú no tuviste miedo- dije, y volví a recordar la Playa de las Piedras, volví a recordar las historias- ¿Es por haber sido bombero? No temías. Ni siquiera cuando ocurrió lo de ese niño y a la mujer en el incendio.

Mis manos temblaban, las uñas rotas temblaban, todo en mí era una estructura que se sacudía, a punto de derrumbarse.

-Pero yo no pude...

Alex manipuló el volante con calma, y negó.

-Esa historia era mentira.

Lo miré sin comprender. Y él me observó, mientras ya el centro y gente, multitudes de personas que habían estado buscando, todo el pueblo se asomaba para verme, se metían, todos quienes se habían hallado en la fiesta se aparecían y gritaban, se daban las voces, corrían las nuevas de boca en boca.

-Yo era ese niño- oí a Alex decir, y su voz fue más clara que cualquier grito- La mujer me salvó a mí.

"¿Y quién es esa mujer?" quise preguntar entonces, pero no tuve tiempo. La portezuela se abrió, Norbert me arrastró fuera, y me abrazó con tanta fuerza que casi partió mis brazos, llorando como un niño, ante los aplausos de los pueblerinos que presenciaban la escena y la llegada de ese esperado amanecer.

Y la duda perduró en mí, pues Alex simplemente observaba al cielo.

CX

Desde ese día, muchas cosas ocurrieron.

Por supuesto, claro está, tuve una larga charla con la policía de Visgana, en la que tuve que repasar detalle por detalle los contenidos de aquella terrible noche. Con el oficial Brandon Fraser muerto -tal era el nombre de aquel pobre hombre-, San Naerit se hallaba desprotegido en su nueva condición de pueblo manchado con sangre y el director Ashadd tuvo que recurrir a sus influencias para procurarnos un nuevo control de seguridad, más diligente que el trabajo del difunto policía.

Tácitamente me dieron cuanto tiempo quisiera para descansar, y yo misma decidí tomarme una semana en la que no asistiría a clases. Me quedaba en cama, contemplando la lluvia golpear contra mi ventana, leyendo cada tanto con pereza los libros que Norbert me alcanzaba. A la tarde, en el almuerzo, Matt y Kari me contaban sobre las cosas que se hablaban en la escuela, sobre el curso que quería verme, sobre los comentarios ante la resolución del terrible misterio del asesino de San Naerit.

Y en realidad, si había logrado salvarme de tal modo era porque Norbert y Alex ya habían sospechado de Ezequiel Júnior mucho antes de que yo comenzara a fijarme erróneamente en su abuelo.

-Fue por la cabeza- me explicó Matt un día, sentado en el pie de mi cama y comiendo una manzana- Calcularon que sólo alguien de nuestro curso podía haberla llevado a tu casillero. Luego fue ver quién vivía cerca de donde se habían realizado los ataques...

-¿Tú lo sabías?

Era la primera vez que hablábamos desde mi episodio de pánico. Pero ninguno de los Weigler había hecho comentario alguno sobre eso.

Matt asintió con pesar.

-No quería creerlo. No quería creer que Zaq pudiera tener sangre en sus manos. Pero las pruebas estaban allí, y decidimos cuidarnos. Le echaba un ojo desde hace días, a pedido de Alex. Cuando desapareció de la fiesta...

No hizo falta decir más. La historia oficial había sido que yo había escapado de casa para ir al festejo, sólo para encontrarme con Jerves y ser secuestrada. Se acercaba tanto a la realidad que nunca me pareció necesario desmentirla. En cuanto a mi desaparición, grande había sido mi sorpresa al enterarme de que ni más ni menos que Wilhelm había sido quien llamó a Norbert informándole que no me hallaba en casa. Aunque cuando quise agradecerle, su respuesta fue un gruñido.

Y así, las cosas se cerraban. Habían mandado a Ezequiel a un hospital, hasta que su pie sesgado se sanara, y se decía que no sería enviado luego a la prisión sino al manicomio, en vista de la locura que lo poseía. A su abuelo, Jerves Sr., lo habían encontrado arrojado en el suelo de hogar, aparentemente víctima de un ataque al corazón, y de allí había sido enviado a la clínica como tantos otros ancianos.

Desde luego, hallé aquello más que extraño.

Las palabras de Ezequiel resonaban, mensajes ocultos en gritos, sus intentos de ayudarme dentro del mal que lo corrompía. Había hablado de los Cuatro Locos, y ciertamente uno de ellos había sido el causante de su carrera de asesinatos. ¿Qué eran esas criaturas?

Y el hombre al que llamaba el Titiritero...

La sensación de que existía una figura, un ente perverso que seguía inmune luego de esta resolución me persistía, carcomiéndome los sesos. Si dormía, entraba de nuevo en el bosque y corría por entre árboles, sentía la presencia de Jason Berkan acosándome, el miedo me dominaba y despertaba envuelta en un mar de sudor, caliente por la fiebre.

Y entonces repetía:

¡El Titiritero viene por ti!

¡El Titiritero viene por ti!

¡El Titiritero viene por ti!

Y veía la ventana cerrada, y pensaba en la puerta de abajo, cerrada, y pensaba que nunca me había hallado en tanto peligro. El sueño rehuía de mí.

Sólo algo más parece notable de contar. El invierno se acercaba, y los árboles, quitados de su follaje, asomaban ramas que se elevaban como negros dedos, bajo una lluvia tan fría que pronto se volvería el inicio de la escarcha. Un día cualquiera que parecía marcar el final del otoño, Jessica me había visitado, trayéndome cajas con bombones, frutas brillantadas y demás

golosinas de su confección. Ella se había sentado en mi cama, tal si yo fuera una enferma, y no había parado de hablarme. Por supuesto que yo contestaba, feliz de que no mencionara ni inquiriera sobre lo que me había pasado; feliz de descubrir que entre nosotras la charla fluía naturalmente, sin necesidad de que yo mintiese.

Pero quería preguntarle; por ellos, por Alex, por Mikhail, por su destino en este pueblo. Sin embargo, no me atreví. Las palabras se atoraron en mi lengua, y Jessica marchó de nuevo dejándome sola, rumiando mis pensamientos bajo el calor de mi frazada.

Y entonces sentí un gran dolor, un dolor emocional, indefinible. Y a mí costado, tal como la primera vez, la puerta roja me invitó a entrar.

Mis pies tocaron la piedra, mis dedos acariciaron las enredaderas que se movían como serpientes, y la música de siempre comenzó a sonar en cuanto crucé ese umbral. El atardecer eterno me iluminaba hacia el abismo. Y sintiéndome un tanto extraña, indiferente, di paso tras paso hasta llegar a un rumor, a un sonido, a aquello que me compartía su pena.

Kain estaba de espaldas, apoyado en el balcón. Imperceptibles vibraciones lo sacudían, movían sus brazos, sus omóplatos, hacían que se estremeciera como un can asustado. Quedé entonces inmóvil, sintiendo su tristeza, y Kain se dio vuelta, con lágrimas en los ojos.

Pero, para mi sorpresa, sonreía.

-Liseth... Lo recordé.

Lo observé muy atenta.

-¿Recordaste...?

-Kassia- rio él, secando esas lágrimas como sin comprender lo que eran- Así se llamaba mi hermana. Kassia. ¡Recordé su nombre!

-Kain...

Se acercó, y me estrechó en un abrazo. Por un instante, una sola fracción de segundo, pensé que emitía calor, que emitía amor, que emitía vida. Me aprisionó, y yo dejé mis brazos caer, cerrando los ojos, suspirando, pensando en atardeceres y labios, en cabellos oscuros como las plumas de un cuervo, en mi corazón y el suyo latiendo tan cercanos.

-¡Tal vez aún viva...!

Fin del Otoño.

*“Un Mundo De Muñecas”:
Por Kassia Antar
(en sus 14 años)*

Cuando crezca, tal vez las cosas sean mejores.

Tal vez cuando sea mayor, y me vea a mí misma en el espejo, pueda pensar en algo que no sea cuánto me odio.

Tal vez miraré un cielo azul, y reiré, y correré como lo hacía en aquel entonces.

Tal vez pueda decir: “Soy fuerte”, tal como tú querías, y sentirme satisfecha de ello.

Me gustaría tener alas, entonces. Me gustaría volar lejos, muy lejos, tan lejos como pueda. Me gustaría dejar las nubes, la lluvia y la nieve, el gris de mis días atrás, bien atrás; y cortar mis hilos. Pues tengo hilos en todo el cuerpo. La gente no puede verlos, pero yo sí. Hay hilos en mis labios, hilos en mis dedos, hay hilos en mi pecho y en mis piernas. Al sonreír, dos hilos se levantan. Al inclinarme, un hilo se deja caer. Cuando soy altiva, un hilo levanta mi rostro. Y cuando hablo, la gente dice “¡Hermosa!”, pero eso es porque no pueden ver esos hilos. Yo sé que sin los hilos, sería fea. Yo sé que soy fea. No me importa serlo.

Ayer tuve tiempo de estar sola. Y pensé:

Este es un mundo de muñecas.

Aquí todos se mueven porque alguien lo ordena.

*Este es un mundo de muñecas.
Yo soy su muñeca más preciosa, es lo que él dice.
Y quiero morir.*

*Este es un mundo de muñecas.
Sólo quiero morir.*

*Pero debo ser fuerte, ¿no?
Porque estás en algún lado.
Kain, mi hermano, ¿vas a regresar, verdad?*

Kain, me gustaría verte. Te extraño tanto. Extraño a mamá, extraño a papá, extraño los paseos que dábamos en la colina verde. Estoy sola. No puedo hablar. No puedo vivir. No puedo respirar. Me da asco verme, me da asco que me vean, me da asco ser una muñeca, profanada, por dedos que mueven mis hilos, me dan asco las risas de quienes me contemplan, me doy asco a mí misma.

Quisiera poder creer, en un mundo sin cadenas. Quisiera poder creer en ese cielo azul, y en esa risa. Quisiera poder creer que voy a verte de nuevo. Quisiera poder escapar, por el tiempo, y volver a esos años antes de que todo iniciara, cuando tú nos regañabas porque trepábamos el árbol, cuando caí y lloré, ¿recuerdas cómo lloraba?, quisiera poder verte de nuevo, oír tu voz consolándome, quisiera poder despertar de este horrendo sueño.

Kain, hermano.

Por favor.

Despierta.

INVIERNO

I

Existe un sonido al que ya estoy acostumbrada, que aparece cuando despierto y del cual he llegado a enamorarme. Incluso en estos días, en los que la lluvia por fin ha cesado sus azotes al bosque y lo que yo inocente había llamado frío retrocede para dar lugar a un helor inaguantable, esa melodía persiste, notas sinceras y esparcidas entre los silencios de la mañana: el canto de un ruiseñor, quizás, o de algún pájaro similar que ha hecho nido en las afueras de mi habitación, enfrentando así la tristeza velada de cualquier invierno.

Y entonces me levanto, desorientada y desordenada, pero por sobre todo, bien descansada. Y miro esa ventana, y contemplo ese sol entre las nubes que pronto lo cubrirán.

Y pienso: "*¿Podré?*".

II

Otra vez he comenzado mal.

Pero voy a repasar todo de manera sencilla. Mi nombre es Liseth Aurdelard. Ayer tenía diecisiete años, pero hoy, al levantarme, ese número se ha incrementado. Es mi cumpleaños. Pero si bien mis anteriores cumpleaños han sido, cuanto menos, decepcionantes -difícil es celebrar sin amigas, difícil celebrar una vida de miedos y dolores-, para este me despierto con muchos más ánimos.

Esto puede deberse, claro, a que me hallo en mi nueva vida de San Naerit.

La música de aquel pájaro me acompaña en mi rutina mañanera, infundiendo ritmo y energía a mis pasos. Me cuesta separarme de mi cama, pero lo consigo y enfrento al frío abrigándome con un pesado sweater que Norbert me regaló. Jamás lo usaría afuera, pero aquí adentro es casi obligatorio para no morir congelada. Luego cruzo la puerta al baño, me cepillo los dientes a consciencia, enjuago las manos, arreglo mi cabello y me lavo la cara. Escurro el agua caliente con la toalla, y me contemplo a mí misma por un buen rato. He tomado por costumbre hacer eso, y lo que el espejo me devuelve cada día se vuelve más aceptable a mis ojos.

Dieciocho años. Me sorprende pensando que estoy increíblemente grande. Suena a algo que alguna tía irritante diría mientras tironea de mis mejillas, pero es cierto. Dieciocho. He traspasado con vida el umbral de la adolescencia.

Y de aquí, una sólo puede subir.

Una vez arreglada, la rutina me regala la sensación de mis pies, envueltos en medias de lana, dando golpes sordos contra los escalones de madera al bajar por mi café matutino. Como es domingo, por suerte hoy no hay clases y tendré el día para mí misma, para pasear a Waldorf con Matt, leer o inclusive visitar a Kain en el balcón.

Todo eso, en el transcurso de esa treintena de pasos, pasa por mi cabeza. Y todo eso desaparece dejando un vacío atontado en cuanto reconozco a la persona que me espera en la mesa, contemplando con gesto neutro mi llegada.

-Ese sweater te queda grande.- comenta mi padre, Thomas. Y como si su presencia fuera algo de lo más común, da un buen sorbo a la taza que ya lleva entre manos.

Hay unos segundos, hasta que las funciones de mi cerebro se recobran y corro a abrazarlo.

-¡Papá! ¿Qué haces aquí? Norbert dijo que...

-¿Papá?- aunque no gesticula, Thomas parece contento al estrecharme entre sus brazos- Hasta pareces más grande. ¿Pensaste que me iba a perder tu cumpleaños?

Ante aquello sólo puedo incrementar mi fuerza, sintiéndome bendecida. Desde lo que ocurrió en el Salón Adal...

-Pensé que no volvería a verte...- murmuro, y entonces puedo sentir que la respiración de él cambia, y que el leve temblor en las manos del que Norbert Weigler me hablara alguna vez le aparece. Thomas debe saber, por lo que pasé, aunque yo no le contase, debe de haberse informado del asesino de San Naerit y de los crímenes que se cometieron. Aunque es una historia pasada,

sólo el tenerlo cerca me basta para comprender que no es sólo mi cumpleaños lo que lo ha traído hasta aquí. Más bien soy yo, su hija, y un ofrecimiento que de momento no se atreverá a hacer.

Y por el cual yo también evitaré increparlo, pienso mientras por fin me separo y lo examino: las ojeras, el rostro lánguido, la barba afeitada a las apuradas, que deja cortes en su cara cuyas uñas descascaran sin cuidado. Mi padre, a diferencia de mí, no parece haber cambiado demasiado en estos últimos meses. Hasta me atrevería a decir que se lo ve más triste, aunque también más descansado.

Justo entonces se abre la puerta, y, como patitos en fila, entran Norbert, Matt y Kari cargando grandes bolsas con helado. Thomas levanta una ceja al ver la compra, pero el gigantesco traumatólogo de San Naerit lo ignora y me guiña un ojo.

-¡Liseth! ¡Feliz cumpleaños!

-¡Felicidades!- se arroja Kari encima mío. Matt, más recatado, levanta un pulgar y me saluda normalmente. Mi padre clava la mirada en él unos segundos, y luego se vuelve a Norbert.

-¿Me equivoco o traes helado?

Su amigo da una carcajada.

-Costumbre de la casa. Algo helado hace que apreciemos el frío que nos rodea como si fuera un calor hogareño. ¿No te parece?

Thomas suspira, y le ayuda a guardarlo. Me hace una seña, dejándome ir, y yo subo junto a Kari y Matt las escaleras, pensando que mi día ha tenido un magnífico inicio.

El almuerzo es en cierto modo irreal. Sabía desde hace años que Norbert y mi padre eran amigos, los había oído hablar por teléfono y también los había visto interactuar el día que llegué al pueblo, pero sin embargo el ver a mi única familia, lo único que extraño de Nueva Gabul sentado en la larga mesa de los Weigler, oyendo las bromas de su camarada, probando sus platos y discutiendo las últimas noticias me parece anormal, más producto de un sueño que de la realidad inmediata. Y sin embargo, sigo contenta. Incluso más, quiero asegurarme de que Thomas *sepa* que estoy contenta, para hacer las cosas más sencillas. Por eso engullo dos veces lo que normalmente comería, para placer de mi anfitrión, charlo con Kari con muchos más ánimos de los que suelo mostrar, juego con Waldorf hasta que el aliento me duele, todo bajo la mirada de mi padre. No es que él sea autoritario, ni controlador, ni nada por el estilo. Desde que tengo recuerdos, Thomas me dejó bastante librada a mí misma, ocupado con su trabajo y con su duelo, con aquellas cosas que nunca quiso, o supo, contarme. No, es algo distinto. Es que, en esos meses de separación, caí en la cuenta de un hecho simple, casi estúpido, pero importante al fin: mi padre me quiere. Y si me quiere, y me envió aquí para verme sana, el haber oído de mi experiencia escapando de un lunático debió de haber hecho mella en sus convicciones.

-¿Cuánto te quedarás?- le pregunto ya bien entrada la tarde, cuando lo hallo revisando con sorna los libros de autoayuda que Norbert con tanto orgullo pone en sus estanterías.

-Wardick me dio una u dos semanas- contesta, reprimiendo una mueca de desagrado ante el material en sus manos- Pudo haber sido más, pero me dijeron que las nevadas aquí son fuertes. ¿No te hace frío?

-Ya estoy acostumbrada.

-Puedo verlo- amaga una sonrisa- Me dijo Norbert que has comenzado a leer.

-Lo poco que hay- asiento.

En realidad, mando casi todos los libros que recibo a Kain para que los disfrute.

-Eso es... interesante- se pasa la mano por la barbilla mi padre, pero continúa manteniendo ese intento de sonrisa.- ¿Puedo ver tu habitación?

No tengo problema en mostrársela, y él la examina como si nada, se detiene en la ropa, tantea la cama, mira con detenimiento el paisaje por mi ventana.

-¿Te quedarás aquí?

-No. No quisiera importunar a Norbert más de lo que ya he hecho. Hay un apartamento libre en el centro, que una señora alquila para quien esté de paso por el pueblo. Me he instalado allí de momento.

-En una semana, será un basural lleno de olor a tabaco.

Thomas asiente.

-Estoy intentando dejar ese hábito, Lis. Lo que me lleva a...

Se gira y me mira, recortado por la luz de la ventana. Es sólo un instante, pero me siento capaz de contarle todo entonces: mi alegría, mi tristeza, la más loca de las cosas que me hayan ocurrido en este nuevo hogar, contarle sobre Mina, sobre mi otra vida, sobre el director Ashadd, sobre Ezequiel Jerves Júnior y su abuelo, asesinos de San Naerit; inclusive sobre Alice y Harrold y mis logros en el mundo de la danza. Y sobre Kain.

Pero me contengo, y es él quien habla.

-¿Te sientes mejor?

Me doy cuenta de que es el momento. Thomas se ha adelantado.

-Sí. Estoy muy bien.

-Liseth...

-¡De verdad!

Él ladea la cabeza.

-Comprendo. Pero Liseth, Norbert me habló de lo que ocurrió. Lo de ese chico, Jerves...

-Zaq sigue hospitalizado. Y luego lo enviarán directo a la prisión juvenil. Mató a un oficial, papá. No estoy ya en peligro.

-Pero lo estuviste- suspira Thomas y se apoya en el alfeizar de la ventana, tanteando con las manos su abrigo en busca de ese cigarrillo que dice querer dejar.- No estaba entre mis planes para tu tratamiento que alguien intentara matarte por los bosques.

-Pero eso ya está resuelto- repito, sin ceder terreno- Además, ¿crees que Norbert me dejaría quedarme si pensara que estoy en peligro? Estoy bien. El pueblo está bien. Zaq sólo era... algo extraño.

-Tres asesinatos superan mi definición de extraño.

-Te sorprenderías.

Otra vez él levanta las cejas, y chasquea la lengua.

-Supongo que tienes algo de razón. Pero quiero que entiendas mi miedo, Lis. No me gusta ponerme en el rol de padre pesado. Sólo imagínate cómo me queda sentirme si estoy en Nueva Gabul, por meses sin poder acudir, los caminos tapados y un intento de asesinato sobre mi hija pendiéndome en la mente. ¿No quieres regresar a casa? A decir verdad, tu ausencia comienza a ser notable. Podríamos quedarnos una, dos semanas más, y luego...

-¿Y mi escuela?- suelto, bufando.- ¿Volvería a tomar clases en Nueva Gabul?

-Hay otros institutos que...

-Quiero quedarme.- digo, marcando las palabras cuanto puedo.- De verdad. Me siento... bien. Me siento más libre. Tengo amigas. Papá, ¿lo imaginas? Tengo amigas, en mi curso. Zaq Jerves era un demente, sí, pero este pueblo está lleno de gente que me acepta como nadie en Nueva Gabul lo hizo. Y me siento mejor, siento que puedo lograr algo aquí. Así que...

Esta vez es mi voz la que se pierde, pues Thomas ya no me mira. Es decir; me mira, desde luego, pues sus ojos están posados en mí mientras barullo. Pero contempla algo distinto, en mi rostro, algo más allá. Por instantes temo haber invocado la puerta roja, y que sea eso lo que lo distrae.

Sus manos desisten de hallar el cigarrillo, y caen perezosas a los costados. Inspira, y con una mueca vaga se vuelve hacia el paisaje en la ventana.

-Nunca comprendí del todo qué tenía este pueblo.

No se me ocurre qué contestar. Thomas da otro suspiro, y se prepara para dejar la habitación.

-Está bien. Sería insensato negar que te estás viendo más saludable. Pero mi oferta sigue en pie hasta el día en que me vaya. Sabes que también tienes un hogar esperándote en Nueva Gabul, conmigo.

-Gracias- digo, confundida. ¿Qué quiso decir con lo del pueblo?

En la cena de cumpleaños, sencilla, que Norbert me hace, tengo tiempo para pensar en el significado de aquellas palabras. ¿Qué tiene San Naerit? Es algo que ya me he preguntado a mí misma antes. Alex, Jessica y Mikhail llegan, también lo hace Elias, me colman de abrazos y regalos: una remera rosada a rayas negras, bombones, un pase para un beso que Kari despedaza junto al fuego de la hornalla, ríen, me saludan repetidas veces, comemos y hablamos, el barullo hogareño, acogedor de siempre me conforta, me hace el centro de las atenciones, y con eso y todo, esa pregunta me hace sentir desorientada. Es la primera vez que me pregunto en qué piensa mi padre, qué cosas le han ocurrido como para que actúe de tal modo.

Pasada la medianoche, Jessica destapa la torta que horneó para mí, y todos nos deleitamos. A la hora de pedir un deseo, ante todas mis expectativas, nada se me ocurre. Luego salimos, protegidos del frío por gruesas camperas, y Norbert muestra con orgullo su inocente regalo: un globo, que planea encender como si fuera una festividad, para verlo elevarse por los cielos nublados del pueblo. La mayoría se muestran cínicos ante la idea, pero Alex decide ayudarlo. Mi padre se pierde los intentos de hacer levitar el artificio porque va al baño, intentos que culminan en una masa llameante que asciende unos metros para caer cerca de los árboles, amenazando un incendio forestal.

Mientras Jessica reprende a su novio y a Norbert, Thomas regresa y se pone a mi lado.

-¿Norbert tiene otro hijo?

Lo miro, sorprendiéndome.

-¿No sabías?

-Suelo olvidarme de esas cosas- dice- Lo vi saliendo del sótano y casi lo golpeo de la impresión.

Suelto una risa. Un poco más allá, Norbert Weigler da disculpas exageradas y Matt persigue a Kari con uno de los alambres encendidos del globo. Thomas contempla aquello, y a su amigo, y añade.

-Norbert realmente ha cambiado.

-¿Cambiado?- pregunto, pero esa es otra respuesta que mi padre parece negarse a darme. Yo observo a Norbert reír, tan grande y tan feliz, y no puedo dejar de cuestionarme qué clase de persona pudo haber sido, que otra cosa pudo haber sido que no sea un hombre de buen corazón y buen humor, siempre dispuesto a ayudar.

Alex, Jessica y Elias se van un poco después, luego de beber algunas copas de guindado, y Thomas también nos abandona, prometiéndome verme mañana en cuanto regrese de clases. Kari lo saluda fascinada, Norbert le da una de sus palmeadas de oso, y Matt duda cuando mi padre lo examina detenidamente. En cuanto se marcha, siento una soledad a la que ya me había acostumbrado hacer un pequeño surco en mi corazón otra vez.

Tal vez para aliviarla, una vez decidimos irnos a dormir, cruzo la Puerta Roja y visito a Kain, quien se halla como siempre recostado en el alfeizar del balcón, contemplando la nada. Desde que su mente recuperó el nombre de su hermana perdida, lo he visto más animado que nunca.

-Feliz cumpleaños, Liseth- sonrío al verme, y se limpia el inexistente polvo de su camisa al incorporarse- No hay aquí nada para regalarte, pero...

-Ese fue bastante regalo ya- señalo yo al piano, y ocupo mi silla.- Mañana podríamos practicar la pieza un poco más. ¿Sabes que mi padre ha venido al pueblo?

El fantasma se remueve, incómodo.

-Liseth...

Asiento.

-Hasta que no se haya ido, tal vez sería mejor no ser muy evidentes. No quiero que mi padre muera aquí como lo hicieron Charlotte o Julián. Pero tampoco quiero demorarme. Iré al hospital esta misma semana.

-Tan sólo sé cuidadosa. El hombre al que llaman el Titiritero... Quien sea que es, de seguro te tiene un ojo encima. Con Zaq fuera, no sabemos cómo podría intentar atacarte.

-Lo sé. Tendré cuidado. Pero oí a Norbert, y a Helen. El viejo Zaq ha quedado en las puertas de la demencia.

-Estaba muy sano antes de que atraparan a su nieto.

-¿Crees que esté fingiendo?

-Creo que no debes confiarte.- dice Kain, ocupando su propio asiento frente a mí- Ezequiel Jerves pudo haber sido poseído, sí, y tal vez su abuelo no fue una excepción. Pero aún no sabemos cómo funciona aquello. El Titiritero pudo haber enviado a Jason Berkan de vuelta a su antigua víctima. Y si alguna vez pudo asesinarme...

Me estremezco.

-Entiendo. No me quedará sola con él. Creo que Matt estaba interesado en acompañarme.

-Eso me aliviaría- dice Kain, y decidimos dejar los planes de momento. Tal vez es por tanta atención, pero me siento increíblemente cansada y de pronto sólo puedo pensar en la comodidad de mi cama.

Y al acostarme, entre los ecos del día y de esta nueva etapa, pienso en tres cosas.

Primero, en que Thomas está aquí, que mi padre está aquí, y que con él un trozo del horror de Nueva Gabul, sin consciencia cargado sobre sus hombros, regresa a espantarme con pesadillas de burlas, de traiciones y desdicha.

Segundo, en que he mentido a mi padre. Que me hallo en peligro, que Ezequiel Jerves era sólo un peón en un tablero, que el verdadero monstruo de San Naerit, quien controla a los Cuatro Locos, sigue oculto en alguna parte.

Y tercero, por más tonto que sea, en que hay una muñeca en mi mesada de luz que aún debo devolver a Wilhelm.

III

-¡Feliz cumpleaños Liseth!

Es un grito uniforme, festivo, en el que irrumpen mis compañeros en cuanto llego al aula. Me sorprende tanto que por unos instantes me tambaleo como azotada, sin comprender. Son todos, creo, los que me saludan: mis amigas, los varones, inclusive chicas con las que nunca he cruzado palabra alguna como Agustine, Sophie o Vilma Ludos.

Quizás por cicatrices del pasado, algo en mí me susurra que es un engaño, que van a burlarse, que me tienden una trampa de la que no podré escapar. Sólo entonces noto que Matt también me saluda de nuevo, campante, y entonces sí me permito relajarme.

Me están saludando. De verdad.

-En realidad fue ayer- dice Elias, fingiendo regañarlos- Pero siendo que era domingo...

-Liseth, oí que tu papá vino a la ciudad a visitarte.

-¿Se está alojando con los Weigler?

-¿Te regalaron algo?

-¡Hay que pegarle dieciocho veces!

-Eso es para los hombres, estúpido.

Me siento al lado de Janet, que me extiende sobre el banco una confección azucarada. Poco me sorprende que decida regalarme comida. Sally también me saluda, con dicha, y me alcanza un broche para el cabello, rosado, adornado con algo similar a una calabaza.

-Porque te está creciendo mucho el pelo. Claro que, también, mamá se ofrece a cortártelo gratis si te acercas en la semana.

Le agradezco, preguntándome si algo tan femenino puede sentarme bien. Aunque el frío me ha obligado a meter toda clase de ropa por debajo de mi buzo negro, últimamente he considerado mejorarme en lo que a moda se

refiere. Pero prefiero esperar. En cuanto llegue la tan esperada nieve, no me alcanzarán las camperas para mantenerme abrigada.

La clase empieza como siempre, con la vicerrectora ingresando por la puerta, saludándonos de manera formal y soltando la lección como si fuera un autómatas. Esas circunstancias nos hacen extrañar mucho a Julián. Pero incluso cuando esa mujer tan serena nos asusta, noto que varios de mis compañeros arriesgan un castigo para hablarme, preguntarme cosas; sobre mi padre, sobre mis años, bromear, inclusive ofrecer compañía y apoyo.

Yo respondo como siempre, parca, apenas consiguiendo sonreír contadas veces. Por dentro, me siento desbordante de felicidad. No es que sea idiota; comprendo bien lo que ocurre. Zaq, al final de las cosas, ha hecho un favor a mi vida social. Los asesinatos en San Naerit se comentarán aquí hasta el final de los tiempos, y yo, la víctima que sobrevivió, soy quien compendia la resolución de esa historia y por quien la Bestia del pueblo halló su caída. Este recibimiento alegre, solícito, interesado de tanto compañeros como profesores ha durado desde que por fin regresé de mi descanso. Noté entonces cómo se me acercaban, cómo querían saber lo ocurrido, cómo miles de historias distintas flotaban en los pasillos: la chica que había sobrevivido, la persecución por los lindes del río, un forcejeo en el que Zaq había perdido una pierna, elogios, admiraciones, discusiones e inventos, todo aquello removiendo la vida escolar y haciéndome su centro. Janet y Sally, mis amigas más cercanas, habían cobrado cuotas de popularidad a mis expensas que jamás hubieran imaginado. También algunos chicos de sexto se me acercaron, entre ellos Rickert y León, para ofrecer su apoyo y felicitar mi valor en aquel encuentro.

-Oí que ese chico la quería secuestrar- se decía, y otros hacían versiones más escabrosas, en las que Zaq Jerves había intentado violarme. Aunque al final de las cosas él también era una víctima, tanta atención me reconfortaba. El nombre de Liseth Aurdelard, la nueva del aula, ya era conocido a lo largo y ancho del instituto.

Sin embargo, pienso ahora, sé cómo funciona algo como la popularidad. Oyendo a Sally y a Janet discutir sobre Teresa -parece ser que, al final, la madre descubrió sus faltas y tras una larga discusión decidió que regresara luego de las vacaciones- mis ojos se desvían de toda esa calidez para observar a Candice, cabizbaja, sumida en sus tristezas. Candice no se alegra por mí. Es posible que, de hablarle, ni siquiera sepa mi nombre.

Candice, también, tuvo una fama como esta hace unos meses, una fama más mermada, por la muerte de su madre. Ahora, ¿quién piensa en ella?

Y en unos meses, ¿quién pensará en mí?

La experiencia con Zaq, lo cerca que estuve de morir me han hecho replantearme muchas cosas. No es sólo que en San Naerit esté bien, como dije a Thomas. Es que puedo estar mejor.

Y para eso...

Veo a otra persona, a una persona que, para bien o mal, últimamente es clave en mis planes. Arthur Irrauldi, el varón más estúpido y desagradable del curso, que se rasca el acné de la cara y maldice con los labios los deberes que le han impuesto. Sabe que más tarde deberá contar el dinero de la última recaudación que hicimos, y que Marco ha faltado y no podrá ayudarlo. Como delegado, sobra decir que es un inútil.

No puedo evitar sonreír, y Janet me consulta con un gesto.

-¿Estás bien?

-Sí. Muy bien.

En el recreo, ya que el comedor de Gustav está cerrado, decidimos comer en la cantina las tres. No veo en ellas ya el pesar por la ausencia de Teresa. La he reemplazado del todo. Y para cuando ella vuelva, planeo tener un rol muy distinto, uno que no pueda arrebatarme.

-Miren- dice Janet, y señala cubriéndose la boca algo más allá. Avanzando por el pasillo, con la actitud vencedora de siempre, Alice va seguida de Anna Vauldari y Harrold Camping. Desde hace semanas que la existencia de Mina no está en sus memorias, y el dominio de la escuela ha quedado del todo en sus manos. Yo los veo pasar, veo a Harrold sonreírnos, y me aparto con una mano los mechones rubios que caen sobre mi rostro, sin pensarlo. De pronto he recordado que, en cuanto vuelva a ser Mina, una cita con él me espera.

IV

A la salida decido por fin, motivada por esa perfecta sonrisa, recuperar mi vida como Mina Harvnes. Antes de que suene el último timbre ya estoy en el baño, luego en el Palacio, luego las enredaderas me envuelven, se tuercen bajo mis axilas, por mis tobillos, tiran de mí y mi mente se traspasa a ese otro cuerpo moribundo, en estasis, implantándole mi consciencia.

Entonces abro los ojos, y frente a mí Kain se inclina solícito.

-¿Funcionó bien?

Asiento. A diferencia del mío, el cabello de Mina no parece haber crecido, pero sigue siendo más largo y el cosquilleo que hace en mis hombros es algo a lo que siempre cuesta acostumbrarme. Kain me ayuda a incorporarme, de la mano que tengo sana, y con una tira de ropa ya preparada venda la muñeca rota desde hace semanas, la que Ezequiel Jerves me partió al secuestrarme.

-¿Irás ahora?

-Es mejor no demorar más. Y a esta hora, el hospital estará lleno de gente.

-Lo comprendo. Pero tenme en tus ojos. Y no te acerques a ese hombre a solas.

-Realmente no crees que haya perdido la cabeza.

-¿Tú sí?

No se me ocurre qué responder. Kain ajusta el vendaje con suavidad, manteniendo la muñeca bien firme, y yo dejo escapar un largo suspiro. Ezequiel, el anciano, de seguro sabe que su nieto está hospitalizado y que en cuanto cualquiera de los dos muestre un mínimo de coherencia la policía de Visgana se les echará encima, tanto con la amenaza de cárcel como con una

infinidad de preguntas. ¿Pero es eso lo que lo tiene actuando senilidad? El único día que crucé palabras con él, creí ver una personalidad mucho más fuerte.

Me despidió de Kain prometiéndole no hacer mucho, y salgo escabulléndome de la escuela. No sería conveniente que Alice me arrastrara a la clase de danza en este estado. Con una mano sujetando la otra, camino en calma por las calles del centro, directa hacia el hospital en donde Norbert trabaja, único del pueblo.

El paseo es tranquilo, y sólo la fría ventisca es mi acompañante, algo para lo cual la ropa que llevo no es apropiada. Ya poco queda de las hojas secas del otoño, y en el firmamento reina un aspecto algo estático, triste, que me evoca voces distantes y recuerdos que creía olvidados. Se acerca el invierno. Fue en el invierno, tiempo atrás en el patio de mi anterior colegio, cuando mi vida dio del todo un vuelco y me gané el desdén de mis compañeros. También, desde luego, era de invierno el día en el que el primero de mis ataques dio inicio, cuando de pequeña vi a aquella siniestra figura apoyarse en la puerta de nuestra casa. El invierno es el punto más frío, el más cruel, el más desamparado de mi vida. Estoy segura de que para mi padre es igual. Que incluso sin mi cumpleaños, o sin el riesgo por el que pasé, hubieran sido estos los días que hubiera elegido para visitarme.

Porque, papá está solo.

Eso pienso, mientras acorto la distancia hasta el hospital. Está solo. No como un simple soltero, ni como alguien a quien las opciones se le hayan acabado. Está solo porque quiere estarlo. Porque Thomas está herido. No, incluso puedo decir que está muerto. Me quiere, lo sé. Y yo lo quiero, no podría ser de otro modo. Pero sé que ha rechazado a decenas de mujeres; compañeras del trabajo, conocidas, antiguas camaradas, y estoy convencida de que no se trata del berrinche que podría hacerle yo al traer a una desconocida a casa sino de algo más, algo distante, también congelado como el invierno, como esta espera eterna en la que me hallo. Porque ambos esperamos.

No quiero pensar en qué espero. Sé que no debo. Y este no es el momento para sufrir otro ataque. Así que me tranquilizo a mí misma, inspiro hondo, y veo de reojo la comisaría abandonada, en la que alguna vez hablé con un hombre que ya está muerto. El oficial Brandon Fraser era el único agente del pueblo. Era conocido por todos. Hubo también un funeral para él, uno mucho más concurrido que el que tuvo Julián Hauswhite. Aunque yo no fui, oí a Norbert decir que incluso Elisa Harvnes había asistido en una silla de ruedas. Elisa Harvnes, qué, inclusive para ella misma en ese instante, era abuela de nadie.

“Estás haciendo algo cruel.” me digo a mí misma, rememorando aquello. Una mujer que tuvo una nieta, una nieta ya casi muerta, y no permito que lo sepa. ¿Pero no es mejor así? Peor sería para esa anciana saber, saber que su nieta fue envenenada, saber que está por perder lo que le queda en el mundo, su mayor tesoro, su felicidad. Estoy haciendo algo correcto. Por ella. Por mí.

Por mi futuro.

Los labios de Mina se tensan, al pensar aquello. Kain está dentro de mi mente, pero sé que puedo controlar qué cosas oye y cuáles no. Como para probar ese punto, le hablé al tiempo que elevo mi rostro hacia el cartel de bienvenida del Hospital de San Naerit.

"Y aquí estamos."

Tarda unos segundos en contestar.

"Otro gran edificio."

-Creo que ya existía incluso cuando vivías- murmuro y por fin cruzo las puertas. Es un sitio viejo, algo derruido, en el que varios médicos atienden a pacientes de distintos pueblos. Sólo estuve aquí una vez, cuando Norbert me hizo los exámenes, y sobra decir que no planeaba volver.- Creo que pediré un turno.

Me acerco al mostrador, en el cual por suerte no hay fila. Mina Harvnes, en un hospital, es seguro una visión que pocos podrían tener; pero Liseth Aurdelard está más que acostumbrada a lugares como este.

La recepcionista me mira de arriba abajo, admirando mi belleza con moderada envidia, y luego me manda al salón de espera de la doctora Yal. Conozco a esa mujer, pues es la colega que más parece soportar a Norbert durante su oficio.

De hecho, en cuanto llego esa idea parece cobrar fuerza. No hay nadie más que un viejillo esperando, la puerta de su consultorio se abre, y de ella emergen, aún hablando, ella y Norbert, quien parece estar finalizando un chiste que, a juzgar por la expresión de su colega, ha sido imposiblemente largo.

-¿Y sabes qué encontró?

-No. ¿Harvnes?- me mira, rogándome que entre.

-¡Deberás ser budista para que te lo diga!

-Hm.

Norbert tose, y me guiña un ojo antes de retirarse. Me adentro y tomo asiento, sujetando la muñeca con los vendajes. Jennifer se sienta tras su escritorio, sin prestar atención a aquello.

-¿Cómo está tu abuela?

Hm.

-Bien.

-Mándale saludos, si lo recuerdas- dice, y chasquea la lengua viendo el computador- Weigler me ha robado todo el día con su broma.

-No conozco ese chiste.

-No se lo preguntes, créeme- sonrío ella. De pronto me percaté de que he estado actuando como Liseth, y toso fingiendo confianza.- ¿Qué le pasó a tu mano?

-Me caí.

-Ya veo- la doctora se adelanta, me examina la muñeca, la palpa con los dedos- ¿Recientemente?

"Hace un par de semanas."

-Sí. ¿Cree que podré seguir danzando?

Su mirada experta me revisa un poco más, provocándome algunos dolores mientras con más fuerza presiona sobre la carne. Luego me la palpa un par de veces, con brusco cariño.

-Apenas te la has doblado. Curará del todo en menos de lo que canta un gallo.

Asiento. Mentiría si dijera que no esperaba algo como eso del Palacio.

-Ten más cuidado la próxima vez- dice la doctora, y saca de su escritorio unas píldoras.- Estas son para el dolor. Una por día, con la comida, o te dará cagadera. ¿Qué, quieres algo más suave? Te dará acidez. Con eso estarás

como nueva. Claro está, nada de chocar palmas o hacer la vertical en estos días, ¿entendido?

-Entendido. Muchas gracias.

-Es un placer, señorita.

Me levanto sintiendo que debo darle la mano, o un beso, pero Jennifer regresa a los papeles en su escritorio como si nada.

Así que toso, y pregunto.

-¿El baño?

-En el primer piso- contesta sin verme.- No lo hemos movido.

Con eso terminado, puedo hablar de vuelta con Kain.

"Podré danzar."

"Sabía que desesperar era en vano." contesta él con alegría. Con verdadera alegría, que me hace querer abrazarlo. *"¿Y ahora...?"*

No le respondo, pero encamino mis pasos hacia las escaleras. Tengo un leve recuerdo de este hospital, por todos los doctores por los que pasé en ese tour de pruebas, y sé que es el último piso en donde el nombre le queda corto y la palabra geriátrico empieza a ser arrojada sin despecho por los médicos. Los ancianos de San Naerit, tal como nos lo dijo Norbert, encuentran en estos muros el descanso final hasta que la muerte se los lleva. Siendo que he conocido el lugar a donde la muerte lleva a las almas de San Naerit, pena es lo que siento por todas esas personas que creen que al fallecer encontrarán la paz.

Me cruzo con pacientes y doctores al subir las escaleras, y algunos de ellos se voltean para ojearme. No doy atención alguna, y confiada sigo subiendo, como si algo importante me llamara a la planta más alta. Al terminar, mis piernas duelen, adormecidas por el desuso. El cuerpo de Mina no sufre de hambre en su estasis, quizás, pero los calambres son otro problema del cual sí puedo quejarme. Tal vez las pastillas que me dio la doctora sirvan también para eso.

Se extiende ante mí un escenario que me costaría poner en palabras. Un piso desprovisto de paredes que dividan, un enorme espacio techado, grandes ventanales por los cuales la luz del sol invernal se filtra, tan débil como siempre, y desordenados frente a televisores, una infinidad de criaturas, mitad humanos mitad máquinas, ancianos en sillas de ruedas que mueven los labios, que permanecen en silencio, que ven con ojos ciegos la nada al frente, que golpean insistentemente las manos viejas sobre los respaldares de sus asientos, y castañean los dientes postizos, y parecen comunicarse de formas que yo no alcanzo a comprender.

Es justo decir que no tengo mucha experiencia con la gente vieja, más allá de verla durante mis idas al médico. Nunca he visto tanta en un sólo lugar. Los viejos parecen aparatos, ingenios, babean, miran, se hallan a un paso del final con una falta de dignidad que me resulta aterradora. De pronto comprendo que no quiero ser vieja. No, no sólo eso, rechazo ser vieja. No seré vieja. Nadie me verá en un estado como ese.

Con eso en mente camino, buscando sin disimulo. Entre esos cuerpos quietos, agónicos, silbantes, paseo mi mirada con desinterés, fingiendo calma. Y cuando por fin hallo a la persona que me ha traído hasta aquí, descubro que ya se halla ocupada.

Ezequiel Jerves, Señor, también ha depositado su peso en una enorme silla, y también cabecea, los ojos blancos por cataratas. Incluso desde esta

distancia puedo verlo consumido, ceñido a su comodidad y con la papada temblándole con indignación. Es como si hubiera envejecido veinte años más en cuanto atraparon a su nieto.

Junto a él se halla ni más ni menos que la nuera de Norbert, Helen, tomándole la temperatura con la expresión asustadiza de siempre. Las ojeras oscuras que él siempre lleva parecen dibujadas, más marcadas que nunca en el rostro pálido, surcado de manchas y de verrugas. El asesino de Kain no dice nada mientras ella le saca el termómetro de la boca y lo revisa. Parece dormido, perdido en sí mismo.

O eso creo, hasta que algo en sus ojos lechosos se mueve. Se mueve, como reconociéndome, y un gesto involuntario le sacude toda la cara. Alerta, Helen se separa de él y se vuelve hacia mí sin comprender.

Yo, en cambio, comprendo del todo la mirada de ese hombre.

Es una mirada que simula ser ciega, pero está más que consciente.

Una mirada que entiende quién soy perfectamente, que sabe todo lo que lo ha llevado hacia donde se encuentra, que me ha estado esperando.

Una mirada que dice, tan claro como puede sonar una campana en mis oídos: *“Estamos en esta situación, tú y yo. Y ahora, chiquilla: hablemos.”*

V

Me pregunto qué motiva a mi padre a permanecer en San Naerit durante los momentos en los que me hallo como Mina Harvnes. Un poco por esa duda, para evitar hacerlo regresar a Nueva Gabul y perderme del limitado margen de su compañía, apresuro el paso a la salida del hospital en dirección a la casona, por primera vez en mi vida casi desesperada por ser yo misma.

Al llegar, algo agotada por el esfuerzo, puedo espiar por la ventana la respuesta a mi pregunta; Thomas se halla ya ahí, junto a los Weigler, y parece estar enfrascado en un partido de ajedrez con Matt, su rostro parco sumido en la contemplación de las piezas. Presiento que es algo de lo cual no querría perderme, por lo que rápida invoco la Puerta en la pared desnuda, y a los segundos me asomo a presenciar el encuentro como Liseth Aurdelard.

Ni Matt ni él me miran, concentrados. Thomas mueve un alfil, duda, sus dedos parecen dispuestos a hacerlo regresar el camino recorrido. Al final desiste, y la pobre pieza es devorada por un caballo. Mi padre sonríe, y a su vez devora al caballo con la reina. Más que el nombre de las piezas, no conozco demasiado de las reglas del juego.

-Nada mal- se rasca la barbilla Thomas- Nada mal.

Matt no responde, sino que piensa. Soy la única que los está viendo jugar; Norbert debe seguir en el trabajo, mientras que por la música es claro que Kari permanece en su habitación. Sus dedos sujetan una de sus piezas, la torre, y la hacen moverse horizontalmente, en defensa de su rey. Su campo se ve mucho más protegido que el de mi padre.

Pero Thomas sonrío, y vuelve a mover su reina.

-Jaque.

Matt pierde sus ojos en el tablero.

-Mate.

Ambos asienten.

-Eso hace dos victorias tuyas, y una mía- comenta Thomas, y por fin parece verme- Liseth. No te recordaba tan dormilona.

-Es por el frío, supongo.

Siempre es divertido saber qué clase de recuerdos ha implantado el Palacio sobre mi ausencia.

-Mathew me ha estado contando un poco sobre lo que pasó. Así que perdieron a su profesor de Literatura.

-Algo así. Ahora es la vicerrectora la que nos enseña.

-Es la secretaria de Henry Ashadd- añade Matt, como si mi padre supiera a quien se refiere. Thomas sin embargo hace un gesto difuso, y vuelve a pasarse la palma por el mentón.

-Han tenido un otoño sangriento.

-Nos recuperaremos. San Naerit es pequeño, pero resistimos bien los embates. Ha habido momentos en los que todo el pueblo tuvo que ayudar a familias a escapar de la nieve.

-Espero que hayas empacado tu ropa interior de lana, Liseth.

Algo de calor defiende mi rostro del frío, aunque Thomas no parece darse por enterado.

-Ni eso alcanzaría- ríe Matt- Lo mejor es no salir de casa. Bueno, y, también, salir del todo. Me refiero a elegir esos meses para ir de vacaciones y no regresar hasta que cada copo de nieve se haya derretido.

-Conveniente, pero poco venturoso.

Ambos asienten. Me desborda un poco que actúen de forma tan similar. Aunque nunca me pareció que Matt fuera similar a mi padre. ¿Lo está imitando? ¿Midiendo? Matt es inteligente. Es mucho más inteligente de lo que la gente podría adivinar a primera vista. Diría que es perspicaz. Debe de saber que mi padre está prestando atención a cualquier excusa por la cual llevarme de vuelta con él durante su estadía.

-Bueno, creo que es hora de que me marche- se levanta Thomas- Regresaré a la noche si no es molesto. Todavía me persigue una pila de trabajo por hacer. Liseth, eres libre de visitarme después de clases en cuanto quieras.

-Lo haré.

-Adiós, señor Aurdelard.

-Qué muchacho formal- lo ojea Thomas, sereno, y sólo yo adivino que está reprimiendo otra sonrisa- Eso no lo sacaste de tu padre. Mañana me mostrarás tu modo de jugar.

Luego se va. Yo me dejo caer en una de las sillas, sin entender porqué mi corazón late como si hubiese superado una gran prueba.

Matt se vuelve hacia mí.

-¿Le caigo bien?

Me tomo unos segundos para contestarle.

-Diría que sí. Aunque a Thomas no le va mucho la gente en general.
¿Qué es eso de tu modo de jugar?

-Oh. Una tontería que solía hacer con Johan cuando él aún estaba en casa. Ordenábamos las piezas al azar, arrojándolas de la caja al tablero, y jugábamos desde esas posiciones. Como puedes imaginar, los grandes ajedrecistas del mundo nos mirarían con odio, pero a mí me resultaba divertido. Quien perdiera primero tenía derecho a traer a su reina de nuevo, como último oponente. A Johan le gusta inventar cosas como esa.

Sonrío, pensativa.

No sobre el juego de Matt, ni sobre su hermano mayor, sino sobre una idea que de pronto me cruza la mente. Es cierto que Matt me vio, que Matt presencié uno de mis ataques. Matt me oyó gritar, me vio temblar, vio mis párpados caer pesados sobre mis ojos. En cualquier otra circunstancia, no me atrevería a hablarle. Pero luego de lo de Zaq, fue como si ese episodio jamás hubiera transcurrido para los Weigler. Ninguno de ellos hizo comentario alguno. Norbert nunca me recriminó mi supuesta escapada hacia el Salón Adal, sus hijos jamás preguntaron qué era lo que me había ocurrido. Ese voto de confianza, basado en no preguntar, desde hace días se me remueve en el corazón, el agradecimiento que siempre tendré para esta familia. Yo no estaba bien. Estaba enferma. Y que los Weigler me hayan extendido una mano de esa forma...

Me siento en deuda. Así que decido, esperando la misma actitud, arriesgarme.

-Matt.

-Ese es mi nombre.

-Ezequiel Jerves... Quiero decir, el viejo Zaq. Está en el hospital del pueblo, ¿no es así?

Sus ojos me miran atentos. Ya no bromea.

-Sí. La policía de Visgana investigó su casa y los campos que araba, pero no halló nada. Las víctimas fueron de su nieto. Por otro lado, no pueden arrestar a un viejo chocho.

-Pero tú y yo sabemos que ese viejo no está nada chocho.

Esperaba verlo sorprenderse, pero Matt simplemente asiente.

-Se está cubriendo.

-¿De qué?

Se inclina de hombros. Pero yo sé la respuesta a esa pregunta.

-Matt, planeo visitarlo. Quiero hablar con él, mañana luego de clases.

Esta vez sí me mira, inclinando una ceja.

-¿Para?

-Debo preguntarle cosas. Sobre Zaq. Sobre lo que ocurrió.

-¿No piensas que todo ya ha terminado? Los asesinatos acabaron. Por mucho que me pese a mí y a sus amigos, Zaq fue el culpable de tantas muertes. ¿Qué más queda por ver?

-No puedo decírtelo.

Hace una pausa, como si con su silencio pudiera quebrar el mío. Luego suspira y deja caer los hombros.

-Mikhail intentó hablarle. Quería sacarle información, sobre otras posibles víctimas. Pero el viejo se hizo el desentendido. Ya sabes, babea, no

contesta, se niega a mirarte. No creo que nosotros podamos hacerlo confesar. Es un hombre de campo, tan duro como ya no los hacen. Y cubrirá a su nieto.

Puedo imaginar a Mikhail Eder, intentando aquello. Desde su trabajo dentro del hospital, debió serle fácil acercársele.

Tal vez yo no sea tan buena con las palabras, pero tengo algo que él no.

-Matt. ¿Me creerías si te dijera que sé cómo hacerlo hablar?

Espera de vuelta, examinándome.

-Dicho así, me costaría no creerte.

-¿Puedes acompañarme?

Asiente.

-Es mejor a que vayas sola. Pero eventualmente voy a querer respuestas.

-Y yo te las daré- le respondo- Sólo que no ahora.

"Pues de momento, preferiría que Kain siguiera siendo un secreto."

Con todo eso dicho, el resto del día pasa sin mayores complicaciones. Gasto horas en la habitación de Kari, oyendo a los Grades y conversando sobre nuestras cosas, ofrece a que juntas salgamos de compras, canta a los gritos, alegre por algún motivo que me es inexplicable. Cuando me separo de ella ya el cielo está oscuro.

Ya en cama, enciendo mi velador, y ojeo distraída las páginas de un libro.

Y veo la ventana, y me pregunto si, en algún lado, existe un ser que planea acabar conmigo. Un Titiritero, controlando los hilos de crímenes recientes y antiguos, de una línea de asesinatos que se remonta desde hace ya diez años. Mi padre está en peligro. Mientras más rápido deje el pueblo, más tranquila estaré.

Eso me preocupa cuando, ya bien entrada la noche, el coche de Thomas regresa y él nos visita para la cena. Me hace arrepentirme de haber pedido la ayuda de Matt, me obliga a querer postergar mi charla con Ezequiel Jerves hasta después de su partida. Pero sé que no puede haber demoras.

Llego a una especie de conclusión, horas después, en el horario del sueño. Ya mi padre se ha ido, y los ronquidos de Norbert resuenan a lo largo de la casona. La puerta de mi habitación hace un buen trabajo impidiéndoles pasar, y la Puerta Roja, que ya he atravesado, me separa de ellos del todo. De seguro en minutos los golpeteos de Wilhelm regresarán, pero, aquí en el Balcón, nada de eso me importuna.

Soy Mina, con su gracia y su belleza, y practico los pasos de mi solo al tiempo que Kain pulsa con sus dedos las teclas del piano. La melodía es feroz, altiva. Cada tono sube, me inunda, me hace moverme y girar, poseyéndome, algo en mí que me domina al bailar, algo que siempre he creído es la voluntad que reside en este cuerpo.

Durante los minutos que dura la práctica, no puedo hablar. Sólo puedo moverme, ajena a todo, como si transitara un mundo interior al que nadie puede llegar. Es cuando termino, cuando los aplausos de Kain toman fuerza, que por fin suspiro y le digo lo que he estado pensando.

-Voy a contarle... A otras personas.

El fantasma me observa, su perfil torcido frente al piano. Parece curioso.

-De ti. De este Palacio. Y de tu hermana. También desde luego de los Cuatro Locos, y del Titiritero.

Kain se gira, tan melancólico como siempre.

-Me alegra. Pero debes tener cuidado. No sabemos quién...
-Sólo se lo contaré a Matt.- digo- Y una vez esté del todo segura en que puedo confiar en él. Si no me cree, lo haré venir aquí.
-No podrá pasar la barrera.
-Con ver una puerta surgir de la nada le alcanzará- bufo.- ¿Estás de acuerdo con eso, Kain?
Una tenue sonrisa se dibuja en sus labios.
-Que confíes en alguien... O ese Matt es importante para ti, o comienzas a cambiar desde la primera vez que nos vimos.
Algo atontada con aquello, suspiro y dejo que las enredaderas me regresen de nuevo a mi verdadero cuerpo.
Mi mano se apoya en el pecho de Kain, tal si quisiera sentir sus latidos.
-Eres algo denso, ¿no?
-¿Denso?
-Nada. -digo, empujándolo suavemente- Te veré mañana. Ezequiel Jerves va a tener que responder por lo que hizo. Y entonces estaremos más cerca de saber qué ocurrió con Kassia.
Kain asiente, tocando su pecho confundido, y yo me retiro presta a hallar un dulce sueño.
"Me gustas tú, torpe."

VI

Un poco para volver a acostumbrarme a la vida que llevo siendo otra persona, decido pasar la mayoría de mi martes en el cuerpo de Mina Harvnes. Y como siempre, lo primero que me asombra es el simple hecho de que mi ausencia es inexistente en las mentes de mis compañeros, y todos se refieren a mí con la misma familiaridad de siempre, como si fuera tan sólo ayer la última vez que me vieron.

-¡Mina! Estás más guapa que nunca- comenta Rickert, y yo lo ignoro. Es la primera hora, y el profesor aún no ha llegado. Ocupo mi lugar al lado de Alice, un poco decepcionada de que Harrold no esté presente.

Por primera vez, tras nosotras Anna no duerme, sino que tararea una melodía familiar. Al percatarse de que estoy aquí se lleva dos dedos a la cabeza, en un saludo desatento. Alice McRyans ni siquiera se digna a mirarme.

-¿Y Harrold?- le pregunto.

Ella sopla con los labios.

-¿Te parezco su madre?

-Creo que Henry lo llamó a dirección.- añade Anna.

Me apena pensar que puedan estar amonestándolo.

El profesor llega, y la clase da inicio. Durante toda esa hora me encuentro distraída, sin saber qué hacer realmente con las carpetas sobre mi banco, con los cuadernos de Mina sobre los cuales no he hecho una sola anotación. Algunos de ellos son del año pasado, pero aún tienen hojas en blanco y al parecer ella desistió de conseguir nuevos. Hace unos días revisé casi todos; aparte de dibujos aislados: niños, árboles, plazas y arañas, bailarinas en escenarios; no hubo mucho que me pudiera llamar la atención. Sólo quedó uno por ver, y mi cansancio el día en el que inicié tal empresa me impidió recordar siquiera su existencia hasta ahora. Debe de seguir en la mochila.

Pienso en revisarlo, pero desisto. Mis oídos ni siquiera están captando el murmullo de la lección, tal si me hallara inmersa en otro mundo. ¿Un ataque? No.

No, es algo diferente.

Como si alguien me observara.

Me giro para ver a Alice, que permanece cabizbaja, escribiendo. El largo cabello rubio le cae sobre el banco, en remolinos. Las raíces se oscurecen como sus cejas, tal vez, pero todo lo demás en ella es bello, inalcanzable para mí. Sin embargo, domino mi acceso de envidia. Soy Mina. Debo pensar en lo otro.

Miro hacia atrás. Otra vez Anna duerme. Rickert y León ríen, arrojando papelitos a otra de las chicas. Frederick Cable está demasiado distraído como para amonestarlos, muy concentrado en la lección. El ambiente me hace comprender que para este curso los exámenes están muy próximos.

Bien, no es algo por lo que deba estar preocupada.

¿Pero quién me observaba? Con disimulo reviso a mis compañeros, uno tras otro. Apenas reconozco a la mayoría. Una chica pecosa, un joven desgarrado, otro al cual la barba le sale como parches aislados sobre la cara. Ninguno es muy llamativo. La sensación se incrementa, desbordándose. ¿De verdad no es un ataque? Pero entonces...

Comienzo a levantarme, dispuesta a dejar el aula, cuando la puerta se abre. Harrold asoma su cabeza.

-Fui llamado a dirección.

-Me sorprende, Camping- le dice el profesor.- ¿Haciendo de las tuyas?

-Tan sólo un par de advertencias- sonrío él y se sienta, y con eso toda sensación y miedo se desvanecen. La clase continúa como si nada, y me recupero a mí misma. ¿Qué ocurrió?

Al terminar, guardo las cosas en la mochila y me dirijo al baño a lavarme la cara. Sospecho que es quizás el cansancio que cargo desde ayer el que me ha hecho marear de esa forma. En el camino cruzo, entre otras personas, a Sally y a Janet, a algunos compañeros de Kari, y a Arthur Irrauldi que marcha con un montón de papeles, protestando por lo bajo su descanso interrumpido.

Dejo que el agua fría de la canilla caiga sobre mis palmas, y luego la estampo contra mi cara. Un leve temblor me sacude, las gotas bajan, lavan todo y me pregunto si no debería utilizar maquillaje, como Alice. La belleza de Mina podría realzarse. E incluso como Liseth Aurdelard, algo de sombra...

-Toc, toc.

Es la voz de Harrold.

-Entre.

-No caeré en esa trampa- ríe él. Te esperaré afuera.

-¿Me estabas siguiendo?

-Desde luego. Es una afición que tengo. Ver a dónde te lleva la vida escolar. Eso, y que Frederick me pidió que te buscara.

Por fin salgo, y lo veo frente a frente. Está apuesto como siempre. Alto, fornido sin caer en la brutalidad, el cabello rubio, suave, despeinado, los ojos celestes que se remueven como agua cuando regala su sonrisa perfecta. Hace unos meses, hubiera estallado de la risa de sólo pensar en hablar con un chico así.

-Me llama el deber, supongo- le digo, alzando mi rostro para examinar bien el suyo. Otra vez, me perturba la falta de lunares, cicatrices, marcas algunas que lo delaten como humano.

Harrold se revuelve el cabello, y asiente.

-Un deber en el que no te imaginaba. Pero supongo que le has hecho un bien a la escuela. Con tantos sabiendo que te dedicas a las tareas de delegado, oí que la gente de los cursos se pelea por tener responsabilidades.

"Eso es parte del plan."

-Supongo que una siempre puede sorprender, ¿no?

Ambos nos encaminamos de vuelta hacia el aula en donde Frederick organiza sus cosas.

-Superas mi cuota de sorpresas, créeme- al pasar, las miradas del resto del estudiantado como siempre se clavan en ambos. El rumor de que estamos saliendo pronto será pasado de boca en boca- Y hablando de sorprender, me sorprende que hayamos postergado tanto lo de nuestra cita. Quiero decir, salida.

-Cita- sonrío yo, y añado.- Está bien.

-¿Sería cómodo para ti la siguiente semana? El sábado, o algo similar. Asumiendo que las prácticas de danza para Visgana no se te están subiendo mucho a los nervios.

Asiento.

-Lo estaré esperando.

-Me alegra- dice Harrold- Y tal vez te diga entonces lo que quería.

-¿Y eso es...?

-Secreto- se lleva él un dedo a los labios, y me guiña un ojo- Vaya, ya llegamos. A cumplir, delegada.

-A cumplir, capitán.

Una vez paso la puerta, dejo escapar lentamente el aire de mis pulmones en una larga exhalación. Había olvidado lo que era hablar con él, esa tensión en la que no me decido cómo actuar, quién ser, en la que mi propia amargura me impide flirtearle sin que con ello parezca que Harrold pierda interés alguno en mí.

-Harvnes, dejé sobre la mesa...

-Silencio- ordeno sin pensar a Frederick. El delegado levanta una ceja, pero calla, viéndome removerme de placer. Una cita. Es una cita, con el chico más popular de la escuela. Luego de eso, mi vida como Mina Harvnes sólo puede ir hasta la cima.

-¿Harvnes?

Lo miro.

-Lo siento.

-Descuida- se acomoda los anteojos, y señala una pila de papeles- Esos son los informes de recaudación de todos los cursos. Los miré y diría que los números redondean bien, pero quisiera que los revises en cuanto tengas tiempo. También hay algunos problemas con la petición de Quinto A para...

-Lo haré- lo vuelvo a interrumpir, y luego añado, revisando todos esos papeles y esos números- ¿Sabes? Se me ha ocurrido una idea.

-¿Idea?

-¿Por qué no hacemos reuniones entre todos los delegados? Así nos sería... Más fácil decidir el futuro del instituto y todo eso.

Juro que ese discurso era mejor en mi cabeza.

Frederick toma su lapicera, y se lleva la punta al mentón, pensativo.

Luego me mira.

-No es mala propuesta. Pero sería difícil de organizar.

-Yo puedo encargarme.

Se le escapa un silbido admirado.

-No sé qué te ha ocurrido este año, Harvnes. Bien, si así lo quieres, habla tú con ellos. Yo me encargaré de consultarlo con el director Ashadd. Podría ayudar en muchas cosas unificar la opinión del estudiantado.

-¡Eso decía!

Y con eso, otra pieza se mueve en el tablero.

Porque, seré completamente honesta. Me considero muy conocedora de los asuntos de popularidad en las escuelas, y, dentro de ese mundo, los delegados son más bien poca cosa. No son nerds, ni perdedores, ni delincuentes, por lo que nadie los odia. Son responsables, aplicados, y de seguro futuros líderes. Frederick es un ejemplo neto de ello. Pero he llegado a estar convencida de que no es casualidad que a nadie le interese ser delegado. Como tarea, les falta encanto, ¿a qué no? Que yo haya elegido ser delegada como Mina apenas ha atraído algunas miradas.

En cambio, si ser delegado se volviera una actividad de lujo, que impacte, en la que sólo algunos puedan pasar...

De ahí, las listas. La primera ronda de delegados la elegí completamente al azar. Pero en cuanto mi propuesta esté solidificada, planeo hacer una reelección. Una importante reelección. Pues si algo he aprendido de Orlana y de sus amigas en Nueva Gabul, es que una reina necesita admiradores cercanos. Es allí donde la actitud de Alice podrá convertirse en su perdición.

Paso todo ese recreo y la segunda hora organizando esos papeles, anotando números, fingiendo que me interesa la tarea encomendada. Con los nuevos delegados que he nombrado, algunos de los cálculos fallan, pero por lo general la cosa permanece igual. Las colectas que se realizan en los cursos varían considerablemente. Las matemáticas me son de cualquier modo sencillas, así que la mayoría de ese tiempo lo pierdo pensando en Harrold, en nuestra cita, en qué es lo que puede ocurrir.

Cuando termino, me estiro y saludo a Frederick. Decido no regresar al aula, sino descansar en el Palacio. Duermo allí una hora, y luego realizo el cambio de cuerpo y vuelvo a ser yo misma.

Kain está de pie.

-Estaré atento. Pero tú también pégame un ojo, Liseth. No sabemos qué podría estar planeando para proteger a su nieto.

-Sí- le digo, olvidando ya durante las siguientes horas a Harrold, a mi popularidad, a todo lo que no tiene que ver con el presente inmediato- Ese hombre es un asesino.

-Y deberá responder. Por mí, y por Kassia- asiente Kain, y sonrío.- Buena suerte.

Le sonrío, y marchó de vuelta al mundo de los vivos. Ya en la salida la mayoría de los alumnos ha partido. Mis compañeros deben aguardar la clase de educación física, pero en la entrada Matt espera sentado sobre las gradas, viendo a Horace regar las amapolas que bordean el camino de ingreso al instituto.

Me pongo a su lado, acomodando mi propia mochila tras la espalda.

-Lista. ¿Vamos?

Se levanta sin mirarme, y luego se vuelve al colegio, a su imponente construcción, a los árboles que se elevan por el patio exterior.

Al último asiente.

-Vamos.

VII

El camino al hospital lo conozco ya bien, pero simulo seguir los pasos de Matt para evitar tener que dar explicaciones. Su ritmo es lento, como si dispusiéramos de un año para llegar allí. No hay horario de visitas en donde los ancianos esperan la muerte, aunque sí es cierto que a la noche las puertas del hospital cierran a todo lo que no es una estricta urgencia.

Por sobre nuestras cabezas el cielo es un espectáculo casi sobrenatural. Densas nubes toman un color amarillo, sucio, y se arremolinan en cúmulos creando lazos, tiras, formas sinuosas. Arriba el sol se oculta, y su calidez apenas me roza el cabello mientras avanzo. Matt también observa esa formación, sin decir una palabra.

Es un viaje en silencio el que hacemos hasta la entrada. Puedo sentir a Kain, consciente, viendo a través de mis ojos. Matt se gira.

-Papá debe estar trabajando. Preferiría que no nos viera.

-Estoy de acuerdo.

Pasamos las puertas, y caminamos intentando pasar desapercibidos por entre el ajetreo y los pacientes. Estoy acostumbrada al olor de los hospitales, esa mezcla de lavandina y enfermedad, pero Matt parece en cambio tenso al sentirlo, y me resulta increíble ver como aprieta los puños.

Sin necesidad de acordar nada, ambos comenzamos a subir las escaleras. En la primera planta nos interrumpe una camilla, que lleva a una

mujer a los gritos. Presiento que va a dar a luz. Mi acompañante apenas la mira, y sigue subiendo.

-No me gustan los hospitales.

-Puedo verlo. ¿Nunca acompañaste a Norbert a su trabajo?

Niega.

Terminamos de subir. Un médico charla con uno de los limpiadores en su consultorio, por lo que nosotros también pretendemos conversar. Una vez el doctor vuelve a meterse, marchamos hacia donde el bosque de sillas de ruedas nos espera.

-Por lo general no les prestan mucha atención- dice Matt, buscando con la mirada- Tendremos tiempo. Pero si de verdad quieres hablarle será mejor buscar otro sitio.

No le respondo, pues ya lo he encontrado. Apenas se ha movido de su lugar: permanece cabizbajo, casi dormido sobre su silla. Incluso desde la distancia se adivinan las costras negras en la piel, las ojeras pronunciadas y el cabello ralo, peinado con esmero para ocultar la calvicie.

El aliento de Kain se congela en mi mente.

-Ahí está.

Camino hacia Ezequiel Jerves, y algo tenso Matt me sigue. Me detengo a cinco pasos. El viejo dormita, pero mi presencia parece serle advertida. Abre los ojos, y se vuelve hacia mí.

No dice una sola palabra, y asiente.

Entonces, sin estar del todo segura de mis pasos, tomo los manubrios de su silla y comienzo a llevarlo.

-Matt, ¿algún sitio privado?

-Miles- contesta él y adelanta el paso, mientras yo me esfuerzo en mover ese peso. La cabeza del anciano está muy cerca, y sus dedos tamborilean cerca de la rueda; pero no se dispone a usar el freno. Matt halla una habitación vacía, y yo conduzco a Ezequiel Jerves a su interior.

Luego cierro la puerta tras mí.

-Me pondré de guardia- dice Matt, colocándose cerca del umbral, muy atento a nosotros dos. Posiciono al asesino frente a una de las camas, en la que yo me siento.

Luego vuelvo a mirarlo.

-Ezequiel Jerves.

Él vuelve a asentir.

-Tú debes ser la tal Liseth- suena su voz grave, rugosa, antes de volverse hacia Matt- Y a ti, chiquillo, te conozco. Eres uno de los amigos de mi nieto.

Matt no responde. El viejo chasquea la lengua, y sin disimulo escupe contra el suelo.

-¿A qué vienen a molestarme? Ya se lo dije a su amigo de anteojos. Mi nieto está a salvo. No tengo razón alguna por la cual decirles una palabra. Si saben lo que les conviene, piérdanse de aquí antes de que sea demasiado tarde. Críos como ustedes no deberían estar entrometiéndose.

-No vengo a que usted me hable- le contesto, más fría de lo que imaginé- Al menos, no ahora. Vengo a hablarle a usted.

Los labios arrugados, violáceos se aprietan. El silencio en la habitación es audible. Dejo las palabras fluir, sin importarme que Matt me oiga.

-Este es el mensaje de un amigo. "Ezequiel Jerves, hace diez años usted me asesinó."

Un impulso eléctrico recorre a mi interlocutor. Matt se remueve, curioso, pero yo continúo mirando al anciano. Sobre las ojeras, el ceño parece adquirir tamaño.

-De Kain- continúo- Me está hablando ahora mismo. ¿Lo reconoce?

El asesino asiente en silencio.

-"Me empujó por el acantilado, hacia el río." ¿Es eso correcto?

-Lo es.

Su voz suena débil, como si hubiera perdido el odio y la amargura con la que nos recibió. Pero sus ojos aún retienen la frialdad.

-"¿Dónde se encuentra mi hermana, Ezequiel Jerves? ¿También a ella la mató? Respóndame eso, y estaré dispuesto a considerar perdonarlo." Eso es lo que Kain dice.

Otra vez, el silencio regresa entre los tres. Matt, atento a nosotros y de espalda a la puerta, yo, sobre la cama, oyendo el aliento contenido del fantasma en mi consciencia, y el asesino, abatido sobre su silla, de seguro oscuros recuerdos transitando su mente.

Lo vemos negar casi imperceptiblemente.

-Han pasado tantos años...

Calla. Sus labios dibujan alteraciones, pequeños movimientos que prefiguran acciones, palabras. Parece estar perdiéndose en un recuerdo, hasta que levanta la cara y me mira.

-Contéstale a tu amigo. Que no necesito, ni quiero, su perdón. Que no maté a su hermana. Que la mano de Jason Berkan me impulsó a asesinarlo, y a esa mano, la impulsó otra persona mucho más terrible que cualquier fantasma vengativo. Y que, incluso sabiendo esto, soy un asesino, que defendió a su familia antes que a dos chiquillos que desconocía. Sé lo que me espera, en cuanto la Enfermera Muerte me lleve cruelmente al otro lado con sus caricias. No me queda demasiado tiempo. Sé del infierno que existe en el más allá, de la tierra que con brujería han creado. En ese sufrimiento, el destino tendrá un castigo para mí. Eso quiero que sepas, Kain Antar. Si lo que buscas es venganza, bien te valdría dejarme aquí.

-"*Pero sólo busco a mi hermana.*"- vuelvo a hablar por Kain.

-Y ese es un gran error.

-"*¿Por qué me asesinó?*"

Matt se adelanta.

-Liseth, ¿qué estás...?

-Te lo dije, espíritu- levanta la voz el viejo, interrumpiéndolo, sin dejar de mirarme- Ese hombre quería que lo hiciera. Te quería fuera del camino.

-"*¿Quería a mi hermana?*"

-Así es. Debí... Debí haberlo matado en cuanto tuve la oportunidad, las noches que durmió bajo mi techo, pero no lo hice. Ya es demasiado tarde para todos nosotros.

-"*¿Ese hombre es el Titiritero?*"

Los viejos huesos de sus nudillos crujen.

-No pronuncies su nombre. Espíritu vengativo, estás siendo cruel para con esta niña. Si la sigues utilizando para inmiscuirte... Nada asegura que no terminará muerta. Mi mano fue sólo una de las que ese monstruo ha utilizado.

-"*Yo confío en Liseth.*"- al decir aquello, no puedo evitar sentirme completa, a través de la conexión que tengo con él- "*¿Quién va a matarla? ¿Jason Berkan poseerá a otra persona?*"

Los ojos del viejo brillaron.

-Eso es imposible. Dudo que él tenga necesidad de hacer tal esfuerzo otra vez. Pero los Locos son Cuatro. El ente que guió mi mano y la de mi nieto habrá quedado fuera de este plano, pero los otros persisten.

Comienzo a comprender. A su manera, nos está ayudando. Existen otros tres espectros además de Jason.

-*“¿Dónde se encuentra mi hermana?”*

-No me intimidas, fantasma- las comisuras en la ancha boca de Ezequiel Jerves se inclinan, crueles- Ya te asesiné una vez. No responderé a esa pregunta.

-*“¿Quién es el Titiritero?”*

-Por la vida de mi nieto, no responderé a esa otra.

-Por favor, ayúdenos- hablo yo entonces- Puede cambiar esto. Ha asesinado a un niño.

-¿Qué más da? Liseth Aurdelard, no me vengas con sensibilidades de esta nueva era. Hice lo que debía hacer. Mi nieto también hizo lo que creía correcto. Si hubieras sido más inteligente, te hubieras marchado de este pueblo junto a él. Aún estás a tiempo.

-A diferencia de usted, quiero ayudar a Kain.

-¿Ah, sí?- me regala un gesto cínico y golpea el apoyadero de su silla- ¿Ayudarlo? ¿Crees que hay un final feliz a todo esto, chiquilla? Desde la maldita primera vez que te vi comprendí que estarías muerta. Tú no entiendes como él funciona. No es humano. Es un monstruo. Un demonio, ha perdido su alma antes de que el diablo pudiera llevársela. Si estorbas sus deseos... No se contentará con matarte. Consumirá todo lo que amas. ¿Comprendes eso, Liseth Aurdelard? Mi nieto lo comprendía muy bien. Estuvo dispuesto a dejarme atrás para salvarse, ¡eso es algo que respeto! ¿Quién desaparecerá primero de tu vida? ¿Este muchacho, con el que vienes a hacerme preguntas? ¿Tu familia, tal vez? ¿Amiguitas?

»Piérdanse de aquí, niños. No tengo nada que decirles. Soy un asesino y responderé a eso cuando mi hora llegue. Aleja tus recuerdos, tus inútiles preguntas. Da por muerta a tu pequeña hermana, fantasma. Como yo di por muerto a lo que me importaba. Y piérdete.

Incluso Kain calla, en mi consciencia. Matt apenas mantiene la boca cerrada, con gran consternación. Está al menos más calmo de lo que imaginaba. Frente a mí, el asesino me fulmina ordenándome que me vaya.

Hay sonidos, tras la puerta; pasos, balbuceos de otros ancianos, conversaciones que no se llegan a oír. El tiempo corre, y pronto no me quedará nada.

Pienso en levantarme, cuando Kain vuelve a hablar.

-Señor Jerves.- digo, repitiendo sus palabras.

El desagrado con el que me examina no se desvanece, pero escucha.

-*“Oyéndolo hablar, he recordado.”*

Los dedos tamborilean, una y otra vez. Por instantes, parece que sólo nosotros cuatro existiéramos, Matt, yo, Kain y el hombre que lo asesinó. Y cuando hablo, es como si la voz de Kain emergiera a través de mi garganta, por mis labios, de un pasado muy remoto que se desenvuelve en esta habitación.

-*“Recordé del todo el día en el que me mató. Señor Jerves, lo he odiado. Por diez años, sólo de pensar en mi muerte, deseaba devolverle el dolor que*

sentí infinitas veces. Sin saber quién era, lo detestaba; pues me había arrebatado mi vida, mi futuro, y a Kassia. Lo he maldecido todos y cada uno de los días que me hallé en este mundo. Para mí, usted era poco más que un monstruo.

»Pero ahora recuerdo. Usted lloraba, señor Jerves. Estaba oscuro y frío, pero podía ver sus lágrimas. Estaba triste. ¿No es así? Su rostro ahora está surcado de arrugas, pero es el mismo. El mismo rostro que evitaba mirarme de frente mientras me conducía a aquel sitio. Supo que estaba por matar a un niño. Y si de verdad un espectro fue el que movió su mano, si de verdad lo hizo para proteger a lo que quería...»

Un reflejo de esa imagen me invade, a través de nuestro lazo. Las palabras fluyen solas.

-“Entonces lo perdono, señor Jerves.”

El rostro del anciano pierde todo color, su boca cae, sus cejas espesas se elevan. Me levanto de la cama, presta a retirarme. Matt, dubitativo, se hace a un lado y abre la puerta. Pero no llegamos muy lejos.

-Espera, chiquilla.

Detengo mis pasos, y me volteo hacia donde ese hombre rumia pensamientos. Kain ya no dice nada en mi mente. Algo en él parece haber cambiado.

El viejo Zaq no me mira, pero rebusca entre sus ropas. Extrae una llave delgada, cobriza, y la extiende para que la tome.

-En mi rancho... No la casa, sino cercano al silo, hay una habitación oculta. Lo que hay allí podría interesarte.

-Gracias.

Jerves parece masticar algo muy amargo.

-Largo. Y no vuelvan. Les aseguro que no volveremos a vernos.

Asiento lentamente. Matt también se adelanta.

-Me encargaré de ayudar a Zaq.

-Mi nieto es fuerte- contesta el anciano, y cierra los ojos con dolor- Ha tenido que serlo. Y si siguen este camino, también deberán serlo ustedes. Fuera de mi vista.

Ambos nos vamos.

VIII

Matt espera hasta que hayamos dejado el hospital bien atrás para fulminarme con la obligatoria pregunta.

-¿Qué fue todo eso?

Por mi parte, me tomo mi tiempo en contestarle. Camino enfocada en lo que ocurrió, en las cosas que oí, en el lazo mental que tengo con Kain. En verdad, algo ha cambiado. Pero no me atrevo a decir qué, hasta que entre al balcón de nuevo.

Hallo un sitio cómodo, una roca que se alza cerca del camino que sube hacia la casona. Me siento allí. Mis manos aún tiemblan. Perdonar a su asesino no debió ser fácil para Kain.

-Matt, tenías razón. Hay algo más pasando en este pueblo. Y no ha terminado. Es probable que más personas se encuentren en peligro.

-¿Algo?

-*Algo*- repito.- Algo que tiene nido aquí desde hace diez años, tal vez más. Matt, ¿recuerdas la historia que contó Elias? ¿La de los Cuatro Locos?

Su ceño se frunce, pero asiente.

-Oí al viejo Zaq mencionar a un Berkan. ¿Se refiere a los mismos Berkan que se suicidaron hace años?

-Sí- concluyo.- Escucha, Matt, sé que sólo puede parecer una locura. Ya debes pensar que no estoy bien de la cabeza, lo sé. Pero debes creerme. Cuando Zaq quiso secuestrarme... Me dijo que Jason Berkan era quien lo controlaba. Un espíritu, un demonio, algo similar. Matt, creo que los Cuatro Locos son muy reales. Mucho más reales de lo que me gustaría.

Sólo una pérdida en la tonalidad de su piel me hace comprender que él realmente me está oyendo. Su mirada parece perdida, como si viera el sol desvanecerse tiñendo de negro el horizonte.

Lentamente mueve la cabeza hacia mí.

-Eso significaría que lo que vio Scott el día que su perro desapareció...

Chasqueo la lengua.

-Sí... Es posible que la historia de Elias fuera verdad. Me gustaría investigar a la familia Berkan; dónde vivieron, qué hicieron, con quién tuvieron contacto. Zaq me dijo que alguien los controlaba. Si de verdad hay algo como un brujo en este pueblo, podría ayudarnos a saber de quién se trata.

Le oigo crujir sus nudillos, y sonrío.

-Mi historia policial acaba de tornarse una novela de terror. Bien, ¿entonces cuál es nuestro siguiente paso?

Mi boca se seca, impidiéndome responder. Matt espera, como si nada. Y yo también lo imito, para sentir el momento en el que ría, me palmeo, en el que tenga que fingir que me he estado burlando de él.

Pero Matt no se mueve.

Entonces me sacudo.

-Me... ¿Me crees?

-Oí a ese viejo, Liseth. Hasta que no los vea por mi cuenta no puedo creer demasiado en fantasmas y brujos, pero sí, te creo. Y recuerdo bien que Zaq solía hablarnos de su amigo imaginario, años atrás. Luego de que sus padres huyeran, nunca más volvió a mencionarlo.

Es como si no pudiera oírlo. Algo en mi corazón late, fuera de tono, pero me esfuerzo por superarlo. Una alegría muy particular me está inundando.

-Bien. Me... Me alegra contar contigo.

-Me alegra que cuentes conmigo también. Incluso si aún no me has dicho todo.

La suspicacia de sus palabras me hace volver a la realidad. Desde luego, se refiere a Kain.

-Algunas cosas tendrán que seguir siendo un secreto, por ahora- sonrío- Matt, no creo que el viejo Zaq nos haya mentido. Si hacemos esto, estaremos en peligro. Peligro de verdad.

-No me gusta darle la espalda a lo que me necesita.

-Entonces...- le extiende una mano- ¿Me ayudarás?

-A salvar el pueblo, sí- dice él, y la toma- Gracias, Liseth.

»Aunque, claro, tendrás que contarme mejor las cosas.

IX

Dicho y hecho, la tarde de ese mismo día despertamos los celos de Kari: Matt y yo, encerrados en mi habitación, tenemos una larga charla en la que suelto muchos detalles que jamás imaginé podría contar; sobre mi experiencia con Zaq, sobre el espectro de Jason Berkan, inclusive sobre Julián y mi incursión al bosque. Omito, desde ya, elementos fundamentales a la historia; no hablo de Kain, no hablo del Palacio, no hablo del día que pasé atrapada en ese otro mundo, ni de Mina, ni del olvido, y esos vacíos con claridad él los intuye, pero desiste de presionarme para que le cuente más.

Para el final de esa sesión me hallo muy agradecida, y, también, aligerada. Era increíble el peso que todas esas historias tenían en mí, lo mucho que cargaba. Y ahora por fin puedo sentirme libre.

Matt en cambio parece anonadado.

-¿El Titiritero? ¿De verdad?

-Así lo llamé.

-¿Qué clase de nombre es ese?

Me inclino de hombros.

-Y estaba en el Salón Adal- se toca una mejilla, pensativo, echado en mi propio colchón- Lo cual reduce los sospechosos a todo el maldito pueblo.

-Lo sé.

-¿Tienes a alguien en mente?

Pienso durante unos segundos, y niego.

-Ya sabes cómo terminó eso la última vez. No tendré a otro Julián.

Su cabeza se mueve de arriba abajo. Luego frunce los labios.

-Sabes, Liseth... Mikhail...

-No quiero meter a Mikhail en esto.

"Sabe demasiado sobre mí."

-Es probable que ya esté metido por su cuenta. ¿Sabes que no es casualidad que esos tres estén en este pueblo, verdad?

Callo, considerándolo.

-¿Tú sabes...?

Matt se levanta de mi cama y simula desempolvar su pantalón.

-No del todo. Pero en cualquier caso, ¿Por qué no le preguntas tú? Mikhail es capaz. Avanzaríamos mucho más rápido con su ayuda.

-No me gusta... confiar en la gente.

Su mirada titubea.

-Comprendo- añade al final- Y por eso te agradezco de nuevo. Bien, ignoremos a Mikhail. ¿Qué nos queda?

-Nos queda esta llave- le respondo, y saco de mi cuello la llave oxidada que Ezequiel Jerves me tendió- ¿Sabes cómo llegar al hogar de Zaq?

Matt asiente.

-Será un viaje complicado.

-Mejor no posponerlo entonces- digo, perdida en la contemplación de la pequeña llave, lustrosa contra las luces de mi cuarto- Iremos esta misma semana.

Con eso dicho, Matt decidió por fin abandonar mi habitación para continuar con deberes menos heroicos, como la tarea.

Y yo...

Aún exaltada, sorprendida conmigo misma por haberle contado tanto, aprovecho mi repentina soledad para abrir la Puerta Roja. Esa noche me pierdo de la cena, pues, para mi bien, paso horas y horas hablando con Kain. Ha cambiado. Sus ojos carecen de ese resplandor rojizo, sus uñas se han acortado, como si algo en él hubiera recuperado su humanidad. No comprendo cómo funciona, pero me alivia. Y mientras hablamos, por horas, mientras me habla de los recuerdos que le retornaron, mientras lee y lo oigo, toca las teclas del piano y expelle su tristeza a través de la melodía, sonrío, y, detestándome a mí misma, comprendo que algo en mi corazón comienza a dividirse, a partirse por la mitad para quebrarme.

Al salir, ya son las tres de la mañana. Y como no es mi corazón lo único que se siente quebrado, tomo de la heladera jamón, queso, pan, y me hago el mejor tentempié de mi vida, devorándolo en la cama mientras afuera los árboles se remueven con la promesa de una tormenta.

X

Kari se toma muy en serio el hecho de que ayer no le prestara atención alguna y, el miércoles, me acapara luego de clases para que juntas surquemos el centro en búsqueda de ropas más adecuadas para el invierno.

No puedo quejarme, y más sabiendo que mi cita con Harrold está cada vez más próxima. Así que mientras sigo su paso frenético a través de calles frías y tiendas, también aprovecho para, entre las gruesas camperas y los gorros de lana, utilizar lo último del dinero que me dio Thomas para comprar ropa de calidad, o de tanta calidad como se pueda conseguir en un pueblo; polleras, medias, remeras sueltas que no serán para mí, sino para otro cuerpo aun más estilizado que el mío. Kari está fascinada, creyendo que estoy cambiando mi look.

-¡Te verás tan linda!

"Desde luego", digo para mis adentros, y sigo fingiendo probarme todo aquello. Tengo memorizadas las medidas de Mina. En cuanto a mí, con unos pantalones de pana y una campera mullida me siento satisfecha. He colocado también en mi cabello la prensa que me regaló Sally, para mantener el flequillo sujeto, y Kari me regala, viéndola al pasar, una gorra distinta a las boinas que ella se pone, para cubrirme las orejas del viento helado.

El cielo, como tantas veces, es de un blanco inmaculado. Por aquí y por allá, en el curso o en las calles, la llegada cada vez más próxima de la nieve se comenta de boca en boca. Por lo que dicen, será un espectáculo estremecedor. Pero si las cosas son como yo creo, para cuando eso ocurra yo ya no estaré en este pueblo, sino en Visgana, junto a todas las chicas de la Academia de Danza DuMarque, preparándome para bailar en el Lastega frente a los ojos de cientos de espectadores. Sería falsa si dijera que no me atemoriza la perspectiva.

La próxima semana, tendré que regresar a las lecciones del salón, y demostrar lo que mis prácticas con Kain han logrado.

-Me debías el hacer algo juntas, que lo sepas- me comenta Kari Weigler al terminar, mientras yo doy un sorbo del licuado que he pedido y las bolsas con nuestras compras descansan cerca de nuestros pies, en el reducido espacio de este salón de meriendas- No sé qué se traman tú y mi hermano últimamente, pero...

-Sólo hablábamos de la escuela.

-¿Ah sí?- entrecierra sus ojos- A veces pienso que tú y Matt harían una buena pareja.

El sorbete hace ruidos burbujeantes, un poco vulgares. Lo último del licuado desaparece, y me tomo unos segundos para tragarlo. Mi cabeza está congelada.

-A Matt le gusta Mina.

-¿Quién?

-Nada.

Kari frunce el entrecejo, y luego apoya una mano sobre la mesa.

-En realidad, Lis. Quería pedirte un favor.

Me concentro en ella. Como somos las únicas dos personas aquí, no es una tarea muy difícil. El joven mozo que nos atendió ya se perdió tras el mostrador, para ver la televisión. Su actitud rezagada desentona con la apariencia tan esmerada del local.

-¿Favor? Como, ¿hacer tu tarea?

-¿Te parezco tan tonta?- me da un tincazo ella en la nariz- No. Es sobre Mikhail.

"Siempre es sobre el jodido Mikhail."

-¿Quieres confesarle tus sentimientos?

Kari asiente. Por la seriedad de su joven rostro, me doy cuenta de que no bromeó.

-¿De verdad?

-Sí. Quiero decirle todo... Todo lo que siento por él.

-Sabes bien que puede rechazarte, ¿no?

-¿Eso es lo primero que me dices?- me hace un gesto muy poco educado- Lo sé muy bien. Yo misma he rechazado a algunos, ¿no lo recuerdas? Pero no quiero dejar que eso me detenga. Este año le revelaré todo.

-Sospecho que Mikhail ya lo sabe.

-Lo sé. Pero no le daré escapatoria. Si quiere rechazarme, lo obligaré a hacerlo de verdad.

-Caray, Kari- no puedo evitar sonreír- Parece que fueras a golpearlo con un garrote.

-El garrote del amor- ríe también ella- Lis, Mikhail me gusta... Me gusta desde hace años. He intentado todo este tiempo, estar cerca de él, entender qué le ocurre, saber si de algún modo podría corresponderme. Aunque me dijera que soy demasiado joven, ¡sé muy bien que soy demasiado joven para él! Pero eso no me importa. Lo esperaré. Tan sólo quiero que comprenda bien lo que siento por él.

-¿Y cómo puedo ayudarte?

-Era de tu escuela, ¿no es así?- se adelanta Kari, curiosa- Podrías, no sé, armar el momento indicado. Quisiera hacerlo antes de que termine el invierno.

-Siempre creí que la primavera era la temporada del amor.

-Ja, ja.- con los dedos apenas rozando la superficie de su bebida, Kari me salpica unas gotas en la cara- Háblame tú de eso. Lo veremos después, boba. Pero no confiaría en nadie más.

Asiento a medias, distraída. Sus últimas palabras hacen una huella en mi consciencia, germinando en ese espacio una idea en nada relacionada a la confesión que planea hacer. Me doy cuenta de que Kari también acaba de ayudarme. Confiar. Si quiero que las cosas con mi curso salgan bien...

Mis labios se mueven solos, ensimismada como me hallo. Sólo un rato después dejo de pensar en Arthur Irrauldi, en los delegados y en mi futuro, cuando Kari me arroja una de las bufandas que compramos en la cara.

Media hora luego, antes de regresar a la casona, se me ocurre una idea.

-¿Puedes volver sola?

-Pues claro- me examina Kari- ¿Olvidaste algo?

-Iré a visitar a Thomas.

Con eso ella se marcha, y mi corazón no titubea como antes. Ya no hay un asesino por los bosques que lindan al río. Con esa tranquilidad librándome de dudas, la veo partir y luego me vuelvo hacia los pocos edificios que hay en el centro.

-Bien, papá- murmuro- Veamos qué tan desastroso es tu hábitat cuando no me tienes para ayudarte.

Horriblemente desastroso.
Desastrosamente inimaginable.
Inimaginablemente horrible.

Puedo seguir, pero creo que con esas palabras he sintetizado la idea. El apartamento en el que se hospeda Thomas apenas tiene una habitación, una cocina excavada en la pared y un baño, y sin embargo en ese mínimo espacio él consigue que ni una sola cosa se halle en su lugar. Hay, también, una capa de polvo tan gruesa como mi meñique sobre la alfombra y los muebles. Me figuro que eso estaba antes de que él llegase.

Mi padre mismo duerme en un sofá pegado a la ventana, la persiana baja para que los rayos del sol no le irriten los ojos, sensibles a la luz. Su leve ronquido apenas es afectado en cuanto cierro la puerta. No me molesto por no hacer ruido, porque sé que ni un terremoto podría despertarlo. En casa, recuerdo, solía golpearlo con la almohada si continuaba dormido en vez de ir al trabajo.

Sonrío, pensando en aquellos tiempos, y lo examino de cerca. Thomas lleva una mano bajo la camisa, las piernas le cuelgan por el apoyadero, el abrigo castaño está mal enfundado sobre los hombros. Sus cejas se mueven imperceptiblemente con cada suspiro. No parece que soñara con nada.

Me inunda una añoranza, desde el centro mismo de mi ser hacia él. Pero no sé muy bien qué añoro, así que no dura demasiado. Me paro, examino con ojos juiciosos el estado del apartamento, y decido poner manos a la obra. Hay una escoba, una pala, y suficientes bolsas de nylon como para hacer un trabajo decente. Comienzo por poner en su sitio las cosas tiradas; revistas, recortes de diarios, una lámpara entera, su cable una serpiente que ocupó minutos desenredando, mover algunos muebles a los cuales el tiempo ha desacomodado, y también un par de latas de cerveza que me cuestiono pertenezcan a mi padre.

Una vez eso ha terminado, tomo la escoba y pongo mi mejor empeño en barrer. A cada movimiento de mis brazos se levantan nubes de polvo, que me entra en los ojos y me obliga a toser. No me doy por vencida. Antes de lo que me imagino, ya he llenado dos bolsas con una masa grisácea, que parece casi viva. Tomo entonces un trapo, y comienzo a limpiar los muebles. Es algo que debí haber hecho antes, pero no se me ocurrió. Ha pasado bastante tiempo desde que tuve que limpiar algo a fondo.

La última vez fue hace más de tres años, en un recuerdo que debería ser dulce pero se torna amargo. Mary, mi única amiga dentro de Nueva Gabul, me había invitado a su casa. Era la primera vez que iba; fascinada, conocí a su padre y a su madre, ambos pintores, y recuerdo que vi su cuarto con admiración, pues en su desorden se apilaban libros tras libros, grandes tomos y novelas que ella leía embelesada, de los cuales me comentaba a cada rato durante las clases. Ese día Mary había querido mostrarme un libro en especial, una novela romántica ambientada en el siglo veinte. No era que me interesara

mucho, pero Mary era mi amiga. Y en el desorden de su habitación, la ayudé a buscar ese libro; la búsqueda, al final de un rato, terminó por convertirse en una merecida sesión de acomodación. Recuerdo haber estado entretenida, viendo la infinidad de inútiles cosas que mi amiga guardaba: figurillas de series animadas, cartas coleccionables, anteojos descartables, dibujos que había hecho y que con esmero sus padres encarpetaban, para mostrar durante las cenas familiares. Recuerdo haber sentido una leve punzada de envidia, pero también alegría, pues la quería. La quería. Era mi amiga. En este momento, la punzada se vuelve algo distinto, un odio corrosivo que me desborda. ¿Por qué me traicionó?

La madera de la mesada ya está lustrosa. Mi padre se rasca la barbilla, aún en el sueño. Un poco rumiando en mis memorias, me dirijo a limpiar el baño. A diferencia del resto del apartamento, está bastante presentable: lo único que necesito es limpiar el espejo para dejarlo como nuevo. Mientras hago eso capto mi reflejo, fragmentos de mi cara que el agua deforma, distorsiona para que nunca sean claros. Cuando terminamos de acomodarnos, ese día con Mary, el cuarto parecía otro sitio. Habíamos hallado alrededor de diez novelas que ella creía del todo perdidas, lo que la puso muy emocionada. Sí... Lo recuerdo muy bien. Ella me leía, con más soltura que con la que Kain lee para mí ahora. Y yo estuve segura, convencida de que aunque las cosas marcharan mal tendría una amiga, alguien que estaría para defenderme, para sostenerme, alguien para mí.

En cuanto terminé de secar el espejo, un ruido me alarma. El teléfono está sonando. Hay un sonido pesado, en el sillón, y cuando salgo veo que mi padre ya se ha levantado, y aún dormido tiene el tubo en la mano, oyendo con gravedad.

Me mira de reojo, admirando la nueva apariencia de su entorno. Pero escucha. Hay una intersección de palabras, un "*Claro*", "*¿Causas?*" y "*Está aquí conmigo*". Yo espero, algo tensa.

La llamada finaliza, y Thomas cuelga. Se queda unos segundos en la oscuridad, pensativo, y luego me observa de reojo.

-¿Qué ocurrió?

-Lis- tantea mi padre su abrigo, en busca de un cigarrillo- Gracias por venir. Norbert me acaba de decir que lo llamaron del hospital. Al parecer el abuelo de tu compañero ha fallecido esta tarde. Supongo que la policía nunca podrá interrogarlo.

Como una finísima lluvia estuvo cayendo incansable contra el pueblo durante casi toda la semana, las hojas que con molestia aparto del camino dejan humedad en mis manos, mezclándose con la tierra, refrescándome en contra de mi voluntad. Para cuando he hecho ya diez pasos, siguiendo la dirección por la que Matt se mueve como un aventurero, el resultado es que he quedado del todo empapada. Pero no me molesto por aquello, y reprimiendo un estornudo prosigo. No esperaba cruzar el bosque sin algunos rasguños; un resfriado, en comparación, tampoco representa un gran problema.

Entre los grandes árboles, cosas como norte o sur parecen irrelevantes. No estoy muy segura de cómo él se ubica como lo hace. Lo que sí sé es que no estamos tomando el camino principal; resulta ridículo pensar que Zaq o su abuelo tuvieron que atravesar toda esta maleza cada vez que dejaban el rancho para comprar un poco de gas en el centro. El motivo de nuestro desvío, elegido por Matt sin avisarme, me resulta tan obvio que me niego a quejarme o a siquiera preguntarle al respecto.

Simplemente intentamos no quedar en evidencia.

-¿Cuánto crees que falta?

-Difícil decirlo- sosteniendo una rama, Matt me deja pasar primero para luego soltarla, y ver como rebota de lado a lado como un peligroso látigo- Media hora en el peor de los casos. Diez minutos si hacemos paso ligero. ¿Puedes seguirme?

-No soy tan débil.- asiento, resignándome a tener que poner mi campera nueva a lavar en cuanto regresemos- Vamos.

Matt me dirige una sonrisa, y sigue abriéndose paso a través de la vegetación.

Esa noche que pasé comiendo con Thomas en su apartamento, esa evocación de mi pasado, de nuestras cenas juntos, sólo padre e hija; todo eso lo pasé ensimismada, trayendo a mi consciencia una y otra vez la noticia que había oído: que Ezequiel Jerves había muerto, a sólo una mañana de contarnos tanto como nos contó, y luego, gracias al comentario de Norbert cuando por fin mi padre me devolvió a la casona, que nadie sabía realmente qué lo había matado, aunque los médicos habían decidido que se trataba de una falla cardíaca causada por un fuerte estrés, de seguro producto de la edad. Pero el viejo Zaq era fuerte, fuerte y fibroso como un roble, y muchos hablaban de que tan sólo unos días atrás aún trabajaba en su granja, con tanta voluntad como siempre, y que debía de ser el haber descubierto la locura de su nieto lo que lo había reducido de tal modo.

Yo, sin embargo, sabía que eso no era cierto. A Ezequiel Jerves no le sorprendía en nada la situación de su nieto: el mismo había vivido una similar. Pero sus palabras volvían a mí una y otra vez, haciéndome comprender: *no nos volveremos a ver*. Él debía de haber sabido, que quien fuera el monstruo llamado el Titiritero no le iba perdonar el desafío que le hizo al dirigirnos la palabra. Debía de haber sabido que iba a ser asesinado, deshecho ahora que sólo era un viejo que sabía demasiado. ¿Pero cómo había muerto? Matt mismo había preguntado a su padre, si alguien en especial había sido visto rondándolo, pero Norbert había eliminado esas suposiciones al instante.

-Puede ser, Matti. Pero honestamente, el público corre libre en nuestro hospital. Las enfermeras lo chequearon a cada rato. Simplemente de un segundo a otro comprobaron que ya no respiraba. ¿No es natural?

Ni a Matt ni a mí nos pareció natural en lo absoluto. E incluso ahora, esquivando hojas rojizas, apoyando mi mano con cuidado por las superficies rugosas de los árboles, pisando tierra fértil, plagada de lombrices e insectos; todo lo que había hablado con aquel monstruo retirado regresa una y otra vez, instándome a buscarle un nuevo significado, algo de lo que pueda sostenerme para no terminar como él lo hizo. *Los Locos son Cuatro. Yo no maté a tu hermana. Sé del infierno que han creado.* Los Locos son Cuatro. ¿Hay más, entonces? ¿Más personas poseídas, como Zaq, rondando en el pueblo, preparadas para moverse y deshacerse de otros si la situación lo requiere? Una de ellas, en ese caso, debió ser la que se encargara de silenciar al anciano.

¿Qué más? ¿Qué más dijo?

Me siento tentada de pedir ayuda a Kain, cuando Matt habla.

-Llegamos.

Los árboles se abren, como si el bosque entero no se atreviera a proseguir. Ante nuestros ojos se abre un escenario despejado, atravesado por un magro riachuelo que nos separa de las pocas construcciones: una casa que apenas parece sostenerse, un silo en la lejanía, un galpón de chapa despintado y un tractor verduzco y destartalado. Todo lo demás es silencio, y el aire corriendo libre por las plantaciones que del otro lado se alzan más altas que cualquier hombre.

-Es...

-Un campo.- asiente Matt- También uno de los sitios más viejos del pueblo. Ese silo debe tener más de cien años. Quizás doscientos. Todo esto solía pertenecer a la familia Berkan.

Lo miro.

-Entonces estamos en el lugar correcto.

-Liseth.- habla, deteniéndome en cuanto comienzo a dejar el amparo de los árboles- Espera. Sólo quiero estar seguro.

-¿Seguro?

-De que no soy el único que entiende lo que puede ocurrir ahora. El viejo Zaq fue asesinado, ¿sí? Y, llámame estúpido, pero no sé qué parte de todo lo que soltó durante esa extraña charla que le diste fue la que enojó tanto a ese tal Titiritero como para que dispusiera de él tan inmediatamente. Sea quien sea, me figuro que es un paranoico. Si lo que el viejo nos dijo es cierto, un paranoico que vivió aquí.

-¿Lo que nos dijo?

-¿No prestaste atención?- bufa Matt tocando mi frente con un dedo- Hasta me habías parecido genial y todo. *"Debí haberlo matado cuando estuvo bajo mi techo"*. Dijo algo similar a eso. De entre todas las cosas, fue la que más me quedó rondando en la cabeza. Ese tal Titiritero vivió aquí.

Trago saliva, admirada. Pero claro. Y desde aquí debió haber usado a Jason Berkan contra la familia Jerves, desde aquí debió haber planificado el asesinato de Kain, desde aquí debió haber hecho lo que sea que hizo con su hermana. Pero eso también significa...

-...que este sitio probablemente está vigilado- completa mi pensamiento Matt, y se adelanta.

-¡Espera!

Se voltea para verme, muy tranquilo.

-¿Qué estás haciendo?- le pregunto- Si nos...

-Es imposible husmear en un campo abierto sin que nos vean- se encoge de hombros- Procuremos cuidarnos la espalda, ¿vale?

Controlo la respiración, algo indignada con mi repentino miedo. Aunque claro, Matt no fue a quien hace unos meses persiguieron por el bosque. Resintiéndome de aquello, lo sigo pisando la hierba, expuestos por todos lados, por cualquier espía del Titiritero que quiera surgir a atacarnos.

-¿Llevas un arma?

Asiente.

-Un cuchillo de cocina.

-Estás de broma, ¿no?

-Sí. No tengo nada.

Suspiro, dándome por muerta. Me contento con prestar atención a mi entorno, a las oscuridades que se ven entre los maizales, a los chillidos y susurros, a la casa que parece abandonada, sus vigas sosteniendo un peso que parece tener siglos de antigüedad. Nada aquí parece realmente vivo. La vastedad de la tierra, del cielo, me hacen imaginar horas de labor incansable, de penurias, de sonidos de puro campo que hundan de pánico al corazón. Un poco después, ayudándonos a cruzar el riachuelo sobre un tronco, Matt me hace un comentario que parece muy acertado.

-Vine aquí hace algunos años, porque Zaq nos invitó. Me mostró las cosas que hacía, la cosecha de maíz, cómo mover el tractor. Recuerdo bien haber pensado cuanto *no* lo envidiaba.

-Asumo que no ha cambiado mucho desde ese día.

Niega.

-Aunque ya no hay sonidos.

Y eso es cierto. Una vez nos alejamos de los árboles, tengo que presionarme los oídos más de una vez, para asegurar que a mi ceguera no se les están agregando ataques de sordera. No se oye nada. Nuestros pasos, silenciosos en la hierba, nuestras respiraciones, silenciosas en nuestras bocas, ni el cantar de un ave, ni el batir del viento que tanto antes se revolvía a gusto y placer por sobre las plantaciones, nada que perturbe al silencio inmediato. El lugar está completamente abandonado.

Apenas perdemos unos segundos en la casa principal, que de seguro la policía de Visgana ya revisó a fondo. No nos atrevemos a entrar, sino que espiamos por las pocas ventanas que se hayan abiertas. Pero no se ve nada. Matt me ayuda a hacer pie, y con esfuerzo asomo por otra rendija más elevada: descubro un inodoro, y una cadena imposiblemente alta, con algún sistema antiguo de drenado. La fuerza de Matt cede, y termino cayendo sobre él. Pasamos luego unos minutos retorciéndonos entre el piso, yo sintiéndome libre de insultar, pues estamos muertos; y él riendo tanto por la caída, por mis insultos, como por el hecho de que con tanto ruido, también para él de seguro ya estamos muertos ya que no hay chances de que hayamos pasado desapercibidos.

Una vez termina esa escena, lo ayudo a levantarse y con el dedo me señala el silo.

-Es por allí.

La llave es un peso real, colgando de mi cuello. Acariciándola con los dedos pongo marcha hacia esa construcción, ese edificio deteriorado, similar a una torre. Aunque es temprano, parece que el sol fuera a ocultarse. Ruego a los cielos que la noche no nos encuentre en este sitio, que podamos descubrir

lo que sea que se halla allí y regresar para antes de la cena. De lo contrario, tanto Matt como yo podríamos estar en problemas.

Miro de reojo a mi acompañante, agradecida de tenerlo. Desde lo de Zaq, y el episodio con Julián, no me atrevería tanto a aventurarme sola como lo hacía antes. Más aun, me sorprende la templanza con la que hace las cosas. Me descubro considerando que debería haber acudido a él mucho antes. Durante esos instantes Matt no se vuelve a mí, cruzando los pastizales, muy concentrado en la forma sombría del silo, cada vez más próximo.

Hay una puerta robusta, con una gruesa cadena. Con un vistazo es claro sin embargo que esa no es la puerta que la llave que cuelga sobre mi pecho abre. La cerradura del candado es demasiado grande.

-Demos una vuelta- sugiere Matt. Asiento, y cada uno marcha por un lado distinto de la estructura. En esos pocos pasos, bordeándolo con tanta prisa como puedo, no veo más que grises ladrillos y resquebrajos variados. Luego oigo un llamado, y corro hacia donde él me espera, con el torso metido entre un montón de fardos de heno.

Comienza a echarlos por los aires, labor en la que también me pongo. Pocos segundos después, sobre la tierra se adivina una entrada pequeña, semienterrada, como una trampa para felinos demasiado grande. La cerradura que tiene es clara.

Descuelgo la llave de mi cuello, y la utilizo. No hay chirridos, ni forcejeos, ni nada. Simplemente un *clack*, y la puerta se abre.

Adentro sólo parece haber oscuridad.

-No te preocupes- digo, tomando mi llavero linterna- Puedo iluminar.

-¿Tú estás de broma ahora, no?- levanta una ceja Matt- No vamos a vernos ni las manos con eso. Yo traje.

Del bolsillo de su buzo saca una linterna naranja, mucho más potente. Admito que estuvo mejor preparado. Sin advertir, ni esperar a que decidamos, se toma de los marcos de la entrada y desliza su cuerpo por el agujero. Yo lo sostengo de los brazos, rezando porque haya un fondo allí abajo, apoyando mis zapatillas sobre la pared de piedra por si es necesario tirar.

Al segundo parece tocar algo, y lo suelto.

-¿Ves algo?- pregunto, recuperando el aliento. La actividad física no es algo en lo que me sienta muy favorecida.

Los reflejos de la linterna se mueven de un lado a otro, flases blancos en la negrura.

-Sí. Es una condenada guarida.- Matt se da vuelta, enmarcado por la oscuridad, y me extiende dos manos- Baja. Hay una mesa, podrás hacer pie.

Lo imito, tomándome del umbral, y comienzo a descender pies primeros, balanceándome para buscar soporte. Matt toma mis tobillos, guiándome. Me suelto, pero calculo mal y termino cayendo otra vez entre la oscuridad. Hay un estrépito imposible, polvo se levanta entre las sombras; aterrizo otra vez sobre Matt, esta vez dándome la cabeza contra la pata de un mueble.

Hay más insultos, y Matt tose.

-No planeaba tocar tu trasero. No tienes mucho de equilibrio, ¿verdad?

-No le cuentes a Kari. Bien.- digo, recuperándome y poniéndome de pie, sintiendo el moretón en mi frente con horror- ¿Dónde estamos?

Utilizo mi pequeña linterna para ver, mientras él golpea la suya para encenderla de nuevo. Paredes sin rebocar, que me recuerdan a los viejos pasajes de mi ciudad, los que me desafiaba a atravesar con Mary. Lo demás

son muebles: cajones, repisas vacías, un catre contra un costado, su colchón de plumas todavía presente, como si alguien pudiera atreverse a dormir entre tal oscuridad.

-En una tumba- responde Matt luego de unos segundos- O al menos eso parece. Alguien que se hace llamar el Titiritero tuvo que haber dormido en un sitio como este obligatoriamente.

Sonrío. Pero las sombras se comen su broma, y mi humor. El silencio de antes aquí perfora nuestros oídos, los posee. Siento la necesidad de hablar para no creer que me hallo completamente sola.

-Revisaré la cama.

-Bien. Ten cuidado. Podría haber arañas.

Aunque su comentario es acertado, sospecho que Matt está sintiendo algo muy similar. Una vorágine, algo sin fondo parece haber existido aquí, dejado huellas en cada rincón, en las sombras que danzan al compás de nuestras linternas. La sensación de que podría regresar es espantosa. Sin saberlo me veo más apresurada, tanteando el colchón, ignorando las nubarradas de polvo, buscando por entre los alambres. De pronto mis dedos rozan algo.

Utilizo mi pequeña linterna para guiarme. Pero ya con las manos puedo reconocerlo bien: la tapa gruesa, la sensación sólida, cortante de sus páginas entre mis dedos. Es un libro. Un viejo diario, su color indefinible en la negrura, oculto bajo la cama.

Una voz interior, sutil, me dice que me lo guarde. No necesito hacer gran cosa para lograrlo: oculta como me hallo, mi linterna apagada, levanto mi buzo, mi remera, y pongo el diario contra el elástico de mi ropa interior, hasta asegurarme de que no va a moverse. ¿Pero por qué no mostrarlo? Matt me está ayudando. Debo confiar en él. ¿Por qué no puedo mostrárselo?

Porque es especial, contesta la voz en mi cabeza, un murmullo que parece traer el recuerdo de mil pesadillas, de abominaciones, de un canto que truena en una ciudad muerta, muy lejana. Y entonces hay como un latido, y yo sostengo mi propio pecho, sofocándome.

-¿Liseth? ¿Estás viva?

La voz de Matt me libera de mi ataque, permitiéndome respirar. Me apuro en contestar.

-Sí. ¿Hallaste algo?

-Sólo fotos muy viejas. Ven, échales un vistazo.

Me muevo tanteando, con cuidado, hacia donde el brillo de su linterna corta el negro que inunda todo. Una vez a su lado, mi visión termina por aclararse. Matt alumbra varios retratos sobre la repisa, fotos en sepia desvencijadas, olvidadas por el tiempo mismo y descansando al lado de viejas muñecas de porcelana. Son tres. Una de ellas está tan ruinosa que apenas se distinguen sus protagonistas; lo que parece ser una plaza, y varias personas que por allí juegan, niños trepando un árbol, una pareja, un hombre que tiene un cono de helado en las manos. Son sólo monigotes, fantasmas, nada que pueda identificarse.

En la segunda fotografía, de entre un montón de rostros, reconozco inmediatamente al de Ezequiel Jerves. Está joven, mucho más joven. Hay a su lado una mujer de aspecto simplón, un hombre tan similar a él que no puede más que ser su hermano, y otros que por su aspecto reacio adivino son

capataces, hacendados, antiguos empleados de la granja. Entiendo que todos ellos ya han muerto.

-Mira esta- dice Matt, y mueve el brillo de la linterna. Entonces mis labios se despegan, observando. Es una foto amarillenta, desgastada en los bordes. En ella puede observarse a una familia: un anciano de aspecto macabro, consumido, y sus cuatro hijos: el mayor, alto, desgarrado, su mirada oculta por una pesada gorra de nieve, luego otra joven, vestida con lo que creo es el hábito de una monja, el cabello negro y reseco cayéndole lacio bajo la capucha, luego un niño de cabello revuelto y expresión excitada, que al instante reconozco...

-¡Jason!

Matt asiente, habiendo estado prestando atención a mi reacción.

-El dorso de la foto lo dice. Son los Berkan. Valdomar Berkan y sus cuatro hijos: Kylar, Clarissa, Jason y Gieth.

Vuelvo a enfocarme en la fotografía, sin poder creerlo. No reconozco al menor de los hermanos, el chiquillo que sostiene una muñeca al lado de Jason, aunque algo en su mirada sí me resulta familiar, intenso. Al demonio que poseía a Zaq, aunque durante el tiempo en que quiso matarme era más similar a un monstruo, lo veo perfectamente en los rasgos de ese jovencuelo travieso que parece a duras penas contenerse para hacer una mueca. Sí, ese ciertamente es Jason Berkan. Luego vuelvo a su hermana, Clarissa. Una mirada blanca, sin boca, en un hábito similar me golpea como un relámpago. También vi, a esa mujer, el día que crucé la Puerta Naranja, en la habitación donde los muertos ocupaban camas de hospital. También ella es una de los Cuatro; lo son todos, ahora en el más allá, y en este retrato sólo son los hermanos Berkan, antes de que mataran a su padre, antes de que se suicidaran.

Centro mi mirada en el mayor, sin poder reconocerlo tampoco, y me enfoco en Valdomar Berkan. Excepto que ahora, a él sí puedo reconocerlo. Un espectro sangriento, desplomado en su sillón, sus entrañas escapándosele por la espalda y los dienteillos puntiagudos, rejas de las palabras que con horror susurro hacia mí en esa pesadilla, palabras que ya no puedo recordar. Ese anciano era Valdomar Berkan, en el Palacio, condenado a estar herido eternamente por los puñales de sus hijos. En ese entonces, ¿quería ayudarme?

Si eso es cierto, me lamento a mí misma de no haberlo escuchado.

-Dices que ese mismo muchacho estaba controlando a Zaq.

Asiento, aún concentrada en la fotografía.

-Sé que es difícil de creer pero...

-Te creo, Liseth.- dice Matt- Te creo. Y comienzo a sentir que lo mejor sería salir de aquí lo antes posible.

Lo veo.

-¿Por...?

-Escucha.- me responde llevándose un dedo a la boca. Callo, y él hace descender la linterna. La dureza del diario que tomé presiona mi estómago, contiene mi aliento mientras espero.

Al principio no se oye nada, sólo el vago rumor de nuestras respiraciones. Luego hay algo. Ínfimo, apenas presente. Similar a risas, similar a una melodía, a cuchicheos, a correteos en el pequeño espacio de este refugio. Algo terrible durmió aquí, hace diez años.

-Matt...

-Mejor no nos llevemos nada- la linterna vuelve a encenderse, y Matt me señala la entrada por la que bajamos- Vamos. Ya revisé los otros muebles. Hilo, botones, estupideces así. No parece que hubiera nada más interesante que estas fotos.

No contesto, aunque de pronto presiento que tiene mucha razón. Es mejor que huyamos de aquí lo antes posible. Si una barrera siempre nos separa del otro mundo, la barrera que aquí se halla conecta con las partes más oscuras del Palacio, y no con mi Balcón. No es sorpresa entonces que Kain no haya contactado conmigo durante toda mi estadía en este lugar.

Matt trepa de dos saltos la mesa, y en otro par de movimientos ya logra escabullirse por el agujero. Al instante se da vuelta, alumbrándome. El saber que ahora me hallo sola en esta habitación me espanta, obligándome a imitarlo en unos segundos. Justo cuando estoy por darme el segundo empujón, la luz de la linterna se desliza a mi lado, y creo ver algo. Escarbada con furia, llego a adivinar una sola palabra repetida tantas veces como para parecer un patrón en la pared.

Mía.

Las risas, los cantos de los niños se incrementan. Casi me siento de vuelta en el calvario del Palacio, pero cierro los ojos y extendiendo mi mano. Matt la toma, y tira, ayudándome a salir. Al dejar el silo, parece que todo un infierno callara de repente a mis espaldas.

Aferro mis sienes, dejando las voces desaparecer. Matt espera agachado frente a mí, sus ojos fijos en el hueco que hemos abandonado, como si temiera que algo pudiera emerger de allí para darnos caza. Sobre nosotros el cielo está más oscuro, pero ahora algunos pájaros revolotean, cuervos negros que regresan a sus madrigueras antes de iniciar la noche. El silencio de antes sigue predominando, y las voces no callan. Me muerdo los labios, cierro los ojos, me concentro. No tendré otro ataque. Estoy bien. No tendré otro ataque. Estoy bien. No tendré...

-Liseth.

Despierto del todo. Matt me ayuda a incorporarme, y yo se lo agradezco en silencio, apesumbrada, agradecida por tenerlo cerca.

Mientras juntos avanzamos dejando este campo muy atrás, a la promesa del calor y del hogar, el peso del diario que tomé contra mi abdomen promete respuestas.

Después de la cena, de lavarme los dientes, de cambiarme a mi abrigado pijama y hallar bajo mi peso la comodidad de mi cama, por fin tomo el libro que robé de esa habitación tan siniestra, dispuesta a iniciar una lectura que probablemente me termine creando más preguntas.

El libro es casi cuadrado, grueso como uno de los viejos tomos de historia que solían ocupar la estantería del cuarto de estar de mi viejo hogar, el lomo azulado, suave al tacto cuando paso mis dedos con delicadeza sobre él. El borde de las páginas se percibe amarillento, reseco. Debe de tener sus buenos años. Como no soy una experta, dejo para después el intentar adivinar cuántos, y abro la primera página.

Hay una entrada sin fechar.

He considerado oportuno el registrar lo que ocurra.

Raquel dice que tomará tiempo, aunque en mi caso soy más escéptico. Que algo como lo que ella plantea sea posible me resulta inaudito en uno, diez, un centenar de años. Algunas cosas, considero, deben ser dejadas como están. El universo sigue un orden natural, en el que no deberíamos meternos.

Aunque ella es así. Tan libre y salvaje como el viento: sólo ayer me parece que la veo jugar, sus rizos dorados llenos de barro, y en la risa jovial que hoy me soltó cuando le planteé mis dudas vuelvo a sentirla sin cambios: la misma chiquilla traviesa que se divertía asustando a los mayores con historias de cadáveres y maleficios.

Estoy parlotando demasiado. Es un defecto del cual ni siquiera ahora puedo despojarme.

Así que ordenaré las cosas apropiadamente.

Lo primero: hoy, en una mañana nublada, tan nublada como siempre lo son en este pueblo, Raquel me dijo que una brecha se había abierto.

“¿Una brecha?” le pregunté yo.

“Una brecha” repitió ella “En algún lugar de la existencia, algo cambió. Algo se movió. Y ahora tenemos una brecha.”

Le pregunté una brecha hacia dónde, y ella soltó una de sus carcajadas.

“¿A dónde más?” dijo “A la tierra de los muertos.”

Un golpe violento roba a mis ojos de la lectura, obligándome a cerrar el libro con más fuerza de la que merece y a taparme, creyendo que alguien ha abierto la puerta de mi habitación. Así, bajo el abrigo de mis frazadas, entre asustada y pensativa, antes de cualquier peligro me cuestiono, curiosa, quién es el autor de todas esas palabras. ¿Se trata del Titiritero? Considerando donde descansaba ese diario, parece lo más probable. ¿Y quién es Raquel? Sin comprender porqué, todo lo que quiero es seguir leyendo, de ese pasado, de esa vida tan lejana de la cual sólo quedan ecos, memorias distantes flotando en unas páginas que hasta ahora permanecían ocultas.

Hay un segundo golpe, y el sonido de algo al caer. Estoy a punto de salir, para asomarme a ver qué ocurre, pero antes de que siquiera me mueva un portazo sacude la habitación del lado, y Kari emerge hecha una furia.

-¡Wilhelm! ¡Deja de hacer ruido! ¿Qué diablos haces?

No hay respuesta, aunque unos pasos apresurados regresan al sótano de inmediato. Jamás voy a comprender qué es lo que intenta ese joven.

De pronto recuerdo algo: me levanto, tomo la muñeca que está en mi mesa de luz, y la examino bajo la lámpara. Aunque sigue algo rota al habersele sentado Kari encima, pienso que podría repararla del todo antes de dársela a Wilhelm.

Luego desisto de esa idea, pues no sabría cómo. En compensación, elijo devolvérsela mañana mismo.

XIV

De esa decisión pasa casi una semana entera, aunque, un poco para defenderme, diría que fue una semana bastante ocupada, que no me dejó pensar mucho en cosas como devolver muñecas, y ni siquiera en abrir las páginas del diario, que descansaba ya en el cajón más bajo de mi mesada. En cambio me vi concentrada en asuntos un poco menos trascendentales, como las prácticas de danza que retomé como Mina en el Salón de la profesora DuMarque, un poco porque no podía pretender seguir faltando, otro poco para comprender bien mi lugar dentro de la exposición que íbamos a realizar y, por último, también porque quería frotar en el rostro de Alice la mejora que había obtenido a través de danzar para Kain desde que él trajo aquel piano a nuestro Balcón.

Así que tal fue mi lunes: fui Mina Harvnes, ocupé parte de mi recreo en mis deberes como asistente –Frederick confirmó que mi idea de reunir a los delegados de cada curso había sido aprobada–, me crucé varias veces con Harrold; que no perdió oportunidad en recordarme, tan feliz como siempre, la cita que tendríamos el sábado, ignoré a Alice hasta el momento de subirme a la traffic de Gerardo, cuando, más que prestarle atención abiertamente, le eché un ojo mientras me ganaba la admiración de todas las demás: con mis nuevas ropas, con mi belleza, y luego con mi talento, que todas aplaudieron una vez mostré los frutos de mis prácticas frente a la profesora.

Una vez esa noche terminó, lo primero que hice fue dirigirme de regreso al balcón, para abrazar al fantasma.

Kain no necesitó preguntarme qué había pasado, pues yo exudaba felicidad. Era extraño. Si lo abrazaba, como Mina, era común que algo de humanidad traicionara su melancolía, que se turbara, que sus mejillas se encendieran, o solía parecer más distraído que nunca. Como Liseth, en cambio, apenas me atrevía a tocarlo. Lo único que tenía claro para mí misma, en

cualquiera de esos dos cuerpos, era que yo quería a Kain. Lo deseaba. Y que mientras permaneciera en el balcón, en cierto modo sería mío.

En cuanto a avances románticos, contaba un par entre todas las veces que había pasado tiempo con él, practicando, platicando, o simplemente relajada viendo el eterno atardecer que se adentraba a la distancia, hasta que el sueño terminaba por vencerme. Había terminado por hacer del Balcón un segundo hogar, un refugio en el cual podía escabullirme del mundo cuando quería, pasar completamente desapercibida, incluso cuando ese fuera el último de mis deseos.

Y en ese refugio, intentaba acercarme a Kain. Desde lo de su hermana, antes todavía de que perdonara al hombre que lo había asesinado, su emoción parecía haber regresado. Cuando como Mina danzaba, ante la música que sus dedos creaban, en su mirada había algo, una luz, un anhelo, algo que me cautivaba y me daba motivos para seguir, hasta que mi respiración se hacía pesada y perlas de sudor me poblaban el cuello y la frente. Una de esas veces, como antes, extendí una mano hacia él para invitarlo a bailar. No lo había hecho desde hacía tiempo; por días, la visión de Jason Berkan me había perseguido, pero ahora me hallaba indiferente, extasiada, y algo en mí sólo quería atraer a Kain, hacerme sentir segura de que podía hallarme bella.

El desocupó su lugar, pero no hizo amague alguno de querer seguir mis pasos. Sin embargo, no era negativo. Sus ojos estaban encendidos. Me miraba con suma atención, como si intentara recordar algo. Con intención, corrí algunos de mis cabellos detrás de mí oreja, y le sonreí. Kain me siguió escrutando, sin decir nada, sin alejarse de mí o de mi rostro, cada vez más cerca del suyo. Era la primera vez que yo avanzaba, por mi propia voluntad, sin dejarme llevar por la vergüenza, simplemente atada a mi pasión.

Pero una vez estuvimos lo suficientemente cerca, él ladeó su rostro.

-Tienes algo en la nariz.

Suficiente es decir que entonces sí enrojecí, aunque, por más que frotara, no hallé suciedad alguna en la perfecta nariz de Mina. Supe que había querido detenerse. ¿Miedo? ¿Vergüenza? Esa noche, sin estar del todo herida, recordé que Kain había estado solo por diez años. Si planeaba conquistar su corazón, iba a necesitar más que acercarme a él en busca de un beso. Quizás Kari con su garrote amoroso me hubiera podido ayudar. Pero mientras tanto, lo único que me quedaba era el intentar hallar a su hermana: una vez ese peso se hubiera esfumado de su corazón, imaginaba que habría en sus sentimientos un sitio para mí.

Ese, claro, no era el único plan que tuve en mente durante la semana. El martes, por ejemplo, lo dediqué enteramente en pensar cómo pavimentar mi ascenso dentro del Instituto Educativo de San Naerit. Por sobre todas las cosas, tenía que planear la caída de Arthur Irrauldi como delegado. Yo misma lo había puesto en esa posición, era apropiado que yo también lo quitara de ella, muy para su felicidad. Pero no debía tratarse de una retirada sencilla. Si simplemente hacía que se fuera, el curso terminaría por apoyarlo: Candice y la muerte de su madre, el intento de asesinato que yo había sobrevivido, inclusive el sólo hecho de que a Zaq se lo hubiera descubierto un lunático; nuestra aula ya había pasado por demasiadas penurias y las solidaridades de todos no tardarían en verterse a su favor. No. Tenía que demostrar que Arthur Irrauldi no era sólo inútil, sino que además era malvado. Tenía que mover las piezas de tal modo que, para el final del día, Liseth Aurdelard se convirtiera en

una salvadora, en la opción que todo el mundo acordaba era mejor. Ya mi nombre se rumoreaba, por aquí y por allá, a lo largo del colegio; ya me saludaban, ocasionalmente, alumnos de quinto y sexto que habían oído de sus padres la historia de cómo había escapado de las garras de la bestia de San Naerit, ya mi curso había dejado de tenerme en las sombras de la irrelevancia para escuchar lo que dijera, y de entre ellos, muy pocos eran los que todavía se mostraban reticentes a mí: Candice, consumida por el dolor, Larry Cutrone, que negaba una y otra vez que su amigo Zaq hubiera sido capaz de tales actos y por tanto no simpatizaba conmigo, y Sophie Brauer, demasiado bohemia y enfrascada en sus escritos como para prestarme consideración alguna.

Pero no me importaba. Lo que importaba era que Arthur Irrauldi tenía que cometer un crimen, y para motivar su mano, estábamos yo y el poder del Palacio, el poder de alterar las memorias de quienes no lo visitaran. Me cuestionaba una y otra vez a mí misma cómo lograrlo. Utilizar a Mina hubiera sido peligroso, pues, por más de que lo incitara y luego la olvidaran, en algún momento querría volver a utilizarla. No, lo que debía hacer esta vez era pasar mayormente desapercibida, crear una situación en la cual las palabras de Arthur chocaran contra evidencia. Con esa idea en mente fue que planeé y planeé, hasta el mismo momento de irme a acostar, hasta que todos los hechos tuvieron su orden perfecto y pude sentirme satisfecha.

El miércoles, en cambio, mis obligaciones fueron las de una estudiante común de cuarto año. Tuve que ir a la casa de Janet Mifonse, mi amiga, para realizar un trabajo práctico de Historia. Sally formaba parte de nuestro grupo; también Trish, aunque de ella las otras dos ya casi no hablaban, ofendidas con su ausencia, y Trish, me figuraba yo, tampoco hablaba con ellas simplemente por la depresión que le hubiera causado la muerte de su amor Julián Hauswhite.

Para mi sorpresa me divertí bastante. Conocí a la familia de Janet: innumerables hermanos, un padre y una madre tan delgados que no podía más que sorprenderme por la gordura de su hija, y también conocí a su novio, Hans, que era una versión joven y principesca de Gustav, el cocinero del comedor de nuestra escuela. Se mostró muy amable con Sally y conmigo, aunque no llegué adivinar qué pudo haber visto alguien como él en alguien tan fea como lo es Janet. Como mucho, me figuré que era extremadamente aburrido.

La cena fue abundante como esperaba, y entre las tres hubo risas, órdenes, desesperación por nuestra inutilidad a la hora de cumplir con las actividades. Pero en resumen, me descubrí a mí misma contenida, feliz de tenerlas conmigo. Había ya salido de mi rol ensimismado, y tanto Sally como Janet ahora solían escucharme más, prestar atención a mis consejos. Era fácil de deducir: desde que el episodio con la cabeza y la captura de Ezequiel Jerves Junior habían ocurrido, también ellas, por derrame, habían incrementado su popularidad en la escuela. Los jóvenes de San Naerit las conocían como *las amigas de Liseth Aurdelard*, y entonces *las amigas de Liseth Aurdelard* serían y desde esa posición tendrían que moverse, cambiando el orden de nuestro grupo.

Una vez terminado eso, y sabiendo mi posición solidificada entre ellas, el jueves lo dediqué a ser Mina y a entregar invitaciones aula por aula: desde primero, donde Kari casi me arrojó un borrador a la cabeza—no calculaba yo el irracional odio que tenía para las divas de la escuela— hasta los otros cursos de sexto año, todos los delegados de cada curso debían asistir a la reunión que se

realizaría la próxima semana, momento en el que votaríamos los cambios que queríamos realizar en la escuela: se podían proponer festivales, reestructuraciones, la compra de nuevas computadoras, viajes; cualquier idea sería considerada.

Lo último notable, supongo, fue que a la salida fuimos al bar del centro, como siempre: Matt, Elias, Rita, Cecile, David, y yo. Sally había regresado a su casa temprano, para ayudar a su madre con unos clientes, y Larry, deprimido como se hallaba, había desistido de juntarse con nosotros con un gruñido. Su ausencia era un reflejo de la de Zaq; y aunque Zaq mismo siempre había estado callado, tímido en nuestras salidas, ahora el que no estuviera era un silencio diferente, que ninguno de nosotros podía evitar sentir. Ese silencio acompañó el sonido de nuestras pisadas, distintas ahora que las hojas secas del otoño se habían marchado, y también el sonido de las sillas, incluso de nuestros suspiros al hablar.

-Parece que el año se nos va volando- había comentado David, mirando el firmamento por la ventana del bar. A su lado Cecile asintió varias veces. Rita se estiró, sin responder, y sólo Elias hizo una mueca divertida para añadir.

-Y yo ya estoy trabajando. Ni me lo menciones.

-¿No tienes que volver?

-En un rato. Esa vieja endemoniada puede esperar.

-¿Te refieres a tu madre?

Elias asintió.

-Mi mamá me enseñó todo lo que sé sobre la astrología- habló Cecile, el mentón sobre el borde de la mesa y el gesto pavoroso- Pero nunca me enseñó a trabajar.

-No te preocupes. Aprenderás en algún momento.- la calmó David.

A veces me preguntaba qué clase de relación tenían.

-O podrías leer fortunas y todo eso- Rita dio un sorbo a su bebida, y le guiñó un ojo- Aquí no, pero en algún sitio se hace dinero con eso.

-No creo en esas cosas.

-¿De verdad? ¿Cecile?

-Las estrellas están para guiarnos. Pero el destino no puede ser encapsulado. Si miramos la proa de un barco, el...

-Aquí vamos...

-¿Qué harán esta temporada con la nieve?- preguntó entonces Matt, interrumpiéndola- Me figuro que tú Rita dejarás el pueblo por un tiempo.

-Oh, Matti, te preocupas por mí. ¿Vas a extrañarme?

-Moderadamente- asintió él- Con lo de Zaq terminado, no verlos ya no será tan penoso como antes.

Rita detuvo su flirteo jocosos, y el ánimo en la mesa pareció ensombrecerse. Yo supe que Matt había mencionado a Zaq con toda la intención. Luego Elias carraspeó, moviéndose incómodo.

-Yo tendré que quedarme. No hay dinero como para poder irnos muy lejos, y mis hermanas odian viajar.

David asintió.

-También me quedaré.

Cecile sopló el humo de su taza de chocolate, sin contestar. Todos parecían un poco sombríos, un poco melancólicos, como si el frío que tanto se avecinaba ya se hubiera empezado a derramar, copo por copo, dentro de sus corazones. Habían ocurrido demasiadas cosas, en tan sólo unos pocos meses.

Estaba segura de que, además de probarlos, lo que Matt quería decir era algo así: por más que se fueran, por más de que el invierno nos separara a todos, habíamos sido unidos por una experiencia y era bueno saber que contábamos con saber en dónde estábamos. Eso creí ver en su mirada, aunque yo misma también me hallaba algo apesumbrada, por algún motivo que no comprendía.

En cuanto regresé a la casa, algunas palabras de Cecile me rondaban la consciencia. Me quité las botas en la entrada, para sentir las escaleras contra mis medias, y pregunté a Matt como de pasada, del modo más casual que podía.

-¿David y Cecile salen o qué?

-Son cercanos- respondió él, echando aliento en sus manos para recuperar el calor- No sé si a David le gusta ella, cómo mucho, tiene intención de protegerla, y Cecile no es el tipo de chica que tenga cabeza para algo como el amor. Bueno, además de que a él solía gustarle Teresa.

Asentí. Esa había sido mi impresión, y me alegraba que fuera correcta.

Pero en realidad, había esquivado la verdadera pregunta que quería hacer, y para no recordarla había partido de inmediato a mi cama, con la vista en el techo, la oscuridad acercándose. Fue el ataque de ceguera más intrascendente que jamás tuve: nada cambió, sólo vi una larga mano, algo penoso rasgar el techo en busca de una lámpara, y antes de lo que sabía el mundo regresó a la normalidad, y yo a ser yo misma sin que una sola gota de sudor perlara mi frente. Esta vez, lo había reprimido.

Una vez me sentí libre de ese peligro me levanté, tomé sin pensarlo la muñeca de la repisa y me dirigí escaleras abajo, para hacer algo que debería haber hecho hacía mucho tiempo.

Los peldaños que bajaban al sótano parecían corroídos, distintos al resto del aspecto de la casona, tan cálida y hogareña. Los fui pisando con cuidado, como si cualquiera de ellos pudiese ocultar una trampa. Luego llegué a la puerta de Wilhelm: era de hierro, y tenía varias calcomanías pegadas: carteles de advertencia, de no tocar. Golpeé suavemente, sin saber del todo qué era lo que hacía.

La puerta se abrió de inmediato, tal si Wilhelm me hubiera estado esperando del otro lado. Al verme, apenas reaccionó: estaba vestido como si se dispusiera a salir, y sostenía un destornillador en una mano de la misma forma que alguien sostendría un cuchillo. Era un poco atemorizante, pero yo no olvidaba que había sido su llamado el que había logrado que Alex y los demás acudieran en mi rescate días atrás.

Lo vi de frente, y mi soltura cedió un poco. No sabía bien qué decir, ambos quedamos en un incómodo silencio. Tras sus hombros se adivinaba una habitación desastrosa, plagada de cables y aparatos.

Al final tosí, y levanté la muñeca rota hacia él.

-Toma. Quería...

Su mano la arrebató, y algo furibundo examinó el daño. No pude evitar sentirme un poco culpable, aunque no hubiera sido la causante.

-Escucha, yo...

-Tú...- habló él, entre dientes, y arrojó la muñeca contra su cama, cerca de una estantería llena de otras figuras de colección, dragones, robots y personajes que no podía captar del todo sin entrometer mi cabeza en su cuarto- ¿Qué estás haciendo aquí?

-¿Qué?- le respondí, sin comprender del todo su pregunta- Que...

-Vete.- siguió Wilhelm, sin escucharme- Vete de aquí. Vete de esta casa de una buena vez. Antes de que regrese.

-¿Regrese?

Pero él cerró con un portazo, y yo quedé con angustia y preocupación atoradas en la garganta.

XV

Tal así dice la segunda entrada del diario:

Releyéndome, temo que mis concepciones personales hagan difícil una interpretación adecuada de lo que hacemos. Mi interés es que este reporte sirva de guía de estudio, para cualquier interesado. Lo he hablado con Raquel, aunque a ella la idea le resulta hilarante. No ve el valor educativo de tal actividad, ni su propósito, aunque débil sería si permitiese que sus burlas acallaran mis intentos.

Así que, pues, seré tan concreto y conciso como me sea posible.

Estos son, entonces, los hechos:

En esta realidad, se abrió una brecha. Desconozco las causas, y en cualquier caso, comparto con Raquel en cuanto a que no tienen importancia alguna para nosotros.

Esa brecha conduce hacia lo que muchas personas insisten en llamar el más allá, el lugar a donde nuestros espíritus se abandonan tras la muerte. Es similar a una rasgadura en un velo: en algunos sitios es pronunciada, en otros, casi inexistente. Pero si lo que calculamos es cierto, su punto álgido está ubicado en este mismo pueblo.

No todos tienen la facultad de percibir esta anomalía, o de utilizarla. Raquel, yo, quizás un puñado de personas más, pero por lo general, que el velo se haya quebrado pasa desapercibido para la mayoría de las personas. No encuentro explicación alguna a este fenómeno; para mi compañera, desde luego, se trata de que nosotros somos especiales, distintos, fuertes. Yo he considerado que se debe a que nuestras almas están más débiles, y por tanto, más cercanas a la muerte; si eso fuera cierto, sería nuestra debilidad y desánimo lo que nos ha brindado este poder. Pero no perderé el tiempo con consideraciones filosóficas sobre nuestra fortaleza. Me contentaré, pues, por considerar entonces que si podemos sentir esta rotura en la barrera es porque somos, como ella ha insistido, nigromantes.

De más está decir que el término me parece anticuado.

Ahora bien, esos son los hechos. Pero lo importante se trata de lo que queremos hacer con esta información. Le he preguntado a Raquel, una y otra vez, qué ocurre con las almas que pasan por ese más allá, por esa tierra yerma, a dónde desaparecen, qué nos espera del otro lado. Ella insiste en que nada de eso tiene importancia. No tiene importancia, me repite, pues lo importante es que podemos evitar que se vayan. Evitarlo.

Pregunté desde luego cómo, y su respuesta me dejó estupefacto:

Paredes.

Según ella, sólo con construir paredes podemos tomar el control de todo el flujo de almas que corre en esta zona.

No desarrollaré ahora las aplicaciones de tal proeza. Sólo diré que, muy para nuestra desgracia, hemos descubierto que nuestro poder no es suficiente como para crear algo similar a una pared que contenga a todas las almas. Necesitamos más fuerza. Más fortaleza.

Raquel dice tener la respuesta. Sostiene que, ya que la brecha está abierta, es posible que podamos pedir la ayuda de alguna otra cosa. Ha decidido hacer una invocación.

Los materiales ya han sido reunidos.

Si todo sale bien, en la próxima entrada describiré el fruto de nuestros intentos.

XVI

Una ventisca particularmente helada toma carrera desde la esquina, acaricia al pasar postes, pies, el pelaje de un perro callejero, viaja elevando hojas y por último pasa revolviendo mis cabellos, obligándome a sostener la gorra con la que abrigo la cabeza de Mina Harvnes, y mis ojos la siguen al elevarse contra el mismo cielo blanco e indiferente que ha estado rigiendo las vidas de San Naerit desde hace semanas. Y aunque al ver ese firmamento no parece haber diferencia alguna entre el ayer y el ahora, verdad es decir que no recuerdo un día más pulcro y más calmo que este, en el que la luz del sol es magra desde las inmaculadas nubes, y el centro parece hallarse en una mañana perpétua.

Pero en realidad es la tarde, concretamente las cinco. Hace veinte minutos que espero, cada vez más preocupada, marcando con mis botas

ritmos impacientes en la acera, soportando el estar de pie para no embarrar el abrigo que me he colocado sobre mis nuevas ropas. Todo lo que he comprado para Mina sienta perfecto en ella. La belleza, me digo a mí misma, es un don injusto que se reparte tan inequitativamente como el dinero.

Justo cuando pienso en eso, aparece. Lleva una remera a rayas, como si la temperatura que lo rodeara fuera solo una leve incomodidad; y logra verse tan perfecto como siempre, deslumbrante, atrayendo incluso las miradas de tras las vidrieras de los locales. Yo me reacomodo, de repente algo nerviosa. Una cita. Puede que no sea mi cuerpo, pero aun así es la primera vez que hago algo como esto. La suma de cientos de experiencias inventadas que narré a Kari se apila en mi cabeza, mareándome, y lo único que puedo decirme a mí misma es que al menos he logrado llegar así de lejos.

Harrold no me da un beso en la mejilla ni nada de ese estilo, sino que ladea la cabeza con una sonrisa.

-Estás preciosa. ¿Vamos?

Asiento, acomodando mi gorro y siguiéndolo lado a lado. No estoy muy segura de qué hacer, si tomar su mano, si tenderme en su hombro, si bromear o ser seria, y por esa inseguridad termino por no hacer nada, simplemente acompañando su paso confiado. Lo único que llego a considerar, algo a la defensiva, es que Harrold sí parece tener experiencia en lo que hace. Natural. Con su apariencia, no me sorprendería que hubiera salido ya con una infinidad de chicas.

-¿Me esperaste mucho?

-Algo. Pensaba que era a las cinco.

-Lo era- se rasca el cabello él- Lo siento. Mi padre me hizo un gran lío. Tuve que desembarazarme de él para poder venir aquí.

-¿Es muy estricto?

Harrold no me mira, sino que parece concentrado en algo del camino.

-Un poco. Se siente responsable por lo que hago y por eso considera que debe limitarme. Ya sabes; quiere saber con quién ando, con quién charlo qué o qué. Es un tanto pesado.

-Suena a que se preocupa por ti.

Los ojos celestes de Harrold se vuelven hacia mí, iluminados.

-Es una forma de verlo- asiente- Una bastante buena. En cuanto a lo de ahora, le dije que planeaba reunirme con mi novia.

Yo bufo, riendo.

-¿Soy tu novia?

-Cielos, espero poder saber eso pronto- me guiña un ojo él- Pude haber usado otras versiones, claro. Mi compañera en crimen. Mi amante. Cualquiera de esos términos le hubieran parecido interesantes.

-Tu padre suena como alguien extraño.

-Ni me lo menciones. ¿Y tú? ¿Qué opina tu abuela de tus desventuras?

Invento una mentira que no dice nada concreto.

-Ya veo...- Harrold se suena los dedos de ambas manos, y señala el local de juegos- ¿Tienes hambre? Hace mucho que no entro.

Recuerdo bien el lugar, pues fue donde junto a Matt vencimos a Rickert y a León en el metegol, unas pocas semanas antes de que comenzaran las clases. La memoria me parece un tanto difusa, empolvada como las botellas del bar del centro, y lo único que logro rescatar de ellas es que ninguno de los dos nos pagó nada de lo que supuestamente nos debían.

Harrold ignora sin embargo los metegoles, y se dirige a otro juego de aspecto arcade, para ambos.

-¿Te animas?

El resultado es que él me gana, aunque con una diferencia de un punto. La sensación, bastante diferente para ser honesta, es que mi competencia tuvo el control de la partida durante toda la hora de juego, hora en la cual una multitud se acercó para vernos, embelesados. Sólo luego de pasar por un espejo, en una de las columnas del salón, entendí por qué era. Ambos éramos demasiado bellos, dignos de una agencia de modelos. En cuanto comprendí eso, los pasos que hacía como Mina y mi forma de dirigirme a él adquirieron más soltura. Me había acostumbrado, pero Mina era hermosa.

Y Harrold... Harrold era el chico más apuesto que jamás hubiera conocido. Incluso en una actividad tan estúpida como jugar, todo en él era perfecto. Me había llamado preciosa. ¿Cuántas oportunidades tenía de hacerlo mi novio? No sentía realmente algo por él, aunque cierto era que nos llevábamos bien; no me costaba hablarle, me divertía escucharlo, y también me divertía verlo y que me vieran junto con él. Harrold era como un trofeo, el máximo trofeo al que pudiera yo aspirar en el pueblo. Pero hasta el momento, casi siempre me había dado un toque de desconfianza. Aún tenía en mí el doloroso recuerdo de aquel chico que me había gustado en Nueva Gabul, el compañero al que Orlana y sus amigas instaron a humillarme frente a todos. Había sido un simple enamoramiento infantil, pero no lo olvidaba.

-¿Mina? ¿Ya tienes hambre?

Ambos nos movemos por el juego, marcando pasos al mismo tiempo, superando el puntaje. La escena parece tan preparada que no puedo evitar reír para mis adentros. En cuanto terminamos, la máquina suelta una infinidad de boletos que no sirven para nada, pues desde hace años que no hay premio alguno en las estanterías del salón.

-Un poco- admito. El estómago me ruge. Harrold se palpa el pecho un par de veces, y asiente.

-Sé a donde ir. Pero antes quiero mostrarte algo.

Su mano toma la mía sin titubear, para conducirme fuera del salón. Lo sigo atolondrada, envolviendo la bufanda en mi cuello para abrigarme del viento. Al caminar, el cabello dorado de Harry ondea por la brisa, y es como si una luz descendiera sobre él, resaltándolo de todo lo demás. No sé por cuántas calles nos metemos, no sé qué senderos recorreremos del centro. Es casi infantil, pero él ríe y por algún motivo también yo lo encuentro divertido.

Se frena cerca de un callejón, y señala una escalera de chapa que sube por el costado de uno de los pocos edificios.

-¿Puedes?

Dudo.

-Creo que...

-Iré por detrás. Te sostendré si caes.

-Estoy usando pollera.

-Ah, lo siento- dice él- Casi funciona.

Simula pensar por unos instantes, y luego me da la espalda, arrodillándose.

-Sube.

-¡Estás loco!

-¡Vamos! Prometo que no te soltaré. De verdad vale la pena.

Los dedos se mueven, instándome. Comienzo a cuestionarme su salud mental, pero luego también la mía pues tomo aire y termino por subirme a su espalda, mis brazos envolviendo sus hombros y el corazón acelerándoseme. Harrold carga mi peso como si fuera una pluma. Pisa la escalera, que chirría amenazando con ceder. Pero nada cae, y como si voláramos comenzamos a elevarnos.

"Oh dios. Voy a morir. Vamos a caer. Voy a morir."

-No me sueltes- digo, apretando mi abrazo. Harry asiente. Teniéndolo tan cerca, otra vez percibo en él el aroma de esa flor, de una flor que ya no puedo recordar. ¿Amapolas? No, es algo distinto. Luego...

Con un vigor descomunal, avanzamos de a dos escalones, el aire frío haciendo que mi bufanda caiga despedida, superando las alturas del resto de las casas y dejando el suelo bien abajo. Apenas me atrevo a ver. Lo único que me reconforta es saber que Harrold me sostiene, tan seguro tal si hubiera hecho esto mil veces. No parece que le pesara. Mina es considerablemente delgada. Antes de lo que imagino, me deja sobre la terraza.

-Aquí estamos. Buen viaje, ¿no es cierto?

Nos rodea un paisaje sobrecogedor. En lo más alto del edificio, el suelo es de un material gris, similar al celofán, un pequeño espacio que se alza como un islote a la deriva; abajo, a nuestros alrededores, se puede apreciar todo el centro de San Naerit; las casas, los caminos sinuosos, inclusive el espacio de la escuela y, más allá, el ascenso y los árboles que conducen hacia el río. Sin hablar más Harrold se sienta de piernas cruzadas, relajado observando aquel espectáculo, la mirada puesta en el sol apenas visible entre las nubes. Un poco estupefacta yo me siento entonces a su lado, ignorando el estado de mis ropas. Es hermoso.

-Es hermoso- repito, sin poder evitarlo.

Harrold asiente.

-Lo descubrí hace algunos años. Ya nadie sube aquí. Solía haber un tanque de agua, pero lo movieron a otro lado.

Me pierdo en ver las personas, pequeñas, que se mueven bajo nosotros, en localizar el edificio en donde habita Thomas, y también el otro en donde Mikhail, Alex y Jessica conviven. También la escuela, vista desde esta perspectiva, parece un castillo entre las incipientes construcciones del pueblo, una fortaleza rojiza que se levanta imbatible.

-Cómo... ¿Cómo lo descubriste?

-¿Cómo?- se rasca la mejilla él, mirándome- Pues, caminando. Me gusta pasear.

-Te gustan muchas cosas.

Asiente.

-Es necesario sentirse completo. Este mundo es hermoso, o al menos siempre lo ha sido para mí. Hay mucho para hacer. *"Podría estar encerrado en una cáscara de nuez y sentirme rey de un espacio infinito"*. Shakespeare.

-Vaya.

-Eso debe de haber sonado increíblemente pedante- ríe, y luego tose.- Lo siento. A decir verdad, nos conocemos desde hace años pero es la primera vez que...

-No vas a decirme que nunca saliste con una chica antes.

-Salí cientos de veces- le resta importancia él con un gesto de la mano- Ya sabes, algunas de sexto, quinto, inclusive una de tercero y otras chicas que

no eran del pueblo. Pero no debería mencionarte eso, ¿no es así? Ocorre que quiero ser honesto contigo, Mina. Ninguna de ellas me interesaba en lo más mínimo.

-¿Y yo sí?

La resolución con la que brillan sus ojos me intimida un poco.

-Sí.

-Suenan un poco barato.

-¿Barato?- chasquea la lengua Harry, y sus dedos acarician este suelo plateado- No soy muy bueno para expresar lo que siento. Pero este año... Fue como si te conociera de nuevo. Distinta, más... Bueno, no me atrevería a decir exactamente qué cambió en ti. Pero es como si fueras otra persona.

Tragué saliva, no muy segura de qué responder. Harrold se echó hacia atrás, la cabeza descansando contra las manos.

-He comenzado a preguntarme si no estoy enamorado. ¿Puedes creer eso, Mina?

Niego.

-No creo que el amor se dé tan fácilmente.

Harrold da una carcajada.

-Está bien. No podría discutirte. ¿Y la confianza?

Dudo.

-Nunca me pareciste muy confianzuda.- nota, mirando el cielo- Bueno, al menos en eso no cambiaste. Es como si te construyeras una pared a tu alrededor.

-Me cuesta confiar en el amor de alguien que ha salido con varias antes. ¿A cuántas le dijiste lo mismo?

-A ninguna. Puedes preguntárselo si quieres. ¿Cómo me gano tu confianza?

No se me ocurre qué responder, pero no es necesario. Harrold se levanta de repente, empujado por un resorte en su espalda, y su rostro se acerca al mío.

Me sonrojo, pero contengo el aliento, fingiendo estar tan parca como antes. La distancia entre nuestras caras es cada vez más corta.

-Había algo que quería decirte.- habla él.

-¿Sí?

Apenas unos dedos de distancia.

-Si te lo dijera... Creo que entonces no te quedaría otra opción que confiar en mí.

Un poco más, y nuestras pestañas podrían rozarse. Esta vez no será un beso en la mejilla.

-¿Qué es?- pregunto, sin escuchar realmente, con el corazón resistiéndose a moverse.

Harrold no responde, sino que me besa. Un montón de sensaciones distintas me recorren: duda, placer, miedo, preocupación, abandono, un cosquilleo en la lengua, que se extiende al paladar, por mi pecho, hasta la punta de mis dedos. No estoy muy segura de cuántos segundos dura; cuando por fin nos separamos, me sorprende que él no haga una sonrisa triunfal: en cambio parece satisfecho, y con una mano corre los cabellos que se escaparon hacia mi rostro.

-Eso fue...- digo, recuperando el aliento.

-Lo que quería decirte- me interrumpe, como si aquel beso nunca hubiera sucedido- Era que...

-¿Harry?- se escucha abajo, cerca de las escaleras- Creo que es Harry.

Su boca se cierra, palidece, titubea. Ambos asomamos por el borde del edificio.

Abajo, bien abajo, Alice tironea de Anna, quien nos hace gestos con los brazos para que bajemos.

Harrold suspira.

XVII

Los cuatro terminamos en el mismo salón al que fui con Kari la semana pasada, ocupando la mesa junto al ventanal: yo al lado de Harrold y frente a Alice, ninguno de los cuales me atrevo a enfrentar realmente, pues del primero aún me queda el sabor de sus labios y para con la segunda debo soportar la mirada asesina que no despegaba de mí, al haberme descubierto con él en un sitio como ese. Así que simulo estar interesada en Anna, que balancea los pies infantilmente, los ojos puestos en la calle mientras espera a que vengan a atendernos.

El joven mozo se acerca, algo intimidado.

-¿Qué quieren?

-Me gustaría que fueras un poco más rápido- le suelta Alice, sin dignarse a volverse a él- Tráeme un té helado.

-Yo quiero un batido de frutilla- aplaude Anna- ¿Tú, Harry?

-Una soda estará bien.

-Yo café- pido. El pobre empleado se aleja corriendo, y Alice levanta una ceja.

-¿De pronto te gusta el café?

Me siento capaz de palmearme la frente.

-Hace poco me ha empezado a gustar.

-Qué curioso. Recuerdo bien cuando me dijiste que sabía a mierda de cerdo.

Las implicaciones de esa frase son tales que prefiero ignorarla. No me hallo con ánimos para discutir con Alice. Harrold me besó. Actúa tan naturalmente como si nada hubiera ocurrido, pero lo hizo. Lo esperaba, sí, pero lo hizo. En verdad lo hizo. ¿Estuve bien? ¿Estuve mal? Tal vez debí haber esperado a la segunda cita. O tal vez...

-¿Qué hacían por aquí?- inquiera Anna, palmeando la mesa bajo el ritmo de una melodía que sólo ella parece escuchar- Es raro que nos encontremos.

-Quisimos dar un paseo.- le contesta Harrold, sonriendo de forma más recatada que ella.

-Ya lo creo- pifia Alice, poniendo los ojos en blanco.

-Nosotras comprábamos ropa- guiña un ojo su amiga y señala las bolsas debajo de la mesa- Ya saben, cosas mejores para el clima de Visgana. No es cierto, ¿Alice?

-Lo es.

-No hay mucho aquí, pero es mejor que nada- asiente una y otra vez Anna, como un perrito faldero.- Hablando de eso, Harrold, ¿vas a venir? Todas nos sentiremos muy solas si no nos acompañas.

Lo veo toser, como si le hubiera preguntado algo incómodo. Algo en la sonrisa de Harrold me parece un poco forzado, innatural. Aunque desde luego se trata del simple hecho de que nos interrumpieron. ¿Qué hubiera pasado entre nosotros, si ellas no hubieran llegado?

-Sí, por supuesto que iré. No me lo perdería.

-¡Fabuloso!- aplaude la otra, y sólo aparta las manos para dejar al mozo apoyar el licuado y las demás órdenes. Yo aspiro el vaho de mi café, y simulo darle probadas suaves, como si quisiera acostumbrarme al gusto. El estómago aún me ruge, pero prefiero evitar comer demasiado mientras estoy como Mina. El Palacio parece asegurarse de que su cuerpo concentre los nutrientes necesarios, de algún modo.- Tener caras familiares siempre es bueno. ¿No es así, Alice?

-Supongo.- asiente su líder, y se corre un mechón rubio para dar un sorbo a su té- Incluso para ti, Mina. Visgana será muy diferente a las prácticas que ya hemos tenido.

-¿Has ido allí antes?- pregunta Harrold por mí.

Alice lo mira con enfado.

-Voy casi todos los años. Los Grades suelen tocar, y sabes que hay un par de chicas de Nueva Gabul con las que me conozco. Conseguimos pase VIP este mismo año para verlos; hasta podremos visitar su estudio y todo el resto.

-Vaya- silba Harry admirado. Yo me exprimo el cerebro al comprender que Alice McRyans comparte el gusto por esa banda que tiene Kari Weigler. Si Kari estuviera oyendo, ya mismo la vería acuchillando a Alice por obtener ese pase.- ¿Este mismo año?

-Ya revisé las fechas- asiente la diva de San Naerit- El concierto es el mismo día que nuestra exposición, lamentablemente, pero sólo nos perderemos el inicio. Por lo demás, festejar con la banda hará que todo valga la pena.

-No pensé que ese tipo de cosas fueran de tu interés.

-No lo son- chasquea la lengua Alice. Comienzo a sentir una punzada de envidia, y a formular frases en mi mente que sirvan para interrumpir su conversación.- Pero son cosas que debo hacer. Por lo que a mí respecta, estoy mucho más interesada en nuestro baile en el Lastega.

-¡Será magnífico!- salta Anna- Casi que no puedo esperar. Alice, estarás tan hermosa... Estoy segura de que serás la más hermosa de todas, como siempre. Toda Visgana te recordará.

Suena a un desafío, pienso para mis adentros. Estoy a punto de por fin hablar, cuando me distrae una cosa mínima, nimia. Alice se vuelve hacia la ventana, ignorando los cumplidos de Anna, y mira. A mi lado, Harrold también está haciendo lo mismo.

Los imito, depositando la taza de café lentamente sobre su platillo. Es el cielo. Por sobre las casas, encima de los tejados coloridos y del gris de los edificios, algo desciende lentamente por sobre todos nosotros. Pequeños puntos blancos, translúcidos, flotan con suavidad, y mojan al caer con su escarcha el camino, mojan el hocico del viejo perro que husmea la basura, el cableado eléctrico, inclusive la superficie lisa del cristal. Tal si alguien hubiera sacudido la esfera que lo contiene, San Naerit comienza a llenarse de su primera nevada, de una capa de inmaculada tranquilidad. Yo me estremezco un poco, olvidándome de quienes me acompañan, y pierdo mi mirada en ese espectáculo, en todo lo que significa.

Ahora, por fin, el invierno ha llegado.

XVIII

Ha sido un éxito.

Todavía me cuesta librarme de mi sorpresa. Funcionó. Raquel tenía razón. Debí haberlo imaginado. Ella nunca se equivoca para estas cosas.

Para hacer el llamado, intensificamos la brecha. Fue una experiencia que jamás olvidaré. Había... cosas, del otro lado. Abominaciones, criaturas que parecían resignarse a ser ideas, sinfonías del espacio eterno. Sólo por saber que existen, he pasado días cuestionándome todas las concepciones que tenía sobre este mundo. No quiero describirlas. No podría soportarlo.

Dejamos pasar sólo a una, y cerramos la barrera. Sólo una. En cuanto cruzó a este lado tomó otra forma; fue como si las reglas de nuestra realidad le impidieran ser el conglomerado de caos que había sido en su propio mundo. Su figura se volvió monstruosa, pero aceptable: es algo similar a un can, a un león, a una criatura cuadrúpeda de muchos ojos y bocas. Intentaré hacer un boceto que le haga justicia. La impresión de todo lo ocurrido aún me desborda.

Este ente, este demonio se comunica con nosotros a la perfección. No puede hablar aún, pero puede hacerse entender a través de nuestras mentes. Sostiene que su nombre es Glasyalabolas. Hasta ahí llega la información que está dispuesto a darnos. Su edad, su proveniencia, aquel mundo de caos del que llegó, nada de eso parece quedar en él. En cualquier caso, se muestra dispuesto a cooperar.

Raquel le explicó nuestro interés. Le habló de las almas, de nuestro deseo de retenerlas dentro de la brecha usando paredes. Glasyalabolas parece comprenderlo todo perfectamente. Está dispuesto a ayudar.

Su pedido

Aquí hay una gran tachadura, y por mucho que me esfuerce no puedo adivinar las palabras bajo los manchones de tinta. Luego prosigue:

¿Es factible hablar de expectativas, en cuanto a un demonio se refiere? La idea me resulta hilarante. A Raquel le pareció de lo más entretenido; en privado, creo que también me motiva una emoción similar.

Aceptamos. Y entonces esta criatura, este guardián del infierno simplemente movió su cola, y nuestro pedido se cumplió. En la tierra yerma, donde los muertos caminan cabizbajos, muros comenzaron a levantarse. Pero Glasyalabolas hizo más que elevar simples paredes. Creo un palacio, un monumento al caos y a la opulencia que se elevó magnífico; a nuestros deseos, a nuestras memorias, a nuestras mentes. Un Palacio Ajeno, en donde los muertos se hallan perdidos para nuestro deleite. Nuestro poder es la llave para ingresar; Raquel abre ahora puertas rojas, y las mías son naranjas, y ambas nos permiten entrar a distintas mitades del mismo castillo.

En futuras entradas intentaré dar una descripción detallada, de la creación de Glasyalabolas y de sus aplicaciones. Lo único que diré ahora, poseído por el sueño, es que nada volverá a ser igual. Hemos cambiado. Raquel me espera en nuestra cama, duerme, puedo ver ahora mismo, mientras escribo, su pecho subir y bajar al compás de su respiración. Para ella, todo da igual. Es posible que un estado como el que tenemos ahora le fuera natural desde su nacimiento. Pero para mí un cambio se ha realizado. Somos distintos. Estamos juntos.

Y ahora, viviremos por siempre.

El boceto, que ocupaba toda la siguiente página del diario, no me decepcionó. Había esperado verlo de nuevo; en lápiz, casi borrado por los años, reconocía perfectamente en ese trazo prolijo a la criatura bestial que me había salvado meses atrás de las profundidades del palacio, al can que había alejado a los muertos de mí. Glasyalabolas. Ese era su nombre. Un demonio. Pero ¿por qué me había salvado?

Cada vez que leía, más sentía que estaba descubriendo algún secreto oscuro, inescrutable. ¿A quién pertenecía este diario? Me quedaba pensar que se trataba del Titiritero. ¿Y cuántos años tenía? Parecía verdaderamente viejo. Sólo tenía dudas, aunque también algunas cosas se confirmaban. El Palacio no era el más allá. Era algo artificial, una barrera para el paso de las almas. En cuanto a los usos que podía tener, tanto para el escritor de este diario como para su compañera, a algunos los conocía bien. Controlar a los muertos. Devolverlos a nuestro mundo, a través de posesiones. Esconderse de toda consciencia, manipular las memorias de las personas. Había de seguro mucho más escrito en estas páginas, que me ayudaría a comprender el alcance de tal creación.

Y yo...

Yo también soy una nigromante, como ellos se llamaron. Yo también puedo abrir una puerta, roja, como la que abrió esa tal joven. Desconozco porqué, qué me dio permiso para hacerlo, de dónde tengo este poder. Tal vez es algo casual. Pero ahora, ya habiendo guardado el diario, sumida en la

contemplación de las vigas de madera sobre mi cama, ahora que comprendo todo un poco más, me pregunto si no se trata, tal como dijo el escritor, no de mi fortaleza sino de mi debilidad. Por mucho tiempo, desde que era pequeña, he deseado morir. No morir realmente, más bien, mi alma no encontraba gozo en la vida. He sido detestada, burlada. ¿No es natural, entonces, que la brecha al mundo de los muertos se abriera frente a mis ojos?

Todo eso pienso, tras leer esa entrada. A decir verdad, me hallo agotada, indispuesta. Mi cita con Harrold me sigue pesando; el beso, una sensación de estrés, que no puedo arrancar de mí misma por mucho que lo intente. Como si una voz me dijera que hago algo mal. Pero yo sé que no. Estoy haciendo lo correcto, siempre.

Por mi ventana, la nieve sigue cayendo. No se ha frenado desde ayer; los copos se acumulan, se forman grandes masas de blancura helada. La casona de los Weigler, alta y distante de todo eso, recorta en sí misma un poco de ese espíritu invernal. Waldorf, con el pelaje barnizado de hielo, tatea con sus tres patas cada tanto, nervioso sosteniéndose en ese territorio inhóspito.

Aunque el invierno parece sosegar algo en mi corazón, a Norbert en cambio parece volverlo más feliz que nunca. No para de mencionarnos a cada rato que su hijo mayor pronto estará aquí, y a repetirnos anécdotas de él y de sus aventuras en el comercio de miel. Mi padre, a quien dieron una semana más y que nos visita a diario, las escucha taciturno, adormecido por las gotas solidas que resbalan contra el tejado. Su amistad me resulta un tanto extraña. Ya de por sí es curioso que mi padre tenga amigos, que soporte chistes y triviales discusiones. ¿Qué los hizo cruzar caminos? Incluso más que las verdades del diario, esa pregunta se me repite incontables veces.

En la semana, cuando aún agotada tomo un café con Thomas, le pregunto sobre eso.

-Hm.- me mira él, estudiando mi curiosidad- Es una historia un tanto interesante, aunque dudo que Norbert vaya a contártela.

No respondo nada, sino que le prestó atención. Thomas suspira, y prosigue.

-Norbert era muy distinto a como lo ves ahora. Tenía una pandilla con la que distribuía drogas en Tarvilán, lo respetaban bastante y solía venir a este pueblo en motocicleta para visitar a su novia. Según tengo entendido, que llegara era un acontecimiento bien conocido por todos. Un verdadero tipo rudo.

-Estás bromeando.

-Para nada.

-¿Norbert?

Thomas asiente.

-El mismo. Un espíritu rebelde. Chaqueta de cuero, lentes oscuros, todo lo que te puedas imaginar. Claro que, para con su mujer, era todo flores y caricias. A tu madre le causaba algo de gracia. Conmigo no tenía diálogo alguno. Posiblemente consideraba que yo era un pusilánime.

-¡Estás bromeando!

-Puedes preguntarle, aunque creo que esos recuerdos lo avergüenzan. No pasaba mucho tiempo con su familia. Lo ocupaban cosas en su ciudad, y venía cada tanto. Bueno, eso al menos al inicio. Dejamos de verlos, tanto a Mira como a él, cuando nos mudamos a Nueva Gabul, aunque tu madre y ella sí se seguían escribiendo. Eran muy amigas, ¿lo sabías?

No se me ocurre qué decir, estupefacta.

-De hecho...- sigue mi padre- Tu madre nació en este pueblo. Aunque eso no es una historia que te interese, ¿verdad?

El inicio de un ataque cosquillea en mis párpados. Thomas parece notarlo, y suspira resignado.

-Bien, proseguiré con Norbert. No volví a verlo por muchos años. En cierto modo, me olvidé de él. Sabía que había dejado sus hábitos de pandillero, que había tenido más hijos, cosas similares. Sabía también que Mira Strauser había muerto por una enfermedad, no mucho antes de que mi esposa falleciera. De alguna forma eso nos unía, pero no era algo que me importara.

»Ocurrió que un día tuve que volver a San Naerit, para arreglar varios asuntos. Un psicólogo, o algo similar, daba una charla sobre el duelo, la aceptación, alguna chorrada de ese tipo. Me resultó interesante. Todavía me hallaba desconsolado, Lis. Así que decidí asistir.

»No recuerdo qué cosas se hablaron en esa charla, o quién era el imbécil que la auspiciaba. Seguramente un catedrático, algún profesor de universidad. Nos pasábamos un micrófono, y comentábamos sobre nuestra situación, la gente nombraba hijos perdidos, parejas, padres e incluso mascotas. Similar a uno de esos grupos de autoayuda que ya sabes tanto desprecio. Y he aquí mi sorpresa, cuando, tras rechazar hablar, trona una voz familiar y veo sentado del otro lado de la ronda a Norbert Weigler, erguido y furibundo, con lágrimas en los ojos.

-¿Lo recordaste?

-Es difícil borrar de la memoria a alguien tan grande como Norbert- toma un sorbo de café mi padre, y se rasca la barba al ras- En cualquier caso, también era cierto que ambos estábamos más viejos, arruinados por la tristeza. Pero su caso era peor que el mío. Nunca recuerdo haber visto a un hombre tan quebrado. No cesaba de llorar. Se ponía agresivo, insultaba a quienes le hablaban, era como un perro rabioso que no pudiera hallar donde echarse. Tuvo una discusión con el catedrático, la cosa subió de tono, y terminaron necesitando a media docena de hombres para echarlo del salón.

-¡A Norbert!

Thomas asiente de nuevo.

-Como ya no tenía mucho que hacer allí, ofrecí acompañarlo a su casa. Creo que ni él mismo entendía mucho quién era yo. Al menos, pensé que no me reconocía. Por eso me sorprendí cuando, subidos a mi auto, Norbert volvió a hablarme. *“Es tan duro... Ya no puedo más. Es tan duro, hombre. La extraño tanto”*. Todo ese tipo de cosas. Conoces a tu padre bien, Lis, así que te imaginarás lo mucho que me costó consolarlo. No estoy hecho para esas cosas.

La imagen de un Norbert así de destruido me sacude. Me siento algo conmovida. Mi padre, que hace una pausa para buscar el eterno cigarrillo que no trae, asiente y luego tose.

-No sabía mi nombre, pero sí me recordaba bien. Había sido una de las últimas personas a las que había visto con su difunta mujer, y su mente de novio celoso no me había olvidado. Después de eso nos sentamos, y hablamos, y hablamos. Norbert tenía cuatro hijos, ningún trabajo, nada más que arrepentimientos y tristezas. Pero también tenía algunas memorias cálidas, de las que podía aferrarse. Lo invité a trabajar en nuestra firma, pero se negó. Dijo que quería, que debía permanecer en el pueblo. Entonces rondamos uno y otro lugar, hasta que llegamos al hospital.

-¿Tenía estudios?

-Inconclusos- resolvió mi padre- Comenzó como guardia. Alguien tan imponente como él, me hubiera sorprendido que le dieran otro trabajo. De allí tuve que volver a la ciudad, a seguir cuidándote, pero nos mantuvimos en contacto. Nos seguimos hablando, y Norbert siguió rearmando su vida; consiguió un título tardío, un puesto, mantuvo la casa en la que su familia se había alojado. El hombre que veo ahora es muy diferente al que conocí en esas dos instancias. Pero puedo decir que me alegro por él.

Parece querer comentar más, pero termina por callar. Al final desiste del cigarrillo y chasquea la lengua, desenfadado.

-Caray, Lis. Te ves algo sorprendida.

No le respondo, ensimismada. Norbert... Aún recuerdo, el dolor tras sus ojos en cuanto le pregunté si alguien había muerto en esa casa. Pero él pudo seguir viviendo. Su deseo, su luz, nunca terminó por extinguirse, ya fuera por sus hijos, por su esposa fallecida, o por algo más. Ahora comprendo que es como si hubiera ocultado todo ese dolor, lo hubiera barrido bajo alguna alfombra y se hubiese decidido a enfrentar la vida con una sonrisa.

-Norbert es fuerte.- asiente mi padre, como si hubiera oído a la perfección mis pensamientos- Es algo torpe, y su sentido del humor deja mucho que desear, pero es un hombre fuerte. Ha cargado demasiadas cosas. Aún no llega el día en el que me arrepienta de haberte dejado con él. Lo que me hace recordar algo importante. Ya sé tú respuesta. ¿De verdad no quieres volver conmigo?

Indudablemente, mi respuesta fue un no.

Ese mismo día regresé a la casona y, como no podía ser de otro modo, hallé que Norbert me esperaba, escribiendo notas en una libreta, la gran repisa llena de botellas vacías enmarcándolo como un trono. Me dirigió una sonrisa amable al verme llegar.

-¿Qué cuenta Thomas?

-No mucho.- le respondí, acomodando la mochila en mí espalda- Ya le queda poco tiempo.

-Pero me alegra ver lo bien que se llevan.- notó él señalándome con la lapicera- A decir verdad, ambos son muy similares. De mis hijos, no estoy seguro de que alguno se parezca demasiado a mí.

Pensé en Matt, y no se me ocurrió qué responder. El Norbert motoquero, de pandilla, y el Norbert desconsolado se me superponían al grande, experimentado y amable que me hablaba ahora. Sus ojos brillaron, señalando las escaleras.

-Debes de tener sueño. Dejé algo de helado en la heladera. Y, Lis...

-¿Sí?

-Sacúdete la nieve en la entrada- señaló entonces el charco de hielo que había dejado, y yo sólo atiné a cubrirme la boca- Ya, ya, no es grave. Sube. Ya me encargaré de limpiarlo. Es mejor que entres en la cama rápido, antes de que te dé gripe. No estás acostumbrada a este clima.

XIX

Así pasó entonces la última semana de visita de Thomas, antes de que las obligaciones lo llamaran de regreso a Nueva Gabul. Pero entre el diario, mis asuntos como Mina y el tema de los delegados, los avances de Harrold y todo lo referido al Titiritero, me avergüenzo en admitir que no hubo en esos días demasiada atención que quedara en mí hacia mi padre. Aun así, no perdí oportunidad de visitarlo a su apartamento, de comer con él o de disfrutar de su compañía cada vez que visitaba la casona. Sabía que, en el momento exacto en que se fuera, iba a comenzar a extrañarlo de nuevo.

Lo demás, lo común -y con común me refiero a todas esas cosas a las que ya me había acostumbrado- prosiguió como siempre, inclusive con el agregado de la nieve. Al ir al instituto, me calaba gruesas botas, el gorro, la campera, la bufanda de lana, hasta que me sentía más ropa que mujer y debía ir tambaleándome, cosa que hacía reír bastante a Kari. En las noches, sumaba alrededor de siete frazadas encima de mis sábanas, para sentirme del todo segura de que no cogería un resfriado. El resto de los Weigler parecían más acostumbrados al helor, aunque también se abrigaban. Matt usaba orejeras, cuando decidíamos emprender la costosa tarea de pasear a Waldorf. Y mientras tanto, la nieve seguía acumulándose. En apenas unos días, ya pasaba los veinte centímetros del suelo.

-Y subirá más, y más- me comentaba Matt entonces, viendo a Waldorf corretear, mientras con mis guantes yo la juntaba esforzándome en crear un muñeco- Esto es sólo el inicio, créeme. Luego los caminos quedarán inhabilitados. Sólo espero que Johan pueda regresar antes de eso, o a mi padre le dará un ataque.

-¿Lo extrañas?

-¿Eh?

-A tu hermano.

Matt dejó la boca abierta unos segundos, y luego asintió.

-Johan es... Bueno, se parece bastante a papá. Pero es más... O mejor dicho, papá es demasiado tonto. Johan no tiene un pelo de tonto.

-No creo que Norbert sea tonto tampoco.

-Entiendes a lo que me refiero- bufó él- Yo tampoco creo que lo sea. Pero ya verás a lo que voy. Por cierto, ¿qué monstruosidad es esa?

Le arrojé un puñado de nieve a la cara, que él me devolvió, declarando así el inicio de una guerra. Cuando regresamos al calor del hogar, ambos estábamos exhaustos y empapados de pies a cabeza. La ducha que tomé entonces fue la más reconfortante de toda mi vida.

Las otras cosas también eran usuales: el estudio, las visitas -Mikhail, que había vuelto a retomar sus lecciones para Matt; Helen, que continuaba alimentando las alimañas de su esposo todos los miércoles, esquivando los intentos de acercarse de quien intentara hablarle; Alex y Jessica, que traían comida y en ocasiones se quedaban a cenar, e incluso un par de colegas del

trabajo de Norbert-, las charlas con Kari, las charlas con Kain, en el balcón, cuando le contaba de las cosas que había leído, de todo lo que descubría sobre el lugar que lo aprisionaba a través de ese diario, y también mi propio ser, los ataques de pánico, cada vez más espaciados; la contemplación, el verme cada día más despierta, más *viva*.

Sólo algo fue notable en esa semana: el lunes, que decidí asistir de nuevo a la clase de danza de DuMarque, un invitado inesperado aguardaba a todas en una de las sillas, tan recto y perfecto como siempre.

Mi corazón se saltó un par de latidos al ver al director Ashadd, después de tanto tiempo. Aunque solía rondar el colegio o ver a los alumnos desde el ventanal de su despacho, era la primera vez que volvía a encontrármelo tras la cena en el Salón Adal y el asesinato del que había logrado escapar. Era un hombre al que prefería no ver.

Pero cuando nos repasó con la vista, supe que él sí había deseado verme.

-Henry... El director ha venido aquí para vernos practicar. Así que niñas, demostrémosle lo mucho que hemos aprendido, ¿puede ser?- se había apresurado a decir DuMarque, aunque luego la oí recriminándole a Gerardo, sobre cómo no le había avisado. El pobre asistente sólo gesticulaba.

Esa vez, tal vez para probar algo que ni yo misma entendía, bailé con cuanta emoción pude. Me dejé llevar desde mi corazón, haciendo cada uno de los pasos de mi solo, ignorando a Ashadd, a la profesora, y también a las demás chicas. Cuando terminé, los aplausos de ese hombre fueron los que cortaron el silencio, pausados, tranquilos. Se lo veía satisfecho, y sus ojos nacarados brillaban con admiración. Las otras chicas también estaban en éxtasis, y como siempre, sólo Alice se mostraba adversa a darme elogios de ningún tipo.

-Ha sido estupendo- comentó el director al finalizar, con una sonrisa muy amable- Estoy seguro de que darán gran renombre a nuestro pueblo.

-¿Lo oyeron, niñas?- chilló DuMarque- Vamos, vamos, agradezcan.

Una por una, las alumnas lo fueron saludando con inclinaciones, acercamientos temblorosos. El aura de Henry Ashadd intimidaba a todos los que se le aproximaban demasiado. Yo también fui, poco convencida, aunque no dije ni una sola palabra cuando me paré frente a él. Lo examiné. Su sonrisa se acentuó, perversa, y se acercó como si planeara besar mi mejilla.

Me susurró al oído.

-El joven Cable me habló de tu propuesta sobre los delegados. Creo que sé qué tienes en mente. Te daré una mano.

Luego retrocedió, y volvió a aplaudir.

-Fantástica. Verdaderamente fantástica.

Pero su mirada era intensa, y parecía decir mil cosas más, cosas que no comprendía. Su elogio no llegaba a aliviarme. Me dije a mí misma de nuevo que Henry Ashadd era un hombre peligroso.

¿Le diría a Kain?

No...

¿Qué pruebas tenía siquiera?

Sólo sensaciones. Las mismas que me habían llevado a marcar como un enemigo a Julián. Era mejor no actuar precipitadamente. Quién sabía qué información tenía el profesor, que me hubiera podido ayudar incluso ahora. De

momento, de algún perturbador modo, sentía que el director simpatizaba conmigo.

Esa semana también repasé las cosas sola, sin hablarlo con Kain.

Primero, que existía un peligro en el pueblo. Ese peligro era un nigromante, como yo, y tal vez el escritor del diario que ahora investigaba.

Segundo, que ese peligro podía controlar, así como yo podía presumir de hacerlo con Kain, a los Cuatro Locos. Que los había hecho poseer personas. Una de ellas había sido Ezequiel Jerves, y luego su nieto. Pero el espectro de Jason Berkan se había descontrolado, había asesinado, se había puesto en evidencia. Al Titiritero, como se llamaba a esta sombra que lo controlaba todo, le había parecido necesario callar al anciano.

Tercero, y relacionado con eso último, que en algún momento el Titiritero había vivido bajo el mismo techo que el Señor Jerves. Pero las circunstancias de aquello me eran desconocidas.

Siendo sincera, sabía más bien poco.

Motivada por esa sensación de ignorancia, pasé mucho de la semana consultando el diario. El autor se iba a tangentes de lo más extrañas; parecía olvidar su deseo de informar sobre el Palacio, se perdía en comentarios sobre las vidas que llevaban, él y aquella mujer. Recién alrededor de una veintena de páginas después, lo vi proseguir:

Hemos estado repasando, juntos, todo lo que podemos hacer.

Primero es lo primero; aclarar que, tanto para Raquel como para mí, el alcance completo de nuestros poderes nos es desconocido. E incluso Glasyalabolas, con su lenguaje limitado, dice no saber qué efectos tendrá en nosotros, simples humanos, el encauzar el flujo de las almas de un modo tan extenso.

El sólo conocimiento de esto me llena de gozo.

El poder es... El poder es una cosa magnífica, corruptora. No hubiera deseado otra vida que esta. Raquel piensa similar. Ella me ama, tanto como yo la amo. No hay barreras para nosotros, ni en este mundo, ni en el otro. Nos veo parados, frente a frente, enmarcados por las puertas que nos llevarán a la cima. A nuestro alrededor, los muertos se arrodillan, y los vivos también agachan sus cabezas.

“Las Almas lo son todo.”

Así lo dice ella, y le creo. Las almas mueven la existencia. Con este poder, hemos hecho mil cosas distintas. Hemos manipulado las percepciones de todo el pueblo. Nos hemos dado riquezas, hemos controlado a los ricos, hemos dado liberación a los pobres. Pero Raquel es un espíritu libre, mientras que yo soy un espíritu del orden. Sé que podemos lograr más. No me interesa sólo que los muertos se arrodillen ante mí, sino que planeo mantenernos en este trono.

Nigromantes.

Con este poder, hasta podríamos aplastar a las familias más poderosas de este territorio. Ya he servido por demasiado tiempo.

Ella está de acuerdo conmigo. Convertiremos nuestros nombres en marcas de opulencia. Todo el otro lado está con nosotros. Los Berkan, los Müller, los Tressand, los Ashadd, todas esas familias van a caer, una por una, hasta que sólo ella y yo quedemos, y hagamos de esta tierra un jardín en donde regocijarnos.

Tenemos tiempo.

Tenemos todo el tiempo del universo.

Luego, al pasar a la siguiente página, hallé algo curioso.

Un retrato, de una joven sentada en una silla de mimbre, con un viejo vestido abultado y un gorro de tela en la cabeza. Las manos estaban apoyadas sobre los pliegues del regazo, y la boca torcida en una sonrisa cruel.

Y su rostro era idéntico al mío.

XX

El domingo, apenas unos minutos después de que amanezca, acompaño a mi padre al centro para un último desayuno juntos, como despedida hasta el final del año. El día está tibio, pues un tímido sol ha decidido por fin asomar entre toda la nieve, y, como si quisieran darnos un respiro a ambos, las precipitaciones se han detenido.

Por la ventanilla del auto veo las casas, el silencio, la tranquilidad de un lugar tan pequeño como este. Otra vez San Naerit me parece un paraíso. Papá conduce con calma, en sentido opuesto al que vinimos alguna vez. No parece demasiado interesado en la vida que lo rodea.

Terminamos frenando frente a un salón de grandes ventanales, que recuerdo muy bien. Es el mismo en donde tomé el parfait con Norbert el día que llegué aquí. Como cuando una revisa un viejo libro que alguna vez leyó, intento reconocer en los asientos, en las grandes lámparas que cuelgan del techo, en los adornos que hay en las paredes algo de mi pasado, de la yo que era cuando llegué. Me veo a mí misma cabizbaja, confesando a Norbert mi secreto con voz tímida. Mi energía parece conducir a mi padre, que elige precisamente el mismo lugar para sentarse. Yo me ubico frente a él, y un joven camarero nos toma el pedido.

-Dos cafés- dice Thomas, y en cuanto se va se vuelve a mí- No te intentaré convencer de nuevo. Supongo que de momento esto es el adiós.

Asiento. En verdad, mientras más lejos pueda poner a mi padre del peligro que hay en San Naerit mas aliviada estaré. Pero...

-Te voy a extrañar.

-Y yo a ti- me responde él- No le des muchos problemas a Norbert. Estudia, pórtate bien, haz todo lo que quieras hacer. Aquí puedo ver que eres libre.

Volví a mover la cabeza.

-Gracias.

-No estaba muy seguro, a decir verdad- dice, con amargura- Separar a mi propia hija de mí... Por mal que estuvieras, no podía dejar de pensar que cometía un error. El venir aquí ha servido para tranquilizarme. Estás bien. Y Norbert tiene buenos hijos. Me dijiste también que habías hecho amigas en tu instituto.

Asiento otra vez. Hay una pregunta que no me atrevo a hacerle.

-Es más de lo que puedo darte- suspira mi padre, resignado- Sería cruel arrastrarte conmigo a Nueva Gabul. Ya estás grande. Demasiado grande. Casi que no sé cuándo creciste tanto. Antes de que lo sepa, te habrás fugado del todo de mis manos. Es mejor acostumbrarme a la idea.

La pregunta sigue atorada, presa de mis labios. Afuera, un ave revolotea haciendo parpadear la luz del sol sobre nosotros. Hay muy poca gente en el salón a esta hora; apenas un par de viejos, una señora con su chiquillo, y quienes atienden. No me atrevo a hablar. Es...

-Ya vengo.- dice mi padre, y se levanta. Lo veo preguntar direcciones al dueño, hacia el baño, y desaparece.

Yo espero, de vuelta sumiéndome en una desesperación pasiva. Debo preguntarle. Es importante que le pregunte. Puedo hacerlo. Puedo no pensar demasiado en ciertas cosas. No pensar en cosas, olvidarlas, todo eso es un ejercicio sano, al cual no puedo renunciar. Hay cosas que duelen. Que calan hondo, muy hondo, a las cuales una no puede rendirse. Son cosas a las que es mejor estar ciega, sorda, incapaz de tacto. Entonces, tal vez algún día u otro, se esfumarán. Se esfumarán, y seré realmente libre. Podré afirmar de verdad que no me importa. Que nada importa.

Y seré verdaderamente feliz.

-¿Liseth?

Levanto la cabeza. Me toma unos segundos reconocer en el joven que lleva la bandeja con los cafés a uno de mis compañeros de curso, Scott Westone.

-¿Trabajas aquí?

Scott deja la bandeja, y se pasa una mano por la nariz.

-Negocio familiar.

El dueño, Clint, amigo de Norbert, levanta una mano para saludarme.

-¿Cómo anda ese gran tipo?

Lo veo, y luego me vuelvo a Scott, y reconozco entonces los rasgos idénticos entre padre e hijo. Mi compañero se sienta unos segundos frente a mí, como si quisiera recuperar el aire.

-No hablamos mucho. ¿Qué haces por aquí tan temprano?

-Mi padre está por irse de regreso a la ciudad.

Él asiente.

-De seguro quiso revisar que no te faltara una pierna o algo.

Tardo en comprender a qué se refiere, y cuando lo entiendo una memoria me asalta. Zaq. Pero antes que Zaq, antes de que se supiera cuál era la identidad de la Bestia de San Naerit, perros asesinados por algo que bien podría haber sido animal o humano. Uno de ellos, si mal no recuerdo...

-Tú eres el que vio a los fantasmas- digo sin muchos modales, señalándolo.- Elias me contó...

-Elias es un bocazas- asiente él, pasándose la mano por el inicio de barba que siempre le puebla las mejillas- Pero sí, ese fui yo.

-¿Cómo fue?

-Lo de los fantasmas...- repite, y da un suspiro. A su padre no parece importarle que se tome ese tiempo para charlar, sino que continúa lavando la vajilla tras el mostrador- Había salido de paseo con mi labrador, Blondie. Nos acercamos al campo del viejo Zaq, aunque no teníamos un rumbo fijo. Mala idea. Blondie estaba muy excitado, correteaba por aquí y por allá y se me perdía de vista. Hasta el día de hoy maldigo no haberle puesto una correa.

-Y luego desapareció.

Los ojos de Scott se vuelven rendijas.

-Entiendo que Matt tuvo una experiencia similar, excepto que su siberiano sobrevivió. Blondie no tuvo la misma suerte. Zaq sí que estaba muy mal de la cabeza. Helo que matar a un perro...

-¿Y los fantasmas?

-Ah, sí- tose, y prosigue- No lo hallé. Seguí adentrándome entre los árboles, pues oía sonidos. Quería comprobar de quién se trataba; estrictamente, dejar que cazadores de otros pueblos vengan a merodear aquí no es ideal, ¿sabes? Planeaba pegarles un susto, o algo por el estilo. Imaginaba que Blondie volvería eventualmente. Pero entonces los vi.

-¿Eran cuatro?

Se inclina de hombros.

-Tenía las pelotas por el cuello, si una dama me perdona la expresión...

-No se perdona- le anuncia su padre, oyendo todo de espaldas desde el mostrador. Scott levanta una mano y asiente.

-Disculpa eso entonces. Estaba terriblemente asustado. ¿Así está mejor? A lo que voy es a que podrían ser cuatro, cinco, tres, quién diablos sabe.

-¿Y cómo eran? ¿Llegaste a ver a alguno con claridad?

Niega.

-Creo que... Creo que había dos chicas entre ellos. Y otro parecía usar una chaqueta de contención.

Jason.

-Comprendo- asiento, pensativa.

Scott se remueve un poco, incómodo.

-No vayas a pensar que estoy tan chalado como Zaq. Pero... Un hombre ve lo que ve. No me fío mucho de este pueblo. Mi padre piensa igual, y mi abuelo, cuando vivía, solía decir que aquí sobraba lo extraño. ¿Te estoy asustando?

-No, descuida- sonreí- Puedo creer tu historia.

-¿Y tú?- sonríe Scott con alivio- En los últimos meses, todo lo que se oye por aquí es tu nombre. Y en la escuela también. Es una fama que de seguro no te venía bien, me imagino. Que...

La puerta del baño se abrió, y Thomas salió tan taciturno como siempre.

-Oh- se levanta Scott, tomando la bandeja ya vacía- Será para después. Nos veremos en clase. No se preocupen por la cuenta, corre por nosotros.

Su padre me muestra un pulgar. Mientras mi padre vuelve a ocupar su asiento, me siento un poco feliz. Scott parecía sincero. Todavía más, estoy segura de que su interés al acercarse ha sido simplemente amistoso. Si algo como eso aún puede ocurrirme, si de verdad la gente habla tanto de mí...

Decidí estar resuelta.

-Papá.

Thomas continúa probando su café, distraído.

-¿Hm?

-¿Cómo conociste a mamá?

Parece como si estuviera a punto de escupirlo sobre el diario, pero se contiene. Me observa muy sorprendido.

Yo no me permito proseguir, sino que observo mis manos, las uñas rosadas, el reflejo de las huellas en la superficie lustrosa de la mesa. Puedo sentir como su mirada se suaviza. El diario queda doblado, prolijo, al costado de las servilletas. Thomas se reclina hacia atrás.

-Fue en este pueblo, claro. Estaba de paso; tenía que ir a Tarvilán por unos asuntos, pero al tipo que había ofrecido llevarme se le rompió el motor, y por eso tuvimos que frenar aquí, no muy lejos de la ruta.

Mis dedos, con pequeñas grietas, donde la piel se hunde, pozos, marcas en las uñas en las que no llevo esmalte. Mis manos son pálidas, muy pálidas.

-Decidí tomar algo en un bar; existía uno, todavía más lejos que este, aunque si no me equivoco lo cerraron ya hace años. Tenía un aspecto muy desvencijado; había sido una tienda de ropa, luego una zapatería, y por último el dueño se había resignado y planeado convertirlo en una posada. El café que servían era espantoso. Me arrepentí de haberlo pagado y lo dejé; como tenía mucho tiempo libre, me puse a jugar con la máquina que había afuera. Era de esas en las que tienes que tomar un peluche, que te hacen gastar moneda tras moneda inútilmente.

»No tenía mucho que hacer, y, afortunadamente para mí, tenía muchas monedas. Fui probando una, y otra, y otra, pero no conseguía tomar el maldito peluche. No había ningún motivo para que un adulto como yo sé emocionara tanto, aunque, en retrospectiva, creo que me hallaba enfadado por estar varado en un lugar tan del demonio. Y entonces, cuando estaba por rendirme, ella se me acercó.

De mis manos, siguen mis muñecas. La piel en ellas parece todavía más blanca, como la cera. Si entrecierro mis ojos, mis brazos tienen un leve vello dorado, invisible en cuanto los abro del todo. Las líneas de mi palma nacen desde la muñeca. No puedo subir más, porque los pliegues de mi sudadera me interrumpen.

-Me invitó a demostrarme cómo se hacía. Tu madre tenía ese tipo de juegos. Le di mi última moneda, y, mientras ella jugaba, me pidió que charláramos para distraerse. Dijo que era más efectiva cuando no pensaba en lo que hacía.

»Así que, entre sorprendido y divertido, charlamos. Le conté sobre mi trabajo, y lo que me esperaba en Tarvilán. También le hablé de Nueva Gabul. En cuanto a ella, no solía decir mucho; me dijo que huía de algún tipo peligroso con el que salía, que no sabía qué hacer, cosas por el estilo. Se reía a cada rato, pero a mí me pareció bastante triste. Desde luego, también me parecía

hermosa. Tenía una gracia salvaje, que no se halla en muchas mujeres. Lis, ¿de verdad quieres que siga?

Hay hilos negros, creando nuevas marcas, en mi brazo, en mi mano, en mis dedos, Los están sujetando a la mesa, con ira sorda. Asiento vagamente, y mi padre se deja caer un poco más en su asiento.

-Ese día ambos terminamos durmiendo en la posada. Y al siguiente, tuve que marchar a Tarvilán, pero Lourdes se ofreció a acompañarme...

No.

-...alquilamos un auto, pues ella tenía dinero. También por allí conocí a Mira Strauser, y a Norbert, aunque Mira ya estaba enferma por esa época y no vivió mucho más; apenas podía escribir cartas. Luego...

No, no.

-Liseth...

Mi cabeza duele, algo presiona desde adentro. Los hilos se vuelven bocas burlonas que suben, serpientes que se deleitan. Una de ellas me muestra una hilera de dientes retorcidos, pero tan blancos que me ciegan. Estoy temblando. Estoy sudando. Y voy...

-¡Liseth!- golpea mi padre la mesa con la palma.

Como no hay casi nadie en el salón, despierto ajena de miradas. Sólo Thomas me contempla con preocupación, encorvado contra la mesa hacia mí.

-No tienes que forzarte, Lis. No así.

Asiento, lentamente. La voz en mi cabeza va disminuyendo su volumen, hasta casi desaparecer.

Thomas pide la cuenta, pero el dueño le hace una seña para que nos vayamos sin darle importancia. Mi padre no aparenta estar muy confundido, sino que lo saluda y me ayuda a levantarme.

Dejamos el salón atrás, y nos dirigimos al auto. Entonces él me habla de espaldas, el abrigo marrón y su cabello lo único que puedo verle, otra vez cabizbaja, otra vez intentando no pensar en nada.

-Liseth. No tienes que forzarte todavía. Pero en algún momento, tendrás que enfrentarlo. ¿Entiendes lo que digo?

-Sí.

-Este mundo... Esta vida, está llena de pruebas. Vivir es luchar. Y luchar significa admitir que en ocasiones podemos perder. Mientras más crezcas, más la vida te quitará cosas. Cosas que querías, o sin las que pensabas no podías seguir. Pero descubrirás que sigues. Seguirás viva.

No digo nada, sin atreverme a verlo.

-Será cruel. El mundo es cruel. Pero no puedes olvidarlas. No debes olvidarlas. Liseth, tal vez te parezca extraño que yo sea el que diga esto. Estoy firmemente convencido de que el mundo también es hermoso. De que vivir es algo hermoso. Incluso si es con dolor, incluso si perdiera mil veces, me rehúso a creer que todo esto no tiene un sentido. Hay alegría en vivir. Hay fortaleza en seguir adelante. La hay también en no olvidar. ¿Puedes prometerme algo?

Lo miro, alzando la cabeza. Mi padre se da vuelta, y apoya una mano sobre mi cabello.

-No dejes que se vaya. Ella te quería.

Asiento.

-Adiós, papá.

Thomas suspira, y me abraza. Dura por unos segundos, en los que algo hace ebullición en mi pecho. Luego se separa de mí, me mira de arriba abajo, y

termina por subirse al auto. Unos segundos después, el motor ya está en marcha, y su coche se pierde en dirección a la ruta.

Lo veo irse, adormecida, sin nada claro en la consciencia. Un pesar profundo, inigualable se acerca a mi corazón, a mis entrañas. Le he prometido algo imposible. Aun más que mi acercamiento a la muerte, quizás hay otra razón por la cual el Palacio me abrió sus puertas.

Una vez la figura del auto desaparece, me permito tenderme en el camino, contra la nieve, y apretar mis rodillas y dejar las lágrimas fluir.

XXI

-Matt...

-¿Sí?

Ha pasado un día desde que mi padre se fue. Yo estoy sentada, sobre una piedra escarpada de cuya punta la nieve ha retrocedido. Por sobre mi cabeza, los copos han vuelto a descender, besándonos una y otra vez. Balanceo mis piernas, mientras en mi mente imágenes, frases, recuerdos y promesas se difuminan hasta convertirse en nada.

Matt se halla a mi lado, con los pies también colgando por la pendiente. Tiene los ojos puestos en Waldorf, que corretea persiguiendo algo que no podemos ver, feliz entre los árboles.

Me tomo unos segundos, hasta que por fin encuentro las palabras.

-Tú... ¿Recuerdas a tu madre?

Al instante oprimo los labios, arrepintiéndome. Matt no me mira. Algo en sus ojos retrocede, bien en lo hondo de sí. Me digo a mí misma que me he equivocado, que he ido por un camino que no debía. El frío cala incluso dentro de mi ropa, pasando la protección de los guantes y el abrigo de mi bufanda, la parte mojada de mis pantalones y la piel bajo mis botas. Desde ayer, he estado ocupada pensando en demasiadas cosas. Me he sentido otra vez sola.

El silencio de Matt continúa, por tanto tiempo que temo haberlo ofendido. No hace expresiones, ni parece dispuesto a hablar. Yo suspiro, resignada. Abajo, Waldorf parece haber atrapado el insecto que perseguía, y salta de un lado a otro emocionado, haciendo magro equilibrio con sus tres patas. Es una esplendorosa mañana de invierno.

-Me sería difícil no recordarla.

Me vuelvo hacia él. Pero Matt sigue sin mirarme, sino que sus ojos parecen reflejar algo más. Termina por suspirar, y vahos blancos se elevan.

-Mamá... Cuando murió yo tenía siete, quizás ocho años. Apenas tengo un par de memorias de cómo era antes de la enfermedad. Sé que sonreía mucho, que era amable, que le gustaba cocinar. Sin embargo...

-¿Sin embargo?

-Todo eso se borró.- me dice Matt- Era lo que ella más se temía, estoy seguro. Fue también lo que yo más me temí. La enfermedad le fue borrando, una por una, todas las cosas con las que podía reconocerla. A mamá le gustaba pasear, pero la mujer que murió en mi casa no podía moverse, sino que vivía en una cama, bajo el sonido de su propia respiración. A mamá le gustaba la comida, pero esa mujer sólo se alimentaba con sueros, y como mucho solía comer la papilla que Helen le servía. Mamá era hermosa, o eso pensaba yo de niño, pero... La criatura...

Se interrumpe. Su mano busca su cuello, con enfado.

-Era como un monstruo.- sigue sin mirarme- Había perdido el cabello, los dientes, había perdido tres cuartos de su peso. Los médicos no sabían qué tenía, pero cada vez empeoraba más y más. Y a mí... A mí me daba miedo. No quería acercármele. Johan, Wilhelm, ambos fueron mucho más valientes. Pero cuando veía esa piel amarillenta, si la oía gritar, si me quedaba a solas con ella, evitaba mirarla, ponía oídos sordos a lo que me decía, escapaba a mi cuarto. Lo único que deseaba era que se muriera. El día en que por fin nos dejó...

Por fin me mira. Entre él y yo se siguen formando vahos, por nuestras respiraciones. Waldorf ladra a la distancia, pero no lo oigo. Sólo puedo oír la voz de Matt.

-Creo que ella sabía, que había llegado su hora. Ese día se despidió de todos, de Johan, de Wilhelm, de Kari, de papá... Y de mí. Me llamó a su lecho. Pero yo no quería verla.

-Matt...

-Recuerdo que rehuí, y me escondí en la parte trasera de la casona. Papá me llamaba a los gritos. No quería presenciarla, no iba a tolerarlo una vez más. Era un monstruo. Extendía hacia mí una mano cadavérica, y no tenía nada en lo que se pareciera a mi madre. Mi madre era una mujer dulce, sana, atenta, que se preocupaba por mí. Mi madre era hermosa, y cuando sonreía todo el mundo parecía cobrar luz. Mi madre era alguien a quien yo quería. Eso pensaba. Esa misma tarde la enterraron.

-Eso es...

Él asiente.

-Nunca me voy a perdonar. Quería olvidarla. Pero era mi madre. No me gustan los hospitales, no me gusta nada que me recuerde a lo que pasó. Pero ahora... Me he jurado a mí mismo que no le daré la espalda a quien me necesite como lo hice con ella. Era mi madre, y me quería. Yo también la quería, pero era demasiado cobarde como para entenderlo.

Suspira, y comienza a levantarse.

-Supongo que vivimos con lo que hacemos. Tan sólo me hubiera gustado ir, hablarle, pedirle perdón. Decirle que sí la quería. Por detrás de todo lo que había perdido, seguía siendo ella. Así que...

Me tiende una mano, para ayudarme. La tomo, y Matt me levanta para que quedemos a altura.

-Sí, la recuerdo muy bien.- concluye.- Al menos, intento que ese sea mi consuelo.

-De verdad...

-No te preocupes- me hace un gesto, quitándole importancia- Es bueno poder contárselo a alguien. Pero de momento, creo que es mejor si regresamos a casa. Waldorf ya está dando tumbos.

Me asomé para ver que, efectivamente, Waldorf se tambaleaba un poco, ya agotado, y sacaba la lengua para saborear alguno de los copos que le caían sobre el hocico. Todo su pelaje estaba lleno de pequeñas perlas.

El camino a casa fue tranquilo. Tenía mucho que considerar; de lo que me había contado Matt, de lo que había hablado con mi padre, del diario y de mí misma. No podía hacer ojos ciegos a algunas verdades. Papá, Norbert, creían comprender muy bien cuál era mi problema. Era posible que tuvieran razón. Pero incluso así, ¿qué opciones me quedaban? No soy como Matt. No puedo prometerme a mí misma nada, y tampoco puedo hacer promesas a los demás. Rehúyo al dolor. No hay felicidad en sufrir, de eso estoy convencida. ¿Qué me quedaba?

Yo no podía.

No.

Yo no *quería*.

Cuando por fin llegamos, nos sorprende el jaleo que se oye desde la segunda planta. Hay risas, insultos, voces que se confunden entre sí como una multitud. Matt y yo nos miramos, libramos a Waldorf de su correa, y subimos.

Arriba, en el salón de estudios, se dibuja una escena de lo más pintoresca. El televisor y la consola están encendidos, y, ocupando el sillón, Mikhail y Elias presionan los botones de los controladores con tanta saña que parece que estuvieran a punto de estallarles en la mano. Por detrás, Kari alienta al primero, Alex se bebe una cerveza, observando los autos correr en la pantalla con velado interés, y Jessica se halla de brazos cruzados sobre el respaldo del sillón, haciendo un comentario sarcástico tras otro cada vez que algo sucede.

-Vamos, Mik. Ya casi ganas.

-¡Tú cállate!

Me sorprende que Mikhail pueda dar una respuesta como esa. Pero a mi antiguo compañero de escuela no parece importarle. Tiene las venas de la frente marcadas, y la camisa abierta mientras juega. Elias ríe, y parece pasarla en grande.

-¿Otra vez apostaron?- se acerca Matt.

-¿Ustedes en dónde estaban?

Varias miradas vienen hacia nosotros.

-Matt y Liseth estaban probando el frescor de la nieve...- ríe por lo bajo Elias.

-Voy a golpearte.

-Inténtalo, gavilán.

-Concéntrate en el juego- dijo Mikhail. Su tono fue tan helado que Elias palideció, y volvió a enfocarse en la partida. Sin quererlo, no puedo evitar que una risa escape mis labios, cosa que Jessica nota.

-Liseth. ¿Quieres bocadillos? Dejé un par en la mesa.

Le agradezco, y tomo una galleta colorida, colocándome al lado de Alex para observar la partida. Por mucho que Mikhail se esfuerce, o por mucho que Kari haga rabetas, es claro que Elias lleva la ventaja. Su talento para algo tan intrascendente como la consola es apabullante. Rechazo la cerveza que me

pasa Alex, y observo entretenida a los dos coches detrás de la pantalla intentar superarse, pisarse, arrojarse a cada lado. Por instantes sólo hay comentarios, y el tecleo violento de los botones de cada mando.

-¡Gánale, Mikhail!- grita Kari.

-Eso no va a ocurrir.

-¡Así se dice, Matti!- ríe Elias. Ambos se mueven en sincronización con sus carros, como si toda la casona estuviera surcando esa ruta virtual. Es una imagen algo ridícula, que me vuelve a tentar. Jessica me guiña un ojo, señalando a Elias.

"Pre-pá-ra-te", marca con los labios.

Vuelvo a ver la pantalla del televisor. Mikhail parece más concentrado que nunca, aislado del universo que lo rodea. Jamás lo había visto de este modo; había asumido, claro, que su paciencia era más bien poca, pero la transformación que tiene ahora parece digna de una historia. Al menos ya puedo afirmar que es humano.

Ambos coches virtuales se cruzan, parecen a punto de pasarse, lado a lado. La línea de meta está cada vez más cerca. Los jugadores se inclinan hacia la pantalla, y pulsan los botones de aceleración como si el ritmo de sus corazones dependiera de ello. Los demás también nos inclinamos, para ver mejor. Kari grita, Alex da un trago a su cerveza, Matt y yo cruzamos miradas por un instante, antes de volver nuestros ojos hacia el televisor.

El auto de Elias cruza primero, y él da un grito triunfal. Su mando sale volando por los aires, y choca contra el piso, Kari se le arroja encima, pero Elias simplemente ríe a las carcajadas, victorioso.

Mikhail suspira, y sus hombros comienzan a perder tensión. Sin comprender porqué, al mismo tiempo, algo en mi corazón toma una decisión definitiva. No puedo prometer nada. No puedo recordar. Es necesario que no lo haga. Y por sobre todas las cosas, los tengo a ellos, mis amigos, aquí para acompañarme luego de que mi padre se haya ido. No estoy sola. Es mejor entonces olvidar, y reconfortarme en esta calidez.

Alex se acaba su cerveza, y aplasta la lata con una mano, Matt revisa el mando roto, y Kari, que ya se ha separado de su víctima, va a servirse algo de agua. Elias sonrío por lo bajo, y se acerca a Mikhail.

-No lo hagas- dice Jessica- Recuerda cómo quedaste la última vez.

Yo observo, atenta. Elias duda unos segundos, pero al último ríe y palmea al de anteojos.

-Te pateé el trasero, ¿no?

Elias marchó ese día de regreso a su casa con un pañuelo lleno con nieve, apoyado en el ojo morado que Mikhail le dejó tras su burla. Con eso y todo, se lo veía bastante contento. Los otros tres, en cambio, se quedaron para la cena; por lo que Norbert sintió necesario esmerarse y nos deleitó con un plato de calidad: lasaña de pollo a los cuatro quesos, y de postre crema catalana. Cosa rara en mí, repetí porciones. Siendo que no soy de comer mucho, tanto el frío invernal me abría apetito o lo hacían las tristezas e introspecciones.

Al finalizar subí, me di una ducha rápida, me enfundé en mi pijama y controlé, sólo por gusto, que la ventana de mi habitación estuviera bien cerrada. Me reconfortaba el calor hogareño de mi cuarto, amaba la sensación de la madera contra mis dedos, los escalofríos de placer que me generaba el envolverme en mis gruesas frazadas, la calma con la que podía observar a los copos venir desde el oscuro cielo para apoyarse con suavidad en el cristal. La nieve era muy distinta a la lluvia; era pausada, silenciosa, cambiaba del todo el paisaje. Poco a poco, el bosque y sus árboles parecían más y más un decorado navideño. Tan sólo de imaginar sumergirme en el río me causaba estremecimientos, y entonces me apretujaba más contra la cama, con modorra, y me ponía, como siempre, a pensar en tantas cosas.

Pero ese día decidí no pensar, sino que volví a abrir el diario en donde lo había dejado. El retrato de esa joven me volvió a devolver la mirada, sonriente como si supiera algo que yo no. Nuestras similitudes eran innegables. Las mismas cejas espesas, oscuras, el mismo cabello, adivino yo, rubio, la misma piel tersa en las mejillas y la nariz algo respingona. Sólo mis leves ojeras y mis pecas me diferenciaban. Pero en lo demás, era casi como ver un dibujo de mí misma.

¿Y cuántos años tenía esa imagen? Con lo que Thomas me había contado, me quedaba pensar que esa mujer era un ancestro, alguien de mi línea materna. ¿Era así? Por sus ropas abultadas, por su postura, no me parecía una persona de opulencia. Sentí que había una respuesta sencilla, tan clara como el agua, que mi mente no se atrevía a aceptar.

Para callarla, continué leyendo la siguiente entrada.

Hasta el momento no hemos hecho más que algunas travesuras. Nuestras primeras víctimas han sido los miembros de la familia Tressand. Como ni Raquel ni yo servimos para ellos, estaremos exentos de peligros.

El demonio, Glasyalabolas, se muestra dócil a nuestras ideas. Me atrevo a decir que las encuentra tan divertidas como lo hace mi compañera. Es un ente deseoso de aprender. Le hemos enseñado, tal como nos lo pidió, algunas de las maravillas de este mundo, esas que a nosotros nos parecen tan vanas. No sé cuántos años tiene esta criatura, pero en ocasiones se asemeja a un niño.

Y como niño, no comprende la gravedad de algunas cosas. Su obra está terminada. El Palacio está terminado. Hace unos días, la matriarca de los Tressand falleció, por una nimiedad tal como lo es una úlcera. Su espíritu pasó al otro lado, en busca de alivio. Las paredes la frenaron.

Lamentablemente para ella, terminó en la zona de Raquel. Creo que yo hubiera sido más misericordioso con esa pobre anciana. Raquel la hizo danzar.

La hizo danzar, y luego danzamos frente a ella, y forzamos al inframundo a reírse, de sus joyas, de su opulencia, de toda la dignidad que siempre creyó tener. Hicimos el amor incontables veces frente a sus ojos, para burlarnos.

El espectro apenas podía hablar. Entonces Raquel quiso probar más cosas. Podíamos darle cualquier orden dentro del Palacio, ¿pero qué ocurría afuera?

Una barrera impide que la anciana vuelva a nuestro lado. Es una barrera tejida con nuestras fortalezas. Consultamos con el demonio, y no tardó en darnos la solución. Posesiones. Enlaces. Podemos manipular a este espectro, atarla a uno de los vivos, y con eso mismo también forzar la voluntad de aquellos cuyos corazones aún palpitan.

Eso hicimos. Forzamos al espectro a volver, y lo enlazamos a su hija, la nueva matriarca de los Tressand. Y ahora ella también es nuestra. No con la total y completa dominación que podemos crear dentro del otro mundo, pero lo es a través de influencias, de voces que no callan, de locura. Podemos matarla cuando queramos. Podemos forzarla a matar a sus hijos, y a comérselos. Nos sentimos libres de ello. Hay más, cientos de espíritus que podemos dominar, que rondan los confines infinitos de nuestra creación. Las posibilidades son ilimitadas.

En verdad, este es un mundo de gozos.

Cerré de nuevo el diario, de repente asustada. Lo llamaban travesura, pero no podía ser más que una monstruosidad. Lo que habían hecho con esa anciana y su hija, ¿Qué tanto se diferenciaba en hacer que Jason motivara a Zaq a asesinar personas? Sólo me quedaba la seguridad de que tanto quien había escrito todo eso como su compañera no eran normales. No lo habían sido en lo absoluto.

Suspiré, de pronto desvelada. Incómoda, giré para buscar una mejor posición.

En la repisa, la muñeca me observaba.

Sólo me tomó unos segundos comprender, y luego me libré de mis colchas, me levanté, y la tomé con una mano. Era la misma. El mismo uniforme de colegiala, la misma rotura, la misma mirada queda, sumisa, de ojos grandes y desproporcionados. Era exactamente la misma muñeca que le había devuelto a Wilhelm hacía apenas unas semanas.

-¿Qué significa est-?

Interrumpí mi pregunta al aire, porque entonces recordé algo. Una rareza, muy al principio de mi llegada a San Naerit, antes de que hablara con Kain, antes de que esta historia tomara impulso. Levanté la muñeca, examinándola contra la luz artificial que colgaba del techo.

-No es la primera vez que cambias de lugar, ¿no es cierto?

Continuó tan inanimada como siempre.

Me giré. La Puerta Roja ya me esperaba, llamada por mis deseos subconscientes. Mientras la abría, mientras cruzaba la barrera hacia ese otro mundo del que hacía poco había leído, consideré las posibilidades. Antes de que conociera a Kain, se había movido. Naturalmente, luego asumí que había sido obra suya, un modo de llamar mi atención. ¿Me estaba volviendo loca?

-Kain- dije, cuando por fin llegué a la mesa. El fantasma se giró, con un libro en la mano, y me miró con la calma de siempre- ¿Tu trajiste esto?

No esperaba lo que ocurrió: su piel, ya de por sí tan blanca como el papel, perdió color hasta volverse casi transparente, sus ojos recuperaron por unos instantes el color rubí que antes los hacía deslumbrar. Y retrocedió. Kain retrocedió, en su silla, como si lo apuntara con un arma. Por primera vez, me pareció asustado.

-¿Qué...?

-Aleja eso.- me dijo, guardando distancia.

-Es sólo una muñeca.

-Lo sé. Disculpa. No me... No me gustan esas cosas. Las he evitado todo este tiempo.

Junté las cejas.

-¿Tienes fobia a las muñecas?

Kain asintió con pesar, sin ver. Los puños le temblaban.

-Es una sensación muy extraña. Me hace sentir vivo, pero no me agrada. Tampoco es algo de lo que me enorgullezca.

-Descuida- lo calmé, y perdí al objeto detrás de mi espalda- Es un poco raro, nada más.

Pero también, probaba que él no podía haber sido quien moviera la maldita muñeca desde un primer instante.

De pronto tuve la respuesta. Me giré, dispuesta a regresar a mi mundo.

-¿Ya te vas?

-¡Volveré en un rato!- le grité- Te traeré algo de comer.

Crucé la puerta, aún con la figura en mano, y ni siquiera titubeé para salir de mi cuarto y dirigirme escaleras abajo. Sabía en dónde podría hallarlo, aunque no comprendiera porqué. El golpe resonó en la oscuridad, sordo, inescrutable. Como siempre, venía de la puerta de la habitación de Johan.

No quise ir con rodeos. Sólo había una explicación, quitado Kain del asunto, y era una explicación que terminaba por resultarme molesta. En cuanto me oyó bajar, Wilhelm cesó lo que fuera que intentaba hacer. No prendí la luz, sino que en la oscuridad intenté adivinar su silueta. El reloj de la pared se balanceaba. Una ranura enmarcada en la negrura me hizo comprender que la puerta de acero de su hermano mayor había sido forzada.

Me acerqué, paso tras paso, hacia donde adivinaba Wilhelm intentaba ocultarse. El cabello de hongo, y su respiración, todo aquello era claro como si fuera de día para mí, tan acostumbrada a la ceguera. No dudé, sino que levanté la muñeca frente a él.

-¿Tú la volviste a dejar en mi cuarto?

-¡Calla!

Sentí un empujón en los hombros, y mi cabeza dio contra la pared. En su propia habitación, Norbert se removió y dio un largo ronquido. Wilhelm se arrojó contra mí, presionando mis muñecas, apretujándome contra el muro.

-¿Qué diablos tienes que interrumpir? ¿Por qué diablos tienes que interrumpir justo ahora?

-¡Suéltame! ¡No hubieras dejado la muñeca!

Era la primera vez que le contestaba. Pero para mi sorpresa, el agarre de sus dedos se aflojó, y mis propias manos hallaron alivio. Wilhelm se separó de mí. Entre las sombras, cual gesto tuviera me era imposible de conocer.

-¿Muñeca?

La levanté del piso, con brusquedad, y la arrojé contra su pecho.

-Estaba de vuelta en mi cuarto. ¿Es algún tipo de broma? ¿Te intentas burlar de mí? De verdad, no sé si me odias pero...

Wilhelm balbuceaba.

-Oh dioses... Oh santo dios...

Comencé a retroceder. Por unos instantes, me temí que también estuviera loco.

-No me interesa lo que hagas aquí. Tan sólo no...

-No lo entiendes, ¿verdad?- me miró él, furibundo- Te advertí. Te advertí que te fueras. Pero ya es demasiado tarde. Se fue. Dejó la maldita muñeca en tu cuarto, dejó un mensaje. Debe saber quién eres. Y ahora va a regresar. De verdad.

Mi boca se secó, sin comprender. El reloj se seguía balanceando, marcando compases, marcando sonidos que eran como cuchilladas al silencio.

-De qué.... ¿De qué estás hablando?

-Ya es tarde- repitió Wilhelm, con resignación. Atesoró la muñeca en sus brazos, y marchó hacia su habitación- No me atrevo a pensar... No quiero tener que enfrentarlo. No otra vez.

-¡Dime de qué diablos hablas!- le grité con un susurro. Algo en Wilhelm, en su debilidad y el estado precario en el que se hallaba me enfermaba, me quitaba del rol de tímida que siempre solía tomar. Sentía la necesidad de sacudirlo, de devolverle el empujón que me había hecho.

Wilhelm miró el reloj, y suspiró.

-De Johan. De mi hermano. Ya debe de haber llegado al pueblo.

Luego se marchó a su cuarto, y yo quedé camuflada entre todas las penumbras, bajo el sonido del tic toc que a cada rato se incrementaba, sacudiéndolo todo, convirtiendo a la noche en una cruenta carcajada.

XXIII

No tuve oportunidad de volver a ver a Wilhelm al siguiente día, pues desde aquel encuentro se encerró en su habitación y no salió ni para el desayuno, almuerzo o cena, por lo que tuvimos que oír a Norbert bajar más de una vez al sótano para preguntarle si todo estaba en orden. Desconozco qué respuesta recibió, pero la perplejidad con la que su padre regresó hacia donde los otros tres lo esperábamos me resultó un tanto preocupante. ¿Qué había ocurrido? La muñeca, por suerte al menos, ya estaba fuera de mis manos. Era un consuelo magro, pues me hallaba más que confundida.

-¿Will?- me dijo Matt, en cuanto le conté el asunto. Pareció pensarlo unos segundos, y luego concluyó- A veces se pone algo estúpido. No dejes que te afecte.

A lo que Kari, que también se hallaba en mi habitación esa tarde, respondió.

-Si quieres, vamos juntas y le pateamos el trasero. Es un completo idiota.

Preferí evitar su oferta. No creía que atacar a Wilhelm fuera la solución. Más bien, me hallaba turbada por el sólo hecho de que nos hubiéramos encontrado de tal forma. No tenía relación con él. Siempre había sospechado que mi estadía en su hogar lo irritaba, pero no mucho más de lo que lo irritaba las de cualquiera de sus hermanos. Si nosotros reíamos, Wilhelm solía hacer muecas, algo patéticas, o apenas reaccionaba y siempre terminaba volviendo escaleras abajo, a la privacidad de su cuarto. No lo conocía. Había cursado en el Instituto, por lo que tenía entendido, pero más allá de eso no hacía nada. Entendía en ocasiones la preocupación de Norbert con respecto a él.

Como para olvidar todo aquello, decidí ocuparme con asuntos más urgentes, como lo fue la reunión de delegados del martes. Asistí, claro está, como Mina Harvnes, tomándome mi tiempo para saber que todos los demás delegados se presentaran.

Muchos rostros que no conocía me recibieron en cuanto crucé la puerta del aula que utilizamos como sala de reuniones. De quienes había sorteado, era evidente que pocos tenían pasión o interés en responder por los intereses de sus compañeros; había reemplazos, cambios directos, o personas que parecían entre curiosas o hastiadas de hallarse allí. Frederick esperaba, ordenando papeles. Probablemente a él ni se le ocurría que, si tantos habían venido, era ni más ni menos porque se sabía que Mina Harvnes iba a acudir al encuentro. Casi todos los alumnos del Instituto estaban dispuestos a sacrificar horas libres si era por acercarse a alguien tan popular como ella.

Saludé con un asentimiento, algo más fría de lo que pretendía, y ocupé mi asiento al lado de Frederick. Luego crucé una pierna sobre la otra. El resultado fue apabullante; una mitad de quienes allí se encontraban se removieron, inseguros, y la otra mitad, fundamentalmente las mujeres, se miraron entre ellas como preguntándose qué posición debían adoptar.

Un muchachito pequeño, de primer o segundo año, levantó una mano. Lo reconocí, pues alguna vez le había pedido que contactara con Cable. Pareció nervioso al hablar.

-Disculpen. ¿Para qué nos llamaron?

Mi compañero se acomodó los anteojos, serio como siempre.

-Mina, ¿quieres empezar?

Asentí. Las piernas me incomodaban, pero no cambié mi posición. Necesitaba demostrar toda la confianza que Mina debía tener. No miré tampoco a nadie mientras hablé, sino que traté de evocar la frialdad de Alice. Si me mostraba demasiado amistosa desde un inicio, las cosas iban a salir mal.

-Los llamamos porque nos pareció oportuno iniciar un cambio en el instituto. Hay una... carencia de liderazgo en el alumnado. Pensamos que podían estar interesados como nosotros, en mejorar esta escuela, en hacer que estos años que pasen sean los mejores, tanto para nosotros como para nuestros compañeros. ¿No es ese el papel de un delegado?

Varios se miraron. Antes de que alguno interrumpiera con alguna respuesta racional, continué.

-También, estuvimos hablando con Frederick, y pensamos que podríamos iniciar algunos proyectos en común. Los alumnos de sexto no se hablan con los de cuarto. Los de primer año están apartados, desamparados por sus mayores. No hay relación entre los cursos más allá de la actividad que hacen los clubs, por lo que se nos ocurrió que podíamos fomentar la interparticipación estudiantil.

Fomentar la interparticipación estudiantil. Eso hasta le arrancaría una sonrisa a mi padre.

-Serían reuniones semanales dentro de esta aula, al finalizar las clases. Claro qué, si no desean participar, pueden dar el rango de delegado a cualquiera que quiera.- me levanté de mi asiento, alisé mi pollera, y caminé con gracia hacia donde mi auditorio se hallaba sentado, en especial hacia la figura de Arthur Irrauldi, que me observaba con la boca semiabierta.- Pero de verdad, me gustaría que se quedaran. Sé que juntos podemos ser una fuerza que le devuelva su espíritu al colegio. ¿Quiénes están interesados en ayudarnos?

Para mi felicidad, el silencio no se extendió por mucho más que un segundo. En un parpadeo, todos los brazos ya estaban levantados, incluido el de Arthur Irrauldi. Bien. Eso había salido bien. Me permití sonreír, y miré de reojo a Frederick Cable. Seguía tomando notas, y se lo veía satisfecho.

-Bien. Me alegra. Queda formalmente formado entonces el Club de Delegados. Frederick ya habló con nuestro director y los demás profesores, así que tenemos su permiso. ¿Hay alguna pregunta?

Una chica de frenos y aspecto ansioso levantó una mano.

-¿Sí?

-¿Qué clase de cosas podemos hacer?

-¿Siempre nos juntaremos en esta aula? Puedo poner mi casa- dijo otro chico.

-Yo tengo actividad de club normalmente a estas horas, ¿no podríamos...?

-No. Este horario me parece el más indicado. Sé que todos queremos volver a nuestras casas. Yo misma tengo prácticas de danza, y ni hablar de mi viaje a Visgana.- al presumir, pude sentir en mi piel la atención de todos clavándose. Sólo que ahora, en vez de lanzas, eran como caricias.- En cuanto al sitio, podemos verlo luego de las vacaciones. Por estas semanas sólo planeo que delimitemos algunos proyectos.

Me paseaba de lado a lado mientras hablaba, dejando que mi larga melena oscura los cautivara. Al último apoyé un pie sobre una de las sillas vacías, y fingí meditar.

-Hemos hablado con Frederick, y nos pareció interesante la posibilidad de reunir las donaciones de cada curso.

Muchos se miraron entre sí.

-¿El dinero?

-El dinero de las aulas- asentí- Claro que tendrían que encargarse ustedes. Los cursos que tengan viajes a futuro pueden excusarse, pero los demás podrían contribuir con un poco. Si no calculamos mal, sería suficiente dinero como para hacer un proyecto que dé renombre a nuestro pueblo.

Como seguían dubitativos, decidí emocionarme.

-Tan sólo piénsenlo. Podríamos hacer una gran fiesta estudiantil, como las hay en Visgana, para la primavera. Podríamos invitar a gente de otros institutos, a que compitan contra nuestro equipo. Harrold y los demás de seguro estarían encantados. -al mencionarlo, ya varias de las que allí estaban fueron convencidas- Yo y las chicas de danza podríamos contactar también con las escuelas que hay en Visgana. Sería un espectáculo como el pueblo nunca lo ha tenido. Uno que atraiga las miradas de todos. ¿No les resulta interesante?

Pero, era ya vanidad la que me impulsaba a seguir hablando. Estaban ilusionados, oían mis mentiras con verdadero fervor. Ya era raro, para ellos, que Mina Harvnes les dirigiera la palabra. Comenzaban a pensar que el destino les había reservado de repente un lugar más importante en el mundo. Tendrían de qué presumir, a sus amigos, a sus compañeros, a cualquiera que se metiera con ellos. En cuanto terminé mi explicación, no hubo uno que no aceptara. La idea de la celebración estival los había comprado por completo, incluido a Arthur Irrauldí. Prometieron traer las donaciones durante el próximo encuentro, cuando comenzaríamos a proponer los eventos. Y yo, sintiéndolos a todos danzar sobre la palma de mi mano, me despedí una hora después con un guiño de ojo.

-Nos veremos el próximo martes, ¿les parece? Aquí mismo.

-¡Traeré galletas!- dijo la chica de frenos.

-Podríamos utilizar el reproductor que está en...

-¡Poner carteles!

-Claro, claro- sonreí- Pero recuerden. No cuenten nada de lo que hacemos aquí, ¿sí? Es mejor que quede entre los miembros de nuestro club.

Con ello, la balanza del Instituto Educativo de San Naerit comenzaba a virar peligrosamente.

XXIV

Anotaré algunas observaciones interesantes en cuanto a los espectros atrapados dentro de nuestra construcción.

-Los espectros parecen quedar encerrados no sólo física, sino también mentalmente. Reviven sus errores, sus anhelos, las mentiras u odios que los impulsaron. Muchos de ellos no responden, si bien obedecen nuestros llamados; no tienen consciencia, se asemejan más a energía que a voluntad. Los pocos que sí pueden entablar un diálogo, lo hacen de manera entrecortada, penosa. Esto es lo que más ha dolido a Raquel de todas las cosas. Ella quería oírlos hablar.

Eso no se asemejaba a Kain, pensé, pasando a la siguiente página.

-Tal tortura psíquica parece tener efectos secundarios en ellos. En quienes en vida tuvieron más arrepentimientos, más odios, más rencores, el peso de sus pesares se transmuta en cambios físicos. Ojos rojizos, palidez, uñas ensangrentadas; estas son las primeras etapas de la transformación. Quienes pasan más allá de esto, terminan por convertirse en algo muy distinto. Me sería imposible realizar un catálogo extenso de sus malformaciones. Pero en algunos casos, nuestro Palacio Ajeno ha creado verdaderas monstruosidades.

Glasyalobolas no parece saber si existe un modo de revertir estos cambios.

En cambio, eso sí me hacía recordar a Kain. Pero a quien hubiera escrito aquello, ahora yo podía aportarle que tales transformaciones sí podían deshacerse. Kain había recuperado parte de su humanidad. El brillo mortecino en sus ojos se había esfumado, tras perdonar.

Había dejado atrás la maldad que lo consumía, y por ello yo me hallaba admirada.

Continué leyendo.

-Los espectros sólo pueden salir a nuestro mundo a través de la posesión. En algunos casos, esta es involuntaria; más de uno se ata a un nigromante, y nos hemos encontrado, ambos, con la situación de "arrastrar" a algunos de ellos cuando regresamos a nuestra realidad. Como responden a nuestras órdenes sumisamente, esto no es un problema.

En cuanto a la posesión per se, no solo esta vincula al ser vivo con la voluntad del espectro que lo ocupe, sino que también parece garantizarle fortaleza física, proporcional a la del muerto. Por lógica, concluyo que los espectros más monstruosos generan posesiones más potentes.

Hemos probado esto; como la matriarca de los Tressand acabó pronto por convertirse en una criatura perturbadora, la hicimos poseer a su hija y luego le ordenamos que asesinara a los demás ancianos de su familia. Lo observamos todo desde las sombras.

Necesitaron siete hombres para detenerla. Aplastó a tres de ellos.

Como tuvieron que forzar a su hija al asilo, nos hallamos sin una marioneta con la que seguir nuestra travesura. Forzar una desposesión es un asunto costoso, tanto para mí como para ella.

Pero Raquel dice que no debemos preocuparnos. Hay miles, miles de muertos entre los cuales elegir. Y con cada miembro de la familia Tressand que perece, uno nuevo engrosa las filas de nuestro Palacio.

Así que, pues, esta es una noche de celebración.

El miércoles, me despierta una presión amplia en el hombro. Al abrir los ojos, el rostro bonachón de Norbert parece ser uno con la oscuridad.

-Liseth. Liseth.

Algo en mí se asusta, pero despierto de inmediato.

-¿Qué ocurre?

Norbert se lleva un dedo a los labios.

-¿Puedes madrugar? Quisiera que me acompañes a un sitio.

La cabeza me duele, pero asiento, todavía somnolienta. Norbert se marcha contento, y yo me ocupo en sentarme en mi cama, con la vista fija en los patrones que la madera crea en el suelo. Mi mente está en blanco. Al minuto, como un sistema defectuoso que con lentitud se reinicia, comienzo a recordar los eventos cotidianos, o no cotidianos, que transcurrieron en mi vida los últimos días. Suspiro, y comienzo a vestirme.

Norbert jamás me ha despertado a esta hora, por lo que sólo puedo concluir que ha planeado otra visita al hospital. Si ese es el caso, tampoco me interesa alertar a sus hijos. Bajo las escaleras de puntillas, y me pongo las zapatillas en la mesa del comedor, entre bostezos. Él se acerca, y me alcanza un café.

-Matt debe hacerlos mejores, pero estamos con una agenda un poco ocupada. De todos modos, tranquila. Aún es temprano.

Ciertamente es temprano. No hay clases hoy, pero el reloj que cuelga de la pared aun así marca las seis. Con eso y todo, a Norbert se lo ve lleno de energía. Prepara cosas, y camina de un lado a otro, sus pasos van dando retumbos en la casa que por suerte no despiertan a nadie. En cuanto termino mi café, le hago una seña. Por la velocidad con la que se dirige a abrir la puerta, parece que nos hubieran encargado desactivar una bomba.

Nos abrochamos bien el cinturón de seguridad del Twingo, y marchamos. El cielo continúa oscuro. En el invierno, los amaneceres son una cosa muy repentina. Recién cuando nos hallamos a mitad del camino de pendiente, me permito preguntar.

-¿Vamos al hospital?

Los dedos de Norbert tamborilean contra el volante, con ansiedad.

-No. Hoy me tomaré un día libre. Ya avisé a mis colegas.

-¿Entonces?

-Vamos a buscar a alguien.

Como estoy tan dormida, apenas puedo adivinar. Por la ventanilla, el pueblo permanece tan silencioso como siempre. La nieve ha temporalmente cesado de caer sobre las casas; un viento tenue, helado, la reemplaza meciendo todo bajo su paso, y por la hora me queda claro que muy poca gente aquí es

madrugadora; puertas, ventanas, todo se halla firmemente cerrado. Viendo aquello, siento un poco de pereza y la necesidad de volver a mi sueño, a la comodidad de mi cama y el calor de mi habitación. Pero me resigno a tener que pagar algo de todo lo que debo a Norbert.

Nos alejamos del centro, y terminamos llegando a un bar pequeño, recién abierto. Son casi las afueras del pueblo. Un viejo mozo entra sillas con manos temblorosas. Cabe preguntarme si no es este el sitio al que se refería mi padre, el que supuestamente había sido cerrado.

Al menos, me consuelo a mí misma, esto no tiene nada que ver con mi problema. Norbert parece ansioso por algo más, no tendré que responder preguntas, ni recordar, ni nada que pueda hacer peligrar la calma con la que he podido hacer las paces. Eso me relaja, y me siento más predispuesta para lo que sea que ocurra. Norbert pide un par de facturas, para esperar, y en cuanto el anciano mozo asiente y marcha -desde luego, también es el cocinero y dueño del lugar- un sonido potente irrumpe desde la ruta, único escenario que se abre frente a nosotros cortando la llanura.

Un deportivo rojo derrapa, separándose del asfalto y entrando media trompa en dirección al bar. Norbert se pone de pie, casi arrojando la mesa. Yo miro, confundida, a aquella máquina moderna, lustrosa, tan bien cuidada. ¿Un Ferrari? No sé mucho de autos.

La portezuela se abre, y un hombre emerge de allí de un salto. Pero no nos mira, sino que abre el baúl; saca una valija enorme, cuadrada, y con una mano la deposita en el suelo.

Luego sí, gira su cuello y nos observa con una peculiar mueca. Se acerca, el traqueteo de las ruedas de su valija el único sonido en la desierta escena. Sus pies se detienen a un metro de Norbert.

Siento que algo va a ocurrir. El hombre es de edad indefinida, lleva una chaqueta celeste, y el cabello peinado hacia el costado, corto tras la oreja. Sus cejas se acentúan espesas. En los ojos hay una emoción queda, burlona. Se observan frente a frente con mi cuidador, y luego habla.

-Norbert.

-Johan.

Los miro. Ambos levantan lentamente ambos brazos. Las palmas chocan con un estallido que sacude todas las sillas.

-¡Tanto tiempoooo!- gritan al unísono. Chocan las palmas una y otra vez, en una especie de saludo pandillero que me deja perpleja. Él es Johan, me digo a mí misma. Es el hermano mayor de Matt, de Kari, de Wilhelm. Viéndolo así, me impacta no haber descubierto cuánto se parecía a Norbert.

-¡Ya te extrañaba!- abraza él a su padre, y Norbert lo levanta por los aires. Luego lo suelta, y Johan da una carcajada- Dejaste crecer mucho esa barba. ¿Cómo marchan las cosas por aquí?

Norbert tose, feliz, y me señala.

-Quiero presentarte a alguien.

El joven se gira. Parece como si recién se percatara de mi existencia. Se inclina un poco, con esa mueca burlona, y me mira de pies a cabeza.

-Eres Lisbeth, ¿verdad? Norbert me escribió sobre ti. Eres nueva en el pueblo.

-Soy...

Su mano se extiende. El movimiento es demasiado veloz, y me interrumpe. Pero parece amistoso. Intento tomarla, pero Johan entonces la aparta de inmediato, girándose.

-¡Casi lo olvido!- dice, y vuelve a arrodillarse cerca de su valija- De hecho, te traje un regalo. Con todo lo que me decía papá sobre ti, me hice algunas ilusiones... Espera, estoy seguro de que lo tengo por aquí.

Norbert observa de brazos cruzados, satisfecho. Yo misma no sé muy bien qué pensar, y lentamente bajo la mano que me quedó en el aire. Johan se da vuelta, con un frasco de vidrio, de esos que se usan para guardar arroz, lleno de agujeros. Lo planta en mis manos con un movimiento.

-Mira.

Dominar el impulso de soltarlo me resulta costoso cuando veo lo que hay adentro. Una tarántula rojiza, de aspecto agresivo se prende del cristal, moviendo todas sus patas en unísono. Palidezco un poco. Johan sonrío, y me palmea con fuerza.

-¿Te gusta? Es una araña merodeadora de Brasil. Me costó bastante conseguirla. Es un animal muy particular. Uno de los pocos arácnidos que ataca al ser humano por voluntad propia. ¿Qué te parece?

-Yo...

-¿No te gusta?- la mira, y luego se vuelve a mí con ojos contraídos.- Es mi regalo.

-No...- digo, resistiendo la necesidad de arrojarla- Gracias. Es sólo que...

-Sabía que me ibas a caer bien, Lisbeth- me vuelve a palmear Johan, y se dirige de nuevo a su valija- Ya que te gustó, te traje una segunda. No estaba muy seguro en un principio, pero veo buena química entre ustedes.

Saca otro frasco con una araña similar, aun más grande. Comienzo a sospechar que todo esto lo está divirtiendo de sobremanera. La tarántula salta de un lado a otro, como si planeara destruir su prisión a puras embestidas. A duras penas la logro sujetar con mi otro brazo.

-Te enseñaré a alimentarlas con azúcar e insectos- continúa Johan, y luego se olvida de mí y retorna a su padre-¡Qué viaje, eh! Desde casa hasta aquí la ruta es una miseria. ¿Te crees que tuve que comerme uno de esos sándwiches envasados de la estación?

-Ya te prepararé algo verdaderamente sabroso- responde Norbert, y vuelven a chocar las palmas. Jamás vi una relación como esta.- ¿El coche sigue tan deslumbrante como siempre?

-Alcancé los doscientos cuando pasé el control.- su hijo toma de vuelta la valija, la cierra, y la levanta sin esfuerzo. Comenzamos a caminar hacia los autos, yo algo resignada con mis dos criaturas de la muerte bajo cada brazo.- ¿Cómo andan mis queridos hermanos? Deben de haber crecido tanto...

-¡Ni que lo digas! Duermen como un tronco. El equipo de Matt ha ganado todos los partidos hasta ahora, y a Kari parece irle bien...

-Y Will es Will, ¿eh?- ríe Johan, y se vuelve a mí- ¡Lisbeth! ¿Qué te parece mi auto?

-Es muy lindo.

-Me agrada esta chica- asiente- Si cuidas bien a tus nuevas mascotas, tal vez te deje dar un paseo en el asiento de atrás. Aunque tendrás que bañarte primero, para que no se le pegue el olor... Así que, ¿me dices que Matti ha estado haciendo estragos con su equipo?

¿Eso fue una broma?

No puedo leer a este tipo.

-Parece que lo lleva bien- le responde Norbert, que no parece darse por enterado de los velados insultos que me hace su hijo, tan feliz como si presenciara su primer nacimiento- En poco rato lo veremos con una novia.

-¡Eso sería de temer!- estalla en una carcajada, y guiña un ojo- ¿Helen dijo algo interesante?

-Creo que estaba muy emocionada de saber que vendrías.

-No podría ser de otro modo. Me quedaré en su apartamento durante estos días, aunque tengo algunas cosas que quisiera dejar en mi cuarto.

Se da vuelta, y me mira.

-¡Lisbeth! ¿Me ayudas con la valija?

Norbert se vuelve hacia el Twingo, y con un control Johan hace que el baúl de su auto se levante. Adentro lleva lo que parece suficiente equipaje como para vivir cinco años esperando en un aeropuerto. Toma la manija de su bolso, y me hace un gesto para que tire del otro lado.

-Empuja. Entre los dos será más fácil. Espero que hayas tomado la sopa, Lisbeth.

-Soy Liseth.

-Claro.- sonrío. Dejo las tarántulas en el suelo, y algo más aliviada tomo el borde de tela. Por el esfuerzo que debo hacer, de pronto me da la impresión de que Johan no está ayudándome en nada. Su cara no hace inflexiones más que una cruel burla durante todo el proceso, hasta que logro hacer entrar esa valija en el baúl. Luego me palmea de nuevo, y se dirige a arrancar su propio auto sin dar las gracias.

"Este tipo..."

Mientras guiamos a su Ferrari de regreso al pueblo, y por los caminos que suben hasta la casona, regreso a mi vieja costumbre de morderme las uñas. Las tarántulas descansan en el asiento de atrás, saltando una contra la otra sin tocarse, detenidas por su vidrio. Ya tengo una buena idea sobre qué hacer con ellas.

Pero Johan... Matt me dijo que no tiene un pelo de tonto. Hay algo, en su modo de tratarme, que me hace pensar que me está probando. Y si es así, lo mejor sería estar precavida.

¡Y Wilhelm! De pronto recuerdo, lo que ocurrió hace tan sólo dos días.

Wilhelm me advirtió, que su hermano regresaría. ¿Fue eso casualidad?

No.

En San Naerit, no existen las casualidades.

Estoy segura de que algo está ocurriendo.

Cuando llegamos, el Ferrari de Johan se estaciona a diez centímetros del Twingo, de modo que tengo que realizar el trabajo de cruzar al otro lado para poder salir. Contengo la repentina ira que me atraviesa el pecho y emerjo, victoriosa, pero luego recuerdo que ambas arañas aún se hallan en el asiento trasero. Por mucho que me gustaría abandonarlas allí, son algo de lo que debo encargarme.

Así que las tomo desde la ventanilla abierta con mucho cuidado, y entro a la casa bastante después que los otros dos. Ambos hablan animadamente en la cocina, tan felices de verse que no necesito darles ninguna excusa para subir a mi habitación. De inmediato cierro la puerta.

Apoyo los frascos sobre mi cama, y observo a las arañas. Permanecen curiosamente quietas, ambas sobre la pared interna del vidrio, las patas lustrosas e hipnotizantes. Unos segundos después, logro invocar la Puerta Roja.

Es un trabajo un poco esforzado el abrirla llevando a ambas, pero lo consigo. Kain me ve pasar con una ceja levantada.

-¿Y eso?

-Un regalo- digo, apoyando ambas al borde del balcón- Del hermano mayor de Matt.

Empujo a la primera, hacia el abismo que hay debajo. Se desintegran, vidrio, tapa, y criatura, en una energía verduzca. La otra permanece quieta, sin darse por enterada del final que le espera.

-Asumo que no te agradaron.

Arrojo la siguiente tan lejos puedo, para que el atardecer eterno la devore. En cuanto la veo desaparecer siento que me he quitado un peso terrible de los hombros, y me vuelvo hacia el fantasma.

-No. Kain, ¿el nombre Johan te suena familiar? Quiero decir, ¿recuerdas haber conocido a alguien llamado así mientras vivías?

Piensa durante unos instantes, en los que mis ojos se pierden en el mechón oscuro, ondulado que le cruza la frente, entre las cejas.

Luego presiona los labios.

-No podría asegurarlo.

-Pero no es un no.- asiento- Veamos, esto es sólo una sospecha, ¿okay? No quisiera que ocurriera lo de la otra vez. Sólo una sospecha que tengo.

-Sólo una sospecha que tienes- asiento él a su vez- Comprendido.

-Creo que el hermano de Matt se trama algo.

-¿El tal Johan?

-Sí.

-¿Lo dices porque te regaló dos tarántulas?

-No.- bufo. A veces Kain era realmente inocente.- Era de esperar que alguno de los hijos de Norbert fuera así. No... No sabría ponerlo en palabras. Pero quisiera echarle un ojo encima. Te haré ver a través de mí. Si lo reconoces, confírmame.

Él sonrío, esa sonrisa triste, incipiente, que en ocasiones suele mostrarme.

-Lo tendré en cuenta.

Con aquello, decido dejar el balcón por el momento. Paso las enredaderas, el cuerpo de Mina, y continúo el camino hacia donde la puerta a mi mundo me espera, emanando dentro de su umbral una luz cegadora.

Al salir hay una voz.

-Eh, Leslie.

Con toda seguridad, puedo afirmar que mi corazón se frena. Junto a la puerta de entrada de mi cuarto, de brazos cruzados, Johan se halla esperando, con aspecto divertido.

La boca se me seca.

Me vio.

Intento pensar, qué decir, qué explicar.

¡Lo vio!

-Yo...

-Acompáñame a despertar a mis queridos hermanitos- dice Johan, como si nada hubiera ocurrido. Pero su mirada parece comunicar mil cosas más. En mi pecho los retumbes no paran, mientras considero mil pensamientos, mil opciones. ¿Me vio? ¿Me vio saliendo de la Puerta? Incluso si la borré en cuanto lo hizo, no hay posibilidad de que sus ojos se hayan perdido de un detalle como ese. ¿Está pretendiendo hacer el tonto? ¿O el Palacio pudo borrar una memoria tan directa como esa? No, no puede ser. La Puerta existe en esta realidad, fuera del campo de acción del Palacio. ¿Qué debo hacer ahora? ¡Me vio!

-¿Vienes, Leslie?

Tartamudeo un poco, y sigo a Johan hasta el pasillo que comunica nuestras tres habitaciones. No dice nada, las manos en los bolsillos, mientras me guía hasta el cuarto de Matt. La puerta está cerrada, y su ocupante debe de hallarse durmiendo. Johan la mira y se señala la sien un par de veces.

-Se me ocurrió darle una sorpresa a Matti. Hace mucho que no lo veo. ¿Puedes entrar y decirle que salga? Lo estaré esperando. Se va a pegar un susto.

Todavía impactada, perpleja, dudo al apoyar la mano en el picaporte. No acostumbro a meterme en cuartos ajenos.

Johan me da un empujón.

-¡Vamos, vamos! Será divertido, Leslie.

-Soy Liseth...- murmuro, y entro. El cuarto está en penumbras. Cierro la puerta a mi espalda, y quedo durante unos segundos de pie, entre el desorden y el silencio. En la oscuridad puedo adivinar ropa tirada, posters de jugadores de fútbol, calzoncillos, un escritorio con algunas revistas y trofeos de su equipo. También adivino la silueta de Matt, echado en su cama, con sus sábanas hechas un revoltijo.

"¿Qué estoy haciendo?"

Tomo valor, y me aproximo. A pocos centímetros, su respiración es audible. Me arrodillo a su lado, viéndolo dormir, preguntándome si no estoy siendo algo tétrica en este momento. Luego le sacudo el hombro con timidez.

-¿Matt?

Habla, con los ojos cerrados.

-Hm.

-Matt, despierta.

Sólo abre uno.

-¿Liseth? ¿Qué haces aquí?

"No tengo ni idea."

-Alguien te espera afuera.

-¿Qué?

-Que alguien te espera afuera.

Se incorpora, de inmediato, y prende su velador. La luz nos da a ambos, mientras él se restriega los ojos.

-¿Qué hora es? ¿Estás bien? ¿Qué ocurrió?

Me siento capaz de arrojarme por la ventana.

-Alguien te espera afuera.

Matt me mira durante unos largos segundos, muy atento. Intento verme lo más consciente posible. Luego su mirada se gira hacia su puerta.

Se levanta sin decir nada, y la abre. Lo veo asomar a ambos lados del pasillo y volverse hacia mí.

-No hay nadie. ¿Estás segura de que estás bien? Si quieres, podemos llamar a papá y...

Me palmeo el rostro.

-Disculpa. Johan me dijo que te avisara. Que...

-¿Johan está aquí? - pregunta Matt, despertando de repente. Justo entonces oímos risas, en el piso de abajo.

-Sí- digo, tragándome la amargura.- Dijo que te sorprendería, pero...

-No te preocupes.- Matt busca pantalones, y recién entonces me percató de que está en ropa interior y remera. Parece que él también lo nota.

-¡Lo siento!- digo, y me escabullo escaleras abajo.

Cuando llego, Johan está haciendo girar a Kari por los aires. Ella ríe a carcajadas, y Norbert aplaude.

-¡Liseth!- me dice la muchachita al verme- ¡Estás colorada!

-Como una de las hormigas de fuego del África- asiente Johan, dejando a su hermanita en el suelo- Pareces un tomate, Leslie.

-¡Liseth!

-Lisbeth- se corrige, con fingida inocencia.- ¿Le dijiste a Matti que bajara?

Un insulto se traba en mi paladar. Me calmo a mí misma, respirando lentamente. Sabe lo de la puerta. En cambio, establezco en mi mente mi vínculo con Kain. A través de mis ojos, el espectro del balcón comienza a ver.

-Sí. Ya viene.

Matt baja un poco después, vestido, y también choca manos con su hermano.

-¡Qué grande estás! ¿Superarás mi altura?

Los tres siguen hablando, animados. Kari le pregunta cosas sobre sus abejas y la empresa, Matt sobre el viaje, Johan les arroja anécdota tras anécdota, tan carismático como siempre. Parece tener energía ilimitada, como su padre.

Norbert mismo se dirige al sótano, y grita.

-¡Eh, Will! ¡Llegó Johan!

Pasan unos segundos de silencio, en los que todos esperamos; Norbert, Johan que alza a Kari en sus brazos, y Matt. La puerta se abre, y Wilhelm sube, con aspecto sombrío, a la luz que hay en el salón comedor.

-¡Eh, eh!- dice su hermano mayor, dejando a Kari en el piso y torciendo sus dedos alrededor de los ojos, como binoculares- ¿Qué tenemos aquí? ¡Un verdadero Wilhemicus Llorocus!

Kari y Norbert ríen, y Matt amaga una media sonrisa. Yo observo a Wilhelm. Parece retraído.

-¡Anímate!- lo palmea Johan, casi arrojándolo contra la pared- Ya eres bastante feo sin estar así de tristón. ¿Dormiste bien?

-Sí.

-Asumo que tu cuarto sigue siendo el mismo cementerio de elefantes de siempre.

Otra vez, los demás ríen. Wilhelm asiente, quedo.

-¿Sigues coleccionando tus barbies? Olvidé cómo se llamaban.

Kari apenas contiene las carcajadas, y Norbert tose. Wilhelm no mira a su hermano a los ojos.

-Sí.

-Eso está muy bien- le apoya una mano en el hombro Johan, y ríe- No todos los días uno puede presumir de tener un hermano que juega con muñecas. ¿Qué habrá de comer hoy? Traje algunos mejunjes desde mi casa que quisiera que prueben.

Norbert se le aproxima, y ambos comienzan a hablar sobre un nuevo tipo de miel, o algo por el estilo, dejando ya del todo la atención fuera de Wilhelm. El susodicho se da la vuelta como un autómatas, escaleras abajo para volver a su cuarto. Ni siquiera parece percatarse de que yo aún lo observo.

De pronto, en mi corazón, siento una pena profunda por él.

Pero Wilhelm no es una persona a la cual sea fácil acercarse. Por el momento, me concentro en Johan, viéndolo con detenimiento, intentando interactuar lo más mínimo posible con él. Me resigno a que nunca acierte mi nombre, y tolero sus bromas sin rechistar. La familia Weigler pasa toda mañana en el comedor, hablando, y él es el centro de esa celebración. Cuenta cosas distintas, divertidas, con mil nombres que yo no conozco, pero que hacen saltar a su padre y a sus hermanos de emoción. Al parecer, su negocio marcha bien. Hay un nuevo tipo de abeja, que planean importar desde el norte, que resiste mejor las bajas temperaturas. A uno de sus apicultores lo picó un enjambre, pues su traje había quedado roto sin que se percatara. Tuvieron que hospitalizarlo. Su miel obtuvo una medalla en el mercado de la capital. Hallaron a una boa de más de cuatro metros cercana al linde del río, y aunque quiso capturarla, al final tuvieron que matarla. Hubo un incendio forestal, pero pudieron frenarlo justo a tiempo.

Entre anécdotas así, en las que Johan gesticula, actúa, representa personajes, parece sentirse en su salsa, pasamos todas las horas hasta el almuerzo.

Luego por fin ocupamos la mesa, y Norbert llama a Wilhelm a que nos acompañe de nuevo. Regresa con la misma actitud reservada, y resiste el nuevo embate de bromas que lo recibe. Yo observo callada, de nuevo sintiendo pena por él. Creo que en tan sólo una hora, comienzo a comprender por qué Wilhelm es como es.

Norbert trae una bandeja llena de carne envuelta en hojas de parra, un plato que obtuvo de internet y del que se siente muy orgulloso. Despiden un aroma cautivador, y las comemos con gran placer. Entre bocado y bocado, Johan encuentra tiempo para seguir hablando.

-Entonces le dije, "¡Qué te crees!". El tipo comenzó a hacer un barullo, y todos pensamos que se iba a armar. Tim me dijo que le rompería el cráneo, ya saben cómo es él. ¿Más pan, Liseth?- asentí, pero volvió a dejarlo fuera de mi alcance, como por un descuido, y prosiguió- Así que les dije, "Muchachos, es mejor si todos nos calmamos" ¿no? Porque la cosa iba a ponerse fea. Pero entonces...

De repente chasquea sus dedos, y queda en silencio, con la quijada levemente flexionada hacia arriba, como si estuviera recibiendo una epifanía. Su familia lo observa muy atenta.

-¡Cómo lo olvidé! ¡Cómo pude olvidarlo!

Se miran. Norbert se inclina, solícito.

-¿Qué...?

Pero Johan le hace una seña para que espere, secándose la boca con la servilleta de Wilhelm. Rebusca en los bolsillos de su abrigo durante unos segundos, hasta que parece hallar lo que le interesa.

Luego nos mira a todos, con una mirada atrevida.

-Tengo una sorpresa que les puede interesar.

-Oh, vaya- ríe Norbert- ¿De qué se trata?

Matt presta atención, y Kari aplaude. Wilhelm, por primera vez, levanta la vista hacia su hermano. Yo espero, mientras Johan lentamente revela los papeles que nos acerca, papeles que en un principio me es imposible reconocer.

-¡No!- grita Kari, pálida. El otro sonrío, agitándolos frente a ella.

-Papá me dijo que te gustaban, ¿no? Son boletos para ir a ver a los Grados en Visgana, en unas semanas. Pasaje directo a su concierto. Yo me encargaré de los gastos. He pensado que, ya que no los veo, podríamos hacer un lindo viaje familia...

No puede hablar más, porque Kari lo abraza arrojándolo de su silla en un éxtasis de emoción. Norbert también los alza a ambos con su descomunal fuerza, contento con la idea.

Visgana.

¿Es posible que...?

"Liseth" dice Kain dentro de mi mente.

"¿Escuchaste?"

"Sí. ¿Dijiste que se llama Johan?"

Asiento para mis adentros.

"Es familiar" concluye Kain, con certeza, aquello que yo ya sabía. "Definitivamente es familiar. Ten cuidado."

Y mientras Kari se pierde en agradecimientos, y todos ríen, comienzo a sentir que pronto necesitaré nuevos aliados.

Hablaré ahora sobre el Palacio en sí, y de sus propiedades. Siendo una construcción en cierto modo alienígena, creada por un ente tan incomprensible como lo es el can demonio al que llamamos Glasyalabolas, posee cualidades que se escapan a la razón humana.

Pero yo encarno la voluntad de aprender, y por eso no dejaré que mi pluma ceda en sus intentos de explicar este fenómeno. Comenzaré diciendo que el Palacio no tiene límites, y los tiene. Esta contradicción funciona de este modo; su área de influencia se halla limitada a este pueblo, y quienes mueren fuera de él no ven sus almas encerradas por sus paredes. Pero una vez adentro, uno podría caminar eternamente en cualquier dirección. No hay sur, ni norte, no hay este ni oeste, no hay más que construcciones caóticas, que heredaron mucho del mundo del cual nuestro demonio llegó. Las habitaciones se crean y se deshacen a sí mismas, como gotas hundiéndose en un lago. Se forman construcciones que revelan estados mentales, psíquicos, de sus ocupantes, y luego desaparecen, o permanecen, se vuelven dispares y se modifican. Nuestro Palacio desborda la consciencia.

Luego está el asunto de sus áreas. Formalmente, Glasyalabolas dividió el territorio a la mitad; una para mí, y otra para Raquel. A través de las puertas, podemos acceder a los territorios del otro. Como nigromantes, tenemos absoluto control sobre cada una de nuestras mitades. En cuanto a qué las hace nuestras, me atrevo a teorizar que es un asunto absolutamente circular; las hace nuestras el hecho de que los muertos en ellas nos pertenezcan, y nos pertenecen, pues son nuestras áreas y nuestra voluntad reina en ellas.

También hay otro sitio, en lo profundo, al que no me atrevo a visitar. Es el núcleo, que lleva a lo que sea que exista en verdad en el otro lado. Es un lugar oscuro, en donde los seres como Glasyalabolas fueron formados. Nos ha advertido que nos mantengamos alejados.

Sólo Raquel está curiosa al respecto.

Ahora, como último comentario, explicaré otro poder interesante de nuestro Palacio, que va más allá de la nigromancia y las posesiones. El Palacio, por definición, es la tierra del Olvido. Es la tierra del deseo a inexistir, en ella, sólo hay recuerdos, y para quienes no se hallen sobre sus baldosas, olvido.

Dicho de un modo menos poético: cualquier cosa que entre al Palacio es olvidada en el mundo de los vivos.

Las aplicaciones de este fenómeno me parecen excitantes. Hemos hecho a la familia Tressand olvidar a su más joven hijo; lo tenemos atado, capturado por nuestros muertos, en lo más hondo de una de las habitaciones de nuestro hogar. Raquel lo alimenta, evocando la triste figura de una madre. El pequeño llora, pero no entiende lo que ocurre. Es un conejillo de indias. No puede imaginar, que su madre lo ha olvidado, que su padre lo ha olvidado, que el entero clan de los Tressand no podría ni mencionar su nombre.

Es una lástima. Pero este poder, de manipular memorias... es interesante.

Muy, muy interesante.

XXVIII

Y los días siguen pasando.

Johan no se quedó en la casona, sino que partió a alojarse en el apartamento de Helen, quien ya tenía una cama preparada para él. Con ella o solo, siguió visitándonos para almuerzos y cenas; solía pasar a la tarde, jugar al ajedrez con Matt o a la pelota con su padre, como si se tratara de otro chiquillo, y se iba antes de que llegara a oscurecer. Ni en una sola de todas esas visitas pude hacerle comprender, o aceptar, que mi nombre no era Lisbeth, Leslie, Lessie, o cualquiera de las combinaciones de letras que su lengua soltara con el único motivo de provocarme. Por lo demás, había terminado por asumir que lo mejor era evitarlo. Al menos, sentía que intentar luchar contra sus burlas veladas, contra las bromas o el maltrato sólo iba a dejarme mal parada. Comprendía a Wilhelm. Wilhelm no respondía a ninguno de los comentarios que su hermano hacía para humillarlo, sino que en silencio regresaba, una y otra vez, a la soledad de su habitación. En mi caso, me cabía preguntarme de qué lado se pondría la familia Weigler en el caso de una confrontación. Ante las burlas Norbert hacía oídos sordos, enamorado con el hecho de que su hijo hubiera regresado, riendo o interpretando de manera amena los crueles sarcasmos con los que una y otra vez él se deleitaba en aplastar los ánimos de su hermano. Matt, Kari, Norbert... ¿apoyarían a Johan? Si ese era el caso, prefería mantenerme callada. De momento, Johan sólo era irritante, una versión adulta, pero inmadura, de los muchos abusones con los que había lidiado en mi anterior escuela.

Lo observaba, muy atenta, en busca de la conexión que tuviera con Kain, de saber qué era lo que se tramaba regresando al pueblo. Como todos los abusones, gustaba de una increíble popularidad. Los productos de su empresa eran reconocidos, los locales de comida que había en el centro lo alababan como a un dios, los estudiantes de San Naerit lo conocían, y en cuanto Matt había hablado de su regreso habían sido todos los varones de nuestro curso quienes le mandaron saludos. Johan era una figura pública, casi tanto como podía serlo el director Ashadd, Harrold, o Alice; era una figura extraña, y por eso mismo envuelta en una mítica que los otros no tenían, que le sumaba un carisma ilimitado. Sabía aprovechar esas circunstancias muy bien; estaba convencida de que en cuanto a él refería, las anécdotas, historias, las bromas que jocosamente compartía con cualquiera que quisiera oírlo eran manipulaciones, formas de acercar a la gente a lo que ellos creían era su corazón, para mantenerlos controlados, para mantenerlos suyos. Quienes no le servían, como Wilhelm o como yo, éramos dejados de lado.

Había también otro inconveniente, que la llegada de Johan Weigler ponía en mi vida. Se refería al Palacio: como me había visto, como había cortado la línea de privacidad, de invisibilidad que yo me había construido en torno a mis visitas a Kain, había terminado por reducir, por las dudas, mi contacto con el

fantasma a las ocasionales charlas mentales y a las idas nocturnas, cuando ya la luna estaba llena y en lo alto asomando en mi ventana, que me quitaban el sueño y me hacían hundirme en bostezos durante las clases, para gracia de mis amigas. No pensaba dejar de ver a Kain, pero tenía que reconocer que las cosas habían cambiado. Lo importante para mí era, ¿qué tanto sabía Johan? ¿Realmente me había visto saliendo de la Puerta? No tenía ninguna respuesta clara para aquello. Él mismo sonreía, se llegaba en su Ferrari, tan triunfal como siempre, y en su modo de dirigirse a mí siempre estaba leve la constancia de una burla muda, de un *yo sé*, que no cesaba de disgustarme.

Un miércoles, que vino a alimentar a su colección de alimañas, su voz me alcanzó en cuanto retomaba los peldaños para mi habitación.

-¿No quieres jugar, Lassie?

No lo corregí, sino que quedé detenida en el escalón, mirándolo. De pronto me percaté de que ambos estábamos solos. A un costado, y a otro, había sólo silencio y el crepitar del fuego de la chimenea, que Norbert había encendido con leña para calentar la casa del frío invernal que reinaba afuera.

Me di vuelta, y miré a Johan muy queda.

-Creo que voy a pasar.

-¿De verdad?- cerró un ojo él, divertido, y me apuntó con uno de los peones.- Aunque no lo creas, el ajedrez no es una cuestión de inteligencia. Incluso la gente estúpida tiene una oportunidad.

Apreté los labios, sin una respuesta clara, y marché a mi habitación. De reojo, pude comprender que Johan sonreía, su mirada perdida en el tablero sobre la mesa. La descripción de Matt había sido correcta, pero vista desde su admiración, desde el respeto que un hermano menor podía sentir. Para mí, pensé entonces yo, en sólo dos semanas ya había quedado claro que Johan era la versión joven y *malvada* de su padre.

Desde ese día, por el sólo motivo de calmarme, decidí olvidar todo lo que a él refiriera y concentrarme en mis propios planes. Las reuniones de delegados marchaban bien; el grupo era animado, los estudiantes estaban dispuestos a ayudarme y en los pasillos se hablaba de ese nuevo club que se había formado, del club que presidía las decisiones que los estudiantes vivirían en el colegio. El hecho de que todo fuera secreto había atraído el interés de varios, que solicitaron admisión dentro de nuestras charlas, cosa a la que rotundamente me había negado. Necesitaba que, de momento, nuestro pequeño grupo de reuniones pareciera una cosa inalcanzable. Tal vez por esa imagen de infabilidad, ninguno de los miembros había tenido problema en tomar el dinero dado por las donaciones de su curso y verterlo en una fosa común, sólo abierta para nosotros, que supuestamente utilizaríamos para pagar el festival que tanto nos deleitábamos arreglando. A ese punto, y con tanto dinero en posición, a mi plan sólo le faltaba un poco de acción directa por mi parte: ya me había encargado de engatusar a Arthur Irrauldi como Mina, con pequeños gestos, con sonrisas, con una mano como por descuido puesta en su antebrazo al hacerle un pedido cualquiera. Eran cosas mínimas, que los demás no notaban, pero que yo sabía a él lo encendían y lo hacían más propenso a equivocarse. No estaba segura de si el ajedrez era realmente o no apto para idiotas, pero, lo juraba por mi ambición, idiotas en todos lados sobraban.

El otro lado de mis responsabilidades eran las prácticas de danza, que también marchaban a punto. Mis compañeras seguían aplaudiéndome cada

vez que bailaba para ellas, la profesora DuMarque misma separaba varios de los minutos de la clase en corregirme, apoyarme, alentarme tanto como lo hacía con Alice, mi rival en esa empresa. Nos hacía estirar a ambas más que a las demás, y ninguna miraba a la otra durante esos minutos, pues las dos sabíamos que éramos soles, dos soles que pronto colisionarían en una explosión que sólo tendría a una vencedora. Entrenábamos una y otra vez, durante la hora, y también por nuestra cuenta, de eso estaba segura, en un afán por superarnos. Yo sabía que debía ganar. Debía ser mejor que Alice. Una vez lo lograra, iba a poder sentirme satisfecha conmigo misma.

-¡Así, niñas, así!- nos aplaudía la profesora, y luego chasqueaba los dedos- Gerardo, ¿les traes unas toallas? ¡Qué espectáculo!

Pero en cierto modo, también la danza hacía que todo regresara a ese nuevo personaje que había interrumpido en la cotidianeidad de mi vida. Hoy, viernes, mientras veo a Mikhail enseñar a Matt biología en la mesa del comedor, me permito distraerme, y repensar algunas de las cosas que ocurrieron en los últimos días. Johan había venido, con boletos, con el expreso propósito de invitarnos a Visgana. Si bien la idea me agrada casi tanto como a Kari, no dejo de pensar que ha sido una casualidad demasiado conveniente. Inclusive las fechas coinciden: aunque la familia Weigler va a arribar un tanto después que las alumnas de la Academia de Danza, son las mismas semanas y el espectáculo en el Lastega va a ser también en la misma noche que el concierto que darán los Grades. ¿Es realmente una coincidencia? Y si no lo es, ¿cómo probarlo?

Distraída, rumio ideas aisladas, ignorando el rasgueo que hace la lapicera de Matt contra su hoja, y la mirada severa de su joven tutor. Intento pensar, esta vez, en Johan. Cuando no está en la casa, me puedo sentir segura; irónicamente, ahora no me altero tanto cuando Mikhail se halla aquí, por costumbre o por entender como él funciona.

Creo que entiendo, de forma muy elemental, qué quiere Mikhail. Quiero decir: no conozco su deseo, ni su razón de estar en este pueblo, pero es una persona de justicia. No se burlaría de mí, no me apuntaría con un dedo lleno de sorna, no pondría a los demás en mi contra revelando las humillaciones que sufrí en mi viejo instituto. Existe, actúa, es sereno en todo menos en la derrota. Ya comprendo qué clase de relación, de alianza pudo haber tenido en su momento con el difunto profesor Hauswhite. Y lo acepto.

Abro mis ojos, comprendiendo algo.

Johan.

¿Qué quiere Johan? ¿Por qué vino al pueblo?

"Para visitar a su familia."

No, no creo que sólo sea eso.

"Para visitar a su esposa."

Tampoco.

Para...

Tengo un chispazo, en el que recuerdo la carta que hice mandar a Norbert. Aquella en la que preguntaba por Kain. Johan nunca me dio una respuesta.

Y de pronto, tengo una solución para este problema.

Aunque antes de solucionarlo, me encargo de terminar lo que he estado preparando desde hace días. Después de un fin de semana de nerviosismo, de tomar notas, de declararme ocupada con el estudio, amanece e inicia la semana de clases con un día templado, caliente para ser de esta estación.

Mientras les hablo, mientras río, mientras Sally y Janet me cuentan de su fin de semana y veo a Elias y a Matt chocar los puños en algún juego bruto, controlo que todo esté en orden. Marco Sartore se halla presente, como siempre, en el fondo del aula junto con Larry Cutrone. Candice ha faltado con alguna excusa, pero espero verla para la clase de danza. Los demás: Sophie, Cecile, David, Rita, Scott; que ahora me guiña un ojo, todos se encuentran ya en sus asientos, o deambulando no muy lejos, a sabiendas de que en cualquier momento la vicerrectora puede aparecerse. Arthur Irrauldi también está aquí, con gesto impaciente, mirando el pizarrón. Es posible que, incluso sin la existencia de Mina, se sienta necesitado de la importancia que le da asistir a los encuentros del Club de Delegados. Ya no pide la ayuda de Marco, sino que ha desarrollado un tipo de orgullo. Me resulta adorable.

Me muevo un poco, incómoda, deseando que el tiempo pase más rápido. Apenas escucho lo que dicen mis amigas. Hay atención puesta en mí. Con eso me basta. Sin advertencias, nuestra profesora sustituta llega y antes de lo que imagino, como si el tiempo mismo se atuviera a mis deseos, el timbre suena y la tediosa clase de literatura finaliza.

Mis compañeros se levantan de sus pupitres, se estiran, sueltan suspiros de distensión. Yo continúo en mi banco, aunque mis amigas se incorporen. Simulo estar muy concentrada completando mis notas.

-¿Vienes, Liseth? Creo que hoy habrá bocadillos de higo en la cantina.

-Las alcanzo después.

Sally y Janet se miran, y dudan. Aunque me emociona que lo hagan, y lo predispuestas que parecen a sentarse junto a mí hasta que termine, necesito que se vayan. Las vuelvo a mirar, intentando sonreír.

-¿Me comprarían uno?

Con eso ellas parten, felices de sentirse útiles. Con un sexto sentido, todavía mis ojos puestos en la hoja, pienso sobre quiénes se han quedado dentro del aula. Matt salió, ya con casi todos los demás varones, y sólo los de siempre parecen no tener ganas de salir al recreo; Sophie, atenta a sus poemas, Cecile, que sacude su cabeza bajo el ritmo de alguna canción pesada, y Scott, que duerme con las piernas sobre su banco. Bien. Calculo que tengo apenas unos minutos hasta que Marco Sartore vuelva. Normalmente le agrada quedarse dentro del aula, para responder cualquier consulta que quieran hacerle, pero hoy se retiró junto a los otros a deambular por allí. Un comentario

mío sobre cómo me parecía que lo dejaban de lado había motivado a Matt, Elias y David a incluirlo en sus actividades.

Minutos. Pero debería bastarme.

Me estiro, me pongo de pie, tomo mi gorro de lana y camino hacia el fondo del curso, muy atenta al resto. Sólo hay silencio, el rasgar de la pluma de Sophie, y los ronquidos mudos que hace Scott. Cecile sigue moviendo su cabellera como una idiota. Es la prueba viviente de que cualquiera puede ser aceptado en San Naerit. Debería agradecerle esa esperanza.

Tomo la mochila de Arthur Irrauldi al pasar, e invoco la Puerta. Es un movimiento arriesgado, que realizo en unos instantes. Abro el picaporte en la pared, y la arrojo sin mirar.

Luego cierro, y, ya sin una puerta que se vea a mi espalda, voy a juntarme con las otras en la cantina. Ninguno de los tres se da por enterado de que, por un par de segundos, la brecha al mundo de los muertos se abrió dentro de esta misma aula.

XXX

La segunda parte de mi plan es algo más complicada, aunque requiere menos riesgos. Da inicio en la segunda mitad del recreo, después de que haya disfrutado, aún algo nerviosa, uno de los deliciosos bocadillos que la cantinera dispensa en el kiosco de la escuela, cuando me dirijo al Balcón y realizo el cambio para volverme mi mejor yo, Mina Harvnes.

Una vez en otro cuerpo, me siento más segura de mis pasos. Con ligereza camino, sin que me importen las miradas, hacia el aula en donde celebramos nuestras reuniones de delegados. Como Frederick, yo misma tengo una llave, del armario negro ubicado al lado del pizarrón. No me preocupó mucho mientras lo abro, y tomo la caja con el dinero, los fajos y fajos de billetes; la donación que han hecho, incluso desde antes de este año, cada uno de los cursos a través de padres, tíos y abuelos, para viajes, proyectos o gastos individuales. Como es una caja, llevarla sería incómodo, pero para eso estoy preparada; abro mi mochila, y comienzo a mover, puñado tras puñado de billetes, metiéndolo todo en el espacio vacío que quedó desde que saqué todos los libros y apuntes con los que Mina cargaba los lunes. Al finalizar, cerrarla se vuelve un trabajo forzoso. El elástico parece a punto de estallar. Pueblito o no, los alumnos de San Naerit han acumulado una pequeña fortuna.

La llevo por lo bajo, y me encamino al baño más próximo. Por fortuna no hay nadie, nadie que pueda verme abrir la Puerta dentro del cubículo más espacioso.

Aparezco en la entrada, cerca del pasillo ruinoso que conduce al escenario del balcón. Es mejor así. No quisiera que Kain supiera demasiado de lo que estoy haciendo. La mochila de Irrauldi está unos metros más allá, en donde la arrojé. La levanto del suelo, y comienzo a hacer el siguiente cambio: todo el dinero de las colectas, todos los billetes y monedas, guardados en el espacio que queda tras las carpetas, entre las páginas, en los pliegues de la tela y hasta en la cartuchera. Por último, como toque final, meto la llave del armario negro en el bolsillo más pequeño. Me quedo apenas con un par de grandes, y tardo algunos minutos en cerrar todo. Sin embargo, una vez lo logro se la ve bastante natural. Está hecho. Lo que viene ahora va a ser mucho más difícil.

Chequeo mi reloj, para asegurarme de que me queda tiempo. Apenas unos instantes. ¿Cómo puedo lograrlo? Necesito ser veloz, tan veloz como me sea posible. Salgo del Palacio, con la mochila de Arthur, y miro por ambos lados antes de dejar también el baño. Luego parto hacia la cantina. Irrauldi no tiene demasiados amigos, por lo que no se demora demasiado en regresar al aula. Marco ya debe de estar ahí. El lugar de paso obligado es...

Lo veo caminando, rascándose las marcas de acné y arrastrando los pies, poco responsivo al sonido del timbre que hace estruendos en las paredes. En cuanto el pitido calla, lo llamo.

-¡Arthur!

Irrauldi se da la vuelta, sacudido. Hago la mejor, la más dulce de mis sonrisas, y levanto su mochila.

-Te olvidabas esto.

Parece no comprender por unos instantes. Se tantea la espalda, anonadado, y luego se acerca.

-No... No me...

-¿Eres bastante despistado, no?- le guiño un ojo, y me acerco. Los alumnos están regresando. No me importa. Que nos vean. No tendrá importancia en cuanto todo termine.- Así no podrás hacer bien los deberes del club.

-Me estoy esforzando.- su voz es un murmullo. Estamos bastante cerca, y me desagrada nuestra proximidad. Apoyo una mano cerca de su pecho, pero luego retrocedo.

-Lo sé. Puedo notarlo. Estoy feliz de que estés con nosotros.

-De... ¿De verdad?

Asiento.

-De verdad. ¿Te veré el jueves?

-¡Claro!

No lo vería el jueves.

Por supuesto a eso él no lo sabía. Muy confiado me saludó, sujetando bien la mochila a su espalda y regresando al aula. Nadie había visto el momento en el que yo se la había devuelto. Incluso él debía de creer que por despiste la había tomado a la hora de ir al recreo. No era nada tan fuera de lo común.

Hago crujir mis dedos, preparándome para actuar. Es algo en lo que puedo presumir cierta habilidad. Los corredores ya están casi desiertos, apenas los estudiantes más rebeldes son los que aún no han puesto pies en polvorosa del patio interno o de la cantina. Reina una tranquilidad invernal, que resuena ecos con cada paso que doy. Cuando paso por el aula de sexto, algo de la

confianza que tengo se esfuma. Pienso en Harrold, que debe hallarse hablando con sus amigos, detrás de esas paredes. Pienso en nuestra cita arruinada, y en el beso que nos dimos. ¿Fue ese mi primer beso? ¿Puedo pensar algo así, cuando no estaba usando mi propio cuerpo? Es algo que debo tener en mente. Si quiero que Harrold sea mío, aunque sea como una figura, habrá cosas que tendré que considerar.

Pero ahora...

Abro la puerta que da al aula siguiente, en donde Frederick se organiza. Simulo estar agitada, respirar con dificultad, contraigo mi rostro en una expresión de urgencia. El presidente de la clase me mira, alerta.

-¿Harvnes?

-¡El dinero! ¡Desapareció!

Se levanta de inmediato de su silla.

-¿El dinero? ¿El de las colectas?

Me tapo la boca, y asiento. Mis ojos celestes están abiertos, tan abiertos como puedo dejarlos. Frederick se palpa los bolsillos, hasta que encuentra una llave. La levanta, poniéndola frente a mí.

-¿Dónde está la tuya?

-¡No lo sé!

-Tranquilízate.- dice, pensativo- ¿La dejaste en algún sitio?

-¿Piensas que alguien podría tomarla?

-Sí. Estamos hablando de mucho dinero. Harvnes, ¿no recuerdas haberla dejado en algún sitio?

Niego, sujetándome la cabeza, fingiendo pensar con todo lo que tengo. Luego hablo, mi voz convertida en un hilillo transparente.

-Creo que... Hoy...

-Intenta recordar.

-Creo que pude haberla dejado en la cantina.

Frederick Cable duda, y camina de un lado a otro.

-Todos los estudiantes van allí los lunes. Eso no nos sería de mucha utilidad.

"Toma la pista, completo estúpido."

-Oh, cielos, yo creía que...

Pretendo estar al borde del llanto, y por instante sólo mi intento de gemido es lo que se oye aquí adentro. Luego mi compañero chasquea sus dedos, victorioso.

-Excepto que no.- dice.

Lo miro, secando lágrimas que no están ahí. Frederick se vuelve a mí, resuelto. Parece que ya lo ha entendido.

-No todos los estudiantes saben el valor de esa llave. Hay sólo dos, y sólo una treintena la han visto. Si de verdad los miembros de nuestro club no han contado nada a sus compañeros, entonces...

-¿Dices que alguien del club robó el dinero?

-¿El armario está abierto, no es así? Harvnes, me duele decirlo pero no siempre las personas tienen las mejores intenciones. Será mejor que actuemos con prisa.

-¿Qué deberíamos...?

-Iremos curso por curso. -concluye el presidente- Que los delegados nos muestren sus bolsillos, y sus mochilas. Es un embrollo, pero perder todo el dinero de este modo lo sería aun más.

Asiento, recomponiéndome, y luego dibujo una expresión menos emocional, más resuelta.

-¿Puedo empezar yo con los cursos de primero?

XXXI

El resto es sencillo: mientras Frederick pierde el tiempo en las aulas de quinto año, rápida yo cambio a mi verdadero cuerpo, regreso a mi curso, me excuso diciendo que fui llamada por un profesor y ocupo mi lugar esperando lo inevitable. A mitad de la lección, él se presenta nuestra aula, intempestivo, y pide hablar con Arthur Irrauldi. Mis compañeros se mueven en sus bancos, el susodicho se levanta, muy confundido, aunque al pasar a mi lado tengo el deleite de saber que, a futuro, esa consternación que le cruza el rostro será tomada por el temor de haber sido descubierto tan pronto.

Todos los oímos hablar, incluida la profesora Duana Gallis, y a Arthur negar repetidas veces. Frederick pide revisar su mochila. A ese punto, ya habiendo comprendido algo de lo que está ocurriendo, Marco Sartore levanta una mano y se dirige al presidente de sexto.

-Disculpa, ¿tienes permitido hacer algo como eso? No tenemos por qué abrir nuestras mochilas a otro estudiante.

A lo cual, sorprendiéndome hasta a mí, Frederick le responde.

-Me encargaré de ser sancionado debidamente en cuanto todo este embrollo se resuelva.

Toda la influencia de Mina, todas sus sonrisas, todas su preocupaciones, acciones y consejos han sido borradas de momento de las memorias del mundo. Es por eso mismo que cuando por fin Frederick abre la mochila, y ante los ojos de todos emergen, evidentes, los fajos y fajos de billetes que tomé de la caja, Arthur Irrauldi no pude hacer mucho más que palidecer.

-Yo no...

Frederick la vuelve a cerrar, sin mirarlo.

-Acompáñame a la oficina del director. Desde luego estás fuera del club.

-¡Yo no he sido!

La afirmación a duras penas se sostiene, y yo, aliviada porque nadie se fija en mí, me permito por unos instantes sonreír. Arthur toma al delegado de la camisa, alterado, pero Cable no se inmuta. Marco, Gabriel, Tadeo, varios de los varones se levantan y los separan, y la profesora Gallis nos llama al orden con algo de temor.

Entre ambos hay un metro, pero Frederick Cable ignora al acusado. Las pruebas son demasiado concluyentes. Se vuelve a Marco, tal vez asumiéndolo un espíritu como el suyo, y habla.

-¿Quién es el siguiente en la lista de delegados?

El otro piensa unos segundos, hasta que responde.

-Liseth Aurdelard.

Varios me miran, mi sonrisa de antes borrada, la mejor expresión de temor y consternación en mi rostro. Irrauldi no responde, una mezcla de horror, lividez y culpa le hacen mella en el semblante.

-¡Que yo no he sido! ¡Apareció en mi mochila! ¡Alguien quiso...!

-Hombre- lo interrumpe, de todas las personas, Elias, con un tono que nunca antes le había oído. Matt está a su lado, muy atento- Te vimos entrar con la mochila luego del recreo. ¿No crees que ya lo estás estirando demasiado?

Actúa como quien quiere resolver una vergüenza lo antes posible. Los otros alumnos del curso; Rita, Scott, David, incluso Cecile, todos asienten sin darle otra oportunidad a Irrauldi de explicar algo que de cualquier forma él no tiene capacidad de explicar. El secreto, la cuestión principal de toda esta operación, es que desde un principio he podido saber que, a excepción de Marco, nadie soportaba a Arthur. Por eso cuando por fin se va, furibundo y cabizbajo, siguiendo los pasos de Frederick a la oficina del director, el espíritu del aula parece unificado; unificado en el rechazo, en el desdén mutuo, en el infortunio de un evento que todos pensaban tarde o temprano iba a suceder. Sabían, o esperaban, que él hiciera un delito como ese, que los decepcionara, que hiciera perder cara a nuestro curso frente a los demás años.

Janet me da una palmada, mientras Marco me explica básicamente mis nuevos deberes como delegada. Yo finjo oírlo muy atenta, con cierto temor, para despertar sus simpatías. La chica nueva, la chica que casi fue asesinada, la protagonista de los últimos meses ahora tiene un nuevo cargo que llenar; Arthur queda eliminado de la lista de inconvenientes, y, como por casualidad, soy yo la que debe ahora remontar la fama de todos nosotros ante el resto del Instituto.

XXXII

El aire está lleno de pequeños cristales de escarcha que, una vez depositados, se vuelven una capa helada, semitransparente, que vuelve las superficies peligrosamente resbalosas. En donde se acumulan, el hielo surge como un hongo, cada día más y más profundo bajo nuestros pasos; casi todas

las figuras de los alumnos se vuelven similares, acolchadas, envueltas en gruesas camperas y armados con gorros de lana con los que nos cubrimos de la inclemencia. Sólo unos pocos parecen resistir el embate; en algunos casos, algunas de las chicas más populares, que sacrifican su salud a cambio de mantenerse a la moda; en otros, personas que parecen tan acostumbradas al frío que como mucho añaden una bufanda a su vestuario. No sé en cuál de esas categorías entra Harrold, aunque sospecho que es la segunda; pero apenas se lo ve en estos días con un buzo liviano encima de la remera blanca que siempre suele llevar. Como siempre, me saluda muy amable cuando no soy Mina Harvnes. Me pregunto si siquiera sabe quién soy, si sospecha que en realidad yo soy la chica a la que besó. Me pregunto qué tipo de reacción tendría si lo descubriera, y no puedo evitar sentirme un tanto desconsolada.

Pero la verdad es que Harrold no es lo que me importa. Harrold era una corona, a la que pronto llegaría; había obtenido mi victoria, sí, y cada vez me hallaba más cerca de ser reconocida como quería serlo, pero ahora, ahora que danzo entre mis compañeras, envuelta en mi malla, sintiendo la punta de mis zapatos contra el suelo y mi ligero peso, me doy cuenta de qué, aunque avance, hay algo que me está faltando desde hace tiempo y que no puedo ignorar.

-Balancé.

Todas las alumnas, en unísono, hacen el movimiento. Y yo también. Actúo a la par de ellas, ya sin demora, ya comprendiendo bien este mundo en el que Mina vivió. Mi posición es perfecta. No es mi habilidad; no es mi cuerpo, pero sigue siendo mi logro. Al pasar, revisándonos, DuMarque parece admirada.

-Chasé.

Me dejo ir, enfocada en una decisión. Kain. Desde que llegué al pueblo, desde que todo inició, las cosas han mejorado por haber descubierto el Palacio y, también, nadie para mí representa esa mejoría tanto como él. Pero no me basta con acercármele, no me basta con oírlo tocar, con sostener charlas con él o contarle mis cosas. No me basta con tenerlo, con verlo, con poder deslizar mis manos por su oscuro cabello bajo ese atardecer inmóvil. Quiero que Kain sepa que me gusta.

-Fouette e Tournant.

Voy a confesarle lo que siento, en cuanto haya danzado en el Lastega. Es una resolución que me prometo a mí misma, la última de las cosas en mi vida, lo que de verdad deseo. No me importa que esté muerto; ¿cómo podría importarme a mí, que de corazón he muerto ya tantas veces para los demás y para mí misma? Kain está, es presente, con cerrar los ojos puedo oír su voz y sentirlo a mi lado. Puedo ir con él cuando quiera, y siempre me esperará, porque soy la única persona que tiene. Sólo me queda saber si me acepta. Por el brillo en sus ojos cuando danzo, por el anhelo con el que me contempla durante esos momentos, es que estoy dispuesta a hacer esa apuesta.

-Se detendrá... ¡Suficiente! - todas nos relajamos, y Veronique DuMarque aplaude- ¡Estamos listas, niñas! ¿Estamos listas?

-¡Sí, profesora!- canturreamos todas al unísono.

-¡Esa es la actitud!- ella parece tentada a pedir otro abrazo grupal. Yo miro de reojo, aún pensando en mi decisión, a los perfiles de mis compañeras; resalta Alice, por su belleza, y resalta Candice por la tristeza y el cansancio que se ven grabados en su rostro.- Recuerden que partiremos en dos semanas, en

cuanto comiencen las vacaciones. Henry ha arreglado todo para que nos alojemos en el Hotel Grand Eternal. Estense preparadas, ¿puede ser? Serán habitaciones compartidas, muy lindas. Allí no hace tanto frío como aquí; con que lleven ropa y el equipo, nos podremos arreglar bien.

-¡Sí, profesora!

-¡Son un encanto! No saben lo feliz que estoy de tenerlas. Ahora niñas, a la una, a las dos, y a las tres... ¡A deslumbrar!

-¡A deslumbrar!- gritamos todas.

XXXIII

En la semana se habló mucho, y no sólo entre los alumnos de mi curso, sobre lo que había ocurrido con Arthur Irrauldi y los ahorros del instituto. El relato de cómo por los pelos habían conseguido dar con el dinero antes de que abandonara la escuela, plagado de agregados e incongruencias, viajó boca en boca a través de todos; primero, desde el honesto aviso de Frederick, durante el siguiente día de reunión en el que asistí como Liseth Aurdelard, cuando tuvo que explicar el reemplazo de Irrauldi y lo que había ocurrido, y desde mis compañeros de club, que me contemplaban admirados, reconociéndome, se derramó veladamente, contra el consejo que él nos había dado, por cursos, pasillos, cantinas y el mismísimo comedor. Los resultados fueron tres; el primero, que Arthur pasó de ser apenas odiado a ser despreciado por personas que apenas lo conocían, y ni siquiera lo vimos más de dos segundos en una de las mesas hasta que se retiró, por la presión de tantas miradas, a comer su almuerzo solo en alguna otra parte del edificio; la segunda, que el Club de Delegados cobró más fama y notoriedad hasta en profesores y que los nombres de quienes lo componíamos comenzaron a repetirse muy seguidamente; y la tercera, similar a la anterior pero muy preferible para mí, fue que mi nombre tuvo otra oleada de reconocimiento, al saberse que sería yo quien reemplazaría al ladronzuelo. Sentada en el comedor, mientras Gustav nos servía a todos una cuantiosa ración de estofado, muchos eran los que me miraban y tantos otros me sonreían, o tomaban sitio muy cerca de donde junto a Sally, Janet, Matt, David, Rita y los demás yo me hallaba. El clima era de flechas que se tendían hacia mí; dispuesta a enfrentarlo y no decaer como antes, me había esforzado en ponerme lo más presentable que podía; cepillado mi cabello, dejado mi sudadera atrás para envolverme en cambio en mis mejores ropas, lavado mi rostro incontables veces con el magro intento de hacer desaparecer las negras ojeras que siempre hundían mis ojos.

Unos pocos hasta se acercaron a darme ánimos; algunos de quienes ya eran parte del Club, y también los delincuentes toscos de sexto, Rickert y León, que sin mucho preámbulo me palmearon la espalda.

-¡Qué oficio, chica nueva! Primero salvas el pellejo corriendo en pijamas, y ahora te eligen para la patrulla esnob del siglo. No se para de hablar de ti. ¿Te va que le demos una paliza a ese tal Irrauldi?

En ese momento, más que enfocarme en ellos, miré a mis compañeros. Algo en la forma en la que me veían, algo en el modo en el que estábamos todos sentados había cambiado. David se hallaba con Cecile, Matt y Elias charlaban sobre alguna idiotez, y Sally y Janet me guardaban a cada lado, como sabuesas, sabuesas que muy poco podían importarle a personas como Rickert Hetager. La mesa era cuadrada, pero parecía que todos se agolpaban a mi alrededor, en torno a mi persona. Sabiendo eso, comprendiéndolo, pude sonreír y volverme a esos dos.

-Creo que es mejor si no.

Rickert se rascó el inicio de barba en la perilla, satisfecho, y León levantó ambos pulgares.

-La oferta sigue presente. Aún les debemos lo de las vacaciones- añadió el primero, para volverse a Matt- ¿Sale partido después de clases?

Él asintió.

-Intenten no faltar, o Rachett nos gritará a todos.

Pero sus ojos, por mucho que se enfocaran en los dos brutos, también estaban puestos en mí.

El hecho era que hasta Matt y Kari debían de sentir, en medidas distintas, curiosidad sobre el Club de Delegados. Más allá de las memorias residuales que pudieran quedar en ellos sobre la presencia de Mina, que tanto dinero y tantas preocupaciones se hubieran visto envueltos en el incidente del robo hacía que no hubiera un alma que no se interesara en lo que hacíamos, en quiénes éramos. Matt, por orgullo o por alguna parte de él que desconocía, no se dignó a hacerme pregunta alguna. Se mostraba distante a la idea, como si la considerara irrelevante, una actitud que a mí misma me agradaba, porque me permitía hablar con él sobre otras cosas: sobre los recuerdos de su madre, sobre los Cuatro y Ezequiel Jerves, sobre nuestra visita al silo y las pistas que pudiéramos haber hallado sin darnos cuenta. Durante nuestros paseos con Waldorf, uno de los pocos rituales que Johan aún no había destruido con su presencia, esos eran los temas que nos ocupaban y en los que podía soltarme, conversar despreocupada de quién era o qué hacía.

Kari era en cambio un tema muy diferente. Desde que sabía que iríamos a Visgana a ver a sus ídolos se hallaba en un ritmo hiperactivo, alterada, propensa a cambios de emociones que en ocasiones lograban desbordarme. El mismo día que tuve la primera reunión dentro del Club, me asaltó en cuanto regresaba junto con Matt a casa con el ímpetu que la caracterizaba.

-¿Y? ¿Quiénes estaban? ¿Es cierto que son todos unos...?

-¿Por qué no le preguntas a tu delegado?

-No te hagas, tonta- bufó ella- Es obvio que les han dicho que se hagan los misteriosos. Además, el delegado de mi curso es ese chico del que te hablé, el que se me declaró y... ¡Vas a hacerme cambiar de tema! Vas a contarme, ¿no? ¡Liiiis!

No pude resistirme a la carita de gato mojado que puso en ese momento. Dejé mi mochila en una de las sillas, y sonreí.

-¿Qué quieres saber?

-No lo sé... Algo que pueda presumir con mis amigas. ¿Decidieron qué harían con el chico que robó?

-Frederick pensó que la dirección debería encargarse. Pero es natural que lo castiguen.

-¿Lo es?- preguntó Matt, que abría la heladera para servirse algo de zumo de naranja. Kari y yo lo miramos, sin comprender.

-¿Por qué no?- pregunté.- Hizo algo malo.

-Yo no estoy tan seguro- apoyó el vaso en la mesa, y se estiró- Llámalo un presentimiento. Pero conozco a Arthur. Es un idiota de aquellos, ¿pero tan idiota como para hacer algo así? ¿Para pensar que nadie descubriría una mochila a punto de explotar por el peso de los billetes?

Mi mano se sacudió un poco. Kari le sacó la lengua a su hermano, pero en mí se cruzaron entonces una sensación de peligro y admiración.

-¿Entonces qué crees? Era su mochila.

-Creo que las cosas nunca son tan simples- me respondió- Sólo eso digo. Y Arthur ya tenía demasiados problemas antes de que esto ocurriera. No voy a celebrar si Cable o cualquiera de los miembros de ese grupo lo echan.

Matt probablemente no comprendió por qué me negué a hablarle durante el resto del día, ofuscada en mi malhumor y en haberme percatado de que su percepción podría, alguno de estos días, volverse un problema para mis avances. Cancelé nuestro paseo en la nieve con Waldorf, bajo la excusa de tener que estudiar, pero tampoco pude visitar a Kain pues Johan decidió llegarse, sin su esposa, causando que mi amargura se incrementara infinitamente al oír a los tres reír y jugar algo en la mesa mientras que yo desesperaba pensando que, si me metía en el Palacio, existían chances de que como la otra vez él regresara e irrumpiera en mi cuarto sin pedir permiso. Recién a la noche, cuando ya Johan se había retirado y mi estómago rugía pude perdonarle al mundo la ofensa que me había hecho, en gran parte por los deliciosos bollos de pan que hallé en la mesa y que engullí como una creatura, aprovechando mi soledad. Un poco después Wilhelm subió, tan parco y encorvado como siempre, y se sentó del otro lado y también los comió, y por más de unos instantes me pregunté si la presencia del primer hijo de Norbert no nos estaba volviendo a ambos el mismo tipo de ente patético, reducido, que orgullosa como era yo me negaba a ser.

Y hoy, antes de tener nuestro merecido descanso, Elias nos invita al salir de clases a visitar su casa, en donde podemos comer y beber, oferta que todos aceptan con entusiasmo, como si la hubieran estado esperando desde hace días. Sally y yo somos las únicas que desconocemos el ritual, pero los demás nos lo explican con presteza mientras recorremos el largo camino hacia las fronteras del pueblo.

-Siempre vamos a lo de Elias antes de que vengan las vacaciones de invierno. Considérenlo nuestra fiesta de despedida.

Así que pues, poco dispuestas a ser dejadas de lado, seguimos los pasos de nuestros amigos, dejando la escuela, el bar de siempre, el centro y hasta las casas atrás. Elias, Matt y Rita encabezan la marcha, me percaté de que, sin notarlos, no sólo Teresa se ha desvanecido de nuestro grupo sino también Larry, por lo que sólo quedamos nosotros cinco, David y Cecile. Desde que ocurrió lo que ocurrió con Zaq, las cosas fueron cambiando.

Iniciamos un ascenso costoso, en el que nos tenemos que ayudar con los brazos, apoyándonos en los pinos torcidos o empujándonos unos a otros para subir. Es obvio que no es el sendero principal a donde sea que Elias viva, sino un atajo algo arriesgado, en especial por lo fácil que es resbalar. Cada vez que molestamos a uno de esos eternos árboles, montones de nieve caen de las hojas sobre nuestras cabezas, ocurrencia que hace reír a todos. Cecile estornuda un par de veces, David la ayuda, Rita flirtea como siempre con los otros varones, y Sally parece algo perdida mientras me sigue.

Cuando por fin emergemos nos espera un camino, y un local de ventanales amplios, con algunas sillas y un mostrador como si se tratara de un kiosco. Adentro se ven las heladeras enchufadas, y algunas golosinas. Hay una niña viendo la televisión en donde se supone que uno atiende a los clientes, pero ni un sólo cliente en sí. La muchachita no parece notar que hemos entrado.

-Siéntense- nos dice Elias, también ignorándola- ¿Quieren una coca? Rita, tengo una muy especial para ti. Te refrescará el corazón, pero te llenará de pasión.

-¡Oh, qué ocurrente!

-Mamá dice que luego te pongas a trabajar, Eli- dice la niña del mostrador. Entonces comprendo que es una de sus pequeñas hermanas.

-Dile a la vieja bruja esa que espere- guiña un ojo él, y se vuelve a nosotros- ¿Qué hacen parados? Las sillas no les congelarán el trasero.

Aunque dice eso, casi doy un respingo al desplomarme sobre una, en la mesa más próxima al gran ventanal. Hay un balcón afuera, desde el cual se ve la ruta que entra San Naerit. Este es el mismo lugar que vi en cuando llegué, ese en donde pequeñas siluetas de muchachos charlaban y se divertían. Es como si hubiera desbloqueado una zona dentro de mi cerebro. Admirada, recordando eso, paso la vista por el local: es blanco, espacioso, tranquilo, sólo el rumor del televisor interrumpe la calma de la altura. Luego un rostro pecoso, travieso se entromete en mi campo de visión.

-¿Tú eres Liseth?- me dice la niña. No entiendo cómo hizo para acercarse tan rápido.

-¡Elias!- se escucha una voz de mujer a la distancia. Los demás se ponen cómodos, y yo miro a la pequeña mientras los rezongos de su madre nos alcanzan hasta aquí.

-Sí. ¿Elias te habló de mí?

Ella niega.

-Te oímos mencionar varias veces. Eres a la que quisieron matar.

Asiento.

-Esa soy yo.

-¡Ya deja de molestar, vieja!- se oye el grito de su hermano, que regresa a nosotros con una bandeja llena de copas- Ya saben, lo de siempre. Aquí servimos todo como se debe. Leti, tu piérdete. Los adultos tenemos que hablar.

-¿Van a hablar de tu colección de fotos de chicas desnudas debajo de la cama?

Varios estallan a carcajadas, pero Elias no parece afectado.

-Quizás conversemos sobre la carta que escribiste a ese otro chico en segundo grado. ¿Raúl, se llamaba?

-¡No te atreverías!

Un clon de la misma niña aparece tras su hermano, llevando otra bandeja con las gaseosas. Veo a una y a la otra, confundida, hasta que termino de entender que son gemelas, y que la nueva es en realidad la que se hallaba en el mostrador. Nos sirve diligentemente, y luego se pone del lado de su hermana.

-¿Qué tal si les mostramos las fotos de cuando quisiste deslizarte por la ladera? Esa es la que se te ven los calzones.

-¡Gran idea, Gani! O podríamos leer en voz alta el poema que hiciste sobre el Señor Elefantín. Si no me equivoco, comenzaba: “¡El Señor Elefantín es mi mejor amigo! ¡Es esponjoso, pues está lleno de algodón! ¡Tiene...!”

-¡No!

Ambas gemelas se miran, y luego le sacan la lengua.

-¡Le diremos a mamá! ¡Tonto!

A lo que su hermano simula rugir como un león, y las persigue. Las niñas corren despavoridas, perdiéndose tras el mostrador, y todos contemplamos enternecidos la escena hasta que agotado Elias vuelve con nosotros.

-¿No son adorables? Nunca se cansan de molestarme.

-Se parecen bastante.

-Son una hermosura- añade Rita. Cecile está demasiado distraída bebiendo la coca, y Matt observa el cielo pálido, tormentoso, que se dibuja en el horizonte por el ventanal. Por mi parte, siento que algo en lo que acaba de ocurrir me ha dado una idea, escabrosa, que reafirma lo que planeaba hacer desde un principio.- Hablando de hermanos, Matt, ¿Qué cuenta Johan ahora?

Los ojos verdes de Matt se vuelven a ella, y sin apuro toma de su refresco.

-Muchas cosas. Nos invitó a Visgana para estas vacaciones.

-¿A Visgana?- nos miran a ambos, sorprendidos- ¿Para ver a las chicas de danza?

-Para ver a los Grades- los corrige él, y el sólo mencionar a la banda hace que Cecile y Sally se levanten al mismo tiempo, acusadoras.

-¡No lo creo! ¿De verdad?

Matt y yo asentimos. Sally se arroja, y me abraza.

-¡Lis! ¡Tienes tanta suerte!

-¿Gracias...?

-¡Matt, tu hermano es genial! ¿Dónde consigo uno así?

Hmm.

-La sangre y el destino no se eligen... Lamentablemente.

-¡Oh, hicieron deprimir a Cecile!

-¿Hay espacio para uno más?- dice Elias- Oí que las fanáticas de los Grades son todas unas bellezas.

-¿Te gusta Kari?

-Con unos años más...

Ambos se golpean mecánicamente por un buen rato, sin siquiera prestarse mucha atención.

-¡Disfrútenlo mucho!- nos dice Sally- Y sepan que los estaré envidiando. Mamá y papá no piensan dejar la casa en todo el invierno.

-Quizás es una mala idea. Oí que auguran una de las peores tormentas de nieve cerca de las últimas semanas. Quedarse aquí podría hacer todo más complicado.

-Ya hemos estado apilando comida y todo. Nunca la nieve enterró una de las casas del centro, ¿no?

-La mía sí- suspira David- Fueron dos metros de nieve. Cecile vive cerca, la suya quedó peor.

Sally parece asombrada.

-Es porque no tienes una novia que te dé calor, David- le guiña un ojo Rita.- Ah, a menos que...

Todos miran a Cecile, pero ella parece distraída en las marcas de cigarrillos que se adivinan sobre la mesa. David contrae las cejas, sin comprender tampoco a qué van esas sospechas.

-En cualquier caso- los corta Matt, algo quitado de toda la emoción- Lo que sí va a ocurrir es que ahora nos vamos a separar. No más clases, no más estudio, no más fútbol con los otros muchachos para mí. Y si Johan nos lleva fuera del pueblo... Serán unas vacaciones algo extrañas.

-Sólo serán unas semanas. Luego podremos seguir molestándonos.

Se hace el silencio. En la mesa todos callamos; se oye el televisor, el rumor del viento, el batir de los copos blancos que caen incansables contra la ruta y el pueblo. Miro cada uno de los rostros; Matt, Cecile, David, Elias, Rita y Sally, intentando grabarlos en mi retina, como si pudiera perderlos en cualquier momento. Son mis amigos. Tengo amigos ahora; yo, sola, yo, despreciada, por fin lo he logrado. Pues entiendo que estoy incluida en la tristeza que sienten, en la tonta resignación de saber que todos nos vamos a extrañar.

Una calidez sobrepasa todo el frío, y me relaja. Matt habla antes de que lo haga yo.

-Cuidense. De verdad.

Y pienso que sea tormenta, asesinos, o muertos, sólo me queda esperar que para cuando regrese el pueblo sea el mismo de siempre, y que las mismas sonrisas que condimentan mi vida estén allí para recibirme en cuanto mi prueba en Visgana haya concluido. Que los cambios, que las promesas, que las mejoras que he logrado dentro de San Naerit se guarden, que el afecto que he recibido permanezca, que el invierno no borre la huella de mi presencia en las mentes de todos. Que me recuerden, y por lo tanto esperen mi regreso. Pienso en eso, y en la distancia, la increíble distancia que pronto nos va a separar, lo cerca que ahora estamos y lo lejos que podríamos estar en diez, en veinte, en una treintena de años. Pienso en Nueva Gabul, en quienes fueron allí durante un corto tiempo mis amigas, en que ahora viven y son felices, en que yo también, por mucho que me lo negara, también puedo alcanzar un estado como ese. En la claridad frente a mis ojos, en la oscuridad que no aparece, en las manos que San Naerit me ha tendido, una y otra vez, para ayudarme a sostenerme sobre mis propios pies.

Unas horas más tarde, después de haber bebido y brindado, regreso con Matt a solas, con calma mientras el pueblo parece cambiar, prepararse para el impestuoso vendaval que se adivina. Todo es tranquilo, y los copos en el aire me cosquillean en la nariz al caer; se convierten en gotas heladas cuando los aplasto contra mis dedos enguantados, se vuelven otra vez mas hielo que se hunde bajo el peso de nuestros pasos.

He hablado un montón -más de lo que hubiera querido- sobre el club de delegados y nuestras actividades. La atención que me ponen, mi cambio de rol, el poder que tomo, todo eso logra tentarme; y sin embargo, el descuido se dio por otra cosa, por algo mucho más simple. No podía dejar de pensar, en el

inocente intercambio que había oído entre Elias y sus hermanitas. Secretos. En secretos había pensado, en motivos ocultos, en sospechas que jamás se decían, como una revista llena de mujeres que muestran sus pechos bajo la funda del colchón, como un poema ridículo, mal escrito que una niña arma en un momento de inspiración, como tantas cosas que todos no queremos mostrar.

Hablo, sin atreverme a mirarlo.

-Matt.

-¿En qué estás pensando?

Me vuelvo hacia él, alerta. Matt se frena, las manos en los bolsillos, y me mira de reojo.

-Parecías muy distraída.

Asiento.

-Johan... -"*Johan tiene algún secreto?*"- ¿Alguna vez entraste a la habitación de Johan?

Espera unos segundos para responder, como si supiera muy bien que no era esa la forma inicial de mi pregunta.

-Un par de veces. Pero por lo general prefiere que nos mantengamos alejados. ¿Por qué lo preguntas?

No necesito inquirir más, para saber que entró sólo bajo la compañía de su hermano. Que Johan no lo dejó vagar, que hay algo allí, por sobre los insectos y las alimañas, que quizás quiere ocultar, alguna vergüenza de la que yo pueda aprovecharme para iniciar mi represalia a su presencia.

-Por nada.

-Dijiste que ibas a confiar en mí.

Esta vez me detengo yo, sintiéndome herida.

-Lo hago. De verdad. Confío en ti.

-¿Entonces?- inclina las cejas Matt- ¿Qué ocurre con el cuarto de Johan?

No me atrevo a contestar. Él deja escapar el aire lentamente de su boca, y se da vuelta.

-Ten cuidado con Johan- me advierte, resumiendo la charla, cuando apresurada lo sigo causando chasquidos en la nieve- No sé si lo habrás notado, pero mi hermano es un poco... Acaparador. Es muy distinto a Will. De pequeño, cuando tenía cinco años, sé por boca de papá que solía tener todo lo mejor y siempre se hallaba muy decidido a demostrarlo, fuera talento en fútbol, básquetbol, el juguete más lindo de la plaza o quién vestía los pantalones más caros, lo que a uno se le ocurriera. Está acostumbrado a ganar, le emociona saber que puede causar admiración en los demás. Ha sido siempre así. O quizás podría decirlo de otra forma.

Oprimo los labios.

-Johan odia perder. -al darse vuelta, un viento helado pasa entre ambos, obligándome a sujetar mi gorro para que no salga volando por los aires- Es su naturaleza. Un poco como...

El viento cede, y yo vuelvo a incorporarme del todo.

Su mirada parece aclararse.

-Un poco como tú- concluye Matt, sin dar más opiniones al respecto, y luego continuamos el resto del camino a la casona en un silencio casi perfecto, sólo interrumpido por estremecimientos cada vez que la brisa nos congela bajo nuestras ropas.

XXXIV

Aunque la comparación, y más en los labios de Matt, era una espina que se me enterraba bien hondo, tenía que reconocer que me daba algo de perspectiva sobre qué motivaba a su hermano a obrar como lo hacía. Si Johan era similar a mí, si de verdad tenía ese afán, esa determinación por superarse a sí mismo y a lo que le rodeara, entonces comprenderlo, predecirlo y actuar en consecuencia me iba a resultar más sencillo, pues si existía algo que yo creía conocer bien era a mí misma.

Medité esas palabras durante el resto del día, sin dejar de darles vuelta en mi cabeza. Johan odiaba perder. También pensé en Elias, y sus hermanas, y en los pequeños secretos que siempre hay en una vida familiar; nimiedades, traiciones, estupideces que se ocultan por restarle importancia o porque deben ser calladas. Si hablamos de callar, existe un silencio gigantesco, constante, entre mi padre y yo desde hace ya muchos años. Es como una burbuja, excepto que sólida; no tiene ánimos de explotar, crece sobre los dos y lo que hacemos, espacia con su tamaño nuestras palabras, las vuelve soledad, nos infunde de significados que ambos comprendemos muy bien. ¿Por qué no creer que los Weigler son similares? Como dije antes, no conozco realmente a esta familia. Los siento míos, sí, y ellos me sienten suya. ¿Pero que más hay? Matt confió en mí, se abrió de un modo que no esperaba cuando me relató sobre su culpa y la muerte de su madre. Ahora sé que, cuando cierra los ojos, ve la cama de un hospital y a un monstruo, a una mano decrepita e inmensa, a la congoja que lo persigue por no haberla tomado. Norbert tenía razón.

Los hermanos Weigler también debían de haber pasado por grandes dolores.

Cuando Johan vino a cenar el domingo, no perdí de vista a ninguno de ellos, como si recién los conociera, como si ellos fueran los pacientes y yo la doctora que debía tratarlos. Era un cuadro asombroso, increíble cuando lo enfrentaba de ese modo; Norbert, llevando su bandeja llena de humeante tocino, Kari, que aplaudía y pateaba con sus piernas a Wilhelm, Wilhelm insultándola, apenas motivado fuera de su depresión, Matt mirándome con aspecto distraído y Johan contento, secándose la boca con la servilleta, contando alguna anécdota que quizás le había ocurrido y quizás se había inventado en el momento para sorprendernos. Por unos instantes, la imagen se congeló frente a mis ojos. Me pregunté si los Weigler eran felices, si podían serlo. Si la imagen que se desplegaba; la de una vida familiar cálida, perfecta, que resistiría cualquier embate era cierta. Si existía en verdad, si no había fracturas gigantescas, desagradables, que la muerte de Mira Strauser hubiera

dejado para sus hijos y su esposo; silencios, promesas y oscuridades reptantes que inundaran sus sueños cada vez que callaban, cuando la noche se acercaba y no había luz para ocultar los recovecos en sus corazones.

Y decidí que eso no era imposible.

-¡Gran comida, eh!- elogiaba el plato Johan, tras probar un bocado- Juro que eso nunca cambia contigo.

-Lo considero mi afición. ¿Helen no te ha preparado nada desde que llegaste?

-Vamos, que a ella se le dan terrible ese tipo de cosas. Sería una madre espantosa. Pero el día en que tengamos hijos, desayuno almuerzo y cena serán brindados por el abuelo Nornor.

-¿Nornor?- escupió Kari- ¡Suena horrible!

-¿El abuelo Bert?

-¡Peor!

Norbert estalló en una carcajada, y Matt también sonrió. Pude captar como Johan nos repasaba a todos, para detenerse en el sombrío Wilhelm.

-¿Qué ocurre, Will? Si no comes, seguirás siendo siempre un esqueleto.

-No tengo hambre.

-No aprecias mucho la cocina del viejo, supongo- rio Johan- Mira a Lizzie, en cambio. Engulle como una vaca.

No contesté, ni lo miré. Johan continuó sonriendo, y luego levantó un dedo.

-Lo que me recuerda. Antes de lo que imagino, todos estaremos en Visgana. Claro que Helen tendrá que quedarse, por el trabajo, pero de seguro podremos pasarla bien sin ella- tomó un trozo de pan, y lo partió sin llevárselo a la boca- Tocarán los Grades, ¿no es así? Y también las alumnas del instituto darán un espectáculo.

Kari hizo una mueca.

-¿Ver a Alice McRyans y a su patrulla de esclavas? No gracias.

-Kari, Kari, esas cosas nunca se te dieron- la señaló su hermano, hablando mientras comía la primera mitad de pan- Uno tiene que enorgullecerse por algo, aunque sea de un poblado tan pequeño como lo es este. Por ejemplo, yo me enorgullezco de mi auto. Creo que en la ruta a Visgana podré probar su máximo potencial.

Levantó ambas manos, y Norbert hizo lo mismo con las suyas. Las chocaron una y otra vez, como cuando se habían encontrado.

-¡Oh, sí!

-¡Será increíble!- se encogió de placer su hijo- Sentir el viento, la velocidad, y cantar... ¡Como ser un rey!

En ese momento Wilhelm se puso de pie, y marchó a su cuarto.

No volví a verlo hasta el siguiente día, bien temprano, cuando me desperté para descubrir a Johan sentado solo en el comedor, revisando papeles de su empresa, demasiado distraído como para prestarme atención alguna. La chaqueta con capucha que utilizaba y sus zapatillas deportivas desentonaban mucho con la actividad tan formal que realizaba. Me despabilé, alerta como siempre que lo tenía cerca, y escuché con perplejidad el silencio que reinaba. Él habló sin mirarme, sonriente, aún ocupado en sus números.

-Norbert, Matti y Kari se fueron a hacer algunas compras para la noche. ¿Hoy no tienen clases?

-No.

Aunque sí tenía práctica de danza, una de las últimas antes de que nos fuéramos. Miré el reloj en la pared: las agujas marcaban las diez. No era tan temprano ni tan tarde como esperaba.

Comprendí que era el momento.

-¿Puedo ver tu habitación?

Johan apartó la vista de sus papeles.

-¿Hm?- dijo, como si no me hubiera oído. Pero había comprendido perfectamente, y me miraba serio, sin la más mínima curvatura rozándole el contorno de los labios. El tic tac del reloj se hizo inmenso, dentro de la claridad mañanera que nos rodeaba, y por instantes me temí hallarme presa de otro ataque de pánico. Entonces pisé fuerte, reafirmandome a mí misma, y lo encaré.

-Tu cuarto. ¿Puedo conocerlo?

Continué callado por unos segundos. Creí ver algo extraño, violento, removerse detrás del negro de sus ojos, hasta que su boca se despegó y volvió a hablar.

-¿Por qué?

No tenía una verdadera respuesta a esa pregunta.

-Matt me dijo que coleccionas algunos animales. Tengo curiosidad por las arañas... Como las arañas vagantes del Brasil. Aunque también me gustan las serpientes, y...

Se puso de pie de inmediato, y se acercó. Un miedo arrebatador me invadió, y quise alejarme, pero Johan me apoyó dos manos como garfios sobre los hombros y rio, presionando en mí.

-¿De verdad? ¿Lo dices en serio? ¡Lizzie, eres un encanto!

-Ah, yo...

-¡Pero claro que puedes pasar!- me guiñó un ojo, y dio otra palmada- Tengo muchas cosas que podrían interesarte allí. Mira, te mostraré. Creo que ya es hora de alimentarlos.

Comenzó a encaminarse hacia su cuarto, y yo lo seguí, algo confundida. Un ruido repentino, abrupto, vino tras nosotros; la puerta al sótano se abrió, y Johan permaneció de espaldas a mí, como si ya lo hubiera esperado. Wilhelm emergió tropezando de la desesperación, como quien lucha por una bocanada de aire.

-¡Yo también!- alcanzó a modular, fatigado- ¡Yo también quiero verla!

Recordé entonces sus intentos, los golpes que había oído tantas veces a la noche, que Kari había atribuido a otras cosas. Miré a Wilhelm, sus ojillos llenos de expectación, cómo encaraba ansioso a su hermano mayor.

-Desde luego- habló Johan, sin mirarlo- Pueden entrar los dos.

Había algo de peligroso en su voz, pero como aún no entendía qué estaba en juego no podía entender bien de qué se trataba, qué piezas se estaban moviendo. Sólo recordaba los consejos de Matt, y de Kain: que Johan le era familiar, que lo había conocido en algún momento, que me cuidara, que él odiaba perder. Si odiaba perder, debía odiar que forzara su mano como lo estaba haciendo en este momento.

Algo de los nervios que Wilhelm claramente sentía se trasladaron a mí, mientras Johan tomaba las llaves de su bolsillo y abría uno a uno los cerrojos de su puerta. No hubo chirridos cuando la empujó, sólo el acero al deslizarse, y una oscuridad abultada nos recibió del otro lado. Había olor a encierro, a polvo,

y a productos de limpieza como lavandina, que hacían picar mi nariz, pero más allá de eso, todo eran sombras y siluetas.

-Esperen, está un poco oscuro- nos dijo él, y tanteó en la pared hasta prender el interruptor.- No dejen entrar a Waldorf, o pondrá a todos locos.

Lo encendió, y yo quedé paralizada al ver, a centímetros de mi rostro, una araña que parecía tres veces más grande que las que me había regalado al llegar al pueblo, prendida a un cristal y moviendo sus patas en convulsiones.

-¡Ah!- dijo Johan, y se acercó- ¡Tienes buen ojo, Lizzie! ¿Ves lo que está haciendo?

Se puso a mi lado, y yo miré, captando cuanto podía todo lo que me rodeaba; más que una habitación, el sitio parecía un almacén, y aun así tenía que admitir que estaba más pulcro y ordenado que mi propio cuarto: una mesa perfectamente ubicada, pequeñas figuras de abejas e insectos ocupando estanterías contra las paredes; un poster inmenso cerca del techo, representando a un convertible rojo viajando por una ruta plagada de curvas y, destacando por sobre todo eso, alrededor de una veintena de peceras que como jaulas contenían todo tipo de especímenes: serpientes, ratas, arañas, escorpiones, una granja de pequeñas hormigas coloradas que se movían recolectando fragmentos de hojas dentro de una tierra rojiza como la sangre, tarántulas peludas que chillaban con furia, y tantas otras criaturas que no me atrevía a nombrar. Era como descubrir un zoológico a una cuadra de mi casa, como desbloquear un pasaje oculto a un mundo desconocido, sobre el cual apenas podía soñar.

-Mira, mira- me señaló de nuevo Johan a la araña, al movimiento errático de sus patas- Está cambiando de piel. ¿Sabías que hacían eso? Te dejaré sostenerla.

-No, gracias.

-Anda, que ya te traje una- levantó su mano, en donde descansaba una pequeña tarántula marrón, mullida como un osito de felpa- Toma.

Sin preguntar, la colocó en mi cabeza. Sentí un escalofrío subirme desde la columna hasta el cuello, y quedé inmóvil.

-No.

-Y mira- habló Johan sin escucharme, mientras de reojo yo veía a Wilhelm rondar de aquí por allá, examinando las vidrieras con urgencia, como si buscara algo. Sentí un peso sobre mis hombros, y algo frío, escamoso, rodear mi cuello con pereza- Esta es una serpiente cabeza de cobre de América, todavía capaz de morder. ¿No es preciosa?

No atiné a contestar, pero no tanto por la presión de tener a semejantes animales uno encima del otro. Me enfocaba en Wilhelm, y en su tarea, en la prisa con la que lo veía tocar recovecos, examinar el suelo, espiar por debajo del poster de automóvil. Johan tocó un par de veces a la tarántula sobre mi pelo, para que se moviera, y sentí un mínimo cosquilleo de patas. No me importaba. Más allá del primer susto, había experimentado cosas mucho más terribles durante mis ataques de pánico, y, con un mórbido orgullo, pensé que Johan Weigler iba a tener que hacer mucho más si quería impresionarme.

Su hermano ahora estaba a gachas en el suelo, tocando los tabloncillos, mientras las criaturas en las peceras chillaban y se movían agitadas.

-Ya te mostraré como los alimento, verás que divertido- oí decir a Johan, fascinado en lo que ponía sobre mí como una corona, y luego continuó con normalidad- Eh, Will.

Un golpe provino de algún lado, y luego un gemido apagado, de dolor. Antes de que comprendiera qué había ocurrido, tanto la serpiente como la tarántula ya habían caído de mí, y yo veía a Johan Weigler sosteniendo la cabeza de su hermano con una mano, presionándola contra el borde de una de las peceras, hasta que gotas de sangre emergieron de la mejilla de Wilhelm y esté chilló, intentando zafarse.

-¡Hombre!- rio Johan, y volvió estrellarlo- ¿No te dije que no tocaras, Will? Asustas a todos los insectos.

-¡Detente!- grité, y corrí a ayudarlo. Johan soltó a su víctima, que dejó un rastro de rojo en el cristal de la pecera, y yo me agaché hacia Wilhelm.

-¡Wilhelm! ¿Estás bien?

-¡No me toques!- me gritó él, arrojando un manotazo al aire. Me alejé, y lo vi pararse a duras penas, tomando el costado de su rostro que sangraba, y luego alejarse rengueando por la puerta.

Quedé dura, detenida, sin comprender cómo había ocurrido. ¿Cómo lo había golpeado Johan? ¿Por qué? Mis ojos se perdieron con atención, al sitio en donde Wilhelm había estado husmeando. Había una línea apenas distinguible en el suelo, entre las maderas que conformaban las baldosas. Luego subieron hacia Johan, que se interpuso a mi mirada, aún sonriente, devolviendo la tarántula a otra jaula.

-Mira, Lizzie.

La araña cayó contra la tierra, y movió sus patas, acostumbrándose. Del otro lado había otro insecto, una polilla magnífica, blanca como la luna, que revoloteaba inquieta ante el nuevo visitante. Supe qué iba a suceder. La araña saltó, en un abrir y cerrar de ojos, y se confundió con la polilla en un embate de furia, para devorarla. Avertí mi mirada de ese espectáculo macabro con un estremecimiento, y volví a ver a Johan, al cuarto y a algo, algo que no podía explicar con palabras.

¿Por qué me resultaba tan familiar este sitio?

Johan parecía un niño cruel, incitando a la araña a devorar. Había pequeños roedores, que chillaban, futura comida para las serpientes, para la que vagaba por el suelo, para las otras coloridas que reposaban hechas rollos en sus vitrinas, para las pequeñas que, casi invisibles, parecían apenas gusanos de tierra quitados de su hábitat. Comencé a alejarme, sin decir una palabra, sin darle la espalda a él ni a sus mascotas. Conocía este lugar. La polilla apenas se agitaba, abrazada por las patas de su captora, sus alas maltrechas y reducidas. Conocía este sitio, este exacto cuarto. Había estado aquí antes, de otra forma, sin el chillido de mil animales pero con el miedo, con un miedo primordial, imposible de evadir, como el que esa polilla debía de estar sintiendo en estos momentos, cuando lo último de su vida se escapaba.

Había estado arrojada en las penumbras de un lugar como este, cuando había cruzado la Puerta Naranja hacia el otro lado del Palacio, hacia los dominios del Titiritero. Incapaz de moverme, aterrorizada, rezando por una ayuda que nunca llegaba frente a uno de los Cuatro, formas negras en un sitio más negro que la misma noche. Era el mismo sitio, el mismo cuarto. Lo reconocía.

Me di la vuelta, y corrí también hacia mi habitación.

Esa noche abrí las páginas del Diario, como si esperara hallar una respuesta a todas mis dudas en la vida de esa misteriosa persona, que cada vez estaba más convencida era el Titiritero.

Sin embargo, todo lo que encontraron mis ojos fue más horror.

Es lunes.

Raquel y yo hemos decidido dar una vuelta, un merecido descanso por el extenso trabajo que en los últimos días hemos realizado. Fuera del pueblo, nuestros poderes gradualmente disminuyen. El área de influencia de Glasyalabolas y de su Palacio están limitados; aunque debo admitir que no me atrevo a pensar en qué nos ocurriría si decidiéramos abandonar nuestro enlace con este lado artificial que hemos creado.

Es una perspectiva para la cual no tengo interés alguno. Pues vivir... Vivir es algo tan hermoso, que sacude mis entrañas. Ambos seguiremos viviendo. Juntos, eternos, el uno y el otro amándonos mutuamente, mi hermosa Raquel, mi tesoro indomable, mi exquisita amiga, y que vivos y muertos se postren ante nuestro mandato.

...

Al regresar al pueblo, nos hemos encontrado con una situación interesante. Las grandes familias se debatían sin cesar, sobre el decaimiento de los Tressand. ¿Qué queda, de ese conglomerado inútil? Nos hemos divertido torturando sus mentes y sus almas. La primer y segunda matriarca, luego el Señor Tressand, los adultos, sus hijos, todos ellos ya están muertos, son partes de las huestes que rondan sin rumbo dentro de los muros de nuestro Palacio. Dentro de poco tiempo, el único heredero de los Tressand que sobrevivirá es ese niño regordete que tenemos capturado en el otro lado, cediendo de desesperación. He sugerido a Raquel el soltarlo, pues logra conmoverme. Ella no es capaz de sentimientos tan elevados.

...

El niño parece acostumbrarse a su nueva vida.

Pero no comprende que es otro ratón.

...

Solo quedan un par de personas en la gran casa de la alguna vez ilustre familia Tressand. Nos hemos tomado nuestro tiempo desgranándolos, desarmándolos, ocupando al torcer sus mentes el puesto que el destino nos encomendó. Dos tercios de la servidumbre se han suicidado, bajo la posesión de nuestros espectros, creando un macabro espectáculo en los lindes del río. El otro tercio ha asesinado a sus amos y señores, y está a punto de ser juzgado. Los Berkan, los Miüller, hablan de demonios y brujería. ¡Lo tanto que aciertan!

Raquel encuentra todo esto tan divertido como yo. Es una familia menos. ¿Quién puede ser el siguiente? ¿A quién podemos extender nuestra mano, subvirtiendo su razón, su salud, su orgullo?

...

Hoy he pensado, en cuánto amo a Raquel.

La he amado desde que tengo recuerdos; pues antes, no existía nada en mi vida que fuera digno de recordar.

Ella me enseñó lo que significa ser fuerte.

Donde no hay fortaleza, sólo puede haber olvido.

Y luego, varias páginas por delante:

La familia Tressand ya sólo tiene un miembro, que nadie recuerda. Celebramos.

Un brindis a nuestra fortaleza, y a nuestro amor.

Me despierta una palma golpeando mi mejilla con insistencia. Me hace removerme indignada, aún con los ojos cerrados, como si al mover mis gruesas colchas pudiera también espantar al irritante insecto que se las toma contra mi cara. Pero ni con eso se detiene, y yo suspiro resignada, sabiendo que el día va a requerir que levante mis párpados y que enfrente a personas, al frío, a los eventos que uno tras otro siempre se suceden.

-¡Liiiiis! ¡Deja de dormir! ¡Hey!

Veo a Kari, su rostro a centímetros del mío, y me levanto de inmediato. Nuestras frentes chocan, y ella se desploma con un gemido de dolor. Yo me sujeto las sienes, aturdida. No es el mejor modo de iniciar la mañana.

Cuando terminamos de aullar, Kari se levanta y salta de nuevo sobre mi cama.

-¡Te moviste muy rápido!

-¿Qué hora es?

-¡Espera, tienes la cabeza muy dura!

Continúa tocándose la frente, controlando la zona hinchada, y bufa con fastidio.

-Son las once.

-Es raro que tú me despiertes.

-¿Acaso la señorita Aurdelard ya no deja entrar a la servidumbre a su cuarto?- me apuñala con la mirada, y al instante deja escapar una risa- No sabía qué hacer. Estuve pensando, ayer, anteayer, hace ya semanas...

Dentro de mi cráneo, mi cerebro aún está iniciando los preparativos para hacer de mí una persona funcional. No entiendo una sola palabra de lo que Kari me parlotea.

-Es que soy tan tonta- sigue ella, mientras tanteo mi despertador y compruebo la hora, y luego busco por el suelo algo de ropa presentable- De verdad, mis hermanos se agarraron toda la inteligencia al nacer. Bueno, excepto el bestia de Wilhelm. Claro, en la escuela me va bien pero...

A medio camino de ponerme el pantalón sobre el pijama, me vuelvo hacia ella.

-¿De qué hablas?

Kari se serena.

-De que necesito que me hagas un favor.

Me mantengo en esa posición algo ridícula, el trasero sobre el colchón y los pies ya calzados intentando pasar por los huecos de un pantalón deportivo. Como está oscuro, no mucho del rostro de Kari es distinguible, aunque los ojos refulgentes, verdes, se destacan como la visión de un felino salvaje. Cuando hablo, descubro que mi boca se siente reseca.

-Cuál.

-Mikhail está allí abajo, enseñándole a Matt. Probablemente se quede para el almuerzo. Lis... ¿Podrías convencerlo de que venga a Visgana con nosotros?

-¿Eh?

-¡Hablé con Johan, y me dijo que era posible! Tiene entradas para él, y está dispuesto a pagarle. Como Helen no puede venir, todavía hay una vacante. Mikhail es cercano a nuestra familia, sé que ni mis hermanos ni papá tendrían problema alguno. ¿Entiendes lo que digo?

-Que quieres que Mikhail venga a Visgana con nosotros.

-¡Claro, tonta!- se aproxima Kari, poniendo los ojos en blanco- ¿No es perfecto? Quiero confesarle lo que siento cuando estemos allá. Será mucho mejor que hacerlo en el pueblo, ¿no te parece? Mis amigas también dijeron que era cierto. Pero para eso necesito que Mikhail esté en Visgana. Quiero...

-¿Y por qué yo?

-¿Eh?

Me paso la mano por el cabello todavía desgredado, y suspiro.

-¿Por qué yo debo convencerlo?

-¡Dijiste que me ibas a ayudar! ¡Lo prometiste!

-Claro, lo sé- interpongo las manos, calmándola- Es sólo que estoy un poco confundida. ¿Has probado pedirle tú que vaya?

Kari asiente.

-¿Y?

-Me dijo que estaba demasiado ocupado aquí en el pueblo.

Lo imaginaba.

-¿Y por qué piensas que a mí me escucharía?

Me mira como si hubiese dicho la estupidez más grande del universo.

-Pues porque...- dice, sus ojos muy abiertos, y luego frunce el gesto en una mezcla de duda y compasión- Porque vienen de la misma ciudad.

-Kari- cierro mis párpados con pesar- Esas cosas no son importantes. A nadie de Nueva Gabul le interesa de dónde soy yo. Lo mismo pasa con Mikhail. San Naerit es un sitio muy distinto.

-¿Entonces no me ayudarás?

Los abro.

-No dije eso.

Kari asiente, muy atenta.

-Déjame pensar las cosas bien- añado, estirándome y bostezando- Veré si puedo convencerlo de algún modo. Pero si fallo, nada de morderme, ¿no?

-¡Lo sabía!- se arroja, derribándome de nuevo contra la cama- ¡Lis, eres la mejor!

Su peso era mínimo, aunque tenía mucha más energía de la que yo podía soñar tener en todo un año. Miré el techo mientras me abrazaba, preguntándome cómo podía cumplir una promesa como esa. Tenía una idea, que pensaba no podía estar equivocada. Pero si la ejecutaba, significaba que de nuevo cosas con respecto a mi vida dentro del pueblo y a mi misión con Kain iban a removerse, a cambiar para nunca volver a su anterior estado.

Y sin embargo, supe que no iba a haber escapatoria a los cambios. Pero si ese iba a ser el caso, como si fuera algún punto en donde pudiera detener toda mi historia, decidí, en cuanto Kari marchó llena de alegría y yo quedé sola en la oscuridad, que visitaría a Kain y hablaría con él, aunque fuera para distenderme, y luego bajaría a encargarme de algo que debía haber hecho hacía ya mucho tiempo.

-¿Aquí en el Palacio? ¿Estás segura?

-No tengo ninguna duda. Kain, era el mismo cuarto. Estaba oscuro, pero podía verlo muy bien.

-Pudo haber sido una casualidad. El Palacio es infinito. Crea rincones infinitos, y también...

-Era el mismo. ¿Me crees, no es así?

-Te creo, Liseth. Es sólo que no encuentro explicación. He estado diez años aquí. Y...

-Pero incluso tú debiste ver que había sitios similares a los del pueblo. Que había repeticiones, imitaciones, cosas así.

-Sí. Dices entonces que lo que viste tras la Puerta Naranja fue una imitación de la habitación de ese tal Johan.

-Exacto. Estuve leyendo más, el diario que hallé con Matt en el sitio en donde habitaba el Titiritero. Los dos Nigromantes que crearon este lugar tenían control sobre sus habitantes, pero no sobre la forma en la que el Palacio se extendía. Ni siquiera ese perro que ronda lo tiene. Crece como un árbol. Se alimenta de los recuerdos de los muertos, de lugares que les fueron significativos, y se expande. *Copia*. Kain... Incluso un sitio como este balcón, es probable que significara algo para ti en algún momento.

-Eso es...

-No tienes que recordarlo. Pero he pensado sobre lo que puede significar. Cuando crucé esa puerta, cuando atravesé todos esos lugares de pesadilla, entré al dominio de los Cuatro Locos. Kylar, Jason, Clarissa y Gieth, aunque también vi el destino de Valdomar Berkan y a otras cosas que todavía no puedo quitar de mi mente...

-No tienes que...

-Lo sé. Pero escúchame. Creo que hay una pista aquí. Sé que hay una pista aquí. Atravesé muchos sitios, hasta que ese demonio me guió a la salida. En algunos, me era imposible evitar la presencia de los Cuatro. La habitación de Johan fue uno de ellos.

-¿La habitación?

-Me refiero a la copia. He pensado... ¿Por qué uno de los Cuatro adaptaría a su entorno imitando al cuarto de Johan Weigler? Si lo que rodea a los muertos siempre es significativo, si siempre es algo importante para ellos...

-Quieres decirme que lo que sea que tiene ese cuarto es importante para los Cuatro. O al menos para ese.

-Sí. Kylar, Clarissa, o Gieth. Uno de ellos, por algún motivo u otro, consideró tan importante la habitación de Johan que el Palacio se adaptó a su deseo, creándole un rincón exactamente igual al de allí. ¿Comprendes a lo que voy?

-Lo comprendo. Crees que Johan podría estar poseído por uno de los Cuatro, como tu compañero.

-Algo así. Pero si es el caso, tampoco cierra demasiado.

-¿No cierra?

-Johan estuvo fuera de San Naerit por mucho tiempo. ¿De verdad pudo estar poseído? Por lo que dice ese diario, el poder de los nigromantes se limita mucho una vez uno se aleja del pueblo. Y aun si lo hubiera estado, ¿por qué ese espectro continuó rodeándose de esa habitación? ¿Por qué no se creó otra visión, como el sitio oscuro en donde Jason Berkan me persiguió, alguna que tuviera realmente que ver con los lugares en donde se movía Johan? Kain, creo que hay algo extraño. Que la respuesta está muy cerca. Que está tan cerca que puedo rozarla con mis dedos, y no me atrevo a actuar.

-Y yo me temo que estés en más peligro que nunca.

-No... No te preocupes por mí.

-Esa es una orden que no puedo obedecer.

-Lo agradezco, pero, Kain, podríamos hallar a tu hermana. ¿Entiendes lo que digo? Estoy segura de que Johan se trama algo, invitándonos a Visgana, pero como no sé qué está pasando no puedo más que caer en su trampa. Norbert, Matt, Kari, todos confían en él. Todos confían en Johan. Desde que llegó, comienzo a sentir... Comienzo a sentir que voy a quedar sola de nuevo. Temo que vayan a abandonarme, como en mi anterior ciudad.

-Sabes bien que eso no es verdad. A través de tus ojos, he visto a quienes te rodean. Todavía más que yo, te apoyan y se hallan presentes para ti. No subestimes lo que sienten con tanta facilidad.

-Sí. Supongo que lo sé. Pero no cambia lo que planeo hacer. Quiero ayudarte, a hallar la paz de este sitio, a saber qué ocurrió con Kassia, a ser feliz. Porque... Porque quiero que estés bien. Eso es lo que me digo a mí misma. Pero si de verdad espero obtener algún resultado, creo que es hora de que cambie algunas cosas. Tengo que estar preparada, contra lo que sea que Johan planee. Cambiar.

-¿Cambiar?

-Sí. Entender qué sucede, y desenmascarar al Titiritero. Seguir los pasos del profesor Hauswhite. Esta vez sin mentiras. Presiento... Algo me dice que pronto todo esto llegará a alguna conclusión.

XXXVIII

Hallé a Mikhail Eder en la mesa del comedor, todavía ocupado en hacer entender a Matt los últimos ejercicios de matemática. Kari se había retirado, para dejar lugar a mi hazaña y sólo ellos dos llenaban con sus conversaciones quedas la sala; Matt cabeceaba, sereno, marcando con la lapicera la hoja que su tutor le había dado, y Mikhail hacía correcciones ocasionales, tal vez más concentrado en algo distinto al desempeño de su alumno. Me dispuse a

hacerme un café, siendo que no era todavía muy tarde. El agua estaba caliente, y los granos sobre la mesa. Los restos de un gustoso desayuno ocupaban el fregaplatos para que Norbert los lavara. Para ocupar mi tiempo, le ahorré la tarea. De espaldas oía a ambos, un poco curiosa de lo que sería aprender con alguien como Mikhail.

-Y aquí...

-Ahí multiplicas. Recuerda las propiedades. Una vez tienes ese factor...

-Ya, ya, lo tengo.

El agua salía con un chorro potente, ininterrumpido. Era un agua clara, helada, que echaba una espuma que pronto se disolvía contra el metal del resumidero. El tanque debía de estar por congelarse. Como teníamos gas, todavía las duchas calientes eran un lujo que podíamos permitirnos, pero me habían avisado una y otra vez que en lo más helado del invierno podría haber complicaciones y tendríamos que arreglárnoslas.

Desde el pequeño ventanal de la puerta divise un día claro, en donde la nieve seguía haciendo su número sobre San Naerit. Era uno de esos días que ponían a una en ánimos de pasar la tarde en cama, aunque me sentía obligada a hacer algo de valor. Pensé que podía sacar a pasar a Waldorf por mi cuenta. En ocasiones lo había intentado, aunque el sólo trabajo de despertar al siberiano cuando dormía era tarea difícil. Como perro guardián, había opinado Thomas durante su visita, era más bien poco.

"Pero es un herido de guerra", había comentado luego, acariciándole la barriga con la actitud neutra de siempre *"Supongo que le dará su prestigio."*

Justo sonreía recordando eso, cuando Mikhail interrumpió mis pensamientos.

-Busca el libro de primero. Creo que ahí está lo que te quiero mostrar.

-Tiré el mío hace dos años.

-Entonces pídeselo a tu hermana.

Matt dudó durante unos segundos, luego me vio de reojo y se levantó, perdiéndose por las escaleras. El grifo continuó chorreando, aunque ya no quedaba nada para lavar. Lo cerré lentamente, y me sequé las manos. Por primera vez en meses, me hallaba a solas con Mikhail Eder.

-¿Y bien?- me dijo, todavía revisando las respuestas de Matt.

Lo miré, algo intimidada. Era él, había sido él todo este tiempo la persona que más me había preocupado desde que llegué al pueblo. Él sabía de mi dolor, de mi vergüenza, de las humillaciones que había atravesado en Nueva Gabul. Debía de saber de Orlana y sus amigas, de las burlas, de los rumores que corrían sobre mí y mi condición. El sólo considerarlo muy pronto me acercaba a otro ataque de pánico.

Me sobrepuse con esfuerzo. Mikhail volvió a hablar.

-Quieres hablar conmigo.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque desde que llegaste, no haces más que huir a tu cuarto durante las mañanas en las que me encuentro aquí enseñándole a Mathew. He notado que me evitas. Creo que entiendo el porqué. Pero hoy te estás tomando tu dulce tiempo en marcharte. ¿Me equivoco?

Me senté en la otra punta de la mesa, todavía pasando el repasador por mis dedos húmedos. Su perspicacia me irritaba.

-No.

-Me alegro.- continuó él, sin mirarme- Déjame adivinar un poco más. Kari te pidió que me convencieras de acompañarlos a su viaje a Visgana. Desde luego, siendo ella, de seguro tuviste poco espacio para negarte.

Contuve el aliento.

-Acepté por mi cuenta.

Al oírlo Mikhail dejó de escribir, y por fin se dignó a mirarme.

-Eso es respetable- dijo- Pero lamento decir que no puedo ir. Tengo cosas que me ocupan por aquí.

-¿Y si pudiera convencerte?

-No puedes.

-Si Norbert no tiene que trabajar en las vacaciones, ¿por qué tú sí? No eres un enfermero.

-Nunca hablé del hospital.

-¿Enseñar?

-Preguntas demasiado.

-Supongo- me incliné de hombros, dejando el trapo sobre el mantel- Creo que sí puedo convencerte. Pero no tendré tiempo hasta que Matt baje.

-Matt no bajará.

-¿Por qué?

-Porque le pedí un libro que ya nadie aquí tiene. Y lo sabe. Me tomé la molestia de evitarle verte si por alguna casualidad soltabas tu máscara.

La oración me sacudió de pies a cabeza. Detrás de los anteojos, Mikhail me continuaba observando, ojos cobrizos como su cabello, que veían a través de mi fachada todas las penurias, todos los rencores que se habían atorado en el centro mismo de mi ser. Lo sabía. Sabía que desde el principio, él iba a ser el más peligroso. Tuve recuerdos varios, comprimidos en una milésima de segundo, de caras que reían, de parpadeos fingidos, de comer a solas oyendo voces aturdirme con carcajadas, muecas diabólicas, que se volvían torbellinos de odio en los que caía perdida. Mis dedos temblaron levemente, pero los contuve.

Volví a ver a Mikhail.

-¿Por qué me dices eso? ¿Está mal que haya querido empezar de nuevo?

Él negó, todavía atento a mí. No parecía afectarle el tono herido de mis palabras.

-No. Si de verdad hay algo como eso en ti, lo respeto. Pero, si las cosas que oí en Nueva Gabul sobre Liseth Aurdelard son ciertas... Me costaría confiar en los nuevos inicios. Algunas personas no cambian. Están destinadas a la miseria.

-Pasaron muchas cosas.

-Sí, pasaron. Es posible que seas distinta, o que los rumores hayan sido mentiras. A algunos de ellos los desacreditaba yo mismo. Pero otros me han quedado rondando. Aquí, al menos de momento, puedo ver que todos te quieren. Norbert te ha acogido en su casa. Kari te respeta lo suficiente como para pedirte que hables por ella; ¿con quién más haría eso? Tienes amigas en el Instituto, personas que te admiran, e incluso últimamente he oído hablar de seguidoras. No voy a molestarme en hablar de lo que siente Matt, pretendas o no saberlo. Los otros dos también te aprecian. Alex y Jessica, ambos me preguntan por ti cada vez que vuelvo de visitar esta casa. ¿Entiendes a lo que voy?

Asentí, sin dejar de encararlo.

-No quiero que me odien.

Mikhail se acomodó los anteojos.

-¿Quién quiere ser odiado?

-Si no confías en mí... Convencerte me será aun más difícil. Pero quiero intentarlo, por Kari. Se lo prometí, no quiero defraudarla.

-Ya veo- me examinó él, la parca luz de la mañana reflejada en el cristal que distanciaba sus ojos.- Bien, hazlo.

Me acomodé, intentando que mi cuerpo mostrara la mayor seguridad posible. Recta, controlando mi respiración, mi actitud, hasta la posición de mi quijada al hablar. Si no era posible transmitir confianza a alguien como él, al menos debía poder transmitir la idea de que confiaba en mí misma.

-Estás en San Naerit porque investigas algo.

Salió como una afirmación, y no como pregunta. Mikhail se quedó mirándome un largo rato, inescrutable, moviendo la lapicera entre sus dedos. Como no contestaba, volví a hablar.

-Investigabas junto a Julián. Me estoy refiriendo a Julián Hauswhite, nuestro profesor de Literatura. Al menos hasta que fue asesinado.

Esta vez sí hubo una reacción.

-¿Cómo...?

-¿Alex y Jessica también están metidos en esto?- inquirí.

Los labios de él se cerraron. Tuve un enfermizo orgullo embelleciéndome al ver que había conseguido tocarlo.

-La mayoría lo adivino- proseguí, controlando mi sonrisa- Se me hacía raro que ustedes tres hubieran ido a parar aquí así de la nada. Cuando comenzaron los asesinatos de Zaq... Matt me contó que Alex había estado buscando rastros por su cuenta.

-Pero sabes de Julián.

Asentí.

-El profesor también investigaba.

-¿Sabes qué investigaba?

Dudé por unos segundos, pues algo en Mikhail parecía enardecido, como un fuego que pronto podría consumir la estación misma.

-Creo que sí.

-Habla.

-Desapariciones. Tal vez asesinatos. Y tú también. Ustedes tres... ¿Buscaban a alguien aquí? ¿A...?

De pronto se me ocurrió una idea terrible.

-¿A Kain...?

Pero para mi alivio, Mikhail cruzó las cejas y retrocedió en su asiento.

-Kain...

Callé. No se trataba de él. ¿Quizás de su hermana?

-Sabes bastantes cosas- admitió mi interlocutor, sin despegar sus ojos de mí. Parecía estar tomándome mucho más en serio que antes- Pero no entiendo cómo se relaciona esto con que los acompañe a Visgana.

-Estoy proponiendo un intercambio. Si vienes, te diré también cosas que no sabes. Por supuesto, tendrías que confiar en mí durante esos días.

-¿Que no sé?- pifió él- Acaso Ezequiel Jerves...

-Sé cosas que tú no- solté, decidida, y la convicción en mis palabras fue tal que Mikhail calló- Todavía no entiendo bien qué los llevó aquí, o por qué

Julián quiso ayudarte. Pero yo también estoy investigando por mi cuenta. Hace poco pedí la ayuda de Matt, pero en realidad... No quiero que él corra peligro.

-Ezequiel Jerves sigue internado, a kilómetros de él y de cualquiera que conozcas. Me pregunto a qué clase de peligro te refieres.

-Estás haciendo el tonto- lo apunté con el dedo, y el aumento de confianza en el gesto pasó desapercibido por Mikhail, que volvió a removerse en su asiento- Si de verdad creyeras que Zaq era el verdadero problema, no seguirías en este pueblo. Hace diez años, aquí ocurrió una tragedia. Una que casi nadie ya recuerda. Se perdieron al menos dos vidas. ¿Sabes eso, no? Kari me dijo que eras muy inteligente. Tal vez por hablar con su abuelo o pensando, intuiste que Zaq no era más que un peón.

-Dijiste dos vidas.

Su frase me interrumpió, sin que la comprendiera. Mikhail permanecía con los ojos cerrados, como si sufriera el peso de tomar una gran decisión. Se me ocurrió que de momento lo mejor era permanecer en silencio.

Pasaron unos minutos, en los que como auguró, Matt no se dignó a aparecer. Ambos permanecemos frente a frente; él como meditando, con angustia dominada, y yo tamborileando mis dedos, algo excitada por haber revelado tanto frente a la persona que más desconfianza me traía de todas.

Al cabo de un rato Mikhail pareció despertar, y habló sereno.

-Dices que sabes más, sobre lo que ocurrió hace diez años y sobre el culpable.

Asentí. Parecía que la situación colgaba de un hilo, que una sola palabra errada haría que todo se desmoronara, que perdiera la posibilidad de tenerlo como aliado. Pensé en lo que había dicho. "Dos vidas". ¿A qué se había referido con eso? ¿Eran acaso más las víctimas de Titiritero, no sólo Kain y su pequeña hermana? Entendí que Mikhail también debía de tener información, datos que yo no conocía, los productos de sus propios husmeos durante años en el pueblo. No era yo la única que podía ofrecer bienes en una alianza.

-Entonces no me quedará más remedio que ir.- concluyó, poniéndose de pie- Espero que lo que tengas valga la pena.

-Si lo crees, lo valdrá.

Sus ojos se enturbiaron, pero pareció satisfecho.

-Iré a decirle a Kari.

-Bien. Hablaremos mejor en Visgana. ¡Matt!

Lo dejé allí sentado, con la vista en las hojas pero la mente en otro sitio, y emprendí el ascenso por las escaleras cruzándome con Matt. No necesitamos mirarnos mientras pasábamos uno al lado del otro. Matt debía entender, lo que Mikhail hacía y qué tipo de charla había podido tener conmigo.

Luego me dirigí a la habitación de Kari, en donde los Grades tronaban con más fuerza que nunca.

Créelo.

Vira al centro de mi intención.

Sacúdelo.

Parafernalia abierta en la ilusión.

El mundo se alumbra, se alumbra,

Sobre las nubes sin viento que enturbian la calma

Desgracia

Y encuentro.

-¿Y?- preguntó ella al verme, expectante.

-Fue difícil, pero aceptó.

Abrió la boca como si se hubiera quemado, y saltó sobre mí, otra vez derribándome con un abrazo.

-¡Liseth! ¡Eres grandiosa! ¡La mejor amiga que he tenido!

-Ahora no me falles, ¿no? Funcione o no, vas a decirle lo que sientes.

"Y que de seguro él ya sabe."

-¡Lo haré! Voy a acercarme a él durante ese viaje. ¡Oh, Lis! Contigo, y con Johan... Nunca me he sentido tan feliz en mi hogar.

-G... Gracias.

-¿Y tú? ¿Cuándo vas a traer algún chico para que yo lo apruebe?

"Cuando pueda hacer a Kain cruzar la barrera que mi poder ha creado."

-Ah, no lo sé.

-Estás mucho más linda que cuando llegaste- me examinó Kari, separándose de mí, estudiando mi rostro con detenimiento- Es como si usaras maquillaje.

-¿Sí?

-Pero no estás robando el mío- se fijó ella en su cómoda, para luego volver a inclinar las cejas- Es un poco tétrico, ¡pero mejor! Ya varios de mis compañeros te han mencionado. Claro que, lloraría si terminas con alguien de mi curso.

-No me gustan tan jóvenes.

Kari rio. Los Grados seguían sonando, aturdiéndome con su sombría melodía. La música sonaba algo pausada, distorsionada desde el equipo, rodeando las paredes del cuarto como alambres de púa.

-¿Has pensado en pedirle a Mikhail que te dé clases particulares?- pregunté, recordando el fuego en la voz de su amor, aquella ira abrasadora que por instantes se me había revelado- Tendrías una hora para hablar con él de cuanto quieras. Estoy segura de que funcionaría, hasta a m...

Opté por no cubrirme la boca ante el desliz. De todos modos, Kari no parecía haberlo oído.

-Eso es un fastidio.

Había vuelto a su cama, moviendo las piernas al compás de la canción. Yo me senté en el puf, algo agotada por el anterior encuentro.

-¿Es un fastidio pasar toda una hora con el chico que te gusta?

La vi cubrirse el rostro con las manos.

-En realidad...

Esperé, relajada.

-En realidad lo intenté- confesó Kari- Pero soy algo tonta, y cuando estoy con él... No puedo concentrarme. Comienzo a errar mucho más de lo que erro en la escuela, y Mikhail me corrige, pero yo también pierdo la paciencia, por la presión... Antes nos peleábamos todo el tiempo por eso.

-¿Ah sí?- sonreí.

Kari se dio vuelta, arrojándome uno de sus almohadones. Lo esquivé moviendo la cabeza a un costado, ya acostumbrada a aquel ataque.

-¡Qué graciosa! ¿A qué viene esa sonrisita?

-Sólo pienso que podría funcionar- suspiré- Creo que Mikhail enojado es un Mikhail mucho más honesto que Mikhail infalible. Pero sólo es una opinión, ¿no?

-¡Oh!- gritó Kari aplaudiendo- ¡Como el chico con el que salías en tu ciudad! ¡El de los lápices!

-Ah... ¡Ese!

-Puede que tengas razón. No, qué digo, ¡seguramente la tienes! Le pediré que me ayude con la tarea de geografía. Si me calmo... Sólo tengo que calmarme, y no nos peharemos. ¡Lis, eres la mejor!

XXXIX

Se han sucedido una sarta de eventos triviales, que no vale la pena mencionar. Sin embargo, me avergüenza admitir que han pasado a ser la sustancia principal de mi vida en los últimos días.

Hemos decidido tomarnos un descanso, y reposar en el Palacio, lejos de los ojos de todo el mundo. A Raquel le divierte explorar sus eternos recovecos, bajo la guía de Glasyalabolas, conocer a los muertos que nos sirven y ordenarles, aunque yo disfruto más de la paz que se consigue dentro de esos muros, relajados sabiendo que nada puede tocarnos. Entonces, en ocasiones, disfruto de un fenómeno muy interesante que concierne a mi compañera. El sol... Ese sol frío, distinto, parece llegarle al corazón en cuanto lo contempla en silencio, como un canto que yo mismo soy incapaz de oír.

Entonces Raquel parece retroceder, a cuando era una pequeña niña y jugábamos en el barro. Se vuelve sumisa, débil. Triste. Hace el amor con ternura, llora al ver su propia sombra, se vuelve digna de reconocimiento. Pero en realidad, hay allí una fortaleza terrible, que no me puedo permitir. No recuerdo la

-¿Me estás tomando el pelo?- se oye desde el comedor- Lee de nuevo eso.

-¡Tú me dijiste que lo pusiera así! ¡Son nueve mil metros bajo...!
Continúo leyendo el diario.

No recuerdo la última vez que lloré. Como mi alma, al haber creado este mundo, las lágrimas en mí se han secado por completo. Las personas lloran, ríen, sufren, anhelan, se sienten heridas y lastiman. En ocasiones me he preguntado a mí mismo, si soy humano. Se lo he preguntado a Raquel.

Me ha dicho:

“¿Qué dices, Gabriel?”

Y luego:

“Eres más humano que nadie que conozca. Eres sinceramente humano. Por eso me gustaste.”

“¿Desde el principio?”

“Desde el principio. Y hasta siempre.”

Esas palabras me conmueven, como sólo Raquel puede hacerlo.

Me detengo unos segundos, releendo ese diálogo. Gabriel. Por primera vez, el narrador del diario se ha referido a sí mismo con un nombre. Lo releo varias veces, buscando en mi memoria a algún otro Gabriel que Gabriel Altamirano, el chico bromista de mi aula. Doy por sentado que no se trata de él.

Por más que piense, no puedo adivinarlo.

-¡Sobre el nivel del mar!- se oye a Mikhail gritar, exasperado- ¡Por encima! ¿Vas a decirme que a la cordillera se entra buceando?

-¡Cállate!- le sigue el grito de Kari- ¡Pasa a la siguiente pregunta!

Luego está el tema del niño, al que dejamos dentro del Palacio. Él sí que llora. Extraña a su madre, a sus hermanas, a la servidumbre que siempre lo rodeó. Hasta cierto punto, su infantil agonía nos ha enternecido a ambos. Para aliviarlo de sus penas, ayer decidimos reunirlo con su familia. Están aquí, en el Palacio. Estarán por siempre en nuestro territorio.

El pequeño comprendió, al ver a sus hermanas, que aquellos a quienes conocía habían muerto. El pavor que sintió... Con Raquel sentimos un atisbo de culpa. Hemos decidido que no lo mataremos. Pues-

-Kari. Lee esto.

-¡Está bien!

-Tú lee lo que pusiste. En voz alta.

-¡Uf! ¡Qué fastidio! Hm, hm. Dije: *“Alemania limita con Bélgica, Francia, Suiza, Dinamarca, Bologna...”*

-Pausa. Ahora mira bien el mapa.

-¡Ya va!

-Míralo, y revisa tu respuesta. Luego me dices qué error cometiste.

Prosigo.

Pues no hay caso ya en pretender que la familia Tressand pueda resurgir. Ha sido acabada, no es más que un aditivo a nuestros poderes. Un sólo niño no hará nada para cambiarlo, y si lo que queremos probar funciona, mayores motivos aun hay para mostrar un mínimo de misericordia. El pequeño morirá, eventualmente. Todos morirán, y formarán parte de las filas del Palacio Ajeno. Con cada nuevo año, nos volveremos más fuertes. Raquel, Glasyalabolas, y yo... Unidos por siempre, por nuestro pacto, por nuestra sombría felicidad, por la promesa del poder.

Hemos hablado sobre qué familia podemos atacar ahora, en cuanto nuestro retiro termine. Glasyalabolas no sabe nada de esto, ni tiene por qué saberlo. Raquel se deja llevar; como la tormenta natural que sólo ella puede ser, no discierne objetivos ni metas sino que actúa por instinto, como la más

hermosa de las erinias, trayendo condena y destierro sin distinción alguna. Pero yo soy más maquinador que mi compañera. He pensado que...

-Hm, hm, hm.

-¿Y bien?

Se oye un silencio lleno de tensión. Leo la última oración de aquella entrada, y mi estómago se revuelve. Luego, abajo, Kari contesta.

-¡La hice bien! ¿No?

Hay un estruendo terrible, que me hace correr escaleras abajo. Contra la mesa Mikhail sujeta a Kari del rostro, mientras que ella le clava la lapicera en el antebrazo. Por unos segundos, parece que su pelea fuera otra cosa muy distinta.

-¡Deja de tomarme de idiota! Mocosa estúpida, ¿de verdad? ¡Bologna!

-¡No me llames estúpida! ¡Te voy a matar, Mikhail! ¡Hey!

Los dedos de él le estiran las mejillas, irritado, y Kari sigue acribillándolo con su lapicera.

-¡Suéltame!

-¡No es Bologna!

-¡Te voy a matar!

-¡Vas a aprender aunque mueras en el intento!

Toso, sentándome en los escalones.

Ambos se interrumpen, soltándose. Están rojos, y muy agitados. Me deleita ver que Mikhail puede poner una expresión como la que tiene al limpiarse la saliva de ella contra su camisa.

-Tú.

-¿Los interrumpo?

-¡No es Bologna!- dice Kari, revisando la hoja- Es Polonia. ¡Lo siento!

-¡Bien!- se vuelve él hacia ella, ignorándome- Ahora, sigue.

Tiene el brazo marcado, y ella las mejillas coloradas, no por el rubor sino por la tortura que le hicieron. Continúo observándolos desde mi lugar, admirada.

-Luego los Países Bajos...

-¡Sí!

-Luxemburgo...

-¡Exacto!

-¡Y Republica Checa!

-¡Lo ves! ¡Sí puedes!

-¡Lo siento!- lloró Kari- ¡Mikhail, perdona! ¡Te lastimé!

-¡Me importa un diablo!- la sacudió él, feliz- Tú perdóname. No eres una mocosa idiota. Perdí un poco los estribos.

-¡Te perdono!

Me contengo de reír, y con pasos de puntilla regreso escaleras arriba, dejándolos a solas. Tal como había esperado, si había un modo directo de entrar en el corazón de Mikhail Eder era aquel por el que Kari había desistido más rápido: haciéndolo enfadar. Mi visión no me fallaba.

Mientras los oigo hacer las paces y proseguir con el estudio, me preparo para un día lluvioso, ideal para continuar estudiando las páginas de ese diario hasta que la noche caiga temprana sobre todos. Esta cena será colmada, pues Norbert anunció que compraría víveres para una última despedida antes de que nos vayamos a Visgana. En las radios suenan advertencias, de la terrible

tormenta que se aproxima. Lo más rápido que nos podamos alejar a la calidez de esa otra ciudad, mejor para nosotros.

También debería estudiar, aunque el hecho de que se aproxime la última semana de clases me quita ánimos al respecto. Por ahora, sólo puedo pensar en el viaje, y en la ciudad desconocida, y en mi baile en el Lastega, y en la posibilidad de tener nuevos aliados y la de tener nuevos enemigos.

Y rememoro esa última oración: *"He pensado"* decía el autor del diario *"Que la siguiente familia de la que nos encargáramos podría ser el Clan de los Berkan. Valdomar Berkan, y sus cuatro hijos."*

XL

Porque una pesadilla me pone en vela, al empezar mi última semana de clases lo hago como si se tratara de un inicio, con tantas energías y determinación en mi accionar que yo misma me sorprendo. Paso horas estudiando asignaturas que por semanas no voy a tener, me esfuerzo especialmente en ser amigable con mis compañeros, soy la primera en postular soluciones para el Club de Delegados, y en la clase de gimnasia logro pasar a todas mis compañeras durante el trote, lo que me regala una serie de silbidos admirados. Camino cuan firme puedo, no bajo la cabeza, contesto con energía, me siento más desolada e insensible que de costumbre. Al final, se trata de eso. Tras ese sueño, de un modo u otro, algo se drenó de mí; y lo que quedó fue un vacío escabroso, en el que no tengo espacio para refugiarme, una soledad que me hace perder mi humanidad, como si mi padre no me hubiera engendrado sino que hubiera sido tallada, en cristal, en acero, en madera. Como si fuera la peor de las oscuridades, ese sueño me roba de mi alma. Hago las cosas, pero las hago sin sentir las. Sé lo que es bueno, y lo que es malo. Sé qué me conviene y qué no, con quiénes debo relacionarme, a quiénes debo sonreír, a quiénes tengo que enfrentar. Lo comprendo de un modo perfecto, mucho mejor del que lo haría si me sintiera yo misma. Pero no puedo sentirlo. Todo, las personas, los lugares, hasta la nieve que cae de a montones sobre el tejado del instituto me parece distante, otra vida de la que jamás fui parte.

Y entonces pienso en una Puerta Naranja.

Ahora, después de un día ajetreado, soy Mina Harvnes y me encuentro en una de las aulas más altas, rozando los tablones del suelo, los bancos y sillas apartados para dejar espacio a mi danza. No necesito música. De la ventana emerge el cielo, blanco e impecable, y pequeños copos se ven translúcidos ante la mermada luz; caen contra el alfeizar, y se vuelven

pequeñas gotas. Danzo para ventilar preocupaciones y miserias, para quitar de mis hombros el peso de mil rencores. No necesito nombrar los movimientos. Ningún orden guía mi danza, más que el silencio, la voz, aquello que siempre estuvo en mí. Me giro, sabiéndome sola, sabiéndome feliz de hallarme sola, sabiendo que en algún momento esta desidia se me va a terminar, pero contenta en mi propia desdicha, veo pasar ante estos ojos celestes que no me pertenecen los pupitres y el pizarrón, y elevo mi pierna, y con gracia muevo mi mano, y soy una vieja bailarina de cristal, en una caja de música, sobre un velador, en un sitio muy lejano en mi memoria, cuando nada había ocurrido y yo estaba de vacaciones.

La pesadilla viene a mi mente, ecos de algo perdido. En ella estaba yo, pero sin ser yo, y me sentía más joven, y hablaba con alguien. ¿Quién era ese alguien? Creo que era Mary, pero he estado demasiado cansada como para planteármelo. Estaba contenta. Me distraía con algo, me sentía feliz en estar ocupada al hablarle. Le decía que nos juntaríamos, para charlar, y ella respondía: “¿Dónde?”

Luego decía: “*Si no te veo.*”

Y mi entorno, el cuarto desacomodado, indefinible en el que entonces me hallaba se tornaba opaco, se cubría rápidamente por las sombras. Las cosas dejaban de estar allí para mí. La oscuridad era una masa densa, que se hundía en mis ojos y en mi boca, impidiéndome respirar, sofocándome con su presencia, con una presencia que se hallaba a mi lado, queriendo abrazarme. El miedo, la debilidad, las peores sensaciones invadían mi cuerpo. Quería gritar por ayuda, pero mi voz era un gemido lleno de terror. Me sentía cansada, hundida en el pozo más profundo.

Gritaba: “*¡Quiero ser feliz!*”.

Pero lo que salía entonces era un canto monstruoso. Un canto que desbordaba todo, que me rompía, que quebraba todo lo que existía en mi mundo.

Y caía.

Cuando desperté, en mi cama, supe que aquello había sido similar a un ataque, sólo que dentro del sueño. Sólo algunas veces mi ceguera me visitaba de esa macabra forma, pero en todas quedaba adormecida, indiferente a mi propio sufrimiento. Durante los siguientes días, en la escuela, con los Weigler, con mis compañeras de danza o mientras leía el Diario, no podía dejar de sentir que yo no era humana; que, en algún momento, así como a la pareja de nigromantes que relataban esas páginas les había ocurrido, algo maligno y de otro mundo se había aparecido ante mí, para atarse.

El invierno era triste, constante. Lo veía caer incesante sobre la torre del colegio, hundirse en mis botas, volver a San Naerit un sitio blanco, en donde el follaje tenía pereza de crecer y el fuego calentaba los dedos entumecidos. Había una sensación de quietud, como si la pausa tan corta que íbamos a tener fuera a volverse eterna. Desde su estudio, las manos tras la espalda y el rostro también sereno, el director Ashadd observaba nuestras reuniones durante el recreo, su reflejo en el cristal apenas una silueta sin rostro. Hasta él, en ese momento, me pareció triste.

La marea del tiempo se vuelve tan cruda y asfixiante como la oscuridad. Sigo danzando, la piel pálida de Mina erizada ante la brisa, su cabello removiéndose y mi alma ascendiendo, como lo hice también en un sueño, por los firmamentos de San Naerit, para cruzar sus bosques, para cruzar la Playa

de las Piedras, para adentrarme por un canal grisáceo, hace ya muchos años no visitado. Las casas, los caminos y los lindes del río, las piedras y las elevaciones, todo se sumerge en una calma profunda, desde la más pequeña alimaña hasta la torre alta, alzándose única por sobre lo demás, desde la cual a Harrold le gusta contemplar el pueblo. Por momentos, parece que el flujo de todas las cosas se hubiera detenido, y sólo estuvieramos yo y mi danza.

Pienso en Norbert, trabajando dentro del hospital con sus colegas, en su sonrisa y sus bromas.

Pienso en mis compañeros, en mis amigas, en sus vidas distanciadas, en Teresa Simaff, sola en su hogar, en tantas otras personas que ignoro, pero que a su modo pertenecen también a mi historia y a mi invierno.

Pienso en Matt, y en Kari, y en Wilhelm, pero también en Johan Weigler y en su misterio, y todos los secretos que no sé de este pueblo.

Pienso en Mikhail, y luego en Alex y Jessica que se quedarán aquí, en lo silencioso que estará todo cuando nos vayamos, en una habitación de juegos vacía, sombría, en donde el viento barre las ventanas y la desolación que hay adentro.

Y pienso en Kain, contemplando desde su balcón un cielo incambiable, estirando la mano hacia un sol falso, que dejó de fluir desde hace ya mucho tiempo.

Y me pregunto, ¿Kassia, en dónde estás? ¿De verdad te alcanza el sueño de tu hermano? ¿Podrás despertar, y decirle que todo está bien? ¿Vives? ¿Paseas, ríes, juegas, lloras, añoras cosas dentro de este invierno? Él te sigue buscando, te ha estado esperando, por diez largos años. Tu rostro me es invisible, te imagino libre, feliz, el cabello oscuro ondeando en alas de un viento de verano, y por primera vez, me siento a mí misma capaz de ayudar a alguien más, de creer en la luz y en una memoria distante. Kain no va a olvidarte.

En cambio yo... Yo estoy destinada a olvidar, y a ser olvidada. Sin mi rencor, ni mi dolor, ese me parece el rumbo natural de mi vida. Sé que terminará, en algún momento. Sé que veré la luz, como tantas veces antes. Pero en su punto más frío, lo único que puedo decirme y entender es esa constancia. Seré olvidada, y debo olvidar. Mina, este cuerpo que uso, su gracia y belleza ha sido en realidad también olvidada, en vida, y lo será en muerte si algún día llego a perderla. Hay tantas cosas, tanto dolor, tanto que quisiera ocultar. Mi oscuridad tiene un nombre, y un rostro que conozco bien, pero que no quiero ver. Tiene una voz, que me llama, y sonrío, y se lleva un dedo a los labios. Tiene un cabello rubio, salvaje, sedoso y suave a diferencia del mío, y porte, y belleza, y ojos ensombrecidos que no me atrevo a enfrentar. Ese es el centro del problema. No me atrevo a enfrentarla. No soy como Matt, ni como Mikhail, ni como ninguna de todas esas personas que, al final, entiendo me superan en modos que no puedo llegar a imaginar. Soy una cobarde. Así he vivido, desde pequeña, oculta en las sombras. No quiero abrir mis ojos, no quiero controlar mis párpados, no quiero más que la luz, perpetuamente, rondando en ella sin sentido, llorando y maldiciendo cada vez que me golpeo en su búsqueda.

Cuando termino de danzar, sin una gota de transpiración, me sorprende ver que en el pizarrón alguien ha escrito mi nombre, junto con burdos dibujos de corazones. Son buenas noticias, pero no puedo encontrar las fuerzas para que me interese. Abro la Puerta, llego al Balcón, encuentro a Kain dormitando y

me acerco a él, vacía, a ese sueño falso que puede crearse. Lo veo reposar, contra la tarima, los pliegues de su camisa roja contra el pecho pálido, el cabello oscuro y rizado sobre las sienes, las cejas aguileñas y la boca carnosa, cerrada en una firme línea. No respira. Me pregunto cómo sería, si estuviera vivo. Qué clase de vida tendría, con quiénes se hablaría, qué hubiera estudiado, qué esperanzas hubiera albergado para sí mismo y para el mundo. Es injusto, lo sé, que sea yo quien viva y él quien esté muerto. También sé bien que Kain se enfadaría si me oyera decir eso. Porque se preocupa por mí.

Con esa idea en mente, inclino mi rostro aun más hacia el suyo. Entiendo bien que podría despertarse en cualquier momento. El sueño de Kain no tiene profundidad, es similar a cerrar los ojos y reposar, la caída de un alfiler podría arrebatarlo. También, si lo quisiera, podría ordenarle que despertara. Podría ordenarle cualquier cosa. La tal Raquel, y el escritor del diario, ambos solían dar toda clase de mandatos absurdos a los fantasmas sobre los que regían. Los hacían danzar, cantar, pelearse entre sí, causar discordia entre los vivos. Pero todas esas cosas, al menos ahora, me parecen vanas. Me gustaría poder ordenarle a Kain que sea feliz. Que me ame. Pero si una orden como esa es posible, no me atrevería a probarla.

Cada vez menos distancia hay entre los dos. Quizás mi aliento le cosquillea la cara. En todo caso, parece naturalmente inconsciente. Desde que sabe el nombre de su hermana, y desde que perdonó a su asesino, algo en él se ha recobrado, una pieza que perdió, algo que me prueba que también Kain es mejor persona que yo. Los cabellos de Mina resbalan de mi hombro, y van a parar hacia su cuello, incomodándole, y por fin abre los ojos. Me mira con gesto borroso, esforzado, todavía poseído por el descanso.

-¿Mina?

Me inclino, sin comprender.

-¿Qué...?

-Liseth- dice Kain, y su consciencia vuelve del todo. No parece sorprendido, ni incomodado por nuestra proximidad.- ¿Estás bien?

Asiento.

"*No es el momento*" me digo. Pero la tentación de adelantarme, de besarlo como Harrold me besó a mí es demasiado potente en mi corazón. Me siento cansada, muy cansada. Kain sigue esperando, escudriñándome con sabiduría. Estoy segura de que a través de nuestra unión, entiende tantas cosas sobre mí como yo.

-Quería...

"*No es el momento*" me repito.

Kain inclina las cejas. Está observando, sin gesto alguno, mis labios. Es como si contemplara un recuerdo muy viejo, que ya no lo atañe, un juguete perdido en la infancia, algo de lo que ya casi no se tiene memorias.

Retrocedo. No es el momento.

-Quería saber si te gustaría que te trajera más libros. Creo que papá le prestó algunos de los suyos a Norbert.

El fantasma se levanta sobre sus codos, y observa con desgano las paredes raídas del Balcón, las enredaderas, la amenazante Puerta Naranja que ambos ignoramos. Asiente con lentitud, como si no me hubiera oído.

-¿Soñaste?- pregunto.

-En ocasiones. Siempre se repite.

-¿Qué sueñas?

Se incorpora del todo, camina sereno hacia la mesa de piedra, apoya las manos en su superficie como si quisiera sentir el tacto del mármol por primera vez.

-Un lugar oscuro, en el que yo me hallaba inmóvil.

Sonríó con tristeza.

-Creo que puedo entenderlo.

-¿Y tú? Estás algo cambiada.

-Estoy extenuada- afirmo, ocupando mi silla- Las prácticas de danza, los estudios, el viaje a Visgana... Kain, es posible que una vez me aleje de San Naerit, contactar contigo se vuelva más difícil. Ni siquiera sé si podré abrir la puerta. Será una gran apuesta, pero... ¿Estarás bien sin mí?

Él sonrío a su vez.

-Te estaré esperando aquí mismo.

Siento como nuestra unión se solidifica. Los otros nigromantes nunca mencionaron nada de esto. Tampoco mencionaron sobre la posesión de cuerpos, lo que me hace pensar que aún les quedaba mucho por descubrir. Estoy decidida a resolver el misterio de ese libro. Le he contado ya a Kain: sobre Glasyalabolas, sobre los dos brujos, sobre la familia Tressand y el uso que ambos le dieron a los poderes de este sitio. Como esperaba, le ha parecido terrible, pero no tiene recuerdos de nada similar. Es probable que él ni siquiera hubiera nacido en ese entonces. Pero el autor, quien sospecho es el Titiritero... ¿Vive todavía, en San Naerit? ¿Se oculta, odia, ambiciona, desea cosas por sobre la nieve que todo lo apacigua, hundiéndose en resentimientos? ¿Qué ocurrió, que no cubren esas páginas? En pocos días, lo terminaré. Y temo entonces quedar sin respuestas.

-Te diré algo, sobre ese perro- me había hablado Kain días atrás, con un libro en la mano, cuando yo le había contado sobre Glasyalabolas- Las veces que he intentado cruzar esa puerta, al territorio de los Cuatro, lo he visto rondando por aquí y por allá, moviendo a los demás muertos como si fueran un rebaño. Ahora que has cruzado allí, entiendes que son distintos a mí, que no piensan, que son seres de rencor como los Cuatro. Esa criatura los organizaba, impedía que se separaran. No se parece en nada, pero me hizo pensar en un... ¿Cómo se llamaban?

-¿En un pastor alemán?

Kain había asentido varias veces, satisfecho.

-Sí. En uno de esos. Algo leal a su dueño, trabajando para él. No creo que sea maligno, ni benigno, sino más similar a una entidad.

-¿Y entonces por qué me salvó?

-Tal vez no planeaba salvarte, sino quitarte de un sitio en donde no pertenecías- opinó él- En cuanto a mí, jamás me prestó atención alguna las pocas veces que nos cruzamos. No responde preguntas, incluso cuando me mencionaste que entiende el habla humana. Como me ignoró, figuré que lo mejor también iba a ser ignorarlo.

»Bueno, aunque, ahora que ambos estamos de este lado, ese monstruo no parece algo de lo cual debamos ocuparnos.

Esa charla, la última visita que tendría hasta que estuviera en Visgana, no logró quitarme el mal gusto que me quedaba en la boca. Me despedí de él, por las dudas, y también me despedí del cuerpo de Mina como si se tratara de un reflejo del mío, pues, en realidad, sabía muy bien quién iba a querer ser cuando estuviera allí, a quién le pertenecía el desafío que me había impulsado

a aceptar ese viaje. Danzaría, como lo hice minutos antes, pero frente a los ojos de toda una sociedad. Me probaría a mí misma. Me repetía incontables veces que podía hacerlo, pero me costaba hallar el valor. Cuando estuviera allí, iba a tener que vencer a mis miedos, a la presión, y a Alice. El sólo ir era prepararme para una gran y decisiva lucha.

El clima continúa descendiendo, en cuanto regreso a casa. Había decidido faltar a la última reunión que decidieron tener los chicos de mi curso; porque ya los considero mis amigos y no quiero pensar en tener que despedirme, ni de Janet ni de Sally, ni siquiera de Cecile que tan perdida se veía ahora. Por una vez, me permití una baja en la escalera social que siempre intento subir, me permití una pausa para mi corazón fatigado. En cambio acompaño a Kari, y ambas nos volvemos juntas, pasando por entre los locales abiertos y charlando en medio de la tranquilidad que nos rodea, de las motas húmedas que dan contra nuestras ropas y rostros. Todavía ensimismada, la oigo a hablar, sin poder escucharla realmente. Se la ve contenta; trota con las manos en el aire, riendo, me cuenta de sus amigas y de su curso, de la despedida que hicieron y de los pocos problemas que la aquejan.

-¡Y Mikhail!- me dice, dando un salto sobre uno de los pequeños troncos que marcan la vereda, y luego moviéndose así, de salto en salto a mi lado- ¡Lis, tenías razón! Soy tonta, pero... Cuando me pidió perdón... Creo que realmente me estoy acercando a él. El otro día estuvimos hablando y...

-Kari.

-¿Sí?

-¿Qué te gusta de Mikhail?

Ella me mira de reojo, y continúa haciendo su juego de saltos y giros. Parece que en cualquier momento pudiera caer y dar de lleno contra la nieve, sin que le importara.

-Pues... Una no maneja esas cosas, ¿no es cierto? Quiero decir, Mikhail es inteligente y todo eso, pero no sé si fueron cosas así las que me enamoraron.- capta la mirada que le doy, y asiente sin sonrojarse- Estoy segura de que estoy enamorada. Ayer lo veía bajo la nieve, y mi corazón retumbaba tanto... ¿Pero por qué? No lo sé, Lis. ¿No es una pregunta un tanto boba? Simplemente lo quiero.

-¿Y cómo sabes que lo quieres?

-Pues porque...- duda- Porque aun si me rechazara, sería feliz si él lo fuera. Y cuando estoy con él, me siento capaz de ser yo misma.

No respondí, pensativa. Nuestros pasos nos llevan cuesta arriba, rodeando uno de los riscos más pronunciados del pueblo, desde donde el lejano olor a salitre llega hasta nuestras narices. A su manera, es posible que Kari Weigler sepa mucho más sobre el amor que yo. No me atrevería a discutir su definición.

Me encojo dentro de mi campera. Una ventisca nos ataca desde atrás, casi derribando a Kari, pero ella gira a tiempo y logra sostenerse con una carcajada. A decir verdad, son muchas las cosas que no entiendo, de mí misma y de los demás. Kari planea abrir su corazón, y también yo planeo lo mismo con el mío. Pero además del amor, hay mucho que no alcanzo a comprender; a personas, a actitudes y relaciones que me ponen nerviosa, tan inescrutables como la misma negrura. He intentado acercarme a todos, a ciegas, tanteando, para poder alcanzarlos. Pero, inclusive con Kain, ¿he sido yo misma?

¿No fingimos todos? Harrold fue quien dijo eso, lo recuerdo bien. Medito sus palabras, mientras fuerzo mis rodillas a completar el pronunciado ascenso, hasta que las dos desembocamos en una calle desolada, que conecta con el camino hacia la casona. Días atrás, intenté acercarme a Wilhelm tras lo que había ocurrido con Johan, pero todo lo que recibí de él fue una embestida cuando volvió a su habitación, tembloroso y disgustado. Norbert no había notado la herida. Desde aquel incidente, a Wilhelm apenas se lo veía, apenas hablaba, ya no tenía las peleas diarias con su hermanita que antes solían provocar las más insólitas nimiedades. Yo quería entender, qué le ocurría, qué secretos guardaba, pero no entendía la forma con la cual podría acercarme. Wilhelm también era en ese sentido muy distinto a un humano. Vivía en su mundo, y me había dado cuenta últimamente de que ese mundo no era tan cómodo y feliz como yo lo creía. Que a diferencia de sus hermanos, y de su padre, Wilhelm callaba algo perverso, tan perverso que había despertado una simpatía oculta en mí desde el primer momento.

En cambio, Johan actuaba como si nada hubiera ocurrido, como si estrellar la cabeza de su hermanito en el borde de una jaula fuera el más normal de los acontecimientos. Todo estaba bien, la vida estaba bien, sonreía y contaba sus anécdotas, impresionaba a quienes lo veían, pasaba sus días junto con Helen o nos visitaba para el almuerzo, no cesaba sus jocosas bromas y comentarios hacia mí. Yo había empezado a compartir, muy a mi pesar, el miedo que Wilhelm sentía por él. Me anonadaba, me conmovía, que Matt, que Kari, que Norbert no pudieran ver la clase de persona que tras su primera, ligera capa de maquillaje Johan Weigler era, que no pudieran captar la crueldad en sus facciones, que no comprendieran que algo se traía entre manos. Me traía memorias desagradables, de mis tiempos en Nueva Gabul, que ahora más que nunca hacían a mi ser inundarse de tristeza.

Tiempo atrás, cuando estaba en esa otra escuela que tanto quiero olvidar, no eran sólo las mujeres sino también los varones quienes se burlaban de mí. Y aunque las primeras me herían más, pues yo no pensaba en otra cosa que no fuera tener amigas, los segundos me lastimaban de una forma diferente, que de seguro tenía que ver con el hecho de saber que nunca sería amada. El chico que me gustaba, como lo había dicho, había encabezado junto con Orlana la primera de las muchas maldades que me hicieron. Pero además de él, en la clase había varios abusones, figuras similares a Rickert y León, que se deleitaban en no dejarme en paz durante los recreos. Escondían mis útiles, o los robaban frente a mí sin que yo me atreviera a decir nada, perdían mi mochila en el patio del recreo, murmuraban a mis espaldas y repetían el maldito gesto del pestañeo, opinaban en voz alta sobre mi físico, qué tan fea era o qué tan poco darían por acostarse conmigo. A la mayoría de todo aquello, ni lo escuchaba, ni lo entendía. Estaba demasiado asustada, demasiado hundida en mi miseria. Sólo rogaba porque me dejaran, que se olvidaran de mi existencia de una vez por todas para así pasar desapercibida el resto de mi vida escolar. A veces, si el abuso se volvía físico, fantaseaba por largas horas con vengarme. Nadie me escuchaba. Thomas estaba demasiado ocupado con su trabajo y atribuía mi miseria a los ataques; había perdido a Mary, el instituto entero me despreciaba y los profesores no me prestaban atención alguna, se encogían de hombros si llegaba a acusarlos, me agrupaban con mis torturadores continuamente como si los deleitara mi sufrimiento. Llegué a odiar a todos y cada uno de ellos. Si las maldiciones existen, si el rencor y el

odio pueden crear algo como eso, aquello que sentí yo debe de haber formado miles.

Recuerdo a Orlana, y a su manera de mirarme.

-¿No vas a pedirme perdón?- decía. Tronaban risitas, miradas condescendientes. - Ponte de rodillas y pide perdón.

Yo agachaba mi cabeza, sin atreverme a mirarla.

Recuerdo rostros indefinidos, burlas, a Mary mirándome con una mezcla de lástima e indiferencia, atravesando mi corazón con su desinterés, acribillando nuestra amistad. Mi pecho se llena de amargura. Creía haber olvidado. Creía haber dejado todo eso atrás, pero me persigue; he allí por qué sigo esforzándome, por qué quiero bailar en el Lastega, por qué quiero triunfar. Yo quería ser feliz. El sueño, ese sueño tan horrible que tuve, no es más que un recuerdo de esas cosas que siempre estarán a mi espalda, que nunca voy a poder abandonar.

Y la nieve sigue cayendo.

-¿Lo ves?- dice Kari a mi lado, sin atender a mi estado- Sabía que los encontraríamos.

Vuelvo a la realidad, y la veo agitar su brazo llamando.

-¡Hey! ¡Chicos!

Me asalta un pensamiento distinto, que no había considerado. Como una oleada, me descubro pensando: *estoy aquí*. Estoy aquí, estoy viva, camino junto a personas. Estoy aquí, y veo en la distancia, devolviéndonos el saludo, a Matt y a Elias, que se acercan caminando desde la reunión que tuvieron. Estoy aquí, con Kari, con personas, personas que me han aceptado, que ríen conmigo.

Algo en mi pecho se rompe, liberando una calidez repentina. Mis ojos se posan sobre Matt, que se mueve hacia nosotras con las manos en los bolsillos. Veo a Matt, caminando a través de la blancura, y el sol emerge de entre las nubes, regalándonos una calidez impensable, halos de luz que se deslizan hacia el pueblo, hacia los hombres que trabajan en el aserradero, sobre las construcciones del pueblo, y también sobre mí, sobre mi cabello dorado, sobre mi piel, recuperándola de su palidez, y sobre el espacio que separa mi persona de la suya.

Me encuentro a mí misma sonriendo. Matt también sonrío.

Pienso, que he encontrado un hogar.

Estoy en casa.

Esa noche celebramos una gran fiesta, para despedirnos del pueblo y de quienes conocíamos. Alex, Jessica y Mikhail asistieron, así como Jennifer Yale, la doctora colega de Norbert, y algunos otros amigos que yo desconocía. Johan también estuvo allí, junto a su esposa, derrochando carisma y haciendo estallar en carcajadas a todos de formas que su padre no podía. Hacía una pareja muy extraña con su mujer: él era activo, insistente, parecía amar el sonido de su voz, mientras que durante toda la velada Helen se quedó sentada, enfundada en su modesto vestido, con los ojos grandes, ojerosos sobre el plato de comida y ocasionalmente sobre él, como si quisiera atrapararlo con esa mirada. Jamás había conocido a dos personas tan dispares.

-¿Que cómo se conocieron?- había repetido Norbert cuando inocentemente le hice la pregunta horas después, los restos de la cena para lavar en la cocina y todos charlando sobre los sillones- Fueron amigos desde pequeños, los dos. No tengo fotos, porque a Johan nunca le gustaron, pero Helen era una monada... Ah, espérame, deja que le pregunte si tiene...

-No, no, está bien- lo frené, y hui a donde se hallaban Matt, Kari y los otros tres conversando. Mikhail, sentado al lado de su enamorada, no cesaba de echarme ojeadas insistentes, cuya intención conocía yo muy bien. Quería que habláramos, la urgencia lo dominaba. En las expresiones de Jessica y de Alex al preguntarme cómo estaba capté también que en esencia él les había contado todo sobre mi proposición. Me apenaba un poco jugar así, pues en especial desde que me había salvado de Zaq, Alex era una persona a la que respetaba como un hermano mayor, y para mi sorpresa, era cierto también que Jessica me caía muy bien. Pero por Kari, no pensaba soltar una palabra de lo que supiera hasta que estuviésemos en Visgana.

-¡Todo un viaje!- contaba Norbert a los gritos, preso de la alegría, a cualquiera que quisiera escucharlo. Un colega revisaba, con gesto curioso, la estantería de botellas de licor vacías que había del otro lado de la chimenea, y Johan conversaba con otras dos personas, sin prestarnos atención. Yo noté que Wilhelm no se había dignado a salir de su cuarto. Matt me hizo una seña elocuente hacia Helen: permanecía cabizbaja, como si su única diversión fuera contar los segundos hasta que el tiempo de retirarse llegara. Me dio algo de pena.

-¿Él la...?

-¿La quiere?- completó Matt, observando a la mujer con atención, echado contra el apoyabrazos del sillón que yo había ocupado- Sí, juraría que sí. Mi hermano quiere mucho a Helen.

-Norbert me contó que se conocían de pequeños.

Matt asintió. La otra parte de la charla, que los dos no ocupábamos, era una investigación a fondo por parte de Jessica sobre cierto pretendiente de Kari dentro del instituto y las molestias que le causaba.

-Asistieron a la misma escuela. Por lo que sé, ninguno de los dos cambió en lo más mínimo.

-¿Helen siempre fue así...?

-Si con así te refieres a tan silenciosa y tímida, sí. Cuando... Cuando mamá comenzó a enfermarse, fue Helen quien la cuidó. Voy a admitir que es muy difícil entablar una conversación decente con ella, pero al menos no me olvido de eso. La visitaba todos los días, la limpiaba, le tomaba la temperatura e intentaba que mejorara. Por supuesto, mamá no mejoró.

Tragué saliva, viendo a Helen con nuevos ojos. También creí entender, en cierto modo, qué había causado que alguien como Johan se encariñara tanto con ella, y el apego y la amabilidad que Norbert le mostraba cada vez que venía a casa.

-¿Y tú, Liseth?- se oyó a mi espalda, en donde Jessica me apuntaba con un dedo amenazador, tembloroso por el alcohol- ¿Cuántos pretendientes tienes dentro de la escuela?

-Ya vas tomando demasiado- dijo Alex. Yo contesté naturalmente.

-Algunas decenas.

Jessica rio a las carcajadas, felicitándome, los lentes de Mikhail se volvieron cuadrados de luz, y Alex levantó su cerveza y brindó con el aire a mi honor, tan serio como siempre. Kari también aplaudió, aprovechando para tenderse más cerca de su mentor.

-¡Liseth es famosa!

-¡Eso he oído! Por aquí y por allá, veo su nombre repetirse. Has cambiado bastante, pero para bien.

-Los muchachos del aserradero te mandaban saludos- dijo Alex, lo que me sorprendió pues jamás los había conocido. Por detrás de toda aquella cháchara, y de la sonrisa de su novia, supe que estaba en ese diálogo una acusación algo dolida, sobre lo que fuera que les estaba ocultando, acusación que por cierto recibí de lleno sin flaquear, diciéndome a mí misma que también ellos me habían ocultado cosas y que, al final del día, lo que estaba planteando yo con mi actitud era una alianza.- Parece que te has vuelto considerablemente popular.

Dio otro trago a su cerveza, y no comentó más.

Luego Norbert llamó a un brindis. En nuestros estómagos ya casi no quedaba espacio para el alcohol: la cena había sido un estofado estupendo, pero como era de esperar eso no había bastado para satisfacer sus ánimos y luego de que chocáramos copas trajo una torta de mousse, que yo miré por un largo rato antes de decidir negarme, en un esfuerzo por mantener mi figura. Excepto Mikhail, que la rechazó, y Wilhelm, que no estuvo allí para recibirla, todos los demás aceptaron su porción y no tuvieron la decencia de esconderse mientras la comían.

La velada continuó amena, como si se tratara de la Navidad o el Final de Año. Corrieron en la mesa noticias del pueblo: sobre el Señor Lamar, que movía su mercado del otro lado del risco para que el viento no volara sus cosas, sobre el difunto Brandon Fraser, oficial de San Naerit, y la policía Visganesa que lo había reemplazado, algunos chismes aislados sobre nuestros profesores del instituto, entre ellos Veronique DuMarque, a quien oí decir se la había visto en el mismo bar que había frecuentado Julián en compañía de un hombre maduro, que adiviné se trataba del tío de Candice Messel. También, desde luego, comentaron las tragedias que habían sucedido. Era imposible que no lo hicieran. Se habló de Candice, de la muerte de su madre, se habló de la madre de Teresa, de mala fama, e invariablemente la cosa terminó por recaer en Zaq. Cuando mencionaron su nombre, fueron varios los que me miraron, esperando una reacción, de miedo, espanto, o lágrimas. Matt me habló justo entonces, evitándome tener que dar explicaciones. Se lo agradecí con la mirada.

Comenzaron las frases:

-Su abuelo, sí que era un hombre trabajador. Es una verdadera lástima.

-Considerando lo que sucedió con sus padres...

-Era un chiquillo muy raro. ¿Recuerdas cuando lo vimos ese día, el de la reunión en la escuela?

-Tuvimos suerte de que lo apresaran, o la cosa podría haberse puesto peor.

-Con la educación que tuvo...

En un gesto mínimo, carente de alma al oír lo último supe que Matt había querido discutirles, pero que la presencia de su padre y de Johan le templaban el ánimo. Alex también permanecía demasiado sereno, demasiado abandonado dentro de esos diálogos.

Horas después, bien pasada la medianoche, los más jóvenes nos arriesgamos y abandonamos la protección del techo para ver el cielo milagrosamente despejado, en donde mil estrellas nos esperaban. Alex, Jessica y Mikhail también nos acompañaron. Los acres nevados, el camino que descendía hasta el rumor del río, todo parecía haberse congelado, silenciado por un susurro inadmisiblemente, que reverberaba en los oídos de todos, que nos alcanzaba uniéndonos. Yo me acerqué a los árboles, en donde alguna vez había visto criaturas monstruosas acechándome. Alex vino a mi lado, y apoyó una mano en mi cabeza con afecto.

-Si tienes un problema, deberías hablarlo.

Entonces no contesté, pero cerré los ojos. Hacía frío, las yemas de mis dedos estaban heladas, mis mejillas se volvían coloradas por la irrigación. Recordé la historia que él nos había contado, otra vez, sobre la mujer que había salvado al niño. La mujer que, ahora lo sabía, lo había salvado a él de las llamas.

Un poco más allá Jessica hablaba con los otros, y, por la ventana, se veía a Norbert dialogar también animadamente. Me dio pena saber que en realidad los engañaba, que no sería con ellos con quienes partiría a Visgana. Aun así, la celebración era nuestra.

Alex quitó su mano de mi cabeza, y se rascó los inicios de su barba, también contemplando el bosque. Con el otro brazo dio un último trago de cerveza; abolló la lata, y la arrojó con todas sus fuerzas; su musculatura se contrajo y estiró para que el proyectil describiera un arco inmenso, que perdió a aquella basura para siempre dentro de los lindes de los pinos.

Lo miré, curiosa.

-Pensé que te gustaba el bosque.

-Yo pensé que a ti no.

Sonreí, y él se pasó la mano por la barbilla. Lo vi ver de reojo a los otros dos, y luego suspirar. Luego volvió a dirigirse a mí.

-Jess tiene razón. Algo en ti parece distinto.

-¿Sí?

-No te pareces mucho a la muchachita cabizbaja que recogimos hace meses para ir a la fogata, sin duda. Ni veo en ti el terror que había cuando ese chico quiso matarte.

-Papa solía decir que la miseria construye carácter.

-Una opinión loable- asintió Alex, todavía concentrado en el follaje. Recién, cuando todos hablaban de ese muchacho, tú y Matt parecieron incomodarse.

-Zaq no es un villano. Quiero decir, lo que hizo fue terrible, pero...

-Comprendo- asintió él- Eso es lo que pensamos los tres. Si el profesor Hauswhite viviera, seguramente consideraría algo parecido.

Que hablara así del tema me paralizó durante unos segundos, pero luego perdí la tensión y lo miré.

-Creo que Matt... No quiere que Zaq se vuelva alguien famoso, como uno de los tantos delincuentes escolares que había en mi ciudad. Es otra víctima. Y aunque quiso matarme, creo que pienso del mismo modo. Ya he visto a personas perdonar cosas peores.

Alex me devolvió una mirada glacial. Comencé a sentirme nerviosa, acribillada por esa parca actitud. Intenté mantenerme firme, aunque mis pies y mis manos no hallaban lugares donde posarse, y Alex sólo me estudiaba largamente con la serenidad de siempre.

Al último asintió.

-La miseria construye carácter- repitió- Que digas algo como eso sobre ese joven me tranquiliza. Porque temí... Temí preferir a la antigua Liseth que a la que ahora se revela ante mis ojos.

Entendí, de una vez por todas, que si se había acercado no era para robarme la información que tenía, ni para interrogarme, sino porque me había estado *probando*, porque había entendido que detrás de mi timidez y mi llanto había una mente diferente, más ambiciosa de lo que había imaginado. Pero porque me había salvado, o porque sentía que le debía algo, verdad fue que no pude conseguir que me molestara.

XLII

Entrada:

Ha ocurrido un desagradable incidente. Fue el resultado de un descuido por parte de Raquel y mía. Hasta ahora, desconocemos del todo sus consecuencias.

El niño fue atacado. Como lo dejamos bajo el cuidado de los espectros, habíamos imaginado que estaría a salvo. Pero los espectros actuaron. En cuanto nos alejamos de ellos, perdieron parte de nuestra influencia. Se agitaron hacia él. Puedo afirmar que los motivan deseos oscuros, que sobreviven al fallecimiento y opacarían las ambiciones de los vivos. Son energía, necesidad, anhelo. Era la familia Tressand entera, perdida de todo, sufriendo el cruel destino que les delegamos, y el último de sus herederos, impotente y vivo entre ellos. Cuando lo considero así, no me extraña que se hayan cernido con violencia.

Sus heridas no son graves, pero se encuentra desmayado. Glasyalabolas y Raquel están intentando curarlo. Nos resulta curioso saber qué actitud tendrá luego de una experiencia como esta. También, claro, hemos comprendido que si queremos afianzar nuestro poder lo mejor será limitar nuestras escapadas del pueblo.

Escribiré sobre la posibilidad de incrementar el área de influencia del Palacio en alguna siguiente entrada. Ella me está llamando.

...

Entrada:

Está vivo. Permaneció inconsciente durante días, en la habitación que le reservamos, pero ahora ha despertado. Eso es decir más bien poco, sin embargo. Es un alma pura, débil e inocente. Está bien alimentado y cuidado, como los señores que solíamos tener en nuestra infancia. Sin embargo, no hay odio en ninguno de nosotros hacia él.

Ante todo, me ha asombrado ver que Raquel tiene competencia para la caridad. Ha intentado consolarlo. Como madre es penosa. A mi inquisición sobre si de repente desea tener hijos me ha contestado con aquella mirada aterradora que ya tenía de pequeña.

Algunas cosas nunca cambian.

Sus atenciones apenas logran sacar al pequeño Tressand de su horror. Se encuentra en un estado catatónico. Come porque ponemos comida cerca de sus labios, mira pero sin ver, oye sin escuchar. Considero lamentable su falta de fortaleza.

El demonio se halla más que curioso sobre estos sucesos. Es también una criatura fascinante. Ha visto a Raquel cuidándolo, y el ingenio sobrehumano que posee se ha encendido en búsqueda de respuestas. Los conceptos de trauma, de impacto, de crueldad, están todos por fuera de su entendimiento.

He pensado, ¿puede decirse que un demonio sea más malvado que un ser humano? Los Ángeles caídos, sean lo que sean, no tienen capacidad de elección. Como comieron del fruto de la eterna vida y no el del conocimiento, sólo pueden actuar de manera absoluta, sin voluntad, sin verdadero deseo. ¿Es malvado un tornado? ¿Es malvado un ciclón? ¿Son malvados los truenos que impactan sobre la tierra?

Por supuesto, no creo en toda esa mitología. Glasyalabolas se niega a responder preguntas sobre su origen, y sospecho que en las respuestas que podría darnos hay horrores inimaginables. Pero lo que quiero decir, lo que planteo, es que no puede haber en la existencia algo más malvado que un hombre. Recuerdo a Raquel, cuando era niña, molestando y lastimando a los demás niños de la servidumbre. Una actividad inocente, infantil, en la que ya se germinan las semillas de una oscuridad indescifrable, que reside en los corazones de todas las personas sin distinciones. No soy cínico al considerar esto. Porque podemos ser malvados, podemos tomar y arrebatarse, y porque

podemos arrebatarse, podemos crecer. Es la oscuridad, y no la luz, la que guía nuestros pasos. Hasta un niño tiene la capacidad de elegir.

En cuanto a esa capacidad, nos queda ver si el pequeño Tressand puede elegir sobreponerse a su terror.

...

Entrada:

Después de años y años de congeniar perfectamente, he tenido una discusión con Raquel. Un poco me recuerda a nuestras peleas como niños, cuando ella se burlaba de mí si yo no me atrevía a tocar a los venenosos cienpiés, o a seguirla por las oscuras cavernas que siempre tenía talento en hallar. Entonces, lleno de barro, yo la insultaba, y ella se enfadaba, y ambos cruzábamos un montón de burdas e inútiles palabras.

Nuestra pelea ahora ha sido más educada, producto de algunas diferencias. El niño Tressand permanece en su sitio desde ya dos semanas, sin manifestar cambios ni fortalezas. Come, duerme, respira, mira. Pero no hace nada más. Ha dejado de llorar. Pero no habla. Es imposible arrancarle palabras.

Utilicé una pinza, para abrirle la boca y asegurarme de que los muertos no le hubiesen arrancado la lengua. Esta allí, roja, hinchada y saludable. La usa para deglutir cada bocado que le damos. Pero no parece hallar palabras de agradecimiento, de crítica, o de expresión alguna. La experiencia con su familia lo ha dejado mudo.

De allí viene nuestra diferencia de opinión. Raquel sostiene que debemos mantenerlo con vida, aunque sus argumentos me son imprecisos. Conociéndola, simplemente se ha encaprichado con no matarlo. Por lo que a mí respecta, preferiría deshacerme de él. Un sujeto tan débil no podría servir ni siquiera para probar las capacidades del Palacio.

Nos hemos cruzado toda una serie de acusaciones, sobre la responsabilidad en el error. Si escribo esto de esta manera, es porque tengo la completa seguridad de que para mañana en la mañana ya estaremos amigos. Ella es demasiado efusiva, y yo la amo demasiado. Pero mientras tanto, queda resolver esta cuestión.

En cuanto nos arreglemos, le sugeriré tener algo de compasión y aplastar la garganta del muchacho.

...

Entrada:

Para resolver nuestra disputa, ambos hemos consultado las posibilidades con el demonio. Pero el sabueso del infierno mismo desconoce las capacidades completas del Palacio. Nos ha sugerido que, por haber pasado meses en su

interior, es posible que la realidad haya cambiado para el pequeño de los Tressand. Luego ha recomendado que actuemos a nuestra disposición. Él, como siempre, observará.

Hablamos largamente con Raquel, luego de oír aquello. A ambos nos resultó interesante el asunto de la realidad. Cuando algo del mundo de los vivos ingresa al de los muertos, es olvidado por completo. Este fenómeno no se resigna sólo a las personas, sino también a los objetos, al dinero, a tantas cosas que hemos hecho cruzar por las Puertas, por diversión o curiosidad.

Afuera, en el Pueblo, las grandes familias están de luto por la pérdida de los Tressand. Secretamente, deben estar celebrando la posibilidad de ganar los territorios que aquellas víctimas han perdido. No quedó un sólo heredero. La historia de la locura de esas viejas señoras y de sus lacayos se repetirá de boca en boca durante años. Si el pequeño volviera, ¿lo reconocerían? ¿Reconocerían en esa figura encogida, muda, al retoño de la ilustre familia? Los Berkan, los Miüller, los Ashadd...

Sí, verdaderamente nos parece interesante.

Tras oírlo, tanto Raquel como yo hicimos las paces. Fue todo tal lo esperaba. Y, olvidando mi piadosa propuesta anterior, como siempre terminé cediendo gustoso a su voluntad. Dejaremos vivir al chico. Y lo devolveremos a donde pertenece.

...

Entrada:

El asunto ha concluido.

Hemos abierto la barrera, y devuelto al pequeño de regreso al mundo de los vivos. Los resultados han sido muy interesantes.

Su cuerpo ha sanado casi por completo, pero su mente continúa perdida. No ha recuperado la voz. Toca, mira la escenografía que lo rodea con temor, parece creer que todo puede derrumbarse en unos solos segundos. Manteniéndonos al margen, lo hemos visto interactuar con quienes alguna vez conoció.

Y ahí viene la parte interesante, la edificante, la divertida. Nadie lo reconoce. Nadie sabe quién es, y él es ya incapaz de escribir su propio nombre. La ausencia de memorias, el mundo de faltas del Palacio se estiró por demasiado tiempo, desapareciendo su identidad de los recuerdos del pueblo. Se comenta entre las familias, que el joven es un vagabundo que viene de la capital, que ha rondado las calles en busca de dinero. Su actitud perdida, para otros, sugiere que viene del convento de locos que administran los Berkan. Ni uno sabe que es otro miembro de la familia Tressand.

Como esos han sido los hechos, tampoco nadie sabe que la fortuna de su familia es suya. Hubo una junta, entre los grandes líderes, para decidir qué se haría con él. Raquel y yo estuvimos presentes, desde nuestra posición como sirvientes. Ni la familia Berkan, ni los Miüller, ni los Ashadd tenían interés alguno en encargarse del muchacho. No quieren ensuciarse las manos con un pequeño limitado de las opciones del mundo.

Tras mucho dialogarlo, han terminado por llegar a una conclusión. El viejo director del instituto solicitó la tutela del pequeño, para que trabaje en los terrenos del colegio. A los Ashadd les pareció apropiado. Tendrá un sueldo, y una nueva vida.

También han decidido darle un nuevo nombre: Gerardo. Me entretiene considerar que su verdadero nombre nunca va a ser recuperado. Podría escribirlo, en estas páginas, podría anotarlo para que algún día, en algún futuro, un alma lo encontrara y lo devolviera a la vida. Pero no lo haré. Porque yo, y Raquel, somos dignos reyes del olvido.

Pero me sorprende. Hemos tenido un acto de piedad.

Gerardo seguirá viviendo en silencio, y eventualmente olvidará la pesadilla que le hicimos sufrir.

XLIII

Creo que sobra explicar cuánto me impactó el comprender que, al final, yo conocía al pequeño sobre el cual esas páginas habían hablado. Tras los años que hubieran pasado, después de tanto tiempo, Gerardo Tressand había, tal como el autor lo había dicho, ajeno a la vida que había tenido, continuado su trabajo dentro de los terrenos del colegio y como asistente de la nueva profesora DuMarque. Las páginas, las palabras, los comentarios y descripciones de esa historia cobraban un aspecto real, próximo. Su mutismo ahora me parecía cercano, en cuanto entendía la horrible explicación. Y la monstruosidad de los dos nigromantes que habían asesinado a su familia me sacudía en todo momento.

Cuando por fin llega el día de partir, el día decisivo, la vida me sorprende haciendo que mis pensamientos se enfoquen en una sola tarea; encarar a aquel adulto que alguna vez visitó el Palacio para encontrar respuestas. Si el autor del diario aún está vivo, y aún está dentro del pueblo, Gerardo debería ser capaz de reconocerlo. Debería poder apuntar, sin necesidad de emitir un sólo sonido, quién fue quien derrumbó a su familia, quien lo dejó en la tortura del otro mundo, quien le arrebató su historia para convertirlo en un servidor imposibilitado. Que la solución haya estado tan cerca todo este tiempo me emociona. Mis manos tiemblan, mi pulso se sacude, mi corazón palpita con fuerza dentro de mi pecho, y debo respirar hondo para calmarme, segura de que voy a estallar. Estoy cerca. Estoy cerca de hallar respuestas.

El autobús para las chicas de danza saldrá a la tarde, por lo que tengo tiempo. Me levanto temprano, tomo mi café bien caliente, luego me visto y decido dar un paseo, a solas bajando el sendero hacia el resto del pueblo.

Antes de comenzar, me despidió de Waldorf acariciando su barriga por unos buenos minutos. Aunque me gustaría despertar a Matt y pedirle que me acompañe, será mejor que no tiente mi destino.

Mi valija ya está lista, esperando cerca de la mesa de mármol en el balcón, a punto de estallar de tanta ropa. La armé ayer en un frenesí de energía, aprovechando la intensidad que sentía tras haber leído aquellas últimas entradas: ropa abrigada y ligera, bikini; pues el mar de Visgana según se decía aún era cálido, algunos libros para regalar a Kain y otros para adelantar mi propio estudio que en el fondo sabía jamás iba a tocar, y una cartera que había comprado en el centro con Kari; además de los gorros, faldas y medias estiradas que utilizaba Mina. A cada rato, sentía que me faltaba algo.

Kain me miraba trabajar, muy despierto. Le había contado sobre Gerardo, sobre lo que había leído, y también estaba impresionado.

-¿Y qué harás?

-Tengo que hablarle, ¿no es obvio? Mañana saldremos todas, y podré encontrarlo antes de partir. Siempre está cerca de la profesora.

-Pero, me dices que no puede hablar.

Lo miré extrañada, hasta que recordé que Kain tenía diez años de ausencia en nuestro mundo.

-Quizás pueda escribir. Con que asienta... No son tantas personas en este pueblo. Ya saber que puede decirme algo me podría ayudar mucho.

-¿No crees que si fuera capaz de algo como eso, el Titiritero ya lo hubiera matado?

Recordé al viejo Zaq, y mis manos dejaron su incesante actividad. El cierre de la valija parecía a punto de estallar.

-Puede ser. Pero tal vez ese es su error.

Kain había asentido, pero no parecía muy convencido. En cualquier caso, había pensado que, más allá de su convencimiento, se lo veía *esperanzado*. Y eso era porque, bien o no, continuábamos avanzando, continuábamos descubriendo cosas, continuábamos develando el misterio que lo haría reencontrarse con su hermana. Tal vez Gerardo no nos fuera de ayuda alguna. Pero yo seguía buscando. Y lo seguiría ayudando, me costara lo que me costara.

Ahora, pisando la blanda nieve con chasquidos húmedos mientras desciendo a solas por el camino, me pregunto si es sólo mi gusto por él lo que me motiva o, si en realidad, no es un poco que Liseth Aurdelard también quiere desentrañar la historia, pues sospecha que hay algo en ella que la ha formado, que no ha sido una sencilla casualidad que, de todas las personas, fuera yo a la que Kain se presentara, que yo también fuera una nigromante, que me encuentre envuelta en tantos sucesos. Hace meses, recuerdo haberme preguntado por qué motivo había venido aquí, cuál era la voz que me había traído a este sitio, de todos los lugares, para enfrentar a mi futuro. Porque más allá de mi problema, o de las decisiones de mi padre, o de Norbert, más allá de cualquier tratamiento, puedo asegurar que pertenezco a este lugar, a San Naerit, con su frío, con sus bosques, con el solitario río y las piedras, con su gente y sus viejos edificios alzándose como fortalezas entre la desolación. El pensar así me ha dado fuerzas, coraje para enfrentar lo que se me oponga. Ya he sobrevivido a un intento de asesinato. ¿Qué más puede lanzar el Titiritero contra mí?

Sonríó para mí misma, Alex tenía razón. Es cierto que he cambiado. Quiero ayudar a este sitio, que tanto me ha ayudado a mí. Quiero librarlo de la sombra perversa que lo ocupa, y del dominio de los Cuatro. Usaré al Palacio contra sí mismo. Limpiaré la influencia de esa persona de cada rincón, de cada susurro que flota en el aire de este invierno. Y entonces, sola y satisfecha, podré creer en una vida en esta tierra.

En cuanto termino esa idea aspiro el aire helado, dejándolo clavarse como agujas por mi garganta. No creo que vaya a enfermar. Normalmente, en este instante debería estar aterrada. El viaje a Visgana durará horas, todas dentro de ese autobús. Si llegara a tener un ataque de pánico, todas mis precauciones, todos mis cuidados, todo sería en vano. Estaría encerrada con todas las demás oyéndome gritar, mi ceguera quitándome toda claridad y razonamiento. Sin embargo, y aunque mi último ataque ha sido hace casi una semana, siento la completa seguridad de que mi viaje transcurrirá sin sorpresas. Ya no tendré que pensar, en baños, en formas de cubrirme, de simular que mis temblores son efectos del sueño, de contener las lágrimas o los alaridos. Estoy cerca. Estoy convencida de que cada vez está más cerca el momento en el que pueda librarme del todo de la oscuridad.

Como el hotel en donde nos alojaremos es distinguido -todo gracias a los caudales del director-, el punto de reunión se cambió, del Salón de Danza a un salón de té del centro, en donde todas esperaremos el autobús de Visgana que vendrá a buscarnos. Es el mismo pequeño sitio en donde estuve con Kari, y luego con Harrold, Alice y Anna.

Me pregunto qué cosas ocurrirán en este viaje. Tendré que soportar a Alice, y vencerla. Podré olvidarme del instituto, que ahora se ve tan pulcro cuando lo dejo atrás por la vereda, de mis deberes y de todo lo que no sea danzar. También, claro, tendré que arreglármelas con los Weigler. Tomé la precaución de anotar en dónde se hospedarían Norbert y su familia, para no perderlos de vista. Es cierto que preferiría viajar con ellos, en el apretujado Twingo, que cualquier transporte de primera clase que Ashadd me pudiera facilitar. Pero como desconozco hasta qué punto la influencia del Palacio actuará en esa otra ciudad, prefiero arriesgarme a no verlos que a que no me dejen entrar en el Grand Hotel.

El ver el viejo bar en donde con mis compañeros nos juntamos a charlar luego de clases también me entenece, y, sin proponérmelo, me doy cuenta de que una voz silenciosa en mi interior ha estado saludando cada uno de esos rincones, como si esto fuera un adiós para el pueblo. Río, y me digo que no me equivoque.

"Te estás poniendo demasiado emotiva. ¿Qué me diría papá?"

-Kain.- llamo de pronto, sin pensarlo demasiado. Su voz contesta luego de algunos segundos, seguramente porque a través de mis ojos el fantasma contempla maravillado los copos de nieve que como talco caen del cielo.

"Te estás yendo."

-Sí. Gerardo estará en ese bar.

"¿Extrañarás este sitio?"

Me contengo para no reír.

-¡Realmente puedes sentirme! Pero no me iré para siempre.

"Lo sé".

De repente me siento triste, sin comprender del todo por qué. Y se me ocurre una historia, miles de pasos, miles de siluetas transparentadas que

recorren cada casa, que atraviesan cada puerta, que hacen sus vidas sin que yo exista siquiera. Y también Kain solo, contemplando un cielo límpido, también olvidado y perdido.

Suspiro, y mi aliento crea una nube que se disuelve en el aire.

-Bien. Probaré si es posible hablar luego. Deséame suerte.

"Lo harás bien. Cree en ti misma."

"Eso sólo me da más nervios." pensé, pero él no llegó a escucharlo. Nuestra conexión se había cortado. Y frente a mí estaba el salón en donde todas nos reuniríamos, sus cristales oscuros reflejando a las demás casas y a las pequeñas motas albinas.

Me quedo por un momento detenida, como si no supiera para qué he venido. El frío, el viento, todo parece invitarme a entrar, aunque sea sólo para obtener refugio. Por el cristal no se adivina cuantas personas hay adentro: pero como todavía es temprano, asumo que he sido la primera en llegar.

Bueno, al menos formalmente. Pues cuando por fin cruzo el umbral, haciendo sonar la campanilla, lo hago en mi cuerpo original, desconocido para casi todas las chicas de danza. No se debe a un descuido, si no al simple hecho de que dispongo de suficiente tiempo para volver a cambiar. Al menos eso pienso, hasta que llego y descubro que ya varias personas están ocupando una de las mesas del local: Veronique DuMarque, Jossie, Clara y Juliana. Y Harrold.

Quedo perpleja por unos segundos, mirándolos. He cometido un terrible error. ¿Qué van a pensar, si me ven tomar un café a solas? Deben de ser instantes para ellos, pero a mí me parece que pasa una eternidad en la que los encaro, como si nos conociéramos, de pie como una estúpida cerca de su mesa. Luego corrijo mi dirección, al baño. DuMarque llama agitando un pañuelo.

-¡Geri! ¡Con cuidado! ¿Quieres que Jossie te ayude?

A mi lado pasa Gerardo, sosteniendo una bandeja con varias gaseosas. Ni siquiera me mira. Yo de reojo lo veo servirles a los demás, como si fuera un mozo del lugar, y sentarse al lado de DuMarque. No habla. No destaca. Aun así, no es perturbador, sino que parece cómodo en su vida. Cuando lo veo, no hay rastros de esa historia terrible inscripta en las páginas que leí, no puedo imaginarlo como un niño, atacado por los miembros muertos de su propia ilustre familia, llorando de horror y desconsuelo. Es simplemente una persona más.

Pero el olvido es un poder interesante.

-¿Qué no es esa Liseth Aurdelard?- escucho a mis espaldas. Me hieló un poco, pero consigo no apurar el paso.- La compañera de Candice que...

-¡Lissie!- grita otra vez la profesora, llamándome- ¿Eres tú, encanto?

Las chicas, antes tan fascinadas con Harrold, me miran con gran atención: sus ojos van a mi cabello, a mis ropas, a mi actitud. Planeo mostrarme desenfadada, pues no estoy tan arreglada como debería. Harrold también me observa, sonriente como siempre, aunque desconozco si me reconoce.

DuMarque me llama una y otra vez, una nube de simpatía. Es verdad que luego de lo de Zaq, fueron muchos los profesores que se mostraron más considerados conmigo, pero con ella sé que todo se trata de un acto, de ese querer resaltar que tan desesperado se ve en su persona. Duana Gallis, Eleanor y hasta Roger Enebras me llamaron en privado, luego de sus clases, para ofrecerme consuelo tras el suceso traumático que había pasado, para

retrasar mis exámenes o cualquier favor que necesitara. Veronique en cambio había hecho, con grandes aspavientos, un discurso sobre lo importante que era que existieran personas como yo, todo frente a mis compañeros, cuando días antes su única consideración para conmigo había sido tronar el silbato en mi oído para que corriera más rápido. Luego había dicho:

-¡Liseth, has sido una heroína! Y por eso, quisiera que vinieras a Visgana, a ver a mis chicas bailar. ¡Hará que veas cuánto vale la pena que estés viva!

La ironía de aquello hizo que no tuviera palabras con las que responderle.

Y ahora, igual que antes Veronique DuMarque me mira encantada, como si se tratara de mi tía favorita y hubiera sido ella la que me llamó a verlos. Hace señas para que me acerque, insistente, y yo obedezco a regañadientes, esforzándome por parecer natural, pero también concentrada en Gerardo que bosteza y parece distraído de todo lo que ocurre. Él mismo decidió no acompañarnos a Visgana, lo que me hace pensar que está harto de su jefa.

-¡Ven, ven! Oh, cariño, eres un encanto.- mira a las otras alumnas, y me da la mano- ¿La conocen, no? ¡Es famosa en el pueblo!

-Hola Liseth- me saludan varias, tímidas. Incluso las que tienen mi edad parecen inhibidas.

¿Qué está ocurriendo aquí? pienso, maravillada.

Harrold apoya la mejilla sobre el puño, y me observa con una expresión muy curiosa. Recuerdo el beso, y me esfuerzo por no mirarlo.

-Liseth vino a saludarnos. ¿No es así? ¡Viniste a darnos ánimos!

-En realidad no- le respondo sin pensarlo, pues Gerardo se levanta y parece dirigirse al baño- Habrá reunión de Delegados aquí en un rato. Pero... Espero que todas lo hagan muy bien. Todo el instituto estará esperando buenas noticias. Y que se diviertan.

La profesora tartamudea, pero los rostros de las demás se iluminan. Me agradecen, cohibidas. Que yo de entre todas las personas pueda causar timidez me parece una idea hilarante, en la que no puedo enfocarme mucho ahora. Me desprendo del grupo con una excusa mal pronunciada y luego camino hacia los baños, pensando que lo he hecho bien. Con sólo mencionar al Club, he podido explicar qué haría en este sitio a esta hora y les he recordado a todas mi posición mucho mejor que cualquier perorata de DuMarque. Y por sobre todo, creo que he sonado resuelta y decidida. Estoy mejorando.

Cruzo el mostrador y llego a donde están los baños: un burdo triángulo para representar al de las damas, y una vara para el de los caballeros. Titubeo, preguntándome cuál es el mejor curso de acción. Luego, como si a mis pasos los guiara algo más, simplemente entro al baño de varones.

Está más limpio que el otro, por lo que recuerdo, y tiene el agregado de varios urinarios, apoyados contra la pared al lado de donde están las canillas. Gerardo parece haber terminado de hacer lo suyo, distraído en extraer jabón líquido del dispensador, verlo caer sobre su palma, y luego dejar que un chorro de agua espumante lo disuelva. Es un modo ridículo de limpiarse.

Espero a su lado, hasta que perciba que alguien ha llegado, con las manos en los bolsillos de mi campera y la actitud serena. El mudo sigue su juego unos segundos, como si fuera un ritual de todos los días, pero luego algo perturba su mundo y se voltea. Es probablemente el hecho de que no me he movido.

Luego mira hacia los uriniales, como para cerciorarse de que no es él quien se ha equivocado de baño. Y se vuelve hacia mí.

Sus cejas se contraen.

-¿Eres Gerardo, no?- pregunto.

Su mirada sola es un asentimiento. Se lo ve cauteloso, algo tenso en su posición, como si fuera un animal al que yo le estoy cortando el paso. Vuelvo a hablar, simulando calma.

-No puedes hablar.

Desde luego, no dice nada. Pero me oye. Y sé que aquí nadie nos va a interrumpir, no a esta hora y con tan pocos clientes. Me acerco hacia él, mostrándole las manos.

-Pero no te llamas Gerardo, ¿no? Tienes otro nombre.

El ayudante retrocede. Sus ojos cobran intensidad. Su respiración también, y puedo notar los vaivenes en su pecho, sobre la amplia barriga. La piel, antes bien tostada, comienza a perder gradualmente el color.

-Y tu apellido era Tressand- continúo.- De la familia Tressand. ¿No es así?

No responde.

-Necesito... Necesito que me ayudes. Que me digas quién te hizo eso.

Retrocede otro paso, observándome con atención. Sus pupilas se contraen, sus manos tiemblan, abre y cierra los labios como si planeara decir algo.

-Ah.

Es un sonido entrecortado, infantil. Pero es un avance. Sonrío, esperanzada, acercándome.

-Yo sé sobre la puerta. Sé sobre el Palacio, y el otro lado. Sé lo que te ocurrió. Y puedo ayudarte. Pero necesito que me ayudes a mí. Que me expliques a quiénes viste, que señales a cualquier persona que...

-Ah.

El siguiente *ah* es más fuerte. Dudo, sin comprender. Gerardo está blanco como la cera, y no despega su atención de mí.

-Mira- resuelvo, señalando la pared entre los uriniales y las canillas, en donde hago aparecer la Puerta Roja.- ¿Lo ves? Yo entiendo por lo que has pasado. Voy a creerte. He pasado por algo igual, vi lo que hay del otro lado. Si me...

-¡Ah! ¡Ah!

Da un alarido mal formado, y se encoge.

-¡AEH!- su boca forma sonidos discordes, intentos de palabras que no emergen. Manotea en el aire con furia. Lágrimas se forman, resbalan por sus mejillas, caen sobre la tela de sus vaqueros cuando se vuelve contra sí mismo en el suelo del baño.- ¡AEH! ¡EH!

Por el reflejo en el espejo, me entero de que yo también estoy pálida. Gerardo tiembla y sigue lanzando gritos que nadie puede oír, aullidos como los que alguna vez de niño emitió. Yo no sé qué hacer, presa de los nervios.

-¡Ayúdame!- le grito- ¡Tienes que ayudarme! ¡Kain tiene que...!

Pero parece ser demasiado tarde. Gerardo no me escucha, no habla ya, sólo gesticula, con el rostro contraído por el dolor, palabras que no puedo entenderle. Reconozco una A, y una E. Quiere decir algo, entre su llanto silencioso, contrae los ojos con un gran sufrimiento, parece quebrado en tan sólo unos segundos, como un niño, como si entre los sucesos del diario y los años que se transcurrieron uno tras otro no hubiera más que una distancia no

medida por el tiempo sino por una barrera, que yo con mis inquisiciones he sabido romper. Puedo ver ahora, perfectamente, al pequeño que el autor del diario describió.

-Necesito...

Tardo bastante en entender que la emoción que contrae mi pecho es pena, y luego decido que es mejor terminar su sufrimiento. Mientras Gerardo lloriquea, se vuelve sobre sí mismo, se retrae a una sola noche de espantos que lo marcó para siempre, yo cruzo la Puerta que he abierto y realizo el cambio, para salir como Mina. Luego la cierro.

El mudo sigue encorvado, entre temblores. Me posiciono en la entrada, y finjo un pequeño gemido de alarma.

-¡Ah! ¡Me equivoqué!

No me responde. Pero no debería recordar a Liseth Aurdelard. No debería recordar el recordatorio que hace minutos le he hecho.

-Hum- simulo dudar- ¿Estás bien?

Ningún cambio, ni en su posición, ni en su llanto. Si no fuera por los leves temblores, pensaría que ha muerto. La Puerta está cerrada. ¿Son vestigios del shock? ¿O cómo...?

-A... eh...- dice, como un niño asustado- A... eh...

-¿A, eh?- repito. Mi actuación es terrible. Me inclino junto a él, esforzándome por escuchar- Lo siento, pero no sé qué...

-Ar, eh. Ah, eh.

De repente lo entiendo.

-¿Raquel?

Las lágrimas tibias fluyen como un torrente por su rostro. Entiendo, pero no comprendo. Justo cuando voy a preguntar, la puerta del baño se abre y allí aparece Harrold. Se detiene en la escena, y luego levanta las cejas.

-¿Mina?

-Yo...- digo, incorporándome- Lo oí llorar y...

-El autobus ya llegó- me explica- Tenemos que irnos.

-Pero él...- *¿Por qué siento tanta culpa?*

-Yo me encargo- Harrold me pasa, agachándose junto a Gerardo- Guárdame asiento.

Pálida, sólo me queda retirarme, oyendo sus susurros al intentar calmarlo. Me siento un poco mareada, desvalida mientras me dirijo de regreso al bar, en donde ya todas las alumnas de danza están presentes. Muchas se sorprenden de verme salir del baño, y lo comentan entre risitas emocionadas. Al parecer me he perdido el saludo de triunfo grupal.

Alice, con su sombrero de ala ancha y su camisa abierta, me mira de arriba abajo por detrás de sus lentes oscuros. Estoy demasiado impactada como para desafiarla, así que no hago nada y, como si entendiera que no tiene caso luchar, ella tampoco critica mi vestuario. Las demás me preguntan cosas, si estoy lista, en dónde dormiré, si traje tal o tal elemento, si me encuentro emocionada. Tardo unos buenos minutos, como si también una parte de su miedo me hubiera robado la capacidad de hablar, en recobrar el poder de dar respuestas encantadoras y llenas de ánimo, como las que una líder debería. Y mientras subimos al enorme autobús y nos posicionamos, entre los gritos de excitación y los abrazos, sólo puedo pensar en Gerardo y su llanto, y en el reconocimiento que había en sus ojos cuando me vio e intentó pronunciar ese nombre.

XLIV

Escojo un asiento en el segundo piso, junto a la ventanilla, pidiendo mentalmente perdón a los demás pasajeros por el jaleo que hacen mis compañeras, que van entre chillidos admirando el interior del autobús como si de una nave espacial se tratara. Como soy una de las primeras en dejarme caer, más de una se acerca hacia mí como pretendiendo ocupar el de mi lado, pero una mirada condescendiente que les hago las detiene y las va organizando a mi alrededor, en las sillas de los costados o cerca de los otros desafortunados, que nos miran con una mezcla de temor y genuina simpatía. Sólo una chica podría combatir mi autoridad en el grupo, pero tengo suerte: Alice es la única que se muestra más expeditiva que yo, y ocupa junto a Anna los dos lugares detrás. Cuando la veo de reojo, por el espacio entre el plástico que recubre la goma espuma de mi asiento, pretende no notarlo y continúa con la mirada fija sobre la ventanilla, el sombrero todavía bien calado en los rubios cabellos y la mejilla sobre el puño con enfado. Anna en cambio me saluda, tan predispuesta como siempre. Yo no le contesto.

Unos minutos después aparece Harrold, con aspecto de haber pasado unos momentos difíciles junto a Gerardo. Se sienta a mi lado sin mediar una palabra, se pasa la mano por la cabellera, suspira al cielo y luego me mira.

-¿Qué ocurrió allí?

-No lo sé. Oí llantos y...

-¡Chicas!- dice DuMarque aplaudiendo, en apariencia en absoluto incómoda con los gruñidos de los demás pasajeros- ¡Niñas, niñas! ¿Estamos todas? ¿Jossie?

-Presente, profesora.

-No, tú no, cariño. Ve y pregúntale al chofer si habrá paradas de intermedio. Ahora sí, las demás. Elia Valdez...

Una a una, vamos levantando la mano y dando el presente. La situación es algo embarazosa, pues todos los demás nos miran, aunque en algunos sigo viendo retazos de empatía, de pensar que somos un montón de niñas de pueblo fascinadas por la posibilidad de llegarnos a una majestuosa capital. A DuMarque no parece importarles un comino lo que consideren de nosotras, o eso pienso al primer momento. Cuando termina de tomar lista, aplaude repetidas veces y silba. Harrold a mi lado muestra amabilidad en no estallar de la risa.

-¡Mis niñas! ¡Adelante! ¡Repitan conmigo! ¡Nosotras podemos!

-¡Nosotras podemos!- gritan Elia, Juliana, Natalí, Clara, Yolanda, y Jossie. Alice no dice una sola palabra, como si no existiéramos, y yo me tapo el rostro con una mano y murmuro.

-Este viaje va a ser largo.

Harrold ríe con soltura.

-Debiste esperar algo como eso de DuMarque.

-¡Más fuerte, niñas! ¡Mostrémosle el espíritu de nuestro pueblo!

-¡Nosotras podemos!

-¡Así!

Por entre mis dedos noto que una tercera alumna tampoco grita, sino que se mantiene encogida, mirando las yemas de sus dedos como si fueran lo más interesante del mundo. Candice Messel permanece así, ignorándolo todo. Logra darme algo de pena. Pero hasta que bailemos en el Lastega, no pienso liberarla de su promesa conmigo, no importa cuán rota, retorcida o vacía se vea su alma en el interior de sus bonitos ojos.

El autobús comienza su marcha, que hace que Veronique DuMarque se balancee peligrosamente y por fin desista de continuar el penoso espectáculo. Yo me recuesto sobre mi respaldo, algo ansiosa. Por la ventanilla, poco a poco veo el salón y los locales del centro ir quedando atrás, llenándome de una sensación de vértigo que me resulta difícil de explicar. Estoy dejando San Naerit. Estoy yendo a un sitio muy similar a Nueva Gabul. Pero si todo sale bien, este viaje tendrá frutos sorprendentes para mí y mi futuro.

Por temer no poder hacerlo luego, cierro los ojos y hablo con Kain.

"Rápido, antes de que me vaya. Lo hice."

"¿Hablaste con él? ¿Dijo algo?"

La respuesta inmediata me indica que Kain ha estado esperando que haga conexión de consciencias con él. Me gustaría sentirme feliz al respecto, pero me apena saber que no tengo buenas noticias.

"Él... estalló."

"No comprendo."

"Comenzó a llorar. En cuanto quise preguntarle... Se puso muy extraño. Pensaba que no, pero creo que el trauma de lo que le ocurrió aún lo persigue. No pude obtener respuesta alguna."

El fantasma hace silencio por unos instantes.

Luego habla.

"No importa. Podrás intentarlo luego."

De repente me siento otra vez muy culpable.

"Kain..."

"Diviértete cuanto puedas, Liseth. Estaré esperándote."

"Él me..."

Él me reconoció.

Me callo a mí misma, sin comprender del todo por qué. Es cierto. Gerardo me reconoció. ¿Pero qué puede significar eso? Tal vez sólo las delusiones de otro demente. No quiero cargar a Kain con más dudas sobre mí.

"¿Sí?"

"Nada. Gracias. Intentaré hablarte en cuanto llegue al hotel."

"Yo soy el único que debe agradecer, Liseth. Por nuestra amistad, y por tenerte de mi lado."

La palabra amistad me provoca cierto vacío, aunque la siguiente parte de su oración lo rellena con una calma que ventilo respirando hondamente.

Antes de que haya terminado, ya Kain ha desaparecido de mi cabeza. La idea de confesarle mis sentimientos antes de que termine el mes vuelve a mí. ¿Sospecha, acaso? ¿Siente algo por mí? Me siento frustrada de no poder obtener la respuesta a esas preguntas. Pero también puedo asegurar, por lo poco que sé del amor, que lo he visto sonrojarse más de una vez cuando llegaba de danza y que ahora mismo, sin contar a su hermana perdida, debo ser también una de las personas en las que él más piensa. Y si eso no basta...

La amargura me sube como bilis por la garganta, así que la alejo contemplando el escenario, la nieve que empaña con su helor los cristales, el sendero de huellas que vamos dejando al pasar por entre las calles del pueblo. El cielo es tan pulcro como siempre, unos pocos asoman desde sus ventanas para vernos; entre ellos la familia de Sally Gacy, desde su peluquería, otros nos saludan incrementando esa idea de que somos una pequeña comitiva de un desconocido pueblito -¿y lo somos, no es cierto?- y a mí no me queda más remedio que simpatizar, de entre todas las personas, con Alice, que también debe entender lo ridículo que se ve toda esa actitud rústica para la gente de las grandes ciudades.

En lo que se siente como un parpadeo, el centro de San Naerit, su núcleo y razón de ser, queda atrás. Y aunque para la gran mayoría de los aquí presentes esto no es nada, en mí, en mis compañeras, el dejar nuestro hogar se vuelve un peso curioso, una carga que sobrellevamos con ansiedad, sosteniendo charlas que cobran una cuota de falsedad, fingiendo alegría donde por sobre todo hay temor. A mi lado Harrold inspira hondo, también en cierto modo afectado, aunque su sonrisa sigue siendo natural. De reojo veo su rostro perfecto, sus labios, recuerdo ese beso y me vuelvo hacia la ventanilla, azorada.

La ruta por la que vamos no es la misma por la que Thomas me trajo alguna vez, sino que la carretera se pierde por el este, kilómetros y kilómetros de nada y pequeños asentamientos hasta llegar a Visgana, un largo camino que cada tanto será visitado por el avisaje del mar con sus destellos dorados. Pienso que, con tantas horas aquí sentada, terminará por darme un calambre. También pienso en los Weigler, que probablemente llegarán antes que nosotros, en Norbert, Matt, Kari y Mikhail, subidos en el Twingo, siguiendo el auto de Johan con la música de Bruce Springsteen aturdiéndolos desde el estéreo, el sol en las ventanillas y ellos charlando u oyendo las bromas de su padre. No temo decir que preferiría haber viajado así, por más incómoda que estuviera. Pero ante cualquier duda, por cualquier posible problema que mis habilidades como nigromante pudieran tener fuera de San Naerit, desde un principio supe que tendría que sacrificar mi tiempo con ellos para estar aquí, con estas chicas y con el futuro que puedo crear para mis ambas vidas. Se siente mal, pero no puedo tenerlo todo.

En el autobús se hace el silencio. Unos pocos parecen leer, otros hacen comentarios aislados, algunos se remueven en los asientos; pero por lo general se mantiene la calma, pues el paisaje llano que nos envuelve silencia toda emoción, sumiéndonos en un sueño relajado y distante. Veo los cableados eléctricos, pasar uno tras otro ante mis ojos entrecerrados, y contengo un bostezo a duras penas.

Me llegan imágenes, con cada nuevo poste: mi llegada a San Naerit, Norbert y el hospital, la fogata en las Piedras, Waldorf agitando su cola; ladrando a la puerta cerrada del cuarto de Johan Weigler, mis compañeros,

Julián hablando sobre Juan Con Suerte, mis amigas, Teresa reclinada en su timidez, Alice agitando su cabello, Kain sentado frente a su piano o durmiendo; recostado en esa pequeña barandilla, sus ojos temblando bajo el influjo de una constante pesadilla. También personas, voces, pequeños fragmentos que se acercan a mí a rastras, desde algún rincón olvidado, risas alegres, la sensación de pisar hojas secas, miedo, correr, los gritos de un demente en la oscuridad de la noche. Mi cama, que guardó mi sueño durante tantas semanas, parece de pronto muy lejana. Mi habitación, en donde conocí a Kain, vacía hasta que regrese, el comedor, los sitios que visitaba con Matt, la escuela y tantos otros lugares que han ido haciendo mi vida dentro de San Naerit. Todo eso dejo momentáneamente atrás, por más.

Por más...

¿Por qué lo dejo?

No.

Yo sé bien qué es lo que quiero.

Intento resonar en mis recuerdos, los pasos del solo que tendré que hacer. Tendré tiempo para prepararme antes del espectáculo, pero no puedo dejar de pensarlo. He practicado mucho. Por horas, al levantarme, en el Palacio durante las clases, a la noche cuando iba al otro lado. La música del piano vuelve a mí como un eco ligero, cantarín. Es una melodía intensa, algo triste, a la que apenas he prestado atención.

Mis párpados se cierran por el sueño. La melodía sigue sonando en algún sitio profundo, olvidado de mi consciencia, y nada viene hacia mí. Mi cuerpo se afloja, se siente flotar en un río de sombras, a la deriva. Estoy agotada. Sólo el rumor de las llantas del autobús sigue atándome a la realidad, convertido en un traqueteo que tal murmullo se confunde con los millares de voces, de canciones, de festejos que están ocurriendo en esta inconsciencia en la que me hundo.

Había...

Había algo, hace muchos años.

En el silencio soy una niña, en un cuarto blanco y soleado. Con una traviesa sonrisa veo girar a la figura de la bailarina, sobre su caja musical, sus brazos extendidos y la pierna elevada en el aire, gracia inalcanzable. ¿Esa caja musical era mía? ¿Por qué no recuerdo? ¿Por qué no quiero recordarla?

La veo girar, girar, girar, mientras la melodía resuena. Estoy muy feliz. Estoy feliz porque todavía no he perdido nada. Desde el comedor llegan voces, de dos personas que conversan animadamente. La alegría que me infunden hace que me sienta capaz de llorar. Reconozco a papá en una de ellas. Se ríe, y comenta algo que a su vez hace reír a la otra, que le contesta. Pero cuando lo hace, nada llega a mis oídos. Nada más que un silbido espantoso, que ahoga incluso mi propio intento de habla.

Y entonces recuerdo, al menos por un segundo. Y entiendo todo.

Y despierto.

Apenas debió de haber pasado un minuto. No he derramado lágrimas, ni me he estremecido, pero siento cierta resequedad en mis ojos y en mis labios. Me restriego la cara, dejando las memorias desvanecerse, y me encuentro con que Harrold me está mirando. Tiene ahora él la mejilla puesta sobre el puño, y parece como siempre entretenido.

-¿Te dormiste?

Asiento.

-Todavía estoy muy cansada.

-Habrá tiempo para relajarse. Duerme todo lo que quieras. Te despertaré si comienzas a roncar.

-¿Por qué no duermes tú? Si roncas, les diré a todas que vengan a arrojarte papelitos en la boca.

Harrold ríe por lo bajo.

-Siempre tan cruel. Pero yo no ando cabeceando.

-¿Has ido a Visgana antes?

Niega.

-Siempre me dio un poco de curiosidad, pero salir mucho de lo que conozco no es lo mío.

Le resto importancia tomando uno de mis cabellos y examinándolo con detenimiento.

-Entonces... ¿Por qué nos acompañas?

Me dirige una mirada muy peculiar.

-Adivina.

No necesito contestar eso. Harrold vuelve a sonreír, y revisa el pasillo que cruza entre las hileras de asientos, como si buscara a alguien.

-Yo también espero que esto tenga baño.- digo.

-Creo que esa chica se está descomponiendo.

Me fijo a donde me indica. Jossie Widums está más pálida que nunca, como si abordáramos un avión y no un simple autobús. Termino por sonreír ante el terror que muestra su rostro. También, antes de volver a mi sitio, me termino de dar cuenta de que el movimiento ha hecho que mi pecho se roce con el de Harrold. Pero simulo no darme cuenta, y a él no parece importarle.

Afuera siguen pasando postes, lejanas casuchas, paradas en donde nadie espera y la llanura habitual. El olor a salitre del mar no pasa por los cristales tan firmemente cerrados, que se cubren de una leve capa de escarcha, sobre la que puedo dibujar usando mi dedo. Con unos movimientos del índice, hago una carita sonriente por la cual es más fácil vislumbrar el inhóspito clima exterior. Todo se sigue moviendo. Alice me mira con frialdad, desde el pequeño espacio entre mi cabecera y la ventana.

Me vuelvo hacia Harrold.

-¿Viniste por mí?

Él asiente.

-Eso mismo. Después de todo lo que ocurrió entre nosotros, ¿cómo iba a dejarte sola?

Ya no sé si eso puede contar como una broma o no.

No respondo, sino que vuelvo a mí misma. Aunque no sé qué decirle, se siente bien que alguien como él se haya fijado en mí. Porque, ¿es real, no? Mis experiencias anteriores hacen que sólo pueda tener desconfianza. Pero Harrold continúa viendo al frente, tan sonriente y seguro como siempre, como si todas mis dudas y todos los problemas del mundo le resultaran insignificantes.

Me vuelvo a dormir, algo tentada de apoyar mi cabeza en su hombro. Pero no lo hago. No lo hago por... ¿Por Kain? Porque quiero confesarle mis sentimientos a Kain. Y aunque no considero traición lo que pueda pasar en el cuerpo de Mina Harvnes, en esta otra vida que tengo, ni podría ser traición el hacer algo cuando Kain todavía no ha escuchado lo que siento ni me ha dicho nada desde su lado, algo indescriptible hace que de momento prefiera contener el impulso.

Así que mi consciencia se funde, yo recta y somnolienta para no dar ni contra la ventanilla ni contra él.

Raquel. Decía el diario. Raquel es una persona muy interesante.

En ocasiones me he preguntado, si el poder que llevo no fue producto de conocerla, de haber establecido lazos con ella. Me he preguntado, continuaba, si no le debo más de lo que he imaginado. Pero como considero que le debo todo, nada de esto tiene realmente importancia alguna para mí.

Luego proseguía.

Hemos intentado buscar, de entre tantas razones, qué hace que podamos acceder a la brecha. Ese mundo, el mundo de la nada, el mundo de la última extinción, que se tiende servicial hacia nosotros. ¿Qué nos impulsa hacia él, a ella y a mí?

El poder de los nigromantes, añadía, El poder de los nigromantes es una cosa curiosa. Desconocemos su límite. Desconocemos su última aplicación. Pero si ha sido mi unión con ella el que me dio el mío, entonces este sólo puede volverse más fuerte.

Concluía:

Sólo más fuerte.

Y otra vez mi mente se perdía, excepto que esta vez comprendía bien que los recovecos sobre los que rebotaba no conducían a una habitación soleada ni a algo que yo no quisiera ver, sino que eran una manera de ordenar las ideas que había tenido durante meses. Hace diez años, en San Naerit, Kain había tenido una familia y una hermana, llamada Kassia. Luego el Titiritero había actuado, controlando a los Cuatro, había hecho a Jason Berkan poseer al viejo Ezequiel Jerves y se había deshecho de él.

El tiempo había pasado. El Titiritero era un nigromante, seguramente el mismo que había escrito las páginas del diario que yo ahora guardaba en mi bolso. ¿Qué poderes tendría? Por lo que había escrito, controlaba a los muertos de un modo mucho más extenso del que yo podía con Kain. Pero no sabía cambiar de cuerpos, o no había hallado aún el modo de hacerlo. Eso era una ventaja que me tranquilizaba. Seguía teniendo un cuerpo físico, inequívoco, del cual yo podía fiarme para atraparlo.

¿Qué más?

Considero a los Cuatro, a los hijos de Valdomar Berkan: Kylar, Clarissa, Jason y Gieth. Jason se halla inhabilitado, ya: pasó de su abuelo, a Zaq, y por lo que detalla el diario esa transferencia es costosa de hacer. Una vez Zaq quedó inconsciente, en los terrenos de ese sitio tan alejado de San Naerit, me parece poco probable que el Titiritero haya querido retomar la actividad tan peligrosa que la Bestia de San Naerit hacía; si Julián está muerto. Por supuesto que Mikhail, Jessica, Alex y hasta yo misma lo buscamos, pero él no tenía por qué saberlo.

Bueno, o al menos sí lo sabía en mi caso. Era muy posible.

¿Y luego?

Había otros tres espectros Berkan poseyendo personas en algún lado. Sospechaba de Johan, desde luego, aunque no tuviera grandes bases para hacerlo, y alguien más debía de haber asesinado a Ezequiel Jerves en el

hospital, así que con ello había aún dos poseídos más dentro del pueblo. ¿Qué ocurría con el cuarto?

Dudé, de repente incomoda en mi descanso. Luego de eso ya mis ideas se tornaron del todo discordes, perdieron su sentido, dejé de preocuparme por comprender qué ocurría. Simplemente caí entre palabras inconexas y pensamientos caóticos, mientras las horas pasaban y por la ventanilla debían pasar distintos escenarios, que no vería en mi descanso.

Cuando despierto, ya está bien entrada la tarde. Haciendo equilibrio a duras penas, DuMarque ofrece a todas vasos en los que sirve jugo de naranja, de un termo que ha traído. Acepto el mío con mucho agrado, para quitarme la sequedad en la boca. Harrold rechaza el ofrecimiento. Me siento descansada, fresca, aunque la dulzura exagerada de la bebida hace que mi lengua se contraiga.

Mi compañero de asiento me mira sonriente.

-Perdiste. Pero no hubo ronquidos.

Le devuelvo el gesto.

-Ahora me siento mejor.

-¿Cuándo creen que lleguemos?- se entromete Clara, sentada al lado de Elia, también con un vaso de jugo en la mano- Ya me está doliendo el trasero.

-¿Cuál trasero?- le pregunta otra. Ambas ríen, y parece que el humor y la camaradería de las alumnas de la academia volviera de repente; mientras que con reticencia DuMarque regresa a su sitio, cosa de lo cual me siento muy agradecida pues los pasajeros han recuperado la paz que les arrebatamos al llegar.

-Seguramente estaremos mañana temprano- añade Juliana. Las otras asienten, y yo me fijo en Candice, que permanece sombría.- Dicen que el hotel es hermoso.

-¡Oh! ¡Ya quiero verlo!

-¿Dormiremos juntas?

-¡Van a ser habitaciones compartidas!

-No creo, porque...

Sigo tomando, satisfecha y cómoda. El paisaje ha cambiado bastante desde lo que puedo ver: la nieve, antes una plancha blanca que ocupaba cielo y tierra, se convierte en pequeños montículos que se evaporan sobre el pasto, y entre las nubes que dominaban todo se avista un cielo colorado, muy lúcido. Es como si, poco a poco, fuéramos dejando atrás el invierno. Pero sé que es imposible. Lo que realmente ocurre, con tan poca distancia, es que cierto es que el sol no suele ser muy amigo de San Naerit; en Visgana, en cambio, los inviernos no son tan fríos y es posible que varias de mis compañeras se hallen sudando, tan acostumbradas a las bajas temperaturas.

Pero por ahora se mantienen bien, y siguen charlando animadas.

-¿Vieron el altar?

Varias miran a Clara, quien parece dudar.

-Había varias piedras, y flores. A un lado del camino. Creo que también...

-¡Ah, una de esas cosas para rezar!

-No, no, no digo eso. Son las que ponen cuando alguien muere.

-Me vas a matar de desentendimiento.

Harrold da una carcajada, y les habla.

-Ella tiene razón. Ponen esas cuando alguien muere en el camino. Es un tributo al sitio en donde ocurrió un accidente.

Las chicas parecen debatirse entre sí ruborizarse o mostrarse asustadas.

-¿Vamos a chocar?

-¡No lo digas!

-Shhh, estamos molestando.

Bajan la voz. Anna, en el asiento anterior a Harrold, se pone ambas manos en las mejillas simulando horror.

-¿Chocaremos? ¿Chocará el autobús?

Varias dan pequeños chillidos, y Alice a su lado chasquea la lengua.

-Creo que estaremos bien- le contesta Harrold muy divertido- Los chóferes suelen hacer estas rutas doce veces por semana. Además... ¿Era sólo una piedra, no? Debíó de haber sido un conductor solitario. Hay muchas historias de cómo la gente muere en estas rutas.

-¡Harry!

-¡Qué malo!

Termino mi vaso y lo dejo aplastado contra el apoyabrazos, para luego comentar.

-Historias de fantasmas hay muchas también.

-¡Mina también nos quiere asustar!- se ríen con murmullos, y Harrold levanta un dedo.

-Yo tengo una historia. Pero no es precisamente de terror.

Todas le prestan atención. Con la luz de la tarde, los rasgos perfectos de Harrold parecen intensificarse hasta convertirlo en una visión esplendorosa. Un poco me cuesta escuchar qué está diciendo.

-Bien. Esto es nada más un rumor, que me contaron hace bastantes años. ¿Alguna sabe lo que es la Estación del Mediodía?

Niegan al unísono. Yo también levanto una ceja, curiosa, y Anna da una risita. Sólo Alice permanece ajena a la charla, pues hasta Candice escucha con cierto interés.

-La leyenda dice- nos cuenta Harry, modulando su voz para dar misterio a la narración- Que existe un sitio en donde uno puede cambiar por completo su vida y quien es. Un lugar secreto, plagado de misterios y sombras, en donde las reglas que tenemos aquí no aplican. Eso es...

-Eso es imposible- lo interrumpo yo, y sólo por mi posición las otras no me instan a callar.

-Puede ser- guiña un ojo, aunque yo ya me estoy arrepintiendo de haber dicho eso. Conozco muy bien un lugar como ese.- Es sólo un tonto cuento. El lugar se llama la Estación del Mediodía. Y la única forma de visitarlo es viajando en un autobus. Como este.

Las bailarinas se remueven, entre murmullos de excitación y algunos suspiros mal disimulados.

-¿Está arrojándose por la ventanilla?- sugiere Alice aún sin darse la vuelta.

-¡Ni un poco!- le responde él- Para llegar hay que cumplir una serie de pasos. Hay que hacer un viaje largo, como este. Hay que mantenerse despierto durante todo el recorrido: cuando sea la noche, especialmente, uno tiene que evitar que lo domine el sueño. Suena sencillo, pero ya conozco a algunas que se duermen no bien se sientan.

Le doy un codazo, y él vuelve a reír.

-Mientras uno está despierto, debe quedarse fijo viendo la ventana, en especial el cielo. Los que tienen asientos en el medio bien pueden darse por

vencidos, supongo. Hay que parpadear lo menos posible, y que pasen las horas, y que pasen las horas.

-Yo me dormiría- comenta Juliana. Elia asiente, y Jossie pregunta.

-¿Y luego?

-Luego uno tiene que prestar atención. En el día, hay un momento donde todavía el sol está fijo en el horizonte, cuando no es día ni noche. Tiene que ser exacto. Cuando se encuentra en ese instante, uno tiene que cerrar los ojos y contar: catorce, trece, doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos. Uno.

-¿Por qué catorce?

-Me encantaría saberlo, no les miento. Catorce me dijeron. Pero quizás podría ser trece, u doce. Cuando la cuenta termina, uno abre los ojos. Y entonces todo ha cambiado.

»Para comenzar, uno verá que el autobus se ha frenado. Eso es lo primero. Pero luego, quizás más importante, verá que además no hay pasajeros. Que se halla varado en medio de una ruta desierta, en un transporte desierto, sin nadie a quien a pedir ayuda. A primera instancia. Pues si espiara por la ventanilla, lo que descubriría quien haga el ritual es que al lado del sendero se ha aparecido una estación, como esas de servicio que siempre hay en las carreteras.

-¡Oooh!- dice Anna. Las otras también se acercan más para escuchar, y puedo notar que varios de los pasajeros, con reticencia o curiosidad, también prestan atención. Harrold se aclara la garganta y prosigue.

-Luego tienes dos opciones. Si quieres volver a tu propio mundo, y a tu vida, no tienes que hacer más que dormirte en tu asiento. Despertarás un poco después, viajando, en el mismo autobus y con los mismos pasajeros de antes. Nunca más podrás regresar a la Estación del Mediodía. La otra opción, claro, es bajarte y entrar en ella.

-Bien que yo dormiría.

-Yo también.

-¡Yo no! ¡Qué miedosas!

-Hum...

-¿Tú, Mina? ¿Entrarías o dormirías?

Me miran. Los ojos celestes de Harrold también se me clavan.

-Entraría.

-¡Ajá!- chasquea los dedos él- Esa es la trampa de la historia. La Estación parece cerrada, abandonada. Tiene tablonés en las ventanas, la puerta con un letrero de clausura, cualquier cosa que imaginen. Para entrar, hay que forzarla. Adentro se ve oscuridad. ¿Aun así se meterían?

“¡Sí!” dijeron algunas, “¡No!” respondieron a su vez otras. Yo permanecí callada, dudando.

-Si lo hacen- prosigue el narrador- Deberían enfrentar sus mayores miedos. Hasta que uno no haya superado todos sus temores, la Estación del Mediodía no te dejará volver a tu mundo. ¿Algo perturbador, no creen? Podrían pasar diez, cien, mil años. Uno puede quedar atrapado por siempre. Pero luego, si logra salir...

-¿Si lo logra...?

-Saldrá como alguien distinto- concluye- Alguien que puede dominar a la vida.

-¿Qué significa dominar a la vida, Harry?

Mi compañero de asiento duda ante la pregunta, frunciendo el labio como si la considerara largamente. En el tiempo que tarda en hacerlo, Anna parece recordar algo y chasquea los dedos.

-¡Ah! ¡Yo también tengo una historia de terror! A esta me la contaron mis hermanos hace años. Alice, ¿te acuerdas de...?

Ya no le presto atención, sino que sigo viendo a Harry. Permanece con el gesto contraído, la mandíbula levantada como quisiera ver el cielo, algo de conflicto cruzándole los rasgos mientras se queda pensando, la respuesta a esa duda tan tonta. Por como está, no me atrevo a interrumpirlo. Me descubro a mí misma pensando que, para ser tan popular, Harrold es bastante único.

Unas horas después, como si la palabra "misericordia" no existiera en diccionario alguno, las alumnas de la Academia de Danza DuMarque se hayan envueltas en un largo canto, dirigido por su profesora, que los demás pasajeros no hacen callar por timidez o cansancio.

*¡Vamos a pasear! ¡Vamos a pasear!
¡Pedalee chofer, pronto vamos a llegar!*

Evito sumarme a la tortura, y disfruto de la cena -servicio incluido en el mismo autobús-, que Harrold ya ha comido mientras yo aún dormía. Por suerte para mí, sólo pasan unos minutos hasta que un valiente señor le pide a DuMarque que deje de deambular y se siente. Algo herida en su orgullo, la profesora asiente y el canto cesa.

Sigue pasando el tiempo, y los caminos. Ya apenas se ve la nieve, no por ausencia sino porque la ruta está oscura, y sólo hay sombras y malezas a los costados, algunas granjas que me recuerdan al hogar de los Jerves. Norbert debe de habernos pasado ya hace mucho, aunque no llegué a verlo. Me pregunto si soportará manejar la noche o preferirá detenerse a descansar. Con Johan adelante, supongo que tendrá que ser lo primero. Al terminar de cenar, un empleado nos retira las bandejas y se marcha, y tengo que dominar la urgencia de preguntarle si no hay café. A Mina no le gusta el café. Me acurruco, estremeciéndome.

-¿Tienes frío?

Asiento.

Harrold se levanta y me alcanza arriba mi bolso, que yo abro en búsqueda de un abrigo. Tomo una campera y la tiendo sobre mí. También tomo el diario, y lo dejo bajo mi asiento.

-Gracias.

-No hay problema- dice él.- No quisiera que comenzaras a estornudar.

Prosigue el itinerario sin muchas sorpresas. Jossie ronca con la fuerza de un terremoto, lo que hace reír bastante a las demás. Algunos pasajeros leen, ayudados por las luces sobre los asientos, otros engullen golosinas y los sonidos que hacen al masticar y al abrir los envoltorios se vuelven evidentes en el silencio, en la quietud, en el frío de la noche. Por la ventanilla yo observo toda esa oscuridad, todos esos sitios donde hay vida, vida que jamás conoceré, donde habrá experiencias que jamás tendré, y me sobrecojo, ya no de frío, sino de una impresión malsana que no puedo evitar: figuras persiguiéndonos por los caminos, rostros pálidos apenas visibles apareciendo entre el pasto, la sensación hermosa de que en el campo abierto hay un peligro, pero nosotros,

seguros en este autobús, podemos dormir y comer en paz alejados de las sombras y del terror.

Cuando es bien pasada la medianoche y la mayoría se halla durmiendo, tomo el Diario y lo abro donde quedé, ya más de tres cuartos leídos.

Comienzo a leer, esforzando la vista contra la poca luz. Las entradas después de lo que ocurrió con Gerardo son en su mayoría irrelevantes: su romance con Raquel, pequeñas maldades que hicieron con los muertos, descripciones detalladas de algunas de las habitaciones más curiosas del Palacio o de la situación de San Naerit durante esos momentos, de las familias terratenientes o del clima, tan banales como pueden serlo. Es tras un apartado sobre dos barqueros ahogados que vuelve a tornarse más atrayente.

El niño se desempeña a la perfección en su nuevo empleo. De momento, preferimos evitar que nos vea. Nadie le dará crédito a una acusación como la que él puede hacer, pero, como fueron los hechos, nos hemos tomado tantas molestias por salvarlo que tener que asesinarlo ahora resultaría irritante.

Él no es un peligro. Pero pienso, a diferencia de Raquel, que puede representar uno. Pues, ¿qué ocurre si alguien recuerda? ¿Qué ocurre si alguien lo recuerda no como Gerardo, sino con su verdadero nombre, y recuerda su linaje y su verdad? Entonces todo se volvería difícil para nosotros.

Consulté con Glasyalabolas, sobre tal posibilidad. El demonio fue de ayuda. Por lo que él sabe, es casi imposible que una persona pueda superar las memorias falsas del Palacio. Ese "casi" me interesó particularmente.

Dijo: (transcribiré su respuesta tan directamente como me sea posible) "Ninguno de los dos tiene por qué preocuparse. Tal vez alguien se volvería resistente al olvido si fuera un Nigromante como ustedes, o si tuviera el talento. Pero no hay nadie así dentro del pueblo. Y si lo hubiera, si notara una pizca de poder, yo sería capaz de advertírselos."

Con lo que, a resumidas cuentas, su respuesta viene a significar que todavía no hay-

-¿Qué lees?

Cierro el diario de inmediato. Harrold está despierto. Observa con cierta inquietud el daño que le he hecho a las páginas con mi brusquedad.

-Parece viejo.

-No es Shakespeare- digo, y lo guardo en su lugar. Él lo sigue con mudo interés hasta que desaparece bajo el asiento, y luego vuelve a sonreír.

-Ya veo. ¿Terminaste el que habías pedido en la Biblioteca?

-Ah. ¿Sí?

-La señora Vivian hablaba pestes de quienes no le devolvían los préstamos. Pero no me acuerdo muy bien de si estabas incluida en esa lista.

-Ese libro no era de la escuela.

-¿Te lo prestó tu abuela?

Dudé.

-Sí.

Los ojos de Harrold brillaron, pero asintió.

-Me imaginaba. Parecía realmente viejo. Bueno, no es que importe. Autores buenos siempre los hay. ¿Qué piensas sobre esto?: “los personajes y el autor son cosas muy distintas”. ¿Cierto o no?

“Pienso que a Kain le interesaría discutirlo mucho más que a mí.”

-No lo sé.

Harrold pifia.

-¡Claro!- dice- Es sólo una tontería que se me ocurrió. Es decir, que uno puede describir a un enfermo, a un monstruo, a una doncella hermosa o a un asesino, y en cierto modo forman parte de uno, ¿no? Bueno, no es que escriba, pero me refiero a quienes sí lo hacen. Puedes escribir a un monstruo como Yago, pero no eres Yago. En la historia puede haber un culpable, pero el autor de ese libro *no* es a quien tú buscas. ¿Me entiendes?

-Creo que sí.

El rubio suspira, y luego se rasca el mentón.

-Espero.

-¿Te gusta leer más que jugar al fútbol?- le pregunto.

-Ciertamente no. Para vivir bien, hay que correr. Pero que haga una cosa no quita que haga la otra, ¿no?

-No sé cómo lo haces.

-¿Me ves siempre tan ocupado?- cierra un ojo- Ciertamente es que siempre hay algo divertido para hacer. Por ejemplo...

Acerca su mano, a mi mejilla.

-No.- digo. Mi voz sale sola, sin que lo quiera. Por algún motivo, el movimiento me asustó.

-¿No?- sonrío Harrold.

No parece molesto en lo más mínimo.

-No ahora.

Él asiente, y deja caer su palma.

-Bien. Aunque tienes que perdonarme. Desde hace semanas que no puedo dejar de pensar en lo hermosa que eres. Ya sabes, cosas como, ¿cómo no se me ocurrió antes?

No sé si contestar con otro cumplido o agradecerle, así que algo azorada hundo mi cabeza en mis propios hombros.

-Te estás poniendo roja. ¿Funcionó?

-¿Estás probando frases para ligar?

Harrold da una carcajada, y yo lo empujo jocosamente. La tensión anterior ha desaparecido.

Pero todavía algunas horas después, cuando ya todo parece ser penumbras y la noche está bien adentrada, me hallo viendo por la ventanilla, como si quisiera seguir los pasos del ritual del que hablé, a la línea del horizonte donde riscos negros se dibujan, todavía marchitos por la oscuridad. Lo que leí en el diario antes de tener que guardarlo me hace meditar. Pues si, como dijo ese demonio, un Nigromante no cae en el olvido del Palacio, eso significa que al Titiritero no podré engañar en lo más mínimo con mi cambio de cuerpo. Y que para ese ser, Liseth Aurdelard y Mina Harvnes son la misma cosa, piezas que debe derribar del tablero y nada más.

Me muevo bajo el abrigo que me tendí, mullida contra el frío. Solos, sin mi voluntad, mis dedos acarician el antebrazo de Harrold. Él duerme, o pretende hacerlo. No despega los labios, no se siente su respiración, no hace nada más que mantener los ojos cerrados y el cuello erguido.

Su mano también se mueve, y toma la mía. Nuestros dedos permanecen entrelazados, durante todo el rato que tardo en conciliar el sueño, recién cuando el sol asoma por el horizonte y el paisaje se vuelve algo endeble, ni día ni noche, una fusión de ambas en la cual los sueños y los temores se mezclan para crear mil sensaciones diversas que se mezclan entre la inconsciencia.

XLV

Ya es una templada mañana cuando el autobus se detiene, traqueteando sobre pedregones grises, frente a la entrada del hotel Grand Eternal. Antes de llegar, como si el chofer se jactara de su procedencia, los pasajeros pudimos disfrutar de todo un tour por la colorida extensión de Visgana. Las calles eran rústicas, pobladas y muy distintas a las de San Naerit o Nueva Gabul; los edificios se levantaban como en un puerto de fantasía, el olor al mar inundaba al aire; la gente caminaba con ropas sueltas y hermosos bronceados, dándole a todo un aspecto veraniego, de ensueño, que cautivó los corazones de todas mis compañeras. Yo también veía, algo ilusionada, a los locales abiertos que se extendían a ambos lados de la gran avenida: los bares, los clubes, las tiendas de moda y el cine, las galerías de compras que se adentraban como pasajes luminosos por entre el entramado de las manzanas. Con sólo ver aquello, deslumbrada, pensé que este era un sitio en donde valdría la pena planear un futuro.

Bajamos una tras otra, mientras que los encargados del hotel descargan los bolsos y nosotras nos estiramos, entre somnolientas y relajadas, para desacostumbrar nuestros cuerpos al incómodo estar de los asientos. Los otros pasajeros también se estiran, conversan, admiran el hotel y se pierden en su entrada. DuMarque forcejea con su enorme valija.

Harrold se detiene a mi lado, tan fresco como si hubiera tenido horas de sueño.

-Es grande, ¿eh?

Creo que *grande* no es una palabra que le haga justicia: el Grand Eternal parece inmenso, se levanta como una fortaleza desde donde se adivinan balcones, una terraza con piscina, infinidad de habitaciones y un restorán colmado de mesas lustrosas. No se ve mucha gente desayunando, pero bien podría ser porque ya es tarde para eso.

-¿Estamos todas?- nos cuenta DuMarque, una por una, y luego sonrío- Qué hermoso, ¿no niñas? ¡Qué hermoso! Hay que agradecerle a Henry por esto. ¡Qué delicia!

Cruzamos el umbral en grupos aislados: Harrold y yo, Alice y Anna, Jossie, Clara y Natalí, y el resto en una fila algo dormida, que capta con poca atención los hermosos detalles de nuestro hospedaje. Mi bolso me resulta pesado, pero rechazo la ayuda que me ofrece Harry. El suyo es apenas una mochila, lo que me resulta insólito.

-Traje dinero- me dice.

-¿Tus padres te prestaron?

Asiente. Mientras que la profesora hace los arreglos en el mostrador, el resto de las chicas se va organizando.

-Serán dos habitaciones de tres camas y dos de dos. Harry, ¿tú que...?

-Ya tengo reservado- sonrío él- No se preocupe por mí.

-Eres tan buen chico... Bueno, para nosotras, los números son 201, 202, 203, la doscientos cinco será la mía...

-Yo quiero la de tres- extiende la mano Alice. Me sorprende que no pida tener un cuarto único para ella. DuMarque le tiende una de las llaves del mostrador, y yo decido imitarla. Después de todo, ¿no es esto una lucha por popularidad?

-Yo también. Pero otra.

Me da la doscientos cuatro. Es una pequeña llave de bronce, con un enorme llavero de madera en el cual el número está esculpido. Pienso que quiero estar con gente que no se entrometa demasiado en lo que hago. Con esa idea muy clara, me vuelvo hacia Candice.

-¿Vienes?

Ella asiente, turbada. Las otras se remueven, a la caza del puesto disponible. Tarareo un *de ton marin de do pingüe* hasta que señalo a la más joven de nosotras, Elia Valdez. Parece contenta como un cachorrito cuando me sigue hacia el cuarto.

Harrold nos saluda diciendo que se nos unirá después y habla con la recepcionista, que parece encontrar en él razones para seguir presentándose al trabajo. Los valet llevan nuestro equipaje, cosa a la que no estoy acostumbrada y en realidad me molesta. Pero cuando por fin llegamos, al menos nos dejan en paz.

Nuestra puerta, al menos, está alejada de la de DuMarque pues el orden de los números no parece tener mucho sentido. El suelo en el pasillo es una alfombra bien aspirada y pulcra. Mis compañeras esperan ansiosas hasta que abro. Cruzamos todas admirando el cuarto con detenimiento: es para tres, pero bien podría ser para seis; hay gran espacio entre las camas y una claridad hermosa, similar a la de mi sueño, un ventanal dando a la ciudad y al mar, que lanza reflejos dorados en sus aguas contra el cielo. Esto realmente es un paraíso. Agradezco mentalmente al director Ashadd por su dinero y sin pensarlo demasiado me siento en la cama más próxima a la ventana. Ni Elia ni Candice rechistan, sino que en silencio toman las suyas. Contemplo a Visgana, admirada. El cielo es celeste, las nubes son fugaces intentos de aerosol blanco, flotando a la deriva, el color de las casas y de las calles se asemeja al de una pintura fresca, secándose bajo un alegre sol, e incluso desde la quietud y calma que nos garantiza el hotel se puede aspirar la diversión, el romance y la actividad incansable que se desarrolla por el centro. Con tanto frío, con tanta calma y sosiego como los tuve en San Naerit, había olvidado como era hallarme en una capital.

Aunque, si soy sincera, ¿cuándo estuve en un sitio como este antes? Nueva Gabul no se compara en nada.

"Fuiste de vacaciones" me dice una voz, la mía, haciéndome recordar *"A una ciudad veraniega. Hace ya muchos años."*

Recuerdo mi sueño otra vez, con la bailarina moviéndose sobre el eje de la caja musical.

-Es hermoso...- admira embobada Elia, apoyando las manos en la ventana- ¿No les parece hermoso?

-Mucho.

Candice asiente. Algo de la luz y el nuevo escenario la han quitado de su depresión, pero todavía no parece querer dignarse a hablar.

-Al menos DuMarque no nos hizo saltar como idiotas allí en la recepción-pifio, y abro mi bolso. Mi cama es cómoda, aunque más dura que la que me acoge en la casona de los Weigler. Comienzo a desempacar ropa, remeras, polleras, pantalones, ante los ojos admirados de las otras dos- ¿Saben si habrá practica hoy?

-No creo- Elia me ayuda a tender la ropa con diligencia- Nos dijo que mañana nos encontraríamos con Laurence. ¿No, Candi?

-Hm.

-Laurence...- dudo. Me miran extrañadas, y decido callar. Evidentemente es alguien a quien se supone Mina Harvnes conoce bien.- Ah, cierto, olvide una cosa. Quiero ver en dónde está Harry. Eli, ¿puedes terminar eso por mí?

La muchachita asiente feliz. Me detengo antes de salir, y tomo antes de que ella lo haga el diario viejo, las páginas casi deshaciéndose entre mis dedos. Lo coloco bajo la cama, de forma que no pueda verlo. Aunque si alguna de las dos lo hiciera, ¿qué problema habría? Podría decir que es algo curioso que encontré. Claro que es algo curioso que dice mucho sobre la historia del pueblo, y seguramente también sobre cosas que el Titiritero preferiría se mantuvieran ocultas, y por eso mismo es que pienso que las estoy salvando al esconderlo. Cuando termino, simulando arreglar la funda de mi almohada, salgo de mi cuarto.

No busco a Harrold, desde luego. Marcho por el pasillo en dirección al baño más próximo, y me concentro.

"Kain."

Algo similar a la estática llega a mi consciencia, desorientándome. Vuelvo a intentarlo otra vez.

"Kain, ¿me escuchas?"

Me alcanza un sonido distorsionado, difícil de interpretar.

"...ieth?"

"¿Liseth? ¿Kain, eres tú?"

Su voz irrumpe, más clara.

"Liseth. Te escucho."

Respiro aliviada.

"¿Puedes oírme bien?"

"No" me llega de vuelta su respuesta, como si lo nuestro fuera una conexión telefónica que está a punto de apagarse.

"Es más de lo que esperaba" me tranquilizo. Doblo por el pasillo y saludo con una sonrisa a mis compañeras, que se toman de las manos y dan hurras de felicidad *"Hablar va a ser difícil así. Pero podré decirte cosas si la situación lo requiere."*

“¿Cómo... viaje?”

Recuerdo la mano de Harrold, entrelazada con la mía.

“Bien. El hotel es muy lindo.”

“¿...tel?”

“Ya sabes, uno de esos... Espera, probaré entrar.”

La entrada a los baños se levanta contra mis ojos, una magnífica hendidura en la pared desde la cual se dividen los lavabos para damas y los de caballeros. Entro a los primeros con paso decidido, asegurándome de que ninguna me siga. Son baldosas oscuras y tan lustrosas que puedo reflejarme en ellas, olor a lavanda, un poco ofensivo para mi nariz, los picos alineados cada uno con una pastilla de jabón al lado.

También se ven increíblemente espaciosos. Sin dudarlo mucho, entro al cubículo destinado a los discapacitados. Como siempre es el más grande tengo mucho margen de maniobra para apoyar mi palma contra la pared, cerrar los ojos, y concentrarme.

Invoco la Puerta Roja, y los abro.

La Puerta Roja no está.

Mis labios se fruncen con frustración.

“¿Kain?”

“¿Sí?”

“¿Ves algo?”

“...da. ¿Qué de... er?”

Hmm.

Vuelvo a concentrarme. Solía ser una cosa natural, en la que ya ni siquiera tenía que esforzarme, algo así como andar en bicicleta. Si aquí afuera de mi entorno tengo que repetir y memorizar los pasos para hacer evidente esa brecha, todo va a volverse más difícil. Aunque también, supongo, sirva para afianzar mis poderes como nigromante.

Inspiro hondo, pensando en la primera vez. Había tenido miedo. Hay una sensación de alarma mínima en mi pecho, por saber que mi habilidad se ha cortado fuera del pueblo. Debería bastar. También había soñado con los Cuatro, había estado a oscuras, me había odiado a mí misma. Esa era una contradicción que me aterraba. Mientras más deseosa de desaparecer había estado, más fácil era para mí atraer al Palacio, y mientras más atraía al Palacio, más mi vida y quien era se volvían deseables para mí, y con ello la posibilidad de crear esa entrada se desvanecía. Pero yo sé bien, incluso ahora, que existe otra razón muy clara por la que siempre podré volver, esa que no quiero enfrentar.

Nada más por aceptar eso, oigo un chasquido y mi mano se hunde unos milímetros. Sonrío satisfecha. La Puerta Roja está frente a mí, interrumpiendo la lustrosa negrura del mármol con su vejez y su incoherencia.

“Aún no hay nada” dice Kain. Mi mano se detiene en el picaporte, antes de abrirla. Espero unos segundos.

“¿Nada? ¿Ninguna puerta desde tu lado?”

Entre sonidos indefinibles lo oigo negar.

Vuelvo a mirar la Puerta, dubitativa.

“Está aquí.”

“Ten cuidado. Podrí... arte... cio.”

Podría llevarte a cualquier otra parte del Palacio. Sin embargo, no puedo más que dudarlo. He leído el diario, y el cómo aplicaban los poderes de los

nigromantes. El autor invocaba las puertas naranjas, como aquella que está en el Balcón. Para ir a sus dominios, para entrar en los dominios del Titiritero, tendría que cruzar de nuevo una de esas. Pero la que está ahora frente a mis ojos es roja, roja como el color de la sangre, como un atardecer, como la fibra entrelazada en la camisa de Kain. Es la misma puerta de siempre. Pensando aquello, y envalentonándome, la abro pero retrocedo antes de entrar. No planeo pasar días en un mundo de pesadilla, nunca más.

Me sorprende el ver el interior de la brecha. En el umbral, oscuridad y plantas se amontonan: raíces de enredaderas, espinosas, hinchadas en sangre se mueven como serpientes, se arremolinan, quiebran sus espinas entre sí. Comienzo a comprender qué ha ocurrido.

"Creo que..."

"¿Liseth?"

Extiendo los dedos hacia las plantas, mis servidoras, y ellas se calman. Pero continúan moviéndose. Lo comprendo. Hay un sitio, incluso dentro del Balcón, en donde nunca me he adentrado demasiado: el hueco profundo, tapado, en el que dejo mi cuerpo o a de Mina descansar cuando no lo uso, tendido entre las enredaderas. Porque mi poder fuera del pueblo es bajo, o por algún error similar, la Puerta Roja se ha abierto aquí adentro de entre todos los lugares.

"Estoy bien. Probaré de nuevo."

"Bien."

La cierro con cuidado, oyendo el siseo de las víboras, y repito el ejercicio. Excepto que, por primera vez en mucho tiempo, siento el cansancio y unas gotas de sudor pesar en mi cuando invoco a la brecha por segunda vez.

Cuando la abro, me recibe el mismo espectáculo de antes.

Suspiro.

"No puedo cruzar. Lo siento."

"No te preocupes. ¿Qué ves?"

"Estoy..." examino los resquicios entre las espinas, pero apenas se puede ver algo *"¿Puedes pasar las enredaderas?"*

"No sin cortarme algunos dedos."

Su voz me llega clara, pero porque la puedo oír de verdad. Kain está hablando, un rumor ínfimo que se puede captar desde mi lugar. Tomo aire y doy un pequeño grito. Lo oigo detenerse.

"¿Esa eres tú?"

"Estoy en donde se halla mi cuerpo. No podré cruzar, pero al menos..."

-Me alegra- me alcanza a decir Kain desde la distancia desconocida, que las enredaderas y mi verdadero yo ocupan.- Al menos sabré que puedes contactarme si es necesario.

Y a mí también me alegra saber lo mismo.

-Siento que todo va a derrumbarse- digo, alejándome- Haré el cambio aquí, para probar. Hoy... Hoy quizás pueda avanzar con la investigación.

No necesito oírlo, pero sé que Kain asiente.

-Incluso por sobre eso... Diviértete.

-Eso haré- respondo, y extiendo mis muñecas. Es como si estuvieran esperando. Las enredaderas se lanzan contra mí, me aferran, tiran de mis brazos para adentrarme en la negrura y el caos que las contiene. Tal vez en ese punto está el centro de todo mi poder, de toda mi influencia como nigromante dentro del Palacio. Si ese fuera el caso, pienso, explicaré por qué

en esta situación sólo puedo invocar a la Puerta allí, en vez de cerca de las paredes ruinosas.

Mi consciencia titila, volviendo y diluyéndose una y otra vez entre los bamboleos que hacen las lianas. Mi cuerpo choca con el de alguien más, y el cambio se produce. Como es más lento, es la primera vez que puedo percatarme del momento exacto en el que ocurre. Veo apenas, entre las sombras, a Mina inconsciente siendo separada de mí hasta perderse. Las plantas parecen luchar entre sí, fluctúan como un mar, me elevan y bajan como un juego de feria y luego terminan por escupirme, otra vez al mundo real.

Caigo sobre mi trasero, y tengo que taparme la boca para no gritar. Pateo el inodoro, y me lastimo un pie. Este no es mi día. Luego me levanto, aliso mi buzo, inspiro hondo y controlo que no haya nadie en el baño para salir y verme frente a los espejos.

Soy yo. Estiro mis mejillas, soplo mi flequillo hacia arriba, tanteo la piel blanda de mi estómago, empujo mi remera hacia abajo para que haga presión sobre mis pechos. Por primera vez, me siento contenta de ser yo misma.

Porque si soy yo misma, puedo buscar a Norbert y a los demás y pasar tiempo con ellos.

XLVI

Así, el primer paseo que doy por Visgana es uno a solas, algo apresurada, admirando la música de la ciudad y leyendo nombres de calles, carteles y señalizaciones, todo para encontrar el lugar que Johan consiguió a su familia. Me siento como una pequeña ratona en un mundo desconocido, temerosa de asaltantes; pero son tantas las personas, las familias, las parejas que por aquí transitan que en realidad paso desapercibida, y la única mirada que recibo, al final, la recibo por el simple acto de tener que desprenderme de mi buzo y quedar en remera, algo sofocada por el calor. No quiero siquiera imaginar cómo será este sitio en primavera, o en verano.

Tengo algunas pistas para hallar entre todo este mundo a Matt y a Kari: sé que Norbert habló de que estaríamos bien cerca del mar, que estaríamos cerca de un sitio en donde se sirven bastoncitos de pescado a unos pocos centavos la docena, y tengo un mapa con el área y una foto del lugar, que terminé quedándome -metiéndola en el Palacio- cuando Johan nos pidió que la compartiéramos, con la idea de que Norbert la tuviera y pudiera ubicarse bien al seguirlo. Por supuesto, ni con todo eso me basta. Visgana es enorme, y termino teniendo que preguntar a varias personas, con voz tímida, por

direcciones. Pensar que puedo localizar algo por estar cerca del mar es una locura: el mar se abre infinito a ambos lados, sus olas irrumpen contra la arena entre las multitudes de gaviotas, y los locales en donde sirven frituras de pescado abundan, llenándolo de un olor que al rato se me vuelve algo desagradable. Queda la foto, que reviso una y otra vez con ojos nerviosos, pero no dice la gran cosa. Tres cuerdas por delante de la playa, casi todas las casas son chalets perfectos y abiertos, con pequeñas canchas para jugar al fútbol y muros de cristal para que la arena no irrumpa en la diversión.

No pasa mucho hasta que me siento algo desbordada, y me pregunto si no he cometido un terrible error. Paso un número, y otro, y otro, de familias que dormitan en reposeras como si no existieran males en el mundo, de niños que se persiguen, de pequeñas piletas cuyo sentido desconozco, estando tan cerca de la playa. Al último casi desisto, a punto de llorar. Al menos sé como volver al Grand Hotel. Y entonces...

-¡Eh! ¡Lis!

Norbert me toca bocina, y agita la mano desde la ventanilla del Twingo. Me paraliza un poco, todavía con mi bolso en la mano. Tuve que ir a mi habitación, tomar parte de la ropa que había tendido Elia y meterla, escapar del hotel bien cargada, todo para ocupar mi lugar con los Weigler y no recibir preguntas, como las que sé que voy a recibir ahora.

-¿En dónde andabas? Me parecía raro no verte a la mañana.

-Fui a pasear.

-Thomas podría aprender una o dos cosas sobre madrugar de ti. ¿Tienes problemas con el bolso?

"Maldición."

-Yo...

-Descuida- agita su enorme palma Norbert, excusándose de excusas- En realidad, te estaba buscando. ¿Quieres acompañarme a comprar algunas cosas para el desayuno?

-¡Claro!

Norbert se queda en el Twingo, mientras que yo entro al chalet para dejar mi equipaje. Lamento entender que posiblemente cree que lo traje en mi paseo debido a alguna locura creada por mis ataques. Pero es mejor que piense algo como eso, a que sus memorias regresen. Y si estamos tan lejos de San Naerit, ¿podría ocurrir? La conclusión a la que llego es que debo ser cuidadosa.

El ambiente interior es lindo, tan espacioso y vacacional como se lo ve desde afuera. Hay tres habitaciones: una para Norbert y Wilhelm, otra para Matt y Mikhail y otra reservada para Kari y yo. Como las puertas están abiertas, los puedo ver durmiendo; Matt ronca boca arriba, con una mano bajo la remera, Mikhail está de costado, silencioso como un murciélago, y Kari sueña en una posición muy poco digna. Dejo mis cosas intentando no despertarla, pensando en mi habitación de hotel y en lo mucho que preferiré estar aquí. Al menos asumiendo que ella no ronca.

Luego salgo de nuevo al calor de afuera, y ocupo el asiento del acompañante al lado de Norbert. Él pone el Twingo en marcha, hacia el centro.

-¿Fuiste a verlo a Johan?

Niego.

-Quería ver la playa.

-¿El agua está linda?

-No la toqué.

-Yo, en cambio, no puedo resistir el impulso de tocar el agua del mar cuando la tengo cerca.- gira el volante, y el Twingo sube con esfuerzo por las calles que se adentran, lento por la cantidad de peatones que se nos cruzan y los otros coches, que llevan inflables y tablas de surf- Ah, esto es un paraíso. Nada más de imaginar el frío que deben de estar pasando mis colegas del hospital me dan ganas de quedarme a vivir aquí toda la vida.

-No lo dice en serio.

Los ojillos bondadosos de Norbert Weigler me miran de reojo.

-Supongo que no. Pero debes admitir que este aire es distinto al de San Naerit. Menos... Pesado.

-Hay... mucha gente.

-¿Eso te incomoda?

Lo pienso durante algunos segundos.

-No.

-Bueno es oír eso. En cuanto a mí, quisiera saber si aquí tienen panes tan buenos como los que hacen en la panadería del pueblo. Y quizás algo de carne. Pero puedo prometer que ustedes cuatro disfrutarán de una dieta casi exclusiva de pescado. ¿Te gusta el pescado?

-Ah... El atún no.

-Lo tacharé de la lista. No tienes problemas con los bastoncitos, ¿no?

-A papá le encantaban.

-¿De verdad?- Norbert vuelve a tocar el volante, divertido, y nuestro auto frena frente a un semáforo. Una multitud de rostros muy diversos pasa en ambas direcciones cruzando la calle, entre los cuales destaco a un joven en silla de ruedas y a otro que escucha música en un reproductor compacto, con aspecto de no estar prestando atención alguna al mundo que lo rodea- Algunos gustos son adquiridos. Por ejemplo, ¿sabías que cuando se implementaron los bastoncitos, eran de arenque? Los inventores querían intentar derrotar al bacalao, que estaba dominando el mercado. Era un producto innovador. Debieron pensar que un pez nuevo, con una novedosa forma de comerlo... Bueno, la cosa es que la innovación fue un completo fracaso. La gente siguió prefiriendo el bacalao. Claro que no se rindieron.

-No conozco a nadie que coma bacalao.

-Aquí debe de haber varios- se pasa la mano por la barba él, y justo nos detenemos en una tienda- Bajamos aquí. Puedo oler que tienen mercancía fresca. Si quieres quédate en el auto, serán unos segundos y...

-Voy.- digo, y abro la puerta. Sigo su enorme corpulencia, que varios admiran intimidados, y lo veo agacharse para poder pasar el umbral de la pescadería. Como no tengo el buzo que siempre llevo, sino una simple remera violeta, me siento algo desprotegida. Pero nadie se fija en mí: tan imponente es Norbert, tan similar a un enorme ogro y tan discorde, amable su actitud al hacer su compra que todos los ojos se clavan en él, y hasta puedo oír un par de comentarios anonadados.

Salimos de allí con enormes bolsas, cargadas con peces de todos los tipos.

-¡Qué vida!- ríe él- Creo que ese vendedor se aprovechó de mí. Ojalá nuestro refrigerador no tire para mal.

Subimos de regreso al Twingo. Lo hace desplazarse lentamente por entre la multitud, examinando con mirada experta las tiendas y locales que nos

rodean, como si un sólo vistazo y su juicio bastaran para obtener lo mejor de lo mejor en una ciudad desconocida.

-Aunque...- prosigue- También podría llevarle algo de esto a Johan.

Me quedo quieta en mi asiento, algo preocupada. No quisiera encontrarme con Johan en este momento.

-Pero el refrigerador sí funciona.

-Decía para que tuviera- ríe Norbert, e ignora el bocinazo que le lanza un auto atrás como si no existiera, doblando por otra calle llena de mercados- Pero es mejor si regresamos a casa pronto. Los otros ya habrán despertado.

-¿Johan comerá con nosotros?

Se detiene unos segundos, alegre.

-Te cae bien, ¿no? Tiene ese efecto en las personas. Pero recuerda que dijo que tiene cosas que arreglar antes de pasarse. Johan tiene amigos en todos lados. Al final, ¿te dijo cómo conoció a Helen?

Niego.

-Me mencionó algo- miento- Pero no mucho.

-Ambos asistían al mismo Instituto al que ahora van tú y mis hijos... Estaban en qué, ¿segundo año? ¿Primer año? Me avergüenza admitir que yo no era muy atento en esa época. Pero cursaban en la misma aula. Ninguno de los dos era muy distinto a como los ves ahora: Johan era un chiquillo travieso y hablador, y Helen... Bueno, ella era una tumba. Eso no afecta mucho la vida adulta, pero cuando uno es niño, los demás un poco requieren que hables. Helen era menuda, desgarbada y de sus labios no salía una sola palabra. Oíamos cada tanto que los otros niños se la tomaban con ella, las compañeras la molestaban, o le tiraban el pelo, y...

Hace una pausa, y me mira. Pero yo no evidencio estar afectada por esa historia, que tan similar a la mía es. Lo había sabido. Había sabido que Helen podía ser el tipo de persona que el futuro me depararía ser.

-¿Y entonces?

-Un día la cosa se puso fea- el Twingo descendió por un callejón solitario, para encontrar salida en otra avenida en la que tuvimos que esperar- Había llegado otro muchachito de una escuela, y se le había confesado a ella. Las demás niñas la odiaron. Pero el muchacho la resintió aun más, porque Helen lo rechazó. ¿Lo imaginas? De allí, los ataques pasaron de ser tonterías de niños a cosas un tanto más serias. Se llamó a los padres, para hablar de los incidentes, pero fue una cosa en vana porque Helen sólo tenía un tío, que vivía en cama enfermo, y los padres del pequeño galán no se presentaron. A todo esto me lo contó mi esposa. Yo... No solía pasar mucho tiempo en el pueblo.

La voz de Thomas viene como una memoria: ¿sabía yo, que Norbert dirigía una banda de delincuentes en Tarvilán? Por supuesto, no era algo que él fuera a querer contarme. Asentí lentamente, para que prosiguiera, y Norbert habló mientras buscaba con cautela un espacio en donde estacionar.

-Una tarde cualquiera, después de un examen, el muchacho se acercó otra vez a Helen y comenzó a increparla. No tengo bien los datos exactos, pero creo que la cosa se puso física, y el profesor no llegaba para defenderla. Si Helen era como la conozco ahora, probablemente ni se dignó a mirarlo. Eso debió de haberlo enardecido aun más. Pero antes de que algo desagradable sucediera, Johan, que hasta el momento no se había metido en el asunto, se paró y grito que quien jodiera a Helen se las vería con él. Perdona la palabra.- el Twingo estaciona, apretujado, y Norbert toma las correas de su cinturón de

seguridad- Bueno, el otro muchacho le respondió que lo iba a golpear y... Ah, espera unos minutos. Las facturas de esa panadería tienen muy buen aspecto.

Se saca el cinto, y se baja. Yo quedo sentada, justo antes del final del relato, viéndolo desaparecer por la puerta del local. Me dejo caer un poco en el asiento, mordiéndome el labio inferior, pensativa. Hace calor. Los rayos del sol se cuelan por la ventanilla, y el cabello tan largo me incomoda, me siento traspirada y necesitada de una buena zambullida. Desde mi posición, puedo ver a Norbert hacer la fila, entre señoras y adolescentes con aspecto de drogados, diligentemente esperando su turno. No puedo ni imaginar cómo terminará su historia.

Apago la radio, que suena en un volumen demasiado bajo. También giro la manivela para abrir espacio en el cristal y que entre algo de aire, que me refresca. Debo estar recibiendo una buena cantidad de Vitamina D. Eso es algo que Norbert diría. Que sepa qué cosas diría él significa también que ya lo conozco bien.

Pero...

La portezuela del conductor se vuelve a abrir, y Norbert entra con otra infinidad de bolsas de cartón. Me alcanza varias, para que las guarde bajo la cajonera. Puedo sentir la deliciosa calidez de los bollos, las bombas de crema, las medialunas y las barras de pan con anís. El estómago me ruge cuando capto algo del aroma dulzón, lo que provoca una carcajada en mi cuidador. Vuelve a abrochar el cinto y se pone en marcha.

-¿Y entonces?- pregunto, algo ansiosa.

-¿Entonces?

-Lo de...

-¡Ah, claro! Disculpa- toma de una de las bolsas un bollo, me lo tiende, y yo lo acepto con agrado. Luego toma otro para él y le da un mordisco sin muchos modales- ¿En dónde había quedado?

-El muchacho que molestaba a Helen dijo que iba a golpear a Johan.

-Cierto. No sé qué haríamos sin ti. Le dijo que lo iba a golpear, así sin ton ni son, y todos los del curso estaban mirando. Pero Johan no se dejó amedrentar, no señor, ni tampoco se volvió una bestia violenta. Me lo contó todo él mismo. Johan se puso de pie, bien firme, y le habló bien claro. Le dijo: "La violencia no es la solución. Ella no te querrá, aunque me golpees, o aunque la golpees a ella." ¿No es increíble? Me enorgullece tener un hijo tan sabio. Con su edad, hubiera aprendido mucho de él. No, incluso aún aprendo algo de él, de todos ustedes.

-¿Eso...?

-Exacto. Impresionante, ¿no? Luego el otro muchacho se frenó, pues no había más que hacer. De allí en adelante, Helen comenzó a acercarse a Johan y ambos fueron inseparables. Los hubieras visto: se visitaban todas las mañanas, a la tarde, a la noche, iban juntos a...

Sigue parlotando, mientras yo mastico mi bollo, un poco sin oírlo. Con el hambre que tengo, lo termino en apenas unos minutos, y luego me quedan los labios y los dedos manchados de azúcar, que prefiero no lamer para no hacer más enchastres. Encuentro un poco curiosa la historia de Norbert. ¿De verdad ese fue el caso? ¿Eso fue lo que hizo, decirle una frase sacada del más barato libro de autoayuda y frenarlo así...?

XLVII

-Le rompió la cara. Literalmente. Papá no estaba con nosotros en ese entonces, pero en la escuela Johan se hizo famoso por eso. Si se lo preguntas a los profesores, seguro alguno te lo cuenta. Le estrelló el rostro contra una de las sillas, una, dos, tres, diez veces. Quebró algunos huesos. Tuvieron que separarlos entre varios compañeros, llamaron a un médico, el otro muchacho lloraba... Nunca más volvió al instituto. A Johan no lo echaron por unos pelos. Todos querían mucho a mamá, y no planeaban hacerle la vida más difícil de lo que ya la tenía. ¿No es así?

Matt se dirige a Kari, que asiente.

-Por eso todos respetan a Johan. Hasta mis compañeros se saben esa historia.

Doy un silbido. Me había esperado un desenlace como ese, pero el modo en el que los hermanos Weigler me lo cuentan, los dos apartados en la mesa del comedor mientras un Mikhail de camisa arremangada ayuda a Norbert con la cocina, más el haber presenciado una violencia similar semanas antes cuando vi a Wilhelm ser golpeado contra una de las peceras, hizo que por detrás de mi falsa reacción sintiera una incomodidad difícil de definir. Había algo más en Johan. Era algo que podía notar desde el primer instante, quizás por ser similar a él. Pero así como en mi interior, aunque no lo quisiera ver, tenía la constancia de que algo desagradable y oscuro se removía, en él percibía una fuerza brutal, histérica, bajo capas y capas de un maquillaje formado por carisma, por respeto, por historias triviales y entretenidas anécdotas.

Se me presentaba un problema: me atemorizaba, quería evitarlo, pero también sabía que era importante. Johan debía de saber algo.

-Después de eso, siempre estaban juntos.- dice Kari- Creo que no recuerdo a Johan con otra chica que no fuera Helen. Ella... ¿era un tío?

-Un tío- asiente su hermano- El único familiar que tenía vivo. Nunca lo conocí, ya murió hace años. Tenían un apartamento por el centro... Bueno, tienen. Helen sigue viviendo allí. Johan la visitaba, y pasaban el tiempo juntos. Hasta que mamá se enfermó, ninguno de los dos venía mucho a casa.

-¿Piensas que Johan ya lo hacía con ella a esa edad?- le dice su hermanita. Ambos la miramos, y Kari junta las cejas- ¿Qué?

Ni Matt ni yo contestamos, y casi un minuto entero de silencio transcurre entre los tres. Aunque para mí, también es un minuto de silencio porque me sorprende que Matt haya mencionado a su madre. Me gustaría tener un cuarto de su fortaleza.

-Claro que hay otras historias- se rasca una mejilla él, y luego pasa su mano por el borde de uno de los vasos, haciendo al vidrio dar un agudo silbido.- Bueno, no de Johan, pero en la escuela hay un montón.

-¿Alguna de ustedes?

-Ninguna importante- responde él, y Kari saca la lengua- En eso ya nos superaste con creces.

-Siempre seré la chica a la que quisieron asesinar.

-No lo creo. Has volado sus mentes. Kari, ¿no es cierto que hablaban de Liseth incluso en tu aula? Más todo este asunto del Club de Delegados.

Me inclino de hombros.

-Entré ahí por suerte.

Antes de que Matt pueda replicar, Mikhail llega como una vanguardia culinaria, trayendo los platos con el pescado ya cocinado y adornado con una salsa de manteca, limón y ajo, que Norbert obtuvo de un viejo libro de recetas. El aroma es delicioso. El mentor no dice nada cuando ocupa su lugar, mientras que el patriarca de los Weigler llama a su desgarrado hijo a que se nos una. Wilhelm emerge de la habitación como un muerto en vida, y también se sienta. Estoy segura de que no tenía intención alguna de venir a vacacionar con nosotros. Pero también tengo la seguridad de que su padre lo hubiera obligado a venir, en especial por su ausencia durante la celebración que se realizó en el Salón Adal.

Otra vez, me cuesta no sentir algo de pena. Pero la pena se ve un tanto opacada por lo delicioso del pescado, que con cada bocado se disuelve en mi paladar. Norbert tiene un talento innato en la cocina. Por varios minutos, ninguno de nosotros habla.

-Cuidado con las espinas.

Termino mi plato y me siento satisfecha. También me siento muy cansada. El viaje... Aún no he dormido nada. Sí, necesito acostarme un poco. Si no tendremos danza hoy, podré pasar todo el día aquí, tal vez pasear con Matt, ir a la playa o...

Mis ojos captan a Mikhail, que no despega su mirada de mí tras el marco de sus anteojos. Me intimida. Me encuentro pensando que en realidad no tendré tanto tiempo para recreaciones. Debo hablar con él. Y él lo sabe.

Podría evitarlo. Podría esconderme, ser Mina, no darle una sola explicación. Podría hacerlo, pero... Pero no debo. Y por eso, al menos una vez, no lo haré. Porque se lo prometí a Kain. Le prometí que avanzaría.

Así, para no perder el tiempo, termino llevando mi plato y lavándolo por mi cuenta, luego saludo a todos, y me arrojo sobre mi cama perfectamente tendida. La habitación está en penumbras, es pequeña, y las frazadas están heladas, pero eso sólo sirve para acercarme más al sueño. Kari viene un poco después, mientras que los hombres conversan, se acuesta en la suya, y examina si duermo. Probablemente quiere charlar. Pero permanezco con los párpados cerrados, la mejilla atrapada contra la frescura de mi almohada y el labio entreabierto, el aliento suave para simular dormir. Al rato ella desiste y también se acuesta.

Pasan segundos, minutos, quizás una u dos horas. Intento no moverme, y escucho. Matt y Mikhail se levantan, y deciden ir a ver algo que no llego a oír. Wilhelm seguramente vuelve al cuarto, donde se quedará acostado por el resto del día. Norbert Weigler friega los platos: puedo sentir el torpe trabajo de sus manos con la esponja, el rechinar lustroso de la porcelana, los cubiertos al ser

acomodados en el secador. En cuanto termina, se acerca al umbral de nuestra puerta, controla que ambas estemos bien, tapa a su hija, y se va. Que Kari no le diga nada me hace comprender que ya se ha dormido. En la casa se escuchan también pequeños sonidos, el goteo de la canilla, que Norbert no cerró bien, una mosca que golpetea insistente una ventana, y el rumor tranquilizador del mar, ese que de chica yo sabía una podía oír al poner una caracola cerca del oído. Las olas, mansas, claras, se deslizan por sobre la arena entre líneas de espuma, y luego retroceden, arrastradas por una fuerza superior, para reagruparse y lanzarse de nuevo poco después. Se repite incansablemente. Puedo imaginar pequeñas piedras, cangrejos, estrellas marinas muertas, huellas húmedas que hacen burbujas, y también conchas pequeñas, con las que nada puede escucharse, que las olas van desenterrando con su obrar. Todo ese vaivén, ese eterno movimiento, adentra a mi consciencia más y más en la negrura.

Al menos, hasta que en un somnoliento parpadeo veo a Mikhail apoyado en el marco de la puerta.

Quedo unos segundos aún arrojada, mirándolo. Como si no quisiera dignarme a moverme. Pero luego tomo fuerzas, y mis brazos hacen que me levante a medias.

-Te espero en el balcón- me dice él, y se marcha. Me queda a mí adivinar cuál es el balcón, aunque tampoco es tan difícil. El chalet está construido sobre un territorio un tanto elevado. Saliendo de la cocina, como lo descubro luego, se extiende un pequeño mirador de madera, por el cual se pueden ver algunas otras casas y al mar, rompiendo tal como lo imaginaba.

Antes de siquiera iniciar quedo contemplando aquello, dejando que me relaje. El sueño ha desaparecido, es el mismo mar, parece decirme *aquí estoy, presente fuera de ti*. Mikhail se encuentra sentado, examinándome con seriedad. Me vuelvo hacia él.

-Gracias.

-No hay nada que agradecer. Prometiste algo.

-Y tú pudiste no haberme escuchado, así que gracias. Antes, quisiera saber...- el rumor vuelve a mí, como un lejano amigo, y examino las uñas gastadas de Mikhail, su camisa arremangada, el cabello cobrizo que la brisa apenas mece- ¿Por qué confiaste en mí?

-Sabías sobre Julián. Eso es lo que más me interesa en este momento.

Asiento.

-Puedo comenzar por eso. Hace meses, cuando llegué al pueblo, quise acceder a un registro de sus habitantes en la estación de policía del centro. Me atendió el mismo hombre al que Zaq asesinó cuando quiso secuestrarme. En realidad, no fue de mucha ayuda. Pero me dijo que otra persona había estado husmeando de la misma forma que yo antes. Como yo estaba investigando sobre el asesino, pensé...

-Pon un freno. Tu historia está arrollando con todo.- se acomoda los lentes- Julián había chequeado el registro, sí. ¿Sólo eso te bastó para entender que él buscaba al culpable de lo ocurrido?

Vuelvo a asentir.

-Pero- junta las yemas de los dedos Mikhail- Antes de decir algo así, tendrías que explicar qué te llevó a ti en un principio a buscar algo como eso. Una chica de ciudad no se pone a husmear en las memorias de un pequeño pueblo así como si nada.

-Eso es un secreto.

-Y tú hiciste una promesa.

-De hecho- sonrío- Yo no prometí nada. Dije que te contaría lo que sé. Pero no te enojas. No quiero que te pongas a gritarme. Te lo diré todo. Sólo... Déjame asegurarme de que puedo confiar en ti.

La ceja arqueada de él se levanta hasta casi rozarle las entradas del cabello. Luego lentamente va volviendo a su sitio.

-Lo entiendo. Nos estamos probando mutuamente.

-Con eso en claro puedo seguir- digo, y pienso por unos segundos en dónde había quedado mientras que Mikhail espera diligentemente- Bien, la central de policía. El oficial no me ayudó, pero supe que alguien había hecho lo mismo que yo antes. Mi problema fue que... Cómo decirlo...

-Concluiste que Julián Hauswhite había sido el culpable.

Doy el sí por tercera vez.

-Y fue un error.

-Desde luego que lo fue- chasquea la lengua mi interlocutor- Julián ni siquiera vivía en San Naerit en esa época. No pudo ser el autor de...

Hace una pausa, y se posiciona; la mejilla sobre el puño, la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, la mirada aguda puesta en mí mientras adelanta su torso.

-Aquí viene una pregunta más interesante- dice, escrutándome- Julián no podía ser el autor de... ¿De qué, exactamente? Nos hemos saltado la base de toda la cuestión. Aun si no quieres decirme qué te llevó a investigarlo, me gustaría saber de qué crimen hablas tú.

-Estoy hablando de una desaparición, y un asesinato. De dos niños.

El tiempo parece congelarse entre nosotros. No hay un reloj, ni llamas, ni frío, sólo el crujir de la madera bajo nuestro peso, la espuma del mar, el silencio en el interior de la casa y Mikhail, que vuelve a erguirse, para luego desplomarse en su asiento de lona.

Permanezco silenciosa, encarándolo. Él cierra los ojos.

-¿Dos... niños?

-Puedo decirte sus nombres. Un niño, y su pequeña hermana.

-No sé de qué estás hablando.- dice él- Pero déjame decirte algo. Te equivocas. Sólo un niño desapareció. En cuanto a su nombre, lo conozco muy bien. Que lo hayas mencionado cuando me invitaste aquí pudo ser una casualidad, pero no me interesa. Kain Antar. Es posible que ya esté muerto. No sé nada de ninguna hermana, pues en la carta que me hizo venir a San Naerit no había mención alguna. Sí puedo afirmar que si piensas que ese monstruo sólo asesinó a ese pequeño es que estás muy equivocada.

-Espera- levanto las manos, boquiabierta- ¿Sabes sobre Kain?

Mikhail entrecierra los ojos.

-No mucha gente lo recuerda. La familia Antar ni siquiera era de San Naerit, pero solían vacacionar por allí. Eran de aquí, ¿no sabías? Supongo que ese tipo de cosas no aparecen en los registros.

Una conmoción interna sacude mi pecho.

-En cuanto al niño- se inclina de hombros Mikhail- Bueno, no hay mucho más que decir sobre él. De un día a otro, desapareció. Sus padres fueron hallados muertos también, no mucho después. Suicidio doble. Para un matrimonio tan anciano, una pérdida como esa...

Suicidio. Excepto que yo, que he leído el diario, yo, que sé cómo puede obrar un nigromante, yo, que comprendo.

Mis uñas se hunden en la carne blanda de mi mano. Siento rabia. También siento una tristeza angustiante, profunda, por memorias desconocidas, por risas de hermanos, por una vida familiar destrozada, arrancada de cuajo, por la tristeza en las notas de una melodía de piano. Ese maldito...

-...monstruo.

-Sí, un monstruo. -continúa el de anteojos, como si nada- Una sombra imposible de atrapar, que se me escabulle constantemente. A decir verdad, no hubiera querido intentarlo. Pero he cambiado. Hace años, poco me hubieran importado los asuntos de un pueblo, o de una familia envuelta en la tragedia. Sin embargo, ese monstruo cometió un error.

Todavía con el corazón ardiendo, pensando en cómo voy a explicarle a Kain lo que oigo, levanto mis ojos para ver el rostro de Mikhail. Y entonces me asusto. Tras sus ojos hay brasas, su cabello parece iluminarse, su rictus es el de una justicia abrasiva, total. Vuelve a hablar sin parpadear, emanando una ira que supera con creces la mía.

-Asesinó a una mujer muy valiosa. Asesinó a mi tutora.

-¿De qué...?

Se pone de pie, las manos tras la espalda, y sus pasos resuenan contra las maderas del mirador, caminando lado a lado, hablando como un profesor que da una animada clase.

-Cuando vine... Consulté a muchas familias, hasta obtener el nombre de los Antar. Kain Antar, y sus padres, Jerome y Kelly Antar. En la mayoría de los casos, nada se sabía. Hay pocas personas que recuerden lo que ocurrió, y en todas ellas sobra la inexactitud; Charlotte Messel, Brandon Fraser, el señor Lamar... La lista es reducida, y cada día se vuelve más limitada. El resto del pueblo... vive en un total desconocimiento de la tragedia.

-Pero ellos...

-¿Alguna vez preguntaste a Norbert, sobre los Antar? En tu propia investigación, quizás viste oportuno el hacerlo.

-Norbert no sabe nada.

-Exacto- asiente Mikhail- Por lo que sé, ni siquiera venía demasiado al pueblo. Matt, Kari, ellos también desconocen. Pero existía una mujer que conocía bien a Kain, y a sus padres. Quizás le había enseñado en el Instituto. Me refiero a la mismísima Mira Weigler, aunque, cuando yo la conocí, su apellido todavía era Strauser. ¿O sería mejor decir cuando ella me conoció a mí?

-¿Hablas de...? ¿La madre de Matt?

Él vuelve a asentir, frenándose.

-Mi tutora. En mi infancia, fue su sonrisa la que me rescató de mis dolores.- se gira, para darme una mirada lastimera, una que jamás creí podría ver en alguien como Mikhail- No pretendo que lo entiendas, pero es algo que nos afecta a los tres. Alex, Jessica, yo, aunque seamos de ciudades distintas, nuestras historias son muy similares. Mira Strauser nos tendió su mano para salvarnos.

Puedo ver llamas, oír el llanto de un niño, y el perfil recto de Alex se dibuja a mi lado, manejando, sereno, hablándome de su vieja historia. Una mujer. Las piezas van encajando con chasquidos perfectos.

-Mathew no lo sabe- prosigue Mikhail con un suspiro- Kari tampoco. No me perdonaría el poner a sus hijos en peligro.

-¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

Y al oírme, por primera vez, lo veo hacer algo que jamás le había visto hacer antes: se saca los lentes, los toma de una pata, y los limpia a consciencia con la punta de su camisa, cerrando los ojos. Con el cabello desordenado, y la tez ya rozada por el sol, su semblante se ha transformado. Cuando habla, parece que lo hiciera otra persona, un extraño que de pronto se ha aparecido frente a mí y que poco tiene que ver con el Mikhail que por tanto tiempo he conocido.

-Diez años atrás, cuando todavía cursaba en el Instituto Educativo de Nueva Gabul, recibí una carta por parte de Mira en la que me comentaba sobre los últimos sucesos de su vida, el pueblo, y las cosas cotidianas que la ocupaban. En su momento, no me pareció nada especial. No te contaré las circunstancias, pero conocí a esa mujer cuando apenas tenía cinco años, y aunque luego se marchó de mi vida continuamos manteniendo correspondencia. Estoy seguro de que ella me apreciaba mucho. En cuanto a mí, puedo afirmar que la quería como a una madre.

»Vista por sí misma, la carta decía más bien nada. Hablaba de Norbert, aunque no describía a un Norbert en absoluto similar al que conocemos ahora. Hablaba de su hijo Johan, y de los asuntos de la escuela en donde ella daba clases, también hablaba del pequeño Matt y de su hermana, y de Wilhelm. ¿Qué motivo tenía para preocuparme? En ese tiempo estaba ocupado con exámenes, con mi futuro y mis notas. Al menos, eso hubiera pensado de no ser porque, un mes luego de escribirla, Mira Strauser falleció. Jamás pude responder.

-Estaba enferma.

-Me gustaría creer algo como eso- hace una mueca amarga, y se aclara la garganta- La noticia de su muerte fue un golpe duro para mí. ¿No se volvía extraña la carta, vista de ese modo? Si Mira había estado enferma, ¿por qué no me lo comentaba? Incluso si no sabía qué malestar la aquejaba, me hubiera sorprendido el que no hiciera una aclaración, que no bromeara, que no diera comentario alguno al respecto. Mira Strauser era fuerte, pero también era amable y sincera.

Un monstruo. Y no podía reconocer a mi madre en ella.

-Sé que, al último, la enfermedad ensombreció sus rasgos- dice Mikhail mirándome, como si hubiera podido oír perfectamente las palabras de Matt que mi mente ha evocado- No puedo imaginar el dolor por el que ha pasado esta familia. Pero volveré a mi punto: concluí, hace años, que algo estaba mal, que había algún mensaje oculto en esa misiva que yo no había sabido leer. A la semana de enterarme, tuve el coraje de volver a revisar la carta a fondo.

»Existe un modo de ocultar la tinta en el papel, y Mira sabía cómo utilizarlo. Ella misma me lo había enseñado, de pequeño, y quizás tú también lo conoces: consiste en usar una mezcla de jugo de limón y agua para escribir en la hoja, y ponerlo a la luz de una vela cuando quieres ver qué es lo que hay escrito. Es un ejercicio simple, pero que no se me había ocurrido aplicar en mi primera leída. Para mí, ese había sido nuestro código personal. Y cuando utilicé el código, descubrí que la carta de Mira había tenido tres mensajes ocultos.

-¿Tres mensajes?

Mikhail asiente, y va contando con los dedos.

Un niño desapareció.

Me están matando.

Está muerto.

Contemplo el pulgar, el índice y el dedo mayor, consternada.

-Eso es...

-Asumo que la brevedad de los mensajes se debió a que ella estaba en un apuro. Más que asumir, se concluye fácilmente. ¿Por qué ocultarlo si no? Alguien debía de estar espiando la correspondencia que Mira enviaba. Alguien debía saber, que ella sabía sobre la desaparición de Kain Antar. Ese mismo alguien tenía que ser, concluí entonces, la persona que la asesinó.

-Pero Matt... Matt me dijo que su madre murió por una enfermedad.

El otro sonrío.

-Desde luego que su familia cree eso. Lo que me interesa saber es de dónde surgieron esos síntomas. ¿Qué enfermedad era? Ni Norbert, que se rodea de médicos todos los días, puede decírmelo. Pero yo creo que Mira Strauser fue lentamente envenenada.

Mi piel pierde unos tonos, y por unos segundos no se me ocurre qué responder. El amigable rumor de las olas ha desaparecido.

Me esfuerzo en hallar las palabras.

-¿Y entonces? ¿Qué...? ¿Qué hiciste?

-Nada- su voz suena vacía- No hice nada en absoluto. Seguí cursando. Continué viviendo en Nueva Gabul. Ignoré por años esos tres mensajes. Quizás si hubiera actuado antes... Quizás podría haber evitado las muertes que ocurrieron este año. Pero tenía miedo.

-Eras pequeño. No podías...

-Eso no es una excusa válida para alguien como yo- se golpea la frente él con los nudillos, con una jactancia agria- Aunque al menos, como por tercer año del instituto me descubrí a mí mismo pensando que no podía ser un cobarde. Mira había muerto. En esa época, supongo que sabes, dejé de asistir a clases. Le debía mucho a ella como para no hacerlo. También contacté con Alex, y Jessica. Los conocía solamente por las cosas que me había contado Mira en sus cartas, y pensé que podían estar interesados en ayudarme. Escucharon mi historia, y se ofrecieron a acompañarme hasta aquí. Hasta que no atrapemos al culpable de todo esto, no pensamos abandonar al pueblo ni a su gente.

-El asesino de Mira.

Asiente, pero luego niega.

-Sí. Alguien asesinó a Mira. Puede parecerle ridículo, pero ya tengo una sospecha de quién podría tratarse. Aun así, esa persona sería otro peón, al igual que Ezequiel Jerves y su nieto lo fueron. No, yo no quiero derribar sólo peones. Quiero atrapar y llevar a la justicia al verdadero responsable, a quien mueve las piezas por detrás del tablero. A...

-Al Titiritero.

Se interrumpe, y sus ojos se entrecierran.

-¿El qué?

-Así...- dudo, algo turbada por la extrañeza con la que se fija en mí- Así lo llama.

-¿Así lo llama quién?

Inspiro hondo, tan hondo como puedo, captando con mis pulmones todo el fresco aire que nos rodea. Y cierro los ojos, para no ver.

Voy soltando el aire despacio, por entre mis labios, dejando que la resolución crezca como una llama en mí.

Me dirijo a Mikhail.

-Así lo llama Kain.

Él se queda examinándome un rato más, y al final chasquea la lengua.

-No tengo tiempo para ridiculeces.

-Kain está muerto. Pero puedo hablar con él desde que llegué al pueblo. Él me contó de la historia, y de su hermana. Fue él quien...

-Estás colmando mi paciencia, Liseth Aurdelard.

-¡No seas idiota!- golpeo la mesa, levantándome un poco- ¿Por qué mentiría en algo así? ¿Crees que me hace gracia que la gente pueda pensar que estoy loca? ¡Hablé con él! ¡Con Kain! ¡Es real, lo he visto, lo he oído, lo he tocado!

-¡Estamos hablando de cosas reales!- golpea a su vez la mesa Mikhail, rojo- ¿Y tú vienes a charlarme sobre un jodido fantasma? ¡Esto no es un juego!

-¡Kain es real!

-Debí haber sabido que no podía confiar en...

-¡Es real!- vuelvo a gritarle, y señalo a mi derecha- ¡Mira bien, pedazo de idiota!

No por obedecerme, sino como por un reflejo, los ojos de Mikhail se fijaron en la pared a la que mi dedo apuntaba. La pared lisa, en la que intenté invocar mi poder. No necesité ver qué veían. La Puerta Roja se reflejó en su pupila, y Mikhail palideció, el color se le escapó hasta dejarlo blanco, como si de cera lo hubieran creado.

Apenas pude mantenerla un instante, y luego se desvaneció.

Mudo, él se volvió a mí. Me veía de un modo distinto, mezcla de sorpresa y espanto.

-Tú...

-¿De qué hablan?

Ambos nos giramos, a la entrada del comedor. Kari está de pie, restregándose los ojos en camisón. Nuestros gritos deben de haberla despertado. Los dos estamos agitados, las gargantas todavía doloridas y los corazones retumbando, él, por lo que vio, y yo, porque por fin mostré esa parte de mí, a quien menos imaginaba.

No atino a contestar, pero, sorprendentemente, Mikhail se domina. Sus hombros pierden tensión, su respiración se normaliza, y vuelve a verme con un gesto significativo, profundo, haciéndome saber que ahora quiere saber más, mucho más.

-De cosas viejas- responde, y vuelve a la cocina- Cosas que ciertamente no entiendo muy bien.

Kari entrecierra los ojos, se pasa la mano por el cabello despeinado, y luego termina por seguirlo; y yo sola quedo en el balcón, en donde el rumor de las olas regresa, lentamente, a decirme que algo ha cambiado para no volver a repararse.

XLVIII

El resto del día, de nuestro primer día vacacional en Visgana, fue en cierto modo normal, si lo comparaba con todas las revelaciones que se me habían sucedido durante aquellos minutos de charla con Mikhail Eder. Kari se empeñó con que probáramos sumergirnos en el mar, ignorando todas las advertencias de a quienes nos cruzamos camino a la playa de que el agua nos congelaría, y por eso la seguimos, ninguno de los dos en bañador pues desde un principio dimos por sentado que no lo intentaríamos.

Fue una agradable sorpresa ver que Norbert y Matt ya se hallaban allí, en la infantil tarea de juntar caracolas. Norbert las apilaba de a decenas sobre los velludos brazos, el viento frío le revolvía los cabellos ensortijados, y sonreía como un niño mientras las derramaba sobre un balde que había comprado a un vendedor ambulante.

Como no tenía nada que hacer, y me pareció entretenido, decidí ayudar a Matt a juntarlas. La arena húmeda se hundía bajo mis pies descalzos, las zapatillas habían quedado arrojadas, haciendo peso sobre la toalla para que no saliera despedida por los aires, y me envolvía en un buzo anaranjado, muy distinto a los que salía usar, un poco tentada de subirme la capucha para proteger mis ojos de mi propio cabello y de los embates del viento. Aun así y todo, pude afirmar que me divertí bastante. Veía a Matt inclinarse, juntábamos cuántas podíamos: caracolas lisas, blancas, como lijadas, también otras con un color rosa hermoso, de coral, o ahuecadas, o que parecían palomitas de maíz. En algunas, él me mostraba, todavía estaba adentro el molusco, y entonces Matt las arrojaba con fuerza contra el oleaje, para que desaparecieran, y yo recordaba las palabras de Mikhail sobre Mira Strauser, su madre, y todo el dolor por el que había pasado.

Y pensaba que, además de Kain, ahora también había otra persona a la que no quería defraudar.

Terminamos por separarnos un poco del resto en nuestra búsqueda. Yo había notado que, ocasionalmente, la mirada de Mikhail se posaba como por descuido en Kari, y al instante la amonestaba o le hacía un comentario, pero había una intensidad en sus ojos que creía identificar muy bien. A decir verdad, jamás había visto a Kari tan hermosa como esa tarde. Se había dejado el cabello suelto, oscuro como el carbón, y no utilizaba la gorra que siempre solía llevar: el pelo se abría, enmarcándole las facciones, ensombreciendo su tez morena para que sus ojos brillaran salvajes, y de ropa, por descuido o somnolencia, sólo tenía el short y la remera ligera, abierta que se ponía por

sobre el bikini, lo que hacía que en general pareciera mucho más madura. Ayudaba que, seguramente, el haberme visto discutir con Mikhail la había dejado pensando y se mostraba algo distante, indiferente al clima y al jaleo que se perpetuaba bajo al ocaso, e inclusive a las miradas de la persona de la cual estaba enamorada. Ambos charlaban, como si nada, mientras que tras una piedra nosotros les echábamos vistazos ocasionales.

Y Norbert merodeaba más allá, haciendo preguntas a las parejas o a quien se encontrara: sobre los peces, sobre Visgana, sobre el teatro y tantas otras cosas que hacían que sus hijos prefirieran evitar que los identificaran con él. El movimiento de sus cuellos para no quedar a la vista cuando con tanta alegría su padre los señalaba era gracioso. Yo en cambio saludaba, apiadada de aquellos extraños, y segura también de que con la distancia difícil era que nos reconocieran.

-¿Qué dices?- dijo Matt, arrojando una caracola al aire y atrapándola, para luego hacer un elocuente gesto hacia donde los otros dos estaban- Siento que has metido algo en ellos.

-Nunca vi a Kari tan seria.

-En ocasiones se despierta así- comentó él, y ambos nos inclinamos un poco para verlos mejor. Kari levantaba puñados de arena y los dejaba caer, grano por grano de sus manos cerradas. Mikhail, apoyado sobre sus codos, parecía estar tomando un sol que ya se ocultaba.- Pero pienso que es en vano. Mikhail nunca la verá como ella quiere.

-¿Por su edad?

-No creo que sea un asunto de edad.

-¿Y entonces?- fruncí mis labios- Kari se está esforzando mucho.

Matt pareció meditarlo, también perdido en ellos y la conversación que no podíamos oír desde nuestro sitio.

-Si esforzarse fuera todo lo que se necesita para ser feliz... Bueno, prefiero no terminar esa oración. Pero, creo que Mikhail tiene la cabeza en otras cosas. Cosas que no tienen que ver con romance, ni con mi hermana. ¿Esa respuesta te satisface? Así y todo, yo también quisiera verlos juntos. Es sólo que Mikhail enamorado me parece más improbable que ver a Cecile decirnos que su horóscopo semanal es una gran mentira.

-No seas idiota.- le apoyé los nudillos en el hombro. Él sonrió.

-Por cierto, ¿has estado hablando con él, verdad?

Mi brazo bajo lentamente, hasta quedar flojo e inútil a mi lado. No necesitó Matt mucho más para entender la respuesta.

-Lo intuí- dijo, sin mirarme.- Y Mikhail siendo Mikhail, dudo que hayan estado hablando de música o de sus contactos en la otra ciudad. ¿Cuándo van a contarme qué está ocurriendo?

Otra vez, quedé sin palabras. ¿Cuándo íbamos a decirle? ¿Cuándo íbamos a decirle qué? ¿Que yo hablaba con un fantasma? ¿Qué los peligros del pueblo todavía no acababan? ¿Acaso que su madre había sido otra víctima? No, no podía hacerlo. Pues conocía a Matt. Matt era distinto a mí. No quería olvidar. Y si descubría lo que ocurría, si se enteraba de la siniestra figura que todavía los amenazaba, iba a partir de cuajo a enfrentarla, a tender una mano al que lo necesitara. Y yo no quería permitir que Matt estuviera en peligro, porque...

Entonces hice una pausa, y me concentré en revolver las caracolas.

-Te lo diré después. Tendrás que esperar un poco. Es... complicado.

-Entiendo.

Una hora después, Norbert decidió volver al chalet, a iniciar los preparativos para la cena. Ya el cielo se había oscurecido y las estrellas amenazaban con dejarse ver; como hacía frío y no traía suficiente abrigo, Kari eligió seguirlo. Había probado en carne propia que el agua no era apta para sumergirse en esta época, por más veraniega que Visgana se sintiera.

Matt acompañó a su hermanita, no sin antes hacerme una elocuente seña. Quedamos entonces Mikhail y yo sentados en la arena: a la derecha, y a la izquierda, la gente ya había abandonado la playa, llevándose con ellos sus reposeras, los flotadores, las palas y los baldes, y dejando pozos, huellas, castillos derruidos que mucho tentaba pisar. Otra vez, como una continuación de la tarde, sólo el rumor del mar se quedó acompañándonos.

Me di cuenta entonces de que ese era el momento de confesar. Pero la cuestión era, ¿cuánto decir? ¿Hasta qué punto estaba obligada a revelar? Mientras pensaba esas cosas, mientras me preguntaba cómo podía retener a Kain para mí sola, mi compañía se puso de pie y caminó, hasta quedar frente a mí. Tras sus lentes, la forma de mirarme de Mikhail Eder era muy distinta: un tanto impaciente, un tanto impactada, como si pesara sobre él el comprender que algo imposible había sucedido, y por ello mismo decidiera volverse más firme que nunca. Sus hombros estaban tensos cuando habló, y su voz fue un susurro que llegó a confundirse con el oleaje.

-Aurdelard, ¿fue real lo que vi en ese momento?

Su sombra oscurecía más el suelo en donde yo estaba, y la arena bajo las plantas desnudas de mis pies ya estaba fría.

-Lo es. Esa es la puerta tras la cual el fantasma de Kain se encuentra.

-¿Fantasma?- pronunció él, con desprecio- ¿Estás hablando del más allá? Moví lentamente mi cabeza de arriba abajo.

-Esas cosas no existen- me contestó, sereno- No existe el más allá, ni el Paraíso, ni la reencarnación, ni el Valhala, ni nada que se separe de las vidas que tenemos aquí. Esto es lo que somos, es lo que hacemos con este mundo tan frío y cruel, y después de morir... No hay nada. Me rehusó a creer que pueda haber algo.

-Y yo me pregunto, entonces, qué es esa puerta y quién es ese muchacho con el que he estado hablando todo este tiempo.

-Me lo pregunto también- asintió, y la brisa revolvió su cabello cobrizo- Por supuesto, hay una forma de probar que no haya sido una simple ilusión. ¿Puedes hacerla aparecer de nuevo?

Al oírlo me puse de pie, sacudiendo la arena de mis pantalones.

-Puedo intentarlo.

-¿Intentarlo?

-Fuera de San Naerit, mi poder es menor.

-¿Eres una maga o algo, Liseth Aurdelard?- levantó una ceja. Retrocedió un paso, dejándome encabezar la marcha- Si no fuera por lo que creí ver entonces, pensaría que estás demente.

-Necesito una superficie lisa- fue mi única respuesta. Era claro que Mikhail se estaba esforzando por no confiar en mí: su mundo, su realidad, su visión calculada y perfecta de las cosas, todo podía derrumbarse en unos segundos, y por eso se mostraba reticente, pero no me importaba porque sabía que, a la larga, no le iba a quedar más remedio que aceptar que una brecha se había abierto y que, muy distinto al Paraíso, existía aun así algo similar a un

mundo de los muertos. Paseamos entonces por el linde del mar, en silencio, pisando caracolas y algas y acercándonos a la zona no vacacional, en donde los arrecifes se enfrentaban a unas paredes naturales, en donde las gaviotas construían nidos de los cuales a esta hora no se atrevían a salir, contentas con cobijarse en sus pequeñas cavernas.

No había nadie para verme, aunque estaba muy atenta a que alguno se apareciera. Desde el sitio llegaba un olor desagradable, algo dulzón, a pescado podrido y animales muertos, la arena bajo nuestros pies se asemejaba a una pasta, como si todo estuviera por fermentar, y la noche se había vuelto todavía más silenciosa que de costumbre, tanto que parecía que nos dirigiéramos a la boca del diablo. Un poco más allá, luego de un rato de insoportable quietud, nos llegó el chillido de las aves.

Contemplé a la luna, mi amiga, cubriéndonos desde el cielo. Una nube ligera, casi trasparente la atravesaba como si fuera niebla. Mikhail esperó, impaciente, mientras yo cerraba los ojos y me concentraba.

-¿Y?

-Cállate- le espeté- Necesito tiempo.

-Fue rápido la última vez.

-No depende de mí, ¿entiendes?- dije. Apoyé los dedos en la roca negra, y pensé en siluetas, en horrores, en las sombras que nos rodeaban. Necesitaba olvidar. Necesitaba enfundarme en la oscuridad, oír la gritándome, escuchar las campanadas y el Canto, perderme en laberintos profundos, llorar y reír de delirio al mismo tiempo. Evoqué, en el fondo de mi corazón, todo mi poder como nigromante.

Pronto pude olvidar que estaba acompañada, y una voz muda con alegría respondió mi llamado. Mis dedos se hundieron.

Abrí los ojos, sonriente, y contemplé a la puerta en penumbras, encallada entre aquella piedra. Vista así, parecía el hogar de algún ermitaño loco, que había vivido su vida comiendo peces entre la basura.

Al girarme para contemplarlo, pude ver que Mikhail estaba tan pálido y consternado como antes. Esta vez se acercó a la puerta, con urgencia, y la palpó con las manos, arriba, abajo, su picaporte, cerciorándose de que no fuera una ilusión. En cuanto terminó puso una mano bajo su mentón, como si calculara.

-Dices que el espíritu de Kain Antar está tras esta puerta.

Hice un movimiento muy vago con mi cabeza.

-No del todo.

-Explícate.

-Aquí no funciona muy bien. No va a llevarte a donde se encuentra Kain, aunque quizás puedas oírlo. Pero si regresamos al pueblo, podré mostrártelo bien.

Se lo veía perplejo. No dejaba de mirarla, como si con un pestañeo pudiera desaparecer. Instintivamente tal vez sabía que así era.

-¿Puedes abrirla?

-No tiene caso.

-Ábrela.

-No podrás pasar.

-¡Ábrela!- exclamó, y entonces simplemente al desearlo el picaporte se giró y la madera se hundió en el espacio interior de la piedra. Se vislumbró un abismo insondable, voraz del otro lado, y las enredaderas emergieron con

violencia, como cobras, hacia Mikhail. Él dio un paso hacia atrás, pero por suerte pude detenerlas. Chocaron con la barrera invisible, y Mikhail quedó mirando, con pavor, el caos que en el interior de ese otro mundo reinaba: los tallos que giraban y se arremolinaban, los ecos de ese pozo profundo, el movimiento imparable de todas esas plantas sobre las que yo tenía poder. Antes de que el cuerpo de Mina se le apareciera, hice que la Puerta se cerrara frente a sus narices.

Quedó de pie, quieto, los ojos bien abiertos y la boca firmemente cerrada. A decir verdad, me decepcionaba un poco que no se viera asustado, pues más bien parecía impactado, como por si por pelos hubiera evitado una segura muerte. Tardó bastante en girarse para encararme, y cuando por fin lo hizo no había dureza en sus palabras.

-¿Dices que en ese sitio está Kain?

Asentí.

-Y otros muertos. Porque, te guste o no, de aquí en adelante tendrás que creer muchas cosas que antes pensabas eran imposibles. Cosas que se relacionan con lo que está pasando en el pueblo, con el Titiritero, con Zaq y tanto más. Si de verdad quieres que atrapemos a esa persona, vas a tener que aceptarlo.

Lo enfrenté, tan seria como podía. Tenía yo temor de que hubiera captado algo de Mina, pero parecía que la impresión lo había cegado a la posibilidad de ver nada más allá de las plantas y su furia. Ante mí dio un largo suspiro, sus hombros perdiendo tensión.

-Habla. Cuéntamelo todo.

Y allí, sin más que decir excepto la verdad, comencé a contarle la historia desde mi llegada al pueblo: sobre los Cuatro, leyenda que él ya sabía, sobre la Puerta Roja y el Palacio, sobre Kain y su hermana, sobre mis investigaciones, mis sospechas erradas, sobre los Berkan y los Jerves, y también sobre el diario que había hallado, del cual nada había dicho a Matt. Sólo evité hablar sobre Mina Harvnes, y sobre mi habilidad para tomar su cuerpo, pues sabía que su sentido de la justicia iba a terminar por interponerse a mis planes.

Mikhail escuchó muy atento, sopesando cada una de mis palabras. Sólo me interrumpió un par de veces; interesado en el Palacio y en lo que allí había, me pidió que le hablara de ese sitio con todo lujo de detalles, y luego, también, cuando mencioné el deseo de Kain de descubrir qué había pasado con su familia.

-No hay ninguna hermana- dijo, ferviente- Créeme. Nadie tiene memorias de ninguna Kassia, ni siquiera las personas que muy bien recordaban a los Antar. ¿Estás segura de que ese espíritu no te miente?

-Kain no me mentiría- lo defendí, algo molesta.

Mikhail terminó por rendirse, pero yo quedé masticando la idea mientras le hablaba. ¿Ninguna hermana? No creía que Kain me hubiera mentido, pues nuestro enlace me lo hubiera revelado. Aquella unión era algo de lo cual no pensaba hablarle a mi nuevo aliado. Pero entonces, ¿qué quedaba? ¿Por qué no había rastros de Kassia? Se me ocurrió de pronto una idea tan terrible, como esperanzadora. Si Kassia hubiera muerto, como los demás espectros dentro del Palacio, sería recordada. La única forma de que la hubieran olvidado, entre los vivos, era que...

Era que estuviera también dentro del Palacio, pero con vida. Que fuera una persona real, perdida en ese infierno. Pero pensé al instante que algo así sería a la larga imposible. Porque aun si el Titiritero pudiera conservarla allí, ¿cuánto pasaría hasta que muriera, entre los peligros que colmaban esas tierras? ¿Y por qué, en todas sus excursiones, Kain jamás la había hallado durante esos diez años? La respuesta se me escapaba. Pero debía de haber una solución, una que no pudiera ver ahora, que explicara el paradero de Kassia.

La última interrupción de todas se dio cuando hablé de Jason Berkan, y de mi huida de sus garras y de Zaq. Lo vi removerse -se había sentado sobre esa arena blanda, sin importarle-, y rascarse el cabello despeinado, con enfado. Luego dijo, como si fuera lo más natural del mundo:

-Poseídos.

-No encontraría una mejor forma de llamarlos.

-Difícil es que entiendas cuánto odio todo esto. Y lo peor es que no me queda más remedio que creerte.

-Fue el viejo Zaq quien mató a Kain- respondí- Él mismo me lo dijo. Pero no fue su voluntad el hacerlo. Jason Berkan lo poseyó, como luego poseyó a su nieto.

-Y dices que, este supuesto espectro, ya no puede hacer nada contra nosotros.

Asentí.

-Al menos hasta que Zaq despierte, aunque siendo que se encuentra tan lejos de San Naerit es posible que el Titiritero ya no pueda controlarlo. Claro que quedan otros tres.

-Conozco el mito de los Cuatro- escupió él por primera vez, contra las algas- Pero una familia de fantasmas vengativos me parece una explicación un tanto improbable.

-¿Tan improbable como la puerta que hace poco te mostré?

Guardó silencio, reconociendo mi punto, y yo proseguí.

-Además de Ezequiel, debería haber otras personas poseídas dentro del pueblo. Quiero creer que ellos son los principales aliados del Titiritero. No seguí mucho más mi investigación, tan sólo leí el diario pero...

-¿Vas a prestarme ese diario, acaso? También me interesaría revisarlo.

Dudé.

-En cuanto lo termine. Pero préstame atención. Hay una persona de la cual sospecho. No creo que sea el mismo Titiritero, pero quizás, sí uno de sus mayores aliados. Es alguien a quien Kain reconoce. Bueno, no es esa la única pista que tengo. Pero prefiero contártelo todo más adelante.

-Yo también tengo a alguien de quien sospecho, como te dije antes- respondió él impávido.- Alguien a quien he estado espiando, desde hace casi ya dos años. Di tu nombre, y yo diré el mío.

Nos medimos, mientras Mikhail se ponía de pie, limpiando los granos de arena de su camisa y el barro de sus piernas. No estaba del todo segura si hablar. Había dicho ya mucho, había revelado demasiados secretos, y sabía bien que él no era ningún tonto. Debía de sospechar que aún le ocultaba algo. Pero si quería vencer, si quería acercarme a una resolución, entendía también que iba a necesitar de su ayuda.

Por eso inspiré hondo, y solté la verdad. Mi voz tronó apenas una fracción de segundo antes que la suya.

-Johan Weigler.

-Helen Degare.- cuando terminamos, los ojos de ambos se estiraron apenas, pero al instante Mikhail se serenó- Es una conclusión lógica. Creo que fue Helen quien asesinó a Mira Strauser, y tú que su esposo ayudó a ese hombre al que llamas el Titiritero. Y si eso es cierto, hemos dado un importante salto a la respuesta final.

XLIX

Esa noche, en la que hubiera deseado conciliar un apacible sueño, terminé en cambio desvelada considerando todo lo que Mikhail me había dicho. Constantemente se aparecía frente a mis ojos la figura, no de Johan, tan jocoso y alegre, sino de su esposa, de la menuda Helen, sentada en silencio, como ajena al mundo que la rodeaba, a las bromas, a las amistades, e incluso a la familia que con tanto agrado la había aceptado.

Kari dormía a mi lado, su pecho subiendo y bajando con leves respiros, las pecas de las mejillas lo único identificable entre la maraña de pelo. Yo me hallaba de costado, encogida en mi misma, y apenas hacía esfuerzo en cerrar los ojos. Venía a mí la memoria de Matt, a mi lado en esa piedra, ambos contemplando los saltos de Waldorf mientras me contaba su historia. Venía a mí la foto en el consultorio de Norbert, de él, Mira Strauser y sus hijos, una familia feliz a la que Johan daba la espalda. Venían a mí ideas, remordimientos, preocupaciones de las cuales no podía despegarme. Mira. Mira había sido amiga de mi madre, según Thomas. Mira había sabido quién era el Titiritero, y por ello había sido cruelmente silenciada. Pero, ¿era posible creer que Helen lo hubiera hecho? ¿Que hubiera sido ella quien matara a su propia suegra? Cuando lo consideraba, y volvía a ver las imágenes de esa mujer mediocre, desconectada de su ambiente, creía ver en las ojeras de Helen, y en su mirada, un tinte rojizo que nunca había notado antes. Y me estremecía, pues recordaba las palabras del viejo Jerves: *“Sé lo que me espera, en cuanto la Enfermera Muerte me lleve cruelmente al otro lado con sus caricias.”* Entonces pensaba, ¿quién más? ¿No había sido ese otro mensaje, que en mi ignorancia yo no había podido oír? Helen trabajaba en el hospital. Helen podía, con toda seguridad, haber aplicado la inyección que silenció a aquel pobre diablo. Y Helen, también, había sido la que había cuidado de Mira durante su enfermedad, durante esos largos meses de sufrimiento, en los que el rostro de la convaleciente se había vuelto monstruoso por el dolor.

No quería creer, que Johan pudiera haber sido partícipe de eso. Incluso si él no me agradaba, si le temía, quería pensar que tenía que haber un límite,

que la verdad de la familia Weigler no podía ser tan perversa. Pero precisamente por eso, estaba tan decidida como Mikhail a investigarlo. Tal vez no por justicia, como él, o por hallar algo, como Kain, sino porque quería saber que Matt iba a estar bien, que su mundo no se derrumbaría.

En esas ideas me paseé por la noche, hasta que por fin el sueño me halló. No recuerdo bien qué soñé, pero mi sensación al despertar, varias horas después, fue de haber caído durante años. Me sentía descansada, aunque el pasaje del tiempo fuera invisible; el sol asomaba por el comedor, diciéndome que había amanecido, y Kari dormía ocupando cuanto espacio podía en la cama, la boca en una babosa sonrisa.

Me di cuenta de que lo mejor sería abandonar el chalet ahora que todos dormían. Así que me levanté, me lavé el rostro dejando el bañarme para después, superé la tentación de hacerme el desayuno y simplemente salí por la puerta ya abierta, a las calles de Visgana. Como era temprano, todavía no había nadie que pudiera verme, y por eso puse manos a la obra. Invoqué la Puerta Roja con dificultad, e hice el cambio. En el pequeño patio al costado de la casa alquilada, caminando con esfuerzo por sobre sus sandalias, Mina Harvnes emergió a la vereda estirándose con un bostezo. Ahora quedaba recorrer todo el camino hacia el hotel.

La ciudad estaba calma. En el centro me crucé con algunos madrugadores: jóvenes que pedaleaban con ímpetu en sus bicicletas, cuadrágenarios que corrían, o algunos que parecían desvelados. Reinaba el aroma del mar, y el sol pronto volvía a ocupar su sitio en el cielo, espantando las sombras. Yo simplemente caminé, considerando el ejercicio saludable, y crucé las puertas de vidrio del Grand Eternal. En total, terminé por calcular, tomaba algo menos de cuarenta minutos viajar de un lugar hacia el otro. Era algo que valía la pena tener en cuenta para futuras incursiones.

La recepcionista no dijo nada cuando me vio entrar, aunque evidenció no haber notado cuándo había salido.

-¿Sirven el desayuno?

-En quince minutos estará todo listo- me dijo- Si quiere puede ir sentándose.

La manera formal me agradó. Planeaba dormir, y despertar entre mis compañeras como si hubiera pasado la noche con ellas, pero de momento estaba hambrienta y deseaba desayunar. Terminé comiendo acompañada por un anciano que leía el diario con el bastón tendido sobre las rodillas. El café era bueno; había zumo de frutas, cereales, pan tostado integral, manteca, dulces de todas las variedades, también una sartén caliente en donde se preparaban huevos o se freía el tocino, así como otros bocados que desconocía por completo y que no me atreví a probar. En cuanto terminé, satisfecha, al instante me arrepentí de haber comido tanto. Bastó media hora controlándome en el espejo del baño para asegurarme de que la delgada silueta de Mina no había engordado en lo más mínimo y que su rostro seguía conservando esa belleza fría, de alta clase, de la que tanto había podido jactarse. Una vez estuve segura de mí misma, volví a la habitación 204 y me tendí en mi cama, pasando por Elia y Candice que dormitaban. Antes de lo que sabía, ya estaba durmiendo.

Despertar en el Hotel Grand Eternal fue una experiencia mucho más agradable de lo que había esperado. Los rayos del sol, entrando desde la ventana que ocupaba casi toda la pared, la caricia de las cortinas, la frescura

que todavía quedaba en mis sábanas. En cuanto abrí los ojos, las voces se callaron. No había notado que alguien hablaba hasta entonces; Elia y Candice estaban en sus camas, ya vestidas, y me miraban.

-¡Mina! No estábamos seguras de...

-¿Qué hora es?

-Las dos- respondió Elia- ¿Tienes hambre? Todas dormimos más de la cuenta. Ayer fue muy divertido.

Me incorporé, descubriendo que ya estaba vestida. Ambas me miraron extrañadas.

-Di un paseo temprano- dije, y luego pensé por unos segundos- ¿Y las demás?

-Casi todas se fueron a la playa. A las ocho tendremos prácticas con Laurence.

-¿Harrold también?

-Harrold dijo que te despertáramos.

Sonreí, y terminé por incorporarme.

-Gracias. Me daré un baño. Si quieren, pueden ir yendo.

Y sin esperar su respuesta, tomé una de las impecables toallas y me metí en lo que antes había creído era un armario, pero, desde luego, no era más que la entrada a nuestro propio y bien acomodado baño personal. Me despojé de mis ropas, ya algo sucias, y contemplé por segunda vez en el día el cuerpo de Mina Harvnes en el espejo, ahora completamente desnuda: la cintura pequeña, los brazos flacos como ramas, las piernas pálidas y los pechos apenas insinuados, así como el vello negro entre sus piernas. Mientras me veía, cada tanto ladeaba la cabeza o hacía gestos, como para asegurarme de que esa era yo. Hacía mucho que no hacía algo similar con mi propio cuerpo, como Liseth Aurdelard. Y si lo hacía, ¿los resultados me decepcionarían tanto como en antaño?

Después de una larga ducha, y de lavarme a consciencia, me enfundé una toalla y salí de nuevo a nuestra habitación. Sólo Candice estaba acostada, en apariencia con pocas ganas de unirse al resto. Mi cabello chorreaba, oscuro, gotas sobre la alfombra, y el estar así como otra persona en cierto modo me excitaba. Pero para Candice era como si casi no existiera.

-¿No irás a la playa?

-Estoy indispuesta- contestó. Me pareció una evidente mentira, pero decidí no importunarla en su tristeza.

Tomé mi tiempo para vestirme, primero con el bikini que había comprado en secreto, celeste y sencilla, como si no supiera que no iba a meterme en el agua, y luego puse arriba una remera amplia, una boina como las que Kari utilizaba y pantalones caqui, aptos para el calor de afuera. Dejé el cuarto sin saludar a Candice, y fresca y confiada caminé hacia la recepción. Tal como esperaba, Harrold estaba allí, recostado en uno de los sillones, ignorando las miradas lascivas de la encargada y enfundado en una playera blanca y shorts.

-De Cenicienta has pasado a ser Bella Durmiente.- se levantó al verme, con una radiante sonrisa- ¿Vamos? Creo que no habrá de nuevo otro día como este para disfrutar de la arena.

-Tú lo has dicho- sonreí a mi vez, y ambos salimos del Grand Hotel como una pareja de modelos, atrayendo más de una mirada. No sabía bien qué memorias les había dado el Palacio sobre mi ausencia anterior, pero preferí

simular que desconocía el camino hacia el mar. Por otro lado, era algo sencillo: todos los caminos daban al mar en Visgana, y si algo era obvio de ver era a aquellos que se volvían en bañador, secando a sus hijos con pesados toallones o goteando, recién salidos de las heladas aguas entre titirites. Entre aquellas muchedumbres nos movimos, hermosos y brillantes, hasta que la playa de Visgana quedó otra vez frente a mis ojos, aunque ahora nos hallábamos en una parte mucho más poblada que en la que los Weigler iban, por la costa oeste.

Desde nuestra posición, pude ver todo lo largo de aquel escenario: una línea insignificante, repleta de coloridos puntos y líneas, jóvenes jugando al vóley, un perro pasando en búsqueda de un sabroso aperitivo que una mujer gorda comía con una mano para no embadurnarse de arena, niños que se perseguían entre risotadas alocadas, el típico anciano fornido que se pasea en zunga por entre los comentarios de quienes lo miran, o las jóvenes que en una hilera toman sol, equipadas con anteojos oscuros y una sombrilla bajo la cual escabullirse en cuanto descubren que se han quemado. Por supuesto, todo lo que distinguía eran cuerpos; las facciones eran invisibles, y si me hubieran dicho que se trataban de pequeños muñecos de plastilina, sobre los que la perspectiva me engañaba, casi que no hubiera dudado en creerlo.

Estuve a punto de descender, para emprender la difícil tarea de buscar a mis compañeras, pero Harrold señaló un punto y saludó.

-Allí están. ¡Ahí vamos! ¿No me escuchan?

-¿Las ves?- le pregunté, anonadada. Él me miró, y luego volvió a fijarse.

-¿Creo que sí? Quizás me equivoque.

Puse de nuevo mi mirada en la gente, pero no había más que decir. Simplemente estaban demasiado lejos. ¿Mi vista se estaba deteriorando, o la de Harry era demasiado buena? Antes de poder responder esa duda, él se deslizó por la ladera, salteándose la fila de personas que utilizaban las escaleras de troncos con bastante más valor del que yo tenía. Dudé por unos segundos, hasta que por fin concluí que su atajo no podía ser tan peligroso, y me lancé.

Fue un error. Al instante mis sandalias resbalaron, y la caída se volvió tan potente que pensé que me estrellaría en cuanto tocara la arena. Pero el brazo de Harry me aferró antes de que me derrumbara, y con una graciosa voltereta me dejó de pie sobre la arena. Quienes miraban parecieron tentados de aplaudir.

Y para mi sorpresa, entre aquella miríada de rostros se destacó el de DuMarque, quien corrió hacia nosotros como si acabáramos de sobrevivir un ahogamiento.

-¡Tesoro! ¡Niña! Oh, cielo, ¿te sientes bien? ¡Qué manera de dormir!

-Sólo estaba un poco cansada por el viaje.

La profesora puso su mano en mi frente, toda preocupación, e ignorando sus interminables consejos yo me fijé en las demás, en mis compañeras: Elia, Yolanda, Jossie, Juliana, Clara y Natalí, ya todas en sus bikinis, las pieles pálidas calentándose bajo el sol, los lunares, marcas, las imperfecciones que ya les había conocido en los vestuarios ahora a la vista de todo el mundo, cosa que llevaban con mucho orgullo. Se acercaron a nosotros, emocionadas, y comenzaron a hablarme todas al mismo tiempo: "*¡Mina, el agua está horrible!*" "*¿Tomaremos sol?*" "*¡Qué emoción!*" "*Nos invitaron a jugar al vóley, ¿no quieres? Son unos muchachos de...*", y demás idioteces así a las que apenas

me daban tiempo de responder, por lo que sólo asentí sonriente, contenta de comprender que habían estado contando los minutos hasta que llegara.

Luego toda esa alegría se cortó, porque una voz amarga cruzó como una flecha el aire caliente contra mi espalda:

-¿Quién lleva una boina a la playa?

Me di vuelta hacia mi rival, sabiendo muy bien qué contestarle, pues me había acostumbrado a sus críticas y había adivinado la que me haría en cuanto me viera; y sin embargo, no pude más que quedar callada. No había concesión alguna a la modestia en el bañador de Alice: apenas dos tiras azuladas le llevaban desde la entrepierna, cubriendo sus voluminosos pechos y atándose en el cuello, resaltando una figura devastadora, en la que todos los ojos se fijaban con admiración: cintura pequeña, caderas contorneadas, largas piernas sin marcas de estrías ni celulitis, e inclusive sus pies eran suaves, con las uñas correctamente hechas brillando cerca de las caracolas. El cabello largo, rubio le caía sobre los hombros esculpidos, el flequillo estaba desacomodado, bajo los anteojos de sol, y en toda su vestimenta había una sensación de indecencia difícil de explicar. La miré boquiabierta, repasando en mi inventario cualquier insulto con el cual pudiera corresponder a su burla, pero lo único que emergió de mis labios fue un gemido apagado. Como mujer, sólo me quedaba admitir que Alice era hermosa.

-¿Qué les pasa?- dijo ella, chasqueando la lengua al ver nuestros gestos.

-¡Te queda perfecto!- contestó en cambio Anna, apareciendo para abrazarla por detrás, frotando su mejilla contra la de su amiga- ¡Alice, estás bellísima!

Su propio bikini era más modesto, con pollera incluida, y su físico, si bien fibrosa y delgada, quedaba eclipsado por el de cualquiera de nosotras, quizás salvando a Juliana que era entrada en carnes. Caí en la cuenta entonces de que jamás había visto a Anna cambiándose en el vestuario. A juzgar por lo plano de su pecho bajo aquel top repleto de volados, tal vez era un asunto de autoestima.

Sonreí, viendo a Alice forcejear bajo su abrazo, y Harrold también rio, animado, haciéndome una seña hacia el agua.

-¿Así que está fría?

Las chicas se miraron.

-¡No tanto!

-Deberías probarla.

-Algunos se están metiendo.

El atleta pareció confundido, aunque yo comprendí muy bien lo que hacían. En realidad, sólo unos pocos dementes con ganas de impresionar a sus amigos eran quienes se arrojaban contra el revuelo de las olas, y salían temblando minutos después, en búsqueda de la toalla que los abrigara. Pero Harrold no pareció prestar gran atención a esto, y se desprendió de la playera que separaba su cuerpo de las imaginaciones de mis compañeras. Hubo un suspiro general, ante su torso marcado, y comentarios mal disimulados, que parecieron pasarle a él en una frecuencia muda; se giró hacia mí, en cambio, regalándome la visión de aquel físico perfecto, y me extendió una mano para que la tomara.

-¿Me acompañas?

-¿Eh?

-Vamos a arrojarnos.

Las otras susurraban y reían encantadas.

-El agua está fría- protesté. Harrold guiñó un ojo.

-¿Cómo lo sabes si no la has probado?

Y antes de que pudiera contestar, paso su mano tras mis rodillas y me alzó, haciendo que casi se me volcara el corazón. Yo volví a quejarme, algo entre risas, mientras Harry me llevaba trotando hacia la orilla; y de reojo veía a las otras verme con envidia, aunque, para mi lástima, Alice estaba demasiado ocupada siendo arrastrada por su esbirra como para ver el golpe que le estaba asestando.

La sensación de victoria duró hasta que sentí el chapoteo del mar, abajo por donde los brazos de Harry me alzaban. Si el agua era hielo, como decían, él no parecía notarlo.

-¡Espera!- me retorcí- ¡Estoy con mi ropa!

-Se secará- dijo él, y me arrojó. Caí entre gotas que flotaban, el rayo de un sol, y luego el agua, la presión, el gusto salado en los labios y la lengua, todo vino a mí de una sola vez, junto a un frío que me helaba. La ola rompió justo en ese instante, zarandeándome contra la playa: emergí sobre mis manos, entre risas y tembleques de espanto, y me di vuelta para verlo a él nadar contra corriente y luego salir de un salto, agitando el cabello mojado para desprenderse de la primera capa de humedad. El agua marina le chorreaba por el pecho, los codos y la malla al agacharse junto a mi y verme escupir sal y recuperar el aliento, mi remera pesándose y las rodillas embadurnadas.- ¿Qué tal fue eso? ¿Estás bien?

-To...- tartamudee, pues hasta el rostro me temblaba- Toalla...

-¿Toalla?

-F...fría... Está fría.

Harrold puso su boca en una "o" perfecta, y volvió a alzarme como si nada, regresando el camino realizado. Un montón de gente nos observaba, entre divertidos y curiosos, y lo siguieron haciendo hasta que Harrold me depositó en el suelo, el contacto de mi cuerpo mojado contra el suyo haciendo un extraño sonido de succión; y luego me envolvió en su toalla, los hombros y el cabello oscuro pesado por el agua, removiéndolo como si planeara secarme.

-Lo siento. Pensé que no estaba tan mal. ¿Me perdonas?

-Ma... Maldito.

Pero ante mi patético insulto, Harrold volvió a sonreír y se sentó a mi lado, y ambos quedamos así; yo chorreando y con los brazos sujetándome las rodillas, y él sobre sus codos, dejando el sol calentarle la piel y la dorada cabellera. Entre los latidos angustiosos que daba mi pecho busqué distraerme viendo lo que todos hacían: como nuestro espectáculo había terminado, la gente retornó a sus actividades y pude ver a las familias de nuevo disfrutar de sus helados, a DuMarque exhibir ese bronceado natural que siempre tenía, a mis compañeras, viendo que yo me quedaría con Harry, cruzar pelotazos sobre la arena con otros chicos de la ciudad. Me invadió una sensación de agotamiento, seguramente por haberme metido en el agua. Hacía años que no me zambullía en el mar. Había olvidado la sal, que todavía sentía en el paladar con su desagradable gusto, y también las vueltas y la fuerza de la corriente, con las que evocaba la acción de las plantas dentro de mi Balcón. Pero incluso con ese regusto, y con esa idea, en realidad por sobre todo pensaba, si, unos metros más allá, no podría encontrarme con Matt, Kari, Norbert y Mikhail, que de seguro ya habrían terminado de comer, o si era posible que Norbert

decidiera pasar el día recorriendo Visgana, una idea muy factible para él. Sentí algo de añoranza, y, sin comprender mucho porqué, cierta soledad, la soledad de hallarme en un sitio al que no pertenecía.

Tuve miedo de que mi sentimiento hubiera sido declarado, de algún modo, pues entonces Harry abrió un ojo y me miró, estudiándome largamente. Algo asustada, creyendo que intentaría arrojarme a las aguas de nuevo, me tensé y sostuve aquellos ojos azules con los míos, decidida a no amedrentarme. No quería que pensara que era una chica débil, que ya me había derretido por una espalda ancha y unos juegos tontos frente a las multitudes. Él pareció notarlo. Algo en su rostro, normalmente tan amable y jovial, se me ocurrió de pronto atrevido, como si también fuera su persona la que llevaba una máscara, una mucho mejor pensada que la mía. Y terminó comentando.

-Te secarás más rápido si pones tu ropa aparte.

No me pesaba admitir que era cierto, aunque, después de ver a Alice, cualquier impresión que quisiera causar con mi bañador de dos piezas ya estaba perdida. Pero me desprendí de la remera, que ya resultaba molesta, y también de los shorts, dejándolos caer al suelo junto a la boina que por pelos no había perdido. Harrold siguió contemplándome de pies a cabeza, todo el proceso hasta que volví a sentarme.

-Realmente eres hermosa, Mina.

Le arrojé arena al rostro.

-Lo sé.

Simuló estar herido, y rodó en el suelo. Yo pifíé, algo divertida con el acto, hasta que él volvió a mi lado y desplomó los brazos, haciendo una cruz con su cuerpo. Más que tomar sol, parecía que quisiera absorberlo por completo.

-¿Lo sabes?

Lo miré.

-¿No lo soy?

-Sonaste muy similar a Alice- respondió- Pero ustedes son distintas. En los últimos meses... Me ha dado la sensación de que a diferencia de ella, tú no puedes ver tu propia belleza. Me refiero a tu verdadera belleza. A la verdadera tú.

-Suenas como uno de los refranes aburridos que leía de pequeña. Algo como: *"Lo que importa es lo de adentro."*

-¿No piensas que es cierto? Por más tonto que sea, basar el valor de una persona en cómo se ve es una pésima idea.

-Yo no discuto esas cosas.

-Porque eres bella.- volvió a reír- ¿Qué puede importarte?

-Tú también eres... Atractivo.

-Oh- se levantó, interesado, y regaló una mueca- Eso quería escuchar. Pero espero que no sean unos abdominales bien marcados lo único que te haga fijarte en un hombre.

Me incliné de hombros, tentada.

-¿Tiene importancia? Si quieres chicas sinceras y nobles, seguro podría decirle a Natalí o a Juliana aquí que estás interesado en ellas. Pero no creo que ese sea el caso, ¿no? Pues son feas.

-¿Sabes? A veces me recuerdas a mi padre. De seguro se llevaría bien contigo.

-¿Valora mucho la belleza?

-Así mismo- asintió- Es algo difícil hablar con él, por esas cosas, pero cuando cree que algo es bueno, ya no se lo puede olvidar y hace todo por obtenerlo. Pero es importante saber qué cosas son realmente valiosas y cuáles no. De todos los regalos que nos da esta vida, la libertad, incluso la libertad para escoger...

La libertad tiene que ser el más grandioso de ellos.

-¿...estás bien?

Fue un eco, de una frase, de una voz que había escuchado hace años, en una playa similar. Un eco que me alcanzó a través de Harry y me paralizó, deteniendo el temblequeo de mis brazos, enfriando una parte de mi persona, haciendo que los contornos de mi visión se llenaran de difusas manchas. Un ataque. Pero no pensaba dejar que un ataque me arruinara este momento. Clavé los dedos en la arena, me encogí, y me esforcé cuanto pude.

“¡Cállate!” grité en mi mente, a la voz, a la oscuridad que en remolinos se acercaba *“¡Déjame en paz!”*.

En mi consciencia ese ocaso tomó otra forma, alargándose. Volví a gritar, manteniéndome firme.

“¡No quiero verte! ¡Aléjate de mí!”

Manos, ojos, bocas que se relamían. Se interrumpieron, antes de tocarme, quedando en suspenso, rozando con sus palmas el aire que se nos interponía.

“Por favor.” volví a pedir, cercana al llanto. La oscuridad fue disminuyendo, por primera vez oyendo mi ruego. Bajó, como una capa, y devolvió del todo la visión que había perdido. Harrold frente a mí me examinaba, tras sus ojos interrumpida una tristeza muy extraña en alguien como él.

-¿Mina?

-Estoy bien. Disculpa.- me froté las sienes. Lo había logrado. La había hecho retroceder, aunque fuera por unos instantes.- Creo que el sol me ha hecho mal.

-Te ves muy pálida. ¿No quieres que regresemos al hotel?

-No. Así estoy bien.

Volví acostarme, usando la toalla como almohada. Los fragmentos de voces regresaban como una memoria dulce, llenándome de gozo. La había ahuyentado. ¡La había ahuyentado!

Esa felicidad me desbordó durante las horas que pasé allí con Harrold, quitándome todo cansancio, dándome una energía que iba más allá de todo poder. A los minutos de haber superado el ataque me levanté, y decidí sumarme a la partida que jugaban mis compañeras contra los otros muchachos: nos masacraron, cosa que no me importó, hasta que Harrold decidió también jugar para nuestro bando y terminamos ganándoles en un abrir y cerrar de ojos. Aplaudí y me abracé con las demás chicas saltando de alegría, para irritarlos, aunque los varones parecían más admirados que molestos, y se dedicaron después a intercambiar bromas con quién los había derrotado. Como era una pausa de estar con él, gasté mi tiempo entonces en pasarlo junto a las chicas, tomando sol, charlando de amores, y respondiendo todas las preguntas que me hicieran sobre nuestra relación, hasta que pudieron arrancarme algo sobre el beso que me había dado. Jossie y Clara

chillaban, y Yolanda sugería que fuera a su habitación del hotel, de sorpresa, desnuda.

Más tarde Alice y Anna regresaron de donde fuera se hubieran metido, y la última se unió muy animada a nuestra charla. Alice volvió al Hotel en silencio. Me complacía ver como ya todas la ignorábamos, y cómo el liderazgo había pasado a ser por completo mío, con ella como un aditivo que, en el fondo, sabía todas estaban esperando pudiera vencer en el Lastega. Así que me esforcé por brillar aun más y descubrí que, si bien era cierto que me hubiera sentido mejor junto a los Weigler, tampoco podía decir que mis compañeras me cayesen mal. Eran nada más inocentes, enamoradizas y un tanto superficiales, tan fáciles de manipular como Candice Messel había demostrado serlo.

Se fueron yendo poco a poco, pero yo decidí quedarme. No me quitaba de la cabeza la idea de que, de nuevo, algo en mí había evolucionado, de que me conquistaba a mí misma, y de que con ello podría conquistar mi futuro. Pensaba que si en la playa, de todos los lugares, había podido plantarme frente a la oscuridad y hacerla retroceder, debía permanecer aquí todo lo posible, para imbuirme del valor que había tenido, para hacerle saber a las sombras que no podían tocarme. Pero el resto de las personas, por mucho que quisiera, no concordó con mis sentimientos, y cuando el sol ya estaba cercano a ocultarse y la tarde era bien entrada muchas fueron las familias que comenzaron a retirarse llevándose sus sombrillas y reposeras.

Yo me mantuve contemplando el mar, la forma de las olas que se elevaban más allá, semejantes a la curvatura del mundo. Unos minutos después, despidiéndose de los otros muchachos amigablemente, Harrold se me acercó.

-Eres bueno haciendo amigos- le comenté, sumida en el cielo y en las nubes que se acercaban. Había tonalidades sombrías, naranjas, que daban al fenómeno un tinte de gloria, del cual no podía despegar los ojos. Si en algún momento de mi vida tuviera que ver ángeles, aquel tenía que ser.

Pero ningún ángel descendió.

-No pensé que fuera a demorar tanto.- contestó Harry, y luego, de la nada, añadió- ¿Sabes? Tenía otros planes para el día. Bueno, ya sé que planear nunca es algo que funcione para mí.

-¿Ah sí? ¿Qué planes?

-Quería invitarte a salir. De nuevo. Esta vez sin interrupciones.

-¿Vas a besarme otra vez?

-La idea me tienta.

-Estamos solos- sonreí. Y era cierto que ya no quedaba nadie a nuestro alrededor.- Podríamos escabullirnos ahora.

-No.

Fruncí el entrecejo.

-¿No?

-No, porque sé cuánto te importa danza- sonrió Harry- ¿Has visto la hora, no?

Lo recordé como un golpe.

-¡La práctica!- grité, levantándome apresurada y poniéndome la remera ya seca, los pantalones, las sandalias- ¡Llego tarde! ¡No, no!

Harry se desternillaba de la risa, viéndome correr cuesta arriba hacia el hotel. Y aunque el esfuerzo era severo, y me sentía cansada y pesada, antes de alejarme de completo de él me giré y lo examiné por unos segundos.

-Pasado mañana. Temprano.

-Hecho, Bella Durmiente. Lo estaré esperando.

L

El playón donde realizamos las prácticas para el espectáculo en el Lastega está ubicado a unas siete cuerdas del Grand Eternal, y cuenta con todo lo que podemos necesitar: barras, altoparlantes, zapatos, y hasta una heladera repleta de refrescos. En espacio es también considerablemente más grande: sorprende ver el techo de chapa, abovedado, flotando a tantos metros de nosotras, y las gradas y las altas luces que nos ciegan hacen pensar más en un estadio de baloncesto que en un simple sitio de entrenamiento.

Quien lo preside es Laurence Varlenko, un hombre que, por lo que veo, se supone debo conocer. No debe de pasar el umbral de los treinta; camina con elegancia, revisándonos, se alisa constantemente la camisa -con volados- o el cabello, que lleva atado en una cola baja, tan rubio que en ocasiones parece blanco. Tiene una belleza femenina, muy cuidada. Sin embargo, y contra todas mis expectativas al verlo, no es un bailarín. Posee el porte, la actitud y la gracia de uno, pero su rol para con nuestro equipo es muy distinto: él es, como descubro oyendo bien atenta las charlas que se dan entre mis compañeras, quien ha diseñado el espectáculo que haremos, quien escribió el guión y también quien revisará su ejecución. También es, como lo noto después, un buen amigo de DuMarque. Ambos cuchichean como colegialas, los ojos de Laurence sin despegarse de nosotras, y comentan sin preámbulos lo que opinan de cada una de las chicas: Juliana, demasiado grande para lograr destacarse, Elia es adorable, Jossie parece demasiado boba, y otras mordaces opiniones a las que ellas no pueden hacer más que asentir, acostumbradas. Cuando llega frente a mí, Laurence se detiene y me mira de arriba abajo.

-Mina Harvnes. Oh cielos. Estás todavía más bella que la última vez.

-Gracias.

-¿No has comido mucho, no?- me revisa, estudioso, y luego aplaude.- Debes tener cuidado, cariño. Desmayarte en medio del acto no ayudaría a darme mucho renombre.

-Prometo que me mantendré consciente.

-¡Vaya!- vuelve a aplaudir- ¿Alguna más nota el cambio? Mira ha tomado confianza. Bien, muy bien. ¿Será ella la del solo de la Reina?

DuMarque asiente, solícita.

-Pensé que Mina podría hacerlo bien. Alice representará a Pamina, en cuanto Anna será Monostatos. No tiene tanta clase, pero...

-La obra está muy reducida aquí- concede Laurence, y se separa- A sus elementos más básicos, a lo puramente esencial. Si hiciéramos el acto completo, no alcanzaría la noche para acabar todo el asunto. ¿Han hablado con los otros cantores?

-No, aún no.

-Bien, arreglaré que suceda.- nos miró- Bueno, chicas, ¿qué esperan? A estirar, a comenzar toda esta belleza. Quiero verlas esplendorosas.

Regresamos entonces a lo que solíamos hacer, es decir, a practicar, excepto que ahora a las dulces correcciones de Veronique se les agrega el ingenio agrio del guionista, que no para de increparnos cuando le parece que nuestro movimiento o la forma en la que alzamos nuestras cejas no es la apropiada para dar a la danza el toque narrativo que le compete. Entre sus constantes interrupciones, sin embargo, voy aprendiendo cosas del espectáculo a las que antes no había prestado atención alguna: como dijo Kain, lo que nuestro grupo pretende hacer es una danza basada en una obra para ópera, de Mozart, y también, por las constantes inquisiciones de Laurence, asumo que la obra es en realidad mucho más variada de lo que podemos lograr con diez chicas y los asistentes que en el teatro se nos sumen. Pero aun con eso, puedo quedarme satisfecha pues entiendo que mi rol es fundamental, y mi papel el más destacado de todos; y que no hay una chica en la que nuestros maestros se fijan más que mí, quizás equiparada por Alice, sobre cuyo talento ellos parecen estar acostumbrados. Eso me confunde pues; ¿he superado a Mina? Siempre tuve el convencimiento de que, si había podido dominar la danza, era gracias a su talento. Pero Laurence y las demás hablaban de mí como si en el transcurso de este medio año hubiera mejorado increíblemente. ¿Sería acaso un poder del Palacio, uno que tanto yo como el autor del diario desconociéramos?

La práctica es encarnizada, pues desde la más inútil a la más talentosa todas queremos probarnos. Una capa de sudor fría me recorre el cuerpo a la hora: mis articulaciones, acostumbradas al esfuerzo, sufren una ligera molestia, y constantemente se me repite que afloje los hombros, manteniendo la compostura, para que mi movimiento no sea tan rígido. Más allá de eso, parecen encantados con mi danza, con los puntilleos que doy con mis zapatos al compás de los pequeños lamentos de la melodía, esa melodía que me recuerda a Kain y a su piano y me hace extrañarlo, maldecirme de no poder visitarlo y practicar junto a él. Sé que si todo sale bien, Kain se alegrará mucho por mí. Y si todo sale bien, y él siente alegría por mí, entonces allí será cuando le pueda confesar lo que siento.

Cuando terminamos, antes de la hora de la cena, aprovecho para ducharme en los vestuarios, buscando quedar fresca y liberada. Planeo dormir como un tronco hasta mañana, y pasar el siguiente día junto a los Weigler. Hasta que ese momento llegue, veré cómo se siente ser Mina, entre gente que me admira y en un hotel caro, la gloria siguiendo mis pasos.

Excepto las dos de siempre, las demás me esperan hasta que me cambio, y todas dejamos el playón, estremeciéndonos por el frío, mientras que Laurence Varlenko y DuMarque arreglan asuntos de la obra y dicen que nos adelantemos. Caminamos las siete cuerdas hasta el hotel, riéndonos y

comentando, sobre el vóley y nuestro guionista, sobre la emoción que sentimos.

Harrold no está en la recepción, como esperaba, sino que parece haberse encerrado en su habitación. Yo también voy a la mía, junto con Candice y Elia, a buscar mejor ropa para la noche. Una vez me he cambiado, volvemos a salir para encontrarnos de regreso con la profesora.

-Niñas, ¿iremos a cenar? Laurence me ha hablado de un lugar muy bueno por aquí cerca. ¿No quieren probar?

La respuesta es contundente. Antes de cruzar la puerta, Alice, Anna, y un Harrold que mantiene tantas energías como siempre se nos unen, y la comitiva sale a las calles nocturnas de Visgana como un desfile; DuMarque lidera el paso con Jossie como asistente y yo conteniendo la atención de las demás, algo encantada con las estrellas, con las luces, y con el aspecto gótico, invisible en el día, que adquieren los edificios en esta ciudad cuando las penumbras los ocultan.

-Nosotros nos separaremos aquí- dice Alice de pronto, en una esquina. Los observo confundida, a ella, Anna y a Harrold, pero antes de que pueda quejarme él se acerca.

-¿Mina, no quieres venir? Cenaremos con unas amigas que también vienen de visita. Son fans de los Grades.

-¡Iremos al concierto!- guiña el ojo Anna.

Dudo durante unos segundos, atrapada sin aviso; entre DuMarque y las chicas y el grupo más popular. La solución es obvia. Seré más querida mientras más inalcanzable me vea, pero siempre y cuando no me muestre tan amargada como Alice. Me giro a las demás, y saludo.

-¡Lo siento! Podrá ser la próxima, ¿sí?

Las chicas no parecen tener problema. Alice rueda los ojos, y emprende la marcha. Por detrás la sigo con Harrold, todavía algo consternada. ¿Se separan? ¿Conocían gente aquí?

-¿No te lo habían dicho?- me dice él por lo bajo, adivinando mis pensamientos- El día que...

-El día que nos interrumpieron, sí- lo recuerdo. La larga melena de Alice McRyans se contornea frente a mí en su caminata, tentándome a empujarla a la acera, y su amiga avanza dando infantiles saltitos- Me imaginé que Miss Perfecta iba a tener que salirse de las otras en algún momento.

Harrold se ríe en un susurro, pero no comenta nada al respecto. Los cuatro nos movemos en dirección opuesta, al núcleo mismo del centro. Hay negocios, heladerías abiertas y repletas de personas, restaurantes de comida china, mexicana o india, salones de juegos en los que las coloridas luces me ciegan y otros entretenimientos, como un laberinto de espejos que se pierde en el subsuelo y que todos miramos con mucho interés. De tanto haber estado en San Naerit, la idea de un sitio tan poblado y con tantas cosas era algo que a la larga había terminado por desvanecerse de mi mente. La calma de los acres, del frío y del silencio era esperanzadora, sí, pero tengo que admitir que había olvidado lo divertida que podía ser una capital.

Un poco del aroma del mar todavía nos llega, cuando nos paramos a las puertas de un local de comida rápida. Alice mira por la ventana, y luego suspira.

-Ya están adentro. Vamos.

La sigo, más atenta en la gente que nos cruzamos: familias, una pareja de obesos que marchan sosteniendo bandejas en donde se apilan las hamburguesas, pero también toda una serie de adolescentes, chicos de nuestra edad, en playera o pantalones, muchachas vestidas a la moda, el mismo ambiente que tiempo atrás me hubiera aterrado. Respiro, más cómoda, y avanzo con seguridad. Alice nos hace un gesto a una mesa apartada, en donde dos chicas esperan. Y mi seguridad desaparece en un parpadeo.

Orlana Veine, mi torturadora, la líder de mi curso en Nueva Gabul se encuentra allí, revisando su celular. Al principio, por la incredulidad, no llego a reconocerla. Pero con cada paso que mis pies dan, sus rizos, su frente despejada y la nariz perfecta, algo respingona vuelven a mí con una sensación espantosa, un terror mudo que me hace disminuir mi velocidad, hasta que los tres se me adelantan y Harrold se voltea a verme, preocupado.

Quedo de pie, callada, viendo a Alice y a Orlana saludarse. La otra chica es Betiana, una de las mejores amigas de Orlana, que me mira con una bobalicona sonrisa y estira los brazos.

-¡Mina!

No puedo moverme. Harrold es el único que parece notar que algo anda mal. Orlana deja su celular, y también me mira. Su rostro amable, amistoso no tiene nada que ver con la Orlana que yo conocí, con la muchacha que hizo de mi vida un infierno.

-Acércate, tonta- dice- ¿Pidieron?

No.

-Aún no- responde Alice sentándose, y luego me mira- ¿Vienes o qué?

-Mary está en el baño- agrega Betiana.- Le cayeron mal los tragos que sirven en la costa este. ¡Ah, Harry! ¡Estás más alto!

Mary. Era lo último que me quedaba por escuchar. Sin pensarlo demasiado, retrocedo un paso.

-¿Mina?- se acerca Harry.

-Tengo... Tengo que irme.

-¿Te ocurre algo?- pregunta Orlana solícita- Estás un poco pálida.

-Lo siento.- ¿Por qué demonios pido perdón?- Tengo que irme.

-¡Pero hay promoción...!

Abandono el local, dominándome por no correr. Cada movimiento se siente como si se añadieran diez kilos a mis tobillos. No puedo pensar en nada, más que en el rostro de Orlana. Rezo por que Harrold, porque nadie me siga. Y tengo suerte. Cuando regreso a la calle, entre espasmos de respiración ahogada, al borde del llanto y de un ataque, lo hago a solas, y me permito correr, sin mucha dignidad, en dirección a mi habitación en el hotel. Y mientras corro, tengo recuerdos; de humillaciones, de vergüenzas, de miserias, de ira contenida e interminables burlas, y tengo, con total seguridad, la constancia de que el destino está otra vez jugando conmigo.

“Un niño desapareció.” Decía la primera oración.
Abajo, continuaba:

“Me están matando.”

Luego había un gran espacio en blanco, como si Mira Strauser hubiera tenido problemas para escribir lo siguiente.
Y concluía:

“Está muerto.”

Con la última palabra el sueño se termina, y mis párpados se levantan para dejarme ver el techo sobre mi cabeza, el techo poblado de manchas de humedad, del chalet en el que nos hospedamos gracias a los contactos de Johan. Pero eso es lo único que muevo: mis párpados. El resto de mi cuerpo permanece arrojado como un escupitajo, y ni mis dedos, ni mis labios, ni mis piernas se desacomodan de su reposo perfecto. Y es que no encuentro motivos para moverme. Puedo ver. Puedo oler. Puedo respirar; la respiración también es un movimiento ínfimo, apenas notable, que más bien adivino por el cosquilleo de mi pijama sobre mi estómago. Lo demás es nada.

No quiero tener que levantarme.

No quiero enfrentar el día.

Me gustaría poder quedarme aquí, ignorada, fusionada a mi colchón, y vivir el resto de mis años así, del todo invisible. Amaría poder sentir que puedo descansar, que obtendré refugio en esta cama. Son sueños estúpidos, pero no puedo evitarlos. Quisiera creer que puede haber algo de paz para mí.

Es sólo que me resulta difícil. Desde lo de ayer, cuando mis vacaciones y mi mundo se dieron vuelta, lo único que puedo hacer es mordirme ocasionalmente el labio inferior, sentir una ira angustiante, preguntar al cielo por qué sólo a mí me ocurre esto. ¿Por qué? Lo único que he hecho, lo único en lo que he fallado, es en querer ser normal; tener amigas, divertirme. Nunca quise dañar a nadie. Ocasionalmente, sí, pude haberle hecho el mal a alguien, por accidente, o porque esa persona se lo merecía. ¿Pero ahora?

“¿Pero ahora?” pregunto.

La voz está callada en mi interior. Que respondiera sólo me haría sentir más miserable.

“Kain” pienso.

Pero él tampoco responde. La comunicación con el Balcón es inefectiva. Lo extraño. Me siento sola, y no por falta de compañía. Sé que hay gente que está conmigo. Pero estoy sola en mi pasado, me encuentro aislada de quien pueda oírme y comprenderme, de quien pueda tenderme una mano. Eso es lo que sentí ayer, la noche que regresé corriendo al Grand Hotel: una soledad apabullante, tal si una monstruosa mano me hubiera tomado, levantándome

del suelo, para dejarme en medio de otro sitio muy distinto, a millones de kilómetros de distancia. Visgana se convirtió, ante mí, en una trampa. Las luces, las personas, las risas, los ojos. ¡Los ojos! ¿Cómo podía haber estado tan ciega? Había subido las escaleras, había regresado al cuarto, rezando con no cruzarme con ninguna de mis compañeras, con el estómago rugiendo de hambre. Y allí me había arrojado contra mi cama, tapándome, cubriéndome de ese mundo inhóspito. ¡Orlana! ¡De todas las personas, ella! ¿No era una cruel broma?

No tenía modo ni interés de saber, en qué consistía su amistad con Alice o Mina. Debí haber supuesto que las serpientes se llevarían bien. Y Mary estaba con ellas. Si existía una persona en este mundo a la cual no estaba dispuesta a enfrentar, esa era Mary. Mi única amiga. O al menos, hasta...

Siempre, desde que ocurrió, me persiguió la memoria de todo el abuso que recibí en Nueva Gabul. Hay recuerdos buenos, dispersos: mis primeros años de amistades, los días en que Thomas me cocinaba, aquel pequeño gatito que rescate; cosas similares; pero todos ellos, a la larga, quedan opacados por el gran nubarrón que es el haber sido arrojada a un lado, humillada. Si existiera un modo de cambiar el pasado, si el Palacio pudiera darme un poder como ese, lo tomaría sin pensarlo dos veces. Cambiaría todo. ¿Pero qué sentido hay en pensar algo como eso? La realidad es como es, me guste o no.

El sólo hecho de haber bajado la cabeza ante Orlana me desborda. Le sigo temiendo. Ella es quien más evoca para mí todo lo que quiero olvidar; con su majestuosidad, con los bucles que se le forman y caen sobre sus hombros, con su dinero y su celular de última moda, es ella, ella, la única persona que del todo me aterra, la que más quisiera aplastar. El odio que sentí hace años vuelve a mí con más fuerza que nunca. *Pídeme perdón. ¿Por qué?*

-¿Por qué debería pedir perdón?

Hablo al techo, pero al instante me callo. Kari no se encuentra en el cuarto, pero aún es temprano y no quiero que nadie me oiga. Dije a Norbert que no comería. Tampoco cené anoche; mi estómago se contrae en un nudo doloroso, pero al menos ese dolor hace que me distraiga de preocuparme, de seguir hundiéndome en la miseria.

Después de media hora de permanecer así, un mínimo de brillo vuelve a mis pupilas. Escucho risas desde el comedor. El cuarto está frío, inhóspito, me recuerda a, cuando todavía era muy niña, esos momentos en los que me enrabetaba y me alejaba de las otras niñas de la guardería, sólo para al instante sentirme aburrída y volver a unirme a sus juegos. No quedará otra que levantarme.

Pensando eso, y tomando aire, hago fuerza y quedo sentada, con las piernas cruzadas, no muy dispuesta a enfrentar el día. Al menos aquí estoy con los Weigler. Pero ¿y si llegara a cruzármelas? ¿Si Mary, Orlana o Betiana me vieran? ¿Si alguna de ellas contara a Alice o Anna sobre mí, y ellas a su vez le transmitieran las historias a la escuela? Todo lo que construí se derrumbaría en un abrir y cerrar de ojos. Habría malgastado mi tiempo.

Arrastrando los pies llego al comedor. Toda la familia está aquí, aunque Matt es el primero que se voltea en mi dirección. En la mesa hay un tablero de ajedrez, y frente a él Mikhail piensa su movimiento con gravedad. Kari tiene la mejilla apoyada sobre la madera, en parte para cubrirse los oídos de su padre, que canta a pierna suelta:

*“About a maid I’ll sing a song
Sing Rickety-Tickety-Ting
About a maid I’ll sing a song
Who didn’t have her family long
Not only did she do them wrong...
She did every one of them in.”*

Norbert se interrumpe al verme, con un plumero y una botella de desinfectante en cada mano.

-¿Lis? ¿Quieres que te prepare algo? Si no comes, ir al mar te hará mal.

-Por cómo está el agua, ir al mar va a hacerle mal de cualquier forma- comenta Matt, y mueve él ahora una pieza- Quedó un poco de pizza. Jaque.

Mikhail levanta las cejas.

-Mi pequeño alumno se ha vuelto arrogante.

Por el dolor, por el miedo, sus voces me llegan lejanas, me separa una gruesa pared de concreto. Pero las comprendo. Voy a la heladera, la abro, y saco una porción de pizza fría. La llevo a la mesa, y comienzo a comer. Mis acciones son automáticas. No sé qué debo hacer. Orlana está aquí. ¿Y si le pidiera...? ¡No! ¿Pero entonces qué puedo hacer?

Tengo que evitar que cruce camino con Norbert, o con cualquiera de sus hijos. No soportaría que Matt o Kari hablaran con ella. Y Mikhail... Si pensaba que Mikhail era mi mayor peligro en cuando llegué al pueblo, ahora puedo considerarlo un aliado. Con la cantidad de preocupaciones que lo envuelven, dudo que quiera prestar atención alguna a mi pasado o a lo que ocurrió en Nueva Gabul; y por eso es que considero que debo mantenerlo así, de mi lado, enfrentado al Titiritero y no a mí.

-Jaque- escucho. Matt deja sus dedos sobre la cabeza de su reina, sin atreverse a soltarla, y luego mira a su mentor- Mate.

Mi aliado en concreto observa el tablero con parsimonia, sin evidenciar haberlo oído. Puedo ver los pequeños cálculos que su mente realiza, por detrás del blanco de sus ojos. En cuanto concluye que su derrota es inevitable, mira a su contrincante y sonríe.

-Ganaste.

-Me estoy volviendo mejor.

Me vuelvo a ambos, dejando pasar la consistencia gomosa de la pizza fría por mi garganta.

-Creí que ibas a golpearlo.

-Los videojuegos no son lo mío- le resta importancia con la mano Mikhail, abochornado- Pierdo un poco la cabeza cuando me vencen en algo que requiere oprimir el mismo botón un millar de veces, eso es todo.

-Oh, Mikhail apesta en eso- ríe Kari- Hasta papá lo venció.

-Tú cállate.

La muchacha le saca la lengua. Norbert vuelve a asomar desde detrás del mostrador, de donde sale un fuerte aroma a lavandina.

-¿Hablan de la consola?

Mientras los otros le contestan, y él cuenta divertido la anécdota de esa victoria personal -que hace enrojecer aun más a Mikhail Eder- mi atención se desvía hacia otra figura: Wilhelm, que, cabizbajo como siempre, sale de la

habitación y en silencio abre la heladera para servirse algo de beber. Del cuarto al comedor y del comedor al cuarto debieron ser las únicas caminatas que ha hecho durante lo que va de las vacaciones. El resto, para dolor de su padre e indiferencia de sus hermanos, fue dormir, dormir y dormir, como si el salir de su hábitat natural lo sumiera en una depresión incomparable. Sólo cuando viene Johan, creo notar en él la sombra de un miedo y la necesidad de esconderse. ¿Pero sabe algo Wilhelm? He estado tentada de preguntárselo, de enfrentarlo en búsqueda de respuestas. Si no fuera porque ahora soy yo misma la que está dispuesta a dejarse morir para siempre, este día sería ideal. Sé que Mikhail pensaría así. Pero Mikhail no tiene por qué saberlo todo. Con que sepa aquello que nos encamina a la solución...

La bocina suena en la calle, un tono que me encoge el estómago, pues lo reconozco muy bien. Norbert deja sus tareas, y, animado, se dirige hacia la puerta. Tal como esperaba, Wilhelm regresa a la cama con más prisa de lo normal. Mi mirada y la de Mikhail se cruzan.

-¡Oigan!- se escucha desde afuera- ¡Asomen!

La voz jovial de Johan es inconfundible. Con algo de reticencia, me muevo hacia las ventanas que dan a la vereda, seguida por Mikhail y Kari. Matt es el único que se queda meditando junto a las piezas de ajedrez, los demás vemos, en un grupo algo idiota, al convertible de Johan vibrar, el motor aún encendido, y sobre él al hombre mismo saludarnos y señalar una tabla de surf con un diseño de llamas, que descansa en el asiento de acompañante a modo de mejor amiga

-¡Esta mañana hablé con algunos de los chicos de la playa, y me la prestaron!- nos grita, con tal ímpetu que se hace oír a diez chalets alrededor de su auto- ¿Se imaginan lo que debe ser montar una ola sobre esto?

-¡Formidable!- responde Norbert.

-¿Nos la prestarás?- grita a su vez Kari.

-Hermanita, ¿fui avaro alguna vez? Todo esto es para que se diviertan. Además, no hay peligro en el mar. Hasta Lisdeth podría hacerlo.

Como siempre, es como si no escucharan aquello. Johan me saluda con una mueca, tan burlón como siempre, y tras la protección de la casa yo siento la amargura extenderse hasta la punta de mis dedos. De pronto siento que tiene razón.

-Resúmeme- escucho a mi lado. Mientras los Weigler siguen hablando, me giro para ver a Mikhail, cerca, examinar a Johan Weigler como si quisiera diseccionarlo con la vista- En pocas palabras, por qué sospechas de él.

-Tú dijiste que Helen...- susurro.

-Pero tú no sabías eso.

Pienso durante unos segundos.

-Kain lo conocía.

-¿Qué tiene eso de...?

Oigo a Norbert estallar en una carcajada. Siguen hablando a los gritos, cubriendo nuestras voces.

-Kain no conoce a nadie. No tiene recuerdos. Pero reconoció el rostro de Johan.

-Es un poco mejor. ¿Qué más?

-El resto es más largo.

Mikhail se separa de la ventana, y choca su mirada contra la mía. Apenas tengo fuerzas para sostener su implacable furia justiciera. En mi melancolía, en mi cansancio, sólo puedo mirar al suelo.

-¿No estarás poniendo tus propias acusaciones en alguien de nuevo, Liseth Aurdelard?

-¿Eh?- se giró Norbert, por fin oyéndonos.- ¿Ocurre algo?

Vuelvo a acomodarme. Me siento sucia, agotada, con un doloroso peso en los hombros, siento el cabello grasiento, mi figura menuda y patética, todas esas cosas que sentí años atrás, años antes de que San Naerit me diera esperanza. Pero por respeto a esa luz, me sostengo a mí misma y me retiro.

-Lo seguiremos- pronuncio. Norbert y Kari no entienden, pero Matt frunce el entrecejo- Y entonces te lo explicaré bien.

Y, pequeña victoria, dejo a Mikhail Eder el deber de explicar de qué diablos hablamos a nuestros confundidos amigos.

LII

Para mi sorpresa, Mikhail se presentó horas después en mi cuarto: no para aclarar los detalles sobre mi plan de espiar a Johan, sino para disculparse por el modo en el que me había increpado.

-Tengo que admitir que me dejo llevar por las sospechas. Todo este asunto de Mira me tiene en vela desde hace años, y me cuesta confiar en otros. Sería difícil que tú fueras una excepción.

-Lo sé.

-Pero aun así...- me dijo, de pie frente a mi cama y cruzando los brazos- No tengo derecho a criticarte tanto. Lo de Julián fue un error. Yo mismo pude haberlo cometido. Él era sólo un buen hombre, dispuesto a ayudarnos. Y tal vez tú seas sólo una buena chica, que desea lo mismo. Te pido disculpas.

Quitó la mano, con la que tapaba mis ojos de la luz.

-¿De verdad tú me estás pidiendo perdón?

-No lo haría en otras circunstancias- se inclinó de hombros Mikhail- Es sólo que desde esta mañana te noto... ¿Cómo decirlo?

Se puso a pensar, mientras yo volvía a enfocarme en la lámpara que colgaba, y en el distante sonido del mar. Era la tarde, y quitando a Wilhelm, estábamos los dos solos: Norbert, Matt y Kari habían ido a la playa a juntarse con Johan, oferta que con agrado había rechazado. Cuando terminó, se ajustó los lentes con la misma parsimonia con la que había examinado su derrota a manos de su alumno.

-No parece estar muy bien.

Esta vez lo miré. No había marcas de llanto bajo mis ojos, ni nada más que mi actitud que le pudiera probar aquello. ¿Era peligroso? En cualquier caso, lo cierto era que tenía razón. Poco sabía Mikhail que ayer, en el centro, había ocurrido exactamente lo que tenía que ocurrir para convertir mis vacaciones en un calvario.

Eché la cabeza contra la almohada, y suspiré. ¿Qué importaba ya confesarlo?

-El... El pasado me persigue.

Con un par de pasos, sentí que Mikhail se sentaba en la cama de Kari. Supuse que ella estaría fascinada.

-¿El pasado?

Asentí.

-No voy a hablar más de ello.

Él no pareció ofendido. Había claridad en su gesto, al señalarme.

-Crees que no podría entenderlo.

-¿Qué diablos te importa? Te ayudaré a hallar al culpable. No cambiaré nada.

-Nunca dije que lo hiciera. Pero creo saber a qué te refieres. El pasado, ¿no? Es una cosa terrible. Todos los errores, todo lo que no pudimos cambiar está allí. Me asombraría que existiera una sola persona a la que no persiguiera en menor o mayor medida su pasado.

Contuve el aliento, deseando que se fuera. Había puesto la almohada sobre mi rostro, para evitar tener que verlo. Pero a Mikhail no parecía importarle.

-¿Le has preguntado a Kain Antar, qué piensa sobre eso?

No hubo palabras con las que pudiera responderle.

"Kain..."

Lo sentí ponerse de pie, y dirigirse al comedor sin decir más. Había comprendido muy bien su punto, lo que quería decirme. En cierto modo, era reconfortante. Yo no estaba muerta. Yo no era Kain. Tenía un futuro por delante, y mi pasado, aunque me acosara en la forma de una impensable oscuridad, era algo a lo que podía enfrentar. ¿Pero no eran esos sueños tontos? Nada más ver a Orlana, o a sus amigas, ya no había nada que pudiera hacer. El peso de tantos años de soledad hacía más mella en mí que cualquier confianza que pudiera haber ganado en los últimos meses, y maldito fuera todo si yo iba a tener el valor de enfrentarlas, de enfrentar a Mary, de volver a rodearme de todo ese mundo corrosivo. ¿Qué me quedaba por hacer? Como Wilhelm, tenía miedo, y sólo podía quedarme en casa. El sonido de las olas era desagradable. Las risas de las parejas que pasaban, el buen humor de los Weigler, la danza en el Lastega, todo lo que antes me había resultado encantador ahora era para mí una burla difícil de tragar. ¿Podría acaso evitarlas? Si eran tan amigas de Alice como lo parecía, aquello sería imposible. ¿Qué hacer entonces? ¿Cómo evitar que contaran?

Me encogí sobre la cama, maldiciendo. Sentía ardor en los ojos, en el pecho. Y mientras tanto, ellas debían de estarse divirtiendo, Kari y Matt debían de estarse divirtiendo, mis compañeras de danza debían de estar pasándola en grande. Las cosas eran injustas. Siempre lo había sido así, el mundo era un castigo constante del cual sólo tenía vanas ilusiones de poder escapar. Pero en el fondo, la vida de Liseth Aurdelard siempre iba a ser de miseria.

Pensé un momento, durante mi tiempo en Nueva Gabul, en el que me había terminado por dar cuenta de ello. Ya había sufrido el ataque frente a toda la escuela, ya se habían burlado de mí mis compañeros, ya era detestada por todos. Nadie me hablaba. Hacía días que Mary no se dignaba a mirarme, y los demás, si lo hacían, volvían hacia mí expresiones de burla o rencor. Como todavía albergaba una esperanza, mínima, de poder recomponer mi vida, recuerdo haber querido acercarme a alguien.

No Orlana, ni sus amigas, si no alguien más, otra persona con la que pudiera esconderme y sobrevivir. Pero buscara donde buscara, los estudiantes me daban la espalda. Yo era la rara, la chica que se había humillado durante la formación, y así como en San Naerit gané reconocimiento por lo de Zaq y mi supervivencia, allí cada día ganaba infamia para todos, incluidos los pocos profesores que simpatizaban conmigo. No había quien quisiera tomar la mano que con temor extendía. A mi vez, era cierto también que yo tampoco confiaba en nadie. Ya el chico que me gustaba se divertía atormentándome, ¿por qué creer que habría alguien distinto?

Fue durante esos días, devastada, cuando empecé a comer a solas, en el baño o en el rincón cerca de los patios de gimnasia, siempre rogando que nadie entrara. Volver al aula me era molesto. También me molestaba estar sola, que me vieran sola, sentirme tan dejada de lado. Las demás chicas reían. Mary sonreía tímidamente, siguiendo a Orlana y sus amigas. Y yo...

Yo sólo tenía a la Oscuridad. Un perverso canto que con cada vergüenza crecía, crecía, se volvía infinita y me aplastaba. Perdía la percepción de las cosas. Ahora puedo saber, me guste o no, que hay un mundo mejor. En ese entonces no. Sólo había sombras y desprecio. Me despreciaban porque...

Volví a pensar en Mary, mi única amiga. Estaba aquí.

Estaba aquí, en Visgana. La respuesta de Kain la había recibido, poco después de conocerlo. Nunca es demasiado tarde. Eso es lo que él pensaba.

Sin más, decidí dormir hasta la noche.

LIII

Decidí no cenar con los Weigler, por mucho que me tentara el banquete de pescado asado que decidió darnos Norbert: en cambio, en cuanto las estrellas se dejaron ver realicé con pesar el cambio, me dejé envolver por las hambrientas enredaderas y, otra vez como Mina Harvnes, puse marcha entre las sombras hacia el confort del Grand Eternal. Ya la práctica del día junto a Laurence debía de haber terminado; me la había perdido, lamentablemente, aunque sabía también que no tenía ni la energía ni el valor para regresar a

donde Alice pudiera increparme sobre mi huida, y por eso era que regresaba al hotel como una fugitiva.

Pero nadie inconveniente se cruzó en mi camino, y al llegar, las únicas que me recibieron, algo confundidas por mi entrada, fueron algunas de las chicas: Natalí, Clara y Jossie, que disfrutaban de un bocado en las mesas de la recepción. Sin mucho que decir, decidí comer con ellas. Fue un error. Tras apenas unos minutos de aquella farsa, todas muy admiradas por una práctica en la que en realidad no me había hallado, me di cuenta de que no tenía ganas de seguir manteniendo la máscara. Me levanté dejando la mitad de mi plato sin tocar, me excusé y regresé a la habitación 204.

Elia y Candice ya estaban acostadas hablando cuando entré. No me saludaron, normal si consideraba que debían creer que apenas hacía algunos minutos nos habíamos visto. Charlaban sobre algo que había sucedido con Laurence, a lo que no pude prestar atención. En medio de acaloradas exclamaciones, en un momento, la más joven pareció recordar algo y se dio vuelta hacia mí.

-¡Mina, casi lo olvido! Harrold me dijo que te dijera que él dice que todavía te espera mañana... Temprano.

Su mirada, siempre tan dulce, tenía un dejo de diversión. Ya todas sabían que él me había besado. Y aunque me hubiese gustado agrandarme, tan sólo asentí vagamente. No tenía la mente como para pensar en citas, y menos con alguien que conocía tan bien a Orlana y a sus amigas.

Elia me felicitó, pero Candice, sombría como siempre, me salvó de más preguntas llamándola de regreso a su conversación. Se lo agradecí en mi silencio, y me giré hacia la ventana. Podía contemplar toda Visgana, sus luces, los jóvenes que usaban la noche para divertirse con desenfreno, las carcajadas y las botellas de alcohol que se estrellaban contra el suelo, bocinazos y gritos borrachos, las discusiones violentas a las salidas de los bares.

Pasé horas así, viéndolo todo sin pensar en nada. Apenas me di cuenta cuando las dos apagaron la luz, se enfundaron en sus sábanas y se prestaron a dormir. La contemplación de la costa me absorbía. Me sentía lejos de mi hogar, muy lejos, atrapada en una hermosa prisión. Y las otras, mi principal problema, debían de estar en alguna de esas calles tan repugnantes.

Cuando por fin razoné que no iba a conciliar el sueño, con un suspiro tomé de bajo mi cama el diario viejo, y lo apoyé en la almohada. La luz de las farolas de afuera era suficiente como para leerlo sin tener que prender mi velador. Fui pasando mi uña por el dorso de las páginas, de todo lo que ya había leído, hasta llegar casi al final. Poco faltaba para que lo terminara; aunque ahora mi lectura era lenta, dificultosa, tanto porque creía que no encontraría más respuestas en él cómo porque Mikhail me lo había pedido, y sentía reticencia a prestárselo.

Pero aun así, leí. No tenía en realidad nada mejor que hacer.

Existe otra habilidad para un nigromante, que ha llamado sumamente mi atención. A falta de un mejor nombre, he decidido llamarla Lazos. Raquel se ríe de mi infantil denominación, pero a mí me resulta apropiada.

Los Lazos parecen tener voluntad propia, y sin embargo, como los muertos, se reducen a las órdenes de su amo. Tanto Raquel como yo, con una sola palabra, podemos convocarlos, con un deseo, estrangulan o aprisionan a

quienes queramos dentro del Palacio, con apenas una mueca de angustia, vienen a ayudarnos.

De acuerdo al demonio, no son más que manifestaciones puras de nuestro poder. Yo siento que también son quizás algo más curioso, algo que compete a la misma capacidad del Palacio. Y es que funcionan de un modo llamativo: en las tierras que pertenecen a Raquel, aquellas de puertas coloradas, sólo sus plantas se retuercen a su antojo, y en las mías, mis alambres lo hacen.

A lo que concluyo, con completa certeza, que los Lazos son el látigo con el que el Nigromante domina su entorno. No se extienden más allá de este, pero no lo necesitan. En su propio mundo, son imbatibles.

No necesité mucho para comprender a qué se refería. Había dicho plantas. La visión de las enredaderas, moviéndose sinuosas, cortando con sus espinas y acudiendo a mi llamado llegó a mí tan fresca como siempre. Lazos. La prueba de que yo tenía un poder. ¿Pero de qué me servía ahora?

En mi desidia, pasé a la siguiente entrada. No era como si pudiera conciliar el sueño con tan poca información.

Este día lo pasamos en-

Siguiente. No quería escuchar sobre vidas felices, aunque quienes las vivieran fueran monstruos.

El mundo es perfecto.

-No lo es- murmuré por lo bajo. Volví a pasar la página.

Ha llegado ya el momento, de volver a movernos. Como dijimos antes, consideramos que el siguiente golpe sería apropiado recaiga en la familia Berkan, en su lujosa casa tan oculta por sobre el río. ¿No me emociono de sólo pensarlo? ¿No se pone Raquel dulce como una niña, al contemplar la posibilidad de otra masacre como la que azotó a los Tressand?

Pronto presté atención. El autor proseguía:

Pero a diferencia de los Tressand, la familia Berkan es más bien poca cosa. Sólo el viudo Valdomar Berkan persiste, junto a sus cuatro hijos: su esposa ha muerto, su corazón se ha llenado de amargura, y sus peones le temen, desean fervientemente que le sucedan. Poca esperanza veo en ello.

Ninguno de los cuatro hijos de Valdomar haría más bien a sus tierras que él: Kylar, el mayor, es diligente y fanático, pero violento de un modo insólito;

Clarissa se viste del hábito y reza por los enfermos, siendo ella una de las pacientes acérrimas del loquero, Jason Berkan es un chiquillo que se divierte lastimando a los otros niños de las altas familias y Gieth, el pequeño, es una sombra oculta entre los muros de esa casa, de la que su padre se avergüenza. No, ciertamente dudo que alguno de ellos valga de algo.

Y por eso mismo, antes de arrasarlo todo de esa decadente tierra, arrojaremos sus cuerpos al río. Bajo el influjo de nuestros muertos, sus hijos asesinarán al patriarca Berkan, y la tragedia se extenderá a ellos, a sus amigos, a sus sirvientes, a los trabajadores que sin descanso labran esa oscura tierra.

Pero el primer golpe será poseer a los cuatro, sí, y obligarlos a volverse contra su tirano padre. No habrá espectáculo más delicioso para mí ni para mi amada.

Y luego, la culpa los hará dirigirse hasta la orilla.

LIV

En la mañana, hallé en la amargura que antes sentía una pausa reconfortante, que ni yo misma podía explicarme. Eran inseguros los pasos con los que salí del hotel y me dirigí a la playa, inseguro mi andar, antes tan desenvuelto como el de Mina, e insegura mi mirada, pero quitando esa timidez que me poseía mi corazón se había vuelto distante, como aceptando por natural el sufrimiento que pudieran darme las vacaciones ahora que mi pasado se había conectado con mi anhelado futuro.

Oficialmente, era el día de mi cita con Harrold Camping. Mi segunda cita. A eso me había despertado, por eso me había salteado el desayuno, por eso daba la larga caminata hacia el mar, resistiendo los embates de un viento que no le daba talla al del pueblo e ignorando por primera vez todo lo que a mi alrededor sucedía.

Cuando llegué apenas eran las nueve. Había muy pocas personas en la playa: los más deportistas, quienes gustaban de zambullirse en el mar luego de un trote y las escasas personas que madrugaban y daban largos paseos, o veían en las aguas presagios para anunciar a sus hijos si hoy sería día de casa o de veraneo. Harrold estaba allí, entre todos ellos. Me daba la espalda, y contemplaba el cielo despejado; solamente podía ver su cabellera rubia. Me quité las sandalias, pisé la arena fría, y caminé hacia él.

Como mucho tiempo atrás, en mi verdadero cuerpo, me paré a su lado y lo imité, contemplando un cielo que en ese entonces había sido nocturno, pero que ahora recién se iniciaba. Unas cuantas nubes flotaban dispersas; el color

entre ellas era una plancha celeste, un tanto opaca, de la que él no parecía poder despegar la mirada. Sin pensarlo, me estremecí de frío. Aquello hizo que Harrold se volviera a mí.

-Mina. Viniste.

-¿No necesitas abrigo?

Negó, perplejo.

-¿Qué ocurrió la otra vez?

Me sentí ofendida de que fuera a ese punto con tan pocos preámbulos.

-Nada.

-Parecía que hubieras visto un fantasma. ¿Ocurre algo con las otras chicas?

-No quiero hablar de eso.

Harrold no sonreía. Esperó unos segundos, tal vez albergando la esperanza de que mi reticencia se rompiera solamente con eso. Pero yo me mantuve callada, de mal humor. Realmente no quería pensar en Orlana ahora.

-Está bien- terminó admitiendo derrota- ¿Desayunaste?

-No, ¿tú?

-Yo sí- sonrió- Pero ven. Por aquí venden unos jugos deliciosos.

De allí en adelante, en toda la caminata que hicimos hasta el puesto que vendía los jugos, mientras sorbía mi batido de melón y fresa, cuando Harrold decidió comprarme unos bollos muy similares a los que Norbert había conseguido en la panadería y durante toda la primera hora de nuestro encuentro, él no volvió a mencionar el tema. Hablamos en cambio de todo lo demás: de las chicas, del espectáculo, de la ciudad, de los personajes que se nos cruzaban y nos miraban, de la escuela y tantas otras cosas con las que bromeábamos, yo relajándome más y más a cada paso.

Pero siendo las doce, y estando satisfecha, de repente él volvió a la carga.

-¿Sabes? Quisiera ayudarte. O más bien, tengo impresa la necesidad de ayudarte.- dijo, y se pasó la mano por la barbilla, buscando las palabras. Yo lo contemplé esperando, cauta, y Harry prosiguió- Es difícil de explicar, pero sé que algo te molesta.

-No voy a decirlo, Harry.

-Eres difícil- suspiró- ¿Qué ocurrió con Orlana y las demás?

Mi expresión fue suficiente para confirmarle que había dado en el blanco.

Resentida, oprimí aun más mis labios para no dejar escapar nada.

-Acerté, ¿no?- sonrió, cerrando un ojo- Tienes que darme crédito donde lo hay.

-No voy a...

-Mina, ¿no confías en mí?

Contuve un quejido de indignación.

-¡No uses eso conmigo!

Harrold rio, atrapado.

-Está bien, está bien. Vaya. Pero no miento cuando digo que me interesa ayudarte. Perdiste la compostura en cuanto las viste. La última vez que recuerdo, todo estaba bien entre ustedes. ¿De qué me perdí?

-Realmente no...- apreté los dientes, hasta sentirlos rechinar- Es...

Él ladeó el rostro. La burla implícita en su gesto me irritaba, pero en el fondo sabía que me estaba ablandando. Dominé mi respiración, dejé caer mis

brazos, y también mi mirada se perdió entre mis pies descalzos, los delicados pies de Mina Harvnes.

Solté el aire, abatida.

-Me hicieron algo malo.

Sin verlo, noté que Harrold esperaba unos segundos.

-¿Orlana?

Asentí.

-No tiene importancia.- mascullé, y continué caminando. Había hablado de más. No podía saber de qué lado se pondría él. ¿Qué pasaba si iba y les decía eso a ellas? Tendría que dar explicaciones de lo más estúpidas.

No, no podía ser.

-¿Puedo saber qué te hicieron?

-No.

-¿Alice lo sabe?

-No.

Dudó, y luego añadió con temor.

-¿Anna?

-¿Por qué se lo diría a Anna?

-Entonces es algo que te guardas a ti misma, ¿no?

-Ya déjalo- le solté, tentada de arrojarle arena- Dije que no tiene importancia.

-A mi manera de verlo- me siguió él, tan entretenido como siempre con todo- Tiene mucha importancia. No recuerdo jamás haberte visto perder la compostura de ese modo. Hasta parecías otra persona.

-¿Puedes dejarme en paz?- solté, dándome vuelta. Sentía de pronto ganas de llorar, pero sabía que llorar hubiera sido una estupidez y ya eran muchos quienes nos miraban de reojo, seguramente creyendo que éramos una pareja a punto de romper, quizás yo una novia celosa que se había enterado de alguna aventura de él.- No todos tenemos una vida perfecta.

-Eso es cruel- rio Harry- E injusto.

-No me interesa.

-Pero volviendo a tu otra pregunta, la respuesta es que no: no puedo dejarte en paz sabiendo lo que sé ahora.

-No quiero que te estés apiadando de mí.

-No me dejan hacer esas cosas- comentó, volviendo otra vez su rostro al cielo- Pero Mina... Si Orlana te hizo algo, o Betiana, o quien sea... ¿No piensas que agachar la cabeza y salir corriendo tal vez no sea la solución ideal? Deberías enfrentar los hechos. No lo sé, ir allí, plantar frente y decirle a Orlana todo lo que piensas de ella. O simplemente hablarlo como amigas.

-Es muy fácil decir cosas así.

-Y es necesario hacerlas. No eres una cobarde, Mina. Sé que no. Debes de ser la chica más valiente que conozco. ¿Dónde está tu justicia, y todo eso que buscabas? También sé que eso no era una máscara. Tienes que enfrentarlo. Mientras te quede tiempo, no puedes mirar al suelo cuando algo que te hiere está frente a ti.

Mis pasos dejaban huellas sobre la arena, que por esta parte se había vuelto tan fina como el talco, placentera al tacto. Oía a Harrold hablar, y también contemplaba el cielo. Lo contemplaba, imaginaba al sol saliendo en él, imaginaba un punto exacto en el que todo el tiempo se acaba y ese sol quedaba congelado, irradiando una luz brillante, convirtiendo a todo en una

gran pintura de trazos celestiales. E imaginaba, claro, que no me hallaba sobre la arena, sino sobre la piedra, que no era yo Mina, sino Liseth, y que frente a mí Kain estaba sentado, como siempre, con su melancolía y su serenidad, y aquel ardor imparable en sus ojos.

Y me decía: *"Nunca es demasiado tarde."*

Su voz resonaba, en cada nivel de mi consciencia, uniéndose a la de Harrold. Era como las campanadas del Canto, pero agradable: crecía, crecía, se multiplicaba y tapaba todos los sonidos, me llenaba y me infundía una determinación que no podía ser mía. Quedaba tiempo. Podía luchar. Podía cambiar cosas.

Puedo cambiar cosas.

Aquel coro se fue disminuyendo, poco a poco. Los sonidos de mi alrededor fueron ganando claridad. De entre ellos destacó la voz de Harry, parado frente a mí, tomando mis manos entre las suyas. Examinaba mis ojos.

-¿Quieres ser mi novia?

-¿Eh?

No amagué a retroceder. Él continuaba sonriendo. No sabía cuándo se había acercado, perdida en mi imaginación.

Lo repitió alto y claro.

-¿Quieres ser mi novia? Me gustas.

Las palabras se trabaron en mi boca. Comencé a olvidar en qué había pensado, y la sangre me subió al rostro. Harrold no soltó mis manos, pero pareció considerar necesario explicarse.

-Disculpa, nunca hice esto antes. Pero creo que si fuéramos pareja, me sería más fácil ayudarte. Cumplir mi rol. Claro que si no quieres...

-¡Eso es tan anticuado!- estallé. Los ojos de él se abrieron de par en par, tomado de sorpresa, pero luego soltó una carcajada: risas claras, amenas, que lograron relajarme. Tenía una risa contagiosa.

-Puede ser- volvió a reír al verme- Supongo que estoy chapado a la antigua. En realidad quise pedírtelo desde hacía semanas, pero...

-Está bien.

Se interrumpió. Yo lo miraba bien fijo, para que supiera que no bromeaba. Se aceleraba mi corazón en mi pecho, aunque no pensaba que fuera por amor. Era cierto que la idea me excitaba. Ser la novia de Harrold. Ser la novia del chico más popular de la escuela, poder refregarle eso en la cara a Alice, a las demás, a todo el instituto, inclusive a Orlana y Betiana. Un influjo de felicidad me invadió desde las entrañas, al tomar mi resolución. Kain tenía razón. Harrold tenía razón. Tenía tiempo. No tenía que pensar en esto como un castigo, sino como en una oportunidad, ¿no había en mí, además de miedo, rencor, un rencor tan profundo que en ocasiones parecía tomar forma propia? ¿No había ira, no había tristeza, no había cosas que me carcomían, imposibles de contener?

Lo cierto era que sí. Que más allá de mi miedo, si levantaba mi cabeza podía ser peligrosa. Lo sabía. Otras personas lo habían sabido.

-Pero con una condición.

Harrold esperó, curioso. El tacto de sus dedos era cálido. Me contemplaba como un animal que ve a un pequeño panadero flotar, interesado, inseguro de qué hacer conmigo.

-No hagas preguntas- dije- No le cuentes a nadie. Y ayúdame.

-¿Ayudarte?

-Sí- cerré los ojos- Ayúdame a vengarme.

Y antes de que pudiera añadir más, y antes de que yo misma pudiera atreverme, Harrold se adelantó y me besó. Sus labios se pegaron con los míos, una sensación húmeda, que despertó cosquilleos en mi lengua, y sus manos soltaron las mías para tomar mi cintura. Esta vez pude saborear bien aquel beso, registrando detalles para poder presumir luego con Kari. Fue un beso largo, apasionado por su parte. Yo me sentía divertida. Libre.

Cuando por fin nos separamos, su mirada parecía haber ganado aun más claridad.

-¡Desde luego!

LV

Así fue como, antes de que lo supiera, Harrold Camping, deportista número uno de San Naerit y el estudiante más deseado de todas las ciudades aledañas se convirtió en mi novio, en el primer novio que tuviera. Aunque siendo honesta, no podía negar que más bien era el novio de Mina, un novio que con todo y eso no tuve problemas en exponer, paseando de la mano juntos todo el camino de regreso al hotel, el tacto cálido, algo ardido de su palma haciéndome preocuparme, de si mi propia mano no estaba envuelta en sudor.

Pero aunque Harrold afirmara que yo era su primera novia -cosa que me parecía imposible-, se lo veía muy cómodo a mi lado, como si el que fuéramos pareja fuera tan sólo un trámite para tachar de su lista. No me importaba. Tal vez Harrold me usaba; cierto era que yo a él también, y también seguramente cierto era que ambos encontrábamos al otro atractivo, y con eso debía bastar. No sabía yo demasiado de relaciones, aunque había juzgado algunas: muchas eran siempre por conveniencia, por temor a la soledad, y no por algo tan difícil de pensar como el amor del que tanto hablaba Kari. Tenía a Harrold, y Harrold me tenía a mí, o al menos tenía a Mina.

Luego...

Al entrar al Grand Eternal, las chicas notaron el cambio, con ojos ávidos de curiosidad. Nuestros dedos estaban entrelazados. Juliana y Jossie susurraron, Elía juntó las palmas, y las otras nos saludaron con especial atención, muy sonrientes. Alice también se hallaba en el sillón, con una revista arrugada entre los brazos: nos miró, miró aquella unión, levantó una ceja y luego se dirigió a mí.

-¿Qué fue eso de ayer?

-Me sentía mal- contesté, simulando una sonrisa.

-Saliste corriendo como una mocosa de primer grado.

Tuve un impulso de golpearla.

-Me sentía *muy* mal.

Alice volvió a estudiarme, luego a Harrold, y luego chasqueó la lengua con enfado.

-Ya veo. Volveremos a juntarnos esta noche en el apartamento que ellas alquilan. Aunque tal vez prefieras hacer otro trote nocturno.

-Iré.

-Bien. Orlana dijo que nos tenía una sorpresa.

Y con eso dicho, y considerando para mí misma que el enfrentamiento no había sido tan malo como había imaginado, me separé por fin de Harrold y volví a mi cuarto, para digerir lo que había ocurrido y lo que pronto ocurriría. No podía negar que me sentía muy feliz: había subido en la escala, tenía un nuevo aliado, había tolerado el golpe de Alice y ahora, a la noche, tendría un encuentro que no me despertaba tanto temor como ansiedad, por aquel plan que ya pronto germinaba, enfebreciéndome los sesos.

En aquello gasté mis energías durante el día: y la tarde me encontré acostada en cama, leyendo las entradas del viejo diario, dándome un respiro de soledad. Las mucamas del hotel, a pedido, me trajeron una bandeja con jugo, galletas de mantequilla y frutos secos. Sin nadie que me molestara, zarandeando las delgadas piernas de Mina con diversión, hasta una lectura tan teórica como la que hacía resultaba relajante: al terminar me di un largo y refrescante baño, y dejé la habitación rumbo al centro.

Me sorprendí al hacerlo. Visgana no era una trampa, era, como ya lo sabía, un sitio vacacional y hermoso, con tantas cosas que no podía acapararlas todas con mi mirada. Pensaba en cada momento, ante cada vidriera, qué oportunidades tendría para permitirme una retribución, para hacerle pagar a mi pasado todo el mal que me había hecho. Había cosas que en mi depresión no había calculado, cosas que me favorecían: yo estaba sola, tal vez, pero fácil era conseguirme aliados -y hasta conseguir un novio había resultado sencillo- era hermosa, y era sencillo que la gente se rindiera ante mí, y, por sobre todo aquello, mientras fuera Mina Liseth no existía para el mundo en absoluto, y por eso también se desvanecían las sospechas contra Liseth, los recuerdos sobre Liseth, toda la maldad que alguien como Orlana o sus amigas pudiera compartir sobre mí.

A lo que concluía que, mientras me mantuviera en este otro cuerpo, estaría a salvo de cualquier rumor o vergüenza. Y como estaba a salvo, podía ser feliz; por eso fue que cuando oscureció, en la práctica, dancé frente a los ojos de Laurence y de la profesora DuMarque como nunca antes. No comentaron nada, pero sus expresiones estupefactas me confirmaron que los había sorprendido.

Cuando terminamos, no perdí oportunidad de hablar con las demás, de elogiarlas y dejarlas que me elogiaran. La noche estaba poblada de estrellas que velaban por mí. Luego me puse mis mejores ropas, me encerré otra vez en el baño y me miré al espejo. Ya era oscuro afuera. El rostro de Mina tenía pequeñas imperfecciones: un lunar en la mejilla, una mínima arruga cerca de los labios; pero por detrás de todo, la suavidad de su piel, el contorno bien marcado, hasta sus clavículas, todo en ella era perfecto. Si no fuera yo misma, me hubiera despertado envidia. Quizás todavía lo hacía.

-Pero soy yo.- me dije, admirada de ese milagro. Apoyé la frente sobre el espejo: mi frente, y la de Mina, ambos reflejos colisionando, sintiéndola a ella en esa imagen oscurecida, que de tan cerca no podía captar.- Gracias, Mina.

Desde luego, no respondió. Apenas se mantenía con vida. Era una voz débil, jadeante, muda en realidad dentro de mi consciencia. ¿Me odiaría? ¿Me imploraría? De seguro quería vivir. Lo importante era que Mina estaba viviendo. Todo lo demás se podría arreglar luego.

Al finalizar de lavarme bajé a la recepción, en donde los tres ya me esperaban tan elegantes como podían estarlo: Harrold iba de camisa, Anna estaba enfundada en un abrigo de gruesos botones y largas mangas, y Alice llevaba un vestido que le daba en los muslos, revelando sus bien formadas piernas. Ajustándome mi boina los seguí, perdiéndonos en la noche.

Como la otra vez, las dos encabezaron la marcha y Harrold y yo quedamos atrás. Sabía bien que lo que vendría ahora sería peligroso. Pero estaba preparada, y la mano de Harry tomando la mía me infundió de nuevo toda la resolución que había tomado desde nuestra charla. Alcé mi rostro bien alto, y no miré nada que no fuera lo que tenía en frente.

"Debo ser fuerte." Proseguí dejando las luces y los locales, entrando por la parte del centro plagada de caros apartamentos. El vaivén del vestido de Alice se detuvo frente a una entrada esplendorosa, regada de crisantemos en los costados. Se los veía tenebrosos, torcidos bajo la penumbra nocturna. Anna se los quedó observando en cuclillas, mientras la líder tocaba el portero. Se oyeron risas desde el comunicador, y Harrold y yo nos miramos. Con un chirrido la puerta se abrió.

Orlana y sus amigas habían alquilado un lujoso departamento en el piso más alto. A decir verdad, las piernas me temblaban un poco, y lo siguieron haciendo cuando el ascensor se detuvo suavemente y cuando tocamos el timbre del apartamento A.

La música se escuchaba desde afuera, rítmica, difusa. Reconocí a los Grades. Tomé aire bien hondo, sin soltar la mano de mi nuevo novio, preparándome. La puerta se abrió, y Orlana asomó su cabeza.

-¿Contraseña?

-Piérdete- sonrió Alice- No trajimos nada.

La otra le abrió riendo. El interior era espacioso: suelo de alfombra impecable, grandes ventanales dando a la ciudad, un minibar y habitaciones con camas matrimoniales. En un sillón había varias personas: Betiana, dos hombres vestidos como rockeros, una joven de cabello teñido de rosa y Mary, tan indistinta a la última vez que la había visto, con su pullover y su larga pollera y sus anteojos de marco grueso, encajados entre el abundante cabello. Todos los pensamientos se atoraron en el marco de mi mente, al volver a ver a mi única amiga. Parecía aburrida. Si la conocía bien, seguramente prefería estar leyendo un libro que pasar el tiempo como lo hacía ahora, pero que estuviera aquí tampoco me sorprendía, dado el cómo me había traicionado. Tuve que tragarme la amargura, y evadir su mirada.

Orlana levantó sus rizos, señalando a los demás. Betiana también hizo un gesto algo patético, hacia los dos hombres y la chica.

-¡Sorpresa!

Me volví hacia esos tres, sin entender. Las dos chillaban de felicidad. Alice dio un silbido, y Anna aplaudió.

Entonces mis pensamientos hicieron un *clang*, y reconocí a los Grades; esta vez, no sus voces sino sus personas, los infinitos posters pegados en las paredes del cuarto de Kari Weigler.

-¡Son...!

Mi voz salió como un grito. La joven de pelo rosado levantó una botella, guiñándome un ojo.

-¿Otra fan?

-¡Qué hacen aquí!- chillé como una idiota. Mi emoción era por Kari, ¡Kari se hubiera muerto de la felicidad! ¿Cómo...?

-Conocemos al papá de Orlana desde hace mucho- respondió relajado uno de los hombres, de chaqueta de cuero y barba prominente- Y nuestro estudio no está muy lejos. ¿Tú eres Mina, no es cierto? Hace poco hablábamos de ti.

No supe qué responder. Harrold se adelantó, y el otro miembro, lleno de tatuajes en los marcados brazos, lo señaló.

-¿Y tú eres el novio?

-En efecto.

-¡Ah, Sin, lo ves! ¡Te dije que él estaría ocupado!- dijo a la joven con otra carcajada. Orlana y Betiana parecieron asombradas por la noticia, pero Sinnead Grades miró a ambos y sonrió, apoyando la cabeza en el hombro tatuado del otro para luego guiñarnos un ojo. No acotó más, y mi impresión general fue que los tres se hallaban bastante drogados.

-¿De verdad?- nos miró Orlana, incrédula- ¡Oh cielos! ¿Cuándo...?

-Hace unos días...- respondió Harry, sin ceder.

Su amabilidad pasó por encima de ella.

-¡Por eso te fuiste corriendo!- me señaló Betiana.

-Lo ven, eso resuelve el misterio.

Travis. El de los tatuajes era Travis: por lo que Kari me había contado, era el novio de Sinnead, aunque se rumoreaba que la engañaba y tenía amoríos con centenares de fanáticas a espaldas del set. Fuera el caso o no, se los veía bastante relajados, echados en el sillón y con las cabezas una al lado de la otra. El de la barba en cambio se llamaba Francis, y oficiaba de baterista. Agradecí mentalmente las largas horas de lecciones en aquel cuarto atiborrado. Podía llamarme a mí misma una experta.

-¿Tocarán Song Of Indolence o les cansó por la gira?- arriesgué a preguntar, sentándome en uno de los pufs. Evitaba mirar a Mary; en lo que me ayudó que Harrold ocupara asiento a mi lado, tapándomela con su brazo.

Los Grades se miraron, admirados, y se volvieron hacia Orlana.

-No nos dijiste que era una verdadera fan.

-¡Les juro que no lo sabía! ¿Mina, también te gustan?

-¿Cómo no van a gustarme?- le sonreí. *¿Y por qué no te arrojas por la ventana, niñita rica? No es tu amistad lo que trajo a esos tres aquí, sino una buena suma de dinero de los bolsillos de tu padre.*

-Nos sorprendes cada día- añadió con sarcasmo Alice. Tenía enemigas por todas partes, pero no me rendí.

-Vi su última gira, y también amo los álbumes... Aunque su trabajo del 95 es un poco...

-Ya- levanto la mano Francis.

-Ni lo menciones- dijo Sinnead- Esa fue una mala época.

-¿Cuál tema prefieres?

Simulé pensarlo por unos momentos. Cuando hablé, mi voz fue la de Kari.

-You Don't Look Like Harmony.

El trío se miró.

-¡Interesante!- dijeron, y Travis levantó con su brazo una de las botellas del suelo, para darle un largo trago desde el pico- ¿No quieres?

Lo acepté, y bebí de su contenido sin sospechar que se trataba de whisky. Ocultar mi gesto de desagrado fue costoso, pero se la pasé a Harrold sin rechistar. Él la olió, pero decidió no tomarla; se la tendió a Mary, quien también pareció dubitativa. Seguro la traidora todavía se esforzaba por encajar.

-¿Y tú banda preferida es...?- me señaló Sin.

Pensé unos momentos.

-Cinderella.

Se miraron. Orlana, Alice y Betiana también parecieron extrañadas. El silencio reinó entre los nueve por algunos segundos.

-¿Mina? ¿De verdad?

-¿Y eso?- inquirió Anna.

-¿No basaron su segundo álbum en Cinderella?- increpé a Travis. Este abrió los ojos de par en par, y luego dio otra estruendosa carcajada.

-¡Hay que ver lo que uno encuentra! ¡Una concedora a tiempo completo!

A su lado su novia dio un gritito de admiración. Francis tenía la botella ahora: simuló brindar en mi nombre, y se bajó el contenido de a grandes tragos, el whisky manchando de gotas pardas su hirsuta barba. Me sentí bien. Estaba siendo el centro de atención, algo que definitivamente no había esperado.

Pero lo importante era ver cómo manejar esto a mi antojo.

-Si no les molesta- se levantó Travis, sin dejar de mirarme- La cosa se puso interesante, así que prenderé un cigarrillo.

-Claro que no- dijo Orlana- Aquí somos libres.

-¿No es una monada?- guiñó un ojo él, y comenzó a buscar en los bolsillos de su vaquero. Sinnead terminó alcanzándole un paquete, y Travis tomó un cigarrillo largo, enrollado, y se dispuso a encenderlo sin dejar de mirarme. En sus pupilas había una intensidad muy sugestiva. ¿Así miraba a todas sus fans? Pero su novia no pareció notarlo, sino que siguió bebiendo, ahora de otra pequeña botella de licor. A nuestros pies estaba poblado de envases sin abrir: vino, cerveza, licor, ron, vodka, whisky, algunos envases arrojados de lado, otros sellados, otros que habían rodado por debajo del sillón y de los muebles.

Para sumar a eso, en cuanto Travis dejó salir el humo de su cigarrillo me di cuenta enseguida de que no se trataba de tabaco. Había sentido el olor a cigarrillo innumerables veces, gracias a mi padre. En ocasiones, Norbert también hablaba de fumar. Pero el aroma de aquel humo verduzco era diferente.

-¿Quieres?- me ofreció Travis. Sus ojos seguían brillando. Me trabé por un instante, insegura. No le tenía miedo a una droga como esa. Papá me mataría. Pero papá no tenía por qué enterarse. Y si decía que no, ellos iban a pensar que yo...

-Acepto- entrometió su mano Harrold. El otro pareció no haberlo tenido en cuenta, y la molestia cruzó su rostro en cuanto Harry se lo arrebató. Luego su expresión se truncó en perplejidad, pues él sólo lo contemplo, y no dijo nada ni amagó a ponérselo en la boca.

-Tienes que darle una pitada, campeón.

-¿Nunca has fumado?- lo miró Sinnead.

-Jamás- sonrió Harry. Tuve que respetar la tranquilidad con que lo confesaba.- Pero creo que voy a pasar. ¿Alguien más quiere?

Al lado de Francis, Betiana levantó su mano con timidez.

-Yo.

Se la veía asustada. Era ridículo, si consideraba la cantidad de veces que de seguro Orlana y ella se habían alcoholizado, pero también era cierto que, como se decía en Nueva Gabul, los padres de Betiana eran muy estrictos y la limitaban considerablemente, al punto de no haberla dejado siquiera ir a la casa de sus amigas durante años. Que estuviera sola en Visgana debía de ser una gran aventura para ella: por eso mismo, seguramente creía también que fumar lo que le ofrecieran los Grades sería otra gran proeza, una rebeldía inigualable.

La chispa de una idea se encendió en mí, viéndola pitar de aquel cigarro con timidez, ante las miradas de todos y los consejos excitados de Travis. No debía olvidar que si toleraba pavonearme entre ellas era para obtener mi venganza, para sellar ese pasado que tanto me había turbado. Betiana terminó de fumar, hizo una sonrisa muy poco convincente, y se lo pasó a Mary. Ella apenas lo miró, y en cambio se lo dio a Francis. El baterista de los Grades fue tan inclemente con el cigarro como lo había sido con la botella de whisky, dejando apenas una colilla que tendió a Orlana. Por supuesto, la estrella de Nueva Gabul no quiso quedar atrás de su seguidora, y también intentó fumar cuanto pudo; por suerte para mí, no pudo resistir la tos y acabó con lágrimas en los ojos. Para cubrirse, volvió a ofrecérmelo.

-No, gracias- dije. Si Mary se había negado, Mina Harvnes también podía hacerlo sin dificultades. Hubo un cruce de decepción en la cara de Travis al percatarse de que me había decidido, pero no me dio tiempo a sentir culpa: Orlana rápidamente se lanzó a su lado, sonriente, simulando estar relajada.

-¡Qué rico!

-¿Rico?- rio él, ojeándola. Sinnead se apretó más a su brazo, con disimulo queriendo hacer ver que era su novio y no el de una colegiala.- Verdaderamente son unas crías.

-Si quieren probar cosas de verdad, podría hablar con algunos amigos que tenemos por la ciudad- añadió Francis, rascando su hirsuta barba- Ahí verán lo que es rico. Las volverá locas.

-Hombre, son unas niñas- bostezó Sin- ¿Porqué llevarlas por ese camino?

-Ya tengo diecinueve- mintió Orlana, parándose. Era verdad que su cuerpo parecía adulto: sin tener la elegancia que tenía Alice -tan callada con Anna pegada a su lado-, bajo sus ropas se evidenciaba un generoso busto, buenas caderas y piernas bien proporcionadas. Travis volvió a revisarla, y, como una luz que se revela al fondo de un largo túnel, aquella mirada perversa que hacia minutos me había regalado a mí se dibujó para Orlana.- Puedo probar cualquier cosa, ¿no Beti?

Betiana asintió varias veces.

-¡Claro que sí!

Los Grados estallaron en carcajadas, pero parecieron convencidos. Noté varias cosas de nuevo, prestando especial atención. Sin no soltaba el brazo de Travis. Travis veía, lascivamente, la línea en donde la pollera interrumpía los muslos de Orlana, aquel espacio oscuro que de seguro se le ofrecía como una invitación. Tuve un escalofrío, y miré a Harrold. Él sonreía, como siempre, imperturbable. Se volvió hacia mí, e hizo un gesto. Lo comprendía. *Te ayudaré*, decía su mirada. Pero para eso necesitaba una señal, y la noche recién daba inicio.

Así que para hacer tiempo, me puse de lleno en simplemente hacer lo que jamás había imaginado podía: disfrutar una velada con personas como Alice McRyans o Orlana Veine, cumplir un sueño que no me pertenecía –a cada segundo imaginaba a Kari, baboseándose por el placer de respirar el mismo aire que Sinnead- y deslumbrar a nuestros invitados con todos los conocimientos que durante meses había adquirido sobre su música, fueran sus álbumes, fechas, escándalos, conciertos o las innumerables entrevistas que habían dado en los últimos años.

El tiempo fue volando, entre sorbos de alcohol, risas y comentarios. Brillaba yo en el centro de todo, sin despegarme de Harrold, obteniendo la atención de los Grados y, desde mi posición, poniendo mi ojo en todo lo que me interesaba: el silencio tímido de Mary, el hecho de que Alice sí parecía abrirse un poco con las otras dos, el aburrimiento de Anna, el interés de Betiana por destacar y aquella vibra curiosa, que podía leer entre Orlana y Travis y de la cual Sin no parecía enterarse. Yo misma también tomaba: pero nunca demasiado pues quería mantener mi consciencia –y no me agradaba el alcohol- por lo que en mi caso actuaba mucho más borracha de lo que realmente estaba, tambaleándome y arrastrando las palabras.

Cuando ya eran las tres, el escenario había cambiado de nuevo: Travis estaba acostado, con la cabeza sobre el regazo de su novia; Orlana estaba a sus pies, Betiana y Francis compartían otro cigarrillo y Alice se hallaba de cuclillas, el cabello largo hasta el suelo, con Anna como siempre pegada a su lado. Harrold y yo éramos los únicos que nos manteníamos como en un principio. Hice una seña elocuente, simulé levantarme con problemas y me estiré.

-¿Y el baño?

-¡Vas a vomitar!- dio una carcajada Orlana.

-¡Ni loca!- le sonreí. Deseaba fervientemente que muriera.- Estoy un poco mareada.

-Este es un remedio para esas cosas- me adelantó otra botella Travis. Apoyé el pico sobre mis labios, y simulé beber. Era un líquido asqueroso. Harrold entonces se levantó, como si planeara seguirme: en cambio tomó aquel envase, y exclamó.

-¡Miren, miren! Voy a hacer fondo blanco.

-¡Harryyyy!

-No lo creo.

-Eso es ron, ¿lo sabes, no?

-Parece que por fin tiene ganas de divertirse.

Su distracción me probaba que me había comprendido a la perfección. Con todas las miradas puestas en él, pude resumir un paso más normal hacia las puertas en donde se adivinaban las habitaciones. No me di la vuelta, ni simulé dudar. Si me descubrían, podía alegar que simplemente estaba

borracha. Sabía que no tendría problemas en actuarlo. Mientras oía de fondo a todos corear a Harry para que completara su proeza, y los ruidosos tragos que su garganta daba, entré febril al cuarto de las chicas, el que imaginaba era de Orlana por el aspecto de princesa que tenía. La cama era mullida, de grandes colchas rojas, deliciosa. Había un placard lleno de vestidos, zapatos, todas compras que debía de haber realizado en la ciudad. La odiaba. Era desagradable todo lo que tenía por el sólo hecho de haber nacido, todo lo que sus padres le habían dado y con lo que ella se pavoneaba, tan orgullosa de sí misma.

Luego, en la mesada...

Me senté sobre la cama, y levanté su celular. No sabía manejar bien esos aparatos, aunque durante algunos años Thomas me había comprado uno. Todos los chicos populares de Nueva Gabul los tenían; en San Naerit eran todavía una novedad, y por sobre todo el que ahora tenía en mis manos se veía más novedoso que el resto, con una pantalla colorida, que iba cambiando de tono con cada botón que tocaba. Comencé a probar. Debía de haber algún modo de...

Encontré lo que buscaba en el registro de llamadas. Después de la palabra Papá, seguía un largo número, que grabé en mi mente. Era buena con los números. Pensé que mi profesora de matemáticas, Eleanor, hubiera estado orgullosa de mi memoria.

Al terminar dejé el teléfono sobre la repisa, y me levanté para regresar. Las carcajadas continuaban entre aplausos. Harrold debía de haber acabado su show a la perfección. En el pasillo Mary me interrumpió con una mirada acusadora.

Quedé congelada. Tenía sudor frío resbalándome por la frente, pero no era el producto de ninguna borrachera. Mary tampoco había bebido alcohol en lo absoluto. Me miró queda, tras los anteojos de marco grueso, y luego vio la puerta por la que había salido, la del cuarto de Orlana.

Necesité recurrir de todas mis energías para sonreírle.

-¿Todo bien?

-¿No ibas al baño, Mina?

-Estoy...- dije, caminando para pasarla- Me duele un poco la cabeza. Me quise acostar.

Mary me oyó en silencio, viéndome regresar hacia donde los demás estaban.

-Ya veo.

Y eso fue todo. Mis puños se apretaron, hundiendo las uñas de Mina en mi palma, y me resistí a apurar el paso. Eran ridículas las ganas de llorar que tenía cuando la veía, si pensaba en todo lo que habíamos vivido, si recordaba que en algún momento la había considerado una amiga. Quería gritarle, escupirle, inclusive golpearla, pero no podía. Mary era mucho más peligrosa que Orlana, que cualquier otra chica estúpida de Nueva Gabul.

Cuando volví a ocupar mi lugar al lado de Harry, la botella de ron estaba vacía bajo nuestros pies. Los otros todavía se enjugaban lágrimas. Mi corazón latía por el peligro, sin estar en sintonía con el ánimo festivo del resto. De pronto me sentí muy despierta, tal vez demasiado.

-¿Terminaste?- me susurró mi novio.

Asentí. Sólo Sinnead pareció captar aquella charla baja, aunque ella también se hallaba demasiado alegre, por lo que soltó una carcajada y nos señaló.

-¡Ustedes hacen una hermosa pareja, chicos! Desearía que mi abejorro y yo conectáramos como lo hacen.

Travis sonrió, todavía en su regazo.

-Lo hacemos, encanto.

-Ah, cariño... Tú sólo piensas en la cama.- le dio un beso ella en los labios- ¿Y, Mina? ¿Ese semental también es así?

No comprendí la pregunta, todavía ocupada en lo de Mary. Mi demora hizo que Sinnead se acercara aun más.

-¿Ya lo han hecho, no? Dos chicos tan lindos no deberían desperdiciarse si se quieren.

-Yo...

-Claro que sí.- sonrió Harrold- Mina es salvaje bajo las sábanas.

La sangre subió dominando mi rostro, y Sin estalló en carcajadas. Los otros miembros de la banda silbaron, celebrando, y sólo Harrold pareció estar de lo más tranquilo con lo que había dicho. Sentí una mezcla de vergüenza, ganas de matarlo y también de darle un abrazo. Una respuesta tan cruda me había salvado de explicar más. Y ni hablar de la furia que parecía estar mostrando Alice al vernos.

-¡Entonces un brindis!- levantó otra botella Travis, animado- ¡Un brindis por el amor, y por los culos!

-¡Cerdo!- chocó su botella Sinnead. Los otros los fueron imitando, poseídos por aquel espíritu embriagador; yo también, pasada mi vergüenza, alcé un envase cualquiera del suelo y lo junté, a aquel tintineo general, de vidrios y restos de bebida.- ¡Mi novio es un cerdo! Mina, espero que Harry no sea así o te aseguro que la pasarás mal.

Y en unísono, todos levantamos nuestros brazos hacia las luces cegadoras del apartamento, y volvimos a beber.

LVI

La mañana nos encuentra arrojados, esparcidos por todo el espacio del apartamento. Los rayos del sol, desde la ventana, crean reflejos dorados contra la alfombra y las paredes, propagándose a través de las botellas vacías, de los vidrios rotos, de las cervezas a medio beber. Sólo los ronquidos leves de Francis interrumpen el silencio absoluto, discordante a los ecos que me llegan en la distancia, de borrachos, de juegos e idioteces, todo ruido y caos. Su

panza se hincha, inmensa, el ombligo apuntando a un ventilador que por algún motivo está encendido, refrescando el sueño de todos. Yo quedo sentada, cerca del sillón. Me duele la cabeza. Mi boca está reseca. Tengo el rostro sucio, y la sensación de no haberme bañado en un año. También tengo ganas de vomitar.

Como un soldado que despierta en medio de la batalla, rodeo con la mirada los vestigios de la noche: toda la basura, y a las personas; Alice, hecha un bollo, tomando sus rodillas y acostada en su largo e impecable cabello, duerme con la expresión de estar a punto de llorar; Travis, con Sin echada encima de él, pero su mano curiosamente cerca de la pierna de Orlana, arrojada de lado y con el cabello embadurnado de vómito. Betiana se encuentra tirada contra la pared; tiene una frazada puesta encima, acción en la que intuyo la mano de Mary, que por no beber ha podido acostarse cómodamente, como adivino al no verla, en su esplendorosa cama de la habitación de al lado.

Busco a Harry, o a Anna, pero no los veo. Ya deben haber despertado. Me restriego los ojos, y doy un gran bostezo. Afuera se sienten los sonidos de la ciudad, de la actividad vacacional y de un invierno que parece verano. La carne de mis brazos se estremece, percatándome entonces del frío. Decididamente invierno.

Me levanto, tomo mi gorra de sobre una silla, y me acerco a Sinnead. Me sigo repitiendo el número, una y otra vez, para no olvidarlo. De una de las botellas arranco el envoltorio, lo doy vuelta, dejando ver la parte blanca, y luego tambaleándome tardo casi media hora en encontrar una lapicera que funcione, hurgando los cajones y las estanterías. Encuentro una que sin duda pertenece a Mary.

Me acerco a Travis y a Sinnead, y levemente sacudo a la última.

-Sin.

No se mueve. Parece muerta.

-Sin.

Estoy segura de que los tres han tenido fiestas mucho más interesantes que la de aquí, así que la sacudo con más ímpetu.

-¡Sin!

-¿Ah?- despega ella los labios, todavía dormida- ¿Qué pasa?

-Quiero un autógrafo.

-Vale, vale. Pero me dejas dormir.

Pongo la lapicera entre sus dedos, y ella hace una temblorosa firma. Pero sigue siendo una firma. Doblo el papel, y me lo guardo. Luego se me ocurre algo: lo abro, escribo el número que tomé del celular de Orlana y lo anoto del otro lado, poniendo fuerza en los trazos para que se pueda leer por sobre el color de la marca. Al finalizar quiebro la lapicera de Mary en dos pedazos. Pequeñas astillas de plástico me lastiman los dedos. Veo una gota de sangre nítida, increíblemente roja, y uso mis labios para saborearla. Tiene un débil gusto salado.

Luego, imaginando que Harry no va a regresar, con disimulo pongo pies en polvorosa.

Aunque mi resaca no me deja apreciarla como se debe, me puedo dar cuenta de que la mañana es hermosa. Calienta un sol esplendoroso en lo alto, el viento remana, y son muchos los que disfrutan de desayunos o almuerzos tempranos, el delicioso aroma del chocolate caliente, del café, de las facturas y las masas recién horneadas sale a la calle, por donde camino junto a otros que, por estar vestidos, asumo no han querido arriesgarse a probar la templada agua marina.

Me dirijo hacia la playa a paso lento, sin importar que los transmutes noten mi aspecto demacrado. A pesar de todo mi cansancio, mis pensamientos están muy claros, tan claros como si los ordenara una lista. Me llamo Liseth. Tengo dieciocho años. Me llamo Mina. Tengo diecinueve años. Mi padre se llama Thomas Aurdelard, y vive en Nueva Gabul. Desconozco cómo se llaman mis padres, pero tengo una abuela en los límites del pueblo. Me gusta la matemática, el café, y los gatos. Me interesa ser abogada, la danza, usar ropa a la moda. No tengo novio. Mi novio se llama Harrold Camping, deportista número uno de la escuela. Vivo con...

Al tocar la arena, me percató de que mejor sería quitarme las sandalias, para sentir aquel fino talco otra vez. Mientras lo hago, de cuclillas e ignorando lo que me rodea, vuelvo a darme cuenta de algo. Algo distinto.

Aspiro el aire puro, salado, y veo el oleaje suave romper contra las caracolas. Un poco más allá, un hombre pasea a un siberiano blanco, mucho más imponente que el gordinflón Waldorf, y el perro lo sigue encantado. Una pareja ríe, azorada por lo frío del agua. Un niño mira con ojos golosos al carro de los helados que se acerca en la distancia. Lo que he descubierto es que estoy feliz. Feliz porque, en dieciocho años de vida, es la primera vez que puedo decir que fui una persona normal: que salí, que bebí, que reí con amigas, que oí rumores y sospechas, que me levanté con dolor de cabeza y dispuesta a enfrentar el día. Porque hice lo que nunca había imaginado, porque tengo un novio, porque sé que hablan de mí; o más bien, en resumidas cuentas, porque puedo salir ahora y pensar que mi vida está bien, que encajo en el escenario, como el resto de las personas que se pasean en esta playa.

Pero si estoy feliz, ¿qué es esta sensación?

Es algo más. Duele.

Soy feliz, pero duele.

¿Mina, eres tú?

No hay respuesta, y si la hay se confunde con el rumor de las aguas y las carcajadas de la pareja. Con un suspiro vuelvo a levantarme, mis sandalias entre los dedos y el cabello movido por la brisa. Me duele el pecho. ¿Por qué? Es un dolor distinto, no físico. Pero soy feliz. Soy Mina. Es imposible que pueda estar triste.

Camino, dejando que el día amaine los efectos de la resaca. Estoy sedienta. A mis costados pasan muchachos, ancianos, familias, pero ni yo les presto atención ni ellos parecen prestarme atención a mí. A contraluz, el sol irradia una energía que nos envuelve a todos: más allá, desembocando contra las piedras, puedo ver la playa en donde Norbert suele ir, pero no apuro el paso, intentando desentrañar qué se mueve en mi corazón.

Cierro los ojos, y muevo los pies. Es tibio. Quizás tan sólo extraño a Kain. Por mucho que pueda hacer aquí, cuento los días para volver a verlo. ¿Qué estará haciendo? Lo imagino dormitando, o con alguno de los libros que le dejé entre los dedos, viendo el atardecer y pensando. Pero por mucho que me esfuerce, y por mucho que me guste, no logro que sea el pensar en él lo que llene el vacío. Continúo mis pasos, cada vez más desvelada. ¿Qué más hay?

¿Qué he olvidado?

Más allá, con las manos en los bolsillos y los ojos puestos en el horizonte, veo a Matt y doy un respingo. Vienen a mí los recuerdos: de hablar con él, de nuestros paseos, de aquello que me contó sobre su madre. Viene a mí también todo lo que Mikhail Eder me dijo, lo que Matt mismo no sabe. Debí haber imaginado que me lo cruzaría. Matt también madruga, a Matt también le gusta pasear.

Como todavía no se ha enterado de que estoy cerca, me pongo a observarlo. Se pierde en la línea del mar como si esperara ver algo aparecerse desde allí: un barco, una visión, o algún pensamiento. En el verde de los ojos, algo se conmueve, indiferente al viento, al sol o a cualquier inclemencia. Está pensando. Piensa como si rezara. ¿Está pensando en Mira?

"Matt, ¿pensarás en ella siempre?"

En todo lo que te equivocaste, en las cosas que no pudiste decirle. En que era tu madre, y la rechazaste. ¿Cómo podrías soportarlo?

Necesito salvarlo.

Me muevo, y cada paso parece arrastrar una tonelada. No quiero que Matt... No quiero que Matt sufra, recordando cosas que serían mejor olvidadas. No quiero que viva toda su vida lamentándose. El dolor es algo terrible.

-Hola.

Matt se vuelve a mí lentamente. Se vuelve hacia Mina Harvnes. El color de sus ojos, antes tan definido, parece nublarse. Parece no entender del todo quién soy.

-Hola.

-¿Qué haces aquí?- pregunto.

Sigue trabado, observándome. Pero no debería estar confundido. Kari me dijo que Mina le gustaba. Ahora mismo, soy la chica que le gusta. Sin embargo no me parece que se halle nervioso. Más bien tiene el aspecto de no comprender algo, de estar esforzándose por recordar una respuesta.

-Mi familia decidió venir aquí a vacacionar. Nos quedaremos hasta que pase el invierno en el pueblo.

Le regalo una sonrisa. Sin entender porqué, de pronto estoy incómoda. No sé qué decir, y Matt me sigue observando. Me observa como si pudiera ver perfectamente quien soy.

-Nosotras...

-Bailarán en el Lastega, ¿no?- dice- Seguro les irá muy bien.

Asiento. ¿Por qué estoy nerviosa? ¿Por qué me late el pecho?

-Será... Será en dos semanas.

-Practiquen mucho. Oí que varios sabuesos de talentos suelen ir a ese tipo de espectáculos.

-¿Quieres venir?

El viento me revuelve las ropas, el pelo, me quita del todo el cansancio que tenía. Pero sigo confundida. Y él también parece estarlo, parece seguir intentando ver algo, algo que se le escapa. Cuando hablo, lo hago para distraerlo. Porque de pronto empiezo a temer que, de esforzarse, Matt pudiera comprender por fin todo, que pudiera entender con quién está hablando.

-Si quieres venir, estás invitado. Hablaré con nuestro profesor... Y pasarás gratis. Pensé que...

-Allí estaré.

Su voz sale neutra, carente de emoción. Me sigue estudiando. ¿Por qué me siento tan extraña? Siento que las piernas se me están por fundir, que estoy a punto de desarmarme en pedazos.

No puedo soportarlo más.

-Tengo que irme.

-Está bien. Diviértete.

¿Por qué?

No puedo entenderlo.

Y aunque no hay oscuridad, ni terror, ni voces, cuando retrocedo y me pierdo tras una de las altas casas, mi respiración es profunda y un pavor intolerable me domina. Y cuando abro la Puerta y vuelvo a ser yo misma, de rodillas sobre el pasto, siento ganas de vomitar y también calma, la calma de haber evadido algo que no puedo, ni quiero, comprender.

LVIII

Pero cuando volví a encontrármelo, en el chalet y como Liseth Aurdelard, Matt estaba tan bien como siempre, como si nada hubiera ocurrido. Desde luego que no recordaba nada que tuviera que ver con Mina Harvnes pero, ¿era eso sólo lo que lo ocupaba, cuando su mirada se enturbiaba y sus pensamientos parecían atravesar por completo mi disfraz?

En lo demás, separados de los avances de mi otra vida, el resto seguía como antes. Tuve un almuerzo algo tardío, con Norbert, tres de sus cuatro hijos y Mikhail; hablaron de usar la noche para hacer algo recreativo, participé y me sentí cómoda. Claro que era un día especial. El resto no tenía por qué saberlo pero, mientras nos divertíamos y conversábamos, Mikhail Eder y yo teníamos una alarma, que a cada rato iba descontando segundos. En cuanto Norbert decide irse a la playa, aquel reloj estalla.

-No perdamos más el tiempo.

Y, cuidándonos de que nadie nos vea, abandonamos el chalet, en dirección a los barrios que se pierden más próximos al centro. En dirección a donde, según entendemos, se hospeda Johan Weigler.

LIX

-Primero te repetiré la idea principal- me dice con un susurro Mikhail, como si fuera una lección, en la que las palabras no pueden escaparse de la piedra tras la cual ambos estamos acucillados esperando- La idea principal es que Helen Degare, sin todavía cumplir los treinta, planeó y ejecutó el asesinato de Mira Strauser. Contó con todos los medios: cercanía a la víctima, confianza de la familia, y ni hablar de los medicamentos y venenos disponibles en el Hospital de San Naerit, en el cual, según pude juzgar, no existe control alguno. Cuántas cosas se evitarían si se aplicara en los pueblos la regla de las ciudades. En cuanto a qué sustancias utilizó, se me ocurren demasiadas. En principio, creo que logró poner veneno en la comida de Mira. No había motivo alguno para sospechar de Helen. Y cuando aquello hizo efecto, ya todo quedó en sus manos.

»Fue matándola lentamente. Con la excusa de curarla, logró empeorarla, inyección tras inyección, sustancia tras sustancia. ¿Lo sabía Mira? Mi mentora era muy inteligente. Tenía un nivel de percepción con el que la mayoría sólo podemos soñar. Mira se hubiera enterado de un clavo molestándola bajo dieciocho colchones de plumas, como dice el cuento. Así que, Aurdelard, por lo que a mí respecta, partamos desde la suposición que no sólo Helen asesinó a Mira, sino que también Mira supo lo que Helen estaba haciendo. Y sabiéndolo, aun así se llevó a la boca las cucharadas que su asesina le servía.

-Eso es una locura- chasqueo la lengua.- Si la esposa de Norbert sabía que la iban a matar...

-“Me están matando”- me interrumpió él, y yo lo recuerdo y callo.- ¿Lo ves? Mira lo entendía perfectamente. Quizás la única razón por la que no pidió a Helen que hundiera un cuchillo en su garganta es la misma por la cual Helen se tomó tal trabajo en acabar con su víctima. Intentaban que el crimen no despertara sospechas. Lo cual nos lleva al siguiente punto. ¿Sabes cuál es?

-Deja las preguntas para tus alumnos de casa.

-Es la motivación- continúa él sin escucharme- La motivación que, por supuesto, también está más que clara. Es la segunda parte de la carta que en secreto Mira me envió antes de morir. “Un niño desapareció”. Hace tanto tiempo, en San Naerit, Kain Antar se esfumó. Sus padres murieron, y él jamás

fue hallado. El autor de ese crimen es el hombre a quien te empeñas en llamar el Titiritero. Pero tiene que haber más. Porque...

-Porque Mira, que como dices percibía todo, supo que Kain había sido asesinado. ¿No es así?- lo corté- Lo supo, y por eso mismo se convirtió en la siguiente en la lista del Titiritero. Ahora me toca a mí hacer preguntas.

Tras darle una ojeada a la casa blanca, de dos pisos que espiamos, Mikhail vuelve a su lugar y asiente.

-Habla.

-Vas a tener que tolerar que me ponga a mencionar fantasmas y posesiones.

-Lo toleraré.

-Bien- asiento un par de veces, y levanto dos dedos- El Titiritero puede controlar a los Cuatro. Tal vez pueda controlar aun más muertos. ¿Por qué no poseer a Mira, y obligarla a suicidarse? ¿Por qué recurrir a su nuera?

-Yo lo vería de otro modo- baja uno de mis dedos Mikhail, sereno- Asumamos que Mira era distinta. Tú tienes tu diario, y has hablado con Kain; sabes de los poderes de ese sitio, y la Puerta que invocas, y toda esa fanfarronada que te compete. Pero no conociste a Mira Strauser. Si una persona pudo ser diferente... Doy mi corazón en juego a que es ella.

-¿Dices que no funcionaba el poseerla?- bufo. Pero Mikhail asiente, por completo convencido.

-Si era mi mentora, no lo dudo en absoluto.

-Percibo enamoramiento infantil.

Él sonrío.

-¿Hay en el diario, menciones de personas inmunes a los poderes del Palacio?

Me esfuerzo en recordar. Mientras lo hago, mientras viajo entre la voz imaginada del narrador y los horrores, monstruosidades y perversiones que he leído, mi aliado sigue observando atentamente la casa a través de sus lentes sin marco. Desde esta posición, tras la piedra, tenemos refugio del sol y del viento. Todo lo demás es silencio. Y no parece que hubiera nadie en el sitio; pero el Ferrari rojo, inconfundible, se halla varado en el estacionamiento, con el capó retrocedido para dejar ver los lustrosos asientos, y si algo se bien de Johan es que jamás concedería salir si no es con su amado coche.

Así que aquí esperamos, a la menor señal de vida.

-Creo que...- digo, recordando- Creo que existía la posibilidad.

Eso había dicho, si mal no evoco sus palabras, el demonio Glasyalabolas: que si alguien tenía, como yo, como el narrador o como la tal Raquel, una pizca del talento necesario para ser considerado un nigromante, hubiera podido ver a través de las memorias falsas creadas por el Palacio. Y si le concedía un poder así, ¿por qué no creer también que fuera resistente a las posesiones?

Llevado al caso, tengo que considerar aun más la posibilidad. ¿Sería Mira inmune, como Mikhail sostiene? Y si ella lo es, entonces Matt...

-Nos aferremos a esa idea- se limpia los anteojos él- Que a diferencia del resto, Mira sí pudo saber lo que había ocurrido con Kain, y, todavía más, el Titiritero no podía deshacerse de ella con tanta facilidad. Poseer a Helen viene a ser así un paso casi obligatorio. Helen no tenía inmunidad a sus poderes, vivía cerca de Mira, tenía los estudios o el interés en acercarse a ella. Sobre el motivo por el cual mi mentora se dejó asesinar, la cuestión también me parece obvia.

-Porque si Helen fallaba...

-El Titiritero la asesinaría a ella- asiente Mikhail, viéndome fijo- Y Mira Strauser debió de haberlo entendido muy bien. Ahora viene la cuestión que me compete a mí. O a ti, dependiendo de cómo lo veamos.

-¿Y esa es...?

Se oye un ruido, en la puerta de entrada, que contiene nuestras respiraciones. Ambos asomamos por el borde de la piedra, atentos al umbral del cual emerge Johan, de camisa hawaiana y shorts. Trae lentes oscuros, una toalla sobre el antebrazo, y en la mano hace girar las llaves del auto. Parece tan satisfecho consigo mismo como siempre.

-La pregunta es cómo encaja él en todo esto.

No me apuro en responderle, viendo a Johan dirigirse hacia el baúl, abrirlo, e inclinarse cerca del equipaje. ¿Qué ocurriría si nos descubre? Posiblemente nada. Posiblemente Johan Weigler sepa muy bien que lo estamos espiondo.

Tras rebuscar un rato, saca de allí una botella. Suelto el aire al comprender que es loción.

-Hace unos meses, antes de que Zaq quisiera matarme. Entré al Palacio.

-¿Sólo entonces?

-Entré a un sitio mucho más profundo del que normalmente voy, ese en el que Kain se encuentra esperando. Pasé muchas puertas. Fue un error. Fue una... Una pesadilla.- con un impacto, el baúl se cierra y Johan regresa a la casa, pero deja la puerta abierta. Es obvio que está por dar un paseo- No sé cuánto de esto me creerás. Pero las cosas que vi allí...

-Entiendo.

-No, no lo entiendes. Pero agradezco el intento.- moví la comisura de mis labios. Hablábamos bien bajo, para que nadie nos oyera, y no dejábamos de echar vistazos a la casa, preparados para acechar a nuestra presa- Ese sitio, tras la Puerta Naranja, es el territorio de los Cuatro.

-Los espectros que según dices controla el Titiritero.

Sobre nosotros la sombra de un cuervo pasa.

-Ellos mismos. Kylar, Clarissa, Jason y Gieth. Jason era quien poseía a Zaq. Es probable que Clarissa sea el espectro que posee a Helen, pues su entorno era similar a un hospital. Sobre el resto... Sólo diré que huyendo, en esa oscuridad, entre esas visiones, en un momento hallé algo interesante.

-Algo interesante dentro del inframundo suena a exageración.

No sé si insultarlo o no, pero Mikhail está tranquilo. A su manera, supongo, comienza a tomarme confianza.

-Una habitación.- menciono. La puerta se abre, y Johan vuelve a salir en dirección a la vereda- Vamos.

Nos levantamos, y comenzamos a seguirlo con pasos felinos. Mantenemos una buena distancia. Como no hay nadie, no hay quien nos vea, pero también por eso todos nuestros movimientos hacen ecos, pequeños ecos que de seguro un oído avezado podría captar. Por eso mismo lo mejor es no acercarse.

-¿Y qué tenía esa supuesta habitación?

Johan dobla por la derecha, perdiéndose detrás de la manzana. Nos permitimos incrementar la velocidad, sentir el calor del asfalto bajo nuestros pies descalzos.

-Nada. Al menos eso pensé la primera vez que la vi. Pero luego... Luego me di cuenta de que en el Palacio, los lugares son similares... A sitios importantes para quienes los cuidan. Y -suspiré, cuando Mikhail me frenó para que no pasara de largo- Esa habitación. Era idéntica al cuarto de Johan.

Se frena, y me mira.

-¿Lo que significa?

-¿No eres tú el inteligente? Significa que el cuarto de Johan es un sitio en donde uno de los Cuatro ha estado. En donde suele estar.

-¿Hablas de un fantasma en la casa de Norbert?

-No estoy segura. Pero... ¡Se está yendo!

Johan trotaba, campante, hacia otra cuadra. Lo seguimos, ya comenzando a sudar. Hacía calor. Y que sonriera tan satisfecho empezaba a irritarme un tanto.

Se perdió tras un local que vendía diversas cosas: inflables, redes, cañas de pesca y otras utilidades. No nos atrevimos a ingresar, sino que hicimos guardia afuera.

-En cuanto lo entendí... Calculé que Johan podía ser también uno de los poseídos. ¿Quién más pasaría tanto tiempo en su habitación? Y Kain dijo reconocerlo. Créeme, Kain no recuerda nada. Pero reconoció a Johan. Y...

-Liseth Aurdelard, ¿eres idiota?

Me interrumpo, con un jadeo entrecortado, y miro furibunda a Mikhail. Pero él se ve perplejo. Me observa como si fuera un bicho extraño.

-¿Qué ocurre?

-Por favor, dime que estás bromeando.

-¿Bromeando con qué cosa?

Su dedo me presiona la clavícula, acusador.

-Dices que hay un fantasma en la casa de Norbert, ¿no?- clava su uña, y arremete- Que un fantasma está allí, de algún modo. En la jodida habitación de Johan Weigler. ¿Y tú vienes aquí a Visgana, a disfrutar del agua? ¿Me traes por aquí?

-¿De que estás hablando?- le espeto. Mikhail se frota el puente de la nariz.

-De que quizás, y sólo quizás, si el Titiritero puso a uno de los suyos allí, es para proteger algo. No lo sé, todo este asunto tiene un matiz de locura. Pero imagínate. Imagínate que estuvieras tan cerca, así de cerca de verlo, y ahora Johan logra sacarnos, a ti y a mí, del maldito cuarto y de lo que tiene que cubrir.

-¿Qué podría tener que proteger el Titiritero?

-¡Qué diablos sé!- me grita él, olvidando el sigilo- Tal vez Mira había dejado pruebas, pruebas que no se podían borrar.

Viene a mí la imagen de las penumbras, el sonido del reloj, y de Wilhelm. De Wilhelm intentando, una y otra vez, entrar a ese cuarto.

Palidezco.

-No puede ser. No...

-¿No puede? ¿Estás segura de que no hemos caído como unos idiotas?- Mikhail escupe, ya sin cuidado- ¿Estás segura de que Johan no está de lo más divertido, sabiendo que lo seguimos aquí en Visgana, tan lejos de su habitación?

-¡No podría haber un fantasma allí!- salto, para defenderme.- Tú no sabes nada de cómo funciona. Para que uno de los Cuatro se apareciera,

debería poseer a un ser vivo. Johan ni siquiera estuvo en San Naerit por tantos años. No puede...

Pero Mikhail no me presta atención. Saca de su bolsillo algo: un aparato cuadrado, que tardo demasiado en comprender es un celular. Marca las teclas con furia, ignorando mis excusas. Yo misma no me creo del todo. ¿Pero cómo? ¿Qué puede haber en ese cuarto? ¿Cómo pudo estar uno de los Cuatro allí con Johan tan lejos del pueblo?

Pienso que el poseído puede ser otro. Podría ser Matt, o Kari, o Wilhelm, o Norbert. La idea es aterradora. Mientras comprendo, el tono se marca, y Mikhail habla. Ya no presta atención al local por el que Johan sale, seguro y con las manos limpias.

-¿Está allí?- dice, con apuro, y por detrás de la línea puedo oír la voz suave de Jessica contestarle- Bien, bendito perro. Ahora escúchame. Tienes que llamarlo cuanto antes. Usa tu línea. Tiene que fijarse en algo. ¿Eh?

Hace una pausa. Ambos contenemos el aliento. Puedo oír a Jessica hablándole, pero no qué es lo que está diciendo.

Mikhail se aclara la garganta.

-Nos hemos equivocado. Dile a Alex- Dile a Alex que entre al cuarto de Johan, y que lo revise a fondo.

-Tiene candados- añado yo. No me presta atención.

-Bien. Que me llame cuanto antes.

Corta.

Se hace un silencio entre ambos, mientras Mikhail revisa el celular, hasta que se lo guarda en el bolsillo de la camisa.

-No sabía que tenías uno- se me ocurre decir.

-Y yo no sabía que podías cometer un error de esta magnitud.

-Dame un respiro, ¿puede ser?

-¿De verdad quieres ayudar a ese fantasma?

De reojo capto a Johan, que regresa a su casa. Mi estómago ruge. No sé qué contestar. Es cierto que quizás debí haberme quedado allá, en San Naerit, y que toda la invitación a este sitio fue una distracción obvia, una a la que me aferré de cualquier modo. Estaba feliz de poder estar con Matt, con Kari, aquí en donde planeo cambiar mi vida.

-Quiero ayudarlo. No tienes derecho a preguntármelo.

-Entonces te necesito despierta- volvió a decir él- Ya debe de ser demasiado tarde. Lo que sea que Johan Weigler quería ocultar debe de estar en otro sitio. Y retrocedimos en nuestra investigación.

-Yo no...

-Pero no quiero imaginar- habla, acribillándome- No quiero imaginarme que todo esto fue por alguna razón egoísta. Que en el fondo sabías que estaba mal, pero aun así quisiste arrastrarme aquí, porque Kari te lo pidió o por alguna cosa así.

Parece dudar, analizándome. Pálida, no atino a formar una respuesta. Tampoco me atrevo a odiarlo.

Comienzo a sentirme mal. Quiero ayudar a Kain. Se lo prometí. ¿Qué podrían estar guardando allí?

-Su...

Eder espera, con la actitud de un juez a la escucha de explicaciones.

-Quizás su hermana esté allí. La hermana de Kain.

Es imposible.

¿Es imposible, no?
Que pudiera haber estado tan cerca, todo este tiempo.
Bajo las narices de Norbert, de Kari, de Matt.
¿Cuándo la alimentarían?
Pero la respuesta viene a mí como un latigazo.
-Y que la cuidaran... Que con la excusa de alimentar a todos los bichos de Johan tiene, Helen fuera la encargada de cuidarla. Eso sería...
-No hay ninguna hermana.
Jadeé, espantada, considerando mi idea. Kassia. ¿Kassia podía haber estado tan cerca? ¿Podría ser ella una prisionera, a un muro de mis dedos, viviendo en mi misma casa bajo el influjo de uno de los Cuatro?
Los dedos largos, finos de mi aliado se apoyan en mis hombros. Parece más calmado que antes.
-Aurdelard. No había hermana. La familia Antar sólo tenía un hijo.
Lo miro. Los contornos de mi visión se vuelven serpientes.
-Yo... No puedo creer eso.
-Tú...
El teléfono suena. Mikhail me suelta, y atiende.
Lo veo escuchar, en silencio, durante algunos minutos. La voz del otro lado es más grave. Luego corta.
-Era Alex. Abrió los candados, y entró.
-¿Y...?
-Había una portezuela escondida.- dice, con un suspiro derrotado- Pero estaba abierta. Lo que sea que había en ese cuarto, Helen ya se lo ha llevado a un mejor escondite. Nunca debimos haber dejado el pueblo.

LX

Sólo me quedaba admitir, que conscientemente o no, me había equivocado. Que Mikhail tenía razón, que Johan me había arrastrado a una obvia pista falsa, y que por destino yo había terminado también por arrastrarlo conmigo a él, dando un paso errado. Pero no había ya mucho que hacer al respecto. Lo que se ocultaba en el cuarto, fuera lo que fuera, ya no estaba. Quien sabía a dónde lo había metido Helen, aprovechando nuestro descuido. Y ahora, quedaba esperar los días hasta que volviéramos.
-Solucionaremos esto- decía Mikhail, paseándose de un lado a otro. Su ceño había estado fruncido desde las llamadas, y no paraba de caminar- Lo importante es que crean que han ganado. Pero no saben qué tan lejos podemos llegar.

Por mi parte no comprendía a qué se refería. Me sentía cansada. Descubierta. Extrañaba mucho a Kain, y quería pedirle perdón. Claro que él no sabía cuál había sido mi error. Pero si tras esa compuerta realmente había estado Kassia, y yo había sido tan tonta como para ignorarlo, tan egoísta, ¿cómo iba a poder disculparme? Y sin embargo sabía muy bien que él no me guardaría resentimiento alguno. Pues Kain me quería.

Sentí nuestra unión, muy vaga, reafirmarse en la distancia en cuanto Mikhail se fue, llamado por Kari para ayudarla a estudiar. Un desasosiego me llenaba el pecho: tenía pocas ganas de ir a la práctica, aunque me obligaría a hacerlo, y menos ganas de enfrentar el día hasta que pudiera sentir que, en un modo u otro, el espiar a Johan Weigler había tenido algún sentido. Pasé un rato en mi cama, simplemente pensando.

Pensaba en Helen, y en su crimen.

Pensaba en Mikhail, y los otros dos, tan ocupados con el descubrimiento. Ellos tres eran los verdaderos defensores de San Naerit, no yo.

Y pensaba...

Pensaba en Mira Strauser. Esposa de Norbert. Madre de Matt. Para mí, un rostro bonachón, pecoso, amable sonriendo en una fotografía del consultorio de Norbert. Para Matt, una criatura hinchada, despidiendo el hedor de la muerte, acercando su monstruosa mano hacia él.

Mira.

Mira era amiga de mi madre.

El latido de un ataque regresó, como siempre, pero por Kain me esforcé en tolerarlo. Eran amigas. Mira y...

Sé el nombre de mi madre. El nombre de mi madre es Lourdes.

Otra sacudida, en todo el cuarto. Veo granos de cal desprenderse del techo. Veo una fractura, desde la cual un brazo escuálido se desploma, una unión de cadáveres que comienza a destrozar el cemento con su peso.

Lourdes. Mira era inmune a las posesiones. Mira sabía, que algo había ocurrido. Lourdes. Eran amigas. Siento que hay algo que se me escapa, pero que en el fondo sé, algo escondido entre las páginas del viejo diario, del viejo diario que ya estoy por terminar.

Lourdes.

La brecha del techo se suelta del todo, y una cosa negra, húmeda, resbala colgándose, acercándose hacia mí. Cierro los ojos inútilmente. Los párpados me pesan. Mi boca se rodea de un líquido parecido al alquitrán, y la criatura extiende sus dedos hacia mi rostro.

No digo nada, y espero. Cuando el ataque por fin concluye, no estoy en la cama si no arrojada en el piso, la boca llena de espuma. Norbert podría preocuparse, pero me alivia al menos saber que todavía no he perdido el control como cuando era niña. Me pongo de pie con dificultad, olvidando lo anterior, aquella inconsistente idea reemplazada por una mucho más sólida, mucho más presente.

Wilhelm.

Pero para mi dolor, cuando voy a encararlo, Wilhelm no me es de ninguna ayuda.

“¿Qué buscabas en el cuarto de Johan? ¿Qué oculta tu hermano?” son las preguntas que le hago. Y él apenas me mira. Se lo ve agotado, encorvado, mucho más feo que de costumbre. El cabello está grasiento, el corte de taza comienza a quedarle desparejo. Me escucha, sin el odio o el rencor que

siempre tenía, pero no parece entender mis palabras. Simplemente me deja hablar, y vuelve al cuarto que comparte con su padre. Los puños le tiemblan.

LXI

La decisión sobre si hablarle o no sobre las incursiones nocturnas de Wilhelm a Mikhail es una en la que me permito debatirme, en parte porque sé que no puede afectar mi situación con Kain. Pero por otro lado, dudo que las increpaciones furiosas, insistentes que de seguro él hará logren sonsacar una palabra a Wilhelm. Sea lo que sea que haya pasado, fuera el golpe que le dio Johan o algo de lo que me perdiera, siento que él ya se ha dado por vencido.

En esos asuntos no puedo dejar de pensar, aunque por fuera me halle como Mina, arreglándome para salir, junto a las chicas de danza, mis *amigas* de Nueva Gabul e incluso algunos miembros de los Grados, al club más concurrido de Visgana. También tenía la cabeza en esas cosas horas antes, cuando practicaba mi solo bajo la atenta instrucción y amonestaciones de un severo Laurence, pero con esa actividad ya terminada ahora puedo dedicarme de lleno a pensar en cuál debería ser mi siguiente paso.

Tengo que darle el diario a Mikhail, es lo primero que concluyo. Me guste o no, de seguro él puede analizarlo mejor que yo. Pero para dárselo, razono mientras Elia me ayuda con los botones traseros del vestido, del mejor vestido que tengo en mi inventario, primero sería importante terminarlo. Y esta noche no será una noche como para eso.

-Listo- dice la niña, satisfecha- Estás hermosa.

Le sonrió, sintiendo un poco de pena. Por su edad, Elia no podrá acompañarnos. Por suerte para ella, Candice también ha decidido quedarse. Candice no se diferencia demasiado de Wilhelm, en estas vacaciones. Es una comparación que jamás imaginé hacer en mi vida.

-Ahora el maquillaje- pido, y Elia asiente fascinada. Hace un trabajo más prolijo, el doble de concentrado que el de Kari. Pone delineador en mis ojos, manteca en mis labios, labial y rubor. No parpadea mientras lo hace, y yo intento no moverme. Sigo pensando, algo distraída, en qué más podría hacer para enmendar mi error. Espiar a Johan ya no tiene sentido alguno. Darle el libro a Mikhail. Tal vez intentar contactar con Kain. Kain nació en esta ciudad. ¿Quizás el verla le traería algún recuerdo?

Visgana debe de haber cambiado mucho en diez años.

-Listo- da el último retoque Elia- Oh cielos, Mina, ¡estás divina!

Me controlo en el espejo del baño. El maquillaje incrementa la belleza de Mina el doble, el triple, haciéndola parecer un cisne blanco, una criatura

mágica más que una chica real. Tengo que refrenarme para no pellizcar mis mejillas, para cerciorarme de que no estoy soñando. Esta soy yo.

Una alegría perversa me inunda.

-¡Gracias!

-¿No llevarás bolso?- se acerca solícita- Y tus zapatos...

-Mis zapatos están bien, ¿no?

-¡Sí! Me gustan mucho.

-Entonces a mí también- digo, y me acerco a la puerta- Deséenme suerte. Creo que Juliana tal vez también se quede.

-¡Diviértete!

Candice me saludó con una voz mustia, y sin darle demasiada atención regreso escaleras abajo, cuidando mi paso.

"Esta noche puede ser importante" me digo, hablando conmigo misma como lo haría con Kain *"Así que de momento, olvida al Titiritero, a Mira y a toda esa historia. Hoy puedes recuperar un poco de lo perdido."*

La idea me reconforta, como lo hace el ver a Harrold esperándome, de camisa y vaqueros. A decir verdad, no hay ropa que no le siente bien.

-Caray.- silba al verme, apoyando sus manos en mi cintura- Me he ganado la lotería.

Lo dejo darme un beso, aunque luego nos interrumpimos pues las demás chicas están saliendo. Jossie, Yolanda, Natalí y Clara aparecen enfundadas en sus mejores vestidos, con moños, polleras cortas, zapatos lustrosos y carteras. Me tranquiliza ver que ninguna es tan hermosa como yo, y que todas se admiran de verme. Por supuesto que les doy cumplidos. ¿Cómo no hacerlo, sabiéndome arriba?

-¿Y Alice?- pregunto, como por curiosidad.

-Dijo que no vendría- me cuenta Natalí- Que quiere practicar.

Algo de temor viene con eso, y me pregunto si no estoy derrochando mi tiempo. Tal vez al invertir en mi popularidad, y en mi venganza, Alice termine por superarme en nuestro espectáculo frente al Lastega, el asunto más importante de todas las vacaciones. No puedo permitirlo. Me juro a mí misma practicar dos horas más por día, como solía hacerlo antes de venir.

-Entonces Anna no vendrá- murmuro, y me dirijo a Harrold- ¿Las otras?

-Nos esperarán allá, como siempre.- aunque responde normalmente, en nuestras palabras está el sabor de una conspiración, una que a él parece divertirle un montón- En cuanto al favor que me pediste...

-Ya. Luego.

Asiente. Mis compañeras están demasiado cerca como para hablarlo con tranquilidad. Justo entonces se oye un bocinazo afuera, y la traffic prestada por el hotel se asoma cerca del camino pedregoso. Las chicas acomodan sus faldas y sus bolsos, y se encaminan. El ambiente es frío. No dejo de pensar que somos un montón de mocosas de pueblo, arriesgándonos en la gran ciudad. Agradezco tener a Harry a mi lado. Con él cerca, nadie en el club va a intentar algo conmigo.

Subimos, y me sorprende ver que ya hay otras personas en el transporte. Todos son jóvenes de distintas edades, con ánimos de querer divertirse. Un par nos saludan, el típico idiota de turno intenta establecer un diálogo muy forzado con una de las chicas, otros que parecen primos se quedan callados, casi dormitando, tapados por la oscuridad y las cortinas cerradas en las ventanillas. Yo estoy bien adelante, al lado de Harry, y no me

digno a participar en la charla. Tengo demasiado que considerar como para preocuparme por mi popularidad ahora.

-¿Vienes aquí muy seguido?- pregunta el idiota a Natalí. Las demás parecen entre admiradas e incómodas, pero ella responde muy segura. Toda la situación me recuerda a Elias, a quien descubro, con gracia, que en cierto modo extraño. También extraño a los demás: a Sally, a Janet, a David, Cecile, Rita, incluso a un don nadie como Larry Cutrone o a gente con la que no me hablaba demasiado, como Scott u Horace el portero. Extraño a San Naerit.

-¿Estás bien?- susurra Harrold. Otras chicas se han sumado al patético intento de conquista que se sucede, y la charla se está volviendo grupal, permitiéndonos cubrirnos en nuestro diálogo.

-Sí. Un poco nerviosa.

-Te divertirás, créeme.

-No tengo tiempo para divertirme.

-Déjame enmarcar eso y escribirlo bajo tu foto de graduación- me palmea la cabeza él- Relájate. Tengo entendido que habrá mucha gente. Si te aburres, o algo ocurre, volvemos al hotel y listo.

Me da seguridad saber que lo tengo de mi lado. Es también cierto, a mi pesar, que nunca estaba muy del todo segura sobre qué era lo que ataba a Harrold a querer acompañarme, a querer ser mi pareja o interesarse por mí. ¿Era mi personalidad? Si ese era el caso, la vida era injusta. Había necesitado el cuerpo de Mina para captar su interés. Y si era lo contrario, si lo que lo hacía mi novio era mi belleza, entonces también terminaba por sentirme mal. En sus años de amistad, Mina y Harrold nunca se habían acercado románticamente. Tal vez habían tenido insinuaciones mínimas, o bromas con una carga significativa, pero nada que se saliera de lo normal. No había mención alguna de Harrold en los muchos cuadernos dibujados por Mina. Y eso significaba que, o bien a ella él no le gustaba, y yo estaba usando sus labios para besarlo, o bien Mina no se había abierto a él como yo lo hice.

¿Estoy siendo demasiado fácil?

No, esa es una idea estúpida. Las chicas populares no pueden preocuparse por algo así. Y Kari me golpearía.

La traffic por fin llega, el motor rugiendo ante un empinado ascenso hacia la fachada del Club Remore. La puerta se desliza, y todos bajamos. No suelto la mano de Harry. Las demás están en pleno diálogo con los muchachos: veo a los que parecen primos contar dinero y hablar sobre promociones, y luego levanto mi cabeza hacia la imponente entrada del salón, construida de tal modo que asemeja a una torre medieval, a la que sólo falta un rayo impactando la cúpula. Abajo, por donde se ingresa, el sitio es mucho más moderno. Hay una larga alfombra roja, y una entrada de vidrio, en la que un hombre grueso controla a los que ingresan. No veo que pidan registros, por suerte.

Me adelanto a mis compañeras, que por lo que veo están explicando a sus pretendientes de qué va el espectáculo en el Lastega, quién soy yo, y que Harrold es mi novio. Los muchachos las oyen y hablan con muy buen humor, simulando que les importa. Por supuesto que el juego es doble. No sé qué haría como Liseth en una situación así, tan armada, tan ridícula.

Librada de considerarlo, paso bajo la mirada del gorila. La fila es larga, adelante y por detrás: hileras de grupos de jóvenes, con barba o escolares, algunos adultos que no encajan, chicas de minifalda y muchachos de camisa,

voces graves, alientos de alcohol, cabellos peinados con gomina. Adentro se escucha la música, que pronto va a ensordecirme. En el salón de entrada está oscuro, y una chica nos ofrece un vale por un trago. Harrold toma dos.

-Allí está Orlana- señala. Pero me cuesta ver a dónde apunta, o creer que la haya hallado apenas entramos. Todo me parece un caos. Una canción de rock suena a todo volumen: la gente es una masa uniforme, hecha de telas y carne que salta, los cabellos despiden gotas de transpiración, las luces son neones arcoíris, titilando, cegándome con su resplandor, girando y creando ilusiones diversas por entre el gentío. Nada más llegar, la cabeza me comienza a doler.

Me domino a mí misma. ¿No es esto lo que quiero?

-¿Dónde?- grito, intentando hacerme oír. Harrold tira de mi mano con seguridad, y nos adentramos entre la gente. Varios hacen rondas, sobre el suelo colmado de basura del salón; otros están sentados, ocupando los pocos sillones, cuidando a amigos ya desmayados. Arriba, una banda toca. No son los Grades, sino que es algún grupo local. Sigo dejando que la fuerza de Harry me logre sacar de entre las muchedumbres. Pongo ojos en los baños, que tan lejanos parecen, pero segundos después ya los he perdido. ¿La gente disfruta esto?

-Te gustará- me dice él, como si leyera mi mente- Créeme.

Titubeo, pero luego me adelanto. No sé cómo lo ha hecho, pero frente a mí puedo ver a ambas: a Orlana y a Betiana, moviendo sus cabezas y sus traseros en perfecta coordinación, rodeadas de un círculo de admiradores que les silban y aplauden. Harry y yo nos integramos al grupo sin preguntar, y uno de los hombres me extiende un trago, una copa alta, que pruebo con timidez. Es delicioso. Se lo alcanzo a mi novio, y él se acaba la mitad de un trago. Luego se lo pasa a otra de las chicas.

Mis abusonas de Nueva Gabul continúan contorneándose, en un frenesí de atención. ¿Hace cuánto se divierten así? Necesito hacerles daño. Los ruidos, la música tan fuerte, las luces que parpadean, evoca todo en mí una locura distinta a mis ataques de oscuridad, algo que me deja sin palabras. Cuando la canción por fin termina, Orlana parece verme y se sale de su danza, extendiendo los brazos.

-¡Miiiiiiiiinaaa! ¡Harry!

Tolero su abrazo, y la presión de sus pechos. Debí haber traído el relleno. También planta un beso lleno de pintura en mi mejilla.

-¡Estás deslumbrante!

-¡Gracias!- digo, y le planto yo otro beso, intentando correr su maquillaje con mis labios.

-¿Alice no vino?

Hablamos gritando, porque la siguiente canción es aun más estruendosa.

-¡Decidió quedarse!

-¡Oh! ¡Qué lastima! ¿Sabes? Los...

No escucho qué dice.

-¿Qué?

-Que... Ah, y un diablo.

Me aferra la muñeca, y comienza a llevarme fuera del círculo. Me inunda un acceso de horror. Se me ocurre que sabe quién soy, que va a exponerme, que va a lastimarme de algún modo. Apenas logro mantener mi respiración mientras me lleva. Busco ayuda de Harry con la mirada, pero él habla con otros

muchachos, los mismos que conoció en la playa. No. No, no, no. Pídeme perdón. Por todos los cielos, no quiero que...

Orlana me hace entrar al baño, y se da la vuelta.

-¡Cielos! No se escucha nada ahí adentro. ¿Estás bien, Mina? Te veo un poco pálida o...

-Estoy bien- digo, recuperándome. Simulo toser.- ¿Mary vino?

-La obligamos- guiña un ojo, apoyándose en el lavabo. Hay otras chicas cerca, y veo los pies de una en uno de los cubículos, aunque todo me dice que tiene los pantalones bien levantados- Pero ya sabes que odia divertirse, así que se pasará la noche sentada. Pobre Mary, ¿no?

-Sí.

Asquerosa traidora.

-¿Te divertiste la otra noche?- inquiera de pronto Orlana, jugando con uno de sus rizos. Mi mente se esfuerza a toda velocidad en entender porqué de pronto es tan amistosa conmigo. ¿Siempre fue así?- Yo la pasé genial. Los Grades son...

De repente lo entiendo.

-Fueron muy divertidos, sí.

-¿Claro, o no?- tira de su cabello- Sin es hermosa. Y son muy talentosos. Alice me contó que irían al concierto. Por supuesto que nosotras también iremos.

-¿Están aquí esta noche?

Asiente.

-Francis ya está arriba, con la otra banda. Son unos pobres cualquiera. Pero quiso ayudarlos igual, ¿sabes? Son muy buenos, en todo sentido.

“Pero no es ni Francis ni Sin quien a ti te interesa, ¿no, zorra estúpida?”

Guiño un ojo, con atrevimiento.

-Y Travis es muy guapo, ¿no?

Orlana se sonroja, y me empuja jocosamente.

-¡Mina! Es un hombre ocupado.

Simulo reír. Pero mis ojos están glaciales, y muy insistentes observan sus reacciones. Reparo en su rubor, y en su vestido escotado, y en la actitud que tuvo cuando lo mencioné. Creo que la niñita de papá Orlana vino a este club de cacería, y sabe muy bien cuál es la presa que se le antoja.

-Ocupado o no, tienes que admitir que es guapo. Y tengo a Harry para medirlo.

-¿Es cierto que tú y Harry...?

Muevo la mano, restándole importancia.

-Calla, calla- *cállate, maldita idiota*- Vi cómo te miraba.

-¿Me miraba?

-¡Travis! ¿Quién más?- le doy un golpecito en la frente, con el nudillo, que hace temblar sus rizos castaños- Te estuvo echando el ojo en toda la noche. La verdad, me apena un poco por Sin. Pero ya sabes los rumores.

-¿Rumores?

Y la voz con la que pregunta aquello es tan inocente, tan consternada, que enteramente me percató de que he cometido un error. Que Orlana, con toda su presunción y su vanidad, no sabe nada de los Grades, y que por encima de eso, su interés en Travis tiene un toque de honesto, de auténtico. No solamente quiere encamarse con él. Sino que...

-Los rumores- repito, ordenando las piezas mientras el reloj corre- Dicen que Sin y él nunca se llevaron bien. Que sólo están juntos por la banda.

Mi mentira entra impecable en el hoyo. Orlana deja la boca entreabierta, dibujando para sí el lugar que le corresponde, llenándose en un parpadeo de las más impensadas fantasías. Toma mis manos con cariño.

-¡Oh, yo no sé nada sobre eso! No sé mucho sobre ellos. Sobre la banda, y sus canciones, y todo lo que hablabas el otro día. ¡Ni siquiera sabía que eras una fan! ¿Podrías decirme? Travis va a venir más tarde y no quiero quedar como...

-Descuida. Para eso somos amigas, ¿no?- es mi respuesta. Su rostro se ilumina, y procedemos, en lo que asumo es el peor sitio del universo, a dialogar sobre la historia, vida y obra de los Grades; sus inicios como banda de garaje, los principales espectáculos, rumores, peleas, mitos e influencias de sus canciones. Orlana me oye con una atención que jamás le vi prestar en clases durante mi tiempo en la escuela. Registra cada una de mis palabras en la mente, puedo ver las letras pasar por bajo sus ojos castaños. Yo hablo, y hablo, y hablo. Cada tanto, como para no dejar resquicio, dejo pasar por entre todas esas verdades y los datos alguna inexactitud, un comentario equivoco, una opinión relajada. Dibujo una relación mucho menos unida entre Travis y Sin, sostengo que la banda está siempre al borde de quebrarse, pinto al guitarrista como un pobre diablo, arrastrado por la malvada de su novia a interminables lamentos, y riego aquel entramado con ocurrencias rápidas, historias inconclusas y sospechas falsas. Orlana se lo traga todo encantada.

Cuando terminamos, el asunto parece muy similar a un examen.

-Entonces, es...

-Donait- responde Orlana- Su primer tema. Que lo escribió el hermano de Travis. Basado en... ¿Cómo era?

-En rock. No creo que importe demasiado.

-Eso. Son todas las bandas que papá siempre escucha. ¡Ah, Mina! ¿Cómo decirte gracias ya?

Se arroja y me abraza de nuevo con fuerzas. Otras chicas que se tambalean nos miran raro, y se ríen por lo bajo: Orlana se endereza, recuperando su ser, y las rebaja con la mirada de tal modo que ambas se marchan de inmediato. La emperatriz de Nueva Gabul no ha perdido su toque. A decir verdad, hasta yo me estremezco.

-¿Vamos?- me dice- Harry y Beti deben de estar esperándonos. No querías que te lo roben, ¿no?

En tus sueños, zorra inútil.

-No se irá a ninguna parte.

-Lo sé, lo sé- me toma la mano, guiándome por entre la multitud. La música, las luces y la oscuridad vuelven a golpearme desde todos lados, los que bailan se empujan, me salvo por pelos de recibir un codazo y algunos muchachos se intentan agarrar de mí para invitarme de forma patética, cosa a la que Orlana parece acostumbrada y que ignora olímpicamente- ¡Pero de verdad, lo suyo sorprende! ¿No tenías tú un novio hace mucho?

-¿Yo?

-¡Sí!- se hace oír, girándose- Ah, no recuerdo cómo se llamaba. Un muchacho de cabello negro. Siempre pensé que lo estabas inventando.

¿Mina? ¿Un novio?

-Eran tonterías de niña- puedo oír a Orlana decir, incluso si ahora la banda toca tan fuerte que todo lo demás se asemeja a ruido, al televisor encendido, los puntos grises repitiéndose como lluvia sobre la pantalla. No contesto nada, preguntándome cuántas cosas de la infancia de Mina no sé, cuántas no me permitieron descubrir sus cuadernos y el modo en el que la gente a ella trata. Seguramente hay demasiado que desconozco, y esa es la ausencia en la que los demás creen notar un cambio cuando hablo intentando ser ella. Nos abrimos paso, flanqueamos a la gente y a las salvajes danzas, gotas de alcohol vuelan desde los vasos que se agitan, en manos de pulseras coloridas reveladas por las caóticas luces. Algo de ese furor se contagia en mí, cuando por fin hallamos de nuevo el círculo anterior. A Betiana no la veo; Harrold en cambio conserva su lugar, y conversa con un varón y otra chica que parece estupidizada al verlo.

Me acerco a él, dejando a Orlana atrás, y lo tomo de la mano alejándolo de allí. El club comienza a parecerme una jauría de perros hambrientos; Harry, por suerte, no se resiste y se deja guiar, alejándonos de toda esa gente y de la chica que se lamenta sonoramente.

Nos ponemos a bailar, o al menos a mover un poco los pies, para no permanecer quietos en aquella marea incesante.

-Dejaste que me llevara- murmuro, algo resentida por su distracción. El parlante suena a todo volumen a nuestro lado.

*Sheer heart attack
Sheer heart attack
Real cardiac*

I feel so inarticulate

La adaptación es espantosa, aunque admito que la cantan con emoción. Harrold se inclina hacia mi oído.

-No te quité el ojo, tranquila.

-¿Eh? ¿Me escuchaste?

-Sirvió, ¿no? Te vi regresar con Orlana. Se la veía muy contenta.

A través de los cegadores resplandores, por sobre los rítmicos giros de los brillos, inclusive atravesando la oscuridad, su expresión es clara, intencionada. El celeste de sus ojos parece ser más incandescente que cualquier luz artificial; y esa propiedad hace que mis manos intenten soltarse de las suyas por un momento, que él no parece notar. Pero luego de eso, y aunque sin comprender del todo porqué algo en mí teme, nuestro baile se reanuda con más ánimo, como si nada hubiera ocurrido. A pesar de todo, tiene razón. Que Orlana me llevara terminó siendo provechoso para mí. La idea que tengo ahora, la que inició desde aquella noche en su apartamento ha ganado otra pieza, y por eso puedo estar tranquila, dejar que el baile, la bebida y la música me influyan como les plazca.

Pienso: No soy Liseth Aurdelard, sino que soy Mina. ¿No encuentro todo esto divertido?

Y lo que concluyo, con una oleada de alegría, es que encontraría mi entorno divertido aun si fuera Liseth. En un abrir y cerrar de ojos lo comprendo:

que me he estado cerrando, que he estado temerosa, pero que aquí no hay nada que temer. Las figuras se transforman; quienes antes me parecían un sinfín de jóvenes idiotas se me vuelven iguales, el alcohol, desagradable, parece un elixir de felicidad, los que se empujan se convierten en algo humoroso, el baile es algo en lo que, ya de antes, había encontrado yo consuelo. Claro que aquí no puedo bailar, ¿pero por qué quejarme? Bailo con mi novio. Nos movemos a la perfección, parecemos aislados del resto. Pero nos miran. Inclusive con este infierno de sensaciones y jolgorio, otra vez captamos la atención. Harrold lo sabe. Yo lo sé. A ambos nos agrada.

Por eso mismo, con cada segundo nuestros contorneos adquieren más velocidad, más emoción, más desenfreno. Para el final, cada uno parecía separado, pero unido al otro por el sólo movimiento de nuestros cuerpos, y Harrold me sostenía en sus brazos, triunfal, y gotas de sudor salían de la punta de mi cabello, perlaban mi pecho, o los brazos por sobre las caras ropas. No sentía nada. No sentía nada por Harrold, era la triste verdad, pero me estaba divirtiendo. ¿No era eso lo importante en un novio? Me estaba divirtiendo, y era envidiada.

Al terminar, él va y trae dos jarras llenas de cerveza. El sabor es muy distinto a la que suele tomar Alex. Las bebemos de pie, en medio de todas esas personas que se mueven, en la versión más extraña de una pausa de café. Algunos al azar se acercan, nos dan charla: grupos de chicas babosas, jóvenes que no se dejan intimidar por la altura de él, u otros cuya excusa es estar hasta el tope de bebida, que ríen o nos elogian o hablan de cosas que ninguno de los dos entiende. Harrold les contesta a todos siempre bien dispuesto. En la mayoría de los casos, yo apenas hablo. A mí también el alcohol se me ha subido demasiado rápido a la cabeza. Cuando empiezo a desvariar sobre naves espaciales, me sostengo la cara e inspiro hondo, aspirando el aire viciado que me rodea.

-¿Te mantienes bien?

Niego.

-No quiero beber más.

-Hecho- dice Harry, y se acaba mi jarra de un sólo trago- No más bebida.

Me río. Me parece muy divertido. No estoy borracha. Apenas he tomado. Me logro poner de pie, y él me mira con un gesto extraño, quedo. Siempre sonrío. De repente, sin entenderlo, me resulta un poco irritante.

-¿Qué te causa gracia?

Harrold no me responde. No parece entender, pero eso me pone de peor humor.

-¿Por qué sonrías tanto? Nunca paras de...

-Soy una parte de aquel poder que siempre quiere el mal, y siempre obra el bien- creo oírlo decir. Me parece una frase ridícula, inexplicable. Me parece tan ridícula, tan discordante con mi pregunta que no puedo evitar soltar una carcajada, cuyo sonido no puedo oír. Sin más preguntas, me dirijo de regreso hacia el baño.

Lavarme la cara sería dejar que se corra el maquillaje que con tanto esmero Elia me puso, así que esa idea queda descartada de inmediato. Pero una voz interior sabe que necesito calmarme. Tal vez sí bebí demasiado. O tal vez sobreestimé mi resistencia a la cerveza. Había oído decir muchas veces en Nueva Gabul que era imposible emborracharse con cerveza. Aunque también

bebí más, tragos, al azar, de manos generosas y repartos solidarios en las rondas de baile.

En el espejo, mi belleza parece intacta. Eso me alivia, aunque parece difícil de creer. Me siento demacrada. Camino hacia uno de los cubículos del baño, y todo me parece irreal. Las acciones están antes de los pensamientos. Mi mano sola golpea la puerta, no se oye nada, espero. Sigo esperando. Pienso que nadie ha contestado; otra chica me mira, con algo de apuro entro y cierro la puerta tras de mí; sin bajarme la falda, o la ropa interior, me siento sobre el inodoro y hundo mis dedos por entre las raíces de mi cabello. Todo se ve iluminado, demasiado blanco. Leo un grafiti puesto en frente a mí, y me río. Se me ocurre un pensamiento esclarecedor, inteligente. Oprimo mis mejillas. La mejilla de Mina.

“Ya.” digo, como si eso tuviera algún sentido. “Ya. Ya.”

Cierro los ojos. Desearía poder llamar la Puerta Roja. Pero no hay espacio en este cubículo. Sin embargo, no se me ocurre nada que desee más. Invocar la puerta, atravesarla, encontrarme con Kain. Hablarle. Verlo. Dormir a su lado.

¿No hay algo más?

-Ya.

Y luego.

-Ya, ya, ya.

Me río entre dientes, de mi propia idiotez. Dejo escapar un largo suspiro. Puedo controlarme. No está oscuro. Es importante que no esté oscuro. Puedo controlar mi mano. Si la levanto, y muevo los dedos, soy yo la que decide qué dedo se mueve y en qué momento, inclusive de qué forma. Puedo decir las cosas que quiera, incluso si todo parece irreal, si los sonidos me llegan desde lejos y las imágenes siempre se ven como las de una película. Sólo tengo la consciencia embotada.

Me siento despertar, aunque quizás sólo sea fingir. Despierto dentro de este cubículo, en este club, en algún sitio de Visgana. ¿Qué hago aquí? Pero antes de tener que responderme esa pregunta, oigo golpes en la puerta.

-¿Mina? ¿Todo está bien?

Orlana.

-¡Sí!- digo- ¡Ya termino!

¿Cómo supo que soy yo?

¿Se agachó? ¿Reconoció mis zapatos? Si se agacho, tuvo que tocar el suelo. Que asquerosa. Vuelvo a reír, y la siento pasearse frente a mi puerta.

-Harry me dijo que estarías aquí- culmina mi duda por su cuenta- Escucha, Mina, nos llamaron de la zona VIP. Los Grades nos esperan ahí, ¡Betty fue como hace una hora y no me avisó!

No contesto. Me pongo de pie, conteniendo el aliento, e imagino tomar a Orlana de esos rizos castaños, perfectos, y estrellarle la cabeza contra uno de los lavabos, al mejor estilo de Johan. Algo de bilis me sube por el estómago.

-Seguro Travis va a estar ahí, pero tengo miedo de que... ¿Mina?

Aunque es mi primera vez, reacciono con mucha presteza. Abro la tapa del inodoro, y doy una arcada vacía, luego otra, y otra. Pero por suerte para mí, mi embriaguez es sólo nerviosa. Nada sale. Y me seco la boca, como si lo contrario hubiera pasado, y salgo del cubículo sintiéndome esta vez sí más despierta.

-Vamos- digo.

La mano de Orlana me guía cruzando el club, hasta las escalerillas que conducen a la zona reservada para los miembros de la banda. Y como la banda en cuestión sigue cantando, son nuestros amigos los Grades quienes allí se encuentran, y es Travis quien, tras darnos una mirada nerviosa y una última pitada al cigarrillo que sostiene entre el pulgar y el índice, hace la seña al gorila para que nos deje subir. El hombre se aparta. Me siento un poco sola sin Harrold, pero también tengo ahora la curiosa certeza de que, en cualquier parte del mar de gente que se abre a mis espaldas en que se encuentre, de un modo u otro él estará vigilándome. Eso siento, aunque no tenga explicación.

Travis saluda a Orlana con un beso en la mejilla, que dura unos segundos más de lo necesario. A mí me guiña un ojo.

-La fan.- suelta, con voz nerviosa. Percibo que algo está mal. Entro sin esperar a que él nos abra. Me detengo nada más dar un paso; es un cuarto atiborrado, con asientos, una mesa llena de tragos y la ventanilla desde la cual uno tiene vista privilegiada del club y de la tarima desde la cual la banda sigue tocando.

En uno de los sillones, Sinnead Grades se muerde las uñas. En cuanto su novio pasa, le dirige una mirada recriminadora.

-Es una niña, hombre.

Travis entra junto a Orlana, que no parece entender. Yo veo del otro lado, en el sillón. Betiana está acostada, cabeceando. Francis, el robusto baterista, le chequea el pulso. Hay botellas de alcohol a su alrededor, y agujas descartables en la mesita cercana a los pies.

"Qué..."

-¿Betty?- se acerca Orlana, consternada, y se inclina junto a su amiga- Oh, cielos. Betty, ¿me escuchas?

-Calmada, niña- le dicen- Sólo se durmió.

-¿De verdad?- se vuelve a Travis, ilusionada. Betiana respira, aunque levemente- ¿Qué le dieron? ¿Qué tomó?

-Ella quiso probar.- se defiende Francis.

-¡Y tú tenías que hacerle caso!

Sinnead parece hecha una furia. El otro levanta ambas palmas, conciliador.

-Mujer, mujer. Que no pasó nada.

-¿Y qué si pasaba algo? ¿Eh? ¿Soy la única aquí que piensa en consecuencias?

-Tranquila amor- se rasca su novio la barbilla, acercándose- ¿Cuántas veces el gordo tuvo este drama? No vamos a estar llorando cada vez. Todos nosotros nos hemos dado...

-¡Ni siquiera tiene veinte! ¡Es una colegiala!

-No subestimes a las colegialas- sonrío Travis, y guiña un ojo a Orlana. La aludida parece demasiado ocupada en su amiga, aunque sonrío, poco convincentemente, todavía temerosa.

-¿Estará bien? Betty nunca toma nada. Apenas bebe, de verdad. Y si su papá se entera le va a...

-Todo queda aquí. Aquí mismo. Mañana va a estar como nueva.

Aquello parece calmarla. Pero Sin sigue mascullando, moviendo los pies con nerviosismo y mordisqueándose las uñas, tan rosadas como su cabello. Por mi parte, no creo que Betiana esté en peligro alguno. Está durmiendo plácidamente, o eso noto desde la distancia que le guardo. El olor a tabaco, vicio y alcohol me impiden acercarme demasiado. Dejando mi anterior embotamiento de lado, empiezo a descubrir que el momento es oportuno.

-Sin, ¿vamos?- le digo, con voz tan dulce como puedo- El aire está muy viciado aquí. Quizás...

-¡Eso!- se ilumina el gesto de Travis- Vayan y pidan algo. Corre a cuenta del hotel.

-Ustedes dos...

-No haremos nada más. Amor, ¿no me crees?

La cantante duda. Con gentileza tiro de su mano. Francis bebe de una copa, ajeno a la culpa, con Betiana durmiendo todavía a su lado. No parece preocupado, ni molesto porque su víctima se haya desmayado en plena sesión. Travis en cambio pasó de los nervios a un frenesí animado. No puede evitar pegar los ojos a Orlana, a su generoso busto o a sus piernas, aunque ella parece demasiado ocupada en su amiga como para repararlo. Por una vez, estoy más que feliz de ayudarlo.

-Vamos- digo, más resuelta, y vuelvo a tirar. Sinnead acepta a regañadientes. De seguro también ha usado drogas; sus ojos están rojizos, parece nerviosa, respira con un sonido filoso, como un papel cortando la piel. Pero ante todo, termina siguiéndome tranquila y para cuando estamos por la mitad del camino su paso es seguro, como si fuera ella la que me empujara a destino y no lo contrario.

Ambas nos sentamos en las sillas altas que están frente a la barra, no muy lejos de la zona en donde quienes están cansados, o demasiado embriagados como para sostenerse se arrojan, junto a columnas o sobre sillones mal iluminados. Me pregunto qué hora es, aunque no me siento cansada. Cuanto mucho, creo que he renovado todas mis energías. Estoy como nueva. El barman se acerca, ve a Sin, y antes de que yo siquiera le pida algo asiente y va a buscar nuestros tragos.

Kari me envidiaría. Me amaría. Kari no se lavaría por un año la mano con la que la he tocado.

Pero a mí en cambio Sinnead me parece ahora una chica muy corriente, muy cansada. Se la ve cabizbaja, somnolienta, como si deseara estar en cualquier sitio menos este. Cuando al instante nos traen nuestros tragos, bebe del suyo como si fuera el elixir de la juventud. Yo tomo sorbos, poco dispuesta a volver a perder la cabeza.

-Sin, ¿estás bien?

Me mira con hartazgo. De seguro piensa que soy una mocosa inocente.

-Sí. No te preocupes.

-Gracias por el autógrafo del otro día.

-¿Ah, qué? Vale.

Doy otra chupada, y trago con lentitud. Aparto la copa. ¿Cómo me acerco a una estrella? Tengo toda la calma que pueda tener. Pero miles de personas lo intentan. Sinnead debe de estar cansada de personas agradeciendo autógrafos, o felicitando su música. Entonces...

-¿Qué pasó allí arriba? Lo pregunto por mi amiga.

-La chica va a estar bien, como dijeron ellos. No te preocupes.

Hay otro sesgo de hartazgo en esas palabras. Pero no estoy segura de haberle errado.

-¿Siempre hacen eso ustedes?- inquiero, con la misma inocencia que ella me atribuye. Sinnead se vuelve a mí, alerta.

-¿Eso?

-¿Siempre invitan a menores a drogarse?

-Tu amiga ya es bastante grandecita, ¿no te parece? ¿Me repites tu nombre?

-Mina.

-Mina. Ustedes ya tienen edad. Cuando yo tenía tu cara, no paraba de irme a todos los... Bien, no creo que importe mucho. Tenemos vidas diferentes.

-Pero lo pregunto por eso- digo- Si siempre son tan chicas.

Duda, y afloja los hombros.

-Eso es asunto de ellos dos.

-¿Travis y Francis?

-¿Quién más?- da un largo trago al vaso- A ellos les gustan las chavas inmaduras como tú y tus amigas. Les tocará algo de su infancia.

-Pero Travis está contigo.

Suelta una carcajada herida.

-Ay, Mina. Eres tierna.

-¿Crees que Travis te engaña?

Parece a punto de abalanzarse sobre mí, con una ira que le contrae las pupilas. Al instante todo eso se desvanece, truncándose por tristeza. La veo más alicaída que nunca mientras bebe. El barman vuelve a dejarle otro trago, aunque el mío ni siquiera va por la mitad.

-No lo sé. Tú sabes todos los rumores, ¿no? Pero yo de eso no tengo nada. Él me jura y perjura que no. Yo lo quiero, ¿sabes?

-Pero no quieres que esté con otra.

Pifia.

-Odio que me mientan. Tú tienes a tu novio, ¿no? Ese chico tan apuesto. ¿En dónde está ahora?

-Aquí. Por alguna parte.

-¿No te preocupa que te engañe? ¿Qué se ande besuqueando con otra?

No.

-Un poco.

-Eso mismo- chasquea los dedos Sinnead Grades- Un poco. Pero tú no puedes saberlo. Y aunque lo agarres con labial en las mejillas, te dirá que no y porque lo quieres no te quedará más remedio que creerle. Ese es mi problema con Travis. Quisiera poder estar segura de que...

-Pero hubo un caso, si no me equivoco, en el que lo descubrieron con...

-No hablemos de eso, Mina, por favor- levanta una mano ella- Cielos, eres adorable, pero un poco ida, ¿no? Eso ya lo arreglamos. Estoy hablando del ahora.

-Temes que Travis te engañe.

-Ya no sé en que piensan esos dos. Invitar a unas crías, llevarlas así como así, ¿tiene sentido?

Asiento varias veces. Sin se acaba su segunda copa, y sin dudarlo un segundo pide otra. El barman accede sin chistar.

-Tú cuida mucho a tu novio- comienza a aconsejarme- Ya verás lo que te digo. Los hombres son... Los hombres son unos completos cerdos. Esa es una historia que siempre quedará inconclusa.

Sonrío, asiento. Pienso a toda velocidad. Podría hacerla sospechar, de una relación entre Orlana y Travis, en este mismo momento. Pero eso cortaría todo posible futuro en mi plan. Lo mejor es esperar. Esperar y...

Sinnead vuelve a tomar, su garganta se mueve con cada trago que da, los labios pintados de oscuro brillantes por el líquido que le resbala. Y con esa visión, viene a mí la idea de que en realidad, ya no me queda nada más en lo que trabajar aquí. Dejemos que el alcohol y las obsesiones hagan el resto.

Por lo que termino contando es una hora, la escucho hablar, hablar y hablar sin parar, de un modo que me recuerda demasiado a su fan número uno, Kari. Ambas se llevarían muy bien. Entre copas que pasan, su gesto nervioso, entre el movimiento fatigado de sus manos me cuenta pena tras pena, en cada instante su confianza en mí incrementada, por la bebida y mi escucha tan servicial. Me habla de Travis, de cómo se conocieron, de miles de datos que no recuerdo estuvieran en las entrevistas que con tanto anhelo me mostraba Kari. Me habla de su familia, de una amiga perdida, termina llorando y despotricando contra la política, la religión y cosas que no entiendo, contra la ilegalidad de algo y otras palabras que se le confunden, en su perpetua queja. Al último el maquillaje se le ha corrido, y yo la palmeo, consolándola, aunque no estoy muy segura de qué consuelo. Me gustaría tener una cámara, para poder sacarme una foto junto a ella. Aunque con la cara embadurnada de mocos, quizás sea mejor que no.

-¡Sabes...!- me dice un buen rato después, aplaudiendo- ¡Dios, eres como...! Ah, Mina, Mina... Tan inocente. ¡Tan inocente! Y yo soy una estúpida. Extraño ser como eras tú. ¿Tenía doce? ¿Cuántos años tienes?

-Diecinueve.

¿Diecinueve?

-A esa edad ya conocía a Travis. Y tenía una amiga. ¿Te lo conté?

Sí.

-No.

-Era una chica como tú, tan buena...- se restriega los ojos- Mucho mejor que todos esos... Esos...

-Sin. Yo podría ser tu amiga.

Me toma ambas manos, emocionada.

-¡Sí! ¡Eres justo como ella! ¡Un encanto!

-Si me pasas tu número...

Para mi sorpresa, la cantante no duda un instante. Toma de su bolsillo una lapicera, y escribe. El trazo se pierde por los costados del papel. Los números son apenas legibles. Pero no me quejo, y me lo guardo.

-Ahora seremos amigas- digo, algo cansada- Y si Harry o Travis hacen algo, podremos...

-¡Eso! ¡Eso!- me interrumpe. Yo pienso en la hora y media, tal vez más que ha tenido el tal Travis para avanzar sobre Orlana, con toda la distracción que he procurado para mi nueva y tan famosa *amiga*. No es que tenga algo en contra de Sin. Incluso más, ha terminado por caerme bien.

Pero mi futuro es mi futuro, y mi pasado es mi pasado.

-Oye- se escucha desde atrás, y me percató de que un grupo importante de muchachos y muchachas nos han rodeado, aunque no me prestan atención alguna- ¿No eres Sinnead de los Grades?

La aludida se vuelve, de repente muy alegre con una interrupción que segundos atrás le hubiera irritado. Levanta su -¿sexta? ¿séptima?- copa como si celebrara un brindis.

-Descubierta.

-¡Queremos una foto!- estallan, cada vez ganando más lugar. Sinnead concede sin problemas. Y mientras los flashes de una cámara se añaden a las ya bastantes atiborradas luces, encuentro oportuno el escabullirme.

Paso por varias columnas, viendo de reojo a los que bailan, a parejas que más que besarse se comen, manos en la cintura o el trasero, o en el cuello corriendo los cabellos que incomodan tanta pasión. Vuelve a mí la idea de que Harrold pudiera estar con otra, pero de nuevo entiendo que no me molesta. Sólo no quisiera que se enteraran. ¿Quién me molestaría?, me pregunto, caminando sin rumbo, buscándolo para iniciar la retirada. Mi primera respuesta es Kain, pero la verdad es que me resulta imposible siquiera imaginar a Kain hablando con otra chica. Soy la única persona que tiene. Y entonces me queda... Me queda alguien, pero no quiero pensarlo. Siento que este no es el momento.

Y en cuanto digo eso, capto de reojo a otra figura. ¿Aún no se fue? Está sentada, prolijamente, en uno de los sillones, como si fuera esto una plaza y se dispusiera a sacar un libro en cualquier momento. Mary. Examina a quienes bailan con atención, con esa mirada aguda, algo odiosa que siempre tuvo. El cabello, tan rubio que parece blanco, le cae largo hasta las manos. No tiene una gota de sudor. ¿No se ha movido desde que llegó?

Incrédula, y sin poder dominarme, me acerco hacia ella.

-Vi lo que hiciste- me sonrío- ¿Sin estaba mal?

Pero para mí, es como si hubiera dicho todo lo que temo oírle decir. Es una conexión directa con mi pasado; la puedo ver, así mismo, sentada frente a mí hace años, hablándome de algún libro, o del último proyecto de sus padres, o de cualquier cosa que le interesara. Cada paso que doy me duele como si me arrancaran la piel.

-Sí. Estaba un poco mal.

Ladea la cabeza hacia el conglomerado de gente que hay en la barra.

-Quizás habría que sacarla de allí.

Siento ganar de llorar. "*¿No te enteras? ¿No te enteras de que te odio?*" Quiero decirle muchas cosas, gritarle, descargarle como lo hizo Sin. "*¡Eras mi única amiga, y me diste la espalda! ¡Te reías de mí junto a las demás!*" Quiero sacudirla, hundir mis uñas en su rostro, hacerla sentir siquiera una fracción de mi dolor. Mi respiración se agudiza, y Mary me contempla turbada. No puedo hablar. No puedo decir una palabra. Mi pulso se vuelve grave, y todo mi cuerpo pesado, los brazos y piernas como si fueran de hierro.

Estoy a punto de hablar, y una mano se apoya en mi hombro. Harry me voltea, y me da un beso en la mejilla. Susurra:

-Los estuve viendo. Van a juntarse. Hay fecha y todo.

Y luego se interpone entre mí y mi única amiga, y se inclina, y la saluda cordialmente. Quedo congelada, atacada por un repentino frío. Por instantes, me siento perdida dentro del club Remore. Todo parece girar, las luces, los colores, los gritos, las canciones, el aroma a sudor, a desodorante, a alcohol, las pulseras y la basura arrojada en el suelo, los grandes vasos de plástico que pies descuidados patean en una marcha incansable. Pero mi ataque se ha desvanecido. Y cuando por fin pido a mi novio que nos marchemos, aprovechando que en las altas horas otra traffic espera a quienes regresan, envuelve a mi corazón una extraña paz, que me permite conciliar el sueño a la perfección dentro del hotel, por encima de los mareos y la sensación de vértigo en la que me sume mi almohada.

LXIII

De lo primero que me entero al despertar es que mi cabeza duele, como nunca me había dolido antes. También me siento fatigada: partes impensables de mi cuerpo, como lo es el cuello o la cintura me parecen falseadas, y ya tan sólo intentar incorporarme en la cama es algo que me requiere un gran esfuerzo.

Estoy en la habitación 204, el cuarto que comparto con dos compañeras dentro del prestigioso Hotel Grand Eternal. Por la cantidad de sol que entra por la gran ventana al lado de mi cama, calculo que es mediodía. Se oyen sonidos en el pasillo: voces, risas, contestaciones somnolientas, todo lo típico de una mañana entre chicas que se despiertan, a regañadientes y resacadas, por los aplausos de la profesora DuMarque para iniciar el día.

Miro a mi lado, con un jadeo exasperado. Ayer, yo también fui al Club. Las imágenes de todo lo ocurrido se me suceden mientras me levanto. Mi vestido está arrugado en el piso, cerca de mi bolso entreabierto. Estoy sola. En cuanto me alegro por eso, la puerta se abre: entra Elia Valdez, con un vaso de agua cristalina.

-¿Mina? Es para la resaca.

Se lo agradezco, y lo acabo de un sólo intento. El beber agua me reconforta. Norbert suele repetirnos a mí y a sus hijos, incansable, que el agua es la solución de todos los problemas, oración a la que recuerdo mi padre tuvo una respuesta un tanto cínica. Pensando en eso, y en aquel momento en el

pueblo, siento más que nunca la urgencia de regresar a donde esa segunda familia me espera.

Pero de momento, tengo algunas cosas que hacer.

-¿Y las demás?

-Se están despertando- me dice Elia, en su papel de fiel asistente. Pero sin estar del todo clara yo preguntaba para mí misma, por Orlana, Betiana, Mary y los Grades. Me cuestiono a qué hora habrán dejado el Club, cómo habrán regresado, si algún evento más interrumpió aquella ruidosa noche.- Harrold te está esperando en el pasillo. Dice que tiene algo para darte.

Lo recuerdo.

-Gracias- repito, y me visto tan rápido como puedo. Me enfundo unos pantalones, cambio la remera, y arreglo mi cabello con el peine del hotel en el baño. Necesito darme una ducha, pero no hay tiempo. Lo que Harrold tiene que darme es importante.

Me dirijo hacia la puerta, pero Elia vuelve a hablar.

-Mina...

Me giro hacia ella.

-¿Sí?

-Ayer... Candice estuvo llorando toda la noche.

Espero. La historia no parece continuar.

-¿Y?

-Se siente... mal. Ya sabes lo que ocurrió, con su mamá. No lo sé. Quizás la forzamos a venir... No sé cómo...

-Tú no te preocupes- le sonrío- Candice vino por su cuenta.

Y allí termina mi consuelo. Tal vez después pueda reparar en Elia, que al fin y al cabo me está resultando muy útil. Pero los lloriqueos de Candice no me interesan en lo más mínimo. Salgo al pasillo, algo enfadada, y me encuentro con Harrold, tan fresco y limpio como si hubiera dormido por horas, animado como cuando nos separamos la noche anterior. Sostiene una bolsa de plástico, que me extiende.

-Para la Bella Durmiente.

Tomo el regalo, y lo examino ahí mismo. Es cuadrada, con flash, tapa deslizable y el rollo ya incluido.

-¿Baterías?

-Compradas.

La cámara no pesa demasiado. Es una de esas descartables, que se consiguen en negocios de la ciudad por muy poco dinero, que toman hasta una treintena de fotografías y allí acaba su utilidad. Me siento bastante satisfecha.

-Gracias.

-Agradécele a mi despertador- me guiña un ojo él- Vaya, sí que pareces dormida. ¿Te unirás al desayuno grupal?

Dudo por unos instantes. Tengo demasiadas cosas que hacer. Quiero regresar con los Weigler. Quiero leer más el Diario. Quiero practicar danza.

Al rato dejo que el día me relaje por sí mismo. Tengo tiempo, ¿no es así?

-Me daré una ducha- digo, con un bostezo- Por muy linda que te parezca, ahora mismo apesto. Espérame abajo.

Y con Harrold despidiéndose, cierro la puerta y también mis ojos, organizando en mi cerebro la ocupada agenda que voy a tener este día y el resto de la semana.

LXIV

Encontrar un teléfono público en todo el centro de Visgana no fue difícil en lo absoluto; lo difícil fue conseguir uno que estuviera escondido, pues el menor de mis intereses era que me vieran, escabullida y secreteando, y que pudieran atribuir a esa imagen lo que ya sabía en el futuro se iba a dar. Pero lo conseguí: una cabina oculta, en una galería en la que se vendían jugos frescos y sándwiches, en donde me siento como Mina, cubierta por una capucha, pues me había puesto encima la sudadera negra que siempre suelo llevar en mi cuerpo original. Considero que con este cambio de vestuario debería ser invisible, algo así como si viera a Alice usar joggings y pantuflas.

Marco el número, algo nerviosa. Lo sé de memoria, pero aun así no dejo de echar miradas al papel, del lado opuesto en el que está el autógrafo de Sin. Cuando termino de marcar, contengo el aliento y espero.

El tono de dial inicia, estirando la tensión en mi pecho. Me repito que es una tontería, que no debo preocuparme, que nada de lo que me ocurra como Mina debe importarme. Que siempre, en el peor de los casos, tengo la opción de hacer que todos se olviden de mí y de mis actos.

Respiro profundamente. Antes de lo que espero, atienden del otro lado.

-Diga.

-¿Señor Veine?- murmuro. La voz que me contesta pertenece a alguien evidentemente ocupado, incluso molesto por la interrupción.

-Él habla. ¿Quién es?

-No puedo decirle...

-Entonces no me haga perder tiempo.- corta. Una electricidad me recorre, junto con un acceso de rabia que me hace querer arrojar el tubo contra el plástico que me separa de la calle. El padre es igual a ella.

Vuelvo a respirar, truncando mi inseguridad por ira. Tengo más monedas. Deslizo otra por la rendija, y vuelvo a marcar.

Atiende.

-Mire, no tengo ni el tiempo ni la predisposición para bromas. Si no quiere...

-Lo llamo por su hija, Orlana. Estoy hablando desde Visgana.

Silencio. Ahora sé que me está escuchando, aunque puedo imaginar su dedo cerca del botón para cortar.

-Si le interesa saber sobre ella, tal vez le importaría oírme.

-¿Es un secuestro?

-¿Eh?

-No negocio con secuestradores- escucho. Corta por segunda vez. Me invade de nuevo la furia, y pateo como una idiota. Vuelvo a llamar, golpeando los números con los dedos.

-¿Quién habló de secuestros?- grito en cuanto me atiende- ¿Quién diablos dijo algo sobre un secuestro?

-Niña, ¿cuántos años tienes? ¿Eres una de las amigas de mi hija? Dile que se ponga ahora inmediatamente. Le he dicho que no tiene que molestarme cuando trabajo.

-¡Usted es el idiota más grande que jamás he conocido!- le espeto. Puedo sentir a la perfección como procura cortar de nuevo, así que vuelvo a gritar- ¡Quiero hablarle de lo que hizo Orlana!

Su dedo debe titubear. No conozco cómo se ve ese hombre, pero imagino ojos claros, seguramente clavados en algún importante informe de negocios mientras apenas me presta atención. Pero contradiciendo esa imagen, la voz con la que vuelve a hablarme no parece exenta de preocupación.

-¿Qué hizo mi Orlana?

¡Al fin!

Mi pecho hace vaivenes, y mi furia disminuye permitiéndome recobrar la inteligencia.

-Ayer, Orlana estuvo en el Club Remore. Puede llamar y confirmarlo. Tuve oportunidad de verla bien. Se juntó con los integrantes de cierta banda, y... ¿me está oyendo?

-Continúa.

-La vi usando drogas, señor Veine. Tanto a ella, como a su amiga, Beti Hordelli. Pensé que como padre podría pensar que...

-Muchacha. ¿Tú te drogas?

Vuelvo a callar, sin comprender.

-¿No?

-¿No? No pareces muy segura.

-No lo hago.

-No consumes. Bien. ¿Y tuviste relación con los integrantes de, como me dices, "cierta banda"?

Este hombre me hace doler la cabeza.

-No.

-¿Entonces para qué diablos fuiste al club?- contesta. Siento la necesidad de reventar mi frente contra los numerales.- Mi hija es libre de divertirse como quiera. Envíale saludos. Y deja de hacerme perder el tiempo.

Estoy a punto de colgar, derrotada, pero él lo hace antes. Sin embargo, antes de que este tedio de charla se acabe, lo escucho decir algo que me calma del todo.

-Yo hablaré con los padres de Hordelli.

Y con eso, el señor Veine interrumpe la comunicación sin despedirse, dejándome con una curiosa mezcla de exasperación, furia, alivio, y sorpresa entremezclados, pulsándome en el pecho, los oídos y el cerebro. No imaginaba que Orlana tuviera un progenitor así. Pero de un modo u otro, ha funcionado: mi venganza fue desviada, a la larga, contra su amiga, y creo entender que sólo pudo haberse dado así pues aquel diablo de hombre no sabe nada sobre los padres de Betiana y sus estrictas regulaciones. Ahora, pienso mientras salgo de la cabina; lo único que me resta es esperar a que las cosas se den.

Y así dado, lo que hice durante esos días fue esperar; esa espera, a su modo, terminó por afianzar el hecho de que mis vacaciones en Visgana eran, al fin y al cabo, vacaciones, y que entre tantas preocupaciones tenía también yo la posibilidad, antes ni considerada, de divertirme.

Divertirme fue lo que hice, entonces, junto a Matt y los demás. Norbert solía dejar la casa para nosotros, cuando iba a pasar tardes con Johan; su hijo mismo no solía venir mucho, muy para mi alivio, y entonces sólo quedábamos nosotros: Mikhail, los tres Weigler, y yo, y el chalet se convertía en un espacio libre, en el que nos la pasábamos hablando, haciendo uso de los juegos que habían traído, o que dejábamos bien equipado, con bollos de pan caliente y chocolate tibio, para el regreso de los largos paseos que dábamos en la playa. Durante esos días, venía a mí la idea de que algo de San Naerit estaba pegado conmigo. Podía oír, cuando Mikhail y Kari discutían, o cuando Matt me preguntaba algo, la incesante nieve caer, y podía imaginar a quienes había llegado a llamar amigos viéndola desde sus ventanas, adelantando el estudio para futuros exámenes. Entonces el estar aquí se me volvía extraño, una añoranza que no podía evitar. Pero me recordaba, una y otra vez, que tenía un pasado que resolver.

En cuanto a lo que concernía al Titiritero y al misterio del pueblo, desde el día de nuestro espionaje la cosa no avanzó en gran modo. Mikhail y yo habíamos dejado de lado, en tácito acuerdo, nuestras charlas y nuestras sorpresas; y cundía en nosotros cierto derrotismo que no podíamos evitar. Johan nos había engañado. Varados en Visgana, no había sentido en regresar en San Naerit hasta que la tormenta no acaeciera. Dependíamos de lo que pudieran averiguar Alex y Jessica, que como el tutor me había dicho se estaban encargando de seguir a Helen. Pero fuera lo que fuera que Helen había tomado de aquella habitación, no parecía dar rastros de en dónde lo había puesto.

-Es el legado de Mira- afirmaba Mikhail, una y otra vez, furibundo- Es algo que Mira debió haber dejado. Quizás pruebas de la culpabilidad de...

-¿Entonces por qué no quemar esas pruebas?- lo refutaba yo, siempre algo molesta con la idea de que había sido mi error el que se las hubieran llevado- ¿Por qué estar escondiéndolas?

Mikhail no sabía qué contestarme. Se mordía la uña del pulgar, y fruncía el ceño, y parecía considerar los datos que teníamos a una velocidad que mi cabeza no podía seguir. Pero luego se retiraba, y en cuanto volvía a

encontrármelo junto con Matt o Kari actuaba como si nada hubiera ocurrido, como si nuestra relación fuera la misma de siempre.

Cuando Norbert sí estaba, reinaba en el chalet y en los días un ánimo festivo. Era de ver cómo él animaba a sus hijos, cómo animaba con sus tontos datos y su empeño las cenas, los almuerzos, los paseos y los sitios que visitábamos con el Twingo, como aquel museo de alienígenas, en el que Matt y Kari no pararon de hacer sarcásticos comentarios que me estallaban de la risa. Norbert era la única persona que lograba distraerme, de la idea de estar cometiendo un error, de mis preocupaciones relacionadas a Nueva Gabul, de la amenaza de Johan. No sabía ya si era un buen profesional o no; pero pensaba a menudo, que definitivamente era un buen padre.

Una noche Johan nos visitó, trayendo la cena. Llevaba sujetas del puño, como premios de una caza, enormes bolsas repletas de pescados; pescados coloridos, de aletas vistosas y escamas que parecían gemas, que fue dejando uno sobre el otro contra la mesada, disfrutando de las miradas asombradas de sus hermanos. No tenían olor. A la distancia, me pareció que eran animales de juguete.

Johan se chupó los dedos, viéndonos de reojo.

-Para que el viejo cocine. ¿No les agrada?

Kari se llevó un dedo a la boca.

-Pruebo otro pescado y...

-¡Ah! Pero esto no es cualquier bicho, no, no, no. Esto es salmón fresco. Uno se preguntaría, siendo que estamos cerca del mar, cómo es que hallé aquí salmón fresco. ¿Te animas a responder, Leslie?

-Johan.- dijo Matt. Su hermano mayor lo miró, y yo también, y vi que parecía extrañado- Es Liseth.

Sentí otra oleada de gratitud, junto con algo más que no comprendí. Johan sonrió, viendo a su hermanito fijamente. Era la misma mirada siniestra que había tenido antes de golpear la cabeza de Wilhelm contra aquella jaula, y por eso me sacudió un temor bien fundado. Mikhail también observaba sereno, a Johan; lo analizaba como buscando pistas de culpabilidad en su campera, en el cinturón, en los dedos machados de escamas y sal de mar.

-Liseth- se dirigió Johan a mí- Vale lo mismo.

Y con aquello todo prosiguió como siempre, y hasta me pude olvidar sobre de quién habían provenido los deliciosos bocados que disfruté esa noche. Pero por aquellos minutos, aunque fuera un sólo instante, había sentido que éramos los tres contra Johan, y que una máscara se había roto, al menos parcialmente, para caer de lleno en nuestro futuro.

Mikhail me habló a la siguiente mañana, mucho más calmo de lo que había imaginado.

-Alex y Jess me llamaron.

Estábamos solos otra vez, en el balcón que daba a la playa, y la brisa sacudía mi cabello mientras mi lengua degustaba el dulzón sabor del café visganes. Él recién despertaba, como adivinaba yo por su pelo, mucho más revuelto que de costumbre; y sus ojeras y el hecho de que sus lentes permanecieran en el bolsillo de su camisa me hacía pensar que le había estado dando vueltas al asunto durante toda la noche.

-¿Y?

-Alex registró el apartamento de Helen, ese que pertenecía a su tío. Tiene habilidad abriendo cerraduras, por un lado, y por el otro las puertas del pueblo no sobran en seguridad.

-¿Halló algo?

Mikhail negó.

-Lo que sea que es, no lo dejó en un sitio tan obvio. Deben de poseer otro escondite. Lo que me ha dado una idea.

-¿Una idea?- lo miré, bastante curiosa sobre a qué se refería. Él se restregó la nariz, y exhaló un largo suspiro.

-No importa. Mejor lo hablaremos luego. No será nada sencillo.

-Al menos explícame algo- chisté- O pretendes que...

-He pensado que si luchamos contra un diablo, no sería errado volvernos demonios nosotros mismos- dijo, encaminándose al comedor- Pero necesitaríamos ayuda. Mucha más ayuda de la que tenemos.

Y negándose a darme más pistas, se fue a saludar a Kari, que recién se había despertado y bostezaba frente al refrigerador. Yo me quedé sola, meditando esas palabras por un buen rato. Demonios. La palabra me evocaba a Glasyalabolas, aquel sabueso de seis ojos, el constructor del Palacio que me había salvado de los Cuatro la noche que caí dentro de su reino. Pero era seguro que Mikhail no se refería a algo tan literal, más si consideraba que nada le había contado yo sobre ese misterioso ser. Lo que Mikhail quería decir, suponía, era que íbamos a tener que realizar acciones cuestionables.

"Pero contra un asesino, ¿qué importa que hagamos cosas malas?"

Inclusive antes de volver a donde los demás ya conversaban animados, pensé que a Kain no le hubiera gustado esa idea.

Había otra cosa significativa, de la cual terminé por percatarme durante esos días. Era algo tonto, pero no podía dejar de prestarle atención: contra todas mis expectativas, mi compañero de investigaciones se había abierto a Kari de un modo distinto, y si bien no creía ver ningún tipo de aceptación amorosa entre ellos era cierto que Mikhail pasaba ahora mucho tiempo con ella, demasiado tiempo más del que me hubiera gustado. No era que no me agradara que Kari avanzara en su sueño de conquistarlo; pero de verlos arrojados en la misma cama, conversando cosas que yo no podía oír, de verlo a él ayudándola a estudiar durante las tardes, o a ella, echándosele encima en la playa para molestarlo, llegaba a mí el temor de que Mikhail pudiera hablar algo de más, sobre mí, sobre Nueva Gabul, sobre los rumores que él conocía y que yo había hecho tanto esfuerzo por mantener ocultos de los Weigler.

¿Qué era lo que había cambiado? Yo le había dicho a Kari que se acercara, y las sesiones de estudio habían terminado en volverse un momento para que ambos estuvieran solos, pero no creía que esa fuera la respuesta. La verdad era que, en tan sólo unos días, Kari parecía haber crecido un montón. Había pegado algún tipo de estirón, comenzaba a desatar la coleta con la que siempre ataba su cabello, y su actitud para con su amor había madurado, tanto que en ocasiones me preguntaba si realmente le gustaba, si era la misma Kari que yo había conocido al iniciar el año. No cesaban de estar juntos. Ocupaban sitios cercanos en la mesa, toallas pegadas en la playa, y los había hallado durmiendo, más de una vez, en posiciones diversas sobre la cama de Norbert. Pero no había nada de romántico en ello.

¿O sí?

-Pienso que sí- me dijo Matt días después, una mañana que decidimos restaurar nuestros paseos, con la evidente ausencia de Waldorf.- Más bien, no puedo hablar sobre Mikhail. Mikhail siempre fue demasiado...

-Cretino.

-Estirado, para esas cosas- se rascó la mejilla- Pero creo que Kari está creciendo en torno a él. Antes de lo que sepa, lo superará.

Íbamos bordeando un alto risco, no muy lejos del sitio en donde yo había invocado la Puerta para probar mis palabras. Me hallaba adormecida; al paradójico cansancio que me daba tanta actividad física en mis vacaciones, se me sumaba a veces todo lo que hacía con el cuerpo de Mina, las indetenibles prácticas, en las que intentaba superarme a mí misma una y otra vez ante los ojos de Laurence Varlenko. Pero también estaba relajada. Era como si allí, en esa situación, pudiera ser del todo yo misma.

-¿Crees que van a salir?

-No parece agradarte la idea.

Dudé.

-No estoy segura de que Kari...

-Yo no me preocuparía por ella- movió una mano él, y se sentó, las piernas colgando del precipicio y el mar turbio, oscuro frente a nosotros- Pero tú sabes más que yo, ¿no? ¿No quiere confesarse?

-¿Cómo supiste?- me puse a su lado, pero en vez de ver el mar fijé mis ojos en el cielo, en donde nubes de alquitrán lentamente fluctuaban intentando ocultar el sol.- A veces me sorprendes.

-Conozco a mi hermana.

No añadió más, y ambos callamos. En momentos así, me costaba no pensar en Mira Strauser, en su muerte, y en todas esas cosas que no me atrevía a decirle, que no quería que él supiera. Me costaba dominar algo, algo que nunca me quedaba del todo claro, y que pensaba era quizás culpa. Abochornada, pensé en el día de la fiesta del Salón Adal, en mi llanto, en cómo le había gritado. Matt jamás había hecho mención de eso. ¿Qué pensaría? ¿Pensaría que era un ataque nervioso, que yo era una idiota?

Mi diente encontró mi labio inferior, y mordió con debilidad. Tan pronto como me había relajado, volví a sentirme miserable, la más patética de todas. Matt volvió a hablar.

-Confesarse debe de ser difícil.

La oración quedó flotando en el aire, por sobre el barranco y sobre la espuma que se adivinaba como una línea blanca, efusiva bajo nuestros pies. Más que palabras, me parecieron los ecos de un sueño.

Aferré mis rodillas, sin comprenderme, hundiendo la cara entre ellas.

-Sí. Creo que jamás me atrevería.

-¿Tú nunca...?

Miré hacia el otro lado.

-Pero Kari...

Tosí con fuerza. Matt pareció perplejo unos segundos, pero luego rio. Su risa era cantarina. No había rastros de tristeza, o de debilidad, o de todo el dolor que debía haber sentido, el que cargaba.

Rio, y luego miró de nuevo el paisaje, más animado.

-Inventarle algunos cuentos a mi hermana no le hará ningún mal.

Tenía las mejillas encendidas. ¿Por qué le había confesado que todas esas historias eran mentira, que eran excusas para no quedar mal? Me di

cuenta de que tal vez, había creído que Matt lo había deducido por su cuenta. Pero en verdad parecía sorprendido.

-¿Y tú?

Se volvió.

-¿Has tenido...?

-¿Qué? ¿Novia?

Asentí.

-En tercer grado, creo. Tenía un nombre terrible, como Eulogia o algo por el estilo.

Esta vez yo reí.

-Mina es un mejor nombre.

-¿Mina?- inquirió Matt. No supe qué responder. Desde luego, no la recordaba. Y aun así me asustó, durante algunos segundos, cómo sus ojos se turbaron, como si algo en él regresara. Pero cuando aquella visión desapareció, me siguió examinando. Sentí retumbes en mi pecho. Sentí que había cometido un error.

-Ya sabes...- estiré las palabras.

Matt retrocedió un poco. Creo que ambos recién nos percatábamos, después de días y días de dar paseos juntos, de que estábamos solos. Sin el peso de San Naerit, eso resultaba una obviedad. Solos, sentados lado a lado. No sabía qué pensar de eso. Prefería no pensar nada.

"A Matt le gusta Mina" me repetí.

-Liseth.- me llamó él, interrumpiendo esa idea. Volví a verlo. La mirada esmeralda estaba fija en mí, y su gesto parecía acusador, tanto que mi pecho retumbó de nuevo.- A veces no sé qué hacer contigo.

-¿Hacer conmigo?

Lo oí suspirar.

-Estoy...- dudó, sujetándose la frente- Es más bien que...

Esperé, atenta. El tiempo parecía congelado.

-Es muy... Difícil, decirlo. Pero he tomado una resolución. También a ti te he estado observando.

-¿Observando?

-Cuando llegaste a casa- dijo, y noté con sorpresa que él también parecía turbado- No sabía cómo acercarme a ti. Pero... No tenía que ver con que no quisiera hablarte. No es difícil hablar contigo, incluso de cosas que duelen. Era más bien que... Siempre me pareció que estabas sufriendo.

Callé.

-Eso.- asintió él- Que estabas sufriendo. Que te pesaba algo, algo que te había pesado durante mucho tiempo. Y entonces no me atrevía a hacer demasiado. "¿Qué cosas tendrá en la cabeza ella?" pensaba. Cuando hablabas con otros, cuando te veía escuchar las bromas del idiota de Elias, o ayudar a papá, o en la escuela con los demás... Eras tú, y sin embargo lo sentía como un acto. Me daba la sensación de que te ocupabas de otra cosa, de que tolerabas algo que te reducía. Que no te permitías ser tú misma. Ya sé que estoy diciendo idioteces. Pero es la verdad. Temía. Tenía miedo de estirar una mano que te fuera pesada. También pensaba que tenías ya a alguien que te interesara, y que quizás eso era lo que te distraía tanto. Era egoísta. Me mentía a mí mismo. Pero ahora, pensándolo todo bien, y después de lo que ocurrió con Zaq, con lo que sabemos del Titiritero, con todo lo que temo puede suceder...

-¿Matt, de qué...?

-He decidido no perderte.- afirmó- No quiero tener arrepentimientos; pues no sé qué puede venir, y porque dije que no le daría la espalda a nadie. Tampoco me la daré a mí mismo. Así que, Liseth. Lo diré ahora. No necesitas hacerlo ya. Pero si existe algo, que quieras decirme, si necesitas mi mano, estaré a tu lado todo el tiempo que sea necesario. Porque... Porque eres importante. Me importas. Y para mí, todo lo demás es nada.

LXVI

Lo demás es nada.

Esas palabras me quedaron rondando durante días, al punto que llegué a pronunciarlas lo suficiente como para que perdieran todo su sentido. Nada. Lo demás. ¿Yo le importaba a Matt? Por supuesto que sí. Debía importarle. No me podía mentir. Pero entonces, pensaba, me había dicho la verdad. Algo en mi cabeza se negaba a conectar ideas.

-Que le importaba- le conté a Mikhail un día, un día en el que me hallaba demasiado distraída. Parecía ridículo que se lo contara a él, me sentía como Kari, pero no podía evitarlo- Es sólo que me pareció raro. Tú sabes que no quería ser odiada. Pero...

-¿Pero?- levantó una ceja él, en actitud de psicólogo.

-Le importo.- repetí como una idiota- ¿Le importo como Kari o Norbert? ¿Soy familia? ¿Crees que me ve como a una hermana?

Él de anteojos se adelantó un poco.

-Me figuraba que eras cruel, pero en realidad eres la mujer más idiota que jamás haya visto. Estoy anonadado y aliviado en partes iguales.

-¿De qué hablas? ¿A qué te refieres?

-Sólo digo que Mathew no ha escogido un sendero sin piedras. Me apiado de él. - concluyó, sin explicarse en lo más mínimo. En mi confusión mental, lo vi irse del cuarto sin atreverme a replicar. Me dejaba con la actitud de un profesor, que permite a sus alumnos un tiempo para reflexionar sobre lo que hicieron mal en el examen.

Y pisoteando mi orgullo, eso fue lo que hice. ¿A qué se refería? ¿Era posible que Matt...?

Me detuve de inmediato. El rostro me ardía. Cuando volvimos a encontrarnos los cuatro, en el comedor, esperando a que Norbert regresara con la cena -había prometido conseguir algo que no viniera del mar- apenas me animaba a establecer contacto visual con él. O al menos durante los primeros minutos. Al rato, sin comprender porqué, todo pasaba; y volvía a

estar cómoda, y hablábamos como si fuera otro día más bajo el cielo brillante del pueblo, y los acres estuvieran a un vistazo de la ventana.

Esa misma tarde también ocurrió un accidente. En realidad fueron dos: de uno, más importante, me enteré al siguiente día con mucho placer; pero en el que estuve presente fue más pequeño, en la misma mesa y minutos antes de tener que preparar los platos, cuando Wilhelm se apareció, arrastrando los pies, y pasó tras Mikhail y Kari en dirección a la heladera.

Había una mota de furia en sus ojillos patéticos. Era notable que estaba enojado, ¿Qué habría pasado? Abrió la portezuela, tomó una fruta, y le dio un mordisco sin mirarnos. Kari entonces se puso de pie.

-¡Will! ¡Esa era mía!

Su hermano la miró. En realidad, no parecía estar viéndola. Escupió algo de pulpa, con un grito.

-¡Tú apártate!

Kari quiso interponerse antes de que volviera a su cuarto, pero Mikhail la tomó de la muñeca, arrastrándola junto a él. Ella se dejó llevar sorprendida.

-¿Mik, qué haces? ¡Se lleva mi...!

-¿Has pensado que tal vez tu hermano pasa por un mal momento?

La muchacha lo encaró desencajada. Matt levantó las cejas; Wilhelm ya se había ido, y yo calculé que esas palabras, por mucho que los movieran, no iban para ninguno de los Weigler sino para mí, Liseth Aurdelard. Mikhail me lo estaba diciendo. ¿Cuánto hasta que probara por su cuenta hablar con Wilhelm? No creía que nada de lo que hiciera fuera a funcionar. Y aun sí lo hacía, eso quizás significaría un avance sobre el caso. Me parecía obvio que Wilhelm sabía algo. ¿Entonces, qué me preocupaba? ¿Que descubriera que yo había sabido, que Wilhelm sabía algo, alguna idiotez así? No, no era eso lo que me preocupaba al respecto.

Lo que me preocupaba, pensé cuando intentaba conciliar el sueño bajo los ronquidos de una ya relajada Kari, era la compasión que había visto en los ojos de mi socio durante aquellos segundos. Una compasión que parecía extenderse mucho más allá de Wilhelm, que esclarecía su mirada, que le daba a su gesto adusto una impresión de sabiduría.

Me consternaba que Mikhail, por algún motivo, también estaba cambiando.

Jamás lo había conocido demasiado bien, fue lo que concluí varias horas después, un nuevo sol asomado hasta su cenit, otro cuerpo y otro entorno que me rodeaba, mis compañeras enfundadas en sus mallas, los gritos de DuMarque, el playón y las barras de acero en las que nos sosteníamos. Sí, era cierto que jamás había conocido demasiado bien a Mikhail: ahora nos hablábamos con confianza, tal vez, compañeros en nuestro objetivo, pero por demás de eso yo había evitado contactarlo, por temor a lo que supiera sobre mi vida en Nueva Gabul. Pero aun así, si hay algo que puedo percibir, es ese cambio que se le ha producido. Se lo ve distinto. Más noble. Se para con mayor soltura, ríe con franqueza, la frente despejada bajo el cabello revuelto. En ocasiones me parece una persona diferente, algo que ya no es Mikhail.

Pensé: ¿Fue Kari?

Pero creo que reducir el cambio solamente al afecto de Kari es tonto. Kari lo ha querido desde hace años, antes de que yo llegara. No puede ser su acercamiento el único agregado.

Siento que en realidad, quizás en lo más hondo de sí mismo, Mikhail ha presagiado un futuro. Que siente que algo está por concluir.

También me consideré a mí misma, a la yo que no era Mina, a la que estaba por detrás de la elasticidad, de la gracia, de la delicada forma en la que posaba mi pierna con la precisión de un reloj, mientras asombrado Laurence Varlenko tomaba notas junto a su equipo. Consideré a quien era en verdad, Liseth Aurdelard. ¿Había yo cambiado, en todo este tiempo? ¿Debía cambiar, como Mikhail, ver alguna luz que ahora me parecía una mentira, una diferente a la que maquinalmente buscaba?

No.

Es importante mantenerme como soy. Es importante tener una idea fija, y seguirla hasta el final. Todo eso sé. Y lo demás...

Lo demás es nada.

Ese día me enteré también con oscura felicidad de que mi plan había dado frutos: mientras yo disfrutaba de las hamburguesas de Norbert, un auto había irrumpido a toda velocidad en Visgana, y de allí había descendido el señor Hordelli, progenitor de Betiana, con toda la prisa y furia que sólo un padre preocupado puede tener. Pidió, de inmediato, llevarse a su hija. Le dio cinco minutos para empacar sus cosas; y los gritos se oyeron por cada uno de los apartamentos del lujoso edificio. Todo eso me lo contó Alice: Orlana se lo había revelado, entre lágrimas. Yo la oí fingiendo toda la preocupación que podía, estallando a carcajadas en mi interior.

-Dijo que casi la sacaron de los pelos- decía la reina, con enfado. Harrold estaba a mi lado, escuchando sin expresión- Al parecer alguien llamó el otro día y la acusó por pasarse de raya en el Club.

-¿Quién pudo haber sido?

-¿Quién más que Orlana?- suspiró ella, molesta- Me resulta difícil de creer pero...

-Cualquier chica envidiosa podría haber querido arruinar las vacaciones de esas tres- notó Harry. Me pregunté si el comentario era intencionado, pero parecía inocente. Casi como si no supiera cómo se habían dado las cosas.

-Pero no todas tienen el teléfono de sus padres- añadió Alice, calándose mejor el sombrero- Dicen que fue el padre de Orlana quien avisó. Creo que ella se pasó de lengua, nada más. Pero díselo a Betiana.

-¿Está enojada con...?

-Orlana me dijo que la llamó una zorra traidora en la cara, justo antes de irse- me contestó. Hasta pude ver las pequeñas gotas de saliva, chocando contra la ventanilla del auto, y el rostro desconsolado que ese cristal reflejó, toda la devastación y confusión de Orlana Veine.

Alice suspiró. Harry no sonreía. Yo sentía un jolgorio en mi interior, un carnaval de alivio y gracia. Mi único arrepentimiento era el haberme perdido la escena: Betiana llorando, Orlana gritando, la ofensa, el padre furioso, las manos que tiemblan, los rostros deformados por las emociones. Sentía que las cosas estaban bien. Las dos se odiarían. Se fracturaba esa estúpida amistad que tanto me había afectado en la escuela. Ese era sólo el primer paso, pero mi plan había funcionado. Betiana ni siquiera se merecía que pensara demasiado en ella. Pero como un inicio, y sabiendo que luego le tocaría el turno a su amiga, ¿cómo no sentirme emocionada? ¿Cómo querer cambiar?

-Sea como sea- chasqueó la lengua Alice McRyans, y nos miró- Harpías hay en todos lados. Una nunca puede estar segura.

Estaba segura sin embargo de que ella sabía bien de lo que hablaba, siendo como lo era otra harpía, la más grande de todas las que yo conocía. Pero a pesar de eso, debí admitir que Alice se portó más que bien con Orlana: la llamó esa misma noche, usando el teléfono del hotel, y la escuchó lloriquear -los llantos nos llegaban incluso desde las mesas, y yo agudizaba el oído en busca de ese dolor que tanto me regocijaba- por lo que se sintió como casi una hora, todo para confirmar que ese día no iríamos a visitarlas ni habría celebración alguna. Me costaba imaginarme a Orlana desolada, sola en un departamento con Mary. ¿Qué haría Mary? ¿La consolaría? De sólo considerarlo me hervía la sangre. Esperaba que las dos se aburrieran. Que no tuvieran nada sobre lo que hablar, ¿Qué diablos hacía Mary entre ellas? Era como si se paseara jactándose, solamente por el placer de estar entre chicas como esas, frotándose en la cara su gran logro. Bien, ahora no les iría tan bien. Lo merecía por haberme abandonado.

Cuando pensaba en abandonar, venía a mí también temor sobre otra persona. Harrold estaba demasiado sombrío, su sonrisa parecía falsa, y se lo veía más callado que de costumbre. Él sabía lo que yo había hecho. Que pudiera estar sintiendo culpa, arrepentimiento, me aterrorizaba. Pero pensaba que podía controlarlo. Era mi novio.

A la noche, quizás por un efecto de la luz, me pareció que Harrold no pestañeaba. Era algo ínfimo, pero que no pude quitarme de la cabeza hasta que me fui a acostar. Más bien; pestañeaba, pero lo hacía de a largos intervalos, más como si se acordara que como si fuera una función natural de su cuerpo. No dejé de vigilarlo. Sus pestañas también eran perfectas. En la velada luz de la recepción, las había sacudido apenas tres veces, en los cuarenta minutos que pasó sentado, meditabundo, jugando con sus pulgares. Era extraño verlo así.

La recepcionista de la noche bostezaba, con mal disimulo leyendo un libro tras el mostrador. Yo me acerqué a Harry, intentando probarlo. No fue necesario. En cuanto me vio venir se levantó de inmediato.

-Te sirvió.

Por haber esperado que pidiera que nos detuviéramos, o que me recriminara algo, la fascinación con la que constaté aquello me perturbó. Asentí lentamente, y su sonrisa regresó. Ya no había nada que se pareciera a la culpa en su mirada.

-Aún queda una semana para que Travis y Orlana concreten su cita. Podrá recuperarse.

-¿De verdad los oíste?

-No te mentaría- cerró un ojo- Dije que quería ayudarte, ¿no? Confía en el viejo Harry.

Crucé la mirada un poco, sin comprender del todo desde dónde me venía la desconfianza.

-Estamos juntos en esto, ¿no?

Harrold se adelantó, y me plantó un beso suave en la frente.

-Estamos juntos en lo que deseas.

Con esas palabras, pude irme a dormir algo más relajada, con la idea de que la situación seguía bajo mi control. Aproveché que Candice y Elia dormían a pierna suelta -ya eran pasadas las doce- y prendí mi velador, para dejar ver la cuadrada caligrafía de las últimas páginas del viejo Diario. Tenía sueño, pero me dije que era obligatorio forzarme a leer, aunque fuera un poco.

Comencé revisando las anteriores entradas, para recordar. El autor ya hablaba de atacar, tras la erradicación de la familia Tressand, a los Berkan: Valdomar y sus cuatro hijos. Allí estaba la prueba que necesitaba. Leería de primera mano, un relato de época de lo que se había convertido en una leyenda popular, aquella historia de terror que Elias nos había contado con tanta habilidad en la Playa de las Piedras, mi primer día en el pueblo. Era sólo que a la leyenda, ahora, yo la comprendía mucho más. Los Berkan habían asesinado a su padre, y luego se habían suicidado. Pero no habían sido ellos. Tal como ocurrió con los otros, una mano los había obligado a pecar de ese modo.

Y luego...

Si un espíritu del Palacio tiene odios, remordimientos, su visión se vuelve más y más monstruosa. Jason Berkan tenía el rictus de un demonio, ¿cómo podía no ser así? Lo habían forzado a asesinar a su padre, lo habían forzado a morir, y tras la muerte lo seguían forzando en su locura a cometer atrocidades. Más allá de los Cuatro, el primer monstruo al que debía apuntar era al Titiritero. ¿Quién más que el autor?

Posé mis ojos cansados en la primera línea.

Con Raquel escogimos a cuatro espectros, los más viejos de ellos, para que se encarguen de guiar el camino de los descendientes de Berkan Valdomar.

No consideramos, en absoluto, que el asunto pueda ser difícil. Los mortales descienden al nivel de bestias contra el poder del Palacio Ajeno. Como bestias, los Berkan son el clan más antiguo del pueblo. Erradicarlos será... Simbólico. Será quitar de una vez por todas la vieja estructura, aquello que siempre odiamos por debajo de nuestra complacencia. Será ser libres, y tener cinco servidores más bajo nuestro mando. Harán criaturas fabulosas.

Iniciaremos en cuanto nuestras posiciones no estén comprometidas. Ambos contamos con adeptos, entre la servidumbre, e incluso entre la plebe de este hermoso sitio. No deben sospechar. Raquel se ríe de la idea, pero me gusta recordarle que han existido cazas de brujas en la historia del hombre. En cuanto la segunda familia caiga, no deben mirarnos con recelo. Deben creer que somos parte de ellos.

Ah...

¿Existe un espíritu más libre, que el de la mujer que desde mi infancia me cautiva?

Soy pensamiento, soy orden, soy conocimiento con razón. Raquel es experiencia, caos, emociones y furor.

Incluso si intenta hablar.

Incluso si extiende sus blancos dedos, a personas que jamás podrán comprenderla.

Sí, incluso si lo peor sucediera entre nosotros, mi corazón jamás dejaría de pertenecerle.

Esta noche, que por algún motivo hallo inhóspita para el sueño, me ha regalado ese terrible presagio.

LXVII

Sólo quedaban unas cuántas hojas, pero esa noche decidí dejarlas, pues los párpados se me cerraban y la liviana cabeza de Mina bamboleaba, a punto de desplomarse contra la comodidad de la impecable almohada. Recuerdo haber dormido con el rostro en donde iban los pies, aspirando el refrescante aroma de las sábanas cambiadas.

Qué descansada me sentí, en cuanto volví a consciencia y me encaminé, casi sin pensarlo, de regreso al chalet en el que los demás me esperaban. No era como si avanzara: más bien una fuerza me atraía, invisible, un magnetismo a lo que fuera que vivieran Matt, Mikhail, Kari, algo de lo que no podía, ni quería, escapar. Quería estar con ellos. Sentía que mi lugar, me gustara o no, no estaba entre los lujos del hotel Grand Eternal ni entre mis populares compañeras, ni siquiera en el perfecto novio que había conseguido; sino que entre risas, juegos, paredes blancas gastadas y comidas sustanciosas, largos paseos y sospechas se movía lo que a mí realmente me interesaba. Y cuando lo pensaba, sin poder evitarlo, afloraba en mi pecho una alegría sin nombre ni sentido que me hacía apurar el paso.

También hubiera querido hablar con Kain. Hubiera querido decirle que todo iba bien, que no debía preocuparse por mí, que Mikhail ya sabía de su existencia. Era imposible. Tras la oscuridad, y los Lazos, y ese espacio abismal en donde el cuerpo de Mina quedó guardado, parecía haber un muro infinito, el cual pocas veces mi voz solía superar. Todo lo que me llegaba del fantasma eran apenas sonidos, ecos. Lo extrañaba.

Llegué antes del almuerzo, y me sorprendió ver que Norbert había salido, y que en la casa el único que dormía –o pretendía dormir– era Wilhelm, encerrado como siempre en el cuarto que compartía con su padre. Asumí sin temor a dudas que el otro había ido a visitar a Johan. Eso dejaba la casa a nuestras anchas, y como esperaba, los tres ya la habían aprovechado: la música de Kari sonaba a todo volumen desde los viejos parlantes, y Mikhail y Matt portaban sus mejores expresiones de concentración, envueltos en una partida de ajedrez con el empolvado tablero que habían hallado en el armario de su cuarto.

Ninguno de los dos hablaba, ni se giraron a mirarme cuando irrumpí. Kari sí se giró, aburrida, y apretó ambas mejillas con los índices. Fue un gesto que me recordó a Anna.

-¿Paseaste?

-Un poco.

-Me hubieras esperado- comentó Matt, y movió un peón. Mikhail soltó una sonrisa confiada.

-Estabas durmiendo- arriesgué. Matt no contestó nada, así que asumí que no le había errado.- ¿Norbert ya salió? No lo vi.

-Fue a ver a Johan. Hoy nos arreglaremos con lo que haya dejado en la heladera.

-Que no es poco- levantó las cejas su hermana- Lis, ¿no quieres ayudarme a cocinar?

-Mientras no sean pizzas...

Los hermanos Weigler rieron. Ajeno a esa anécdota, Mikhail utilizó su alfil para devorar al pobre peón negro. Matt se rascó la mejilla, pensativo.

-Podemos comer más tarde. O Will podría cocinar, dado el caso.

-¿De verdad confías en Wilhelm para hacer algo decente?

Observé sus gruesos dedos titubear sobre la cabeza de un caballo. Lo movió con lentitud, y esperó un largo rato antes de soltarlo, como si en cualquier momento pudiera volverlo a su posición original. Pero al finalizar, contempló triunfal a Mikhail, y luego a Kari.

-Confío en todos mis familiares.

-Eso sería un error- movió de inmediato otra pieza Mikhail. Yo me senté al lado de Matt, tras revisar la heladera y comprobar, satisfecha, que Norbert nos había dejado suficientes raciones como para sobrevivir un par de eones- La sangre es menos que el agua. Nunca sabes... Cuándo un hermano te puede traicionar.

La soltó, y tras los anteojos examinó a su alumno. Vi el gesto de Matt, y sin pensarlo me asusté. ¿Qué hacía Mikhail? ¿No había sido él quien había estado en contra de decirles...?

-¿Lo dices por algo?

No movió, esperando la respuesta. Mikhail tampoco parpadeó.

-En ocasiones las traiciones llegan desde muy cerca.

Matt frunció el entrecejo.

-¿Qué tan cerca?

Una torre devoró a otra pieza desprevenida.

-Lo suficiente como para ser una daga en el corazón- hizo otra jugada su mentor, sin ver- Jaque.

Matt observó el tablero, desprevenido. Kari miraba la partida como un simple juego, pero a su lado yo temía, y me hallaba a punto de insultar a Mikhail, de hacer cualquier cosa con tal de quitarlo de su plan. Matt no tenía por qué saber. No había necesidad alguna de decirle, no quería verlo sufrir. Habíamos acordado eso, decía la mirada con la que lo fulminaba. Pero él no me prestaba la más mínima atención.

-¿Dices que debería desconfiar de todos, entonces?- se movió el rey, resguardándose.- ¿Hasta de mi familia?

-Digo que deberías apreciar a tu familia- danzó la reina blanca, como flotando sobre el aire- Tienen mucho de valor. Pero también deberías saber que pueden errar. Y pecar de maneras terribles. Jaque.

-Mate.- concluyó Matt sin mirar- ¿Como tú aprecias a Kari?

Mikhail se interrumpió, todavía inclinado sobre su victoria. Ninguno de los dos miraba los cuadrados blancos y negros, sino que parecía que se enfrentarían por encima de esos ejércitos, en un nivel que el resto no comprendía. Excepto que yo lo comprendía muy bien. Pero el porqué de la

última pregunta se me escapaba. ¿Había querido molestarlo? No, Matt no era un mal perdedor. La pregunta parecía un desliz natural. En Mikhail, parecía haber tocado algún botón.

Kari sacó la lengua, cortando el silencio.

-Mira quien habla. "Liseth, ¿por qué no me despertaste?" Hasta se sientan juntos, ¿no es demasiado obvio?

Dijo todo con un bostezo, y cada palabra martilló un clavo, que me limitó de moverme o seguir viendo a los contendientes. Por debajo de la vergüenza, y de las palpitaciones de mi pecho, me llegó un sentimiento de dolor, que me llevó un buen rato comprender. Era pérdida. Sentía que había perdido tiempo, y que aquí, en este chalet, mientras yo danzaba y practicaba, mientras iba a clubes y conspiraba en contra de mis antiguas enemigas se habían sucedido cosas, cosas importantes, cosas de las cuales había estado ausente, para jamás vivirlas. Sentía que había habido algún tipo de cambio, otra evolución, en la que yo no había participado.

Matt no contestó aquello, ni pareció enfadado con su hermanita. El ambiente era tenso, pero no creía que nadie se estuviera enojando. Yo misma simplemente no sabía qué decir.

Volví a atreverme a ver a Mikhail, que parecía pensativo. Consideraba la pregunta de Matt, lo que fuese que hubiera significado. Se veían tras los ojos palabras, pensamientos, ideas que interconectaba con razón, con el uso de aquella nueva luz que lo poseía.

En cuanto terminó, torció su cabeza hacia Kari.

-Tú- dijo, y ella lo miró atolondrada.

Se hizo otra vez el silencio. Fue tan total la quietud que pudimos sentir los suaves rasgados, de Wilhelm removiéndose bajo las sábanas. Luego él volvió a hablar.

-¿Quieres salir conmigo?

Kari no pudo cerrar la boca, y retrocedió.

-¿Eh? ¿Eeeeh? ¿Eeeeeeh?

-No te pedí casamiento. ¿Quieres sí o no?

-¿De qué hablas?

Mirábamos a ambos de lado a lado, torciendo el rostro.

-Podríamos ir a tomar algo el próximo fin de semana. Hay muchos sitios por aquí.

-¿Mikhail, me estás tomando el pelo? ¡Te voy a matar!

-¡Deja de ser tan inmadura! ¡Sí o no!

Kari se levantó, y lo sujetó del cuello de la camisa.

-¡Sí!

-¡Entonces está dicho!

-¡Estúpido!

-¡Idiota!

Matt y yo nos miramos. Estábamos todavía más perplejos que ellos, en quienes todo parecía simplemente un acto, algo que ya habían esperado del desarrollo de su relación en los últimos días. Lo que estaba claro para nosotros, fuera como fuera, era una simple cosa: si Mikhail y Kari iban a tener una cita, definitivamente íbamos a espiarlos.

LXVIII

Se acercaba también ya el día de nuestra actuación en el Lastega: por ello, habían sido tantas las idas y venidas que Laurence Varlenko y la profesora Veronique DuMarque habían dado planificando cada elemento del espectáculo: fotógrafos, escenario, maquillaje, luces y adornos, los equipos de sonido, los disfraces en los que deberíamos completar nuestra danza. Aunque en naturaleza era distinta, compartía con las demás la emoción y la ansiedad que me provocaba el ver, cada nueva mañana, que las fechas que me separaban de aquel día se podían contar con los dedos de ambas manos, luego con los de una, y pronto se volverían tan sólo horas. Necesitaba saber que todo sería perfecto.

Para que el efecto de lo nuevo no nos jugara en contra, unas semanas antes Laurence decidió llevarnos al Teatro Lastega, a tener una sesión de práctica.

Fue una experiencia apabullante. Ya con sólo ver la alta fachada del Teatro, los ribetes antiguos de su arquitectura, las letras de platino, ilustres sobre la inmensa entrada hizo que floreciera en mí un cosquilleo que me quitó toda vergüenza para chillar, lado a lado entre Jossie, Elia y Natalí. Y cuando me adentré por la recepción; todo ese rumor se volvió una palpitación insistente, que tardé demasiado en comprender era una mezcla de orgullo y nervios. Estaba orgullosa, habiéndolo robado, de hasta dónde había podido llegar. Me aferré a esa emoción, la estrujé con todas mis fuerzas, la hice mía para opacar a la otra. Todas estábamos así; al menos, sólo Alice se veía desinteresada, apenas echando vistazos aislados a toda la magnificencia que nos cautivaba.

Pensé: *“Se está haciendo. Es imposible que no sienta temor.”*

Pero luego temí: *“¿Y si de verdad no lo hace? ¿Si me opaca por eso?”*

Esa idea me forzó a calmarme, y a retomar mi rol de líder entre las otras. Soporté la tentación, y caminé apenas un paso por detrás de Laurence. La verdad era que el sitio me sobrepasaba. Me sobrepasaba el oro de sus marcos, las inscripciones, las incontables fotografías de personalidades. Me sobrepasaban los altos techos abovedados, que tanto me hacían recordar a los del Palacio. También, claro, el respeto con el que trataban todo aquello Laurence Varlenko y nuestra profesora.

Llegamos a un cuarto de estudio detrás del escenario, y allí conocimos al resto de los actores, a quienes llenarían las pausas en nuestra danza con sus interpretaciones. Conocían a Laurence, y se mostraron muy simpáticos con todas nosotras. El otro grupo de personas, para nosotras mucho más interesante, era el de los maquilladores, que nos miraron como lobos hambrientos en cuanto irrumpimos. Su líder dividió a varios que se arrojaron contra las chicas de inmediato, organizándose y haciendo reparos en cuanto a

nuestra piel, gesto, disfraces, etcétera. Al parecer, sería un cambio completo lo que haríamos, y estaban dispuestos a probar cosas.

Como tenía un papel principal, me llevaron a un cuarto aparte. Me sentía una estrella, aunque llegaba a mí una y otra vez la idea de que podía no estar a la altura. La chica a la que le tocaba trabajarme parecía notar aquello en la tensión de mis hombros, pues nada más empezar me palmeó un par de veces, diciendo que me relajara. Eso sólo consiguió ponerme más tensa.

-Pruébate esto, cariño.

Colgando de una prolija percha trajeron un vestido oscuro, con una faja en el estómago y plumas negras. Lo observé con aprensión, y lo tomé. Era seda. También era hermoso. Mientras me lo ponía con sumo esmero, volví a reconsiderar todo lo que estaba haciendo en ese momento.

"¿Puedo?"

"Tú puedes" me contesté, haciendo la voz de Kain.

"¿Puedo?" me repetí.

"*Danza, y si no puedes danzar, danza*" fue la respuesta que decidí darme. Salí de mi camarín y el equipo prácticamente aplaudió, una mezcla de lo bien que me quedaba y de que habían calculado las medidas sin la necesidad de verme.

-Todas ustedes son agujas. A ver, levanta un poco los brazos.

Siguieron tomando medidas. Yo notaba que el vestido no me impediría danzar; dejaba mis piernas en total libertad, y su peso era mínimo, tal si estuviese vistiendo una sombra, se recortaba perfecto en mi espalda y en mis hombros sin acalorarme.

Una vez terminó eso, me sentaron y comenzaron a maquillarme. Se esmeraban en aplicar rímel y sombra para mis ojos, y una base tan espesa que se podía cortar con cuchillo. Un cepillo pasaba por entre mi cabello, suave de por sí, acicalándolo. En cuanto terminó, la chica ordenó que me lo sujetaran en un rodete amplio, sobre el cual ató otro broche de cintas oscuras.

-Estás preciosa. Mírate.

Pusieron frente a mí un espejo de cuerpo entero. No reconocí a Mina en la criatura que se apareció dentro de ese marco dorado, sentada y con las facciones ensombrecidas por la pintura. Me pareció que era una pintura, algún ser hermoso, perverso, que me miraba con ojos tan profundos como la noche, con la piel tan blanca que parecía talco, y la elegancia imbuida en su vestido, en los largos guantes, y en las delgadas piernas. Pero cuando volví a ver el vestido, comprendí que esa era Mina. Que era yo.

Me mantuve silenciosa, revisando las facciones realzadas, casi sobrenaturales del rostro que me habían creado, y mi estupefacción pareció ser suficiente agradecimiento para ellos. La chica me observó por un largo rato, para asegurarse de que nada se hubiera corrido, y luego hizo una seña a los demás.

-Ahora vamos al escenario.

Yo la seguí, caminando casi de puntillas, pues temía que esto fuera un hechizo que se pudiera disipar a la menor brisa, al menor contacto con una persona. Maldecía que no estuviese Harrold para verme, o el resto de la escuela, que no hubiera traído la cámara para sacarme un par de fotos y guardarlas. Había pasado la barrera de la hermosura.

En cuanto llegué al escenario, mis compañeras estallaron en gritos de alegría. Todas ellas también habían sido maquilladas, y aunque no destacaban

tanto como yo, el equipo les había sabido resaltar su belleza, tanto que chicas como Natalí o Juliana, por primera vez, se me ocurrió podían ser consideradas hermosas. Candice era entre ellas la que más elegante me pareció, aunque la tristeza de sus rasgos arruinaba el efecto feliz de los vestidos floreados, de las mangas coloridas, de las faldas levantadas con alegría.

-¡Mina!

-¡Qué hermosa!

-Tienes...

Las dejé hablar, todavía adormecida. Pero no podía oírlas. Me pesaba una presencia a mi derecha: el espacio en donde el amplio escenario sobre el que estábamos paradas se abría, dejando ver cientos de butacas, levantándose contra la negrura y bajo los palcos, repeticiones incontables de asientos rojos en donde el silencio era un murmullo maldito.

Tragué saliva, absorbiendo aquel vacío. Aquí debía cambiar mi vida.

"Puedo. Puedo hacerlo."

Me dije que clavaría las uñas en el rostro del diablo, si llegaba a tener un ataque cuando tuviera que bailar. No ocurriría. Estaría bien, me repetía a mí misma. Luego por primera vez, pude agradecer que Alice apareciera, pues con eso pude ignorar aquellas butacas y fijar los ojos en mi competidora: trazos de seda blanca, flores en el cabello, las cejas arqueadas, retocadas; el equipo había sabido realzar la belleza de su cuerpo con tanto ingenio como lo habían hecho conmigo, y también comentarios de admiración se arrojaban en su nombre.

"Puedo" repetí, ignorando esa visión. Debía ganarle. Debía lograr que, para el final de la obra, apenas se fijaran en ella.

-Correcto, bien, bien- nos revisó Laurence una a una, satisfecho- Vamos a organizarnos un poco, para tener todo bien claro y que no pasemos vergüenza. Veronique, si pudieras...

-Alice, Mina.- nos llamó la profesora. Ambas nos adelantamos.- Cada una de ustedes sabe lo que debe hacer.

El frío impedía que sudara. Oía las voces imposiblemente nítidas, tan claras que no llegaba a comprender del todo lo que estaban diciendo.

-El interludio serán los actores. Revisaron el libreto bien, ¿verdad?

-¿El equipo de sonido marcha bien, Laurence?

-Ah, ¿ya dudas de mí?

Rieron. Mi pecho retumbaba. Apenas me atrevía a ver a Alice, ¿por qué no parecía nerviosa?

-La idea es que sepan bien cuándo salir, aunque las guiaremos. Habrá diez piezas a representar. La mayoría se hará en conjunto. Para la escena de Papagena serán de fondo a los actores. Las chicas de flores, ¿pueden acercarse?

Elia, Candice y Natalí lo hicieron, solícitas. Yo me hallaba congelada en mi sitio, descubriendo otra vez el sabor del miedo, un miedo muy distinto al que había sentido en cuanto me habían estado por asesinar.

-Mina, tú puedes- susurró Elia. Aquel susurro viajó, por un largo rato, por el espacio que parecía vacío entre mis orejas, y en un arrebató me trajo a la realidad: ella, Jossie, Clara, todas me miraban con ojos de apoyo, con ojos de admiración, con una secreta confianza.

Por primera vez, me sentí un poco conmovida por ellas.

"Puedo hacerlo."

Podía. Volví a ver a Alice, el rostro terso que enfatizaba su belleza. Éramos un ángel negro y un ángel blanco, lado a lado, esperando las instrucciones de Laurence que revisaba su cuaderno con relajado detenimiento. Alice no tenía a nadie. Tenía cosas, pero no había mano que se le tendiera, ninguna otra mano que no fuera la de su esbirra, Anna. Estaba sola. Se había quedado sola.

"Puedo ganarle."

El valor, la determinación, cosas que jamás pensé habían sido mías me inundaron. Solté los hombros, y alcé la mirada. Era Mina, no Liseth. Era popular. Era querida. Tenía la vida que siempre había querido tener.

-Tú eres la Reina de la Noche- me señaló Laurence Varlenko, con una media sonrisa muy particular asomándole sobre la barbilla.- Es uno de los personajes más emblemáticos, por consiguiente, tu solo será el punto alto de nuestro evento. Quiero ver emociones. Negativas. Emociones negativas para ti, cariño. Furia, odio, rencor; danza recordando todas esas cosas. No me interesa si debes pensar en el último muchacho que te engañó, en tu perro muerto, lo que sea que te venga en gana. Quiero resentimiento y venganza. ¿Queda claro?

-Claro.- asentí. No sabía lo sencillo que me lo había dejado.

Atrás, DuMarque organizaba al resto de las chicas. Anna no despegaba sus ojos de Alice.

-Y tú eres Pamina.- dijo a ella, y no vi reacción alguna en los ojos de Alice.- Si Mina tiene que hacer de villana, lo tuyo es de doncella pura y graciosa. No tengo duda alguna de que vas a hacer un buen trabajo.

Alice movió la cabeza imperceptiblemente. Me irritó un poco que se me dieran más consejos a mí que a ella, ¿acaso Laurence contaba con que me fuera a superar?

Al rato la profesora y las demás alumnas se nos acercaron. Parecía todo un compendio de personajes sacados de alguna fabula infantil, disfraces vistosos, con cosas que parecían aves o plumas, flores y hojas secas impresas en los volados de las faldas y que dejaban las mallas libres, para no estorbar el movimiento de nuestras piernas al danzar. Algunos de los encargados del Lastega repartieron panfletos entre nosotras, organigramas en donde podíamos ver cada una de las etapas de la danza. Mi solo estaba en la mitad de esa lista. El de Alice era apenas antes.

-Creo que con eso estamos servidos- aplaudió varias veces Varlenko, llamándonos a atención- Memorícenlo bien en el hotel así no hay errores.

-Memorícenlo- repitió Veronique DuMarque.

-Continuaremos practicando: hoy, mañana, pasado, hasta calentaremos bien antes de entrar. Aliméntense como se debe, pónganse en forma, no quiero nada de desmayos, ¿entendido?

-Nada de desmayos- coreó la profesora.

-Mi nombre y el del Lastega están en juego aquí- agitó el guión Laurence- Y también su futuro, chicas. Van a venir críticos de todo el país. Querrán verse tentadoras para esos hombres.

-Vendrán observadores- asintió DuMarque una y otra vez, como si se le hubiera ocurrido a ella.

Todas asentimos. Luego de eso, para garantizar que los atuendos no nos dificultaran en lo más mínimo, dimos inicio al ensayo, que desde la más pequeña a la más grande todas tomamos con seriedad, como si en verdad

fuésemos un grupo de profesionales. Yo me preguntaba cuánto dinero había puesto, qué intereses giraban en torno al director Ashadd como para que chicas como nosotras fuéramos a representar en un lugar así, y también me debatía, entre levantamientos de empuje, giros y arrastres de lado, cuáles eran mis posibilidades de obstaculizar a Alice, de hacer que su solo fracasara. ¿Laxantes? ¿Romper sus zapatillas? Pero había una infinidad de esas en los vestuarios del playón. Quizás, me dije a mí misma con falta de humor, lo mejor sería dejarla hacer lo suyo, e intentar vencerla en un juego limpio. ¿No era eso lo ideal?

Cuando nos fuimos del Teatro Lastega, cinco horas después, sentía mis piernas arder y en la cabeza me quedaba la impresión de que el lugar se había devorado algo de mi ser. Nos habíamos lavado el maquillaje, dejado los atuendos a los confeccionistas y ya caminábamos, yo entre Jossie y Clara, por las calles en actitud de vencedoras, de poder conquistar el mundo con nuestro talento. No se me iba de la cabeza una sola cosa: al terminar mi solo y extender los brazos, algo había cambiado en mi visión; y en los asientos vacíos, en el centenar de butacas carmesí que se abrían frente a mí, pude sentir los aplausos que evocaba el silencio, y el futuro hermoso que pronto todo me depararía.

LXIX

Mis compañeras no pierden el tiempo en contar a Harrold sobre lo magnífico del Lastega, y por eso tengo que, en uno de los divanes de la recepción, esperar paciente mi turno para poder hablar con mi propio novio. Es en parte una decisión mía. Un poco por lo que estoy por hacer, y otro poco por el hermoso día, la verdad es que estoy con ánimos de dejar que las cosas se den, sin grandes complicaciones.

-¡Era enorme!- escucho a Clara gritar animada, y varios de los clientes del hotel se giran, un tanto molestos- Ay Harry, debiste ver a Mina allí. ¡Te hubieras enamorado de nuevo!

-¿De verdad?

-¡Parecía de otro mundo!

-Pero irás a vernos el día, ¿no?

-No me lo perdería.

Las chicas hacen un jaleo, y los demás vuelven a sus asuntos. Doy un suspiro, dejando que la luz *tenue* se junte sobre mi pálida piel, la pálida piel de Mina Harvnes. Me gustaría regresar al chalet, pero hoy es un día muy especial.

Hoy, voy a atacar a mi pasado.

Cuando por fin las otras sueltan a Harrold, ya son pasadas las dos. No he comido, pero tampoco tengo hambre. Me vienen a la mente las advertencias de Laurence, sobre la posibilidad de desmayarnos en medio del escenario, y sólo por eso acepto cuando, ya en la calle, Harry me invita a comprarme un jugo de naranja, que bebo en el camino.

-¿Tienes todo?- pregunto, dando pequeños sorbos y frunciendo los labios cuando la acidez me roza la lengua.

-No lo dudes- me guiña un ojo, levantando la bolsa con la cámara.- ¿Así que el Lastega es impresionante?

-No me hables de eso ahora. Ya estoy bastante nerviosa.

Se ríe.

-Ponte orgullosa. Es algo que has logrado por ti misma.

Aquello me fuerza una sonrisa. Doblamos por otra avenida, esquivando a los peatones, yo siguiendo su paso sin dudarlo, hasta que termino por fin el jugo y lo estrujo, arrojándolo en el tacho. Mina parece ser todavía más frágil que yo: hay que ver el esfuerzo que debo hacer, para algo tan sencillo como apretar un envase de cartón.

-¿Estás seguro de que...?

-¿De qué vamos al sitio correcto?- se adelanta Harrold, divertido con mis dudas- Tan seguro como que hoy estás radiante. Lo oí perfectamente ese día. A menos de que Orlana decida no presentarse, estarán ahí ambos para verse. Todo eso es parte del plan, ¿no?

Asiento. Él me mira de un modo extraño, que no alcanzo a comprender: algo burlón, apenas condescendiente, como si todo esto fuera un juego infantil mío con el que él no tiene nada que ver. Pero no tengo ánimos de estar enojada con Harry en lo más mínimo. Es por su ayuda incondicional que estoy aquí.

-Y aquí estamos- lo escucho decir, coreando mi último pensamiento- Tardé un poco en ubicarlo en los mapas, pero en realidad ya de por sí llama bastante la atención.

Un edificio un poco ruinoso se levanta frente a mis ojos, incongruente con el resto de los locales modernos que se ven a su derecha e izquierda. Tiene al menos tres pisos, aunque no hay balcones, sólo un letrero azul borronado por la antigüedad. Me vuelvo a Harry, anonadada.

-Por lo que oí, lo utilizan algunas bandas locales para practicar. Paredes buenas para el sonido o algo de eso. Pero solía ser un hotel.

Trago saliva, viendo la entrada.

-¿Crees que nos dejen pasar?

-Para nada. Quizás si dijéramos ser amigos de los Grades se lo pensarían un poco, pero eso va en contra de toda la idea, ¿verdad?

Me extiende una mano, que tomo con inseguridad. Harry camina como si nada ocurriera, bordeando el edificio. Nos adentramos a un pequeño callejón sin salida, ocultos ya de los peatones y los autos que con regularidad atraviesan la calle.

-¿Cómo vamos a entrar?

-Por arriba- resuelve él sin preámbulos- No te preocupes, me estuve fijando. Tendrás que hacer un mínimo de esfuerzo. ¿Crees poder?

Jamás me dieron demasiado miedo las alturas. Pero presiento que a Harrold le encantan.

-Creo.- luego me corrijo- Debo.

-Entonces no hay más que decir. Espérame aquí, Mina.

Lo veo saltar, no hacia el edificio, sino sobre uno de los contenedores llenos de basura del callejón, y luego impulsarse contra la pared opuesta, rebotando como una bola de goma. Su estado físico me parece ridículo. En dos o tres movimientos, como un felino, Harry aterriza colgando de uno de los alfeizares de las ventanas.

Suelta una risita corta, despreocupada. Yo estoy aterrada.

-¡Harry! ¡Vas a caer!

-Ah, no, no- dice, balanceándose. Con otro movimiento queda colgando de la siguiente ventana, y luego hace fuerza con los brazos, subiéndose.- No te preocupes por mí. Espérame aquí. Estaré contigo en unos minutos.

Vuelve a dar otro salto, y desaparece por el borde de la terraza. No sé ni qué pensar. ¿Cuánto le tomó escalar todo el edificio? ¿Segundos? Por un buen tiempo, no puedo oír nada que no sean las bocinas en la calle, las gomas sobre el asfalto, los pasos y charlas amenas de los turistas en Visgana. Me mantengo cerca del contenedor. Sería inconveniente que me vieran.

Nada ocurre de este lado, lo que incrementa mis ansias. ¿Qué pasa si encuentran a Harry allí arriba? Todo parece vacío, pero de seguro alguien debe vigilar. Tal vez debería fijarme en...

-¡Mina!- oigo susurrar. La ventana más cercana se abre, y Harrold emerge victorioso, apoyando las rodillas en la barandilla y extendiendo una mano- Oh, Romeo, Romeo.

No puedo evitar reír, y dejo que aferre mi muñeca. Me levanta con un sólo brazo, como si fuera de papel, y me deposita de pie sobre aquel balcón. Luego se sacude el polvo de los pantalones.

-Pan comido, ¿eh?

-Eres impresionante- digo en voz baja, ojeando el cuarto oscuro a nuestras espaldas.- No sé cómo...

-Práctica- sonrío- No te preocupes en bajar la voz. Sólo hay tipos en la planta baja. En cuanto a Orlana y Travis, me temo que llegaron antes que nosotros.

-¿Están...?

-Hablando- completa, y me guía por la oscuridad, guía que en realidad no necesito pues mis ojos ya se han acostumbrado a la perfección. El roce de sus dedos con los míos me va llevando, a través de pasillos y cuartos- Hay un escenario destinado a los Grados. ¿Traes tú la cámara, verdad?

No necesito asentir. El peso de la bolsa marca una delgada línea sobre mi codo. Así que Harrold también los detectó. Tengo que admitir que es mucho más útil de lo que creí en cuanto acepté su propuesta de noviazgo.

-Desde aquí será mejor hacer silencio- susurra, cuando cruzamos una puerta.- Estaremos detrás del escenario.

Es oscuro, pero no tanto. Puedo darme cuenta de que no muy lejos hay luces bajas encendidas.

"*Posiciónate*", digo con la mirada. Cruzamos aquel umbral, y en efecto se abre ante nuestros ojos un estudio amplio: piso alfombrado, cruzado por cables, equipos de música desparramados, estructuras de escenario y colillas de cigarrillos arrojadas por doquier. Parece una zona de prácticas muy desordenada.

Dos figuras se hallan lado a lado, cuchicheando. A Travis lo reconozco al instante, incluso en la penumbra, por su peinado alocado y por el tamaño de su

cuerpo. A su lado, Orlana parece diminuta, envuelta en su pequeño vestido y balanceando las piernas sobre la tarima con timidez. Su acto debe estar saliéndole a la perfección.

Me tranquilizo pensando que hoy será el último día en que la figura de Orlana pueda darme miedo, miedo como el que estoy sintiendo. Harrold me hace una seña tras las grandes cortinas. Es conveniente. Si alguno de los dos se diera vuelta, ¿nos verían?

Lo mejor es no tomar demasiados riesgos, aunque sea una peor toma. Sigo a Harrold hacia aquel escondite, y me llevo un dedo a los labios. Absoluto silencio. Estoy aquí, aquí en la oscuridad, en donde el chillido de la nada aturde, y en estas circunstancias debo concentrarme. Si nos descubren, todo se irá al traste. Harrold debe de entenderlo también. No parece tomarse nada en serio, pero no creo que planee defraudarme. Así que, *silencio*.

En cuanto no sólo mi voz, sino también mis latidos y luego tras un tiempo la profundidad de mi respiración se desvanecen, los cuchicheos que se intercambian entre Orlana y Travis se vuelven más claros, se convierten en palabras dibujadas a través de las sombras. De pronto ríen. Con movimientos metódicos, me voy asentando, sacando la cámara de su bolsa. Únicamente actúo cuando ellos hacen un estruendo, cuando sé que su ruido puede cubrir al mío. Una vez en el suelo, saco la tapa de la cámara descartable, y me posiciono. Por la mirilla se los puede ver bien, aunque sus rostros no están tan al descubierto como me gustaría. Sólo las luces bajas los revelan: al menos, los rizos castaños de Orlana son inconfundibles.

Vuelven a reírse. Están muy próximos. Travis parece estar contando una larga anécdota: su mano se mueve peligrosa, cerca del muslo de ella. Orlana no reacciona ante esa invasión. ¿Me sorprende? Para nada. Agudizo el oído, intentando captar de qué hablan. Pero sólo hay palabras: “*banda*”, “*asunto*”, “*sabía*”, “*linda*”. Tal vez la última sí importe. Puedo imaginar que la está conquistando, que poco a poco con su lengua gana terreno. Orlana se dejaría llevar por algo así sin considerarlo dos veces. Que se haya presentado aquí, incluso después de lo que ocurrió con su amiga...

Harrold se tiende a mi lado, observando la escena con aspecto aburrido. El peso de la cámara hace temblar mis dedos junto al temor, pero no pienso delegar esta tarea en manos de nadie más. Tras pasar unos buenos minutos asegurándome de que aquella mano sobre el muslo aparecerá, presiono el botón de disparo.

Me aterra pensar que una luz cegadora revele nuestra ubicación. Pero eso no ocurre. No se oye nada, más que un chasquido lejano, oculto entre las intrincadas piezas del aparato. Orlana y Travis siguen su charla sin percatarse. Eso hace una foto. Sólo me queda esperar.

Hay un tiempo de tensión inevitable, en el que presencio a ambos ir bamboleándose de lado a lado, entre risas, susurros, comentarios que no llego a alcanzar. En cada segundo, Travis no pierde oportunidad de tocar a su presa. Sus ojos aviesos, sedientos, brillan incluso entre la oscuridad. Sus dedos toscos se deslizan por el muslo de Orlana, a veces tocan su cabello, resbalan como por descuido por el contorno de sus hombros. Ella se deja hacer. Cada vez más presiento que estoy por presenciar algo que no debería. Pero esa es la idea. No puedo detenerme ahora.

Me vuelvo hacia Harrold, para ver si se ha dormido. Permanece despierto, y mucho más atento que antes, sus ojos clavados con interés en la escena. Las cejas se le alzan imperceptiblemente.

Al darme la vuelta y ver, ya fuera de cámara, la situación ha cambiado. Travis ha sujetado las muñecas de Orlana, y la tiene bajo él, acostada sobre la alfombra, entre las colillas y los cables. Orlana no dice nada, pero su respiración es audible. La mano de él se desliza suave por su estómago.

Despierto, y tomo la cámara de inmediato. Luego me doy cuenta de que la cortina y la distancia hacen difícil enfocarlos bien. Tendré que arriesgarme.

Asomo un poco, y tomo una foto. Orlana suelta un suspiro, la mano de él está hundida bajo el vestido. No estoy segura de ver bien lo que ocurre, pero la emoción de todo aquello me acelera. Tomo otra foto, justo en el momento en el que sus labios se unen. No se despegan uno del otro, sueltan gemidos, se mueven constantemente, parecen dos cuerpos que se esforzaran por volverse uno en este lugar, creyéndose solos y alejados del mundo. Otra foto, y mi corazón se empieza a agitar. Harrold observa a mi lado.

Veo a Orlana retorcerse, contornearse como si la estuvieran forzando. Se separan de su beso, y un hilo de saliva resbala sobre sus pechos. Travis aún no le ha quitado el vestido, pero sigue hurgando entre sus piernas con insistencia. Ella le acaricia el cabello. Tomo otra foto, y otra, y otra. Orlana suelta un gemido indecente, y entonces bajo la cámara. Mi propia respiración parece entrecortada.

-Mina...

Harrold está a mi lado. Allá Orlana estira las piernas, los zapatos ya arrojados a su costado, y sus dedos marcan ritmos caóticos, sacudiéndose de placer. Pero con eso y todo, no me atrevo a sacar otra foto. Algo de calor sube entre mis entrañas, y por mi rostro. Jamás había visto algo así. Pienso en Kain, y en aquella vez que dormí a su lado, pero la pureza de esos recuerdos se corrompe con el siguiente gemido de mi excompañera.

Retrocedo tras las cortinas. Más bien, Harrold me ha hecho retroceder. Por un instante creo que ha sido para protegerme, por haberme expuesto demasiado. Pero no me deja ir, contra la pared. El celeste de sus ojos está encendido.

-¿Quieres...?- dice, pasando su mano por mi pierna. No sé me ocurre qué responder. Harrold parece tomarlo como un sí, y también me besa, su aliento se confunde con el mío, su mano viaja por entre mis muslos. No me doy cuenta si la escena lo ha excitado o si sólo sigue algún juego, pero su dedo se hunde en el fondo de mis bragas. Se acerca más, y su mano sube, metiéndose bajo el elástico.

Levanto las manos, para detenerlo de inmediato. No quiero. Pero no es necesario que lo haga. Harrold retrocede un segundo antes. Bajo la tenue luz que se escapa de la cortina entreabierta, su expresión es por primera vez triste.

-Disculpa- me sonrío, y la sonrisa no llega a sus ojos- Me equivoqué. No creo poder hacer esto.

Da un paso hacia atrás, sacudiéndose consternado el cabello, y luego se marcha como una sombra. Quedo apoyada en la pared, mi respiración tan fuerte que me aturde, desencajada ante lo que acaba de ocurrir. Mi corazón parece a punto de abrirse paso en mi pecho. ¿Qué fue eso? ¿Qué acaba de...?

Un sonido fuerte se oye, allá en el estudio. Me adelanto con miedo, a cerrar las cortinas. Debo irme de aquí. Orlana está de pie, vistiéndose. Travis levanta ambos brazos.

-Pero, cariño...

-Lo siento- la oigo decir a ella también- No puedo. Es que Beti... Lo siento.

-Cariño, olvida...

Pero ella se marcha, con los zapatos en una mano, se marcha como si la culpa en verdad la carcomiera, y me obliga a tomar la cámara y alejarme, tan rápido puedo, para evitar que me vea al pasar. Quedo sentada, con los dedos temblándome y los ojos abiertos de par en par. Oigo a Travis lanzar un insulto y patear una de las botellas arrojadas. Y por unos largos minutos, no me atrevo a dejar este escondite, y ni siquiera a pensar cómo hacer para irme de aquí.

LXX

Harrold al menos se apiadó de mí y movió el contenedor de basura al otro lado del callejón, de modo que no me costó demasiado escaparme una vez pude superar la impresión de lo que había pasado. ¿Por qué se había detenido? Quiero decir, ¿por qué lo había hecho antes de que yo lo frenara? ¿Qué habían significado sus palabras? El contacto de su mano contra mí cuerpo todavía me quedaba, una sensación que no terminaba de agradarme. Estaba incómoda. El cuerpo de Mina me resultaba incómodo. Fue por eso que, en cuanto tuve la oportunidad, lo cambié por mi yo original. Creo que era la primera vez que estaba más relajada siendo Liseth Aurdelard.

Pero aunque tuviera otras piernas, otras caderas, otro corazón y otros labios, la sensación no cesaba. No era que Harry me desagradara. Era yo quien lo había aceptado, quien lo había invitado a ayudarme. ¿Entonces qué? Todo se había salido de control, pero sentía que había algo más.

Cerré los ojos, frotándome las sienas. Me sentía como una perdedora. Esa era la simple verdad. En cuanto a Mina, no tenía muchos justificativos con los que cubrirme. Simplemente me había dejado llevar, ¿qué importaba? Los muertos no tienen derechos sobre sus cuerpos. Habiendo visto el Palacio, sabía aquello mejor que nadie.

"Mina no importa" me repetí, una y otra vez, deambulando sin mucho rumbo. *"Mina es lo que menos importa."*

¿Qué ocurría con Harry?

"Harrold tampoco importa" respondí a su vez, de inmediato. *"A mí sólo me gusta Kain. ¿No es cierto? Es él a quien en verdad quiero."*

Pero me incomodaba. Porque por unos momentos, en aquella tensión, sentía que Harrold había podido verme, por detrás de mi máscara, por detrás de todas las veces en las que me había llamado Mina, y que lo que había visto no le había gustado. Me inclinaba a sentirme desdichada.

La cámara se movía, de nuevo en su bolsa. Para despejarme de toda duda, entré al local de fotografías con el propósito de revelarlas de inmediato. No tenía mucho tiempo. Temía que Orlana cambiara de opinión y decidiera dejar Visgana.

Me atendió un viejito de aspecto amable. Yo lo oía, pero no entendía nada de lo que me soltaba. Sólo me consternaba que pudiera alarmarse o hacer las cosas difíciles por el contenido de las fotos: lo demás en mi mente eran dudas, preocupaciones, inseguridades, cosas que me empujaban a querer mordisquear las uñas de mis dedos hasta arrancarlas de raíz. Me temí que un ataque de ceguera pudiera estar muy cerca. Se habían espaciado en los últimos tiempos, pero todavía no desaparecían del todo.

-En tres días, señorita.

-¿No antes?- insistí- ¿Ni un poco antes?

-A ciencia cierta, lo tendremos revelado para mañana- se rascó el puente de la nariz el anciano- Pero para evitar disconformidades...

-Vendré mañana- contesté sin pensar. Por supuesto que no iría mañana. Simplemente quería ponerlo nervioso, al menos un décimo de lo nerviosa que yo estaba. El encargado pareció un poco perplejo, pero asintió, y yo me marché de la tienda. Iba en dirección al chalet de los Weigler: por algún motivo u otro, en el camino, una bicicleta, la cola de un perro, las risas de unos niños fueron distrayendo mi atención, y en cuanto la tarde llegó, me hallé sobre la arena, viendo la puesta de sol sobre el mar con los dedos hundidos bien hondo en las raíces de mi cabellera.

Tuve tiempo para recomponerme de aquel episodio, en especial porque, faltando una semana para el gran acto en el Lastega, decidí que lo vivido era suficiente como para obligarme a alejarme de Harrold, Alice, Anna y mis compañeras y sólo forzarme a ser Mina durante las prácticas de danza. El tiempo que esa decisión me regaló, pasado en el chalet junto con los Weigler, fue para mí la verdadera parte vacacional de mi estadía en Visgana. No me costaba olvidar un trago amargo si tenía conmigo el calor, las risas y la diversión que me podía procurar con Matt, con Kari, e inclusive con Mikhail, no era difícil relajarme cuando a la tarde jugábamos a las cartas y Kari bramaba,

cuando hacía trampas pasando naipes bajo la mesa, cuando Mikhail nos detectaba y Norbert subía la apuesta con un puñado de bombones contra el mantel. Esas mañanas, de a poco, fui dejando atrás todo lo que me confundía, lo que me hartaba, lo que en el fondo no me interesaba. Ya hablaría con Harrold, eventualmente, y sabría entonces qué le pasaba. Pero, ¿mientras tanto?

Mientras tanto, ya que otro gran desenlace se aproximaba, podía intentar darme un respiro.

Una mañana de sábado me levanté especialmente temprano, y encontré a Matt en el comedor, llevándose una taza de café a los labios. Como de costumbre, me alcanzó la jarra y el bol con cereales casi sin mirarme. Yo ocupé el lugar frente a él, curiosa de verlo despierto antes que yo. Últimamente Matt solía dormir mucho, o yo me convertía en Mina y abandonaba el chalet antes de que despertara. Mastiqué los cereales azucarados sintiendo que devolvía a la vida algún soleado recuerdo de otoño.

-¿No lo extrañas?- dijo él, en un momento. Supe de qué hablaba sin necesidad de pensar demasiado.

-Sí. Aquí y sin Waldorf no es lo mismo. No piensas... ¿No piensas que deberíamos haberlo traído con nosotros?

Matt dio otro sorbo a la bebida, y asintió.

-Nos asustó la falta de espacio en el auto. Waldorf ya se debe haber deshecho en lágrimas.

-¿Alex es quien lo cuida?

-Y Helen- añadió. Un escalofrío me recorrió la espalda.- Alex va a mirarlo de más. Tiene una debilidad con ese perro, más todavía tras el accidente. Estará bien.

Yo no contesté, perdiendo mi mirada en los taninos del café. Me parecía curioso no haber tenido un ataque en los últimos días: por sobre todo, me preocupaba que se pudiera repetir lo que había ocurrido el día de la celebración en el Salón Adal, un segundo ataque de ceguera que me dejara en evidencia, terrible, frente a él o a Kari. Volví a degustar la bebida, considerando posibilidades. Si lo peor ocurría, podía intentar huir, y pasar tiempo como Mina. Todo estaba permitido para evitarlo.

-Y hoy ya es el día.

-¿Hm?- dije distraída, viéndolo levantarse.

-Kari y Mikhail- contestó él, como si fuera una obviedad.- Hoy tienen su cita. Tal vez cita es un modo terrible de estirar la palabra. ¿Estarás lista para ser mi compañera espía?

Sonreí.

-Qué infantil.

Antes de la tarde dimos un largo paseo, por lo que no regresamos para disfrutar del almuerzo junto a los demás. En cambio, disfrutamos de una de las delicias que servían en la playa: bastones de salchichas fritas envueltas en pan rallado. Con una sola se colmó mi estómago, pero Matt comió tres. Comimos caminando en la arena y hablando; por sobre todo, nos divertíamos recordando cosas pasadas, anécdotas vividas entre Elias, David, Rita, Cecile o mis amigas; toda nuestra charla impregnada de la añoranza de regresar al pueblo. En la televisión había visto, ya algunas veces, informes sobre la impensable cantidad de nieve que se registraba en las ciudades del interior. Me podía imaginar a papá, dirigiéndose al trabajo y sacudiendo un poco de nieve de su cabello con

una mano enguantada. Imaginaba mi cuarto en el pueblo, solo y a oscuras, vacío desde hacía semanas, y a la pared lisa en donde tantas veces había invocado la puerta: una claridad tenue se filtraba desde la ventana, y quizás las cortinas se mecían suavemente, sin que nadie las viera.

-Extraño al pueblo.

-Ya te encariñaste. Pensé que te iba a tomar más tiempo.

-Creo que lo que más extraño en realidad es mi cama. No es que compartir un cuarto con Kari no sea...

Ambos levantamos las cejas.

-¡La cita!

Llegamos justo a tiempo: ya que sin necesidad de entrar al chalet, pudimos ver a la distancia a Mikhail y Kari salir de allí, bastante desabrigados para el frescor que hacía. Era curioso presenciar a esa pareja: Mikhail lideraba la marcha, y no estaba segura de que intercambiaran una sola palabra durante los minutos en los que caminaron, en dirección al centro. Los seguimos manteniendo una buena distancia, con la simple pretensión de saciar nuestra curiosidad. Algunos peatones nos miraban, cuando asomábamos desde el borde de la cuadra, mi cabeza y la de Matt arriba, y luego miraban a nuestra presa y se inclinaban de hombros, sonrientes. Por suerte para nosotros, Mikhail se veía demasiado distraído. El brillo pensativo de sus ojos no cesaba de asustarme.

-No veo besos.- comentó Matt en un momento, muy serio. Por algún motivo me resultó gracioso, y tuve que taparme la boca.- Espera, ¿le está comprando algo?

Sofoqué mi risa y presté atención a la escena, a Mikhail alcanzando un algodón de azúcar. Ambos levantamos una ceja.

-Qué mala elección.

-Algún policía lo va a arrestar.

No nos atrevimos a acercarnos, sino que permanecimos detrás de la esquina, algo tentados por el olor dulzón del caramelo. En cuanto terminaron de comer, Mikhail arrojó los bastones al tacho e hizo una seña. Kari volvió a seguirlo, y nosotros también nos pusimos en marcha.

-¿Alguna vez habías visto a Mikhail salir con alguien?

Matt movió la cabeza de un costado a otro.

-Esta es nueva. Y eso que había varias del curso que tenían interés en él. Sophie, creo...

-Y Janet.

-¿Janet también?- pifió.- Con eso, debe de haber unas cuantas más. Se oían suspiros generales el día que dejó de presentarse a las clases de literatura.

Yo recordé al rector Ashadd, su mirada nacarada. Una molestia en el pecho me obligó a arriesgarme, y salí de nuestro escondite. Mikhail... ¿Qué podía decir Mikhail? Mikhail podía dañarme. Podía hablar de más. Del mismo modo que había creído que Julián lo había echado, para alejarlo de sus crímenes y de las pruebas que pudiera tener, sentía ahora simpatía con la idea de interrumpir aquel encuentro, de aclarar muchas cosas con él antes de dejarlo en paz con Kari o con quien fuera.

Los vimos desaparecer por las puertas de un salón de té, y esperamos. Matt me contemplaba con gesto apenas consternado.

-¿Entramos?

-Nos verán.

-El sitio es grande- dijo él. Supuse que había entrado, con Norbert o con Johan durante los días en los que yo no existía. Al abrir la puerta comprobé que había tenido razón: el salón se abría, en principio no muy diferente al salón de Clint en los inicios del pueblo, pero luego tras un primer umbral se extendía y sobraban las mesas, mesas redondas con parejas disfrutando de malteadas, en donde señoras bebían el té, con uñas pintadas hurgando los bolsos por dinero. Había una luz artificial, encima de cada cartel de reserva, y los mozos parecían un ejército de hormigas en constante movimiento, llevando, trayendo, cobrando, saludando a los que llegaban.

Mikhail había elegido una de las mesas pequeñas, en el centro del local. Tuvimos la fortuna de que estuviera distraído haciendo su pedido al mozo que lo atendía: flanqueamos aquella parte, y terminamos eligiendo una de las mesas de sillas altas, que nos ocultaba a la perfección. Un hombre nos pidió el periódico, y Matt se lo cedió no sin antes tomar la sección de humor.

Tras el cristal, la tarde muy pronto se había tornado oscura.

-Kari va a llenarse de caries- comentó Matt, quien estaba en mejor posición que yo para espiarlos. Su hermana había pedido una enorme copa, llena de crema y cerezas glaseadas, mientras que Mikhail no tocaba el té que humeaba frente a su mano. Ambos conversaban. Por la forma de hablar, por el balanceo tímido de los pies de ella entre las patas de la silla, me figuré que él le estaba haciendo preguntas.

-¿Crees que realmente ellos dos...?- pregunté, sin despegar la vista de la escena. Matt también parecía curioso.

-No lo sé. Últimamente no comprendo nada de lo que está pasando.

-Yo le aconsejé que se acercara a él abiertamente. Puede que sea mejor en el amor de lo que creía.

-Ah, pero...

-¿Han decidido?- interrumpió uno de los mozos, haciéndonos sombra con su libreta en la mano. No teníamos otra opción si no planeábamos que nos echaran, así que pedimos de inmediato, lo primero que vimos en la carta. Que se quedara demasiado tiempo en nuestra mesa tal vez llamaría la atención de Mikhail.

-¿El especial de masas?- guiñó un ojo el empleado- Con un poco más, puedo hacerles un sólo trago para ambos.

-¿Eh?- dijo Matt.

-Sí, sí- dije yo. Necesitaba que se fuera. El mozo asintió contento, y se marchó con el pedido.

Volvimos a quedar en silencio, mi cuello torcido y mi mirada certera entre todo el bochinche del lugar.

-Sabes...- comencé.

-¿Sí?

-El otro día, ¿qué fue lo que ocurrió? Cuando tú y Mikhail jugaban esa partida. En cuanto mencionaste a Kari fue que esto pasó. ¿Hay algo que yo no sepa?

-Más bien, ¿hay algo que yo no sepa?- retrocedió Matt en su silla, viéndome.

Sentí que había caído en una trampa.

-Nada más estaba...

-Aquí vengo, aquí vengo- regresó el mozo, interrumpiéndonos. Esta vez le agradecí, y bendije su existencia mientras depositaba, entre nosotros, un plato repleto de pequeñas confecciones azucaradas que dudaba pudiéramos terminar, y luego para rematar una enorme copa de batido, decorada con crema, frutillas, y dos sorbetes entrelazados en la forma de un corazón.

Matt y yo contemplamos ese corazón, perplejos.

-¿Se conocen de aquí?- preguntó el empleado- Dicen Paris, Paris, pero yo ya creo que Visgana es la ciudad del amor.

-De...

-Somos de lejos- dijo Matt.

-¿Ah sí? ¿De por dónde?

"Vete de una maldita vez."

-Tarvilán.

-¡Tarvilán!- grito el hombre, y Matt se echó por reflejo al costado, para evitar las miradas curiosas de los demás comensales. Mikhail, por suerte, continuaba enfrascado en su charla- Admitan que esta ciudad es mucho mejor, mucho mejor que la bazofia llena de fábricas que es Tarvilán. Todos los corazones jóvenes prefieren Visgana. Aquí el romance florece como... Como flores, ¿no vale?

"Santo cielo."

-Lo siento, lo siento, me dicen que soy demasiado confianzudo- volvió a reír- Es que me recuerdan a mi primer noviazgo. Yo tenía...

-Creo que lo llaman en la otra mesa- señalé. Una chica, bendita fuera ella ahora, levantaba su mano con timidez hacia el mozo. Este se fue atenderla, disculpándose, y nosotros suspiramos.

Quedamos en silencio, desgranando cada uno en nuestras mentes la confusión. El sorbete en forma de corazón, la bebida rosada, los bombones adornados como flores y demás tonterías; de repente todo estaba muy claro. Había pensado que...

Nuestros ojos volvieron al batido entre ambos. Yo recordé una escena en una película animada que había visto años atrás, cuando era niña. Pensé *"¿No se parece esto demasiado...?"*

"¿No se parece demasiado a una cita?"

Los ojos de Matt parecían decir lo mismo.

-¿Probamos?- dijo, y yo salí de mi ensimismamiento. Di una probada al mismo tiempo que él, sin poder dejar de mirarlo. Estaba delicioso. Matt tenía ojos verdes. No, el batido. No era que el batido tuviera ojos verdes, sino que pensé que debía enfocarme en él. El envase era ridículo, pero era bueno. Jamás había notado qué tan verdes y profundos eran los ojos de Matt, pero ahora lo tenía frente a mí y me hallaba anonadada.

Rogué a todo lo que existiera no ruborizarme. Pero no venía calor a mi cara. Simplemente constataba un hecho. El problema era que para mí, por unos minutos, el color de los ojos de Matt y su mirada se volvió un hecho fundamental. Olvidé en dónde estaba sentada, lo que me rodeaba, inclusive a Mikhail y a Kari. Me pareció que el sendero de mi vida se desviaba, ladeando sin preguntarme, y que no tenía modo alguno de sujetarme para no caer. La sensación era placentera, pero me asustaba.

-En realidad, aquello de Kari me salió porque sí- terminó confesándome él, cuando ya el trago estaba a la mitad- Pero también vi cómo se le iluminó la cara a Mikhail en ese momento. No sé qué pasó ahí.

Me costó recordar de qué estábamos hablando, pero asentí. Mikhail. Habíamos venido a espiar a Mikhail. Me asomé con cuidado, para chequearlo. Mikhail tenía la mejilla sobre un puño, y comentaba algo. Parecía desenfadado. Frente a él, Kari movía los pies de lado a lado, y asentía.

-Se la ve tan tímida...

-No la reconozco.

Probamos también las confecciones. Se deshacían en la lengua, aunque eran demasiado dulces para mi gusto. Me tentó guardar algunas, para llevárselas a Norbert, pero pensé que aquello le daría alguna pista a Mikhail de que los habíamos estado siguiendo. En cuanto acabé con una que tenía forma de mariposa, finos hilos de azúcar formando alas y antenas entre mis dedos, la silla se corrió y mi camarada de investigaciones se levantó frente a Kari.

Se dirigía hacia nosotros.

"¡Joder!" pensé.

-Joder- masculló Matt, y me tendió una parte de la sección de humor que estaba a su lado- Creo que va al baño. Cúbrete.

-¿De verdad?

Levantamos los papeles al mismo tiempo. Daba la impresión de que dos personas con un diario lleno de historietas mal coloreadas levantado el unísono iba a llamar más la atención que si simplemente hiciéramos el tonto y miráramos hacia otra dirección, pero no tuve mucho margen para pensar en una mejor idea; y en efecto Mikhail pasó a nuestro lado sin decir nada, y se perdió en las puertas que daban a los baños.

-Tu diario está al revés.

-Uff- chasquéé la lengua, acomodándolo- ¿Crees que nos vio?

-Es probable. Vaya, ahí viene de nuevo.

Volvimos a cubrirnos. Esta vez pude ver de reojo a Mikhail cuando pasó: no dio señal alguna de habernos reconocido. Eso era un alivio. Ocupó su asiento junto a Kari, y esta le comentó en voz alta algo que de seguro había estado un tiempo pensando. Él soltó una risa condescendiente, y Kari infló las mejillas. Los contemplábamos anonadados.

-Esto es lo más extraño...

Asentí.

-Da un poco de grima.

Volvimos a encarnarnos. El verde de los ojos de Matt me encandiló, y por algún motivo mi mano sola se movió hacia la suya, pero al instante la guardé en el bolsillo de mi sudadera para evitar inconvenientes. Norbert me había dicho, una vez, que a Thomas le solían temblar las manos cuando algo lo ponía nervioso. Jamás lo había visto, aunque le creía. ¿Tendría yo algo similar?

¿Estaba nerviosa?

"Estoy nerviosa por lo que Mikhail pueda decir."

"Pero entonces" decía una voz en mi cabeza, una voz propia *"¿Por qué no estás nerviosa en el chalet? ¿Por qué no estás nerviosa cada vez que dejas a Mikhail junto con Kari?"*

No se me ocurría que contestar. Matt me hablaba de algo. Por algunos segundos, entré en una abstracción, en algo similar a las primeras etapas de un ataque. Tenía los sentidos embotados, y no formaba un pensamiento coherente.

"El asunto no es Mikhail" dijo la voz. *"El asunto está en frente de tus ojos."*

Asentí. No quería sentir nada al respecto.

-Y mira- dijo Matt, y toda aquella prisión se derrumbó- Ya se están levantando.

En efecto, Mikhail ponía billetes en la cartera del mozo. En cuanto no podían vernos Matt llamó al nuestro, quien nos hizo las habituales preguntas y comentarios: "*¿Estuvo bueno?*" "*¿Comieron bien?*" "*Vuelvan cuando puedan*". Nos veía con toda la seguridad de que éramos una pareja, tanta que no me atrevía -¿ni quería?- contradecirlo.

Nos libramos de él, y salimos del local. Ya estaba oscuro el cielo. Mikhail esperaba de brazos cruzados, junto a uno de los ventanales de la entrada. Kari abrió la boca al vernos.

-¿De verdad?- dijo él, levantando una ceja. Ni Matt ni yo nos movimos.-
¿Periódicos en la cara?

Kari nos señaló a ambos.

-¡Sabía que ustedes estaban saliendo!- gritó, y el otro se palmeó el rostro. La mano delgada, de pianista de Mikhail Eder se fue cerrando, hasta frotar, masajear con insistencia el puente de la nariz, levantando los anteojos desde su mismo marco. Los otros tres continuamos en silencio, aunque Kari parecía emocionada por su errado descubrimiento.

Luego de un rato así sus hombros perdieron dureza. Habló con una mano junto a los ojos, y su voz se oyó perfectamente a lo largo de la calle. Todos estaban dentro del local. Afuera, el mundo parecía un desierto en el que sólo nosotros esperábamos.

-Sin embargo, es conveniente.

La frase me asustó. Mikhail se quitó la mano de la cara, para revelar la misma determinación, la misma nobleza resuelta que yo le había visto antes. Mi pie solo retrocedió un paso, mi instinto diciéndome que me alejara de allí.

Que me alejara de allí inmediatamente.

-¿De qué...?

-¿De qué hablas?- preguntó Matt. Su mentor lo miró, y luego se volvió a mí. Jamás me había parecido tan cansado.

-Es la razón por la que invité a Kari. Lo he estado meditando. Es algo que antes no se me hubiera ocurrido, pero que ahora he llegado a considerar. Liseth, esto es lo que pienso: Deberíamos decirles. Al menos a ellos dos. Deberíamos decirles la verdad. Contarles todo. De una vez por todas.

A la urgencia de huir se le suma una fuerza, tal vez más poderosa, que me planta con indignación las suelas contra la vereda, y me hace fulminar con la mirada a Mikhail. Pero aunque mi indignación es evidente, él no se da por enterado. Me sigue viendo con aquel gesto de héroe, que ya exaspera mis nervios.

Nervios. Aunque hace frío y ya no hay sol alguno sobre nosotros, sudor recorre mi frente y las palmas. Matt y Kari clavan sus ojos en nosotros, y yo pospongo indefinidamente una respuesta que no parece poder salir. Cuando lo hace, es más un murmullo incierto que una palabra.

-No.

El cristal en los anteojos de Mikhail Eder se blanquea.

-Explícame tus razones.

-¿No es obvio?- sonreí- ¡Es peligroso! ¡Meterlos en esto no va a hacerles algún bien! ¿Cómo se te puede ocurrir que...?

La mano de Matt está levantada. Una visión cercana de su rostro interrumpe mi arranque.

-Hablan del Titiritero, ¿verdad?

Trago saliva. Kari es quien más perdida parece, pero no dice nada. El otro asiente con lentitud.

-Así que algo sabes.

-Acompañé a Liseth a la casa de los Jerves un tiempo atrás- asiente Matt- Si se refieren al peligro del pueblo, ¿hay algo que debemos saber?

-¿Peligro?- saltó Kari- Lis, ¿de qué están...?

-Si te traje aquí- la interrumpe Eder- es porque tenía toda la intención de contártelo, Kari. Esa es la verdad. Tiempo atrás, cuando la Bestia de San Naerit proliferaba crímenes en el bosque, recuerdo haber insistido en que tú también vieras las fotos que había conseguido de una de sus víctimas. ¿Qué palabras utilicé aquel día? ¿Mathew, las recuerdas?

-Dijiste que Kari debía estar preparada.

Mikhail sonrió con tristeza.

-Y estar preparado es asumir cosas terribles. Creo que ya no es el momento de andar con secreteos. Y eso también va para ti, Liseth.

-¡Teníamos un acuerdo!- grito. Él no se inmuta.

-Liseth. *Necesitamos* ayuda. Los necesitamos a ellos.

Las palabras no salen. ¿Contar? ¿Qué debo contarles? ¿Sobre Kain? Si fuera eso, no me importaría. No es por mí. Eso es lo que descubro ahora. No tiene que ver conmigo, ni con la nigromancia, ni con el Palacio Ajeno. Desde que Mikhail vio la Puerta, esa no ha sido la raíz de la cuestión.

Simplemente no quiero que Matt salga herido.

-Ustedes dos...- nos mira él, de un lado y del otro- Han estado en algo grande, ¿no es así?

-Vamos a perderlo, Liseth- lo ignora Mikhail, fijo en mí- Vamos a quedar con las manos vacías de nuevo. No podemos permitirlo. No podemos permitir que por temor, un asqueroso monstruo siga regocijándose; quienes ya han muerto y quienes están aún con vida no lo merecen. Son benditos aquellos que enfrentan a lo corrupto sin decaer.

-No quiero- niego, retrocediendo- No quiero, no quiero; no quiero.

-Si los aprecias, entonces deben saber. Deben saber sobre el Titiritero, y sobre Kain Antar. No puedes dejarlos a ciegas, con la excusa de protegerlos.

-¡No quiero! ¡Tú no entiendes nada, Mikhail Eder!

-Tal vez no.- concede- Y sin embargo, tengo una claridad que tú no. Ya basta.

Pienso en atacarlo. Pero sé que son sueños inútiles. Matt y Kari me observan. ¿Cómo hacerles entender, que es mejor no ver? ¿Cómo evitar que descubran algo terrible, algo que pudiera herirlos?

Retrocedo otro paso, y otro. Mikhail, Matt, y Kari, permanecen de pie, con miradas de justicia, de curiosidad, de preocupación. No quiero verlos. Me consuelo en la voz de Kain, pero Kain no está aquí conmigo.

-Lis...- dice Kari, estirando la mano.

-Tú no eres una más, ¿verdad?- se interpone en cambio Matt. Pero no hay miedo, ni asco, ni odio en su mirada, sino una consternación, algo que me cuesta comprender- Sería tonto si no supiera eso, después de aquella charla que tuviste con el viejo Zaq. Sé lo de los Cuatro. Sé que eres especial. Y entonces, ¿qué más?

Su mirada quema. Son los mismos ojos con los que anunció no dar la espalda a quien lo necesitara, los mismos a los que temo. Tartamudeo algo otra vez, y sello con firmeza mis labios.

Entonces me doy la vuelta, y huyo.

LXXIII

Tras aquello corrí, corrí y corrí por la noche, rezando para que ninguno de los tres me siguiera. Como para perder todo rastro de duda, en cuanto hallé el primer callejón me entrometí e invoqué la Puerta: apareció tan roja que era carmín contra los sucios ladrillos, y los lazos espinosos me envolvieron, en un bamboleo de voces, de oscuridad, de una voz en algún sitio, tan cercana y lejana al mismo tiempo. Salí de allí como Mina Harvnes, tímida y temerosa bajo las estrellas y los transeúntes de la ciudad.

Estaba claro que no pasaría esa noche en el chalet, en donde me pudieran arremeter con insistencias, por lo que puse dirección al hotel, ojeando a mi espalda a cada tanto con la ridícula paranoia de que ellos fueran de repente capaces de ver más allá de este cuerpo. Para mi alivio, nadie me siguió.

Llegué al hotel tarde, por haberme perdido en las calles de la ciudad. Sentía que en un pestañeo me había quedado sin un hogar. Esa idea se fue esfumando cuanto más cerca estuve de la habitación 204; ya afuera, sobre la fachada de ladrillos rojos y cristales oscuros, se alzaba una luna llena, que sudaba gotas de luz contra el cartel de bienvenida y que me hizo pensar en mi cama, en dormir, en olvidarlo todo a través de un dulce sueño.

La recepcionista cabeceaba, poseída por el mismo hechizo, y apenas se enteró de cuando pasé en dirección a mi cuarto. Las llaves que me había dado seguían en mi mochila, ¿por qué motivo íbamos a tener que cerrar la puerta?

Pero a altas horas de la noche, por pasillos vacíos y números que se repetían, tanta confianza me dio miedo. Orlana se había confiado. Yo no podía caer en el mismo truco. Si quería ser Mina Harvnes, iba a tener que volverme más precavida.

En el cuarto de DuMarque la profesora dormía, con la puerta entreabierta y una luz pálida sobre la cara: una cara deformada, de crema y pepinillos sobre los ojos y una toalla prolijamente acomodada sobre el cabello. Sonreí apenas, y la dejé en lo suyo.

Mi habitación estaba a oscuras. La ventana estaba abierta, y una suave brisa sacudía las cortinas, similar a como había imaginado mi cuarto de San Naerit. Pensé otra vez en ese cuarto, y algo en el aire se enfrió. Sentí un gemido.

Mi corazón se heló, y me planté. El gemido continuó, entrecortado. Era algo herido, triste, molesto.

"Candice."

Tal vez lloraba dormida, tal vez no se había enterado de que estaba aquí, o tal vez no le importaba, pero sus sollozos eran todo lo que recortaba la quietud en la que Elia se envolvía, durmiendo plácida. Preferí ignorarla. Ya tenía bastantes cosas de las que preocuparme. Me puse el pijama en un abrir y cerrar de ojos, hallé la mullida comodidad del colchón, apoyé la cabeza en la almohada y me puse a contar ovejas, mirando cada tanto a Visgana desde la ventana, intentando captar el vago sonido de risas y correteos de autos para ignorar a Candice, que pronto cayó dormida.

¿Estarían hablando Mikhail y los demás sobre mí?

"Eso es imposible." Me consolé. *"No existo."*

Pero ¿estarían hablando del Titiritero? ¿Les contaría él sobre Johan, sobre Helen, sobre la verdad que rodeaba a Mira Strauser? ¿Les revelaría una verdad como esa?

Me encogí cuanto pude, amparada por mis colchas. En el cristal, el frío ponía gotas diminutas, en las que una podía dibujar lo que quisiera. ¿Qué estarían diciendo? ¿Qué estarían viviendo?

"¿Qué hago aquí?"

Por mucho que me esforzara, no pude responder a esa pregunta.

Desperté con la impresión de haber sufrido un ataque durante mi sueño. Eso significaba: cansancio, tristeza, una sensación de muerte en vida, pero también la refrescante idea de que una burbuja había explotado, y que ya no peligrosaba mi cotidianeidad con la posibilidad de quedar ciega y comenzar a gritar incoherencias frente a mis compañeras de danza o los demás huéspedes del hotel.

Como todavía no estaba segura de querer ver a Harry tras lo que había ocurrido, decidí que las nueve de la mañana era un buen horario para poner pies en polvorosa de mi cuarto, y hacer aquello que ya venía posponiendo desde hacía demasiado. Me bañé, ceñí bien mis ropas -la gorra sobre la cabeza, con la esperanza de ocultarme un poco- superé la tentación de adentrarme en el suntuoso desayuno que se ofrecía en la planta baja, y me encaminé hacia la casa de fotografías, siempre temiendo cruzarme con alguien que no debiera, como si fuera una estrella en alerta de paparazis.

El anciano que me había atendido la otra semana me reconoció en el acto, pero no dijo nada al entregarme el sobre con las fotos. Tal vez por el cansancio, o por los últimos días, no me importó lo que pudiera haber visto. Pagué lo que debía, y me marché.

En el pasaje me esperaba el mismo teléfono público que había utilizado para llamar al señor Veine. Traía el papel en la mano, aunque también había podido memorizar el número. Las monedas que deslicé por la rendija eran el mismo vuelto que el hombre de las fotografías me había dado. Marque con un sólo dedo, sosteniendo el tubo entre mi hombro y mi oreja.

El tono de espera sonó, entrecortado. No había casi un alma a mi alrededor. Un hombre gordo que paseaba un perro me saludó.

Sonreí y devolví el saludo.

-¿Hola?- sonó una voz congestionada, desde el otro lado- ¿Quién habla?

-¿Sin?

-Mira chava, si vas a estar llam-

-Soy yo, Mina. ¿Me recuerdas?

Hubo silencio.

-Ah, ¡Mina! ¿Tenías mi número?

-Tú me lo diste. ¿Estás ocupada?

-No- se oyó papel, y algo que crujía- Vale, sí. Un poco. Las cosas del concierto pero... ¿Ocurre algo?

Tenía la voz entre condescendiente y simpática, de quien sabe que debe un favor. Esta vez sonreí. Mi expresión debió de haber sido perversa, pues el hombre gordo se marchó de inmediato, llevando a su pequeño perro entre brazos.

-Tengo algo que mostrarte. Es sobre Travis.

Otra vez, el crujido. Se vuelve más lento, me taladra los oídos con su fuerza. Luego comprendo que es el crujido de comida. Sinnead Grades está llevándose algo a la boca, probablemente chatarra como papas fritas. Traga sonoramente.

-¿Qué dices, Mina?

-Quiero mostrarte algo sobre Travis- repito. Sin da un largo suspiro. Entiendo, por unos segundos, que quizás ella ya lo sabe todo.

-Está bien- dice- Te daré mi dirección y pasas ahora. Nada de contarle a nadie.

-Es un asunto privado.

-Sí, tú descuida. Los otros dos están en el estudio. Ve a la calle Norman Sher al 34. Toca la puerta de chapa verde. La del farol al lado.

Quise decir que sí, pero Sinnead ya había cortado. Me lamenté de haber espantado al hombre del perro. No tenía idea de en dónde quedaba esa calle. La siguiente media hora la pasé, entonces, de un lado a otro, preguntando, oyendo a parejas discutir y a ancianos repetir nombres de casas, bancos y museos con una lentitud exasperante. Cuando por fin llegué, sudando y agotada, me pareció que había viajado una treintena de años atrás en el tiempo: la calle era de piedra, las casas eran viejas y altas, y la iluminación se volvía faroles, faroles que también colgaban de algunas fachadas. Era claramente una zona residencial de alto vuelo.

Busqué la puerta de los Grades, y golpeé con firmeza. Se abrió en el acto, como si ella hubiera estado esperando detrás. Sinnead tenía ojeras, el pelo rosa desgredado, una remera llena de agujeros puesta sobre un torso sin corpiño y un cigarrillo entre el índice y el dedo gordo que no cesaba de sacudirse y arrojar ceniza.

-Muéstrame- fue lo único que dijo, y se hizo a un lado.

Pasé inspirando hondo, con el paquete marrón en la mano. Si por fuera era hermosa, por dentro la casa parecía el producto del ataque intencionado de un huracán: ropa, botellas, perchas, un lavarropas oxidado haciendo de mesita, polvo y herrumbre compartiendo sitio con manchas de humedad, de alcohol, y de otras cosas que temía fueran desperdicios humanos y que sorteé con esmero, hacia los únicos asientos limpios que veía. Me posicioné sobre el largo sillón, como si quisiera presentar algún proyecto estudiantil, y abrí el sobre a la vez que la cantante se sentaba frente a mí, las piernas abiertas y el trasero apoyado con desgano contra un puf cilíndrico, tan rosado como su cabello.

Fui desparramando las fotos sobre la mesa, una por una. Muchas eran borrosas, fogonazos de luz que erraban en la oscuridad: pero en otras se podía ver bien, los cuerpos abrazados, los rulos de Orlana, la boca de Travis posicionada entre sus turgentes pechos. Era la primera vez que las veía, pero no estaba decepcionada de mi trabajo. Los ojos de Sinnead fueron rebotando de una a otra, bajo las cejas espesas, cerrándose y abriéndose como si le sirvieran de herramientas para cerciorarse de la validez de lo que le mostraba. Cuando la última imagen se deslizó -Orlana rodeaba con una pierna al guitarrista, sus manos puestas en su pecho, manos que lo estaban comenzando a alejar pero que allí parecían poseídas por el deseo- Sin dio una larga calada a su cigarrillo, y soltó el humo hasta el techo.

Yo terminé mi tarea, y la encaré en silencio.

-Mina, tesoro, ¿me harías un favor?

La voz le salía ronca. No había lágrimas en sus ojos, pero sentí que eso era todo lo que necesitaba.

-¿Sí?

-Vete al carajo de aquí.

Dudé. Pero no parecía estar bromeando. Pensé en tomar el sobre, pero decidí que era mejor dejarlo en su lugar. Me levanté asustada.

-Quería...

-Vete.

Aquello me apresuró, como si hubiera sido un regaño de Thomas años atrás. Sólo porque mis rodillas no se flexionaron diría que no corrí hacia la calle. La puerta estaba abierta.

Pero antes de salir, respiré hondo y tomé coraje.

-¿Le dirás a Travis?

-No me hagas repetirme. Vete.

-Intento ayudarte.

-¡Vete!

Me di vuelta.

-En el show que van a dar ahora... Orlana va a estar. Estoy segura de ello.

Sinnead levantó las cejas. De su cigarrillo sólo quedaba una colilla minúscula, que le quemaba la piel bajo las uñas.

Me examinó largamente. Luego movió la cabeza de una forma muy peculiar.

-Gracias.

Las comisuras de mis labios también se torcieron.

-No hay porqué- dije, y dejé la casa al mismo tiempo que ella soltaba esa colilla. Con sólo esa mirada fría, oscura que le había visto, supe que el plan marchaba a la perfección y que ya no me quedaba más que dejar que los celos hicieran su trabajo.

LXXV

No vi a Harrold en el ensayo que tuvimos antes de nuestro día decisivo en el Lastega. Por supuesto, Harry no tenía en realidad motivo alguno para ir allí. Pero que no estuviera me causaba desazón, la inconformidad de creer que lo que había pasado entre nosotros aquel día pudiera ser más grave que lo que desde un principio me había planteado. No había estado en el hotel, ni con las chicas que deambulaban por la calle, ni paseando en la playa y dejando que el sol le calentara el cabello en la mañana. Era curioso.

A quien sí vi, desde luego, fue a Veronique DuMarque. Resultaría una obviedad, pero en realidad pasó algo diferente con ella: al terminar la hora - hora agotadora, en la que Laurence estaba más animado que nunca, hora de focos que cegaban y repeticiones incansables que dejaron todo mi cuerpo adolorido- me llamó aparte, bien aparte de las demás. Y, extraño para su persona, sin una sola palabra o una sola exagerada actuación me tendió un celular relativamente moderno, de color gris.

-¿Profesora?

-Mina, cariño, ¿a qué hora regresaste ayer al hotel?

Su preocupación era latente. Consideré que lo mejor sería no mentir.

-Pasadas las diez.

O las doce.

-Ay, tesoro...- me puso DuMarque una mano en los hombros- No te preocupes, te entiendo. Yo también era de pueblo, ¿no? Pero debes saber que las ciudades son peligrosas. Tu abuela me llamó el otro día, ¿y qué le puedo decir si te pierdes? ¿Cómo contacto contigo aquí?

-Lo siento.

-¡No, no, descuida!- me sacudió- Pero ten eso contigo. Considéralo un regalo de cumpleaños adelantado, por ser tan talentosa y por encauzar tan bien los valores de la academia. Puedes pasarles el número a las demás chicas. O a Harry, ¿no?

Había guiñado un ojo al último, muy cómplice, y yo le había sonreído. Continuaba considerando que era una idiota, regalo o no. Y la referencia a Harrold sólo me había disgustado. Además, ¿no me hubiera servido un celular mucho antes, para no estar quebrándome la cabeza en búsqueda de cambio para usar aquel condenado teléfono público?

Pero no me quedaba más que agradecer, y eso hice mientras guardaba el celular, perdiéndolo por un ingenioso pliegue de la pollera de Mina y olvidándolo casi de inmediato. Lo siguiente que pensé, en el instante en que mis dedos se desprendieron de la carcasa de cuero, fueron dos cosas en cierto modo tétricas: primero, que Mina Harvnes tenía un cumpleaños, cuya fecha no me había esforzado en aprender, y segundo, que aquella noche en la que había espiado el cuarto de la profesora, bajo los pepinillos y las capas de crema rejuvenecedora ella debía de haber estado despierta. La idea por algún motivo me resultaba escalofriante.

Cuando todo terminó, regresé con Elia, Juliana, Jossie, Clara y Natalí al hotel. Todas parecían muy emocionadas por lo que se venía, parecían unidas, bromeaban entre sí y se empujaban como muchachitos de primer grado. No lograba encontrarme entre ellas. Me hablaban, me miraban con respeto, reían de mis comentarios y asentían. Me seguían, como una formación de pájaros nocturnos.

Pero no estaba aquí.

Era una revelación sencilla, pero eficaz. Entre las lujosas paredes, entre cubiertos de plata y risas de adolescentes, yo misma, hundida en todo lo que había querido, no me sentía cómoda. Mi objetivo no había mermado. No, no era que no quisiera bailar. Pero no podía negar que había algo distinto.

Pasé una hora sentada en el inodoro de nuestro baño, con la ducha encendida para ocultar cualquier sonido, frotándome las sienes y preguntándome qué estaba haciendo incorrectamente. ¿Por qué me sentía tan mal? El vapor se amontonaba, cúmulos y cúmulos de grisáceas nubes sobre mi cabeza, mojaba mi cabello oscuro, volvía pesadas las puntas que caían contra mis codos y contra mi regazo.

Elia y Candice no molestaron. Debían de creer que me tomaba un merecido baño de relajación. Tras los ojos hermosos, celestes de Mina, yo calculaba. Faltaba un día para el concierto de los Grados, aquel al que de seguro la mitad de los jóvenes de toda Visgana irían. Faltaba un día para nuestra actuación en el Lastega, frente a cientos de ojos de personas mayores, avezadas en el arte del espectáculo. Faltaba, lo viera como lo viera, un día para una resolución.

Y entonces, me repetí, "*¿Qué hago aquí?*".

Me puse de pie de inmediato, secando las perlas de humedad de mi rostro y cabello con una toalla. Cerré la ducha, abrí la puerta dejando que algo del vapor invadiera el cuarto, y busqué mi ropa, la ropa que había dejado prolijamente doblada sobre la cama. Me vestí, revisando cada prenda. Pero todo lo que necesitaba ya estaba en el chalet. Aun así, había algo que quería llevar: tomé el viejo diario, lo levanté con cuidado, siempre temiendo que fuera a deshacerse entre mis dedos, y lo envolví en una remera azulada, cargándolo bajo mi brazo.

Di un vistazo al cuarto, como si jamás lo hubiera visto antes. Candice escuchaba música; apenas me miraba. ¿Estaría pensando en Julián? Elia parecía tan solícita como siempre.

-¿Mina?

-Ya vengo.- dije.

Salí del hotel Grand Eternal y surqué las calles de Visgana de noche otra vez, para gran terror de DuMarque. Nadie me asaltó. Se veía todo tan vacío, tan frío que me tentó, y actué sobre la tentación, de realizar el cambio en plena calle, al descubierto, en un muro desvencijado que se alzaba inútil cortando una intransitada avenida. Me volví Liseth Aurdelard, y con mis propios pies completé el trayecto hacia donde el Twingo de Norbert reposaba cubierto de sombras.

No sé bien qué esperaba de los otros tres cuando llegué, pero fueran cuales fueran las memorias que había implantado el Palacio durante mi ausencia de un día, Mikhail, Matt y Kari lograron atemorizarme.

Al primero lo hallé en la mesa, revisando un tablero de ajedrez. Me vio entrar, e hizo caso omiso a mi presencia. Me senté frente a él, preparada para recibir cualquier acusación.

-Ya ha venido el frío.- lo oí decir en cambio. Era una observación banal, pero fue la única que le interesó decir.

Matt se hallaba en el balcón, mirando el mar nocturno y las estrellas brillar sobre él. Con timidez crucé el umbral, y también fui a su lado. Sentí un dolor físico, profundo en el pecho cuando él se removió con pesar. Sin querer ver más, fui de inmediato a mi cama.

Por último, Kari miraba el techo, no muy diferente a la última visión de Candice que yo había tenido al dejar mi cuarto de hotel. No reaccionó al verme. No reaccionó durante todo mi proceso para acomodar las colchas, ni cuando me acosté, ni cuando me tapé hasta el mentón. La miré, ocupada por un vacío como el que jamás había sentido. Era imposible que Kari fuera fría. Kari no podía ser fría.

-¿Kari...?

-Buenas noches, Liseth.

Me dio la espalda, y con una mano apagó la luz de su velador.

Tardé tres horas en dormirme.

El trato educado, pero distanciado de los tres prosiguió a la mañana, y durante la tarde del día decisivo. Kari, que siempre se había pasado horas hablándome, de sus amores y desamores, de sus gozos y dolores, apenas me dirigió palabra para pedirme la sal durante la mesa. Matt, con quien compartía largos paseos, charlas, y un entendimiento que no creía hallar con nadie más, parecía apesumbrado de sólo mirarme. Y Mikhail se portaba formal, como si yo fuera otra alumna a la que atender y no la chica con la que había confesado su intención, la misma que lo había insultado y a la que él había insultado tantas otras veces. Era como si de repente, de un día para el otro, yo fuera una extraña en esa casa. “¿Es algo del Palacio?” me aterró. “¿Ha salido algo mal con el Palacio?”.

Pero quien probaba que ese no era el caso era Norbert, quien descoordinaba con los demás tratándome como siempre lo había hecho, bromeando conmigo en el almuerzo e invitándome a saber sus innumerables datos triviales sobre animales, comidas o culturas del mundo. Era espantoso. Por supuesto que él no lo notaba: pero en aquella comida, la suya era la única atención que se posaba en mí; las demás rebotaban, pasaban de largo, me evitaban con toda intención.

¿No se dan cuenta –pensé– de cuánto daño esto me hace?

Mikhail tiene que saber. Mikhail tendría que saber, que esto es lo que más hubiese odiado de todo. Pero precisamente por eso, mi dolor se convirtió en determinación, en la resolución de no dar el brazo a torcer. Quedaban horas para la noche. Hasta que el momento llegara, continuaría la investigación por mi cuenta. Si ellos no me necesitaban, tampoco los necesitaba yo a ellos, ¿y no había sido así siempre? ¿No había estado sola desde un principio?

Estuve en mi cuarto, con el diario abierto sobre mi almohada, enfrascada en la tristeza y en la lectura. Un viento de los mil diablos hacía silbidos afuera, agitando las hojas de las altas palmeras. “¡Tormenta!” gritaba Norbert, satisfecho. Lo oía murmurar, sobre lo difícil que sería el regreso. Me iba por unos segundos, y luego volvía a concentrarme en la página apergaminada, amarillenta que estaba frente a mis ojos. Apenas me quedaba un poco para concluirlo. Sólo un esfuerzo más, y tal vez comprendería algo, algo que ellos tres no, algo que me volviera tan valiosa que no tuvieran el derecho ni la posibilidad de ignorarme.

El tono del narrador, como siempre, estaba lleno de un gozo que se oponía a mis sentimientos:

“La situación es apropiada.

Tomó cierto tiempo y cierto uso de nuestra energía, pero todos los actores están listos. Raquel y yo contamos con coartadas sólidas, y con la mayor de las seguridades: el saber que somos respetados y queridos por las personas de este pueblo. A través de nuestros poderes como nigromantes, a través de un delicado, ingenioso manejo de las capacidades del Ajeno Palacio,

nos hemos construido tronos desde los cuales vemos las cosas desarrollarse a nuestro antojo.

Todo lo que queda es obrar.”

“No conozco demasiado sobre la familia Berkan.

En todo caso, es seguro decir que me interesan más de lo que le interesan a Raquel. El primer hombre en llevar ese apellido debió de haber sido un nativo de la zona. Si la pureza de sangre es importante en las demás familias, en los Berkan hace una condición de existencia elemental. Todo para ellos está en la sangre, y en el riguroso cuidado de esta.

Una concepción así podría agradarme, pero el modo en el que ellos lo llevan es... Abrumador. Jamás mis ojos han contemplado una reliquia tan arcaica, tan vencida, tan ineficaz como lo es esa arruinada familia. Jamás me he considerado tan justo, piadoso y magnánimo al descender la hoz de la muerte por sobre todos sus cuellos. El mundo, y los Berkan, se darán un respiro mutuo.”

“Invocamos cuatro espíritus sin nombre. Ya han poseído a los cuatro vástagos de Valdomar Berkan, y por ello los cuatro están bajo nuestro control.

Lo que queda es sencillo.

Valdomar Berkan suele disfrutar de largas siestas en su sillón. Eso es lo que nos había dicho la antigua servidumbre, y ciertas costumbres nunca cambian. Es una posición afortunada para morir. Utensilios de cocina bastarán. Por el modo en el que su progenitor ha obrado, cada uno de los cuatro Berkan le dará un frío beso de muerte.

A Raquel le ha excitado la idea. Pero en mi opinión, lo que viene luego será mucho mejor. El momento en el que Kylar, Clarissa, Jason y el pequeño Gieth se arrojen contra las turbias aguas de nuestro local río.”

Contuve el aliento, con la última página entre mis dedos.
Sólo quedaba una entrada:

“Algo salió mal.”

LXXVIII

Y nada más. Allí la página recuperaba su blanco, la tinta terminaba en un punto marcado, certero, que apenas tembloroso se deslizaba hacia un costado, como si el autor hubiera estado poseído por la prisa. El Diario concluía. No quedaban señales, dibujos, comentarios, nada que se le pareciera. El resto, pasando por mis uñas con insistencia una y otra vez, eran montones de hojas vacías.

Lo cierro frente a mí, y me descubro perpleja. Algo salió mal. ¿Qué salió mal? Al hombre que escribió aquello, a esa mujer, Raquel; ¿qué pudo haberles salido mal a los nigromantes que habían formado el Palacio, como para terminarlo todo en una nota así?

Los Berkan son la solución. Lo sé. En el momento en el que el autor y ella pusieron su plan en marcha, cuando los Cuatro asesinaron a su padre y se arrojaron al río, algo debió haber fallado. En Kylar, Clarissa, Jason o Gieth debió de haber existido algo especial, una cosa lo suficientemente importante como para arruinar las tramas de aquellos que con facilidad habían dejado en ruinas a la prestigiosa familia Tressand. Pero todo lo que tengo es esta ventana empañada, inconclusa, y las pocas pistas que me ha dejado.

Exhalo un largo suspiro, y me acuesto otra vez, con el rostro apuntando hacia el techo. Cierro los ojos lentamente, dejo que la luz del cuarto se evada de mi consciencia.

Respiro.

Hace años, una brecha se abrió.

Dos nigromantes, Gabriel y Raquel, pudieron interactuar con ese fenómeno. Lo utilizaron para invocar a un demonio, Glasyalabolas, que a su vez creó con su poder el Palacio Ajeno, una muralla que retiene y contiene las almas de todos los muertos en San Naerit.

Ambos nigromantes eran codiciosos, y vieron grandes oportunidades en ello. Ya conozco muchos de los poderes del Palacio, quizás más de los que ellos conocían. Intuyo que no eran ricos: que eran servidumbre, educados, pero que resentían a todas las viejas familias de la zona. Utilizando a los muertos, erradicaron a la familia Tressand. Sólo Gerardo quedó de entre ellos, aunque su verdadera identidad fue borrada de la memoria del pueblo por pasar demasiado tiempo del otro lado.

¿Qué más?

Quisieron atacar a los Berkan. El plan que tramaron es igual a la vieja leyenda de los Cuatro Locos, esa de los hermanos que asesinaron a su padre y se dejaron caer al río, hundidos en la arena y contra las piedras.

¿Qué más?

Algo salió mal. Algo fue lo suficientemente grave como para que el autor dejara de escribir.

¿Qué más?

Alguien, con los espectros de los Cuatro, ordenó al viejo Ezequiel Jerves, estanciero de los Berkan, asesinar a Kain Antar. La hermana de Kain, Kassia, desapareció. Mira Strauser supo la verdad, y fue envenenada por Helen. Helen y Johan protegen algo. Pero ¿fue el autor quien hizo todo eso?

"El autor no es a quien buscas" pronuncia un recuerdo en mi cabeza. Es la voz de Harrold, pero no identifico a qué momento de mi pasado pertenece. Pienso que es algo extraño de creer. ¿Por qué entonces el Diario estaba en donde el Titiritero había dormido? ¿Cómo explicarlo si no?

Un minuto.

-¿Por qué el Titiritero guardaba una foto de la familia Berkan?- murmuro en mi soledad. No me digno a abrir los ojos, ni siquiera con ese planteo. Dejo que mi cama, tan cómoda como jamás lo ha estado, y el frío y el sonido calmante del mar afuera hagan su trabajo, relajando mi mente, mi cuerpo y todas mis preocupaciones. Con suavidad, el colchón me va devorando.

Me hundo en un abismo claro, de agua marina atravesada por rayos de luz. Floto desnuda, entre arrecifes de coral y peces coloridos. Me sumerjo. A ese hermoso sueño lo corrompe otro, más profundo, sobre el que no tengo control alguno. Uno en el que no estoy bajo el agua, sino sobre ella. Uno viejo, muy viejo, tan viejo como el día en el que llegué al pueblo. Uno en el que, por fin, no estoy bajo el mar sino sobre el río, el tumultuoso, sombrío río de San Naerit, adentrándome sin voluntad por entre las enormes piedras que sirven como guardianas a la poderosa corriente. Más que un sueño, se asemeja a una visión. Vuelo, empujada por algo, y veo ese paisaje: el gris, los acres, el agua oscura, que crea espuma al golpear contra las rocas que se enfrentan a su fuerza. Me deslizo planeando como un ave. No tengo cuerpo. Sé que debería tener miedo. Sin necesidad de entenderlo, comprendo que este es un sitio de muerte, uno donde una rotura se pronunció hace años en el mundo. Y es que no hay nada en estas aguas, o en lo que las rodea, que pueda parecer vivo; y hasta los pinos en ocasiones se me hacen ilusiones, una mentira allí puesta para hacerme creer que permanezco en la realidad.

Existe una roca, en ese río, que se levanta por encima de todas las demás. Se convierte en un risco, una punta que desafiante acuchilla el cielo, orgullosa por sobre las aguas. Es una piedra gigantesca, mas vieja que las hermanas que la rodean.

En esa roca mi visión se detiene. Veo figuras. Mi cuerpo real, acostado en una cama en otra ciudad, en otro tiempo, tiembla y se sacude de temor. Cuatro sombras avanzan, en fila, con tan poco control como yo, y caminan hacia el borde de aquel monumento.

Una por una, se van arrojando. La primera sombra, la más grande, se hunde en la arena, en lo más profundo de ella. La segunda, una mujer, golpea su cabeza contra una saliente al caer. La tercera, que reconozco, se intenta aferrar de algo y parte sus uñas, gruñe de furia y sangre. La cuarta permanece en el borde, quieta.

Espero. El menor de los Berkan se da vuelta.

Y me *observa*.

Me invade un horror incontenible. Mi cuerpo real patalea, se sacude bajo los efectos de otro ataque. Creo reconocer esa mirada. Pero antes de poder saberlo, la imagen retrocede, retrocede y avanza en el tiempo, y veo también un viejo carro, y a un joven Señor Jerves, y a un pequeño Kain de manos atadas, conducido al mismo precipicio. Estiro la mano, para salvarlo, pero es demasiado tarde. Gritos y risas me sorben de regreso a mi tiempo y a mi vida.

-¡Saldremos en una hora!- escucho a Norbert rugir- ¡Estense listos!

Abro los ojos, conteniendo un grito. ¿Qué fue eso? ¿Qué fue esa visión? Imágenes interconectadas, sonidos que no existían, algo que no puedo conseguir unir. Me *miraba*. ¿Qué era esa criatura?

-Lis, Matt, ¿me oyeron?

-¡Sí!- grito. A mi alrededor, el cuarto está en penumbras. Reviso mi reloj despertador: lo que se sintió como unos minutos ocupó más de tres horas. He estado dormida por todo ese tiempo, flotando sobre el río y la Playa de las Piedras. Mi cuerpo se siente entumecido. Mi corazón palpita con fuerza, preso de ese miedo. Aquella mirada fanática, candente, no se me borra ni al frotarme los ojos.

Me siento al borde de la cama, e intento calmarme. No es hoy el momento para pensar en eso. Hoy es el día.

Mi acto en el Lastega está a poco más de una hora.

Cierro la puerta, y procedo a cambiarme. Si Norbert nos ha pedido que nos preparemos, es porque de seguro planea llevarnos a comer algo al centro antes de dejarnos en el concierto. No hay para Liseth Aurdelard un día más decisivo que este. Con prolijidad, dejando que los nervios se desvanezcan, tomo las ropas que elegí, las que escogí especialmente para esta noche, y las dejo bien dobladas sobre mi cama. Una remera rosada, de rayas, una pollera moderna, tomada de Mina, botas caras como las que jamás usé, hasta incluso ropa interior con lazos, distinta a las bragas blancas que siempre me he puesto. Controló que esté todo, y ocupó el baño.

Me doy una ducha relajante, siempre temiendo excederme con mi tiempo. ¿Qué estarán haciendo las demás? ¿Cómo se estarán preparando en el hotel Alice, Anna, Candice, todas las chicas de la Academia DuMarque? Acaso podrían estar ya en el teatro, esperando. Será mejor apresurarme.

En cuanto termino de lavarme, cierro la llave del agua y regreso a mi cuarto envuelta en una toalla. Me seco a consciencia, en especial el cabello, que ya alcanza la parte alta de mis omóplatos. Me voy vistiendo, pieza por pieza, como si me pusiera una armadura. Esta vez no habrá nada de sudaderas o pantalones anchos, zapatillas deportivas viejas y toscas suelas. Se escuchan los sonidos en la casa, de que Mikhail y Kari han regresado de su paseo. Estiro las medias sobre mis piernas ya depiladas, abrocho el cinturón de mi pollera, paso la remera por sobre mis hombros y el corpiño. Luego tomo el maquillaje comprado, y me siento frente al espejo, dominándome. Puedo hacer esto. He visto a Kari hacerlo miles de veces.

Comienzo por aplicar sombra en mis ojos. Con cada pequeño movimiento, mi cara se siente más y más cargada, y me reconozco menos. Demoro unos buenos minutos, concluyo, y me examino. Creo que soy linda. Creo que en verdad podría serlo.

Pestañeo varias veces, y me giro. Cepillo mi cabello con esmero, para dejarlo tan suave como la seda, que se levante y me rodee las mejillas con

elegancia. Es mejor llevarlo suelto, pero el flequillo me incomoda. Tomo el broche que me regaló Sally, y lo uso para sujetarlo.

Vuelvo a mirar el espejo. Está oscuro, pero creo que una chica diferente me devuelve la vista. Es una chica que podría haberse paseado por los altos corredores del Instituto en Nueva Gabul, que podría haber sido amiga de Orlana, Alice o personas como Mina, que podría ser popular y reconocida. Es alguien que yo hubiese querido ser, y por eso me cuesta creerlo.

"Me debo estar engañando" pienso. Pero en mi pecho hay esperanzas, esperanzas de no equivocarme. Una vez terminada, abro la puerta para ir a la cocina. Matt sale de su habitación al mismo tiempo, y ambos quedamos de frente.

Sus ojos se abren de par en par con incredulidad. Me arremete el impulso de volver a encerrarme.

-Ah...- digo. ¿Lo he hecho mal? Me imagino que mi maquillaje se deshace, y que mis rasgos son los de un payaso.- Matt...

Mikhail se acerca a su lado, ya elegantemente vestido.

-Te ves hermosa, Liseth- nota. Matt sigue perplejo. No despega sus ojos de mí, mientras que su tutor se acomoda los lentes.

-Gracias- respondo. Esforzándome en no pensar mucho más, intento salir hacia el balcón. Kari pasa también a mi lado en dirección al cuarto, en un obstinado silencio. Pero con ella, mucho más fácil de leer, tengo la clara sensación de que quiere elogiarme, y que se resiste a hacerlo. Un poco me hace sentir mejor.

Una vez la puerta se cierra, evado las miradas y salgo a la calle en donde el Twingo nos espera. Emociones diversas intentan hacer un espacio en mi interior: la preocupación por ese extraño sueño, que tanto se asemejaba a un recuerdo del pasado, la vergüenza por lo que Matt pudiera haber pensado al verme, y la ansiedad de saber que en apenas minutos planeo hacer que mi vida cambie, y aquello para lo que tanto me he estado preparando va a dar inicio. Sigo dominando mi respiración, como Norbert me enseñó, para que los nervios no me invadan. Me apoyo en una de las paredes del chalet y dejo que el viento juegue con mi cabello y el borde de mi pollera.

-¿Cuánto les falta?

-¡Kari se está cambiando!

Las conversaciones de los Weigler se oyen incluso desde aquí. Sonrío con melancolía. Ellos tres no me hablan, pero yo espero...

-Matt, qué bien vestido...

-Ya, papá.

-En mi época-

-Creo que Matt se va a algún otro lado, señor Weigler.

-¡Oh, Mikhail! Tú también estás elegante. ¿Han visto a Liseth?

-Matt sí que la vio.

-¿Hm?

El aire fluye, por mis labios, por las fosas de mi nariz. Mi sonrisa se ha tornado triste. Estoy imaginando una vida, una vida para ellos, una en la que yo no existo, una tan feliz como esta, con las risas y los gritos que dan alegría a la noche del vecindario visganés.

Al final, sólo soy una molestia.

Pero molestia o no, hay cosas que debo enfrentar.

"Yo puedo" me digo a mí misma, con fervor. Creo ver de reojo a Wilhelm, asomando desde otro lado, espiándome. ¿Sería posible?
No, no debo concentrarme en eso. No ahora. Yo puedo.
Yo puedo, y me adelanto con paso decidido en dirección a mi destino.

LXXIX

Al cambio por Mina lo realizo cerca de la misma vieja pared en la que lo hice la noche anterior, y una vez en su cuerpo, no me cuesta demasiado encontrar el Lastega. Esta vez, hay personas dentro de él, viendo el viejo arte de sus muros y la opulencia de los techos abovedados, repletos de frescos con escenas del firmamento. Entre ellos, parejas experimentadas, jóvenes universitarios de aspecto sereno, mujeres y hombres adultos, de seguro cultos, me siento un poco sobrante. Pero no dejo que eso me haga mella. Muchos de quienes veo de seguro han venido aquí a ver la gran danza. Los carteles con la presentación de la Flauta Mágica y la firma de Laurence Varlenko impresa en tinta fosforescente pueblan las paredes, repetidos hasta el infinito mientras me muevo en dirección a los vestuarios. Domina a todo el entorno una sensación de alta clase, que de algún modo consigue resultarme cálida. Si todo sale bien, a este sitio lo recordaré con pasión.

Al llegar a los vestuarios, el equipo de maquillaje me recibe como si me hubiese perdido por diez días.

-¡Cielos!

-¿Hay tiempo, no?

-¡Ese no es el problema! ¿En dónde te habías metido?

La chica se acerca, comienzan los toqueteos, las revisiones, las órdenes silbadas y los mensajes. Se siente como si un ejército entero se esforzara en poner a Mina Harvnes más bonita de lo que es.

-¿Y las demás?- digo levantando los brazos, para que pase el vestido sobre mi torso.

-Las otras chicas también se están cambiando. ¿O dices tu profesora? Ya no le quedan uñas en la mano.

Tira de los cordeles, y levanta las plumas oscuras en mi hombro. Otra chica va peinando mi cabello con mejor técnica de lo que yo lo hice hace un rato, acariciándolo como si fuera un tesoro.

-Te queda perfecto- dice la líder, y me hace girarme para verme bien.-
¿Incomoda?

-No.

-¿Estás nerviosa?

Asiento, y ella sonrío.

-Lo harás bien.

Ponen los guantes, acomodan imperfecciones, y luego se ponen de lleno en maquillar mi rostro, en volverlo algo oscuro y hermoso como el personaje que se supone represento. No hay nada de la obra en mi mente, nada del guión o del argumento. Sólo sé que tengo que danzar, de qué modo tengo que danzar, y cuánto quiero cegar a todos con mi presencia.

-Estamos listas- dice la chica al terminar- Ve y rómpelos.

Me da una palmadita, y las demás me saludan. Paso al salón anterior, y escucho a uno de los técnicos anunciar que los espectadores ya están llegando. No puedo resistirme, y asomo por una de las ventanas. Una fila masiva de personas se estruja para intentar ingresar por la entrada principal. Son muchos. Muchos más de los que hubiera creído.

"Tengo miedo."

"Kain, ¿puedes escucharme?"

No hay respuesta. Pero creo oír en mi mente un murmullo, un mensaje que me reconforta.

-¿Mina?- oigo a mi espalda. Elia está allí, y me hace una seña- La profesora nos está llamando. Ya es la hora.

Está hermosa. Todas estamos hermosas, o eso pienso cuando las encuentro, cuando entro al gran círculo de chicas que DuMarque ha armado a su alrededor. Todo me parece irreal, veloz, entrecortado, como las imágenes de una película. Sé que es porque no estoy segura de mí misma, por mucho que me esfuerce. Creo ver a Alice, pero no le presto atención. No la atacaré. Haré lo mío, y lo haré tan bien que toda la competencia quedará detrás.

-Niñas, niñas, ¡niñas!- grita DuMarque, con lágrimas corriéndole el maquillaje- Ya no sé qué decir. Laurence estará viéndonos, la ciudad estará viéndonos. Ya no puedo más que agradecerles, a todas, mis cielos, por esta alegría que me han dado. Niñas, ¿podemos?

-¡Podemos!- gritan todas. Yo lo murmuro, intentando convencerme.

-Entonces- concluye la profesora, examinándonos una por una con orgullo- Vayan y muéstrenles de qué están hechas.

LXXX

Para los cientos de espectadores que esa noche fueron al Teatro Lastega, el espectáculo al que asistían debía de debatirse entre lo prometedor y lo extraño. Era raro, de seguro creían, que un montón de mocosas de algún pueblito desconocido en el medio de la nada pudieran tener tanto talento como

para justificarse un lugar en tamaña institución. Las expectativas eran altas. Yo, que no sabía tanto de danza, sólo podía confiar en que no habían sido sólo los contactos del director Ashadd los que nos habían puesto aquí, sino que también había gran talento en nosotras. Confiaba en Laurence. Si él había aceptado que danzáramos en su nombre, aquí en la ciudad vacacional más importante del país, ¿cómo poder defraudarlo?

Entre ejercicios de respiración, repeticiones y susurros de aliento, entreveía por una de las cortinas el desarrollo del baile. El teatro estaba a oscuras: pero incluso entre las sombras yo podía captar la cantidad de butacas ocupadas, la línea redondeada de cientos de caras, adultos, espectadores que con ojos juzgadores esperaban vernos. El equipo técnico se hacía señas desde las estructuras superiores del escenario. Yo contenía el aliento, envuelta en mi hermoso traje. Una de las chicas, Juliana, estaba tan pálida como un queso. DuMarque se terminaba de ingerir las uñas de su otra mano, arruinando su manicura.

Tras unos minutos de silencio, las enormes cortinas se abrieron. Dos actores comenzaron a interpretar la introducción de la obra, con grandes voces amplificadas por los micrófonos. Me di cuenta de que no los reconocía, aunque los había visto antes. No reconocía sus caras, ni las palabras que soltaban, y sólo la tensión me dominaba. Mi mirada era atrapada una y otra vez por el espectáculo del público, un espectáculo que me pareció infinitas veces más interesante que cualquier actuación que pudiéramos darles. Eran caras neutrales, sonrientes, comentarios de lado, muecas y monstruosidades. Eran un paredón de ojos, bocas, un cuero de piel sobre los asientos, fusionándose con ellos, uniéndose con las sombras.

Intenté calmarme. No era el momento para un ataque. Por otro lado, no sentía que pudiera tener uno, inclusive con todos los nervios que tenía y el peso invisible que cargaba. Alice estaba a mi lado, esperando de pie. Su vestido, el modo en el que la tela blanca se movía, etérea, todo era hermoso en ella. No la veía en lo más mínimo nerviosa.

-¿No tienes...?- dije.

-¿Hm?

-¿No estás preocupada...?

Me aclaré la garganta. Alice pifió, viendo hacia el otro lado.

-Son sólo personas. No saben nada.

No entendía cómo podía pensar algo así, pero sospeché que era ese tipo de actitud la que había logrado que, con todo lo que tenía, fueran muchos los que la resintieran. Oímos una señal arriba, y una luz se encendió.

Era la hora de la danza. El primer grupo de chicas partió para la escena de apertura. Apenas me atrevía a verlas. Elia, Candice, Clara, todas estaban hermosas, y no parecieron alteradas al salir frente a los espectadores. Los zapatos puntearon el suelo de madera, en perfecta coordinación dieron saltos, alrededor de los actores. Eran como espíritus de la naturaleza, engatusándolos con sus movimientos. Por supuesto que yo sabía que las tres debían de sentirse aterradas, pero no lo dejaban ver en sus facciones. Iban con perfectos sentidos, torcían los tobillos con gracia, descendían y subían al mismo tiempo. Los visitantes parecieron más iluminados de verlas, vi a varios comentar, de seguro hablando sobre aquella chiquilla, Elia, de seguro elogiándola.

Aquella primera pieza duró unos buenos minutos, con la música de fondo, algo clásico y cantado llenando toda la estancia y haciendo de trasfondo

a cada una de sus partes, a cada mínimo movimiento que mis compañeras realizaban. Una vez concluyó, una buena parte del público aplaudió. Me parecieron que eran aplausos animados, y entonces todo se tornó difuso.

Pero no era un ataque: más bien, el sentido del tiempo se volvió una molestia, una argamasa que se escapaba de mi comprensión. La obra siguió su camino sin fallas. Quienes estaban en los asientos parecían interesados. Yo vi bailar, juntas, alternadamente, a Candice, Juliana, Elia, Clara, Natalí, Yolanda, Jossie y Anna. Cada escena iba pasando, intercalada o junto a las actuaciones del otro grupo, y las danzas se iban sucediendo, cada vez más furiosas, cada vez más alegres desbordando el escenario, haciendo que los aplausos fueran en aumento.

Candice se movía pálida, al mismo tiempo que las demás. Era la que más sospechaba peligraba en desmayarse, tal como Laurence nos había dicho. El mismo Laurence nos felicitaba y gritaba órdenes, cada vez que regresaba un grupo de chicas para el cambio de escena. Las maquilladoras arreglaban, daban retoques, hacían todo con la prisa de mil hormigas. Era impresionante para mí ver todo lo que había detrás de un espectáculo, todo el trabajo que las personas en sus asientos no podían siquiera imaginar. Por segundos consideré que Alice tenía toda la razón.

-Alice, te toca, querida- dijo Veronique DuMarque en ese momento. La reina de San Naerit salió al escenario, con la cabeza erguida y el pecho levantado, frente a todas esas emociones, todos esos ojos, todas esas opiniones.

En el momento en el que apareció, la multitud calló. Es que Alice era impresionante, por donde una la viera. Entre la amargura y la envidia que subió por mi estómago, también sentí un poco de orgullo. Nosotras éramos San Naerit, todas nosotras, y estábamos aquí con la intención de probar algo.

La música dio inicio. Era un canto dulce, lleno de tristeza, en el que Alice se desenvolvió a la perfección. Su altura, sus exquisitos movimientos, todo la hacía parecer un ave, alguna criatura que volaba para encantar a la humanidad con su magia, una línea de distinción entre las demás mortales que antes se habían atrevido a bailar. Los actores mismos se veían embelesados. A mi lado, la fascinación en el rostro de Anna era imposible de describir, familiar.

Otra vez, una capsula en mi interior se rompió. ¿Cómo iba a ganarle?

"Mina, ¿me escuchas?"

Los brazos de Alice se extendieron, su cara apuntó al cielo, su pie pareció intentar quebrar las luces que la apuntaban desde el techo. La gente aplaudió, y ella dio un giro con elegancia. La urgencia me poseyó.

"¡Mina! Necesito tu ayuda."

Era un ángel, dejando en las sombras a todas las demás. Pensé con furia que ella jamás se había mostrado tan talentosa durante las prácticas. Que me había engañado, y ahora, ¿cómo podría superarla?

"Por favor... ¡Te lo ruego!"

Alice terminó, con una sonrisa extraña y la cabeza baja, los brazos extendidos esperando la lluvia de aplausos, que por supuesto, llegó con la fuerza de un torrente. DuMarque se enjugaba lágrimas, y Laurence no tenía palabras. La gente pareció estar feliz, vi varios suspiros, suspiros de satisfacción por haber venido, por no haberse dejado engañar por nuestras

edades y procedencia. Los actores, turbados por aquello, prosiguieron con la presentación de la siguiente escena. Luego me tocaría hacer el solo a mí.

“¡Mina!”

Esta vez, algo pareció contestar a mi llamado. Sentí una cosa removerse, en mi mente, en mi espíritu, bien en lo hondo de mí, un sonido único como aquel que hace un teléfono cuando una persona atiende del otro lado. Y aunque esperé oír a Mina hablarme por primera vez, nada de eso ocurrió.

Hubo silencio, un silencio que las voces de las exageradas actuaciones no lograban ocupar.

-¡Tesoro!- dijo DuMarque- ¡Es tu turno!

Más que caminar, algo forzó mis piernas y me empujó hacia el escenario. Atravesé las cortinas, levanté la cabeza, y enfrenté a lo que parecía ser un ejército de rostros. Pero apenas los sentía. Las luces me cegaban. Algo había ocurrido, algo estaba conmigo.

Alice estaba sentada del otro lado, pues era parte de la escena. Con un estruendoso impacto, la música dio inicio. Y libre, en ese gran escenario, flotando más que de pie, intentando probarme a mí misma y a todo lo que había logrado, yo comencé a danzar.

*¡Der Holle Rache kocht in meinem Herzen!,
Tod und Verzweiflung
Tod und Verzweiflung flammet um mich her*

Repetí los pasos, aquellos que había repetido ya mil veces, dejándome llevar por las emociones. Mi pierna se elevó, mis pies marcaron puntos en las líneas de la madera, me estiré sintiendo el contorno que marcaba aquella melodía, y el mundo pareció descender en una sombra. Cada vez más, entendía que algo acababa de cambiar. ¿Qué había hecho? ¿Qué ocurría?

“¿Mina...?”

Algo similar a una respiración respondió. De reojo, en uno de mis giros, capté como el escenario se convertía en un torbellino: de luces, bocas, gotas de sudor que brillaban flotando frente a mí, estrellas que se elevaban contra el firmamento nocturno en una espectacular cruzada. Mi corazón dio un latido por encima de todo. Mi pierna fue con suavidad al suelo, sirvió de apoyo, me permitió estirarme. Me fusionaba con la danza, me hacía parte de ella, fluía en torno a mi cuerpo y olvidaba todo lo que estaba a mí alrededor, alcanzaba una pureza con la que antes no podía soñar. Mi cabello, tan prolijamente atado, amenazaba con soltarse. Los pliegues de mi vestido planeaban junto a mi cintura, como las simples alas de un cuervo, mis ojos se hacían faros de odio, y las luces se asemejaban a fuego a mí alrededor.

De pronto comprendí que sonreía, pero no. No era yo quien estaba sonriendo.

“¿Quién...?”

La música continuaba.

*Führt nicht durch dich
Sarastro Todesschmerzen,
Sarastro Todesschmerzen,
So bist du meine Tochter nimmermehr
So bist du meine, meine Tochter nimmermehr
Meine Tochter nimmermehr*

No comprendía qué estaba cantando, y sonidos, imágenes, movimientos, todo se fusionaba en una sola existencia. Mis propios labios se movían. Giré, elevé un brazo buscando esa luz, levanté mi pierna como contrapunto. Sin comprender por qué, aunque mi canto era de odio, aunque mis movimientos eran de odio, me sentí irremediabilmente triste.

“Es...”

La voz marcó tonos agudos, sucesivos, y mis pies hicieron un compás, hacia uno de los lados del escenario. No me fijaba en cuánto podía lastimarme, en cuándo detenerme. Me poseía una tristeza indescriptible, y mis ojos se cargaban. ¿Por qué? ¿Por qué estaba tan triste? ¿Por qué sentía este anhelo, estas ganas de llorar, esta nostalgia que me ocupaba toda?

No es Mina, pensé, repitiendo los pasos hacia el otro lado. Nunca había sido Mina quien guiaba mis movimientos a la hora de bailar. La verdadera respuesta siempre había sido otra, y yo la había sabido. Había otra fuente para la tristeza, para la hermosura que mi cuerpo estaba representando. Mi garganta ardía. Apenas podía pronunciarlo.

“Mamá...”

Las lágrimas fluyeron solas, confundándose con mi maquillaje. El negro cayó, cubriendo mi rostro, y algo descendió. El dolor surgió con todas sus fuerzas, pero en vez de contenerlo no me detuve, y lo utilicé para bailar con más ímpetu. Era ella. Había siempre sido ella. ¿Cómo podía? ¿Cómo se atrevía, después de...?

Liseth, lo siento tanto.

Tal vez nadie podía notar que yo lloraba, que lloraba mientras me movía, y que no era ya yo quien me movía sino que otra cosa me controlaba, me poseía con una furia incansable, hacía que el modo en que me contorneara, que la precisión de mi danza excediera los límites humanos.

En un punto, dejé de ser yo misma.

*Verstoßen Sei auf ewig,
Verlassen Sei auf ewig
Zertrümmert sei auf ewig
Alle Bande der Natur
¡Vertossen, verlassen, zertrümmert!
Alle Bande der Natur*

Había una gracia perturbadora, en el modo en el que mi cuerpo se comportaba, en el modo en el que el maquillaje caído volvía mi rostro el de una verdadera Reina de la Noche. Cuando mi gesto se adelantó hacia los espectadores, vi a varios de ellos sobresaltarse de miedo. Era algo frenético, imperioso, algo que convertía mi actuación en un festival perverso. Ya no tenía control. Mis piernas se movían, quebradas, mi vestido parecían alas, las plumas de mis hombros se fusionaban en mi cuello, volviéndome algo más. Toda la oscuridad me estaba rodeando, junto a los estruendos de una vieja campana. Lloraba.

En un momento la melodía se volvió suave, creciendo en volumen y fuerza, y mis brazos se estiraron solos, mi cuello se torció al costado, me vi flotar colgando de hilos de sombra. Casi podía percibir, la figura que me dominaba, torcida sobre mí, acariciando mi cabello con dedos largos y oscuros. Quise gritar, llorar de rabia. ¿Cómo podía...?

Liseth, ven a verme.

Para ignorar esa voz, impulsé el siguiente giro. Los espectadores tenían rostros demoníacos. Era un ataque, a todas luces, pero no me importaba, pues todo tenía sentido para mí: y esas muecas burlonas, las cosas que colgaban del techo, las risas y los aplausos se volvían significativos, aceptables. No podía escucharla. No quería escucharla.

*Alle Bande der Natur
Wenn nicht durch dich
Sarastro wird erblassen
Hört! Hört! Hört! Rachergötter!
Hört der Mutter Schwur!*

En la parte final puse todas mis energías. El modo en el que danzaba ya era sobrenatural, no había un nombre en los movimientos que realizaba, y sin embargo, en esa caótica expresión estaba segura de que todos se estaban sintiendo cautivados. Debía de ser terrible verme moverme de esa forma. Cuando el último grito de la canción tronó, me elevé sobre uno sólo de mis dedos, me elevé tanto como podía, me expandí intentando abarcar con mis extremidades todas las puntas del escenario, y ordenar a los espectros que ocupaban los asientos doblegarse ante mí. El ruido ascendió hasta los cielos. Miles de golpes, retumbes, que mientras recuperaba mi consciencia descubrí eran aplausos.

Me aplaudían. Los monstruos se volvían personas, y todas aplaudían, algunas incluso de pie. Ovationaban con furor, parecían en éxtasis de haberme visto. Yo no podía comprender.

"Lis, te extraño."

Eso fue lo último que dijo la voz, esa voz que yo conocía, y luego fue silenciada del todo por los vítores. Hasta el final, no le había respondido. La superficie de mis ojos parecía quebrada, como si fuera vidrio, y no podía ver. Hice una torpe reverencia, y los aplausos ganaron fuerza. Era curioso que no pudiera importarme.

Tambaleándome, regresé hasta detrás del escenario. DuMarque se lanzó a abrazarme, hecha un mar de llantos. Las otras chicas me felicitaron admiradas. Pero simplemente no las comprendía, ni podía verlas. Por unos buenos minutos, todo lo que tuve eran esas roturas en mi visión, y la seguridad de que había quedado ciega.

LXXXI

El resto de la obra prosiguió con normalidad, y yo me confiné al detrás de escenario, sin energías. Las líneas de los ojos, junto al impacto que me había creado esa voz, se fueron borrando lentamente. Pero estaba segura de que había una parte de mí, en algún sitio lejano que prefería ignorar, que se hallaba cabizbaja y desnuda, y que se negaba a aceptar la mano que se le tendía.

Mis compañeras siguieron danzando, algo cohibidas por la demostración que yo había hecho. Laurence mismo se había acercado para felicitarnos, a mí y a Alice, y soltarnos un montón de nombres de peces gordos del espectáculo que se habían impresionado con nuestro desempeño. Era curioso, ¿por qué no me importaba?

¿Por qué de repente no me importaba?

Tenía que hacer un esfuerzo continuo para aceptar que esta era la vida que quería, que todo esto era lo que buscaba. Cuando me tocó salir de nuevo, para la danza final, me encontré sin voluntad. Candice estaba a mi lado.

-Reemplázame.

-¿Estás demente?

Me sorprendió que me pudiera contestar así, pero no había expresión alguna en ella. Me supuse que simplemente estaba cansada, harta de todo. El problema era que yo también.

-Por favor- añadí. Candice dudó un poco. Incluso con todo el maquillaje que llevaba, se notaban perfectamente las ojeras, el hartazgo de sus facciones. Estas no debían ser las mejores vacaciones que ella hubiera tenido. Pero no era mi culpa. Había hecho una promesa.- Sé que puedes.

Mi compañera suspiró, y me dio la espalda adentrándose al escenario. DuMarque y Laurence parecieron interponerse, pero me vieron rendida y la dejaron unirse. Entonces lo único que me quedó fue aparecer, allí, de pie y sin participar en la danza, ignorando el peso de todos los que me señalaban, los que hacían comentarios admirados y esperaban verme hacer algo más. Lamentaba decepcionarlos.

La obra concluyó, conmigo, Anna y otras chicas huyendo por la pared derecha del escenario, mientras una luz que poderosa desde los reflectores intentaba simular el día y el cantar de los pájaros tronaba contra suelo y techo. El telón se cerró, y todas nos pusimos en fila, junto a Laurence y los demás actores.

En cuanto volvió a abrirse, la ovación fue estruendosa. Todo el público aplaudía. Por sus gestos, me figuré que a quienes no habíamos impresionado, al menos habíamos enternecido con nuestro esfuerzo. Se hablaría de esto.

Levantamos los brazos varias veces, entre los aplausos, y así todo concluyó. Laurence quedó allí, para hablar con ciertas personas influyentes de Visgana, y yo decidí que lo mejor sería borrarle, antes de que me llamara a hacer presentaciones. Había terminado. Había terminado bien, lo que era bueno, pero aun así todo me dejaba un vacío insoportable.

Me deshice de mi disfraz, lavé mi rostro repetidas veces con agua caliente, y solté el complicado peinado en el que las maquilladoras habían sujeto mi cabello, con aquel estilizado broche. No saludé a ninguna de mis compañeras, que se abrazaban emocionadas, aunque no pude evitar caer víctima de los gritos llenos de excitación que pegaban, y de los elogios. ¡Mina ha sido increíble! ¿La vieron? ¡Mina parecía poseída!

Una vez pude escapar, me dirigí a la salida del Lastega. Había vencido. Pero quedaba poco tiempo para la parte más importante del día, para el concierto de los Grades. La entrada debía de estar en el bolsillo de mi verdadero cuerpo. Por los altos pasillos de aquel museo a la belleza, me evadí de los invitados, de los paseantes, de aquellos espectadores que satisfechos se retiraban y murmuraban al verme. Vi una figura de pie, apoyada en la pared.

Matt ladeó el rostro, sereno. Algo en mí se desbocó.

-Vi...

-No podía pasar sin una entrada. Pero espí un poco de lo que hicieron desde la puerta.- dijo- Tu danza fue increíble.

Lo había invitado. Lo había olvidado por completo.

-Yo...- tragué saliva- Gracias.

Mathew Weigler me sonrió. Siempre tenía esa mirada vacía, desprovista de luz cuando hablábamos así, esa mirada que tanto me asustaba. Pero en ese momento, algo en sus ojos se aclaró. Se rascó una mejilla, pensativo.

-Sabes... -dudó- Hasta hace poco, estaba seguro de que me gustabas.

Había personas, pero no sonidos a nuestro alrededor. Se habían tornado en siluetas, y nada más. Esperé, expectante. A Matt le gusta Mina Harvnes.

Pero entonces...

-¿Hasta hace poco...?

-Es difícil de explicar- asintió- Bueno, siento que es lo correcto decírtelo. Me gustabas. Creo que desde que comenzó la secundaria sólo he tenido ojos para ti. Pero últimamente...

-No entiendo.

-Últimamente, algo en mi interior me grita que existe alguien más. Es una sensación muy extraña, ¿lo crees? Pero no puedo despegarme de ella. Que existe otra persona que me gusta. Y cuando te veo...

Hizo una pausa, y me miró. Sonreía.

-Es tonto, ¿verdad? Pero cuando te veo lo recuerdo aun más. Tal vez simplemente esté loco, pero no quiero rendirme contra algo así. Es como si tan sólo por esforzarme, pudiera descubrir que...

Retrocedí un paso.

La expresión de él, antes apenas divertida, se fue serenando, ganando una claridad desconcertante. Era como si la luz de un amanecer hubiera llegado de verdad para espantar las sombras tras las cuales siempre me había ocultado.

-¿Lis...?

Lo pronunció con dudas, como tentando un nombre, arrancando una memoria antigua del suelo. Las nubes en sus ojos iban y venían, atrapadas en ese pseudodescubrimiento, como si él y sólo él se estuviese a punto de despertar de un sueño.

Me albergó un terror insoportable, y sin pensar en nada eché a correr.

Liseth.

¿Cómo era posible?

¡Iba a decir mi nombre!

Matt...

Escapé del Lastega pensando en Mira Weigler, y en las palabras del demonio escritas en el viejo Diario. Existía la posibilidad. Si una persona tenía ínfimamente el talento como para ser un nigromante, era posible que pudiese superar el olvido del Palacio, que pudiera ver a través de cuerpos falsos, de falsas identidades y mentiras. La respuesta había estado siempre más cerca de lo que creía. Era probable que de su madre, Matt hubiera heredado el mismo poder por el que ella había podido acusar al Titiritero.

Dejándolo atrás, llena de dudas y lamentos, el caos de la noche me fue impulsando hacia mi siguiente final.

LXXXII

Hay una considerable fila todavía en la entrada del sitio en donde el concierto de los Grades se está realizando. En esa fila me entrometo, como si fuera un refugio, dando vistazos nerviosos cada tanto a mi espalda. Temo que Matt me haya seguido todo el camino hasta aquí. ¿Vendrá siquiera? No debería tener razones para evitarlo.

Que haya podido nombrarme es algo contra lo que no me puedo enfrentar. Que pudiera ver, por detrás de mi falso cuerpo, quién era... ¿Qué puedo hacer ahora? Pero en cierto modo, la solución me resulta evidente. Eso pienso mientras avanzo a paso de tortuga, detrás de una pareja de amigos y delante de otras chicas, vestidas con remeras con el entramado de la banda impreso. Si no era Mina la que guiaba mis pasos, si todo es algo que debo olvidar, tal vez sea mejor abandonar este cuerpo de una vez, y darle las

buenas noches a Mina Harvnes. Pero, ¿soy capaz? ¿Soy capaz de vivir desprendiéndome de ella?

No sé qué contestar a eso, así que procuro distraerme viendo el entorno. Incluso desde aquí afuera se puede sentir el coro de cientos de fanáticos, quizás miles, saltando y gritando bajo la música, los grandes parlantes que revientan el sonido contra el cielo despejado de la ciudad. El escenario se asemeja a una cancha de fútbol. Hay cientos de autos estacionados, con grupos de jóvenes fumando y charlando, que no se deciden –o no pueden– entrar. Yo levanto la quijada, intentando recomponerme. Todo ha sido irreal. Mi encuentro con Matt ha sido irreal, mi danza fue irreal, pero no es mentira que pude hacerlo bien. Y si pude hacer eso bien, entonces no debo desconcentrarme en esto. Hay dos personas aquí con las que debo acabar.

Debo presenciar una ejecución.

Cuando toca mi turno, pierdo unos segundos rebuscando en mi bolsillo la entrada, temiéndome haberla dejado junto a mi cuerpo original. Pero no: al lado del papel con el autógrafo de Sinnead Grades, la hallo y se la alcanzo al guardia. Este se corre de inmediato.

Lo del autógrafo es algo que no he olvidado. Tal vez, sólo por llevarle algo como eso en este día, Kari deje de ignorarme. Me gustaría que fuera así.

Paso distintas vallas, un largo camino hacia el escenario. Esta debe de ser la estructura más monumental de toda Visgana. En un campo abierto, dentro de las paredes del recinto, se alza un techo de chapa inmenso, bajo el cual la tarima se levanta y desde aquí mismo ya puedo ver a los Grades. Esa zona está repleta de gente, de una muchedumbre apretada e indefinible que salta y arremete contra sí misma, cambiando constantemente de forma. No puedo pensar más que en que son un ejército, un ejército contra el que debo adentrarme, en búsqueda de mi enemiga. Los demás espectadores, a quienes no les gusta la piel o el olor a sudor de ese pogo se ven desparramados por los alrededores, en pequeños grupos, sentados en el pasto, acostados marcando ritmos con las manos al compás de los sonidos de la música, o bebiendo. De comer y beber, por cierto, hay un montón: veo al menos cinco puestos distintos que venden chatarra, gaseosas, cerveza y tragos, y las largas filas de quienes se sienten hambrientos o sedientos frente a ellos, también cabeceando el ritmo de la canción de turno.

Y ese es otro punto importante. El volumen me parece abrumador. Quizás por lo débil que me siento, por lo nerviosa que me hallo con todo lo que ocurrido, alcanza unos niveles que se exceden de lo que creo es apropiado para el oído humano. Sin es una silueta indefinida, coronada de rosa, inclinada con furia sobre su micrófono, ajena a los papeles y los gritos que le arrojan. Tiene una voz hermosa. Es una voz que se alza por encima de los sonidos de la guitarra y los golpes de batería, una voz madura, de contralto, que en cuanto llega a mis oídos destraba todos los candados de mi corazón. No tiene nada que ver esto con los CDs que tantas veces Kari me ha hecho escuchar.

Camino hacia aquel ejército, dejándome llevar por un sueño. Con cada paso que doy olvido mis temores, mis preocupaciones, olvido a Matt y a la Reina de la Noche frente a los espectros carcajeantes, y sólo un desasosiego, un vacío sobrenatural se esfuerza en llenar mi interior. Estoy maldita.

Familias de cáscara,

*Retazos de caramelos,
¿Hay un lugar para ti, niña parada en el cielo?*

Sólo yo sé, sólo yo oculto, desde hace años, la verdad de esa maldición. Sólo yo puedo verla, y por eso mismo me niego a pensarla. Matt estuvo cerca. Matt... Matt podría haber estado tan cerca como para sostener mi corazón entre sus manos. Por eso me aterra. No quiero que vea. No quiero que él recuerde. No quiero recordar.

Voy abriendo paso entre codos, entre espaldas, entre gritos y lenguas que repiten las palabras de Sinnead Grades, extasiados. Bajo la chapa, la noche parece un festival de fin de año. Fuegos de colores contra las estructuras amenazan con un incendio, chicas sentadas sobre los hombros de sus novios elevan brazos y dan gritos de júbilo. Algunos se apartan, otros se resisten a correrse, plantan brazos firmes para resistirme. Pero no me importa. Desde que me vio, aunque tenga este cuerpo, no me siento como Mina. Siento que soy Liseth, y que todos pueden verla. Que todos pueden verme perdida, luchando contra sombras a la deriva.

Distingo una cabellera larga, abultada, rubia, detenida bien cerca del estrado, y algo en mi interior se conmueve. Mary permanece inmóvil, examinando a la banda cantar como si se tratara de la lluvia. No parece importarle nada de lo que arremete a su alrededor. Con esfuerzo, empujando, temiendo ser quebrada o aplastada por las masas de gente, intento alcanzarla. Orlana está a su lado, bebiendo un trago desde su sorbete. Orlana me mira antes que Mary, y extiende ese trago hacia mí.

-¡Mina! ¿No trajiste a Harry?

Mis ojos están clavados en Mary, en la única amiga que tuve. Como Matt, Mary también estuvo cerca alguna vez. Pero ella...

*Tienes hambre de glamor
Tienes un puesto sobre la estrella del sur,
¿No lo ves? ¿No lo ves?
Tu voluntad se fue primero*

Acepto el trago, y niego. Mary me saluda con una inclinación de cabeza. Apenas parece arreglada, lleva los mismos lentes de marco grueso de siempre. Me resulta imposible creer que esté con Orlana. ¿O sí? Al final, ¿cuánto sabía yo sobre ella?

El alcohol pasa por mi garganta, y me limpio la boca con el dorso de mi brazo. La gente a nuestras espaldas ya no nos empuja. Aquí el ruido lo ocupa todo, el vibrar de los parlantes me lastima los oídos. Tolerando eso, suelto el aire de mis pulmones y cierro los ojos. Sé que estoy confundida. Sé que el momento va a llegar.

Se despiertan instintos de supervivencia, animales, en mi cuerpo. El aroma a frutas, a pasto, a sudor, y el dejo quemado de los fuegos artificiales, todo llega a mí a la perfección. Mis orejas capturan las pequeñas palabras, los chismes aislados, todo aquello que queda por debajo del furor de quienes me rodean. Mis pies sienten el tacto de mis sandalias, el suelo duro contra el que

nos hallamos, el roce involuntario de la manga de Orlana contra mi brazo. Aspiro todo aquello.

Me giro, buscando. No veo a Matt por ningún lado; pero Mikhail y Kari están lejos, apoyados contra una de las vallas, disfrutando de un perro caliente cada uno. A la distancia, ella me parece tan feliz como puede estarlo.

*Oh, mi diosa
Oh, mi reina
En este grito yo te imploro
¡Despierta!
¡Despierta!
¡Despierta al anochecer!*

Con las últimas movidas de Travis y Francis la canción llega a su largo desenlace, y la multitud ruge. Se oyen vítores, palabras cruzadas, alaridos exagerados. Francis choca los palillos de su batería, saludando. Entre todo ese caos Orlana se gira hacia mí, extendiendo una mano. Le devuelvo su trago.

-¿Cómo les salió? ¿Sabes si vendrá Alice?

La estoy mirando. ¿Cuánto le queda? Esa idea hace que no me pueda regocijar. Por apenas unos segundos, sin comprender por qué, veo a Orlana como a otra chica más, como a una chica normal que supone ser mi amiga. Me congelo.

No.

Necesito recordar al menos, necesito tener presente todo lo que sufrí años atrás, en esa maldita escuela. Vuelve a mí la imagen de aquel corredor, y a Orlana, la misma Orlana que tengo al frente, exigiéndome que le pida perdón. El odio hierve, sube por mi garganta.

Me permito sonreír.

-Creo que no vendrá.

Orlana asiente, pero no acota nada. Me pregunto si este viaje también la ha hecho cambiar, si es posible algo así en alguien como ella. Detrás de nosotras los fans gritan nombres de canciones, pidiendo el siguiente tema. Sin se lleva una mano al oído, fingiendo escucharlos para decidir. Algunos ríen. Ella parece más reluciente que nunca, más reluciente que en todas sus fotos para revistas, lo que me da un poco de miedo. Supongo que todos los espíritus de la venganza son hermosos. Taconeá el suelo con sus zapatos, se revuelve el cabello y en cierto momento nos dirige una mirada, a mí y a Orlana. En ella, es una mirada que congela, tan fría que me logra estremecer.

Me contengo de decir nada. Por suerte para mí, ni Orlana ni Travis han notado esa mirada. Unos muchachos a nuestro lado nos ofrecen de sus tragos, pero los rechazo.

-¿No quieres, linda?

No los miro. Si tuviera que ver con embriagarse, puedo decir que ya me siento bastante embriagada desde aquella maldita danza en el Lastega. Los equipos de sonido hacen ruidos de motor, la batería de Francis va dando pequeños chasquidos ante sus órdenes. Travis hace rugir su guitarra, cientos de mujeres gritan.

Sin se pone a cantar otra vez, *Rewrite Life*. Sólo que esta vez, ni yo, ni ella, estoy segura de que ninguna escucha la letra. Canta con ímpetu, gesticula, se mueve, ríe dentro del escenario como en todos sus espectáculos, como todo lo que Kari y sus fans siempre ansiaron ver, pero no siento que esté *aquí*. Claro que quizás, soy la única que puede notarlo. Bueno, tal vez no la única. Posicionándose a mi lado, Mary sigue mirando a Sinnead Grades como si de un animal curioso se tratara. Conozco esa mirada de Mary. Cuando solíamos juntarnos en los recreos, era la mirada con la que muy pronto adivinaba que algo había andado mal, o que me había enojado con mi padre.

El tema continúa. La multitud tras nosotras se mueve en forma de oleaje, todos sincronizados de manera espantosa. Las voces de todos juntos no llegan a tapar a la de Sin. Sigo escuchando, sigo observando, pero no hay emoción. No la hay, al menos no para mí, todo esto es simplemente la parte final de un acto, una parte final que se extiende hasta la eternidad.

Me giro para ver a Mikhail y a Kari, pero la cantidad de gente que hay me lo impide. Luego me vuelvo a Orlana, que parece ensimismada con lo que oye. Una gota de sudor le corre por el dorso de la frente, cerca del más prominente de sus bucles. Ignora a quienes le quieren hablar, ignora a Mary, a mí, parece puesta de lleno en las emociones que ese canto vacío le puede brindar. Me esfuerzo. Orlana fue la razón, fue todo lo que hizo que mi vida en Nueva Gabul fuera terrible. La odio.

La odio.

-¡Quiero escucharlos!- grita Sinnead al terminar- ¡En dónde estamos!

La multitud enloquece.

-¡VIS-GA-NA! ¡VIS-GA-NA! ¡VIS-GA-NA!

Saltan, se empujan, se golpean sin querer y a propósito. Sin vuelve a llevarse una mano al oído, Travis lanza un beso fingido.

-¿En dónde?

-¡VIS-GA-NA!

-¡Visgana!- grita ella, con todas sus fuerzas. Todos rugen, se amontonan, intentan acercarse. Por poco nos empujan, pero logro clavar mis pies en el suelo y contenerme de caer. Sinnead se echa al flequillo al costado. Parece acalorada y sedienta.

Hace una pausa, en la que suspira. Con experiencia, deja que todo el tumulto se vaya calmando lentamente antes de volver a tomar la palabra.

-He conocido a toda clase de gente aquí en Visgana. Los hay buenos, y malos, hay fans que amamos y otros que solamente nos aman. ¡Está ciudad lo tiene todo!

Más gritos. El micrófono lo hace evidente, y sin embargo, nadie se da por enterado de que la voz de ella se acaba de quebrar. Prosigue, con una sonrisa.

-¡Qué sería de los Grades sin ustedes! Todos ustedes, cada uno, todos los que llego a ver desde aquí, incluso los que están allá tendidos... ¡Acérquense, acérquense...! Todavía no hemos compuesto un tema que pueda expresar qué tan agradecidos les estamos. Por cada persona que nos ha elegido, decimos gracias. No es así, ¿chicos?

Travis y Francis asienten con sonrisas. Parecen ansiosos por pasar al siguiente tema, pero Sin prosigue, ignorándolos.

-Y de todas las personas, hay dos aquí a las que quiero hacer especial mención. Son dos chicas que están bien cerca. Puedo verlas. ¡Deberían saber lo buenas que son bebiendo! ¿Lo saben bien, no?

Sin nos mira. Por unos momentos, me invade el terror de que su revancha sea absoluta, que me señale junto a Orlana para el escarmiento público. Su dedo largo, pálido me apunta directamente.

-Quiero saludar a mi amiga Mina- dice, sin una sonrisa- Que me ayudó a abrir los ojos. ¡Mina, Mina! ¿Harry también es así...?

"Que se calle, por favor."

A mi alrededor, son muchos los que me miran. Orlana parece feliz. Mary se incorpora del todo, roza mi lado, y comienza a retirarse. Es como si hubiera resuelto algo.

-La otra persona a la que quiero hacer mención es un tanto diferente- prosigue la cantante con el micrófono, tomando aire- Está allí, al lado de Mina. Orly, ¿quieres subir al escenario?

Hay una cierta satisfacción para mí, en el modo en el que tras Sin, Travis pierde todo su color. La confianza, la fatiga, resbalan de su piel y de su cara. A mi lado, antes también divertida con el discurso, Orlana parece de pronto asustada. Se la ve incómoda mientras el resto la alienta, cuando los jóvenes que antes querían conquistarnos la empujan con maña para que trepe esa tarima.

Logra subirse del otro lado con esfuerzo, y se para al lado de Sinnead. Bajo las delumbrantes luces que cuelgan del techo de chapa parece otra chica más, una niña asustada, sucia, a punto de ser crucificada bajo la mirada de miles de personas. Abajo, parte de esa turba, me deleita un placer que sube desde la base de mi estómago. Pongo uniformes en todos los que me rodean, cambio este escenario por el patio de una escuela en plena formación. Es lo mismo. Es exactamente igual. Orlana merece esto.

"La odio" me repito. Es así, no puede ser de otro modo. Ella arruinó mi vida, arruinó todas las posibilidades que tenía de ser normal, de llevar una vida feliz en Nueva Gabul. Esto es justo, porque la odio.

-Ven, Orly- se acerca Sin, y pasa una mano por sobre su hombro. Por las pausas, ya son muchos los espectadores que sospechan que algo está diferente, que ni Francis ni Travis están enterados de esta parte del acto- ¿Quieres decir algo?

Le pone el micrófono bajo los labios. Orlana está cohibida, y no alcanza ni a suspirar. Sinnead lo retira.

-Vaya. No usas esa boca ahora.

-Cariño...- se oye a Travis decir, pero su novia lo fulmina con la mirada. Tiene a su presa aferrada de la muñeca.

-Tú cierra el pico.

Todos guardan silencio. El festival se convierte en un juicio público en unos solos segundos. Francis parece incómodo, aferrando los palillos de la batería con desgano, como preguntándose cuándo podrá volver a tocar. Yo supongo que ese tiempo ya se ha pasado y jamás volverá.

-Yo sí tengo algo para decir- retoma el micrófono Sinnead, con manos que tiemblan- A todos los que están aquí, muchas gracias. No merecemos tanto de ustedes. Pero esta misma noche, los Grades se desbandan.

Suenan varios gritos, frases aisladas. Algunos parecen creer que bromea, y ríen, agitando botellas a medio beber. Una gran mayoría permanece pálida, en silencio.

-Y el motivo, el motivo es simplemente que ya no puedo más. Estoy harta de todo esto. A ver, dime Orly.

Le pone otra vez el micrófono, pegando su cara con la de ella. Orlana está aterrada. Es la primera vez que la veo así, como si fuera una hermosa figura de cera.

-¿Te gustó encamarte con aquel imbécil?- aferra su muñeca Sin, acerándola con insistencia- ¿La pasaste bien con Travis? Seguro te hizo ch...

-¡Cariño!- se acerca él con prisa. La multitud se enciende, se mueve. Sin está en lágrimas, y como a mí, el líquido de sus ojos le corre todo el maquillaje.

-¿A ti también te gustó, Travis? ¿Te gusto engañarme con una jodida mocosa, tomarme de idiota todo este tiempo?

-No es...

Hay abuceos. Orlana mira, blanca, y sabe que no tiene escapatoria por las gradas. Permanece de pie, detrás de Travis.

-¡Hay jodidas fotos, imbécil!- grita Sin por el micrófono- ¿Quieres que las pasemos? ¡Podríamos dar una función general: Travis Connor se pasa a otra niña de ciudad! ¡jodido estúpido! ¡Que te den por culo, a ti y al gordo idiota ese!

-¿Y yo qué hice?- pregunta Francis indignado, pero ya es demasiado tarde. Sin sale corriendo, dejando que el micrófono haga un ruido ensordecedor, y su novio (¿novio ya?) va con apuro tras ella.

Sólo unos pequeños segundos de pausa hay, en los que Orlana Veine lentamente se gira hacia el ejército, a la multitud que en un instante se ha puesto de mi lado. Mira con ojos turbados, llenos de temblor por el miedo, a las personas que todavía abucean, que gritan insultos e improperios. Se da cuenta de que, con Travis y Sinnead fuera de escena, todo eso sólo puede estar dirigido a ella.

Algo en su espíritu se quiebra, y retrocede un paso. Justo en ese momento, la primera de las botellas sale volando, describe un arco sobre varias cabezas y aterriza cerca de sus pies. Orlana da un gritito porcino, y cae al suelo. Hay más gritos, más abuceos, algunos se pelean. Toda la marea de gente parece adelantarse en un vaivén hacia ella.

Veo más botellas volar. Veo a jóvenes lanzar escupitajos, en dirección al escenario. Veo a Francis lanzar un juramento, a Orlana arrastrarse intentando incorporarse, a otro grupo de personas subir la tarima. Ella intenta escapar, pero la sujetan: del cabello, de las ropas, de la misma muñeca que Sinnead aferró con violencia. Cada vez más personas suben, y suben, en un linchamiento general. Esto está bien, me digo.

Apenas se pueden escuchar sus sollozos. La tapan un montón de torsos, torsos de hombres, de mujeres, varios con remeras de los Grades. Hay alaridos, discusiones, defensores salidos del aire mismo. Pero yo ya no tengo nada que hacer aquí. Aunque Orlana saliera sin que le tocaran un sólo pelo, sé que de cualquier modo he aplastado su confianza. La he vencido.

Con ella y Betiana ya son dos.

¿Y en dónde está Mary?

Despegándome ya de la visión de la furiosa turba, del descontrol que reina a mi alrededor, observo las escaleras que se dirigen a la pequeña terraza del playón. La puerta está entreabierta, como una invitación.

Al final, sólo queda mi *amiga*.

LXXXIII

Debo de ser la única persona que no se arroja contra la tarima, que no participa del caos y la confusión general. En cambio camino, sorteando proyectiles improvisados, sorteando puñetazos, ignorando gritos e insultos, y me equilibrio subiendo las pequeñas escaleras del costado, hacia ese pequeño mirador. Antes de llegar, apoyo una mano en la pared. Para lo que estoy por hacer, quiero ser yo misma.

Entre el desastre, nadie ve la Puerta Roja que se abre, ni las enredaderas que de ahí me toman, ni a la otra chica que aparece en el lugar de Mina Harvnes. Arreglada como antes, en mis mejores ropas, doy un largo suspiro. La puerta frente a mí es de chapa. Cada paso me parece llevar el peso de toda una vida, hasta que la toco.

Salgo a esa terraza, y cierro la puerta a mis espaldas. Incluso aquí, tan apartado de todo, los sonidos de la masacre que se está efectuando me llegan mermados, abombados. Pero con cada paso que me acerco a la figura que está de espaldas, viendo la escena del otro lado, todo ese ruido se va desvaneciendo.

Es una noche despejada, llena de estrellas. El viento fresco mueve la larga cabellera de Mary, de la misma forma que lo hizo tantas veces en antaño, cuando la acompañaba a su casa luego de clases o cuando hablábamos en los recreos. Está apoyada en la barandilla, sin darle importancia al desastre en el que se ven sumidos los demás.

Pienso: Hay un precipicio bajo ella.

Hay un precipicio, y el suficiente descontrol como para que nadie se haga preguntas. Es una tentación gigantesca, que late en mí mientras me acerco.

La voz de Kain resuena.

"Nunca es demasiado tarde."

Me detengo. En ese momento Mary se da vuelta, estudiándome tras sus anteojos. No parece en absoluto sorprendida.

-Lo sabía.- mastica las palabras- Sabía que eras tú.

Sonrío, y me señalo.

-¿Yo?

-¿Quién más?- pifia ella- Desde lo de Beti... Me preguntaba quién podía tenerle tanto odio a ella y a Orlana como para hacerles algo así. Entonces no tenía respuesta. Pero ¿no era obvio? Esta...

La veo caminar, acercarse hacia mí. No me muevo.

-¡Esta idiotez!- señala por sobre mi hombro, a la puerta que está a mi espalda- ¡Toda esta idiotez! Es exactamente lo que me temía desde hace años. Exactamente el tipo de cosas que tú harías.

Uno de mis párpados tiembla.

-Sabes perfectamente por qué lo hice.

-¡Oh! ¿Lo sé?- se acerca más Mary, furibunda- ¡Qué rayos, tengo la mente en blanco! Veamos, déjame adivinar.

-Yo...

-¡No! ¡Cierra la boca!

Antes de que pueda replicar, su pequeña mano me cubre con fiereza las mejillas y los labios. Tengo una sensación curiosa. ¿Cuál es?

-¿Cuál es?- repite Mary, cada vez más alto, cada vez con más furia, sin apartar las uñas que me estrujan la cara- Veamos Lis, ¿cuál es? ¿Que te molestaban? ¿Orlana y Betiana te trataban mal? ¡Eh! ¡Dime! ¿Quizás sentiste que se burlaban de ti por algo? ¿Te miraron por encima del hombro? ¡Vamos, cuéntame!

Aparto su brazo de un manotazo.

-¡Lo sabes muy bien!

-¡Lo único que sé es que eres un monstruo, Liseth! ¡Un maldito monstruo! ¡Ves solamente las cosas que quieres ver! Te mudaste de ciudad, ¿no es así? Y yo tenía la esperanza... Me alegraba por ti, creyendo que ibas a tener un nuevo inicio, y quizás no quisieras derramar tu maldad en nadie más. ¡Qué consuelo! ¡Pensar que, en donde fuese que estuvieras, todavía pensabas en nosotras! ¿Pero es posible? ¿Es posible que de verdad -con su índice golpea mi frente, marcando las palabras- esa cabezota tuya no registre nada de lo que haces?

-¿De qué diablos hablas?

Mary da una carcajada, y entonces comprendo cuál es la emoción que estoy sintiendo.

Es miedo.

-¡Claro que no lo recuerdas! ¿A Timothy, al que lograste que todos se le burlaran? ¿A Lex, quien dejó la escuela por tu culpa? A todos los malditos chicos y chicas a los que arruinaste... ¿Y por qué? ¡Ni siquiera sabes sus nombres!

Tengo perfiles vagos, cosas que prefiero evitar. Diversas sombras en mi memoria me confunden.

-Ellos tenían...

-¿Tenían qué, Liseth?- retrocede Mary, anonadada- ¿Qué tenían que te irritaba tanto, que hacía que los odiaras de esa forma? Apenas los recuerdas. Dime, ¿qué diablos era? ¿Eran felices? ¿Una madre? ¿Es algo como eso? ¡Estoy ansiosa por saber!

-¡Ninguno de ustedes sabe lo que es ser como yo! ¡Y tú, se suponía que eras mi amiga! ¡Mi mejor amiga! Cuando Orlana y los demás... Tú... ¡Yo sólo quería ser normal!

-¡No me hagas reír! ¿Normal? ¡Liseth, ni un sólo segundo de tu vida has querido ser normal! ¿O has olvidado cómo eras? ¿Esa mente perversa que tienes también borró todas tus estúpidas ambiciones de colegiala? ¿Has olvidado que si todos te odiaron era por algo?

Abro y cierro la boca, pero no me salen palabras. Mary vuelve a clavar su uña, esta vez bajo mi clavícula, con insistencia.

-¡Oh, no! ¡De seguro piensas algo como “¡Oh, todos me odiaban porque era diferente! ¡Porque sufría ataques!”! Te tengo noticias, maldita imbécil, ¡a nadie le importaron tus condenados ataques! ¿Crees que eras la única chica

especial y diferente en todo el maldito instituto? ¡No! Pero sí que gozaste burlándote y pisoteando a quienes lo eran, y con todo y ello eran mejores personas que tú. Porque Liseth, ¡no todos somos como tú! ¡No todos estamos pensando en vencer, en opacar a los demás!

-¡Mary! ¡Tú no...!

Hay lágrimas, en sus ojos.

Sí.

Estoy aterrorizada.

-¡Me apiado de la maldita ciudad que te haya tomado! En estos meses, ¿a cuántas personas ya has consumido? ¿Eh? ¿Cuántos de tus compañeros te están odiando ahora mismo, por tu asqueroso deseo de ascender, por lo poco que en verdad te importa lo que piensen los demás? ¡De seguro te sientes tan víctima, pobrecita! Al principio te toleré, ¡te toleré, pues creí que debía existir un motivo! Pero esto... ¿Qué diablos imaginas que te hizo Orlana, que tú no hicieras por mil veces a personas que apenas conocías? ¿Qué tanto crees que el mundo te debe, como para ser tamaña miseria con todos? ¡Alguien como tú jamás va a poder ser feliz! ¡Me das asco! ¡Asco!

Jadeo. Mary me toma de las mangas, acercándose a su rostro para gritarme en la cara.

-¡Tú! ¡Egocéntrica, perversa, manipuladora perra!

-¡Mary! ¡Espera!- grito, pero ella me empuja a un costado. Caigo al suelo, y la veo irse corriendo por las escaleras. De su falda flota un papel estrujado, que aterriza dando una vuelta a pocos pies de mí.

Sobre mis palmas permanezco, intentando hacer algún sonido. Sólo un ruido gutural sale de mi garganta. Al papel lo reconozco. Es el que tiene el número del padre de Orlana, el que tiene la firma de Sinnead Grades. Lo debió de haber tomado durante el concierto.

-Mary...

Alguien como tú jamás va a poder ser feliz.

Escucho un sonido curioso, como una sirena de policía. Lo sigue una campanada distante, de catedral, que sacude palomas que no están en esta noche que parece día ni en esta terraza. Todo a mi alrededor se estremece.

Las palabras de Mary van calando. La sirena continúa, un tono agudo, prolongado, que se estira y desaparece para regresar. El suelo tiene fracturas. Hay gusanos en esas fracturas. Hay gusanos y cosas oscuras, creciendo desde los bordes y desde las nubes. Otra campanada, y otra. La sirena vuelve a sonar.

Sólo que entonces me percaté de que esa sirena no es otra cosa que mi llanto. Estoy llorando, aquí sobre esta terraza, y gruesas gotas resbalan de mis ojos y caen contra mis manos, corriendo mi maquillaje, arruinando el esmero con el que me preparé. No puedo pensar en nada. Cielo y tierra tiemblan, hay otra campanada, miles de susurros perversos se acercan por mi espalda. El sitio en el que estoy se eleva, en un firmamento rojo, y yo simplemente lloro, lloro sin vergüenza, sin limpiarme, encogida en el suelo, recordando muchas cosas que no quería recordar, recordando a personas a las que he herido, caras que eran sólo borrones en mi memoria. Hay risas mientras retrocedo por el pasado. Hay burlas, y muecas, y sorna.

Toda la oscuridad parece cernirse sobre mí, para devorarme. Es un ataque. Es el ataque más espantoso que jamás haya tenido, consumiendo mi mundo con sus delirios. Hay torres de marfil alzándose en la distancia, hay

criaturas reptantes, lamiendo el suelo en donde se derraman mis lágrimas, hay seres horripilantes que hacen sonidos de caballo, pasando con rencor a mi lado. Todo esto está en mi corazón.

Morir...

Morir sería tan fácil.

No.

No quiero recordar. Es tan sencillo, pero no quiero hacerlo. Quisiera olvidar por siempre. Quisiera olvidar este momento, y eso, y vivir como una persona normal. No quiero...

-¿Liseth...?

Es la voz de Matt. Abro mis ojos, pero mis párpados se cierran solos sobre ellos. Todo está húmedo, vidrioso.

"Matt no puede verme. No puede verme así."

-¡Vete!

-Lis, te estábamos buscando- suena su voz. ¿Es el ataque? ¿Es otra ilusión de este ataque?- Ven. Vamos a casa.

-¡Por favor, sólo vete!

-¿Por qué?

Hay carcajadas bestiales, llenas de odio. Con pasos resueltos, entre todo eso, algo se acerca a mí, a la figura patética que mira el suelo.

-Yo... Yo no quiero...

Una mano me toma del brazo ayudandome a levantarme. No puedo ver. Sé que estoy llorando, y no puedo ver, y sin embargo, entre toda esa oscuridad, entre todo ese caos...

La silueta de Matt se adivina, guiándome hacia la puerta. Clavo los pies en el suelo. Todo mi rostro chorrea.

-Yo no quería que tú...

-Liseth.

Lo siento envolverme en sus brazos. Su presencia, su calor, todo me cubre y me va devolviendo poco a poco a la realidad, y los demonios, las sombras, las risas y el horror van retrocediendo acobardados, hasta que todo lo que queda frente a mí es el rostro de Matt, mirándome de lleno.

-Liseth, nosotros ya lo sabemos. Lo sabemos desde que viniste. Papá... Papá nos lo contó todo cuando nos dijo que llegarías.

Nada sale. Sólo lágrimas, y confusión. Pero a Matt no parece importarle. No parece tener asco, ni odio, ni suelta mi mano al verme.

Sonríe.

-Así que ven conmigo. No me importa qué tan rara creas ser, o qué tan miserable te sientas, pero yo no quiero perderte. Mikhail, Kari, todos nos están esperando. Ven conmigo, y volvamos a casa.

Y en ese momento, con el sonido de un rayo, todo se quiebra. Vuelvo a abrazarlo, hundiendo mi rostro en su hombro, y Matt me contiene, y ambos quedamos de pie, entre mis sollozos, dos figuras solitarias en esta terraza vacía, en el playón ya vacío, en el enorme escenario que ha sido despoblado por la seguridad. Lloro, lloro, y lloro, hundida en él, dejando que mi dolor fluya y me alivie, quitando todas las energías de mi cuerpo. Al terminar Matt ríe, pues he dejado embadurnado su buzo. Sin embargo, me toma de la mano y vuelve a encaminarse, mientras lo sigo cabizbaja y dormida, de regreso a nuestro hogar.

LXXXIV

Aquella fue una noche que nunca olvidaré.

Entre luchas, forcejeos, los oficiales de seguridad encaraban a los fans que se descontrolaban, que rompían vallas y puestos de comida; pisando toda la basura arrojada dentro de esa fortaleza desierta, Matt me guió de la mano, sacándome del sitio paso a paso.

En la puerta, Mikhail y Kari nos esperaban sentados. Ella parecía triste. Caí de lleno en qué, por mi culpa, su banda favorita se había desbandado, y otra vez todo lo que Mary me había soltado regresó, haciendo que en el viaje en taxi me reclinara sobre mí misma. Ninguno de los tres dijo nada.

No podía dejar de pensar. Lo habían sabido. Lo habían sabido todo este tiempo, y yo...

Era tan liberador. Se sentía tan bien.

Llegamos al chalet antes de que fueran las tres. Yo me hallaba exhausta, dormida, pero comprendí que Norbert no estaba en la casa, que se había quedado a dormir en lo de Johan tras cenar con él. Había muchas cosas en las que quería pensar, pero no tenía energías. Además, la sensación duradera de un abrazo lo ocupaba todo.

Matt me hizo sentarme en la cocina, y me dio agua. La bebí en silencio, viendo a los tres pasar frente a mí, organizarse, hablar de lo que había ocurrido y lo que sucedería, de las noticias y de la policía. Al parecer, Orlana había logrado escapar. Los atacantes le habían arrancado parte del cabello. Volví a encogerme, miserable. ¿Qué me había hecho Orlana...?

En un silencio respetuoso Mikhail se sentó frente a mí, con una botella de vodka. Kari estaba a su lado, viéndolo beber. Matt se puso del mío. Los cuatro quedamos en silencio, y yo pensé que Wilhelm debía de estar en el cuarto de su padre, roncando. Era una noche muy particular.

A menos de un cuarto de la botella, Matt extendió el brazo, y Mikhail se la alcanzó. Hubo sonoros tragos. Todavía cabizbaja, drenada por el ataque, rebusqué en mi bolsillo y estiré a mi vez el papel arrugado, destrozado que tenía para Kari.

Ella lo tomó con el ceño fruncido.

-Lo siento- dije- Es como quedó.

Tardó en comprender de qué se trataba. Sobre las pecas, algo en su expresión pareció suavizarse.

-Descuida. Gracias.

"Lo sabe."

“Siempre lo supo, y tampoco le importó. Kari me consideró su amiga de cualquier forma.”

No sabía cómo reaccionar. Kari pidió la botella a su hermano, este se secó la boca y se la dio. Ella dio un trago, luego una arcada, y un grito de frustración.

Mikhail se limpió los anteojos.

-A veces las cosas te sorprenden.

Kari asintió, pero no lo miraba. Estiró la misma botella hacia mí, como una ofrenda de paz. La miré, temerosa, y la acepté con dedos cansados. Sabía horrible. Había creído que era vodka, pero de pronto estuve segura de que debía ser algo más, de que ninguna bebida podía ser tan asquerosa. Sin embargo, di unos buenos tragos.

-No te...

-Estaré bien- dije a Matt, y se la pasé a él- Bebe tú.

De allí en adelante, fue como un juego. Como si a nuestra edad necesitáramos ahogar nuestras penas, fuimos pasando esa botella en formas irregulares, uno tras el otro, bebiendo de ella casi sin respiro, sin detenernos, pasándosela a quien eligiéramos al instante. No había nadie para controlarnos.

Así, poco a poco, fui entrando en mi segunda borrachera. Mezclada con la debilidad general que me había causado aquel terrible ataque, hacía que todo se viera borroso, que los sonidos me llegaran desde otra dimensión, que mis acciones, aunque decididas por mí, tuvieran consecuencias que siempre me sorprendían. Matt, Mikhail, y Kari, ellos también, aunque más resistentes, fueron cediendo. Lo noté por el calor en sus mejillas, por el modo errático en el que, como yo, movían las manos para tomar lo que les tendía el otro.

La fuimos acabando en un silencio casi perfecto. La bebida calentaba mi cuerpo desde adentro, me daba muchas ideas que me hacían sentirme una idiota, excitada, valiente, tantas cosas que no era. Poco después Kari reía, frotando su mejilla contra la mesa, y Mikhail dormitaba con la camisa abierta, la nuca puesta sobre el respaldo de su silla.

Matt cabeceaba, evidentemente cansado. Lo veía y me preguntaba, *“¿qué piensa?” “¿qué piensa de mí, de Mina, de su madre, que piensa de mis ataques, realmente él...?”*. Y cada vez que me preguntaba esas cosas, un fuego de mi interior crecía, alimentado por el vaivén de mis dudas y de las respuestas que él me había dado.

Me puse de pie, en cierto momento. No sabía qué hora era ya. Matt me miró, curioso, pensando que iba a acostarme. Los ojos eran verdes, imposiblemente verdes por sobre su rostro colorado por el alcohol.

-Ayúdame- le dije. Se puso de pie, y volvió a tomarme de la mano, para guiarme a mi cuarto. Pero antes de entrar me detuve, y tiré hacia el otro lado.

-Lis...

-Lo sé. Sólo quiero...

Mikhail dormía, y Kari ya también. Sólo nosotros dos estábamos despiertos. Me tambaleé hasta caer contra su cama, y el colchón hizo un sonido elástico. No solté su mano. Matt se inclinó cerca de mí, todavía de pie. Podía escuchar en la oscuridad su respiración perfectamente, inclusive podía verlo.

-Quieres que...

Tiré, y conseguí que se echara sobre mí. Todo estaba oscuro, pero lo veía perfectamente. Matt ponía distancia con los brazos.

-Estás borracha.

-No lo estoy.

Me miraba. Nuestros rostros estaban muy cerca.

-No quiero que...

-Matt, no lo estoy.

Lo abracé, acercándolo hacia mí. Su peso y su aroma me dieron una sensación muy similar a la que había tenido en la terraza hacía horas. Pero ahora no quería pensar en Mary, ni en Orlana, ni en mis ataques ni en nada de lo que había ocurrido. Simplemente quería que me abrazara, y, a los segundos, Matt cedió y lo hizo. Permanecimos unidos así, en lo oscuro. Podía sentir los latidos de su corazón, el modo en que su pecho se levantaba al respirar, el ardor de su piel; y de seguro él podía sentir los míos por su cuenta.

Nuestros latidos se aceleraron a la par. Matt volvió a levantarse, y yo temí que quisiera irse. Intenté aferrarlo con más fuerza.

-No me dejes.

-No voy a dejarte.

-Entonces que...

-Estoy incómodo.

Matt se removió, poniéndose sobre sus brazos. Otra vez nos miramos, frente a frente. ¿Él me veía? ¿Me veía tan bien como yo a él?

-Liseth...

-Estoy... Estoy tan cansada.

No me respondió. Su aliento se confundía con el mío.

-Quizás...- dudó, pero se fue acercando- Quizás no deberíamos...

Y sin embargo, me besó. Sentí el contacto de sus labios contra los míos, y me estremecí. Volví a abrazarlo, sin importar ya nada, y nuestro beso se prolongó por segundos, por segundos que me parecieron los más gratos que las sombras jamás me habían dado. Cuando terminó nos separamos, pero luego volvimos a besarnos. No me importaba si era buena o no. Quería estar con él, estaba contenta con estar así.

Poco después mi mano se deslizó, aflojando su cinturón y apartando a empujones sus pantalones. Matt hizo lo mismo con mi pollera, y luego pasó la palma por la humedad entre mis piernas. Volvimos a abrazarnos, y volvimos a besarnos. Hacíamos demasiado ruido, pero no pensé que fuera a importarme, que nadie pudiera escucharnos. Otra de sus manos fue por debajo de mi remera, cosquilleando y tomo uno de mis pechos como intentando sentir la morbidez de la carne bajo el corpiño. Crucé las piernas tras su cintura. Todo un calor, una emoción muy distinta me embargaban. Podía sentirlo excitarse al mismo tiempo que yo. Pero, "*¿qué estoy haciendo?*" era una pregunta que simplemente no surgía.

Hubo algo de dolor, pero luego descubrí que no era importante. Nos abrazamos, nos besamos infinitas veces, e hicimos el amor en esa cama que yo había visto tanto antes sin conocer su significado. En cierto momento Matt separó su rostro de mí, agitado y curioso. Ya ninguno de los dos sentía los efectos del alcohol.

-Estás...

Yo lloraba. Lloraba, pero aun así sonreía.

-Estoy tan feliz...- dije, enjugándome las lágrimas- Matt, estoy tan feliz.

Y volví a rodearlo con mis brazos, acercándolo hacia mí, para que no me abandonara.

En mi sueño, como un reloj al que meramente hubiera podido detener por unos instantes, la cuenta de mi pasado volvió a efectuarse. No pude evitar ver a las personas, a todos esos a quienes Mary había mencionado, a aquellos a quienes yo había usado o maltratado durante mis años en Nueva Gabul. Recordaba. A mi pesar, recordaba tales caras, tales dolores, y el modo en el que todo mi curso me había detestado aquel entonces. No quería hacerlo, pero lo recordaba.

Me sumí en una profunda negrura. Un tic tac seguido, escalofriante, resonaba desde donde me dirigía. Yo me dejaba llevar. Flotaba entre esas memorias, corría por ellas, las evitaba, cintas de película que intentaban asfixiarme. El recuerdo se propagaba. La luz se incrementaba. El sonido se intensificaba, hasta volverse un crujido.

Entonces estaba en un cuarto soleado, de playa. Un cuarto agradable, de niña, y aquel crujido que yo misma causaba, con los pies colgando sobre mi cama, al darle tuerca a la bailarina de juguete, que luego apoyaba en mi mesada de luz.

Era tan claro. Era tan hermoso. La bailarina giraba, con sus mejillas coloreadas, con su rostro sencillo, y el vestido que apenas resbalaba sobre los muslos de porcelana. Giraba al compás de una música, en su perfecta posición, y yo, mi yo de ese entonces, no hacía más que observarla fascinada.

Pero pronto se atascó. Tenía idea de eso. La música, o su danza, algo dejó de funcionar, y en cambio hizo un chillido, un chillido muy perturbador, como el de una criatura oscura que pega sus delgados dedos en el cristal de una puerta, desbaratando la realidad. Aquella niña, la niña que era yo, se levanta y se dirige al comedor en busca de ayuda.

Abraza a la mujer que está allí de pie, a la hermosa mujer que sabe es su madre. Y Lourdes abraza también a su hija en silencio. No puedo ver su rostro porque los mechones de cabello rubio y largo lo tapan. Incluso si es un sueño, hacía mucho que no veía a mi madre.

Yo, la niña, llora. Su madre le acaricia el cabello con suavidad. Se arrodilla frente a ella. Tiene una mirada en penumbras. De entre los labios, sólo parece asomar un mar de oscuridad. Eso es lo que la niña cree ver en ese momento.

La madre susurra al oído de su hija.

-Te maldigo. Es gracias a ti que voy a morir.

La niña sólo espera. No sabe que esa profecía se cumplirá en unos días.

-Es por ti. Por ti, Liseth, mi pequeña condesa. Por tu culpa... Por tu culpa voy a estar muerta. Mamá tiene miedo.

Se levanta, y le palmea la cabeza con una sonrisa.

-Mamá te odia, Liseth. ¿Lo comprendes? Todo esto... Lo desprecio. De aquí en adelante, estarás siempre maldita. Estarás maldita. ¿Puedes entenderme, tesoro? Maldita, y no quedará para ti nada más que las sombras.

LXXXVI

-¿Hola? ¿Hola?

-Mina.

-Es...

-Lo siento, ¿estoy siendo importuna?

-No.

-Tienes que disculpar a tu abuela, Mina. Es sólo que... Aquí sentada, siempre en esta casa, y revisando las viejas fotos... Sentí que no te había visto en años. Cosas de anciana. ¡Ya debo de estar chocheando!

-Abuela.

-Tesoro, ¿estás bien?

-Sí. Estoy bien.

-Sabes que te extraño. ¿Cuánto les falta para regresar? ¿Cómo fue todo?

-Fue... Todo fue bien, abuela. Fue un éxito.

-Vero me lo contó. Sabes que estoy muy orgullosa de ti, Mina. Ya no tengo a quién repetírselo. Este año ha sido...

Hay un suspiro de su lado, que coordina con el mío. Es la misma tristeza de antes.

-Lo siento. No debí molestarte.

-No me molestas, abuela.

-Últimamente me he sentido tan... Bueno, creo que no es importante. Esta vieja chocha ya está extrañando a su nieta. ¿Volverás a verme, no?

Trago saliva.

-Sí. Volveré.

-Entonces te esperaré con tu comida favorita. Guardaré las viejas fotos. Sabes que siempre estaré para ti, ¿no cielo?

Asiento, aunque ella no pueda verme.

-Sí. Gracias.

Esa fue la llamada que recibí, luego de enterarme de lo que había ocurrido con Candice Messel. Pero antes, quizás, debería hablar sobre lo que ocurrió entre nosotros cuatro, y Wilhelm.

LXXXVII

Luego de aquella noche me despertó el cantar un pájaro, que insistente se paseaba muy activo sobre el alfeizar de la ventana. Los primeros segundos, efusivos, se perdieron entre el recuerdo del sueño que había tenido, de aquella memoria que jamás había querido volver a ver. Pero era un día hermoso. El sol entraba cálido contra las paredes, las sábanas parecían frescas, y no creía reconocer en dónde me hallaba hasta que busqué más atrás, más atrás en el sueño. Era el cuarto de Matt, y su cama.

Cerré los ojos, tranquila, pensando en lo que había ocurrido entre nosotros. Tenía mucho que considerar, muchas cosas que hacer. Sabía que no podía continuar como lo había hecho hasta el momento, por mucho que me doliera.

“¿Qué es el cambio?”

Últimamente me lo había preguntado. Había visto a Mikhail cambiar, había visto a Kari cambiar, e incluso mis compañeras de danza, Orlana, Mary, todas ellas habían madurado. Mary tenía razón. Yo era la única que no cambiaba. Nada en mí había realmente cambiado desde mi tiempo en Nueva Gabul, sólo había intentado evitar lo que no me gustaba.

Me senté en la cama, bostezando. El cabello me caía, largo y rubio, tapándome la cara. Lo aparté con una mano. El chalet estaba en un perfecto silencio: me incorporé, tomé mi ropa, busqué una toalla de mi habitación y me di un largo baño, aprovechando mi soledad. No me preguntaba en dónde estarían los otros. Como si de un tratamiento se tratara, imaginaba que me dejaban en calma para que resolviera mis asuntos.

Luego me sequé, me vestí, y con el estómago vacío me dirigí a dar un largo paseo por la playa. No faltaba mucho para que regresáramos de Visgana. El invierno parecía estar en su punto más álgido: inclusive en una ciudad tan calurosa como lo era esta el viento que azotaba la arena era helado, cortante, y sólo mis pasos eran los que marcaban huellas, aliviada por el sol potente que me resguardaba de la tormenta.

¿En qué pensar primero?

Tenía una resolución, que vendría luego. Así que como podría encargarme de eso después, decidí ir más atrás. Lo primero de todo era Mina. Mina Harvnes, la chica a la que yo poseía, aquella moribunda a la que yo le había robado la vida. Era penoso pero... No iba a volver a utilizarla, excepto cuando fuera necesario. En cuanto volviéramos a San Naerit, liberaría su

cuerpo. Dejaría a Mina descansar. Ya no tenía ningún sentido, ni para los demás ni para mí, el seguir pretendiendo ser ella.

Con aquella idea perdí un peso, un peso que parecía ocupar la mitad de mi cuerpo. Sonreí con tristeza, oyendo a las gaviotas graznar. Tal vez Mina jamás me había escuchado, durante todo este tiempo. Lo que había creído que era su voz...

Cerré los ojos, y esperé. Oía al mar rugir, capas y capas de agua salada repitiéndose, superándose unas a otras para convertirse en espuma junto a mis pies descalzos, para revelar un mundo de estrellas, caracolas y algas que arrastradas quedaban varadas en la arena, hundidas entre la burbujeante humedad. Oía al viento empujar con fuerza, cosquillearme la cara con mi propio cabello, refrescar mi sudadera y silbar entre las piedras con furia. El cielo era soleado, pero pronto llegarían nubes. Desde la línea del horizonte se aproximaba una masa oscura, refulgente, temible como un huracán.

Los volví a abrir, decidida. Mary había tomado el papel, el papel de mi bolsillo en el que estaba anotado el número del Señor Veine, el autógrafo de Sin. Lo había hecho en el concierto, entre miles de cosas que pudieron haber salido mal, sólo para confirmar que yo era quien había acusado a Betiana, quien tramaba contra ellas. Algo como eso no me hubiera sorprendido, no de Mary.

Pero en ese momento, yo era Mina. Y Mary no tenía ningún motivo para sospechar de mí. No tenía por qué creer que yo pudiera querer hacerles daño. La posibilidad de que tuviera la misma habilidad de Matt, aquella de ver a través del olvido, me parecía improbable. No. Algo más había ocurrido. Alguien debía de haberle dicho, por algún motivo, que Liseth Aurdelard estaba en Visgana, alguien debía de haberle indicado el sendero correcto para poder descubrirme. Para eso esa persona debía de haber estado poniendo un ojo en mí, durante todas las vacaciones. Debía de ser alguien que a escondidas me hubiera controlado, que hubiera querido asegurarse de que todo lo que hiciera, que mis investigaciones con Mikhail, que todo resultara en vano.

Y yo, aquí frente a la tormenta, creía saber muy bien de quién se trataba.

Regresé al chalet a la hora de comer, cuando el viento era tan fuerte que los cristales de las casas temblaban, y hasta caminar me resultaba costoso con los granos de arena amenazando con cegarme con cada paso que daba. Una vez cerré la puerta tras mí, aquel vendaval se calmó y me llenó un reconfortante calor. El televisor, casi siempre apagado, estaba prendido, y a las noticias del desastre que había sido el concierto de los Grades de ayer se les intercalaban las de la tormenta, la monstruosa tormenta que se aproximaba desde el este. Norbert aún no regresaba.

En el cuarto de Matt y Mikhail la puerta estaba entreabierta, y los rumores de una conversación me llegaban. Entré. Kari y Mikhail ocupaban la cama junto a la ventana, con las espaldas apoyadas en la pared. Matt estaba sentado en la cabecera de la suya. Los tres me miraron cuando irrumpí. Permanecieron en silencio.

Me cubrí la frente, y bajé la cabeza.

-Lo siento.

Mikhail dio una sonrisa de lado.

-Lo sabemos.

-De verdad, lo siento. He sido... Soy egoísta. Oculté demasiadas cosas, porque pensaba...

Nadie habló. Yo miré el suelo, las baldosas de madera, y luego miré a Matt y recordé lo que había ocurrido entre nosotros. De algún modo, eso ayudó mi determinación.

-No. No tengo ninguna excusa. Sólo puedo pedirles que me perdonen.

Los hermanos Weigler asintieron. Matt se hizo a un lado, y yo me senté junto a él. Mikhail inquirió:

-Entonces, ¿estás dispuesta a contar?

Asentí.

-Contaré todo lo que sé.

Él me miró de una manera muy particular. Yo tomé aire, y miré a los otros.

-Lo que les dijo Mikhail es cierto. Puedo abrir una puerta al otro mundo.

Matt levantó una ceja, y Kari se adelantó como un resorte.

-¿Qué inventas?

-Yo no les hablé nada de eso- movió un dedo Mikhail Eder- Me figuraba que ese secreto era sólo tuyo.

Me palmeé la cara, bufando. Por no haber confiado...

-Bueno, es cierto.

-¿Eh?- arremetió Kari de nuevo- ¿Eso es de...?

-Ya hablamos de posesiones, ¿no?- dijo su amor platónico- Así que les pido que le crean a Liseth cuando dice que puede hacer cosas extrañas. Pero para aliviarnos, ¿podrías mostrarnos?

Asentí otra vez, y levanté una mano. Con facilidad la Puerta Roja se materializó contra una de las paredes del cuarto. Mikhail no necesitó mirarla, pero los otros dos se volvieron a ella como golpeados por algo.

-¿Qué es...?

-Lo sabía.- dijo Matt. Me sentí tentada a responder que yo sabía que él lo había sabido- Quiero decir, después de aquella charla con el viejo Jerves...

-¿Qué hay del otro lado?

-Un Balcón. Y un amigo.

Se volvieron a mí, y yo chasqueé la lengua.

-Estoy dispuesta a contarles todo. Pero tal vez tome tiempo.

-Papá no regresará hasta mañana. Si es tiempo, tenemos de sobra.

-O no tanto- revisó su reloj de pulsera Mikhail- Si bien no conté a ellos nada de lo concerniente a tus poderes o la nigromancia, sí les he hablado de Johan. Si queremos adelantarnos a él, necesitaremos obrar con prisa.

-¿Johan?- palidecí- Y ustedes...

Kari se inclinó de hombros. Matt hizo un gesto difícil de interpretar.

-Escuché lo que Mikhail tenía para decir. Pero hasta no oírlo de los labios de mi hermano, me niego a creer que él o Helen pudieran hacer algo como eso. Mira... Era su madre antes de que fuera la mía o la de Kari. No quiero creer que pudiera planear su muerte... dejarla morir de ese modo.

-Es sabio- asintió su mentor, y miró a la niña.- ¿Y tú?

-Pienso igual que Matt. Johan puede ser algo... posesivo a veces, ¿pero matar a mamá? Es un poco...

Noté que ambos estaban nerviosos. ¿Cómo no estarlo? Si la teoría de Mikhail era cierta, se volvería una certeza horrible. No había más palabras para poner al respecto.

-El mejor modo de saber qué ocurrió- habló otra vez él, acomodando sus anteojos- Es presionarlo. Ha estado jugando con nosotros hasta el momento, independientemente de lo que sus hermanos crean. Allá, en San Naerit, oculta algo que de seguro es importante para identificar al Titiritero. Es una obviedad que, aprovechando nuestra ausencia, ha pedido a Helen que lo cambie de sitio. Pero eso pudo ser un error inevitable. Helen es el punto débil de su hermano. Si vamos hacia ella, no le quedará más remedio que moverse. Si vamos hacia ella, dispuestos a cualquier cosa, tendrá que soltar los cordeles de su máscara. Quiero que presionemos a Johan. Alex y Jess, ambos han estado en posición desde aquel día. Si el Titiritero pudo tomar a cada uno de ellos de rehén contra el otro, deberíamos de poder hacerlo nosotros también.

-Ese plan es horrible. No sabemos si mi hermano...

-Planeo probarlo dentro de poco tiempo.- me miró Eder.

-¿Y cómo vas a probar algo así?

-Liseth le contará nuestro plan.

Los tres lo miramos, incrédulos.

-¿Mik, estás bien?- le tocó la frente Kari.

-Estoy mejor que nunca. Liseth le hablará. Le dirá que sabemos que hay algo que ocultan en el pueblo, algo de lo que no se pueden deshacer. ¿Qué es? La idea se me escapa. Le diremos que planeamos ir por Helen, obligarla que nos guíe hasta allí. Si esos supuestos fueran falsos, y tu hermano no tuviera nada que ocultar, Matt, ¿qué crees que haría?

-Se reiría- contestó en cambio Kari- Se reiría y contestaría con alguna broma.

-¿Y si fueran ciertos, y comprendiera que lo estamos amenazando, o peor aún, que estamos amenazando a su esposa? ¿Cuál sería su reacción?

-Nos destrozaría aquí mismo- respondió Matt.- Johan no pierde el tiempo. Mikhail sonrió, y levantó el índice.

-¿Y si además le hiciéramos saber que no somos nosotros quienes nos encargaremos de Helen, sino nuestros amigos que ya están allá?

Los gestos de los dos se aclararon.

-Iría de inmediato a protegerla. Regresaría a San Naerit.

El otro asintió.

-Exacto. Eso es con lo que cuento. Regresaría de inmediato a cubrir a Helen. Pero desde esa posición, quedarían atrincherados. He hecho a Jessica seguir a Helen durante las últimas semanas, pero ella no hace nada sospechoso. Por lo que Jess me dijo, su vida es tan monótona que asusta. Pero lo que fuera que ocultaba antes en el cuarto de Johan, necesita sin duda un cierto mantenimiento. Creíamos que lo había puesto en su propio apartamento.

-¿Y ustedes...?

-Ordené que forzaran la puerta mientras ella trabajaba. Pero ese departamento está vacío. Ni Alex ni Jess pudieron encontrar nada.

-¿Por qué no simplemente obligar a Helen a confesar ahora mismo? Ella debe saber en dónde está.

-Por el mismo motivo por el que no les estoy ofreciendo torturar a Johan aquí en Visgana. Una vez tengamos a uno, el otro cambiará de inmediato el sitio en donde ocultan el secreto del Titiritero. Se reemplazarán constantemente. Si capturamos a Helen, debemos hacerlo en una situación en la que Johan también sea nuestro rehén. Pero Johan no es tonto. Partirá a San Naerit a toda velocidad, pero no intentará cambiar de sitio el secreto porque

sabe que bien podemos estar espiándolo. No caerá en una trampa como esa. En cambio hará de perro guardián de su esposa.

-¿Luego?

-Luego dependerá de que lo haya medido bien. Pero si es el tipo de hombre que creo, no podrá quedarse de brazos cruzados demasiado tiempo. Sabe que el secreto necesita atención. Sabe que si se separa de Helen, la verá ser atacada, y que si se acerca al secreto, nosotros estaremos siguiendo sus pasos para descubrirlo. Le quedará una sola opción, aquella que por temor no consideró aquí en Visgana. *Atacarnos*. Vendrá por nosotros con uñas y dientes. Pero si logramos sortear ese problema, entonces Helen quedará descubierta. Lo siguiente debería ser fácil.

Concluyó aquella explicación, y se quedó viendo el abrumador paisaje de la ventana. Yo no supe qué responder. Kari y Matt se miraron. Ella luego se rascó la mejilla con un sólo dedo, con dudas.

-Es...

-¿Es?- la miró el de anteojos.

-Johan es nuestro hermano. Y Helen ha venido a comer tantas veces a casa... ¡Sé lo que dijiste!- lo cortó antes de que hablara- No digo que no quiera acompañarte en esto, y estoy segura de que Matt piensa lo mismo que yo. Pero imaginar que él pudiera atacarnos...

-Kari, a veces uno no puede conocer a su familia. Ni siquiera a los más cercanos.

Recordé mi sueño, y las palabras de Lourdes. Dolía. También recordé a Harrold Camping, hablándome de máscaras.

Kari guardó silencio, cabizbaja. Fue el turno de Matt de hablar, y lo hizo dirigiéndose a mí.

-Quiero saber qué hay tras esa puerta- hizo un gesto a la pared, a la puerta que ya hacía rato se había borrado- Sabemos sobre el Titiritero, y sobre los Cuatro. Pero dices que allí hay un balcón. Y una persona.

-Un fantasma.

-Un fantasma.- repitió- Todo esto es tan increíble que de a ratos me pellizco para asegurarme que no estoy durmiendo. ¿Cómo es que puedes traer una puerta y a un fantasma?

Ahora me miraban a mí. Llegaba mi turno de dar explicaciones.

-Es porque soy...

"¡Ni un sólo segundo de tu vida has querido ser normal!"

-Es porque soy especial- completé.- Puedo cruzar la brecha.

-¿La brecha?

-La que existe entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Del otro lado de la puerta se extiende... Sería imposible describírselos. Pero eso no es lo que importa. Lo que importa es que, desde el día que llegué al pueblo, alguien de ese lado ha estado contactando conmigo. Fue una de las primeras víctimas del Titiritero, del hombre que controló a Zaq y a su abuelo, de aquel que ordena a Johan y a Helen. Su nombre es Kain, y es mi amigo.

-¿Podemos verlo?- se adelantó Kari- ¿Da miedo?

Negué.

-Desde esta ciudad mostrarlo es imposible. Ni siquiera yo he podido hablar con él. Mi poder funciona mientras esté en el pueblo. Hay mucho que me gustaría contarles. Pero tendrán que... Tendrán que confiar en mí, y creerme. Esa puerta es por ahora la única prueba que puedo darles.

-Te creeré.

-Yo también Lis.

Mikhail pifió.

-De nada me ha servido reconfortarme en la nada que siempre creí me esperaba del otro lado. Habla, y escucharé.

Entonces sonreí, sabiéndome en casa, sabiendo que a mi alrededor había amigos, compañeros, personas que podían creerme y apoyarme en esta empresa, en la que juntos estábamos. Y con eso en mente, impactando sobre todos mis miedos, todas las dudas y los arrepentimientos que desde hacía un día tenía, con valor comencé a hablar.

Lo conté todo, o al menos casi todo. Existía una sola cosa que no me atrevía a pronunciar, y esa era mi mayor pecado, Mina, pero todo lo relacionado al Palacio, a Kain y a su hermana, a su muerte bajo las manos de Ezequiel Jerves, a los Cuatro y la Puerta Naranja, al monstruo que dormía en aquella versión de la habitación de Johan, protegiendo, a Jason Berkan y Zaq Júnior, a la enfermera de la muerte, Clarissa; y a las palabras, las pistas, todo aquello que yo había recolectado durante meses de experiencias, de sufrimientos, de peligros y dolores, de secretos y misterios. Pude hablar de mi experiencia en el otro mundo, los días que pasé perdida, y vi la luz del entendimiento brillar en los ojos de mis compañeros, comprendiendo muchas cosas. Estaba segura de que, de algún modo, me estaba delatando, de que Matt o Mikhail, cualquiera podría concluir cosas sobre mí, sobre las manipulaciones que había logrado dentro de la escuela. Pero no me importaba. Con cada palabra que mis labios soltaban, un terrible peso se desprendía de mi cuerpo, un peso similar al que había cargado al intentar ser Mina Harvnes. Era como si derramara un mar de dudas y preocupaciones, lo dejara fluir libre, agua cristalina y placentera lavando las plantas de mis pies, agua en la que podía chapucear tranquila.

Concluí, y por unos instantes ellos guardaron silencio.

Kari se acercó a mí.

-Liseth, eres...

Aguardé. Ella me abrazó.

-¡Eres genial!

Si tan sólo eso fuera cierto.

-Genial o no, es útil.- añadió Mikhail, contento- Sin ella, seguiríamos tan perdidos como siempre. Tal vez no soy el indicado pero... De parte de San Naerit, gracias, Liseth. Es posible que el Titiritero tenga tu mismo poder. Si eso lo describe como una sombra... Entonces tú eres la luz que nos ayudará a espantarlo.

Otra vez, sentí que no lo merecía. Yo había sido una sombra también, tantas veces. Mikhail debía saberlo.

Pero algo en lo que había dicho sobre el Titiritero...

Matt no dijo nada, pero no se movió de mi lado. Me reconfortaba tenerlo cerca. En ocasiones, cuando lo veía, me sentía tentada a besarlo de nuevo. Era algo contra lo que me costaba luchar. Justo cuando pensaba en eso, me di cuenta de que Kari nos miraba con ojos entrecerrados. Me aclaré la garganta, y él preguntó.

-Así que... Quien hablaba a través de ti ese día, ¿era Kain?

-Sí. Kain... Sólo quiere hallar a su hermana.

-Dices que el Titiritero la asesinó.

-Tal vez. No estamos seguros de eso.

-No hay registros de ninguna Kassia en San Naerit. Ni en ninguna de las memorias de las visitas de la familia Antar en el pueblo.

Miré a Mikhail, incómoda.

-Kain no me mentiría.

-Por lo que dices, tu amigo fantasma pasó diez años en ese infierno. Tal vez necesitaba algo de lo que aferrarse.

Esa idea tampoco me agradaba.

-Y si...- dijo Matt- ¿Y si lo que Johan y Helen guardan es a ella? ¿A Kassia?

Se me había ocurrido antes, pero escucharlo de su boca hizo que la posibilidad impactara en mí con aun más fuerza. El cuarto de Johan. Helen llevando alimentos a los animales que allí había. ¿Cuán posible era que...?

Kari palideció, pero Mikhail negó.

-Si el Titiritero controla a los Cuatro, también puede abrir una Puerta como la de Liseth. ¿Cuántos años tendría esa supuesta hermana hoy?

Calculé, recordando las palabras de Kain.

-Tal vez sería de mi edad, o más grande. Habría terminado la escuela o por allí.

-No habría sentido en tenerla en una jaula o algo por el estilo. La escondería en el Palacio y asunto concluido, para hacer de ella lo que quisiera.

"Excepto que..." pensé.

Excepto que el Titiritero temía a Kain. Había temido a Kain lo suficiente como para querer asesinarlo cuando sólo era un niño. Y Kain se había aventurado, buscando a su pequeña hermana, sin ningún éxito. Si alguien era capaz de hallarla en el otro mundo ese era él, pues si no no hubiera necesitado mi ayuda. Tal vez el Titiritero consideraba que esconder a Kassia en la casa de los Weigler era más seguro que tenerla en donde su hermano pudiera hallarla.

Y eso significaba...

Que Kassia estaba viva.

La idea era esperanzadora. *"¿Lo escuchas, Kain?"* pensé. *"¡Tal vez ella sí viva!"*

Estuve a punto de decirla, a los tres, a aquellos que de aquí en adelante iban a luchar junto a mí. Pero entonces se oyó un chirrido, y algo se desplomó. La puerta quedó abierta, y un cuerpo en el suelo. Todos nos alarmamos. Ese cuerpo temblaba, poseído por alguna clase de pánico.

Contemplamos a Wilhelm levantarse, poco a poco, frente a nosotros. Parecía un amasijo de nervios, lágrimas resbalaban por sus ojillos, las manos se le sacudían como en un impacto eléctrico. Era como si la casa no lo defendiera del vendaval que había afuera. Lo habíamos olvidado. Por su posición, había estado escuchando a través de la puerta.

Terminó de incorporarse, y nos miró. Se secó los ojos y los mocos con su manga, y abrió la boca para hablar. Parecía desconsolado. Yo entendí que, también en él, algo había cambiado.

-¿Kain?- dijo con voz trémula- ¿Dijiste Kain?

Asentí lentamente. Había algo que, por distracción, no había contado a ninguno de los tres: ni a Mikhail, ni a Matt, ni a Kari. No había contado el secreto de Wilhelm, los intentos que tantas otras veces había hecho para entrar a aquel cuarto, el temor que tenía a Johan. No había contado que, quizás antes de mí y que cualquiera, Wilhelm había estado detrás del misterio en ese cuarto poblado de bestias.

El brazo se apartó de la cara, y Wilhelm comenzó a calmarse. Verlo llorar era terrible. Intentaba aplacar las lágrimas con las manos, y estas se le escapaban entre los dedos. Pero así, incluso así, dejó de temblar, y al rato volvió a hablarnos, a mí, a todos.

-Quiero... Quiero ayudarlos.

-¿Will?

Kari y Matt se acercaron, preocupados. Mikhail comenzaba a entender. Wilhelm aceptó el pañuelo que le tendía su hermanita, y se cubrió la cara con él.

Se sonó la nariz, y la tela se desprendió de su cara, revelando una mirada llena de dolor.

-Yo conocía a Kain.-dijo- Por favor, déjenme ser parte...

»Déjenme ayudarlos a detener a mi hermano. Ya no quiero hacer... Ya no quiero hacer esto solo.

LXXXVIII

Wilhelm nos había llevado, esa misma tarde, a un sitio que decía era importante conociéramos. Habíamos alquilado un taxi, que nos dejó del otro lado de la ciudad, sin despegarse de la línea del océano. Allí, en un terreno alto y todavía golpeado por la brisa, Mikhail pagó al conductor, y los cinco nos bajamos del apretujado coche.

No había nada en esa colina. Una vieja casa, una subida, un tacho de basura lleno hasta el tope, y abajo viviendas pobres, destartaladas. Era el margen de la ciudad. Lo que quienes allí vivían tenían para contemplar era la suntuosidad del centro, de los altos edificios y los locales comerciales que había debajo. Pero allí mismo, en esa zona, todos nos preguntamos qué era lo que Wilhelm quería mostrarnos.

Él se encaminó a la vieja casa, muy seguro de su rumbo. Lo seguimos. Matt y Kari guardaban silencio, y a cada rato Mikhail parecía hacer cálculos con la mente. En cuanto a mí, aproveché aquel pequeño paseo para ponerme al lado de Wilhelm.

-Tú... ¿conociste a Kain?

Wilhelm no me miraba, sino que enfocaba sus ojos en la vieja casa. Pero sí me respondió.

-No éramos amigos. Venía al pueblo cada tanto, hace años, y...

Cerró los ojos.

-Y mamá lo conocía. Sólo eso. En la vieja plaza, yo solía acompañar a Johan y a Helen, y lo veía jugar. Así pasaba esas tardes, hasta que mamá regresaba. Veía jugar a Kain. Y un día...

-Desapareció.

Wilhelm no añadió más. Nos hallábamos frente a la vieja morada.

-¿Qué quieres mostrarnos?- preguntó Mikhail. Pero el otro no se dio por enterado. De un codazo hundió uno de los tablones en la ventana. Kari se dio vuelta, alarmada, pero no había rastros de vida en ninguna de las otras casas. Wilhelm volvió a golpear, con furia. La madera cedió en el acto. Pensé que sin duda él ya había hecho eso antes.

-Johan estuvo aquí. Yo también vine, para saber si había... Si existía algo que sirviera. Pasen.

Ninguna otra advertencia soltó antes de entrometerse por aquel hueco. Matt y yo nos miramos, Mikhail suspiró, Kari pareció asustada. Tomé coraje, y lo seguí. Con esfuerzo caí del otro lado, sobre vidrios rotos y polvo. Había olor a pintura vieja, a cal, a madera podrida. El suelo rechinaba bajo mis pies. Y veía. No sólo por mi habilidad, sino porque desde adentro Wilhelm arrancaba los otros tablones, dejando que la luz del atardecer fuera inundando aquel espacio. Era un salón desvalijado, normal, que de seguro había sido alguna vez un hermoso living. La capa de polvo era tan gruesa que aclaraba el suelo y las vigas del techo, inclusive el viejo piano que reposaba cubierto con un mantel, en una de las esquinas, bajo cuadros de paisajes y bocetos a lápiz de construcciones diversas. Al ingresar, los otros tres también observaron lo mismo.

Con esa impaciencia Mikhail miró a Wilhelm, instándolo a responder. Este siguió adentrándose, al resto de la casa.

-Aquí vivían los Antar.

Nos miramos. Kain. De pronto, una simple casa que se caía en pedazos se me hizo una visión mucho más triste. Tal vez había aquí una pista, algo que...

-No hay nada- dijo Wilhelm, adivinando mis pensamientos. Cruzamos un pasillo que crujía bajo nuestro peso, pasamos un baño viejo y destartado- Si había algo, Johan ya se encargó de eliminarlo. Sólo descubrí este lugar porque él vino antes.

-Will, no puedes decirnos que...

Mikhail tapó la boca de Kari.

-¿Entonces? ¿Para qué nos trajiste?

Wilhelm Weigler se dio vuelta. Tras él sólo quedaba una puerta, que parecía dar al resto de la colina.

-Estoy cansado- dijo.- Cansado de estar solo en esto. Johan... Johan y Helen, ambos fueron quienes mataron a mamá. Tú no te equivocas, Mikhail Eder.

-Will, ¿estás seguro?

Matt se adelantó. Su expresión era extraña.

-Escuché su plan. Pronto lo verás. Sin embargo, déjenme decirles que deberían temer mucho más a Johan. No los atacará. Los destrozará. No es su fuerza, sino que... Ese monstruo...

-Te refieres al monstruo en su cuarto.

Asintió.

-Kylar Berkan es su nombre. El mayor de los Cuatro. Es el espectro que protege lo que estaba en esa habitación. Lo que protege a Kain.

Matt, Kari, Mikhail, los tres me miraron. Yo palidecí.

-¿Qué dices?

-Kylar es un monstruo- sacudió la cabeza Will- Le... Intenté entrar tantas veces. Intenté recuperar a Kain tantas veces. Si tenía a Kain con vida, podía acusarlos. Podía hacer que Johan y Helen fueran obligados a confesar lo que habían hecho. ¡Pero es una tarea en vano! No puedo pasar a Kylar. Simplemente no puedo. Y temía que si alguien me ayudara, pudiera acabar...

-¡Wilhelm!- grité, llamándolo. Pareció despertar de un sueño.- ¿Dijiste Kain?

Me miró sin comprender.

-¿Dijiste que Kain está en ese cuarto?

-¿Qué más?- se inclinó de hombros- Es Kain a quien Kylar posee y guarda. Nunca se atrevieron a matarlo.

Parpadeé varias veces. No comprendía.

-Kain está muerto.

Wilhelm frunció el entrecejo.

-Kain está vivo. Ha estado en nuestra casa todo este maldito tiempo.

-¡Hablé con su fantasma!

Retrocedió un paso, alarmado. No comprendía lo que decía. Kain no podía estar vivo. Pues si Kain estaba vivo, ¿con quién había estado yo hablando todo este tiempo? ¿Quién era mi amigo del otro lado?

-Sólo sé lo que sé- dijo al final, con un susurro débil. Yo no podía creer lo que oía. Wilhelm se dirigió a abrir la última puerta, pero me interpose.

-¿Y su hermana? ¿Conoces a Kassia?

Me miró alarmado.

-¿De qué hablas?

-¡Tienes que conocerla! Kain debía de estar con una niña...

-Había una niña...- pareció recordar.- Pero no creo que fuera su hermana.

-¡Debe serlo!- grité. Mis emociones comenzaban a controlarme.- Kain no me hubiera mentado. Él tenía una hermana. Wilhelm, te debes haber confundido. Lo que está en ese cuarto tuvo que ser su hermana.

-No. Es Kain quien está allí.

-¿Cómo puedes estar tan seguro?

-Porque vi el momento en el que lo pusieron. Johan amenazó con asesinarme si lo contaba. ¿Por qué crees que estoy haciendo todo esto?

-¡Pero he estado hablando...!- grité, pero luego me calmé. Matt me puso una mano en el hombro. Yo no comprendía. No comprendía, no comprendía, no comprendía. ¿Qué estaba ocurriendo?

-De todos modos, aquí hay algo extraño- notó Mikhail, pasando un dedo por el polvo sobre la mesa.- Quedan muebles, pero ninguna fotografía. Las habitaciones han sido desvalijadas. Han quitado las camas. No podríamos saber cuántos hijos la familia Antar tenía.

-Eso fue obra de Johan. Debió de haberlas arrojado por el abismo.

-¿Abismo?

Will tiró de la manija, y abrió por fin la última puerta.

-Aún no sé...- dijo, encarando la intemperie de afuera, el sol cegador que nos esperaba al final de esa colina- Aún no sé qué es lo que hace que Johan no se deshaga de Kain, que lo mantenga con vida. Pensé que esta casa podía

tener pistas, y no pude hallar una sola. Él tiene razón. Soy un... ¡un inútil! Pero aun así... Escuché de lo que hablaste, Liseth. Escuché lo que dijiste sobre ese fantasma. Hasta ahora no te creí. Para mí, siempre fuiste otra chica estúpida que se entrometía en nuestra casa.

Lo dijo sin sentimiento, como constatando algo que ya había quedado atrás. No repliqué.

-Pero hablaste de ese balcón, ¿no? Describiste ese paisaje. Tampoco sé nada del otro mundo, más que el que los monstruos como Kylar provienen de allí. Quiero que vean lo que está del otro lado de esa pendiente.

Sin decir más, empujó la puerta.

Y contra el viento, desafiando las oscuras nubes que se avecinaban, ropas y cabellos revueltos, pasos llenos de resolución, cabezas altas hacia el sol que nos protegía, los cinco pusimos marcha hacia esa punta que nos esperaba. Caminamos juntos, figuras de luz contra la oscuridad, yo pensando en las palabras de Wilhelm, en Kain, en Kassia. Kain no me había mentado. Lo sabía. Y bajo el cielo de día, bajo el celeste, veía el azul del otro lado, del mundo de lo que estaba perdido y olvidado, y veía estrellas fugaces, y a nuestros espíritus que, tan valientes como nuestros cuerpos, surcaban desnudos esa barrera, se convertían en faros en la negrura, en luces guías que brillaban clamando por justicia y verdad. Kassia, que en esta casa debía haber sido una niña, tenía que hallar esas luces. En donde estuviera, abandonada, sola, tenía que saber que la estábamos buscando, que no pensaba rendirme de ella. Tenía saber que, diez años luego de su desaparición, aún existían personas que luchaban, personas que con todas sus fallas jamás se habían rendido, aquellos que todavía estiraban sus brazos hacia ella en nombre de su hermano.

Pude verla, por un instante. O quizás fue un recuerdo, un recuerdo que no me pertenecía. Algo en mi cabeza conectó con Kain, estuvo con él aunque no pudiera hablarle. La colina frente a mis ojos se transformó: el pasto ganó color, el cielo juventud, el día alegría. Vi a una niña de cabello oscuro, arremolinado, correr entre risas y saltar, saltar en su vestido de seda, persiguiendo al viento. Lo vi a través de los ojos de Kain, de una memoria de Kain.

Y mientras caminaba, lágrimas que tampoco eran mías se dejaron caer, pero no hice amague de secarlas. Continué avanzando, hacia esa punta. Lo comprendí perfectamente. No sabía qué había sido de Kassia. No sabía qué había sido de Kain. Pensé que quizás Wilhelm se había confundido, que debía ser esa niña quien estuviera encerrada, encerrada por ese monstruo esperando desde hacía diez años ayuda. Que, en el fondo, no importaba. Que íbamos por ella. Y cuando concluí eso, el abismo y el sol se me revelaron en todo su esplendor. Un abismo que parecía infinito, pues el mar estaba debajo, opacado por la altura del risco, convirtiéndose en un hueco que lo devoraba todo. Un sol que, en la tarde, se volvía anaranjado y furioso, que ofendía con su falsedad. Yo conocía este paisaje. Lo había visto innumerables veces, en cada momento en el que visitaba a Kain dentro del Balcón.

Cuando llegué a la pequeña mesa de piedra junto a las dos sillas de alambre, simplemente cerré los ojos y me detuve. Las lágrimas seguían saliendo, la luz revelaba su sombra a mi lado, podía ver a Kain, mirando con anhelo a su hermana jugar, extrañando todo lo que había perdido. Apoyé la mano en mi corazón, y espanté la oscuridad que lo reinaba. Espanté a miles de

polillas perversas, que ocupaban espacio dentro de mi alma. A mis costados Matt, Wilhelm, Mikhail y Kari también se detuvieron, y los cinco observamos ese atardecer. Ninguno necesitó explicación para mis lágrimas. Este sitio, abandonado hacía diez años, era el verdadero Balcón.

“Y Kain” prometí, estrujando mi pecho, dejando mis emociones fluir. “La encontraremos. Definitivamente la encontraremos. Aunque sea... Aunque sea la única cosa buena que haga, voy a encontrar a Kassia. Y le mostraré que en verdad...”

Respiré.

“Que en verdad alguien la espera.”

Y en un atardecer inquebrantable, idéntico, supe que él me había escuchado.

LXXXIX

Si el espectáculo de los Grades había resultado en un desastre tal que se recordaría por decenas de años, en realidad poca cobertura la televisión y la radio visganesa le había dado, debido a la amenaza que significaba, como no se cansaban de repetir, la colosal tormenta que se seguía aproximando desde el mar, cargándose de peligros antes de derramarse sobre la ciudad.

Muchas advertencias: los medios, los carteles pegados en el centro, y los coches policiales equipados con megáfonos. A quienes hubieran venido a vacacionar, la recomendación implícita era que lo mejor era abandonar los chalets y las casas de veraneo, mal equipadas para soportar la fuerza del viento. En los residentes locales había en cambio toda una serie de consejos: encerrar a las mascotas, retirar los objetos del jardín, asegurar puertas y ventanas y alejarse de ellas, y en general mantenerse dentro de los hogares hasta que la alerta meteorológica cesara.

Se auguraba que la tormenta llegaría en uno u dos días. Eso no me impidió, luego de haber visto la casa de los Antar y de haber puesto en silencio todas las dudas de mi corazón, regresar por última vez al Hotel Grand Eternal, a buscar el resto de mis cosas y despedirme de mis compañeras. No di explicaciones a los otros cuatro, que habían decidido pasar el día allí, bebiendo chocolate caliente y conversando hasta que llegara el momento de actuar. Por otro lado, no quería mentirles. Simplemente me vestí, y salí por donde el viento soplaba.

-¿Estarás bien?- me había preguntado Matt, muy atento. Yo me pregunté, siempre dudosa, qué tanto recordaría él a Mina, y qué tanto simplemente no decía.

-Me cuidaré.

Pero de lo único que me tenía que cuidar era de lo molesto que era el vendaval, sacudiéndome el cabello y haciéndome doler los oídos con su frío. Por lo demás, ni autos, ni autobuses, ni taxis, apenas algunas personas, casi todo Visgana parecía haberse guarecido en sus casas. Hacer el cambio de cuerpo nunca fue tan fácil. Fui Mina, otra vez, prometiéndome que sería aquella una de las últimas.

Las puertas del hotel estaban cerradas con llave, y aunque eran de vidrio parecían lo suficientemente sólidas como para no derrumbarse. La recepcionista logró reconocerme en el acto, y me abrió enseguida. Adentro la calidez causaba modorra. Pero no tenía tiempo para dormir. Quería hablar con Harrold. Quería ver a mis compañeras por última vez, saludarlas de parte de Mina. Cuando me despidiera de Mina, ella moriría. Esta era quizás la única oportunidad de redimirme.

Subí las escaleras, en dirección a mi cuarto. Abrí la puerta, y encontré que uno de mis vestidos estaba justo frente a mis pies. Un poco más allá, sobre la alfombra, un par de medias que nunca me había puesto reposaban, una de ellas bajo la cama de Elia. Camisas, remeras, ropa interior y bufandas: todo estaba desparramado por el piso, desordenado, hecho un desastre. ¿Qué había ocurrido?

Me agache y comencé a recoger las prendas una por una. Era penoso, pero me habían costado caro y no planeaba dejarlas. Cuando alcé la bufanda, la puerta tras mí se abrió.

-¡Mina!

Elia estaba de pie, temblorosa. Se notaba que había estado afuera.

-¿Quién ha...?

Pero no seguí mi acusadora pregunta. Porque Elia estaba pálida, tan pálida como nunca la había visto.

-Mina...

La ayudé a sentarse sobre su cama, y puse una mano en su frente. No tenía fiebre.

-¿Qué ocurrió? ¿Estás bien?

-Se... Se la llevaron. Está en el hospital.

-¿De qué...?

La niña hundió su cabeza en mi pecho, sollozando.

-Mina... Candice quiso... El día que regresamos del Lastega, ella quiso ahorcarse. ¿No sabías? Mina, ¿en dónde has estado? Harry la descubrió. Creo que Candice no estaba bien. Creo que la presionamos demasiado, incluso cuando su mamá... Todas queríamos que danzara, pero ella no. ¡Oh, Candice! Es terrible. La internaron. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué podemos hacer por ella? Fui a verla, pero no responde. Dicen que la soga no llegó a matarla, pero el oxígeno... Es como hablar... ¡Es como hablar con nada! ¡Es como si Candice se hubiera ido...!

“En estos meses, ¿a cuántas personas ya has consumido?”

No podía dejar de pensar, en las palabras de Mary. No podía dejar de repetirme que eran ciertas, ni de decirme a mí misma que, a mi pesar, Mary era quien mejor me había conocido, quien más motivos había tenido para darme la espalda. Lo viera como lo viera, había sido mi culpa que Candice llegara a ese punto. Había sido yo quien la había obligado a venir, quien la había hecho danzar contra todo lo que ella deseaba. Esa era la verdad. Era un monstruo.

Pero fuera de sentirme tan terrible como las demás, no sabía qué podía hacer por ella. No tenía tiempo para ir a visitarla en el hospital y, por lo que luego contaron las otras chicas al llegar, no era como que ella hubiera podido reconocerme tampoco. Permanecía inconsciente, en cuidado intensivo, y ya no dejaban que la gente se le acercara. Eso fue lo que me comentaron Jossie, Yolanda, Juliana y Natalí cuando las encontré en la sala de recepción, hablando con rostros sombríos y voces preocupadas. La última en sumarse fue Clara; quien se había encargado de acostar y cuidar de Elia.

-¿Y Harrold?- dije, al verla llegar- ¿Alice? ¿Anna?

Negó.

-Creo las dos están en sus cuartos. Harry... No sabemos en dónde está.

No quise arriesgarme demasiado a desafiar cuales fueran las memorias que el Palacio les hubiera inventado sobre mí. Por un lado me preocupaba que, con la tormenta, Harrold pudiera correr peligro si no estaba dentro de la protección del hotel. Por el otro, su ausencia me resultaba de lo más extraña.

-Pero Harry la encontró- me dijo Clara- Él entró a la habitación y ayudó a descolgarla.

-¿Por qué entró a la habitación?

-Creo que dijo haber escuchado sonidos. O tal vez simplemente quería darte una visita.

-Fue bueno que Harry nos acompañara.

Varias asintieron. Yo ya no tenía tanta confianza. Recordaba mi ropa desparramada. Pero pensaba que no iba a hallar respuesta a ese misterio en ninguna de ellas. Era algo que tenía que resolver por mí misma.

-¿Y Alice?

-Ya sabes cómo es ella. Apenas hizo comentario alguno.

“No te van a querer mucho así, Alice”, me dije con sorna. Entonces suspiré, me dejé caer un poco, relajada, y miré a mis compañeras, a mis rivales y aliadas, a aquellas que habían danzado conmigo durante todo este tiempo. Era extraño, pero parecía la primera vez que las veía, la primera vez que las contemplaba sin pensar en sus defectos, en sus gorduras, las marcas de viruela, los lunares o los granos que tuvieran. Recién cuando todo había terminado, cuando sólo éramos un grupo de chicas de pueblo resguardadas en un hotel viendo el viento barrer hojas con furia tras la ventana, era que podía considerar a cada una de ellas mis camaradas. Claro que eso pronto tendría

que terminar. Elia, Candice, Yolanda, Juliana, Jossie, Clara, Natalí... Todas ellas eran camaradas de Mina, no mías. Era una intrusa en esto.

Pero aun así, me sentí agradecida de aquel corto momento que había pasado pretendiendo ser alguien más. Tal vez nunca sería Mina. O jamás sería como Mina. Pero el fingir... Me imaginaba que fingir era el primer paso para cambiar. ¿Podía yo cambiar?

¿Puedo hacerlo?

Esta era la reconstrucción de los hechos, que entre voces cortadas y pausas de miedo por los bramidos de afuera las cinco me hicieron: Candice había regresado al hotel, tras lo del Lastega, y no había hablado con ninguna. No se había sumado a la cena de celebración. Se había encerrado en el cuarto. Elia por supuesto había ido a ver si algo le faltaba, pero Candice no le había respondido. Todas coincidían en que debía de haber fingido dormir. Luego al otro día, cuando se despertaron, vieron a Candice desayunando. Coincidían también en que les había parecido que ella se hallaba liberada, un poco más animada que de costumbre. Se sumó al paseo en la playa, aunque decidió volverse más temprano. Su motivo era que el viento le irritaba los oídos. Era un motivo bastante creíble, por el que algunas se ofrecieron a acompañarla. Candice no rechazó ese ofrecimiento. Eso me parecía extraño. Pero al final, por una y otra cosa, terminó volviendo sola al hotel.

Después de eso venía el testimonio de Harrold, repetido -a la perfección- por Natalí. Harrold había oído ruidos en el camino al balcón oriental del hotel. Se había percatado de que los ruidos provenían de la habitación 204, y había tocado la puerta. Sin embargo, nadie había respondido ese llamado. Temiendo que algo pudiera haber ocurrido -o según dijeron, temiendo que una ventana estuviera abierta y el viento hiciera estragos- abrió esa puerta por su cuenta. No había llave, pues nunca la cerrábamos para no incomodarnos entre nosotras. Candice colgaba del perchero. Su soga era una cosa simple, hecha de telas enredadas, remeras rotas que habían sido trenzadas entre sí. Como la altura del armario no era tanta, había tenido que arrojar su peso a consciencia, dejando los pies por debajo de su cama. Él la había descolgado, y luego se había dirigido de inmediato a pedir ayuda a la recepción del hotel. Y allí terminaba todo.

Lo viera como lo viera, aunque la culpa de la tristeza de Candice fuera mía, sentía que había algo en ese relato que no terminaba de encajar.

Pero no tenía ya tiempo para considerarlo, pues la tarde llegó y vi que era la hora de regresar de una vez por todas al chalet con los demás. Abracé a cada una de mis compañeras, con la excusa de darles consuelo, e intenté que fuera no mi mente sino el cuerpo de Mina el que conectara con ellas durante ese abrazo. Era la última despedida, de una chica muerta en un día tormentoso. De allí en adelante, no podría hacerles más daño bajo esa identidad. Candice había sido una lección, un subrayado a todo lo que Mary me había dicho. Subí a mi cuarto, tapé a Elia que dormitaba febril, junté mis cosas y me dirigí a la salida. La recepcionista pareció preocupada al verme.

-Ten cuidado afuera. Sería mejor que no salieras...

-Hasta luego.- la saludé, y pasé para enfrentar la intemperie. La temperatura parecía haber descendido muchos grados entre mi entrada y egreso del hotel. Y mientras me alejaba de ese edificio, sabiendo que no lo volvería a ver, por sobre ese frío se me agregó uno distinto, muy punzante, el de una mirada clavada con odio a mi espalda. Era una sensación que ya había

sentido antes, aunque no podía recordar el momento. Un temor primordial, el de un pequeño insecto que está a punto de ser cazado por una hambrienta araña que lo observa en la esquina de la habitación. Lo ignoré lo mejor que pude, y eventualmente, mientras más me alejaba del hotel, más fue desapareciendo.

Tras eso hice en reversa el mismo viaje que me había dejado allí: atravesé calles desoladas, nubarradas de tierra contra las que sólo me quedaba cerrar los ojos o bajar mi gorra, semáforos que funcionaban en vano y autos escasos, muchos de los cuales, empaquetados hasta el tope, eran de familias que decidían que la tormenta era un buen momento para poner pies en polvorosa y regresar a sus hogares. Todo lo demás era vacío: ni un pájaro que volara sobre mi cabeza, ni un perro hambriento que royera un hueso bajo los pasillos oscuros, nada que indicara que el sitio en donde me hallaba fuera el mismo paraíso alegre, de verano que había sido al llegar. Dado mi entorno, imaginar a alguien de bañador, sandalias y lentes negros parecía humor negro.

Fui dejando todo atrás, siempre atenta a las nubes oscuras, monstruosas que flotaban dominando el firmamento desde la dirección del mar. Tal vez Visgana no tenía nada que envidiarle a San Naerit.

Cuando estuve a pocos pasos del chalet realicé el cambio, pero no me despedí de Mina. Había sido unos minutos antes, cuando cerraba el bolso improvisado en el que llevaría mis ropas, que aquella llamada se había efectuado y que yo había recordado que, además de sus compañeras, existía una persona que esperaba a su nieta desde hacía meses, una persona sola y abandonada en una casa no muy lejana a la academia de danza de Veronique DuMarque. Ese era un deber del que no podía renegar, lo mínimo que podía hacer por este cuerpo que tanto me había ayudado. Y por eso, Mina tendría que verme usarla una vez más.

Pero la vi ser alejada por mis lazos, y tras aquello la Puerta se cerró. Yo entré al chalet, agradeciendo la reconfortante oleada de calor de su interior, dejando el bolso contra una de las sillas. Al instante me paralicé. No era que hubiera nada particular, a excepción del televisor apagado. Pero percibía que algo había cambiado.

Del pequeño cuarto que se abría entre la habitación de Mikhail y Matt y la que yo compartía con Kari me llegaba un rumor mermado. Kari misma asomó de ese pasillo, y me hizo una seña. Estaba alarmada.

Supe que era el momento. Me quité los guantes, avanzando junto a ella, en dirección a aquel sitio.

-¿Norbert?

-Papá todavía no volvió. Lis, ¿de verdad crees que...?

Le sonreí.

-No te preocupes. Todo se resolverá.

El resto ya estaba en aquel espacio. Mikhail, con las manos en los bolsillos, se hallaba apoyado cerca del marco de la puerta, juzgando con su mirada. Wilhelm estaba encogido, contra uno de los sillones. Matt se volvió al vernos entrar, evidentemente preocupado. Y Johan, del otro lado del escritorio, hizo una sonrisa torva cuando posó sus ojos en mí.

-Vaya. Es Lissie.

No perdí el tiempo, y ocupé la silla frente a él. Tampoco hablé, examinándolo. Johan era más fuerte que yo, eso lo sabía, en especial porque yo era, y siempre sería, una completa cobarde. Pero él tenía una debilidad. Y

habilidades, habilidades no me faltaban. Sólo tenía que intentar, por una vez, superarlo.

Mi silencio y el de los demás parecieron incomodarlo un ápice.

-Me llamaron con tanta urgencia, pero sí que se tomaron su tiempo en aparecer. ¿Esperaban a Leslie?- preguntó por sobre mi cabeza, a Mikhail, a Kari. Ninguno le respondió.- Debe de ser todo un asunto como para que tengas que venir a decírmelo personalmente. ¿Tal vez te preocupa Norbert?

-No. Norbert está bien.

Lo vi levantar una de sus espesas cejas, con lentitud. Parecía satisfecho de mi conclusión.

-Y por qué no lo estaría.

-Johan, quiero preguntarte algo.

Johan Weigler apoyó su mejilla sobre uno de sus puños. Todo el aire en la habitación pareció enfriarse.

-Dime.

No cesé de mirarlo a los ojos.

-¿Querrías jugar una partida de ajedrez contra mí?

Mi primera victoria fue la pequeña sorpresa en su semblante. Casi al instante se recompuso. Lanzó una carcajada, y me señaló.

-¡Qué broma, Lasli! ¿Me haces venir hasta aquí porque estás aburrida? Saben, soy un hombre ocupado. Así que...

-El ajedrez no depende de la inteligencia- dije- Incluso un idiota podría ganarlo. Por eso pensé que sería ideal jugarlo contigo.

Johan calló. Su boca se cerró, y su ánimo se tornó pronto en un silencio muy peligroso. Sabía que me había sobrepasado. Lo importante para mí era percibir hasta dónde podía llegar. Se volvió a desplomar en su silla, sin dejar de sostenerme la mirada.

-Wilhelm, trae el maldito tablero.

Pero su hermano no se movió. Will permaneció hecho una bola sobre el sillón, y aquello pareció enfadar a Johan.

-Te he...

-Está debajo de ese escritorio.- señalé. Lo sacó con furia, y lo abrió sobre la madera que nos separaba.

-Seré las blancas.

No discutí aquello. Johan comenzó a colocar, con más fuerza de lo necesario, cada ficha en su lugar. Era una ventaja que lo hiciera porque a decir verdad yo no tenía la más remota idea de en qué posición iban. Sabía cómo se movían, claro, por haber visto a Thomas jugar ocasionalmente, contra los pocos amigos que solía invitar a casa cuando vivía con él, y por las innumerables veces que había visto a jugar a Mikhail y a Matt. Con eso me bastaba. Porque lo que era cierto, tanto para Johan como para mí, era que a lo que lo estaba desafiando, aquí arrinconándolo junto con todos los demás, era a una batalla emocional, y no de inteligencia. El cómo se posicionaran las piezas era por tanto irrelevante.

Como para probar mi punto, en cuanto terminó de acomodarlas arrojé algunos de mis peones con los dedos. Sentí placer en ver cómo aquello crispaba los nervios a mi contrincante. Johan me miró, con su habitual sonrisa.

-¿Ya los entregas, Liseth?

Me había llamado por mi nombre. Era un gigantesco avance.

-No quiero que sea una partida normal. Juguemos al ajedrez del caos.

Frente a mí él rio, sorprendido. Se dirigió a Matt.

-¿Ya sabe ella de eso? Caray que le han enseñado bien. Venga entonces, Lassie. Una partida de ajedrez caos. Conoces las reglas, imagino.

-Sí.

No.

Johan dio un puñetazo a la mesa, que a decir verdad me sobresaltó. Las piezas saltaron, cayeron todas de sus puestos. Los peones rodaron, los caballos se engancharon con las torres, ambos reyes y reinas se dieron la cabeza fuera del tablero.

-Arma.

Comprendí a qué se refería, y revolví aquello. Fuimos armándolo todo, colocándolo para que quedara en cualquier posición. Mikhail, Matt, Kari y Wilhelm nos observaban en silencio. Cada pieza quedaba sobre uno de los casilleros, pero jamás el casillero que realmente le correspondía. El resultado era que, si el ajedrez era un juego que representaba a una guerra, el tablero que quedó frente a nuestros ojos mostraba lo más encarnizado y desordenado del combate. Nada allí tenía sentido: las piezas se agrupaban dispares, se separaban, se ponían en sitios en los que con mucha dificultad pudieran haber llegado, o quedaban de principio en evidente desventaja, cerca de piezas que podían comerlas en un movimiento.

-¿Has jugado antes?

-No.

Se lo veía confiado al oír aquello. Johan hizo una sonrisa suficiente, y sin mediar más explicaciones utilizó a su torre para comer a mi reina. Era un movimiento imposible, pero tenía sentido dentro de ese juego. Debía acostumbrarme.

Por suerte, me consideraba lo suficientemente buena pensando con velocidad. Uno de mis peones estaba casi al borde del tablero. Lo hice llegar a la línea de meta, y traje a mi reina de nuevo. Como él no se quejó, asumí que aquello valía. Johan respondió comiéndose a un caballo negro.

De allí en adelante quise imitar su ritmo, un ritmo frenético, de suplantación. Entendía lo que ocurría: por el desastre en el que había quedado el tablero, los primeros minutos de juego eran más similares a una partida de damas, deshaciéndonos de la mayor cantidad de piezas rivales antes de que el asunto en verdad se complicara. Ni siquiera nos deteníamos a pensar: en cuando el turno le tocaba a uno, revisaba con ojos aviesos a cada una de las figuras que había y ante la oportunidad más directa hacía el movimiento veloz, para eliminarla y dejarla lejos del tablero. En tan sólo unas pocas jugadas, el grueso de nuestros ejércitos se redujo a la mitad. Entonces ya hubo mucho espacio en el campo, y me percaté de que atacar no sería tan sencillo.

Johan comenzó moviendo a la reina blanca, haciéndola danzar en diagonal, posicionándola cerca de mi rey. Pero el rey, en esta partida, era una figura sin importancia. El juego terminaba cuando me quedara sin piezas. Johan debía saberlo. Debía de estar probándome.

Moví otro de mis peones, en dirección a su línea de meta. Él sonrió. No había mordido su anzuelo. Se recuperó utilizando su alfil para devorar a ese peón. Yo aproveché, y utilicé el caballo que me quedaba para terminar con ese alfil.

-Nada mal.

-Intento mejorar.

No dijo nada. Pensaba. Me pareció que era el mejor momento para hablar.

-Es una tontería, pero intento mejorar- repetí- Últimamente me han marcado tantas fallas.

-¿Ah sí?

No me escuchaba, o pretendía no hacerlo. Su mano acarició la cabeza de su otro alfil, pero luego se decidió por el caballo. Lo acercó a mi nueva reina. Yo la moví, protegiendo a uno de mis peones.

-Tengo una amiga, aquí en Visgana. ¿Lo sabes?

-No estaba ni interesado.

-Se llama Mary.- continué- Bueno, tal vez no es mi amiga realmente. No la culparía si ella pensara que no lo es. Pero para mí siempre va a serlo. Aunque me odie, aunque no se canse de criticarme, es precisamente por cosas como esas que será mi amiga. En el fondo, estuve muy feliz de haberla visto.

Johan parecía un tanto molesto. Quiso mover uno de sus peones, pero al instante me deshice de él. Tuvo que contentarse con comer a su vez a uno de los míos. Iba ganando. Por poco, pero estaba vencéndolo. Decidí no ceder. No me importaba que alguno de los otros cuatro me oyera.

-Mary... Hace unos días, Mary hizo algo muy extraño. Revisó el bolsillo de otra chica. De una chica de la que no tenía ningún motivo por el que sospechar. ¿No es curioso? Era una sospecha muy grave. Me pareció extraño de ella.

-¿Qué diablos balbuceas, Lassie?- chasqueó la lengua Johan, y volvió a mover. Yo lo cerré con mi reina.- Cállate un poco.

-Por supuesto que Mary no se equivocaba- continué, ignorándolo.- Ella es ese tipo de personas. Pero algo me dice que alguien le señaló de quién tenía que sospechar. Alguien le indicó la verdad. Le dijo que se cerciorara viendo ese bolsillo. ¿Por qué alguien haría eso? En mi opinión, aunque yo lo mereciera, creo que fue la obra de algún completo cretino. Ah, es mi turno.

Moví otra vez mi reina. El alfil de Johan encontró su amargo final.

Él me miró, con una media sonrisa. No decía nada, y sin embargo, lo había entendido todo. No necesitaba más confirmación que aquello.

-Para que esa persona le hubiera dicho algo como eso a Mary- continué, sonriendo y sosteniéndole la mirada- Debía, claro, haber sabido desde un principio que ese papel estaría en ese bolsillo. Por consecuencia, imagino, debía de haberme estado espiando durante buena parte de estas vacaciones. Una locura, ¿verdad? Gastar tanto tiempo en una chica idiota como lo soy yo.

-Tú lo has dicho- pifió él- No sé quién haría algo así.

Pero volvió a jugar, y detecté que sus movimientos eran más toscos. Comenzaba a irritarse, y esa era mi ventaja.

-Claro que acusarme frente a mi amiga era quizás una simple diversión, pero lo de espiarme podía tener motivos más importantes. ¿Cuáles? Eso se me escapa. ¿Quizás esa persona buscaba algo?

"¿Algo como qué?" pensé a toda velocidad, intentando no perder la ventaja que llevaba. Johan se veía concentrado en su siguiente movimiento. Lo hizo, certero, pero al instante su mirada se turbó y masculló un insulto. Se había equivocado.

Levanté mi alfil, y lo hice avanzar hacia su reina. Pero antes de devorarla lo retrocedí a su posición original. Utilicé uno de mis peones para devorar a su rey.

-Tómalo en serio, Laslie.

-Oh, lo estoy tomando en serio- afirmé. Sí, Johan sin duda había hablado con Mary. De seguro también había revisado mis valijas en casa pero, ¿las del hotel? Parecía poco creíble que hubiera logrado entrar a esa habitación sin ser detectado. ¿Y qué podía buscar? No tenía respuesta para aquello, y por eso pasé al siguiente punto- Hablando de lo cual, mi pregunta quedará siempre en misterio. Y si de misterios hablamos...

Los demás aguardaban, muy atentos. La tensión que flotaba en el aire parecía sólida.

...el de tu cuarto me parece el más interesante.

Detrás de mí, Wilhelm se removió. Mikhail levantó su quijada, sereno, y Kari y Matt se miraron.

Johan continuó mirando el tablero. Era evidente que estaba molesto.

-¿Qué hay con mi cuarto?

Movió. Yo moví más rápida que él, para no darle tiempo de reparo.

-El día que nos dejaste entrar, a mí y a Wilhelm, noté algo extraño. Bueno, algo más extraño que todas esas estúpidas serpientes que tienes allí. Hay una abertura, ¿verdad? Un sitio perfecto como para ocultar algo.

-Vaya. Leslie es toda una sagaz detective.

Movió. Moví.

-¿Me equivoco, Johan?

-Deberías oírte hablar. Pero si te sirve de consuelo, a ti y a todo tu equipo de exploradores, desde luego que hay una abertura. En cuanto regresemos a casa, estoy dispuesto a mostrarles el hueco que hay allí adentro. Podrán hasta hacer una fiesta en él. Es el sitio en donde guardo a los animales que necesitan un respiro de las peceras.

Movió otra vez. Yo me tomé una pausa para estudiar el tablero, y comí otra de sus piezas que por descuido había dejado al descubierto. Johan estaba perdiendo. No se translucía en su gesto, ni en sus respuestas, pero era claro que lo estaba presionando. Teníamos una oportunidad.

-No dudo que esté vacío ahora. Pero no hablo del ahora. *Había* algo allí, ¿no es así?

Él rio.

-¿Y qué si *había* algo allí? ¿Qué cambia? Ahora es sólo un hueco. Algo así como tu cabeza.

Devoró mi torre de un movimiento, y pareció satisfecho. Era el momento.

-Nada, realmente. Sólo que, de haber realmente algo allí, imagino que Helen lo sabría.

Fue impresionante el cambio que se realizó en Johan. Todas las pretensiones se desplomaron en un santiamén, su rostro se tornó pálido, la proyectada alegría que siempre tenía convertida en una mueca de odio terrorífico. Yo me mantuve altiva. Aquello no le había gustado, y por eso mismo decidí proseguir.

-Y Helen...- dije- Helen está tan lejos. Estás tan lejos de ella. Tampoco tienes muchos amigos en la ciudad. Te adoran, ¿no es así? Pero no tienes a nadie a quien pedirle un favor que pueda ser considerado ilegal. Ah no, claro que no. ¿No, Johan? En cambio a nosotros no nos alcanzarían los dedos de las manos. ¿Conociste a los amigos de Mikhail, Alex y Jessica? Fueron al pueblo

desde hace años, pues estaban... Curiosos. Curiosos de muchas cosas. Para mí, Alex es como un hermano mayor. ¿Lo conoces?

Lentamente, cubriéndose de velos, aquella ira se fue calmando. Para mi sorpresa, Johan volvió a reír. Pero no respondió. Y cuando le tocó hacer su jugada, no fui la única en percibir que su mano temblaba. Movié otra pieza, y yo la devoré en el acto. Quiso utilizar a su reina, y consiguió comerse otra de mis torres. Pero aquello fue una trampa. Mi reina se encargó de la suya. Quedaron unos peones, que no pudieron alejarse a tiempo. Una jugada, otra, otra, otra, y pronto todo terminó.

Lo había vencido. Johan Weigler quedó detenido, examinando el tablero desierto. Luego se incorporó.

Su presencia era imponente. Oscurecía con su sombra, y me miraba como algo que quisiera exterminar. Pero luego sonrió. Sonrió y dio un suspiro resignado.

-Vaya, Liseth. Parece que me ganaste. A veces tienes suerte.

Estiró su mano hacia mí, para que la tomara. Yo dudé, un tanto asustada. Todos miraban. La mano estaba allí, enguantada, a centímetros de mi cara. Decidí que lo mejor era no ignorarla, y fui a encontrarla con la mía. Fue entonces cuando Johan la adelantó, hundiendo el puño en mi mejilla.

La fuerza del golpe me desplomó hacia atrás junto a mi silla, haciéndome caer con un estruendo. La visión del techo y un dolor agudo fueron las sensaciones que tuve, aunque no llegué a gritar. Luego una sombra pasó a mi lado, y oí a Matt rugir.

-¡Johan!

Hubo el sonido de otro impacto. Matt golpeó a Johan en el rostro, obligándolo a retroceder. Parecía furioso. Kari corrió a ayudarme, y pude ver a Johan limpiarse la mejilla impactada, como considerando algo curioso.

-Tienes fuerza, Matti. Pero tu técnica es muy pobre. Permíteme.

No hubo un segundo para que Matt pudiera cubrirse. Todos vimos algo, algo gris y alargado salir al mismo tiempo que Johan estiraba su brazo hacia él, y luego Matt voló hacia el otro lado de la habitación, chocando con una de las paredes y descolgando un cuadro. Mikhail se agachó junto a él.

-¡Matt!- grité yo. Johan escupió, sobándose el puño.

-Y así es como se hace, hermanito. Ahora apártense. Si alguien toca un sólo pelo de Helen, les aseguro que me encargará de destrozarlos uno por uno.

Caminó con furia, pasando entre yo, que apenas me levantaba, entre Mikhail, que lo miraba fijo mientras ayudaba a Matt, Kari, quien retrocedió aterrorizada y Wilhelm, que ante sus expectativas le sostuvo la mirada.

-Has estado hablando de más, ¿no, Will?

Su hermano no respondió. Johan pifió al ver aquel último acto de desafío, y desapareció por el pasillo.

Oímos el sonido de la puerta de entrada al ser cerrada. Yo corrí a donde estaba Matt.

-Kari, trae hielo- ordenó Mikhail. Era una hinchazón considerable la que tenía.- Revisa que realmente se haya ido.

La muchacha corrió a obedecer. Matt logró abrir los ojos con dificultad.

-¿Estás bien?

-Duele como un demonio- dijo, cerrándolos- Pero en honor a mi hombría diré que sí.

-¡No seas idiota!- dije, y tomé los hielos que Kari me alcanzaba- Ten, te pondrás mejor. Gracias por defenderme.

Los apoyé en la piel levantada, que pronto adquiría tonalidades nuevas. Comparado con aquello, el golpe que había recibido yo era nada.

-Tiene... Un puñetazo...

-No es su fuerza- repitió Wilhelm- Todos lo vieron, ¿no es así?

Mikhail asintió, ayudándome a sostener la tela con los hielos. Kari espiaba desde una de las ventanas, al convertible que se retiraba a toda velocidad.

-Ese era Kylar Berkan, imagino. Hubo un brazo de más en ese golpe.

-Matt tiene suerte de no haber perdido la cabeza.

-Gracias, Will.

Wilhelm no añadió más, y yo me enfoqué en presionar aquel hielo sobre la herida, al tiempo que Matt se iba asentando.

-¿Tú estás bien?

-Yo estoy perfecta.- dije, aunque dolía- Qué diablos, eso salió...

-Salió bien- afirmó Mikhail, espiando la calle vacía junto con Kari- Tal vez demasiado. Johan está apretado. Realmente se tragó que seremos capaces de cualquier cosa, y sabe que es el único que puede ayudar a su esposa. Sabe que lo que sea que oculta es un crimen. Debemos apresurarnos y seguirlo.

-Irá a San Naerit.

Mikhail miró a Wilhelm.

-Cuando estemos allá, ¿podrías decirnos todo lo que sabes de esa criatura? Tenemos que saber cómo enfrentarnos a Kylar Berkan.

Vi a Will asentir.

-Nos hará trizas.

-Posiblemente.- Mikhail nos rodeó con la mirada- Pero tal vez también nos dé una oportunidad. Preparen sus cosas. Nos tocará convencer a Norbert de emprender un regreso apresurado al pueblo. Y para ustedes, Matt, Kari...

Pareció dudar. Yo continuaba presionando aquel calmante sobre la mejilla de Matt, pero este miraba a su tutor, y Kari también parecía entre asustada y decidida a no quedar fuera de la acción.

-Habiendo visto lo que vieron... ¿Quieren estar con nosotros en esto?

-Aún no vi nada que me diga que Johan fue causante de la muerte de mamá.- dijo Matt- Pero sí puedo asegurar que tiene un secreto. Que golpeará a Liseth... Creo que es nuestro deber develarlo.

Sonreí. Sabía que podía confiar en él.

-¿Tú, Kari?

-¿Yo?- dijo ella- Matt acaba de darse la cabeza contra una pared, y a ti Will apenas te reconozco. No entiendo nada de lo que está pasando. Vi la puerta, y hablaron de espectros, y no me pareció real. ¡Pero esa cosa! Mik, Lis, ustedes... Vieron ese brazo que salió allí, y apenas les importa. En verdad son valientes.

-Si no quieres seguirnos, puedes...

-Mikhail.- lo interrumpió- Voy a ir con ustedes. Quiero saber qué ocurre con mi hermano, y quiero entender qué es ese monstruo. Si de verdad hay algo tan grave en mi familia, en mi propia casa... Necesito verlo por mí misma. Además, van a necesitarme.

Sonrió.

-¿Quién más va a convencer a papá de mover el Twingo a esta hora?

XCI

-Johan no me atiende- dice Norbert, con una mano en el volante y la otra revisando su teléfono con insistencia- Qué extraño. ¿Lo estaré usando bien?

Ninguno de los cinco se atreve a responderle. Creo que todos imaginamos a Johan, conduciendo a bordo de su Ferrari, a máxima velocidad por los caminos que lo acercan al pueblo. No debe de tener ningún tiempo para atender la inocente llamada de su padre. Y nosotros, pienso, tampoco tenemos tiempo y dependemos ahora enteramente de Norbert, de qué tan rápido pueda llevarnos a San Naerit. Como en aquella partida de ajedrez, necesitamos presionar al enemigo constantemente.

Mikhail es quien va en el asiento del copiloto, mientras que Matt, Kari, Wilhelm y yo estamos apretujados detrás. Por suerte tengo para mí la ventanilla. Desde ella, corriendo con mi palma la humedad que bloquea el cristal, puedo ver el desconsolador paisaje en el que se ha convertido Visgana, la nube de polvo que ha desatado la tormenta, una sombra inmensa, corpórea, que destella y desata chaparrones por sobre las calles, las fachadas del Lastega y del Hotel, todos los sitios que he visitado. Imagino que las playas deben verse como escenarios del fin del mundo. Nuestro chalet, tan insignificante y ahora abandonado cerca de ellas, debe estar debatiéndose en soportar los embates del viento. Es terrible. Incluso desde el auto cerrado a menudo nos llegan bramidos y silbidos estremecedores. Casi no me atrevo a mirar. Puesta entre Matt y yo, Kari ha bajado su gorra, para evitar la vista directa que tiene con los vidrios delanteros, en donde los limpiaparabrisas hacen su trabajo: una y otra vez, quitan el agua que cae, tan sólo para darnos unos segundos de visibilidad, segundos que Norbert aprovecha muy bien. Nos movemos lento. Salir de Visgana no será fácil, pero quedarnos no parece una opción.

-Es posible que con el viento, la señal de los celulares falle- explica Mikhail- Pero Johan había decidido volver también, señor Weigler. No debe preocuparse.

Esto es, concluyo, ni más ni menos que una cacería. Una cacería en la que nuestra presa es mucho más fuerte que nosotros. Veo a uno de los letreros atados en los postes salir volando y estrellarse contra la pared de una solitaria casa. Peligroso. Lo que estamos haciendo es peligroso.

Y Norbert lo sabe. No ve esa escena, pero tal vez la intuye por el ruido. Acelera un poco, y las ruedas levantan chorros de lluvia sucia y fría. Muy pocos autos nos acompañan, también a ritmo lento.

-Sujétense los cinturones.

El Twingo ruge, atravesando aquel caos de agua, y a los segundos no me queda otra que olvidar mi urgencia. La olvido, no por irresponsabilidad o temor, sino por pura admiración. Se siente como si cruzáramos a través de un huracán. Todo el coche se sacude, y nuestra única guía son los faros del auto. Norbert maneja en silencio.

Somos pequeñas casas rodantes, luchando por alejarnos de la catástrofe. A una furgoneta, ante los ojos de todos, se le desprende la tabla de surf que llevaba sobre el portaequipaje, y viene a dar contra la carrocería de otro auto. Hay un bocinazo, enmudecido por los alaridos de la tempestad. Todos siguen. Retroceder no es una opción.

Como una bestia cuyo único propósito es devorarnos, la tormenta avanza a nuestras espaldas; se estira como un manto iracundo que sigue nuestra huida. No hay aquí policías, o personas para ayudarnos, y sólo las señales de neón comienzan a ser guía una vez hallamos la ruta. Pero el horror no cede. Unos pocos autos deciden estacionarse a los costados, temiendo resbalar en el asfalto. Norbert los mira por su espejo retrovisor. Conociéndolo como lo conozco, sé que quisiera ayudarlos.

-Detenerse no es buena idea- dice Mikhail- Pronto el granizo va a agarrarlos.

-Y un demonio.

Desde mi posición, controlo con disimulo el rostro de Matt, en cuya frente hay una hinchazón considerable. Norbert aún no lo ha notado. Yo pienso. Nos dirigimos a un certero peligro. Adelante, atrás, ahora, no hay nada seguro en mi vida en este momento. Y Matt pudo ser herido. Eso es algo que no podría perdonarme.

Me imagino a mis compañeras, en la recepción del hotel, junto a la mesa, comiendo algún bocadillo nocturno facilitado por la recepcionista, susurrando, viendo las piedras dar con furia contra las ventanas. Me imagino a Elia, todavía acostada plácidamente, hundida en algún sueño que la aleje de ese infierno, a Veronique DuMarque, haciendo frenéticas llamadas desde su cuarto, a Harrold, en donde sea que esté, tal vez simplemente sentado sobre algún techo, los ojos fijos en el temible infierno, las ropas empapadas y la sonrisa congelada. También puedo ver a Candice, en aquel cuarto de hospital, acostada dormida, sombras de doctoras y enfermeras pasando tras las cortinas de su tranquilidad, a Mary, a Orlana, y más allá de Visgana, a mis amigos de San Naerit, a una anciana que espera a su nieta desde hace demasiado tiempo, a mi padre viendo el cielo gris de Nueva Gabul con mirada neutra, pensando en mí. Todos estamos viviendo. Yo aquí, quizás por primera vez, me doy cuenta de que podría morir. No por algo terrible, como un asesino o un espectro, sino por algo tan común como un camino resbaloso, como una piedra de lluvia que con demasiada altura cae para atravesarlo todo. Es curioso. No simpatizo con Visgana, no como lo hice con San Naerit. Pero las personas que estuvieron allí, las cosas que viví en estas vacaciones... Les debo mucho. Y no me gustaría que la tormenta las acabara.

Me percató de que Matt me está mirando, y cuando le devuelvo el gesto asiente. Debe de pensar algo similar. Entonces recuerdo que, aunque quiera protegerlo, es probable que él pueda protegerse a sí mismo mil veces mejor. Estamos juntos en esto. Él, yo, y también Mikhail, Wilhelm y Kari. No nos podemos rendir.

Tras una hora de tortuosa marcha, nuestro coche frena cerca de un puesto de control. Norbert toca bocina, impaciente. Sería extraño en él, si no pudiéramos escuchar los golpes contra la carrocería, si no sintiéramos el peso del auto irse de lado a lado entre los desgarradores silbidos del viento.

Un uniformado sale de su puesto, enfundado en un impermeable amarillo. Se acerca y toca la ventanilla. Norbert la baja, y la temperatura desciende alrededor de diez grados. Viento helado y gotas entran con saña mojándonos a todos.

-Nos dirigimos de regreso a...

-Van a tener que darse la vuelta- zanja el hombre- No puedo dejarlos pasar.

Nos miramos.

-Tan sólo queremos volver a nuestro pueblo. Hay una tormenta terrible en Visgana.

Atrás, el siguiente auto en llegar toca bocina. Pero el uniformado no parece apurado en lo más mínimo.

-Hay peligro de avalanchas por las zonas que llevan a Tarvilán y Gabul. Retírese de inmediato.

-No me está escuchando- sonrío Norbert- Hay una tormenta espantosa en Visgana. Debe haberlo visto en los noticieros, ¿o tiene radio? Si no podemos pasar, al menos explíqueme en dónde resguardarnos. No duraremos mucho tiempo en esta chatarra.

-Aquí no hay espacio. Vuelva.

Más bocinazos, de nuevos autos que llegan. Mikhail se da vuelta hacia nosotros.

-Estamos perdiendo el tiempo.

Lo sabemos. Johan ya se nos debe de haber adelantado considerablemente. Y ni siquiera tenemos señal como para alertar a Alex y Jessica, que comiencen a seguirlo en este mismo instante.

-Por favor- junta las manos Norbert- Tan sólo quiero...

-No se lo voy a repetir. Vuelva a-

La puerta del Twingo se abre, y todo el coche se remueve cuando Norbert sale, entre el frío y la tormenta. La barba, el largo e hirsuto cabello, todo se llena de pequeñas gotas, pequeñas perlas de diamante que brillan incluso en la noche. Es varias cabezas más alto que aquel oficial.

Le apoya manos grandes como zarpas de oso en los hombros, y se acerca. Todos en el interior nos inclinamos, para oír qué susurra. Pero creo que somos pocos los que entendemos que Norbert acaba de decirle a un guardia uniformado que, de no dejarnos pasar, va a partirle todos los dientes aquí y ahora. El oficial duda, de repente cobrando palidez. Norbert lo palmea un par de veces, amistoso. Toda su mole, por primera vez en mi vida, da esa sensación de miedo que siempre supe podía dar, la que de seguro utilizó tantas veces cuando era joven y administraba sus pandillas en Tarvilán.

La negociación resulta ser exitosa, porque el policía aparta la barrera sin proferir advertencia alguna. Norbert vuelve a encajarse en el reducido espacio de su asiento de conductor, cierra la puerta, se abrocha el cinto y arranca otra vez. Nuestro Twingo supera el puesto de control, y poco a poco la tormenta va quedando atrás, dando paso a un relajante silencio.

Pero como imaginaba, pronto descubrimos que eso era sólo la primera mitad de nuestro peligroso viaje. Habíamos superado el viento, pero ahora

quedaba el hielo. Atrás, el camino que vamos abandonando gana distancia, se vuelve una larga y oscura línea que se pierde entre curvas pronunciadas, entre arbustos empapados y riachuelos que avanzan vertiginosos por la orilla. Adelante, el primer copo de nieve nos da la bienvenida con tranquila crueldad. Flota, una pequeña mota blanca en un cielo impecablemente blanco, y se deposita sobre el cristal frente a Mikhail, sin derretirse del todo, sellando su mensaje con persistencia. Un escalofrío me sacude. No es que no extrañe a la nieve de nuestro pueblo, pero sospecho que de aquí las cosas se pondrán difíciles.

Las siguientes horas son, cuanto menos, calmas. Mikhail reparte, desde su lugar, un termo lleno de café caliente que todos aceptamos menos Wilhelm, y que Norbert bebe de a sorbos entrecortados, siempre demasiado atento al volante y a que el Twingo no descarrile. El parabrisas continúa dando su rítmico golpe, barriendo los copos de nieve que se amontonan desde el capó. Es un avance constante, como los latidos de un corazón.

A nuestros costados, la escena comienza poco a poco a desteñirse, y antes de lo que sabemos ya es un desierto blanco, en el que la ruta misma se adivina más que ve. La nieve no cede. Se siente extraño saber que dependemos de Norbert, que no hay nada que podamos hacer.

Si había peligro de avalanchas, no nos enteramos, pues las zonas escarpadas quedan bien detrás fácilmente, y el paisaje se abre de nuevo ante nuestros ojos. Hemos dejado a los demás coches muy lejos. Norbert continúa, palmeando el volante, y, curiosamente despabilada, yo veo a la nieve amontonarse en mi ventanilla. El motor ruge.

-Esto es una locura- dice Norbert, en un momento- Es...

El auto choca, levanta la nieve que tiene frente a él, una capa que no llega a cubrir las primeras ruedas. Trozos de hielo y escarcha salen volando por los costados, impactan contra el acoplado y bañan el suelo. Mikhail cierra el termo, muy atento.

-No debemos estar muy lejos de la siguiente ciudad. Frenar aquí no es una opción.

El Twingo empuja, empuja contra la blanca muerte. Contenemos nuestros alientos. A cada segundo, la nieve parece más gruesa.

-Thomas me va a matar.- continúa Norbert- Si...

Hay un sonido inexplicable, elástico. El Twingo se detiene de inmediato.

Se detiene en esa ruta vacía, en medio de la nada.

-Exactamente a eso me refería- suspira.

Nadie habla. Él intenta encenderlo de nuevo, pero nada sucede. El Twingo ruge, vibra, y queda tan quieto como antes.

Silencio.

-Creo que...

-La nafta debe de haberse congelado- da un manotazo al volante Norbert, y luego exhala un largo suspiro.- Bien, eso no nos deja opción.

Abre la puerta, y el frío entra de nuevo. Todos miramos desencajados cuando se baja, tanteando su paso por sobre la nieve. Rodea el auto, y se posiciona detrás.

-¡Mikhail!

Mikhail parece darse por enterado, pero niega.

-Matt- dice, y abre también su portezuela. Señala el volante. Matt abre la suya, pero al último me mira.

-¿Puedes tú? Van a necesitar fuerza de empuje.

-¿Eh?- digo, y lo veo salir. Varios copos entran, besando los asientos y el alfombrado del auto. Wilhelm se frota las sienes, y también se levanta. Yo no comprendo mucho. Kari me mira.

-Pasemos adelante. Yo no llego bien al pedal.

-¿Quieren que...?

Kari se zampa en el asiento en donde antes estaba Mikhail, aprovechando su tamaño. A mí me cuesta bastante más hacer lo mismo para ponerme en donde antes estaba Norbert.

-¿Están listas?- se oye a Norbert decir detrás.

-¡Esperen! Kari, ¿cómo...?

Kari me indica cómo girar la llave. Es la primera vez que estoy en el asiento del conductor. Es la primera vez que tengo que hacer algo remotamente similar a manejar.

-Y ahora presiona el embrague. Ve soltándolo despacio.

Contra el baúl, los cuatro hombres empujan. Pero Norbert es tan grande que ocupa casi todo el espacio, y estoy segura de que es su fuerza más que nada la que logra que el considerable peso del Twingo se mueva, cruzando la nieve, que las ruedas que resbalan tomen agarre paso a paso, por aquel tortuoso sendero. Sentada, recibiendo las instrucciones de Kari, siento temor por él y por los demás.

Así pasa mucho tiempo. El motor no se enciende. Intento encenderlo una y otra vez, pero el Twingo parece muerto. Por el espejo retrovisor veo a los otros empujando. En un momento, les grita que vayan a refugiarse en el interior. La nieve es demasiada, todos están titiritando en su esfuerzo. Se niegan. Pero como para probarles que no los necesita, Norbert empuja con muchas más fuerzas, y de momentos tengo la adrenalina de sentir que estoy manejando.

No sé cuánto tiempo transcurre, viendo los carteles de los kilómetros restantes y la nieve. Durante esos momentos, aunque me concentro en intentar encender inútilmente el motor, sólo puedo pensar en que Norbert me había mentado, en que desde un principio él había dicho a sus hijos todo sobre mí. Pero en realidad, luego considero, Norbert jamás me mintió. Sus palabras fueron: "te prometo que no se lo contaré a nadie que no pueda entenderlo". Y sus hijos, como él, pudieron entenderme.

No puedo culpar a Norbert, no si presencio todo el esfuerzo que hace, la fatiga con la que nos arranca del peligro. Las llantas giran, el Twingo se arrastra, la nieve intenta refrenarlo pero cede, apartada por su fuerza. Los demás no parecen saber qué hacer, y se apartan.

-Señor Weigler...

-¡Papá!

Algo parece fundirse. Norbert sigue plantando pasos abiertos, firmes, empujando con todo su peso. Allá, a lo lejos, se dibuja el contorno de otro control policial.

-¡Papá!- grita Kari también. Lo primero que veo por el retrovisor es el gesto de Wilhelm, congelado de consternación. Pero no comprendo. El auto se ha detenido. Me bajo de inmediato, junto a ella, y por poco tropiezo. Logro sostenerme del costado, y avanzo pisándolo todo con furia. Norbert se halla boca abajo en la nieve, inconsciente por el esfuerzo, y sus hijos intentan levantarlo.

-¡Liseth!- grita Mikhail- ¡La bocina!

Corro de regreso al volante, pisando por sobre mis propias huellas. Golpeo, más que toco, la bocina, y el sonido parece sonar como un grito de auxilio, desesperado, hiriente en medio de la nada. Norbert se ha desmayado. No quiero que a él le pase nada.

Vuelvo a tocar una, otra, otra vez, cada vez con creciente temor. Atrás, con mucho esfuerzo, los hombres consiguen levantar a Norbert de la nieve. Todos estamos asustados. Y tras unos segundos que me resultan insoportables, la sirena de un coche de ayuda se adivina en la distancia.

XCII

En la sala de espera del hospital el frío de afuera no parece llegar, pero nada de eso impide que me recorran escalofríos, cabizbaja y ansiosa mientras veo el movimiento de pacientes y enfermeras. Es como si el calor no terminara de subir en mis entrañas, quedándose sólo en los bordes de mis brazos, dejando helado mi pecho, mi estómago, la frente bajo mi cabello.

Por suerte para mí, debo añadir que ninguno de los médicos y enfermeras que transitan está demasiado preocupado por el destino de Norbert Weigler. El doctor que lo recibió, cuando entre aquel oficial y Matt lo llevaron hasta las puertas de su consultorio, lo había visto como si fuera simplemente un hombre resfriado. Yo tenía mi experiencia con los doctores. Aunque este tenía una mirada adusta, creí por su gesto que era una buena persona, y que de haber motivo para preocuparnos nos lo hubiera informado. Al menos, con aquello me intentaba consolar.

Matt se acercó, con un vaso de poliestireno que humeaba. Lo tomé con ambas manos, sintiendo la reconfortante calidez, y di un sorbo. Era chocolate, de alguna de las máquinas expendedoras del hospital. Se sentó a mi lado. Un poco más allá, Mikhail hablaba por su celular con insistencia.

-Norbert va a estar bien- dije.

-Sí- repitió Matt- Papá estará bien.

Me encogí un poco. Estábamos en una ciudad desconocida, nos habíamos alejado del camino. Johan ya nos debía de llevar una ventaja considerable.

-Todo esto...

Matt negó.

-Esperemos a ver qué nos dicen.

-¿Kari? ¿Will?

-En la cantina. El viaje les ha abierto el apetito. Tal vez tengamos que cenar en este hospital.

Asentí. La perspectiva era desalentadora. El ruido de los visitantes, de los doctores, los nombres pronunciados en consultorios, todo sonaba sofocado, como a la distancia. Mikhail cortó, y se dirigió hacia nosotros.

-Tenemos un problema. ¿Y los demás?

-Están comiendo.

-Hablé con Jess. Alex vendrá aquí a buscarnos. Estará en la puerta en algunas horas.

-Pero...

-No creo que le den el alta a Norbert hoy. Lamentablemente, no tenemos tiempo que perder.

Asentimos. Era doloroso, pero tendríamos que dejar a Norbert aquí.

-¿Y Johan?- preguntó Matt- Si Alex viene hacia aquí, tendrá demasiado margen de tiempo. Podrá cambiar de lugar lo que sea que esconden mientras Jess sigue vigilando a Helen.

Mikhail Eder se mordió el labio, pensativo.

-Lo sé. Nos falta gente. Tal vez debería...

-Espera, Matt- interrumpí- Creo que tengo una idea.

Ambos me miraron. Antes de que siquiera comenzara a hablar, el gesto de Matt se aclaró con sorpresa.

-Comprendo.

-¿Crees que podrían...?

Ladeó la cabeza.

-Vale la pena darle un intento. Mikhail, préstame tu celular.

-¿Sabes su número?

Mikhail nos iba mirando al uno y al otro, sin comprender. Pero alcanzó su teléfono acallando toda duda.

Matt comenzó a marcar. Las manos le temblaban por el frío. O tal vez tenía miedo. Mis manos también temblaban, y no estaba segura de cuál era la causa.

-Lo recordé de tantas veces que faltaron a las prácticas- dijo- Esperemos que atiendan.

Hizo silencio, con la oreja puesta al lado del aparato. Mikhail levantó una ceja, y me miró.

-Unos amigos.

-¿Confiables?

-Lo menos confiable que hay en el mundo- chasqueó la lengua Matt- Pero van a darnos una mano.

Incluso por entre las corridas de médicos y enfermeras, podía oír perfectamente el tono del teléfono. Cada vez que sonaba, creciendo en intensidad, la ansiedad subía al mismo tiempo dentro de mi pecho. No podíamos pasar demasiado tiempo dentro de este hospital. No podíamos darle todo un día a Johan.

Del otro lado de la línea atendieron. La voz de Rickert Hetager se entendió perfectamente.

-¿Quién manda?

-¿Rick? Habla Matt.

Una pausa, y luego un grito de admiración.

-¡Ah, Matti! ¿Cómo te tratan esas playitas?

-Escucha, Rickert. ¿Está León contigo?

Otra pausa. La conexión estaba siempre a punto de quebrarse.

-Pues sí, aquí está. Somos una pareja. ¿Nos vienes a desplomar a retos antes de que Rachett lo haga? Te estábamos extrañando, así que si quieres te vienes y...

-¿Recuerdan la partida que yo y Liseth jugamos contra ustedes al inicio del año?- oigo decir a Matt, y algo en aquello me parece tan lejano, tan lejano como un sueño, un recuerdo de una Liseth muy distinta, en un mundo muy distinto- ¿Esa es en que vencimos?

Rickert se toma su tiempo en contestar, pero oímos murmullos. Es obvio que está hablando con su amigo. Del otro lado, Mikhail se dirige a Kari y Wilhelm, que se aproximan con gestos abatidos.

-Comprendo. Crees que es hora de cobrar tu favor.

Aunque no pueda verlo, Matt levanta la comisura de sus labios.

-Exacto. Les sonará algo extraño.

-Sólo dilo, gavilán. Todo por ti y la chica nueva.

Piensa unos segundos. Wilhelm y Kari ya están con nosotros.

-Van a tener que seguir a mi hermano.

De allí les explica, con lujo de detalles, lo que deben hacer: que Johan entrará a San Naerit -y por suerte, es un sólo camino el que se dirige al pueblo- que su auto es fácil de reconocer, que lo sigan y hagan evidente que lo hacen, que lo presionen pero sin acercarse demasiado. Aclara múltiples veces que Johan es peligroso. Rickert no parece muy impresionado, ni con la advertencia ni con el pedido. Sólo hace acotaciones jocosas, cada tanto, de que Johan ha molestado a Matt durante algún partido de algo. Matt no las responde, y confía en ellos. Cuando corta, Rickert se despide.

-¡Hacernos salir con este frío! Te la cobraremos.

Pero parece satisfecho de poder pagar esa apuesta. Matt devuelve el celular a Mikhail, y me mira.

-Sólo nos queda confiar en ellos.

Sonrío.

-Qué desesperados que estamos.

-El doctor acaba de hablarnos- murmura Wilhelm, de pie junto a nosotros, tan sombrío como siempre- Papá estará bien. Tuvo problemas por el esfuerzo y... Bueno, ya saben. No lo soltarán hasta mañana.

-Está durmiendo- añade Kari- Me asusté tanto...

-Hay sándwiches en la cantina. Si vamos a tener que esperar, es mejor estar bien alimentados.

Con aquello Wilhelm nos da la espalda, y se dirige al bar. Lo miramos irse algo perplejos. Mikhail limpia sus anteojos, y se los vuelve a colocar. Hace una seña a Kari.

-Tiene razón. Alex estará aquí en unas horas. Sería bueno evitarnos tener que cenar.

Ambos siguen a Wilhelm. Matt y yo nos miramos.

-Decía, que todo esto es...

-Es muy extraño- asiento- Para ti debe ser peor. Es como si todo estuviera cambiando.

Ríe, levantándose.

-Algunos cambios son buenos, ¿no?

Tenemos en la cantina de este hospital desconocido una cena entre los cinco, de simples emparedados y gaseosas, que tal vez sea la más extraña que jamás disfruté. Comemos entre convalecientes, entre familias que esperan, entre trabajadores que cambian de turno o se preparan para ir a sus casas. Las horas pasan. Nos permiten ver a Norbert, que duerme apacible en su cuarto. Sus ronquidos me parecen una buena señal. Luego volvemos al pasillo, a las sillas de espera, y yo me quedo charlando con Matt. No sé bien de qué hablamos pero, cuando por fin Mikhail nos sacude pues la furgoneta de Alex está abajo, mi cabeza está en su hombro y yo sueño, sueño algo relajante y tan distante como los recuerdos de esa partida contra Rickert y León, algo que calma mi espíritu y hace que el mundo se vea claro una vez dejamos atrás a esta innombrable ciudad.

XCIII

El viaje a San Naerit me pasa en un parpadeo, flotando entre cabeceos y sueños etéreos. En ese intermitente despertar y dormir, viendo de reojo los anchos hombros de Alex al manejar y la nieve que se acumula sobre el camino, el movimiento de la camioneta consigue que la calma que antes me dominaba se multiplique en mi interior por un millar de veces.

No estoy segura de qué es lo que sueño. Es algo que relaja todo mi cuerpo, algo que olvido siempre al despertar. Y tras horas de traqueteos, que para mí son minutos, tras la ansiada vuelta, una voz me logra sacar con dulzura de esa ilusión. No es la voz de ninguno de los que está viajando conmigo.

"Liseth."

Sonrío, somnolienta. Veo casas, casas de techos blanquecinos por la nieve, caminos de tierra en los que las llantas marcan líneas atravesando la escarcha. Las casas son coloridas. Creo que por aquí viven David y Cecile. Son los bordes del pueblo.

Estamos otra vez en el pueblo.

"Liseth."

Lo comprendo, feliz.

"¡Kain!"

"Podemos hablar. ¿Estás...?"

Me concentro, y le permito ver a través de mis ojos. Le muestro a Alex, manejando sereno, a Mikhail a su lado, a Kari durmiendo con la cabeza contra el brazo de su hermano, inclusive a Wilhelm en el asiento del fondo, cabizbajo y pensativo. Le dejo observar a quienes van a ayudarlo.

"Estamos yendo a la casona. Hay mucho de lo que hablar."

"Lo sé. Me alegra que estés aquí de nuevo."

La alegría me invade. Incluso en este momento...

"¿Te aburriste? ¿Te aburriste demasiado?"

La voz de Kain siempre es melancólica. Pero algo me dice que también está contento.

"Tuve que repetir algunos de los libros. Ah, y..."

"¿Y?"

"Recordé otra pieza en el piano. Te la mostraré."

Asentí. Como están todos, ninguno se percata de que gesticulo y hablo conmigo misma. No me hubiera importado de cualquier modo.

"Lo espero. Te veré en un rato. Tal vez estemos en problemas."

"Lo sé. Cuidense."

Eso quería decir, supongo, que hasta cierto punto Kain había podido oír las charlas que habíamos tenido tan lejos, que debía de tener una mínima idea de todo lo que había cambiado. Me tranquiliza considerar que entonces no debo darle tantas explicaciones. Pero ese alivio pronto se trunca, cuando salgo de mi ensimismamiento y espío por la ventanilla.

Había que ver lo distinto que era, lo diferente que se anticipaba todo lo que conocía aquí en lo más hondo del invierno. No es sólo el frío, que dibuja un temblor imperceptible en todos quienes regresamos de la calurosa Visgana, sino todo: el cielo, vasto e imperturbable, con los millones de copos cayendo sin cesar, la nieve, nieve que se amontona a los costados del camino, movida por palas, muñecos malformados hechos por los niños de primaria, de sonrisas quietas e insulsas, hielo oscureciendo los cristales con redes de araña. Como si aquel relajante sueño se continuara en vida, San Naerit parece cristalizado, detenido en el tiempo por algo. Es una visión estremecedora, triste, un tanto irreal.

Me restriego los ojos varias veces. El camino que tomamos baja, Alex duda antes de doblar, y por fin lo continúa. A su lado, Mikhail no dice nada, pero Alex comenta:

-El sendero despavimentado está todo cubierto. Ayer uno de los del aserradero necesitó la máquina para regresar a su casa.

Lo puedo imaginar. Han pasado cosas aquí mientras no estábamos. Deben de pensar que duermo, y no pretendo contradecirlos.

-Los campos de Lamar también tuvieron problemas con la nieve.

-Era de esperarse- contesta Mikhail- ¿No le advertiste que debía levantar un techo por esa parte?

-El gasto siempre es grande.

-La pérdida lo es más. Te aseguro que en cuanto llegue la primavera Lamar los tendrá a todos trabajando día y noche en su nuevo cobertor.

-¿Crees que permaneceremos aquí tanto?

Era una pregunta, y sin embargo, me suena tan triste como todo lo que veo, el San Naerit incoloro y quieto que vamos atravesando. Mikhail permanece en silencio, viendo su reflejo en la ventanilla. Nunca responde esa inquisición. Y yo pienso que, siendo que vinieron aquí para resolver lo que ocurrió hace diez años, para seguir el legado de Mira Strauser, es probable que al menos él se haya encariñado con este pueblo. Que aunque el Titiritero sea apresado, no planee abandonarlo por ninguna enorme ciudad como Nueva Gabul. Siento una simpatía por Mikhail que jamás había sentido antes.

Tras un costoso ascenso, al final, volvemos a encontrarnos con nuestra casona. Se alza imponente, tenebrosa como la primera vez que la vi. En el balcón del frente, risueños, notamos que un montón de nieve se ha acumulado: ninguno recordó quitar la hamaca al irnos. Hay nieve en la cancha de asfalto en la que Matt practicaba con su pelota, bajo las ventanas, entre las tejas del techo y adentrándose por el bosque, protegido por sus altos pinos.

Nos bajamos, frotándonos brazos y manos para recuperar el calor. Alex nos hace una seña a los cinco.

-Volveré a donde Jess se halla. Nos pondremos en posición. Helen tendrá turno doble hoy en el hospital. En cuanto a Rickert y León...

-No se acercarán- dijo Matt- Les advertí que sólo siguieran a mi hermano.

-Si fuera por mí, hubiera preferido no meterlos en esto- suspira Alex, y hace una expresión difícil de descifrar- Si es como ustedes dicen, Johan intentará quitárselos de encima. Va a buscar el tiempo a solas que sea necesario para...

-Para cambiar de lugar lo que esconden- asiente Mikhail, y chasquea la lengua- Pero si mantienen su distancia, no podrá tenerlo. Vendrá aquí obligatoriamente.

-Vendrá aquí de cualquier modo. Así es él.

Me puse al lado de Matt, y miré a Alex. Él hizo un gesto imperceptible, nuestro primer saludo en ese viaje.

-Me alegra que estés aquí, Liseth. Nos veremos más tarde.

Sonreí.

-Envíale saludos a Jess.

Alex vuelve a su asiento, da un portazo, y se marcha camino abajo, la furgoneta lanzando un vomito negro contra la nieve que lo persigue en su descenso. Mikhail, Wilhelm, Kari, Matt y yo quedamos a solas en nuestro hogar. Un hogar que se convierte ahora en una fortaleza a la que debemos preparar.

Johan no puede estar muy lejos. Arribó a San Naerit antes que nosotros; podría aparecerse en cualquier momento. Eso tenemos presente, al entrar y pisar la madera que cruje, al ver otra vez la chimenea, la mesa, la colección de botellas vacías, las escaleras que ascienden y se pierden contra las habitaciones. Tenemos intranquilidad, pero también puedo notar que estamos contentos. Contentos de haber regresado.

Wilhelm no pierde el tiempo, y va escaleras abajo, a su cuarto.

-¡Will!- le grita Kari. Él levanta una mano.

-Debo buscar cosas. Es importante.

-¿Quieres...? ¿Quieres que te ayude?

Su hermano se detiene a mitad de camino. Sacude la cabeza sin mirarla.

-Tal vez luego.

Kari bufa, y yo sonrío. Por mi parte estoy más que interesada en regresar a mi cuarto, en abrir la Puerta Roja y reencontrarme con Kain. Extrañaba esta vieja casa. Extrañaba todo lo que veo en ella, extrañaba la sensación de un barco detenido sobre el océano, de miles de crujidos que hablan, que susurran. Tal vez el espíritu de Mira, por sobre el de cualquier otro, siempre estuvo aquí, protegiendo a sus residentes.

En mi cuarto, también, alguna vez Mira Strauser había convalecido. Es lo que recuerdo al entrar, al volver a ver mi cama, perfectamente hecha, la lámpara de mi velador, las cortinas meciéndose en la ventana, justo como en mi imaginación. Sé que no tengo tiempo que perder, pero aun así me desplomo

sobre el colchón, dejando el cansancio del viaje esfumarse en apenas unos segundos. Al demonio con el Grand Hotel Eternal de Visgana. Esta cama siempre será para mí la más cómoda del mundo.

Me siento sobre las colchas, sacudiéndome el cabello, y miro los copos de nieve que insistentes siguen pasando tras el cristal. No es sólo miedo ahora, sino que otro temor menos digno, como el de una exposición oral para la cual no he estudiado hace mella en mí. Es temor al futuro inmediato. A lo que voy a tener que hacer.

Antes de que pueda pensarlo de verdad, oigo dos golpes en la madera, y me volteo. Matt asoma su cabeza por el umbral.

-¿Se puede?

-No me estoy cambiando- sonrío.

Se sienta a mi lado en el colchón, y también dirige su vista al paisaje. Me pregunto de pronto qué clase de ideas le trae este cuarto, el mismo en donde alguna vez vio agonizar a su madre, qué clase de temores le puede traer ahora que sospecha la terrible verdad detrás de esa memoria. Para Matt, este lugar no puede ser bueno. Estando aquí a mi lado...

Quisiera reconfortarlo, pero sé que no es el momento.

-¿Podrás ahora?

Un copo sólo se separa de los demás, apoyándose como un beso en el cristal. No comprendo qué ha preguntado, hasta que algo me trae a mi temor anterior.

Dudo.

-Puedo abrir la puerta- admito- Y esta vez, podrían pasar a su interior. Eso creo. Pero es como...

No completo la oración. Matt se desploma con todo su peso hacia atrás, con la cabeza colgando del borde de la cama.

-Te entiendo. A decir verdad, es tan...

-¿Tétrico?

-No, eres increíble. No tiene nada que ver con eso. Pero ver aparecer aquí a un fantasma, de entre todas las cosas... El mundo está por quebrarse para mí.

-Oh, pasé por eso.

-El año pasado, mi mayor preocupación era cómo lograr que Elias dejara de hacerme reír con sus chistes mientras el profesor Herbert daba su clase. Ahora tengo que pensar en espíritus, asesinos, en fantasmas y puertas al otro mundo. Y lo peor no es eso. Si fuera sólo así de aquí en adelante, tal vez estaría tranquilo, pero ahora también debo imaginar lo que ocurrió *antes*. ¿Entiendes?

Me dejo caer a su lado como él. El cabello me incomoda, pero la posición es relajante. Puedo sentir cada fibra de mi cuerpo estirarse.

-Creo que sí. Porque todo esto estaba antes de que lo supieras.

-Por ejemplo- asiente- Wilhelm. ¿Quién es Will? ¿Puedes creer que esté diciendo algo así de mi hermano? Y no voy a comenzar con Johan, pero Wilhelm... Siempre creí que era...

-Un fracaso.

-No así. Es mi hermano. Pero pensé que no hacía nada. Si alguien me preguntaba, les decía que no sabía a qué se dedicaba. ¡Pero creer, que todo este tiempo...! Wilhelm estaba luchando. Estaba detrás de lo que ocurría desde

mucho antes que nosotros, y siempre lo calló, y yo jamás tuve el valor, la consideración de...

Me volteé hacia él.

-Matt. No te culpes.

Matt niega.

-Vivimos como podemos. Lo sé. Cambiar no está mal, ¿verdad? Para mí, todos estos cambios son muy repentinos. Y aun así, sigo sabiendo qué es lo que no debo dejar atrás.

También se gira, y quedamos mirándonos.

-Quiero conocer a Kain.

-Matt...

-Si no sé qué ha ocurrido, si no lo comprendo bien, no podré ayudar a Wilhelm. Al menos le debo eso.

Trago saliva. ¿Por qué no puedo aceptarlo?

“¿Por qué?”

¿Por qué no quiero mostrar a Kain?

Antes de hacer nada, él se levanta y vuelve al umbral. Sin su peso, de pronto mi cama me parece un tanto vacía.

-¿Vienes? Los otros ya están hablando.

-Iré en un rato. Hay algo que tengo que hacer antes.

Matt asiente, sin decir más. Siempre tengo la sensación, de que me comprende mucho más de lo que se permite decir. Escucho sus pasos bajando las escaleras, y quedo unos momentos silenciosa, hecha un ovillo entre estas colchas desacomodadas. Respiro, para calmar mi corazón. No puedo hacerlo. No puedo responderme por qué, pero incluso en este momento, horas antes del final, no puedo conseguirlo.

Me levanto, y abro el armario frente a mi cama. Tomó de allí una mochila, no la mía sino la negra, estilizada de Mina Harvnes, aquella que el portero Horace me diera ese lunes que fui a clases en su cuerpo, el primero de todos, cuando aún creía que Julián Hauswhite era la Bestia de San Naerit. Me siento con ella en mi regazo, y miro de reojo la puerta entreabierta. Se escuchan las voces, de Matt, de Mikhail, de Kari. La cierro.

Luego abro la mochila, y comienzo a sacar los apuntes, los cuadernos de Mina. El que necesito lo dejo aparte: tiene su dirección y número escritos en lapicera, en un espacio de la primera hoja, todo con su prolija letra de futura abogada. Al último, por pura curiosidad, lo abro frente a mis ojos, pasando sus páginas con cuidado.

Al principio es lo mismo de siempre, excepto que, a diferencia de los otros, este parece destinado solamente a sus dibujos, a las pretensiones artísticas que ella alguna vez tuvo. No veo anotaciones de matemáticas, lengua o psicología en sus páginas, sino los hartos repetidos bocetos de arañas, de gruesas patas y ojos fríos, de telas, de bailarinas en distintas elegantes posiciones, de la misma plaza repetida infinitas veces, el mismo rugoso árbol visto desde infinitas perspectivas, por manos trepadoras. Nada de eso me dice algo. Tiene, sí, la impresión de un recuerdo que no me pertenece.

Sigo pasando las hojas. Hay un piano, uno muy bien dibujado, ocupando toda una página en un lado. En otra, unas palomas buscan libertad de un foso oscuro, rayoneado con lapicera. Es un tanto infantil, pero reconozco el pulso de Mina. Sigo pasando, refugiándome en mi curiosidad. De pronto aparecen ante mí tres niños.

Ya los había visto antes, en páginas aleatorias de otras libretas suyas, pero aquí están más detallados. Un niño de cabello ondulado, oscuro, y dos niñas que lo acompañan, más jóvenes que él. Se están dando la mano. Sonríen del otro lado de la hoja, burlones. No sé si burla es lo que quería expresar Mina en esas caras, pero así es como lo siento. Paso la página.

Los niños siguen sonriendo. Me froto los ojos, confundida, y retrocedo. Es el mismo dibujo. O mejor dicho, es apenas igual. De entre una hoja y la otra, se han movido apenas un poco. Y en el siguiente, también están, apenas más torcidos hacia la derecha.

Entonces lo comprendo. Cierro el cuaderno, y lo levanto frente a mi rostro. Pongo el pulgar haciendo presión en la tapa, y voy soltando el papel para que pase con velocidad, para que esos dibujos cobren vida.

Los tres niños hacen una ronda. Están girando, girando contentos, y lo que era burla para mí se vuelve de pronto alegría genuina, infantil. Casi puedo oír sus risas. Una de las niñas, que de pronto me parece similar a Mina, se mueve y hace que su pelo revolee junto al viento. La otra niña la mira y ríe. El muchacho parece más tranquilo, pero inclina la cabeza. Hay una expresión similar al dolor.

Y de pronto, algo lo reemplaza. No hay muchacho, sino que hay otro niño, hecho con furiosos trazos, un niño de ojos fanáticos y perversos. Su rostro es difícil de interpretar entre los manchones de tinta. Mira directamente hacia mí, incluso en el dibujo, una mirada muy fácil de reconocer. Ya me habían mirado así antes, en un recuerdo. Me había visto así un rostro similar a este, un rostro que parecía traspasar al tiempo mismo antes de lanzarse a su muerte. Recuerdo.

"Kylar, Clarissa, Jason y..."

Las hojas siguen pasando. El niño es una figura imperturbable en cada dibujo. No puedo ver si sonríe o no. El muchacho ha desaparecido. La niña que se asemejaba a Mina ha desaparecido, como si de pronto fuese una espectadora, como si testificara algo. Algo que estoy segura es terrible.

"Y Gieth", concluyo. "Gieth Berkan."

Es él. Es el de las viejas fotos en el silo de los Jerves, el de mi visión, estoy segura de que es el mismo. Estira las manos, y envuelve en algo a la otra niña, la cierra con mil trazos distintos que la apretujan hasta hacerla desvanecerse. Al muchacho que desapareció, parece arrojarlo por un abismo. Y entonces otra visión me sacude con la fuerza de un golpe. Veo a un pequeño Kain, cayendo por aquel acantilado, golpeando su cabeza contra una de las piedras. Lo veo boca arriba, en la misma posición en la que Matt y yo hablábamos, torciéndose de dolor y con la consciencia esfumándosele.

El cuaderno concluye su historia. Me levanto. Me levanto y pienso, sin detenerme, en una pregunta que ya me había hecho a mí misma antes. ¿Por qué el Titiritero guardaba una foto de los Berkan?

Y luego, una observación de Mikhail.

El Titiritero es un nigromante. Tiene los mismos poderes que yo.

Sé que hay algo más. Sé que hay una pieza que falta, algo que oí en algún lado. Pero ansiosa como me hallo, me incorporo e invoco la Puerta Roja en la pared de siempre. La cruzo sin parsimonia, atravieso como si fueran nada las enredaderas, los viejos y tostados muros que siempre parecen a punto de caer. Voy directo hacia Kain, que se haya observando el atardecer, el mismo atardecer que viera yo en Visgana hace unos días. Él se da vuelta. No lo

notaba, pero su rostro es igual al del primer niño que dibujó Mina. Es algo que me alarma, que me hace querer gritar.

-Liseth. ¿Estás bien?

No respondo. Por nuestra unión Kain debe sentir lo confundida que me hallo. Y recuerdo también que, hasta hace poco, había planeado confesarle mis sentimientos, ganármelo luego de la danza en el Lastega. Con Mary, Matt, y todo lo que ocurrió, ya no estoy segura de qué quiero. Lo único que sé es que no puedo.

-Sí- miento. Me calmo y lo examino, examino sus ojos tristes, el cabello azabache, la franca tranquilidad con la que se aproxima a mí. Me guste o no ya, me siento tentada de abrazarlo.

-Lo vi. Vi esa casa... Mi casa. La casa de mi hermana. Pude ver eso. Recordé tantas cosas.

"No puedo hacerlo." me repito. *"No puedo."*

-Ahora mismo se están preparando, ¿no es así? Para lo que ese tal Johan vaya a hacer. Quiero ayudarlos. No tendría otra forma de pagarles todo lo que hacen por mí. Liseth, ¿podré salir de aquí?

Sonrío, y levanto la cabeza.

-Luego. Debo hacer una última cosa antes.

Es una mentira. Sé que es una mentira, y por eso me siento la peor persona, al verlo satisfecho por mi respuesta. Mary jamás se equivocaba. Pero simplemente no puedo. Y mientras cambio por última vez al cuerpo de Mina, dispuesta a hacer un viaje hacia el otro borde del pueblo, me digo que ese es un cambio que no puedo permitirme. No puedo soltar a Kain. No puedo abrir esa invisible barrera en la que lo he encerrado.

Pero al menos, quiero obtener respuestas.

Por eso mismo, abandono la casona en medio de la nieve como otra persona.

Es el viaje final de Mina Harvnes.

XCIV

No hay gran comentario que pueda hacer con respecto a la caminata que realizo, esfumándome por la puerta de la casona. Quizás, tal vez, que siendo mis pies los que lo pisan luego de tanto tiempo, parece una cruel mentira creer que los lugares que paso, que el sendero que baja desde la escuela zigzagueante, los locales cerrados, las vidrieras que dan a la oscuridad, que todo sea el mismo sitio en donde solía bajar con Rita, David, Elias, Cecile, en donde charlaba y reía con ellos. Es estremecedor. Todo el pueblo parece

dormido, apaciguado por la nieve. Recorro el salón de comidas, tan popular entre los jóvenes, y el cartel que lo indica cerrado parece haber sido puesto hace una decena de años. Por allá, en la peluquería, Sally me invitó a dormir alguna vez. Conozco ese lugar. Pero en esta versión helada, distante del pueblo, es como si pareciera imposible que yo pueda haber entrado allí. Es – pienso con un escalofrío– como si todos hubieran muerto.

Es una idea ridícula, otra de mis muchas fantasías, pero no por ello deja de hacerme sentir incómoda. A esa impresión se le suma el frío, la ventisca que atraviesa mis ropas como si estuviera desnuda, que enfría los dedos de mis pies y me hace respirar con insistencia cerca de mis manos, taparme los oídos con el cuello de la campera en busca de amparo. Hoy debe ser el día más frío de todo el año, y eso que la noche ni siquiera ha llegado.

Titirito al llegar, a donde el pavimento deja de existir y el camino se abre para ambos lados. Al este, siguiendo ese sendero, treparía la colina que me lleva a la ruinosa mansión de Alice McRyans. No tengo propósito ni interés de dirigirme hacia allí. Encaro hacia el oeste, dejando que la apariencia tan rústica y desértica de esta parte de San Naerit me intimide un poco al avanzar. El silencio es constante. Por momentos temo haberme equivocado, haberme ido a otro pueblo, aun sabiendo lo imposible que es eso.

Pero luego me calmo, pues la Academia de Danza de Veronique DuMarque se aparece, hundida en un lado del camino, tan quieta y abandonada como el resto de los locales. Mis piernas tiemblan. Bajo, cuidándome de no tropezar, e intento recordar las palabras escritas en el cuaderno de Mina. No es difícil ubicarse. No hay demasiadas casas por aquí. Y a la que por fin llego, tan normal como cualquier otra a excepción de las ramas de mirto clavadas cerca de la puerta, es sin duda la que Elisa Harvnes comparte con su nieta.

Golpeo un par de veces la madera, conteniendo el aliento. Como siempre, cabe preguntarme qué estoy haciendo aquí. Simplemente hay dudas que no puedo controlar. Que debo resolver.

La quietud se extiende, a mí, a este cuerpo que no me pertenece, a mis ropas y al mismo suelo sobre el que estoy parada. Pero luego se escucha una voz.

-¡Ya va!

La puerta se abre. Una señora anciana, de cabello recogido en un rodete me examina con ojos celestes, claros como el cielo. Abre y cierra la boca por un momento, confundida, y luego se aparta a un costado.

-¡Cielo! Entra, entra. ¿Qué ocurrió? ¡Vero me dijo que volverían para la primavera!

Es imposible no ver a Mina en su abuela, no reconocer la belleza que Elisa Harvnes debió de haber tenido en sus buenos años. Algo atontada por eso, paso. Me seco las botas en el felpudo, y entro a la casa: una casa atiborrada de objetos, de estatuillas de colección, un piano, cuadros, peluches, muñecos a cuerda, sillones de cuero limpios y cuidados, talismanes que con elegancia adornan las paredes y el espejo cerca del teléfono. Hay olor a vejez, a seda y a incienso. Con todo eso, mi primera conclusión es sin embargo que Elisa Harvnes es una mujer muy digna, que no tiene tiempo para perder con tonterías. Todo está debidamente acomodado. No hay un espacio libre, nada que se vaya de su lugar, no hay un rincón que a la vista quede desocupado, deseoso de que algo lo llene. Con timidez ocupo el asiento que la anciana me

señala, junto a una mesa de vidrio baja. No sé si debería abrazarla. Nunca tuve una abuela. La madre de Thomas, profesora si mal no recuerdo, murió mucho antes de que él me concibiera.

-¿Y?- pregunta Elisa, desapareciendo tras un umbral- ¿Qué fue lo que te trajo aquí de este modo? Me cuesta creer que Vero haya sido tan irresponsable...

-Hubo una tormenta en Visgana- respondo, tanteando el mismo ambiente con mis palabras- Tuvimos que volver antes, pero el autobus se averió y...

Siento un peso, sobre los hombros. Elisa me rodea con una manta, que de inmediato calienta mi cuerpo helado, el de su nieta.

-¿Y caminaste sola hasta aquí? Mina, ¿cuántas veces te lo he dicho? Tu salud no es algo que puedas tomar a la ligera. Espérame aquí. Te prepararé algo caliente.

Se va a la cocina, y yo quedo muda. La manta acaricia mis hombros, su peso es reconfortante. ¿Esto es? ¿Así es tener una abuela? La vieja envidia que alguna vez tuviera por Mina vuelve a surgir, apenas. La aplaca temor, el temor de hacer algo mal, algo que Mina no haría. Sólo puedo adivinar, que viviendo tanto tiempo juntas, ambas se conocen y se llevan bien, que son compinches en cosas, cosas que una extraña como yo no entendería.

En cualquier caso, no me sobra el tiempo. Si Johan ya ha descubierto que hemos mandado a seguirlo, de seguro pondrá rumbo directo a la casona, y Mikhail, Wilhelm, Kari y Matt quedarán desprotegidos sin mi ayuda. Debo hacer la pregunta antes de que el sol se ponga.

A los minutos Elisa Harvnes regresa, trayendo una bandeja con dos tazas humeantes. Al apoyarla sobre la mesita veo sus manos, impresionada: manos rugosas ya, pero de piel pálida, sin manchas, uñas perfectamente recortadas. Apoya la bandeja con un pulso impresionante, y se sienta frente a mí. Yo tomo mi taza de inmediato, dejando que al calor de la manta se agregue el del té, el placer infundiéndome de vida a mis palmas.

Para hacer tiempo veo algunas de las millares de fotos que están en las paredes: Mina, de pequeña, estirándose en el garaje de alguna casa, un hombre que tal vez sea su padre, de prominente bigote, un perro recostado, una piletta y niños, a una Elisa más joven, que con su adusta seriedad me confirma todo lo que esperaba de su belleza en ese entonces. Me llevo la taza a los labios, y doy un sorbo. Es caliente. Recuerdo que a Mina no le gustaba el café. Pienso que, antes de que ocurriera lo que ocurriera, debían de haber existido cientos, miles de momentos en los que ella bebiera té en tazas como esta, en esta casa, cerca de esta mujer. Pero todo eso ha quedado atrás, pues Mina es apenas un recuerdo, que desaparece ante el menor de mis antojos.

Otra vez, tristeza. Elisa deja su propio té, y vuelve a hablar.

-¿Y cómo fue?

Sé que me está mirando, pero no puedo sostener el peso de esos ojos. Hablo todavía perdida en los retratos.

-Fue muy bien. Todos nos aplaudieron. Y la pro-... Vero se veía muy contenta.

-¿Y Laurence?

-También. Dijo que le habíamos dado prestigio. A él y al pueblo.

-Ese muchacho siempre fue un exagerado. Comportamiento de artista.

Asiento. Elisa se reclina un poco.

-¿Supongo que felicitó tu danza?

-Oh sí- me atrevo a sonreír, a sonreír por Mina, pues intento imaginar que estoy hablando por ella, que mi única paga a este pecado es el darle este último diálogo con su abuela- Mi danza fue... Distinta. Estaba preocupada. Pero salió.

-No lo dudé un segundo, Mina. Te pones muy nerviosa, pero eres puro talento. ¿Cómo lo llevó Alice?

Bufo.

-No veo por qué preocuparme por Alice.

Elisa parpadea un par de veces, confundida. Temo haberme equivocado. Hablé como Liseth, no como su nieta. Pero al instante ella sacude la cabeza, y hace una media sonrisa.

-Cariño, siempre pensé que te preocupabas de más por Alice.

No añade más, aunque supongo que allí se esconde algo, alguna duda suya como abuela, una incomodidad que en alguna hora de espera, aquí en esta casa de rostros y espejos, de seguro la ha perturbado. Pero a lo que sea que refiera, no puedo responder. Eso será siempre de Mina, y sólo de ella.

Pasamos un rato en silencio, cada una bebiendo de su taza de a sorbos intercalados, tímidos. Y aunque estoy pensando en qué decir, es verdad que esta quietud al cabo de un tanto me parece relajante, tan reconfortante como el calor de la manta que ella puso sobre mis hombros o el sabor añejado del té. Esto es un hogar. Para la parte de mi cuerpo que tal vez es Mina, es *su* hogar. Aquí ha pasado horas, problemas, discusiones, ha pasado lamentos y furias, ha tenido la vida que su juventud en este pueblo le dio. Pronto entiendo que, entre ellas, de seguro estas pausas son de lo más comunes. Tan sólo quisiera saber el motivo. Quisiera saber qué no pueden llenar con palabras.

Vuelvo a ver a Elisa, con detenimiento. Sé poco de esta mujer. Es respetada, conocida en el pueblo: Norbert, mis compañeros, inclusive los médicos del hospital y los dueños de los locales pronuncian su nombre con reverencia, como si fuera una cuestión de saber popular que nadie debería ir en contra de ella. Por lo demás, no parece particularmente rica, así que imagino que debió de ser influyente. El difunto oficial Brandon Fraser era su conocido, y en su funeral, fueron muchos los que comentaron la presencia de Elisa Harvnes entre los visitantes. Era raro, decían, que Elisa abandonara su casa.

-Estás cambiada.

Su voz me trae de nuevo a la realidad. Al hablar, las arrugas de su frente y sus labios se marcan, haciéndola más vieja y, sin que lo comprenda, más hermosa. Veo a la mujer que antes fue, como si su foto se trasladara contra la anciana piel que la envuelve. La veo fresca, serena, desenvuelta.

No puedo contestar, incómoda. Elisa sigue haciendo su media sonrisa, analizándome con sus ojos. Habla, y aunque deseeirme yo la escucho.

-Crecen... Tan rápido. Es como si nos hubiera separado toda una multitud de años. Como si el tiempo te fuera arrastrando lejos de mi alcance. Todavía recuerdo cuando tu padre te sostenía en sus brazos, lo pequeña que eras. Y ahora... Eres toda una mujer. No podría estar más satisfecha con esta vida.

Quédesgracia.

-Abuela...

Calla, mirándome con sorpresa. Yo tomo aire y coraje. Vine para esto. No es ahora el momento para dar un paso atrás, para correr con el rabo entre las patas.

-Estuve...- dudo, buscando las palabras- Estuve revisando algunos de mis viejos dibujos, y algo me hizo pensar. Sabes...

-¿Sí, Mina?

-¿Sabes si yo conocía a algún Kain?

Elisa contiene el aliento. Otra vez quedamos en silencio, las tazas humeando frente a nosotras, nada que nos pueda interrumpir. Pero esta vez, el silencio es diferente. Frente a mí, ella se inclina y afloja los hombros.

-Comprendo- dice.

Luego agrega:

-Lo extrañas, ¿no es así?

No hay claridad que me permita terminar de comprender sus palabras. Quedo muda, de pronto demasiado acalorada, de pronto sintiendo que la manta es un peso terrible, del que no puedo despojarme. Lo extrañas.

Lo extrañas.

-Yo...

-Mina, no voy a decirte que lo olvides. No seré como los demás. Porque entiendo... Yo misma conocí a tu abuelo cuando tenía tu edad, ¿no lo sabes? Si Kain viviera ahora, ¿Cuántos años tendría?

No hablo. Sólo oigo, cayendo por un abismo.

-Estoy segura de que ahora ustedes serían novios.- sigue Elisa- Tú lo querías, lo querías de verdad. Y él realmente te quería a ti. Sé eso. Pero el tiempo es triste. El mismo tiempo que se llevó a tu abuelo, a tu padre, el que se cobró este año a tantos en el pueblo, el que nos ataca todos los días. No nos matamos, como en nuestro orgullo creemos, sino que nos arrebató el tiempo; eso es lo que ha concluido esta anciana luego de tantos años. La misma ruina que se llevó hoy a un amigo fue la que erosionó la plaza, esa en la que tú y Kain tanto jugaban. ¿Lo recuerdas, verdad? El árbol guardián, con sus raíces trezándose hacia el cielo, y a ti y a Kain allí, trepándolo, él protegiéndote por si caías. ¿Qué quedo de eso? Siempre sentí... Que faltaba algo en esa imagen. Pero, aun así, querida, por mucho que el tiempo se esfuerce en devorarlo todo, algo de él quedará en ti. Kain siempre será ese niño. Y tú...

Me he puesto de pie. Elisa me mira, cortando su desvarío.

-¿Mina, querida?

-Estoy bien abuela. Gracias por el té.

Millones de pensamientos se empujan, se suturan, gritan y chocan dentro de mi cráneo. Camino hacia una puerta, guiándome por puro instinto. Doblo. Encuentro la habitación de Mina como si fuera algo natural, como si me perteneciera. Cierro la puerta a mi espalda. Necesito estar sola. No puedo oírla hablar.

Y cuando me doy vuelta, vuelvo a verlo. Veo en la pared el dibujo de un árbol, y un niño leyendo, el cabello ondulado y oscuro bajo las hojas que caen y se mecen rumbo abajo por la fuerza de un viento de primavera. Veo ese retrato de Kain, y comprendo muchas cosas, cada elemento de esta casa lanzando acusaciones mudas contra mí.

A la siguiente respiración, el niño ya no está; y en su lugar, entre la rugosidad de las ramas se levanta una puerta roja.

XCV

Kain me gustaba, digo. Me gustaba a mí. Era yo quien lo había visto, quien había terminado queriéndolo. Que hubiera ocurrido luego de que tomara el cuerpo de Mina era una casualidad. Una simple casualidad. Me repito eso, pasando por la puerta al otro mundo, frotándome las sienes. Mi cabeza arde. Siento la necesidad de gritar hasta los cielos. Veo imágenes, de Mina, de la niña de los dibujos, de las fotos, de la chica que se lavaba el rostro, decidida, ojos azules clavados en su reflejo en el baño de la escuela. Ella era...

Yo le gustaba a Kain, pienso. Pero pongo esa idea en otra luz. Pienso en los momentos, en aquellos momentos en los que él se acercaba, en los que me parecía que en su muerte estaba sintiendo una calidez distinta al verme. ¿Quién era yo en esos momentos? No era Liseth. Cuando fui Liseth, Kain nunca se acercó de ese modo. Siempre que sus ojos tenían esa chispa, ese anhelo, la persona que había frente a ellos era Mina Harvnes.

Mina, que en su infancia...

“¿No tenías un novio hace mucho?” me dice un recuerdo, la voz de Orlana, aquella noche en la que visitamos el club en Visgana. En ese momento no la había entendido. Nunca había sabido demasiado sobre Mina. La respuesta había quedado a mi lado, dormida, ignorada a consciencia para perderse en el mar de historias, de verdades, de todo aquello que no pude ver.

Me siento terrible. Terrible de cien maneras diferentes, y todas se ciernen sobre mí arrancándome trozos de alma, obligándome a no disminuir el paso para no caer de rodillas. ¿Es posible que Kain nunca me hubiera visto así? ¿Es posible que yo sólo siguiera algo, algo que hubiera quedado de la chica a la que poseí? Mientras me lo pregunto, latidos golpetean mi pecho, las enredaderas se acercan a mí, me envuelven, y mi consciencia se difumina. En mi verdadero cuerpo camino, hacia la figura que se halla apoyada en una de las mesas. Mina queda arrojada, inconsciente en el suelo.

Necesito probarlo. Necesito probar que todo este tiempo no me he equivocado.

-Liseth. ¿Qué ocurre?

Kain me ve acercarme. No puedo evitar frenarme, y para no perder impulso, me hago un lado, para que vea a Mina arrojada, las plantas apenas serpenteando en el suelo en el que se desparrama su negro cabello.

-¿No la reconoces?- digo. Él se remueve, intranquilo.- ¿No reconoces a tu amiga?

El fantasma se fija en Mina, como si fuera la primera vez. Puedo notar que está preocupado. Todavía más, me doy cuenta de que está preocupado

por *ella*, que toda una serie de sentimientos conflictivos le hacen tensar ese cuerpo que no debería sentir nada. Entonces rechino los dientes. Era Mina. Todo este tiempo, en el que Kain había parecido acercarse a mí, en el que pensé que me había amado, que despertaba alguna emoción en él...

-Detente- ordeno, antes de que él vaya a levantarla. Es la primera vez que le he ordenado algo desde hace mucho tiempo, y Kain se congela frente a mí, sorprendido.

Lo miro, pensando en todos esos momentos, pensando en lo que quería confesarle desde que me fui del pueblo. Tengo ganas de llorar, pero las contengo, y apoyo mis manos en sus hombros, levantándolas, enfocando directo sus ojos.

-Kain...- digo.

Adelanto mi rostro hacia él. Sólo quiero estar segura. Sólo quiero saber que...

Kain apoya sus palmas en mis hombros, y por un momento creo que también va a besarme. En cambio me aleja, poniendo distancia entre ambos. Su mirada es grave.

-Liseth. Eso no está bien.

Algo se quiebra en mí estallando en pedazos. Mi poder sobre él se desvanece; Kain pasa a mi lado, caminando tranquilo, y se inclina sobre el cuerpo arrojado en el suelo. Estoy de espaldas, pero puedo sentir como levanta a Mina con dulzura, como ahora, gracias a mis palabras, comienza a recordarla tras los años. Lágrimas resbalan por mis ojos. Otra vez... Es tan injusto...

-Liseth, han pasado diez años- lo escucho decir, sin darme la vuelta- He pasado diez años aquí, solo. Es verdad que lo he considerado, pero en realidad, no me atrevería a pensar en algo como el amor. Estoy muerto. No estoy listo para eso. No sé qué propósito tendría, arrastrar a alguien a quererme cuando me hallo de este lado. Lo siento.

No digo nada, secándome las lágrimas. Las raíces, los lazos, toman a Mina y la absorben, devolviéndola a aquel oscuro lugar para mantenerla con vida. Kain la ve partir con tristeza, y se da vuelta hacia mí.

-Pero lo que sí sé es que eres mi amiga. Eres mi única amiga, y volvería a morir por ti si fuera necesario. Nunca te vi de otro modo.

Estoy frenando las lágrimas.

-Lo siento.- digo, moviendo las mangas por mi rostro. Me siento una completa idiota. Kain se aproxima, intentando una sonrisa, y se inclina cerca de mí.

-Y además, recuerda que estamos conectados. Ese beso que me quisiste dar no tuvo nada de...

-Oh, cállate.

Sonríe de verdad, y yo lo miro.

-Sé que algo ha cambiado durante tu ausencia- asiente, poniéndome una mano sobre la cabeza- No es posible que sea yo la persona a la que necesitas.

Pienso en la casona, en donde los demás deben seguir planeando, preparándose para la batalla que se avecina. Él tiene razón. Estos han sido los últimos restos, los últimos restos de mi deseo de superar, de no dejar que una chica como Mina pudiera opacarme. No debo abandonar lo que ya tengo.

-Sí... He sido una idiota. Por mucho que lo intente...

"Por mucho que lo intenté siempre estaré maldita."

Tomo aire por un largo rato, para calmarme. Algo en mi espíritu parece tranquilizarse. Pienso en todo lo que debo hacer, en lo que he ido olvidando, y vuelvo a ver al fantasma.

-¿Kain...?

-¿Sí?

-Tú...- dudo, recordando los dibujos- Ahora sabemos que conocías a Mina, pero ¿recuerdas a otro niño?

Hace un gesto preocupado. Parece pensar.

-No sabría. ¿Por qué lo dices?

-No es nada- miento. Pero la visión de ese relato, de aquel niño arruinando la diversión de Kain, su hermana y Mina se repite cada vez que parpadeo, incansablemente. Gieth Berkan. Ese es Gieth Berkan.

De pronto lo comprendo. Lo comprendo todo, la última de las piezas encaja en su lugar a la perfección. Kain parece darse cuenta de aquello, porque me mira extrañado, y yo despego los labios para contarle. Al instante recuerdo lo que acaba de ocurrir entre nosotros, y enrojezco. La idea, susurrada por una voz oscura, se va difuminando.

-Yo...

El fantasma levanta una ceja, pero luego se da por enterado.

-¡Oh! Descuida. Fue una experiencia de década.

Me río, y él también sonríe. Es curioso, pero parece más contento ahora, quizás por haber recordado nuevas cosas, o porque la situación entre nosotros se ha aclarado. En cualquier caso, que sea feliz me hace feliz a mí.

Y ahora, sólo queda una cosa por hacer.

Extiendo mi mano, hacia él.

-Vamos- digo, pensando en el futuro, en lo que viene, la determinación llenándome y dándome la seguridad de que, esta vez, la barrera invisible creada por mí cederá ante mi voluntad- Es hora de que los demás te conozcan.

XCVI

Cuando regresamos por fin a la casona el sol ha pasado su cenit, y veladas sombras invaden los rincones de la blanca prisión en la que se encuentra San Naerit. Ingreso por la puerta de entrada, sin más preámbulos, y los hallo a todos allí: Mikhail, Matt, Kari, Wilhelm, sentados en la mesa del comedor, junto a papeles y planos y otros aparatos que desconozco, cables e instrumentos como aquellos con los que Will siempre solía jugar antes de las comidas, por los que Norbert tanto lo regañaba. Me miran al mismo tiempo,

confundidos. Bueno, Matt es el único que no parece curioso. Pero los demás estallan.

-¿En dónde diablos estabas?

-¡Liiiiis! ¡Nos preocupamos!

Seco mis botas en el afelpado, y cuelgo la gorra con la que protegí mis oídos en el perchero.

-Lamento la demora. Tuve que hacer algo.

-No queda demasiado tiempo. Pudimos contactar con Hetager y Goretto. Continúan siguiendo a Johan. Y él debe de haberse percatado. Se dirige hacia aquí.

-Vendrá al anochecer- confirma Wilhelm, cabizbajo.- Cuando todo esté oscuro.

Me quito los guantes. Hay una presencia en mi cabeza, mucho más clara que antes. Tardé un poco en lograrlo, por falta de práctica, pero ahora creo entenderlo todo a la perfección.

Los otros parecen algo desconcertados por mi actitud. Tomo aire, llenando mis pulmones, y aplaudo.

-Creo que ya es hora de que les presente a Kain.

Mikhail levanta una ceja, incrédulo. Kari se erige sobre su silla atenta, Matt abre los ojos, Wilhelm me mira saliendo de su posición. Es un gran paso. Pero ahora, siento que soy capaz de darlo.

-Sal.- digo.

Se hace el silencio. Sólo el reloj del comedor sigue sonando, mientras contenemos los alientos, todos esperando ver algo.

Así pasan unos segundos, hasta que Kari bufa.

-¿Y?

-*Hola*- se inclina Kain detrás de ella. Kari da un alarido y cae de su silla, arrojándola en un estrépito.

-¡Qué demonios!

-*Lo siento*.

Los otros parecen anonadados. Las pupilas de Matt tiemblan en el espacio de sus ojos; Mikhail está tan pálido como la cera.

-Joder.

Kain se mueve, dando un paso hacia atrás. Actualmente, su espíritu me está poseyendo, aunque siendo yo una nigromante, no es capaz de controlarme. Es muy extraño para mí verlo poner los pies fuera del Balcón.

-*Buenas... tardes*.

-Liseth, es...- lo señala Kari desde el suelo, respirando con gravedad.

Wilhelm también está pálido, y sus labios se estremecen. Kain no parece saber cómo reaccionar, cohibido, y Kari finaliza.

-¡Es un bombón!

-¿De verdad?- se palmea Mikhail el rostro- ¿Eso es lo que vas a decir?

-¡Alguien tiene que! ¡Liseth se lo estuvo guardando!

Matt se gira a su hermano.

-Will, ¿es el mismo?

Pero Wilhelm no lo oye. En algún momento que no percibí se puso de pie y, en su postura desgarbada se acerca lentamente hacia Kain, arrastrando los pies, con los ojillos inundados de lágrimas.

No parece creer lo que ve.

-¿Kain? ¿Eres Kain?

El fantasma asiente, fijando el rojo de sus ojos en él.

-Lo soy.

Las rodillas de Wilhelm ceden. Sigue llorando.

-Recuerdas... ¿Me recuerdas? No, eso es imposible... ¿Me recuerdas en la plaza? ¿De verdad eres Kain? No puede...

-Kain no tiene muchas memorias de su vida- me interpongo entre ambos- Además, lo pone incómodo tanta gente y tanta atención. Aléjense un poco.

-¡Qué lista, Lis!

-Kari...

-¡Pero es imposible!- repite Wilhelm, señalándolo con furor- ¡Vi...! ¡No pudo ser un cadáver! ¡Vi a Johan guardarlo! ¿Cómo es que su fantasma está aquí...?

Kain mismo no parece saber qué contestar, entre confundido y compasivo con la demostración frente a él. Mikhail se limpia los anteojos por centésima vez, como para asegurarse de que lo que tiene frente a él no es una borrosa mancha en el cristal.

-No es enteramente imposible- retruca- No necesariamente. De hecho, tengo una teoría al respecto.

Pero antes de que pueda pronunciarla, yo me vuelvo a Wilhelm, y lo ayudo a incorporarse.

-Por cierto... ¿Tú recuerdas a un niño en la plaza? ¿A otro niño diferente, que no fuera Kain?

Me mira con desconsuelo, y frunce el rostro.

-¿De qué hablas?

-¿Y a mi hermana?- se adelanta Kain. Es la primera vez desde que saludó que habla por su voluntad, y me parece curioso que lo haga con Will de entre todas las personas- ¿Recuerdas haber visto a Kassia?

Cuando Wilhelm se fija en él, el peso de años y años de esfuerzo se planta en todo su ser. No sé si Kain puede comprenderlo, pero para los demás es claro. Así como algo tuvo que cambiar para que decidiera ayudarnos, algo ahora también está cobrando errores, fracasos en Will, lavándolo con el mismo dolor que me lavó hace unas horas en la casa de Elisa Harvnes.

En ese sufrimiento él niega, calmándose.

-Recuerdo a una niña contigo. Pero no creo que fuera tu hermana.

Nos miramos. Ambos sabemos que esa niña es Mina. Es probable que la memoria de Wilhelm no la haya borrado, por el mismo motivo por el que Matt pudo ver a través de mi inexistencia aquella noche en el Lastega. Los Weigler son diferentes. Mira Strauser era diferente, y por eso fue asesinada.

Pero yo sé, por mi parte, que otra niña más debía existir. Que quienes trepaban aquel árbol en los dibujos de Mina eran tres. Kassia tiene que ser real. Todo debe ser un simple error, y lo que buscamos es a ella.

-Kain...- se acerca de pronto Matt, con las manos en los bolsillos, hasta pararse frente al espectro- Tú conocías a mamá.

Tal vez quiere preguntarle si ha hallado a Mira en el otro mundo, una pregunta cuya respuesta me parece terrible. Kain asiente.

-No tengo memorias sobre eso. Pero oí lo que Liseth tenía para decirme. Si esa mujer quiso ayudarme, si quiso delatar al culpable de mi muerte y de la desaparición de mi hermana, entonces estoy dispuesto a hacer todo lo que

esté en mi poder para apoyarlos. Desde este momento, así como sirvo a Liseth, serviré a todos aquí.

Quedan en silencio otra vez, asombrados. Me parece claro que algunos siguen intimidados por el mero hecho de que un fantasma esté hablando y moviéndose frente a sus ojos.

Mikhail lo señala con un dedo acusador.

-¿Qué puedes hacer?

-*Toco el piano.*

-Kain golpea fuerte- intervengo.- Para tocar el piano, como dice, tuvo que llevarlo a donde se resguardaba por su cuenta. Puede alzar ese peso con una sola mano. Además, como nigromante, puedo hacerlo poseer personas. Ahora mismo está utilizando mi cuerpo para mantenerse de este lado, pero si lo hiciera con alguien más... Esa persona ganaría su fuerza.

Kari da un silbido. Los otros se remueven atentos, siempre sin despegarle la vista de encima. Me parece curioso. Para mí, ver a Kain es tan normal como ver al sol salir en la mañana.

-Es... como Kylar- termina diciendo Wilhelm, pero luego sacude la cabeza, dirigiéndose a él- ¿Pero eso es todo? ¿No puedes hacer nada más?

-*No. Lo siento.*

Will duda, pensativo.

-Kylar es un monstruo. Es muy distinto a ti, que todavía pareces humano. Y más que alzar un piano, creo que podría pulverizarlo de un golpe. Calculé mucha fuerza en todas mis incursiones al cuarto de Johan, cuando intentaba pasarlo. Todo ese tiempo, todas esas veces, y ahora tú...

Lo mira. Kain ladea la cabeza.

-*Wilhelm, ¿verdad?*

No dicen más, pero parecen entenderse. Luego Will se da vuelta hacia nosotros.

-Quería lo que Johan y Helen guardaban, para tenerlos en mi poder. Para vengarme de lo que le ocurrió a mamá. Pero la presencia de Kylar siempre me lo impidió. No es sólo fuerza bruta lo que tiene, si bien excede en eso. Era capaz de otras cosas, en su afán por detenerme.

Chasquea la lengua, y se levanta el buzo, la remera, el suéter, todo con una mano, exponiendo su torso pálido y flacucho. Al principio todos debemos pensar lo mismo: Wilhelm se ha pintado la piel. Pero luego, entrecerrando los ojos, comprendo con horror que son cicatrices. Hendiduras profundas surcan su estómago, las caderas, las cinturas y cerca de las costillas.

-¡Will!

Él deja caer sus ropas otra vez.

-¡No hay tiempo! Sólo quiero que entiendan bien, qué tan en peligro estamos. Johan no se contendrá ahora. Es mejor que les diga todo lo que sé. Liseth Aurdeldard, tú debes entender mucho también sobre estos espectros, ¿no es así? Kylar antes poseía el cuerpo que se ocultaba en esa habitación, pero ahora ha poseído a Johan. Eso es posible, ¿verdad?

Asiento.

-El Titiritero debe haberlo hecho. Por lo que sé, requiere cierto esfuerzo.

-Pero lo valdría. Johan tiene gran compatibilidad con ese monstruo. Aun así, ¡eso podría debilitarlo! Me enfrenté a Kylar cientos de veces, siendo él un espectro. He intentado estudiar sus debilidades. Son pocas, muy pocas. Esta de aquí es una.

Se dirige a la mesa mientras habla, y levanta dos cables. Los alza como serpientes, estrujándolos en sus nervudas manos, girándose para que los otros cinco los veamos.

-Electricidad- explica.

Nos miramos.

-¿Electricidad?

-¿Wilhelm, has estado luchando contra un espectro con electricidad...?

Sus hermanos parecen consternados. Wilhelm vuelve a arrojar esos cables en la mesa, sin prestarles atención, con un rugido.

-¡Pero era inútil! Por mucho que me esforzara, la electricidad sólo conseguía paralizarlo apenas unos instantes. Es probable que ocurra lo mismo con Johan. En cambio, teniendo a Kain aquí... Quizás tengamos una oportunidad. Kain, ¿estás dispuesto a ayudarme?

-Lo estoy.

-Entonces...- Will tantea la madera, acelerado- Necesitamos organizarnos. Hay mucho que deben saber, todo lo que conozco sobre esa criatura. Pero creo... Ahora creo que es posible. No me he equivocado. Podemos tenderle una trampa a Johan. Podemos convertir toda esta maldita casa en una trampa, y hacer que entre de lleno en ella.

Y desde ese momento, Wilhelm robó a Mikhail la batuta con la que nos dirigía normalmente, y los seis -cinco vivos y un muerto- escuchamos, planeamos, decidimos, organizamos la forma en la que resistiríamos el asalto que pronto llegaría. Desde que el sol se torció de su eje contra la tierra, hasta que se ocultó por el horizonte, no paramos de trabajar. Escuchábamos las advertencias de Will, que con su experiencia nos deslumbraba, y memorizábamos lo que nos decía. Nos pasábamos cables, revisábamos conexiones, seguíamos las instrucciones que nos daba armando redes de cobre. Ninguno tenía tiempo para descansar. Repetíamos el plan incontables veces, como si fuera un exámen particularmente difícil, uno del cual dependían nuestras vidas. No estaba segura de que Johan quisiera matar a sus hermanos, pero no creía que se contentara con un simple puñetazo. Iba a querer imposibilitarnos. En cuanto a mí, o a Mikhail, tal vez sí nos esperaba la muerte.

Por eso nos preparamos. Y cuando ya la trampa estuvo dispuesta, y Wilhelm dio el visto bueno, por fin pude sentarme, a descansar y tomar de la lata de refresco que Matt me alcanzó. Era de uva. Todos nos hallábamos desparramados, nerviosos, exhaustos de tanto trabajar pero satisfechos con los resultados. La casa parecía normal. Claro que, desde luego, ahora había sitios en los que apoyar el pie haría que uno al instante se carbonizara.

Todo eso había logrado el ingenio de Wilhelm. Sería mentir decir que era la única que estaba admirada. Kari, Mikhail, Matt, lo miraban y se dirigían a él con mucho más respeto del que jamás les había notado antes. Kain también parecía interesado, aunque hasta que realicé el cambio planeado permaneció a mi lado. Debía presentir los esfuerzos que Will había hecho, por él y por esa mujer a la que no recordaba, la que lo había querido ayudar, la que había hecho que hoy los vivos se estuvieran preocupando por quienes habían muerto.

Cuando ya la luna estuvo alta en el cielo, y en los acres nevados los animalillos chillaban, Mikhail pareció recordar algo.

-Por cierto, Liseth- dijo- He terminado de revisar el viejo diario que encontraste en el silo de Ezequiel Jerves. Hubo algo importante que noté...

Lo interrumpió un estrépito. Hubo un alarido aterrado desde el cuarto de baño de abajo.

-¡Chicos!- gritó Kari.

Corrimos hacia ella, siempre cuidándonos de no tocar alguna de las zonas memorizadas. Kari estaba pálida, y temblaba.

-Había... Había una criatura en la ventana...

-¿Una criatura...?

-Era como...

Vi la ventana baja, entreabierta cerca del lavadero. Por allí sólo se adivinaba la oscuridad de la noche. Pero ninguno pensó que Kari estuviera mintiendo.

-Ha comenzado- dijo Mikhail- Johan debe rondar.

-¡Va a querer entrar!- gritó Will- ¡Pónganse en sus sitios!

-¡Corten la luz! ¡Dejen el generador de repuesto!

Y, en nuestros lugares y ante esa orden, como si fuera un macabro juego, la casona quedó a oscuras.

Entonces hubo silencio, y espera.

XCVII

Mi sitio no es otro que el armario en el cuarto de Kari, en el segundo piso. No tengo más compañía que un almohadón mullido, que aprieto contra mi pecho para calmarme, y que todos los nervios y la inseguridad que este plan me genera y que con ese inútil gesto no puedo apaciguar.

Al principio hay silencio. Sólo mi pesada respiración es audible, densa en la negrura de este atiborrado espacio. Hay silencio, oscuridad, y luego los pequeños crujidos, de la casa entera, de la hamaca que cuelga en el balcón, de los muebles y del viento de afuera.

Ese silencio se interrumpe de cuajo con un golpe. Aquel inicio es tan monstruoso, tan diferente a lo que esperaba, que no puedo evitar taparme la boca para contener un grito. Abajo, la puerta de entrada es golpeada una, otra, otra vez, por una fuerza descomunal. Al tercer impacto cae, y en aquella caída puedo adivinar astillas, madera quebrada, un umbral del que cuelgan retozos agudos, lastimosos.

Johan Weigler entra a la casa, cubriéndose de penumbras. Con él entra el viento de afuera, algunos pocos copos que se atreven en la oscuridad. Arriba no puedo sentir el frío, pero Mikhail y Kari sí deben estar sufriendolo. Ellos dos están abajo. Wilhelm se halla en mi cuarto, yo en el de Kari, y Matt en el suyo propio. Cada uno tiene un rol muy definido.

Hay una pausa, que parece durar unos minutos. Estoy sola, encerrada en este armario, pero sé que los demás se hallan tan atentos como yo, que contienen sus alientos tanto como yo. Johan habla.

-Sé que están aquí. Les daré un segundo para salir de donde se escondan.

Desde luego, nadie contesta. Todos sabemos muy bien que esta guerra ya ha sido declarada, y que no queda más que luchar.

-Uno- dice Johan, y lo sentimos dirigirse al interruptor de la luz. Lo presiona un par de veces, pero nada sucede. Incluso desde aquí puedo escucharlo chasquear la lengua con molestia.

Luego vuelve a hacerse el silencio, y yo pongo una mano en mi pecho, presionando los latidos de mi corazón. Necesito calmarme. Hay pasos en el comedor, en donde Johan avanza con cautela. Son pasos lentos, calculados. Debe de saber que no estamos indefensos.

Se mueve un poco, sin salir del pequeño marco de luz que le da la puerta de entrada rota. Cuando vuelve a hablar, algo en su voz suena diferente.

-Mocosos de mierda- gruñe, pues es un gruñido más una voz eso que rebota solitario en la casa, haciendo ecos con los muebles- No voy a ser piadoso con ustedes. No voy a refrenarme.

En la última oración, ya no sólo oímos a Johan. Algo más habla junto a él, por él, algo cavernoso y gutural. Me encojo, recordando al monstruo tras la Puerta Naranja. Kylar.

Johan sigue caminando, tanteando las sombras.

-¿Se creen muy listos, no es así?- habla, y la voz de Kylar con un gruñido le hace eco- Se creen que...

Un chispazo corta sus palabras. Ha pisado una de las trampas, aquella que Wilhelm cargó con su generador de repuesto. Lanza una blasfemia al aire, inafectado, y patea el dispositivo hacia un costado. Pero no sabe que la trampa es un sencillo engaño. Por el sonido que hizo, ahora todos sabemos bien en dónde se halla. No se ha movido del comedor. Se encuentra cerca de las escaleras, no muy lejos de donde Mikhail está encogido.

-Un cosquilleo- dice en voz alta, al aire, con sorna- Un estúpido cosquilleo es lo que esa imbecilidad me dio. ¿Realmente quieren que me enoje? ¡Matti! ¡Kari! ¡Will! ¡Salgan de una vez! Su *hermano* quiere jugar con ustedes.

Estoy segura de que aquello los estremece, pero ninguno se mueve. ¿Hasta qué punto habla Johan? ¿Cuáles palabras son del espectro? Luego hay otro crujido, porque Johan patea otra trampa, la hace añicos y rompe con eso algo duro, que estimo es la cerámica de la cocina.

-¡Vamos a jugar!- grita, de manera rasposa, haciéndose oír por sobre el estruendo de las cosas que en su furia y en su incapacidad de ver va quebrando. Entonces oímos silbidos, algo como música, algo infantil y repetitivo, similar a los ritmos de un tambor. Yo me preparo, pegando mi espalda contra la madera de este armario.

Wilhelm nos advirtió sobre esto, y sin embargo, vivirlo me parece una experiencia de fantasía, inclusive luego de todas las experiencias fantásticas que he atravesado. De Johan, de Kylar Berkan, emergen lazos de sombra, de una negrura que se recorta más profunda entre la ausencia de luz. Se extienden como serpientes, toman formas de animales, de criaturas con

dientes, que marchan saltando entre sí, esparciéndose como raíces por cada rincón de la casa. Nos intenta rastrear.

Me contengo, mordiéndome la mano, sintiéndolas crepitar bajo la puerta y adentrarse al cuarto de Kari, pasar por sobre su cama, envolver una almohada, la luz, viajar al grabador y luego acercarse al armario. Estas son las cosas que hirieron a Wilhelm, las que le dejaron esas horribles heridas. Son el producto de la unión entre Johan y Kylar. Pero tenemos consejos para no ser heridos, para no revelar nuestras posiciones.

No hagan ruido, había dicho Will. Eso era lo primero, y por eso, me ocupé en morder el dorso de mi mano, aunque doliera, para no gemir ni hacer sonido alguno. Las podía ver. Podía ver a víboras rodearme, viajar por mis piernas, por mis pies, estrujar el almohadón que yo atrapaba en busca de vida. Si permanecía así, no debían poder notarme.

Tranquílcese. Están en toda la casa. Puedo imaginar a Matt, viéndolas pasar por su cuerpo, a Kari, aterrada cerca del cuarto de utilería y cubriéndose los ojos; a Wilhelm, sereno por la experiencia; a Mikhail, ignorándolas para fijar toda su atención en los movimientos de Johan, que de pie espera que aquellos seres, que esos fragmentos hagan su trabajo. Muerdo, dejando una marca rojiza y gotas de sangre en mi piel, y veo a esas cosas excitarse, crecer, moverse insistentes en todas direcciones. Hay un modo de espantarlos. Pero no me corresponde a mí, sino que...

Luz. Eso era lo que Wilhelm descubrió tras años de enfrentarse a estas sombras, y en este momento Matt debe haber encendido la del encendedor que lleva, pues todas las serpientes se retiran de inmediato, retrayéndose escaleras abajo y volviendo a formar parte de Johan Weigler.

Y podemos sentir como este sonrío.

-Con que arriba.

Con más confianza, comienza a subir peldaño tras peldaño las escaleras. Pero percibo que está enojado, que la ira de Kylar Berkan se le contagia. Sólo sabe en dónde se halla uno de nosotros, debe de sentirse precavido en cuanto al resto.

Mientras más se aleja de la planta baja, me alivio por Kari, que ahora está más a salvo. A la mitad de la escalera, Mikhail le da la señal. Ambos deben ocuparse de encender otra vez el generador de energía.

Y yo...

-¡Me estoy cansando!- grita Johan, pisando tan fuerte que la madera se astilla bajo su pie, y su voz rasposa nos taladra los oídos mientras avanza- ¡Salgan! ¡Salgan!

Puedo notar que algo está cambiando, que algo en él o quien lo posee se está retorciendo. Otra vez, el ritmo de esas cosas regresa, y las serpientes de oscuridad viajan por la segunda planta. Antes de que me atrapen, salgo del armario y con cuidado espío por la puerta entreabierta. Del otro lado, por esa rendija, veo por primera vez a Kylar Berkan, superpuesto a la imagen de Johan.

Pocos de sus rasgos de hombre quedan ya, y lo que resta es una criatura alta, encorvada, de piel grisácea y dientes puntiagudos, ojos huecos tan profundos como un pozo de alquitrán y la vieja gorra que solía usar de humano, mal ceñida sobre las protuberancias espinosas que le surgen de la cabeza como cuernos. Se inclina, husmeando el aire, y mientras Johan nos insulta va creciendo, cambiando, transformándose en algo más mientras que sus sombras siguen intentando rastrearnos. La mandíbula se le adelanta, ruge

y sus dientes se agrandan, los ojos se le hundan y crecen, los dedos se estiran, las uñas crecen hasta volverse del tamaño de sables. Es un monstruo. Ese saurio destroza la madera de la barandilla con un movimiento, y durante aquel ruido yo salgo y me ubico detrás de él. Estoy descubierta, pero tengo una ventaja: a diferencia de él, yo aquí puedo ver a la perfección. Puedo captar cada mínima costra, cada rasgadura en su dura piel, y a Johan que avanza con furia, cada vez más motivado por su espectro.

-¡No sé qué creen que están haciendo! ¡Voy a destrozarlos! ¡Voy a romperlos uno por uno! ¡Dejen de jugar a las malditas escondidas!

Aquellas garras grandes, gruesas como hoces van raspando el suelo creando líneas en él. Cuando ya ha pasado mi puerta, la siguiente se abre. Matt sale de allí, de pie ante su hermano mayor.

-Johan.

Su voz es un punto pequeño, tranquilizador entre el terror. Pero de pronto tengo miedo. Johan se detiene, y sonríe mostrando los dientes.

-Ah, Matti.

Contengo el aliento. Las serpientes regresan a él, el reptil humanoide que es Kylar abre su enorme boca y da un rugido sordo entre el negro que lo rodea.

-Y detrás está Liseth, ¿verdad?- dice Johan, mirándome de reojo- Ya lo noté. Kylar ya pudo olerte. ¿Qué creen que están haciendo?

No tiene espacio para escapar. Matt por adelante, y yo cerrándole el paso hacia las escaleras. Hasta el último momento, intentamos forzarlo.

Johan da una carcajada, y se da vuelta hacia mí. El monstruo sobre él gruñe, y el mayor de los Weigler me señala.

-¿Qué truco tienes tú, Liseth? ¿Qué habilidad? ¿Qué sorpresa tú y tu equipo de exploradores han preparado esta vez...? ¿Eh? No te molestes en responder. Liseth, voy a arrojarte del maldito...

-*Johan*- dice una voz tras él, de nuevo. Pero no es la de Matt.

Johan se voltea, junto con Kylar, para ver a Kain de pie del otro lado. Kain, recto y erguido, su camisa roja una mancha distinguible incluso en la oscuridad, que lo encara tranquilo.

Da un paso hacia atrás. Se pone tan pálido, que de pronto la piel gris de su espectro parece ser más natural.

-No puede ser... Tú... ¿Cómo...?

Pero Kylar no parece tener tantas dudas como él. Da un rugido, y salta hacia Kain, intentando cortarlo con sus garras. Y en ese momento me doy cuenta de algo, de algo que me quita todo el miedo que hasta hace unos instantes sentía. Kylar Berkan tendrá todo el poder de una abominación, toda la fuerza del mundo. Pero hay una luz en los ojos de Kain, una luz que lo ocupa todo, una a la que sé todos los demonios y quienes se retuercen malditos temen. Con esa luz, Kain también ataca. Usa al cuerpo de Matt, y al mismo tiempo ambos golpean: la criatura sale arrojada, metros atrás, Johan Weigler también recibe el golpe de su hermano, y cae arrastrado hasta la pared opuesta, entre mi habitación y el baño.

Soy la única que puede ver que es el lugar correcto.

-¡Ahora!- grito. Wilhelm presiona el interruptor, antes de que Johan se termine de incorporar, y la trampa en la que aterrizó se activa. Se sucede un chispazo nuevo, y luego otro, y hay una luz intermitente que enciende y apaga

cada foco de la casona. Johan vuelve a caer de rodillas, temblando, echando espuma por la boca, y termina por desplomarse con un golpe seco.

Hay silencio. Abajo, Mikhail y Kari no pierden el tiempo en encender otra vez las luces y correr escaleras arriba. Se detienen ante el cuerpo desmayado de Johan, boca abajo en la madera.

Nos miran.

-Ustedes...

-Funcionó- digo, mirándolo, todavía aterrada por todo lo ocurrido- Lo hicimos.

Wilhelm mira a su hermano, sin decir una palabra. Luego Kain y Matt asienten.

-Tenías razón Will. Realizar el cambio fue conveniente.

-*Te agradezco, Wilhelm Weigler.*

Él no parece poder responder, atontado por la victoria. No despega sus ojos de Johan.

-¿Y el monstruo?- pregunta Kari, temerosa- ¿Kylar?

-No podrá actuar si Johan está así. Además, Kain le dio una paliza.

-¡Eso es bueno!

El teléfono de Mikhail suena. Él atiende, y los demás nos miramos.

-¿Cómo se siente, Matt?- pregunta Kari. Su hermano se rasca una mejilla.

-No está tan mal. Pero a cada rato creo que pierdo la voluntad.

-*Lo siento.*

-Kain, deja de disculparte por todo.

-*¿Ah? Lo siento.*

Matt y Kari ríen. Wilhelm sale de su ensimismamiento, y nos mira. La misma luz parece brillar en su incredulidad, por detrás de sus ojos.

-Lo... Lo hicimos. Realmente vencimos a Johan.

-Sólo tenías que confiar en nosotros, Will.

Wilhelm no sabe qué responder, y a todas luces parece emocionado. Pero entonces Mikhail corta su llamada, y nos mira.

-Es Alex. Jessica y él están teniendo problemas. Aunque de este lado hemos finalizado... Dicen que no pueden acercarse a Helen. Matt, llama a Hetager y Goretto para que se encarguen aquí de Johan. Wilhelm, ¿podrías quedarte con ellos? Para los demás, no hay tiempo que perder. Tendremos que encargarnos nosotros.

Faltaban horas para que los pocos doctores y las enfermeras que permanecían en el Hospital de San Naerit pudieran regresar a la comodidad de sus casas, de sus camas, con sus familias y todo aquello que atesoraban. Hasta que llegara ese momento, todo lo que podían hacer era en silencio trabajar; llevar las cuentas, cuidar a los ancianos del piso superior, revisar el sueño de los pacientes internados, siempre esperando que entre la nieve con urgencia llegara alguien, una madre preocupada por la tos de su hijo, un accidentado que había hallado en aquel perdido pueblo las únicas manos que pudieran socorrerle. Sin embargo, casos como esos casi jamás ocurrían. El invierno pasaba mudo y frío para los encargados de resguardar la salud del pueblo, entre tazas de café y comentarios de ánimo. El hospital, antes un asilo, se tornaba una fortaleza impenetrable, digna de la noche. Y los ánimos callaban.

¿Qué debía pensar Helen, en ese momento? Viendo una ventana que le reflejaba un cielo nublado, tan impiadoso como le era el mundo, creo que en realidad ella recordaba, recordaba mucho mejor que nadie a su opuesto, al sol, a las risas de los niños, a aquella plaza en la que se paseara con Johan; en su infantil amor, huyendo de las miradas para entrelazar sus dedos con timidez. Debía pensar, tan fría y adusta como era, en el verano, en el revoloteo de los insectos, en el calor que pegaba la ropa a la piel y animaba los chapuzones, las corridas, las risoteadas de aquellos años.

Debía pensar, supongo, en cómo todo había cambiado, sabiendo que íbamos a por ella.

Porque soldados de justicia, nosotros nos infiltramos. Alex y Jessica nos guiaban, Mikhail encabezaba la marcha. Nuestros pasos eran como tambores, como la música de antiguos cazadores. Nuestra determinación era concreta. Entre las sombras nos movíamos, acercándonos a ella, sin hablar para no perturbar a los durmientes, a los moribundos, a los muertos.

Tuve una revelación desde un principio, con Matt siempre a mi lado, de que nos habíamos equivocado, de que Helen era mucho más peligrosa que la furia de Johan. Pues había sido Helen, y no su esposo, quien había asesinado a Mira Strauser. Había sido Helen quien había permanecido en el pueblo y guardado, día tras día, de su familia el secreto que ocultaban, de lo que yo estaba segura era Kassia Antar. Era Helen Degare, muda y fría como el invierno, quien se había motivado en su amor a cometer ese crimen, el crimen que los salvara del Titiritero.

Eso sabía. Eso confirmé cuando por fin la vimos, vigilándonos tras una de las vidrieras del segundo piso. Pero también supe que algo estaba mal. Que Helen, poseída también por uno de los Cuatro, sabía que Johan había perdido, y que no le convenía que nos acercáramos a ella.

Entonces seguimos, sin perderle el rastro. Pero la realidad misma se confundía. Helen caminaba, callada y tranquila, y nosotros corríamos, sin jamás poder llegar hacia ella. Abría una puerta, y de pronto nos separaba una distancia imposible. Siempre era una figura menuda, adelantada, rehuyendo de nosotros.

Supe que estaba modificando algo. Que, así como Johan había traído esas sombras para rastrearnos, esas cosas apenas similares a los Lazos que un verdadero nigromante podía usar, Clarissa Berkan, la espectro dentro de Helen, estaba trayendo el Palacio en sí dentro del espacio del Hospital. Y que si al pasar de una zona a otra Helen siempre estuviera lejos, siempre espiando de reojo nuestros intentos, era porque ella conocía bien el Palacio y nosotros no, y

ahora le tocaba a ella el intentar guiar nuestros pasos de justicia hacia una trampa.

Pero no me di por vencida. Matt, Mikhail, Kari, Alex y Jessica que nos resguardaban, ninguno quiso ceder ante la confusión. Tal vez ellos no podían verlo, pero yo sí. Cruzábamos salas de espera desiertas. Cruzábamos cuartos desiertos, que hasta un segundo antes habían estado ocupados, y recepciones en las que nadie atendía, en donde otra vez las estrellas corrían en contra nuestra, y nosotros éramos figuras solitarias, corriendo a la deriva. El mundo de los muertos comenzaba a infiltrarse en el nuestro, llenándolo con sus peligros.

Vi a Helen desaparecer tras una puerta y me adelanté al resto, para alcanzarla. A los chasquidos de nuestros pasos se le agregaron furiosos impactos que despertaban sombras, una sombra inmensa, encapuchada, recortada contra la blancura de la nieve que se proyectaba desde la ventana. Clarissa Berkan nos vigilaba, su boca oculta por la mascarilla que usaba. Con cada parpadeo, las camas vacías que iba dejando atrás se abultaban con presencias.

Yo pensé en las víctimas de Helen, en todas ellas. El viejo Ezequiel Jerves, Mira Strauser, ¿y quién sabía cuántas más? ¿Quién sabía a quiénes más la enfermera de la muerte había dado su amargo beso, enviándolos al olvido? ¿Quién sabía, en todos estos años, cuántos secretos, cuántas pesadillas ocultaba esa mujer? Pero con eso y todo, no podía dejar de pensar que éramos similares. Detrás de mí, Matt, Mikhail, Kari, todos miraban a sus costados maravillados de horror, veían los espacios que se extendían eternamente y la infinidad de camas, la infinidad de bultos que en ellas respiraban en perfecto silencio, obedeciendo los designios de quien controlaba esta área. En cambio yo corrí, sin prestarles atención. Esos eran muertos. Me daban pena. Creía que a Helen también le producían una sensación similar, que a quienes ella había ayudado a cruzar también le daban piedad. Debía de sentirse identificada. Yo misma lo sentía. Pero por eso mismo, decidí no dar marcha atrás.

Me arriesgué, y salté hacia el pasillo en donde Helen había estado, separándome de los demás. Al instante todo cambió. Se dibujaron nuevas sombras encapuchadas, que como olas fueron lanzadas hacia mí. Cada vez que una me impactaba, podía oír los inicios de un alarido que enmudecía, y mi cuerpo se enfriaba.

Continué corriendo, soportándolas. Muertos sin rostro se removían, trepaban las paredes alejándose ante mis pasos. Yo tenía poder sobre ellos. Crucé la última sombra, y volví a aparecer en otro sitio, en donde bancos se alineaban y un altar se alzaba similar al de una iglesia.

La sombra de Clarissa se deslizó tras uno de los coloridos vidriales, y las figuras de los santos y de los ángeles derramaron lágrimas oscuras. Yo corrí, ajena a todo pensamiento, y embestí aquello con mi frágil cuerpo. El vidrio estalló en pedazos, y pasé del otro lado. Matt me sujeto desde atrás.

-Todo esto es...

-¡Vamos!

Mikhail, Kari y Alex intentaban rodearla. Tal vez lograran cortarles las rutas de huida. Más por instinto que por otra cosa corrí, con Matt a mi lado, la presencia de Kain poseyéndolo también clara en mí, dándome tranquilidad de que estaría protegido. A nuestro alrededor hospital, asilo e iglesia se iban sucediendo, sus formas se confundían, aparecían cuartos de espectros

mutilados, que apenas podíamos ver, cuartos en los que se interponían murales perversos, de la mujer encapuchada rezando por ellos, su rostro cubierto por el velo que sólo dejaba ver el brillo blanquecino de sus ojos y el cabello oscuro que le caía por ambos lados.

Trepamos las escaleras sin aliento. Más allá, Helen nos esperaba, las puertas del ascensor cerrándose para ocultarla. Corrimos hacia el que estaba al lado, moderno entre todo ese caos, y oprimimos el botón de descenso.

Estábamos desnivelados.

-Matt.

Matt asintió, y cerró los ojos. Kain pareció dominarlo, y ambos golpearon el suelo. El ascensor descendió con un chillido agudo. Mi rostro quedó frente al de Helen, ambas separadas por los vidrios, ambos ascensores bajando mientras que del otro lado se adivinaban luces, oscuridad, una altura imposible que nos separaba del pueblo. Era una locura. Todo lo que nos rodeaba era una locura, pero no era aquello en lo que debía concentrarme.

Frente a mí, Helen se mostró tan inexpresiva como siempre. Pude ver su frente amplia, el cabello mal lavado, las ojeras negras bajo sus grandes ojos. En cuanto terminé de captar cada rasgo, ellaladeó un poco el rostro. Era lo más parecido una sonrisa que le había visto hacer en todo el año.

-Matt...- dije, comprendiendo. El poder que estaba puesto en el hospital se desactivó. No había dos ascensores en realidad: el nuestro desapareció, aparecimos en las afueras del cuarto piso, y en el momento en el que me dije a mí misma que aquella caída no nos mataría la sombra de Clarissa se dibujó estática en el cielo, proyectada como una estatua que lo ocupaba todo, y aquel poder volvió a ponerse en funcionamiento para que viéramos la altura incrementarse, ambos caer sin posibilidad de sujetarnos sobre las luces diminutas de una ciudad, el viento silbando, congelándonos por completo.

-¡Matt!- grité, intentando equilibrarme. Lo veía caer, y no tenía modo de impulsarme hacia él- ¡Matt!

Kain apareció por unos instantes, y logró rescatarlo. Matt pareció despertar. Seguíamos cayendo, el suelo cada vez más cerca, el impacto aproximándose en apenas unos segundos.

Piensa, me dije. Piensa Liseth Aurdelard. ¡Piensa!

De pronto lo comprendí.

-¡Ven!

Estiré las manos, hacia él, el aire tironeando mi buzo hacia arriba. Los oídos me dolían, todo mi cuerpo dolía y se sentía flojo, arrastrado por la proximidad de la muerte. Matt a duras penas se mantenía despierto, pero estiró su mano.

Logró tomar la mía, y yo tiré, acercándolo hacia mí. No quería que muriera. Pasara lo que pasara, iba a impedirlo. Logré abrazarlo, cegada por el viento y mi propio cabello, y estiré la mano en dirección a la pared del hospital, del Palacio, del millar de ventanas que íbamos dejando arriba en nuestro precipite.

-¡Puerta!

En uno de los cuartos, una Puerta Roja apareció, y al instante se abrió. Todo dependía de la velocidad que tuviera. Los lazos surgieron como relámpagos, las enredaderas cortaron la atmosfera y me tomaron de la cintura, de los pies, asegurándose bien en mis tobillos, en mi cuello, mientras que yo

me encargaba de no soltar a Matt, de no dejarlo caer. Luego di una orden muda, y se estiraron con la misma velocidad de regreso.

Salimos despedidos hacia arriba. El mundo se convirtió en una mancha, y sentí la necesidad de devolver todo lo que había comido en el día, pero me contuve. Las enredaderas nos hicieron caer dando tumbos, en la terraza del hospital: Matt acostado, apenas despierto y con Kain arrodillado sobre él, y yo sobre mis pies, levanté la mirada para ver sorpresa dibujarse por primera vez en el rostro adusto de Helen.

De allí, sólo quedó la última danza. Helen intentó escapar, despegando nuevas sombras que se lanzaron contra mí. Yo no me amedrenté. El terreno de la terraza se fue modificando, ascendiendo como una escalera mientras ella huía. Salté a una sombra, me agaché esquivando a otra, crucé los brazos para que la siguiente sólo me empujara unos pasos atrás. Estaba agotada. Estaba agotada, y, por supuesto, no iba a dejar que eso me detuviera. Helen siguió retrocediendo hasta que topó contra una pared blanca. No tenía escapatoria.

Caminé hacia ella, dejando que las sombras me golpearan, que los intentos vanos de aquellos espectros no dieran fruto. Di un paso, y otro, y otro, cerrando la distancia hacia ella. No reaccionó. Quedó muda, cuando por fin estuve a menos de un metro, cuando estiré mi mano plantándola contra la pared.

Clarissa Berkan sí reaccionó, furiosa de ver su territorio comprometido. A un palmo de distancia, su figura apareció frente a mis ojos, cubriendo a Helen, y su mascarilla resbaló dejando ver una boca perversa, de dientes resquebrajados e inmensos como dagas. Rugió frente a mí, pero no me amedrenté. Ya estaba harta. Ya todo tenía que terminar.

Me planté con fuerza, y apoyando la mano en sus frentes, y empujé. Concentré mi poder como nigromante, aquello que me ponía por encima de todos los muertos. Y aunque los Cuatro no me pertenecían, pareció funcionar. Clarissa dio un alarido agudo de frustración y horror, y terminó por desvanecerse. Helen me miraba boquiabierta.

A nuestro alrededor, el mundo fue recuperando la cordura. El hospital volvió a ser un hospital, el cielo sobre mi nublado y carente de estrellas, la terraza una simple terraza y la altura los sencillos cinco pisos, que de algún modo había subido. Matt también se recuperó, y luego entraron Mikhail, Kari, y Alex.

-La atrapamos- les dije.- Esto está hecho.

Helen no parecía nerviosa. Había perdido.

-Cometen un error.

-Cierra la boca- le espetó Mikhail- Vas a decirnos en dónde lo ocultan.

-No tengo nada que decirles.

Hubo un destello en el aire, y para nuestra sorpresa, Mikhail sacó de su bolsillo un arma. Resplandecía plateada incluso entre lo opaco de la noche.

-No te he pedido un favor- dijo, y la apuntó en la frente.

-¡Mikhail!- gritó Kari, horrorizada. Alex no se interpuso, y Matt y yo nos miramos.

-Esa bala rebotará- dijo Helen- ¿Crees que me importa mo-?

Para el horror de todos, Mikhail oprimió el gatillo. La cabeza de Helen golpeó contra la pared opuesta. En su tez quedó una pequeña marca roja.

Respiró, calmándose. Mikhail también parecía exhausto.

Pero estaba viva.

-El espectro que me ocupa- dijo Helen- Hace que...

-No lo entiendes- la interrumpió él- Alguien como tú no podría entenderlo. Eso fue una demostración. Estoy dispuesto a dispararte. Y sé que estás dispuesta a morir. Estar dispuesta a morir es algo muy sencillo, ¿no? Pero nosotros tenemos a Johan. Y con la misma seguridad con la que acabo de hacerte esa minúscula herida en la frente, soy capaz de ordenar que tu esposo sea asesinado. ¿Lo comprendes?

Helen calló. El resplandor rojizo de sus ojos se apagaba. Tocó la herida en la frente, de la que brotaba algo de sangre, y vio también el casquillo de la bala arrojado en el suelo.

-Así que no nos hagas perder más el tiempo- dijo Mikhail, guardando el arma- Pues este pueblo ha pasado demasiados años en la noche. Y si no quieres que Johan Weigler muera, ahora mismo tendrás que guiarnos hasta la luz. Muéstranos en dónde está lo que ocultan.

XCIX

Los caminos cubiertos de nieve hacían difícil que la camioneta pudiera maniobrar con velocidad a su destino y, por desgracia, a medida que nos alejamos del hospital y de los callejones más conocidos del centro ese impedimento se fue haciendo mayor, al punto que nos zarandeábamos de lado a lado y el motor rugía por el esfuerzo.

Alex iba al volante, bien atento a esos fenómenos y a poder llevarnos a donde era necesario. En el asiento del copiloto, Kari le daba algunas instrucciones apresuradas. Habíamos dejado a Jessica en el hospital, para que se encargara de informar a Wilhelm sobre lo ocurrido y asegurarse de que Johan continuara inconsciente. De momento no habíamos tenido inconvenientes.

En la ronda final de asientos estaba yo, y Mikhail, siempre con aquella arma en alto apuntando sin dudar la cabeza de Helen. Yo jamás había visto tal determinación, tal desprecio en los ojos de Mikhail Eder. Helen en cambio permanecía tan imperturbable como siempre.

-Espero que nos estés llevando al sitio correcto.

La enfermera no lo miró. No parecía importarle el caño de la pistola.

-No saben con qué se están metiendo. Nada de lo que hagan podrá compararse a él.

Adelante, Matt la miró de reojo. Yo también me volví a ella.

-¿Al Titiritero?

Helen no respondió. Pero supe que había acertado, y que ella también había oído ese nombre.

-Tienes agallas para hablar de maldad- pifió Mikhail- Una asesina como tú.

Nuestra cautiva continuó pensativa, mirando a través de la ventanilla. Aquellos ojos seguían añorando un pasado. Me pareció que no estaban realmente con nosotros, no importaba qué hiciéramos.

Exhaló un largo suspiro, y se volvió a Mikhail.

-Mira Strauser aceptó ser asesinada. Ella entendió en qué peligro estaba su hijo, y accedió a morir. ¿O creen que no lo sabía? Son demasiado inocentes.- su voz cortó el ambiente dentro del auto, y sólo Alex pareció mantenerse calmo sobre el volante- Qué veloces son todos para juzgarme. Liseth Aurdelard, Mikhail Eder... Espero que el futuro nunca los ponga en la elección de tener que matar para salvar a la persona a la que aman. Me pregunto entonces qué harían ustedes.

Todos callamos, pesándolo. Yo me volví a Matt, cuyos labios temblaban. Helen lo había confirmado. Hasta ahora, tal vez a él todo le había parecido una aventura, pero ahora ya había oído las palabras directamente. La asesina de su madre estaba allí junto a él. Kari también la miraba incrédula, y yo misma me revolví incómoda, deseando que Helen callara.

Mikhail en cambio rio con sorna.

-Cállate. No quieras sermonearnos, no tú. Conozco a los de tu tipo. Apuesto mi alma a que nunca sentiste el menor arrepentimiento por lo que has hecho, por todas las personas a las que has matado bajo las órdenes de ese monstruo. ¿O me equivoco?

Helen levantó las cejas.

Luego, para nuestra sorpresa, hizo un leve asentimiento.

-Eso es cierto- dijo, sin mirar a nadie en particular- Desde que vi a mi tío morir frente a mí, me percaté de que la muerte era una simple consecuencia. Es una expiación por una vida llena de pecados. Nunca me importó verlos dormir, a quienes se iban en el hospital, o a quienes mi mano guiaba. Todos morimos. Es de lo primero que sabemos, y sin embargo todos hacen un gran bochorno al respecto. ¿Qué cambia? Es sólo una paga. Todos tenemos que pagar.

Sus palabras quedaron flotando. Estuve segura de que no era sólo yo, sino que todos conocían a Helen por primera vez. El único que no pareció impresionado, otra vez, fue Mikhail Eder, quien mantuvo su media sonrisa y bajó el caño del arma.

-Curiosas palabras. Pero sintiéndote tan libre de dar muerte, ¿tal vez te creas tan capaz de dar vida?

Helen frunció el ceño, y yo asumí que Mikhail le había tocado un nervio. La enfermera miró hacia la ventana, otra vez en silencio.

El coche traqueteó, subiendo una pendiente. A nuestros costados el camino se estiraba, nos aproximábamos a la Playa de las Piedras. Todo a mi alrededor eran los troncos de los árboles, la oscuridad entre ellos, la misma que hubiera visto al inicio de todo, el día en el que llegué al pueblo. Ya San Naerit era para mí un hogar.

Alex habló, mirando por el espejo retrovisor.

-¿Qué es lo que nos espera allí?

-¿Qué más?- respondió Helen- Kain Antar.

Cerré los ojos. Nadie más pronunció una palabra, y yo me dejé llevar por el rumor de las ruedas contra la tierra, por los pequeños coros de la noche, y pensé. Pensé en cómo, desde un principio, Kain había sido diferente. Porque yo ya había conocido a tres de los Cuatro, y había visto a toda una variedad de espectros dentro del Ajeno Palacio, y con todo eso, aún siempre me preguntaba qué tenía Kain de distinto, que hacía que, día tras día de verlo, incluso desde la primera vez, brillara una voluntad en él y me sintiera cómoda con su presencia. ¿Por qué Kain jamás me había dado miedo? ¿Por qué lo había sentido palpar, porqué su figura había crecido en todos esos diez años de espera, muy distinta al niño al que Ezequiel Jerves había arrojado por ese acantilado?

Existía una cosa, nos había dicho Mikhail Eder en la casona, que las personas llamaban viaje astral, la desconexión de un alma con el cuerpo que la sostenía. El espíritu vagaba libre, en el plano de los muertos, y el cuerpo dormía en vida, incapaz de moverse. Nadie sabía cómo lograrlo, y los intentos de forzarlo eran vanos. Pocos casos se habían registrado. En ese profundo sueño, el alma vagaba como en la muerte.

Un sueño completo, que oscurece la consciencia. Volví a pensar en los dibujos de Mina, y en Kain, cayendo, golpeando la parte de atrás de su cabeza contra las piedras que se alzaban entre la turbulencia del río. Pensé en un dolor agudo, incomparable, y en el desmayo.

"Yo no..." dijo Kain en mi mente, en confusión.

Luego quedó en silencio.

-¿Dices que Kain está vivo?- preguntó Matt, pero Helen ya no contestó. La camioneta se detuvo en los lindes del río. Yo sentí que había algo extraño. Alex se quitó el cinturón, y nos miró.

-Tendremos que seguir a pie.

No comprendí qué era exactamente lo extraño hasta que llegamos a la orilla, todos siguiendo el paso de Helen, encañonada por el arma de Mikhail. Lo extraño, en concreto, había sido el no oír el perpétuo rumor del río. Las aguas estaban congeladas, formando una gruesa capa. Yo dudé, pero Alex pisó con cuidado.

-Podremos pasar.

-¿Es por aquí?

Helen asintió. Fui con calma, apoyando mis botas en esa superficie.

A la mitad del camino miré el hielo que continuaba, la entrada a aquel valle rocoso en donde los Cuatro habían muerto, en donde Kain había caído. Justo en ese momento volví a oír su voz en mi cabeza.

"Liseth. Estoy tan agradecido..."

Supé que algo le pasaba.

"¿Kain?"

No hubo respuesta. Sin embargo, podía sentir su espíritu todavía infiltrado en el cuerpo de Matt. Continuamos cruzando el río, a donde el bosque cedía abriéndose en un espacioso claro; piedras de distintos tamaños posicionadas en cualquier forma. Hacía frío. En ese momento Alex sacó su linterna, y le tendió otra a Matt para que lo ayudara. Kari se estremeció a mi lado.

-Parece un cementerio...

Helen no dijo nada. Yo supuse que no se había equivocado, que la forma en la que estaban puestas estas piedras se asemejaba mucho a unas lápidas.

También podía sentir, en mi poder, a los muertos que danzaban a nuestro alrededor, que se movían murmurando, espiándonos. Este sitio era maldito. Más aun, pensé, aquí era en donde la *brecha* se había abierto.

Cuando llegamos al medio de esas ruinas, Helen se frenó.

-Ya veo.

Mikhail adelantó su arma.

-¿Qué ocurre? Habla de una vez.

La enfermera se dio vuelta, y nos brindó una mirada calma a través de la oscuridad.

-Alguien se ha llevado a Kain de aquí. Debe haberlo movido hasta mi apartamento de nuevo.

Hubo otro impacto, y Helen cayó en la nieve. Mikhail la había golpeado con el arma, y esta vez el daño sí había sido acusado. Helen escupió sangre. Él volvió a apuntarle.

-No pienses que...

-Dos semanas.- lo interrumpió ella, limpiándose con el brazo- Hace dos semanas que no doy suero alguno a Kain Antar. Si de verdad les interesa que permanezca con vida, les recomiendo ir hacia allá de inmediato. Aquí no encontrarán nada.

Mikhail pareció querer volver a golpearla, pero se contuvo. Todos nos miramos. Los murmullos que sólo yo oía se acrecentaban.

De pronto sentí urgencia.

"¿Kain?"

Nada contestó.

"¡Kain!"

-Alex, ¡vamos!- gritó Matt. Todos nos encaminamos de regreso a la camioneta.

-No, esperen- nos detuvo Mikhail, alzando a Helen del cuello de su uniforme- Esto podría ser un engaño.

-Mikhail, puedo sentir que...

-Pero quizás aquí hay algo más- dijo- Kari y yo nos quedaremos revisando. Es posible que el apartamento sea una trampa. Si no recibo una llamada de ustedes en los próximos veinte minutos, mataré a Helen. Puedo notar que ese espectro ya no está activado en ella, ¿verdad?

Asentí. Había logrado adormecer ya del todo a Clarissa.

Mikhail me miró de reojo, sonriendo. Hubo algo en esa sonrisa que jamás olvidaría.

No necesitó decir más palabras, y nosotros partimos a toda velocidad, con el propósito de salvar a una persona dormida hacía una decena de años. Dejamos atrás a los tres en aquella brecha, y mi mente se puso de lleno en Kain, en intentar comunicarme con él, en comunicarme con la persona que todo este tiempo había yo creído era un fantasma.

C

Todo el resto fue para mí como un sueño, como una película, como una visión de imágenes mudas que jamás olvidaría. Alex puso en marcha su camioneta, condujo a toda velocidad por los terrenos que se interponían al bosque, saltando y repiqueteando sobre la nieve, sin quitar su pie del acelerador en ningún momento. Jamás había ido tan rápido. Quedaron atrás los pinos, los acres, e irrumpimos en el centro arrojando nieve por los lados, las luces encendidas en el medio de la noche.

Entramos al edificio de Helen saltando la reja. Ya no podía sentir la voz de Kain, y la preocupación me devastaba. Corrimos escaleras arriba.

Alex echó abajo la puerta con una vigorosa patada. Y entonces entramos al hogar de la enfermera de la muerte, tan insulso y ordenado como ella.

Excepto que en el suelo, había algo. Una figura envuelta en una vieja tela, de cabello oscuro y largo y rostro vendado. Yo lo reconocí al instante, y mi corazón hizo un giro en mi pecho.

Matt se adelantó, y vi entonces a Kain, el espíritu, ser arrancado de su cuerpo.

Vi a ese espíritu regresar, luego de diez largos años, a su verdadero ser, al Kain de carne y hueso que había pasado miles de noches soñando, con balcones, conmigo, con libros y soledad, con el deseo ferviente de encontrar a su hermana.

Vi a Kain Antar abrir los ojos, ojos castaños y carentes de brillo, y entonces una luz resplandeció, una luz que creció y creció, llenando cada rincón, cegándonos a todos.

En esa luz, lo oí decir mi nombre por última vez.

...

El día en que Mikhail Eder murió, fue recordado también en San Naerit como uno de los días más fríos que jamás azotaron al pueblo, como la cima de aquel invierno maldito en el que las tormentas habían hecho estragos en todo el país. Fue, también, la cúspide de una montaña, pues en adelante se fueron sucediendo noches en donde la nieve menguó, en donde los insidiosos copos dejaron de caer, ocupados en volverse vahos, en donde el sol asomó cada tanto por las ventanas que recortaban las nubes, anticipando la llegada de la primavera.

Mikhail Eder murió esa misma noche, la noche en la que Kain Antar despertó de su largo sueño. Murió cerca de las cuatro de la mañana, entre las tumbas del claro que existía cruzando la Playa de las Piedras, allí donde la brecha de la que el autor había hablado se había abierto desde un principio.

La policía Visganesa encontró su cuerpo tumbado contra una de las lápidas, la profunda herida de su pecho borboteando sangre y el rostro apagado, torcido; los lentes mal puestos, descolocados por el impacto que lo había arrojado, el arma que había llevado arrojada ya sin balas a pocos metros. Los forenses tuvieron que asumir que había mucho que no comprendían sobre esa muerte. Yo, por mi parte, tuve para mí el relato de Kari.

Quiero admitir que, hasta mucho después, jamás comprendí a Mikhail. La justicia que había en su mirada, su fervor imparcial por hacer el bien, su modo de decir la verdad, todas esas eran cosas con las que yo no congeniaba. Recuerdo que una vez él me agradeció, llamándome la luz del pueblo, pero yo creo que, si alguien representó alguna vez a la luz dentro de San Naerit, ese tuvo que ser él; él, que desde hacía tanto tiempo luchaba contra las sombras que lo velaban.

Sin embargo, sólo me queda suponer. Me queda suponer que esa noche, en la que como saetas nosotros partimos en busca de Kain, Mikhail tomó asiento frente a su rehén, sin dejar de apuntarle, sabiendo que tendría que esperar. Que Helen continuó en su sitio, con las manos en los bolsillos, sosteniéndole la mirada, y entonces -Kari nos contó entre su llanto- él dijo.

-Kari, busca en alrededor. Tal vez haya algo importante aquí.

Y le tendió la linterna. Kari, de seguro incómoda por la noche y por todo lo que había ocurrido, no quiso de cualquier modo negarse.

Y Mikhail Eder quedó mirando a la mujer a la que había apresado, sereno como un ave de presa. Un poco de sangre goteaba de la frente y boca de Helen Degare pero, ¿qué pensaba él, viéndola? ¿En qué habría estado pensando esa noche?

Supé luego muchas cosas sobre Mikhail, sobre su infancia, cosas que jamás hubiera imaginado. A los cuatro años, sus padres lo habían abandonado. Había vagado las calles de la ciudad a solas, pidiendo comida, haciendo lo necesario para sobrevivir, hasta que los miembros del orfanato lo encontraron y le brindaron acogida, para que viviera con ellos y hallara una nueva familia. Con eso, comprendí bien porqué él había sido tan desconfiado de los lazos de sangre que crearon tanta ilusión entre los Weigler. Mikhail no había tenido a nadie.

¿Habría recordado las horas en ese orfanato, quizás? ¿El tiempo de soledad, de mirar una ventana que daba a la nada, de leer mil veces el mismo libro y esperar, en vano, la aceptación de una familia? ¿Mil rostros, uno tras otro, todos doliendo más que el anterior, mil preguntas en las que se habría forjado duro, fuerte, capaz de enfrentarlo todo con el propósito de no sufrir? Creo, en realidad, que Mikhail no pensó en esas cosas. Que lo que tuvo en mente, en ese momento, durante esa espera, fue a la persona que lo había salvado: a la sonrisa, la voz, el reír de Mira Strauser, su mentora, quien lo había educado, quien le había enseñado a sostenerse sobre sus pies y a no dejarse llevar por el dolor, no entrar de lleno en la maldad. Quien le había enseñado la luz.

Pero a esa hora, en el cementerio las sombras reinaban. Kari buscaba, el haz de su linterna viajando con prisa de un lado a otro, y Mikhail continuó estudiando el rostro de Helen, intentando adivinar la trampa. Le parecía claro, suponía, que Helen no había estado esperando la ausencia de Kain, que algo la había sorprendido. Había aprendido a leer las huellas en la inexpresividad de su oponente. ¿Pero qué era? ¿Qué tramaba? ¿A dónde quería conducirlos?

No puedo saber qué ocurrió luego, de qué hablaron, si es que hablaron siquiera entre ellos. Pero en algún momento, entre el mecer de los follajes y los pasos cada vez más lejanos de Kari, veinte minutos pasaron. Mikhail tanteó su bolsillo, esperando la llamada, y descubrió que no traía nada.

Notó entonces que Helen sostenía algo, ocultándolo tras la tela de su uniforme. Posiblemente al oír aquella llamada cortarse palideció.

Helen le arrojó su celular, que quedó apagado en el suelo entre ambos. Y Mikhail comprendió. Comprendió, de inmediato, la gravedad del asunto, y levantó los ojos hacia ella.

-¿Cuánto?

-Ya es tarde.

Creo que desde ese momento él ya supo que estaba muerto. Mikhail era inteligente. La llamada había sido efectuada desde que ella le había robado el móvil, cuando fue golpeada durante la confusión. El recipiente debía de estar cerca. No había mucho más para hacer.

Mikhail Eder debió de haber mirado a Helen, haciéndole una seña con los ojos, una seña que ella comprendió.

"Kari."

Por primera vez, hubo entendimiento entre el pupilo de Mira Strauser y su asesina. Helen entendió lo que la mirada tras los anteojos decía: "*¿Te queda compasión?*".

Y sin dudarle, le asintió.

Mikhail suspiró satisfecho. Helen permaneció callada, y un paso rompió las ramas más cercanas, saliendo de los árboles. Ya Kari estaba muy lejos.

Al darse vuelta, Mikhail pudo ver al Titiritero.

-Buen trabajo, Helen- dijo este, avanzando por entre las tumbas, acercándose a ellos a través de la nieve, de la noche- Eres tan confiable.

La enfermera misma estaba asustada. Ella y Johan habían fallado. Podía esperar cualquier cosa en ese momento.

Mikhail observó al culpable con los ojos abiertos como platos.

-Tú eres una...

-Y tú eres el alumno de esa mujer, ¿no?- lo señaló el Titiritero, con una sonrisa- Mi... Ma... No te molestes, no soy muy bueno con los nombres. Es posible que me lo olvide en cuanto termine aquí.

El Titiritero no se inmutó, ni con el arma apuntándole. Volvió a hablar, sus ojos brillantes de fervor entre las sombras.

-Helen, hiciste bien en llamarme. Yo limpiaré esto. En cuanto a ti... Bueno, no tengo más que decirte. Eres *tan* molesto.

Mikhail Eder disparó de inmediato, cuando el Titiritero se lanzó contra él. Pero la bala no hizo efecto. Y una garra le perforó el pecho, haciéndole soltar el arma, golpeándolo contra una de las lápidas. Helen se sacudió, poniéndose de pie, sudando en frío.

El Titiritero se sacudió la sangre de las manos.

-Quería hacer eso desde hacía tanto. Tanto, tanto, tanto.

Mikhail ya no lo escuchaba. Los sentidos se le embotaban, la cabeza le pesaba como piedra contra aquella tumba. Ya no debía poder oír.

Pensaba: *Todo se apaga. Debo decirles a los demás, a Alex, a Jessica, a Matt, a Liseth. Pero no puedo. No puedo hacer nada.*

Su visión debía de interponerse, con la de aquella ventana vacía, con la de Mira Strauser mostrándole las figuras en los libros, sonriéndole como una madre, y las risas de los otros niños en el orfanato.

Kari debe estar a salvo. Mientras ella sobreviva, mi deuda estará saldada.

Sus ojos perdían vida. Su cuerpo se sentía acalambrado, y la sangre caliente continuaba manando de la herida. Mikhail Eder sonrió.

Kari... Al final, yo sí era capaz de algo como eso. Fui capaz de tener una familia.

Esa idea le causó gracia, pero lágrimas resbalaron desde sus ojos. Y durmiéndose, besado por los copos que caían, se dejó llevar por esos recuerdos de la infancia, de luz y de cariño, por el recuento del sendero que había transitado y que así se interrumpía para siempre.

Fin Del Invierno.

De Gieth Berkan, El Titiritero:

Recuerdo que un día Jason llegó a casa lastimado, pero aun así no dejaba de saltar de un lado a otro, lleno de emoción. Kylar le había dado una paliza, por intentar tocar la jaula de los monos, pero a él no le importaba pues había podido ir al zoológico y lo que había visto le había encantado. Desde ese día, me dijo, todo lo que quería era ser cuidador de animales, para poder lastimar a los leones y a los tigres, a los elefantes cuando se le antojara.

Recuerdo que le pregunté: "¿Qué es un zoológico?".

"¿Eres estúpido, Gieth?" me dijo él "¿Cómo no vas a saber lo que es un zoo? ¿Eres idiota?".

En ese entonces yo tenía un poco de miedo a Jason, por lo que no repliqué. En realidad, le tenía miedo a todo. No me atreví a decir que, siendo que padre no me había dejado ir con ellos, y apenas podía siquiera salir de la casa, era imposible que yo supiera lo que era un zoo. En cambio creo que dije:

"No entiendo."

Jason estalló en carcajadas. Disfrutaba mucho de burlarse de mí, aunque de entre los tres era el que más jugaba conmigo, pues Clarissa y Kylar siempre

estaban ocupados en sus cosas. Rio y rio, y se secó lágrimas que no le salían; y luego aplaudió.

“¡Son jaulas!” dijo “Jaulas de acero, en donde tienen animales, y la gente puede verlos y fotografiarlos. Hay toda clase de animales. Hay leones, osos, jirafas... Enormes jaulas. Mi favorita era la jaula de los monos. Gieth, tendrías que haberlos visto, cómo peleaban entre ellos. Eran tan graciosos, que pensé que hasta Kylar iba a reír.”

Que Kylar pudiera reír era imposible, tan imposible como que mi padre me permitiera salir de la casa, o más aun visitar un zoológico. Pero por encima de eso, recuerdo bien que en cierto punto dejé de oír las palabras de Jason. Una idea había quedado bien plantada en mi mente, y no podía deshacerme de ella. Incluso antes de la caída, nunca pude con las ideas que germinaban en mí.

Esa noche, luego de que rezáramos y las luces se apagaran, volví a pensar en lo que Jason me había contado, en la visión del zoológico. No lo había visto, pero podía imaginarlo. Miré el techo, sin cerrar los párpados, y dejé que figuras danzaran, que se fusionaran en mi mente con la marcha de elefantes, de monos, de tigres, de toda clase de criaturas que conocía de los viejos libros de Clarissa, danzando, colores brillantes de ilusión mientras eran enjaulados. Sentía que estaba cerca. Que estaba muy cerca de algo, pero no lo adivinaba.

Quando terminé de contar todos los animales que conocía, me sentí desolado. Algo me faltaba. ¿Qué era? Jaulas vacías, colgando en cadenas, fueron pasando una tras otra frente a mis ojos. Debía haber algo. Sabía que había algo, que estaba tan cerca, que me hubiera parecido hermoso, perfecto...

Y entonces lo vi. Vi al animal que estaba buscando, encogido dentro de los barrotes, de rostro borroso, estirando su mano hacia mí. Pero mi propia mano viajó, lentamente, hasta rozar con curiosidad el miembro entre mis piernas.

Esa fue la primera vez que me masturbé, y lo hice pensando en esa mujer encerrada, desnuda, expuesta a las miradas de todos dentro de su jaula, justo como en el zoológico al que Jason había ido. La idea me capturaba por completo, me perdía en ella y en el placer que me generaba. A veces le añadía cadenas, le añadía un público, le añadía risas que la humillaban, y todo se volvía más fácil para mí, mi secreto me deleitaba hasta lo más profundo de mi ser. Porque... Siempre me gustaron las mujeres. Siempre envidié lo hermoso de sus cuerpos, sus formas ideales, lo bellas que eran para mí. Creo que nada me interesó más en mi primera vida. Y ocaso tras ocaso, esa fantasía se volvía cada vez más poderosa, un clamor a mi alma, y no podía contenerme.

Una noche, Clarissa detectó el movimiento entre mis sábanas, y se sentó a mi lado.

“Gieth, ¿qué estás haciendo?”.

No pude responderle. Porque Kylar solía golpearnos, sí, si los trabajadores del aserradero fallaban en sus cometidos o los Jerves no traían buena cosecha; y aunque temía a Kylar él era callado, distante, y nada parecía realmente importarle de nosotros. Pero si Clarissa, siempre tan piadosa y recta, se enteraba de lo que yo hacía durante las noches, estaba seguro de que se lo contaría a nuestro padre. Y Valdomar Berkan hubiera estallado. Valdomar Berkan, sabía yo, no se hubiera contentado con golpearme, o con impedirme

ver la luz del día, sino que también encerraría a su hijo retorcido en lo más hondo y se complacería con decir a los invitados que sus vástagos eran tres, que nada anormal sucedía en su cristiana morada.

Por eso sentí terror, de la mirada fervorosa de mi hermana mayor. Tartamudeé. Sentí culpa, una culpa tan pesada como una montaña, como lo que yo imaginaba debía de pesar una montaña.

Y dije: "Nada."

En ese entonces tenía cinco años. Desde esa noche, y hasta el momento de mi muerte, me esforcé, puse toda mi voluntad en contener la urgencia. Pero crecía como una fiebre. Lo que yo contenía no era, claro, el hecho de tocarme, sino el pensar, pensar en esa jaula, pensar en esas mujeres tras los barrotes, desnudas, imposibilitadas, moviéndose a mi antojo, en la belleza que yo quería obtener para mí mismo. Creía que Clarissa, o mi padre, que cualquiera de mis hermanos sería capaz de ver a través de esos pensamientos, y la idea me aterraba. Tal vez no me equivocaba.

Pero como era de esperar, la necesidad sólo creció. El deseo se apoderó de mí con más y más fuerza, mientras más intentaba contenerlo. En el fondo, ¿resentía? Nunca me importaron esas cosas. Pero puedo afirmar que el día de la caída, el día que asesinamos a nuestro padre, no sentí un ápice de culpa. Tampoco tuve placer. Fue simplemente algo que ocurrió: mis hermanos y yo nos movimos, empujados por otra influencia, y acuchillamos su espalda una y otra vez, en el sillón en donde siempre dormía la siesta. Había litros de sangre, pero yo ya me había acostumbrado a ver sangre. Fue para mí el inicio de mi verdadera vida.

Luego nuestros pies marcharon en fila. No podíamos hablar, ni sabíamos a dónde nos dirigíamos. Los otros tres estaban aterrados, pero yo, al último, descubrí un extraño tono de alegría en lo que ocurría, en por fin caminar, por fin poder ver los árboles, el cielo, el afuera que siempre me había sido negado por ser la vergüenza de mi padre. Creo que en vida jamás fui tan feliz como ese día en el que morí.

Kylar se arrojó primero, por el acantilado que daba a las turbias aguas del río. Lo siguió Clarissa, y Jason quiso resistirse sin efecto alguno. En cambio, yo... No comprendí porqué entonces, pero yo sí pude clavar mis pies contra la piedra. No era que quisiera salvarme. Era tan sólo que quería ver, por unos segundos más, el hermoso paisaje que se abría frente a mis ojos.

Después de eso me entregué a la muerte.

Morir... Morir fue tan liberador para mí. Dejé que las cadenas se fueran de mi cuerpo, dejé que todo lo que me contenía desapareciera. Y aunque estaba muerto, y mi espíritu flotaba en la deriva de un grandioso lugar, no pude dejar de pensar, en lo que había visto, en todo lo que había deseado. Por eso quise volver. Quise volver a visitar ese paisaje, a perderme en mis fantasías. Ya no existía nadie que pudiera detenerme: mi padre, mis hermanos, todos estaban muertos y me obedecían a mi antojo.

Y por eso volví. A diferencia de los demás, yo tenía el poder para hacerlo. Volví, desperté, y mi alma se tiñó con la corrupción del otro lado. Me descubrí sediento, de una luz que mermara mi oscuridad. Abracé mis deseos más profundos, aquellos que mi familia había intentado contener desde un principio. Fui libre.

Esa niña, la niña que vi entonces en la plaza, acompasaba a la perfección la visión de aquello que necesitaba. Esa niña que trepaba el árbol

con su amiga, ante los ojos de su hermano, era para mí la luz, era para mí el ser más perfecto sobre el que mis ojos se hubieran posado. Supe que debía ser mía. Supe que era ella.

Aun ahora lo sé. Ha crecido, pero sigue siendo la misma pequeña, la misma criatura que me devolvía la mirada desde el espejo. Y será mía, será enteramente mía. Pues la he tallado, como a una muñeca, como a un títere al que manejar, pero su voluntad es fuerte y se ha resistido por años. Ese juego me ha divertido, pero ahora entiendo cómo acabarlo. Es imposible poseer enteramente a una persona, eso creía entonces. Ahora, en cambio, he descubierto cómo lograrlo, cómo completar el círculo. Tendré a mi muñeca para mí, la ocuparé por completo; y con eso mismo me convertiré en una niña de verdad.

Estoy agradecido al destino por eso. Liseth Aurdelard, dijeron mis hermanos y el demonio, es el nombre de la otra nigromante que llegó al pueblo, de mi competencia. Él debe esperar que compitamos. Por mi parte, jamás me interesó tal cosa. Nunca tuve interés en luchar contra nadie: lo único que quiero es el de disfrutar de mi muñeca, de mi Kassia. Pero por tanto entrometerse, ya puedo recordar su nombre muy bien. Liseth Aurdelard. Le debo las gracias por haberme mostrado ese poder del Palacio, por haberse paseado con otro cuerpo frente a mis ojos. Ya no necesito a Kain. Ahora sé bien lo que debo hacer.

Y por su esfuerzo, creo que voy a agradecerle personalmente.

Creo que voy a invitarla, al evento más grande que dará la tierra de los muertos, a mi Circo de las Marionetas.

Allí veremos quién de nosotros es el mejor nigromante. Henry tendrá su espectáculo.

Porque ahora...

Ahora, creo que es hora de que yo actúe.

PRIMAVERA

I

Desde aquel invierno, mis ataques de ceguera terminaron por completo.
Ahora puedo ver. Ahora soy una chica como cualquier otra, o puedo
aparentar serlo. Puedo tener todo lo que quería.
Es sólo que no veo el sentido en ello.

II

El funeral de Mikhail Eder se efectuó una tarde nublada, de las últimas que hubo durante el tiempo que le tomó a la nieve derretirse para abrir paso a una resplandeciente primavera. No hubo oficio, en parte porque no quedaba iglesia alguna ya en el pueblo y en parte porque era sabido que él era ateo; en cambio sólo fue un simple entierro, pues se decidió que su cuerpo reposaría en el cementerio local, extraño agregado a la suma de cadáveres que el año había regalado a los habitantes de San Naerit.

En esa tarde gris estuvimos Matt, Wilhelm, Kari y yo, junto con un Norbert que con muchas preguntas había retornado al pueblo para enfrentarse a tantas malas noticias. Alex y Jessica también se hallaban allí, debatiéndose en su dolor. Él se veía sombrío, a ella, por su parte, yo jamás la había podido imaginar tan triste. Cada tanto se tendía en el brazo de su novio, sollozando, y Alex la abrazaba sin decir una palabra.

No hablamos mucho durante el tiempo que duró. A decir verdad, no puedo recordar demasiado. Yo también me hallaba confundida. Pero sí recuerdo bien, que, aunque al principio tan sólo éramos una decena de personas, poco a poco comenzaron a acercarse más y más, familias enteras, ancianos llevados por sus hijos, los alumnos del colegio de años superiores e inferiores, los profesores, vestidos con formalidad y con gestos de dolor, montones de rostros que yo no había conocido, de los que jamás había oído hablar. En mi silencio, considerándome tan sólo una observadora, pude ver al pueblo al que Mikhail Eder había querido salvar rendirle tributo en muerte por sus esfuerzos. Vi a los jóvenes del aserradero, sentados en las pequeñas sillas de mimbre, vi al famoso señor Lamar, llevado en una silla de rueda por uno de ellos, dejar un ramo de flores dentro del sepelio que se hallaba esperando. Todos guardaban silencio. A todos, de algún modo u otro, Mikhail había ayudado.

No hubo relativo de Nueva Gabul alguno que se apareciera, aunque sí muchos amigos, conocidos, inclusive compañeros de nuestra escuela que no me reconocieron al pasar a dar sus respetos. También, claro, vimos a muchas de las cuidadoras del orfanato en donde él se había criado, aparecer como una procesión y rezar frente a la tierra excavada. Camaradas de sus historias pasadas, maestros que lo habrían respetado, patrones para los que hubiera trabajado, todos fueron desfilando, uno tras el otro, derramando su dolor en aquel hueco. No supe qué sentir. Durante las semanas que habíamos pasado planeando, intentando enfrentar a la amenaza del Titiritero, Mikhail había dejado de ser para mí un peligro. Con un poco de tiempo más, tal vez lo hubiera considerado un amigo.

Antes de que todo terminara Matt apretó mi mano entre sus dedos, aunque ninguno de los dos nos miramos. Kari permanecía encogida, los ojos desprovistos de luz como si estuviera muerta. Sabíamos que ella se culpaba, se culpaba por haberse alejado tanto del sitio en donde él había vigilado, y no importaba cuántas veces le repetíamos que no podía haber hecho nada, que Mikhail la había salvado y eso debía haberle dado una última alegría. En cierto modo, la comprendía. También a mí, aunque me costara creerlo, me dolía. Era una aguja clavándose en el corazón. Pero no lloré. Ninguno de los cuatro lloró, pues entendíamos bien que no le debíamos lágrimas. Mientras que Norbert se desarmaba frente a esa tumba, bramando de angustia, nosotros permanecemos firmes. Mikhail había caído. Pero aún quedaba algo por hacer.

Al menos, eso pensaban ellos.

III

Luego del funeral volvimos a la casona, atravesando la puerta partida que de mal modo Norbert había logrado sujetar contra los goznes. Esa rotura estaba entre las muchas cosas por las que él no nos había hecho pregunta alguna, aunque imaginaba que debía suponerlo el producto de algún embate del viento. Como fuera, sentía que Norbert tenía en esos días la cabeza ocupada en demasiadas cosas como para preocuparse por una puerta quebrada.

Kari subió de inmediato las escaleras, y se encerró en su habitación sin decir palabra. Matt ayudó a su padre con sus cosas, Wilhelm me dirigió una mirada de reojo, sereno, y también fue a su cuarto. Resignada, subí también cada uno de esos peldaños que tantas veces había ya pisado, aquellos que días antes Johan hubiera trepado para enfrentarse a nosotros. Me detuve unos segundos frente a la puerta de Kari, pero al último desistí y fui directo a mi cuarto.

Me dejé caer sobre mi cama, con los ojos puestos en las vigas del techo. Todo era tan silencioso. Respiré hondo, recordando imágenes, recordando el funeral en el que hacía tan poco había estado, el cajón cerrado, en donde Mikhail descansaba, aquella fosa oscura, los gestos grises de esas personas grises bajo un cielo gris. Todos esos pensamientos eran para mí como imágenes de una película que se repetía, y cuya cinta yo estiraba para ver lo que había ocurrido antes: la oscuridad, el hospital, Helen viendo el caño de la pistola, su apartamento y el cuerpo de Kain ahí arrojado, muriendo de inanición.

-Kain...

Era silencioso, pues él ya no estaba para responderme. Sin Kain, sin la posibilidad de alguien en quien verter mis pensamientos, la quietud se infiltraba desde la ventana, desde la calma que reinaba, y se cernía sobre mi cuerpo para dejarme asfixiada. Era un eco, un vacío, una ausencia que me costaba superar.

Pero Kain había...

Habían arrestado a Helen. La policía visganesa la había hallado culpable del secuestro y la tortura de Kain Antar, desaparecido a la edad de catorce años, y también del asesinato de Mikhail Eder en la zona de lápidas del antiguo territorio de la familia Berkan. Quién sabía, además, cuántos crímenes más le atribuirían al revisar los registros del hospital y a los ancianos pacientes que ella había tratado. Ella al menos había confesado aquellos primeros, y se la habían llevado esposada, sin que su mirada ojerosa se perdiera en ninguno de los que la contemplábamos. En el fondo, todos sabíamos que había mentido. Había tenido a Kain, sí. Pero no era posible, entendíamos, que hubiera sido ella la que hubiera asesinado a Mikhail de un modo tal salvaje. Alguien más debía haberse aparecido en las ruinas esa noche.

Johan también era investigado como su cómplice, aunque de momento se hallaba internado en el hospital, por el impacto eléctrico con el que lo había vencido Wilhelm. En cuanto a él, todavía le debíamos una visita. Era en el momento la última persona que nos podía dar otra pista, que quizás pudiera soltar algo sobre el Titiritero. A decir verdad, lo dudaba. Dudaba que Johan Weigler no comprendiera que Helen se había entregado para cubrirlo, que Helen hacía de chivo expiatorio para quitarle toda culpa y evitarse a ambos ser asesinados como Mikhail lo había sido. Pero estaba segura de que Matt no iba a rendirse, de que Alex y Jessica iban a empujarme para seguir este camino.

Y yo estaba... Tan cansada. El sol, que días después comenzó a asomar desde mi ventana, no me infundía ninguna energía. Mis ataques se habían esfumado, sí, pero tras ellos quedaba un vacío aun más profundo que el que Kain me había dejado al despertar. No tenía motivación, para regresar a clases, para continuar con mi vida, para poner en riesgo la de quienes amaba persiguiendo a esa terrible sombra.

Sentía, muy en lo profundo de mi garganta, unas irremediables ganas de llorar, un llanto que por mucho que quisiera no salía. Esa tarde cerré los ojos, hundiéndome. Era curioso para mí poder hundirme en mis pensamientos, y tener la certeza absoluta de que la vida seguiría siendo normal, de que mi futuro sería feliz, de que no aparecerían ojos en las paredes ni bocas retorcidas, que el aleteo de algún insecto imaginario no me transportaría, aterrada y desnuda, a algún mundo terrible del cual no pudiera escapar. Ahora por fin podía vivir.

Pensaba eso, y aunque se sentía correcto, supe que algo faltaba. Pero no pude considerarlo mucho más, porque segundos después oí el llanto apagado, que venía desde tras la pared frente a mí. Me levanté de inmediato.

Regresé frente a la puerta de Kari, y con timidez la golpeé.

Ella no contestó. Lloraba.

-¿Kari...?

Hubo pasos tras mí. Matt subía las escaleras, y pareció comprender de inmediato la situación. Sin esperar ni consultar, se adelantó y giró el picaporte.

La habitación seguía tan ocupada como antes, con los almohadones, el equipo de música, los pósteres de los desbandados Grades arrancados de las

paredes y dejando sólo los clavos como triste epitafio. Las luces apagadas hacían que todo quedara en una terrible penumbra.

La vimos encogida, en silencio, temblando sobre su colchón. Ni siquiera parecía tener fuerzas para echarnos. Yo me volví a Matt, pero él de inmediato se sentó junto a su pequeña hermana.

-Kari.

Ella no le respondió, cubriéndose el rostro. Me acerqué.

-Kari...

-Ya lo sé.- nos dijo- Ya lo sé.

-No fue tu culpa.

Otro espasmo la sacudió, y más lágrimas tibias resbalaron desde sus ojos.

-Lo sé. Pero duele tanto...

Su hermano le apoyó una palma encima. Yo no supe qué hacer, de pie como una idiota. Jamás había sido buena para consolar personas, aunque fueran tan cercanas a mí como lo era ella. Ni siquiera me hallaba en ánimos para lograrlo, ni tenía el temple de Matt.

-Está bien- dijo él- Tiene que doler.

Esas palabras me quedaron rondando en la cabeza.

-Liseth...- se dio vuelta Kari entonces, mirándome demacrada, solícita. Supe lo que iba a preguntar antes de que siquiera despegara los labios.- ¿No puedes traerlo? ¿No puedes hacer que Mikhail...?

Negué. Lo cierto era que, con la desaparición de mis ataques, también me era cada vez más difícil el invocar la Puerta Roja. Y mantener la barrera abierta, siquiera pensar en pisar el Palacio Ajeno y buscar entre los cientos de espíritus que allí deambulaban el de Mikhail, todo eso era para mí una tarea imposible. Días atrás, me había tomado alrededor de una hora simplemente conseguir que la brecha se entreabriera y espiar por segundos el escenario del Balcón, tan idéntico como siempre, tan abandonado y distante ahora que Kain se había ido.

-Lo siento. No puedo.

Si es la debilidad lo que nos hace nigromantes, recuerdo decía el viejo diario, entonces esa debilidad es nuestra fortaleza. Si hay algo que nos separa de la vida, que nos hace acercarnos a la muerte y con eso cruzar la brecha, entonces el apegarnos a vivir nos volvería incapaces de hacer todas esas maravillas que antes en un abrir y cerrar de ojos cumplíamos.

Esa es la verdad. Esa es la verdad que no puedo decirle a Kari.

-Mikhail murió por algo- dijo Matt, sin despegar la vista de su hermana- Quiso salvarte. Quiso que siguiéramos lo que él y los otros dos habían empezado. Kari, está bien que sufras. Pero no puedes rendirte. Ahora más que nunca, creo que él querría que siguiéramos adelante.

Ella tal vez lo oyó, tal vez no. Continuaba temblando, restregándose la piel bajo los ojos y las mejillas. No parecía en nada la Kari que yo conocía.

-Yo lo quería.

-Lo sabemos.

-Kari, si yo pudiera...- me entrometí. Matt me frenó levantando una mano, y volvió a reclinarsse cerca de ella.

-Estoy seguro de que él también lo sabía, y de que por eso quiso salvarte.

-¡No pude hacer nada! ¡Matt, Lis, soy una idiota! ¡No soy como ustedes, o como Will! En ese momento... Debí haber estado cerca... Debí... No fue Helen la que le hizo eso. Algo más estaba allí, y si yo le hubiera avisado... Tal vez... Tal vez Mikhail...

Su hermano la tapó, y no dijo nada más. Permanecimos así en silencio, oyéndola sollozar, nuestra compañía la única forma de calmarla que se nos ocurría. Sólo podía pensar, que Kari tenía razón. No había sido Helen. Era imposible que Helen pudiera dejar tal herida, tal zarpazo en el pecho de su víctima, menos cuando Clarissa en ella había sido cancelada por mi poder.

Pero viendo a Kari de ese modo, no quise pensar demasiado en ese asunto. No quise sentir su dolor, o pensar siquiera en que tendría que sentir un dolor similar, por Matt, por ella, por Norbert o cualquiera de las personas que conocía. Poco a poco, en cierto modo, fui cerrando los ojos a consciencia.

IV

Salimos del cuarto en cuanto vemos que se ha dormido. No creo que Kari vaya a estar disponible para la cena, pero al menos, el ver que puede conciliar el sueño consigue tranquilizarme. Va a recuperarse. Malo como lo es para ella, tiene que poder salir adelante, aunque la persona que más quería haya muerto.

Es fácil decir cosas como esa, lo sé. Sé bien qué tan desgarrador, qué tan profundo es el dolor que ocasiona la pérdida, en especial cuando una siente culpa al respecto. No quiero que Kari sea como yo. No quiero que esté *maldita*.

-Tenemos que darle tiempo- dice Matt afuera, mirándome de reojo.

Yo despierto, y asiento.

-Todo esto es... Tan injusto.

-Me alegra que esté viva.- dice- Eso ya es para mí mucho de lo que aferrarme. Pero entre nosotros, creo que de aquí en adelante deberíamos dejar todo este asunto del Titiritero entre tú, Will y yo.

No necesito asentir otra vez. Hay que proteger a los demás, cuidarnos ahora que sabemos mejor a lo que puede ser capaz de llegar el Titiritero. Posiblemente Kain esté a salvo. Pero Norbert, nuestros compañeros, los alumnos y profesores de la escuela, los habitantes inocentes que continúan sus vidas en el pueblo, ¿cuántas personas más podrían hallarse en peligro? No sabemos desde dónde puede atacar. Johan, Helen, Zaq, los tres se hallan imposibilitados ahora, pero es probable que eventualmente él pueda retraer a los Cuatro, que utilice sus poderes de nigromante para volver a tener

guardianes dentro de San Naerit. Si hay un momento para capturar a ese monstruo, debe ser ahora en esta primavera.

De pronto recuerdo algo.

-Alex y Jess...

-Me hicieron una observación interesante- dice Matt apoyando los brazos en la barandilla del balcón, controlando que Norbert que acomoda abajo no pueda oír de lo que hablamos- Algo que Alex notó. La noche en que Mikhail murió... Helen se sorprendió de no hallar el cuerpo de Kain en ese cementerio. Su sorpresa era genuina. Sin embargo, al llevarnos allí, debió de ser ella quien llamara al Titiritero. El celular de Mikhail estaba destrozado.

-Dices... Que el Titiritero ya estaba en esas ruinas, ¿esperando?

Matt niega.

-Si ese hubiera sido el caso, se hubiera deshecho de Kari también. Pero que mi hermana esté viva nos prueba que el Titiritero imaginó que sólo Mikhail se hallaba con Helen. Ella tampoco lo contradijo. No planeo agradecer a la asesina de mi madre, pero...

-Lo entiendo. Quieres decir que alguien más llevó el cuerpo que escondía Helen a su departamento en ese momento. Posiblemente, el Titiritero quería crear una instancia en donde pudiera deshacerse de Mikhail.

Él levanta dos dedos.

-Por lo que tenemos al Titiritero, y a otra persona involucrada, aunque tal vez no lo suficientemente involucrada como para hacer algo más que trasladar a Kain.

Lo considero. Si los locos eran cuatro, todavía me quedaba uno por ver, Gieth Berkan. Era el mismo niño que Mina había dibujado, el mismo que en aquella visión había conseguido darse vuelta, observarme interesado tras la malla etérea de mi sueño, el mismo cuyo gesto siempre me resultaba familiar. Pero no tenía yo una respuesta para todo eso, ni estaba segura de querer tenerla.

-¿Y por qué Mikhail?- pregunta Matt en voz alta- De seguro quiere quitarse a todos nosotros de encima, ¿pero por qué molestarse por él en especial?

No sé qué contestar. Todo en lo que puedo pensar es en lo imposibilitados que estamos, en cómo, hasta el momento en el que Johan despierte, he regresado otra vez al patético esfuerzo de observar mis alrededores con temor, de buscar de entre el centenar de rostros que veo al día alguno que sea amenazante, que parezca capaz de tantas monstruosidades. Otra vez, me enfundo en una excusa. La pura verdad es que tengo miedo. Tengo miedo, como Kari, de perder, de volver a tener que forzarme a un duelo para el cual no me ampare ninguna oscuridad.

No quiero volver a eso. No quiero imaginar otra ausencia, otra culpa, otra voz constante en mi consciencia. Si las cosas pudieran quedar como están eternamente, ¿no sería bueno? Kain ha regresado. Aquel sueño de diez años que tuvo se interrumpió, vuelve aquí con nosotros, tengo conmigo todo lo que quise y a Matt, el pueblo puede seguir en su tranquilidad, la primavera desarrollándose tras esa sombra nefasta que lo cubrió por tanto tiempo. ¿Qué podría cambiar?

Oprimo los labios. Matt me hace una seña.

-Iré a mi cuarto a estudiar. No deberíamos descuidarnos demasiado, o los profesores nos asesinarán antes de que lo haga cualquier nigromante.

-Claro- digo, distraída.

-¿Irás a ver a Kain luego de clases?

Asiento.

-Le llevaré algo de comer.

-Guárdame sitio. Iré en cuanto termine nuestra práctica con Rachett.

Lo veo perderse en su habitación, y sin embargo, nada me motiva a regresar a la comodidad de la mía.

Quedo en cambio musitando, la vista clavada fija en las escaleras que descienden, los escalones tallados, repetidos, perfectos en su inmovilidad.

Ahora mismo, desearía que mi vida fuese como esos escalones. Que nada cambiara. Que se mantuviera a sí misma, que el tiempo no fluyera, que lo hiciera de manera circular, siempre dejándome en el mismo instante, y así pudiera ser feliz, así pudiera estar tranquila, distendida y detenida para siempre.

Ah, cómo lo desearía.

V

Este día de clases es el segundo lunes desde que nuestras vacaciones se terminaron, y aunque los exámenes se aproximan y la vida de los estudiantes sigue tan ajetreada como siempre, no me sorprende ver a todos en buenos ánimos: desde este lado de la ventanilla del reparado Twingo, las caras de quienes se encaminan bordeando el mural hacia el patio externo de la escuela están sonrientes, los ojos plenos de energía; el sol resplandeciente de la mañana, que aún lucha contra los restos del invierno, brilla por sobre sus hombros y las ropas primaverales, las polleras ondean con gracia. Si no fuera que he sentido el paso del tiempo, creería que es el inicio de otro año escolar.

Pero no. Es el mismo año de antes. Y algunas cosas han cambiado.

Por ejemplo, que cada vez estoy más ocupada.

-¿Los busco a la una?- mira Norbert por el espejo retrovisor.

-Tendré actividad de club.

-Igual yo.

Él mira a su hija, sentada muda a su lado. El silencio de Kari durante el viaje nos ha pesado a todos.

-Estarás...

Kari asiente, abre la portezuela del Twingo y se baja. Matt y yo nos miramos, y la imitamos. Pero ella parece demasiado triste, demasiado desconsolada como para siquiera notarlo, y con apuro se pierde entre la multitud que entra, como hormigas, por las rejillas abiertas del instituto.

Suspiro.

-Esto es tan molesto.

-Va a superarlo eventualmente- dice él, acomodando la correa de su mochila con una mano- Kari es muy fuerte. Y cuando lo haga, viendo que Will comienza a recuperarse del cretino que solía ser, tal vez podamos volver a convertirnos en una familia normal.

Hay una esperanza que me parece vana, en aquel anhelo. Pero aun así asiento.

-¿Has estado hablando con Will?

-El otro día me preparó café.

-Lo dices en broma.

-No sabía nada mal, eso es lo peor. Creo que está practicando para cuando se atreva a visitar a Kain.

-Pareces satisfecho de que te use como conejillo de indias.

Matt sonrío.

-¿Cómo no estarlo? He comenzado a admirar por fin a mi hermano. Después de todo lo que ocurrió...

Nos interrumpen unos chillidos que yo casi había logrado olvidar. Una chica de frenos y otro que usa camisa prácticamente derrapan para ponerse lado a lado de mí, sonriéndome solícitos.

-¡Liseth!

-¿Descansaste?

-Suzy, Sebastian- los saludo. Matt tose, pero ellos no parecen notarlo y vuelven a hablarme.

-¿Hoy habrá reunión, verdad? Estamos todos tan emocionados por participar.

-Oí que algunos de los chicos de quinto prefirieron...

-Hablares de eso más tarde- los corto- Debo entrar al aula, ¿saben?

Me saludan, y con un poco de apuro consigo dejarlos atrás. Pero al hacerlo, también Matt queda fuera de mi rango, y con eso de pronto puedo ver mi alrededor bien, puedo ver el modo en el que los alumnos susurran, se acercan, me sonrían, levantan tímidas manos hacia mí.

La multitud se va abriendo, ante mi paso, pero no se abren en rechazo sino que buscan cerrarse, acceder a mí con anhelo, preguntarme cosas, robar un poco de mi atención. Yo esquivo a la mayoría, contesto algunos saludos, sonrío a quienes puedo y sigo mi camino. La escuela entera parece marchar bajo mi ritmo.

Doy un largo suspiro. Los de sexto, más reticentes a mostrarme demasiado respeto, son quienes se mantienen al margen, pero aun así me ven con interés al pasar. Sólo dos de ellos levantan un brazo y me llaman, con gestos triunfales.

-¡Eh! ¡Chica nueva!

Me acerco hacia Rickert y León, viendo a Matt perderse por la puerta del curso. Ambos se hallan bien, y el único recordatorio de cómo nos ayudaron en el invierno es la pequeña gasa que el segundo tiene atada con cinta cerca de la sien, cubriendo una herida que al parecer no para de abrirse. Por los que nos contaron días antes, Johan no se tomó bien que lo estuvieran siguiendo, y aquella noche quiso quitárselos de encima. Fue una suerte para ellos que hubieran preferido correr, y, en el entretanto, pinchar todas las llantas de su Ferrari.

-¿La estás pasando bien, eh?- me señala Rickert, sacando el cigarrillo de su chaqueta y como siempre ofreciéndomelo- Quién diría que los motivarías a todos de este modo.

-Hago lo que puedo, supongo.

-Y el chico...

-Kain está bien- digo. Él sonríe, y varios de quienes prestan un oído a nuestra charla parecen comentarlo por lo bajo.- Iré a visitarlo en cuanto pueda esta tarde.

-Me alegra oír eso. Aquí nosotros nos estábamos preguntando si te podíamos servir de algo más- hace una seña a su amigo, y León Goretto levanta ambos pulgares en un gesto algo infantil- Sabes que para lo que nos necesites...

-¿Han visto a Harry?

Se miran. Rickert se inclina de hombros.

-No últimamente. Pero seguro se aparecerá para las prácticas, o Rachett no se cansará de reprenderlo. ¿Lo necesitas para algo?

Niego.

-Nada de eso. Ah...- el timbre suena, los pocos alumnos que no entran atiborran las puertas para verme, y de pronto descubro que no tengo interés alguno en estar hablando con ellos- Creo que ya es hora de entrar. Les hablaré por cualquier cosa.

-Ya lo sabes, chica nueva.

-Les enviaré sus saludos a Alex y Jessica.

Hetager me saluda mientras corro hacia mi sitio, el cigarrillo en su mano echando cenizas que desde el otro pasillo la vicerrectora ve con desagrado, lista para amonestarla por centésima vez en el año. Dejo de prestarle atención, algo preocupada por entrar tarde, pero por suerte luego descubro que el profesor todavía no se ha aparecido.

Llego a mi banco de todos los días pasando entre mis compañeros, y me dejo caer con un suspiro. Pero, aunque mi banco es el mismo, y la silla es la misma, no puedo dejar de percibir que, de algún modo, todo a mi alrededor es diferente.

-Hola Lis.

-Liseth.

-Al fin llega, ¿eh?

-¿Cómo está el chico?

-¿Vendrás más tarde a ver nuestra coreografía?

-¡Lis!

Las voces me aturden, se cierran sobre mí. Saludo a Janet, a Sally, ubicadas firmemente a mi lado, y luego me esfuerzo por contestar a todos los demás, a Rita, David, Marco, Gabriel, a Agustine y Sophie, a Cecile y Vilma Ludos. Más adelante, Matt y Elias hablan por su cuenta, ajenos al núcleo de atención que represento, pero todo el resto parece querer algo, hacerse notar, que les dirija la palabra. Todo el pueblo, ya, ha oído la historia de Kain Antar, el joven que se pensaba asesinado, aquel a quien Helen Degare había tenido encerrado por diez largos años en coma dentro de su apartamento, oculto de toda mirada. Todo el pueblo lo ha comentado, y todos saben que fui yo quien guié a Alex y a los demás hasta poder hallarlo, todos saben que Mikhail Eder murió, el día que quedó a solas con Helen, y creen que la oscuridad de este pueblo ha acabado con aquello y que yo soy una heroína, una salvadora.

Hasta para mí, que siempre quise estar en el centro, es un poco escabroso. Hasta los pupitres a mi alrededor parecen estar acomodados de otra forma, movidos para acercarse lo máximo posible al mío. Espero a que las voces acallen, y me dirijo a Marco. Siendo él, estoy seguro de que no quiere preguntarme por mi perfume o por las nuevas ropas que estoy usando.

-Esta es una lista con quienes desean participar. Son casi todos.

La tomo, y la guardo en mi mochila.

-Gracias. Lo hablaré con el club.

-¿Tendrás reunión hoy?- pregunta Sally.

-Ah, creo que sí.

-Podrían pedir que atrasen un poco los exámenes- se hurga el oído
Gabriel Altamirano- Ya sabes, con todo esto del festival, el cerebro está a punto de fundírseme dentro del cráneo.

-Se te fundirá si lo sigues intentando alcanzar.

Él le hace una mueca a Sophie, y ella vuelve a su libro del día.

-Me encargaré de que nos den tiempo- digo. Todos parecen admirados.

-Liseth, ¿tendrás tú tiempo para...?

Nos interrumpe una tos, y la menuda figura del profesor Rogel Enedras, detenido sobre el umbral. Todos vuelven desganados a sus asientos, y él deja sus pesadas carpetas caer contra el escritorio.

-Alumnos... Liseth.- me mira- Hoy es un lunes como para sufrir, ¿verdad?

Varios abuchean, pero el hombre parece contento y sin más se pone a dar su lección. Aprovechando que el curso permanece callado tomando nota, Janet se inclina hacia mi oído.

-Sabes, oí que algunos chicos de quinto te echaron el ojo.

-¿Ah sí?

-Gustav los oyó hablando sobre ti en el comedor, y le contó a Hans. Luego Hans me lo dijo a mí. Son aquellos dos muchachos que...

Miro a Matt, sin oírla, que me da la espalda con la mejilla sobre el puño viendo al profesor hablar. Probablemente él tampoco escucha nada de que lo que ocurre a su alrededor. Probablemente, como yo, tiene la cabeza unas semanas atrás, congelada del mismo modo que el invierno y su nieve habían congelado el fluir del río en la Playa de las Piedras, y todo lo que pasa desde ese entonces le suena como el lento transcurrir de las agujas de un reloj.

-...así que, ¿te interesan?

Me vuelvo hacia Janet.

-No mucho. Pero puedes presentárselos a Sally.

-¡Hey!- dice mi otra amiga, oyéndonos. Janet ríe, y adelante, el profesor Enedras nos mira dudoso. En cualquier otra situación, no hubiera tenido problema en reprendernos a las tres. Pero ahora parecería que yo me he elevado al estatus de figura pública. Tuerce los labios, y vuelve de lleno a su lección.

Cuando suena la campana del recreo no siento ningún alivio. Me levanto -Elias charla con Gabriel y Tadeo, Matt revisa sus anotaciones, David ve a Cecile jugar con su Tetris y Scott duerme con las piernas sobre el respaldo de la silla, relajado, mientras que las chicas se encuentran revisando las coreografías que les dimos- meto mi carpeta en la mochila, respiro sintiendo un dolor indefinido en el pecho, sin comprender mucho por qué.

-¿Comerás con nosotras?

Levanto la mirada. Mis amigas están esperando, y yo me hallo perdida.

-Hum. Sí.

Ambas sonrían.

-Creo que Gustav servirá pollo Kiev hoy.

-¡Estás loca!

Las sigo, o mejor dicho, ellas se acomodan a mi lado y me siguen a mí. En otro tiempo, hubiera considerado indigno pasearme con ellas con este nivel de popularidad, pero en este momento es difícil encontrar algo que me importe menos. Atravesamos los corredores, en calma; y las escucho hablar, seguramente felices de la atención que están recibiendo por estar a mi lado. Todos los ojos se pegan en mí, y por extensión, en aquellos que me acompañan. Converso, simulo reír, pero no puedo dejar de notarlo. Mi cabello está más largo, y cosquillea mis hombros de la misma forma que el cabello de Mina lo hacía. Las ojeras que tenía bajo mis ojos, marcas de mi depresión, se desvanecieron sin dejar rastro. Mis labios parecen más llenos, mis pestañas más pronunciadas, todo mi rostro ha adquirido una belleza que antes jamás había visto, de la que me cercioro una y otra vez, todas las mañanas antes de vestirme para enfrentar el nuevo día. Es como si mi espíritu, algo en mí hubiera absorbido algo de Mina, su popularidad, su hermosura, aquello que siempre me pregunté las chicas como ella tenían y yo no podía conseguir. O quizás, tal vez siempre he sido así. No puedo saber, en la ceguera que me dominaba, cuántas de las cosas que creí ver eran ciertas y cuántas no.

-Así que le dije, que ¡ni lo sueñe!- continúa Janet su anécdota, y yo apuro el paso llegando al comedor, a las grandes mesas desparramadas a lo largo y ancho de aquel amplio salón- Pero él siguió insistiendo, e insistiendo.

-¡Vive pegado a tí!

Las palabras de Sally me despiertan un recuerdo, que no puedo identificar. Algo relacionado a Alice McRyans, a quien no veo en ninguna de las mesas que vamos atravesando hasta sentarnos. Donde ella solía estar, el Club de Delegados se halla presente, la mayoría de sus miembros esperando que vaya a ocupar mi sitio con ellos.

Los saludo con un asentimiento, pero en cambio uso la silla que está entre Janet y Sally, la mesa en donde solíamos comer todos antes. Ellas siguen hablando, rendidas de querer integrarme a su charla. Al menos, como me conocen, no pretenden hacerme preguntas de Kain, de lo que pasó, de nada de lo que saben puede dejarme sombría durante el resto de la jornada.

-Pero es mi novio, así que no puedo quejarme. Y a él le sigo gustando.

-¿Y tú, Lis?- dice Sally- ¿Apuntarás alto o...?

-Creo que ya tengo a alguien en mente.- sonrío.

-Es Matt.

-¡No seas tonta! ¿No ves cómo la miran? Si Liseth quisiera, ahora podría pedirle a Harrold que la acompañara a...

Discuten. Y mientras lo hacen, mi mente se va perdiendo en la extensión del comedor, en todo el alumnado que allí se halla, en la zona en donde Gustav y sus asistentes corren de lado a lado, dando los últimos retoques a las inmensas ollas desde las cuales van a servirnos el menú del día. Veo alumnas sonreír, cruzando las piernas bajo las mesas, veo a los muchachos dar risotadas, escucho nítidamente el movimiento de los cubiertos, y el sonido se difumina, se vuelve algo más, como si estuviera por darme uno de mis ataques. Sin embargo, aquella sensación se pierde tan rápido como vino, dejándome otra vez con un dolor, un vacío en el pecho.

¿Qué ocurre?

“Sabes bien qué ocurre” me digo a mí misma. Justo entonces Sally da un chillido indignado.

-Janet. ¡Mira!

Que por primera vez no me haya integrado me llama la atención, así que sigo la dirección a donde apunta su dedo. Atravesando la puerta, pegada a la pared como si temiera que pudieran acosarla, Teresa Simaff se mueve en dirección a las mesas del fondo. Verla otra vez por aquí me trae toda una serie de recuerdos desagradables: la sonrisa de Julián Hauswhite, su cabeza cayendo desde mi casillero, Trish con los ojos vendados, llorando, y el ardor de la cachetada que me soltó aquel día.

Siento un poco de congoja. Las otras dos en cambio no se solidarizan ni un pelo con su vieja amiga.

-Esa estúpida. ¿Se atreve a aparecerse así como así?

-Ni siquiera vino a saludarnos.

Prefiero no tener que dar explicaciones, aunque me concentro por unos segundos en Trish. A diferencia de lo que esperaba, no tiene mucho apuro en sentarse, en donde parece que ya la están esperando.

-¿Espiondo, damas?- suena la voz de Elias tras nosotras, sobresaltándonos. El pecoso da una carcajada, y ocupa lugar al lado de Sally- ¿A quién ojean?

David, Cecile, Rita, incluso Matt, todos han llegado.

-¡Liseth! Es raro tenerte aquí con nosotros.

-Considerémonos honrados- suelta de nuevo Elias, y me sorprende notar un cierto dejo de amargura en su voz- Toda una belleza, aquí con los demás mortales.

-Deja de decir idioteces- suspira Matt. Elias me guiña un ojo.- Estaban viendo a Teresa, ¿no es así?

Sally asiente, y Janet bufa. Sólo Cecile parece desconectada de nosotros, envuelta en su partida.

-¿No lo sabían?- se adelanta Rita- Teresa volvió la semana pasada. Su madre habló con el director y pidió que la metieran en el otro curso.

-¡Nos está evitando!

Dirigen miradas nerviosas, a aquella mesa del fondo. Yo no tengo nada que añadir, pero David parece sombrío.

-No es la única. Hace tiempo que Larry no nos habla.

Larry. Había olvidado por completo al chico nervioso, flacucho, que solía estar siempre junto con Ezequiel Jerves, pero ahora lo reconozco al lado de Trish, junto con otro muchacho de cabello rubio que sí ubico al instante: Arthur Irrauldi, el anterior delegado de nuestro curso. ¿Es casualidad, que los tres estén juntos?

Tengo mala espina, pero prefiero ignorarlo.

-Creo que luego de lo de Zaq...

El grupo calla. Sólo el constante traqueteo de los dedos de Cecile contra los botones de su Tetris resuena, hasta que un sonido virtual la interrumpe y ella masculla un insulto, dejándolo sobre la mesa.

Nos mira a todos.

-Cuánto silencio.

-¿Por cuál juego vas?

-Son todos iguales, ¿no lo sabes?

-Hay sutiles diferencias- se defiende ella. Pero no explica cuáles son, y los demás ríen.

-Al menos tú nunca cambias, Ceci.- agrega Elias, y Rita asiente abrazándola. Cecile parece confundida, y David aparta a Rita de ella. Yo aprovecho aquello para volver a ver a los tres, a Arthur, Teresa y Larry, hablando entre ellos por lo bajo. No nos dirigen la mirada. Pero ¿de qué podrían hablar?

A decir verdad, mentiría si dijera que la ausencia de Larry se nota demasiado. No era alguien que soliera hablar mucho, y a diferencia de Ezequiel, tenía poco que lo destacara. Era tan mediocre que recién ahora comienzo a notar lo mediocre que me parecía.

Aunque ahora, viéndolo allí alejado, siento que algo en él pudo haber cambiado.

-¡Mama mía!- se oye otra voz sobre nosotros, y Gustav se aparece, dispuesto a servirnos de la humeante olla que trae- ¡Todo el grupo completo! Estaba extrañando verlos así. ¿Cómo pasan esta encantadora primavera?

-¿Es eso guiso que sobró del mes pasado?

-Elias Namman, me desprecias a mí y a mi cocina. Este guiso es tan fresco que si lo insultan les insultará de vuelta.- comienza a servir los cucharones sobre nuestros platos, uno por uno, y al final se detiene en mí- A nuestra reina, claro, con especial de carne para que crezca fuerte y sana.

-Gracias.

-¿Aunque no falta alguien?- se detiene antes de servir a Elias.

Rita señala la mesa apartada, y el cocinero observa de reojo.

-Oh. ¿Qué hace su amigo con ellos?

-Diablos si lo sabemos.

-Por otro lado, Liseth, me sorprende que no estés comiendo con los demás delegados. Siempre reciben las mejores porciones.

-Simplemente no me hallo con ánimos.

-Ay, ay- guarda la cuchara él- La primavera no es para tristezas. Todo el pueblo debería estar celebrando. ¡Disfruten! En cuanto llegue nuestro intento de calor, todo lo que habrá para comer aquí serán sándwiches de atún.

Se va, y nos deja con nuestros platos y la certeza de que ha mentido, pues si hay alguien que tiene pasión por lo que hace ese es Gustav, quien nunca se rebajaría a hacer sándwiches de atún ni aunque sirviera a todos los pobres de la ciudad más poblada del país. No tengo duda de que él es una de las muchas personas de talento que el director Ashadd atrajo a San Naerit para dar color al pueblo.

Tengo un pequeño lapso, mientras me deleito con el picor de este guiso, de una ausencia que no me saldría nombrar, de algo que no está funcionando bien. Y para superarlo, me esfuerzo en al menos oír las conversaciones de mis amigos, que parecen muy curiosos de la presencia de Teresa Simaff de vuelta en la institución.

-Janet, ¿no crees que deberíamos hablarle?

-¿Hablarle? ¿Cuando ella no atendió nuestros llamados por meses?

-Quién sabe qué le ocurría.

-Oh David, a ti siempre te gustó Teresa, ¿no es así?

-A mí siempre me gustaste tú, Rita- mete la cabeza Elias. Ella ríe, y finge abofetearlo, pero Matt permanece serio.

-Creo que concuerdo con David. Si fue su amiga, no estaría mal que intentaran saber qué le ocurre.

Que sus palabras se parezcan a las que alguna vez me dijo Kain me hace estremecerme en donde estoy sentada.

-Es tan raro...

-Es lo menos raro que ha pasado en este pueblo últimamente.- se echa en el respaldo David, cerrando los ojos colmado- Y rarezas teníamos por doquier.

-Hace unos días vi a un perro inmenso deambular- comenta Cecile por lo bajo. Abro los ojos de par en par, y mientras los demás hacen bromas me vuelvo hacia ella.

-¿Un perro? ¿Cómo era?

-¿O era un muchacho?- dice, los ojos obnubilados y las cejas juntas, perdida en sus pensamientos- Saltaba por los techos.

Elias imita el aullido de un lobo, y varios estallan en carcajadas. Yo bufo, decepcionada. Fue ridículo de mi parte creer que Cecile podría servirme de algo.

-¿Con quién vas a bailar, Ceci?

-Será conmigo o con Scott.

-¡Oh, madeimoselle Rita, me concede...!

-Lo siento encanto, pero Gabriel ya pidió mi mano.

-Liseth, te envidio tanto- se cubre el rostro Sally- ¿No podían evitar algo tan vergonzoso como un baile en ese festival? Entiendo que es un evento pero...

La charla se sigue dando de forma natural, y aunque aquella ausencia enorme, aquel recorte que no alcanzo a comprender sigue silbando en mi mente, descubro que termino pasándola bien con ellos, y me digo a mí misma que voy a repetir más el disfrutar mis recreos junto a las personas que conocí.

Pero luego las responsabilidades vienen, como siempre. La campana, aturde a todos con su estruendo, y el mundo entero se levanta para regresar a las aulas. Los demás ven como me calzo la mochila a la espalda.

-¿No vienes?

-Tenemos reunión de club ahora- digo. Falta algo, falta algo, y no puedo ya con mi ceguera adivinar de qué se trata.- Los veré más tarde, con suerte.

-¡Diviértete!

Se despiden de mí, y yo cruzo los pasillos hacia otro lado, dejando atrás a los demás alumnos, a los profesores que me saludan con respeto, a los limpiadores y a Horace, que se detiene de retar a uno de los empleados para desearme un buen día. Subo las escaleras, hasta la tercera planta, y toco la puerta del aula vieja, en donde antes solía practicar mi danza cuando ocupaba el cuerpo de Mina Harvnes.

Hay un poco de bochinche adentro, pero cuando abro todos callan. Frederick Cable me mira de arriba abajo, se acomoda los lentes, y se hace un lado para dejarme pasar.

-Aurdelard. Te estábamos esperando. Tenemos bastante que organizar hoy.

Adentro, los doce miembros del Club de Delegados me esperan, esperan las órdenes e ideas que pueda dar, esperan elogios, consejos, críticas; esperan, al fin y al cabo, a su líder.

VI

La reunión es agotadora. Pero como siempre, el fanatismo que me tienen y la diligencia de Frederick consiguen hacer que también sea increíblemente productiva para el proyecto de festival que pensamos realizar en unos meses.

En cuanto acaba, con alrededor de veinte páginas de material nuevo en la mano y la garganta dolida de tanto hablar, defender y reprochar ideas, guardo todo en mi mochila y pongo rumbo directo al hospital. El timbre de salida ya tocó hace bastante, en medio de un debate: Sebastian, el chico de camisa que ahora suele seguirme a todos lados, opina que las alumnas que hacen danza deberían hacer un espectáculo dentro del desfile, mientras que Suzy, a quien considero su versión femenina, se desvive defendiéndolas y juzgando que deberíamos dejarlas en paz tras todo su esfuerzo en el Lastega. Por mi parte, creo que no me desagradaría ver a mis compañeras bailar otra vez.

Ya estoy acostumbrada al camino. Bajo el sendero zigzagueante, el sol acariciando mi cabello y el dorso de mi mano en la correa de mi mochila. Pero antes de llegar al bar en donde solía pasar el tiempo con los demás, doblo y tomo el atajo que atraviesa la zona privada, aquella que se comenta es la residencia del director. De allí en adelante son tan sólo unos minutos más de caminata en soledad, bajo la represa de grandes piedras por sobre la cual aquel misterioso sitio se oculta.

Al final, los autos de los doctores aparecen, estacionados en la cochera destechada contra la pared oriental del hospital. Los paso -me cercioro de ver al Twingo de Norbert entre ellos- y bordeo el edificio hasta llegar a la entrada principal. El guardia me saluda al pasar: me conoce, conoce a Norbert. Los pocos médicos que encuentro también suelen decir mi nombre, o al menos mirarme, también los cuidadores, y son los visitantes de otros pueblos y ciudades, quienes están de paso, los únicos que se preguntan qué hace una adolescente con su mochila, caminando tan decidida, ignorando turnos y secretarías para dirigirse directa a las escaleras que suben hacia las habitaciones de pacientes.

Subo. Doblo a la izquierda, saludo a algunas de las enfermeras -y me pregunto, todos los días, qué dirán ellas de Helen, cuan poco o mucho la habrán apreciado, y cuánto les sorprendería saber que no soy tan diferente- y sin pedir permiso termino inmiscuyéndome en el cuarto de la puerta azul, el 503.

Kain se halla sentado de espaldas, frente a la ventana. Uno de sus dedos tamborilea levemente, y el resto de su cuerpo un poco se mece, como abnegado por la brisa que llega desde afuera y que hace flotar las largas cortinas blancas hacia sus pies. Hoy es un lindo día. Desde que el último copo de nieve cayó, no han dejado de ser buenos.

Me siento a los pies de su cama, de la única cama que ocupa este cuarto tan sencillo, junto a una pequeña mesada con crisantemos, cuyo emisor desconozco. Miro el perfil de Kain, los ojos castaños perdidos en la contemplación del paisaje, el cabello oscuro y ondulado cayéndole por la frente y hasta llegarle al cuello, la tez pálida, recién afeitada, las marcas de una cicatriz cubiertas con esmero con una cinta médica.

Acerco mis dedos hacia aquello, rozándolo.

-Esto es nuevo.

Kain permanece en silencio, mirando hacia afuera. Yo dudo, si quejarme o no, pero luego termino pensando que mejor será no hacer problemas. He visto a las enfermeras preocuparse por él. Sería una idiota si quisiera recriminarles algo.

-¿Es un lindo día, no?- digo, siguiendo su vista para llegar a un zorzal, un pájaro que vuela hacia arriba y cae, intentando alcanzar algo- En la escuela estamos todos muy ocupados. Conseguí que pasaran algunas de las pruebas para una semana más adelante, pero otros profesores no van a ser tan fáciles de convencer. ¿Sabías...?

Me mira. En realidad, no parece verme.

-¿Sabías que algunos van a participar del festival?- continúo, recuperando la compostura.- Nuestro profesor de química, la profesora Duana Gallis, Eleanor, de matemáticas... Otros no quieren, pero me estoy esforzando. Creo que con el club podemos hacer muchas cosas.

Kain no responde. Vuelve a pegar su mirada hacia la ventana, y no puedo saber si me está escuchando realmente.

Pero aun así, hablo.

-Sería bastante gracioso ver a Duana Gallis bailar. Y si consigo que la vicerrectora acepte, tendremos algo para reírnos durante toda la vida.

El dedo tamborilea, y la puerta se abre. Una de las enfermeras aparece con una bandeja, me ve, y sin sobresaltarse la deja sobre la cama.

-¿Podrás?

-Sí. Yo me encargo.

-Si necesitas algo, sólo llámanos. ¿Se está portando bien?

Sonrío.

-Acaba de denunciar un intento de asesinato a su rostro.

-Oh- dice ella- Tuvo un movimiento repentino cuando quisimos afeitarlo.

Le digo que no se haga problema, y ella se va, dejándonos de nuevo a solas. Yo levanto la bandeja, y haciendo equilibrio la pongo sobre mi regazo.

Hay un cuenco de sopa de lentejas, un vaso con agua, y algo de arroz. Tomo la cuchara, levanto un poco de la sopa, y controlo la temperatura. No está tan caliente como creí.

Acerco la cuchara a los labios de Kain, y él bebe. No tiene mucha expresión al hacerlo. Es como si su cuerpo funcionara en automático.

"Honestamente" nos había dicho el doctor que lo trató aquella noche, a mí, a Alex, a Matt, a Wilhelm y Jessica que habían venido de inmediato al oír las noticias *"Ya es un milagro que se mantenga con vida. Pero este joven ha*

pasado años encerrado, sin moverse, sin ver luz alguna. Le tomaría meses recuperar todas las facultades mentales. Años en recordar del todo su lengua, si es que alguna vez se dispone a hablar. Tardaría aun más en poder caminar. ¿Manipular herramientas? ¿Estudiar? Todo va a tener que aprenderlo desde cero. Para este joven, la vida empieza de nuevo como si acabara de nacer.”

“¿Qué podemos hacer?” había preguntado Wilhelm.

“Atenderlo” fue la respuesta del colega de Norbert *“Al hablarle, tal vez recupere todas esas cosas que perdió. Nosotros nos encargaremos de que recobre esa circulación perdida, pero no puedo prometerles nada. Tal vez pierda el uso de sus piernas para siempre.”*

Kain movía sus brazos, o al menos eso había notado yo durante varias de mis visitas; y, según las enfermeras, se esforzaba especialmente durante los ejercicios de estiramiento y de caminata, cerca de los ancianos en la zona superior del hospital. Hacía pocos días había podido presenciarlo: lo ponían en un sendero de barras de acero, elevadas a la altura de sus codos, no muy distintas a las que se usaban en la Academia de Danza de DuMarque para hacer los primeros calentamientos; y con esas barras o una estructura lo hacían caminar, y Kain, silencioso y tambaleante, jadeaba, pisando, sujetándose y haciendo un esfuerzo que parecía sobrehumano hasta llegar al otro lado. Esperaban, me habían dicho, que tras intento e intento adquiriera la capacidad de moverse del todo por su cuenta.

Pero por ahora, se halla imposibilitado. Tomo algo más de sopa, la vuelvo a acercar, cuidándome de no derramar nada sobre él, y él la bebe, su garganta sube y baja, su respiración se tensa como si lo estuviera asfixiando. Tiene, oculta tras la maraña de cabello, una cicatriz grande, la contusión que le provocó aquellos diez años de coma. Y como por si de esa herida todos esos años se hubieran escapado, en todas mis visitas no he sentido una sola vez que él pueda reconocerme.

-Te traje otro libro- digo, raspando el cuenco y acercándolo. Decido evitar el arroz, al menos no sin antes darle un trago de agua- Es más simple, pero creo que te va a gustar. Hablé con papá, y él me lo recomendó.

Me mira de nuevo. Aquello me sobresalta, y por mi culpa algo de sopa resbala por su mentón. Rápidamente tomo la toalla, y lo limpio.

-“Otra Vuelta De Tuerca”. De un autor llamado Henry James. Como ya terminamos los de O. Henry, pensé que podíamos intentar algo más largo. ¿Te parece bien?

Kain me observa, y luego su mirada va hacia a la bandeja.

-¿Sigues con hambre?- digo, viendo el arroz- Mira, te traje golosinas.

Quito la bandeja con cuidado, busco mi mochila bajo la cama, y la abro hasta extraer tres paletas, una verde, una roja y una azulada. Las levanto frente a sus ojos.

-¿Cuál quieres?

El truco no parece funcionar. No hay vida detrás de los ojos.

-Te daré la roja- digo.- Y yo me quedaré con las otras dos para después.

Al menos parece haber olvidado el cuenco con arroz. Quito el envoltorio a la paleta, y la acerco. Pero para mi sorpresa, Kain no despega los labios. Hay un pequeño lapso, como una visión que sufre y que lo hace echarse hacia atrás, un espasmo de miedo que lo domina. Creo que por un segundo ha recordado, sino a mí, a algo de aquello que tenía hace diez años.

Retiro la golosina, insegura de si sentirme culpable o no.

“Kain Antar” nos había dicho el oficial de la policía Visganesa, aquel que investigó el caso por el que encarcelaron a Helen “Visganés. Nacido el 9 de noviembre de 1986. Sus padres, Jerome Antar y Kelly Adams fueron hallados muertos en su casa unos pocos días después de su desaparición. Recuerdo todo aquello. Yo era un cabo en ese entonces, pero mi jefe estaba convencido de que ellos se habían deshecho de él y no habían podido vivir con la culpa. Por supuesto, el caso se dio por cerrado allí.”

“¿Y su hermana?” dije yo “Kain tenía una pequeña hermana, como de mi edad.”

“Nada de eso” negó rotundamente el hombre “No hay niña alguna en los registros.”

“¿Debería estar!” recuerdo haber gritado “Su nombre es Kassia. ¿No podría...?”

“Hemos preguntado incluso a aquellos que eran amigos de Jerome y su esposa. Gente que los visitaba los domingos, que oía a ese pobre diablo tocar el piano y tomaba el ponche navideño con ellos. No hay ninguna niña, ninguna otra hija en la familia Antar. ¿De dónde han sacado ese delirio?”

Alex me había calmado ese día, finalmente retirándome de la oficina en donde el agente dio sus explicaciones a Norbert, a Jessica, y en extensión, al resto del poblado de San Naerit. Había conseguido contenerme, aplacar el inicio de mi llanto sobre todas las dudas que me habían surgido, de la miseria que no podía impedir sentir.

Desde ese día, no había parado de recordar, cada noche, cada una de mis interacciones con Kain. No cesaba de verlo durmiendo, contra el borde del balcón, sentado prolijo en las sillas de alambre, inclinado sobre el piano, no dejaba de reproducir una y otra vez sus palabras, todo lo que habíamos hablado durante las veces que lo había visitado, que había visitado a su consciencia en el otro lado de la brecha.

Nada de eso quedaba en él ahora. Kain tenía vida, sí, y a cambio era un cascarón, algo que comía sin degustar, miraba sin ver, tocaba sin sentir. Había olvidado. Sus memorias parecían estar bloqueadas, encerradas por años y años de una oscuridad mucho más literal que la mía. Y...

-¿No me mentiste, verdad?- digo, corriendo con esmero los cabellos que caen contra sus ojos, apartándolos con los dedos- Kain, Kassia es real, ¿no? No pudiste haberme mentido. Sé que todo eso es verdad.

No habla. Parece una figura de cera y contempla mi cuello con la misma falta de pasión con la que hasta hace poco veía el soleado paisaje que ahora le tapo.

-Que tu hermana... No puede ser mentira... No...

La puerta se abre de nuevo. Una enfermera asoma, me ve, y yo me recompongo y retrocedo.

Ella se acerca, y levanta la bandeja.

-¿No comió el arroz?

-No se lo di.- digo, controlándome. Mi respiración se va calmando. Por Kain, por su curación, no debo infundirle a él mis temores. Aun aunque no responda, aunque apenas pueda recordar quién es, estoy segura de que siente, de que el Kain que conocí se encuentra en algún lado- ¿Ocurrió algo? Es raro que la retiren tan temprano.

-Vendrá la policía- me dice la enfermera, o más bien lo murmura, como quien pasa un secreto de importancia tratando de quedar inocente- El hijo de Norbert Weigler por fin ha despertado.

Me preparo, arrancándome de mi dolor a la fuerza. Es el momento.

-¿Y Norbert?

-Para ahorrar problemas, lo hemos tenido haciendo análisis de resonancias en la otra ala. Los agentes estarán aquí en poco más de media hora.

Comprendo.

-Gracias.

La enfermera asiente, y se marcha.

Me vuelvo hacia Kain, que no parece haber acusado recibo alguno de nuestra charla, y luego regreso a mi mochila, tomo el libro que le traje, y lo dejo apoyado contra la mesada.

-Pasaré más tarde a leértelo.- me inclino sobre él, insegura, y al final planto un beso sobre su frente. Es raro para mí pensar que él me había gustado.- Debo resolver algo.

Lo siguiente será buscar una moneda, para usar los teléfonos públicos del hospital y llamar a la escuela.

VII

Matt llega prácticamente corriendo, con el cabello mojado por una ducha rápida en los vestuarios de la escuela y las ropas del equipo hechas un bollo bajo el brazo, en apariencia demasiado apresurado como para poder guardarlas en su bolso. Tiene los botines aún puestos. Desde que lo llamé, hasta que se apareció, debieron de haber pasado tan sólo quince minutos, quince minutos que pasé en la sala de espera, sentada viendo la entrada al cuarto de Johan y tamborileando mis dedos de la misma forma que Kain, intentando con eso adivinar en qué pensaba mientras lo atendía. Considerando lo que me toma a mí, es todo un record.

Me pongo de pie, dando un vistazo a la puerta, sintiendo los nervios y la tensión que surgen de él, pero también su voluntad que siempre me calma.

-¿Quieres tomar aire?

-Estaré bien- se palpa- ¿Papá?

-Estará ocupado por ahora. Pero no tenemos mucho tiempo. La policía vendrá en cualquier momento.

Matt asiente.

-No necesitamos demasiado.

Abre la puerta, y sin más preámbulos pasa. Yo lo sigo detrás, un poco más temerosa que él. No es que crea que Johan puede hacernos daño alguno ya, pero no me gustaría descuidarme. Con mi poder, puedo sentir que no queda rastro alguno de Kylar Berkan en él. Johan se halla acostado, el respaldar de su cama inclinado, los ojos llenos de odio al vernos entrar a dónde está y la boca torcida en una mueca de desprecio.

No hay demasiados sonidos, excepto el chasquido de la puerta que cierro a mi espalda. Este cuarto es mucho más espacioso que el de Kain, aunque la ventana está más lejos y no deja entrar tanta luz. Matt acerca dos sillas, y las pone junto a su hermano, pero yo prefiero ser esta vez quien permanezca cerca de la puerta, como vigía.

-¿Vienen a visitarme?- sonrío Johan Weigler, o más bien, hace un gesto torcido que intenta ser una sonrisa- Caray, qué emoción.

Su pequeño hermano lo examina, sin decir palabra. Johan frunce el ceño, y en cambio mira el techo.

-Déjenme adivinar. Alguno de ustedes ya está muerto. Pero yo sigo vivo, ¿verdad? Y ya he oído a las demás enfermeras hablar, así que comprendo mucho de lo que ha pasado. Helen, mi esposa, está ahora en prisión. En una maldita cárcel. Y todo el pueblo se está regocijando. ¡Eh, Liseth Aurdelard! Tienes a tu querido Kain de regreso contigo, ¿no?

No digo nada, controlando la mirilla. Pero no hay mucha actividad afuera.

-Cuéntame qué bien te ha hecho- escupe Johan- Todo está malditamente resuelto, ¿no es así? Eso deben de pensar todos. Pero claro, claro, ustedes saben que no es el caso. Helen estará afuera, y con ello nos habrá salvado a ambos de morir, pero saben bien que no, oh no, nada está resuelto. No tienen idea alguna de lo que les espera.

-Johan.

Al oírlo hablar, Johan Weigler hace otra sonrisa reptil y gira la cabeza hacia Matt.

-¿Sí?

-¿Tú... dejaste que asesinaran a mamá?

El rostro del convaleciente se suaviza, pero sigue sonriendo.

-Oh, Matti. Eres tan inocente.

-Respóndeme.

El antiguo poseído junta las cejas, fingiendo pensar, y se levanta un poco.

-Por supuesto que sí, Matti. Aunque claro, mamá misma me pidió que no detuviera a Helen ese día. ¿Te crees esa, campeón? No voy a decirles nada sobre el Titiritero, nada que pueda poner a mi esposa en peligro, pero sí puedo decirte toda la verdad sobre eso. Helen asesinó a mamá. No tenía opción. Sé que ella lo hubiera hecho mil veces, y yo la hubiera apoyado mil veces más si fuera el caso. Las alternativas...

Se interrumpe, descubierto en sus pensamientos. Los dedos como garfios aferran sus sábanas, pero con otra sonrisa burlona se vuelve hacia Matt.

-¿Vas a llorar?

-Will lo sabía.

-Will siempre fue molesto. Tú, Kari, unos niñatos sin idea del mundo, y papá un hombre debilitado por la miseria. Eras pequeño, Matti, pero de seguro

recuerdas que solíamos ser sólo nosotros, ¿verdad? Si mamá caía enferma, si surgía algún problema, papá nunca estaba para ayudarnos. Tenía apenas unos años, y sin embargo, ya sentía todo el peso de esa familia en mis hombros. Y si no hubiera...

Johan se sacude, y frunce el entrecejo con furia.

-Si yo y Helen no hubiéramos visitado esa maldita plaza, si yo no me hubiera burlado de ese maldito niño... Pero no. Todo estaba resuelto desde antes, no había forma de que las cosas cambiaran. Matti, Matti. Tuvimos que matar a mamá. Tuvimos que hacerlo, porque sino, ni tú, ni yo, ninguno de los dos estaría hablando en este momento, y Wilhelm sería algún cadáver en un cementerio, y Kari un pequeño cofre de cenizas arrojado al viento. Yo no me atreví, pero Helen sí, y por eso la amo como nunca pude hacerlo con otra mujer. Ustedes no entenderían nada.

-Entiendo bien que eres un monstruo, Johan. No quieras excusarte. Mamá... ¿Sabes acaso todo lo que mamá hizo por nosotros? ¿Recuerdas bien cómo estaba durante esos días en los que agonizo? Cómo puedes...

-¿Lo recuerdas tú, Matti? Porque, si no me equivoco, no quisiste verla o hablarle durante todos esos días que dices.

Matt se pone de inmediato de pie, y la silla sobre la que estaba cae al suelo. Johan lo mira burlón.

-Es fácil juzgarme, hermanito. Tú y Liseth lo tienen todo tan sencillo. Voy a gozar, ahora mismo, ver como ese mundo perfecto en el que viven se les desmorona. Mikhail Eder fue el primero. Pero esa cosa no se detendrá allí. Va a...

Sabe sobre Mikhail, pienso. Sabe demasiado, demasiado más de lo que debería.

-A llevárselos. Se llevará a Kari, a Wilhelm, a papá, a todo lo que considere necesario. Pero lo que quiere probablemente no es a ninguno de ustedes, oh, claro que no. Lo que él debe querer ahora es a Liseth, la otra nigromante del pueblo, ¿no? A diferencia de ti, Matt, yo estoy dispuesto a hacer cosas horribles para salvar a mi familia. He estado dispuesto a ello desde hace años. No tengo a Kylar ya, pero no necesito de él para estrangular a alguien. En cuanto salga de este hospital, Liseth Aurdelard, me encargaré de llevarle tu cuerpo a...

Lo interrumpe un impacto, porque Matt lo golpea en pleno rostro. Es la segunda vez que lo veo perder el control de ese modo.

-¡Cierra la boca, Johan!

Johan se palpa la boca ensangrentada, controlando sus dientes. No parece asustado, ni molesto, sino que constata el daño y vuelve a escupir.

-Ahora largo de aquí.- dice, pasando la sangre por el costado de su cara. No tengo nada que decirles. Me encargaré de dejar flores en sus tumbas.

Matt me hace una seña, y ambos dejamos la habitación.

Sólo cuando Johan queda bien atrás, y nos hallamos a solas en uno de los corredores menos transitados, deja salir su furia y apretando los dientes golpea una de las paredes.

-Matt...

Él se frunce el puente de la nariz, con los ojos cerrados. Luego me mira.

-Lo siento. No debí reaccionar así.

-No te preocupes. No creo que pudiéramos sonsacarle nada de cualquier modo.

-Es sólo que...

-Estuviste pensando en tu madre.

-Todo este tiempo, sí. Pero también en mí mismo. Durante años, no pude ver por lo que pasaba Will, no podía ayudarlo. Sin saberlo, hice lo que menos quería y le di la espalda a alguien que me necesitaba. Creí que con Johan podía ser similar. Que él iba a sentir culpa. Mató a mamá. Y él...

Apoyo mi mano en su brazo.

-Creo que él sí se siente culpable.

Matt no parece entender, desconsolado, y yo me esfuerzo para explicarme.

-A veces... Una... Uno intenta ponerse una máscara, aunque sea para sí mismo. Haces algo terrible, te sientes terrible, y entonces necesitas una forma de ver eso que sea conveniente. ¿Me entiendes? Por ejemplo, "soy malo". "Soy malvado, y maté a mi madre". Después de hacer algo como eso, la única forma de vivir, la única forma de poder seguir viviendo es creyendo en esas palabras. No creo que Johan sea muy distinto. Es un humano, como tú y yo, y debió haber sufrido.

-¿Estás...?

-No me apiado de él- niego- Vi lo que ellos dos hicieron con Kain. No podría perdonarlos, pero quiero verlos como son. Si pudimos hacerlo con Zaq, también deberíamos poder con ellos.

Me examina, seguramente viendo más en mí de lo que yo normalmente permitiría. Mis palabras han sido demasiado precisas como para que las ignore.

-Tienes razón. Pero no puedo luchar contra lo que siento. Ahora mismo, bien valdría para mí que Johan no fuera mi hermano.

Me alejo de él, y acomodo mi cabello echándolo tras mi oreja.

-Nunca tuve hermanos, pero puedo entender eso.

-Luego está papá. Johan no confesará a la policía. Saldrá impune de esto, puedo sentirlo. Pero papá no debe saber la verdad. Lo destruiría por completo. De los cuatro, nadie estuvo tan quebrado tras la muerte de mamá como él.

Asiento.

-No diré nada a Norbert. Además, dijimos que no involucraríamos a nadie más.

Matt fuerza una débil sonrisa.

-Entonces está todo dicho. Acompáñame. Quiero ver a Kain un rato antes de regresar a sufrir más horas de estudio.

Tal como lo predijo Matt, tras un extenso interrogatorio la policía terminó reconociendo que no tenían prueba alguna de que Johan Weigler hubiera actuado en conjunción con su esposa durante los años de secuestro a Kain Antar, y por lo tanto fue liberado de sospechas y dado de alta en el día. Lo que Matt no predijo, aunque algo en mí sí lo había esperado, fue que esa misma noche, sin avisar ni despedirse de nadie, Johan hizo reparar su Ferrari y sin previo aviso puso rumbo inmediato fuera del pueblo, de regreso a su trabajo como empresario en la producción de mieles.

Su huida no hizo más que acrecentar la sensación de temor que desde el asesinato de Mikhail Eder yo había tenido, y mantenerme en vela durante unos buenos días. Y lo que para mí fue miedo, noté, para Norbert fue en cambio tristeza. Me dolía ver a mi cuidador tan abatido, tan cabizbajo y sombrío como lo veía estos días, era desgarrador verlo forzarse a sonreír cuando sus hijos se hallaban con él y captar, de reojo, su preocupación, sentado en su escritorio sin moverse frente a pilas de trabajo. Del hospital se habían ofrecido a adelantar sus vacaciones, pero Norbert se había negado. Había mucho que hacer. Y lo que fuera que pensara de Helen, o de Johan, era evidente que no quería compartirlo con nosotros.

Por culpa de todo esto, la atmósfera de la casona durante aquellas semanas fue más bien pobre. Matt y yo estábamos demasiado ocupados, Norbert a duras penas calmaba el acceso de dolor que lo arremetía, y Kari seguía cada vez más triste, más ojerosa, y no notaba yo que viniera la recuperación que su hermano había presagiado.

Un día, en la mesa del desayuno, vimos a Kari tan queda que el jugo exprimido que se estaba sirviendo cayó de su palma, para dar contra el mantel y desparramarse en los bordes. Ella apenas reaccionó. Yo me levanté, buscando un trapo para limpiarlo, y Matt en cambio dudó y se dirigió a ella.

-¿Quieres venir a pasear a Waldorf con nosotros? El día está hermoso.

-No. Gracias.

Su hermano dudó, pero Kari se había visto seria, hasta avejentada al responder aquello. Wilhelm, el único del hogar que se notaba algo mejor, la miró atentamente mientras ella se levantaba, pedía perdón y regresaba a su cuarto.

Cuando Matt chasqueó la lengua, su hermano lo detuvo.

-Déjala sola.- dijo, metiendo el brazo bajo su remera para rascar las cicatrices, todas aquellas cicatrices que nos había mostrado ese día- No seas molesto.

Wilhelm nunca había querido revelar, a su familia, la terrible verdad detrás de la muerte de Mira Strauser. Había sufrido esos diez años en silencio, pero ahora era libre. Yo podía notarlo, en el brillo que poco a poco regresaba a sus ojos. En ocasiones lo olvidaba, pero desde el invierno, él también se había vuelto un aliado. Sabía la verdad. Si el Titiritero realmente iba a atacarnos, como Johan nos había advertido, de seguro también sería un objetivo.

También ocurrió algo extraño, pasadas las doce, mientras yo me hallaba estudiando, boca abajo con mi apunte de biología abierto y los pies moviéndose al compás de un ritmo imaginario. Fue algo que agregó un nuevo personaje a mi vida.

Era tarde, y, para ser San Naerit, se trataba de un día caluroso; es decir, un día en el que podía al menos quitarme los calcetines de lana y andar descalza, dejando que la madera enfriada me refrescara. Pero pasados el

otoño, y el invierno; el viento, la lluvia, la nieve, todo se había ido, y desde hacía días que en mi ventana los acres permanecían silenciosos, los pinos no se movían y era sólo el cantar de los benteveos lo que me despertaba temprano durante los fines de semana. Sin embargo, faltaban horas para que las aves madrugaran. Y en ese silencio imperturbable, que yo creía perpetuo, un sonido estremecedor me llegó desde afuera.

Un llanto. Al principio lo dudé, aterrorizada, pero luego sonó otra vez, largo, sufrido, un llanto lleno de dolor y miedo. Era la voz de un bebé. Al descubrirlo me levanté de inmediato, abrí mi ventana, y examiné el paisaje oscuro de afuera. Nada se veía de distinto.

El lloro volvió a resonar, más cerca, y el pavor me dominó. Usé mis ojos para escudriñar las sombras, pero no vi ningún niño, ningún coche, nada que revelara de dónde provenía el sonido. Luego se acercó, más, y más. Sentí algo resbalar por el techo. Y con unos reflejos que eran muy raros en mí, logré sujetar la cosa oscura que cayó desde allí.

Sentí calidez, y pelos, y al instante lo hice entrar de nuevo a mi cuarto, cerrando la ventana tras nosotros. Lo levanté, examinándolo a la luz. Era un gatito. Un pequeño gato negro, con apenas unas motas blancas cerca de la oreja. De inmediato dejaba de llorar, y se retorció juguetón en mis manos.

Recordé entonces al pequeño minino sin nombre que había rescatado de niña, muchos años atrás. Recordé todo lo que había hecho para cuidarlo y, sin disimulo, sosteniéndolo en mis brazos bajé las escaleras a esa hora, abrí la heladera, y serví un plato de leche que haciendo equilibrio llevé a mi cuarto. Dejé el plato en el suelo, y el gatito saltó por su cuenta para beber. Parecía sediento. Yo lo observé maravillada, pensando que me había ganado del cielo una mascota. ¿Cómo lo llamaría? A diferencia del anterior, debía nombrar a este. ¿Me dejaría Norbert tenerlo? Tal vez era pedir demasiado. Tal vez Waldorf lo matara en cuanto lo viera. Y quizás...

Noté una mancha rosada, en el cuello del animal, una que no había visto antes. Pensé: “¿Tiene sarna?”. Debía conseguirle una caja, algo en donde vivir para que no ensuciara y rompiera mi cuarto. Entonces me incliné hacia él, y examiné aquello.

No era sarna, sino un pequeño papel, cosido con hilo sobre su piel. Lo rocé con un dedo, y el animal se estremeció. Necesité esforzarme para entenderlo.

La caligrafía era imprecisa, por un lado, pero por el otro, sólo había una palabra.

Intercambio~

Estaba firmada con el dibujo de una carita que guiñaba un ojo, sonriente. No reconocí la letra.

El gatito siguió bebiendo, hambriento, y yo miré a la ventana otra vez. No se veía a nadie allí afuera. Cerré entonces las cortinas, cubriendo aquel agujero del todo.

Sin entender mucho por qué, mis temores se acrecentaron.

IX

Decidí llamarlo Luci.

No hubo ninguna razón en especial. Matt bromeó, diciéndome que ese era un nombre para niña, y desde entonces cada vez que lo ve prefiere llamarlo *Lucifer*. En cuanto a Waldorf, de momento decidimos es mejor mantenerlo alejado del minino.

Me queda saber si Norbert estará dispuesto a que lo conserve, pero actualmente, me es difícil hablar mucho con Norbert. Se encuentra demasiado ocupado en el trabajo, y apenas tiene tiempo para cocinarnos algo durante las noches. Hasta que no vea que se ha relajado, no quiero molestarlo con cosas así, no en este momento.

Así que ahora Luci tiene su propia caja, cerca de la ventana. Wilhelm la cedió sin problemas –en el sótano hay un montón, y es lo suficientemente espaciosa como para que duerma y haga sus necesidades. A la noche, y durante el día, le doy un plato de leche para alimentarlo. Es un animal tranquilo, que ronronea cerca de mí mientras estudio, que se divierte con tan sólo tirarle una pelota de tela.

Sobre aquella nota que con cuidado recorté de su lomo, preferí no comentar nada.

De cualquier forma, ahora Luci es algo más de lo que ocuparme, más ítems en una extensa lista. Entre el asunto del Titiritero, mi preocupación por la tristeza de Kari, el regreso de Teresa a la escuela, los exámenes finales, el cuidar y visitar a Kain, y la tarea que tengo como nueva presidente del Club de Delegados, apenas me queda tiempo para quejarme de que no tengo tiempo. He descubierto que soy bastante diligente. Consigo hacer mis tareas, y en ocasiones Elías y los demás prefieren copiar de mis hojas que de las de Marco Sartore; llevo la lista de las actividades del club siempre actualizada, memorizo rápidamente números y rostros sin problema alguno. La ausencia de ataques me ha dado una claridad de la que yo misma me sorprendo. Ahora puedo ver. Puedo obrar.

El siguiente domingo tuvimos una de las reuniones más importantes, en la que cerramos los últimos puntos sobre el festival que pronto vendría. Frederick sostenía que íbamos a necesitar más dinero, pero yo creía que lo que teníamos nos iba a alcanzar.

La discusión era encarnizada, y la mayoría me apoyaba. Era cierto, pensaba en el fondo yo, que con todos los gastos, con el partido, la danza, los puestos de comida y el acto, los fondos que los alumnos habían recaudado se desvanecerían, pero creía que valía la pena. Había conseguido dar un trato

preferencial a los de sexto, y algunos personajes de cursos más bajos se quejaban. Todo era complicado, y yo debía insistir.

Me expliqué lo mejor que pude:

-Piensen que si hacemos esto, quedará algo para el Instituto que nadie jamás podrá olvidar. Sería también una muy buena introducción para mostrar lo que hacemos en el Club, ¿no lo creen?

-¡Liseth tiene razón!- repitió Suzy tras de mí como un loro, haciéndome de pronto recordar a la actitud de Anna- ¡Vamos, chicos! ¡Ahora es cuando debemos esforzarnos!

Los frenos le brillaban al hablar, y también las gotitas de saliva estacionada entre esos alambres. Sebastian, el otro muchacho al que ya podía considerar mi seguidor, asintió varias veces.

-Es lógico- dijo, como si aquello significara algo- Puramente lógico.

Casi todos aceptaron, pero Frederick continuaba con dudas. Antes de que pudiera replicar, sin embargo, alguien tocó la puerta de nuestra aula de reuniones.

-Abre- ordené a un chico de primero. Quedó paralizado cuando movió el picaporte, y nosotros también, pues del otro lado, enfundado en su traje rojo y con una sonrisa amable a la que traicionaban aquellos ojos resplandecientes, el Director de nuestro instituto se apareció, adentrándose ya sin pedir permiso.

-Buenos días, alumnos.

-Buenos días- contestamos todos al unísono.

Henry Ashadd no dijo nada, paseándose hasta el pizarrón donde anotábamos nuestras ideas. Yo noté los zapatos nuevos, relucientes con los que iba taconeando las maderas de suelo, el porte perfecto en el que avanzaba; ni un sólo cabello fuera de lugar, ni un sólo gesto que no estuviera siendo debidamente controlado, ni una arruga en su traje ni la más mínima rasgadura en el reloj plateado que aprisionaba su muñeca.

-Oí bastante de este Club de parte de los profesores, así que quise saciar mi curiosidad. ¿Supongo que estas de aquí son las actividades del festival de primavera?

Nos miramos, todavía algo intimidados. Frederick se puso tenso, y contestó.

-Sí, señor. Ahora mismo estamos calculando asuntos de presupuesto.

-Me llena de gozo pensar que algo como un festival pueda darse hoy en día en este pueblo- sonrió Ashadd, contemplando las escrituras de tiza en aquella pizarra, y luego se volvió a todos, se volvió hacia mí- ¿Asuntos de presupuesto, dicen?

-Tenemos miedo de que...

-Actúen con absoluta libertad- se zarandeó el, divertido, presionando las suelas con fuerza.- Si necesitan más fondos, no duden en hablar con la vicerrectora. Hay mucho más disponible para quienes quieran hacer algo de valor aquí.

Los miembros del club se revolviéron, encantados. Yo en cambio no quité los ojos del director, incapaz de desprenderme de la desconfianza que siempre le había tenido. Ahora, cuando lo oía hablar, algo me resultaba familiar en él.

Pero antes de que la respuesta llegara a mi mente, Henry Ashadd hizo un par de comentarios más, logró que otro alumno se acomodara la camisa con sólo oíjearlo y luego hizo que nos despidiéramos de él, perdiéndose por donde

había venido y reduciendo las actividades restantes del club a simplemente organizar a quienes participarían del festejo prevacacional.

X

No es que esas actividades sean poca cosa pues, al final, termino regresando a casa -obviando una visita a Kain- pasadas las ocho de la noche. Tuve que resistir la tentación de buscar a Matt a donde las prácticas de fútbol continúan, por miedo a resultar molesta, y en cambio juntar fuerzas desde donde no las tenía y hacer sola, como ya tantas veces, el sendero de tierra que sube hasta la casona, esta vez con cientos de estrellas mirándome descubiertas desde la distancia, brillando acompañadas con los chillidos de los grillos que no paran de saltar a ambos lados del camino.

“Quizás esto sea peligroso” pienso, sin dejar de pensar en las palabras de Johan y su huida del pueblo *“Pero Zaq ya no está.”*

Zaq Jerves ya no está, y en los pinos no debería ocultarse nada. Él, su abuelo, Helen Degare y Johan Weigler, ya todos ellos están incapacitados.

Aun así, me cuesta no estremecerme. La sensación es la misma de siempre. Un vacío. Una ausencia. Un reloj que, como en mi deseo, se repite constantemente; su aguja retrocediendo antes de marcar las doce. Desde luego, es sólo una impresión. Pero no puedo quitármela de la cabeza, por mucho que me esfuerce en pensar en las millones de cosas que ahora me ocupan, en mis labores como delegada.

La fachada de nuestra morada se levanta de pronto contra mí. Mientras me acerco a la puerta reparada, tragando saliva, tardo un poco en percatarme de qué es lo que exactamente me ha preocupado de esa visión. El Twingo está estacionado afuera. Hace bastante que Alex y Jessica no nos visitan, y no se adivinan las huellas de ningún otro vehículo. Los grillos siguen cantando, un viento leve refresca la calidez primaveral, algunas flores están creciendo cerca de la cancha de cemento en donde vi a Matt por primera vez.

Suspiro, y mientras paso lo comprendo. Todas las luces están apagadas.

Entro al comedor, y sin estar del todo segura porqué, no muevo el interruptor a mi lado. Puedo ver en la oscuridad. Si hay un atacante, esto podría darme una ventaja. Si hay un atacante...

Oigo un estertor, que me perturba y me hace ver hacia el costado. Distingo una figura inmensa cerca de la mesa, y me tienta salir huyendo.

-¿Matt? ¿Kari?

Mis ojos lo van delineando, separando de las sombras. Entonces me percato de que es Norbert. Está echado, cubriéndose el rostro barbudo, conteniendo temblores que lo sacuden. Me acerco a él de inmediato.

-Liseth...

Su voz suena tomada. Puedo notar que ha estado llorando, puedo ver el resplandor de pequeñas gotas mojándole la cara en la oscuridad.

-¿Se encuentra bien?

Norbert se seca la nariz con su gigantesca mano, con un sonido muy poco digno.

-Sí, lo siento. Disculpa.- hay entonces un golpe seco, y mis ojos captan, antes de mi mente, la botella vacía que trae en mano. Por la forma, puedo adivinar que es ron.

De pronto comprendo.

-Estuvo...

-No, descuida. Juré jamás volver a beber.

Es la primera vez que veo a Norbert herido, débil como su hijo mayor lo llamé. Me quedo parada como una idiota, sin saber qué hacer. Aquella botella sin etiqueta se bambolea entre sus dedos, siempre a punto de caer. Descubro que está cerrada.

Dudo, y pienso en ir a mi cuarto, encerrarme y dejarlo ser. Nunca fui buena consolando. No tengo conexión con los sentimientos de los demás. No podría ayudar a Norbert.

En cambio me siento frente a él, con mis manos sobre mis rodillas. Norbert no parece verme, abatido, y yo tomo aire y hablo.

-Usted me ha ayudado mucho. Quiero decirle eso. Ya no tengo ataques. Y sé que usted, Matt, Kari... Todo lo que me pasó en este pueblo es la razón. ¿Hay algo que pueda hacer?

-Gracias, Lis.- su voz suena entre las penumbras, sentida, un dejo de agradecimiento por lo que acabo de decir- No tienes que preocuparte. Es sólo que...

Calla, y yo espero congelada en la misma posición que antes. Lo veo cubrirse el rostro con una mano, apretar los dedos en los bordes y las raíces del enrollado cabello, bufar para contener otro acceso de llanto. Parece alguien que hace un esfuerzo inhumano para no quebrarse.

-No... No entiendo qué ocurre.- mira Norbert la superficie de la mesa, la botella, frotándose la piel con insistencia- Johan, mi hijo, simplemente se fue. No quiso hablarme, no quiso dar explicaciones, nada sobre lo que ocurrió con Helen y ese muchacho al que ustedes encontraron. Y yo... Sé que nadie desconfía de mí. Pero yo mismo no puedo... No lo entiendo. Es todo tan difícil.

De pronto se levanta, como despertando de un sueño, ganando varias cabezas al erguirse sobre su silla. Me mira.

-Lo siento. No debería echarle a ti mis problemas. Menudo ejemplo de doctor me he convertido.

Sigo pensando, en sus palabras. No debo decirle. No debo decirle, pero Norbert debe de sospechar un montón.

-Thomas...

-Mi padre me diría que lo ayude- interrumpo.

Norbert sonríe con afecto.

-Sí, eso es verdad. Liseth, eres una buena chica. En un parpadeo, te veré convertida en una excelente mujer.

-Gracias.

-Thomas es un gran padre también, lo sé. En todo esto de ser padre, a decir verdad soy bastante principiante. ¿Sabes? Hasta el momento en el que mi esposa murió, dejándome a cargo de esos cuatro críos, yo nunca asumí...

Duda, secándose el rostro húmedo con una mano, disimuladamente.

-Supongo que nunca quise verlo- pronuncia las palabras- No quería pensar en estar sólo en una empresa como esta. Y cuando por fin ella falleció, para mí fue la peor de las noticias. Cerré los ojos a todos, ignoré a quienes me conocían y me dediqué de lleno a la bebida. Ignoré a Johan, a Will, a Matt, a Kari, y me contraje a gusto en mi dolor. No podía soportar un mundo sin Mira. No podía creer su ausencia, cada mañana nueva en la que despertaba, y beber era una tentación tan sencilla, para olvidar... Bebí, bebí, y bebí, y acabé por volverme un monstruo. Si no hubiera sido por Thomas...

-Señor Weigler- digo, poniéndome de pie- Usted no es ningún monstruo.

Norbert alza la mirada, y luego su expresión se trunca en una sonrisa llena de tristeza.

Señala con un dedo la botella, la botella que ha quedado de pie, junto a la mesa.

-Esta botella, como todas las que están en esa estantería, son para mí una prueba. Son la prueba de aquello que no quiero volver a ser, en lo que no debo convertirme, por mis hijos. Hice cosas malas, Liseth. Quiero hacerlo bien. Quiero ser un buen padre para ellos. Y el no saber...

Se frota los ojos, en un gesto que entiendo Matt heredó de él.

-Lo sé- dice, frotando, hablándole al aire, a mí, quizás a sí mismo- Lo sé. No puedo desfallecer. No ahora.

Asiento.

-Así es. Señor Norbert, no puede mirar atrás.

Él vuelve a verme. Pienso de pronto en nuestro primer encuentro, a bordo del Twingo, en su voz hablándome de la mielada y la persona que era yo en ese entonces. Allí, todavía, presentía que estaba ante una buena persona.

-O la oscuridad te llevará, ¿no es así?- esta vez a mí me sorprende, oírlo decir esas palabras como sacadas de mi mente. Pero Norbert vuelve a secarse con la manga y se echa hacia atrás, explicándose- Tu padre me lo contó todo de ti antes de que vinieras. Y creo que ya sabes que por mi parte yo elegí contárselo a mis hijos. Lamento no habértelo dicho en cuanto te di la bienvenida. Pensé que de saberlo, hubieras creído que te juzgábamos, hubieras malinterpretado nuestra forma de tratarte. Si...

-Está bien.- niego- Matt, Kari, incluso Wilhelm. Todos pueden entenderme.

Norbert Weigler suspira, como si un peso se desvaneciera de sus anchos hombros.

-Me alegra haber juzgado bien, entonces.

Se levanta, limpiando polvo imaginario de sus pantalones, y se gira hacia su estudio. Yo dudo, todavía con incertidumbre, y me encamino a seguirlo, pero Norbert habla detectando mis pasos.

-No te preocupes. Necesitaré tan sólo un momento para recomponerme del todo. Sube a tu cuarto, estudia, haz lo que debas hacer.

-En realidad, quería preguntarle si puedo quedarme con un gato que encontré.

Se detiene, anonadado.

-¿Un gato?

Asiento.

Norbert piensa por unos segundos, mirando el techo.

-Bueno, si eres tú, supongo que podríamos considerarlo. Eres una chica responsable. Lo alimentarás, bañarás... Sí, puede hacerse. Sólo quiero aclarar, claro, que soy alérgico a ellos. Pero siempre y cuando lo mantengas dentro de tu habitación...

-Me encargaré de que no salga.

-Sabía que podríamos entendernos- me revuelve el cabello él- Gracias, Lis.

Se va por donde vino, encendiendo la luz desde el otro interruptor como de paso. Yo quedo de pie, por unos segundos, arrepintiéndome de ser tan parca. Porque, en realidad, debería haberle dicho más cosas. Debería haberle dicho que ya es un gran padre, que supera a todos los que conozco, que no queda nada en él a lo que pueda llamar malvado. Debería haberle dicho que Kari, Matt, Wilhelm, incluso Johan, que sus hijos lo aman y están dispuestos a luchar porque esté bien. Y debería haberle dicho, claro, que la que está agradecida soy yo, y que yo también soy una de las personas a las que ha salvado. Que no sé quién fue en ese otro entonces, pero para mí, el Norbert de ahora es el único de todos los médicos que de verdad ha podido ayudarme.

Y sin embargo, las palabras quedan atoradas en mi garganta. Norbert desaparece, y yo me encamino escaleras arriba, a cuidar a Luci y dormir hasta la cena.

XI

-¿Así que, en resumen, me estás diciendo que papá lloraba en lo oscuro?

-Algo así- digo, dejando la figura otra vez en su repisa- Pero lo simplificas demasiado. Es más que...

-¡Tú hablas demasiado!- estalla Wilhelm, casi arrojando el destornillador que sostiene contra el techo- ¡Desde que estás aquí, no has parado de hablar! ¡Me desesperas!

Me muerdo el labio, tentada de arrojarme algo.

-¿No te preocupa tu padre?

-No.

Lo dice con mucha naturalidad, lo que me pone incómoda. Tampoco me sostiene la mirada, sino que está encogido sobre una caja, manipulando cables y conectores con una precisión de roedor. Yo suspiro.

-Norbert está mal.

-Todos están mal. Todos, todos, siempre tienen algún problema. No me importa.

-Hasta viniendo de ti, me cuesta creer eso.

Wilhelm se detiene, y deja las herramientas junto a sus pies. Yo paseo mis ojos por aquellas estanterías llenas de figurillas de robots, de colegialas, de personajes que recuerdo haber visto en series animadas cuando era pequeña. Es una colección interesante. La muñeca con la que lo vi por primera vez se halla en el fondo de una repisa, quebrada, envuelta en un trapo para que el viento no separe las piezas. Aunque no corre mucho viento por este lugar.

-Papá tuvo una etapa en la que bebía mucho- habla Wilhelm, volviendo a su trabajo- ¿No te lo contó ese idiota de Matt? No había bebida que le disgustara, y se pasaba todos los días en cama, rodeado de botellas. Fue luego de que Johan y su esposa asesinaran a nuestra madre.

»Nosotros no sabíamos qué hacer, pues aún éramos muy pequeños. Recuerdo que las sobras en la heladera se nos iban agotando. Algunas personas pasaban, ofrecían llamar a la policía, pero yo les decía que no se molestaran. No era que la policía pudiera hacer mucho contra él. Estaba irritable, muy irritable. Tan irritable como intentar terminar un proyecto y que alguien comience a hablarte sin parar de sus sentimientos.

-Ya.

-Eventualmente, la comida en la heladera se acabó, y sólo quedaron paquetes de fideos instantáneos que nos cocinábamos por nuestra cuenta. Una vez me quemé la mano. A papá no podía importarle menos, pero nosotros teníamos que cuidar a Kari y ella estaba mal, muy mal, y una sopa salada no iba a curarla. Así que le pedimos que nos cocinara, o que llamara a alguien, y él dijo que no lo importunáramos. Se barricó otra vez en su cuarto, y pasó todo el día encerrado.

»Yo tenía miedo. Tenía que pensar en otras cosas, no en él. Matt tampoco comprendía mucho, y mejor que nosotros, Kari fue quien se atrevió a entrar allí y exigirle que nos prestara atención. Pero fue un error, porque papá estaba muy bebido.

-No me estarás diciendo que...

-La abofeteó- se hurga el oído Wilhelm- ¡Estás apoyando las manos en la caja de usos!

La saco de inmediato.

-¿Norbert golpeó a Kari?

-¿No me escuchas? Eso dije. Oímos el impacto desde el segundo piso. Pero fue un golpe doble para él, porque Kari era una niña y en cuanto lloró pudo entender lo que había hecho. Se deshizo en lágrimas. Otras personas del pueblo vinieron días después, profesores que conocían a mamá, y se ofrecieron a ayudarlo. Uno de esos estúpidos...

-Un grupo de contención- digo, recordando la historia de mi padre y de cómo se había amigado con Norbert.

-Esa idiotéz. ¿Estás satisfecha?- gruñe Will, señalándome- Papá se pondrá mejor. Si pasó de eso, a lo que es ahora, no puedo ni tengo tiempo para preocuparme por él. Y tú tampoco deberías.

Me inclino de hombros, bufando. Por sobre nuestras cabezas, un ventilador de techo funciona con un generador individual, que Wilhelm parece haber armado con sus propias manos usando elementos de la basura. Tengo que reconocer el talento en donde lo veo. Bajo la cama, y cerca de un

escritorio lleno de planos meticulosamente dibujados, se hallan también apiladas las trampas de corrientes que usara en nuestra emboscada a Kylar Berkan, y diversos otros aparatos que no llego a comprender.

Los señalo.

-¿Qué harás con esos?

-No tienen uso.

-Podrías conseguir trabajo...

-¡A ti qué diablos te importa! ¡Quién te dio permiso para estar molestándome!

Lo señalo.

-Tú me invitaste.

Wilhelm frunce el ceño.

-Sin la intención de que parlotearas tanto.

-¿Quieres saber cómo está Kain? Puedo pasarte la dirección del Hospital.

-Estable. Los músculos gemelos, cuádriceps, comienzan a ganar fuerza.

El flujo de la sangre se recupera gracias a los masajes diarios. En cuanto a comida, ya puede deglutir cosas blandas, pero siguen prefiriendo servirle esas sopas de hospital. Fue alimentado con suero durante años, así que tiene problemas para masticar. Sin embargo, está ganando fuerzas. Se muestra levemente interesado por figuras, y sigue con los ojos a quienes pasan frente a él. Escucha lo que le dicen, pero no muestra reacción. Posiblemente se ha olvidado de cómo. Estiman que el tiempo de recuperación físico le tomará cinco años, como mínimo. En cuanto al mental, es probable que quede anclado en la personalidad de un niño de quince años.

-Vaya.

-Lo he visitado por mi cuenta, siempre cuidándome de no cruzarme con ustedes- chasquea la lengua Wilhelm- Pero no es Kain por lo que me castigué haciéndote venir aquí. Mira aquí, esto. Dime qué piensas.

Por fin, levanta en sus brazos eso en lo que estuvo trabajando. Veo un aparato pequeño, ovalado, forrado por una goma naranja. Detecto números que pasan en una pequeña pantalla.

-Eso es...

-Un reproductor MP3- explica Wilhelm, poniéndolo en mis manos- Son limitados aquí, pero sé que tendrán éxito. A este lo armé con una carcasa vieja, pero no tengo suficiente para hacer memoria así que sólo puede almacenar poco. Cinco canciones. Por eso te llamé.

-¿Es... para mí?

Wilhelm parece a punto de arrancarse trozos de cabello de su peinado de taza.

-¡Cómo diablos se te ocurre que va a ser para ti! ¡Pero si el mundo sólo gira a tu alrededor! ¡Kari! Quiero dárselo a Kari. Pero como dije, no tiene suficiente espacio. Cinco canciones. Tú la conoces, yo no sé qué música espantosa le gusta a ella.

Veo el aparato, y luego a Wilhelm sucesivamente, admirada. Él espera con aprensión.

Luego hago una media sonrisa.

-No eres tan mal hermano, después de todo.

Lo arrebató de mi mano.

-No eres mi tipo.

-¿Eh?

-Eso, eso, ¡eres demasiado pesada! Piérdete. Pero piensa en las canciones. Me gustaría poder dárselo a esa mocosa estúpida antes de esos exámenes que tienen.

Me rasco la mejilla.

-Creo que podría alegrarla.

Wilhelm no responde, sino que vuelve a su escritorio a darle los últimos retoques. Es bastante insoportable, pero al mismo tiempo algo en su actitud me ha logrado enternecer. Por detrás de toda la tragedia, los Weigler siguen siendo una familia. Y aunque lo disimule, parece por sobre todo más interesado en saber si opino que a su hermanita podría gustarle.

Me río, sin disimulo. Él vibra como un felino.

-¡Y ahora qué!

-Te ayudaré- digo- Buscaré los temas ahora mismo. A Kari le gustan los Grades. Claro que se desbandaron, aunque... Bueno, hay rumores de que van a regresar. Pero no podrás competir contra mí. Yo le di un autógrafo de la cantante principal, Sinnead Grades.

Él se inclina de hombros, con su reproductor en la mano.

-Gracias. ¡Pero sigues siendo una molestia!

XII

Elegir las cinco canciones no me costó tanto como conseguir que Wilhelm no me sacara a patadas de su lado mientras las tuvo que grabar dentro de su reproductor, haciendo uso a escondidas de la computadora de su padre -algo que, adiviné, solía hacer muy a menudo-. Pero cuando terminó, y satisfecho me pasó los audífonos para que lo probara, descubrí que no sólo se oía muy bien, sino que la voz de Sin, tan hermosa y distinta a la mujer desechada que yo había conocido en Visgana, flotaba por aquel aparato y entraba directo a mi mente, con una fuerza que me sobrellevó por completo. No necesité más que levantar un pulgar, y Wilhelm volvió a su cuarto, a terminar la cubierta, ordenándome que saludara a Kain de su parte. Los temas elegidos eran aquellos que más había escuchado a Kari, los que ella misma me había dicho eran sus favoritos. Estaba convencida de que el regalo de Wilhelm podría traerle algo de felicidad.

-¿Will hizo eso?- me había preguntado en el camino Matt varias horas después, descuidando por unos momentos a Waldorf; quien aprovechó para adelantarse en sus tres patas para jugar con una de las flores que ya habían brotado- De verdad.

-Parece que al final sí la quiere. Al menos un poco, ¿no?

Matt silbó admirado, y, adiviné en ese momento, bastante contento. Ninguno de nosotros sabía cómo calmar a Kari, y que Wilhelm estuviera dispuesto a ayudarnos era bastante reconfortante.

-¡Ah, Waldorf!- gritó entonces, al ver al siberiano intentar comerse un escarabajo. Forcejeó con él, y Waldorf se relamió, moviendo la cola con gracia. Yo reí, satisfecha de haber dejado a Luci durmiendo cerca de mi ventana. Con el modo en que se comportaba Waldorf, todavía no podía asegurar que no fuera a intentar tragarlo.

-Y también está visitando a Kain- añadí, mientras Matt forcejeaba con el grueso cuello de su mascota y con aquello daba tiempo al escarabajo de escabullirse por un hueco- O eso me dijo. Deberías haberlo oído hablar. De pronto fue muy... Uhm...

-Elocuente.

-Eso mismo. Hasta me dio algo de miedo.

Matt soltó a Waldorf, y se paró con un suspiro, sacudiéndose los restos de hojas y la tierra que le ensuciaba los pantalones.

-Es bueno pensar que Wilhelm tiene un amigo.

-Sí...- convine, y ambos seguimos bajando, nos adentramos por el otro lado pasando los árboles hacia el claro en donde solíamos sentarnos, el de las piedras que se elevaban desde la tierra húmeda como una ruptura en el bosque. Una amistad entre Kain y Wilhelm Weigler meses atrás me hubiera parecido una idea para estallar a carcajadas, pero ahora consideraba que Matt no se equivocaba demasiado- Hablando de amigos... David, Rita, Elias, todos ellos, ¿cómo llevan lo de la feria?

El sol se filtraba por entre el follaje, y los pajaros evidenciaban su presencia trinando libremente a nuestro alrededor. Mis pies, acostumbrados a pisar la blandura de la nieve o el crujir de las hojas otoñales, me sorprendían cada vez que se hundían en la textura suave, terciopelada de las flores y el pasto.

-A nadie le gusta bailar- se inclinó de hombros Matt en cuanto llegamos.

Waldorf seguía correteando feliz. Yo me cubrí el rostro con una mano, culpable.

-Lo sé, lo siento.

-Estamos bien- sonrió él- Será divertido, ¿no? Podremos distendernos de todo este asunto. Creo que hasta Mikhail hubiera querido que nos divirtiéramos un poco.

Suspiré. Matt entonces se frenó, y giró frente a mí.

Yo me esforcé por encontrar las palabras.

-A decir verdad, últimamente...

La brisa sopló el cabello rubio sobre mis hombros, movió la capucha de su buzo, levantó pétalos y hojas entre nosotros llevando consigo el aroma de la primavera. Mis ojos se encontraron con los suyos, recordé algo, y entonces enrojecí y miré hacia otro lado.

-Es...

-Yo también lo he estado pensando- dijo Matt- En todo lo que pasó entre nosotros en Visgana. Sabes que me gustas, ¿verdad?

Asentí.

-Lo sé. Y yo...

-No necesitas responderme. No quiero una respuesta, no ahora. Hasta que todo esto termine, tengo miedo de que algo me arrebatara toda la felicidad

que puedo sentir, inclusive la que ya he sentido. He visto a Kain. No quiero olvidar. Ni el tenerte aquí conmigo ahora, que me hace tan feliz, ni algo como lo que ocurrió esa noche luego del concierto.

Me atreví a mirarlo. Me impresionaba a mí misma lo cómoda que podía sentirme junto a él. ¿Cómo no lo había notado antes? ¿Cómo me había perdido en tantas ideas?

-Más de una vez quisiera repetirlo- dijo Matt sonriendo. Yo devolví el gesto, y pasé mi cabello detrás de la oreja.

-Bueno, ahora estamos solos.

-¿Olvidas a Waldorf?- respondió él, pero casi al mismo tiempo nos adelantamos, y nuestros labios se encontraron. Era el mismo sabor, la misma sensación placentera que había tenido en aquel invierno, que hizo que nos abrazáramos el uno al otro, y yo cerrara los ojos, perdida en aquel sentimiento.

Mi entorno, el suelo, el cielo, los árboles y la brisa, hasta el aroma de las flores y el vuelo de las mariposas, todo se fue borrando, desdibujando de mí alrededor. Sólo estaba Matt, y yo, ambos entrelazados en aquel beso. Mi corazón inició su habitual carrera dentro de mi pecho, apretado junto al de él. Pensé en llevar mi mano hacia algún lado, pero entonces con un movimiento brusco Matt me arrojó al suelo. Tal vez demasiado brusco.

-¡Waldorf!- se quejó él, pues el siberiano prácticamente lo había intentado derribar de una embestida- ¡Se supone que eres de mi equipo!

Arrojada contra la tierra estallé en carcajadas, mientras Waldorf se agitaba, las orejas hacia atrás por el regaño, y lamía conciliador la cara de su dueño. Me levanté con esfuerzo, y acaricié su pelaje embarrado.

-¿Tú también quieres un beso, Waldorf?

-Todos lo miman demasiado.- suspiró Matt, y también se incorporó- Supongo que ese será un recuerdo que tendremos que dejar para después.

Asentí. En cierto modo, estaba más feliz que nunca. Luego de eso charlamos un rato junto a la piedra, llegamos al cruce que nos llevaba al instituto, y terminamos regresando a la casona, para comer algo y también preparar qué le llevaríamos a Kain.

Estaba feliz, sí, pero también me equivocaba.

En ese momento no lo noté, pero nosotros no funcionábamos igual. Una no lo nota hasta que es demasiado tarde, ¿verdad? Matt, yo, nos hallábamos en ritmos diferentes. Nos queríamos el uno al otro, pero lo que queríamos, más allá de eso, era muy distinto para cada uno. Yo estaba dubitativa, atrapada en ese giro constante del tiempo, en esa ausencia sin nombre que se repetía durante todos mis días, desde el primer canto de pájaro que desde la ventana me levantaba hasta que me dormía, con Luci acurrucado en su caja bajo mi cama. Estaba feliz así, con este retorcido desenlace, feliz imaginando que en mi cobardía podía vivir como quería.

Matt en cambio estaba lleno de determinación. Diez años atrás, ante la tumba de su madre, se había hecho a sí mismo una promesa, y la figura de su propio yo niño siguiéndolo a todos lados hacía que fuera una promesa que él no podía ignorar. Y en donde yo cerraba los ojos, esperando no ver, no tener que ayudar, no estirar la mano hacia alguien o enfrentar peligro alguno, Matt los mantenía bien, bien abiertos; y entendía que algo ocurriría.

XIII

Cada tanto, la primavera traía noticias que alegraban. Como de la que nos enteramos el jueves pasado, cuando tras semanas de ausencia vimos subir por el camino a la camioneta de Alex, quien nos contó, lata de cerveza en mano y una barba de tres días que jamás se había dejado antes, que el señor Lamar había adelantado las vacaciones de todos los muchachos del aserradero, en parte porque las ventas durante el invierno habían sido buenas -los gastos en leña en los pueblos del interior siempre eran grandes- y en parte, desde luego, porque su codicioso corazón debía de haberse emblandecido un poco luego de todas las tragedias y la muerte de Mikhail Eder.

No noté que Alex apreciara ese descanso particularmente, y, al oírlo hablar con Norbert, su seriedad inexpresiva por primera vez terminó pareciéndome una especie de tristeza, muy parecida a la que mi padre solía mostrar. Alex estaba melancólico, y yo entendía el porqué.

No creía que el señor Lamar, tan viejo dueño de estas tierras y tan avezado como para confiar en Mikhail -apenas un estudiante- en cuanto lo vio llegar, no supiera lo mucho que podía dañar esa alegría a sus trabajadores. Pero yo estaba convencida de que eventualmente iban a olvidarlo, y de que esa pausa que él tan magnánimamente les daba funcionaba con ese propósito. El viejo Lamar había tenido años en el pueblo, y aunque era extranjero, conocía cómo funcionaban las cosas.

Todo esto, pensaba yo también, debería haber sobrado para que Alex y Jessica tomaran sus cosas, se subieran a la camioneta, y dejaran por siempre San Naerit para probar suerte en una ciudad más grande. Pero no lo hicieron. Me pregunté muchas veces, si era simplemente porque sabían que todo no estaba terminado, porque querían seguir el trabajo de ese amigo que había sido asesinado, si era porque amaban ya a San Naerit y veían al espíritu, la esencia, la voz y las palabras mordaces de Mikhail en cada paisaje, en cada rincón que la luz primaveral revelaba ante sus ojos.

Fuera como fuera, no abandonaron el pueblo. En aquellos días Alex se pasó cada tanto, esta vez sin traernos regalos, y sostuvo charlas con Norbert, charlas superficiales pues, estaba convencida, los dos habían hablado en privado más que suficiente sobre todo lo que tuviera que ver con el crimen de Helen, y por eso podían hacer las paces y seguir viéndose como conocidos. Estaba segura también de que Alex no culpaba a Norbert en lo más mínimo, pero de que Norbert sí se culpaba a sí mismo. Norbert debía de creer, que Alex y Jessica tenían motivos para odiarlo.

Un poco por eso, me preocupó que Jessica no acompañara a su novio en aquellas visitas. No sólo por los sentimientos de Norbert, quien había conseguido recuperarse tras aquel día, sino también por ella.

No tardé mucho en preguntarle a Alex sobre cómo se encontraba.

-Jess está llevándolo bien- me dijo él, tan calmo como siempre. Seguramente apreciaría que fueras a visitarla.

En su mirada, algo me decía que era importante que lo hiciera.

Así que, un día luego de darle su almuerzo a Kain y leerle un poco más de la novela que le había traído, en vez de encaminarme hacia casa decidí dar la vuelta y continuar la bajada hacia el centro, irrumpiendo, tras tanto tiempo, en el edificio viejo en el que los dos vivían. Para mi sorpresa, Jess me abrió al instante. Llevaba una toalla sobre la cabeza, y una musculosa y jeans.

-¿Lis?

-Yo, eh...

-¡Pasa, pasa!- me dijo, de repente muy feliz.- Está todo un poco desordenado, pero no te sientas mal. Estoy contenta de verte. ¿Qué te trae por aquí?

-Quería ver cómo estabas.

Jessica entonces se detuvo, y me dirigió una sonrisa particularmente dulce.

-Con que así es, ¿eh?- dijo, y se secó el cabello, dejando la toalla sobre una de las sillas. Hizo una seña hacia el apartamento: los muebles desordenados, la ropa en el suelo, varias cajas, con apenas algunas revistas y libros viejos en su interior- Bueno, aquí lo ves. Una lo va llevando. Y tú, ¿cómo te encuentras?

Me incliné de hombros, pensando en el desorden que nos rodeaba. No me sorprendía que hubiera habido cambios en el apartamento tras la muerte de Mikhail pero, ¿qué eran esas cajas?

-Estoy bien. Algo ocupada con las cosas de la escuela.

-Lo he escuchado, ¿sabes? Que eres toda una diva últimamente. Arrasaste con los muchachos del pueblo. ¿Alguna vez te imaginaste que podrías ser tan popular?

Sonreía, y parecía animada. *Parecía* era una palabra clave en esa oración.

-Supongo que sí- dije, mirándola fijo- Aunque este modo de tener fama...

-Oh, lo entiendo muy bien- me palmeó ella- Te hace sentir vacía.

-Exacto.

Por supuesto, creía que Jessica no podía entender qué tan vacía me sentía, qué voraz era aquel agujero, esa ausencia que no comprendía, eso que me faltaba desde que el hielo se había ido, una imagen, una mirada, una voz que ya no estaba sin que yo comprendiera del todo porqué.

-Perdóname por no haberlos visitado durante estos días- se sentó Jessica, echada sobre el respaldo, y me ofreció un bol lleno de masitas, que rechacé- He estado muy ocupada con...

Hizo otra seña, hacia las cajas. Pensé que era el momento de preguntar.

-¿Qué es eso?

-Cajas- sonrió ella, apoyando la mejilla sobre una mano- Cajas en las que van todas las pertenencias de Mikhail, las que están en su cuarto. Pensamos donarlas de nuevo al orfanato en donde él se crió, pues tiene libros y cosas que

a los niños podrían interesarles. Claro que la mayoría es su ropa. Pero por suerte, no hay muchos desamparados por aquí, ¿verdad?

-¿Necesitas ayuda llenándolas?

Negó.

-No es que me cueste poner las cosas en su lugar- me dijo- Más bien, me cuesta sacarlas de donde están.

Asentí. La pérdida de un ser querido era el tipo de tragedia por el que las personas podían decirte "sigue adelante"; pero para quienes la habían experimentado, el hacer eso era casi imposible. Yo lo sabía, y ahora Jessica lo comprendía también. Era imposible aceptar, era imposible continuar, era imposible creer que al dar un paso una no caería en falso contra un abismo, no tendría que enfrentar todos y cada uno de los recuerdos que había formado con esa persona, los buenos, y aquellos que estaban malditos. No necesitaba yo más explicaciones para entender porqué casi todas esas cajas estaban vacías, porqué el cuarto de Mikhail estaba cerrado, porqué Jessica perdía su tiempo en largas duchas y en hacer masitas en vez de poner manos a la obra en aquella tarea y porqué, aun sin hacerla, tampoco dejaba el apartamento. El duelo atrapa en un doloroso limbo, en un limbo de ira, de melancolía y un gris que sólo sirve para mantener a raya el color opaco de la oscuridad. Lo conozco muy bien.

Por eso mismo, no quise dar ninguna amable frase de consuelo, nada más que el asentir, para hacerle saber que la entendía. Jess pareció apreciarlo, y señaló otra de las cajas. Era la única que sí tenía unas cuantas cosas adentro.

-Esa la juntó Alex. Era todo lo que Mikhail se había dejado en la casona de Norbert. A decir verdad, tampoco me atrevo a tocarlo.

-Lo sé.

-Lis, no piensas que estamos siendo crueles, ¿verdad? Dejar todo lo que él tenía...

-Ustedes están haciendo lo que deben. Sabes que Mikhail pensaría igual.

Su sonrisa tembló, y la vi enfocar al techo con los ojos. Pero no parecía querer llorar. Kari había dicho, la primera vez que la había conocido, que Jessica era quien llevaba los pantalones en la relación con su novio. Si Alex era fuerte, ella debía de serlo mil veces más.

-Bueno...- dijo, luego de un rato, suspirando y secando las puntas húmedas de su cabello- Ya que estás aquí, supongo que podría salir. Podría terminar todo esto al regresar.

-Ustedes tres...- dudé, todavía en lo anterior- Han hecho lo mejor que podían. Han defendido este pueblo. Estoy segura de que Mira estaría orgullosa, de que Mikhail lo estaría.

Jessica entonces se puso de pie, acercándose hacia mí, e, inesperadamente, me abrazó. El pelo mojado se me pegó al cuello, a la cara, dudé de cómo corresponder y por fin me quedé quieta, esperando, recordando haber sido abrazada muchos años atrás, por una figura que conocía, por un rostro hermoso y de cabello rubio ensombreciéndole los rasgos en un verano muy lejano, antes de la oscuridad. Mi madre se llamaba Lourdes. Luego ella se separó, y como Alex, terminó por palmearme la cabeza.

-Liseth, te quiero. Vamos a tomar algo. Me hará bien respirar aire fresco.

Seguía existiendo esa ausencia, esa falta, pero por lo demás, ese día me alegré mucho de verla, y por encima de eso, me alegró descubrir que Jess era todavía para mí algo similar a una hermana mayor. Estaba el hueco, pero yo

podía sobrellevarlo. Mientras estos días se repitieran, mientras nada cambiara, todo estaría bien para mí. Una repetición eterna era algo similar a una conclusión.

A la noche, apenas llegué a la casona, lo primero que me cortó el paso fue Wilhelm, sacudiéndome de los hombros.

-¡En dónde estabas! ¡Llegas tarde!

-¿Ah? ¿Eh?

-¡El regalo!- me dijo, exasperado- ¡Tienes que dárselo a Kari! Yo me liberé, y retrocedí agitada.

- ¿Ah?

-¿Ah, eh, ah, eh?- bufó él.

-¡Dáselo tú!

-¡Tú la conoces!

-¡Es tu hermana!

Wilhelm se mordisqueó las uñas.

-No quiere que entre a su cuarto, así que, ¿cómo diablos voy a llevárselo?

Suspiré, y poniendo los ojos en blanco le arrebaté el reproductor de las manos y subí las escaleras. Will me siguió por detrás, de puntillas, muy tenso y atento sobre qué pasaría. Aunque lo mucho que le importaba era conmovedor, su aliento en mi espalda hacía que quisiera terminar el asunto lo antes posible. Golpeé la puerta de Kari, y como no hubo respuesta, pasé de todos modos.

Kari se hallaba en el suelo. Wilhelm quedó congelado, yo me detuve en el umbral, pero al final, recordando mi charla con Jess, me adelanté y me incliné cerca de ella. Sabía que Kari era emocional, que se dejaba llevar más rápidamente que ninguna otra por sentimientos. ¿Pero era posible que...?

-¿Kari, qué ocurre?

-Lis, perdóname...- se pasó ella la mano por el rostro, y yo la hice sentarse. Wilhelm, con aprensión, continuó observando desde el marco de la puerta.- Estoy bien, no te preocupes...

-Tienes que contarme qué te pasa. No puedes seguir...

Noté un rasguño, en su muñeca. Era una línea roja, que al principio me aterrorizó. Pero ella no se había cortado.

-Kari...

-Uno de los muchachos de mi curso- me contestó Kari, secándose las lágrimas con aquella herida, temblando de rabia- ¡No me escucha! Quiere que salga con él, y yo no puedo... No quiero...

Lo comprendí de inmediato. Me giré hacia Wilhelm, sintiendo furia juntarse en mi interior, y con una seña le dije que pasara.

-Kari, Will te trajo un regalo- dije, y me puse de pie, clavando mi dedo en el hombro de su hermano- Tú explícaselo. Y tú, Kari, ¿puedes decirme cómo se llama ese muchacho?

-Liseth, qué vas a...

-Estará todo bien- le sonreí- Quédate tranquila. Pero dime su nombre. Sabes que manejo buena parte del Club de Delegados. Si alguien se porta así contigo, es obvio que querré tener una charla con esa persona, ¿no?

Sus ojos verdes estaban torcidos por el llanto y el dolor. Con timidez, Wilhelm se sentó a su lado, y le acercó el aparato que lo había traído hasta allí. Kari lo observó sin comprender qué era, pero también bastante impactada de que Will le estuviera regalando algo.

Tras escuchar el primer tema de los Grades, una Kari mucho más tranquila me dio el nombre de su acosador. Y con aquel dato, decidí retirarme a mi habitación para planear un poco, y dejar que aquella conciliación se diera naturalmente.

XIV

Hacer lo que tengo que hacer este día es para mí un regreso al pasado: no sólo mi pasado más inmediato, al otoño en donde tuve que ocuparme de mi posición dentro del instituto, sino también al lejano, a esos recuerdos distantes, de voces, de llantos, de risas a las que me sumaba y dirigía, aquellas memorias que Mary en el concierto logró desbloquear y a las que, para ser honesta, jamás me interesó regresar.

Como siempre, el eterno reloj comienza su recorrido en cuanto abro los ojos, y veo la línea del horizonte envolverse de un resplandor luminoso tras mi ventana. Me levanto, en remera y ropa interior, cruzo descalza hacia el baño con una toalla en la mano, me miro al espejo. El sueño y el desorden en el que siempre se halla mi cabello al despertar no le quitan a mi rostro esa armonía, esa belleza que desde hace días he notado. Pues sí, soy bella. Las pecas que forman una constelación en mis mejillas son bellas, mi piel pálida lo es, la forma de mi cintura, mis caderas y mis pechos me gusta, y el cabello rubio ceniciento, que seco con una toalla al salir y luego peino con esmero frente al espejo de mi armario, de tan largo ya me hace parecer otra y me da por fin eso que buscaba, hace que no me avergüence cuando Norbert o cualquiera de los otros habla de mí como si ya fuera toda una mujer.

La aguja sigue moviéndose, aunque todo sea diferente este día. Bebo mi café con Matt, y muy pocas veces nuestro jaleo despierta a Wilhelm, que asoma desde el sótano para servirse algo de lo que hayamos puesto en la mesa.

-Buenos días- dice.

Y Matt y yo le respondemos:

-Buenos días, Will.

Terminamos casi siempre unos minutos antes de que Kari baje. Hoy, por primera vez ella no me parece tan triste, sino que más bien se ve preocupada. Pero no digo nada, y dejo que el tiempo nos lleve. Norbert nos pregunta si estamos listos, sale, y oímos el motor del Twingo encenderse. Ocupamos los asientos del coche siempre turnándonos: esta vez, a mí me toca ir al lado del conductor. Por la ventanilla veo pasar, sucesivamente, los paisajes que ya conozco y amo: los acres de pinos, subiendo en dirección contraria a nuestro

descenso, luego la zona desolada en la que Norbert gira, metiéndose cerca de donde vive el tío de la todavía hospitalizada Candice Messel, luego los murales pintados de la propiedad Ashadd, y luego el momento en el que nos detenemos, cuando vemos a nuestros compañeros ingresar ante la mirada del portero con sus mochilas en la mano.

Saludo a Norbert, me bajo, y los tres hacemos en un principio la calle que nos separa de la entrada, lado a lado con muchos rostros que no conocemos. En cuanto Kari ve a aquellas dos muchachitas que son sus amigas, se separa y Matt y yo quedamos solos. Entonces suele pasar, como siempre, que distintas personas se acerquen a mí, me saluden, quieran hacerse notar o pedirme cosas. A la gran mayoría les respondo con mucha amabilidad, pero a otros directamente los ignoro. No es que me molesten: esta atención, este foco, era todo lo que siempre quería, y Mary me conocía muy bien al final de todo. Simplemente, ignorando a algunos, creo que logro dar el mensaje de que mi tiempo es importante.

-¿Lis, esta vez sí nos veras?

-Hay un chico de quinto que quiere formar parte de...

-¡Frederick me dijo que hablarán con los alumnos del otro club!

-¿Liseth? Yo y mis amigos pensábamos...

Pero hoy, como es un día especial, hay dos personas con las que sí tengo deseos de hablar.

Me separo de Matt, y él levanta una ceja.

-¿Baño?

-Ya vengo- le sonrío- Debo arreglar algo.

Se inclina de hombros, y se va. Yo camino hacia donde Rickert y León se hallan apoyados, esta vez sin ningún cigarrillo en la mano. Imagino que se habrán quedado sin dinero.

-¡La presidente!- bromean al verme, aplaudiendo- ¡Nuestra gloriosa, honrosa, líder escolar!

-¿Cómo se encuentran?

-Que nos lo preguntes tan directamente, chica nueva, me hace pensar que tienes algo que pedirnos.

Lo señalo.

-Eres listo.

Hetager da una carcajada, y León lo palmea.

-¿Y bien?- me responde, animado- ¿Quieres esa cita con Harry? A decir verdad, lo vemos bastante ocupado, pero se comenta que...

-Nada de eso- interrumpo- Necesito que ustedes dos me hagan cierto favor.

La mirada del otro se vuelve inteligente, y León, menos apto para sutilezas, adivina de cualquier forma que lo mejor es bajar el volumen de su voz.

-¿Algo que se pueda hablar aquí?

Niego.

-Es otra cosa divertida como lo de Johan Weigler, ¿verdad?- se rasca la barbilla Rickert- Dalo por hecho. ¿Nos contarás los detalles ahora?

Entonces asiento, y señalo la puerta abierta que da a una de las aulas vacías.

No nos toma demasiado explicarnos, y al final del día, parecen contentos de poder ayudarme. Es natural. He tomado mucho poder en este instituto, aquí

tendría poco que envidiarle a alguien como Orlana. Creo recordar, que antes de que me odiaran, en Nueva Gabul me había ocurrido algo parecido. No tiene importancia. Estoy feliz, feliz de poder hacer algo por Kari. Por primera vez, voy a derramar esta oscuridad con una noble causa, o así me gusta pensarlo. No creo que a gente como Rickert y León les importe, y, a decir verdad, no es que me importe a mí tampoco.

Al salir de allí, me encuentro frente a frente con Teresa Simaff. Parece un poco más seria, un poco más madura que cuando éramos compañeras de curso. Apenas me dirige una mirada, y pasa de largo hacia su aula.

“Vaya”, pienso, algo entretenida con su frialdad. Debería pedirle perdón. Si tan sólo tuviera más coraje, o más tiempo...

Tengo que admitirlo una, dos, mil veces si es necesario. Mary, que me conoció muy bien, tenía toda la razón sobre mí. Soy un monstruo. Estoy maldita, lo he estado desde que aquel duelo me forzó a cerrar los ojos, a descargarlo todo contra los demás. Pero por primera vez en mi vida, en este tiempo que infinito se repite, creo que con toda mi oscuridad puedo conseguir cosas que valgan la pena, para mí y para quienes quiero.

XV

No vuelvo a cruzarme con Teresa en todo el día, y nada llama la atención hasta el momento en el que suena la campana de salida y encabezo la marcha hacia el aula de delegados.

Esta vez, la sala que usamos está vacía. Sólo encuentro a Frederick Cable sentado en su lugar, revisando con detenimiento unos papeles, y en cuanto se percata de mi presencia, se pone de pie y me saluda.

Su mano extiende la mitad de esas hojas hacia mí.

-Quería hablar contigo.

-Eso me dijeron- respondo, tomando mi lugar y viendo ese listado de gastos que con un arreglo tácito él quiere que revise- ¿Me necesitas para algo más?

-Recibí pedidos de varios cursos. Quieren que controles sus coreografías y los productos que pondrán en los puestos del festival. En cuanto a mí respecta, lo de los productos es más una formalidad, pero no me parece mala idea que consigas la ayuda de alguna de las chicas de danza y le echas un ojo a esos bailes. No quisiéramos pasar vergüenza frente a las otras escuelas.

Sonrío, guardando aquello.

-Está bien. Esperaba que me tocara esa parte. ¿Y tú?

-Yo me encargaré de contactar con los clubes de artesanías de colegios vecinos. Aunque dudo que muchos se acerquen hasta aquí, algo de competencia no nos hará mal para impulsar todo esto.

-Eres tan formal.

Antes de que Frederick pueda replicar, la puerta se abre y empujándose entre ellos se abren paso Suzy y Sebastian, siempre tan animados para contarme la idea que al momento se les haya ocurrido.

-¡Liseeeth!- comienza ella, en un atropello, casi dándose la cara contra la silla más próxima- ¡Conseguí las remeras! La tienda de la señora Altamirano...

-¡Mi cámara funciona excelentemente!- la interrumpe el otro- ¡Voy a poder filmar todo el festival de principio a fin!

-Bravo, bravo- los aplaudo sin fuerzas. En ese momento la puerta vuelve a abrirse, y el resto de los delegados va pasando: yendo a sus sitios, nos saludan a mí y a Cable o se saludan animados entre ellos, dejando confites sobre la mesa, un ritual que implementamos - ¿Ya estamos todos?

Hay una mezcla muy curiosa de silencio, risas, asentimientos, manos levantadas, y en general, muchas ganas de participar. Y a cada momento, aunque me hallo admirada como siempre de cómo todo ha cambiado, no puedo dejar de tener orgullo. Las más de veinte personas que hay aquí, todas ellas me pertenecen. A todas ellas le pertenecen sus cursos, las decisiones de sus compañeros; y por eso, gracias a este Club es que el alumnado entero está en la palma de mi mano, que pude pasar de ser la chica rara, la chica nueva y de mala postura que llegó de Nueva Gabul para convertirme en una líder, alguien capaz de impartirles órdenes. Nadie se ha negado, ni podría negarse, a participar del Club de Delegados.

Bueno, casi nadie. Estoy segura de que Matt rechazaría esa oferta. Por suerte, claro, ya conozco a Matt y aquello no me da miedo.

Entre los diversos rostros que un poco estupidizados me observan acomodar el broche rosado con el que sujeto mi flequillo, claro está, el del acosador de Kari se halla presente. Cuando rodeo a todos con la mirada, una vez ya estamos discutiendo el gran evento de fin de año que daremos, dejo posar mis ojos unos segundos de más en él y lo examino. Es un muchachito de su edad, de cabello castaño y aspecto mediocre, a quien yo había conocido tiempo atrás, al que había utilizado de mensajero y por eso mismo había terminado eligiendo para esto. Pero ahora, estoy segura de que en aquella cabeza el orgullo de ser parte de los alumnos más importantes del instituto se le ha subido, y al chiquillo algo tímido que había visto en ese entonces, sin saber su nombre, se le superpone uno más animado, más confiado de sus decisiones. Es patético de ver. Con sólo pensar en Kari, llorando aquel día en el suelo de su cuarto, en ella y Mikhail viendo las olas en la playa, en todo lo que debió haber sido y nunca podrá ser, ver a ese niño de primero me da asco.

-Nicolas- le digo en un momento- ¿Podrías ayudarme a dejar estos papeles en el aula 6-D? Abajo.

-¡Claro Liseth!

Desaparece con las hojas que me dio Frederick a toda velocidad, muy contento con que le dé una tarea. Sí, es el chico de los mandados, lo he cruzado varias veces, incluso antes de que existiera el Club, pero hasta este exacto momento jamás había tenido motivo alguno para prestarle atención. Una vez se marcha, me giro al resto y hago proseguir el debate, sobre cuáles escuelas invitar y porqué, sobre si usar o no a nuestras compañeras de danza,

sobre si pedir o no más presupuesto al director Ashadd, cuya visita tuvo a todos tan bien dispuestos desde la semana pasada.

-Hasta que mi compañera Candice no se recupere, creo que como mucho pediré a las chicas que tutelen las coreografías. Este año ya han pasado por mucho.

Asienten, asienten.

-Frederick, revisé esas hojas, y creo que hasta sobrará algo de dinero. Pero si algo ocurre, ¿puedes encargarte de hablarlo tú con Ashadd?

Todos están de acuerdo.

-No deberíamos invitar a Nueva Gabul- opino, cuando ya el cielo desde la ventana nos saluda con sus tonos anaranjados- Por esta época tienen los exámenes integradores, así que sería en vano intentarlo. Sugiero que probemos con las escuelas de clubes que hayan competido contra nuestro equipo local, ¿les parece?

Desde luego, ¿cómo no podría parecerles?

A las cinco Frederick Cable da todo por terminado, y chicos y chicas guardan sus notas, las sobras de comida, dejan el aula bastante presentable y se van yendo a sus casas. Es otro día caluroso, así que asumo que muchos se cruzaran a algunos de los bares del centro, a tomar algo que los refresque. Frederick es siempre el primero en llegar, y el último en irse. Esta vez, mientras organiza las notas que ha tomado y las que le han dado otros que también toman papel de secretarios, comenta por lo bajo.

-El muchacho que mandaste a dejar esos papeles jamás regresó.

Me vuelvo hacia él, poniendo mi mejor cara de sorpresa, pero luego suelto los hombros y me relajo.

-Debió haber creído que su trabajo ya estaba hecho con eso.

El delegado de sexto niega, con los ojos cerrados.

-Ese tipo de irresponsabilidades no deberían permitirse aquí. Hablaré con él en cuanto volvamos a juntarnos.

-Más que formal, eres un estirado.

Me señala.

-Te diriges a un alumno mayor que tú.

-Mayor, y también más estirado.

Él suspira. No tiene mucho sentido del humor, un poco como... Como alguien a la que conocía, pero que en este momento no puedo recordar. Lo saludo, cargando mi mochila en la espalda, y nos separamos, yo por el corredor que va hacia el ala oeste.

Paso dos baños en el camino, y como siempre, el hacerlo me trae recuerdos de las noches que pasé durmiendo aquí dentro del Balcón, cansada por haber danzado y lista para iniciar la mañana directamente desde la escuela; y por supuesto también me hace recordar a Kain, su voz, su forma de hablarme cuando podía hacerlo, y logra que una tristeza me invada cuando lo comparo con el cascarrón vacío, despoblado de inteligencia que es ahora.

Doblo por el siguiente corredor, busco la segunda puerta a la derecha, y paso de inmediato sin llamar. A esta hora, pocos alumnos deberían quedar dentro de la escuela. El silencio, los rayos anaranjados que se cuelan desde la ventana, el aroma a lavandina que los limpiadores friegan en los relucientes suelos abajo y los ruidos de pelotazos, silbatos y gritos de las prácticas de fútbol en las canchas, todas son firmas de la tarde y de que es hora de volver a casa.

El muchachito está sentado, pálido como la cera, y con un brazo que parece tan grueso como su torso León lo aferra, sin dejarle mucho margen para hablar o respirar. Cierro la puerta a mi espalda, y él se sacude al verme como pidiéndome ayuda.

-Ya, ya- le sacude el cabello Rickert, con un cigarrillo en la mano- Te calmas. Estate bien callado.

-Solucionemos todo esto rápido- digo acercándome, no a esos dos abusones, sino a él, que me observa con los ojos llorosos por la presión- Nicolas, quiero que dejes de molestar a Kari. Kari Weigler. Ninguna carta, nada de querer tocarla, ni soñar con un beso, sencillamente me gustaría que te olvidaras de que existe. No le interesas. A nadie le gustan los insistentes.

-Bien dicho, chica nueva.

Los dos parecen estar pasándolo en grande, pero los ignoro.

-¿Lo entiendes?

Nicolas asiente. Pero su asentimiento no me convence. Me recuerda al que yo haría para que alguien molesto dejara de estorbarme, y por eso les hago una seña. León cierra los dedos toscos, encallecidos de su mano, y le descarga un puñetazo en pleno estómago. El muchacho se debate sin aire, y cae de rodillas al suelo.

-¿Lo entiendes, verdad?- continúo, dejando que la ira que sentí desde que vi las lágrimas de Kari me llene- Tampoco quiero que regreses al Club de Delegados. Busca el motivo que quieras, pero eso se terminó.

-Ayuda...

-¿Ah?- levanto una ceja- ¡No, no! No te haremos nada. Pero necesito estar segura de que me entiendes. Veamos...

Tomo de mi bolsillo un papel arrugado, con una caligrafía que él reconoce muy bien, y lo arrojo al suelo.

-Ten, comete esto.

Calla, viéndome incrédulo. Pero yo estoy más que segura de mí misma, y vuelvo a señalar su carta amorosa.

-Come ese papel. Usa saliva. Quiero que lo tragues, pero ni se te ocurra atragantarte.

Duda, reticente. Rickert se inclina a su lado, y le pone una peligrosa mano en el hombro.

-Vamos, campeón- dice, estampándolo contra el suelo- Ya la escuchaste.

Aquello es suficiente para incentivar al pobre diablo. Nicolas se retuerce en el piso, adolorido, y sus dedos regordetes buscan el papel que quedó arrojado frente a él, lo desmenuzan, se llevan un pedazo a la boca. Yo me inclino de cuclillas, para cerciorarme de que lo haga: aunque el disgusto, los sonidos húmedos al masticar, las lágrimas que se juntan en sus ojos y las arcadas al esforzarse en tragar ese amargo alimento son más que suficientes para saber que no intenta ningún truco, que está lo suficientemente aterrizado como para no desobedecerme. Termina de tragar la primera mitad, luego temblando toma la otra, la dobla, la pone en la lengua, junta saliva y mastica, y las gotas en sus ojos resbalan hasta las mejillas, sin que pueda hacer nada. Hay cierto placer, para mí, en hacer todo esto. No me incomoda admitirlo.

En cuanto termina de tragar, tomo su rostro para que abra la boca, controlando que no quede nada. Le doy una palmada.

-Y ahora, pide perdón.

Al hablar su voz es débil.

-Perdón.

-Bien hecho. Yo le diré a Kari que estás muy arrepentido. Tú no vuelvas a acercarte a ella. Me enteraré si sucede. Y si me entero, comerte tu propia insulsa carta de amor va a parecer una golosina comparado con lo que te esperará.

Llora.

-Lo siento.

-Vete- ordeno. Él prácticamente sale corriendo, desapareciendo por el pasillo vacío. Creo ver una sombra huir del marco de la puerta por el otro lado en ese instante, pero quizás mis ojos me engañan. En cuanto pienso ir a fijarme, me desconcentra Rickert, apoyándose contra el escritorio del aula.

-Caray, presidente. Eres toda una mafiosa. Como en esa película...

-El Padrino- sugiere León.

-Claro, esa misma. A decir verdad hombre, jamás la vi en mi vida.

-Hombre, yo tampoco.

-Gracias por la ayuda- me vuelvo a los dos- Creo que con eso bastará.

-Para lo que nos necesites, aquí estamos- levanta su cigarrillo Hetager, y suelta el humo contra las lámparas apagadas del techo- Siéntete libre de usarnos.

Asiento, y calculo en silencio si son horas de ir al hospital, si Kain ya habrá tenido su merienda. También pienso, cuando los despidió y voy encaminándome hacia allá, en esa sombra que vi cuando se abrió la puerta, en que una persona nos estaba espiando. No es que me importe lo que puedan ver, en realidad. Porque he recordado. He recordado una escena casi idéntica, excepto que no era Nicolas sino otro chico de otro curso, un chico gordinflón, tartamudo, a quien yo hacía atormentar en un aula, una imagen distante del tiempo que mi mente borró, de mi tiempo en Nueva Gabul. Recuerdo. Recuerdo las risas de quienes comenzaban a ser mis seguidores, y de mi sonrisa burlona junto a la de ellos. Tengo memorias de pecados, de muchas cosas que hice antes de que el accidente en el acto de formación ocurriera, de que todos supieran de mi condición y de mis ataques de pánico, de saber que me odiaban porque, a pesar de todo, poco a poco se iban cansando de mi forma de ser y congeniaban en despreciarme, en señalar de mí todo lo retorcido. Todo esto de ahora, no es muy distinto a lo de aquel entonces. Tal vez no he cambiado en absoluto. Tal vez no quiero cambiar, porque cambiar es avanzar, y avanzar es dejar atrás y conocer lo nuevo, lo terrible, la verdadera sombra que podría cernirse sobre mí y sobre quienes quiero. No estoy segura en lo absoluto, de qué es lo que ahora me detiene, si no es simplemente que, por encima de lo que Norbert o Jessica crean de mí, esta es quien en verdad soy. Pero en cualquier caso, se dé todo como se dé, ya no hay para mí oscuridad, sino calma, la certeza de que puedo mantenerme estática por siempre, al compás de las agujas que repiten su ritmo incansable, un ritmo pausado, mecánico, perverso, un ritmo que sólo yo puedo escuchar, tan parecido a pasos que de momentos sospecho que se acerca para devorarlo todo con su presencia.

XVI

A aquel episodio le sigue una semana bastante normal:

Nicolas no volvió a presentarse, ni a las reuniones de Delegados ni, al menos en los primeros días, a las clases de primero junto con Kari. Ella debió darse cuenta de que yo había hecho algo. El miércoles, mientras ayudaba lavando los platos después de la cena, Kari se acercó y me agradeció. Yo actué como si ignorara a qué se refería. Había un lado de mí, que jamás iba a querer que personas como ella o Matt vieran.

Quien también notó las ausencias de Nicolas fue desde luego Frederick, a quien convencí por suerte de buscarnos otro delegado. Su reemplazo fue Elia Valdez, mi compañera de cuarto de hotel y de danza cuando ocupaba el cuerpo de Mina. Si es ella, estoy segura de que voy a tener a una asistente capaz.

El resto de los días fueron comunes y corrientes: prácticas, estudios, tareas, la amenaza de los exámenes que se acercan, compartir nuestros resúmenes y discutir lo que sabemos, y una invitación de Elias para que almorzáramos en su casa, la estación allí en la entrada del pueblo. Aquella juntada pareció muy similar a la que habíamos tenido en invierno antes de separarnos. Rita, Cecile, Sally, esta vez también Janet, David y Matt, todos asistimos, bebimos, nos divertimos jugando a las cartas, dejando que la brisa de esa altura nos aliviara un poco de la calidez de la primavera, viendo las mariposas monarca apoyándose con tanta dignidad sobre la mesa y sobre las gotas de rocío de las barras que separaban a esa terraza del bosque y del atajo que habíamos tomado.

El único que no vino, como antes, fue Larry Cutrone.

-¿No lo invitaron?- pregunté, curiosa. Había visto a Larry ya varias veces con Teresa y Arthur Irrauldi, y lo que quisiera de ellos me llamaba en verdad la atención- Tal vez deberían...

-Lo invité- se inclinó de hombros Elias- Pero no quiso venir.

-He intentado hablarle, y apenas parece interesado.

-Larry siempre fue algo extraño, chicos. Ya se le pasará.

-¿Recuerdan cuando dijo haber visto un león?

Varios estallaron en carcajadas. Eran esos los momentos en los que sentía que sobraba, por lo que volví a tomar las riendas de la charla.

-¿Y Arthur? Es raro, pero los he visto juntos.

-Y con Teresa- asintió Matt- Aparte de que los otros dos tuvieron sus vidas escolares arruinadas este año, no me imagino qué los uniría.

-Oh, yo sí.

Matt y Elias se golpearon como siempre, sin siquiera mirarse.

-No debemos preocuparnos- tomó un trago de su cola Rita, con grandes aspavientos- Es la primavera, ¿saben? Es la época del amor. Tal vez Teresa halló en alguno de ellos un reemplazo para Julián.

- ¿Lo crees?
- ¡Sally, eres inocente!
- ¡O en los dos!

Cecile puso su mano sobre los ojos, a modo de visera, y volvió su cabeza redonda hacia el pueblo. Los otros la siguieron, siempre interesados con sus andanzas.

- ¿Ocurre algo?
- Creí ver algo moverse en el techo de un edificio.
- Elias suspiró, y le quitó el vaso.
- ¡Leti, Gani! ¡Le han servido ron!

Hubo más risas. David, como siempre, se mantuvo firme en defenderla, pero Rita pareció más tentada que de costumbre.

-¡Otra vez con eso! ¡Cecile Alexia Pos, te queremos así como eres! ¡Con la cabeza en las nubes!

Cecile no les prestaba atención, los ojos achinados viendo las pocas terrazas que se elevaban en el centro. Hasta a mí me tentaba un poco fijarme, aunque había decidido no esperar nada de ella. Luego algo me llamó la atención.

-¿Cecile Alexia Pos?

-¿No lo sabías? No sé si una se parece a su nombre, pero...

-Es un nombre como cualquier otro- la defendió David. Pero ya los demás volvieron a bromear, sobre la primavera, sobre el amor, aunque yo ya estaba bastante segura de que esos dos, sin opinar sobre el futuro, se llevaban ahora similar a hermanos, o al menos ese era el rol que habían decidido tomar- Tenemos compañeros con peores nombres- se quería hacer oír él, siempre tan serio y prolijo entre todo el bochinche y las carcajadas que lo rodeaban- Vilma, Tadeo...

Aquel día continuó bien, aunque ocupó mucho de mi tiempo, y por eso al siguiente me encargué de pasarlo con Kain, desde la una hasta las siete de la tarde. Pude darle el almuerzo: grandes cucharadas de sopa y puré de patatas instantáneo que me acercaron las enfermeras, leerle más capítulos de la novela que le había traído, inclusive pasearlo en su silla de ruedas por los deprimentes pasillos del hospital, siempre imaginando cada tanto que era él, que el sol lo revelaba consciente, que era el mismo chico que me había gustado, aquel que se paró a mi lado frente al atardecer en esa casa abandonada, dejada atrás por la tristeza.

Pero hiciera lo que hiciera, Kain no me respondía. No me rendí. Ayudé con sus ejercicios de estiramiento, sosteniendo sus piernas para que recobrarla la circulación y el poder de los músculos. Asistí a los intentos de los doctores de enseñarle a caminar y, para mi sorpresa, contemplé que Kain caminaba ya bastante bien, haciendo apenas esfuerzo con los brazos para sujetarse de las barras que le disponían. Pero eso me puso más melancólica, pues entendí entonces que si no iba de un lado a otro con sus propios pies era simplemente porque nada le motivaba a hacerlo, y que tal vez mis paseos no eran para él mucho más que una molestia. No quise ceder. Pero a las seis y media, antes de que la enfermera lo retirara para bañarlo, tomé otra de las paletas que le había comprado hace días y, en vez de dársela, decidí arrojarla al pequeño tacho que había en su cuarto.

Noté entonces que el tacho tenía cosas: cables, aparatos, y una muñeca vestida de marinera, de cabello rubio atado en tres grandes trenzas. Todo eso

debía de pertenecer a Wilhelm, a alguna de sus visitas. Pero, me pregunté, ¿por qué había arrojado la muñeca?

Entonces vino a mí una confesión de Kain, una de hacía mucho tiempo. Su miedo, su irracional fobia, aquello que por algún motivo lo perturbaba inclusive luego de la muerte. Wilhelm debía de haber presenciado algo.

Dudé, preguntándome si lo que estaba por hacer era una maldad. No. Necesitaba cerciorarme. Necesitaba estar segura de que era el mismo Kain de siempre. Hundí mi mano en esa basura, y levanté la muñeca estrujándola entre mis dedos. Caminé hacia Kain, que estaba de espaldas viendo las cortinas cerradas, y sin ningún preámbulo la puse en su campo de visión.

Esperaba verlo sacudirse, erizarse como un felino. Pero nada ocurrió. Quedó con las pupilas clavadas en la nada, ignorando su alrededor y la muñeca. Yo titubeé, insegura, y al instante la aparté.

Sólo en ese momento creí ver a Kain reaccionar veladamente, algo en él moverse con miedo, con un montón de emociones furiosas que parecía incapaz de expresar. La arrojé al instante a la basura, asustada; no de él, sino de esos recuerdos mudos, de esa sorda rabia y aquello que debía significar para él esa muñeca, aquello que como fantasma no tenía pero que ahora había recuperado. Y sin decir mucho más, decidí marchar de regreso a la casona.

XVII

Llega una noche gris, una de las pocas y aisladas ante las que el clima cálido cede. Desde mi ventana cerrada, el cielo es una plancha imperturbable, y la misma brisa de siempre gana algo de furia y rezongo al luchar contra las copas de los árboles, torciéndolas, arrojando gotas salvajes desde la corriente del río cuyo rumor se adivina a la distancia. Ya todo el hielo ha terminado de derretirse.

Me estiro en mi cama, cerrando mi libro de biología, y Luci ronronea, imitándome, frotándose en mi brazo y pinchándome con sus diminutas garras. Algo agotada, todavía encuentro diversión en acariciarle el cuello y la barriga con un dedo. Se retuerce jugueteón, simula rugir y sólo sale un débil maullido.

Pienso en la mirada de Kain, y en la muñeca. El silencio es tan absoluto como la tormenta que recorre el cielo, esa tormenta que nunca se va a desatar. Pienso en esos ojos llenos de horror, de furia, y en voces, en Mikhail gritándome algo agitado por la indignación, en la risa amarga de Johan, en el silencio de Helen, en Kari llorando, Norbert llorando, Wilhelm llorando, una sombra atrapada en una jaula, esperando desde hace diez años; y más personas, Harrold, llevándose un dedo a los labios, las chicas de danza, Anna

Vauldari acucillada frente a unos crisantemos muertos, mis compañeros, Teresa dentro del Balcón, Irrauldi insultando, la voz de Ezequiel Jerves gritándome en el bosque, el tono de Julián Hauswhite al darnos una de sus lecciones. Todas esas imágenes se me van sucediendo, me estremecen. Falta algo.

Falta algo, pero no puedo saber qué es. Sin embargo, estoy segura de que antes lo sabía. Algo no está. No sé si era importante o no, pero no está.

Me esfuerzo, y recuerdo. Mi madre se llamaba Lourdes. Lourdes Aurdelard era su nombre de casada. Puedo recordar una sonrisa oscura, unos labios prominentes, un cabello dorado que lo cubre todo. Con eso debería bastar. No es ella, no esta vez, es algo ajeno a mi maldición.

Abajo, el reloj del comedor hace danzar sus campanas, interrumpiendo la calma y al mismo tiempo garantizándola. Luci se estira cuanto puede, y suelta un bostezo fatigado. Lo miro, pero no lo veo. Como Kain. No lo veo, pues me falta algo.

Algo.

Y esas nubes de tormenta se van, sin que pueda descubrir de qué se trata.

XVIII

Por mucho que me esfuerce, no puedo hacerlo, y cada día siento que algo se me va drenando, perdiendo, tal como si alguien hubiese abierto un hueco, un pozo infinito por el que todo se escapa. Todo se repite incansable: abrir los ojos, oír a esos benteveos cantar, levantarme, mirarme en el espejo, bañarme, vestirme, café, Norbert, Twingo, Matt y Kari, personas, Rickert y León, pedidos, voces diciendo mi nombre, las palabras de los profesores, Lara y Marco levantando la mano para responder, Janet y Sally susurrándome chismes, Gustav sirviendo el plato del día, los ojos verdes de Matt, Elias haciendo una broma, risas, fragmentos, recuerdos, el hospital, Kain sentado, dándome la espalda, escuchando todo lo que le digo sin oír una sola palabra, acostarme con Luci ronroneando en mi regazo, viendo las vigas del techo, pensando en las actividades del Club de Delegados, pensando en el día idéntico que vendrá, en que todo se repetirá una vez más, y otra, y otra, sin que yo encuentre solución; y que en realidad, temo encontrarla.

Está siempre ese mensaje: *Intercambio*. Rendir algo, entregarlo por otra cosa. De quien fuera que lo escribió, recibí al minino al que ahora alimento con leche y acaricio en mi cuarto; un regalo extraño, que me resulta un poco perturbador, que me hace recordar a mis ocho años y a lo que tenía en ese

momento. Pero Luci y aquel gatito sin nombre que enterré no son el mismo animal. Esto es otra cosa. Un intercambio. He recibido algo, burla o no, y por eso entregué algo, debo entregar algo.

Si tan sólo me atreviera a comprender...

Los días, las semanas van pasando, y la amenaza que Johan Weigler nos hiciera antes de irse parece irse diluyendo junto a ellos. Un poco es como si todo realmente se hubiera resuelto. Como si San Naerit ya estuviera en un momento de estival felicidad, nos ocupamos de cosas triviales: Matt entrena todas las semanas junto a su equipo, bajo los silbatos del profesor Rachett, ambos estudiamos lado a lado en el cuarto de juegos, intercambiando preguntas al pasar la hoja del apunte, yo cumplo muy eficaz mi papel en el Club, organizando las actividades para los demás miembros. Y desde mi lado, hasta lo que alcanzo a ver, nada más. Es como si todo se hubiera cortado repentinamente: los asesinatos, la hermana de Kain, el Titiritero y los Cuatro, el Palacio y la nigromancia, el misterio, la misión de Mikhail Eder, como si todo se hubiera ido con el deshielo, dejándonos con una normalidad que ruge, que me hace estruendos en la mente y los oídos. Tampoco me atrevo a preguntar, en qué piensa él. Sólo sé que a diferencia de mí, Matt no puede hacer ojos ciegos. No puede pensar en exámenes, en fiestas, en la próxima visita de Alex o en el juntarse con nuestros amigos sin ver a su hermanita abatida, sin recordar lo que vivimos, sin creer ver a Mikhail Eder de brazos cruzados, apoyado en la pared viéndonos perder el tiempo. Sé eso. Lo sé, y no hay nada que esté dispuesta a hacer al respecto.

Antes del fin de semana, tuve que ocuparme en revisar las coreografías del baile que darían mis compañeros en el festival, para lo que procuré llevar conmigo a la más reciente integrante de nuestro Club de Delegados, Elia Valdez. Era extraño para mí estar con ella; prácticamente, no debía de tener motivos para conocerme, y sin embargo me trataba casi exactamente del mismo modo en el que me había tratado cuando yo era Mina Harvnes, siempre muy dispuesta a ayudar, siempre algo nerviosa al hablarme, como si pudiera reprenderla. A veces me cuestionaba si mi nueva popularidad no era por haber absorbido algo de Mina tras todas las posesiones que le había hecho, si los demás, para quienes esa joven no existía, no habían pasado en cierto modo todo lo que consideraban de ella hacia mí.

Elia se mantuvo a mi lado, opinando y tomando nota de lo que le dijera, y yo presencié y acomodé a todos, un poco anonadada de lo terribles que eran. Se habían emparejado para danzar Rita y Gabriel, Elias y Sally, Tadeo Yugo y Vilma Ludos, Sophie y Héctor Laratti, Janet con Marco. Había creído que David acompañaría a Cecile, pero, por lo que Elias me dijo, resultó que David tenía fobia al baile y que Scott lo había reemplazado con gusto, por lo que ellos dos cerraban la formación. Elia notó de inmediato que nos faltaban varones: Zaq ya quedaba por descontado, pero además de David, ni Arthur Irrauldi ni Larry habían accedido a participar, y eran por eso varias las chicas que sobraban y que tuvimos que emparejar.

-Agustine y Sophie irán juntas- dije, y todos rieron pues una era una deportista y la otra una literata, y sabíamos que no se llevaban muy bien. Luego, Lara...

-¿Sí?

"Con Candice", casi suelto, pero pude callarme a tiempo.

-Tú te turnarás con Sophie. Las pondremos en el medio.

-¿Yo? ¿De verdad?

La mayoría se mostró igual de confundidos.

-Lo harás bien- me eché el cabello hacia atrás- Aunque honestamente, no sé si pedirle a Matt que...

-Quienes juegan ese día no van a estar pensando en coreografías- notó Scott.

-Además, Lis, ¿soportarías que Matt baile con otra que no seas tú?

Hice un gesto muy poco educado a Rita, algo abochornada, y varios más rieron. Elia nos miraba sorprendida.

-Comiencen.- dije, en cuanto acabaron las risas. Entonces todos volvieron a acomodarse, e iniciaron los pasos que habían practicado; lo que provocó que tuviera que esforzarme para mantener una cara seria. Había algo de talento, por aquí y por allá, pero por lo general, mi opinión era que todos estaban demasiado asustados o avergonzados como para ponerse a bailar.-
Alto, alto.

Caminé, hacia Sally.

-Sally.

-Sé piadosa.

-Pareces un tronco.

Ella se cubrió el rostro con ambas manos, y Elias pifió.

-Matt la tiene fácil. En días como este, me dan ganas de ser parte del equipo como... Aguatero o algo.

-Tú no estás tan mal. Guíala.

-Oh.

-Agustine, Janet, Tadeo, también lo hacen bien. Con los demás hará falta algo de práctica, pero para eso traje a Elia aquí. Elia, ¿podrías ayudarlos un poco? Me gustaría que termináramos antes de las seis.

Todos sabían quién era Kain, y porqué yo quería estar libre a esa hora, así que pusieron ganas en seguir los consejos que con timidez Elia les indicó, reproduciendo la danza una y otra vez para que observáramos sus mejoras. Ya al cuarto intento, que habían avanzado era notable. O al menos, los noté más distendidos, y con eso como consuelo detuve la práctica, mandándolos a sus casas. Varios se juntaron para ir al bar, y aunque la idea era tentadora, decidí no acompañarlos. Hoy era el día en el que terminaba la lectura de la novela en el hospital.

Haber estado esas horas con Elia me bastó para extrañar a las chicas de danza, e inclusive a la profesora DuMarque -a la cariñosa profesora DuMarque, no aquella que me gritaba cada jueves y martes que corriera en las horas de educación física- y al mudo Gerardo Tressand. Últimamente, según había escuchado, estaban todas con tanto descanso como los muchachos del aserradero; tal vez por solidaridad a la condición de Candice, todavía internada en Visgana, o como celebración del éxito que habían tenido en el Lastega, se sabía que no estaban practicando y que la academia últimamente se hallaba tan vacía como lo estaría en los primeros meses de vacaciones. Aquello, claro está, se combinó para que se me ocurriera la brillante idea de pedir a todas ellas que ayudaran en las demás coreografías, las de los cursos de tercero hasta sexto. Debieron de haber estado aburridas, o mi fama las motivó lo suficiente, porque todas aceptaron, y a la semana no éramos sólo yo y Elia, sino que Jossie, Juliana, Clara y Natalí, todas se paseaban por los patios de la

escuela y ayudaban, a los grupos de alumnos de cada aula que estaban dispuestos a bailar.

Además de los que ya sabía, muy pocos no participaban de ninguna actividad. Rickert, León, apenas se ofrecían a acomodar algunas cosas del escenario, y dejaban la tarea tan pronto la iniciaban, con la excusa de pertenecer al equipo. Teresa, también, era un fantasma que transitaba en la escuela sin meterse en nada, y muy pocas veces me dirigía una mirada sombría, desde las diversas mesas que nos separaban durante la hora del almuerzo. A su lado, Arthur se veía más ojeroso y cansado que nunca, mientras que Larry parecía haberse vuelto más erguido, no desviaba la vista ni torcía el rostro, y caminaba arrogante por, opinaban varias de mis amigas, haber estado ejercitándose en su casa para volverse más corpulento. Era un cambio que me resultaba ridículo. Por mucho que cambiara, para mí, para quienes lo conocían, Larry Cutrone era Larry Cutrone, el chico asustadizo que había jurado y perjurado ver un león en el toldo del señor Lamar.

Pero no pude concentrarme mucho en nada de eso, en especial porque entonces las prácticas se entremezclaron con la temida semana de exámenes. Había pasado días estudiando, y en especial el que más me asustaba era el primero que tendría, Biología, materia en la que tenía las peores notas. Matt me había intentado ayudar, y también mis amigas, pero no era sencillo para mí. Detestaba ver esos nombres, esas clasificaciones, esos estúpidos diagramas sin color que se repetían en nuestros libros de texto. Por mucho que me esforzara, odiaba esa asignatura.

Precisamente por eso fue por lo que la estudié tanto, para evitarme el tener que enfrentar a la profesora en vacaciones. Ese día todo el curso estuvo en silencio, inclinados sobre sus hojas, respondiendo las cuatro preguntas que nos habían dictado. Yo también me hallaba inclinada, para no llamar la atención, pero las respuestas no venían a mí. No era que no las supiera. Había estudiado cada sistema una infinidad de veces, había practicado el cuadro de genética otra infinidad.

Pero mi mente estaba en blanco. Mi lapicera rasgaba el papel, sin dar una sola respuesta: en cambio hice un dibujo terrible, amorfo, de una niña utilizando un vestido corto, apenas un monigote. La llené de cabello oscuro, ondulado. Esa era Kassia, la hermana de Kain, aquella que quizás no existía. La punta de mi lapicera la golpeó un par de veces, como queriendo señalar algo. Pero no había nada.

Dibujé entonces a su lado a Kain, al Kain pequeño que el señor Jerves había arrojado desde la piedra hacia el río, y del otro a Mina, sonriendo y con su flequillo bien acomodado sobre los ojos claros. Los tres habían sido amigos. Mina había dibujado a Kassia, y por eso, ¿no era claro que Kassia existía, que Kain no podía haberla imaginado?

Había algo más. Había algo que había olvidado.

Dibujé otra forma sin rostro, entonces, sobre ellos. Ese era Gieth Berkan, el niño que había visto en aquel cuaderno, el que me había devuelto la mirada en la visión, el menor de los hijos de Valdomar Berkan, y el último de los Cuatro Locos. Recordaba bien la secuencia que Mina me había mostrado ese día, pero no la comprendía. Porque ella había dibujado a ese mismo niño, deshaciéndose de Kain y capturando a Kassia, y sin embargo, aquello debía ser un engaño, una ilusión, alguna sospecha que tuviera. El responsable de todo

era el Titiritero. Gieth Berkan había muerto junto a sus hermanos, el día en que el autor del diario y Raquel habían decidido eliminar a la familia Berkan.

Había muerto.

Hubo un latido, y un eco de voz repitiendo una frase similar. Pero no quise escucharla. Me puse de pie de inmediato, acallándola con el raspar de mi silla contra el suelo del aula, y crucé con la hoja de examen en blanco hasta el escritorio de la profesora. La dejé allí, y sin decir una sola palabra me marché. Tenía mucho en lo que no pensar.

XIX

Gieth Berkan estaba muerto.

Pero Mina debía de haber visto su espectro, durante alguno de los días en los que el Titiritero acosó a Kassia, en los que planeó eliminar a Kain. Esa fue la respuesta a la que reticentemente llegué. Y seguramente, su fantasma seguía ocupando a alguien en San Naerit. Así se contaban las dos personas: quién había movido el cuerpo de Kain a la casa de Helen, y quien había asesinado a Mikhail, aunque no explicaba en lo absoluto las dudas que Matt había tenido al respecto.

Yo sabía muy bien que había algo que no andaba bien, algo terriblemente mal en todo esto. Sin embargo, sentía también que debía caminar en el fango con la cabeza bien alta, ignorando aquello que me acercara al peligro. Había hecho una promesa a Kain. Dentro de mí, esa promesa me consumía, ¿pero qué podía hacer? Para el mundo, Kassia no era real. Kain jamás había tenido una hermana, era el hijo único de una pobre pareja que ya había hallado la muerte, un huérfano que había viajado en el tiempo para aparecerse ahora entre nosotros. Más aun, Mina, la única que debía saber qué era de Kassia, ya estaba casi muerta y no tenía modo de acceder a ella. ¿Qué me quedaba? Tenía miedo, mucho miedo de lo que pudiera pasar. De sólo pensar en investigar, en moverme como antes lo había hecho, en luchar, pensaba en las palabras del viejo Jerves y de Johan Weigler, e imaginaba, tendido y ensangrentado contra una vieja lápida, no a Mikhail, sino a Matt, a Kari, a Norbert, a cualquiera de quienes había conocido y había aprendido a querer, perdidos para siempre. Quería cumplir la promesa que había hecho. Quería hacerlo. Pero estaba aterrorizada. Y entonces cerraba los ojos, a consciencia. Ya no había oscuridad, y por lo tanto tenía que hacerlo por mi cuenta.

Así que *“todo está bien”*, me dije, y me ocupé con todo lo que pude en esos días finales. Necesitaba mantenerme distraída. Estudié, día tras día, y

rendí los exámenes finales de cada una de mis asignaturas. Organicé las reuniones del Club de Delegados, revisé los asuntos del festival, visité cada curso para obtener opiniones, y también, claro, pasé mi tiempo con amigos, degusté los platos ligeros que el calor hacía cocinar a Gustav, charlé en los recreos con diferentes personas, y en muchos de esos momentos pude captar que Teresa me seguía, o permanecía siempre sospechosamente cerca. No me interesaba. Puse todo mi empeño en pensar en otras cosas, en cosas que sirvieran a la felicidad que había encontrado, a esta repetición en donde yo era la reina de la escuela. No cesaba de verme en el espejo, controlando mi cabello con los dedos, peinándolo para que el flequillo me quedara bien acomodado sobre la frente despejada, preocupándome a cada rato por que no regresaran las ojeras. Pero todo en mí estaba bien. Hasta una tarde, recuerdo, Norbert me vio arreglada y silbó, admirado. “¡Hay que ver lo bien que te ha hecho el aire de aquí!”, dijo “Ni yo mismo me lo hubiera creído, Lis”.

Lo había hallado gracioso, pero la verdad, sabía bien que el aire de San Naerit había tenido poco que ver con mi cambio. La Oscuridad se había desvanecido, y con eso un peso se esfumaba de mis hombros, era apenas un recuerdo irreal, una pesadilla terrible que me aterraba de pequeña y que ahora podía ignorar. Estaba guardada, sí, en algún sitio en mi interior, pero mi poder se había desvanecido, Kain se había desvanecido, y aquella Puerta Roja había quedado sellada para siempre. Yo podía ver, y podía sonreír, y por eso podía ser hermosa.

Hubo más de una vez, claro, en que deseé con todo mi corazón poder regresar al Balcón.

Entre las muchas cosas que hacía, la que más recuerdos me trajo fue el hablar con mis compañeras de danza. Como dije, todas estuvieron dispuestas a ayudarme con las coreografías. Un día se presentaron: yo, rodeada de Suzy y de Sebastian como sabuesos que me seguían a todos lados, tuve que resistir el impulso de abrazarlas, y aun peor admitir que un impulso como ese estaba en mí y que lo que antes me habían parecido idioteces de niñas ahora me resultaba entrañable. Era extraño, siempre, verlas.

No me conocían. Y sin embargo, yo sí las conocía a ellas, había bailado junto a cada una.

-¿Están seguras de que no hay inconveniente? No quisiéramos molestar.

-Queremos ayudar- dijo Clara.

-Casi no estamos haciendo nada, y la profesora nos dio permiso.

-Además, sé que Candice hubiese querido lo mismo.- susurró Jossie.

Todas callaron, algo turbadas, y yo aproveché para preguntar.

-¿Cómo está ella?

Se atropellaron un poco en responder.

-¡Sigue internada!

-El otro día fuimos a la casa de su tío, y nos contó...

-Los doctores dicen que está acercándose al borde de la muerte, pero no logran entender qué tiene. Dicen que las marcas en su cuello...

-Que no son lo suficientemente fuertes como para haberle cortado el oxígeno por tanto tiempo.

-Estamos tan...- dijo Clara.

-No sabemos qué hacer- completó Natalí.- La llevamos allí, ¿sabes? Pero Candice debía de sentirse tan mal...

Elia miraba el suelo, afectada. Yo me acerqué a todas, separándome de mis dos guardianes.

-Ánimos- sonreí.- Demos lo mejor de nosotras, por Candice.

Y con esa frase sola, logré infundirles coraje y ganas de ayudarnos.

Pero tan sólo unos minutos después, mientras prácticamente corría de regreso a casa, la misma angustia que todas habían sentido me invadió.

"Candice, oh, Candice, ¿podrías perdonarme?" me dije, trotando, esforzando mi paso cuesta arriba en el camino, pisando los pétalos que se desprendían de las flores silvestres que crecían contra el musgo de los árboles. El cielo estaba celeste, impecable. "Todo lo que dijeron..."

Mucho de lo que habían dicho me evocaba a Mina, la forma en que Mina había sido atacada dentro de la escuela. Mina, Mina, Mina. Durante todo este tiempo, había creído que ella había sido otra víctima de Zaq, una más en una extensa lista. ¿Pero por qué no lo había pensado antes? No recordaba que Zaq jamás la hubiera mencionado, inclusive el modo de matarla había sido muy diferente. Zaq había destrozado a la madre de Candice con una roca, había decapitado a Julián Hauswhite, había cortado miembros de los perros que se acercaban a su propiedad y estrellado el rostro del oficial Fraser contra la chapa de su camioneta, todo bajo el influjo demente del espíritu Jason Berkan. Pero con Mina todo había sido diferente. Cuando la encontré moribunda, el cuerpo de Mina estaba intacto. No tenía cicatrices notables, y recuerdo haber oído a Kain sugerir que lo que la había afectado era alguna clase de veneno. ¿Veía a Zaq preparando un veneno? No.

Entonces, debía de haber algo más. Alguien más, en la escuela, había obrado, alguien más era un asesino en el instituto.

Me detuve de inmediato. Recordé una conferencia muy ocupada, y de pie frente a los oyentes, al director Henry Ashadd perjurando que *no había un sólo asesino en su instituto*. Luego de la captura de Ezequiel, muchos habían murmurado que por primera vez ese hombre se había equivocado.

¿Pero si esa frase tenía otro sentido...?

Cerré los ojos, y continué mi camino. Pero no podía despegarme de la idea. Que hubiera alguien más, dentro de la escuela, alguien que hubiera atacado a Mina, que hubiera hecho lo mismo con Candice. ¿Pero por qué? ¿Por qué atacar a Candice? ¿Y quién?

Por fin llegué a la casa, y subí directamente hacia mi cuarto. Cerré la puerta con cuidado, aspiré el silencio y la suave brisa que se colaba desde la ventana. Me dije a mí misma que debía calmarme.

Encaré la pared desnuda, apoyando mi mano sobre ella. Descendí mis párpados, me concentré tanto como pude. Pensé en la Oscuridad, en los Cuatro, en locuras y delirios, pesadillas de mi infancia y en la maldición que mi madre me hubiera hecho poco antes de morir. Todo eso estaba en mí, y, sin embargo, lo había sellado. Pero meforcé. Di lo mejor de mí. El poder estaba. Yo seguía siendo una nigromante.

Mi palma no se hundió, y la pared permaneció intacta. La golpeé con furia, y volví a intentarlo. Recordaba el Diario. Recordaba lo que el escritor había dicho sobre las capacidades de un nigromante, y el cómo estaban atadas a su deseo de muerte, de pasar al otro lado. Pero yo era feliz. Mi fortaleza me impedía ver lo que necesitaba, me impedía regresar a donde Mina se hallaba, envuelta entre las enredaderas, dormida para siempre.

Nada.

Nada, ni siquiera un rumor, un vistazo de ese sitio al que tantas veces había ido. Quería regresar. Quería regresar a ese tiempo, incluso, en el que podía hablar con Kain y llevarle regalos para alegrarlo. Lo habíamos perdido. Al querer traerlo de nuevo, lo había perdido. Johan tenía razón.

Con la frente apoyada en ese muro, y los ojos cerrados, respiré hondamente para evitar derramar lágrimas.

XX

Tengo que ser fuerte. No puedo permitirme caer en la desesperación. En algún momento Kain mejorará, podrá hablar, podrá oírme, podrá caminar, y todo estará bien. Así que tengo que resistir, y no mirar atrás.

Hoy reviso, por milésima vez, el papel en el que Frederick me ha anotado cada una de las actividades del festival. Todo se decidirá en dos días. Habrá comida, juegos, bailes, discursos y conmemoraciones, será un evento que limpie al pueblo de todo lo malo, que invite a extranjeros a celebrar la existencia de San Naerit. Creo que este festival va a ser mi regalo, mi agradecimiento a este sitio por todo lo que me ha dado durante estos meses.

Bien atenta, chequeo cada uno de los ítems. El último arreglo es al que me dirijo ahora, con la lista en mano y la lapicera bailando entre los dedos, sin prestar atención al camino. Cada cosa tiene que darse a la perfección.

La comida. Desde luego, eso es algo que decidí dejar en las manos de Gustav. Para quienes visiten la escuela durante ese día, habrá bocados de carne con diversas salsas que untar, dulces de mielada, y hasta hidromiel que el dueño del salón de la entrada, Clint Westone, se ofreció a ceder por pedido de Scott.

Luego están los stands, en donde se venderán cosas. Tacho la comida, y paso a ese punto. Hay varios clubes en el instituto además del que creé, y me pareció útil darles un espacio allí para mostrar lo que hacían: el club de artesanías, de aeronáutica, el club de dibujo y arte, el de literatura, hasta el de comics o el de tecnología. Para ser honesta, no me he ocupado mucho en ellos, porque confío en que aman lo que hacen. Y sin contar los clubs, hay personas como la madre de Gabriel Altamirano, que suele vender ropa y que aprovechará la feria para intentar dar entregas a quienes nos visiten desde afuera. Ese ítem también está resuelto.

Doblo siguiendo el mural, y un pájaro hace sombra sobre mí cruzándose hacia el árbol más cercano. Es un hermoso día. ¿Dejé leche para Luci? Tal vez debí haberlo traído.

“¿Qué más?” pienso, volviendo a la lista. Los bailes. No tengo mucho ya que agregar al respecto; pero desde que las chicas de danza decidieron ayudarnos, tengo que admitir que hasta Sally ha conseguido aprender a moverse, y son muchos los que han superado la timidez y se han ofrecido sumarse. Para no ser injustos, Frederick decidió que sería mejor si animaran desde afuera. Tuvieron que contentarse con eso.

Yo misma dudo, cada tanto, de si no bailar. Siempre tuve curiosidad, de cuánto de lo que hacía como Mina Harvnes era de ella y de cuánto me pertenecía, pero aquí, justo pasando la entrada del colegio y apenas reconociendo el saludo animado que me hace el portero, termino concluyendo que esa es una pregunta para la que puedo buscar respuestas más adelante.

La parte en la que debo motivarme es el discurso, que Frederick dará frente a los espectadores a las cinco de la tarde. Habrá también un espacio para que hable el Director, los profesores, o cualquier delegado de importancia.

El boceto que me pasó Frederick era insulso, así que lo corregí. En estos momentos quisiera tener a Mary de mi lado. Ella sí que sabía escribir. Me anoto en mente redactarlo otra vez, y hacerle saber a Cable que debe seguirlo al pie de la letra. Salga como me salga, será mejor que el suyo.

Y por último, el elemento principal. El juego. Nuestro equipo tendrá ese mismo día su segundo partido contra uno de los equipos que derrotaron en el anterior semestre, el mismo que viera el día que acompañé a Norbert a ver jugar a Matt. Todos saben que ese partido es la última ronda, antes de entrar en las eliminatorias del torneo local del próximo año, y que el equipo rival está más que decidido a cobrarse una venganza de la paliza que les dimos, por lo que van a ser muchos los que asistirán, tanto del pueblo como de esa otra escuela.

Tras terminar de chequear la lista, la guardo en mi mochila y me abro paso por sobre el césped cuidado del campo de juego. Sólo unos pocos muchachos practican pateando la pelota contra una de las gradas de concreto, y Rackett junta las cosas con el silbato en la boca, como si se le hubiera fusionado con los labios. Me saludan al reconocermelo, y yo levanto una mano. Uno de ellos me señala los vestuarios.

Giro metiéndome por entre las gradas, y llego a la puerta que da a los mismos. De la ventana asoma un rostro familiar.

-¡Eh, es Liseth!

Me abre. Por suerte para mi dignidad, contra los bancos todos ya están cambiados, conversando. Todo el equipo me saluda, y luego otro de ellos se gira hacia un lado.

-Matt, vinieron a verte.

“¿Ya lo piensan así?”, me pregunto. Son muchas las voces en la escuela que no muy erradamente sostienen que si yo no acepto a ninguno de mis pretendientes es porque ya tengo una relación en la misma casa de los Weigler. Matt sale detrás de su casillero, al momento en que se pone la remera, y se acerca.

-¿Ocurrió algo?

-En realidad necesito hablar con Harrold.

-¿Con Harry?- se seca él la humedad del cabello con la toalla, y señala otra puerta- Está por allí.

Asiento, tomando aire y aferrando con fuerza la correa de mi mochila. Como sé que las miradas están puestas en mí, me cuido de ser certera en el abrir y pasar del otro lado, a la siguiente parte del vestuario.

Flota algo de vapor, que me preocupa pueda arruinar mi peinado, pero el cuarto es más pequeño que los otros. Lo primero que me recibe es la espalda desnuda de Harrold, pero cuando estoy por retroceder noto con alivio que al menos sí lleva los pantalones y las zapatillas puestas. Se detiene, en medio de estirarse, y parece percatarse de mi presencia.

Al girarse me dirige una sonrisa muy peculiar.

-Ah, ¿hola?

Es tan apuesto como siempre, y sin embargo, desde hace tiempo que no puedo dejar de verlo con desconfianza. Recuerdo lo que oí de mis compañeras de danza, y lo que ocurrió con Candice en el Grand Hotel Eternal. Harrold fue quien la encontró ese día. Él fue el único que pudo saber...

Me sereno. No vine para eso.

-Quiero pedirte un favor.

El celeste de sus ojos parece danzar, pero no me dice nada. Toma el toallon más próximo y se seca el cuello, atento. Pienso por unos instantes que debería haber traído una cámara. Una imagen como la que ven mis ojos ahora se vendería a buen precio entre mis compañeras.

-¿Un favor?

Tomo asiento, en uno de los bancos de madera.

-¿El equipo está bien entrenado, no?

-Ah- vuelve a sonreír Harrold, buscando su remera- Sé que soy el capitán, pero deberías preguntarle eso al profesor. Yo sólo me encargo de jugar.

-Los he visto. Son muy buenos.

Él guiña un ojo, y pasa la cabeza por la tela.

-Gracias.

-Pero estoy segura de que los de la otra escuela van a intentar vencerlos cueste lo que cueste. Recuerdo al capitán ese día, cuando perdió.

-¿Estabas ese día?

Me interrumpo, y Harrold se vuelve a mí con una media sonrisa. Se sienta en el banco del frente, espíandome bajo mechones de cabello mojado, la remera pegándosele al cuerpo. Pero esas cosas sólo me llaman la atención por lo cliché que parecen. No. A decir verdad, comienzo a sentirme en peligro.

-Sí- vuelvo a tomar las riendas- Por todo lo que vi es que quiero pedirte este favor.

-Hablas un poco como si ya nos conociéramos, ¿sabes?

Oh.

Una imagen fugaz me cruza la mente: yo, siendo Mina, y en la oscuridad Harry inclinado cerca de mí, su mano pasando por la zona interior de mis muslos. Eso, y cómo terminó eso, era algo que prefería haber podido olvidar.

Me froto el puente de la nariz, disimulando bochorno con frustración.

-Ah, mejor olvídalo.

Él se echa hacia atrás, divertido. También parece de verdad interesado.

-Pídelo.

Lentamente, el masajeo de mis dedos va perdiendo ritmo, y luego separo mi mano de mi cara. Vuelvo a ver a Harry a los ojos. ¿Quién es él?

¿Sería posible que alguien como él fuera el Titiritero, que hubiese matado a Mina, a Candice?

Pero las palabras que salen de mi boca no tienen nada que ver con eso. Son en cambio una orden muy exacta.

-Gana.

Él sonrío.

-Está bien. Puedo hacer eso.

Me pongo de pie, dándolo por terminado, y algo en el "Cuídate." que me suelta mientras me retiro me estremece de pies a cabeza. Harrold estaba distinto, distinto a las veces en que lo vi como Mina Harvnes, incluso distinto a las pocas en las que me lo crucé como Liseth Aurdelard. Algo en él parecía preocupado, amargado. O tal vez es una impresión. Quizás es sólo como lo veo ahora, ahora que no me ciega su belleza y ha dejado de interesarme.

No puedo saberlo. Viví demasiadas cosas como otra persona, y ahora no puedo saber en dónde me engaña mi miedo, qué temores son verdaderos. Tengo que aferrarme a lo que tengo. Presiento que luego de este festival, por fin encontraré una respuesta.

También, aunque no digo nada, me percató tras unas cuerdas de que Arthur Irrauldi me ha estado siguiendo a escondidas.

XXI

-“Pero creo que es precisamente por ello”- continuó- Y aquí va una pausa dramática, ¿la imaginas? “Creo que es precisamente por ello, que debemos tomarnos este momento para celebrar y...” Um...

Paso a la siguiente página, y prosigo.

-“Para celebrar y alegrarnos de hasta dónde hemos llegado, nosotros...” Aquí quisiera que Frederick se señalara “...los alumnos, los profesores que nos han ayudado...” Bueno, ya te imaginas. “...y cada una de las personas que hacen de este pueblo...”

Me reclino, divisando un tachón.

-Ah, sí. “Que hacen de este pueblo un lugar del cual sentirme orgullosa.” U orgulloso, pues lo leerá él. ¿Crees que es bueno?

Tendido en su silla, observándome sin expresión, Kain desvía la vista hacia la ventana, por donde un par de aves hacen sombra. Toso, y antes de proseguir guardo el discurso en mi mochila.

-En realidad lo redactó Sophie. Sophie Brauer, es una de mis compañeras, a ella se le dan esas cosas. En letras yo siempre fui... Bueno, no heredé nada de Thomas. Así que recordé que Sophie estaba encantada con

Julián, y que solía pertenecer al Club de Literatura, pero los chicos del club estaban ocupados y en cambio ella no. Creo que hasta se alegró de que le hablara. Es una chica rara.

Estamos solos. A esta hora, todavía falta para que las enfermeras retiren a Kain para hacerlo cenar junto con los ancianos del piso. Me remuevo algo incómoda, sobre la cama.

-Lo sé, yo también soy una chica rara. Sigo un poco nerviosa- asiento- Hay tantas cosas que podrían salir mal. Pero creo que será un buen momento. Tal vez podría sacarte, hacer que vieras a la gente moverse. Si estás todo el día aquí... ¿Las enfermeras te llevaron a la terraza esta tarde, verdad?

No hay respuesta alguna, pero Kain cierra los ojos. A este punto, ni siquiera puedo estar segura de que mi voz le esté llegando.

-Creo que te daré la cena yo- resuelvo- Así me distraeré. Ya no queda nada que arreglar. Dejé las cosas del sonido a Sebastian. Habrá fotos. Tal vez me dejen mostrartelas.

Río. Mi risa rebota contra las paredes y se desvanece.

-Hm, ¿me esperas?

Casi corriendo salgo del cuarto, pero de inmediato me topo con la enfermera. Lleva una bandeja llena de comida.

-¿Tan temprano?

-Pensamos que querías...

-Está bien- digo, y la recibo- Gracias.

Se va, y yo con una pierna cierro de nuevo la puerta. Llevo la bandeja hacia la cama, y luego la posiciono contra la silla de Kain, en su regazo. De su frente se desprende un calor abrasador. Pongo mi mano en ella. No parece tener fiebre. Pero vive. Tal vez no es que el calor sea mucho, sino que todavía no me acostumbro a que haya calor en él.

Vuelvo a sentarme, y reviso la comida. Hay pequeños cubos de queso blando, que pincho con un tenedor y acerco a su boca. Kain come y mastica con movimientos lentos, invisibles, sin dejar de mirarme. Ya casi estoy segura de que no me reconoce.

-La tienda de ropa, los padres que van a ir, y la organización de los bailes, todo eso ya lo doy por descontado. También confío en Matt y Harry, para ganarle al equipo rival. Claro que si ganan -digo, tomando otro cubo y acercándoselo- los visitantes no nos comprarán nada, pero prefiero eso a que nuestro instituto pierda en su propio festival.

Suelto el tenedor, y le seco la boca con la servilleta.

-¿Quieres agua?

Sus ojos están nublados. Wilhelm una vez me dijo, volviendo del hospital, que uno debía adivinar qué era lo que Kain necesitaba. Pero a diferencia de mí, que cada día salgo de aquí frustrada, recuerdo que él lo decía con una sonrisa, como si fuera algo bueno e interesante.

Ya era mucho para mí envidiar a Wilhelm.

Tomo el vaso, y se lo acerco a los labios. Kain bebe, el cuello afeitado bajando y subiendo, el cabello oscuro se le desacomoda con el movimiento. Termina, y mira hacia otro lado. Es el gesto que suele hacer cuando ya no quiere comer.

-¿Sólo eso?- digo, y luego niego, con la bandeja en la mano- La dejaré aquí. Más tarde te entrará hambre.

Desde luego, ni una palabra sale de su boca.

-En resumen- continuó- Sí, estoy algo ansiosa. Será muy distinto a lo demás, y todos estarán allí. Pero quiero que sea un momento especial para el pueblo. ¿Piensas que debería llevar a Luci conmigo? Temo que con tanto estruendo se asuste y...

Sus ojos se cierran lentamente. Entonces me percaté de que se está durmiendo. ¿A qué hora despertó? Últimamente, los ejercicios de estiramiento y caminata los hace a la mañana, y a la hora de la siesta recibe a la masajista del hospital, para tratarle las articulaciones adormecidas. Me siento culpable de haberle estado hablando tanto.

Me pongo de pie, y le planto un beso de despedida en la mejilla.

-Deséame suerte, Kain.

Por un instante, algo en él parece debatirse en dolor. Esa expresión le desaparece tan pronto como le vino, y yo suspiro agotada, levanto mi mochila, y emprendo el camino fuera de esta habitación, fuera de este hospital, en dirección a la casona para tener la cena y dormir, dormir sabiendo que mañana me espera un día de lo más agitado.

XXII

Fue en la tarde más calurosa de toda la estación, con el sol en lo alto proyectando largas sombras contra los toldos, que el festival escolar de fin de año dio inicio, y que todo el pueblo, y también familias y personas ajenas a San Naerit, se pasearon entre los patios y corredores de la escuela para presenciarlo y ser parte.

Apenas unas horas antes, mientras el resto de la gente disfrutaba de la fiesta, los demás delegados y yo finalizábamos los últimos preparativos, nos asegurábamos de no tener que encontrarnos con alguna desagradable sorpresa. Cada uno controlaba su propio curso, lo que le hubiera tocado realizar. Era un tanto inspirador ver, por primera vez, a todos los alumnos del Instituto Educativo de San Naerit trabajando codo a codo, intercambiando ideas, opiniones, risas; moviéndose con prisa para llenar una ocupada agenda.

Frederick había pasado a mi lado, con la cabeza hundida en los papeles que le había dado, pues los chicos de sexto eran los que menos tenían que preocuparse. Repetía una y otra vez su discurso, tachaba palabras, cambiaba cosas, poniéndome nerviosa y obligándome a luchar contra la tentación de pedirle hacer su parte. Luego estaban los puestos de venta, que chicos de tercero y segundo armaban y llenaban con lo que hubieran hecho: tortas, baratijas, suvenires creados en el momento; de seguro los primeros que el pueblo hubiera tenido, considerando que no éramos precisamente una

localidad turística. A nadie le interesaba haber visitado San Naerit o no, pero a nosotros tampoco nos importaba. Era divertido. Era divertido trabajar juntos, celebrar, hacer algo con la esperanza de que aquello fuera un éxito, tener el apoyo de los profesores y de algunos trabajadores del aserradero que se sumaban, utilizando su tiempo libre para sostener carteles, inflar y pegar globos, preparar el equipo con la música que resonaría por cada rincón de la escuela.

La pasábamos bien.

-¡Venga, venga, una vez más con ritmo!- gritaba Elias, posicionándose, y los demás que bailaban lo seguían entre avergonzados y entretenidos- Tal vez un famoso productor se pase por aquí de casualidad y nos rescate. No tendremos que bailar más, hermanas.

-Tú pareces bastante feliz con todo esto- le dijo Rita. El pecoso asintió.

-Amo a Michael Jackson.

A su lado Sally continuaba siendo la peor bailando, pero todo considerado, había mejorado mucho desde la última vez que la viera. Ayudaba también que Elias no tuviera miedo o vergüenza alguna para arrastrarla con él.

A esa hora, yo agotada y él colocándose los botines para el calentamiento, con Matt los mirábamos girar y taconear el suelo. Un par de mariposas pasaban entre nosotros y nuestros compañeros, que ahora reían; Cecile se había caído, casi llevándose a Scott con ella, y definitivamente derribando a Gabriel, que había ido a reventar varios de los globos con su trasero.

Entre las risas, Matt me preguntó.

-¿Has notado que Elias no intenta seducir a Sally?

Lo consideré, y me cubrí la boca abierta con una mano. Elias intentaba seducir a todas. Sus intentos fallidos eran conocidos a lo largo y ancho del alumnado, inclusive entre algunas jóvenes profesoras. Eso significaba...

-Oh dios. Sally no es tan fea.

-Creo que no estás siguiendo la idea de lo que quiero decir.

Definitivamente no la seguía, en parte por todo lo que tenía que hacer y en parte porque el cómo funcionaba el cerebro de Elias Namman era algo que jamás me había interesado. Y ahora que la celebración ya ha comenzado, tampoco tengo demasiado tiempo para pensarlo. Lo que sí sé es que si Elias, si todos hacemos nuestra parte, este será un día para recordar.

La primera parte del evento, sin embargo, no tiene nada que ver con bailes. La primera parte es el partido que se juega a las cinco, por el que vemos llegar toda clase de coches entrando desde el camino que conduce a Visgana. El equipo del colegio rival se baja desde el autobus y, admirados, se encuentran con que no sólo ellos han traído a un montón de gente, sino que también hay gente pasando por la zona de los visitantes, casi todo un pueblo que parece irse perdiendo en el espacio de las gradas para presenciar el encuentro. Yo tengo un lugar ya reservado por los miembros de mi club, desde el que no podré perderme de nada. Confío en Harry. Estoy segura de que si es él, podremos ganarles de nuevo.

Nuestros visitantes titubean al pasar, un poco confundidos con los letreros que anuncian el festival y la recibida que les hacemos, y van ocupando poco a poco su sitio en las tribunas. Con mi mente funcionando tan rápida como puedo, controlo que todo esté bien con sus asientos. Algunos chicos de tercero pasan vendiendo gaseosas, maní, incluso pochoclo que varias madres

cocinaron y embolsaron para la ocasión. Creo que les parece ridículo que un pueblito tan pequeño como este se esté motivando tanto, que San Naerit se vuelva tan orgulloso de lo que es.

Pero...

San Naerit tiene sus vergüenzas, sí. Tiene sus oscuridades. Pero también tiene mucho por lo que sostener orgullo.

Los miembros del equipo rival ocupan la cancha para precalentar, mientras que Harry, Matt y los demás permanecen en los vestuarios. Los espectadores esperan disfrutando de la comida e intercambiando diálogo amigable, preguntándose por el viaje y por el festival.

Viendo que ya no me queda mucho por hacer, ocupo mi sitio, que Suzy y Sebastian me presentan con gran alegría. Algo falta. No puedo dejar de pensar en que algo falta.

-El Director también vino- dice Sebastian, admirado. Tomada de sorpresa, me volteo: arriba, en una zona que jamás había notado antes, Henry Ashadd observa el terreno de juego con una media sonrisa, los ojos brillantes como siempre en actitud distendida, y ni en esa posición una sola arruga en su traje bordó.

Antes de que lo haga, ya sé que su mirada va a descender para encontrarse con la mía. Pero como si hubiera podido leer hasta ese pensamiento, el director sonrío y continúa con los ojos clavados en el césped de la cancha, un gesto inteligente que sin ser dirigido a nadie me comunica muchas cosas.

-¿Qué hace él aquí?

-No veo por qué no va a estar aquí- suena una voz a mi espalda- Todo este sitio le pertenece, ¿no?

-¡Jess!

Ante la admiración de mi compañía, Jessica se inclina para darme un beso en la mejilla.

-No iba a perderme de esto.

-¿Y Alex?

-Está ayudando a los otros con el asunto de los stands, pero de seguro pronto vendrá. No vamos a faltar al gran juego de Matt. En cuanto a Norbert...

-¡Hey, Lis!

Medio mundo se voltea hacia desde donde Norbert me grita, agitando sus enormes brazos y tapándolos a todos de lo que ocurre adelante. A su lado, Kari parece un poco resignada al espectáculo que da su padre, con una bolsa de maní y otra de pochoclo a cada lado. Yo saludo a Norbert sin pensarlo demasiado, contenta de verlo allí, de verlo animado.

En cuanto se vuelve a sentar, me concentro en no darme la vuelta, aunque sienta la mirada de Ashadd pegada a mi espalda durante todo el encuentro. Ya no hay ataques. Eso siempre es una buena noticia. Sin embargo, sólo con verlo a él, en ocasiones siento que volveré a ver insectos cayendo desde un cielo rojizo, que experimentaré el roce de las antenas de un gigantesco ciempiés que me envuelve, lleno de malicia y hambre.

-¡Damas y caballeros!- anuncia uno de los delegados al que elegimos por su potente voz, un chico que se para en el centro del campo de juego sosteniendo un micrófono- El encuentro va a iniciar en unos minutos, en cuanto todos se hallen listos. Una vez termine, los invitamos a acercarse a los demás terrenos de la escuela para presenciar nuestro acto de fin de año. Habrá...

Hace una pausa, revisando su papel. Maldito idiota.

-Habrá comida, bebida, y un espectáculo para que se diviertan. ¡Pase lo que pase no se lo pierdan!

Corta el micrófono, y un silbido aturdidor hace estremecer a todos. Arriba, Ashadd sonrío. Las familias hablan entre sí, comentan aquello entre risas, humedeciendo los labios con los vasos de gaseosa que compraron por unos centavos. Todo parece marchar bien. Un poco nerviosa, examino la entrada por la cual Matt y los demás deberían estar ya saliendo. ¿Qué los demora tanto?

-Tranquila- me dice Jessica, haciéndome pensar que mi cabeza es de cristal y que mis pensamientos son algo que cualquiera puede leer- Saldrá bien. Es un lindo día.

-Hace un poco de calor.

-¿Lo sientes?- se sorprende ella- Vaya. Te has acostumbrado al frío de aquí demasiado rápido. O quizás es tu cambio de vestuario. Extraño esa sudadera negra que usabas. No eras tan linda como ahora pero me parecías...

-Ya, ya- enrojezco- No me lo recuerdes. Qué pésimo sentido de la moda.

-Oh, mi Liseth ya está tan crecida.

Al momento en el que dice eso, los miembros de nuestro equipo comienzan por fin a salir a escena uno tras otro en su uniforme, como profesionales, alentados por los gritos y silbatos de Rachett, de sus familias y de los otros alumnos que los celebran en las gradas. Cuando Harrold Camping por fin emerge, las chicas que presencian aquella entrada triunfal estallan en alaridos de apoyo, inclusive chicas del otro instituto, muy para la decepción de sus pobres compañeros. No puedo evitar reír. Harry saluda, guiña un ojo a quienes lo ven, pero yo entonces presto atención a Matt, buscando insistente su mirada desde mi sitio. Nuestros ojos se cruzan, y él asiente.

Entonces, dejo caer mis hombros y me relajo. Todo debería funcionar.

Con una señal de nuestro árbitro provisorio, el profesor Herbert, el partido da inicio. La primera pelota pertenece a nuestros rivales. El capitán, un muchacho alto y bien formado a quien la derrota anterior todavía le pesa, saca ventaja desde un principio con una jugada planeada: un pase al costado a uno de sus mediocampistas, que luego le devuelve el balón cerca de nuestra área. Patea, intentando sacar un punto desde el principio, pero León Goretto se interpone y ataja el golpe. La pelota sale volando por el cielo, y Harrold la recibe con un cabezazo. Matt la toma, y corre en dirección a nuestros rivales. Mi corazón se acelera, pero antes de que Matt pueda llegar, otro oponente se la arrebató. Todo el sonido en las tribunas parece haber cesado, con excepción del que hace Norbert al tomar pochoclo con sus gruesos dedos y llevárselo a la boca.

-Esto se ve difícil- dice Suzy a mi lado. Sin proponérselo, Jessica le asiente. Sebastian no para de sacar fotos, desde su incómodo lugar.

-Guárdalas para el festival.

-Lo siento.

Mientras el juego se desarrolla frenético, cada vez más gente va llegando: invitados de otros pueblos, familias demoradas por el tráfico, pueblerinos de San Naerit para quienes una larga siesta es sagrada y también aquellos que habían estado ayudando, entre ellos Alex que calmo como siempre me saluda y se sitúa al lado de su novia. Los chicos que venden comida y bebida no parecen dar abasto. Eso es algo que no planeé bien.

Intento concentrarme en lo que ocurre allí abajo. La pelota sigue saliendo disparada hacia arriba, como si más que un partido de fútbol fuese un juego de no dejarla tocar el suelo. Los defensores marcan a los delanteros, las ropas se llenan de barro, algunos forcejean con tal ímpetu que caen al suelo. Entre toda esa guerra deportiva, como siempre, Harrold permanece impecable, con la banda de capitán ceñida al brazo, pero sin dar una sola orden a quienes lo siguen. Continúa jugando a la par de Matt, pero la táctica parece caer corta ante cómo la otra escuela se ha preparado. El capitán rival mismo se encarga de marcar a Harrold, de tenerlo controlado. Como están las cosas, el juego no avanza.

Con el sol tan alto, maldigo la falta de toldos de algún tipo, de algo que nos garantice un tanto de sombra. Algunas personas, las más sensibles a los cambios de temperatura, se ciñen gorros, para no quedar cegadas y perderse un sólo momento del juego. Suspiro, y hago una seña. Uno de los delegados se acerca, y me deja una gaseosa. Está fría. Elías no mentía cuando hablaba del negocio de su madre.

El juego continúa. Vemos a los muchachos empujarse, pasarse, pasar el balón entre ellos con fiereza, y nuestro profesor no parece dar demasiado abasto para entender qué sucede. Más de una vez, ellos se acercan a nuestro arco, pero entonces un milagro nos salva, alguien se sacrifica para atajarlo, o nuestro arquero hace su trabajo y logra sacarlo a tiempo. El reloj sigue contando.

“¿Qué estás haciendo, Harry?”

Tal vez mi cabeza sí es de cristal, pues como si me hubiera oído Harrold recupera la pelota y sale a la caza de otra victoria. Matt lo sigue a su lado, en la acostumbrada formación, pero a diferencia de la otra vez se desvía, y Harrold se la pasa a otro muchacho. Los otros parecen confundidos. El chico vuelve a patear, Harrold la recibe, se acerca corriendo hacia el campo contrario. Varios se remueven, se levantan un poco en sus asientos. Suena el silbato.

Harrold frena, dejando un rastro de tierra detrás, y da una carcajada relajada. Tengo ganas de arrojarle mi vaso a la cabeza. ¿A qué está jugando?

Miro a Matt, desesperada. Él se inclina de hombros. Nadie del equipo parece preocupado con lo que está pasando. De algún modo, eso me altera todavía más.

-Es como si estuvieran jugando.

-Sabes que es un juego, ¿verdad?

-Bueno- me paso el cabello tras una oreja, ignorando la mirada divertida de Jessica- El objetivo de los juegos es ganar.

Alex bebe un trago de la lata de cerveza que se trajo, sin decir una palabra. Sebastian deja de sacar fotos, y me mira.

-Los arrasaremos en el segundo tiempo, estoy seguro.

-¡Yo también lo creo! - dice Suzy.

-¿Oh? Para que ambos se pongan de acuerdo...

Algo falta.

Antes de lo que esperamos, los quince minutos de descanso pasan y aquel esperado segundo tiempo da inicio. Yo me retuerzo, con grandes expectativas. Aquí es donde Harry debe obrar su magia. Lo veo patear el balón con suavidad, pasándoselo a otro, y al siguiente pase, para sorpresa de todos, el capitán rival se lo arrebató, corre, y marca un gol en nuestro arco.

Nuestros visitantes aplauden, gritan y se levantan para celebrar. A varios del pueblo les importa un comino, divertidos, pero yo me siento palidecer. ¿De verdad?

Harrold vuelve a reír, sacudiéndose el cabello. Tampoco parece molesto en lo más mínimo.

Atrás, también siento algo similar a una risa suave, un sonido de admiración. Me volteo para ver que Henry Ashadd se ha inclinado, observando el partido con mucho más interés que antes. Parece comprender algo que yo no. Vuelvo a ver la cancha, el césped en donde los botines pisan persiguiendo la pelota, y descubro que ahora Matt tiene el control del balón. Se lo pasa al anterior muchacho, y este patea. Gol, esta vez de nosotros, y todo el pueblo celebra. Pero yo me quedo sentada, pensativa. Es como si hubieran estado esperando.

Desde ese momento, el partido se vuelve tan intenso que uno no puede despegar los ojos de la escena; el tiempo se evade como la arena de un reloj y los sonidos se escapan de nuestros oídos. Ambos equipos se entrecruzan como caballería, ganan violencia en su forma de jugar, patean con energía redoblada. Nuestros rivales hacen un segundo gol, nosotros les correspondemos. Un cabezazo perdido nos hace ganar un tercer tanto, pero al instante ellos se recuperan, ganando otro y empatando las escalas de la balanza. Hasta las chicas de tercer y segundo año, antes tan babosas para con Harry y el equipo parecen entender que el juego está siendo especialmente agitado.

Los minutos corren, y el silbato no se dispara. Cinco a cuatro, vamos venciendo. El capitán rival corre con toda su furia, las venas en su cuello tan tensas que puedo notarlas, logra adelantarse a sus marcadores y arremete con otra jugada, dejando el puntaje en dos cincos. Quedan apenas unos momentos. Matt cabecea, Rickert y León gritan, desde su área, Rachett parece un amasijo de nervios, el cabello plateado y ralo a punto de caérsele de la cabeza rojiza que tiene. Otro cruce, otro, y lejanos, los impactos de los pies contra la pelota, una y otra vez, marcando otro gol, y casi al instante, otro. Seis a seis.

Apenas quedan unos segundos. Todos estamos pegados al borde de nuestros asientos; ya nadie come ni charla, todos presencian el encuentro. El capitán rival parece concluir que es el momento de obtener la victoria definitiva, y con habilidad le arrebató el juego a uno de los nuestros. Corre, pero Matt logra tomar la pelota para sí, y al instante la pasa. Harrold la recibe, y corre hacia el arco enemigo. Siento mi pulso atorarse en mi garganta. Me lo prometió. Si no marca ahora...

Poseído por su furia, o por orgullo, el capitán rival se adelanta a todos y logra quedar al lado de Harrold, corriendo a la par en un intento por marcarlo. Parece desesperado. Debe pensar en la liga, en sus posibilidades, en todo lo que ha hecho, incluso desde esta distancia soy capaz de reconocer lo que hay en sus ojos. Su pierna se adelanta con intención, no hacia la pelota sino hacia la rodilla de Harry.

La pisa, intentando arrojarlo, pero algo extraño ocurre. No muchos pueden verlo, pero de algún modo es su propio pie el que se tuerce y su propia rodilla la que se dobla de una forma innatural, haciéndolo caer al suelo. Harrold patea, y marca el séptimo gol.

La multitud queda congelada, dudando entre si celebrar o no. Varios corren hacia aquel capitán, pero el primero en llegar es Harrold mismo, quien

lo ayuda a levantarse y lo carga sobre su hombro. El otro parece abatido, pero avergonzado también, y acepta la ayuda. Sonriendo triunfal, Harrold saluda a las gradas.

Ahora sí, todos estallan. Y cuando digo todos no me refiero solamente a San Naerit, que desde luego está encantado de esa victoria, sino también a nuestros visitantes, que saben apreciar un buen juego. Mientras el médico de la escuela se acerca para tratar al muchacho, los vítores, los gritos, los aplausos, ensordecen todo en la tribuna durante unos buenos minutos. Los ánimos parecen festivos, Harrold levanta un pulgar, yo, liberando por fin un suspiro de alivio, asiento y le devuelvo el gesto. Ahora sí, la parte más peligrosa del festival ha pasado.

XXIII

-Sabíamos que podíamos ganarles si nos lo proponíamos- me explica Matt más tarde, mientras nos paseamos por entre los puestos de estudiantes, saludando a quienes nos reconocen y lo felicitan, o me felicitan a mí por la preparación del evento- Pero pensamos que lograr una victoria absoluta iba a terminar siendo contraproducente. Ya sabes, si les hacíamos tres goles en el primer tiempo, ¿crees que hubieran puesto empeño alguno en asomarse a nuestro festival? Hubieran masticado toda esa rabia y regresado a su ciudad cuanto antes.

-¿Entonces...?

-Entonces decidimos hacer el juego emocionante, para ambos bandos- se rasca la mejilla, sonriendo- Una derrota honorable en ocasiones se siente tan bien como una victoria. Decidimos intentar dejar la cosa en blanco durante el primer tiempo, aburrirlos un poco, y luego arremeter con todo en el segundo, pero siempre dejando un resquicio para el contraataque. Esa fue idea mía, pero a Harrold le pareció apropiado.

-¿Y Rachett?

-¿Lo viste, verdad?- ríe- Por supuesto que no le contaríamos una estrategia como esa a nuestro entrenador. Hubiera estallado.

Yo también río, considerándolo. Oímos entonces una exclamación a nuestras espaldas, y tres personas se nos acercan: Norbert, Kari, y una mujer madura a la que conozco, Jennifer Yale, doctora del hospital y colega de Norbert. Entre el bochinche de quienes se pasean, de quienes se amontonan frente a los productos o de los niños que corren entre las piernas de sus padres, consiguen acercarse y hacerse oír.

-¡Buen juego, Matti!

-Fue una interesante victoria.

Kari logra asentir, todavía un poco alicaída. Por suerte para mi calma, creo ver un mínimo brillo en sus ojos. Va a recuperarse. Aunque algo falte, Kari tiene que poder regresar a lo que era.

-Debo decir que han hecho una cosa impresionante- comenta Jennifer, paseando su mirada por entre las pancartas que cuelgan y los globos atados a las ramas de los árboles- Jamás pensé que vería algo así. ¿Venderán panecillos?

-Los chicos de tercero venden de esos al fondo. Aunque son todos sacados de la panadería del pueblo.

-A mi esposo le encantan- asiente ella, y nos saluda perdiéndose en la dirección que le indiqué. Tanto por mi secreto deseo de que repentinamente encontrara a Norbert increíblemente atractivo y le propusiera casamiento.

-Qué pérdida- suspiro. Matt me mira sin comprender, y su padre se lleva más pochoclo de su bolsa a la boca, divertido. Kari niega.

-Tu chiste la espantó.

-¿Chiste?

-Oh, este es muy bueno- se quita las migajas de la barba Norbert- Escuchen, Liseth, Matt. Una mujer va al médico, y dice, “¿Tiene algo contra la tos?”. El médico, quiero decir, el farmacólogo, la mira y responde: “No, puede toser con tranquilidad”. ¿Lo entendieron?

Kari se cubre el rostro con las manos, y se nos une.

-Sáquenme de aquí.

-¿Lo entendieron?

-Iremos a revisar los otros puestos- sonrío- ¡Nos vemos!

Norbert no parece comprender, y muy orondo se dirige a otro colega que lo saluda animado desde la entrada principal. Otras familias, claramente ajenas al pueblo, se pasean siempre con los ojos clavados en el imponente edificio de la escuela, como preguntándose qué hace algo así en un sitio como este. Es fácil diferenciar por esas miradas a quienes conocen San Naerit y a quienes no.

Los tres caminamos hacia el primer stand, atendido por un par de chicas de quinto: ofrecen colgantes, llaveros con copos de nieve y otras baratijas que se consiguen en las tiendas del centro, pero que algunos se llevan bastante enternecidos con la iniciativa. Kari duda, revisando un par de aros.

-Gracias por salvarme.

-De nada- respondemos Matt y yo al unísono. Ella saca algo de dinero de su bolsillo, termina comprando una pulsera de piedritas, y luego seguimos al siguiente punto de venta, que ofrece bebida y comida caliente, uno de los más concurridos.

-¿Wilhelm no vino?

-Wilhelm jamás vendría- niega la muchacha- Aunque pidió a papá que lo acercara al hospital.

Podemos imaginarlo sentado al lado de Kain, viendo la ventana y sintiendo la calma y tranquilidad que reina cuando todo el pueblo se halla en el mismo sitio, o tal vez oyendo los gritos de celebración en cuando termina el partido. En cualquier caso, me alegra mucho que alguien esté cuidando a Kain en este momento. Y también me pongo a considerar que quizás, parte de la renovada fuerza de Norbert se debe al pensar que su hijo mayor por fin está haciendo amigos, por más raro que eso pueda sonar.

En el tercer puesto hay unas estatuillas algo tétricas, que preferimos ignorar, preguntándonos quién podría tener tan mal gusto. En el cuarto hallamos la respuesta, pues Cecile carga alrededor de veinte entre sus flacuchos brazos, de las cuales un par resbalan al suelo mientras nos hace lugar, para que veamos los proyectos de frutas y carne seca hechos por los alumnos de segundo. La chica del mostrador repite, como un grabador.

-Hace mucho tiempo, para conservar los alimentos, se necesitaba...

-Sí, sí, ya lo sabemos.

-Ceci, ¿puedo saber qué planeas hacer con todas esas?

-Son para ahuyentar el mal.

-Quiero tres- suena a su espalda una voz, y Clint Westone, el dueño de aquel salón al inicio del pueblo se acerca, la piel curtida por el sol, y nos guiña un ojo- Menuda feria han montado aquí, ¿eh? Hacía años que no veía a este sitio tan ocupado.

-Hacemos nuestro mejor esfuerzo.

El hombre ríe.

-¿Y mi hijo?

-Scott debe de estar paseando con los otros muchachos- dice Matt- O practicando. A él le tocará bailar con ella.

Señala a Cecile, y el otro casi suelta su cigarrillo.

-Eso explica lo de las estatuillas para alejar el mal, ¿no señorita?

-No, no es eso. Necesito algo con lo que abrir defensas. Creo que este lugar está embrujado.

-Usted ignórela- digo. Pero Cecile se planta firme.

-Es la verdad.

-Jamás me atrevería a negar lo contrario- sonrío con suficiencia Clint Westone, dejando a Cecile con los ojos cerrados, intentando procesar el significado de aquella oración.

Nos despedimos de ambos y pasamos a otro puesto, en donde Gabriel Altamirano ayuda a su madre, una señora simpática y regordeta, a medir y vender la ropa que exponen para los visitantes. Un poco más allá, Héctor Laratti hace bromas a sus espaldas junto con Marco, Tadeo Yugo se halla bajo la sombra de un árbol con un montón de chicas de la otra escuela, mientras que la mayoría de nuestras compañeras se sigue paseando como nosotros, comprando cosas o repartiendo entradas ficticias para el baile que iniciará en unos minutos, o en algunos pocos casos como el de Sophie Brauer, simplemente sentadas, descansando motivadas por el cálido aire libre.

Al llegar al final del paseo decido separarme de Matt y Kari, para cumplir algunas de mis tareas como delegada. Ya Suzy llama con el micrófono a todos para que asistan al espectáculo; posicionándose siempre con esmero, Sebastian toma fotografías para la posteridad, y los delegados van de lado en lado, revisando que todo se encuentre bien, haciendo preguntas.

-¡Es hora del show!- se escucha, y como hormigas, como sonámbulos, todos se tambalean acercándose hacia el sitio en donde mi curso se prepara, para abrir aquella danza. Viendo aquello de reojo llego hacia donde está David, quien controla el equipo de música y el cable que conecta al micrófono, toca botones y palancas que no entiendo, sube el volumen con calma para no aturdir a los que se reúnen.

-¿Funciona bien?

-No habrá problemas, creo.

-¿Has visto a Frederick Cable?

Se inclina de hombros, pero luego parece recordar.

-Está detrás del escenario. Tuvo que darle el aparato a la chica de los frenos.

Con el aparato debe referirse al micrófono, sobre el que Suzy escupe gritando, fascinada en su rol de anunciadora, que todos están por presenciar una de las danzas tradicionales del país, una mentira que se derrumbará en cuanto la voz de Michael Jackson comience a sonar.

Todo el público está reunido, expectante, mientras que la veintena de mis compañeros hacia quienes se dirige toda la atención contienen el aliento. Las chicas de danza alientan, echadas en el pasto desde una posición privilegiada. Ya no veo a Ashadd, ni a Harrold, y sigo sintiendo que algo falta, que algo se me escapa, y con eso en mente me sigo moviendo, insegura de qué hacer, cruzando los dedos para que todo salga bien.

David presiona el botón, cuando yo ya me he alejado bastante de él. Los primeros ritmos retumbantes, movidos de la canción suenan, viajan por los oídos del público y dominan el terreno de baile, y como lo han practicado, todos mis compañeros empiezan su danza. Algunos ríen ante esa coreografía, otros aplauden, silban, los adultos parecen encantados. Veo a los padres de Sally, seguir la vergüenza de su hija con evidente gozo, a cada persona que conocí aquí, a cada rostro que me crucé una y otra vez durante mis días desde que llegué, cabizbaja y retraída en mí misma, hasta ahora, cuando me he convertido en lo que soy.

Elias, Gabriel, Rita, Cecile; todos se van acostumbrando a la atención y ganan soltura en sus pasos, se distienden y relajan y divierten a quienes los miran con el movimiento de sus cuerpos. Elia Valdez los aplaude junto a las demás, Janet, Hans y Gustav reparten bocados de la cocina entre todo el mundo, y la alegría reina, mientras los parlantes dan sus gritos retumbando, mientras las mariposas pasan volando por sobre nuestras cabezas y el ánimo va invadiendo poco a poco a todos, haciéndolos acercarse más y más.

Entonces Suzy, emocionada, vuelve a tomar el micrófono.

Grita:

-¡Acérquense!

No era parte del plan, pero bien daría que lo fuera. Porque casi al instante se suman, de entrada, nuestros profesores: Duana Gallis, Herbert, Roger Enedras, la anciana Eleanor, el menudo profesor de psicología de sexto, y comienzan a mover sus cuerpos entre risas, una visión un tanto patética, pero que motiva a los demás adultos a participar. Veo a la mamá de Sally, bailando con su esposo como si apenas tuviera veinte, y luego otros más que se suman, hasta que más que espectadores son parte del escenario y se divierten, haciendo rondas, imitaciones de vals, siguiendo la coreografía, riendo con sus fallas y recuperando la juventud. Una felicidad nueva me inunda el pecho, me hace sonreír, observándolo todo desde mi lugar. Ya mis compañeros se han desarmado, bailando o siendo felicitados, pero los chicos de los otros cursos se suman, de manera muy desorganizada, agregando sus propias coreografías al hormiguero caliente que es en este momento el patio de la escuela, y es raro ver sus movimientos planificados, en sintonía, abrirse paso entre el caos que los rodea.

Miro hacia otro lado, en donde Rita hace bailar a una desprolija Cecile, veo a una chica aprovechar el momento para besar a su novio, veo a aquellas

dos que esparcían rumores ser fotografiadas por Sebastian, a Horace Vincent simular tocar la guitarra con el trapeador para unos niños de primero, y un poco más allá, para mi sorpresa, a Teresa Simaff bailar con David Hayse, con una seguridad y con la mirada tan seductora que me cuesta creer que sea la misma Teresa que conocí al llegar aquí.

Pienso entonces que quizás yo también debería bailar, recordar un poco lo que se sentía ser Mina. Busco a Matt con la mirada, pero en el momento en que lo encuentro un silbido cruza la escena: Frederick logra mantenerse de pie en la parte alta del escenario, dispuesto a hablar.

-¿Me escuchan? ¿Se me oye?

Varios le asienten, y Rickert y León, camuflados entre el público, le gritan algunas barbaridades. Frederick los ignora y se acomoda los lentes, tosiendo con suficiencia. Logra disimular sus nervios con seriedad.

-Bienvenidos al primer festival escolar de fin de año de...

Antes de que pueda acabar los alumnos gritan, aplauden, hacen un estruendo ensordecedor que parece quebrar el cielo. Levanta una mano, para calmarlos.

-La cosa se volvió un poco desordenada- dice- Pero ya que están todos aquí reunidos, quisiera robarles un poco de tiempo para pronunciar algunas palabras. Luego los dejaré seguir bailando y arrojándose al césped.

-¡Que sea rápido!

-¡Frederick, te amamos!

-Lo primero- repite, de seguro revisitando en su mente el discurso que le di- Saben, quienes son de aquí, que últimamente nuestro pueblo ha pasado por momentos difíciles. Hemos tenido la mayor cuota de pérdidas en el año, hemos visto a gente importante desaparecer sin que podamos hacer nada, el escándalo y los problemas se acumularon, haciéndonos daño como comunidad, como personas.

No redacté nada de eso, pero aun así escucho. El público también parece calmarse, oyendo, quienes son de afuera no comprenden una palabra.

-Los crímenes del joven Jerves, y la aparición de Kain Antar, son cosas terribles, cosas que debemos tener bien presentes en nuestra memoria. Son maldades que no podemos ignorar, por la que está bien entristecernos; pero además, son recordatorios de que podemos ser buenos, de que podemos volvernos mejores en cada momento. Este pueblo, para mí y para todos, tiene un pasado. Es un pasado que se graba en nuestra sangre, en nuestras costumbres, en nuestros inviernos helados, los largos otoños, en esta primavera en la que nos atrevemos a sonreír. No soy muy amigo de la poesía, pero pensé que era importante decirlo. Seguimos en pie. Y seguimos en pie porque...

Su voz se pierde.

Frederick habla, pero el volumen se ha ido, su micrófono se ha desconectado. Lo golpea un par de veces con una mano, pero no hay siquiera ecos. Todos esperamos.

Otra voz resuena con actitud, de alguien que trepa en la tarima para interponerse.

-Yo también quisiera decir algunas cosas.

Larry Cutrone se pasea de mangas arremangadas, con su propio micrófono en la mano, examinando desde arriba a quienes miramos y rebajándonos con su propia mirada. Algo ha ocurrido. Sigo la línea de su cable,

curiosa, y descubro que alguien lo ha conectado con los parlantes, desplazando a Frederick. Arthur Irrauldi me mira con una mezcla de temor y enfado.

¿Qué están...?

Al lado de David, Teresa sonrío.

-Estoy aquí porque quiero hacer una acusación- habla Larry pegando sus labios al aparato, desplazándose de lado a lado del escenario, ignorando los intentos de Cable de hacer funcionar el suyo- *Quiero hacer una acusación que nos compete a todos, como él dijo, como pueblo, como comunidad. Y quiero ser escuchado.*

Se hace el silencio. Hay quienes no entienden qué ocurre, quienes ríen, creyendo que es una broma, muchos que desde luego no están ni seguros de que el chico que se para allí frente a todas las miradas sea de su misma escuela. Pero a Larry no parece importarle. Está más grande, más severo, hay confianza en los pasos que da y en las palabras que deja escapar de sus labios.

-Quiero denunciar a una persona. Una persona que está aquí, entre todos nosotros, a quien todos conocemos.

¿Va a...?

-Liseth Aurdelard, presidente del Club de Delegados.

Las multitudes se remueven, buscando. Pero estoy en una posición ventajosa, lejos de ellos, y van a tardar en encontrarme. Espero, quieta. Me interesa mucho saber qué diablos puede tener alguien como Larry en contra de mí.

-Por supuesto, no quiero denunciar a Liseth por mí- dice- *Sino por otras personas, amigos que han sufrido por su culpa, compañeros que deben acallarse por temor a represalias. Liseth Aurdelard no es la persona que dice ser. No es la heroína, la sobreviviente de la que todos hablan. Es una mentirosa. ¡Una mentirosa hambrienta de poder! Nos ha estado engañando a todos, y...*

-¿Larry?- se hace oír Elias, acercándose hacia él- *¿Qué pasa hombre? ¿Todo esto es por Zaq?*

-No. No sé si Zaq era la bestia que dicen, si hizo lo que hizo. Pero Zaq era mi amigo, y aquí mismo afirmo su inocencia. Pero no es por él. No estoy haciendo esto por él, sino por mí mismo, para traer la verdad de la que tanto hablan al pueblo. ¿Cómo hizo Liseth Aurdelard, en un año, para alcanzar a ser la líder de nuestra escuela? ¿Por qué llegó a este pueblo?

-¡Larry!- le gritan Rita, Gabriel, pero él les hace caso omiso.

-Hablaré de lo que sé, de lo que estoy seguro. Liseth Aurdelard vino desde Nueva Gabul, y vino para hacernos daño. ¿Alguien recuerda, acaso, el escándalo que ocurrió en el otoño entre el profesor Julián y mi amiga Teresa Simaff? Ella misma puede decirles, si quieren, la parte que tuvo Liseth en todo ese asunto. ¡Estamos denunciándola!

Sigo con la mirada, desde mi posición, a Teresa, que se separa de un confundido David y también se sube al estrado. Larry le cede el micrófono, como si fuera una presentación grupal, y ella asiente.

-Liseth me obligó a mentir. Dijo que si no confesaba haber tenido un amorío con el profesor Hauswhite, se encargaría de que lo enviaran a prisión por el asesinato de Charlotte Messel. Por culpa de eso, durante todo el año...

Se detiene, y da un paso hacia atrás. Larry Cutrone recupera el micrófono, la gente no parece comprender. Veo a Sally y a Janet mirarse entre ellas, mirar a Trish con un gesto idiotizado en los labios.

-Claro que no podemos probar eso- continúa él- *No podemos probarlo, y no podemos probar que Zaq haya sido inocente, ni podremos probar que Liseth engañó a Arthur Irrauldi, otra de sus víctimas, para arrebatárle un puesto tan miserable como el de delegado de nuestro curso. No podemos, pero no estaríamos aquí si no tuviéramos pruebas de la clase de persona que ella es. Sabemos que está aquí, presenciando esto. Liseth Aurdelard, ¿pensaste realmente que no íbamos a poder descubrirlo? ¿Que ibas a poder salir impune?*

Es curioso.

Nada de lo que dice me está afectando.

Sigo oyendo, algo ensimismada.

-Durante este invierno, tuve la posibilidad de hablar con muchos de sus ex compañeros del Instituto Educativo Nueva Gabul- habla, para ese público tan atento, para los profesores que se debaten entre detenerlo y no y mis compañeros que se miran, que me buscan con cada vez más ansiedad- *¿Lo escuchas, no, Liseth Aurdelard? Hablamos con muchos, con chicos y chicas de tu anterior curso, con los que pasaron años contigo y te conocieron. No estoy inventando nada de lo que digo. ¿Quieren saber lo que pensaban de Liseth? Para ellos, nuestra presidente era poco más que un monstruo. Es odiada en su anterior escuela, repudiada hasta lo hondo de su ser, por todo el dolor que les ha traído. Sus acciones causaron el intento de suicidio de...*

-¡Cierra el pico!- se escucha una voz. Creo que es Jessica, pero me confunde que luego suena otra, una más, de varones, voces que apenas reconozco. Sin embargo, aunque estoy agradecida, no comparto con ellas. Había olvidado lo del suicidio. Me gustaría recordarlo. Me gustaría recordar que pasó con ese muchacho.

-¿Quién dice que no es lo mismo con Candice Messel, con personas como ella? La influencia de Liseth Aurdelard es cada vez más grande para la escuela. Cuando empezó la primavera, tras hablar con Teresa, tras entrevistarnos con tantas víctimas, decidimos que teníamos que actuar. No podíamos permitir que Liseth Aurdelard continuara haciendo daño. Necesitábamos una prueba sólida. Una prueba de que Liseth no hubiera cambiado, de que siguiera siendo la misma de siempre, algo que mostrar al alumnado, a los profesores. Puede que esto parezca una ejecución pública, pero créanme que ella se lo merece. Pasa, Nicolas.

Sonrío, entendiéndolo. Falta algo. Como falta algo, todo lo que ocurre me resulta armónico, hasta tranquilizador. Un poco me siento alejada de este lugar, flotando, liberada por completo de mí misma. Camino hacia la multitud, acercándome al escenario.

-Él es Nicolas Maurde- explica Larry, apoyando una mano en el hombro del muchachito de primero que con timidez asoma a su lado- *La víctima más reciente de nuestra presidente. Nicolas, ¿puedes contar a todos...?*

Frederick se acerca a él.

-Detengan esto ahora mismo.

-Ella... Ella me obligó a...

-Liseth Aurdelard, junto con Rickert Hetager y León Goretto, golpearon a un niño de apenas catorce años y lo obligaron a comer basura, sólo porque...

Cable le arrebató el micrófono, hay otro silbido, varios se tapan los oídos. Se oyen exclamaciones de asombro. Nicolas rompe a llorar, ya acallado su volumen, pero todos lo miran, muchos se voltean al verme pasar, se alejan, se corren o se acercan para preguntarme algo.

-Liseth, ¿es verdad?

-¿Qué está pasando...?

-¡Lis!

Ignoro a Jessica y a Alex, y continúo. Frederick está mirando con severidad a Rickert y León, que emprenden la retirada. En otra parte, puedo oír los gritos de algunos de mis compañeros que discuten, las chicas de danza me miran, los jugadores de nuestro equipo me miran. Pero no son ellos. Hay algo más, algo que está quitado, algo que no puedo ver.

Logro salir de la multitud, y me subo al escenario. Estiro la mano, Frederick me da la voz, me giro hacia esas personas que me ven, ignorando a Teresa y a Larry. Un poco más allá, veo a Scott recuperando el control de los parlantes de Arthur Irrauldi. Bien.

Paso mi cabello tras la oreja, y observo los rostros, los cientos de rostros que me contemplan con asombro. No toso, ni me arreglo la garganta.

Simplemente digo:

-Lo que dicen es cierto. Soy la única responsable. Sin embargo, no voy a pedir perdón. Al menos no por Nicolas. Tuve mis razones para actuar como actué. Pero para todos quienes están aquí, y para mis compañeros: lo siento, y muchas gracias. Dejaré de ser parte del Club de Delegados desde este momento. No tengo nada más que decir.

Devuelvo el micrófono a Frederick, quien por primera vez está boquiabierto. Todos permanecen en silencio, estupefactos, y no dicen nada mientras me bajo, mientras camino de regreso a casa pasando entre ellos. Elias, Rita, David, Scott y Cecile, Sally y Janet, me miran sin decir nada, casi se apartan de mí, tal vez preguntándose por qué no corro, por qué no estoy huyendo, por qué avanzo con la cabeza erguida entre todas estas personas, como si hubiera arreglado algo. En cierto modo, siento que lo hice. No son ellos.

¿Qué es, entonces?

No puedo saberlo. Pero no son ellos, ni Matt, ni Alex, ni el dueño del bar o los profesores que no saben qué hacer, ni Arthur, Larry o Teresa que parecen tan satisfechos como sorprendidos con mi reacción. Camino entre todo ese ejército, pensativa, sintiéndome ajena a lo que ocurre. Se me interpone una figura que tapa los últimos rastros del sol que se oculta en la tarde.

-¿Lis?- dice Norbert. Yo levanto la vista y le sonrío.

-Perdón a usted también, señor Weigler.

No sabe qué responder. Lo paso de largo, todos viendo mi espalda, y camino, y camino. Paso la reja, los árboles, la zona donde el portero me señala con la linterna, también sin palabras. Dejo el territorio del festival y la escuela, que tan oscura se ve ahora a mis espaldas, y doblo por los murales, con la mente en blanco, tranquila.

Otra voz me detiene, en ese instante.

-Lis.

Al darme la vuelta veo el pequeño contorno de Kari, que se acerca decidida hacia mí. No tengo expresión. Debo parecerme mucho en este momento a mi padre. Kari en cambio contiene las lágrimas.

Siempre es tan...

Me aferra de la remera con furia.

-¿Liseth, por qué no me lo dijiste? ¡Nunca quise que...!

-Te había hecho llorar- digo. Pero luego lo pienso mejor, y me corrijo- No, tal vez no es eso. No lo sé. Estoy maldita. Es simplemente como soy.

Sus brazos flacuchos me sacuden con más fuerza de la que esperaba. Kari me grita a la cara.

-¡Lis, estúpida! ¿Qué estás haciendo?

-¿Eh?

-¿Crees que no me doy cuenta? ¿Por qué estás tan blanda? ¡Lo estás ignorando! ¡Estás bajando la cabeza! ¡Eres una idiota!

-Kari...

-No me importa lo que hagas. Eres como una hermana... ¡Pero tienes que abrir los ojos! Cuando hablaste, allí, y durante estos días, con los delegados, con este festival, perdiendo el tiempo en cosas como esas... ¿Crees que no me doy cuenta, que Matt no se da cuenta tampoco? ¡Estás cerrándote! ¡Pero Mikhail murió, Lis! ¡Quedamos nosotros, como siempre! ¿Crees que yo lloraba por ese idiota de Nicolas? Esto es igual a cuando mamá murió. ¡Me pone furiosa que pienses que me ayuda hacer algo como eso! ¡Eres una estúpida, Lis!

Chasquea la lengua, y me suelta. Luego sale corriendo, de regreso a donde el festival poco a poco vuelve a iniciar en sus sonidos.

De pronto agotada, con los ojos bien abiertos, deslizo mi espalda por la pared, hasta quedar sentada a solas, pensando en sus palabras. Arriba, la luna es un disco inmenso, mi única amiga durante este momento, un amparo el sonido de la brisa y de los insectos, el mecer del follaje que me rodea y el silencio de las estrellas que se descubren entre la negrura.

Algo.

Oigo nuevos pasos, y me preparo para la siguiente visita. Para mi sorpresa, es quien menos esperaba: Suzy, mi seguidora delegada, que se inclina ante mí con apeno y me ofrece una mano para levantarme. La rechazo con calma, y continúo en mi posición. Ella parece apiadarse.

Se sienta a mi lado. Creo que es la primera vez que hace algo que no me eleva, sino que la hace parecer una amiga.

-¿Estás bien?

Asiento.

-Estoy bien. Gracias.

-¿Quieres que volvamos? Aún quedan cosas para ver. Si tú te pierdes del festival, nosotros...

-No, no quiero regresar allí.

Echa la cabeza hacia atrás. Los frenos le hacen destellos entre las sombras.

-Te entiendo. Después de que todos hayan visto eso...

-No es por ellos- sonrío- No me preocupan ellos. Alice tenía razón. Son sólo personas. No tiene por qué importarme lo que se les ocurra pensar de mí.

-¿Quién tenía razón?

-Alice- repito, viendo las formas de la propiedad de enfrente, adivinándolas con la vista- Alice McRyans.

-¿Quién es Alice?

Me giro hacia ella, sin comprender. Suzy mantiene una sonrisa algo nerviosa, una sonrisa que me golpea, calando en lo hondo, perdiéndose en lo más hundido de mi ser. Alice. ¿Por qué no lo pensé? ¿Por qué la recuerdo recién ahora?

Lentamente mi respiración se vuelve más pesada. Algo faltaba. Algo estaba faltando todo este tiempo, un hueco que puedo llenar, una voz que ahora puedo recordar. Alice. Pienso en su mirada adusta, en su belleza y en su modo de caminar, tan seguro y firme. ¿Desde hace cuánto que no veo a Alice McRyans en la escuela? ¿Desde hace cuánto que no la recuerdo, que nadie la menciona, tal como si no existiera...?

Me incorporo con esfuerzo, conteniendo el aliento. Un camino se ha abierto, puedo ver cómo obrar.

-Llévame con Frederick.

XXIV

Pero Frederick tampoco tiene idea alguna de quién es Alice. Lo encuentro detrás del escenario, esquivando a la gente, junto con el resto de los delegados que me rodean, me preguntan cosas, se interesan en saber si las acusaciones de esos tres son ciertas, si de verdad pienso retirarme. Voy directa hacia él.

-Respóndeme una sola pregunta.

-Aurdelard, ¿qué fue todo ese...?

-¿Conoces a Alice? ¿Alice McRyans?

Se detiene.

-¿Es alguien relacionada a todo este asunto, a lo que dijeron?

-¿La conoces sí o no?

Piensa. Pero yo ya sé que es en vano. Es Alice. No debería tener que esforzarse, es la Reina de San Naerit.

-No.

Me giro, hacia el resto de los delegados. En este momento, más que nunca, me importa muy poco lo que puedan pensar de mí. Estoy llenando el vacío. Kari tiene razón. Y al llenar el vacío, siento que por fin el tiempo lentamente comienza a marchar, que las agujas vuelven a moverse.

-¿Alguno ha oído hablar de Alice McRyans, sabe quién es ella?

Caras pálidas, delgadas, algo asustadas o impresionadas por los últimos eventos niegan en perplejidad. Yo contengo el aliento, y asiento.

-Gracias.

-Liseth, ¿qué...?

Salgo corriendo de allí, sin ningún rumbo en particular. Necesito pensar. El festival está ya terminando, lo que ocurrió parece haber cancelado todos los ánimos, muchos se vuelven a sus casas. Veo a Norbert y a Matt, buscándome, pero no les hago el favor de encontrármelos. Algo está mal. Desde que

comenzó la primavera algo ha estado mal, una red se fue tejiendo, y sólo ahora me doy por enterada. Me siento terrible. Pero debo seguir. Esta vez debo seguir de verdad.

“¿Qué ocurre?” pienso, como si Kain pudiera escucharme, como si estuviera para ayudarme. *“Olvidé a Alice. Los demás también la olvidaron por completo. Es como si no existiera. Como si...”*

-Como si estuviera en el otro lado- pronuncio, comprendiéndolo. ¿Es posible? ¿Qué el Titiritero se la haya llevado? Y si eso pasó, ¿cuántos más puede haber? ¿A cuántos más puede haber sustraído por la Puerta Naranja?

Cierro los ojos, corriendo, buscando, perdida en el laberinto de mi mente y de las calles que van al centro. Paso a personas que me quieren detener, que gritan mi nombre en la oscuridad. Me acerco. ¿Qué diría Mikhail?

Mikhail se haría una pregunta elemental. Al pensar eso escucho su voz, como si estuviera a mi lado.

“¿Por qué Alice McRyans?”

No se me ocurre una respuesta. Pero no puedo rendirme. Pienso. En el invierno, estoy segura, Candice fue atacada. Fue atacada de la misma forma que Mina lo fue. ¿Por qué la atacaron? En esa época ella estaba en Visgana. Fuera Johan, o el Titiritero mismo, ¿qué ganaba de hacer algo como eso?

“Esfuézate, Liseth.”

De pronto recuerdo, que Johan me había estado espiando. Había estado interesado en algo, pero se había puesto en evidencia al delatarme con Mary. El Titiritero mismo lo había enviado. ¿Pero qué podía temer el Titiritero...?

Me viene una imagen: Ezequiel Jerves, el anciano, tendiéndome de su cuello una llave. El cuarto del Titiritero.

El Diario.

Niego.

-Ese diario no tenía nada. No había ninguna pista.

“Que tus ojos pudieran ver” me corrige la voz de Mikhail, me corrijo.

Me muerdo el labio mientras desciendo la calle. ¿Es el Diario? Entonces, Candice...

Supongamos que el Titiritero quiso ese día meterse en la habitación, quitar el viejo diario de entre mis pertenencias. Supongamos que quisiera deshacerse de él en secreto, mientras todas celebraban nuestro triunfo en el Lastega, y se encontrara con que, a mitad de hurgar, Candice Messel hubiera regresado al cuarto, sumida en su depresión. Mis cosas quedaron arrojadas. Y él, tomado in fraganti, debió moverse con velocidad para no despertar sospechas. Como lo hizo con Mina...

Me sacuden dos ideas.

No hay un solo asesino en la escuela.

Quien atacó a Mina y a Candice estaba en Visgana.

¿Quién encontró a Candice ese día?

-Harry...- murmuro. Ya desciendo la calle, ya doblo pasando la peluquería de los Gacy, perdiéndome por la vereda. Sé lo que tengo que hacer. Si el Titiritero estaba tan desesperado por deshacerse de ese diario, es porque allí había algo importante, algo que no supe leer, algo que alguien más podía interpretar. Y el diario...

Mikhail había sido el último en tenerlo.

Logro alcanzar las figuras que están por entrar al edificio, casi derrapando en mi carrera.

-¡Jess! ¡Alex!

Jessica para el movimiento de sus llaves, se voltea, me mira. Corro hacia ella, llego y tomo aire, con las manos en mis rodillas, sin aliento.

-¿Lis? ¿Estás bien? Todo eso que dijeron...

-Jess. No las llevaste, ¿verdad? Las cosas... Las cosas de Mikhail. Necesito revisar las que tomaron de la casona. Por favor, dime que las tienes.

La pareja se mira, y luego vuelve a mirarme.

-Pasa- dice Jessica- Te prepararé algo caliente.

XXV

Hoy, en una mañana nublada, tan nublada como siempre lo son en este pueblo, Raquel me dijo que una brecha se había abierto.

Esa es la primera oración de importancia, la primera grabada en las páginas amarillentas del viejo diario que releo en la mesa del comedor de Alex y Jessica, reclinada mientras con una mano cada tanto accedo al café que ella ha dejado humeando a mi alcance. Como si se resistiera a creerlo o a acceder a la idea, Mikhail no anotó nada allí. Pero en la contratapa, sin problemas, escribió con lapicera "A considerar", lo que me hace esperar que pueda encontrar más comentarios de su autoría, algo que pueda ayudarme.

Voy pasando cada página con sumo cuidado, bien atenta. En la realidad se había abierto una brecha, y el escritor, su compañera, ambos lo habían podido sentir. Eran nigromantes. Eran fuertes, especiales, o tal vez más débiles, pero sin duda eran distintos, como yo.

Desde la brecha, Raquel y esa persona llamaron a un ser de otro mundo, Glasyalabolas. A cambio de un favor desconocido, el demonio les brindó su poder: el poder de levantar paredes en el otro mundo, de crear la construcción infernal, la prisión de las almas que era el Palacio Ajeno, al que sólo los nigromantes pueden acceder.

Y con su nuevo poder, ambos comenzaron a escalar, eliminando a las grandes y antiguas familias que se les interponían. La capacidad de borrar a alguien de las memorias del mundo, de llevarlo al olvido. La capacidad de controlar a los espectros que rondan los confines eternos del Palacio, obligarlos a someterse a la voluntad de uno. La capacidad de hacerlos poseer a los vivos, influenciarlos, volver hermano contra hermano e hijo contra padre, darles una fuerza que lo supere todo. Tressand, Ashadd, Miüller, Berkan, todas las familias caerían. Y...

Me interrumpo, algo azorada, al ver aquel retrato a lápiz, el retrato de la chica que se parece a mí. Había olvidado su rostro, me había forzado a hacerlo desde que Thomas se fue. Me ve desde esa imagen con burla, como queriendo hacerme saber que me sigue esperando, que nuestro lazo de sangre nunca va a borrarse, que estoy maldita por siempre.

Pero es imposible que mamá...

Sobre el marco de esa imagen, Mikhail hace trazos elegantes:

¿Liseth?

Paso a la siguiente página, cubriendo el dibujo de los ojos de Jessica, que se acerca con una bandeja.

-¿Necesitas comer?

-Estoy bien.

-Te dejo algunos bocados por aquí. Puedes pasar la noche si quieres. Yo llamaré a Norbert y le diré que estás bien.

Asiento.

El diario prosigue, el mismo tono grandilocuente que su autor usa para expresarse repitiéndose en cada página. Mikhail no parece impresionado, pero hace marcas. Subraya oraciones, planta signos de pregunta en ciertas informaciones, parece interesado sobre lo que compete al Palacio. En donde el autor habla de Gerardo Tressand, de su nueva vida e identidad tras el trauma que sufrió, rodea toda la página de varios círculos y hace flechas, muchas flechas. Me gustaría haberme podido entender mejor con Mikhail, pues no llego a captar qué significancia tiene ese otro poder del Palacio.

Continúo. En una página, que habla sobre el olvido del Palacio, me azota un devastador

No mencionaste esto

de mi antiguo aliado. Casi puedo imaginármelo acostado, en el balcón de Visgana, devorando aquel diario a toda velocidad para obtener alguna pista, algo que lo acercara a su objetivo, algo que le permitiera defender el legado de su maestra. Pero no tengo tiempo de hundirme en mi propia miseria. Sin comer, ni beber, continúo leyendo, continúo pasando las páginas. El autor y su amada parecen llevar una vida tan maligna como feliz. Leo, leo, leo, una declaración de amor, de ambición, un largo recuento que antes me salteé con desidia, de días que parecen comunes, de días que parecen sumidos en las sombras, los recuentos de una persona que vivió como yo, que tuvo mi poder, que caminó dentro de este pueblo hace años.

Leo, pasando las hojas cada vez con mayor facilidad. Alex y Jessica parecen preocupados, pero se detienen antes de interrumpirme. Nos rodean las cajas abiertas, el desorden que dejó la muerte de Mikhail tanto en el departamento como en sus corazones, el reloj detenido que he vuelto a poner en marcha. Paso una página, otra, otra, palabras, oraciones, verdades y

mentiras, el constante maquinar de una mente muy aviesa. De pronto un papel resbala y aterriza en el suelo.

Me inclino, y lo abro. Es una nota de Mikhail Eder.
De un lado dice:

Un niño desapareció.

Me están matando.

Está muerto.

Son las palabras que le envió Mira, las que dejó antes de morir. Miro el otro lado, en donde él hizo anotaciones para cada oración.

Un niño desapareció. (Kain)

Me están matando. (Helen Degare)

Está muerto.

(¿Pero Kain Antar está vivo?)

Me froto los ojos con los nudillos, y vuelvo a verla. Necesito entender qué significa, en qué pensaba Mikhail. El "*Está muerto*" fue subrayado varias veces. Pero Kain está vivo. ¿Eso quiso decir?

Lo considero.

"*Está muerto*", me repito, pensativa. Está muerto. Mira hablaba, pero no de Kain. Mira hablaba de algo diferente, de algo más inverosímil, pues por lo que a ella le concernía, Kain continuaba vivo, bajo el poder del Titiritero, de su nuera o de su hijo. No, no era Kain a quien se refería esa oración tan desconectada.

Alguien más estaba muerto.

Tengo eso en mente, y sigo pasando las hojas. Pero no es necesario, porque al final, la respuesta llega a mí por sí sola, sumada a voces, sumada a una idea que tenía escondida, a algo que había considerado antes. El autor no es a quien buscas, me dijo Harrold una vez. ¿Sabía que yo tenía este Diario? ¿Está bien que sospeche de él? Más allá de esas palabras se combinan otras: el Titiritero también es un nigromante, disfrutaremos de la eternidad, el Titiritero tiene tus mismos poderes, voces y frases del pasado que quedaron hiladas, que formaron todo lo que me llevó hasta aquí, expresiones y tonos, risas, una verdad escondida hace muchos años.

Me detengo, y hago la pregunta.

-¿Qué ocurre cuando un nigromante muere?

Luego llego a la última página, la que estaba esperando. El autor y Raquel, controlaron a los cuatro hermanos Berkan y los forzaron a asesinar a su padre, los forzaron a arrojarlos por la misma piedra por la que Ezequiel

Jerves arrojó a Kain años después. Esa fue la creación de los Cuatro Locos. Y allí

Algo salió mal.

(¡Está muerto!)

Me echo contra el respaldar de la silla y cierro los ojos, el cabello incomodándome, todo mi cuerpo incomodándome. Gieth Berkan. Gieth Berkan, el último de los Cuatro, quien se llevó a Kassia, quien se deshizo de Kain, aquel a quien Mina, amiga de ambos, temía y había dibujado. Gieth, el Titiritero.

Pues los Locos debían ser cuatro. No era el autor, como lo había dicho Harry. O al menos, tal vez no era el autor quien había iniciado todo esto. Si un nigromante moría, ¿no podía arrastrar su propia alma de regreso a la vida? ¿No podía controlarse a sí mismo, superarlo todo? ¿No volvería con mil deseos más, con toda la oscuridad del Palacio Ajeno pegada a él?

Mi corazón se sacude. El Titiritero es uno de los Cuatro. Para el autor, para Raquel, lo que salió mal debió de ser ese niño a quien no pudieron matar, el que en mi visión había recuperado el control y mirado hacia atrás, perdido en alguna contemplación, el que tenía tantos poderes como ellos. Una casualidad, un error. Gieth.

Cierro el Diario, fatigada. Ya es la noche, el café está frío, los bocados se ven tentadores pero sé que no sería capaz de tragarlos.

Pero algo llama mi atención. Algo que creí ver de reojo.

Abro la última página otra vez, esta vez de la otra cara. Hay una anotación final de Mikhail, muy sucinta, escrita con lapicera negra:

Me llamó la atención, por lo que tuve que comprobarlo revisando las cartas y notas escolares que recibí en ocasiones del profesor Julián, provenientes de la dirección del Instituto Educativo de San Naerit. La caligrafía del Diario y de esas notas es exactamente la misma. Es la letra del Director de la Escuela y dueño del pueblo: Henry Ashadd.

Esa noche terminé cayendo dormida en el cuarto de Mikhail, en el mismo en donde él había pasado incontables horas recopilando datos, analizando información, poniendo en perspectiva años y años de historia, de memorias aisladas, de las entrevistas que con la excusa de enseñar había realizado a quienes vivían aquí.

No recuerdo bien qué soñé. Creo que me hallaba arrojada, en algún sitio, y una voz me llamaba a la distancia, tan baja que tenía que adivinarla más que oírla. Luego había más cosas. Soñé con Alice, con sus largas piernas caminando en la playa, dándome la espalda, y esa imagen se fragmentó, se quebró de un modo concéntrico, tras ello un traqueteo, tras ello el inicio de una risa, y al instante nada.

Me despiertan sacudidas suaves. Matt está a mi lado, inclinado hacia mí con preocupación.

-Liseth.

Logro sentarme, frotarme los ojos, despabilarme en unos instantes. Recuerdo el Diario, lo que había descubierto, las palabras de Mikhail. Está muerto. La letra es de Ashadd.

Lo miro.

-Debemos hablar.

-Lo que dijiste ayer...- se incorpora Matt- ¿Es cierto?

Asentí sin dudarlo.

-Lo es.

Él cierra los ojos unos segundos, y suspira.

-¿Por qué hiciste eso? Rickert y León son unos idiotas, ¿pero tú? ¿Qué ganabas con atormentar a ese muchacho?

Mi mente se queda en blanco. Lo había hecho por algo. ¿Por alguien...?

Espero unos segundos, pero nada viene. Termino por inclinarme de hombros, y Matt se sienta al borde de mi cama. Estoy de camisón, un camisón que me había prestado Jessica y que me llega hasta las rodillas.

-Volvamos a casa. Papá nos está esperando. Hizo un almuerzo delicioso para levantarte el ánimo.

Algo está mal. Algo vuelve a estar mal.

-Aguarda- digo- Antes debes escucharme. Ayer descubrí algo. Descubrí lo último que nos dejó Mikhail antes de que lo mataran, y creo... Creo que ya lo tengo. ¡Matt, creo que lo tenemos!

Él abre los ojos, se inclina de nuevo, se fija la puerta por la que se adivinan los pasos de Alex y Jessica, como preguntándose si es apropiado invitarlos a esta charla. Pero antes de que me lo pregunte, decido hablar.

-Matt, ¿me perdonarías?

Se vuelve.

-Sí.

-Ni siquiera te dije por qué debías perdonarme.

-Pero adivino que es que no me dijiste algo, ¿verdad? Algo importante.

Sonrío, apenada.

-El día que fuimos a ver el antiguo refugio del Titiritero, tras la muerte del viejo Zaq...

-El Diario- me interrumpe él levantando una mano- Vi a Mikhail leerlo, y me resumió su historia. Me sentí un poco traicionado esa noche, pero como estábamos con todo lo de Johan...

-Lo siento- dije, y lo sentía de verdad. Matt, Mikhail, yo, los tres habíamos dado nuestro mejor esfuerzo, y jamás se me había ocurrido, en todo mi arrepentimiento, decirle a alguno de ellos sobre el verdadero poder del Palacio, jamás los había acercado a la verdad- Pero ahora tienes que escucharme. Eres en quien más confío.

-Te estoy escuchando.

Sus ojos resplandecen, con la determinación que había tenido ese día junto a la nieve, cuando me contaba de su madre y de la promesa que se había hecho a sí mismo. Temí.

Temí, pero hablé.

-Cuando leí el Diario, no pude descifrar demasiado. Es decir, podía entender lo que hablaba de la nigromancia, pero en cuanto a pistas... No había nombres que conociera. No nací aquí, no conozco la memoria de este pueblo, todo lo que tenía eran un montón de palabras, y terminé concluyendo que eran palabras sin importancia. Sabes que no soy muy inteligente.

-Eso no es cierto.

-Al menos no tan inteligente como tú o Mikhail- niego, sin problemas- Había también mucho que me resistía a ver. Creo que tú... Ya tienes una idea de cómo soy, de cómo funciona, ¿no? No lo puedo evitar. Pero ahora quiero ver. Necesito al menos decírtelo. Matt, según las notas de Mikhail, el nigromante que escribió el Diario es...

-El Director Ashadd.

Me interrumpí, hasta tartamudeé al oírlo. Por un segundo me temí algo terrible, algo como que Matt hubiera sido un poseído, algún error incomparable. Pero él en cambio señala una pared: una pared en donde cuelga pegada con cinta una foto de Ashadd, rodeada de círculos.

-Evidentemente- dice- Mikhail ya sospechaba de nuestro director desde hacía un buen rato. ¿Has visto todo lo que hay aquí? Son documentos y documentos, registrando sus transacciones, sus ascensos al poder, todo lo que le compete.

Suelto el aire, aliviada. Es cierto. Parece una broma, pero he dormido en esta habitación llena de papeles, de rayones, de informes, sin prestar atención a todo lo que me gritaba desde los cuatro vientos. ¿Por qué dudarle? Para Mikhail, Mikhail que no creía en espectros, en muertos que se paseaban entre los vivos, la explicación para los crímenes del Titiritero sólo podía ir por el lado de la influencia política, del poder, todas cosas que sólo unos cuantos como Ashadd sostenían dentro del pueblo. Un camino normal también lo había llevado muy cerca.

-Hubo mucho que Mikhail no pudo decirnos- nota Matt, mirando aquello- Pero, ¿dices que nuestro director es el Titiritero?

-No.- me incorporé buscando mi ropa, y él miró hacia el otro lado- No creo que el autor de ese Diario sea el Titiritero. Creo que el Titiritero es otra persona, otro nigromante, uno que descubrió sus poderes por accidente cuando Ashadd quiso matarlo; y ahora son aliados. Matt, ¿sabes en dónde vive Harrold Camping?

Matt levanta una ceja.

-¿Harry? ¿Por qué Harry?

Es demasiado largo de explicar.

-No puedo decírtelo. Pero Matt... Creo que el Titiritero es... Alguien que murió. Eso es lo que Mikhail señaló en el Diario, así interpretó él el último

mensaje de tu madre. Alguien que murió y pudo volver a la vida gracias a la nigromancia.

-¿Un zombi?- pifia él- ¿Estás hablando en serio?

Parece debatirse entre la incredulidad y el horror. Yo asiento.

-Desde que llegué aquí siempre sentí que había algo mal, algo errado en todo este sitio.

-Pero imaginar a un muerto, paseándose entre todos nosotros...

Me quito el camisón, mientras él continúa de espaldas, me pongo la ropa de ayer y no ceso de mirarme al espejo.

-El Palacio te puede cambiar. ¿Sabes en dónde vive Harrold o no?

-No. Y no creo que alguien lo sepa. Harry jamás ha invitado a nadie a su casa, ni ha presentado a sus padres, ni...

Duda. Parece percatarse por primera vez de lo extraño que es eso.

-Harrold no puede estar muerto.

-No lo sabemos- lo miro, ya vestida- Pero tengo razones para creer que fue él quien...

"¿Debería decirlo?" me pregunto, observando su expresión. No, Mina debe seguir siendo un secreto. Es algo que todavía no puedo revelar.

...quien atacó a Candice en Visgana. Acompañaba a las chicas de danza. Y además, sé bien la respuesta, ¿pero conoces a Alice McRyans?

Lo veo mover la cabeza de un lado a otro, y comienzo a acomodar mi cabello.

-Hay un poder que jamás te mencioné del Palacio, Matt. Es... Muy importante.

-Estoy escuchando.

-Cuando algo vivo entra al Palacio... Desaparece de la memoria de la gente. Es decir, si yo pudiera abrir esa puerta ahora, si me metiera, si permanecería en su interior, hasta tú me olvidarías. ¿Lo entiendes? Es una trampa perfecta, es el crimen perfecto. Matt, sé que te va a resultar difícil de creer, pero Alice McRyans es una de las chicas más populares de nuestra escuela. Todo el mundo la conoce, y sin embargo, nadie puede recordarla en este momento. Como mis poderes están debilitados, ni siquiera yo misma... Pero ahora la recuerdo. Me repito todo el tiempo su nombre. Alice. Matt, Alice debe de estar del otro lado. El Titiritero debe tenerla de rehén en el Palacio, y...

Callo. Callo porque noto que su puño tiembla, no de rabia, ni de miedo, sino de pura decisión, de una decisión que me sobrepasa por completo. Lo veo en sus ojos. Está recordando su promesa. Si hay alguien que lo necesita, alguien a quien no quiere volver la espalda, ¿hasta dónde podría llegar?

-Matt...

-Disculpa- se vuelve a sentar en la cama, se frota las sienes- No me siento muy bien.

-Alice debe estar viva- lo calmo, acercándome a él- Si hubiese muerto, pronto todos la recordarían. Sólo lo que está vivo es olvidado, lo no espiritual. Quizás haya otras personas, otros desaparecidos. Es una trampa, ¿lo entiendes? Hasta yo soy capaz de darme cuenta. El Titiritero quiere que vaya.

Levanta su mirada hacia mí.

-Debemos ir.

-¿Qué?

-¿No es obvio? ¿No puedes abrir la Puerta y...?

Retrocedo un paso.

-No.

-Aún tenemos opciones- medita- Podemos acercarnos al Director, espialo, buscar a Harrold y encararlo con lo que sabemos. Debe de existir aún una opción para pasar al otro lado. Si el Titiritero se llevó a esa chica, o a otras personas, él también debe poder abrir una puerta. Debe ser posible...

-¡Matt!- grito- ¿No lo entiendes? ¡Es una *trampa!*

-Claro que lo entiendo- me mira de pronto, tan calmo que siento que puedo estallar- Pero precisamente por eso, no podemos perder el tiempo. Si ese monstruo se está llevando a personas...

-¡No entiendes nada!- lo aferro aterrada- ¿Qué ocurre si te lleva a ti? ¿Qué ocurre si se lleva a Norbert, a Alex, a Jessica, a alguien que conozcamos? Yo no puedo... No quiero...

Su mano toma mi muñeca, y con suavidad me hace soltarlo. Pero su palma no deja caer la mía. Permanece tan quedo como antes.

-Tengo que ir.

-Matt, no quiero...

-Sé en dónde puedo encontrar al Director.- dice, poniéndose de pie- Liseth, no me voy a echar atrás en esto. Sólo quedamos nosotros dos.

Algo está mal.

-¡No vayas!

Me envuelve en un abrazo dulce, del que no intento sacudirme. Siento ganas de llorar, pero me resisto. O al menos lo intento. Casi al instante siento humedad en los ojos, y las lágrimas fluyen sin que me sacuda, pero él parece adivinarlas.

Se separa de mí, y me mira. Parece sorprendido, agradecido al mismo tiempo. Algo en él se calma.

-No voy a morir- sonrío- Sé cuidarme. Pero si te da tanto miedo, no lo haré. Me quedaré aquí, ¿está bien? No me gusta verte llorar.

Me limpio el rostro con las mangas, sintiéndome una idiota.

-¿Lo dices de verdad?

-Papá preparó una torta de primavera para los tres. Tengo motivos para no arriesgar mi vida.- ríe, de una manera que me hace dudar, y se asoma por la cocina- Me adelantaré a casa. Creo que Jess quería dejarte algunas cosas, así que si puedes esperarla...

No digo nada, y sin aguardarme él se marcha. ¿Se ha enojado? Pero mientras pueda haberlo detenido, mientras consiga que Matt esté vivo y a mi lado, una pelea me parece insignificante. No debe irse. Matt, Norbert, son las únicas personas que me quedan, quienes estuvieron conmigo desde el principio, no quiero que les pase nada. Recuerdo las palabras de Jerves, de Johan. Ellos temían. Sólo ahora puedo darme por enterada de la extensión de su miedo.

Pasan los minutos, sin que Jessica me toque la puerta, así que salgo y descubro que no está en casa. La espero, sintiendo de nuevo ese algo, algo es incorrecto, como un hilo en el aire, como una caricia en el ambiente, algo se tuerce y se descuelga, abre un hueco en esta realidad. Pero aun así espero. Ya no pienso en relojes, en decisiones, sólo pienso en que quiero estar viva, quiero que a quienes quiero no les pase nada, quiero que estemos en paz. De todas formas el tiempo transcurre. Diez minutos, veinte. Alex abre, regresa de haber dado alguna visita a los campos del señor Lamar, me mira algo sorprendido. Yo misma no sé qué hago aquí.

-Matt me dijo que Jessica tenía algo que darme.
Pero Alex dice que no cree que haya nada de eso. Un poco resignada,
me marchó. ¿Lo hizo para vengarse? No, Matt no es así.
¿Y si...?
Siento terror, un terror indomable. Pienso en lo estúpida que soy, en su
falsa sonrisa, en una mentira imposible de creer, de la que él sabía yo era
capaz de aferrarme. Matt. Matt debió de haber ido. Debió...
Debió...
Ya en la calle, me sacudo la cabeza, la cabeza que arde, que me duele.
¿En qué pensaba?
Pensaba en alguien.
¿Quién?
La calle está desierta, ni un alma ronda por los alrededores del centro.
Camino hacia la casona, algo tambaleante, dejando que mis preocupaciones se
borren con presteza. No recuerdo bien en qué pensaba. Pero sí recuerdo saber
que Norbert preparó una torta de primavera, para que comamos los dos. Algo
para celebrar el poder haber vivido ya casi un año bajo su cuidado, conviviendo
a solas con él, haber tolerado durante tantos meses la calma y el silencio que
siempre reinan en la casona.

XXVII

Luego del festival tuve un fin de semana largo, y como habían terminado
las preparaciones, como habían acabado los exámenes, como por mi cuenta
me había echado del Club de Delegados, lo inicié sabiendo que cada día sería
una repetición de la solitaria rutina de todos los meses.

Me desperté, viendo a los pájaros danzar por mi ventana. A su canto se
añadía el débil maullido de Luci, exigiendo su desayuno desde bajo mi cama:
tomé su caja, la puse en el alfeizar, fui escaleras abajo en búsqueda de algo de
leche con que servirle. Apenas quedaba lo último de la botella. Subí otra vez,
preguntándome un poco por qué me sacrificaba tanto, le serví, y Luci ronroneó
tranquilo. Respiré tranquila, en el borde de mi cama. Había tenido un buen
sueño, pero no lo recordaba. El cielo era limpio y celeste, las copas de los pinos
por primera vez estaban quietas, no había brisa sino un día espectacular, de
campo, un día que me obligaba a apresurarme, a aprovecharlo para mi paseo
matutino.

Bajé ya vestida, ya lavada mi cara, y me preparé el café. Norbert debía
estar en el hospital, pero por las dudas, decidí dejarle un poco de pan fresco
sobre la mesa. Comí en silencio. Sí, había algo errado.

Lo pensé, por unos momentos.

Nada.

Sintiendo algo parecido a los inicios de un escalofrío, subí las escaleras por segunda vez. Mis pasos hacían ecos que resonaban en la casa. ¿Qué era? Pasé una puerta cerrada, un cuarto al que no solía meterme. ¿Era aquí?

Dudé, mis dedos cerca del picaporte. Pero al final abrí. Había una cama, cojines, un equipo de música y varios posters en las paredes: de famosos, de muchachos de musculosa y aspecto atractivo, de bandas como los Grades. Pensar en los Grades me trajo una memoria, de aquel festival. Era una memoria muy difusa. Había hablado con alguien.

Volví a cerrar esa puerta, y me froté las sienes.

-Tranquila, Liseth- me dije- Tranquila. Algo está mal.

Dolía. Volví a mi cuarto, abrí mi mochila, la cerré, revisé a Luci, lo acaricié. No comprendía, pero podía sentirlo. Me miré a mí misma en el espejo. Seguía siendo yo. Revisé mi mesa de luz, creí recordar que había visto a una muñeca en ella alguna vez. Pero yo ya estaba demasiado grande como para jugar con muñecas. Debía de ser un error.

-Es un error- me dije.

"Necesito calmarme" pensé. Caminaba sobre fango, caminaba sin comprender, una ceguera muy distinta a la que me habían dado mis ataques. Como tener una daga invisible en la espalda, o saber que algo te acecha y que puede saltar en cualquier momento, entender que se tiende una trampa, que el mundo no está funcionando como debe *"Es un día hermoso. Cálmate, Liseth."*

Dejé la casa silenciosa a mi espalda, y me encaminé pasando la cancha de concreto hacia el patio del fondo. Teníamos una cancha, ¿con qué motivo?

-Johan- resolví, aliviada. Johan solía jugar baloncesto.

Eso ayudó mis pasos a aligerarse. Llegué a donde Waldorf dormitaba: el siberiano me olió, levantó las orejas, se incorporó en sus tres patas lleno de alegría, moviendo la cola de un lado a otro. Con cuidado solté la correa del poste de su casita. Waldorf me agradeció lamiéndome la mano, intentando dar vueltas en sí mismo.

-¿Quieres salir, no?- dije- Ven, te daré un paseo.

Más bien, era yo la que necesitaba despejarme. Y también necesitaba una compañía más alegre, más ruidosa que la de Luci. Porque la casona estaba demasiado silenciosa. Demasiado fría, demasiado calma. ¿Había sido siempre así?

"¿Cómo no va a serlo?" me burlé de mí misma. Imaginé los días de Norbert antes de que viniera, su soledad, similar a la que yo experimentaba ahora. No supe porqué, pero algo en aquello me resultó perverso.

Waldorf se adelantó por el camino, la lengua afuera y la cola frenética por la alegría. Lo seguí manteniendo el paso firme. Si corría, si me detenía, creía que algo iba a estallar.

Continué bajando. Las flores a los costados ya se hallaban en su máximo esplendor, pude divisar una ardilla evadir a la mascota de Norbert Weigler y trepar el árbol más cercano. El sol brillaba por entre el follaje, rayos amarillos que me deslumbraban. Me detuve.

Había dado estos paseos mil veces, y sin embargo, no estaba muy segura de hasta dónde se suponía que debía llegar. Sin pensarlo demasiado, atraída por una sensación de llamado, me colé entre los árboles de la izquierda. Había un camino más o menos delimitado por sobre las hojas

arrojadas y las ramas, por el que Waldorf me siguió sin problemas. Cada paso me resultaba familiar. Cada crujido de un tronco, cada palo que se quebraba, incluso la tierra escarpada, todo me era conocido, y luego vi la enorme piedra, elevándose como un trono en la soledad del bosque.

Quedé varada, examinándola. Yo había estado aquí antes, había estado sentada sobre esa piedra. ¿Por qué no lo recordaba?

"Fue en el invierno."

Waldorf olisqueaba las flores, giraba en torno de mí como preguntándose por qué no avanzaba. Pero sentí que no debía avanzar. Que no debía llegar hasta esa piedra muda, solitaria, que me confundía.

Di un paso hacia atrás, y luego emprendí el regreso a casa.

Pero no me quería rendir. Dejé a Waldorf en su sitio, me aseguré de que tuviera agua, y emprendí el camino al centro sola, decidida. Algo estaba faltando. Todo se había detenido otra vez. Un hueco, uno que no podía ver.

Prácticamente corrí, todo el trayecto hasta frente al edificio de Alex y Jessica, pasando los barrios coloridos, los murales, la escuela y la estación. No había mucha actividad, todos descansaban tras el exitoso festival. Corrí sin pensar demasiado, o mejor dicho, con una sola idea en la cabeza. Necesitaba ayuda.

-Liseth.

Me detuve para ver que, sentado junto a algunos colegas, Alex aprovechaba para tomar una cerveza amparado por la sombra de un toldo. Lo miré agitada, confundida. Todo parecía normal. Era un día normal.

-¡Alex!

"¿Por qué esta urgencia en mi voz?"

-¿Estás bien?

-Necesito pedirte un favor. Un gran favor.

Alex dejó su lata sobre la mesa, un billete para pagarla, y se levantó.

-Dime.

Y con sólo aquello, menos de media hora después, ambos nos hallamos subidos a su camioneta, a más de cien kilómetros por hora en la ruta sudoeste en dirección al lugar que tengo en mente, que él tuvo que averiguar haciendo varias llamadas a amigos de otras ciudades. Veo pasar por mi ventanilla llanura, pasto fresco y recién nacido de los restos de la nieve, campos de pequeñas flores amarillas que parecen saludar la velocidad de los autos, estaciones de servicio olvidadas, tiendas de abastecimiento que son monumentos a la vejez, de entradas tableadas, sin un sólo coche que busque reposo en ellas.

Mantener una conversación con Alex es como pretender que dure una hoja dentro de la hoguera, por lo que prefiero ni intentarlo. Él maneja, en calma, y yo, segura con mi cinturón, aprovecho para intentar organizar mis pensamientos. Es sólo que me cuesta. Pues no hay nada que organizar. Leí lo de Mikhail, sé que debería buscar a Ashadd, debería buscar a Harrold. Sigo teniendo miedo, sí, y hay algo distinto. Algo cambió sin que me percatara.

Alex se detiene sólo un momento, junto a una vieja parada, para preguntar direcciones. Una anciana le responde con mucha amabilidad, y nuestro itinerario prosigue. No debería ser muy lejos. El sol da contra el capó, haciéndonos sudar, me abanico con un mapa que encuentro en el compartimiento de adelante. Media hora después, él frena en otro negocio, compra una cerveza y una lata de soda de lima, que me tiende.

-Gracias. ¿No hay controles?

-No por esta área. Es zona desierta.

Veo en la lejanía algunos molinos de viento girar con pereza, y veo las nubes albinas, esponjosas perderse en el horizonte. Es extraño, pero puedo sentirlo. Como queda algo de mi poder, alguna parte mínima, aunque no pueda abrir la puerta, puedo sentir que algo está mal, que el vacío que en algún momento creí haber llenado se ha abierto otra vez, con más fuerza que antes. Hace que mis manos suden en frío, que me muerda el labio constantemente, para calmarme.

Maniobrando el volante, Alex hace doblar la camioneta por otro camino de tierra, similar al que se perdería en el campo de algún productor privado. Avanza siguiendo los carteles Centro de Detención Juvenil, Instituto de Reformación Juvenil, Correccional Juvenil. Sólo parecen ponerse de acuerdo en que habrá jóvenes, a donde sea que nos lleven. Respiro para controlar mi pulso, recordando una persecución en la noche, y él parece notarlo.

Habla sin mirarme.

-Imagino que tal vez consideres que ya es tarde. Pero si no quieres hacer esto, no pondré ningún reparo en que regresemos al pueblo ahora mismo. Le diré a Jessica que quisiste dar un paseo y distenderte.

-No. Necesito hacerlo.

La camioneta vira, se mete por una cochera despoblada. Nos quitamos los cintos, y él vuelve a hablar.

-Estaré cerca de ti mientras le hablas.

-Él no es malo- digo, aunque la imagen de unos ojos furiosos, de un gesto demente y hambriento de sangre que me estremece le quita algo de credibilidad a esas palabras- Estaré bien.

"Ahora mismo, puede que sea la única persona capaz de ayudarme."

Su semblante deja escapar que, en vista de que la última vez que lo vio tuvo que noquearlo, no considera lo mismo. Pero Alex sabe poco de los Cuatro, entiende poco del asunto de las posesiones, la influencia, todo lo que hizo a Zaq actuar como actuó. Encabeza la marcha con algo de incertidumbre, la tensión de quien teme tener que romper a luchar en cualquier momento.

Vamos por un pasillo algo sucio, en donde todas las luces están encendidas aunque no son ni pasadas las cinco. Hay una recepción, un mostrador donde una señora regordeta y de lentes gruesos nos mira de arriba abajo, primero a Alex con cierto interés, y luego a mí como preguntándose si soy la novia de alguno de sus reclusos o si planean meterme aquí sin preámbulos.

-Nombres.

-Alex Cermer.

-Bernarda.

Alex levanta una ceja, pero no dice nada. La mujer nos anota en una lista que todavía no se completa.

-¿A quién visitan?

-¿Todo lo que hay aquí son visitas?

Suspira.

-¿O vienen por el tour guiado?

-Necesitamos hablar con Ezequiel Jerves. Tomará tan sólo unos minutos.-
interrumpe Alex.

Al oír el nombre, el rostro de la señora se ilumina.

-¡Oh, haberlo dicho antes! Ese chico es un encanto. Muy trabajador. Muy honesto. No se rinde. Tendrían que verlo ir y venir, sí señor. Es una suerte que esté aquí con nosotros; incluso los otros muchachos se han visto motivados por su bondad.

Asesinó a tres personas, dice la cara de Alex. Yo asiento.

-¿Podríamos verlo?

-Desde luego, cariño. Lo arreglaré ahora mismo.

Mientras sus gruesas caderas se alejan bamboleando tras una puerta, no dejo de compararla con Veronique DuMarque, quien a pesar de todo tiene de sobra en gracia. Alex y yo esperamos algunos minutos de pie sin decir nada, hasta que esa misma puerta se abre y ella asoma.

-Acérquense. Los llevaré al comedor.

La seguimos, por un pasillo en el que, por ironía o casualidad, no hay una sola luz.

-¿No hay aquí guardias, algo?

-Oh, tenemos al viejo German- nos explica la mujer, quitándole importancia con una mano- Y dos jóvenes cadetes, sí, pero no tiene importancia. Nuestros chicos son todos amorosos. Llenos de encanto. Y Zaq, Zaq, ¿son familiares?

-No.

-Sí.

Alex vuelve a mirarme, pero la recepcionista no nos oyó. Tampoco parece enterada de que el hombre al que guía está canalizando todas sus experiencias para aplicar una llave si la situación lo requiere.

-No ocurrirá nada- susurro. Alex se ve calmado, pero al asentir su cuello está duro.

-Y aquí estamos- nos abre la puerta la mujer: se extiende un comedor sencillo, más bien de reserva para los cocineros, con sillas de latón y focos largos blancos, parpadeando sobre un techo pelado en concreto- Ezequiel, vinieron a visitarte. Los dejaré solos, ¿sí? Si necesitan algo, no duden en golpear. Los oiré del otro lado. Y si...

Tomo asiento, frente al muchacho que espera en su lugar, con las manos prolijamente puestas sobre las rodillas. Zaq me observa con la boca convertida en una línea recta, dura; está más delgado, algo distinto a cuando lo conocí, parece haber perdido vitalidad. Pude adivinar, antes de moverme, el vendaje que lleva bajo la rodilla, en donde la trampa de oso le sesgó la pierna. Debí haber sido una operación complicada.

La recepcionista mira nuestro silencio, confundida, y decide que lo mejor es marcharse. Quedamos los tres, esperando.

Como si cediera ante una derrota, Ezequiel es el primero en hablar.

-Sabía que vendrías.

Levanto una ceja.

-¿Lo sabías?

-Ibas a volver eventualmente. Quieres que te ayude, ¿verdad?

No respondo, algo terca. Zaq niega varias veces.

-No, discúlpame. No te estoy... No te estoy criticando. Lo que pasó esa noche... Cielos. Yo no planeaba, no quise... Jason me obligó. No pude darme cuenta. Pero Liseth, gracias a ti ahora soy libre. Aquí he sido más feliz que durante todos esos años. Cuando recuerdo a Jason... Cuando lo recuerdo a él...

-Tu abuelo fue asesinado.

Asiente.
-Sabía que iba a ocurrir. ¿Los ayudó?
Asiento.
-Helen lo mató.
Zaq desvía su vista al costado, y tuerce la boca.
-Esa mujer siempre me aterró. ¿Y los demás? ¿Larry, David? ¿Cómo está Elias, o el Señor Weigler?
-Bien. Larry...- lo pienso durante unos segundos- Ha cambiado un poco. Dice que te extraña.
Me regala una sonrisa muy triste.
-Estoy bien aquí. No quiero irme.
Sea miedo o no, sé que esas palabras son ciertas. También descubro, con sólo mirarlo, que su confesión amorosa esa noche luego del Salón Adal también fue cierta, pero que ahora mismo él preferiría pensar en cualquier otra cosa. No iré por ese camino.
-Necesito ayuda.
-No puedo ayudarte.
-¿Cómo puedes estar tan seguro?
-No puedo ayudarte- sigue- Por dos cosas. Primero, ni siquiera sabes qué es lo que necesitas, ¿no es así? Yo también lo siento. Siento que algo está mal. Pero imagínate, eres una nigromante, eres como él. Tú debes de sentirlo mil veces peor que yo, que sólo tuve a Jason en mí por algunos años. Sabes que algo está mal, pero no qué. Así comienza. Mi abuelo me lo dijo. Así fue también cuando él mató a mis padres. Al principio no entiendes. Te olvidas. Liseth, si ya llegaste a este punto, no puedo hacer nada. Lo siento. De verdad, quisiera ayudarte, quisiera apoyarte de alguna forma. Pero no queda qué hacer. Tiene sus ojos en ti, y no va a soltarte. Esto es sólo el comienzo.
-¿Quién es el Titiritero?
Se tiende hacia atrás, como considerando la pregunta.
-¿Por qué quieres saberlo?
-Es alguien que murió, ¿no es cierto? Es Gieth Berkan.
Zaq palidece. Di en el blanco.
-Pero ahora mismo debe tener otra identidad. Dime su nombre.
-¿Por qué?
-Dices que haga lo que haga, estoy perdida, ¿no? No veo entonces por qué no enterarme al menos de eso.
-Podría buscarme. Podría llegar hasta aquí, y matarme.
-Si quisiera hacer eso, ya lo hubiera hecho. Además, quiero hacerte recordar un par de meses atrás, mientras me perseguías y me llamabas una zorra, lo cerca que estuviste *tú* de quitarme la vida.
-Ah- dice él, cubriéndose el rostro con una mano. Para mi sorpresa, parece avergonzado, avergonzado de verdad- Lo siento tanto...
Alex permanece de brazos cruzados, mirándonos.
-Te lo diré. Está bien, te diré su nombre. A diferencia de ti, Gieth Berkan está muerto. No puede ser olvidado, pero... Pudo cambiar de identidad. Lo sabes, ¿no? Como nuestro asistente de gimnasia.
-Uno de los poderes del Palacio- asiento- ¿Jason te contó esa historia?
-Oh, no menciones a Jason, por favor... No podría soportarlo. Sí. Gerardo, que tras permanecer demasiado tiempo allí... Terminó por esfumarse de la memoria de todos.

Corto a lo principal.

-¿Quién es Gieth?

-Gieth no necesitó hacer lo mismo- me explica Zaq, sin inmutarse, una mano aferrando su cabeza como si le doliera, la otra hurgando los vendajes bajo su rodilla- Pues para todos, Gieth estaba muerto. Simplemente regresó a la luz años después, y tomó otro nombre y otra identidad.

-¡Dime cómo se llama!

Ezequiel pronuncia un nombre.

Alex se remueve, atento, y yo abro mis ojos de par en par.

-Pero...

-Es así- dice él, ya sin mirarme.- Ahora por favor, váyanse. No puedo ayudarte. No puedo... Pero te deseo lo mejor. Me gustaría que escaparas. Sé que no lo harás. Estás atrapada en su red. Lo siento tanto. Oh, Liseth, lo siento tanto... Todo esto era lo que quería evitar. Cuando descubras lo que has perdido, cuando entres en su morada, él te acabará. ¡Esto quería evitar!

XVIII

El regreso a San Naerit fue deprimente, Alex manejando con los ojos bien puestos en el camino y yo mirando las nubes de antes retornar desde el horizonte anaranjadas, como si se hubieran manchado con el color del atardecer que lentamente se perdía en las penumbras.

Ese tono sucio, corrupto nos siguió por toda la ruta, tiñendo nuestros ánimos y obligándonos a refugiarnos en nuestros pensamientos; en lo que habíamos escuchado. El Titiritero, Gieth Berkan.

Alex no había hecho preguntas, pero yo estaba segura de que las tenía. Conociéndolo, era algo que quería hablar con Jessica, algo que necesitaba planear, pues Alex era frío y bueno teniendo calma, preparándose. Yo en cambio, distraída con recuerdos, no atinaba a pensar nada claro, sino que repetía una y otra vez por una cinta palabras, frases, miradas que había ignorado. No entendía. No entendía, pero...

Cuando pasamos por la entrada de las escaleras que conducían al Salón Adal, me desabroché el cinturón.

-Déjame por aquí. Visitaré a Kain.

La camioneta se estacionó lentamente, en este camino elevado, bien construido en comparación con el resto del pueblo. Vi los pequeños postes que se levantaban a los costados, y creí recordar a alguien saltar a mi lado, de poste en poste, contándome algo. ¿Una amiga? ¿Quién?

-Liseth.

Me desperté de aquella ilusión, confundida. En el asiento de conductor Alex me examinaba sereno. Abrí la puerta, bajándome.

-Estoy segura de que algo está mal. Alex, por favor, cuídate. Y dile a Jess que se cuide también. Estamos en peligro.

-Vamos a hallarlo.

No dije nada, sino que me cubrí la visión con los dedos y dejé retazos del atardecer colarse entre ellos, cegarme. Me sentía cansada, más cansada que nunca. Todo parecía haberse fusionado, mi vida eran piezas, tenía miedo, un temor imposible, pero lo peor de todo, un temor que no llegaba a comprender. ¿Qué faltaba?

Me despedí de Alex, y caminé a solas por el atajo hacia el hospital, rumiando mis pensamientos. Tengo que salir adelante, pensé. No puedo decaer ahora, aunque todo este mal, aunque haya huecos, no puedo dejarme caer. Tengo que hacerlo por Kain, por Mina. Puedo recordar a Mina. Soy lo que queda. Si doy un paso en falso, si me equivoco, podría ser el fin de todo, y esta historia podría terminar en el olvido, en un joven sin mente que mira la ventana, sin emitir una palabra, sin sentir, sin llorar, mientras los años le corren y los recuerdos de algún pasado feliz se le escapan, borrándose junto al tiempo.

Como subrayando esa visión, cuando llegué me encontré con que Kain permanecía justo como en mi imaginación, como siempre, tendido en su silla viendo ese cielo rojizo, cada vez más ofensivo que iba dominando al pueblo. Pensé en Alex, su expresión conmovida al saludarme, en Jessica abrazándome, en Norbert, en Mina lavándose la cara a mi lado frente al espejo, y siendo yo, ambas una sola persona. Tomé los manubrios de la silla, y lo giré.

Kain levantó sus ojos hacia mí, inexpresivo. Suspiré largamente.

-¿Es tarde, no? Te daré de comer.

No contestó. Me dirigí hacia donde estaban las enfermeras, pedí una bandeja de cena, agua, cubiertos para servirle. Tomé todo y lo llevé de regreso a su cuarto. No había cambiado de posición en lo más mínimo. Apoyé las cosas sobre su regazo, y él siguió mis movimientos sin interés.

-El cielo... ¿Te recuerda al Balcón?

Había oído que ya se tambaleaba, que lograba sostenerse bastante bien con sus muñecas, que en ocasiones había podido arrastrarse al baño por su cuenta. Tomé un poco del arroz, y se lo acerqué. Kain comió casi sin sonidos.

-A mí sí- dije, mirando la ventana y el color escarlata, carmesí del firmamento- Me recuerda... Esa vez que dormimos allí, la primera. Tú no dormías, bueno. ¿Lo recuerdas? Creo que ese fue el día en que me empezaste a gustar. Qué ilusa.

Kain masticó, tragó, volvió a mirarme. Le di otra cucharada. La comida del hospital debía de ser desagradable, pero él no podía todavía usar bien reflejos que no había usado en diez años. Una pasta blanda era mejor que cualquier filete que pudiera traerle de la casona.

-O el piano que me regalaste- reí, limpiándole la boca con la servilleta- Ni siquiera sabía que podías hacer eso. Kain, ¿lo recuerdas?

Nada. Tan sólo me miraba, sin un gesto, sin nada que dijera que me escuchaba. Yo sonreí, sintiendo un dolor en el pecho. Volví a tomar arroz, y se lo di. No dije una sola palabra. Otra cucharada, luego otra, y así, en silencio, hasta que se terminó la mitad de su plato. Algo crecía en mi anterior, ardía. Ya no podía ocultarlo. Tomé otra cucharada bien colmada, quise llevarla hacia sus

labios, pero mi muñeca temblaba y el cubierto cayó, desparramando arroz en el suelo.

Me sujeté la muñeca, mirando el enchastre.

-Tengo miedo.

Mis manos temblaban, se sacudían sin cesar. Los ojos se me humedecieron.

-Kain... Por favor respóndeme.

Silencio.

Levanté la vista, y las lágrimas fluyeron. Él me miraba, impávido.

-¿Estás ahí, verdad? Por favor... Ya no puedo más. Respóndeme. Kain, no sé qué debería hacer, no sé qué... No sé qué he...

En ese llanto me fui arrastrando, cayendo hasta estar apoyada en su regazo. Lloré, lloré sacudiéndome en la desesperación, y él me observó callado, una mirada que no parecía decir nada, ni una sola emoción, nada que recordara todo lo que habíamos pasado, quién era yo, qué hacía allí.

Y un atardecer muy similar al del Palacio brilló, proyectando largas sombras en cada casa de San Naerit.

XXIX

Tuve un sueño.

En el sueño como otras veces yo presenciaba, tal fantasma, un escenario que no me era del todo desconocido. Un entramado oscuro, bordeado de altas ventanas de las que llegaba una tenue luz, un camino en donde figuras hechas de sombra se proyectaban, siguiendo los pasos de alguien y desvaneciéndose para nacer de nuevo más adelante. Ese alguien marchaba con ímpetu, en dirección a una puerta.

Vi a ese muchacho, sin reconocerlo. Hacía un esfuerzo impensable con las rodillas, trepaba por ese irregular sendero y no se rendía, caía y se levantaba, estaba decidido a no ceder. Sus ojos brillaban esmeraldas, con tanta luz como la que se proyectaba desde las ventanas. Y lo observaban: no sólo yo, sino también rostros muertos, rostros que juzgaban, rostros que lloraban y esperaban.

En el sueño tuve preocupación, tuve miedo. ¿Quién era?

Lo conocía.

¿Quién era?

No voy a darle la espalda.

La Puerta Naranja estaba cada vez más cerca. Él no dudó en abrirla. Y entonces todo se retrajo, desapareció. La Puerta devoró esa noche, los edificios, a él, y lo transportó a un pasillo, lo vi caminar de espaldas por un sitio en penumbras, pantallas a sus costados arrojando estática, vibrando y aturdiendo. Lo conocía. Estaba segura de que era alguien importante.

Para mí, el resto es nada.

Con cada paso que daba, los televisores se iban encendiendo. Vi a un rostro distorsionado, pálido y rosado pasar de pantalla en pantalla, adelantándosele hacia la oscuridad que aguardaba. Oí una risa electrónica, perversa, estirarse hacia la meta de ese sueño.

Pero él no dejó de caminar.

Y recordé un beso, su calor y su presencia dándome fuerzas aquella noche.

-¡Matt!- grité, pero ya era tarde. Al fondo del corredor, algo reptó a toda velocidad, una sombra inmensa, mecánica, que se tragó todo en tan sólo un instante, a Matt, al pasillo, a los televisores, a los seres en pena que seguían aquella visión conmigo.

Me desperté, cubierta de sudor y dominada por el horror.

XXX

Mi corazón martilleaba, estaba a punto de salirse del pecho. Mi cuarto estaba en penumbras. No. El reloj también daba golpes, a coro con los latidos que me dominaban. Como garfios, mis dedos aferraban las sábanas. Matt.

Matt.

Me levanté a los tropezones, me puse mi ropa, dejé mi cuarto. ¿Cómo había podido olvidarlo? ¿Cómo había podido olvidar a Matt, a Kari, a Wilhelm?

Abrí la puerta del lado. Los almohadones, el equipo de música, los posters, todo lo que había visto antes sin comprender, poseída por el olvido. Era el cuarto de Kari. Kari, hablándome de sus cosas, escuchando música, llorando, aferrándome del cuello de mi remera en lágrimas.

-Kari...

Bajé las escaleras corriendo. Estaba pálida, me sentía observada, estaba ocurriendo lo que Zaq me había advertido. Crucé al sótano, pero adiviné el vacío en su interior. Oscuridad.

-¿Will? ¿Wilhelm?

Nada. Pequeñas muñecas me observaban en la negrura.

Tragué saliva, retrocedí un paso. ¿En dónde estaban? ¿Cómo llegar a ellos?

-¡Matt!- grité, a la oscuridad, a la nada. Se oyó un sonido que me sobresaltó; pero era tan sólo Norbert, girando en su cama. No sabía qué hacer. Estaba temblando. No estaban. Se habían ido. Me habían dejado sola.

Estaba sola.

Caí de rodillas, cubriéndome el rostro con las manos. No quería llorar otra vez, no quería ser tan débil, pero me costaba. Los había perdido. Él los tenía. Los había robado de mí, había sido capaz de olvidarlos, las cosas que había vivido con ellos, mis momentos de felicidad, los paseos con Waldorf, aquel beso, las risas, nosotros jugando con la consola, en la nieve, el cariño que me habían dado.

Yo los...

Hubo el sonido de algo pesado arriba. Me sequé los ojos con la manga de mi sudadera, y subí. Tenía que poder invocar la Puerta. Tenía que ser posible salvarlos.

Llegué de regreso a mi cuarto, sin pensar en nada más. Era una trampa, pero debía hacerlo. Ese sueño sólo podía significar que me estaban llamando del otro lado, que Matt me estaba llamando. Estaban vivos. Puse mi palma en la pared, me concentré, esperé. Luci dormitaba en su caja bajo mi cama. Intercambio. No Luci, sino tal vez Kain: era un intercambio, un intercambio por Matt, por Kari, por Wilhelm, por a quienes yo amaba en San Naerit.

-Aparece- dije. Abrí mis ojos, la pared seguía lisa- Aparece.

No hubo puerta alguna.

-¡Aparece!- golpeé con furia la pared- ¡Puerta!

La blancura reflejaba la luna, parecía burlarse de mí en su silencio. Apoyé mi frente en esa superficie, intentando dominar mis temblores.

-Por favor, te lo suplico... Aparece una vez más...

Hubo un sonido profundo, y algo cambió.

Una gruesa sombra se proyectaba frente a mis ojos. Mis dedos la rozaron, y fluctuó. Algo estaba en la ventana, algo real, algo contra lo que el viento zumbaba, lleno de insistencia.

Me di la vuelta.

Me di la vuelta y magnífico, recortado contra la noche, Glasyalabolas se apareció: su pelaje rojizo ondeando, la máscara con los seis ojos mirándome fijamente, la larga cola barriendo las estrellas mientras esperaba en busca de una respuesta, trayendo toda la realidad al caos.

Quedé congelada, mirando esa criatura erguirse ante mí. Era una visión deslumbrante, imposible: ver algo sólido, real, algo que definitivamente no pertenecía a este mundo, enfocar seis pupilas directamente a mi alma, mostrar cuatro hileras de colmillos y luego girarse, mover su enorme cuerpo dejándome espacio, esperando en el tejado.

Pegada a la pared, comencé a sudar. El demonio me daba la espalda. Hacía meses, cuando visité la casa de Julián y creí que era un asesino, esa misma criatura me había salvado de las manos de Jason Berkan y de los demás muertos del Palacio. Glasyalabolas. Ahora se hallaba aquí, esperando.

¿Esperando?

Oí un suave gruñido, un gruñido de molestia. Las piernas me temblaban, pero me dije que debía superarlo. Por Matt, por Kari, por Will. Controlé mi paso, bordeé la cama, me fui acercando hacia donde el monstruo aguardaba. Puse las manos en el alfeizar, y me atreví a hablarle.

-¿A qué vienes?

Glasyalabolas volvió a gruñir con fastidio. La cola era una cinta inmensa, plumosa, que barría las tejas con cada movimiento. Me miro de costado, e hizo una seña.

-¿Quieres que me acerque?

Resopló. Yo tragué saliva, pensando mis opciones, pensando en lo fácil que le sería matarme. Pero resignada, conseguí trepar por mi ventana, y con cuidado balancearme en aquel techo. Sentí el frío del aire libre, de la noche, y el bosque se abrió ante mí, la larga extensión de acres, el río en la distancia.

El enorme perro torció el cuello un par de veces, y yo me acerqué. Fui perdiendo el miedo que sentía, y apoyé la mano en su pelaje. Era suave.

-Estás aquí para ayudarme, ¿verdad?

No respondió, pero sentí que era cierto. Acaricié su costado, llegué a las orejas largas, al inicio de aquel hueso duro, esa máscara que le cubría del todo la cara y el hocico, toqué la superficie lisa en donde las pupilas amarillentas se movían, siguiéndome. El monstruo volvió a resoplar. Se sentó, yo frente a él.

-¿Puedes llevarme? ¿Puedes llevarme a donde están Matt y los demás?

Bajó la cabeza. Por primera vez pensé que, para ser un demonio, había nobleza en sus movimientos. Me sentí aliviada. Podía hacerlo. Podía hallarlos.

-Llévame- dije.

Glasyalabolas bajó el lomo, y yo retrocedí perdiendo el equilibrio.

-¿Quieres que me...?

Esperó. Sólo su pelaje se movía, la melena danzaba siempre inquieta, como el pasto frente a un huracán. Yo dudé, muy poco convencida. Puse ambas palmas en su costado, preparando mis emociones. Esto era una locura.

-¿Seguro que...?

Glasyalabolas gruñó, evidentemente con demasiada prisa para mis miedos. Entonces me aferré del poco coraje que tenía, y pasé mi pierna sobre su lomo. Me quedé sentada sobre aquella superficie peluda, inestable, llena de

musculatura, como si se tratara de un caballo. Él se movió repentinamente, arrojándome hacia adelante: mi cara dio contra la melena, que aferré con las manos.

-Espera- dije, aterrada- Espera un poco, quiero...

Pero el demonio no me escuchó, y sin perder el tiempo saltó de mi tejado. Di un grito, sintiendo el aire zumar por mis costados. Flotamos en la noche, su salto se prolongó y se prolongó, no caímos. Estaba volando.

-¡Voy a morir! ¡Voy a morir! ¡No me dejes caer!

Creí oír algo similar a una risa, cuando volvimos a aterrizar sobre otro tejado ya lejos de la colina. El bosque había quedado atrás con sólo un salto. Me atreví a abrir los ojos, y toda la sangre se me bajó: vi tejados pequeños, puestos de alambre, árboles, ni una sola luz, todo tan abajo que me hizo estremecer. Me aferré a aquel pelaje, hundiendo mi cara en él para no ver, y sentí el vértigo de volver a descender, de las patas de Glasyalabolas tocando algún otro techo, volviendo a impulsarse hacia los cielos. Volaba a lomos de un demonio. No supe si reír o llorar.

-Oh cielos, oh cielos...

La cola era como un cometa, marcando nuestro avance, los saltos que daba cubriendo cuadras enteras, convirtiendo a San Naerit en algo que podía acaparar con una sola mano. Desde luego, no pensaba soltar mi agarre. Abría los ojos sólo cada tanto, para convencerme a mí misma de que no estaba soñando, y veía estrellas que descendían, veía abajo el abismo, veía el cuerpo grueso de Glasyalabolas caer preparándose para el siguiente salto, tocar algo, volver a elevarse con gracia arcana. Era un milagro que no hubiera salido despedida.

Volví a abrazarlo con más fuerza, pensando en que debía sobrevivir. Si caía, todo iba a terminar, no sólo para mí, sino para quienes debía salvar. Olía bien. Olía a una flor que conocía, pero no podía identificar.

Poco a poco mi corazón se fue calmando. Pude serenarme, pude separar mi torso de la espalda de mi montura, aferrar el pelaje con más certeza y ver hacia dónde nos dirigíamos, a dónde me llevaba. Abajo pasábamos la casa del tío de Candice, pasábamos las casas más deslumbrantes del pueblo, la parte alta de San Naerit. Volvimos a descender y, sobre un poste eléctrico, el demonio apoyó sus cuatro extremidades y volvió a salir disparado. Esta vez no cerré los ojos, luchando contra mis propios párpados, contra el vértigo, el viento helado en mi rostro y el miedo. Nos elevamos. Nos elevamos, teniendo un vistazo perfecto de la escuela, el camino sinuoso hacia el centro, el hospital y más allá, las escaleras que conducían al Salón Adal, perdido entre los árboles. Pero Glasyalabolas no se dirigió a ninguno de esos lugares. Comenzó a descender como un cometa, pasando los murales hacia la colosal propiedad de los Ashadd. Llegué a distinguir edificios modernos, chatos, elegantes paredes de vidrio con techos abovedados. Como si lo besara una lupa, ese paisaje se fue agrandando, fuimos cayendo sobre él, perdiendo la amplia perspectiva que teníamos. Glasyalabolas aterrizó sobre una de las terrazas, yo me aferré de su cuello con fuerza; pareció trastabillar y un par de tejas se desprendieron contra el suelo. Pero tras esa pequeña falla, el demonio se recompuso y dio un salto, luego otro, fue bajando como un felino hasta una superficie plana.

Terminó por sentarse, y esperó. Lo solté, y mis pies tocaron el suelo. Estaba mareada. Era de noche, no sabía bien en dónde me hallaba, y el mundo me daba vueltas alrededor.

Lo miré.

-¿Hacia dónde?

Hizo un gesto mudo hacia la entrada de la terraza, por donde un pasillo se abría. No se escuchaba un alma alrededor, toda la propiedad parecía vacía, la pileta que estaba a nuestro lado estaba seca y abandonada. Tragué saliva, encarando aquella dirección.

-Gracias.

Glasyalabolas movió su cola con ímpetu, volviendo su cabeza hacia la luna sin decir una palabra. Yo sabía que él podía hablar. Al menos, había podido comunicarse en aquel entonces. Pero no lo pensé demasiado, y caminé, metiéndome en aquel pasillo desconocido.

Era el interior de alguna lujosa casa. La dirección era certera. Estaba segura de que Matt había hecho el mismo recorrido. Seguía sus pasos. No había ventanas, ni muertos que pudiera ver, pero los seguía.

"Y los muertos siempre están aquí. Nunca descansan."

Caminé, dejando el afuera y a Glasyalabolas bien atrás, abriéndome camino en el aire encerrado, viciado de ese pasillo. Avancé con cautela, sabiendo lo que me esperaba, hasta llegar al final, hasta llegar a la puerta sencilla, anaranjada, que allí me había estado aguardando desde el inicio de la primavera.

Alguien había tallado con algún filo, sobre su madera.

Mi mundo.

Cerré los ojos, pensando en aquello, en Luci, en la verdad sobre el Titiritero. Era una trampa. Sabía que era una trampa, pero no tenía más opción.

Por Matt.

Por Kari.

Por Will.

Por Mikhail, por Kain, por Julián, Alex, Jessica, Norbert, por todos a quienes conocía, por todo lo que este pueblo me había dado. Había jurado no hacerlo, recordaba bien los horrores que existían del otro lado. Pero no tenía opción. No quería olvidar. No quería ser una muñeca vacía, despojada de las cosas que me importaban.

Por mí misma.

Abrí la puerta, y crucé el umbral hacia sus sombras.

Como lo esperé, al cruzar la Puerta Naranja esta dio un portazo a mis espaldas, dejándome en penumbras, sólo aquel rectángulo levantado tras mí, invitándome a regresar a la seguridad del mundo real. No pensé caer en esa trampa de nuevo. Observé la puerta, conté los latidos de mi corazón, vi los vahos que formaba en la negrura mi respiración. Estaba en la tierra de los muertos.

-Puedo hacer esto. Sólo debo rescatar a los demás. Puedo hacerlo.

Me lo decía a mí misma, intentando infundirme valor en un silencio que hería, que se sentía como la peor de las presencias. Mis pies fueron hallando seguridad, mientras me movía en ese abismo. Sabía que era en vano ser precavida. Nada en el Palacio tenía sentido. Pero no podía evitar cuidar mis pasos, buscar una seguridad, intentar jugar a que ningún habitante me viera.

-Sólo debo rescatarlos. Buscar a Matt, a Kari, a Will, e irme de aquí.

Inspiré bien hondo, y continué. La negrura me desorientaba, pero cada tanto me volteaba y veía detrás a la Puerta Naranja, cada vez más pequeña, indicándome que sí estaba avanzando.

Poco después dejé de verla. No sentí congoja, ni pena al respecto. Odiaba a esa puerta. El suelo comenzó a llenarse de una bruma baja, veloz, que iba de contramano a mis pasos, y de la que temí algo surgiera para aferrarme. Me seguí moviendo. En este desierto, no podía ocultarme, no podía hacer más que avanzar estremeciéndome de frío.

En la distancia una luz se encendió. A lo lejos vi una vitrina, la única cosa con presencia dentro de esta dimensión además de mí. Ya tenía una dirección. Me encaminé hacia allí, intentando darme fuerzas. No podía tener miedo. Yo era una nigromante. No podía tener miedo, porque eran muertos, no tenían por qué hacerme daño.

Tragué saliva. No podía creerme a mí misma.

Al acercarme a aquel mostrador vi que había una figura en su interior, esperando, aunque no pude distinguirla bien hasta que estuve a sólo unos pasos. No era más que un enorme muñeco, como aquellos que existían en los parques de diversiones que Thomas tanto odiaba: pintura desgastada, una sonrisa de dientes cuadrados demasiado pronunciada, ojos saltones y el cuerpo recto, fijo, con las manos de plástico y madera mal barnizadas sobre su escritorio.

Veía el frente con expresión congelada. Yo había visto alguno de esos en mi infancia: les metías una moneda, te adivinaban tu futuro, o bien cantaban alguna horrible canción con su ritmo destartalado. Eran inofensivos, comunes.

Tampoco me creí aquello.

La figura habló, con la misma voz electrónica que tenían todas las figuras de ese tipo en mi memoria.

-¿Has venido a la función?

Aguardé. Pero pronto me pareció que esa pregunta sólo podía ser para mí. Éramos nosotros dos, y la oscuridad.

-¿Has venido a la función?

-Sí- me apresuré en contestar- Quiero decir, ¿qué función?

-Sólo hay una función. ¿Tienes tu entrada?

-No sé... No sé de qué me está hablando, lo siento.

-¡Niña! ¡Hay mucha fila detrás de ti! ¡Entrada!

Me di la vuelta con temor, pero a mi espalda sólo vi la misma nada de siempre. Volví a encarar al muñeco.

-No tengo ninguna entrada.

La sonrisa bajo los bigotes, los ojos, nada de ello era carne, y sin embargo, supe de pronto que aquella cosa era consciente, tan consciente como cualquier otro espectro del Palacio. Esperé unos segundos, zumbando en silencio, y luego volvió a tronar.

-Nombre.

-Liseth. Soy Liseth Aurdelard. Estoy buscando a...

Chilló, como si encendiera una maquinaria. Otra pausa, un poco más larga. Yo aguardé atenta, temiendo que ocurriera algo terrible.

El muñeco vibró de un lado a otro, pero luego se calmó.

-¡Oh! ¡Liseth! ¡Pasa! ¡Felicitaciones! ¡Felicitaciones! ¡Felicitaciones!
Todos quieren conocerte. Tú no necesitas entrada.

Calló, quedando tan quieto como una escultura. No pude evitar titubear.

-¿Disculpa?

Tras la figura, en la oscuridad un rectángulo de luz se abrió, el sonido chirriante de otra puerta que cortaba la sombra. Dudé unos momentos, viendo al muñeco quedar tan quieto y mudo como cualquier muñeco; sobrecogida por el peligroso silencio que me seguía, y algo me hizo sentir empujada a apresurarme. No me había agradado para nada el tono de su última frase. Estaba segura de que aquel cambio de actitud no ameritaba nada bueno, que no había nada bueno para mí en cual fuera el lugar al que me dirigiese.

Atravesé aquel nuevo umbral, pensando en que, de todos modos, iba a tener que alejarme de esa primera zona, de ese vacío en el que era imposible se hallara Matt o cualquier persona que me importara. Debía ser valiente. Varias luces se fueron acercando, retrayendo, blanco y negro, blanco y negro, como si avanzara por un túnel. Continué sin mirar atrás. La interposición me mareaba, pero entrecerrando los ojos podía mantener mi equilibrio. Luego todo aquello se fundió.

Sentí incluso más frío que antes. El suelo bajo mis pies era de piedra, vi gruesas columnas que sostenían un techo ruinoso sobre mi cabeza; sobre el que se adivinaba una inmensa luna; un templo erosionado por el tiempo. Era alguna otra parte del Palacio.

Busqué a mi alrededor, pero no adiviné a ninguna otra presencia conmigo. Parecía un refugio, no muy distinto a mi Balcón, aunque mucho más abandonado y frío. Con paso inseguro caminé, apoyando las palmas en la roca helada, guiándome hacia la terraza en donde se podían ver estrellas que no existían en el mundo de los vivos y astros, esferas que flotaban junto a la luna diferentes a esas estrellas, de un azul pálido. Eran los planetas muertos de un mundo muerto.

Terminé asomando por aquel mirador, pensando en la hermosura de aquello. Era ridículo que lo considerara, sabiendo el peligro que corría, pero ese cielo, esos planetas, el silencio que reinaba, todo me parecía de una belleza inimaginable. Bajé la vista, luego, para contemplar el escenario que se abría bajo ese firmamento absoluto: me sorprendió contemplar una carpa gigantesca, sujeta con sogas de las cuales colgaban banderines de color, globos, carteles. Era un circo. Alrededor de la carpa había otras, sólo pequeñas en comparación, y aunque todo allí parecía bien preparado para algún espectáculo, con tarima, postes, trampolines y escenarios, no había una sola

luz ni se oía a una sola alma en toda la extensión del valle, hundido por entre montañas y templos como en el que yo me hallaba.

Me senté, apoyando la espalda contra la superficie lisa y firme de una columna, y abracé mis rodillas contra el pecho. Esto es una aventura, me dije. Esto es como un cuento de fantasía, del que pronto podré salir. Es la tierra de los Cuatro, es territorio enemigo. Pero Kain viajó aquí muchas veces, en busca de su hermana, y pudo volver sano y salvo. Si me muevo bien, si soy rápida, si soy inteligente, podré evitar que algo terrible me encuentre. Aquí estoy segura. Desde este punto puedo pensar en continuar, si algo ocurre, regresaré aquí, sólo bajare para ver qué es lo que hay en ese sitio. Puede que, en la carpa grande, o en la carpa azul del lado, puede que en cualquiera de ellas se encuentren Kari, Matt, Wilhelm.

Cerré los ojos por unos segundos, preguntándome si existía algún dios que mirara, que me estuviera guardando en este momento. Luego me dije que no podía perder más el tiempo, y me incorporé. Había un descenso escarpado desde el mirador al valle, rocas filosas, un calvario que se prolongaba por un buen tramo de tierra yerma, un poco discordante con la presencia del circo que, si bien por su abandono no me daba una buena impresión, al menos sí evocaba en mí imágenes positivas.

Sin más, comencé a descender por esa ladera, ayudándome con las manos, controlando bien que mis zapatillas se apoyaran en terreno firme antes de soltarme. Agradecí los largos paseos con Matt, las caminatas en el pueblo, que hubiera podido desarrollar un mínimo estado físico que me permitiera no morir en el intento. Bajaba de forma irregular, zigzagueante, ensuciándome toda, echando vistazos cada tanto a lo que había debajo para calcular cuánto me faltaba. Kain había hecho esto muchas veces, sí, pero no lo podía imaginar trepando rocas como yo lo hacía en este momento.

“Si tan sólo estuviera aquí conmigo...”

Hice apoyo contra una piedra y me solté, lamentándome de estar sola. No me puedo rendir, pensé. La piedra sí se rindió, y me sentí caer sin una sola posibilidad de agarrarme, de aferrarme de alguna saliente. Por suerte para mí, la pendiente dejaba de empinarse mientras más abajo estaba: resbalé desparramando rocas en mi caída, me raspé los codos al intentar sujetarme, me golpeé una rodilla, pero terminé por aterrizar viva, de costado en medio de la tierra. Pequeñas lágrimas de dolor se juntaron en mis ojos, pero las ignoré por completo. No era nada.

Saludándome desde el cielo, la luna se convirtió en un disco brillante similar a un ojo, un poco distinta de la posición en la que la había vislumbrado inicialmente. Era la única compañía aquí que parecía benevolente, lo único que no prometía horror en donde la mirara, pero sin duda no era la luna de San Naerit, la de la Tierra, sino alguna luna que significara algo para alguien, que había colmado la vida de un espectro en este territorio.

Me giré, y miré el suelo que se humedecía, las partes en mis dedos donde la piel se había raspado y que ardían, que no tenían más cura que la espera. Debí haberme preparado mejor, pensé. Debí haber traído un arma, una mochila, ropa, vendajes, algo con lo que poder cuidarme en este sitio.

De ese amargo pensamiento me distrajo un chillido ínfimo, acercándose desde el suelo. Me levanté sobre mis codos, precavida, y la criatura pasó entre mis brazos sin mirarme: era similar a un pequeño ratón, pero parecía hecho de papel, se paseaba irreal con un alto sombrero, dando pequeños saltos entre las

pedras, dirigiéndose hacia las enormes carpas que se divisaban en la distancia. Lo seguí con la mirada maravillada, preguntándome qué clase de visión era. El roedor husmeó el aire con grandes bigotes, como si yo no existiera, miró hacia ambos costados, siguió su frenético camino. No llegó muy lejos. Una pata cuadrada, monstruosa, lo aplastó, y entonces me levanté de improviso.

Una multitud de seres marchaba desde la niebla, desde la tierra yerma, desde los templos en las alturas y los resquicios de las montañas. Sólo ahora los veía, pálida, de rodillas, sin saber en dónde ocultarme; un ejército de espectros que se acercaba desde cada dirección, hombres, mujeres, niños y ancianos, vestidos y desnudos, deformes, encorvados, rectos y de caros trajes, muertos y deformidades, entes de aspecto similar al de un elefante humanoide, con ojos negros y llenos de odio, que retumbaban con cada paso que daban y que no se detenían, siempre yendo hacia el circo que se veía a la distancia. Me incorporé del todo, empujada por unas mujeres de vestidos ruinosos, y caminé junto a ellos. No parecían notar que yo estaba viva, que era diferente. Seguí ese tortuoso avance mirando hacia mis costados ese desfile estrafalario, imposible que se me aparecía, vi a un niño sin ojos reír corriendo entre los pies de aquella criatura elefante, a dos esqueletos ir bien tomados de los brazos, cacareando como gallinas, y a mas monstruosidades, mas horrores, cientos y miles de espectadores que se reunían, se reunían y me empujaban sin cesar.

Poco después, la música llegó. Una música de carnaval, baja y prolija, un poco discordante con el aire de la noche. Adelante, las carpas estaban iluminadas, faroles colgaban cerca de los globos, el Circo tenía vida. Controlé mis pasos, cuidándome de no tocar a ninguno de los espectros, decidiendo pasar disimulada entre ellos.

Los más pequeños cantaban:

*¡Tracemos un círculo alrededor de la muñeca!
¡La muñeca baila, baila, baila!
¡Tracemos un círculo, y cantemos la canción!
¡El Titiritero se acerca, se acerca, se acerca!*

Me estremecí, viéndolos pasar libres a mis costados, veía sus uñas negras y los colgajos de piel en sus cuellos. Un poco más allá, divisé a un ser encorvado reír como un demente, vi a una anciana desdentada echar baba por los ojos, toda una serie de muertos, que no podían ser de San Naerit, se unieron al coro de esos niños:

*¡El Titiritero viene por ti!
¡El Titiritero viene por ti!
¡El Titiritero viene por ti!*

Nos acercábamos a la zona principal, pasamos el umbral y la primera pancarta, de la cual colgaba un cartel con letras que no podía comprender. La

comitiva pasó entre las primeras carpas, los niños saltaron en el trampolín, repitiendo su canción, yo vi sin aliento las imágenes que estaban pegadas contra un telón, invitaciones, en aquella letra indescifrable, en las que adiviné el dibujo de una mano estrujando a una polilla con saña. Cuando volví a encarar al frente, un grito tronó, y todo aquel ejército se fue deteniendo poco a poco: algunos muertos se empujaban, se chocaban, caían al frenarse, otros desaparecían de inmediato en cuanto quitaba la vista de ellos. Calmando mi corazón, seguí con la vista el sitio a donde la mayoría miraba. Había una tarima, y confundiendo toda visión, una criatura bailaba sobre ella: un ser raquítico, puro hueso y piel, que se levantaba sobre ambas manos, aplaudía con los pies, torcía su cuello y sacudía la cabeza de alfiler, de ojos hundidos, con la que daba alaridos a sus espectadores.

Con un vozarrón profundo, aquella criatura gritó:

-¡Es hora del show!

Hubo un estruendoso aplauso, saltos; el monstruo a mi lado bramó con su trompa, empujando a dos muertos más contra el suelo, los niños repitieron su himno con más ímpetu y todos rieron, unidos en aquella felicidad.

-¡Damas y caballeros...!- dijo ese ser, gorjeando, sin detener sus malabares, sus volteretas y sus gracias- *¡Sean bienvenidos al Circo de las Marionetas! ¡Sean bienvenidos al espectáculo más magnífico de los Cuatro! ¡Tres hurras!*

«¡Hurra!» rugieron todos al unísono «¡Hurra!» «¡Hurra!». Parecían poseídos por una locura indecible, sangraban desde los ojos, rechinaban los dientes de excitación. Sintiendo que todo podía desbordarse, comencé a desviarme disimuladamente, alejándome del centro de la multitud. Necesitaba pasar desapercibida, y allí tarde o temprano alguno de ellos me iba a detectar, iba a poner al resto contra mí. Esto era territorio de los Cuatro, no podía olvidarlo. Jason Berkan, Kylar, Clarissa, Gieth... Quienes eran la sombra de San Naerit tenían aquí el poder supremo, el comando total sobre todas las desdichadas almas que veía.

Mientras con la cabeza gacha iba esquivando a aquellos rostros hambrientos, fanáticos, a la podredumbre y el horror que se juntaba a mi alrededor, me llamó la atención notar que alguien caminaba a la par de mí. No podía verlo, pero lo sentía, sus pasos eran claros a pesar del estruendo, de la música, de los gritos del más allá y los alaridos de aquella abominación que presentaba.

Cerca de mis pies noté otro par de pies pequeños, descalzos y tan limpios como si no lo estuvieran. No sé por qué, pero la reconocí antes de siquiera verla. Me torcí hacia ella en ese momento, pero la niña entonces corrió.

-¡Espera...!

La conocía. La había visto la última vez, cuando había visitado la Puerta Naranja y el resto del Palacio por accidente, me había espiado y se había mantenido a la distancia, pero también me había guiado. Seguí su cabello castaño pasando entre la multitud, intentando evitar a los espectros, apartando de un empujón a un par mientras la perseguía. La niña corrió, ligera. Parecía divertida con nuestro juego, un juego ajeno al Circo, a la música, al ruido que nos rodeaba.

Se dio vuelta en la entrada de otra carpa, y se llevó un dedo a los labios, justo como la última vez. Silencio.

-¿Quién eres? ¡Necesito ayuda!

Antes de que pudiera llegar a ella, dio un paso al costado y desapareció tras el telón de aquella tienda. Yo me frené, las palmas en las rodillas, recuperando el aliento. Al menos, había podido alejarme de esa multitud de horrores.

-Por favor, necesito ayuda... -repetí, más al aire, al ambiente que me rodeaba que a alguien que pudiera oírme. Me volví hacia donde cada vez más muertos se reunían, pensando en ocultarme, y entonces lo vi.

Dentro de la carpa en donde la niña había desaparecido se abría un pasillo, y a sus costados, numerosos televisores robustos se apilaban con las pantallas apagadas. Yo había presenciado una imagen así antes. Arrancando energías de saber que había avanzado, di un último vistazo a la multitud de espectadores y a los gritos y volteretas de aquel ser, y me metí dentro de la carpa.

A diferencia del sueño que había tenido, al caminar los televisores no se encendieron. Pero estaba segura de que este era el mismo, exactamente el mismo sitio por el que Matt había pasado, que seguía el camino correcto. Y al final del sueño...

No había una criatura en sombras del otro lado del pasillo, sino otra entrada sencilla. No me dio confianza, pero al menos supe que tenía un tramo más sin peligros. Caminé con cuanta calma podía, siempre echando vistazos a las pantallas, temiendo que algo se encendiera. Me acercaba al corazón del territorio del Titiritero. Aunque mi poder estaba bloqueado, todavía podía sentir aquello.

Los ruidos de afuera se fueron disminuyendo cada vez más, hasta desaparecer por completo. Cuando crucé aquel umbral en sombras ya sólo había silencio, luego un chasquido repetitivo, similar a un goteo, y luego un chirrido cuando pisé algo en el suelo, algo que se movió apenas. Relucía claro en la oscuridad: una cadena metálica, pesada, gruesos eslabones que se entrelazaban entre sí con solidez. ¿Qué hacía eso allí? La cadena continuaba y continuaba por el suelo, y luego se elevaba cortando la negrura. Decidí seguirla. En un sitio así, parecía mi única guía.

Mis pasos eran cautelosos, calculados. Miraba siempre a mi alrededor, a lo que pudiera ocurrir, veía las cadenas que salían de cada lado, que se trenzaban y se iban haciendo cada vez más numerosas, se enredaban entre sí subiendo, formaban cuadrados entre ellas mientras más se repetían. En los resquicios que dejaban vi rostros, caras talladas reír y alejarse, repelidas por aquello a lo que me dirigía. Continué avanzando, preguntándome qué era todo esto. Algo en el sitio me parecía innatural, una tensión crecía en mi anterior a medida que me acercaba al centro de las cadenas, a donde esa red inmensa se elevaba como una cúpula colosal, una cúpula que lo dominaba todo. Las risas aumentaron, oí pies correr a toda velocidad, y con esa distracción terminé por tropezar, sujetándome de lo primero que pude.

Me levanté de inmediato, pues había oído otra cosa, algo apagado. ¿Qué era...?

El eslabón del que me había aferrado vibró, se sacudió de un lado a otro con un zumbido eléctrico. Al poco rato, el siguiente hizo lo suyo. Ese movimiento se repitió en el tercero, en el cuarto, y yo observé aquello pálida, viendo a los muertos alejarse, viendo a las criaturas de la caverna retroceder entre chillidos de espanto. Mi vista subió por la cadena que temblaba, que

sacudía a las otras, que hacía sacudir a toda aquella estructura por completo. Por primera vez, comprendí que era una telaraña.

En la cima de la red había un hueco, y de allí algunas puntas negras asomaban entrecruzadas.

“¿Qué es...?”

El sonido se repitió allí arriba. Fue como un susurro, una carcajada, como la brisa del viento arrastrando las hojas. No necesité mucho más para comprenderlo. Las cadenas, formando esa telaraña inmensa que ocupaba el cielo, esa telaraña que yo había importunado al caer. Todo se sacudió, y la sangre descendió de mi rostro, mis piernas se acalambraron mientras lo veía.

En la cima de la noche, las puntas oscuras se sacudieron, comenzaron a descender, a escavar, abrir el hueco que las contenía. Crecieron hasta surgir como patas, gruesas patas negras y lustrosas que se retorcieron moviendo toda la estructura, liberando el resto de ese ser. Perdí la capacidad de hablar. Supe que había llegado a la morada del Titiritero, que era el Titiritero lo que se desprendía ahora de su trampa para atraparme.

Esa gigantesca criatura quedó colgando, las patas abiertas en toda su magnificencia, el abdomen recortado haciéndola parecer una inmensa mano de ocho dedos, ojillos lustrosos enfocados en mí. Los chasquidos se volvieron redobles de tambor. Me sentí capaz de desmayarme.

“Corre, Liseth”, dijo una voz, mi voz.

El Titiritero balanceó su inmensa mole hacia atrás, y sus patas se prendieron de los eslabones de su red. Comenzó a bajar lentamente.

“Tienes que correr. Tienes que correr ahora.”

Mis rodillas temblaban, apenas podía controlarme.

El Titiritero continuó reptando, silbando sonidos mecánicos hacia mí.

“¡Corre!” grité, y recuperando mis piernas logré darme la vuelta y salir disparada. Aquella cosa inmensa siguió mi movimiento y me dio caza, abriéndose paso a fuerza de empujar, haciendo pasar el cuerpo monstruoso por entre los resquicios de las cadenas. Yo corrí con la mente en blanco, con el instinto de supervivencia dominándome por completo. A mi alrededor, otros muertos con máscaras se alejaban, buscaban guaridas por las que perderse, reían y lloraban huyendo conmigo.

Vi una de aquellas guaridas, un túnel irregular que se abría de lado, y sin pensarlo más me metí por ella. Los tambores redoblaron, una música perversa sonó, sentí los golpes del Titiritero al avanzar sobre mí, siguiendo el recorrido por el que me tambaleaba, adivinando mi presencia en la oscuridad. Podía ver. No sudaba, no reía, sólo pensaba en salir viva, en escapar de aquel monstruo. Caí del otro lado, y otro paisaje se abrió: luz, un camino colgante de madera, lámparas de papel mi costado que se interrumpían entre salto y salto. Era como el escenario de alguna obra.

No perdí el tiempo en ponerme de pie y correr, y la criatura se descolgó a los pocos segundos detrás de mí. Crucé por el puente, sin preguntarme si era firme o no. El Titiritero dio un salto que me heló el alma. Pensé en la caza, en cañerías, mil imágenes de terror se confundieron en mi mente, mientras lloré, mientras me perdí a mí misma saltando hacia el siguiente puente.

Al costado, esa araña me siguió de salto en salto, siempre tan sólo un paso atrás, y cuando el papel lámpara la tapaba, no era su forma inmensa lo que la luz proyectaba sino a una silueta que saltaba con alegría y gracia, que volvía a convertirse en abominación una vez superaba el recuadro de papel.

Hice un último esfuerzo y me arrojé, por el hueco circular que se abrió en el suelo.

Caí rodando por un túnel de colores chillones, un túnel inmenso que subía y descendía, que giraba absorbiéndome. Pero antes de lo que creí, aquella fuerza se detuvo, y quedé atrapada. Comencé a gatear, presa de la desesperación. Los sonidos truculentos de las patas del Titiritero se aproximaban cada vez más, vi a una de ellas asomar y luego al resto de esa araña hacerse caber, empujarse por el túnel, siempre detrás mío, los ojillos fríos y desprovistos de luz reflejando mi expresión de horror. Gateé a toda velocidad, sabiendo que iba a ser alcanzada. Las patas estaban tan cerca que casi podía tocarlas. Lágrimas calientes se resbalaron de mis ojos, puse todas mis energías, toda la fuerza que tenía en alejarme de mi perseguidor, y entonces el túnel se cortó, y yo caí desde su salida.

Aterricé de espaldas sobre un suelo de madera impecable. Un escenario. Miré a mis costados, espantada: vi miles de asientos, asientos rojos, asientos iguales a los que habían estado en el Lastega. Era un Teatro.

Desde la boca del túnel, el Titiritero comenzó a desprenderse con malicia. Pasó las patas delanteras, empujó con las de atrás, se impulsó vomitándose a sí mismo hasta salir despedido sobre mí. Entonces, poseída por la desesperación, levanté una mano y grité.

-¡Detente! ¡Ahora!

XXXIII

Frente a mis ojos, flotando en el aire, el Titiritero quedó congelado. Yo no parpadeé, respirando pesadamente, el sudor helado resbalando de mi rostro, las rodillas temblándome mientras veía a esa araña inmensa proyectar su sombra frente a mí, sin moverse, las patas extendidas como una garra que quisiera acabarme de un impulso. Lo había logrado. Si era un espíritu, había conseguido forzarlo con mi poder. Pero estaba convencida también de que no había acabado.

Con una risa que parecía provenir de un pozo profundo, el Titiritero fue cambiando de forma: en el aire, sus patas se contrajeron, se fue reduciendo de tamaño, la oscuridad sólida que lo componía replegándose al centro de su cuerpo. Los ojillos se fundieron, los colmillos se metieron en una boca, toda esa inmensidad fue reabsorbida, integrada a la figura que entonces descendió con la gracia de una bailarina, sobre la punta de un pie, acariciándose ambas mejillas en una expresión de placer.

Luego Anna Vauldari abrió sus ojos, ojos tan fanáticos como los que había visto en la visión, en la fotografía de la familia Berkan. Sonrió, y su gesto se tornó en un éxtasis demoníaco; levantó ambas manos en actitud de presentadora y cadenas surgieron de la nada, latigando el escenario para hacer coro a los aullidos que oía a mis espaldas.

-¡Den un aplaaaauso!- gritó, echando el cuello hacia atrás. En los asientos rojos, antes vacíos, tronaron una multitud de palmas, de silbidos, de gritos en una lengua desconocida. Vi a los muertos, a los centenares de muertos del Palacio ocupando esas butacas infinitas, vi sus rostros deformes verme con malicia, los oí silbar y aplaudirme, a mí, a Anna, como si lo que presenciaran fuera tan sólo un espectáculo.- ¡Bienvenida Liseth! ¡Te estábamos esperando!

No atiné a contestar nada, volviéndome a ella, sin atreverme siquiera a arrastrarme lejos cuando caminó descalza hacia mí. La ceñía un corto vestido rosado de danza, sonreía como enajenada sin dejar de mirarme. Volvió a hablar, señalándome con un dedo, posando en el escenario.

-Ganaste el premio mayor, Liseth. No creí que fueras tan buena como para controlarme mientras soy un espíritu. Por suerte para mí, nunca me deshice de mi cuerpo. Me gustan las cosas bonitas. ¿No te parezco una cosa bonita?

-Eres... Gieth Berkan.

De su garganta emergió un gemido húmedo.

-¿Ya lo sabes? Liseth, Liseth, ¿quién te lo dijo?

Se acercaba. Pensé que Mikhail había muerto, que debía moverme, y retrocedí, pero el borde del escenario estaba demasiado cerca. Anna puso sus manos tras la espalda, dando un salto hacia mí, luego otro.

-Fue Zaq, ¿verdad? Bueno, no tiene importancia. Es un verdadero aguafiestas. Pero soy bueno cuidando mi identidad- rio, y me señaló- A diferencia de ti.

Y luego acercó su mano hacia mi rostro, aferrando mi boca, mis mejillas. Su cara también se aproximó, los ojos rosados, fanáticos, la piel tersa como si fuera de porcelana. Era un hombre. Incluso luego de saber la verdad, apenas podía notarlo, pero aquel cadáver andante no era natural, podía notar que liberaba energía del Palacio como el hospital modificado por Clarissa lo había hecho. Parecía...

Tragué saliva, paralizada. Desde esta distancia, estaba segura de que Anna podía matarme en cualquier momento, como a Mikhail.

-Cuando vi a Mina...- susurró, cada vez más cerca- Cuando la vi ese día, luego de que me hubiera encargado de deshacerme de ella, ¿te imaginas mi sorpresa, Liseth? ¿Te imaginas qué tan confundido estaba?

Me soltó, y yo caí viendo de cabeza los primeros asientos, los muertos que observaban nuestro encuentro. Anna se paseó en el escenario, dio una vuelta estirando los brazos, gritó hacia la multitud.

-¡¿Quieren un show?!

Vi de cabeza a los espectros dar carcajadas, señalarnos, todo el teatro pareció estallar en vítores, celebrando lo que vendría. Gieth Berkan estaba complacido. Me levanté, tomando fuerzas, y pude ver las tres jaulas que colgaban arriba, jaulas desde donde nos miraban figuras conocidas: Kylar, Clarissa, Jason. Abajo, Anna volvió a voltearse.

-Liseth, tengo tanto por lo que agradecerte. Hasta que llegaste al pueblo me hallaba tan perdido... ¡No sabía qué quería realmente!

-Devuélveme a los demás- dije- Por favor. Devuélveme a Matt, a Kari, a Will...

-¡Ah!- sonrió Anna, guiñándome un ojo- ¿Los viste, o aún no? Ya te los mostraré, te mostraré en dónde están. ¿Sabes? Me gusta hacer muñecas. Este cuerpo es una muñeca en donde puedo guardarme y salir al mundo de los vivos, mis hermanos allá arriba, tan cercanos de sangre, son los muñecos que me protegen, y nuestro público aquí son muñecos que danzan bajo mi mano. Este es mi Circo de las Marionetas. Es mi... afición. ¿Tienes algo como eso, Liseth?

No entendí de qué hablaba. Su expresión demente, la felicidad en sus palabras, todo me decía que era imposible razonar con él.

-Por favor... Déjame ir....

Anna se inclinó hacia mí, de repente seria.

-Lo siento, eso sería súper patético. ¿No los oíste? Todos quieren una función, una buena función, ¡sería terrible no complacerlos! ¿Que tal repetir nuestro espectáculo en el Lastega? Esta vez podría tener un papel principal- se volvió a erguir, posó, dio otra vuelta dramática de bailarina sobre el escenario- Es broma, voy a matarte.

Al decir aquello me soltó un puntapié que me mandó con una fuerza imposible volando, cayendo de la tarima hacia los estrados. Me sentí a punto de desmayarme, luché por contener la consciencia y recuperar el aliento. Era horrible. La sensación de no poder respirar...

Anna ascendió con gracia, acercándose por los escalones anchos que dividían una porción del palco con la otra. Algo de aire entró, logré aspirar, me incorporé a los tropezones y corrí, trepando entre banco por banco, y en cada asiento al que me subía no había una sola alma, pero yo sabía que estaban allí, en el contorno del ojo, que todos los muertos me seguían con la mirada. Máscaras en las paredes rieron, vi siluetas de bailarinas señalarme, girando como papeles, y Anna avanzó al ritmo de aquella canción, a pocos pasos de donde yo me arrastraba.

-¡Es broma, Liseth! Era sólo una broma, no te enojés. Dije que iba a matarte, pero eres como yo. No puedes morir, no tendría sentido hacerte morir. Es un poder que tenemos. Uno de los muchos que descubrí, ¡y me siento tan contento! ¡Tan libre!

Rio, y yo esquivé otro puntapié, saltando a la siguiente butaca. Pedazos de tapizados y madera salieron desperdigados por los aires y se convirtieron en nada antes de tocar el suelo. El teatro parecía crecer infinito, conteniendo a todos los muertos, los ruidos de las risotadas y de aquel himno que cantaban me llegaban a la distancia, junto a los insultos y gruñidos de Jason Berkan, colgado desde su jaula cerca del techo.

-¡Verdaderamente este es mi mundo!- se retorció Anna abrazándose, temblando de una manera imposible- Aquí todo se mueve como yo lo quiero. Y hay más, oh, sí, siempre hay tanto más. Cada día que pasa me vuelvo más fuerte, mi influencia se expande. ¡Es absolutamente maravilloso!

Una cadena me aferró del tobillo, y me vi lanzada otra vez contra el aire. Lazos. Los suyos parecían más agresivos, más monstruosos que los míos.

Caí de espaldas contra nuevos asientos, lanzando un quejido de dolor. Anna dio otro salto elegante hacia mí, y juntó las palmas.

-Por ejemplo, transmutar la realidad al palacio, ¿no? Ese truco lo aprendí de mi hermana Clarissa, y con él pude convertir mi cadaver en esto, y cobrar mi parte de nuestro *intercambio*. Luego estas cadenas que siguen mi voluntad, de Kylar. Soy tan afortunado. ¿No lo crees?

Retrocedí, intentando poner asientos entre nosotros.

-Pero lo más importante me lo enseñaste tú, como dije. Mi veneno. Yo creí que era un veneno para matar, que acabaría la vida de Mina en cuanto se lo diera. Por eso cuando te vi en su cuerpo, cuando comprendí... ¿Cómo explicarte mi alegría, Liseth? Pudiste poseer a Mina. Mina fue tuya. Eso era lo que buscaba, y tú me lo mostraste, y yo... De sólo pensarlo comienzo a excitarme.

Quise hablar, pero sólo pude soltar un gemido lamentable. Me continuaba alejando, y Anna continuaba avanzando, y no parecía haber fin para la lenta persecución. Estaba herida. Iba a morir. No veía modo alguno de escapar.

-De qué... ¿de qué estás hablando?

Necesitaba ganar tiempo.

-El veneno que mi espíritu produce no afecta el cuerpo, sino el espíritu- juntó los índices, concentrada- Mina perdió la fortaleza de su espíritu, y por eso tú pudiste poseerla. No habría podido imaginarlo. Cuando lo comprendí, de inmediato quise utilizarlo otra vez, probar que mi teoría era cierta. Fue una suerte que ese día en Visgana, Candice decidiera regresar a su cuarto mientras revisaba entre tus cosas.

-Tú...

-Candice se durmió, ¿verdad?- se relamió Anna- Justo como la entrometida de Mina. Pero no me interesa poseer a Candice, oh no. Pasó suficiente tiempo, logré juntar suficiente veneno, y no quiero desperdiciarlo. No es para Candice, ni para Mina, ni tampoco para ti, aunque planeo regalarte un poco ahora. Como no puedo matarte, ¿lo considerarías una muestra de mi apreciación?

-¿Qué...?

Entonces otra cadena me aferró de la cintura, acercándome a ese monstruo. Quise retorcerme, pero los eslabones me estrujaron, otra cadena me sujetó las piernas, una tercera y una cuarta hundieron su metal en mis brazos, impidiendo que me defendiera.

Anna puso su rostro cerca del mío, y sonrió.

-Gracias, Liseth. Me gusta este cuerpo, pero ahora sé bien lo que deseo. Deseo ser una niña de verdad. Y gracias a ti, voy a poder lograrlo. Tendré a mi Kassia para siempre conmigo.

Y antes de que pudiera decir nada, Anna hundió su boca en mi cuello, y mordió. Sentí una punzada fría, tan fría como el centro del invierno, sentí las extremidades temblar y acalambrarse, un pesar indescriptible, y entonces todo se desvaneció.

Durante lo que parecieron horas, me hundí en la inconsciencia, incapaz de moverme, ciega, poseída por un frío que calaba hasta lo hondo de mi ser arrancándome toda emoción, toda energía, todo sentido.

No sé qué que soñé, si soñé algo, si vi a Mina arrojada, en el suelo de la escuela como al principio del año y me vi a mí misma en ella, si pude por primera vez compartir su sufrimiento. Si sé que durante ese largo rato, todo se convirtió en una confusión indescriptible, sentidos que se agudizaban y desaparecían, agonía, temblores, el oír risas y ser movida, sin distinguir debajo de arriba, nada de la realidad de lo que pudiera aferrarme.

Tras eso todo se mantuvo en silencio, similar a como había imaginado la muerte. Más que pensar, o que existir, me sentía como algo guardado, ajeno al mundo y a las cosas que eran.

No sé cuánto tiempo pasé así, sin ser. El tiempo era un concepto difuso en mi estado: miles de años, un segundo, todo era irrelevante. Pero eventualmente, aunque incapaz de moverme o abrir los ojos, sentí. Sentí, primero, un dolor agudo en el estómago, en donde Gieth me había pateado, y luego también el cosquilleo desagradable de los calambres, el suelo duro sobre el que me hallaba, el cansancio que me pesaba en todo el cuerpo. Estaba viva. No sabía en dónde estaba, pero me hallaba con vida.

Necesité todavía muchos minutos más para moverme un poco, para cambiar mi posición, siempre adolorida, evitando llorar para no perder energías. Cuando por fin pude ponerme de cuclillas, mi espalda dio contra algo duro y helado. Entonces mis ojos se abrieron solos.

Y descubrí que me hallaba entre barrotes.

Débil como estaba, apenas podía pensar en lo que me rodeaba. Era una jaula, apenas lo suficientemente grande como para que pudiera estirar los pies. Me tambaleé de un lado a otro, confundida. Sentí otra vez amargura, ¿por qué no estaba muerta?

-Despertaste- dijo una voz.

Un temblor me recorrió de pies a cabeza. No podía ver en dónde se hallaba. Pero escuchaba el sonido truculento de las patas del Titiritero, de algo rondando no muy lejos de mi jaula. Un sinfín de risas perversas hicieron eco en la distancia.

-Descuida, te moveré a donde puedas dormir. Pero antes, Liseth. Viniste para verlos, así que te los quiero mostrar. Mira los nuevos juguetes que he hecho. Estoy seguro de que te van a encantar.

Más risas, correteos, ecos distantes de goteos. Apesumbrada, usé mis brazos para moverme dentro de aquel reducido entorno. En la oscuridad, algo se aproximaba. No iba a matarme. No iba a matarme, porque como él, yo era una nigromante, pero aun así, eso sólo lo hacía todo peor.

Me contraje cuanto pude, conteniendo el aliento. Los pasos eran rítmicos, cada vez más cercanos. Sonaban...

No eran pasos.

El rebote se repitió un par de veces, y luego entre las sombras, aterrizando cerca de mi prisión, una pelota terminó rodando lejos de mi alcance. Yo la miré, sin comprender. Era una pelota de fútbol.

-¿Matt...?

El Titiritero dio una carcajada distorsionada, moviéndose sobre mí.

-Matt...

Una silueta se movía entre la negrura, me costaba vislumbrarla. Sujeté los barrotes con mis manos, y lo llamé.

-¡Matt!

Hubo un silbato que me aterró, y yo solté la reja, retrocediendo como podía. No tenía margen para escapar. Mi corazón retumbaba, quería estar en cualquier lado menos este, aquí entre toda esta sombra. Y la silueta que había frente a mí era fácil de reconocer. Reconocía a Matt. Pateaba al aire como si jugara, siempre el mismo movimiento, una sonrisa bestial clavada en las facciones, perpetuamente, su cuerpo dominado por algo.

-¡Respóndeme...!

Otra vez el pitido sonó. Por allí, algo también se acercaba. Miré a Matt, moviéndose como un muñeco de esa forma, poseído por algún espíritu, y luego a lo que marchaba: Wilhelm, soplando un silbato, caminando con las rodillas bien flexionadas como un robot, los ojos en blanco mientras daba vueltas y vueltas. Era tan ridículo como horroroso.

-¡Déjalos ir! ¡No tienen nada que ver con...!- grité, y me contuve, pues otra figura menuda venía tambaleándose desde la izquierda, también con una sonrisa perversa grabada en las mejillas- ¡No tienes por qué hacerles esto!

-Ahora son míos. ¿No los reconoces? No voy a matarlos, Liseth. No me gusta pelear, jamás me interesaron esas cosas. Voy a usarlos, porque son míos, mis muñecos, mis juguetes. Míralos bien.

Entonces me volví a Matt, pateando en la distancia, y sobre él pude ver a otra figura cernida, poseyéndolo, ni más ni menos que a Jason Berkan. Wilhelm tapó mi visión, en su marcha demente, y tras él vi a Kylar, su monstruosidad siguiéndolo con lentitud. Adiviné a Clarissa en la oscuridad, antes de que Kari se acercara. Estaban siendo poseídos por los tres. Pero a diferencia de otras veces, vi dolor, pesar en la cara de Jason, en los ojos vacíos de Kylar Berkan o de su hermana. Como espíritus, ellos también estaban siendo controlados en aquella demostración perversa.

-Son tus hermanos... ¿Cómo puedes hacerles esto?

El Titiritero se removió, sobre mi jaula, trepando en alguna distancia, danzando entre su red de cadenas.

-Son mis hermanos. Me pertenecen.

-Eres...

Oí aquel ruido de carbón, de algo que se reabsorbía. De cabeza sobre mi prisión, Anna asomó su rostro entre los barrotes.

-¿Qué soy, Liseth? ¿Un monstruo?

Tragué saliva, viendo su expresión burlona. Ella se descolgó, aterrizó sobre sus palmas, en vertical, y luego volvió a posicionarse de espaldas a mí.

-Todas esas cosas no me importan. No quería pelear contigo, pero ah, ¡ah!, ¿qué más remedio hay? Estoy seguro de que te lo advirtieron. Te dijeron que te detuvieras, pero no quisiste, ¿no es así? Tenías que seguir husmeando, molestándome, fue tu culpa que tuviéramos que llegar hasta este punto. *Tú eres un monstruo, Liseth.* Pregúntales a ellos.

En su camino de guardia, Wilhelm pasó cerca de Anna, quien lo esquivó girando sobre un pie divertida. No supe qué responder a aquello. El pesar que reinaba sobre mí, el peso de todo mi cuerpo, todo me impedía pensar.

-Bueno- se inclinó Gieth con las manos tras la espalda, mientras que Kari emergía de la oscuridad- Voy a resolver un par de asuntos pendientes. Espérame aquí, ¿puede ser? Te los dejaré para que se diviertan juntos. Adiós, Liseth.

-¡Espera!

Volvió a trepar, girando sobre los barrotes de mi jaula y cayendo en el techo, y luego lo oí transformarse de nuevo, liberar su forma de espíritu de ese cadáver para subir por las cadenas y alejarse. Una sensación de vacío casi espeluznante me llenó. Me hallaba sola en esta jaula, quién sabía dónde, sola frente a esta visión de horror, sola entre un mar de oscuridad. Si hubiera tenido fuerzas, hubiera intentado sacudir los barrotes. Hubiera intentado patear, golpear, desatar las emociones que me embargaban de algún modo.

Pero no había poder alguno en mí. El veneno me había dejado reducida a la nada, a una cosa apenas móvil en el suelo, encerrada, apretujada, espantada por lo que veía. Wilhelm se seguía paseando como un demente, soplando su silbato cada tanto, echando espuma por la boca empujado por Kylar Berkan, Matt pateaba el aire a la distancia, bajo los brazos de Jason, Kari daba cabezazos contra mis barrotes, uno tras otro, lastimándose. No podía detenerla.

Abrí los labios, y otro gemido penoso emergió. Quise llamarlos.

-¡Kari! Kari por favor, respóndeme...

Ella volvió a golpearse. Detrás de su cuerpo, Clarissa se hallaba de rodillas, rezando.

-Kari...

El silbato volvió a sonar, y Wilhelm dio una carcajada. Estaban llorando. No sólo ellos dos, Clarissa y Kylar también lloraban, un líquido negro se desprendía de sus ojos y se evaporaba antes de tocar el suelo. Al ver aquello, algo me subió por la garganta. No tenía fuerzas para espasmos, pero las lágrimas sí se vertieron solas, lavando mis mejillas. Me sentía miserable. No tenía fuerzas ni para gritar.

Lloré, haciéndome un ovillo, rodeándome con mis brazos y piernas, hundiéndome en esa tristeza. Era el veneno. El veneno me afectaba, emblandecía mi mente y mi voluntad.

Eres un monstruo.

Si tan sólo hubiera hecho las cosas de otro modo...

No, no podía culpar al veneno por lo que estaba sintiendo. Matt, Kari, Wilhelm, quienes me habían ayudado, a quienes amaba, estaban en este estado por mi culpa, y lo sabía. Me había equivocado demasiadas veces. Había sido vanidosa, mentirosa, había sido desleal y llena de codicia, siempre dispuesta a pisar a los demás, siempre dispuesta a cerrar los ojos a todo lo que no me convenía.

Si estaba aquí, de este modo, si ellos estaban condenados a quedar así para siempre...

Quiero morir.

Calientes, las lágrimas resbalaron por mis brazos, por mis rodillas, hasta pasar por mis pies. Quería morir. ¿Qué había hecho? Kain, Mikhail, Mira

Strauser, el camino que todos me habían trazado... Lo había desperdiciado. Era un monstruo. Era una abominación, envuelta en una jaula, y...

Es el veneno.

No es el veneno, no era el veneno. Estaba maldita, lo sabía. Siempre había sido así, desde aquel verano, desde antes de aquel funeral. Había querido olvidar todo lo que era malo, y por eso estaba ciega. No me quedaba nada. Un monstruo, perdido en la oscuridad.

Una abominación, encerrada en la nada.

Un fracaso. Sin sentir, sin odiar, perdida en aquel sueño. Como Mina, pero tan fea como solo yo podía serlo. Ese era mi destino. Y Matt, Kari, Wilhelm, ¿podrían perdonarme? Norbert, ¿podría perdonarme? Alex, Jessica, Candice, el finado profesor Julián...

Los sonidos se iban acallando mientras me sumía en mi sueño. Oscuridad. Algo distante, el tiempo que pasa. Y yo, encerrada en mí misma, envuelta en un capullo de tela y miseria, ajena a toda luz, yo, que ya no quiero sentir, que ya no quiero llorar, olvidada de todo, queriéndolo olvidar todo, mi persona, a la que una mano aferra, de la que una mano tira, empujándome, liberándome.

-¡Despierta!

Abrí los ojos. La jaula estaba abierta, la otra chica me sostenía de la muñeca. No comprendí. Me hallaba de pie. Miré.

Era Alice.

-No tenemos tiempo- dijo- Estás viva, ¿verdad? Debemos irnos antes de que...

-Yo no...

Sin dudarle dos veces me dio una cachetada.

-Siéntete miserable después.

Más lágrimas, y mis dedos rozaron donde ella me había impactado. Volví a mirarla. Alice. Había vuelto a olvidarla, pero ella estaba aquí. Anna se la había llevado incluso antes que a los otros.

Y a mi alrededor, ninguno de los otros estaba.

-¿A dónde se fueron?- pregunté, mientras ella me tomaba de nuevo de la muñeca, mientras me sacaba de la oscuridad- ¿Cómo pudiste abrir...?

-Tu jaula estaba abierta- dijo Alice McRyans de espaldas, guiándome sin mirarme- No sé quién diablos eres, pero tenemos que apresurarnos. Algo lo distrajo. Pero pronto volverá a alcanzarnos. Tenemos que irnos de aquí.

Pensé en Kari, en Matt, en Will, preguntándome qué había ocurrido. Alice no dudaba, me hacía caminar entre las sombras, forzaba mi paso cada vez que yo decaía. Sobre nosotras, enormes cadenas colgaban como una red. Las contemplé, e inmediatamente me despabilé. Había sido una pesadilla. Las contemplé y luego contemplé la espalda de Alice, el largo cabello claro que se desteñía en la raíz, oscuro, su belleza cuando se giraba, siempre sin soltarme la muñeca, arrastrándome, esquivando las jaulas que veíamos, los movimientos que podíamos oír entre las sombras.

Fue una revelación sencilla, tan sencilla como ninguna. En un momento, mientras la penumbra mermaba, siguiéndola ya por mi propio acorde, cerré los ojos y hablé.

Dije:

-Eres Kassia, ¿verdad?

Alice no me respondió, ocupada en salvarnos. Pero yo no tuve dudas. Más aun, me horroricé de no haberlo pensado antes, de no haber visto las similitudes entre el rostro de su hermano y el suyo. Las lágrimas me seguían cayendo, una molestia, pues yo ya no lloraba. Seguí a Alice.

Dije:

-Tu hermano. Te ha estado buscando.

Allí sí, Alice se frenó por unos instantes, pareció necesitar unos segundos para procesarlo. Luego volvió a tirar.

-Vamos.

¿Cómo no lo había visto?

¿Cómo había podido estar tan ciega?

Llegamos a un terreno que se cortaba abruptamente. Algunas cadenas servían para trepar al siguiente barranco, pero Alice no quiso continuar. Yo la miraba azorada, la miraba anonadada, una verdad tan sencilla, una verdad que se había paseado por un año frente a mis ojos.

-No toques ninguna cadena- me dijo- Él se enterará.

-No podremos escapar...

Me hizo una seña, para que me echara al suelo con ella. Me senté a horcajadas, la vi arrancar un pedazo de su camisa, doblarlo, arremangarse el pantalón y vendar una herida, y allí entendí por qué durante todo nuestro trayecto había estado rengueando, moviéndose con dificultad. Algo la había cortado.

-No vamos a poder escapar- repetí, apesumbrada- Él no va...

-¿Cómo te llamas?

La miré, sorprendida. Alice seguía ocupada en su vendaje.

-Liseth.

-Bien. Liseth, esa actitud del demonio definitivamente no nos ayudará. Necesito que estés atenta. Tenemos una oportunidad, pero tenemos que cuidarnos la espalda. Yo conozco este lugar.

-Kain... Tu hermano está vivo.

Ella retrocedió, y luego asintió.

-Lo sé. Él lo tiene.

-No. Lo liberamos. Se encuentra en el hospital del pueblo. Kassia...

Sus ojos se abrieron, pareció ganar esperanza.

-¿Quién eres tú? ¿Qué eres de Kain?

-Soy su amiga. Me pidió que te salvara pero yo...

-¿Dices que él es libre? ¿Qué ese monstruo ya no lo tiene en sus garras?

Asentí, y vi su expresión iluminarse, debatirse entre la esperanza y el cinismo. Luego Alice volvió a levantarse, me tendió una mano, me ayudó a hacer lo mismo.

-Si Kain está afuera ahora, entonces quiero verlo. Saldremos de aquí, Liseth. Si no lo hacemos, te matará, así que quiero que prestes atención. He venido aquí muchas veces. Me ha... Conozco algunas cosas. Evita las cadenas. Son su tela.

-¿Pero entonces cómo...?

-Escúchame- dijo, girándose hacia otro lado.- O mejor, sígueme. No hagas demasiado ruido. Hay cosas aquí.

Se movió con cautela paralela al borde del barranco, y yo avancé sobre sus pasos, incrédula. Ambas ladeamos el terreno de este islote que flotaba, desolado, sujeto por los eslabones, en búsqueda de algo que yo no alcanzaba a

comprender. Pero Alice, Kassia, parecía decidida. Hizo un par de metros casi corriendo, soportando el dolor de su pierna, y luego me encaró de repente. Bajo las cejas enarcadas, su mirada ganó alegría.

-Mira.

Me di la vuelta, y para mi sorpresa hallé una entrada. Un umbral abierto en medio de la nada, tras el cual se veía un pasillo blanco, asientos de espera, la puerta de un consultorio.

-Es...

-No es el hospital- me detuvo Alice tomándome de la capucha- Quiere que creas eso, pero no lo es, no esperes que salir nos resulte tan sencillo. Aun así nos sirve. Ven, sígueme. No me agrada que me toquen, pero aferra mi brazo. Así no nos separará.

-¿Nos separa...?

Sin responder, me empujó por aquel umbral, ella justo detrás mío, sus dedos como garfios clavados sobre mi sudadera. Las dos pisamos las baldosas impecables del hospital de San Naerit, y por una milésima de segundo pareció que nos hallábamos afuera. Por supuesto, la ilusión no duró mucho. Las luces se apagaron y prendieron, en una falla, y al tercer o cuarto parpadeo todo cambió, el sitio fue otro, la habitación se volvió conocida para mí. Contuve el aliento, cada vez más despabilada.

Nos hallábamos en un cuarto desprovisto de muebles, sin puertas ni ventanas, con sólo una mesa al medio y, tras ella, una figura que esperaba encapuchada. Yo había estado aquí antes, en mi primera visita. Alice se movió resuelta hacia la figura, pero yo tironeé de su brazo.

-¡No!

-¿No dije que odio que me toquen?

-Conozco esto- tiré de vuelta- No le hables, nos...

-Nos transportará a otra área de este sitio- pifió ella, soltándose- Es un recepcionista. Hay muchos aquí, pero ninguno te lleva a dónde quieres, tan sólo van un poco cerca. Ahora tranquilízate. Déjame actuar a mí. Ya he hecho esto antes.

No pude formar palabra, viéndola darse la vuelta y dirigirse hacia aquel encapuchado. Alice golpeó las palmas sobre la mesa, y le gritó en la cara.

-¡Escúchame bien, engendro! ¡Queremos salir de aquí! ¡Más te vale que sea rápido, o me encargaré de que seas más feo de lo que ya eres!

El recepcionista levantó su rostro deforme, revelando los ojos amarillentos que escondía bajo la capucha. Como en la última vez, todo se hundió, y Alice y yo nos precipitamos por un abismo sin posibilidad de responderle, oyendo risas, carcajadas, el himno de los niños que celebraban al Titiritero. Caí golpeando puertas, por pozos que parecían infinitos, rebotando, siempre intentando mantenerme al lado de Alice, pero sin poder maniobrar, sin poder hacer nada que no fuera intentar mantener mis ojos abiertos, para ver, y los oídos atentos para oír.

¡El Titiritero viene por ti!

¡El Titiritero viene por ti!

¡El Titiritero viene por ti!

-Maldición- escuché decir a Alice. Comprendí que aquello significaba que Anna ya se había percatado de nuestro escape, y tragué saliva, muy poco dispuesta a tener que enfrentarlo por segunda vez. Debíamos apresurarnos. Kassia parecía acostumbrada a las locuras del Palacio, así que mi mejor opción era seguirla. Era doloroso, que a quien había querido rescatar fuera quien me salvara, pero no teníamos opción. Debíamos salir, reorganizarnos, y sólo así podría saber qué había ocurrido con Matt, con todos los que me importaban.

Terminamos por caer rodando en un largo pasillo. Como la otra vez, también lo reconocí: era el mismo lugar en el que el encapuchado me había dejado, aquella penosa vez cuando Glasyalabolas me había salvado. Miré a Alice, quien se incorporaba.

-Esto está mal- dije, pálida- Esto es el territorio de los Cuatro. Aquí...

Miré hacia atrás, en donde el corredor se hundía. Aquella vez, algo me había perseguido entre risas por este mismo lugar, algo que estaba ahora segura era el Titiritero. No podíamos permanecer aquí.

-Es un poco más lejos de lo que me hubiera gustado- chasqueó la lengua Alice- Pero no está tan mal. Sígueme.

Comenzó a encaminarse, ignorando las sombras que pasaban, revisando cada una de la infinidad de puertas que había a nuestros costados. La seguí, siempre mirando hacia atrás, con el temor de oír aquella risa, o ver las patas oscuras, gruesas aproximarse tras nosotras.

-¿A dónde vamos? Nos va a...

-Vamos a con alguien que puede ayudarnos.

La posibilidad me parecía ridícula, pero decidí confiar en ella. La seguí a poca distancia, inquieta, controlando las puertas y sobresaltándome ante las risas lejanas, los rumores, los pasos que se sentían.

No sé cuánto tiempo caminamos, pero en un momento Alice habló, sin mirarme.

-Los escuchas, ¿verdad? A los muertos.

-Me está... Voy a volverme loca.

-La mayoría de ellos son inofensivos- me miró de reojo, haciéndome una seña para que me apurara- La mayoría son como nosotras, aunque piensan distinto. Los hay de todo tipo. No todos son como él. Hay algunos que han logrado clamar su propio espacio dentro de este Palacio, y allí viven en paz. Más que personas son... Como...

Dudó, revisando el número de una de las puertas. Yo la contemplé asombrada. En nada se parecía a la Alice que había conocido, y sin embargo, al mismo tiempo era ella, no había cambiado una sola cosa en su actitud.

-¿Cómo máquinas?

-Como máquinas- asintió Alice- Liseth, tú eras de mi escuela, ¿no es así? La chica nueva que llegó este año.

Asentí, tragando saliva, pensando en Mina.

-Ya te recordé- Alice se giró, señaló la puerta- Quédate tranquila, vamos a salir de aquí. Ven, entra.

Ella no sabía...

No me sorprendí ya tanto cuando al pasar reconocí la misma chimenea, el sillón, el suelo alfombrado y en general el espacio atiborrado, pero acogedor, en donde había estado antes. Incluso al llegar, esta vez por reflejo, lo primero que vi fue la cabeza calva que asomaba tras el respaldar de ese asiento, precavida de quién dormitaba allí. Esta habitación había sido para mí uno de

los mayores sustos dentro del Palacio, por lo que no dejé de caminar a pasos cortos, desconfiando. Alice me hizo un gesto para que me apresurara.

-Como te decía, muchos muertos tienen su propio terreno. No quieren que los importunen. Y aunque en vida no fueron las mejores personas, si sabes tocar sus botones no dudan en ayudarte. Claro que no es tan sencillo. Tardé mucho en aprender estas cosas, pero quiero que las recuerdes. Si algo llegara a ocurrirme, y quedaras sola...

Se interrumpió por unos momentos, pensativa. Yo recordé otro lugar en el que había estado, aquel departamento solitario, la visión de la ciudad, esa presencia muda que parecía eterna, como la de un dios ruinoso, haciéndome escribir sin pensar en nada. Aquel debía de haber sido un espíritu como los que mencionaba Alice.

-Si llegaras a salir, quiero que le des un mensaje a mi hermano.

Desperté de mi trance. Ella parecía tan fuerte, tan altiva, que sólo en ese momento me di cuenta de que también tenía miedo. Alice quiso hablar, pero yo negué.

-Se lo dirás tú. Saldremos ambas.

Abrió la boca, y luego la cerró. Su gesto fue compungido.

Al final terminó decidiendo forzar una sonrisa.

-Sí... Saldremos ambas.

Había esperanza en esas palabras, pero sabía bien que no era tan sencillo. El Titiritero estaba tras nosotras. Teníamos que apresurarnos, tenía que confiar en Alice para que nos sacara de este infierno. Hablarle de Kain, de Mina, todo eso vendría luego. La vi acercarse al sillón, aproximarse a donde Valdomar Berkan dormitaba con la cara agrietada, murmurando, silbando por lo bajo.

-Anciano.

El espectro no se movió, repitiendo su letanía. Yo retrocedí un paso.

-Él es...

-Es el padre de los Cuatro- asintió Alice, sin alejarse- Al que ellos asesinaron. Por lo que sé, fue un hombre despreciable. Liseth, ¿no es cierto? El enemigo de un enemigo es un amigo, especialmente en esta tierra extraña. Anciano, despierte.

-El pequeño está vivo, oh, está vivo. Está vivo. Dioses, ayúdenme, él está vivo. Vive. El pequeño vive. El...

-El pequeño está muerto- susurró Alice al oído de esa cosa- Se está acercando.

Valdomar Berkan dio un alarido, levantándose de repente, sus dientecillos de piraña vibraron, los ojos saliéndosele de las órbitas como globos. Yo misma grité, cayendo al suelo del susto. Pero Alice permaneció en su sitio, impávida.

-Ayúdenos. Ayúdenos a escapar de él.

La boca del anciano se cerró de golpe, como si fuera una trampa para osos. Contra la alfombra, mi corazón poco a poco se fue calmando. Valdomar quedó congelado durante un buen rato, luego con un crepitar sus ojos también se hundieron en las cuencas, luego echó la espalda desgarrada, sanguinolenta de regreso a su respaldo, en su posición original. Alice se levantó, satisfecha, y el anciano no dijo nada más.

La miré confundida.

-Eso fue...

-Este sitio no es para gente de corazón débil- asintió ella- Pero no todo lo que grita aquí es malvado. Todas estas personas tienen miedo.

Se encaminó hacia la puerta de la derecha, muy segura de sí misma. Yo la seguí. Toda la situación me superaba. Kassia. Tenía tantas preguntas para hacerle, tanto que quería saber, sobre Anna, sobre Kain, sobre su vida, qué había ocurrido, cómo sabía tanto de aquí.

Pero por el momento me contenté con mantenerme cerca de ella, pasando aquel umbral. Caminamos por un corredor frío, con grabados en las paredes de piedra y viejas enredaderas pegadas ya a las líneas de sus ladrillos. Cada uno de nuestros pasos hacía un nuevo eco que reverberaba, un eco que nos servía para guiarnos en la oscuridad.

Estaba cansada, sedienta, hambrienta. No sabía cuántas horas habían pasado desde que había cruzado la Puerta Naranja del territorio de los Ashadd, qué día era ahora en el pueblo, en donde Norbert, Alex y Jessica estarían siguiendo sus vidas. Pero por encima de todas esas necesidades, me mantenía muy atenta. El instinto de supervivencia se había quedado instalado en mí, desde la primera vez que había visto al Titiritero descolgarse de su tela, volvía cada sonido o sombra una amenaza. Alice podía controlarse más, pero no actuaba muy distinto. A decir verdad, era admirable lo compuesta que estaba. Sin ella, estaba segura de que yo hubiera permanecido en aquella jaula, hundiéndome en el pesar, maldiciéndome para siempre, que la locura me hubiera dominado mientras deambulaba por la arquitectura imposible del Palacio.

Pensando en la jaula volví a recordar a Matt, a Kari, a Wilhelm, convertidos en muñecos por Anna. ¿Había una forma de salvarlos...? Y que mi prisión se hubiera abierto, antes de que Alice me encontrara...

-No te distraigas. No conozco este sitio.

La noté tensa, por lo que me tensé aun más. El corredor había terminado. El suelo lustroso sin embargo continuaba, el espacio se abría como en un magnífico museo, gruesas columnas de mármol se alzaban para sostener un techo abovedado, lleno de arte, imágenes de la creación, imágenes de mitos que desconocía. En el medio, en forma de cruz, una fuente de agua terminaba por verse fosforescente. Alice la observó con atención, acercándose, pero yo la detuve tomándola de la muñeca.

-¡Espera! Conozco este lugar. No estamos tan lejos.

-¿Eh?

-¡No estamos tan lejos de la salida!- sonreí- El Balcón debe estar cerca, y de allí yo podría...

Me interrumpí, y mi vista se desvió a un costado. Allí, asomando tras la columna, aquella niña me sonreía. Las trenzas negras le colgaban sobre los hombros, caían hasta casi tocar el suelo. Tartamudeé un par de veces, y Alice levantó una ceja.

-¿Decías?

-Dame un segundo- musité, pasándola. La niña pareció alertarse, corrió hasta la columna del frente, y yo apuré el paso hacia ella.

-¿Liseth? ¿Qué haces?

-¡Sólo un segundo!- la calmé, levantando una palma, ya corriendo hacia aquel fantasma- Sólo quiero...

-¡Liseth!

Hubo un chapuzón, y de la fuente emergió algo blanco, tullido, sujetándose de dos manos escamosas, mordiendo con una boca que llegaba hasta detrás de sus pequeñas orejas. No llegué a gritar, pero caí, y esa criatura chorreante reptó hacia mí como un cocodrilo.

-¡No!- gritó Alice, y sin más la pateó en el costado. El espectro apenas se inmutó, pero yo conseguí incorporarme y huir hacia donde la niña corría- ¿Qué diablos haces?

Una segunda sombra también dio un par de vueltas sobre la fuente, y luego decidió lanzarse por el otro lado, para ayudar a su compañero. Aterrizó con las palmas sobre las frías baldosas, palmeó, me dirigió una sonrisa llena de malicia. Costaba creer que pudiera haber sido similar a un humano en algún momento.

-¡Alice!

Alice pateaba al primero en la cabeza, sin darle tiempo para reaccionar, ignorando el propio dolor de su pie. Yo dudé, viendo a la niña que asomaba su frente tras la columna, pero luego corrí a ayudarla. El segundo espectro se me interpuso. Era poco más que un animal. Reptó su enorme mole hacia mí, las piernas que se alargaban sin parar, algo similar a una anguila con patas, continuó relamiéndose mientras más se acercaba. Dudé, aterrorizada, y vi a Alice desprenderse de su camisa.

-¿Qué estás...?

Ella envolvió el cuello de su enemigo con la prenda, y tironeó pisándolo. El monstruo se debatió, furioso.

-¡Mantente muerto, jodido bastardo escamoso!

Pisó una, dos, tres, lo que me parecieron una infinidad de veces, y la criatura pareció ablandarse. Luego Alice me arrojó esa camisa. Entre mi miedo, y la urgencia, no supe qué hacer con ella.

El hombre-anguila se lanzó hacia mí abriendo sus fauces, y yo le arrojé la prenda. Al entrar en su boca él mordió, creyendo haberme agarrado. Eran ciegos. Alice pasó a mi lado, me sujetó del brazo, corrió en dirección a las columnas mientras aquella cosa escupía la tela, furiosa, y el otro regresaba al agua derrotado.

-¿Qué intentabas, pedazo de idiota?- me gritó, alejándome- ¿Qué se te metió en la cabeza?

Me hallaba demasiado asustada como para poder responderle. Mi pecho estuvo desbocado hasta que pasamos otra puerta, hasta que dejamos aquella escena. Hubo algo más de sol, el sol de una mañana, y un pasillo ruinoso, algo similar al del balcón. Habíamos ido por allí por accidente, pero creía que nos acercábamos.

-Lo... Lo siento...

Ella me soltó, fastidiada.

-No vuelvas a hacer eso. Dijimos que saldríamos las dos. Eso incluye salir en una pieza.

-Es sólo que...

Alice volvió a levantar una ceja, y yo busqué con la mirada hacia adelante, pero no pude encontrar un rastro de aquella misteriosa niña. ¿Por qué me preocupaba tanto?

-Vamos- suspiró, juntando su abundante cabello con ambas manos y pasándoselo por delante- Dices que estamos cerca de ese Balcón, o como se llame. Si es así, no hay tiempo que perder.

Me sentí culpable, por lo que estuve callada durante un buen rato. Pisábamos roca vieja, continuábamos ese sendero que subía y subía, las paredes de ladrillos derruidas a veces desplomándose del todo para revelarnos un esplendoroso amanecer, la visión de una vasta llanura por la que el sol recién se asomaba.

Recordé al Balcón, a Kain, a sus diez años en ese lugar, y luego a Mina, encerrada por las enredaderas.

Hundí mi cabeza entre los hombros, siguiendo a Alice.

-Hay algo que debo decirte.

-¿Es algo que debes decir ahora, o puede esperar?

-Es...

Me callé, porque Alice se dio vuelta. Pero no se había volteado por mí, sino que veía algo detrás, parecía vislumbrar algo que yo no. Casi al instante comprendí que no era ese el caso. Estaba escuchando. Una canción infantil se aproximaba desde donde habíamos venido.

¡El Titiritero viene por ti!

¡El Titiritero viene por ti!

¡El Titiritero viene por ti!

-¡Corre!- me gritó, tirando de mi sudadera. La oscuridad se tragó el suelo, el pasillo, cubrió todo de sombras y de las sombras surgieron colores, máscaras de neón que reían, los contornos de los niños y los espectros que danzaban y cantaban, coreando los pasos que se aproximaban a toda velocidad.

Usé toda mi energía para correr, me vertí por completo en mis piernas, empujándolas al máximo. No estábamos tan lejos. El amanecer fue devorado por aquella neblina, las únicas luces fueron las del carnaval que nos rodeaba en un delirio perverso.

Detrás, el sonido del Titiritero al avanzar era mecánico, insistente.

-¡Más rápido!

Pisaba ladrillos arrojados, me lastimaba los pies, hacía todo lo posible para no perder el equilibrio. Pasando como una baraja de cartas, las siluetas de las bailarinas posaron señalando el sitio por el que Gieth Berkan se aproximaba. Alice dobló por el otro lado, arrastrándome, y yo comprendí lo que había dicho, que los muertos tenían miedo, que, si cantaban, y señalaban, y reían, tal vez no era tanto por ayudarlo a él sino para advertirnos a nosotras de qué dirección seguir.

Corriendo por el techo, emergiendo de esa oscuridad, el cuerpo lustroso y oscuro del monstruo se precipitó hacia nosotras en silencio. No había forma de que pudiésemos escapar. El Titiritero se soltó, se retrajo en el aire volviendo al cadáver que conservaba adentro, y Anna Vauldari aterrizó entre ambas. La oscuridad se había ido, nos hallábamos en otro pasillo ruinoso, cerca del amanecer. Apenas pude reaccionar, pateada contra una de las paredes.

Anna puso las manos sobre los hombros de Alice.

-¡Alice! ¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo escapaste?

-¡Suéltame!

Me adelanté a Anna, pero de la sombra una cadena surgió como una víbora, tomándome del talón, golpeándome contra el suelo. La nariz comenzó a sangrarme. Gieth apenas me miraba.

-Alice, Alice, Alice. No puedes irte. Te necesito.

Dio un paso adelante, y la otra se alejó.

-No soy Alice.

-Cortaste tu pie, ¿no es cierto?- le miró el vendaje el otro sin escucharla, las manos en la espalda y la expresión interesada- Y usaste la sangre para... ¡Oh, Alice, eres tan valiente! ¡Por eso me encantas!

Levanté un dedo, apuntando a Anna. Creía poder hacerlo, tenía que poder hacerlo. De una de las ventanas emergió una enredadera llena de espinas, que se lanzó hacia él para aferrarlo.

Pero Anna apenas la miró. Otra cadena surgió, golpeando mi enredadera y destruyéndola.

Se dio vuelta hacia mí, tapándose los oídos.

-¿Qué es eso? Liseth, Liseth, ¿qué fue eso? Sonó como que quisiste decir algo.

Pálida, intenté soltarme de mis ataduras. Los eslabones rechinaron, me levantaron por los aires de cabeza. Anna abrió la boca, y de su interior emergió una protuberancia oscura, una pata enorme, segmentada, con la que tocó tímidamente mi rostro.

Un escalofrío me sacudió visiblemente.

-*Este es mi territorio, Liseth Aurdelard. Yo tengo el poder aquí. Todo aquí me pertenece.*

-Eres un...

La araña retrocedió, regresando a su cuerpo. Anna dio una vuelta, de regreso hacia Alice, quien permanecía de pie, pensando a toda velocidad.

-Cuando morí...- pronunció, los ojos brillando por encima del amanecer, el gesto concentrado en observar a la otra, con fascinación, como si la viera por primera vez- Caí, y caí, y en la oscuridad me volví así. ¿Conoces la canción, Liseth? *Itsy witsy araña, subió la telaraña...* Subí, muerto como estaba, y recuperé mi cadáver ahogado de ese río, y lo traje conmigo. Tuve que hacerle modificaciones; transmutarlo en una parte del Palacio que me permitiera salir, regresar al mundo de los vivos. Al final del día no es perfecto, claro. No respiro, no como, no siento pero... ¡Puedo cantar!

Dio otra vuelta, riendo, y las cadenas golpearon otra pared derruida, el marco de una ventana, hicieron temblar el pasillo.

-¡Puedo reír! ¡Puedo jugar! ¡Y pronto...! ¡Oh, Alice!- se tendió hacia la otra, abrazándola. Alice quedó quieta, tan quieta como una estatua, mientras Anna frotaba su mejilla contra la de ella- ¡Pronto sí seré perfecta! ¡Pronto serás mía! ¡Enteramente mía!

-Te odio.

Anna se detuvo, guardando silencio.

Luego se separó, y chasqueó la lengua.

-Alice...

La mano aferró la cara de la otra, y con un movimiento brutal la derribó, estrellándole la cabeza contra el suelo, echándose encima. Yo grité, pero mi alarido fue mudo ante el crujido.

-¿No te he dicho que seas amable?- golpeó Gieth otra vez, los ojos bien abiertos, la expresión truncada en furia- ¿No te he dicho que te portes bien?

Alice, ¡Alice! Siempre me estás desafiando, siempre me escupes, siempre me odias, eres tan... Tan...

La abrazó, riendo, ignorando la sangre que se derramaba.

-¡Tan *linda*! ¡Alice, eres tan linda!

Se frotaba sobre ella, hincando su rodilla entre sus piernas. Me esforcé, tirando de mi cadena, la cadena que parecía perder voluntad en su distracción. Anna se levantó sobre sus brazos, viendo el rostro apenas consciente de su víctima, luego adelantó el suyo propio, y pasó la lengua por la mejilla de Kassia, por la sangre que le brotaba de la frente, con febril excitación.

-Iba a esperar...- dijo, respirando pesadamente, sonrojado- Iba a esperar, pero, ahora que te veo, ya no podría contenerme. Eres mía, Alice. Mi niña, mi muñeca perfecta. Y ahora serás mía de verdad. Tendré tu cuerpo. ¡Podemos agradecer a Liseth por esto! ¡Te amo!

Sus manos aferraron el cuello de la otra, acomodó su cintura y pude notar el miembro que se movía bajo su falda, firme apuntando hacia el estómago de su presa. Alice intentó resistirse, pero no tuvo fuerzas. La cara demoníaca, perversa de Anna le habló a un palmo de distancia con voz distorsionada.

-¡Déjame darte un beso, Alice!

Bajo los ojos achatados y los dientes irregulares, brutalmente recortados dentro de los labios negros, la mandíbula del Titiritero se expandió para dar paso a los dos colmillos de insecto, goteantes de veneno. Esa visión horrorosa fue mordiendo el aire, cada vez más cerca de Alice, con macabra insistencia. Con un grito logré adelantarme, tirando tanto como podía, tomando uno de los ladrillos del suelo.

Lo estrellé contra Anna con todo el ímpetu que tenía. Se partió en dos, y el Titiritero giró su cabeza sobre el cuello por completo, absolutamente livido mientras los colmillos volvían a esconderse en su cuerpo de muñeca.

Antes de que pudiera hacer nada, Alice tomó otro de los trozos arrojados a su lado y lo estrelló contra su rostro. Aquella cosa rodó hacia un lado, temblando, pataleando como posesa. Yo ayudé a Alice a incorporarse, pero en cuanto pude Anna volvió a erguirse como un resorte, como si nada le hubiera ocurrido.

Y nada le había ocurrido. Sonreía, frotándose la frente, en donde en vez de heridas había fracturas como las que tendría un vaso de porcelana.

-Claro, este cuerpo tiene sus ventajas- musitó, y levantó una mano hacia nosotras. Las cadenas surgieron, chirriaron lanzándose. Pero yo ya estaba preparada, y di también mi propia orden.

-¡Tiren!

De los costados del pasillo, mis enredaderas desgajaron los ladrillos de las columnas, de los ruinosos restos de paredes que apenas se sostenían a los costados. Toda la estructura del lugar cedió, se soltó un montón de cal, y con un derrumbe estruendoso el techo se desplomó sobre Anna, quien miró aquello con la boca abierta en una "o".

Una enorme pieza de piedra y concreto pareció aplastarlo, aunque nada era claro entre el polvo y la confusión. Sus cadenas se siguieron moviendo, serpenteando en el suelo, levantando piedras. Pasé el brazo de Alice sobre mi hombro, desbordada, pero ella habló.

-¡Camina! No tenemos tiempo. No bastará.

Bajo la piedra que se removía, la oscuridad volvía a surgir.

Tragué saliva, y rengueando junto con Alice me dirigí hacia la siguiente puerta, rezando porque aquello pudiera detenerlo por suficiente tiempo.

XXXV

No sé por cuánto tiempo caminamos, yo ayudando a Alice a cargar su peso fatigado sobre mis hombros mientras nos alejábamos de aquel pasillo, ni cuántos kilómetros recorrimos, de aquella tierra extraña e inhóspita, de aquella zona abandonada del Palacio en la que no se oía otro sonido que el de nuestras respiraciones, nuestros pies arrastrándose, las gotas de sangre que resbalaban y teñían de carmesí el suelo agrietado.

No me quedaba aliento, mis rodillas temblaban y la bilis subía por mi garganta, apenas me sostenía en pie, pero aun así no dejé de moverme sin mirar atrás. Alice estaba mucho peor. No estaba segura de sí se había fracturado el cráneo o no, pero, en cualquier caso, el golpe del Titiritero la había emblandecido, y sólo tenía suficientes energías para arrastrar tímidamente los pies siguiendo mi paso. Más de una vez, en su mirada entrecerrada, creí ver el deseo de ordenarme que la dejara, que escapara por mi cuenta, pero cuando eso ocurría yo sacaba ánimos de la nada misma, acomodaba su brazo sobre mi cuello con más ganas, resumía mis pasos diciendo que pronto llegaríamos, que no podía estar tan lejos.

Reconocía la arquitectura del balcón, en todos los caminos por los que transitábamos, pero no había nada que me dijera que el balcón mismo estaba cerca, que podía llegar a la Puerta Roja. Todo el entramado era igual: senderos que bajaban entre las enredaderas, habitaciones desoladas en las que nada aguardaba, caminos o escalinatas que ascendían y daban contra una pared silenciosa, que nos obligaba a volvernos. No había muertos, ni peligros, pero la posibilidad de girar por algún sitio y que el Titiritero se nos apareciera era para mí mucho más aterradora que cualquier otro espectro, que cualquiera de las otras locuras del Palacio.

Luego de lo que creí fueron tres horas, terminé por desplomarme. Alice se echó contra la pared, recuperando el aliento, y ambas descansamos en silencio, sin mirarnos, esperando.

En mi mente, se debatía una verdad.

Kassia.

La miré, todavía anonadada, recordé las palabras de Gieth. Ahora comprendía, lo terrible que todo había sido, lo que habían sido para Alice esos diez años de sufrimiento, actuando como él lo quería, todo por saber que ellos tenían a su hermano. Había sido una rehén, una prisionera. Había estado

atada, expuesta a las miradas de todos, sin nadie que la comprendiera, y yo había creído...

Cerré los ojos, calmando mi dolor. Alice entonces con gran dificultad se puso de pie, sosteniéndose de las salientes de la pared.

-No hay que detenernos. No nos detengamos.

Asentí, y la ayudé a incorporarse. No pesaba mucho, se esforzaba por caminar sola. Observé el perfil de su rostro, la serenidad de su expresión, y me pregunté por cuántas cosas habría pasado, mientras su hermano la esperaba, qué infinidad de humillaciones y dolores habría experimentado durante esos diez años, sola, completamente sola en el mundo.

Tragué saliva, recordando. Recordé el cuarto de Mina. Los dibujos de Mina.

Había sido una idiota.

-Alice...

Callé antes de hablar, y ella apenas me miró. Tenía una fortaleza apabullante, pero podía notar que estaba a pocos pasos de caer inconsciente. Si eso ocurría, ¿podría cargarla? ¿Podría cargarla, y evadir a Anna...?

-No conozco esta parte del Palacio- dijo un poco después, cuando pasamos algo similar a un templo, un altar en donde columnas se apilaban siempre a punto de caer, en la forma de algún ritual desconocido- Pero sigamos.

Yo asentí, todavía preocupada por lo suave de su voz, por cómo la pierna derecha le temblaba cada vez que la apoyaba, por cómo desfallecía. La sostuve más, pensativa. Kain por diez años, había buscado a su pequeña hermana entre los muertos, había incursionado en el Palacio infinitas veces para saber qué le había ocurrido. Pero Kassia sólo había estado en el Palacio unos pocos años, los suficientes como para que los vivos la olvidaran. El resto los había pasado en nuestro mundo, con otra identidad, bajo los designios de ese monstruo. Como Gerardo Tressand, el mundo había olvidado a Kassia Antar, para conocer a Alice McRyans. Un nombre falso, una persona falsa. Un nombre que el Titiritero había elegido, un papel para representar. Pude ver un recuerdo de mi mente, de Alice siendo abrazada por Anna en la escuela, el desagrado en su rostro, del hogar de Alice, abandonado, viejo, maltrecho, un hogar que no le pertenecía. Cuántas cosas no había entendido. Cuántas hubiera podido descubrir de no haber cerrado los ojos, de haber prestado atención a lo que me rodeaba.

Sentí congoja, y me frené un poco, pero ella no se detuvo. Yo... Había hecho muchas cosas mal.

Este era el momento, antes de que fuera demasiado tarde.

Tragué sonoramente, y hablé.

-Mina...

Alice pareció despertar, arrancada del insomnio en el que avanzaba. Me miró, y luego volvió a encarar el suelo.

-Mina está poseída. No puede ayudarnos.

Con que aquello creía. Ahora, viendo la cinta de película de mi vida y nuestras interacciones pasar, lo comprendía todo mucho mejor. Por eso Alice jamás había confiado en mí, ni siquiera cuando aparentaba ser su mejor amiga. En algún punto, debió haber creído que yo era otro espectro que servía a Anna.

-Mina está... Fui yo quien...

Nos interrumpió una risa, una risa distorsionada que reconocimos muy bien. Ambas quedamos congeladas, esperando.

Venía de la sala del frente.

-Está allí- se tambaleó ella, pálida como la cera- No podemos ir por ese lado.

-No hay más caminos. Además... Puedo sentirlo. El Balcón está pasando ese sitio.

La revelación me horrorizaba. La entrada a aquel mundo estaba en sombras, nos ocultaba qué había adelante. Pero yo podía sentir la energía maligna que se filtraba desde allí, la presencia del Titiritero. Había podido adelantársenos. Sin embargo, de ese punto en adelante no parecía haber más atajos. Era el centro mismo del Palacio, entendí que era aquí donde los territorios se dividían. El Balcón estaba a sólo unos pasos.

Tragué saliva, decidida.

-Tenemos que ir.

-Liseth...

Me giré para ver a Alice, que ya casi colgaba de mí.

-¿Alice?

-Cuando... Salgas... Quiero que...

-¡Saldremos las dos!- le grité, pero Alice perdió todas las fuerzas y cayó, casi arrastrándome con ella. Logré sostenerla del brazo, y dudé. Estaba desmayada, la cabeza le seguía sangrando. ¿Debía dejarla aquí?

Busqué un escondite con la mirada, algo, la adrenalina ocupando cada fibra de mi cuerpo. No había nada. Y peor aún, zigzagueando por el piso, acercándose hacia nosotras en una nube de polvo, divisé tres, cinco, diez cadenas de hierro que se movían como serpientes.

Tomé a Alice de los hombros y corrí, arrastrándola sin pensar, hacia la siguiente habitación. Iba a arriesgarme. Ya no tenía poder alguno para luchar contra los lazos, que la llevarían de regreso a ese circo; lo mejor que podía hacer era buscar el modo de sortear a nuestro perseguidor en este sitio.

Estábamos tan cerca.

"¡Tan cerca...!"

Al pasar la puerta se cerró de inmediato, salvándonos de las cadenas pero también dejándonos encerradas. Por suerte la habitación no estaba en penumbras. Era distinta a las otras, más elegante, el suelo cuidado, y en su espacio atiborrados espejos, maniqués cubiertos, pelucas y ropajes de gala, disfraces, un montón de muñecos y cosas variadas que se apilaban formando torres a punto de desmoronarse.

De Anna no vi un rastro entre aquel desorden. Pero sabía que estaba aquí. Podía sentirlo.

Dejé a Alice acostada en el suelo, tras controlar su pulso. Estaba viva, pero parecía debatirse entre el dolor y la fiebre. Luego me puse de pie, mentalizándome, y entonces aquella risa gutural y perversa volvió a sonar.

No sabía de dónde provenía.

-Li... seth.

Me fui acercando, poco a poco, al maniquí más cercano, consciente de las salidas. Había dos, sin contar por la que habíamos entrado a esta trampa. Una a mi izquierda, que más que salida era un ventanal, un ventanal que representaba a dos niños que se daban la mano; y la otra frente a mí, que estuve segura daba al Balcón. Si conseguía pasar...

-¿Te gustan las escondidas, Liseth?

Más risas, el crepitar de algo. Mi mano tomó la lona que cubría a esa figura, y tiré. Pero era sólo un maniquí, que me observó con ojos ciegos. Anna volvió a reír.

-Voy a jugar un poco contigo.

-¡Sal!- grité, quitando la lona de un segundo maniquí. Comenzaba a crisparme los nervios. Un par de sombreros resbalaron de una pila al suelo, y aquello me alertó, me hizo voltearme, creí ver una sombra cruzar rápido por el rabillo del ojo. Estaba tan cerca...

-Vengo por ti. Vengo por ti. Vengo por ti.

Empujé otra lona, pero sólo había máscaras debajo. Sentí pasos, pasos que bordeaban la cantidad de cosas que había adelante. Todo mi ser retumbaba.

Salté hacia el otro lado, pero no vi nada.

Nada, excepto...

Había otra forma allí, bajo una lona, una forma decididamente humana que antes no había visto, cercana a un espejo de ribetes dorados. La tela danzaba suavemente sobre ella, como si recién hubiera sido colocada. Contuve el aliento, acercándome. Los muñecos me observaban mudos, la risa había cesado, el silencio era absoluto ahora.

Con temor tomé la tela, y tiré.

Otro maniquí cayó y rodó cerca de mis pies. Me sentí frustrada. Al levantar la vista, noté que una de las muñecas tenía una expresión familiar.

-Boo- dijo Anna. De la impresión salté hacia atrás, y caí sobre la pila de ropa- Ah, no, espera. ¡Boo!

Al gritar aquello sus ojos saltaron como resortes, de la boca emergieron dos de sus patas segmentadas, todo su gesto se transformó en algo monstruoso. Grité, rodando entre el desorden para alejarme, y Anna comenzó a estallar de la risa, su espíritu volvió a meterse por aquel cuerpo duro, fragmentado.

Presas del miedo, intenté huir. Anna dio un par de saltos elegantes hasta llegar a mi lado, y luego me pateó: volví a ser lanzada contra otro montón de sombreros y máscaras, en una lucha para recuperar el aire.

-¡Guerra de almohadas!

Quise levantarme, pero antes de poder hacerlo la araña surgió de su boca, la cubrió por completo, trepó por la pared y volvió a lanzarse. Invoqué una enredadera que me cubriera, pero el Titiritero la aplastó al caer y apenas me dio tiempo para alejarme de los restos de algodón, tela y plástico que se desparramaban por doquier. Luego las patas se contrajeron, y Anna volvió a asomar desde la boca de aquel monstruo, el torso, el cabello cobrizo húmedo y las pupilas convertidas en marcas horizontales, llenas de placer.

-¡Liseth! ¡Creo que ya sé qué haré contigo!

Me estremecí, de nuevo en huida. Alice no estaba muy lejos. Pero si al menos conseguía separarla de ella...

-¡Fuiste una gran amiga, Liseth! ¡La mejor!

La abominación avanzó, arrojando estantes, abriéndose paso entre el caos que llovía, las plumas, los colores. Su abdomen cortado se fue contrayendo de nuevo, Anna emergió como la primera vez, flotando frente a mí.

Apoyó las manos en mis hombros.

-De verdad, has sido una chica muy buena, Liseth. Pero aquí termina nuestro encuentro.

-Qué...

Su mano aferró mi boca con fuerza inconmensurable. Creí que iba a partirme la mandíbula. Me levantó en el aire, mis pies patalearon en vano, perdí la posibilidad de respirar mientras Anna caminaba, llevándome de ese modo.

Lágrimas resbalaron, mojando el dorso de su palma.

-¿Ahogarse es horrible, verdad?- ladeó la cabeza, viéndome con interés- Créeme, no se lo deseo a nadie. Ya que viniste hasta aquí, te daré algo mejor.

“¿Qué va a...?”

-Nadie visita esta parte del Palacio- continuó moviéndose, acercándose hacia el vidrial- Aquí es donde todo comenzó. ¿No sientes como se amplifican nuestros poderes? Conozco este sitio, aquí fue donde caí.

Sin dudarlo movió su brazo, golpeándome contra los vidrios coloridos, lastimándome. Todo eso estalló, perdiéndose en el vacío infinito que había detrás. El terror me dominó, pataleé, intenté que me soltara.

-¡Liseth!- rio Anna- ¿Tan apresurada estás por irte? Toma al menos algo de aire primero. Es un largo camino hacia abajo.

Mis pies colgaban sobre aquel abismo, sobre la oscuridad eterna que reinaba. Había algo de voraz, monstruoso en ese precipicio.

-Es sencillo. Si mueres en la caída, tal vez tu espíritu se convierta en algo como yo, ¿no? E Itsy Witsy araña, podrás subir la telaraña. Aunque honestamente, dudo que ese sea el caso contigo. No me pareces muy... ¿Cuál es la palabra?

Sentí que desfallecía. Mis brazos, mis piernas, todo mi cuerpo perdió su fuerza, y Anna se golpeó la sien con el puño, sacando la lengua.

-Muy fuerte. Eso. A decir verdad, Lis, me has parecido muy poca cosa. ¡Adiós!

Y sin decir más, sus dedos se soltaron de mi cara.

Caí, hundiéndome en esa negrura, y mi última visión fue el rectángulo de luz de la salida perdiéndose arriba, cada vez más arriba, hasta desaparecer en la inconsciencia.

XXXVI

No existía la luz.

En ese hueco inmenso, por el que me desplomaba sin certeza ni apoyo, no parecía existir siquiera el concepto de lo que era la luz, no parecía haber

más que la Oscuridad más primordial, absoluta. Se pegaba a mi piel, a mis ojos, robándome el aliento, la humedad de mis labios y de mis lágrimas, asfixiándome, entrando por todo mi cuerpo para llenarme y teñirme de su color.

Caía.

Caía, pero, por mucho que lo intentara, me era imposible adivinar ya dónde estaba el arriba y el abajo, cuál era mi derecha y cuál mi izquierda, incluso en dónde estaban mis extremidades. Me precipitaba infinitamente, por ese abismo sin fondo, algo más viejo que la existencia del Palacio mismo. No tenía ayuda. No tenía nada, y lentamente mis pensamientos también se consumían.

Estaba sola. Me desplomaba a quién sabía qué velocidad, y mis preocupaciones se iban diluyendo en ese tiempo absoluto, siempre constante, en esa presión sórdida que me rodeaba. Las iba perdiendo una por una. Recordé mi escuela, a mí de niña escuchando música en mi cama, mirando el techo, escribiendo mi diario. Recordé eso y me visualicé como estaba en este instante, un punto insignificante en una vasta brecha, algo inexistente que se hundía para desaparecer.

Poco a poco, todo se fue yendo. Mis sentimientos, mis dolores, comenzaron a purgarse por sí solos. Estaba segura de que estaba llorando, pero no podía ver nada, no podía ni sentir los latidos de mi pecho o el peso de mis párpados.

Me iba durmiendo. El Titiritero, Alice, habían quedado muy atrás; quién sabría qué ocurriría con ellos, cómo terminaría esa historia. Me iba perdiendo en una somnolencia, como un capullo, iba muriendo mientras descendía sin nada que me detuviese.

A lo lejos, en algún rincón de mi mente, una melodía repetitiva comenzó a sonar.

“¡Liseth!”

Mis pensamientos se confundieron, pues veía algo.

Y no quiero que me ignoren o él me ignore, si me trataran mal, si todos me olvidaran. Es idiota. Jamás va a poder pasar eso. Nunca seré nadie. Tengo miedo, miedo porque... Mikhail... Quiero a Liseth. No sé en dónde está mamá. No sé nada, soy una estúpida, siempre fui una estúpida. Necesito alguien que me escuche. Me duele.

“¿Kari...?”

Veía su figura en algún lado, moviendo la cabeza, recortada entre notas musicales que rompían contra las paredes de un pequeño cuarto. No comprendí, la visión se apagaba, no entendí qué me quería decir. Había sido su voz. Giraba entre las sombras, mi ropa ondeaba salvajemente, intenté abrir los ojos. Hubo otro sonido, otro agregado a esa melodía.

Matt estaba pateando una pelota contra la pared, de espaldas a la inmensa cama en donde un monstruo famélico descansaba, un velo tapando sus facciones, una mano alargada señalándolo. Entonces comencé a entender.

Extraño. La extraño. No sé si hago lo correcto. No quiero que ella sufra más. Necesito entenderlo. Fui un cobarde, me equivoqué. Tengo que hacerlo bien. Le di la espalda. Jamás me despedí de ella. La odiaba. Jamás...

"Estoy escuchando sus corazones" pensé. Era él, era Matt. Sus emociones, su alma resonaba en mí, en esta eterna oscuridad. A aquella música se le añadió un pitido exagerado, controlador. Vi figuras, cables, y una puerta cerrada, y a alguien golpeando esa puerta, lastimándose los brazos, hiriéndose en su intento. Y oí entonces la voz de Wilhelm.

Es una mentira. Toda esta familia es una mentira. Debo proteger a mis hermanos, a papá. Tengo miedo. No sé qué hacer, y tengo miedo. Soy un fracaso. No hay nada que pueda hacer, ellos lo tienen. Lo tienen y no puedo hacer nada. Me equivoqué. Nunca seré como los demás. Nunca podré ser normal. Me da vergüenza que hablen de mí, no quiero...

-¿Will...?- alcancé a murmurar, pero las palabras que escaparon de mis labios se convirtieron en nada, tragadas por el vacío imposible que me oprimía. Aquellas voces se fueron perdiendo, desapareciendo en la distancia.

Les había fallado. A los tres, por mi culpa quedarían aquí para siempre, perdidos en el laberinto del Palacio, convertidos en marionetas para él. La pena, la vergüenza, la sensación de aquello que había escuchado, todo se entremezcló en mi corazón, y la oscuridad se alimentó de ello. Me acariciaba, mientras me sumergía en sus entrañas.

Pero seguía llorando. No podía detener mis lágrimas.

Otra alarma tronó, en alguna parte de mi anterior, y aquella melodía regresó con más fuerza que antes. Vi a un joven de camisa, el cabello desordenado, números y letras pasando a toda velocidad a su espalda. De su pecho emergían colores: rojo, rosado, naranja, colores que se derramaban contra el cielo. Sonreía.

No puedes rendirte ahora, dijo Mikhail.

Y yo tuve otra visión, la visión de mí misma encogida dentro de mi jaula, y Matt, Will, Kari, poseídos alejándose para abrirle paso a él, a Mikhail, quien abría los barrotes que me tenían encerrada. Había sido él. Pero no sólo él, sino también Julián, el viejo Zaq, los Berkan; incluso ellos eran muñecos que querían libertad, que querían escapar de las manos que los dominaban.

-No puedo- llore- No puedo hacerlo ya. Estoy cayendo.

Nadie me escuchaba. Me seguía precipitando, estaba tan abajo que parecía imposible subir, no había algo que me recordara a la realidad. Pronto lo olvidaría todo. Pronto todo se iría, hasta la culpa.

Las teclas de un piano comenzaron a resonar; una canción triste, de veranos y risas pasadas, una canción que evocaba una añoranza inimaginable.

Temblé, al ver a Kain tocando, cabizbajo, y el cabello oscuro tapaba las lágrimas que derramaba.

Kassia, ¿me escuchas? No hay nadie. Quiero descansar. Estoy perdido, siempre aquí, siempre atrapado. Pero si supiera que puedes escucharme... Si pudiera verte reír una vez más, si tan sólo eso me quitara de este limbo...

Y casi al instante, la melodía le hizo coro, y lo que se repitieron fueron barrotes, barrotes que encerraban a una chica de cabello largo y oscuro, desnuda, encogida como yo lo había estado en esa jaula. Oí la voz de Alice, la misma tristeza que tenía su hermano.

Despierta. Por favor, despierta. No quiero que me vean, odio que me vean. Quiero morir. Kain, ¿podrías despertar? Estoy cansada... Cansada de estar sola. Cansada de ser nada. Me odio. Lo odio. Hermano, ¿vas a despertar algún día...? Por favor...

Aquellas dos voces se combinaron, fueron una sola, fueron el recuerdo de un atardecer hermoso, en donde el sol deslumbraba y la hierba era fresca, en donde dos niños eran felices e inocentes, amados. Abrí los ojos.

Todo se desvaneció, devorado por la Oscuridad. No había nada, sólo esa pena, esa melancolía que me arrancó un quejido, y la melodía completa, de esas seis almas, que terminó por desvanecerse en una última y larga nota.

Me seguí hundiendo, hasta tocar el suelo.

XXXVII

¿Cuándo había sido...?

¿Cuándo había sido que encontré a aquel gatito?

No podía recordarlo. Tenía una imagen fija: yo, acurrucada en el patio, y ese pequeño animal bostezando, bien sentado, bien educado, sin temerme ni odiarme. Yo acercaba la mano hacia él. Hacía frío, mi mano estaba fría, mis rodillas flacuchas temblaban, pero me agradaba esa sensación. El animal no parecía sentirlo. Acercaba mi mano lentamente, hacia su hocico.

Me lamía. Su lengua era áspera, pero yo no retiraba la mano. Había para mí cierto placer en sufrir, incluso de niña. Allí tenía el cabello largo, como ahora. Todavía no me lo había cortado. Todavía no se me había ocurrido que, al mirarme al espejo, ella me estaba mirando, no había querido marcar esa diferencia, usando las tijeras que papá guardaba bajo la cómoda del comedor.

No había llegado hasta ese punto, ni mis párpados se habían caído, ni me había orinado de terror una tarde cualquiera, temblando como posesa en el suelo de nuestra casa. No nos habíamos mudado, no creo que hubiera empezado las clases. Era un mundo nuevo. Yo recién había despertado. ¿Por qué había despertado? Quiero decir, hasta ese punto, hasta un punto muy lejano, yo había sido una niña. Pero en ese momento no lo era. Estaba maldita. Recordaba muy bien esas palabras.

Maldita. Y no habría más para mí que las sombras.

Eso reverberaba en mi silencio, mientras sentía la lengua de ese minino revisar el espacio entre mis dedos, la línea de mi palma. Tengo esa imagen, pero hay más. Ese día, ¿era el primero que lo veía? No, estoy segura de que no. ¿Cuándo lo había encontrado?

Arrojada contra este suelo blando, cómoda como me hallo, pienso que tengo todo el tiempo del mundo para recordarlo. El gato sin nombre había llorado, no muy lejos de casa, cuando yo sacaba la basura. Sí, así había sido. En la oscuridad, el primer día, lo había ignorado, pero al segundo había regresado en busca de mis sandalias, había salido en la noche, y lo había llamado chistando. Era muy pequeño, apenas una cría. Recuerdo eso. Como a papá no le gustaban los animales, supe que lo mejor era guardarlo por mi cuenta. Thomas dormía en el sillón, así que con disimulo pasé, busqué una caja. Una caja, y comida. Debí de haberle llevado leche.

Estoy adivinando. Pero no tengo nada más que hacer, así que está bien. En esos días, papá no hacía más que dormir cuando estaba en casa. Salía mucho, porque los doctores le habían dicho que saliera, pero no hacía demasiado, daba largos paseos solo, me invitaba a esos paseos, fumaba en silencio, viendo las nubes moverse. Recuerdo eso. No tenía nada que decirme, era probable que él también estuviera buscando para sí palabras, o que ya lo hubiera entendido y simplemente estuviera dejando al dolor esfumarse, como el humo de su cigarrillo.

Yo estaba...

No recuerdo mucho porque, como él, durante esos días también funcioné en automático, sin hacer nada importante. Escuchaba música. Escribía canciones en mi diario. No teníamos televisor, pero en ocasiones prendía la radio. Había un programa que me solía hacer reír, incluso en ese entonces. Podía reír. Podía reír, y cocinaba, cocinaba para Thomas y para mí. Había un gran vacío. Había una memoria que me perseguía, cuando apagaba la luz para dormir, cuando giraba mi cabeza en la almohada, sin poder conciliar el sueño: su rostro, cercano al mío, sus palabras llenas de odio y dolor.

"Es mi culpa" pensaba "Mamá..."

Mamá estaba muerta.

En ese entonces tenía ocho años.

Y luego estuvo ese gato, aquel pequeño animal. Lo sostenía entre mis brazos. Lo alimentaba, lo cuidaba, lo acariciaba. Pero no tenía nombre, claro. ¿Qué sentido tenía ponerle un nombre? Lo tuve siete días, lo convertí en mi confidente y en mi mejor amigo, y me aseguré de que papá no descubriera mi

travesura. Iba a todos lados con él, lo veía jugar en el suelo de mi cuarto mientras escuchaba mi música. Así pasó una semana. Sólo una.

Después recuerdo el domingo, cuando veía las patas del gatito sacudirse, su cola quedar tensa, como un par de medias secándose en el alambre. Sé que mientras lo vi sentí frío, un frío muy particular, pero no pude pensar en nada. Ahora, mientras pienso en esas cosas, comienzo a entenderme más. Pero en ese momento fue simplemente algo que hice. No tenía motivos. ¿Necesitaba motivos? No, va más allá de eso. Simplemente quise entenderlo. Fue mi modo de comprender lo que había ocurrido. Era mi culpa que mamá hubiera muerto, eso me había susurrado ella al oído. Así que quise sentirlo otra vez, nada más. Pero no se me ocurre que sintiera algo, ni siquiera cuando controlé que su corazón ya no latía. Era nada, un cadáver, un resto, peor que los peluches que antes había tenido. Era una cosa diminuta, insignificante, todavía con el alambre incrustado en su cuello, la boca entreabierta, en un pedido de aire o de auxilio, las patas contraídas y duras en el aire. Por sobre todas las cosas, sentí desprecio.

Cavé un pozo en el jardín del frente, y lo enterré. Lo cavé con mis propias manos, recuerdo haberme cepillado bajo las uñas con insistencia en la bañera, para sacar cada mínima mota de tierra. Hice una tumba sin nombre, para un gato sin nombre, y continué mi vida sin pensarlo demasiado.

Desde luego, gracias a Mary también sé que no todo terminó allí. Estuvieron los ataques, claro. Estuvo la oscuridad, el terror, aquella silueta alargada plantando sus manos contra el cristal de nuestra puerta, mirándome entre la bruma. Yo estaba horrorizada. Estaba maldita. Los doctores, la preocupación de papá, mi propio llanto y mi espanto, los montones de pastillas y medicamentos; todas esas cosas fueron fugaces, ardientes, un frenesí, un delirio inestable. Y luego las clases. Mis clases, mi escuela. Mis compañeros. Mary, con la mochila que siempre parecía a punto de derribarla y la pollera larga, tan poco a la moda, que defendía con lengua aguda a quien le criticara. Mary, siempre leyendo libros en el aula, acomodándose los anteojos de marco grueso antes de dar alguna opinión. Mary, mi amiga, y también otras y otras que apenas puedo memorizar, caras familiares, caras culposas. Pero puedo ver bien a algunas. Puedo ver a Orlana, de pequeña, ofreciéndome una sonrisa desdentada, ofreciéndome su mano melosa.

“Liseth, ¿verdad? ¿Quieres ayudarnos en nuestro proyecto de Arte?”

Yo había dicho que sí, y ella me había integrado. Estaba feliz entre ellos, éramos un curso muy unido, tanto las chicas como los chicos. Cada día había algo nuevo, y la Oscuridad se mantenía al margen. Sólo eso. Al margen. Jamás se iba, por mucho que quisiera. Siempre era una voz llamándome, obligándome a recordar, una voz monstruosa que en el fondo reconocía, la misma voz que me había maldito.

Mamá.

Mis memorias son confusas, siempre, del momento en el que volví a dejarla salir, en donde quise experimentar ese sentimiento de nuevo, el mismo que había buscado al deshacerme de ese gato sin nombre. ¿Qué quería? No estoy segura de que fuera realmente eso, de si era la culpa o la responsabilidad, o el poder que me confería una verdad tan estúpida como la de haber matado a mamá, un secreto tan inconfesable. Creo que era otra cosa; una furia, algo inconcluso, algo que me forzaba a estirar mis dedos hacia alguien, a moldearlo, a consumirlo. Era... odio. Era el mismo odio que ella había

vertido en mí al maldecirme, un odio y una sombra que yo necesitaba derramar. De todas las personas que me conocieron, incluido papá, incluido Matt o Kari, sólo Mary pudo verlo, y por eso siempre será mi amiga, por mucho que me desprecie. ¿Qué puede importarme que me desprecie? Yo misma me he despreciado toda mi vida. Mary es mi amiga.

Me río, y mi risa hace ecos. Siento pasos cortos, ligeros. Alguien se aproxima.

No me importa. Estoy cómoda aquí, hundida en mis recuerdos. Me siento bien, se siente bien debatirse entre la vida y la muerte. Como decía, Mary es mi amiga, fue la primera amiga que tuve. Pero Orlana, Betiana, las demás también lo eran. Claro que para mí, la palabra amiga no significaba nada. No entonces. Eran mi círculo, mi Club de Delegados. Eran... Eran poco más que vasallas, la mayoría de ellas. Así lo pensaba yo. Entre todas mis pequeñas compañeras me sentía distinta, madura, despierta, sabía que había entrado a un mundo con el que ellas no podían ni soñar. ¿Cómo decirlo? Cuando una cruza una barrera, cuando se entienden ciertas cosas, cuando vemos la verdad, nos separamos de los demás. Yo no me sentía realmente emocionada, por los rumores que corrían, por las confesiones amorosas, por las charlas de artistas y de fiestas. Yo sentía que era algo más en el cuerpo de una niña, una cosa desagradable, una bestia de moños rosados, intentando encajar, debatiéndose entre la bondad y su naturaleza. Quería, a mis amigas. Las quise de verdad, las quise como ahora quiero a mis compañeros, como valoro a Sally, Janet, a Rita o a David, a todos ellos, tan lejos de mí, tan lejos del pozo en el que me encuentro arrojada. Las quería, pero no podía evitar mover mis manos hacia ellas, intentar arrebatarles algo. No pude controlarme, no podía controlar quien era, el legado que mamá me había dejado con sus palabras.

La primera fue una muchacha de nuestro curso, que todavía se pasea en pedazos de mis sueños, con la que converso en algunas pesadillas. No quiero mentir. De su cara, de su forma de ser, tengo muy pocas cosas: recuerdo que era bonita, que tenía un aspecto dulce, algo de bonachona que me irritó desde el primer momento en el que la vi. Solía decirme a mí misma, al terminar las clases o mientras esperaba mi turno en el hospital: "todo sería perfecto si no estuviera ella". Eran excusas, claro. Ahora lo sé bien. No importaba que estuviera ella, o no. Después de descargarme, una vez terminaba el furor de oscuridad que me consumía, ese tipo de cosas ya no eran relevantes. Todavía extraño a ese gato sin nombre, como ahora extraño a Orlana, a Betiana, a aquellas cuyas vidas quise arruinar durante mis vacaciones en Visgana. No es personal. No tengo rencor a nadie. Es solamente... Es solamente un hambre, algo que verter. No puedo controlarme a mí misma.

Pensamientos como ese se me iban sumando, uno tras otro, hasta acallar cualquier tranquilidad en mi mente. Mis ataques de pánico llegaban, con sus ojos, sus manos, sus risas y gritos que me dejaban agotada; la oleada retrocedía, y quedaba siempre otra frase, otra consideración sacada de la nada, que yo no cesaba de repetir. "Esa chica se burla de mí". "Todos la aman, pero ella me odia." "Está intentando reemplazarme." "Por su culpa no puedo amigarme de...". ¿Sabía, en el fondo, que esas cosas eran mentiras hasta para mí? ¿Me conocía lo suficiente como para entender que lo inventaba? No quiero engañarme a mí misma, no tiene sentido engañarme aquí, tirada en la nada, perdida entre los rumores que se aproximan y giran junto a mi cuerpo. Creo que sabía y no sabía: que entendía que algo era falso, que no tenía motivos de

verdad para odiar, pero que de cualquier forma odiaba sin poder frenarme. Esa es la verdad, de quien soy. Un monstruo.

Vuelvo a reír, por lo bajo. Los pasos se detienen, pero sólo por un instante.

Era... Era un placer tan enfermizo, tan poderoso el consumir, el arruinar a alguien. Sentada en la sala de espera, rumiando planes para conseguirlo, sonreía y la sombra se asomaba por entre mis labios, profunda, negra como el alquitrán. Aquella chica sin nombre fue la primera. ¿Pero qué le hice? Apenas puedo recordarlo. Sólo sé que tuvo que dejar la escuela, que hubo un mar de lágrimas, y que yo me oculté temiendo que me descubrieran, pensando que todo había terminado.

Mi siguiente víctima fue Timothy, el muchachito regordete de mi curso. Ya para ese entonces eran muchos los que me querían, los que me seguían, me cedían sus asientos o se divertían estando conmigo, con Orlana, con Betiana. Yo pasaba tiempo con ellas, pero no dejaba de juntarme con Mary: en los recreos, iba a su casa, incluso me sentaba a su lado durante las clases. Así era. Y Mary tenía razón, a nadie le importaba con quién estaba yo, nadie pensaba en grados de popularidad, en rechazos, en nada que no fuera pasarla bien durante su tiempo escolar. Pero yo maquinaba. No podía evitarlo, nunca pude. Soy... Estoy tan cansada, y sin embargo me río. Me sigo riendo, en el fondo de este abismo, río hasta más no poder.

¿Qué fue de Timothy? Había conseguido que creyeran que él... Sí, fue una de mis primeras ideas, y funcionó bien. Todos me habían creído, todos lo habían odiado. No me daba placer el verlo pasar tembloroso y cabizbajo, esquivando nuestras miradas, pero sí me había sentido muy feliz cuando vi las caras horrorizadas de mis amigas, cuando los varones se ofrecieron a darle una golpiza. Era tan bueno. Era tan perfecto. Eso es lo que soy, un monstruo. Me sigo riendo, carcajadas que hacen ecos, recordando, recordando más y más, todo aquello que suprimí, todo lo que no quise ver.

Hubo muchos más, caras, expresiones, llantos que ahora llegan a mí, cobrándome sus desdichas. No debo estar muy bien de la cabeza. ¡Oh, Norbert, usted confiaba en mí! ¡Y Matt, Kari, Alex y Jess, todos confiaron! ¡Si tan sólo supieran...! Comparado con San Naerit, Nueva Gabul era más grande, un jardín más grande en el que hacer cosas, en el que arruinar la vida de alguien pasaba desapercibido. Si no hubiera sido por mi mala suerte, nadie lo hubiera notado. Podría haber terminado todo bien, hubiera sido yo un huracán que lo barría todo, que dejaba estragos a su paso. Pero tuve mala suerte.

Mi mala suerte fue desde luego mi amiga. Mary era siempre tan atenta. Mary no dejaba nada escapar, ni el menor insulto, ni la menor afrenta, y siempre sobre las páginas de su libro nos observaba de verdad, sin temer, sin dejarse engañar por sonrisas falsas o estupideces. Para ella, éramos como los personajes de una novela. Ella percibió desde un principio quién era yo, quiso entenderme, quiso ayudarme.

La recuerdo sentada en su cama, con lágrimas en los ojos, instigándome.

“¿Por qué haces esto, Liseth?”

“No lo sé.”

“Explícame. No puedo entenderte, Liseth. Quiero que me expliques.”

“No lo sé.”

“Liseth, ¿hay algo que te falte?”

No recuerdo qué respondí, pero era en vano. Ah, Mary, debió haberle sido tan difícil decidirse. Debió haberle costado tanto traicionarme... Debió haber visto sufrir, a una, dos, diez personas que le importaban, hasta comprender que yo no era más que odio, hasta que quiso frenarme y me acusó con todos. Ahora que lo pienso, sigo muy orgullosa de que sea mi amiga. No paro de reír. Me acusó, y todos me descubrieron, y cuando la máscara debió haber caído, la Oscuridad se encargó de que no aprendiera nada de aquello.

Porque yo olvidé, olvidé como sólo yo podía hacerlo. Siempre fui una experta en olvidar, en no ver. En cerrar los ojos, mantener los párpados bien apretados, obviar los gritos contra mis oídos, mantener el rumbo de mis pies pensando sólo como quiero, sólo en las cosas que quiero. Esa soy yo, Liseth Aurdelard. Para mí, desde que todos comenzaron a odiarme, me convertí en una víctima, una pobre chica enferma, sufrida, a la que despreciaban sin motivo alguno. Qué patética. Soy absolutamente patética, y cobarde, pero no me importa. Mary, Orlana, Betiana, aquel muchacho, los miles de rostros que me miraban y que me acusaban, ya nada de eso me importa.

Mi pecho se sigue sacudiendo, entre los temblores de mi risa. Me doy cuenta de que me he levantado, de que estoy sentada entre la nada, una mañana cualquiera sin sol, ni cielo, nada más que el vacío. ¿Estoy viva? ¿Estoy muerta?

Al abrir los ojos, diviso la cara de aquella pequeña, que me mira con curiosidad. Se lleva un dedo a los labios, y hace su camino para que la siga. Esa pequeña fantasma... ¿Qué más me queda hacer?

Me pongo de pie, sintiéndome distinta, sintiéndome más fuerte y ligera. Y la sigo. Con una sonrisa grabada en la cara, avanzo pisando la sombra, echando sombra de mis labios, mi aliento un suspiro helado, inexistente. Estoy muy feliz. Estoy muy triste. No me importa; siempre fui un monstruo, siempre fui así, desde ese momento, no puedo pretender cambiar. Es lo que soy.

Camino por este mundo inconcluso, por esta ladera en formación, siguiendo los pasos de la niña. A mi alrededor, silenciosos lamentos se agrupan, siluetas que emergen volviéndose rostros, manos, una multitud completa que se congrega siguiéndome. Los veo. Veo las caras alargadas, pálidas de los muertos, de aquellos que han sido arrojados por el abismo, quienes cayeron por su cuenta, un sinfín de expresiones dolidas, anhelantes, que clavan ojos sin pupilas en mí. Y camino. Camino y esos ojos temerosos no me pierden, abren bocas agrietadas, reseca, me señalan mientras paso entre ellos. Susurran, hablan como si no lo hubieran hecho en una eternidad.

-Sálvanos, Liseth.

-Ayúdanos, por favor...

-Mi bebé...

-¡Liseth!

-Abran paso. Abran paso. Abran paso.

-Te lo suplico, Liseth, ayúdanos....

-Tengo miedo.

Y por segunda vez, mi visión ganando claridad, estoy segura de que por más horrorosos que me resulten son sólo personas, personas asustadas, que se aproximan hacia mí con dolor y timidez, que se inclinan bajo mis pies porque necesitan de alguien que los guíe. Me río, esta vez mi carcajada larga e inestable, pero ellos no retroceden. Se van acumulando: son decenas, cientos, miles, un mar de cabezas calvas o apagadas, de pieles quebradas, heridas

abiertas, un ejército de sufrimiento que se va echando al suelo, abriéndose paso, dejándome caminar libremente.

Ya no sé a qué sigo, ni me importa. Los muertos se arrodillan ante mí, gritan "*¡Abran paso a la condesa, la condesa sangrienta!*", o eso creo oír, en este delirio, riendo, riendo, viéndolos torcerse, ordenándoles que se tuerzan a mi alrededor. Está bien, todo esto está bien. Soy un monstruo. Nada ha cambiado. Quisiera salvarlos, quisiera poder ayudarlos, quisiera que mis lágrimas se detuvieran, pues los ojos me sangran, gruesas gotas que flotan en este ambiente imposible, gotas que salen de mis ojos, de mis ojos amarillos, gotas que no manchan la pelusa que surge de mi cuello. Me duele. Río, lloro, y cambio, mi cuerpo cambia, me vuelvo otra cosa. Soy la Reina de la Noche, ¿no es verdad...? ¡Es fantástico, es perfecto! Estoy bien; es así como debe ser y me río, me río y mi voz no sale, esa pelusa crece, rodeando mi cuello, y sobre mi cabello hay algo que se estira, hebras que se enredan, oh, podrían ser antenas, podría ser que mis pecas fueran ya manchas cruzando mi tez pálida, que mi cabello fuera de un color blanco apagado, salvaje, toda yo cambiando, metamorfoseándome, saliendo de mi capullo.

Giro, danzo, perdida en el dolor y el placer que siento. Estoy transformándome, estoy mostrando quien soy. Los muertos siguen arrodillándose, quieren mi ayuda, ¿pero cómo podría ayudarlos? Soy su reina. No puedo cambiar lo que está mal en mí tan fácilmente. ¡Y creí que podía! Pero Teresa, Larry, Arthur, todos ellos tienen razón, las cosas que hice, quien soy, eso no va a poder moverse, por mucho que lo vea. Sería mejor que me quedara aquí, entre estas almas. Sería mejor que me obedecieran, aquí estaría feliz, aquí todo es oscuridad, no podría herir a nadie.

Risas, risas, risas, y la sangre que brota de mis ojos, de mi boca, de mis orejas. Quisiera verme. Quisiera saber en qué me he convertido, cuál es mi apariencia, qué es la cosa que crece en mi espalda, rodándome como una capa, que crece, crece con crujidos, no para de crecer mientras mis piernas se tuercen, mis brazos se vuelven flacos, toda yo se deforma y se vuelve algo distinto. Oh, quisiera verlo.

Quisiera verlo, pienso, cayendo de rodillas. Quisiera ver qué clase de monstruo soy. Me cubro el rostro con estos dedos duros, pálidos, la sangre mancha mis manos, lloro mientras mis alas se terminan de abrir, inmensas, mil veces mi tamaño, ojos en ella amenazando a mis servidores desde la oscuridad. Mis alas se mueven, también me miran a mí. Yo quería luz, pero es en vano. Sin embargo, sigo llorando. No he dejado de llorar desde que caí.

Y entonces lo descubro, cubriéndome a mí misma, bajo el juicio de mis alas. Descubro qué es lo que me duele tanto, por qué las lágrimas no han cesado de resbalar, de ensuciarme.

Soy una cobarde. Soy una cobarde, pero no puedo evitarlo.

-Los extraño.

Los muertos se ponen de pie, me miran. Todos los muertos me rodean, me examinan con aprensión.

-Extraño a Matt, a Kari... Kain. No quiero perderlos. Oh, por favor, no quiero perderlos. Ayúdenme.

Mis sollozos son discordantes, alejan a quienes antes pedían mi ayuda, los mantienen mirándome desde la distancia. Mis alas baten, y yo presiono los dedos entre mi cabello, me sacudo, sintiéndome triste, tan triste, viendo toda la tristeza que había detrás de mi furia y de mi odio.

Entonces siento el contacto de dos brazos que me envuelven. Alguien me está abrazando, pone mi cabeza en su pecho. Una mujer me consuela. Es una...

-Liseth, mi cielo. Vive.

Las últimas lágrimas resbalan por mis mejillas, se sueltan contra el suelo mientras alzo la vista. Mamá pega su frente contra la mía, apretando su abrazo, sin soltarme, y también lágrimas se desprenden de sus ojos. Había olvidado sus ojos. Había olvidado la mirada de mamá.

-Perdóname- corta su voz la sombra, corta su voz la locura, haciéndome despertar, mientras los muertos se van dispersando- *Es mi culpa. Te estaba esperando desde hace tanto. Perdóname. Oh, Liseth, ¿podrías perdonarme...?*

XXXVIII

Junto a la pequeña mesa ya hay una tetera preparada con agua caliente, una tetera de porcelana con grabados, y la tapa algo corrida deja escapar el vapor de su interior. Hay también una bandeja con terrones de azúcar, el mantel está impecable, hay bizcochuelos de manteca dispuestos en otro plato de postre, cubiertos, utilería. Es un poco difícil de creer, pero todo está allí, lo veo con mis propios ojos.

Y luego aquella niña se aproxima, con una bandeja y dos tazas, tazas en las que las hojas de té ya están machacadas sobre pequeños compartimientos. Apoya la bandeja en la mesita, entre ambas. Lo hace todo con sus pequeñas manos, muy atenta, siempre muy sonriente; separa las tazas para cada una, controla la temperatura de la tetera con la mano, la levanta con elegancia y derrama el líquido, primero en la mía, luego en la de mi madre. Yo la observo durante todo el proceso, maravillada. Parece una niña común, pero la ceremonia con la que realiza esas acciones es desbordante. Por momentos, me pregunto si no es una anciana que jamás creció.

-Gracias- asiento mi madre, y yo hago lo mismo. La pequeña se marcha muy contenta. Y nos deja solas, solas en este cuarto las dos. Yo tomo mi taza, veo los reflejos de mi rostro en el líquido, veo que es el mismo rostro de siempre. He vuelto a ser humana, a estar viva. Frente a mí, siempre sonriendo, Lourdes no dice nada. Sólo me mira, me mira hasta que bebo.

Luego dice:

-¿Te gusta?

Asiento, pero luego añado.

-Prefiero... El café.

-Oh, esos son los gustos de Thomas- sonrío ella- Esa bebida es para gente que ama trabajar.

No sé qué responder a eso, así que vuelvo a mi taza. No lo había notado jamás antes, pero el aroma del té es delicioso. Me llena los sentidos, me hundo en él durante unos momentos. Lourdes, frente a mí, mamá, frente a mí, es algo que veo cada tanto, de reojo sobre la línea de mi taza, como temiendo que de posar mucho mis ojos en ella pudiera desaparecer. Pero está, sentada, sonriendo, enfundada en un vestido negro y con el cabello trenzado cayéndole sobre el hombro, las mechas de pelo que recuerdo de siempre cubriéndole la frente, casi tapándole la mirada. Está aquí, tan real como esta taza, como el té que bebo, como las paredes que nos rodean al fondo de este abismo. Es como un sueño.

-¿Cómo está Thomas?

Trago, y pienso por unos segundos antes de responder.

-Está bien. Está cansado.

Lourdes asiente. Creo que ya sabía la respuesta. Creo que no hay una pregunta que pueda hacerme sobre mi padre, ninguna sospecha que yo pueda decirle, nada que ella ya no sepa sobre él. Es sólo ese gesto, pero por primera vez entiendo que ella también estaba enamorada.

-¿Sabes quien soy, verdad?

Asiento, tomando dos terrones de azúcar y volcándolos en mi taza.

-Eres Raquel.

Mamá sonrío satisfecha.

-Raquel era mi nombre cuando era parte de la servidumbre de la familia Miüller. No recuerdo cómo me apellidaba. Era algo...

-¿No lo recuerdas...?

Me mira, entretenida. Sus ojos son oscuros, oscuros como pozos de alquitrán, me recuerdan todo lo que tomé, todo lo que sufrí. No creí que fuera a verlos nunca más en mi vida.

-Liseth, ¿qué tan vieja crees que soy?

La observo detenidamente, sin una respuesta. Parece joven. A decir verdad, el Palacio la conservó a la edad que murió, cercana a los treinta. Verla es como ver un reflejo de cómo seré dentro de una quincena de años. Pero ¿es esa su edad realmente? Titubeo, comprendiendo, y mamá ríe. Ríe, y toma su taza por primera vez con algo de vergüenza.

-El diario que tomaste, el diario de Henry- dice, rememorando- Es muy, muy viejo, Liseth. Él no siempre escribió en él. Las cosas que hicimos... Quiero decir, el tiempo corre de formas muy extrañas cuando uno no puede morir.

-Ustedes...

-Conocí a Henry cuando tenía diez años. En ese entonces su nombre era Gabriel, y como yo, era parte de la servidumbre de una importante familia, en su caso los Ashadd. Su padre era arrendatario. En cuanto a mí, mamá se encargaba de la limpieza de las bibliotecas de los Miüller. Yo misma tuve que hacer mi parte, más de una vez.

Me es imposible imaginar a esta mujer, pasando un plumero sobre estanterías y tapas de viejos libros. Probablemente sabiendo lo que pienso, Lourdes sonrío.

-Tomamos las identidades de Lourdes R. Miüller y Henry G. Ashadd años después, al deshacernos de esas familias. El plan era, claro, darnos renombre e importancia. Hubo... mucho en ese diario que no estaba, por algún motivo u

otro. Henry era un paranoico en ese sentido. Pero vivimos mucho. ¿Querrías tirar un número?

-Cien.

-Yo diría trescientos.

Me ve palidecer, y ríe.

-Oh, Liseth. Te pareces tanto a tu padre.

-¿Somos...?

-¿Inmortales? ¿Nosotros los nigromantes?- se inclina ella, apoyando la taza, interesada- En la práctica, sí. De morir, sabes ya que es posible salir al mundo y recuperar tu cuerpo, al menos si tu cuerpo puede ser recuperado. Claro que eso es todo un asunto, del que uno no sale muy bien parado. ¿Has visto a ese mocoso de Gieth Berkan? Más le hubiera valido permanecer aquí tejiendo redes en este abismo.

-Tú... Me salvaste.

-No iba a permitir que tu espíritu se convirtiera en algo así, Liseth- asiente ella, más seria- Tal vez regresarías, ¿pero qué serías? No, hay modos mejores. Nosotros los nigromantes tenemos muchos modos de vivir, muchas rutas de escape. Lo importante es que nuestro espíritu prevalece, el control sobre nuestro espíritu se mantiene tan bien como controlamos a los de los demás. Por eso Gieth pudo regresar. Por eso yo estoy aquí, hablando contigo ahora. Y por eso Henry sigue viviendo, con más de trescientos años, viviendo como si ni sólo un día le hubiera pasado, y la gente ignora que él jamás ha cambiado. Tuvo que borrar el busto de su escuela, ¿no es así? Desde hace demasiados años que se mantiene siendo el director.

-Pero... Él no cambió de cuerpo.

-No- da otro sorbo del té mi madre, con una expresión extraña- En mi caso, y en el de Henry, la cosa era distinta. Esto de poseer a otra persona jamás se nos había ocurrido. Lo descubriste tú, Liseth. Bueno, supongo que también debo ceder algo de crédito al veneno del pequeño Gieth. Pero nosotros dos, somos inmortales simplemente porque el Palacio nos permite no envejecer, porque nuestros cuerpos están atados a nuestro contrato con Glasyalabolas. En teoría, no podíamos morir.

-El director y tú invocaron a ese demonio.

-Sí- sonrío ella- Fue mi idea. Había un tomo extraño, en esa época, y yo sentía que estaba destinada a la grandeza, que no era casualidad que lo hubiera encontrado. Era libre, Liseth. Era la joven más libre que jamás puedas imaginar, y nada me importaba. En cuanto a Gabriel, Henry, él siempre fue para mí mi primer novio. Estaba perdidamente enamorado de mí. Creo que yo también lo amé, a mi manera.

-¿Crees?

-Oh, ¿piensas que soy cruel?- se ríe, y su risa es cantarina, pero también la forma de hablar me resulta familiar- Liseth, amar no es ser libre. Si eres libre puedes matar, puedes dejar, si eres libre no tienes ataduras. Yo era así. Leíste ese diario. Era un poco embarazoso que lo hicieras pero, considerando las cosas que he visto desde aquí, supongo que ambas estamos a mano en ese sentido.

Enrojezco un poco, turbada. Mi taza comenzaba a enfriarse.

-¿Me has...? ¿Me has estado observando?

-Sí. Eres una muchacha hermosa, Liseth. Nada de lo que vi me hizo dejar de enorgullecerme de ti.

El sonido de mi garganta al tragar saliva es demasiado evidente. Hay una pregunta que quiero hacer, un tema que ambas estamos evitando.

Voy por otro lado, tomo un atajo. La miro desde mi sitio, acomodando mi cabello tras mi oreja.

-Tú eras la Oscuridad.

-Sí. Lo siento.

-Causabas mis ataques.

Lourdes cierra los ojos con dolor.

-Sí, lo siento. No podía evitarlo.

-¿No podías evitarlo?

-Aquí le llaman el Canto, aunque desde este momento, jamás volverá a oírse, ni en este abismo ni en todo el Palacio. Era simplemente la voz de mi corazón. Yo... Quería verte, Liseth. Discúlpame. Me fui demasiado rápido, te dejé... Te dejé de una manera terrible, y tú sólo eras una niña. Me proyecté en ti. Liseth, ¿algún día podrías perdonarme?

-Dijiste que era mi culpa. Que estaba maldita.

Su gesto se contrae, lo cruza un relámpago de sufrimiento. Me parece imposible de ver. Pero es sufrimiento de verdad. Y sus lágrimas, al abrazarme...

-Liseth... Thomas te contó sobre cómo nos conocimos, ¿no es cierto?

Asiento, recordando a papá, pensando en cuánto lo extraño, imaginando las manchas de nicotina sobre sus dedos al escribir. Lourdes ladea la cabeza, mira hacia otro lado, deja su taza de una vez por todas, y la pequeña aparece desde la nada misma para llevarse lo que usamos.

-Ese día, el día en el que lo conocí... ¿Cómo decirlo...? Me había peleado con Henry.

-¿Con el director?

Suspira.

-Tuvimos un desacuerdo grave, muy grave... Porque... Nos habíamos deshecho de los Berkan. Nos habíamos deshecho de ellos, sí, pero uno de los cuatro había regresado, un niño seguía vivo, y no estábamos seguros de qué hacer con él.

-Gieth.

Chasquea la lengua.

-Gabriel quería conservarlo, para entender más sobre el Palacio, para tener a otro nigromante, pero a mí me daba mala espina. Suena ridículo, ¿no es cierto? Que asesinos, gente sin escrúpulos como éramos nosotros pudiéramos pensar en esos términos. Pero ese niño estaba... mal. Había caído por la brecha, apenas era ya humano. Y en principio lo tuvimos bajo el cuidado del viejo Ezequiel Jerves, y la cosa fue normal, pero luego...

-Luego Gieth planeó quedarse con Alice... Con Kassia.

Ella cierra los ojos otra vez.

-Poco me hubiera importado, supongo, si hubiera sido la misma persona que fui el día en el que invoqué aquel demonio. Pero la verdad, Lis, era que yo estaba cambiando. Había necesitado poco menos de trescientos años para madurar, y comenzaba a desarrollar sentimientos que nunca antes había siquiera imaginado.

-¿Como la compasión?

-Como la amistad- se acomodó el cabello ella a su vez, pensativa- En trescientos años, apenas había tenido confidentes, sólo competencia, gente

que quería servirme, o gente que planeaba que yo les sirviera. Pero en esa época, yo había hecho una amiga.

Lo comprendo, recordando las palabras de mi padre.

-Mira Strauser.

-Mira- asiente Lourdes, con algo de cariño- Una simple profesora. Era tan... Honesta. Pero jamás le conté del todo mi secreto. Lamentablemente, sí le conté partes, le conté lo suficiente como para que pudiera ver. Fue un error.

-Y ella supo lo que Gieth estaba haciendo- concluí- Y Gieth tuvo que matarla.

Me mira con culpa, tocando los bordes del mantel. Entiendo que he dado en el blanco.

-Esa era mi discusión con Gabriel. Yo quería deshacerme de Gieth, evitar que algo pudiera ocurrir con los alumnos de Mira, pero él no daba el brazo a torcer, quería conservarlo, ver qué sería de sus deseos. Tuvimos una pelea esa noche, y yo decidí dejar el pueblo, antes de tener que ver lo que pasaría. Pero era sólo una travesura. En el fondo, habíamos hecho tantas cosas.... Que ni la muerte de unos niños, ni la de mi primera amiga me podían conmover, o eso creía. Planeé irme por algunos días, desesperarlo como antes, y regresar, pero en el camino...

-Te encontraste con Thomas.

Sonríe.

-Era un muchacho cínico, pero como yo, amaba estar vivo. Creo que sabes que nos entendimos fácilmente.

-Todo esto es...

-No sé por qué, pero esa noche, mientras veía a tu padre dormir, comencé a recontar mi vida. Pensé en muchas cosas, Liseth. Pensé en todo lo que había hecho, cada uno de mis pecados, en la clase de mujer que había sido. En los rostros de a quienes había lastimado, en sus voces, en todo lo que debía, lo que siempre había ignorado. Y pensé en la libertad. ¿Qué es ser libre? ¿Qué es vivir con libertad? Miraba a Thomas, imaginaba una vida con él, me imaginaba dándole un hijo, imaginaba su propio pasado, sus padres, su trabajo, las cosas que me había contado, algo tan mundano, algo de lo que me había burlado tantas veces. Pero entendí. Fue una revelación terrible, como apenas puedes imaginarlo. Entendí que ser libre no valía de nada. Ser libre era ser como el viento, sin solidez, sin cadenas, sin estructura. Era vivir y morir, y pasar trescientos, seiscientos, mil años sin un sólo apego. Fue una chispa diminuta en mi corazón, que fue ventilándose, creciendo, hasta arder, algo que hizo una avalancha en mí en tan sólo unos segundos. Estaba cansada de ser libre. Estaba cansada de no tener quién me importara, de pensar que todos eran unos idiotas, estaba cansada de no madurar. Habían pasado tres siglos, y no cambiaba. Ser inmortal no me había ayudado en nada.

»Así que, esa misma tarde, decidí intentarlo. Decidí partir con Thomas, a su ciudad, casarme con él, ser feliz con él, dejar atrás a Gabriel, a San Naerit, a Mira Strauser y al crimen que se había cometido, que no me incumbía. Dejarlo todo atrás por última vez, y sentar cabeza. Viajamos a su ciudad, compramos una casa, nos casamos casi al instante. Thomas no perdía el tiempo con aquellas cosas.

-¿Eras feliz?

No sé porqué, pero esa es la pregunta que me surge, la única que me parece importante. Lourdes asiente lentamente.

-Sí. Jamás había sido tan feliz.

Siento algo subirme, algo húmedo y caliente, pero me contengo. Ella me mira.

-Y luego viniste tú- dice- Al año, los doctores me dijeron que estaba embarazada.

Vuelvo a preguntar.

-¿Me...?

-Te quería.

No digo más, bajando la vista. Mamá vuelve a hablar.

-Si con Thomas era feliz, cuando tú naciste... No podría explicar, lo dichosa que me sentía. Ignoraba las cartas de Mira, ignoraba lo que ocurría allá, estaba tan... No tengo palabras para decirlo. No era libre, no era libre en absoluto, porque por fin algo me importaba. La gente verdaderamente libre no tiene ataduras como el amor o el cariño. Me apiado de ellos. Me apiado de mí misma, antes de descubrirlo.

La miro otra vez, con los ojos enrojecidos y la voz tomada.

-Pero tú...

-Fui una idiota- dice mamá, echándose en el respaldar de su silla- Sé lo que quieres decirme. Oh, Liseth, cómo decir... ¿Recuerdas esas vacaciones, verdad? En la playa, en aquel chalet... En esos días fue que pude comprenderlo. Comprendí mi elección, y lo que implicaba.

-¿De qué hablas...?

-Hablo de esto- se señala, con una sonrisa llena de tristeza- Hablo de morir. Morir de verdad. Había dejado el pueblo, había dejado el sitio en donde mis poderes mejor funcionaban, apenas podía abrir mi Puerta. No me importaba ya la nigromancia, ni Gabriel, ni Glasyalabolas. Y por algo tan simple como eso... Mi contrato con el demonio se canceló. Esa es la simple verdad. Entendí que si quería vivir, mi único remedio era regresar a San Naerit, regresar con Gabriel, regresar a ser la misma persona que había sido antes. Era tan feliz, y esa tormenta...

-Cuando me dijiste...

-No puedo perdonarme a mí misma. Liseth, recuerdo muy bien mis palabras, y todos los días aquí pienso, ¿cómo pude hacerlo? Eras una niña. Estaba asustada, estaba aterrorizada. No quería morir. Había encontrado la felicidad. Hasta el momento, por mucho que hubiera sido inmortal, jamás me había interesado la muerte. Pero cuando entendí que estaba por perderlos, a ti y a Thomas, que mi contrato iba a terminar, que los tres siglos que había vivido iban a cobrarse en un abrir y cerrar de ojos... Me tomó por completo. Lis, en todo ese tiempo, jamás había sido una madre, al menos no una de verdad. No sabía qué hacer contigo. No sabía cómo despedirme de ti, de Thomas, y estaba furiosa, y por sobre todo estaba... Sí, estaba asustada. Esa mañana, cuando viniste, dijiste que habías tenido una pesadilla. Y te odié. ¿Podrías perdonarme, Lis...? Siempre fui una egoísta. Me dolía pensar, que por quererlos, que por el hecho de amarlos tanto todo fuera a terminar. Me dolía pensar en la grandeza con la que había soñado, y entender lo común que yo era. Fue...

La corta un sollozo, que sale de mi boca. Lourdes parece despertar, me mira, y su expresión vuelve a contraerse, también se humedece de lágrimas. Se levanta de su silla, y se inclina junto a mí, tomando mis manos.

-Liseth, mi cielo... Mamá... Por sobre todas las cosas, por sobre todo lo que haya dicho, tienes que recordar que te quiero... Eres mi hija, mi pequeña

condesa... No he cesado de pensar un sólo día en ti, me sentido feliz por haberte tenido... Liseth, ¿cómo puedo hacerte saber...?

Mi cuerpo tiembla, se sacude mientras lloro. La garganta me arde, cuando la abro sale un lamento, no puedo dejar de moverme, mientras mamá me contiene con su abrazo. Mamá. La recuerdo sonriéndome, el sol haciendo brillar su cabello, sus pies pálidos en la arena, la recuerdo haciéndome girar en el aire, posando para una foto a mi lado.

Mamá.

-Jamás me he arrepentido de mi elección.

Me enjugo las lágrimas con mis mangas, todavía temblando, y la veo. Ella también llora, parece anhelante por acercarse, parece no saber cómo hacerlo.

-Lo que te hice fue terrible. Perdóname. No sé cómo... No tengo algo con lo que pueda pagarlo. Eras mi hija, y yo te eché mi odio, te maldije...

Retrocede, también secándose las lágrimas. Somos iguales. Es extraño de ver, pero las dos somos reflejos, la una de la otra.

-Liseth...

-Está bien- digo con voz débil, todavía llorando- Yo te... También te extrañaba.

Por primera vez, su expresión es de sorpresa, hasta herida. Mira hacia otro lado, pero sé que está llorando. Yo veo el suelo, y entonces mamá se lanza, me abraza, me estruja con fuerza, y ambas lloramos al unísono, un llanto que nos debemos desde hace demasiados años, una emoción que nos debemos desde hace demasiado tiempo, que resuena dominando los ecos del abismo, que resuena en cada sitio en donde los muertos vagan esperando.

La pequeña fantasma nos ve así, y algo turbada, decide no acercarse a retirar la cazuela de biscochos. Pero mamá la llama de inmediato, con una señal, cuando por fin separamos nuestro abrazo. Yo me seco las lágrimas, y pienso que la perdono. No podría no perdonarla, no aquí, que puedo sentir a la perfección su corazón. Sé que no me ha mentado, que de verdad ha pasado todos estos años arrepintiéndose, una maldición hundida en el fondo de mi ser, que su grito me ha intentado llamar varias veces, para encontrarme, para pedirme disculpas. Con ese conocimiento, quemado por el ardor de mi garganta, la oscuridad va retrocediendo de mi interior. La puedo sentir borrarse, chillar, retroceder asustada para perderse, diluida en la calidez de mis lágrimas. Es una sensación que jamás había conocido.

Me debato con ese sentimiento, ocupada en dejarlo fluir, en liberar mis emociones. Mamá señala a la pequeña.

-Liseth, cielo. Ahora debemos hablar de algo importante.

La veo, veo la media sonrisa que se dibuja en sus labios carnosos, y sé qué está por decir. Consigo serenarme, y mamá habla.

-Tienes que regresar arriba, al Palacio. Ella podrá guiarte. Conoce todos los caminos, me ha servido bien aquí.

-¿Qué es este sitio? ¿Por qué yo...?

-Esta es la brecha- explica, haciendo un gesto a nuestra ventana, al vacío voraz que se ve por ella- Aquí es donde la realidad se quebró, de un modo u otro, y por aquí deberían pasar las almas de los muertos que el Palacio detiene. Durante los últimos años, me he encargado de cuidar a quienes llegan a este sitio, pero esto debe terminar. Debes hablar con Henry, decirle que se detenga. Lo que está haciendo causará problemas en nuestro mundo.

Asiento, pero luego dudo.

-Si moriste lejos del pueblo, ¿cómo es que estás aquí?

-Mis poderes seguían siendo míos, por encima del contrato que hice. -
mamá se echa el cabello hacia atrás, y la niña se pone de pie detrás de su silla, siempre bien atenta- Sin que lo quisiera, mi alma se fusionó con la tuya, Liseth, quedó vagando en los interiores de tu consciencia. Aquí, las emociones lo son todo. Lo que hay en tu corazón, si eres un nigromante, puede convertirte en algo similar a un demonio. Siempre me interesó este lugar. Los demonios, que salen del otro lado, ¿no serán más que almas, almas que se han juntado, fusionado entre sí de algún modo? No puedo saberlo. Pero lo importante, Liseth, es que esto debería darte una respuesta.

-¿Una... respuesta?

-Sobre cómo vencer a Gieth Berkan. Tienes que regresar allí, y encargarte de que no pueda volver a hacer problemas dentro del pueblo.

-No puedo vencerlo. Es... Es mucho más fuerte que yo.

-Te equivocas.- Lourdes vuelve a examinar la ventana, sonriendo- ¿Has notado como aquí todas las normas se difuminan? Ese niño se volvió un monstruo, como yo impedí que tú te volvieras, y tuvo suficiente poder como para sacar a su espíritu por la puerta, tomar su cuerpo, regresar y convertirlo en algo con lo que seguir viviendo. Aunque fuera por sólo unos segundos, pudo romper las reglas. Un espíritu no puede salir sin estar atado a un ser vivo, pero Gieth pudo salir, e incluso el modo en el que vive en el mundo real es más similar a la muerte que a la vida.

-¿Qué quieres decir?

-Liseth. Cuando caías aquí, ¿no escuchaste las voces de tus amigos?

Quedo boquiabierta, recordando, y ella junta los dedos.

-Fantástico- dice, complacida- Oh, Liseth, serás una grandiosa nigromante. Tus amigos te están llamando. Quienes murieron, quienes viven, incluso quienes ahora pasan sus horas en la superficie sin pensar en ti, sus almas resuenan en este abismo, sus almas claman por ti. No necesitas vencer a ese monstruo en su territorio, tesoro. Necesitas un poder que te permita llevarlo al tuyo, una luz con la que guiarte entre la sombra que proyecta. Eres mucho más fuerte que él.

Alice, Kain, Matt, Kari y Will, la posibilidad de solucionar todo me inunda. Miro a mi madre llena de determinación.

-Enséñame.

Mamá se incorpora, haciendo un gesto a la pequeña.

-Bien. Esto será bueno, Liseth. Puedo sentir una, dos, tres, seis almas que claman por ti. Mikhail Eder, ¿verdad? Vino al Palacio hace poco, y el Titiritero no pudo dominarlo. Pero también la consciencia de Kain Antar y su pequeña hermana, y los hijos de Mira Strauser, Will, Kari, y Mathew. Tu novio.

-Cielos.

Ella se ríe, parece emocionada de poder decirme algo así, como una madre normal. Pero al instante prácticamente vuelve a serenarse. Mamá es como una niña.

-No importa en dónde estén ellos, o en dónde estés tú, desde aquí, esos espíritus te pertenecen.

Me pongo de pie también, muy atenta.

-Me... pertenecen.

-Pero es distinto- levanta un dedo Lourdes- Leíste las cosas que escribía Henry, ¿verdad? El poder de la nigromancia, del Palacio, es el poder de rechazar a la vida. El poder de desear morir, de desear olvidar. Sin embargo, estoy segura de que tú misma te has dado cuenta de que eso no siempre es cierto. Toma a Kain Antar, por ejemplo. Tu otro novio.

-Oh, viste eso. No me salió muy bien.

Mamá se ríe, me toma una mano con cariño.

-A todas nos puede ocurrir. Bueno, en trescientos años, jamás me rechazaron. Pero no quiero distraerte más. Escúchame, Liseth. Kain Antar era una proyección, un alma que en realidad pertenecía a un cuerpo que vivía, y sin embargo, tenía un poder que rivalizaba con el de cualquiera de los Cuatro. Gieth mismo estaba aterrado de él, ¿y por qué?

-Por...

-Porque Kain estaba vivo. Porque Kain deseaba, no muerte, sino que deseaba ver a su pequeña hermana, porque Kain llevaba la luz en él, la cedía por su propia cuenta, no se rendía al olvido que todos tenemos. Incluso ahora, si su alma te está llamando, es porque todavía no se ha rendido.

"¡Kain no se ha rendido!" pienso, emocionada.

-Y tú puedes ser similar, Liseth.- se inclina ella hacia mí- Esas almas que te llaman, que se ponen a tu servicio, no lo hacen porque seas su dueña, sino porque creen en la luz que puedes darles. Con sólo ese poder, te será posible salir victoriosa en esta lucha.

Mi otra mano temblaba, pensando en Anna Vauldari, en el Titiritero. Ella también la tomó, y las levantó con las suyas, a la altura de su pecho.

-Liseth, debes ser valiente.

Tragué saliva, comprendiéndolo.

-Lo seré.

-Podrás hacerlo. No tengo duda de que podrás. Te llevaremos arriba, y terminarás todo esto. Habla con Henry.

-¿Y tú...?

-Si todo sale bien, podré pasar al otro lado.

Intento retroceder, abrumada, pero mamá me sostiene.

-Debo morir, Lis. Te he estado esperando todo este tiempo, pero debo hacerlo. Y la gente, la gente que está atrapada aquí, ellos también deben irse. Esta locura debe terminar. Esta gente necesita descansar.

Los muertos, su pena, las palabras de Alice y el dolor en todos esos ojos pálidos, cansados, me azotan como un trueno. Lo entiendo. Miro a mamá, a Lourdes, sin ya más que decir, y ella me da un beso en la frente con dulzura, vuelve a abrazarme.

-He estado en cada momento, y a donde sea que vaya, seguiré siempre ayudándote. Liseth, mi hija... Mi tesoro...

Y envuelta otra vez en sus brazos, sintiendo su calor, sus sentimientos, sintiendo su pena por todo lo que pudo haber sido, por todo lo que pudimos haber compartido y no ocurrirá, me hundo, recordando sus llamados, recordando el canto, mi danza de la noche, pensando que jamás dejaré de recordarla. La abrazo también, perdonándola de todo, el último abrazo que le daré, el que no pude darle en ese entonces. Mamá. Es extraño decirlo, pero no puedo detenerme. Mamá. Mi vacío, por fin lleno, mi deseo, por fin cumplido, mis heridas, por fin sanadas, y todas mis preguntas encontrando una respuesta que me libera, que me hace sentirme tan dichosa que mi dicha parece tristeza,

porque sé que es el momento de separarnos. Cuando retrocedo, mirando su rostro emocionado cerca del mío, comprendiendo cuánto he esperado oír la decirme que me quería, cuánto la he extrañado durante todos estos años, pretendiendo no oír ni conocer su nombre, me lamento de saber que este momento jamás va a repetirse, que será uno de esos instantes que me marcarán para siempre, mi consuelo de todos esos momentos futuros en los que querré oír su voz, en los que querré tenerla a mi lado para que me dé apoyo, y sólo encuentre la nada. Pero en vez de la nada, hallaré esta memoria: a mamá sonriendo, abrazándome junto a mí, despidiéndose y repitiéndome una y otra vez que soy su pequeña, su pequeña condesa, y que me ama por sobre todas las cosas.

Y lloro.

-¿No me olvidarás, verdad?

Sólo con no olvidar, sé que cualquier adiós sólo será un hasta luego, y que la oscuridad podrá perderse por siempre.

XXXIX

“No te olvidaré.”

El eco de esas palabras me acompaña, el abrazo de mamá, su cálida sonrisa al despedirnos. Me rodea la negrura y mantengo los ojos cerrados, en paz, evocando un llamado: soy yo, solamente yo, parada en medio de las sombras, pero sin miedo, sin odio, liberada de todo lo que me consumía.

“¿Están aquí?” resuenan mis pensamientos, se expanden por el infinito *“Necesito su ayuda.”*

No abro todavía los ojos, concentrada. Es hora de que esto termine. Mi llamado viaja, trasciende el tiempo y el espacio, trasciende las reglas del Palacio y de esta existencia. Y en la oscuridad, una pequeña mota de luz aparece, altera la tranquilidad bajo mis párpados, me obliga a levantarlos para mirar. La veo pasearse como una mariposa a mi alrededor, bailando, posándose cerca de mi hombro, veo la segunda que se aproxima, luego dos más, y otro par hasta completar las seis, seis esferas de luz que giran a mi alrededor, que acuden a mi llamado.

No puedo verlos, pero sé que son ellos. Sé que están aquí, conmigo, que me están escuchando ahora mismo. Y con ese conocimiento, ya completamente segura de mí, extendiendo ambas palmas, dejando el odio en mi corazón esfumarse, invitándolos a la luz que he recibido de mi madre. Las seis almas se encienden, crean un candor que apaga por focos las penumbras, manteniéndose como satélites de mi persona.

Y yo camino. Camino, y las almas comienzan a girar, a barrer con ese brillo la sombra, la alejan y la espantan con su fuerza. Ese tornado aparta el abismo, borra la barrera del tiempo mismo, crea una rasgadura que se extiende frente a mí, que no dejo de avanzar hacia mi objetivo, una rasgadura tras la cual puedo ver el pasillo ruinoso, y en él a Anna inclinada sobre Alice, Anna que se voltea sin comprender qué ocurre, de dónde he aparecido.

Cada paso me acerca más al Titiritero, pero las almas no ceden, se mantienen junto a mí. No necesito oír sus voces para entender que estarán conmigo. No necesito ver, a Mikhail, a Matt, a ninguno de ellos, para comprender cómo desean traer justicia, cómo quieren acabar con el monstruo que amenaza a quienes aman. Por su apoyo camino con la cabeza bien erguida, acortando distancias, mientras que Anna suelta a su víctima y me mira, el gesto desencajado, los ojos bien abiertos y la boca torcida en una expresión de incredulidad, y no cambia la intensidad de esa mirada hasta que me detengo a apenas unos pasos de él, cerrando los ojos.

A mi derecha, posicionándose y tomando forma contra el resplandor del amanecer, puedo ver a Kain, a Wilhelm, a Kassia. Anna mira aquel fenómeno, incrédulo, una gota de sudor resbala por el dorso de su frente. Luego visualiza mi izquierda, en donde los orbes de luz también revelan sus identidades. Matt, Kari, Mikhail. Todos ellos están conmigo, me apoyan, quieren terminar esto de una vez.

Evoco a mamá, su voz alentándome en mi oído, diciéndome que soy más fuerte, y entonces el Titiritero habla.

-¡Liseth Aurdelard...!

-Gieth Berkan.

Abro los ojos, encarándolo, y le regalo una sonrisa cruel.

-Este es *mi* mundo.

Sólo tiene un par de segundos para ponerse lívido, y entonces chasqueo los dedos. Volviéndose de nuevo esferas de luz, las almas se lanzan como saetas contra él, lo mandan con una fuerza imposible hacia una de las paredes, disparándose una y otra vez, acribillándolo con la presión de mil balas. Matt, Mikhail, Kari, puedo ver a todos atacarlo, cercarlo, impedirle salir, y Gieth grita y se lanza con todas sus fuerzas, el rostro convertido en algo demoniaco y las garras estiradas hacia mí. Una mano aferra su muñeca: veo a Kain, Kain como lo conocí, mirando al verdugo de su hermana con ojos llenos de justicia, lo veo golpear a Anna en la mejilla con todas sus fuerzas, y aquello basta para mandar al otro de vuelta contra la pared, en donde las almas vuelven a impactarlo, una lluvia de plata que no cesa de golpearlo, ahogando hasta sus gritos.

Y yo me inclino, hacia el cuerpo arrojado, hacia Alice, desmayada y ayudándome al mismo tiempo. Invoco los lazos: las enredaderas surgen, sujetan sus piernas, me ayudan a levantarla, veo su rostro inconsciente y pienso en cómo la odié, en lo estúpida que fui, en los diez años que pasó sola en aquel infierno, sin una voz que la acompañara, bajo el dominio de ese monstruo.

Mis ojos se humedecen, mientras la sostengo sobre mis brazos.

-¡Kassia, lo siento tanto!

Pero sé que no es el momento ya de llorar. Hay una determinación de acero en mí, una que late junto a las almas que en una ráfaga de luz acribillan al Titiritero, que me hace girarme, llena de furia, seguir avanzando con Kassia

en mis brazos en dirección a aquel resplandor, empujándolo más y más. A nuestro lado, la oscuridad retrocede acobardada, Gieth apenas consigue mantener los ojos abiertos mientras es golpeado y arrojado a lo largo del pasillo, y yo no paro de avanzar, empujando, llevándolo a la justicia, mirando a Kassia Antar y prometiéndole en el silencio que voy a sacarla de aquí, que podrá ver a su hermano, que podrá conocer un nuevo día.

-¡Kylar!- grita Anna, aferrándose de una baldosa, pero es golpeado en los dedos y la suelta, vuela por los aires, no tiene el tiempo suficiente como para poder contraatacar- ¡Clarissa, ayúdame!

Sus hermanos no le responden, y la luz avanza. Mi tristeza, mi miedo, todo se ha truncado en una furia llena de calidez, una furia que lo continúa arrojando cada vez más lejos de su territorio, que espanta a cualquier sombra que pueda invocar. *“No pararemos”*, repiten las seis almas incansablemente, escucho por fin aquí su canto, el canto con el que ejecutan a Gieth *“No pararemos, no pararemos, no pararemos.”*

Así, en esa luz, veo a Kassia, y sonrío. Porque Kain aún resiste. Y Kassia, Kassia, ¿podrías resistir un poco más? Sólo unos minutos, apenas unos minutos, y toda esta pesadilla terminará. Te lo prometo.

Por todo lo que he ganado, te lo prometo.

XL

En la calma del Balcón, nada se movía. La mesa de mármol, entre ambas sillas de alambre, desocupada desde hacía meses, el piano inutilizado, la tapa abierta en precario equilibrio contra las teclas amarillas por la vejez, el alfeizar ruinoso, por entre cuyas columnas se filtraba el eterno atardecer, columnas que siempre estaban a un instante de quebrarse pero que en diez años no lo habían logrado.

Hubo un crujido en la Puerta Naranja, primero, y luego fue que toda esa escena tan familiar se sacudió un poco, como visitada por un repentino temblor. Y tan sólo un segundo después, la Puerta Naranja estalló en pedazos: y la columna cedió, arrojando la barandilla; las sillas de alambre y la mesa se desplomaron rondando por el suelo, la tapa del piano cayó haciendo un sonido cantarín, grave.

Anna Vauldari salió rodando por los aires, una maraña de ropa y cabello, empujado por las luces de mis amigos, por fin en mi territorio. Avanzando tras él, con Alice todavía en mis brazos, yo vi el desorden provocado, y suspiré. Apoyé a Kassia suavemente en una esquina, y volví a chasquear mis dedos: antes de que Anna pudiera lanzarse, aprovechando que las almas habían

retrocedido, los lazos surgieron desde el espacio en donde guardaba a Mina, aferraron sus muñecas, su cuello, lo arrojaron con fuerza inconmensurable contra el suelo, hasta agrietarlo.

Entonces me di vuelta hacia él, hacia ese demonio que me miraba bufando furia desde su sitio, que no despegaba sus ojos de mí.

-No puedo matarte- dije.

Anna abrió la boca, vi una de sus patas asomar, pero luego pareció comprender que de salir podría controlarlo y volvió, resignándose a sus ataduras. Hizo una sonrisa muy poco convincente, fatigada, repleta de ira.

-Suéltame.

-No puedo matarte, pero no irás a ningún lado. Estás en mi territorio.

-¡Suéltame!

Me puse de cuclillas junto a él, examinándolo. Respiraba pesadamente, hacía todo lo posible para zafarse de las enredaderas, pero cada vez más se juntaban, lo sujetaban, no lo dejaban escapar.

Y entonces vi algo, algo detrás de él. En el hueco, la silueta de Kain extendía las manos, como recibiendo un regalo, y las enredaderas se giraban para soltar al cuerpo de Mina, para depositarlo con suavidad en sus brazos.

Kain me miró de reojo, asintiendo, y yo comprendí.

Me levanté.

-Gieth Berkan, los muertos y los vivos han decidido su justicia. Te irás a un sitio del que no podrás salir jamás.

-*¡He dicho que me sueltes!*- gritó Anna, una voz profunda que venía desde su interior. Yo volví a levantar una mano, y entonces las enredaderas se tensaron, comenzaron a tirar de él, llevándolo hacia en donde antes había estado Mina. Lo vi clavar sus uñas en el suelo con todo su ímpetu, dirigirme una mirada furibunda, rugir al aire por el esfuerzo que realizaba. Pero fue en vano. En mi territorio, yo tenía todo el control, y con un tirón más los lazos lo arrastraron hasta hundirlo en la maraña de sombras, plantas y espinas, hasta que sólo su torso quedó flotando, y su voz monstruosa, que vibraba, mientras estiraba su único brazo libre hacia mí- ¡Kassia es *mía*, Liseth Aurdelard! ¡MÍA! ¡Me pertenece! ¡Kassia...!

Lo miré de frente, asqueada.

-*Nada* te pertenece. Púdrete allí por siempre.

Anna mostró los dientes con una mezcla de odio y espanto, más enredaderas lo taparon, se lo llevaron, y lo sumergieron en aquel espacio con un último grito, mis lazos chillando de placer. Eso fue lo último que vi del Titiritero, y el final de sus alaridos dejó el destrozado Balcón de nuevo en el silencio de antes, en la calma perpétua que había tenido desde que Kain lo había creado.

Lentamente, con el peso de todo lo que había ocurrido desde que había entrado, mis rodillas cedieron hasta que caí sobre ellas. A mi alrededor, las almas seguían retornando una por una a su sitio, se soltaban de mi presencia, aligeraban la carga de poder que me habían conferido, y cada vez que una de ellas se iba yo me sentía feliz, pensando en que por fin lo habíamos conseguido, que después de todo un año, no, que después de diez largos años le habíamos puesto un fin a la maldad que residía dentro de San Naerit.

La última alma en irse no salió disparada, borrándose como las otras, sino que se alejó unos pocos metros, tomó forma humana, y me miró con una sonrisa llena de confianza, los ojos brillando por detrás de los anteojos, la

herida inmensa en el pecho sangrándole, siempre esa sangre esparciéndose hacia arriba, volviéndose gotas que se evaporaban cerca de su cuello. Yo también sonreí, mirando a Mikhail.

-Gracias.

-Lo hiciste bien, Liseth. Ahora sabes qué queda.

-Prometo que los liberaré.

Él asintió, con seguridad. Se acomodó los anteojos, vio el amanecer a su espalda, interesado, y añadió.

-Tengo mucha curiosidad... De saber si hay algo o no del otro lado. Pero si lo hay, Liseth Aurdelard, nos volveremos a ver. Y si no existe otro más allá que este Palacio, entonces, déjame decirte ahora que te lo dije.

Me reí, levantándome y extendiéndole mi mano.

-Cuando me toque a mí, y te vuelva a ver, será mi turno de hacer lo mismo.

Mikhail Eder la estrechó, y también rio, una risa cantarina y liberada, una risa que quedó resonando en mi mente incluso después de que se volviera a hacer luz, de que regresara a donde se suponía que estaba. Yo respiré el aire que me rodeaba, complacida, balanceándome sobre mis pies.

Entonces noté que había otra presencia, que alguien más había aparecido junto a mí. No quería enfrentar ese momento, pero supe que no tenía alternativa.

Me di vuelta, para ver a Mina, su espíritu mirarme después de tanto tiempo, y la sentí más como un reflejo, como una parte de mí que se hubiera separado y me examinara desde esa distancia.

Ambas quedamos en silencio, yo temerosa, pensando en todo lo que había hecho y en las palabras que podía usar para pedirle perdón. Su cuerpo se hallaba a pocos pasos, arrojado. Pero Mina no lo miraba.

Bajando un poco los hombros, me regaló una tímida sonrisa.

-Liseth...

-Lo siento- dije, acercándome, mirando su cuerpo con prisa- El veneno debe haberse borrado, pensé que se borraría, pero tú...

Ella negó, tranquila.

-Ya estoy muerta.

Me detuve, sintiéndome terrible por ella. Mina no merecía...

-Liseth, quiero agradecerte.

La miré. Era extraño tenerla frente a mí, verla moverse, ser libre, otra vez libre y despierta. Su mirada era clara, compasiva. Supe que no tenía rencores, que el Palacio no la convertiría en nada. Desde el principio, Mina Harvnes había sido mejor persona que yo, que tanto la había envidiado.

-Perdóname...

-Se siente extraño- ignoró mi palabra Mina, tomando uno de sus cabellos, mirando hacia el costado- *Has estado conmigo todo este tiempo, y pude escucharte, mientras estaba dormida... Y recién ahora podemos hablar. Me hubiera gustado poder hablarte antes, Liseth. Me hubiera gustado poder haberte ayudado.*

Baluceé algo, tomada de sorpresa. Mina se inclinó de hombros. Sonreía, pero estaba triste.

-Pero lo logramos, ¿verdad? Pudiste salvar a Kain, y a Alice. Salvaste a San Naerit, por eso... No sé cómo agradecértelo. Yo estaba aterrorizada. Pudiste hacerlo. Lis, sólo por eso, lo que hayas hecho con mi cuerpo no me

incumbe. No quiero que me pidas perdón. Quiero que vivas, que seas feliz, que hagas lo que yo no puedo. Gracias.

-No tienes que agradecerme nada. Yo...

Callé, porque Mina Harvnes apoyó un dedo en mis labios.

-Liseth, ¿puedo pedirte un último favor?

No se me ocurría, qué podía pedirme, pero en ese momento quise decirle muchas cosas. Que la admiraba, que estaba arrepentida, que hubiera querido ser como ella, que hubiera amado conocerla, tantas cosas que se acumularon en mí, en mi silencio. Y Mina fue quien habló.

-¿Podrías...? ¿Podrías no hablarle a mi abuela de mí?

Yo abrí la boca, sin comprender. Mina miró su propio cadáver, se acuclilló junto a su cuerpo pensativa, distante.

-He pasado ya suficiente tiempo aquí- dijo- Estoy segura de que me he borrado por completo de las memorias de todos. Que todos me han olvidado.

-No tiene por qué ser así. Si hablamos...

-Lis, el olvido es algo terrible, ¿verdad?

Me congelé un rato, pensando en mamá, pensando en mí misma, y en todo lo que la oscuridad me ganó, en las terribles cosas que hice.

Asentí, pero para mi sorpresa Mina negó.

-Pero el olvido también es necesario. A veces es necesario dejar atrás. Mi abuela... Le quedan pocos días, y no tiene nada que la acompañe más que sus penas. Liseth, por favor, visítala. Quiero irme sabiendo que mi abuela tendrá alguien con ella en su último tramo. Pero no le hables de mí. No menciones mi nombre. Mi abuela me olvidará, y eso estará bien. No quiero que ella sufra.

Contuve mis emociones, pues entendí que Mina no mentía, que no estaba diciendo algo en lo que no creyera.

Y dije:

-Lo prometo.

Mina Harvnes se volvió a levantar, girándose hacia mí.

-Entiéndame por el bosque cercano al Adal, por favor. El árbol que trepábamos ya no está más, pero allí es donde solía jugar con Kain y Kassia. Quiero descansar junto a esas memorias.

Cerré los ojos.

-Lo haré.

-Liseth...

Los abrí. Mina se adelantó, tomando mis manos.

-Todo está bien. Me hubiera gustado...

Puso mi palma en su mejilla, y frunció el ceño con dolor.

-Es tarde- dije yo, con mi propia voz tomada- Pero también hubiera querido ser tu amiga. Lamento todo lo que hice. Lamento que tú...

Las palabras se me cortaron, por la culpa y la emoción, y miré hacia otro lado. Pero para mi sorpresa, Mina rio, de manera muy similar a como Mikhail lo había hecho. Rio, separándose, saludándome con una mano, rio mostrándome como era de verdad, como había sido ella, no mi posesión de su cuerpo, no el cansancio y la pena que le había visto todos esos meses atrás, ese día fatídico en que la encontré en el baño, lavando su cara frente al espejo. Era una sonrisa honesta, llena de fuerza, la sonrisa de la niña que había hecho todos esos dibujos, la que quería ser abogada, la que cuidaba a su abuela y se esforzaba todos los días por ayudar a su amiga. Era la sonrisa de la chica a la que Kain

había amado, y por eso, supe que aunque el olvido no fuera siempre algo malo no iba a poder jamás olvidarla.

Mina dijo:

-De algún modo, siento que todo esto nos ha convertido en una.

Tras aquello también se desvaneció, mientras en mi corazón vibraba el mismo sentimiento. Se fue caminando, por el hueco dejado en donde antes estaba la Puerta Naranja, el largo cabello oscuro ondeándole a la espalda, pasando por donde pude ver a Kylar, a Jason, a Clarissa, mirarme en silencio desde su lado, sin atacar, rindiéndome un último respeto y unas últimas gracias en la oscuridad. Ellos tres, y Mina, se perdieron. Se perdieron antes de que pudiera decirle que sí, que pensaba lo mismo, que odiaba el hecho de no haber podido salvarla, y sin embargo, por la mirada que me dirigió antes de irse del todo, supe que ella no necesitaba escuchar mis palabras, que ya me conocía lo suficiente y había podido entenderme mejor que yo misma.

Con aquella última nota, la calma regresó a ambos mundos.

XLI

Matt es el primero en despertar, en parte porque yo estoy sentada a su lado, sacudiéndolo, poniendo las manos en su pecho cada tanto para asegurarme de que su corazón late. Cuando por fin me regala la visión de sus ojos abiertos, el resto de mis preocupaciones se diluyen, y exhalo un suspiro. Se levanta en silencio, confundido, examinándome con perplejidad.

Lo abrazo sin muchos preámbulos, y él tose.

-¿Qué ocurrió...? Yo estaba...

Me separo.

-Todo terminó. Matt, ¿no lo recuerdas?

Parece tener la mente en blanco, se frota las sienes pensando. Como fue un alma pura en ese instante, entiendo que ninguno de ellos debe tener memorias de cuando me ayudaron.

Tendré tiempo para contar todo, después. Me pongo de pie, lo ayudo a levantarse, y casi al mismo tiempo escuchamos un susurro: Wilhelm también se ha despertado, aquí en este suelo extraño, y se halla inclinado, moviendo a su hermana como si fuera un animal muerto en el medio del camino.

-Kari. Kari. Kari.

Matt se adelanta, también arrodillándose junto a ella, y con menos parsimonia le cubre la boca y la nariz. A los pocos segundos Kari Weigler patalea, golpea a ambos y los arroja, salta como un resorte.

-¡Will, qué diablos haces!

-¡No fui yo, mocosa estúpida! ¡Mathew!

Matt mismo rueda por el suelo, cubriéndose la cara. Me río, viéndolos, y luego me acerco a los tres señalando el otro cuerpo arrojado cerca de la pileta vacía, dándonos la espalda, el cabello largo resbalando hasta tocar las manchas de moho y humedad que hay al fondo del pozo.

-¿Podrían ayudarme a llevar a Kassia al hospital ahora mismo? Luego les contaré los detalles.

Los hermanos Weigler se miran, me miran a mí, miran a Alice y hacen una expresión de desconcierto similar.

-¿Qué no es esa Alice McRyans?

-¿Dijiste Kassia?

-Liseth, ¿de qué estás hablando? ¿Qué ocurrió? Yo estaba muy tranquila en mi habitación cuando...

Kari parece recordar, el desagradable momento que debió haber sido el ver la Puerta Naranja abrirse de la nada, ver descender las gruesas patas del Titiritero sobre ella, tomándola y llevándosela a su mundo. Se estremece, y yo pongo una mano sobre su hombro.

-Está muerto- digo- Y no molestaré a nadie nunca más.

-Lis...

-¿Lo venciste?- pregunta Matt.

Asiento.

-Y ustedes me ayudaron.

Se vuelven a mirar, sin comprender.

-Pero Kassia...- miro a Alice, la sangre que le brota, y me muerdo el labio inferior, pensativa- Creo que no es grave, pero lo mejor sería apresurarnos. Ayúdenme a cargarla. Estamos en la propiedad de los Ashadd, pero estoy segura de que todas las entradas están abiertas. El hospital no debería estar muy lejos.

Entendiendo que no disponen de muchos minutos para despejar sus dudas, y con los recuerdos confusos asomándoles claramente por los ojos, Matt, Kari y Wilhelm se ponen de pie otra vez, se acercan a Alice, y los dos varones se encargan de levantarla. Kari nota con curiosidad el cabello oscuro, ya desteñido que cubre como melena la cabeza herida de la convaleciente, notando por primera vez su similitud con el fantasma que nos ayudó cuando quisimos emboscar a Johan. En silencio, logran hacer que Matt la cargue sobre su espalda, y luego me miran.

-¿Por dónde?

-Creo que es bajando esas escaleras- digo, lamentándome de no tener un mapa. Al final, mi instinto parece ser acertado, pues de los escalones descendemos a una cochera llena de autos de último modelo, estacionados con perfecta exactitud, y de allí salimos directamente a un hermoso jardín exterior, que calculo debemos rodear para por fin marcharnos de aquí.

Se siente bien, estar de regreso en el mundo de los vivos, en un mundo con coherencia a la hora de moverse y calcular distancias. Sigue siendo de noche, la luna brilla con todo su esplendor, entre mil estrellas guardando nuestra comitiva, las cigarras cantan entre los pastizales y el rocío sobre ellos está fresco, señal de que durante nuestra ausencia la lluvia ha visitado al pueblo, limpiado las impurezas de la primavera. A nuestra espalda, como lo veo por última vez, la propiedad es un monumento blanco, perfecto, en el que detecto mucho de la arquitectura caótica de la tierra de los muertos; al menos

en la inspiración de aquellas paredes torcidas, de las galerías espejadas que no parecen conducir a ningún lado y los barrancos artificiales cerca de los cántaros, dispuestos para observar el cielo.

Caminamos en silencio, o al menos lo hacemos durante los primeros minutos, pues luego Wilhelm comienza a quejarse de que Kari va muy lento y ella lo insulta, devolviendo la normalidad a sus relaciones. Como supuse, encontramos que la reja de entrada está abierta, el candado arrojado en el suelo con la llave puesta sobre él. Matt es el único que mira aquello, pero ocupado como se halla en cargar a Alice, no dice nada. Estoy segura de que tiene mil preguntas que hacerme, que me hará.

Y yo se las responderé. Se las responderé, pero no ahora.

Cuando estamos doblando hacia el camino del centro me detengo, viendo la dirección opuesta.

-Ustedes sigan. Los alcanzaré en un rato.

-¿Lis...?

-Tengo algo de lo que ocuparme- digo, sonriendo a Kari- Avísenles a los doctores que Alice tiene una pierna lacerada, y también fue golpeada en la cabeza varias veces, contra el suelo. Creo que tampoco ha dormido en mucho tiempo.

-¿Qué estás...?

Miro a Matt, el único que permanece callado, y él asiente.

-Vamos- dice, girándose hacia el hospital- Nos veremos más tarde.

Sus hermanos lo siguen algo reticentemente, sin dejar de echarme ojeadas. Yo espero hasta que se hayan alejado lo suficiente, hasta que sean tres puntos diminutos en la distancia, descendiendo el sendero zigzagueante y borroneándose entre los contornos de la noche.

Una vez sé que ya no pueden verme, me doy la vuelta, y regreso por el camino transitado. Pero no me cuelo por la propiedad de los Ashadd; sino que sigo de largo, pasando por los murales del instituto, esos murales con pinturas de perros a las que nunca presté atención, y que ahora me resultan tan obvias. Es tarde, y no hay una sola alma a mi alrededor, y sin embargo, sé que estoy a salvo, que los tres están a salvo, que Norbert, Alice, Kain, mis amigos y compañeros, Alex y Jessica, que ya no debo preocuparme por ellos. Ha terminado.

Ha terminado, pero aún me queda una última cosa que hacer, lo prometido. Enfrento la verja negra del Instituto de San Naerit, pensando en treparla como lo hacía antes, pero luego me doy cuenta de que también está abierta.

Me están esperando, pienso. La reja chirría, y yo paso. Camino por el jardín exterior, una figura solitaria que visita el vacío que deja la ausencia de profesores y alumnos, y paso luego la puerta de cristal del frente, también abierta. Es bueno saber que ya no tengo que colarme por ninguna ventana.

Adentro todo está tan oscuro que sería imposible ver, para cualquiera que no fuera yo. Recorro los corredores con las manos en los bolsillos de mi sudadera, fatigada. Necesito dormir. Pensar en mi cama esperándome, mullida, fresca y blanda, todo eso ya me provoca un ensueño que por poco no me arroja sobre mis pies. Paso la puerta de un aula, de otra, doblo atravesando la zona del comedor de Gustav y la cantina, ignorando el silencio, perdida en mis pensamientos, y luego asomo por el patio interior, veo la ventana encendida de la oficina de arriba, la única luz en toda la escuela, suspiro, y camino.

Me muevo por la galería que bordea a este patio, pensativa, y noto la figura que se aparece de la nada misma, caminando junto a mí, siguiéndome desde el otro lado de las columnas.

Harrold. Incluso de reojo, puedo notar la congoja en su bello rostro, la expresión que hace cuando intenta buscar palabras, siguiéndome, sin atreverse a acercarse demasiado. Y cada tanto, cuando pasamos alguna de las columnas, su forma es otra: la de aquel perro inmenso de seis ojos, fluctuando su pelaje contra la brisa de este jardín, el demonio Glasyalabolas.

Pero cuando decide hablar, ya cercanos a la entrada que conduce a las oficinas del segundo piso, vuelve a tomar su apariencia humana, y se pasa una mano por el cabello rubio.

-Liseth...

-Tú fuiste el que se llevó el cuerpo de Kain ese día, ¿verdad?

Harrold se interrumpe, parece sentirse culpable, y termina asintiendo.

-No puedo romper las reglas. Lo siento.

Sonrío, mirando hacia el otro lado.

-No importa. Me ayudaste, ¿verdad? Decirme que el autor no era a quien buscaba, soportar mis idioteces, cubrirme contra Anna y llevarme hacia donde mis amigos estaban... Eso es lo que cuenta. No tienes que disculparte, Glasyalabolas.

Harrold asintió, todavía apenado, en silencio.

Ambos pasamos la puerta, doblamos por el pasillo en sombras, subimos los peldaños que había subido tan sólo dos veces antes, en donde lo había visto por primera vez, en donde me habían amonestado junto con Alice.

Llegamos a la sala de espera. La puerta de la oficina del director está cerrada, pero se ve luz desde su interior.

-¿Vas a...?

-Voy a hablarle- digo, serena- Estoy segura de que hay mucho que quiere oír.

Él parece dubitativo. Pero a mí no me importa. Todo esto debe terminar; no dejo de pensar en mamá, en Mikhail, en Mina, incluso en los tres Berkan y en la cantidad inconmensurable de almas que en este momento deambulan sin rumbo, esclavas de sus recuerdos, que sufren sin una sola ayuda en la prisión infernal que es el Palacio que ellos construyeron.

Así que sin decir más, abro esa puerta sin llamar y paso a hablar cara a cara con el autor del Diario.

Me recibe la misma oficina impecable, alfombrada de la otra vez, excepto que la escuela que se ve tras el ventanal está oscura, silenciosa, y las luces encendidas sobre nosotros no dejan resquicio, velándome tanto a mí como Harrold cuando pasamos, yo de pie frente al escritorio, él colocándose más cerca de la pared con algo de temor.

El Director permanece de espaldas, mirando por ese ventanal con las manos en los bolsillos. La noche no lo refleja. Se da vuelta, mirándome a los ojos con ese resplandor nacarado, con una media sonrisa que parece honesta, y me extiende su mano.

Yo dudo unos segundos, pensando en todo lo que sé, pensando en lo que significa. Al final decido estrechársela, y él no deja de mirarme.

-Felicitaciones por tu victoria. Estaba seguro de que lo conseguirías.

Me suelta, y yo inspiro, también sin apartar mis ojos de su rostro, de ese rostro sin edad que ha pasado por siglos, de esa cara inteligente, tan llena de astuta maldad. Recuerdo sus palabras en la Academia, en el estadio, aquí cuando vine como Mina, cómo siempre pudo ver a través de mí, cómo pudo ayudarme, y me digo internamente que debería perdonarlo, a él también, que Ashadd no es muy distinto de mi madre.

Hablo.

-Usted planeó que nos enfrentáramos.

El director pone las manos tras la espalda, y asiente.

-Tú existencia y la de Gieth Berkan no iban a coordinar de cualquier forma. Y, esas son las reglas para mí. Los nigromantes tienen que ser dos. Hay sólo dos áreas en el Palacio, dos tipos de Puertas que invocar.

-Anna... Gieth no quería pelear.

-Pero te atacó, ¿no es cierto?- ladea la cabeza él, entretenido- Créeme que yo no lo motivé a obrar de tal modo. Y tú lo cercabas cada vez más, con la ayuda de Mikhail Eder. Estaba escrito que tuvieran que ver cuál de los dos era el mejor. Más aun, en cuanto Gieth descubrió que tú tenías mi diario...

Miro a Harrold, y él baja el rostro con vergüenza.

-Aunque se lo di hace años, Gieth jamás lo leyó- suspira Ashadd- Y cuando supo que lo tenías, creyó que podía haber allí una pista que lo delatara. Fue un hallazgo desafortunado. O afortunado, tal vez. En cuanto a Harrold, aquí presente, me agradecería que no fueras demasiado dura con él. Durante todo este año ha hecho todo lo posible para intervenir en tu favor. Revelar tu posesión de mi diario y mover el cuerpo de Kain Antar lejos del cementerio son las dos órdenes que le di, para equilibrar la balanza correctamente. Creo en las competencias justas.

Su definición de competencia es escabrosa, pero no puedo decir nada al considerarlo. Ashadd mira arriba, da un par de pasos lentos, calculados, paseándose desde su lado del escritorio, y luego vuelve a hablar.

-Liseth... ¿Sabías cuál fue el pedido de Glasyalabolas, qué quiso a cambio de construir el Palacio para nosotros?

Recuerdo un manchón, y me vuelvo hacia Harry. Él vuelve su rostro hacia otro lado, y el Director se contesta a sí mismo.

-Pidió criarse como alguien cualquiera- me explica- Como un humano. Raquel, y yo, ambos estuvimos encantados de concederle un favor tan insignificante. Harrold fue como un hijo para nosotros. Visto de alguna forma, se podría considerar que es tu hermano.

-Oh no, no diga eso.

Harry asintió, enrojando.

-Sí, definitivamente no.

Por primera vez, Ashadd parece un poco sorprendido.

-¿Ah no?- dice, mirándonos a ambos, probablemente imaginando con facilidad qué nos genera tal rechazo a esa idea. Ríe por lo bajo, y continúa- En cualquier caso, lo cierto es que este resultado me satisface. Liseth, desde la primera vez que te vi en esta escuela, a ti, tan idéntica a tu madre cuando tenía tu edad... Estuve convencido de que serías una grandiosa nigromante. Y de aquí en adelante, sólo podrás volverte más fuerte.

-Usted la amaba, ¿verdad?

Levanta una ceja.

-¿Amaba?- pregunta al aire, considerándolo- Aún la amo. Raquel era una persona como jamás conocí: era salvaje, era libre, no había sido tocada por la fiebre de la moral, por la fiebre del contento que maneja a esta humanidad. Me cautivó desde un principio. Lo hubiera dado todo por ella. Y sin embargo, al final terminó yéndose con ese fracasado...

-No hable así de mi padre- digo, irguiéndome. Estoy dispuesta a terminar la charla aquí mismo, pero Ashadd suspira, niega quitando importancia a sus palabras con un gesto de la mano.

-No te equivoques, Liseth, hablo desde el bando perdedor. En la batalla por el corazón de la mujer a la que ambos amábamos, Thomas Aurdelard me derrotó, y por eso sólo me queda morder mi rabia al respecto. Pero nunca me interesó tomar venganza. Estoy por encima de esas cosas, soy... Viejo. Cuando escuchaba las noticias de la vida que Raquel había tomado, que se había casado, que había parido... Todo me parecía sencillamente una broma de mal gusto, pero pude soportarlo. E hice bien. Ahora tengo algo que vale la pena frente a mí, nada más ni nada menos que a la hija de una mujer tan magnífica como lo fue ella. Y los nigromantes siempre tienen que ser dos. Gieth no tenía la ambición que veo en tus ojos, no tenía ese deseo de más que puedo sentir tan bien en ti.- se detiene, sonriendo, y luego me dirige una mirada llena de curiosidad- ¿Qué fue de él?

-El Titiritero jamás volverá a ver la luz del sol.

Harrold se vuelve a mí, impactado, pero Ashadd en cambio asiente con la mayor de las tranquilidades.

-Está bien. Le has hecho un favor a este pueblo.

-Y planeo hacerle más- digo, muy segura de lo que estoy por soltar- Tengo un mensaje de mi madre, una misión que ella misma me encomendó cuando la encontré en la brecha.

Al oír esto Henry Ashadd permanece atento, pero cauto.

-Hay que detener al Palacio- revelo, sin dudar- Darles descanso a los muertos que allí habitan. Ella misma quiere descansar. Debe abrirse la pared del Palacio para que todos puedan transitar hacia el otro lado.

-Comprendes que eso es pedirme que entregue a voluntad una gran cantidad de poder, ¿verdad? Mientras más almas se albergan en el Palacio, más capacidad poseen nuestras habilidades.

-Lo sé- digo- Pero pienso que no necesariamente es algo malo. Allí, cuando me enfrenté a Gieth... Descubrí muchos más poderes de los que usted anotó en su diario. Pude llamar almas que ni siquiera se encontraban allí.

-¿Ah sí?

-Mamá misma me lo dijo. Nuestros poderes son nuestros. Deje a los muertos pasar al otro lado, al menos... Evítele la tortura de sus penas. Sólo usted puede detener esto.

El gesto en el Director es extraño, hasta paternal. Duda unos segundos, examinándome, y luego chasquea la lengua con desenfado.

-Lo consideraré.

-¿Lo considerará?- me altero, retrocediendo- ¡Escúcheme! ¡Usted tie..!

El levanta una mano.

-No esperes que actúe tan rápido, sólo porque me lo pides- se explica- Sin embargo, Liseth, llegarás a descubrir que mi palabra no es de papel. No he mentido. Averiguaré el estado del Palacio, y haré lo que me pides eventualmente. Hay incluso cosas que yo mismo quiero saber. Sin embargo, yo también tengo un precio a cambio de hacer lo que me indicas.

Lo escucho, algo agitada. Ashadd vuelve a sonreír, sus ojos brillan con intensidad.

-Quiero que seas mi aprendiz.

-¿Su... aprendiz?

Él asiente. Harrold nos mira a ambos, uno tras el otro, siempre muy atento y algo nervioso.

-Quiero que seas lo que Gieth Berkan no quiso ser. Que te interesara tanto mi diario me emociona. Puedes quedártelo, si lo deseas. En cuanto a mí, tener a la hija de Raquel bajo mi tutela me complacería enormemente.

-Los nigromantes tienen que ser dos.

Sonríe.

-Exacto.- luego añade- Puedo enseñarte cosas con las que nisiquiera sueñas todavía, Liseth. Y si aceptas, y realizas el contrato con Glasyalabolas aquí, tendremos mucho tiempo para impartir tu educación. Aprenderás a poner el mundo a tu favor. Embajadas enteras se arrodillarán ante ti si lo deseas. Controlar espíritus es nada. El verdadero poder del Palacio es la vida eterna, la inmortalidad, el flujo de las almas y de la realidad misma. Aunque, claro, también hay un premio extra para ti si aceptas ponerte bajo mi ala.

Chasquea los dedos, y entonces otra persona aparece, se visibiliza a su lado. La reconozco. Reconozco las pecas en su rostro bonachón, los ojos verdes, el cabello negro, corto hasta el inicio del cuello. Pero Mira Strauser parece triste, distraída, no nos mira a ninguno de nosotros. Yo sé bien qué aqueja su espíritu.

-Es...

-Fue una fantástica enseñante- dice Henry Ashadd, examinándola- Y su influencia volvió a mi vicerrectora una fantástica profesional. Aunque a decir verdad, la tengo aquí en modo de recordatorio. La amiga de Raquel, la persona que causó nuestra última discrepancia.

-Suéltela.

Ladea la cabeza.

-Lo haré, Liseth. Contigo aquí, ya no tengo motivos para retener a Mira Strauser.- luego se inclina, me vuelve a ofrecer su mano, sin parpadear, sin una sola arruga en todo su cuerpo- ¿Y bien?

No miro la mano, sino que encaro sus ojos, serena, sin temer.

Y la tomo. Ashadd mantiene aquel apretón, divertido, mientras yo hablo.

-Seré su alumna, y terminaré traicionándolo- digo- Habrá tiempo, ¿no es así?

El Director soltó una suave risa, encantado. Separamos nuestro apretón, yo vuelvo mi mano al bolsillo de mi sudadera, y hablo otra vez, ya pensando en mi cama, ya pensando en el sueño que tengo.

-Hay otro mensaje, que mi madre me dijo que le entregara.

-¿Hm?

Levanta las cejas, interesado, y Harrold también se remueve atento. Yo junto el aire, evocando la voz de Lourdes.

-“Relaja un poco los hombros, Henry.”

Hay una pausa de silencio, en la que el Director queda con los ojos bien abiertos, sin comprender. Pero luego estalla a carcajadas. Es una risa que parece no haber salido con sinceridad en demasiado tiempo, una risa descontrolada que danza grave por las paredes de su oficina y hasta intimida al demonio.

Con aquello hecho me doy la vuelta, ya fatigada, y marchó de ese sitio dejándolos a los dos, Henry Ashadd en su ataque de risa y a Harrold desconcertado; me marchó en paz por los corredores oscuros por los que vine, muy satisfecha con el encuentro. Tal vez no ahora, ni en la próxima semana, pero eventualmente el Director cumplirá su parte del trato, entenderá lo que debe entender. Y el Palacio se abrirá, y todos los muertos que allí esperan podrán descansar. Hay tiempo. Tendremos tiempo para conseguirlo, para saber cómo lograrlo.

Cuando llego al patio interior, desde la oficina suena la melodía, de la canción que él ha puesto sobre el tocadiscos. La voz de Sinatra resuena entre las sombras, siguiéndome.

*I've got you
Under my skin
Oh, I have got you
Deep in the heart of me*

So deep in my heart, that you're really a part of me.

Sonrío, y continúo. Ese fue de verdad, el mensaje que Raquel Müller dejó para Henry Ashadd, para su amigo de la infancia. Pero tengo otro mensaje que dar. Cuando Thomas vuelva, ¿cómo voy a decirle lo que ella me pidió, cómo decirle el mensaje que mamá le dio como Lourdes Aurdelard, como su esposa, como la persona que decidió ser al final de todo? Algo tan simple como un “*Te amo.*”, algo que ambas sabemos él ya sabe. Pero así son las cosas. Tendré también tiempo para pensarlo, me digo mientras cruzo la reja que chirría, mientras me estiro viendo a mi luna guardiana, todavía rigiendo el cielo para mí. Pues de momento, todo lo que quiero hacer es descansar.

XLIII

Una semana después, me encontré, como lo habíamos acordado, con Alice en los bancos de espera frente a la habitación de Kain. Habían tomado siete días para darle el alta: y aunque los médicos sostenían que estaría bien y que sólo se había golpeado, recién ayer ella se había desprendido de los vendajes que le habían envuelto en la cabeza para cuidarla.

La hallé sentada, mordiéndose las uñas, manteniendo la postura pero pisando con insistencia, cada vez con más velocidad. Se había cortado el cabello. La hermosa melena rubia había quedado reducida a algo corto, del color de las plumas de un cuervo, bien lavada y lustrosa llegándole apenas al inicio de la nuca. Así se parecía todavía más a su hermano.

Alice se detuvo en cuanto me sintió llegar, se volteó, me examinó de arriba a abajo. Luego levantó una ceja.

-¿Y esas ropas?

Miré mi propia remera a rayas, rosada, la pollera con el cinto, la boina que había tomado de Mina.

Luego la señalé.

-¿Y tu peinado?

Ambas sonreímos. Me senté a su lado, y ella volvió a pisar, a mover la pierna frenéticamente, viendo la puerta que teníamos al frente.

-¿Estás nerviosa?

-Cielos, ¿qué te parece?

-Me parece extraño que alguien pueda estar nerviosa de ver a Kain.

-No es tu hermano.

-Ah...- me eché en el respaldo, pensativa- Una vez me rechazó.

La pierna de Alice dejó de temblar, y ella me miró curiosa.

-¿Te le confesaste a mi hermano?

Asentí.

-Caray- rio ella- Ya me siento un poco mejor.

Yo también reí, y en ese momento de la nada Alice se puso de pie, decidida.

-¡Bien! No tiene sentido esperar más.

-Alice...

-¿Sí?- me miro de reojo, nerviosa.

-Kain... El Kain que recuerdas...

-Descuida. Lo sé.

Me perdí por unos segundos en contemplar mis rodillas, antes de incorporarme.

-¿No te...?

-¿Entristece?- dijo Alice, Kassia, abriendo la puerta de aquel cuarto- Claro que sí. Pero de todos modos... No me puedo quejar, ¿sabes? Desde el día en el que Gieth me capturó, cuando me dijo que tenía a Kain, que Kain se había dormido y que podía matarlo... No esperaba volver a verlo. No esperaba verlo

abrir los ojos. Pensé... Pensé que siempre íbamos a vivir y morir en la sombra, ambos, hasta el final de mis días, que siempre iba a odiarme. Gracias, Liseth.

Enmudecí, y ella pasó. Yo la seguí todavía culpándome a mí misma, culpándome de haber sido tan ciega, de no poder haber abierto mis ojos antes, a la realidad que me rodeaba. Anna estaba encerrada, sí, el Titiritero no molestaría más a los Antar, pero las huellas que dejó, las cosas que yo hubiera podido impedir...

Supuse que no tenía sentido preocuparse, que debía aprender de la fuerza que Alice mostraba con cada paso que daba. Ella era fuerte. Tenía que serlo si podía sonreír, si todavía podía bromear conmigo, y mantenerse erguida, y no hundirse en la negrura. En diez años de horrores, de todos los horrores que yo podía imaginar, el Titiritero no había conseguido quebrarla.

Con esa fuerza ella se plantó a pocos pasos de la silla de ruedas en donde Kain se hallaba, despierto, mirando la nada. Se plantó, y quedó detenida, de pie, contemplando a su hermano. No sé qué debía ver Kain desde esa posición, apenas el cuerpo, no el rostro de quien lo visitaba.

Me moví a un costado, insegura. Alice tomó aire.

-¿Kain?

Algo en su interior se movió, hizo que él levantara sus ojos. La miró sin reconocerla, sereno. No había luz en su interior. Pero Kain no se había rendido. Yo recordaba que él no se había rendido, que su consciencia existía y me había ayudado en el abismo.

-Kain, soy yo- dijo Alice, acercándose- Kassia.

Kain continuó callado, en apariencia distante. Pero cuando ella se acercó más, su torso fue visitado por un temblor. Alice volvió a detenerse, retrocedió un paso, lo miro juntando lágrimas en sus ojos.

-Kain, ¿me reconoces? Soy...

Los dedos de él se sacudieron. Pareció comprender algo.

-Ka...

Casi me levanté de un salto, pero conseguí contenerme. Había hablado. Era la primera vez que hablaba en meses. Mantuve el silencio, y Alice se arrodilló junto a él. La miraba. La miraba, y en aquel gesto antes siempre neutro, indiferente, algo empezaba a removerse, algo que quería brotar, una tristeza que no encontraba escapatoria.

-Hermano, ¿sabes quién soy, verdad?

Entonces Kain comenzó a llorar, o, mejor dicho, las lágrimas se derramaron solas de sus ojos. Ella se adelantó, abrazándolo, y entonces yo pude ver el gesto de mi amigo pasar por mil etapas, despertar, ver el cuarto, sentir a su hermana y estremecerse, jadeando del esfuerzo, hacer un lamento de niño, imposible.

-Kassia...- dijo, temblando, sacudiéndose- Kassia...

Yo caí sobre la cama, contemplándolos reunirse.

-Tuve...- le costaba hallar las palabras, la lengua le resultaba algo extraño en la boca- Tuve un sueño horrible...

Lloraba, y ella lo consolaba, lo seguía abrazando.

-Kassia... Me... ¿Me escuchas...?

-Te escucho. Yo también.

-Estaba tan oscuro...

Kassia tembló, también llorando en silencio, pero no lo soltó.

-Estás despierto ahora. El sueño terminó. Kain... Por fin terminó. Somos libres. Somos...

Él continuó temblando, sacudiéndose, dejando todo aquello salir. Era como un niño, pude ver al pequeño que jugaba en el árbol, que veía a su hermanita pasear frente al esplendoroso atardecer, que había aprendido a tocar el piano, el que había detectado la tristeza en el rostro de su agresor cuando lo empujaron por el barranco. Y viéndolos así, reunidos después de aquella larga pesadilla, me levanté y elegí marcharme. Como yo había hallado a mi madre, ese reencuentro era algo que los hermanos Antar debían compartir entre ellos.

XLIV

Sobre el pueblo, la primavera fue pasando junto con los días, días templados, calurosos, algunas pocas noches en las que la lluvia era torrencial, mañanas frías en donde la brisa se encargaba de llenar el aire con el aroma de las flores. Fue pasando, con su gracia, con su belleza, y los habitantes de San Naerit la vivieron en el entramado de sus días, sin comprender que ellos también habían despertado de un largo sueño.

Había paz. Es extraño, incluso para mí misma decirlo, pero la había. Cosas como las materias que debíamos, alimentar a Luci, los escándalos del festival, el siguiente encuentro que nuestro equipo debería jugar: esas eran nuestras preocupaciones, y por eso me podía sentir feliz, tranquila, por eso podía sentir que no tenía realmente de qué preocuparme. Sencillamente, podía seguir viviendo. Podía enfrentar cada amanecer pensando en paseos, en desayunos, en el parloteo de mis amigas o la música de Kari, en qué nos traería Norbert para almorzar, en qué nuevo aparatejo vería con Wilhelm, siempre sentado en la mesa revisándolo con sus ágiles dedos.

Y junto a la primavera y al tiempo, la vida fue pasando. Muchas cosas se sucedieron: primero que nada, que por detrás de la batalla que se había librado en el Palacio los habitantes no recordaban más que las declaraciones de Larry, Teresa y Arthur en el festival, y aunque muchos se mostraron ofendidos -tuve que soportar verlos evadir mi mirada, en el centro- hubo muchos otros que quisieron evidenciar que me apoyaban, que se negaban a creer esas cosas de mí: Clint Westone, invitándome a su salón para un almuerzo gratis de parte de Scott, la madre de Elias, que envió paquetes de gaseosa directamente hasta la casona obligando a su hijo a cargarlas, los padres de Sally, que en cuanto volví a visitar a su hija no cesaron de hablarme y felicitarme por el festival, ella diciendo directamente que me daba su apoyo, y hasta el mismísimo señor

Lamar, que había reanudado el trabajo en el aserradero, fue escuchado por sus trabajadores decir que faltaban personas como yo en estas tierras.

No era algo que mereciera, pero no quise luchar contra ello. En la escuela, fueron muchos también los que lo olvidaron: mis compañeros, claro, pero también gente del Club de Delegados, que me suplicó que volviera. Frederick mismo me habló, un día, mientras yo almorzaba con mis amigos en el comedor; limpiándose los anteojos, suspirando con algo de enfado.

-Honestamente, entiendo que te fueras, pero si pudieras ayudarnos...

Y mis amigos mismos también fueron muy eficaces para hacerse apreciar.

-¿Liseth? ¿Haciendo cosas así?- reía Sally- Me resulta más fácil creer la historia del hombre lobo de Cecile.

-Hombre perro. Se convirtió en un perro inmenso.

Elias hizo un gesto teatral.

-En cualquier caso, ya es algo resuelto, señorita Aurdelard. Para mí, usted siempre será la presidente.

-Manos fuera- dijo Matt, y ambos comenzaron a golpearse. Del otro lado, en cambio, Rita calmaba a un David que no sabía cómo pedirme perdón.

-Si tan sólo hubiera sabido que Teresa...

-¿Eh?

-Calma, calma- lo palmeo ella- Sigue angustiado porque cree que Teresa lo utilizó en el festival.

-Jamás confiaré en ella otra vez.

-Anda, estás saltando la pértiga con eso. Un corazón roto no te matará, David.

-Es tan...

-Descuida- dije yo, calmándolo- Si no es ella, seguro encontrarás a alguna que te enamore.

Él asintió, siempre tan serio, y Cecile volvió a encender su Tetris, para devolver el mundo a la normalidad. Pero ese mismo día, viendo que Teresa parecía feliz con sus nuevos amigos del otro curso y que nada había cambiado para mí dentro de la escuela, aproveché el llamado a dirección que tuve para preguntar a Henry Ashadd si había hecho algo, si había modificado de algún modo las memorias de quienes me conocían para cubrirme de aquel escracho público.

-Es una idea hilarante- fue lo que él dijo- Tengo en mente llevarte a las alturas, Liseth, pero en cuanto a tu... vida escolar, respecta, tener grandes ambiciones sería vano.

-Quiere decir...

Él sonrió, peinándose el cabello con ambas manos.

-Quiere decir que tus amigos te valoran por sí mismos- explicó- Ahora, si me lo permites, tengo algunos mensajes que redactar.

Quedé pensativa, sin marcharme.

-Liberó a Mira Strauser, ¿no es cierto?

-En efecto. Debe de rondar tu área del Palacio.

-Y lo que hablamos...

Ashadd escribía con su elegante letra.

-Eché un vistazo- dijo- Ya hay una brecha abierta. Es lo suficientemente grande como para que los muertos se vayan yendo sin que pierda toda mi ventaja.

Me miró con gesto divertido, y levantó una ceja.

-Claro que hay más cosas que me interesaría investigar. ¿Te satisface?

Asentí, algo turbada.

-Entonces te veré esta tarde- regresó Ashadd a su papel, despidiéndome- Realizarás el contrato, y comenzaré a enseñarte. No te demores un sólo minuto más de las cinco. Raquel amaba la impuntualidad, pero a mí me resulta un defecto nada apreciable.

Aprender sobre las artes de la nigromancia con él fue una experiencia totalmente nueva para mí, de la que decidí sacar el mejor provecho. Pero la conclusión que terminé sacando, muy para mi desgracia, era que Henry Ashadd, que no tenía el título de Director únicamente por su poder, era un profesor muy bueno y también muy exigente. Me costó bastante explicar al otro día a Norbert cuál había sido la razón por la que terminé durmiendo hasta las cuatro, completamente exhausta por el esfuerzo. Y todavía nos juntaríamos la siguiente semana...

Pero todo se daba bien, y yo aprendía. Aprendía a controlar mi poder, aprendía a entenderlo. Aprendía a pensar que viviría por siempre, que existía la posibilidad de volverme como mi madre, algo eterno, algo resistente al cambio. Ante todo, no quería perderme a mí misma. Tenía a Matt, a la gente a la que quería, el mundo iba por la dirección correcta. Kain había despertado. Kain, que me había olvidado como si yo fuera un sueño, que hablaba con Wilhelm y con su hermana todos los días, dando lo mejor de sí para recuperarse, escuchando mi historia impresionado; su alma, estaba segura de que en él algo perduraba, la misma cosa que me había ayudado a encerrar por siempre a Anna, una parte que al verme me reconocía, y por eso solía sonreír tanto cuando lo visitaba y le enseñaba de nuevo a leer, cuando le llevaba los dulces que Jessica preparaba después de que Alice le diera de comer.

El velo se fue retirando, en esas semanas. Se fue alejando del pueblo, devolviendo a todos la felicidad, la verdad, la justicia, y las cosas que pasaron, lo que reí, lo que lloré, lo que grité, todo eso se fue asentando en mi memoria con más dulzura. San Naerit. San Naerit era mi hogar, y lo defendería de cualquier modo: defendería sus habitantes, su historia, defendería la escuela y el hospital, al aserradero con los trabajadores que regresaban tras la pausa, a los sitios que me habían ayudado a convertirme en quien era. Esa fue la promesa que hice en mi contrato, mi parte a entregar, la que Harrold oyó antes de herirse la mano y unir nuestra sangre, frente a la tumba que había cavado para Mina; el Director, él y yo en el medio del bosque. El árbol en donde los niños jugaban se borraría, sería erosionado por el tiempo que pasaba. Mina sería olvidada, pero eso estaba bien. Era la última víctima de esta historia.

Y luego, claro, los últimos días me trajeron la visita inesperada de mi padre, que se apareció subiendo todo el camino de tierra para saludarnos, interrumpiendo el momento en el que Elias vencía a Kari en la consola y ella lo perseguía, intentando arrojarle la jarra llena de hielos que Norbert había dispuesto para la limonada. Papá nos vio, algo desconcertado, Elias tropezó y la jarra salió volando, Matt quiso atajarla pero al sujetarla el agua siguió su camino, aunque en vez de mojarlo, dio de lleno contra Wilhelm, que se hallaba arreglando uno de sus inventos en la esquina del cuarto. Will pareció a punto de decir algo, furibundo, pero luego sin pensarlo tuvo un espasmo, y otro, y comprendimos que se estaba riendo, y su risa era tan rara, tan extraña de oír que pronto todos nos tentamos y reímos, Elias, Matt, Kari e incluso yo, que tan

feliz estaba de ver a mi padre de nuevo conmigo. Y Thomas me vio reír, en ese entorno, y entonces sus ojos brillaron, y yo supe que su mente retiró un ofrecimiento que ya sabía yo iba a rechazar; en cambio me abrazó, con su habitual seriedad, y nos avisó que había traído comida, que antes de la cena tendríamos que probar los avances en su habilidad como cocinero que su tiempo en soledad le había dado. En algún momento, debía de haber concluido, yo tendría que ir a la universidad, y también Matt, y entonces sería cuando nosotros deberíamos mudarnos con él a la ciudad.

XLV

Son pasadas las dos, y el sol está alto en el cielo, tan alto como puede estarlo; pero nos salva de su resplandor el follaje de los pinos sobre nosotros, que enfría la piedra en la que estamos. A nuestro alrededor, saltando de arbusto en arbusto, Waldorf no para de moverse, cada vez más lejos. Pero ninguno de los dos le presta atención. Matt mira hacia lo que se vislumbra de las nubes, y yo veo el fondo de esta pequeña colina, recordando haber estado sola, pensando en todo lo que pude haber perdido. Y él habla.

-Tuve un sueño.

No lo miro, sino que escucho.

Matt sabe que no es necesario más para continuar.

-Yo estaba...- comienza, viendo ese firmamento, adivinándolo con esfuerzo- Estaba en casa, pero no era la misma casa de siempre. Se sentía más vieja. Como si fuera un recuerdo.

-¿Como era antes?

Asiente, pensativo.

-Era como la recuerdo cuando era pequeño, mucho más atiborrada. Estaba allí, pero no era pequeño. Era yo mismo, así como te hablo a ti ahora. Me hallaba en mi escondite. Pero mi escondite ya no me quedaba bien. Estoy grande, claro. Así que con mucho esfuerzo salí de ese rincón, que antes me había parecido tan cómodo. Salí, y subí las escaleras, pero no estaba seguro de cómo llegar a mi cuarto, ni estaba seguro de querer llegar a mi cuarto. La casa estaba vacía.

Hace una pausa, mirando sus pies.

-Y luego oí algo llamarme, desde el balcón del frente, el de la hamaca. Nunca solemos visitar ese sitio ya. Pero algo me llamaba. Y yo pensé... En el sueño, pensé que esa voz no podía ser la de papá, ni la de Kari, ni la de Will, ni siquiera la tuya. Caminé hacia la voz.

No necesito verlo. Puedo imaginarlo muy bien.

-Cuando pasé al balcón... Mamá me estaba esperando.
Suspira. Aguardo. Pero permanece en silencio, y entonces yo sonrío, bajando los hombros, y me giro hacia él.

-¿Pudiste decirle adiós?

-Sí- sigue mirando sus pies- Fue... Gracias.

-Ya no tienes deudas, entonces.

Matt mueve su rostro al costado, considerándolo.

-Supongo que no.

Me suelto de la roca, caigo sobre mis zapatillas, sacudo la tierra de mi parte trasera.

-Entonces acompáñame.

Él también se deja caer, a mi lado. Da un silbido, y con la cola agitándose como un abanico Waldorf también corre hacia nosotros. Comienzan a seguirme, mientras me abro paso por entre los árboles, hacia el camino, presintiendo la oleada de calor del verano que se aproxima. Pronto será un ciclo completo.

-¿Y a dónde vamos?

-Quiero visitar a Elisa Harvnes- digo, cubriéndome un poco del sol, lamentándome de no haber traído una gorra.

-¿A la anciana Harvnes? ¿Hay algún motivo?

Me inclino de hombros.

-Una amiga me lo pidió. Creo que estaría bien.

Matt me mira de reojo, a la par, y sus ojos brillan un poco. Yo sonrío. Al final, siempre será él, será Matt quien pueda verlo todo de mí. He considerado muchas cosas, por lo que he aprendido, por lo que ahora sé. Algún día lo perderé. Si de verdad no hay muerte para mí, algún día tendré que despedirme de él, tendré que decir adiós a todos los que amo. Tendré que decidir, si deseo ser libre o no.

Él no dice nada, aunque lo adivine. Permanece a mi lado, acompañándome mientras dejamos la arboleda, y cuando bajamos lo último del camino de tierra nuestros dedos se rozan, como por casualidad, y luego acuden el uno al otro, se entrelazan. El tacto de su palma tranquiliza mi corazón y mis preocupaciones. Waldorf nos sigue por detrás, muy contento.

Y de la mano, avanzamos hacia la luz de este nuevo día.